

Charles Dickens

Nicholas Nickleby

PREFACIO A LA EDICIÓN ORIGINAL, 1839

Mientras el autor avanzaba en su labor, mucho le divirtió y satisfizo enterarse, por amigos del campo y por una variedad de declaraciones ridículas publicadas respecto a él en periódicos de provincias, que más de un maestro de escuela de Yorshire afirmaba ser el original del Sr. Squeers. El autor tiene razones para creer que un benemérito llegó al punto de consultar con autoridades versadas en derecho, con el fin de tener buenos fundamentos para sustentar un pleito por difamación. Otro ha considerado la posibilidad de emprender un viaje a Londres con el propósito expreso y exclusivo de perpetrar violencias físicas contra su caracterizador. Un tercero recuerda perfectamente haber sido visitado ya hizo un año en enero pasado por dos caballeros, uno de los cuales lo distraía con conversación mientras el otro dibujaba su retrato; y aunque el Sr. Squeers tiene solo un ojo, y él tiene dos, y el boceto publicado no se le parece^[1] (sea quien fuese) en ningún otro aspecto, de todas formas él y todos sus amigos y vecinos saben de inmediato a quién está destinado, porque su parecido con el personaje resulta evidente.

Aunque el autor no puede sino sentir toda la fuerza del elogio que por esa vía se le hace llegar, se atreve a sugerir que esos argumentos podrían partir del hecho de que el Sr. Squeers representa a una clase, y no a un individuo. Allí donde el fraude, la ignorancia y la brutal codicia constituyen el capital de un pequeño cuerpo de hombres y a uno de ellos se le describe con esas características, todos sus congéneres reconocerán algo que les pertenece, y cada uno sospechará que el retrato es el suyo propio.

En esta descripción general, como en la mayoría de las demás, puede haber algunas excepciones. Y aunque el autor ni vio ni oyó hablar de ninguna en el transcurso de una excursión que hiciera a Yorkshire, antes de comenzar estas aventuras, o antes o después, le complace mucho más dar por sentada su existencia que dudar de ellas. Por lo tanto, ha puesto mucho énfasis en ese punto porque su objetivo de llamar la atención de la opinión pública hacia el sistema se habría cumplido de manera muy imperfecta si no declarase ahora personal, enfática y sinceramente que el Sr. Squeers y su escuela son retratos pálidos y débiles de una realidad existente, suavizada y rebajada a propósito

para que no fuese considerada imposible; que hay casos documentados de juicios^[2] en los que se buscó compensación por daños y perjuicios a modo de pobre resarcimiento por las agonías y desfiguraciones duraderas infligidas a los niños por el trato del maestro en esos sitios, que incluía detalles tan repugnantes y asquerosos de desatención, crueldad y enfermedades que ningún escritor de ficción tendría la osadía de imaginar; y que, desde que se embarcara en estas aventuras, ha recibido de entes privados que están muy por encima de cualquier sospecha o desconfianza relatos de atrocidades perpetradas contra niños desatendidos o repudiados, cuyos instrumentos principales han sido esas escuelas, y que exceden con mucho las que aparecen en estas páginas.

Pasando a un tema más agradable, sería correcto decir que sí hay dos personajes en este libro que han sido sacados de la vida real. Llama la atención el hecho de que lo que llamamos el mundo, tan crédulo en lo que cree ser verdad, sea tan extremadamente incrédulo en lo que considera imaginario; y que aunque cotidianamente, en la vida real, a un hombre no le reconocerá manchas, y a otro ninguna virtud, rara vez admitirá que, en una narración ficticia, un carácter marcadamente fuerte, ya sea bueno o malo, esté dentro de los límites de la probabilidad. Por esa razón, estos han sido esbozados de manera muy leve e imperfecta. A quienes se interesen por este relato les agrada saber que los hermanos Cheeryble están vivos^[3]; que su generosa caridad, su firmeza de propósito, su noble naturaleza y su benevolencia sin límites no son creaciones del cerebro del autor, sino que promueven cada día (y las más de las veces a hurtadillas) alguna acción munífica y generosa en la ciudad de la que ambos constituyen un orgullo y un honor.

Ahora solo le queda al escritor de estos pasajes, con ese sentimiento de pesar con el que abandonamos casi cualquier iniciativa que nos ocupara y absorbiera nuestros pensamientos durante largo tiempo —y que es naturalmente mayor en un caso como este, en el que tal iniciativa ha estado rodeada de todo lo que podía animarlo y estimularlo a seguir adelante— ahora solo le queda, antes de abandonar su tarea, decir adiós a sus lectores.

Dice Mackenzie: «El autor de un escrito por entregas^[4] merece, claro está, la atención y consideración de sus lectores aún en mayor grado que cualquier otro escritor. Otros escritores someten sus sentimientos a sus lectores con la reserva y circunspección de quien ha tenido tiempo para prepararse con vistas a una presentación pública. Quien haya seguido la regla dictada por Horacio, de guardar su libro nueve años en su estudio, debe de haberle quitado muchas

ideas que concibiera al calor de la redacción, y alterado muchas expresiones que, por el apuro de escribir, había plasmado. Pero el ensayista por entregas brinda a sus lectores los sentimientos del día, en el lenguaje que esos sentimientos provocaran. Puesto que se ha entregado con la libertad de lo íntimo y la cordialidad de los amigos, naturalmente aspirará a la indulgencia que puedan suscitar esas relaciones. Y cuando les diga adiós a sus lectores, esperará, y también sentirá, el pesar de alguien conocido y la ternura de un amigo».

Con esos sentimientos y esas esperanzas, el ensayista por entregas, el autor de estas páginas, ahora se las brinda a sus lectores en forma íntegra, vanagloriándose, como el escritor recién citado, de que el primer día del próximo mes^[5] tal vez echen de menos su compañía a la hora acostumbrada, como algo que antes esperaban con placer y tal vez contemplen los periódicos que en ese día de tantos meses pasados leyeran como la correspondencia de alguien que deseó su felicidad y contribuyó a su diversión.

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN ECONÓMICA

Esta historia comenzó a los pocos meses de la publicación de los *Pickwick Papers* (*Papeles póstumos del Club Pickwick*). En aquel entonces existían muchas escuelas baratas en Yorkshire. Ahora hay muy pocas^[6].

A lo largo de muchos años, esta clase de escuelas brindó un ejemplo notable del monstruoso abandono de la educación en Inglaterra, y de la desatención del estado respecto a ella como medio de formar ciudadanos buenos o malos, y hombres miserables o alegres. Cualquier hombre que hubiera demostrado su incompetencia para cualquier otra ocupación en la vida quedaba en libertad de abrir, sin ningún examen ni cualificación, una escuela en cualquier parte. Al cirujano que ayuda a traer a un niño al mundo, o quizás ayuda algún día a enviarlo fuera de él, se le exigía que estuviese preparado para las funciones que debía asumir, al igual que al químico, al abogado, al carnicero, al panadero, al fabricante de velas; a toda la ronda de oficios y negocios, con excepción del maestro de escuela. Y aunque los maestros de escuela, como raza, eran los zopencos e impostores que naturalmente es dable esperar que surjan de semejante estado de cosas, y que florezcan en él, esos maestros de escuela de Yorkshire eran el escalón más bajo y podrido de toda la escala. Comerciabán con la avaricia, la indiferencia o la imbecilidad de los padres y la indefensión de los niños; hombres ignorantes, sordidos, brutales, a quienes pocas personas consideradas habrían confiado el cuidado y la alimentación de un caballo o de un perro, formaban la piedra de toque de una estructura que, por absurdo y por una magnífica desatención arbitraria de *laissez-allér*, rara vez ha sido sobrepasada en el mundo.

A veces oímos de procedimientos por daños y perjuicios contra el practicante no cualificado de medicina que haya deformado o roto un miembro al pretender curarlo. ¿Pero qué hay de los cientos de miles de mentes que han sido deformadas para siempre por los incapaces charlatanes que han pretendido formarlas?

Hablo de esa raza, la de los maestros de escuela de Yorkshire, en pretérito. Aunque aún no ha desaparecido totalmente, día a día disminuye. Nos queda por delante la realización de una fuerte jornada en lo que se refiere a la educación, ¡si no lo sabrá Dios!, pero en años recientes ha habido grandes mejoras y facilidades con vistas a brindarle una buena al que pueda pagarla.

No me viene a la mente ahora cómo fue que oí hablar de las escuelas de Yorkshire cuando aún era un niño no muy crecido, sentado en sitios apartados, cerca del Castillo de Rochester, con la cabeza llena de Partridge, Strap, Tom Pipes y Sancho Panza^[7]; pero sé que mis primeras impresiones sobre ellas las recogí entonces, y que, de un modo u otro, estaban conectadas con un absceso supurante con el que un chico había regresado a casa como consecuencia de que su tutor de Yorkshire, filósofo y amigo, se lo hubiera abierto de un tajo con una navaja llena de tinta^[8]. La impresión que aquel episodio tuvo en mí, nunca me abandonó. Siempre tuve curiosidad al respecto por esas escuelas —mucho después, y en distintos momentos, oí hablar más de ellas— y al final, teniendo ya un círculo de oyentes, decidí escribir sobre ellas.

Con esa intención viajé a Yorkshire antes de comenzar este libro, con un tiempo invernal muy severo que la obra describe con bastante fidelidad. Puesto que deseaba ver a uno o dos maestros de escuela, y me habían advertido que esos caballeros podrían, por modestia, retraerse de recibir una visita del autor de *Papeles póstumos del Club Pickwick*, consulté aquí con un amigo profesional que tenía un vínculo en Yorkshire, y con el cual concerté un fraude piadoso. Él me dio algunas cartas de presentación, creo yo, a nombre de mi compañero de viaje; se referían a un fingido chicuelo que había quedado al cuidado de una madre viuda que no sabía qué hacer con él. La pobre dama había pensado, como medio para descongelar la tardía compasión de sus relaciones respecto a él, enviarlo a una escuela de Yorkshire. Yo era el amigo de esa pobre dama, que viajaba por aquellos lares, y si el receptor de la carta pudiera informarme de una escuela en su vecindad, el firmante le estaría muy agradecido.

Viajé a varios sitios de esa parte del país donde tenía entendido que esas escuelas estaban más difundidas, y no tuve oportunidad de entregar una carta hasta que llegué a cierto pueblo que no nombraré. La persona a la que iba dirigida no estaba en casa, pero fue a verme de noche, a través de la nieve, a la posada en que me hospedaba. Era después de la cena, y tuve que insistir poco para que se sentara junto al fuego en una esquina tibia y empezara a beber su cuota del vino que estaba en la mesa.

Me temo que ya ha muerto. Lo recuerdo como un hombre jovial, rubicundo, de rostro ancho. Y recuerdo que entablamos conversación de inmediato, y que hablamos de todo tipo de temas, excepto de la escuela, que mostró gran ansiedad por evitar. «¿Hay alguna escuela cerca?» le pregunté, en referencia con la carta. «Oh, sí», dijo; «Había una *batante* grande». «¿Era buena?», pregunté. «¡Eh!», dijo, «era tan buena como *cuarquiera* otra; era cuestión de gusto», y se puso a mirar el fuego, lanzando miradas furtivas por la habitación y silbando un poco. Al regresar yo a algún otro tema que hubiéramos estado discutiendo, se recuperaba de inmediato. Pero aunque lo puse a prueba una y otra vez, nunca me aproximé a la pregunta referida a la escuela, incluso cuando él estaba en medio de una risotada, sin observar cuánto decaía su semblante y cuán incómodo se sentía. Al final, cuando ya habíamos pasado un par de horas más o menos en ambiente muy agradable, de repente tomó su sombrero y se inclinó sobre la mesa para mirarme fijamente a los ojos y decirme en voz baja: «Bueno, señor, la *hemo pasao* regio aquí *junto*, y *voa* decirle lo que creo. No deje que la viuda esa mande a su chico a uno de *nuetro maetro* *mientra haiga* una casa *paguantarlo* en *Londre*, o una cuneta *pa* dormir. Yo no le diría *eto* a mi *vecino*, y a *usté* se lo digo *bajitico*. Pero me reviento si me *voa acotar* sin decirle a *usté*, por amor de la viuda, ¡que no deje al chico en *mano deso* sinvergüenza *mientra haiga* una casa *paguantarlo* en *Londre*, o una cuneta *pa* dormir!». Al repetir esas palabras con gran energía, y exhibiendo tal solemnidad en su alegre rostro que parecía doblemente ancho, me dio un apretón de manos y se marchó. Jamás volví a verlo, pero a veces me imagino que divisó un leve reflejo suyo en John Browdie.

Con respecto a ese tipo de gente, cito aquí unas breves palabras del prefacio original a este libro.

Mientras el autor avanzaba en su labor, mucho le divirtió y satisfizo enterarse, por amigos del campo y por una variedad de declaraciones ridículas publicadas respecto a él en periódicos de provincias, que más de un maestro de escuela de Yorshire afirma ser el original del Sr. Squeers. El autor tiene razones para creer que un benemérito llegó al punto de consultar con autoridades versadas en derecho, con el fin de tener buenos fundamentos para sustentar un pleito por difamación. Otro ha considerado la posibilidad de emprender un viaje a Londres con el propósito expreso y exclusivo de perpetrar violencias físicas contra su calumniador. Un tercero recuerda perfectamente haber sido visitado —ya hizo un año en enero pasado— por dos caballeros, uno de los cuales lo distraía con conversación mientras el

otro dibujaba su retrato; y aunque el Sr. Squeers tiene solo un ojo, y él tiene dos, y el boceto publicado no se te parece (sea quien fuese) en ningún otro aspecto, de todas firmas él y todos sus amigos y vecinos saben de inmediato a quién está destinado... porque su parecido con el personaje resulta evidente.

Aunque el autor no puede sino sentir toda la fuerza del elogio que por esa vía se le hace llegar, se atreve a sugerir que esos argumentos podrían partir del hecho de que el Sr. Squeers representa a una clase, y no a un individuo. Allí donde el fraude, la ignorancia y la brutal codicia constituyen el capital de un pequeño cuerpo de hombres y uno de ellos es descrito con esas características, todos sus congéneres reconocerán algo que les pertenece, y cada uno sospechará que el retrato es el suyo propio.

El objetivo del autor referido a llamar la atención de la opinión pública hacia el sistema se habría cumplido de manera muy imperfecta si no declarase ahora personal, enfática y sinceramente que el Sr. Squeers y su escuela son retratos pálidos y débiles retratos de una realidad existente, suavizada y rebajada a propósito para que no se la tomara por imposible; que hay casos documentados de juicios en los que se buscó compensación por daños y perjuicios a modo de pobre compensación por las agonías y desfiguraciones duraderas infligidas a los niños por el trato del maestro en esos sitios, que incluía detalles tan repugnantes y asquerosos de desatención, crueldad y enfermedades que ningún escritor de ficción tendría la osadía de imaginar; y que, desde que se embarcara en estas aventuras, ha recibido de personas que están muy por encima de cualquier sospecha o desconfianza, relatos de atrocidades perpetradas contra niños desatendidos o repudiados, cuyos instrumentos principales han sido esas escuelas, y que exceden con mucho las que aparecen en estas páginas.

Esto abarca todo lo que necesito decir sobre la materia, excepto que había decidido, de haberse presentado la ocasión, reimprimir algunos de los detalles de procedimientos legales extraídos de viejos periódicos.

Otra cita del mismo prefacio podría servir para presentar un hecho que puede parecer una curiosidad a mis lectores.

Pasando a un tema más agradable, sería correcto decir que sí hay dos caracteres en este libro que han sido sacados de la vida real. Llama la atención el hecho de que lo que llamamos el mundo, tan crédulo en lo que toma por verdadero, sea tan extremadamente incrédulo en lo que considera imaginario; y que aunque cotidianamente, en la vida real, a un hombre no le reconocerá manchas, y a otro ninguna virtud, rara vez admitirá que en una narración ficticia, un carácter marcadamente fuerte, ya sea bueno o malo,

esté dentro de los límites de la probabilidad. Por esa razón, estos han sido esbozados de manera muy leve e imperfecta. A quienes se interesen en este relato les agradará saber que los hermanos Cheeryble están vivos^[9]; que su generosa caridad, su firmeza de propósito, su noble naturaleza y su benevolencia sin límites no son creaciones del cerebro del autor, sino que promueven cada día (y las más de las veces a hurtadillas) alguna acción munífica y generosa en la ciudad de la que ambos constituyen un orgullo y un honor.

Si intentara sumar los cientos y cientos de cartas provenientes de todo tipo de gente de las más variadas latitudes y climas que ese infeliz párrafo motivó desde entonces, seguramente me hallaría atrapado en un problema aritmético del que no podría desembarazarme con facilidad. Baste decir que creo que las solicitudes de préstamos, regalos y gestiones lucrativas que se me ha pedido que haga llegar a los originales de los hermanos Cheeryble (con quienes jamás intercambié comunicación alguna en mi vida) habrían agotado el conjunto del pecunio destinado al patrocinio en manos de todos los Presidentes de la Cámara de los Lores^[10] desde la llegada al poder de la Casa de Brunswick, y habría arruinado al resto del Banco de Inglaterra^[11].

Solo hay otro aspecto sobre el que deseo formular un comentario. Si Nicholas no siempre aparece exento de culpa o agradable, es porque no siempre se pretende que así sea. Es un joven de temperamento impetuoso y de poca o ninguna experiencia, y no vi razón alguna por la cual un héroe semejante tenga que ser elevado por encima de la naturaleza.

Devonshire Terrace, Mayo de 1848

CAPÍTULO 1

QUE INTRODUCE TODO LO DEMÁS

Érase una vez, en un rincón apartado del condado de Devonshire, un tal Sr. Godfrey Nickleby, caballero respetable que, habiéndosele metido en la cabeza bastante tardíamente en la vida que debía casarse, y no siendo ni lo bastante joven ni lo bastante rico para aspirar a la mano de una dama acaudalada, había desposado por puro afecto a una antigua enamorada que, a su vez, lo había correspondido por la misma razón: así resulta que dos personas que no pueden darse el lujo de jugar a las cartas por dinero, a veces se sientan a jugar un juego más apacible por amor.

Algunas personas de mala índole, que se burlan de la vida en matrimonio, tal vez podrían sugerir en este punto que la buena pareja se compararía mejor con dos individuos enfrentados en una pelea de entrenamiento que, aunque ha menguado su suerte y escasean los partidarios, se aplican con hidalguía a la pelea por el mero placer de los golpes. Y es verdad que, en cierto sentido, esta comparación sería válida, pues igual que la pareja aventurera de un partido de pelota y raqueta en la cancha del *Fives' Court* pasa luego un sombrero y se encomienda a la munificencia de los espectadores para regalarse algo, así mismo el Sr. Godfrey Nickleby y su pareja, una vez concluida la luna de miel, volvieron con melancolía la mirada hacia el mundo y confiaron a la suerte, en grado no despreciable, las esperanzas de mejorar sus medios. Los ingresos del Sr. Nickleby en la época de su casamiento fluctuaban entre las sesenta y ochenta libras al año.

Hay suficiente gente en el mundo, ¡si lo sabrá Dios!, e incluso en Londres (donde el Sr. Nickleby vivía en aquel entonces), pero aun así algunos se quejan de que la población es escasa. Es increíble cuánto tiempo puede un hombre escudriñar la multitud sin descubrir el rostro de un amigo, pero no por ello es menos cierto lo anterior. El Sr. Nickleby miró y volvió a mirar hasta que los ojos le dolieron tanto como el corazón, pero ningún amigo apareció; y cuando, aburrido de buscar, dirigió la mirada hacia el hogar, vio muy poco que aliviara sus cansados ojos. Un pintor que fije largo tiempo la vista en

algún color brillante, puede luego refrescarla, tras haberse encandilado, contemplando algún tono más oscuro y sobrio; pero todo lo que alcanzaba la mirada del Sr. Nickleby tenía un tinte tan negro y tenebroso que habría podido refrescar sus ojos de forma colosal con solo invertir el contraste.

Finalmente, al cabo de cinco años, cuando ya la Sra. Nickleby le había entregado a su esposo un par de hijos, y ese caballero apesadumbrado y consciente de la necesidad de proveer algo a su familia, daba vueltas seriamente en su cabeza a una pequeña especulación comercial consistente en hacerse con un seguro de vida en cuanto cobrara su trimestre para al día siguiente irse a caer accidentalmente desde lo alto del Monumento al Gran Fuego de Londres, una mañana llegó por correos una carta con orlas negras donde se le comunicaba que su tío, el Sr. Ralph Nickleby, había muerto y le había legado el grueso de su pequeña propiedad, cuyo valor alcanzaba un monto de cinco mil libras esterlinas.

Puesto que el fallecido no se había dado por enterado de la existencia de su sobrino a lo largo de toda una vida, excepto cuando envió de regalo al hijo mayor de este (al que habían bautizado con su nombre en un intento especulativo desesperado) una cuchara de plata en un estuche de tafilete — que, por no haber mucho que comer con ella, más parecía una suerte de satírica alusión al hecho de no haber nacido el chico con su alimentación asegurada— el Sr. Godfrey Nickleby casi no podía creer al principio las buenas nuevas. Sin embargo, una segunda lectura confirmó que eran estrictamente ciertas. Al parecer, el anciano había tenido la intención de donar todos sus bienes a la Real Sociedad Humanitaria, e incluso había escrito un testamento a esos efectos, pero como la institución tuvo unos meses antes la desdicha de salvarle la vida a un ingrato conocido a quien él pagaba un estipendio semanal de tres chelines y seis peniques, en un arranque de exasperación muy natural, el tío Nickleby dejó sin efecto su legado por vía de un codicilo y se lo asignó todo al Sr. Godfrey Nickleby, haciendo mención especial de su indignación, no solo contra la sociedad por haberle salvado la vida a su ingrato conocido, sino también contra el ingrato conocido, por haber permitido que lo salvaran.

Con una parte de esta herencia el Sr. Godfrey Nickleby compró una granjita cerca de Dawlish, en Devonshire, a la que se retiró junto con su esposa y sus dos hijos, para vivir del mejor interés que pudiera obtener por el resto del dinero y del poco producto que pudiera extraer a su tierra. Ambos prosperaron tanto juntos que, cuando murió, unos quince años después de este período, y unos cinco años más tarde que su esposa, pudo dejarle a su hijo

mayor, Ralph, tres mil libras en metálico, y a su hijo menor, Nicholas, mil y la granja, si es que a aquello podía llamársele granja, puesto que, sin contar la casa y el corral, tenía, más o menos, el mismo tamaño que la Plaza Russell, medida entre las puertas de las casas.

Estos dos hermanos habían sido educados juntos en una escuela en Exeter y, habituados a ir al hogar una vez por semana, a menudo oyeron, de boca de su madre, largos relatos sobre los sufrimientos de su padre en sus días de pobreza, y sobre la importancia de su finado tío en sus días de riqueza, y estas recitaciones produjeron una impresión muy distinta en cada uno de ellos. Pues mientras que el más joven, de disposición tímida y retraída, no sacó de ellas más que advertencias para renunciar al gran mundo y apegarse a la tranquila rutina de la vida rural, Ralph, el mayor, dedujo de la historia frecuentemente repetida dos grandes moralejas, referidas a que las riquezas son la única fuente verdadera de felicidad y poder, y que es lícito y justo conseguirlas por todo medio que no sea delictivo. «Y», razonaba Ralph consigo mismo, «si el dinero de mi tío no trajo nada bueno mientras él vivía, mucho de bueno trajo tras su muerte, en tanto que es mi padre quien lo tiene ahora y lo está ahorrando para mí, lo que es un designio altamente virtuoso. Y, volviendo al anciano caballero, algo bueno le aportó también a él, pues tuvo el placer de pensar en su dinero durante toda su vida, y de ser envidiado y cortejado, además, por toda la familia». Y Ralph siempre ponía fin a estos soliloquios mentales sacando la conclusión de que no existía nada comparable al dinero.

Lejos de limitarse a la teoría, o de permitir que sus facultades se oxidasen, incluso a aquella tierna edad, en meras especulaciones abstractas, este prometedor chico se inició en la usura a pequeña escala en la escuela, arriesgando con buenos intereses un capitalito de tizas y canicas, y extendiendo gradualmente sus operaciones hasta ampliarlas a las monedas de cobre de este reino, con las que especuló y obtuvo considerables ganancias. Tampoco abrumó a los que pedían prestado con cálculos abstractos de cifras o con referencias a tablas matemáticas; su sencilla regla para calcular los intereses se expresaba en la luminosa frase: dos peniques por cada medio penique. Dicha norma, por simplificar enormemente las cuentas y ser un precepto familiar y más fácil de retener en la memoria que cualquier regla conocida de aritmética, debería ser objeto de especial atención por parte de los capitalistas, tanto grandes como pequeños, y muy especialmente por parte de los prestamistas y traficantes de letras de pago.

Es más, para hacer justicia a estos caballeros, lo cierto es que, hasta el día de hoy, muchos de ellos acostumbran a aplicarla con notable éxito.

De manera parecida, el joven Ralph Nickleby evitó todos esos cálculos minúsculos y laboriosos de los días apretados, que nadie que haya jamás calculado sumas de interés simple puede dejar de hallar muy embarazosos, y los substituyó por la única regla general de que todos los montos de capital principal y de interés deben pagarse ni más ni menos que el día en que hay dinero en el bolsillo, es decir, el sábado; y que, tanto si se pide prestado lunes o viernes, el monto de interés debe ser igual en ambos casos. Claro está, argüía, y con derroche de razón, que debería ser algo más por un día que por cinco, puesto que quien toma prestado en el primer caso podría presumiblemente hallarse en situación muy extrema, o de otro modo no pediría prestado enfrentando tales desventajas. Este hecho resulta interesante, pues ilustra la conexión y la simpatía secretas que siempre existen entre los grandes cerebros. Aunque el Sr. Ralph Nickleby no era entonces consciente de ello, la clase de caballero al que acaba de aludirse procede en todas sus transacciones según el mismo principio.

Por lo que hemos dicho de este joven caballero, y por la natural admiración que su carácter suscitará de inmediato en el lector podría quizás inferirse que deberá ser el protagonista de la obra que estamos a punto de iniciar. Para aclarar este punto de una vez por todas, nos apresuramos a sacarlo de su error y a comenzar por fin la historia.

Al morir su padre, Ralph Nickleby, que se había colocado un tiempo atrás en una empresa mercantil en Londres, se aplicó con pasión a su viejo pasatiempo de conseguir dinero, y pronto se halló tan profundamente enterrado y absorbido por él que, durante muchos años, se olvidó por completo de su hermano. Y si en ocasiones algún recuerdo de su antiguo compañero de juegos conseguía llegarle a través de la neblina en la que vivía sumido, porque el oro atrae en torno al hombre una bruma más destructiva y adormecedora de los sentidos que el humo del carbón, ese recuerdo iba acompañado de la idea de que si tuviesen una relación más estrecha, su hermano le habría pedido dinero prestado. Así que el Sr. Ralph Nickleby se encogía de hombros y se decía que era mejor dejar las cosas como estaban.

En cuanto a Nicholas, vivió una vida de soltero en la propiedad patrimonial hasta que se cansó de vivir solo, y entonces tomó por esposa a la hija de un caballero vecino con una dote de mil libras. Esta buena señora dio a luz dos hijos, un varón y una hembra, y cuando el varón tendría unos diecinueve años, y la hembra podríamos calcular que unos catorce, pues los datos exactos de las edades de las jóvenes no se conservaban en ningún registro del país antes de la aprobación del nuevo proyecto de ley, el Sr.

Nickleby miró a su alrededor en busca de los medios para reconstruir su capital, ahora tristemente reducido por este aumento de su familia y los gastos de su educación.

«Úsalo para especular», dijo la Sra. Nickleby.

«¿Usarlo para especular, querida?», preguntó el Sr. Nickleby, como si dudara.

«¿Por qué no?», insistió la Sra. Nickleby.

«Porque si llegáramos a perderlo, querida», prosiguió el Sr. Nickleby, que era lento y se tomaba su tiempo para hablar, «si llegáramos a perderlo, no podríamos seguir viviendo, querida».

«Tonterías», opinó la Sra. Nickleby.

«No estoy del todo seguro de que sean tonterías, querida», dijo el Sr. Nickleby.

«Ahí está Nicholas», continuó la dama, «ya es todo un joven; es hora de que empiece a hacer algo productivo; y Kate también, pobre chica, sin un penique en el mundo. Piensa en tu hermano: ¿acaso sería lo que es si no hubiera especulado?».

«Eso es cierto», observó el Sr. Nickleby. «Muy bien, querida. Sí. Voy a especular, querida».

La especulación es un juego en ronda. Los jugadores ven poco o nada de sus cartas cuando recién empiezan. Las ganancias pueden ser grandes, y también grandes las pérdidas. La racha de suerte fue contraria al Sr. Nickleby: prevaleció un entusiasmo excesivo, la burbuja estalló, y cuatro corredores de bolsa se largaron a vivir en palacetes en Florencia, mientras que cuatrocientos donnadies se arruinaron, entre ellos el Sr. Nickleby.

«Hasta la casa en la que vivo», suspiró el pobre caballero, «puede que me la quiten mañana. No quedará ni uno solo de mis viejos muebles, ¡todo será vendido a extraños!».

Esa última reflexión le dolió tanto que de inmediato se metió en su cama, aparentemente decidido a conservar al menos eso, en cualquier eventualidad.

«¡Anímese, señor!», dijo el boticario.

«No debe abandonarse, señor», dijo la enfermera.

«Cosas como esa pasan todos los días», observó el abogado.

«Y es un pecado rebelarse contra ellas», le susurró el clérigo.

«Eso es lo que no debe hacer ningún padre de familia», agregaron los vecinos.

El Sr. Nickleby sacudió la cabeza e, indicándoles con un gesto que abandonasen la habitación, abrazó a su esposa e hijos y, en cuanto los hubo

apretado, uno tras otro, contra su corazón, que latía lánguidamente, se hundió, exhausto, en su almohada. A ellos les preocupó descubrir que, después de eso, pareció perder la razón, pues durante largo tiempo estuvo balbuceando frases sobre la generosidad de su bondadoso hermano y los viejos tiempos tan alegres en que iban juntos a la escuela. Superado ese ataque de desvarío, los encomendó solemnemente a Aquel que nunca abandona ni a una viuda ni a sus hijos huérfanos de padre, y sonriéndoles suavemente, volvió el rostro hacia el lado opuesto diciendo que creía que ahora podría dormir.

CAPÍTULO 2

SOBRE EL SR. RALPH NICKLEBY, SU ESTABLECIMIENTO Y SUS NEGOCIOS. Y SOBRE UNA GRAN SOCIEDAD ANÓNIMA DE ENORME IMPORTANCIA NACIONAL

Hablando con propiedad, el Sr. Ralph Nickleby no era lo que podría llamarse un comerciante. Tampoco era un banquero, ni un apoderado, ni un redactor de argumentos especiosos, ni un notario. Ciertamente no era un tendero, y menos aún podía aspirar al título de caballero profesional; resulta del todo imposible mencionar cualquier profesión reconocida a la que pudiera pertenecer. Sin embargo, puesto que vivía en una amplia casa en Golden Square, que además de una tarja de bronce en la puerta de la calle tenía otra tarja de bronce, dos veces y media más pequeña, sobre la jamba izquierda, por encima de una réplica, en bronce, del puño de un niño que agarra un fragmento de broqueta donde estaba escrita la palabra «oficina», quedaba claro que el Sr. Ralph Nickleby hacía, o pretendía hacer, negocios de algún tipo. Y si ese hecho requiriese alguna otra evidencia circunstancial, quedaba de sobras demostrado por la presencia diurna, entre las nueve y media de la mañana y las cinco de la tarde, de un hombre de rostro cetrino vestido de un color marrón de herrumbre, sentado sobre una banqueta particularmente dura, en una especie de despensa del mayordomo al final del pasillo, y que siempre tenía una pluma en la oreja cuando, al sonar la campana, él acudía a abrir la puerta.

Aunque algunos miembros de las más serias profesiones viven en torno a Golden Square, esta plaza no está en el camino de nadie que vaya o venga desde o hacia ningún lado. Es una de esas plazas venidas a menos, en un barrio de la ciudad que ha bajado de categoría y ha pasado a alquilar hospedajes. Muchas de sus primeras y segundas plantas se alquilan amuebladas a caballeros solteros, y también se admiten huéspedes. Es un buen sitio de descanso para los extranjeros. Los hombres de piel oscura que portan gruesos anillos y pesadas cadenas de relojes y bigotes tupidos, y que se congregan bajo la columnata de la Ópera y en torno a la taquilla del teatro en la temporada musical, entre las cuatro y las cinco de la tarde, cuando el Sr.

Seguin, el comediante, reparte entradas gratis, todos ellos viven en Golden Square, o a una cuadra de distancia. Dos o tres violinistas y un músico de instrumento de viento de la orquesta de la Ópera residen en estos recintos. Las casas de huéspedes de Golden Square son musicales, y las notas de pianos y arpas flotan en la noche, en torno a la cabeza de la afligida estatua, genio guardián de un bosquecillo de arbustos situado en el centro de la plaza. En las noches veraniegas se abren las ventanas de par en par, y los caminantes pueden ver a grupos de hombres morenos y bigotudos que descansan, sentados sobre los marcos de las ventanas y fumando de un modo atroz. Invaden el silencio de la noche sonidos de voces broncas que cantan a capell, y los humos de tabaco selecto perfuman el aire. Allí, rapé y puros, y pipas germanas y flautas, y violines y violoncelos se disputan la supremacía. Es el reino del canto y del humo. Las bandas callejeras muestran todo lo que valen en Golden Square, y las voces de cantores itinerantes de alegres canciones se vuelven involuntariamente trémulas al alzarse dentro de sus fronteras.

Podría pensarse que no es un sitio muy adecuado para transacciones de negocios; sin embargo, a pesar de ello, el Sr. Ralph Nickleby había vivido allí muchos años sin emitir una queja al respecto. Él no conocía a nadie de los alrededores, y nadie lo conocía a él, aunque disfrutaba de la reputación de ser inmensamente rico. Los comerciantes sostenían que era una especie de abogado, y los demás vecinos opinaban que era más bien un agente general, y ambas conjeturas eran tan correctas y definitivas como suele ser, o tiene que ser, toda conjetura en torno a los negocios del prójimo.

Una mañana, el Sr. Ralph Nickleby estaba sentado en su oficina privada, vestido y listo para salir. Llevaba una chaqueta corta por encima de un abrigo azul; un chaleco blanco, pantalones ceñidos de una variedad de tonos grises y botas Wellington por encima de ellos: la punta de un adornito trenzado de la camisa pugnaba por asomarse, como si insistiera en hacerse notar, entre el mentón y el primer botón de la chaqueta, pieza que no había sido confeccionada con el largo suficiente para ocultar la larga cadena de oro compuesta de una serie de aros sencillos de la cual colgaba un reloj repetidor de oro ubicado en el bolsillo del Sr. Nickleby, y que terminaba en dos llavecillas, una perteneciente al mismo reloj, y la otra a algún candado patentado. Tenía un poco de polvo sobre la cabeza, como para darse un aire más benévolo; pero si esa hubiera sido su intención, habría sido mejor que se empolvara también el rostro, pues algo había en sus arrugas y en su incansable y fría mirada, que parecía delatar, a pesar suyo, su astucia. Fuera lo que fuese, ahí estaba; y puesto que se encontraba en ese momento totalmente

solo, ni el polvo, ni las arrugas ni la mirada tenían el menor efecto, bueno o malo, sobre nadie, y por consiguiente, en este preciso momento no nos importan.

El Sr. Nickleby cerró un libro de cuentas que estaba sobre su escritorio y, dejándose caer en su silla, echó una mirada, con aspecto abstraído, a través de la sucia ventana. Algunas casas londinenses tienen detrás una parcelita melancólica, casi siempre cercada por cuatro altos muros encalados, sometidos a la supervisión de montones de chimeneas. Dentro de ellas se marchita, de año en año, algún árbol tullido que, bien entrado el otoño, ofrece el espectáculo de hacer brotar unas cuantas hojas cuando otros árboles mudan las suyas, y mustio por ese esfuerzo, se detiene a sentir las crujir y secarse con el humo hasta la siguiente temporada, cuando repetirá el mismo proceso, y tal vez, si el clima resulta particularmente propicio, tiene incluso a algún gorrión reumático a gorjear en sus ramas. La gente a veces llama a esos oscuros patios, jardines. Nadie supone que jamás hayan sido sembrados, sino más bien son porciones de terreno no rescatado, con la marchita vegetación de los terrenos de ladrillos originales. A nadie se le ocurre caminar por ese sitio desolado o convertirlo en alguna otra cosa. Tal vez se arrojen allí unas pocas canastas, media docena de botellas rotas, o desechos similares en el momento en que un nuevo inquilino se muda, pero nada más; y allí permanecen los trastos hasta que este vuelve a partir, pues la paja húmeda se demora todo lo que se le antoje en deshacerse, y se la ve mezclada con la caja vacía, la vegetación perennemente sin hojas y atrofiada, y tiestos rotos, diseminados tristemente al azar, presas de los copos de hollín y de la mugre.

Fue a uno de estos sitios adonde el Sr. Ralph Nickleby dirigió la vista mientras permanecía sentado con las manos en los bolsillos, mirando por la ventana. Había fijado la mirada en un abeto torcido, plantado por algún inquilino anterior en una tina que antaño fuera verde, y abandonado allí años atrás, para que se fuera pudriendo poco a poco. No había nada atractivo en ese objeto, pero el Sr. Nickleby estaba sumido en un estado de ensoñación, y seguía sentado, contemplándolo con muchísima más atención que la que se hubiera dignado conceder a la más rara planta exótica de haberse encontrado en un estado de ánimo más consciente. Al cabo, su vista vagó hasta una ventanita sucia a la izquierda, a través de la cual resultaba apenas visible el rostro del empleado, y como por casualidad ese benemérito alzó la mirada, él le hizo una señal para que se le acercase.

Obedeciendo a esa orden, el empleado se bajó de la alta banquetta (a la que había proporcionado un brillante lustre, mediante incontables bajadas y

subidas), y se presentó en la habitación del Sr. Nickleby. Era un hombre alto, de mediana edad, con los dos ojos saltones, uno de los cuales era de vidrio, una nariz rubicunda, un rostro cadavérico, y una combinación de vestimentas (si es que cabe el término, pues para nada combinaban) tanto peores por lo gastadas, en extremo pequeñas, y con tal escasez de botones que resultaba extraordinario que consiguiese aguantárselas encima.

«¿Han sonado las doce y treinta, Noggs?», dijo el Sr. Nickleby, con voz aguda y áspera.

«Solo hora y veinticinco minutos, según...». Noggs iba a agregar «el reloj del establecimiento público», pero se contuvo, y lo sustituyó por: «la hora oficial».

«Mi reloj se ha parado», dijo el Sr. Nickleby: «ignoro por qué».

«Tal vez no tenga cuerda», sugirió Noggs.

«Sí que la tiene», dijo el Sr. Nickleby.

«Exceso de cuerda entonces», replicó Noggs.

«Eso no puede ser», observó el Sr. Nickleby.

«Tiene que ser», dijo Noggs.

«¡Bien!», dijo el Sr. Nickleby, guardando el repetidor en su bolsillo; «quizás sea eso».

Noggs emitió un gruñido peculiar, como acostumbraba hacer al final de todas las disputas con su amo, para indicar que él (Noggs) había ganado, y (puesto que rara vez le dirigía a nadie la palabra, a no ser que se la dirigieran a él) cayó en un severo silencio, y se frotó lentamente las manos, haciendo crujir las coyunturas de sus dedos y torciéndolas en todas las direcciones posibles. La ejecución incesante y en cualquier ocasión de esta operación rutinaria, y la mirada fija y rígida de su ojo sano como para ponerlo a tono con el otro, y para que le resultara imposible a cualquiera discernir hacia dónde o qué estaba mirando eran dos de las numerosas peculiaridades del Sr. Noggs que, a primera vista, llamaban la atención de un observador desprevenido.

«Esta mañana voy a ir a la Taberna de Londres», dijo el Sr. Nickleby.

«¿Una reunión pública?», inquirió Noggs.

El Sr. Nickleby asintió. «Estoy a la espera de una carta del procurador respecto a la hipoteca esa, de Ruddle. Si es que llega, debe estar aquí en el reparto de las dos de la tarde. Aproximadamente a esa hora saldré del barrio financiero e iré caminando hasta Charing Cross, por el lado izquierdo de la vía; si hay alguna carta, ven a mi encuentro, y tráela contigo».

Noggs asintió; y mientras asentía sonó la campana de la oficina. El amo alzó la vista de sus papeles, y el empleado permaneció, tranquilo, en una posición estacionaria.

«La campana», dijo Noggs, como explicando; «¿está usted en casa?».

«Sí».

«¿Para cualquiera?».

«Sí».

«¿También para el cobrador de impuestos?».

«¡No! Que venga en otro momento».

Noggs dejó escapar su gruñido habitual, como para decir «¡ya lo suponía!», y cuando la campana volvió a sonar, se dirigió a la puerta, de la que regresó en compañía de un tal Sr. Bonney, caballero pálido con una violenta prisa que, con los cabellos parados de punta y en gran desorden por toda la cabeza, y una estrechísima corbata blanca anudada holgadamente en el cuello, parecía haber sido despertado de madrugada y no haber tenido tiempo para vestirse.

«Mi querido Nickleby», dijo el caballero, quitándose un sombrero blanco que estaba tan lleno de papeles que casi no se le sostenía sobre la cabeza, no hay un momento que perder; «tengo un cabriolé en la puerta. *Sir* Matthew Pupker va a hablar, y con toda seguridad asistirán tres miembros del Parlamento. A dos de ellos los saqué de la cama, y el tercero, que había estado toda la noche en el Club Crockford's, acaba de irse a casa a ponerse una camisa limpia y a beber una o dos botellas de soda para la resaca, y seguramente se nos reunirá a tiempo para hablar en la reunión. Está un poco excitado por la noche que ha pasado, pero no se preocupe; eso siempre lo hace hablar con más vigor».

«Suena bastante prometedor», dijo el Sr. Ralph Nickleby, cuyos modales sosegados contrastaban fuertemente con la vivacidad del otro hombre de negocios.

«¡Bastante prometedor!», le hizo eco el Sr. Bonney; «es la mejor idea que jamás se haya echado a andar. “Compañía Unida Metropolitana de Horneo Mejorado de Molletes Calientes y Bollos Blandos con Entrega Al Momento. Capital, cinco millones, en quinientas mil acciones de diez libras cada una”. Vaya, hasta el mismísimo nombre hará que el valor de las acciones suba más allá de su valor nominal en diez días».

«Y cuando suba más allá de su valor nominal», dijo el Sr. Ralph Nickleby, sonriente.

«Cuando esto ocurra, ya sabe lo que tiene que hacer con ellas, como lo sabe cualquier otra persona, y cómo salirse en silencio en el momento preciso», dijo el Sr. Bonney, dándole al capitalista una palmada familiar en el hombro. «A propósito, qué hombre tan sobresaliente ese empleado tuyo».

«¡Sí, el pobre diablo!», respondió Ralph, poniéndose los guantes. «Aunque Newman Noggs tuvo sus caballos y lebreles en tiempos pasados».

«¿Sí?», dijo el otro al descuido.

«Sí», continuó Ralph, «y de hecho no hace muchos años. Pero despilfarró su dinero, lo invirtió de cualquier manera, pidió prestado con interés, y, en resumen, primero hizo el ridículo, para luego convertirse en un mendigo. Se dio a la bebida, y tenía un poco de parálisis, y entonces vino aquí a pedir prestada una libra, ya que en sus buenos tiempos yo había... había...».

«Había hecho negocios con él», dijo el Sr. Bonney con una mirada de lo más significativa.

«Exacto», respondió Ralph; «no podía prestárselo, ya sabe usted».

«Oh, claro que no».

«Pero justo en aquel momento yo necesitaba un empleado para que abriera la puerta y esas cosas, así que lo coloqué por caridad, y ha permanecido conmigo desde entonces. Está un poco loco, creo», dijo el Sr. Nickleby, adoptando una mirada caritativa, «pero es bastante útil, el pobre... bastante útil».

El caritativo caballero omitió agregar que Newman Noggs, por estar reducido a la más absoluta pobreza, lo servía por bastante menos que la paga de un chico de trece años; e igualmente omitió mencionar, en su apresurada crónica, que su excéntrica taciturnidad lo volvía una persona especialmente valiosa en un sitio donde se hacían muchos negocios que no debían ser mencionados de puertas para afuera. El otro caballero estaba a todas luces impaciente por marcharse, y acto seguido se apresuraron ambos a abordar el coche de alquiler que los esperaba, tal vez fuera por eso que al Sr. Nickleby se le olvidara mencionar detalles de tan poca importancia.

En el momento en que se acercaban a la calle Bishopsgate de intramuros, y siendo aquel un día de mucho viento, encontraron a media docena de hombres que estaban fijando, del otro lado de la calle de abajo, carteles que anunciaban con letras gigantescas que precisamente a la una en punto se celebraría una reunión pública para tomar en consideración la conveniencia de llevar al Parlamento una petición a favor de la Compañía Unida Metropolitana de Horneo Mejorado de Molletes Calientes y Bollos Blandos con Entrega Al Momento, con capital de cinco millones, en quinientas mil

acciones de diez libras cada una; cifras que aparecían debidamente destacadas en gruesos números negros de considerable tamaño. El Sr. Bonney fue abriéndose camino con mucha energía, a codazos, hasta el piso superior. A su paso recibió muchas reverencias de los camareros que permanecían de pie en los descansos para mostrar la ruta y, seguido por el Sr. Nickleby, se zambulló en una serie de habitaciones que estaban detrás del gran salón público, en la segunda de las cuales había una mesa con aspecto de negocios rodeada por varias personas también con aspecto de negocios.

«¡Muy bien!», exclamó un caballero de papada, al presentarse el Sr. Bonney. «Presidencia, caballeros, presidencia».

Los recién llegados fueron recibidos con aprobación universal, y el Sr. Bonney se apresuró a ocupar la cabecera de la mesa, se quitó el sombrero, se pasó los dedos por el cabello, y con un martillito dio sobre la mesa un toque parecido al que dan a la puerta los cocheros de alquiler, tras lo cual varios caballeros exclamaron «¡muy bien!», asintiendo levemente con gestos de cabeza unos a otros, como diciendo que había sido muy enérgico ese proceder. Justo en ese momento un camarero, con agitación febril, se abalanzó dentro del salón y, abriendo la puerta de un sonoro tirón, exclamó: «*Sir Matthew Pupker*».

El comité se puso de pie y rompió a aplaudir de alegría; y mientras aplaudían entró *Sir Matthew Pupker*, acompañado por dos miembros del Parlamento en persona, uno irlandés y el otro escocés, todos ellos riendo y haciendo reverencias, y con una apariencia tan agradable que parecía algo del todo antinatural que alguna persona pudiera tener el corazón tan duro como para votar en contra de ellos. En especial *Sir Matthew Pupker*, que tenía una cabecita redonda con una peluca muy rubia encima, se dejó arrastrar a tal paroxismo de reverencias, que la peluca amenazaba con caérsele a cada instante. Cuando esos síntomas hubieron amainado en cierto grado, los caballeros que sostenían relaciones de mayor intimidad con *Sir Matthew Pupker* o los otros dos miembros, se apretujaron en torno a ellos formando tres grupitos. Próximos a estos se mantenían de pie, matando el tiempo, los caballeros que no tenían ese tipo de relación cercana con *Sir Matthew Pupker* o los otros dos miembros, y mientras tanto sonreían y se frotaban las manos, con la vehemente esperanza de que ocurriera algo que llamara la atención hacia ellos. Durante todo este tiempo *Sir Matthew Pupker* y los otros dos miembros les contaban a sus círculos cuáles eran las intenciones del gobierno respecto al pago de la cuenta, haciendo un relato completo de lo que el gobierno dijera en un susurro la última vez que cenaron con él, y cómo se

observó que el gobierno hizo un guiño cuando lo dijo; de cuyas premisas ellos no tenían dificultad en concluir que, si el gobierno consideraba más caro a su corazón un objeto que otro, ese objeto sería el bienestar y la ventaja de la Compañía Unida Metropolitana de Horneo Mejorado de Molletes Calientes y Bollos Blandos con Entrega Al Momento.

Mientras tanto, a la espera del arreglo en cuanto al modo en que se procedería y de que se hiciera un justo reparto de los discursos, el público en el amplio salón miraba alternativamente hacia el estrado vacío y hacia las damas que ocupaban la galería de música. A estas mismas diversiones la mayor parte de ellos estaba entregada desde hacía un par de horas, y puesto que las más agradables diversiones empalagan el gusto cuando es demasiado largo su disfrute, los de más severo espíritu comenzaron ahora a patear el piso con los tacones de sus botas, y a expresar su insatisfacción a través de variados abucheos y gritos. Como esos esfuerzos vocales extremos provenían de la gente que más tiempo había permanecido allí, estos eran, naturalmente, los que estaban más cerca de la plataforma y más lejos de los policías asistentes, los cuales, reacios a tener que abrirse paso entre la multitud, pero tratando, no obstante, de conservar la loable intención de hacer algo para aplacar los disturbios, inmediatamente comenzaron a arrastrar hacia friera por las colas y cuellos de sus abrigos a las tranquilas personas que se hallaban más cercanas a la puerta, distribuyendo al mismo tiempo varios golpes certeros y estremecedores con sus porras, al estilo de ese ingenioso actor, el Sr. Polichinela, cuyo brillante ejemplo, tanto por el estilo de las armas que portan como por su uso, ocasionalmente sigue esta rama del poder ejecutivo.

Varias emocionantes escaramuzas estaban teniendo lugar cuando un grito muy alto atrajo la atención incluso de los beligerantes, y entonces se precipitó sobre la plataforma, a partir de una puerta lateral, una larga fila de caballeros que, habiéndose quitado los sombreros, y todos ellos mirando a sus espaldas, estallaron en sonoros vítores, cuya causa quedó suficientemente explicada cuando *Sir Matthew Pupker* y los otros dos verdaderos miembros del Parlamento se adelantaron al proscenio, y, en medio de gritos ensordecedores, y mediante mímica, testimoniaron, unos a otros, que jamás habían visto algo tan glorioso como aquello en todo el transcurso de sus carreras de servicio público.

Finalmente la asamblea dejó de gritar, pero al ser elegido *Sir Matthew Pupker* para ocupar la presidencia, se produjo una recaída que duró cinco minutos. Una vez concluida esta, *Sir Matthew Pupker* expresó lo que debían ser sus sentimientos en aquel gran momento, y lo que debía ser aquel gran

momento a la vista del mundo, y cuán grande debía ser la inteligencia de los conciudadanos que lo precedieron en el uso de la palabra, y cuán notables debían ser la riqueza y respetabilidad de los honorables amigos que intervendrían después de él; y, por último, cuán importante debía ser todo esto para la riqueza, la felicidad, el confort, la libertad y la existencia misma de un pueblo libre y grande, y para una institución como la Compañía Unida Metropolitana de Horneo Mejorado de Molletes Calientes y Bollos Blandos con Entrega Al Momento.

Entonces se presentó el Sr. Bonney para promover la primera resolución. Tras pasarse la mano derecha por los cabellos, y encajarse la izquierda con un gesto suave en las costillas, entregó su sombrero al cuidado del caballero de papada (que en general hacía el papel de una especie de aguantabotellas de los oradores) y dijo que les leería la primera resolución: «Que esta reunión contempla con alarma y aprensión el estado actual del comercio de molletes en esta metrópoli y sus alrededores; que considera que los Chicos Molletes, tal como están constituidos en la actualidad, no merecen la confianza del público, y que juzga que todo el sistema de molletes es igualmente perjudicial para la salud y la ética de las personas, y subversivo respecto a los mejores intereses de una gran comunidad comercial y mercantil». El honorable caballero pronunció un discurso que arrancó lágrimas de los ojos de las damas, y despertó las más vivas emociones en todos los individuos presentes. Había visitado las casas de los pobres en los distintos distritos de Londres, y los había hallado carentes del más leve vestigio de un mollete, y había sobradas razones para creer que algunos de esos indigentes no los probaban desde hacía un año. Había descubierto que entre los vendedores de molletes había embriaguez, corrupción y libertinaje, atribuibles a la degradante naturaleza de su empleo tal como se ejercía en el presente. Había hallado los mismos vicios entre las clases más pobres de gentes que deberían ser consumidores de molletes, y esto lo atribuía a la desesperación engendrada por el hecho de no tener a su alcance ese nutritivo artículo, lo cual los impulsaba a buscar un falso estimulante en los intoxicantes alcoholes. Se proponía probar ante un comité de la Cámara de los Comunes, que existía una conspiración para mantener elevado el precio de los molletes, y para asegurar su monopolio a los compañeros que los venden. Lo demostraría a partir de los propios compañeros que medraban en la barra de esa Cámara, y también demostraría que esos hombres se comunican unos con otros a través de palabras y signos secretos como «Mofas, Walker, Ferguson, ¿Tiene Razón Murphy?»^[12] y muchos más. Era ese triste estado de cosas el que la compañía

se proponía rectificar. Primero por la vía de prohibir bajo severas penas todo comercio privado de molletes de cualquier tipo; y, segundo, abasteciendo ellos mismos al público en general, y al pobre en su propio hogar, con molletes de primera calidad a precios módicos. Fue con ese objetivo que su patriótico presidente, *Sir Matthew Pupker*, presentó un proyecto de ley al Parlamento. Era para apoyar ese proyecto que se encontraban reunidos. Serían los partidarios de este proyecto los que conferirían brillantez y esplendor eternos a Inglaterra, bajo el nombre de Compañía Unida Metropolitana de Horneo Mejorado de Molletes Calientes y Bollos Blandos con Entrega Al Momento, que contaba —quería por último agregar— con un capital de cinco millones, en quinientas mil acciones de diez libras cada una.

El Sr. Ralph Nickleby secundó la resolución, presentando, al igual que otro caballero, una moción de enmienda a fin de que se insertaran las palabras «y bollo blando» tras la palabra mollete, dondequiera que esta apareciera, tras lo cual la resolución fue aprobada triunfalmente. Solo un hombre entre la multitud exclamó «¡no!» y con toda presteza fue detenido y sacado de allí.

La segunda resolución, que reconocía la urgencia de abolir cuanto antes «a todos los vendedores de molletes (o bollos blandos), a todos los que comercian con molletes (o bollos blandos) de cualquier descripción, sean varones o hembras, niños o adultos, toquen campanitas o cualquier otra cosa», fue auspiciada por un caballero grave con aspecto de semiempleado, que, de inmediato, se sumergió en patetismos tan profundos, que, de un golpe, el primer orador quedó totalmente opacado. Se habría oído caer un alfiler ¡un alfiler!, una pluma, mientras describía las crueldades infligidas a los chicos vendedores de molletes por sus amos, lo cual, según urgía sabiamente, era razón más que suficiente para establecer esa inestimable compañía. Parecía que los desdichados jóvenes eran arrojados cada noche a las calles húmedas en las más inclementes épocas del año, para que deambularan en la oscuridad y bajo la lluvia o quizás bajo el granizo o la nieve a lo largo de muchas horas, sin techo, alimento o calor. Y que el público jamás olvide ese último punto, pues mientras que los molletes estaban dotados de vestimentas y frazadas tibias, los chicos estaban totalmente desprovistos de ellas, y dependían de sus propios míseros recursos. (¡Qué vergüenza!). El honorable caballero relató el caso de un chico vendedor de molletes que, habiendo sido expuesto a este sistema inhumano y bárbaro durante no menos de cinco años, al cabo sucumbió, víctima de un resfrío en el cráneo en el que fue gradualmente hundiéndose hasta empezar a sudar y recuperarse. Esto lo podría jurar, por su propia autoridad, pero había oído (y no tenía razones para dudar) de una

circunstancia aún más lamentable y espantosa. Había oído del caso de un chico vendedor de molletes que era huérfano y que, arrollado por un coche de alquiler, fue conducido al hospital, donde le amputaron la pierna por debajo de la rodilla, y ahora de hecho proseguía su ocupación con muletas. ¡Fuente suprema de justicia!, ¿acaso deben seguir pasando estas cosas?

Este fue el aspecto del tema que se robó la reunión, y tal era el estilo de discurso que ganaba sus simpatías. Los hombres gritaron, las damas sollozaron encima de sus pañuelitos hasta humedecerlos, y los agitaron hasta secarlos. La emoción era tremenda, y el Sr. Nickleby murmuró al oído de su amigo que las acciones debían de haber alcanzado a partir de ese momento el veinticinco por ciento por encima de su valor nominal.

Por supuesto, esta resolución se aprobó con estruendosas aclamaciones, y todos los presentes alzaban ambas manos para apoyarla, y, en su entusiasmo, habrían alzado también ambas piernas, de haber podido hacerlo sin perder la necesaria compostura. Una vez hecho esto, el proyecto de petición fue leído en su totalidad, y la petición decía, como en efecto dicen todas las peticiones, que los suplicantes eran muy humildes, y aquellos a quienes suplicaban eran muy honorables, y el objetivo muy virtuoso, por lo tanto (decía la petición) el proyecto debía ser convertido en ley de inmediato, por el honor y la gloria eternos de esa honorabilísima y gloriosísima Cámara de los Comunes de Inglaterra reunida en el Parlamento.

Entonces el caballero que había estado en Crockford s toda la noche, y al que, por consiguiente, se le veía muy mal el contorno de los ojos, se adelantó para decir a sus compatriotas el tipo de discurso que pensaba hacer a favor de esa petición dondequiera que esta fuese presentada, y el modo desesperado en que pensaba insultar al Parlamento si rechazaba ese proyecto; y comunicarles también que lamentaba que sus honorables amigos no hubieran insertado una cláusula que hiciera obligatoria la compra de molletes y de bollos blandos para todas las clases de la comunidad, cláusula que él, contrario a las medias tintas y partidario de agarrar el toro por los cuernos, se juró proponer y llevar a votación en un comité. Tras anunciar esta determinación, el honorable caballero se mostró jocosos, y puesto que las botas de marca, los guantes de cabritilla color verde limón y un abrigo con cuello de piel ayudan enormemente a los chistes, se produjo una inmensa risotada y muchas aclamaciones y, además, un tan brillante despliegue de pañuelitos femeninos que el caballero crítico de la injusticia quedó bastante opacado.

Y cuando se hubo leído la petición, poco antes de ser aprobada, tomó la palabra el miembro irlandés del parlamento (que era un joven de ardiente

temperamento), para pronunciar un discurso como solo un miembro irlandés puede hacerlo: rezumante del alma y el espíritu verdaderos de la poesía, y de tanto fervor arrasador que solo mirarlo a él entibiaba el corazón; en el discurso dijo cómo exigiría la extensión de esa gran obra a su país natal; cómo exigiría para su país igualdad de derechos tanto en lo referido a la ley de los molletes como en cualquier otra ley; y cómo aún esperaba ver el día en que los bollos blandos fueran tostados en sus humildes cabañas, y campanitas de molletes sonaran en toda la extensión de sus ricos y verdes valles. Y tras él habló el miembro escocés, con variadas y simpáticas alusiones al probable monto de las ganancias, lo que aumentó el buen humor que la poesía había despertado. Y el conjunto de los discursos hizo exactamente lo que se proponían hacer, al dejar sembrada en las mentes de los oyentes la convicción de que no había ninguna especulación tan prometedora, ni al mismo tiempo tan digna de elogio, como la Compañía Unida Metropolitana de Horneo Mejorado de Molletes Calientes y Bollos Blandos con Entrega Al Momento.

Así que la petición a favor del proyecto de ley fue aprobada, y la reunión concluyó con aclamaciones, y el Sr. Nickleby y los demás directores fueron a la oficina a almorzar, como hacían cada día a la una y media en punto; y, para recompensarse por sus desvelos (puesto que la compañía aún estaba en pañales), solo cobraron tres guineas a cada hombre por su asistencia.

CAPÍTULO 3

EL SR. RALPH NICKLEBY RECIBE TRISTES NOTICIAS DE SU HERMANO, PERO SE COMPORTA CON NOBLEZA AL TENER CONOCIMIENTO DE ELLAS. SE LE INFORMA AL LECTOR CUÁNTO QUERÍA EL TÍO A NICHOLAS, QUE ES PRESENTADO AQUÍ, Y CON CUANTA BONDAD SE PROPONÍA CONSTRUIR DE INMEDIATO SU FORTUNA

Habiendo prestado su entusiasta asistencia a la liquidación del almuerzo, con toda la presteza y la energía que se cuentan entre las más importantes cualidades que puedan poseer los hombres de negocios, el Sr. Ralph Nickleby se despidió cordialmente de sus coespeculadores, y orientó sus pasos hacia el oeste con inusitado buen humor. Al pasar por la zona de la iglesia de San Pablo, se detuvo frente a una puerta para poner en hora su reloj, y estando concentrado en esa acción, con la llave en la mano y la vista puesta en la esfera del reloj de la catedral, de repente un hombre se detuvo frente a él. Era Newman Noggs.

«¡Ah! Newman», dijo el Sr. Nickleby alzando la vista mientras proseguía su ocupación. «Llegó la carta de la hipoteca, ¿no? Ya me imaginaba que llegaría».

«Pues no», respondió Newman.

«¡Cómo! ¿Y no se ha presentado nadie en relación con ese asunto?», preguntó el Sr. Nickleby, y luego hizo una pausa. Noggs sacudió la cabeza en gesto negativo.

«Entonces, ¿qué fue lo que llegó?», preguntó el Sr. Nickleby.

«Llegué yo», dijo Newman.

«¿Y qué más?», exigió el amo con severidad.

«Esto», dijo Newman, sacándose lentamente una carta sellada del bolsillo; con matasellos, proveniente de la calle Strand, con lacre negro, orla negra, escritura de mujer, iniciales CN en la esquina superior.

«Lacre negro», dijo el Sr. Nickleby, echándole una ojeada a la carta. «Tampoco esa escritura me es ajena, Newman. No me sorprendería que mi hermano hubiese muerto».

«Ya supongo que no le sorprendería», dijo Newman calmadamente.

«¿Por qué no, señor?», preguntó el Sr. Nickleby.

«Usted nunca se sorprende», respondió Newman. «Eso es todo».

El Sr. Nickleby le arrebató la carta a su asistente, y después de mirarlo con frialdad, la abrió, la leyó, se la guardó en el bolsillo y, tras haber puesto, ahora sí, el reloj en la hora exacta, empezó a darle cuerda.

«Es justo lo que esperaba, Newman», dijo el Sr. Nickleby mientras proseguía esa ocupación. «Está muerto. ¡Ay! Bueno, es algo repentino. No debí pensarlo, realmente». Con esas conmovedoras expresiones de pesar, el Sr. Nickleby volvió a meterse el reloj en el bolsillito, y tras ajustarse bien los guantes, se puso nuevamente en marcha dirigiéndose lentamente hacia el oeste de la ciudad con las manos entrelazadas a la espalda.

«¿Dejó hijos?», preguntó Noggs, dándole alcance.

«Pues de eso se trata precisamente», respondió el Sr. Nickleby, como si estuviese pensando en ellos en ese momento. «Dos lo sobreviven».

«¡Dos!», repitió Newman Noggs, en voz baja.

«Y la viuda también», agregó el Sr. Nickleby, «y los tres en Londres, ¡malditos sean! Los tres aquí, Newman».

Newman se quedó un poco atrás de su amo, y tenía el rostro extrañamente torcido, como por un espasmo. Pero si era parálisis, o aflicción o risa contenida, posiblemente nadie más que él podía saberlo. La expresión del rostro de un hombre comúnmente ayuda a entender sus pensamientos, o sirve como glosario de su habla; pero la faz de Newman Noggs, en sus estados de ánimo habituales, planteaba un problema insoluble a cualquier monto de ingenio.

«¡Vete a casa!», dijo el Sr. Nickleby cuando hubieron andado unos pocos pasos, volviéndose para mirar al empleado como si fuese su perro. Apenas había pronunciado esas palabras y ya Newman corría al otro lado de la vía para introducirse furtivamente en la multitud y desaparecer en un instante.

«¡Razonable, claro!», murmuró el Sr. Nickleby para sí mientras andaba, «¡muy razonable! Mi hermano jamás hizo nada por mí, y yo nunca esperé que lo hiciera. Apenas exhala el último aliento y ya vuelven la vista hacia mí para que mantenga a una mujerona saludable y a un chico y una chica ya crecidos. ¿Qué son para mí? Yo nunca los vi».

Sumergido en estas y otras reflexiones de tipo similar, el Sr. Nickleby cubrió la mayor parte del camino hasta el Strand y, volviendo a mirar la carta, como para estar seguro del número de la casa deseada, se detuvo a la puerta

de un inmueble privado ubicado aproximadamente a la mitad de esa concurrida arteria.

Allí vivía algún pintor de miniaturas, porque había una gran vitrina dorada, atornillada a la puerta de la calle, en la que se exhibían, sobre un fondo de terciopelo negro, dos retratos de abrigos navales de gala, de los que asomaban unos rostros con telescopios adjuntados. Uno era de un joven caballero en uniforme de fuerte color vermellón, y que blandía un sable. El otro pertenecía a un personaje literario de ancha frente, con pluma y tintero, seis libros y una cortina. Había, además, una conmovedora representación de una joven que leía un manuscrito en un bosque insondable, y un encantador cuerpo entero de un niño cabezón, sentado en una banqueta con las piernas reducidas al tamaño de cucharitas. Aparte de estas obras de arte, había muchas cabezas de ancianas y ancianos que se prodigaban unos a otros sonrisas afectadas sobre fondos de cielos azules y marrones, y una tarjeta de presentación elegantemente escrita, con la orla estampada en relieve.

El Sr. Nickleby echó una ojeada a estas frivolidades con sumo desprecio, y dio dos golpes en la puerta. Tras repetir la operación por tercera vez, una joven sirvienta de rostro extraordinariamente sucio acudió a abrir.

«¿Está en casa la Sra. Nickleby, moza?», preguntó Ralph, cortante.

«Su apellido no es Nickleby», dijo la chica, «querrá decir La Creevy».

El Sr. Nickleby miró con mucha indignación a la criada por haberle corregido, y preguntó con suma aspereza qué quería ella decir, lo cual la sirvienta estaba a punto de responder cuando una voz femenina, emergida de una escalera perpendicular al final del pasillo, preguntó que a quién buscaban.

«A la Sra. Nickleby», dijo Ralph.

«Es el segundo piso, Hannah», dijo la misma voz; «¡mira que eres estúpida! ¿Está en casa el segundo piso?».

«*Arguien acaba e salir ajora mimito*, pero creo que era el desván que se había *estao* limpiando», respondió la chica.

«Más vale que vayas a ver», dijo la mujer invisible. «Indícale al caballero dónde está la campana, y dile que no debe golpear la puerta para llamar al segundo piso. No puedo permitir que toquen a menos que esté rota la campana, y en ese caso tienen que ser dos toques separados».

«Oiga», dijo Ralph, entrando sin más ceremonia, «Perdone; ¿es la Srta. La... cómo es que se llama?».

«Creevy, La Creevy», respondió la voz, al tiempo que un tocado amarillo se asomaba por encima del pasamanos.

«Permítame dos palabras, señora, con su permiso», dijo Ralph.

La voz respondió que el caballero subiera; pero para entonces él ya había subido, y al llegar al primer piso, fue recibido por la portadora del tocado amarillo, que tenía un vestido que combinaba con dicho tocado y era ella misma casi de ese mismo color. La Srta. La Creevy era una remilgada joven de cincuenta años, y el apartamento de la Srta. La Creevy era la vitrina dorada de los bajos, a mayor escala y algo más sucia.

«¡Ejem!», dijo la Srta. La Creevy, tosiendo con delicadeza detrás de su mitón de seda negra. «Supongo que una miniatura. Un rostro de fuertes rasgos a esos efectos. ¿Ha posado antes?».

«Según veo, se equivoca usted respecto a mi objetivo, señora», respondió el Sr. Nickleby de ese modo suyo siempre tan directo. «No tengo dinero para malgastar en miniaturas, señora, y nadie a quien regalarle una (gracias a Dios) si lo tuviera. Al verla en la escalera quise hacerle una pregunta sobre unos inquilinos de este lugar».

La Srta. La Creevy volvió a toser para ocultar con la tos su desengaño y dijo, «¡Oh, ya lo creo!».

«Deduzco, por lo que le dijo a su sirvienta, que el piso superior le pertenece a usted, señora», dijo el Sr. Nickleby.

Así era, respondió la Srta. La Creevy. La parte superior de la casa le pertenecía, y por no tener necesidad en ese momento de las habitaciones del segundo piso, acostumbraba a alquilarlas. En efecto, en ese instante se encontraba allí alojada una dama del interior con sus dos hijos.

«¿Una viuda, señora?», dijo Ralph.

«Sí, es una viuda», respondió la dama.

«¿Una viuda pobre, señora?», dijo Ralph, poniendo mucho énfasis en ese pequeño adjetivo tan significativo.

«Bien, me temo que es pobre», prosiguió la Srta. La Creevy.

«Ocurre que sé que lo es, señora», dijo Ralph. «Ahora bien, ¿qué hace una pobre viuda en una casa como esta, señora?».

«Muy cierto», respondió la Srta. La Creevy, en absoluto disgustada con el elogio que ello implicaba para su residencia. «Enormemente cierto».

«Conozco íntimamente las circunstancias en que se encuentra», dijo Ralph; «de hecho estoy emparentado con la familia, y yo le recomendaría que no los deje permanecer aquí, señora».

«Yo confío en que, de haber alguna imposibilidad para cumplir las obligaciones monetarias», dijo la Srta. La Creevy volviendo a toser, «la familia de la dama...».

«No, no lo harán, señora», interrumpió Ralph con premura. «Ni lo piense».

«Si debo entenderlo así», dijo la Srta. La Creevy, «el caso se presenta bajo una luz muy distinta».

«Pues entiéndalo entonces así, señora», dijo Ralph, y dé los pasos consecuentes. «Yo soy la familia, señora... al menos, creo que soy el único pariente que tienen, y creo que lo correcto es que usted sepa que no estoy dispuesto a mantener sus extravagancias. ¿Por cuánto tiempo han alquilado estos aposentos?».

«Solo de semana en semana», respondió la Srta. La Creevy. «La Sra. Nickleby pagó la primera semana por adelantado».

«Entonces más vale que los saque de aquí en cuanto termine», dijo Ralph. «Lo único que pueden hacer es regresar al campo, señora; aquí son un estorbo para todos».

«Seguro», dijo la Srta. La Creevy, frotándose las manos. «Si la Sra. Nickleby alquiló los apartamentos sin poseer los medios para pagar, eso está muy mal hecho de parte de una dama».

«Claro que sí, señora», dijo Ralph.

«Y naturalmente», continuó la Srta. La Creevy: «yo, que por el momento, ejem, soy una dama sin protección, no puedo darme el lujo de tener pérdidas por los apartamentos».

«Claro que no puede, señora», respondió Ralph.

«Aunque al mismo tiempo», agregó la Srta. La Creevy, que obviamente vacilaba entre su bondad y su interés, «no puedo decir nada malo de la señora, que es en extremo agradable y afable, aunque, pobrecita, parece tener el ánimo muy decaído; ni tampoco tengo nada en contra de los chicos, pues no pueden existir jóvenes más agradables ni de mejor comportamiento».

«Muy bien, señora», dijo Ralph, volviéndose en dirección a la puerta, pues esos panegíricos sobre la pobreza lo irritaban, «he cumplido con mi deber, y tal vez más de lo debido. Claro, nadie me agradecerá haber dicho lo que dije».

«Con toda seguridad al menos yo le estoy muy agradecida, señor», dijo la Srta. La Creevy con modales llenos de gracia. «¿Accedería usted a mirar algunas muestras de mis pinturas?».

«Es usted muy gentil, señora», dijo el Sr. Nickleby, alejándose a gran velocidad, «pero como tengo que hacer una visita a los altos, y mi tiempo es oro, realmente no puedo».

«En cualquier otro momento en que pase por aquí, tendría mucho gusto», dijo la Srta. La Creevy. «¿Tal vez tenga usted la bondad de tomar una tarjeta de presentación? Gracias... buenos días».

«Buenos días, señora», dijo Ralph, cerrando abruptamente la puerta tras de sí para evitar cualquier conversación adicional. «Veamos ahora a mi cuñada. ¡Bah!».

Subía el Sr. Ralph Nickleby otra escalera perpendicular, compuesta, con enorme ingenio, solo de peldaños esquinados, cuando, habiéndose detenido a recuperar el aliento en el descanso, lo alcanzó la criada, a quien la Srta. La Creevy, por una cuestión de modales, había enviado a anunciarlo. Al parecer, la chica, desde su aparición anterior había estado haciendo una variedad de infructuosos intentos de limpiarse el sucio rostro con un delantal aún más sucio.

«¿Nombre?», dijo la chica.

«Nickleby», respondió Ralph.

«¡Oh! Sra. Nickleby», dijo la chica, abriendo la puerta de par en par, «aquí está el Sr. Nickleby».

Una dama ataviada de luto cenado se puso de pie al entrar el Sr. Ralph Nickleby, pero pareció incapaz de adelantarse a recibirlo, apoyándose entretanto en el brazo de una menuda pero muy bella joven de unos diecisiete años que había estado sentada junto a ella. Un joven, que parecía un año o dos mayor, se adelantó y saludó a Ralph como su tío.

«Oh», gruñó Ralph, frunciendo el entrecejo en un gesto feo, «supongo que eres Nicholas».

«Así me llamo, señor», respondió el joven.

«Toma mi sombrero», dijo Ralph con tono autoritario. «Bien, señora, ¿cómo está usted? Tiene que fortalecerse contra la pena, señora; yo siempre lo hago».

«¡Mi pérdida no fue algo corriente!», dijo la Sra. Nickleby, llevándose el pañuelo a los ojos.

«No fue una pérdida poco corriente, señora», le respondió Ralph, mientras se desabotonaba, impertérrito, la chaqueta. «Todos los días mueren esposos, señora, y esposas también».

«Y hermanos también, señor», dijo Nicholas, con un repunte de indignación.

«Sí, señor, y cachorros, y doguillos igualmente», replicó su tío, sentándose en una silla. «En su carta, usted no mencionó cuál fue la dolencia de mi hermano, señora».

«Los doctores no pudieron achacar su muerte a ninguna enfermedad en particular», dijo la Sra. Nickleby, derramando lágrimas. «Tenemos muchas razones para temer que las penas le partieron el corazón».

«¡Qué va!», dijo Ralph, «eso no existe. Puedo entender que un hombre muera porque se le partió el cuello, o que tenga un brazo partido, o la cabeza partida, o una pierna partida, o una nariz partida. Pero el corazón partido... tonterías, son las gazmoñerías del momento. Si un hombre no puede pagar sus deudas, muere porque se le parte el corazón, y su viuda es una mártir».

«Tengo entendido que hay gente que carece de corazón y por eso no se le puede romper», observó Nicholas, tranquilo.

«¿Qué edad tiene este mocoso, por Dios?», preguntó Ralph, empujando hacia atrás su silla y escrutando a su sobrino de la cabeza a los pies con intenso desdén.

«Nicholas tiene ya casi diecinueve años», respondió la viuda.

«¡Diecinueve, eh!», dijo Ralph, «¿y qué piensa hacer usted para ganarse el pan, señor?».

«Ser mantenido por mi madre no, con seguridad» respondió Nicholas, con el corazón a punto de salirse de su pecho.

«De ser así tendría poco de qué vivir», replicó el tío, mirándolo con desprecio.

«En cualquier circunstancia», dijo Nicholas, con el rostro encendido por la rabia, «no sería a usted a quien acudiría».

«Nicholas, querido, compórtate», lo regañó la Sra. Nickleby.

«Querido Nicholas, te lo ruego», lo conminó la joven.

«Sujete su lengua, señor», dijo Ralph. «¡Le juro, Sra. Nickleby, que empezamos bien!... ¡muy bien!».

La Sra. Nickleby, por toda respuesta, hizo señas a Nicholas para que se mantuviese callado, y el tío y el sobrino se miraron durante unos segundos sin decir palabra. El rostro del anciano era severo, de rasgos duros e imponentes. El del joven era abierto, bien parecido e ingenuo. En los ojos del viejo brillaba el fulgor de la avaricia y la astucia; en los del joven resplandecían la inteligencia y el espíritu. Su figura era algo menuda, pero varonil y bien formada; y además de toda la gracia y la gentileza de la juventud, algo transmitía su cálido y joven corazón a su aspecto y su porte, que mantenía acoquinado al anciano.

Por más que impresione a cualquier espectador ese contraste, nadie lo percibirá con tanta intensidad y agudeza perfectas como aquel que siente en el fondo de su alma el modo en que resalta su inferioridad.

Esto llenó de hiel lo más profundo del corazón de Ralph, y desde ese momento odió a Nicholas.

El examen recíproco concluyó al cabo cuando Ralph retiró la vista con un marcado gesto de desdén y llamó a Nicholas «mocoso». Esta palabra es muy usada por los caballeros de edad avanzada en tono de reproche al dirigirse a los jóvenes, probablemente para engañar a la sociedad y hacer creer que si pudieran volver a ser jóvenes por nada del mundo lo aceptarían.

«Bien, señora», dijo Ralph con impaciencia, «¿los acreedores han actuado, según me dice usted, y no le queda nada?».

«Nada», respondió la Sra. Nickleby.

«¿Y usted se gastó el poco dinero que tenía en venir hasta Londres, para ver qué podría hacer yo por ustedes?», prosiguió Ralph.

«Yo esperaba», dijo la Sra. Nickleby con vacilación, «que usted estuviera dispuesto a hacer algo por los hijos de su hermano. En su lecho de muerte me pidió que en lo referente a ellos apelase a usted».

«No sé cómo es posible», murmuró Ralph, paseándose a un lado y a otro de la habitación, «que los hombres que mueren y carecen de bienes se crean con derecho de disponer de los bienes de los demás. ¿Qué sabe hacer su hija, señora?».

«Kate ha sido bien educada», sollozó la Sra. Nickleby. «Dile a tu tío, querida, cuánto adelantaste en francés y otras asignaturas adicionales».

La pobre chica estaba a punto de murmurar algo cuando su tío la detuvo de manera descortés.

«Tenemos que tratar de inscribirte en algún internado», dijo Ralph. «¿No te habrán criado con demasiada delicadeza para eso, espero?».

«No, claro que no, tío», respondió la chica, sollozando. «Estoy dispuesta a hacer cualquier cosa para tener un hogar y pan».

«Bien, bien», dijo Ralph, un poco ablandado, o bien por la belleza de su sobrina o por su angustia (hágase una excepción y dígase lo segundo). «Debes intentarlo, y si esa vida te resulta demasiado dura, entonces quizás el bordado de confecciones de vestir sea más ligero. Y usted, ¿ha hecho algo alguna vez, señor?», inquirió volviéndose hacia su sobrino.

«No», respondió Nicholas sin tapujos.

«Me lo temía», dijo Ralph. «Así es cómo mi hermano crio a sus hijos, señora».

«A Nicholas le falta por completar la poca educación que su padre pudo darle», prosiguió la Sra. Nickleby, «y él pensaba...».

«Convertirlo en una persona de valor algún día», completó Ralph. «La misma vieja historia, siempre pensando, y nunca obrando. Si mi hermano hubiera sido un hombre activo y prudente, usted ahora sería rica, señora. Y si

hubiera enviado a su hijo al mundo, como mi padre me envió a mí, cuando yo era año y medio más joven que ese chico, ahora él estaría en condiciones de ayudarla, en vez de ser una carga para usted, y de aumentar su angustia. Mi hermano fue un hombre irreflexivo y desconsiderado, Sra. Nickleby, y estoy seguro de que nadie lo sabe mejor que usted».

Esta observación hizo que la viuda se preguntase si tal vez ella hubiera podido hacer un negocio más exitoso con sus mil libras, y acto seguido pensó cuán bienvenida hubiera sido esa suma justo en aquel momento, y esos sombríos pensamientos la hicieron derramar aún más lágrimas, y, en el colmo de su aflicción (por ser ella una mujer de buenas intenciones, pero más bien débil) primero se puso a deplorar su duro destino, y luego a quejarse, entre sollozos, de que ella había sido en realidad la esclava del pobre Nicholas, y que a menudo le había dicho a su esposo que ella podría haber tenido un mejor matrimonio (ciertamente se lo había dicho, y muy a menudo), y que en vida de él, ella nunca supo adónde iba a parar el dinero, pero que si él se hubiera dejado aconsejar por ella ahora estarían mucho mejor; unido todo esto a otros amargos recuerdos comunes a la mayoría de las señoras casadas, ya fuese de la época del noviazgo, de la época posterior a él, o de ambos períodos. La Sra. Nickleby concluyó lamentando que su ser querido nunca se había dignado a sacar provecho de sus consejos, salvo en una ocasión. Y esta era una afirmación estrictamente veraz, pues la única vez que él siguió sus consejos se arruinó.

El Sr. Ralph Nickleby escuchó todo esto con una media sonrisa. Y cuando la viuda hubo concluido, tranquilamente retomó el tema justo donde estaba antes del estallido recién descrito.

«¿Está usted dispuesto a trabajar, señor?», preguntó a su sobrino, frunciendo el ceño.

«Por supuesto que sí», respondió Nicholas con arrogancia.

«Entonces escuche, señor», dijo su tío. «Esto me llamó la atención hoy por la mañana, y puede usted agradecerse a su suerte».

Tras esta introducción, el Sr. Ralph Nickleby se sacó un periódico del bolsillo y, después de desdoblarlo y de buscar unos instantes entre los anuncios, leyó lo que sigue:

«Educación. En la Academia del Sr. Wackford Squeers, Colegio Mayor de Dotheboys, en el encantador poblado de Dotheboys, cerca de Greta Bridge, en Yorkshire. Los jóvenes reciben cama, ropa, libros y dinero de bolsillo. Se les suministran todas las necesidades, se les instruye en todas las lenguas, vivas y muertas; matemáticas, ortografía, geometría, astronomía,

trigonometría, el uso de los globos terráqueos, álgebra, esgrima con palos (si se requiriese), escritura, aritmética, fortificación y todas las demás ramas de la literatura clásica. Precio, veinte guineas al año. Sin extras, sin vacaciones, y una dieta sin paralelo. El Sr. Squeers está en el poblado, y recibe diariamente, de la una a las cuatro, en Cabeza del Sarraceno, Carretera de Loma Nevada. Atención: se necesita un asistente apropiado. Salario anual, cinco libras esterlinas. Se preferiría a un maestro de artes».

«Vaya», dijo Ralph, volviendo a doblar el papel. «Déjelo ocupar esa plaza, y su fortuna está hecha».

«Pero él no es un Maestro de artes», dijo la Sra. Nickleby.

«Eso», respondió Ralph, «creo que podremos resolverlo».

«¡Pero el salario es tan exiguo, y el lugar tan lejos, tío!», dijo Kate, titubeando. «Chitón, Kate, querida», interrumpió la Sra. Nickleby; «tu tío debe saber qué es lo mejor».

«Oigo», repitió Ralph con aspereza, «que tome ese puesto, y su fortuna estará hecha. Si no le gusta, que busque uno él mismo. Sin amigos, dinero, recomendaciones o conocimiento de negocios de ningún tipo, déjelo que busque empleo honesto en Londres sin gastar las suelas de sus zapatos, y le daré mil libras. Al menos», dijo Ralph Nickleby, rectificándose, «lo haría si las tuviera».

«¡Pobrecito!», intervino la joven. «¡Oh!, tío, ¿tan pronto tendremos que separarnos?».

«No molestes a tu tío con preguntas cuando solo está pensando en nuestro beneficio, cariño», dijo la Sra. Nickleby. «Nicholas, querido, quisiera que dijeras algo». «Si, mamá, sí», dijo Nicholas, que hasta ese momento había permanecido en silencio y absorto en sus pensamientos. «Si tengo suerte suficiente para ser nombrado en ese puesto para el que tan poco cualificado estoy, señor, ¿qué será de aquellos a quienes abandono?».

«Su madre y su hermana, señor», respondió Ralph, «serán mantenidas, en ese caso (y no en otro), por mí, y ubicadas en alguna esfera de la vida en la que puedan ser independientes. Esa será mi responsabilidad inmediata. No permanecerán tal como están ahora una semana después de que usted parta. Yo me encargaré».

«Entonces», dijo Nicholas, poniéndose de pie alegremente y apretando la mano de su tío, «estoy dispuesto a hacer cualquier cosa que usted requiera de mí. Probemos nuestra suerte con el Sr. Squeers cuanto antes. Aunque tal vez él me rechace».

«No lo haré», dijo Ralph. «Le alegrará tomarlo a usted con mi recomendación. Séale útil, y en un santiamén ascenderá a socio en ese establecimiento. ¡Caramba, piense! Si él muriese, la fortuna de usted quedaría asegurada».

«¡Claro! Puedo imaginarlo», dijo el pobre Nicholas, encantado con las mil ideas visionarias que su buena disposición y su inexperiencia traían a su mente. «O suponga que algún joven noble que estuviera educándose en el Colegio Mayor me tomase afecto y consiguiese que su padre me nombrara su tutor para acompañarlo cuando partiera en viaje de estudios y que, de regreso al continente, me consiguiera algún nombramiento atractivo. ¿Eh, tío?».

«¡Ah, claro!», dijo Ralph, con un visaje de burla.

«Y ¿quién sabe?, cuando regrese y ya haya logrado establecerme, y él venga a verme (cosa que hará, por supuesto), podría enamorarse de Kate, que estaría atendiendo mi casa, y... y... casarse con ella, ¿eh, tío? ¿Quién sabe?».

«Ya lo creo, ¿quién iba a saberlo?», gruñó Ralph.

«¡Qué felices seríamos!», exclamó Nicholas con entusiasmo. «El dolor de partir no es nada si se lo compara con la alegría de volver a encontrarse. Kate será una hermosa mujer, y yo estaré tan orgulloso de oír decirlo, y mamá tan contenta de estar con nosotros otra vez y haber olvidado todos estos tiempos tristes, y...». El cuadro era demasiado esperanzador para resistirse a él, y Nicholas, dejándose arrastrar, sonrió levemente y rompió a llorar.

Esta familia sencilla, nacida y criada en un lugar retirado, y absolutamente desconocedora de lo que se da en llamar el mundo —frase convencional que significa todos los bribones que en él existen— unió sus lágrimas al pensar en que por primera vez se separarían. Y una vez concluida esta primera efusión de sentimientos, comenzaban a extenderse con todo optimismo en las esperanzas de las brillantes perspectivas que tenían por delante, cuando el Sr. Ralph Nickleby sugirió que, si continuaban perdiendo el tiempo, algún candidato más afortunado podría privar a Nicholas del pedestal para llegar a la fortuna que el anuncio prometía, y de ese modo venirse abajo sus castillos en el aire. Ese oportuno recordatorio fue eficaz para poner fin a la conversación, y una vez que Nicholas hubo copiado cuidadosamente la dirección del Sr. Squeers, tío y sobrino salieron juntos, en pos de ese perfecto caballero. Nicholas iba tratando de convencerse a sí mismo de lo injusto que había sido por haber sentido aversión a primera vista por su tío, y la Sra. Nickleby se esforzaba tratando de explicarle a su hija que su tío era una persona mucho más inclinada a la bondad de lo que parecía, a lo cual la Srta. Nickleby respondió con obediencia que muy bien podría ser así.

A decir verdad, la opinión de la buena señora estaba influida en no poca medida por el llamado hecho por su cuñado a que recapacitase, lo cual le parecía un cumplido dirigido a sus elevados merecimientos. Y aunque ella quiso mucho a su esposo e idolatraba a sus hijos, aquel caballero había conseguido tocar con mucho éxito una de esas cuerdecitas disonantes del corazón humano (Ralph estaba muy familiarizado con las peores debilidades de este, aunque nada sabía de sus mejores cualidades), de manera que ella ya comenzaba a tomarse muy en serio su papel de inocente y sufrida víctima de su imprudente esposo fallecido.

CAPÍTULO 4

NICHOLAS Y SU TÍO (PARA GARANTIZAR LA FORTUNA SIN PÉRDIDA DE TIEMPO).

**SOLICITAN AUDIENCIA AL SR. WACKFORD SQUEERS, EL MAESTRO DE
YORKSHIRE**

¡Loma Nevada! ¿Qué tipo de lugar podrían imaginar los tranquilos pueblerinos que sería este, al leer las palabras primorosamente inscritas en letras doradas sobre fondo oscuro en los coches que viajan al norte del país? Todos tienen alguna indefinida y brumosa noción acerca de un sitio cuyo nombre se presenta a menudo a su vista u oídos, y ¡qué enorme número de ideas fortuitas debe de haber flotando perpetuamente por ahí respecto a esta misma Loma Nevada! ¡Tan bueno es su nombre! Loma Nevada. Además, Loma Nevada acoplada con Cabeza de Sarraceno, lo cual nos presenta, por una doble asociación de ideas, un cuadro de algo severo y áspero. Un trozo de campo desierto y desolado, abierto a ráfagas punzantes y fieras tormentas invernales... un brezal oscuro, frío y lóbrego, solitario de día y, de noche, algo en lo cual la gente honesta ni siquiera pensaría... un sitio que los viajeros solitarios rehúyen, y donde se congregan ladrones desesperados. Esto, o algo parecido, nos imaginamos que debe ser la noción prevaleciente de Loma Nevada en estos parajes remotos y rústicos, a través de los cuales pasa veloz la Cabeza de Sarraceno día tras día y noche tras noche, como una aparición macabra, con puntualidad misteriosa y fantasmal, siempre conservando su ritmo veloz y precipitándose de cabeza, haga el tiempo que haga, como si lanzara un desafío a los propios elementos.

La realidad es bastante distinta, pero, de todas formas, en modo alguno despreciable. Allí, en el mismo centro de Londres, en el corazón de sus negocios y de su animación, en medio de un torbellino de ruidos y movimientos, como si quisiera poner freno a las gigantescas corrientes de vida que fluyen sin cesar desde diferentes barrios para confluir al pie de sus muros, se alza la prisión de Newgate. Y en esa calle abarrotada lanzan su mirada ceñuda y sombría... a pocos pies de las casas escuálidas y ruinosas...

en el mismo sitio donde los vendedores de sopa y pescado y frutas estropeadas hacen ahora sus negocios... cantidades de seres humanos, en medio de sonidos rugientes, frente a los cuales incluso el tumulto de una gran ciudad no es nada, al mismo tiempo cuatro, seis u ocho hombres fuertes han sido sacados violenta y velozmente del mundo, cuando el exceso de vida humana vuelve espantosa la escena; cuando ojos curiosos miran con ferocidad desde ventanas y tejados, desde muros y columnas, y cuando, en la masa de rostros blancos que dirigen su vista hacia lo alto, el moribundo miserable, al lanzar en derredor una mirada agónica, no ha encontrado siquiera uno donde haya una impronta de lástima o compasión.

Cerca de la cárcel y, por consiguiente también cerca del mercado de reses de Smithfield y de la prisión de Compter, y del bullicio y del ruido del barrio financiero, y justo en esa parte particular de Loma Nevada donde los caballos de los coches que vienen hacia el oriente tratan de caerse adrede y las bestias de los cabriolés que van hacia occidente con frecuencia caen por accidente, se encuentra el patio de coches de la posada Cabeza de Sarraceno. Vigilan su portal dos bustos de sarracenos de los que, otrora, los espíritus selectos de esta metrópoli se enorgullecieran y a los que ensalzaban bajándolos por la noche, pero a los que hace tiempo han dejado donde están, en paz, posiblemente porque ese tipo de humor ahora se limita a la aristocrática parroquia de Saint James, donde se prefiere el robo de aldabas, por ser más fáciles de transportar, y los alambres de campanas, muy apropiados para usarse como palillos de dientes. Fuese esta o no la razón, helos ahí, mirándolo a uno con ceño fruncido desde cada lado del sendero, y desde la propia posada, provista de otra cabeza de sarraceno que, desde lo alto del patio, también le lanza a uno su mirada ceñuda, al tiempo que, desde la portezuela del maletero de todos los coches rojos que allí se encuentran, una pequeña cabeza de sarraceno nos observa con ferocidad, dotada de una expresión que es la réplica de la que hemos visto en las grandes cabezas de sarraceno de abajo, de modo que el conjunto nos causa una suerte de impresión general muy sarracénica.

Si recorre el patio, usted verá la oficina de reservaciones a su izquierda, y la torre de la iglesia del Santo Sepulcro que se eleva de golpe al cielo a su derecha, y una galería de dormitorios a ambos lados. Justo delante de usted, observará una larga ventana con las palabras «salón de café» pintadas legiblemente encima. Y si mirase hacia fuera por esa ventana, habría visto además, de haber ido a la hora adecuada, al Sr. Wackford Squeers con las manos en los bolsillos.

El aspecto del Sr. Squeers no era imponente. Solo tenía un ojo, contrariando el prejuicio popular a favor de que se tengan dos. El ojo que tenía era incuestionablemente útil, pero decididamente no ornamental, por ser de un gris verdoso y tener una forma parecida al farol de la puerta exterior de una residencia. El lado en blanco de su rostro estaba muy arrugado y ajado, lo cual le daba un aspecto de lo más siniestro, especialmente cuando sonreía, momento en el cual su expresión se asemejaba mucho a la de un villano. Tenía los cabellos muy lacios y brillantes, salvo en las puntas, que cepillaba, tiesas hacia arriba a partir de una frente baja y protuberante que combinaba bien con su áspera voz y sus toscos modales. Tendría unos cincuenta y dos o cincuenta y tres años, y era una pizca más bajo que la talla media. Llevaba al cuello un pañuelo de largas puntas y un traje color negro escolástico, pero como las mangas del abrigo eran demasiado largas, y los pantalones demasiado cortos, parecía incómodo con su vestimenta, como si estuviera en un estado perenne de asombro por verse tan respetable.

El Sr. Squeers estaba de pie en un reservado, junto a una de las chimeneas del salón de café, amueblado con una mesa de esas que habitualmente se ven en salones de café, y dos más de formas extraordinarias y dimensiones adecuadas a los ángulos del tabique. En la esquina del asiento había un baulito, amarrado con un pedazo de cuerda demasiado corto, y encima del baulito estaba posado con sus medias botas totalmente acordonadas y sus pantalones de pana descolgados en el vacío un chico diminuto, que tenía los hombros alzados hasta las orejas, y las manos plantadas sobre las rodillas, y de vez en cuando miraba tímidamente al maestro con espanto y recelo evidentes.

«Las tres y media», murmuró el Sr. Squeers, retirando la vista de la ventana, y mirando, malhumorado, el reloj del salón de café. «Hoy no vendrá nadie».

Muy enfadado por esta reflexión, el Sr. Squeers miró al chicuelo para ver si estaba haciendo alguna cosa por la que pudiera golpearlo. Como ocurrió que no estaba haciendo nada en absoluto, se limitó a pegarle un cachete y a decirle que no volviera a portarse mal.

«A mediados del verano», murmuró el Sr. Squeers reanudando su queja, «inscribí a diez chicos. Diez por veinte, doscientas libras. Mañana regreso a las ocho de la mañana y solo tengo a tres... tres por cero es cero... tres por dos seis... sesenta libras. ¿Qué ha sido de todos los chicos? ¿Qué tienen los padres en la cabeza? ¿Qué significa todo esto?».

En ese momento el chicuelo sentado encima del baúl estornudó violentamente.

«¡Qué ruido, señor!», gruñó el maestro, volviéndose. «¿Qué es eso, señor?».

«Nada señor, perdón», respondió el chicuelo.

«¡Nada señor!», exclamó el Sr. Squeers.

«Perdón, señor, estornudé», agregó el chico, temblando hasta que el baulito debajo de él también tembló.

«¡Oh!, ¿Estornudó, eh?», replicó el Sr. Squeers. «¿Entonces para qué dijo nada, señor?».

A falta de una mejor respuesta a esta pregunta, el chicuelo, frotando un nudillo contra cada uno de sus ojos, se echó a llorar, instante en el cual el Sr. Squeers lo derribó del baúl con una bofetada y volvió a subirlo con otra en la mejilla contraria.

«Espere a que lleguemos a Yorkshire, mi querido caballero», dijo el Sr. Squeers, «y entonces le daré el resto. ¿Quiere acabar con ese ruido, señor?».

«S... s... sí», sollozó el chicuelo, frotándose fuertemente el rostro con «La petición del mendigo»^[13] impresa en calicó.

«Entonces hágalo de inmediato, señor», dijo Squeers. «¿Me ha oído?».

Como esta advertencia fue acompañada de un gesto amenazador, y pronunciada con gran agresividad, el chicuelo se frotó aún más fuertemente el rostro, como para contener las lágrimas. Y más allá de algunos sorbetones por la nariz y algunos atragantamientos, no volvió a desahogar sus emociones.

«Sr. Squeers», dijo el camarero, mirando dentro del reservado, «hay un caballero que pregunta por usted en el bar».

«Traiga al caballero hasta aquí, Richard», respondió el Sr. Squeers, con voz suave. «Guarde su pañuelo en el bolsillo, pequeño sinvergüenza, o lo asesinaré cuando se vaya el caballero».

Apenas había pronunciado esas palabras en un feroz murmullo, cuando el desconocido entró. Fingiendo no verlo, el Sr. Squeers pretendió estar concentrado en el arreglo de una pluma y en ofrecerle consejos benévolos a su joven alumno.

«Mi querido niño», decía el Sr. Squeers, «todas las personas tienen pruebas que deben afrontar. Esa temprana prueba que hace estallar su corazoncito, y que hace incluso que sus ojos se le salgan del rostro de tanto llorar, ¿qué importancia tiene? Ninguna, menos que ninguna. Usted debe abandonar a sus amigos, pero en mí tendrá un padre, querido, y una madre en la Sra. Squeers. En el encantador poblado de Dotheboys, cerca de Greta Bridge, en Yorkshire, donde los jóvenes reciben cama, ropa, libros, baños, dinero de bolsillo, y están dotados de todas las necesarias...».

«Este es el caballero», observó el desconocido, deteniendo al maestro en el ensayo de su anuncio. «El Sr. Squeers, ¿no es así, señor?».

«El mismo, señor», respondió el Sr. Squeers, aparentando sorpresa extrema.

«¿El caballero», dijo el desconocido, «que se anunció en el Times?».

«... y en el Morning Post, el Chronicle, el Herald y el Advertiser, respecto a la Academia llamada Colegio Mayor de Dotheboys, en el encantador poblado de Dotheboys, cerca de Greta Bridge, en Yorkshire», agregó el Sr.

Squeers. «Usted viene para hablar de negocios, señor. Lo veo por mis jóvenes amigos. ¿Cómo están, caballeros míos? ¿Y cómo está usted, señor?». Con este saludo, el Sr. Squeers dio palmaditas en las cabezas de dos chicuelos de ojos hundidos y huesos pequeños que el solicitante traía consigo, y esperó a que le dieran más información.

«Me dedico al negocio de aceite y pinturas. Mi apellido es Snawley, señor», dijo el desconocido.

Squeers inclinó la cabeza como diciendo: «Y un apellido extraordinariamente bonito, además».

El desconocido continuó: «He estado pensando, Sr. Squeers, en poner a mis dos hijos en su escuela».

«No soy yo quien deba opinar, señor», respondió el Sr. Squeers, «pero creo que no podría tomar una decisión mejor».

«¡Ejem!», dijo el otro. «¿Veinte libras es la *arnualidad*, tengo entendido, Sr. Squeers?».

«Guineas», replicó el maestro, con una sonrisa persuasiva.

«Libras, por los dos, creo yo, Sr. Squeers», dijo solemnemente el Sr. Snawley.

«No creo que pueda hacerse, señor», respondió Squeers, como si nunca antes hubiera considerado la propuesta. «Déjeme ven cuatro por cinco es veinte, duplique eso y reste el... bueno, una libra a favor o en contra no va a suponer un obstáculo entre nosotros. En compensación, usted tendrá que recomendarme a sus conocidos, señor». «Estos niños no comen mucho», dijo el Sr. Snawley.

«¡Oh! Eso no tiene la menor importancia», respondió Squeers. «En nuestro establecimiento no tenemos en cuenta los apetitos de los chicos». Eso era estrictamente cierto. No los tenían en cuenta.

«Todos los lujos sanos, señor, que Yorkshire pueda brindar», continuó Squeers, «cada moraleja hermosa que pueda infundir la Sra. Squeers, cada... en resumen, cada comodidad que un chico pueda desear en un hogar la tendrán, Sr. Snawley».

«Deseo que se atienda en particular a su moralidad», dijo el Sr. Snawley.

«Me alegro de oírlo, señor», respondió el maestro, irguiéndose. «Han venido al lugar apropiado en busca de moralidad, señor».

«Usted mismo es un hombre moral», dijo el Sr. Snawley.

«Creo que lo soy, señor», respondió Squeers.

«Tengo la satisfacción de saber que usted lo es, señor», dijo el Sr. Snawley. «Le pregunté a una de sus referencias, y me dijo que era usted un

hombre devoto».

«Bien, señor, confío en serlo, en cierta medida», respondió Squeers.

«Yo también creo serlo», prosiguió el otro. «¿Podría conversar un momento con usted en el reservado de al lado?».

«Por supuesto», respondió Squeers con una sonrisa. «Queridos míos, ¿quieren conversar con su nuevo compañero de juegos durante uno o dos minutos? Ese es uno de mis chicos, señor. Se apellida Belling... es un chico de Taunton, señor».

«No me diga», respondió el Sr. Snawley mirando al pobre pilluelito como si fuera alguna extraordinaria curiosidad de la naturaleza.

«Él vendrá conmigo mañana, señor», dijo Squeers. «Ese es su equipaje, encima del que está sentado ahora. Se requiere que cada chico lleve, señor, dos trajes, seis camisas, seis pares de medias, dos gorros de dormir, dos pañuelos de bolsillo, dos pares de zapatos, dos sombreros y una navaja».

«¡Una navaja!», exclamó el Sr. Snawley, mientras se encaminaban hacia el reservado contiguo. «¿Para qué?».

«Para afeitarse», respondió Squeers, en tono lento y mesurado.

No es que aquellas dos palabras aclararan gran cosa, pero debió de haber algo extraño en el modo en que fueron dichas, pues el maestro y su acompañante se miraron fijamente durante varios segundos, y acto seguido intercambiaron una sonrisa llena de significado. Snawley era un hombre pulcro y de nariz chata, vestido con ropa oscura y polainas largas y negras, y que tenía en el rostro una expresión de mucha mortificación y santidad, de modo que el hecho de que sonriera sin ninguna razón evidente era tanto más sobresaliente.

«¿Entonces, hasta qué edad mantiene usted a los chicos en su escuela?», preguntó finalmente.

«En tanto que sus familiares hagan los pagos trimestrales a mi agente en el poblado, o hasta que se fuguen», respondió Squeers. «Hablemos con claridad; veo que podemos hacerlo sin peligro. ¿Qué son estos chicos... hijos naturales?».

«No», respondió Snawley, yendo al encuentro de la mirada del único ojo del maestro. «No lo son».

«Pensé que podrían serlo», dijo Squeers, con audacia. «Tenemos muchos de ellos. Ese chico lo es».

«¿El que está en el otro reservado?», dijo Snawley.

Squeers hizo un gesto de asentimiento, y su acompañante volvió a mirar al chicuelo sentado sobre el baulito, al volverse de nuevo pareció como

desilusionado por verlo tan semejante a los demás niños y dijo que jamás lo hubiera imaginado.

«Pues sí que lo es», exclamó Squeers. «¿Pero qué hay de esos chicos suyos? ¿Usted quería decirme algo?».

«Sí», respondió Snawley. «El hecho es que no soy su padre, Sr. Squeers. Solo soy su padrastro».

«¡Oh! ¿Era eso?», dijo el maestro. «Eso lo explica todo. Yo me preguntaba por qué demonios iba usted a enviarlos a Yorkshire. ¡Ja, ja! Oh, ahora comprendo».

«Verá usted, yo me casé con la madre», prosiguió Snawley, «es caro mantener a los chicos en casa, y como ella tiene un poco de dinero propio, me temo (las mujeres son tan tontas, Sr. Squers) que pueda verse inclinada a malgastarlo en ellos, lo cual los arruinaría, usted sabe».

«Ya veo», retrucó Squeers, dejándose, caer hacia atrás en su silla y haciendo un gesto con la mano.

«Y esa inquietud», prosiguió Snawley, «me ha llevado a la idea de ponerlos en una buena escuela bastante lejos, donde no haya días libres ni nada de esas idas imprudentes al hogar dos veces al año, que tanto perturban las mentes de los chicos; quisiera que ellos aprendieran a pasar algunas dificultades... ¿usted comprende?».

«Que vengan con regularidad los pagos y no se hagan preguntas», dijo Squeers, asintiendo con un gesto de cabeza.

«Exactamente eso», añadió el otro. «Pero atendiendo estrictamente a la moralidad».

«Estrictamente», dijo Squeers.

«Supongo que no se permitirá que escriban mucho a casa», dijo el pariente político, vacilando.

«Ninguna carta, excepto una postal en Navidades para decir que nunca fueron tan felices y que esperan que jamás se los mande a buscar», respondió Squeers.

«Nada podría ser mejor», dijo el pariente político, frotándose las manos.

«Entonces, puesto que nos entendemos», dijo Squeers, «¿me permitirá usted que le pregunte si me considera usted un hombre altamente virtuoso, ejemplar y de buena conducta en la vida privada. Y si, en mi calidad de persona cuya ocupación es encargarse de los jóvenes, usted deposita la más fuerte confianza en mi integridad, liberalidad, principios religiosos y habilidad intachables?».

«Claro que sí», respondió el pariente político devolviéndole la sonrisa al maestro.

«¿No se negaría usted a decir eso si lo incluyo como una de mis referencias?».

«Por nada del mundo».

«Es usted el tipo de persona con la que deseo tratar», dijo Squeers tomando una pluma, «esto es hacer negocios, y así me gusta».

Después de anotar la dirección del Sr. Snawley, el maestro tenía entonces que realizar la función aún más agradable de rellenar el recibo del pago del primer trimestre por adelantado, cosa que no había terminado de completar cuando se oyó otra voz que preguntaba por el Sr. Squeers.

«Aquí está», respondió el maestro; «¿de qué se trata?».

«Es solo un asunto de negocios, señor», dijo Ralph Nickleby, presentándose, seguido de cerca por Nicholas. «¿Había un anuncio suyo en los periódicos de esta mañana?».

«Sí, señor. Por aquí, por favor», dijo Squeers, que a estas alturas había regresado al reservado junto a la chimenea. «Siéntense, por favor».

«Sí, eso haré», respondió Ralph, uniendo el dicho al hecho, y poniendo el sombrero en la mesa que tenía delante. «Señor, este es mi sobrino, el Sr. Nicholas Nickleby».

«¿Cómo está usted, señor?», dijo Squeers.

Nicholas hizo una reverencia: dijo que estaba bastante bien, y pareció muy sorprendido por el aspecto externo del propietario del Colegio Mayor de Dotheboys, y de hecho lo estaba.

«¿Tal vez me recuerde usted?», dijo Ralph mirando de cerca al maestro.

«Usted me pagó una pequeña suma en cada una de mis visitas semestrales a la ciudad durante algunos años, creo yo, señor», respondió Squeers.

«En efecto», agregó Ralph.

«A nombre de los padres de un chico de apellido Dorker, que desgraciadamente...».

«... Desgraciadamente murió en el Colegio Mayor de Dotheboys», dijo Ralph, concluyendo la oración.

«Lo recuerdo muy bien, señor», continuó Squeers. «¡Ah! La Señora Squeers, señor, estaba tan encariñada con ese chico como si hubiera sido su propio hijo. Señor, la atención que se le dedicó a ese chico en su enfermedad... Se le ofrecía tostada seca y té tibio por la noche y por la mañana cuando no podía tragar nada... Había una vela en su habitación la misma noche en que murió... Se mandó a buscar el mejor diccionario para

que reposara la cabeza... Sin embargo, no me pesa. Es agradable pensar que uno cumplió con su deber hacia él».

Ralph esbozó una sonrisa que podría sugerir cualquier cosa menos una sonrisa, y miró a su alrededor, a los desconocidos presentes.

«Estos solo son algunos alumnos míos», dijo Wackfoid Squeers, señalando al chicuelo sobre el baúl y a los dos otros sentados en el suelo, que habían estado intercambiando miradas sin pronunciar una palabra, y contorsionando sus cuerpos de la forma más inverosímil, como acostumbra a hacer los chicuelos la primera vez que se conocen. «Este caballero, señor, es un padre que ha tenido la bondad de elogiarme por el método de educación adoptado en el Colegio Mayor de Dotheboys, situado, señor, en el encantador poblado de Dotheboys, cerca de Greta Bridge, en Yorkshire, donde los jóvenes reciben cama, ropa, libros, baños, dinero de bolsillo...». «Sí, sabemos todo eso, señor», interrumpió Ralph, malhumorado. «Está en el anuncio».

«Tiene usted mucha razón, señor. Está en el anuncio», respondió Squeers.

«Y por cierto, a propósito», le interrumpió el Sr. Snawley. «Me siento obligado a asegurarle, señor, y estoy orgulloso de tener la oportunidad de hacerlo, que yo considero que el Sr. Squeers es un caballero altamente virtuoso, ejemplar, de buena conducta y...».

«No me cabe duda, señor», interrumpió Ralph, deteniendo el torrente de recomendaciones; «no me cabe la menor duda. ¿Y si pasáramos a los negocios?».

«Con todo mi corazón, señor», añadió Squeers. «Nunca posponer los negocios, esa es la primerísima lección que impartimos a nuestros estudiantes de comercio. Señorito Belling, querido, recuérdelo siempre, ¿me oye?».

«Sí, señor», repitió el señorito Belling.

«¿Él sabe lo que es, eh?», dijo Ralph.

«Díselo al caballero», dijo Squeers.

«Nunca», repitió el señorito Belling.

«Muy bien», dijo Squeers; «prosigue».

«Nunca», volvió a repetir el señorito Belling.

«Muy bien, en efecto», dijo Squeers. «Sí».

«P», sugirió Nicholas, con buenas intenciones.

«¡Promover... los negocios!», dijo el señorito Belling. «¡Nunca... promover... los negocios!».

«Muy bien, señor», dijo Squeers, clavándole una mirada mordaz al culpable. «Usted y yo promoveremos unos negocitos en nuestra cuenta privada más adelante».

«Y ahora», dijo Ralph, «será mejor que pasemos a los nuestros, ¿no cree?».

«Por favor», dijo Squeers.

«Bien», prosiguió Ralph, «nos llevará poco tiempo. Lo discutiremos de inmediato, y espero que lleguemos fácilmente a un acuerdo. ¿Pidió usted en un anuncio un asistente hábil, señor?».

«En efecto así es», dijo Squeers.

«¿Y realmente lo desea?».

«Por supuesto», respondió Squeers.

«Aquí está», dijo Ralph. «Mi sobrino Nicholas, recién salido de la escuela, con todo lo que aprendió allí bullendo en su cabeza, y con nada bullendo en su bolsillo, es justo el hombre que usted necesita».

«Me temo», dijo Squeers, sorprendido por tal solicitud de parte de un joven con la estampa de Nicholas, «me temo que el joven no me vendrá bien».

«Sí que le vendrá bien», dijo Ralph; «yo se lo aseguro. No se desanime, señor. En menos de una semana estará usted impartiendo clases a todos los jóvenes nobles en el Colegio Mayor de Dotheboys, a no ser que este caballero sea más obstinado de lo que yo lo creo».

«Me temo, señor», dijo Nicholas, dirigiéndose al Sr. Squeers, «que usted pondrá como objeción mi juventud y el hecho de que yo no sea Maestro en Artes».

«La ausencia de un título universitario *erquival*e a una *orjeción*», respondió Squeers, mostrándose tan serio como podía, y considerablemente perplejo, no menos por el contraste entre la sencillez del sobrino y los modales mundanos del tío, que por la alusión incomprensible a los jóvenes nobles bajo su tutela.

«Mire, señor», dijo Ralph; «pondré este asunto en su verdadera perspectiva en dos segundos».

«Tenga la bondad», prosiguió Squeers.

«Este es un chico, o un joven, o un mozo, o un hombrecito, o un mocoso, o como prefiera usted llamarlo, o dieciocho o diecinueve cosas más», dijo Ralph.

«Eso ya lo veo», observó el maestro.

«Yo también», dijo el Sr. Snawley, pensando que de vez en cuando no estaba mal respaldar a su nuevo amigo.

«Su padre murió, él es totalmente ignorante respecto al mundo, carece absolutamente de recursos, y desea hacer algo», dijo Ralph. «Lo recomiendo

a ese espléndido establecimiento suyo, como una ocupación que lo conducirá a la fortuna, si él puede sacarle provecho. ¿Entiende usted?».

«Cualquiera lo entendería», respondió Squeers, imitando a medias la sonrisa burlona con la que el anciano miraba a su pariente, que los escuchaba sin recelo.

«También yo lo entiendo, por supuesto», dijo Nicholas ilusionado.

«Así lo entiende él también, claro, como puede usted ver», dijo Ralph, del mismo modo seco y duro. «Si cualquier capricho de su humor lo indujera a abandonar esta oportunidad dorada antes de haber cumplido a la perfección su cometido, me considero liberado del deber de brindar asistencia a su madre y hermana. Mírelo, y piense cómo podría utilizarlo de media docena de maneras diferentes. Creo que, en todo caso, debería preguntarse si, al menos por un tiempo, no le resultará más útil a sus propósitos que veinte personas de esas que normalmente podría conseguir. ¿No le parece algo a tener en cuenta?».

«Sí, desde luego», dijo Squeers, respondiendo al gesto afirmativo de la cabeza de Ralph con otro suyo.

«Bien», prosiguió Ralph. «Déjeme intercambiar dos palabras con usted».

Las dos palabras se intercambiaron aparte, y en un par de minutos el Sr. Wackford Squeers anunció que el Sr. Nicholas Nickleby quedaba, a partir de aquel momento, plenamente investido de la condición e instalado en el cargo de maestro asistente principal del Colegio Mayor de Dotheboys.

«Gracias a la recomendación de su tío, Sr. Nickleby», dijo Wackford Squeers.

Nicholas, rebosante de felicidad por su éxito, estrechó la mano de su tío, y poco faltó para que allí mismo cayera de rodillas ante Squeers.

«Tiene un aspecto bastante raro», pensó Nicholas. «Pero ¿y qué? Porson tenía un aspecto raro, y también el Dr. Johnson^[14]; eso pasa con todos esos ratones de biblioteca».

«Mañana, a las ocho de la mañana, Sr. Nickleby», dijo Squeers, «sale el coche. Debe estar aquí un cuarto de hora antes, pues llevamos a estos chicos con nosotros».

«Por supuesto, señor», dijo Nicholas.

«Y yo he pagado su billete», gruñó Ralph. «Así que solo preocúpese de ir bien abrigado».

¡Una nueva muestra de la generosidad de su tío! Nicholas se sintió tan profundamente conmovido con esta inesperada bondad que apenas pudo hallar palabras de agradecimiento. De hecho aún no había encontrado ni la

mitad de las necesarias cuando se despidieron del maestro y salieron por el sendero de la Cabeza de Sarraceno.

«Estaré aquí por la mañana para cerciorarme de su partida», dijo Ralph. «¡Nada de andarse escondiendo!».

«Gracias, señor», respondió Nicholas; «nunca olvidaré su generosidad».

«Más le vale», respondió su tío. «Será mejor que se vaya a casa ahora mismo y haga su equipaje. ¿Cree que podría pasar primero por Golden Square? ¿Conoce el camino?».

«Por supuesto que puedo», dijo Nicholas, «puedo preguntar el camino».

«Entonces deje estos papeles con mi ayudante», dijo Ralph, mostrando un pequeño paquete, «y dígame que espere hasta que yo llegue a casa».

Nicholas asumió con alegría el encargo y, despidiéndose con gran cariño de su maravilloso tío, lo que fue correspondido con un gruñido por el afectuoso anciano, salió presuroso a ejecutar su mandado.

A su debido tiempo encontró Golden Square. Y el Sr. Noggs, que había salido unos minutos para acercarse a una taberna, se disponía a abrir la puerta con una llave justo cuando él llegó.

«¿Qué es eso?», preguntó Noggs, señalando el bulto.

«Papeles de mi tío», respondió Nicholas; «y usted deberá tener la bondad de esperarlo hasta que él llegue, por favor».

«¡Tío!», exclamó Noggs.

«El Sr. Nickleby», dijo Nicholas a modo de explicación.

«Entre», dijo Newman.

Sin más palabra condujo a Nicholas al pasillo, y de ahí a la despensa oficial que se encontraba al final de este, donde lo dejó caer en una silla y, subiéndose en su alta banqueta, se sentó con los brazos colgando a ambos lados, mirándolo fijamente como desde una torre de observación.

«No se requiere respuesta», dijo Nicholas, depositando el bulto sobre una mesa a su lado.

Newman no dijo nada, pero, cruzando los brazos y echando la cabeza hacia delante como para tener una vista más cercana del rostro de Nicholas, escrutó sus rasgos detenidamente.

«No se requiere respuesta», repitió Nicholas, hablando muy alto, con la impresión de que Newman Noggs era sordo.

Newman se puso las manos en las rodillas y, sin pronunciar ni una sílaba, prosiguió el mismo escrutinio detallado del rostro de su acompañante.

Era este un procedimiento tan singular por parte de un total desconocido, y la apariencia de Noggs era tan extremadamente peculiar, que Nicholas,

dotado de un muy agudo sentido del ridículo, no pudo evitar esbozar una sonrisa y preguntar si al Sr. Noggs se le ofrecía algo.

Noggs negó con la cabeza y suspiró, tras lo cual Nicholas se levantó y señalando que no necesitaba nada más le dio los buenos días.

Fue un inmenso esfuerzo para Newman Noggs, y hasta el día de hoy nadie sabe cómo fue capaz de lograrlo teniendo en cuenta que se hallaba ante un completo desconocido, pero tras respirar profundamente, consiguió decir en voz alta, sin hacer una sola pausa, que si el joven caballero no tenía objeciones para contárselo, a él le gustarla saber qué es lo que su tío iba a hacer por él.

Nicholas no tenía la menor objeción, sino que, por el contrario, estaba encantado de tener la oportunidad de hablar del tema que ocupaba sus pensamientos. Así que volvió a sentarse y (con su sanguínea imaginación cada vez más disparada a medida que hablaba) se introdujo en una descripción ardiente e intensa de todos los honores y ventajas que se derivarían de su nombramiento en ese alto sitial del saber que era el Colegio Mayor de Dotheboys.

«¿Pero qué le ocurre... se siente usted enfermo?», dijo Nicholas, interrumpiéndose de repente, pues su interlocutor, después de adoptar toda una variedad de maleducadas posturas, metió las manos debajo de la banqueta e hizo crujir sus nudillos como si le estuvieran estallando todos los huesos de las manos.

Newman Noggs no respondió, sino que siguió encogiendo los hombros y haciendo crujir los nudillos, al tiempo que exhibía permanentemente una sonrisa horrible y miraba fijamente al vacío apenas con los ojos hacia arriba y saliéndose de sus órbitas de la más espantosa de las maneras.

Al principio Nicholas pensó que aquel hombre misterioso era víctima de un ataque, pero después de observarlo bien decidió que estaba borracho, circunstancia que lo hizo decidir que lo más prudente era largarse de inmediato. Ya con la puerta de la calle abierta volvió a mirar atrás. Newman Noggs seguía entregado a las mismas extravagantes gesticulaciones, y el crujido de sus nudillos sonaba más alto que nunca.

CAPÍTULO 5

NICHOLAS PARTE HACIA YORKSHIRE. SOBRE SU DESPEDIDA Y SUS COMPAÑEROS DE VIAJE, Y LO QUE LES OCURRIÓ EN EL CAMINO

Si las lágrimas derramadas sobre un baúl fuesen amuletos capaces de proteger a su dueño de la aflicción y la mala fortuna, Nicholas Nickleby habría iniciado su expedición bajo los auspicios más felices. Había tanto por hacer, y tan poco tiempo para hacerlo; tantas palabras bondadosas por decir, y tanto amargo dolor que impedía pronunciarlas en los corazones en los que estas brotaban, que los pequeños preparativos para el viaje fueron, en efecto, lúgubres. Nicholas insistió en dejar atrás un centenar de cosas que los ansiosos cuidados de su madre y su hermana creían indispensables para su comodidad, pensando que quizás podrían servir para otros usos, o ser cambiadas por dinero si la ocasión lo requiriese. Un centenar de cariñosas discusiones respecto a estos asuntos tuvieron lugar en la triste noche que precedió a su partida. Y como la terminación de cada disputa desprovista de cólera los acercaba más y más al cierre de sus triviales preparativos, Kate estaba cada vez más y más atareada y sollozaba más silenciosamente.

Finalmente quedó hecho el equipaje, y entonces llegó la cena, con algún manjar especial para la ocasión que Kate y su madre prefirieron no probar para disminuir los gastos, fingiendo haber comido cuando Nicholas estaba afuera. El pobre chico casi se atraganta tratando de comer, y casi se asfixia al intentar hacer una o dos bromas y tener que obligarse a una risa melancólica. Así pasaron el tiempo hasta muy entrada la hora de separarse para ir a dormir. Y entonces descubrieron que bien habrían podido dar rienda suelta antes a sus verdaderos sentimientos, pues no podían suprimirlos, hicieran lo que hiciesen. Decidieron entonces desahogarse y fue un gran alivio para todos.

Nicholas durmió hasta las seis de la mañana siguiente. Soñó con su hogar, o lo que una vez fue su hogar —las cosas que han cambiado o hemos perdido, gracias a Dios vuelven a aparecer en nuestros sueños tal como eran—, y se levantó alegre y lleno de energía. Escribió unas pocas líneas a lápiz para decir el adiós que tenía miedo de pronunciar y depositándolas junto con la mitad de

su escasa provisión de dinero a la puerta de su hermana, cargó el equipaje al hombro y se deslizó silenciosamente escaleras abajo.

«¿Eres tú, Hannah?», exclamó una voz desde la sala de estar de la señorita La Creevy, donde brillaba la luz de una débil vela.

«Soy yo, señorita La Creevy», dijo Nicholas, depositando la caja en el suelo y mirando en su interior.

«¡Caramba!», exclamó la Srta. La Creevy, sobresaltándose y poniéndose la mano sobre los bigudíes, «se ha levantado usted muy temprano hoy, señor Nickleby».

«Usted también», respondió Nicholas.

«Son las bellas artes las que me sacan del lecho, señor Nickleby», replicó la dama. «Estoy esperando a que haya luz para desarrollar una idea».

La señorita La Creevy se había levantado temprano para ponerle una nariz elegante a la miniatura de un chiquillo feo, destinada a su abuela, que vivía en el campo, de quien se esperaba que le legase propiedades si encontraba en el rostro de la figura un aire de familia.

«Para desarrollar una idea», repitió la señorita La Creevy; «y esa es la gran ventaja de vivir en una vía como el Strand. Cuando deseo una nariz o un ojo para cualquier persona que esté posando, no tengo más que mirar por la ventana y esperar a que pase alguien».

«¿Cuesta mucho conseguir una nariz?», preguntó Nicholas, sonriendo.

«Pues eso depende en gran medida del modelo», respondió la señorita La Creevy. «Las chatas y las griegas abundan bastante, y las hay chatas de todo tipo y tamaño los días de reuniones en el Exeter Hall, pero las aguileñas perfectas, lamento decirle que escasean, y generalmente las usamos para militares o personajes públicos».

«¡No me diga!», dijo Nicholas. «Si hallo alguna en mis viajes me esforzaré por dibujarlas para usted».

«¿No será verdad que va a ir usted hasta Yorkshire con este frío clima invernal, señor Nickleby?», dijo la señorita La Creevy. «Algo de eso oí anoche».

«Pues sí, es cierto», respondió Nicholas. «No queda más remedio, cuando el Maligno nos conduce. La Necesidad es mi guía, y ese es apenas otro nombre para el mismo caballero».

«Bueno, lo lamento mucho, es lo único que puedo decir», dijo la señorita La Creevy, «tanto por su madre y su hermana como por usted. Su hermana es una joven bonita, señor Nickleby, y esa es una razón adicional por la que debe tener a alguien que la proteja. La convencí de que posara para mí una o dos

veces, para la vitrina de la puerta. ¡Ah! ¡Qué hermosa miniatura nos proveerá!». Mientras la señorita La Creevy hablaba, mostraba un semblante de marfil, cruzado por venas azul cielo muy visibles, y contemplaba aquella posibilidad tan complacida, que Nicholas sintió bastante envidia de ella.

«Si alguna vez le surgiera a usted la oportunidad de tener algún detalle bondadoso con Kate», dijo Nicholas, extendiéndole la mano, «creo que lo tendrá».

«Téngalo por seguro», dijo la afable pintora de miniaturas; «y que Dios lo bendiga, señor Nickleby. Le deseo lo mejor».

Nicholas sabía muy poco del mundo, pero adivinaba lo suficiente de sus usos para pensar que, si le diese un besito a la señorita La Creevy, tal vez no por ello fuese ella a estar menos favorablemente predispuesta hacia aquellos a quienes él dejaba atrás. De modo que le dio tres o cuatro con una especie de galantería jocosa, y la señorita La Creevy no puso de manifiesto mayores síntomas de contrariedad que declarar, ajustándose su turbante amarillo, que jamás le había pasado por la mente nada semejante y no lo habría creído posible.

Una vez concluida de esta manera tan satisfactoria la inesperada entrevista, Nicholas salió de la casa apresuradamente. Tan solo eran las siete cuando encontró a un hombre que se encargó de llevar su equipaje, así que se puso a caminar despacio delante de él, y con toda probabilidad su corazón no estaba ni la mitad de ligero que el de aquel hombre, aunque este no tuviera chaleco para cubrirse y, a juzgar por el aspecto del resto de su vestimenta, había pasado la noche en un establo y desayunado junto a una bomba de agua.

Observando con no poca curiosidad e interés los atareados preparativos que cada calle y casi cada casa desplegaban para el día que recién comenzaba, y diciéndose que era en cierto sentido inexplicable que tantas personas de todos los rangos y situaciones sociales pudieran ganarse la vida en Londres y que él se hubiera visto obligado a viajar tan lejos en busca de empleo, Nicholas llegó rápidamente a la Cabeza del Sarraceno, en Loma Nevada. Tras haberse despedido de su ayudante, y después de asegurarse de que el equipaje fuese puesto a buen recaudo en la oficina de los coches de alquiler, se asomó al salón de café en busca del señor Squeers.

Halló a ese sabio caballero desayunando con los tres chiquillos ya conocidos y dos más que por alguna razón afortunada aparecieron después de la entrevista del día anterior, puestos en fila en el banco de enfrente. El señor Squeers tenía frente a sí una pequeña taza de café, una bandeja de tostadas

calientes, y una ración de carne de res fría; pero en ese momento estaba concentrado en la preparación del desayuno para los chiquillos.

«Eh, camarero, ¿esto son dos peniques de leche?», dijo el señor Squeers, mirando una gran jarra azul, e inclinándola suavemente para ver con precisión la cantidad de líquido que contenía.

«Eso son dos peniques, señor», respondió el camarero.

«¡Qué producto tan escaso es la leche en Londres, por todos los Cielos!», dijo el señor Squeers con un suspiro. «Vaya a llenar esa jarra con agua tibia, William, por favor».

«¿Hasta el tope, señor?», preguntó el camarero. «Oiga, la leche va a aguarse».

«No se preocupe por eso», respondió el señor Squeers. «Y despáchela bien, que es muy cara. Ya ha pedido el pan grueso y la mantequilla para tres, ¿no?».

«Viene enseguida, señor».

«No tiene que apresurarse», dijo Squeers; «hay tiempo de sobra. Controlen sus apetitos, chicos, y no se ilusionen con las vituallas». Mientras pronunciaba este precepto moral el señor Squeers tomó un gran bocado de carne fría, y entonces vio a Nicholas.

«Siéntese, señor Nickleby», dijo Squeers. «Henos aquí desayunando, como ve».

Nicholas no vio que nadie más que Squeers estuviese desayunando; pero se inclinó con la más encantadora reverencia y adoptó la expresión más alegre que pudo.

«¡Oh! ¿Esa es la leche aguada, eh, William?», dijo Squeers. «Muy bien. Ahora no olvides el pan y la mantequilla».

Ante esta nueva mención del pan y la mantequilla, los tres chiquillos parecieron muy ansiosos, y siguieron con la vista al camarero hasta que desapareció; mientras tanto, el señor Squeers probaba la leche aguada.

«¡Ah!», dijo este caballero, relamiéndose, «¡Qué sabroso! Piensen en cuántos mendigos y huérfanos callejeros se alegrarían con esto, chiquillos. Qué cosa tan espantosa es el hambre, ¿no es verdad, señor Nickleby?».

«Muy espantosa, señor», dijo Nicholas.

«Cuando yo diga “número uno”», prosiguió el señor Squeers, poniendo la jarra ante los niños, «el chico a mano izquierda más próximo a la ventana puede tomar un trago; y cuando diga “número dos”, el chico que está sentado junto a él le sucederá, y así será hasta que llegemos al número cinco, que es el último niño. ¿Están listos?».

«Sí, señor», exclamaron todos los chiquillos con gran impaciencia.

«Está bien», dijo Squeers, prosiguiendo lentamente con su desayuno; «manténganse listos hasta que yo les diga que comiencen. Dominen sus apetitos, queridos míos, y habrán conquistado la naturaleza humana. Así es como inculcamos fortaleza de carácter, señor Nickleby», dijo el maestro, volviéndose hacia Nicholas y hablando con la boca muy llena de carne y tostadas.

Nicholas murmuró algo —no supo qué— a modo de respuesta, y los chiquillos, compartiendo sus miradas entre la jarra, el pan y la mantequilla (que a estas alturas ya habían llegado), y cada bocado que el señor Squeers se llevaba a los labios, permanecieron con los ojos en tensión y torturados por la expectativa.

«Demos las gracias a Dios por un buen desayuno», dijo Squeers cuando hubo concluido. «El número uno puede tomar un trago».

El número uno agarró la jarra con voracidad, y apenas había bebido lo suficiente como para desear más cuando el señor Squeers dio la señal para el número dos, que a su vez tuvo que pasar rápidamente la jarra al número tres, y el proceso se repitió hasta que la leche aguada se terminó con el número cinco.

«Y ahora», dijo el maestro, dividiendo el pan y la mantequilla para tres en tantas porciones como niños había, «más vale que se den prisa con su desayuno, pues la corneta va a sonar en uno o dos minutos, y entonces todos los chicos deben partir». Una vez concedido el permiso para lanzarse sobre el alimento, los chicos comenzaron a comer vorazmente y con un apresuramiento desesperado, mientras que el maestro (que estaba de un excelente humor después de su comida) se mondaba los dientes con un tenedor y miraba sonriente. En muy poco tiempo se oyó la corneta.

«Ya sabía yo que no tardaría», dijo Squeers, levantándose de un salto y sacando una cestita que había bajo su asiento; «¡pongan aquí lo que no tengan tiempo de comer, chicos! ¡Lo necesitarán durante el camino!».

Nicholas estaba considerablemente sobrecogido por esas disposiciones tan económicas, pero no tenía tiempo para reflexionar sobre ellas, pues había que subir a los chicuelos a lo alto del coche, y también había que cargar y subir allí sus maletas además de depositar cuidadosamente el equipaje del señor Squeers en el maletero, y todas esas funciones caían en su esfera de responsabilidad. Estaba en pleno ajetreado cumplimiento de esas operaciones, cuando su tío, el señor Ralph Nickleby, lo abordó.

«¡Oh! ¡Fíjese, señor!», dijo Ralph. «Aquí están su madre y su hermana, señor».

«¿Dónde?», exclamó Nicholas, mirando ansioso a su alrededor.

«¡Aquí!», respondió su tío. «Como tenían demasiado dinero y nada que hacer con él las encontré contratando un coche de alquiler para llegar aquí, señor». «Temíamos no llegar a tiempo de verlo antes de su partida», dijo la Sra. Nickleby, abrazando a su hijo sin hacer caso de los mirones que había en el patio.

«Muy bien, señora», respondió Ralph, «usted, claro está, es el mejor juez. Me limité a decir que estaban pagando por un coche de alquiler. Yo jamás pago un coche de alquiler, señora, nunca alquilo ninguno. En treinta años no he montado en un coche de alquiler alquilado por mí, y espero no hacerlo en treinta años más, si vivo hasta entonces».

«Nunca me habría perdonado no haber llegado a tiempo», dijo la Sra. Nickleby. «Pobre pequeño mío. Además, yéndose sin su desayuno, por temor a preocuparnos».

«Muy bien, claro está», dijo Ralph, con gran obstinación. «Cuando empecé en los negocios, señoras, tomaba de desayuno una hogaza de un penique y media taza de leche de camino hacia el barrio financiero cada mañana; ¿qué me dice de eso, señora? ¡Desayuno! ¡Bah!».

«Ahora bien, Nickleby», dijo Squeers, acercándose en ese momento mientras se abotonaba el sobretodo, «creo que será mejor que subas detrás. No vaya a ser que uno de los chicos se caiga y perdamos veinte libras al año».

«Querido Nicholas», susurró Kate, tocando el brazo de su hermano, «¿quién es ese hombre tan vulgar?».

«¡Eh!», gruñó Ralph, cuyos oídos vigilantes habían captado la pregunta. «¿Desea usted que la presenten al señor Squeers, querida?».

«¡Ese es el maestro! No, tío. ¡Oh, no!», respondió Kate, retrocediendo.

«Estoy seguro de haberte oído decirlo, querida», replicó Ralph a su modo frío y sarcástico. «¡Señor Squeers, esta es mi sobrina, la hermana de Nicholas!».

«Encantado de conocerla, señorita», dijo Squeers, levantándose el sombrero una o dos pulgadas. «Ojalá que la Sra. Squeers aceptase a chicas, y que pudiéramos tenerla a usted como maestra. Pero no sé si se pondría celosa si lo hiciéramos. ¡Ja, ja ja!».

Si el propietario del Colegio Mayor de Dotheboys hubiera podido saber lo que pasaba por el pecho de su asistente en ese momento habría descubierto con cierta sorpresa que nunca antes en su vida estuvo más cerca de ser

aporreado. Kate Nickleby, notando rápidamente las emociones de su hermano, lo apartó suavemente a un lado y así evitó que el señor Squeers tuviese conocimiento del hecho de un modo peculiarmente desagradable.

«Mi querido Nicholas», dijo la joven, «¿quién es ese hombre? ¿Será posible? ¿A qué tipo de lugar te llevan?».

«La verdad es que no lo sé, Kate», respondió Nicholas, apretando la mano de su hermana. «Supongo que la gente de Yorkshire es tosca e inculta, eso es todo».

«¿Pero... y esta persona...?», le insistió Kate.

«Es mi empleador, o jefe, o sea cual sea el nombre correcto», respondió Nicholas rápidamente, «y fui un burro por tomar a mal su rudeza. Están mirando hacia acá, y ya es hora de que esté en mi sitio. Dios te bendiga, cariño, y adiós. Madre: piensa que volveremos a encontrarnos algún día. ¡Tío, adiós! Gracias de todo corazón por todo lo que ha hecho y por todo lo que piensa hacer. Ya estoy listo, señor».

Tras estas despedidas apresuradas, Nicholas subió, ligero, a su asiento, y agitó la mano con tanta gallardía como si en ese gesto pusiera todo su corazón.

En ese momento, cuando el cochero y el guardia estaban comparando sus anotaciones de la hoja de ruta por última vez antes de partir, cuando los porteadores sacaban a la fuerza los últimos seis peniques que se les resistían, los vendedores itinerantes de periódicos ofrecían por última vez el diario de la mañana y los caballos daban a sus arneses las últimas e impacientes sacudidas, Nicholas sintió que alguien halaba su pierna suavemente. Miró hacia abajo, y ahí estaba de pie Newman Noggs, que le puso en la mano una carta sucia.

«¿Qué es esto?», preguntó Nicholas.

«¡Chitón!», lo interrumpió Noggs, señalando en dirección al señor Ralph Nickleby, que le estaba diciendo unas pocas y sinceras palabras a Squeers a poca distancia de allí. «Tómela. Léala. Nadie sabe. Eso es todo».

«¡Deténgase!», exclamó Nicholas.

«No», respondió Noggs.

Nicholas volvió a gritarle que se detuviese, pero Newman Noggs ya se habla marchado.

El bullicio del instante, los golpes de las puertas del coche al cerrarse, la inclinación del vehículo hacia un lado cuando el pesado cochero y el guardia, aún más pesado, se subieron a sus asientos. Un grito de «todo en orden», algunas notas de la corneta, una mirada apresurada a dos rostros tristes allá

abajo, y a los duros rasgos del señor Ralph Nickleby... y el coche también partió, traqueteando, sobre las piedras de Smithfield.

Puesto que las piernas de los chicuelos eran demasiado cortas para que sus pies descansaran sobre el suelo mientras estaban sentados, y puesto que los cuerpos de los chiquillos corrían, por consiguiente, el peligro inminente de ser arrojados fuera del coche, Nicholas se mantuvo muy ocupado sujetándolos. Y entre el esfuerzo manual y la ansiedad mental propios de esta tarea, no fue poca la sensación de alivio que sintió cuando el coche se detuvo en el Pavo Real en Islington. Se sintió aún más aliviado cuando un caballero de aspecto campechano, rostro afable y tez muy fresca, se subió detrás y propuso ubicarse en el otro extremo del asiento.

«Si ponemos a los chicos en el medio», dijo el recién llegado, «estarán más seguros en caso de que se duerman, ¿eh?».

«Si fuera usted tan amable, señor», respondió Squeers, «eso estaría muy bien. Señor Nickleby, ponga a tres de los chicos entre usted y el caballero. Belling y el más joven de los Snawley pueden sentarse entre el guardia y yo. Tres niños», dijo Squeers, explicándole al desconocido, «pagan como dos adultos».

«No tengo la menor objeción, por supuesto», dijo el caballero de aspecto saludable; «tengo un hermano que no objetaría que sus seis hijos pagaran como dos adultos en cualquier carnicería o panadería del reino, me atrevo a decir. Más bien todo lo contrario».

«¿Seis hijos, señor?», exclamó Squeers.

«Sí, y todos varones», respondió el desconocido.

«Señor Nickleby», dijo Squeers, con gran prisa, «agarre esa cesta. Déjeme darle una tarjeta, señor, de un establecimiento donde se puede criar a seis niños de una manera ilustrada, liberal y moral, sin error alguno, por veinte guineas al año por cabeza... veinte guineas, señor; o yo tomaría a todos los chicos juntos por un promedio, digamos, de cien libras al año por todo el grupo».

«¡Oh!», dijo el caballero, mirando la tarjeta. «¿Usted es el señor Squeers que se menciona aquí, supongo?».

«Sí, señor», respondió el respetable pedagogo; «mi nombre es señor Wackford Squeers, y no me avergüenzo de él en absoluto. Estos son algunos de mis chicos, señor; ese es uno de mis asistentes, señor... el señor Nickleby, hijo de un caballero, y un buen erudito, matemático, clásico y comercial. No hacemos las cosas a medias en nuestro establecimiento. Mis chicos aprenden todo tipo de enseñanza, señor; nunca se repara en gastos, reciben trato paternal y se los baña».

«¡Caramba!», dijo el caballero, mirando a Nicholas con una media sonrisa y con más de media expresión de sorpresa, «ya lo creo que son ventajas».

«Bien puede decirlo, señor», prosiguió Squeers, metiéndose las manos en los bolsillos del sobretodo. «Se brindan y exigen las más intachables referencias. Yo no aceptaría a ningún chico si no se garantiza el pago de cinco libras con cinco chelines por trimestre; no, ni aunque usted se pusiera de rodillas y me lo pidiera con lágrimas en los ojos».

«Muy considerado por su parte», dijo el pasajero.

«Mi gran objetivo y finalidad es ser considerado, señor», prosiguió Squeers. «Al menor de los Snawley, si no deja de castañetear los dientes y de temblar de frío, lo voy a hacer entrar en calor con una buena tunda dentro de medio minuto».

«Agárrense bien, caballeros», dijo el guardia al trepar a su puesto.

«¿Todo en orden allá atrás, Dick?», exclamó el cochero.

«Todo en orden», fue la respuesta. «Y ya ella echa a andar», y en efecto, ella echó a andar —si los coches fueran del género femenino— en medio de un sonoro floreo de la corneta del guardia y de la silenciosa aprobación de todos los jueces de coches y caballos de coches congregados en el Pavo Real, pero más especialmente de los dependientes, que permanecieron de pie con los paños doblados sobre los brazos, siguiendo al coche con la vista hasta que desapareció, y entonces caminaron lentamente, llenos de admiración, hacia los establos, dedicando algunos elogios malhumorados a la belleza de la concurrencia.

Cuando el guardia (que era viejo y robusto, natural de Yorkshire) hubo soplado hasta quedar sin aliento, puso la corneta en una cestita con forma de túnel fijada al costado del coche para ese propósito, y, propinándose una lluvia de golpes en el pecho y los hombros, comentó que hacía un frío endemoniado, tras lo cual fue preguntando una por una a cada persona si iba hasta el final del trayecto, y, si no, hasta dónde iba. Una vez que estas preguntas obtuvieron respuestas satisfactorias, expresó la suposición de que todas las carreteras estarían bastante difíciles tras la nevada de la noche anterior, y se tomó la libertad de preguntar si alguno de los caballeros portaba un estuche de rapé. Como resultó que nadie llevaba, comentó con aire misterioso que la semana anterior, yendo a Grantham, había escuchado a un caballero médico decir lo malo que era para los ojos tomar rapé; pero por su parte, nunca halló que fuera así, y lo que él decía era que cada cual debía hablar según su propia experiencia. Puesto que nadie trató de contradecir esta posición, se sacó del sombrero un paquetito de papel de estraza, y poniéndose

un par de lentes opacos (pues la escritura resultaba indescifrable), releyó la dirección media docena de veces, tras lo cual devolvió el paquete a su anterior lugar, volvió a quitarse los lentes y miró a todos, uno por uno. Después, volvió a tocar la corneta como para refrescarse y, habiendo ya agotado sus temas habituales de conversación, cruzó los brazos lo mejor que pudo a pesar de tantos abrigos y, cayendo en un silencio solemne, miraba con indiferencia los objetos familiares que se iban interponiendo ante su vista a un lado y al otro mientras el coche proseguía viaje. Lo único que parecía llamar su atención eran los caballos y las manadas de reses, que escrutaba con semblante crítico cuando pasaba junto a ellos.

El frío era intenso y cortante. De vez en cuando caía bastante nieve, y el viento era intolerablemente penetrante. El señor Squeers se bajaba en casi todas las paradas, decía que para estirar las piernas, y como siempre regresaba de esas excursiones con la nariz muy roja y listo para caer dormido de inmediato, hay razones para suponer que sacaba gran provecho de esas escapadas. Puesto que los pequeños alumnos habían sido estimulados con las sobras de su desayuno, y vigorizados aún más con diversos sorbos de un extraño cordial que llevaba el señor Squeers, que sabía bastante a tostadas en agua puestas por equivocación en una botella de coñac, se durmieron, despertaron, temblaron y lloraron, según los impulsaran sus sentimientos. Nicholas y el hombre afable hallaron tantas cosas de las cuales hablar que, entre la conversación y alentar a los chicos, el tiempo transcurrió para ellos lo más rápido que puede transcurrir en circunstancias tan adversas.

Así prosiguió el día. En Eton Slocomb hubo una buena cena de coche, ingerida por el conductor, los cuatro del asiento del conductor, el de adentro, Nicholas, el hombre afable y el señor Squeers, mientras que los cinco chiquillos eran puestos a descongelar junto al fuego y agasajados con bocadillos. Una o dos paradas más adelante se encendieron los faroles, y hubo un tremendo follón ocasionado por la subida al coche, en una posada del camino, de una dama muy quisquillosa con una variedad infinita de capas y bolsitos, que lamentó en voz alta, para incumbencia de los de afuera, que no hubiese llegado el coche que al parecer debía recogerla, y le hizo prometer solemnemente al guardia detener todos los carros verdes que viera venir. Lo cual, por ser una noche oscura y estar él sentado con el rostro en dirección contraria, ese empleado, con muchas fervientes afirmaciones, se comprometió a hacer. Por último, la dama quisquillosa, al descubrir que había un solo caballero dentro, hizo encender un farolito que llevaba en su bolso. Y una vez

encerrada la dama, tras mucho esfuerzo, se hizo andar a los caballos a un vigoroso medio galope, y de nuevo el coche avanzó veloz por el camino.

La noche y la nieve cayeron juntas, y bastante sombrías, por cierto. No se oía nada más que el aullido del viento, pues el ruido de las ruedas y de los cascos de los caballos se volvía ahora imperceptible a causa de la densa capa de nieve que cubría la tierra y que iba aumentando cada vez más y más. Las calles de Stamford estaban desiertas cuando pasaron por ese poblado, y sus viejas iglesias se alzaban, ceñudas y oscuras, por encima del suelo blanqueado. Veinte millas más allá, dos de los pasajeros de la parte exterior delantera aprovecharon sabiamente el arribo a una de las mejores posadas de Inglaterra y decidieron pasar la noche en la George, en Grantham. Los demás se arroparon más aún en sus abrigo y capas y, dejando atrás el calor del poblado y usando el equipaje de almohada, se dispusieron, con muchos gemidos a medias contenidos, a volver a hacer frente a las penetrantes ráfagas que barrían toda la campiña.

Estaban a poco más de una parada después de Grantham, o a medio camino entre este pueblo y Newark, cuando Nicholas, que acababa de dormirse, fue despertado de repente por una violenta sacudida que casi lo sacó del asiento. Agarrándose a la baranda, descubrió que el coche se había inclinado mucho de un lado, aunque los caballos lo seguían halando hacia delante. Y mientras vacilaba un instante —confundido por el hundimiento y los sonoros gritos de la dama de adentro sobre si debía saltar o no a tierra— el vehículo se ladeó suavemente y, lanzándolo a la carretera, lo eximió de cualquier incertidumbre ulterior.

CAPÍTULO 6

EN EL QUE LA OCURRENCIA DEL ACCIDENTE MENCIONADO EN EL CAPÍTULO ANTERIOR BRINDA A UN PAR DE CABALLEROS LA OPORTUNIDAD DE INTERCAMBIAR HISTORIAS

«¡Sooo!», gritó el guardia, que en un instante se había puesto en pie y corría en dirección a los caballos-guías. «¿E posible que *haiga* algún caballero aquí que *puea darno* una mano? Tranquilo, *mardito*. ¡Sooo!».

«¿Qué ocurre?», preguntó Nicholas, alzando la cabeza, somnoliento.

«*Oscurre* mucho, *oscurre bastante pa* una noche», respondió el guardia, «*mardito sea er* bayo de *ojo nublao*, creo que se *avorvió* loco de *alegría por haber podio vorcar er* coche. ¿*Vamo*, me va a dar una mano? *Mardita* sea, me siento como si tuviera *roto tos los juesos*».

«¡Aquí estoy!», exclamó Nicholas, ya de pie pero todavía tambaleándose, «Estoy listo. Solo un poco atontado, pero estoy bien».

«Agárrelo fuerte», exclamó el guardia, «*mientras yo le corto lo arreo*. No *lo stierte*, de ninguna manera. Bien hecho, joven. Así *mimito*. Ahora *tuértelo*. *Mardito* sean, están regresando a casa».

En realidad, en cuanto se los liberó, los animales trotaron con mucha lentitud de regreso al establo que acababan de abandonar, a menos de una milla de distancia.

«¿Sabe *usté* tocar la corneta?», preguntó el guardia, tomando uno de los faroles del coche.

«Me atrevo a decir que sí», respondió Nicholas.

«*Ertonce* tóquela, como *pa* despertar a un muerto, a *aquer* que está *tirao en er* suelo, ¿eh?», dijo el hombre, «*mientras*, yo voy a callar *ar* que chilla ahí dentro. Ya voy, ya voy. Corte ese ruido, mujer».

Mientras el hombre hablaba, procedió a abrir con violencia la puerta más alta del coche, al tiempo que Nicholas tomaba la corneta y despertaba los ecos de todos los rincones con una de las más brillantes ejecuciones en ese instrumento jamás escuchada por oídos mortales. Sin embargo, tuvo su efecto,

no solo porque desperezó a muchos pasajeros que estaban recuperándose del aturdimiento de la caída, sino también porque atrajo ayuda a asistirlos, pues se vieron brillar luces en la distancia, donde la gente ya se movilizaba.

De hecho, un hombre montado a caballo llegó galopando antes de que los pasajeros estuvieran reunidos y bien sosegados, y al procederse a una cuidadosa investigación se evidenció que a la dama se le había roto el farol y al caballero se le había roto la cabeza; que los dos que iban en los extremos de la parte delantera habían escapado con moretones en los ojos, el conductor sangraba por la nariz, el cochero tenía una contusión en la sien, el señor Squeers una magulladura propinada por un baúl de viaje en la espalda, y los restantes pasajeros no habían recibido ningún daño gracias a la blandura de la nieve sobre la que habían caído. En cuanto se comprobaron esos hechos con toda exactitud, la dama dio varios indicios de estar a punto de desmayarse, pero al advertírsele que si lo hacía tendría que ser llevada sobre los hombros de algún caballero hasta el más próximo establecimiento público, lo pensó mejor y caminó el tramo de regreso con los demás.

Al llegar allí descubrieron que era un sitio muy solitario, que no contaba con comodidades de alojamiento sino solo con un salón público que tenía el piso jaspeado y una o dos sillas. Sin embargo, después de arrojar un haz de leña y abundantes carbones sobre el fuego, no tardaron en cambiar de aspecto, y una vez lavadas todas las marcas débiles del anterior accidente, la habitación ganó luz y calor, lo cual representaba un contraste muy agradable respecto al frío y la oscuridad de afuera.

«Bien, señor Nickleby», dijo Squeers, ubicándose en el rincón más tibio, «hizo usted muy bien agarrando a esos caballos. Lo habría hecho yo mismo si hubiera llegado a tiempo, pero me alegra mucho que lo hiciera usted. Lo hizo muy bien, muy bien».

«Tan bien», dijo el caballero de rostro afable, al que no parecía gustarle el tono protector adoptado por Squeers, «que si no hubieran estado firmemente controlados como estuvieron, probablemente a usted no le hubieran quedado sesos para educar».

Esta observación motivó un discurso respecto a la rapidez de la que Nicholas había hecho gala, y este se sintió abrumado de cumplidos y elogios.

«Me alegra mucho haber escapado, por supuesto», observó Squeers; «todo hombre se alegra cuando escapa del peligro, pero si alguno de los chicos que se me confiaron hubiera resultado herido —si algo me hubiera impedido devolver a cualquiera de esos niñitos a sus padres sano y salvo como lo recibí

— ¿cómo me habría sentido? Habría sido preferible que la rueda me aplastara la cabeza».

«¿Todos ellos son hermanos, señor?», preguntó la dama que había llevado el *Davy* o farol de seguridad.

«En cierto sentido lo son, señora», respondió Squeers, zambullendo la mano en el bolsillo de su sobretodo en busca de tarjetas. «Todos ellos recibirán el mismo trato paterno y cariñoso. La Sra. Squeers y yo somos como madre y padre para cada uno de ellos. Sr. Nickleby, entréguele esas tarjetas a la dama, y ofrézcale estas a los caballeros. Quizás conozcan a algunos padres a los que gustaría servirse del establecimiento».

Expresándose de ese modo, el Sr. Squeers, que no perdía ninguna oportunidad de hacer propaganda gratuita, se puso las manos sobre las rodillas y miró a los alumnos con toda la benevolencia que era capaz de fingir, mientras que Nicholas, sonrojándose de vergüenza, distribuyó las tarjetas como se le indicara.

«Espero que usted no sufra ningún trastorno por el vuelco, señora», dijo el caballero de rostro afable dirigiéndose a la dama quisquillosa, como deseoso, por caridad, de cambiar de tema.

«Ningún trastorno físico», respondió la dama.

«Tampoco ningún trastorno mental, espero».

«Todo este asunto afecta mucho mi sensibilidad, señor», respondió la dama, muy emocionada, «y le ruego a usted que, como buen caballero, no se refiera a él».

«¡Ay!», dijo el caballero de rostro afable con un aspecto aún más afable, «solo tenía la intención de preguntar...».

«Espero que no se hagan preguntas», dijo la dama, «o me veré obligada a buscar la protección de los demás caballeros. Patrón, le ruego que pida a un chico que permanezca de guardia afuera, y si pasa un carro verde en dirección a Grantham, que lo detenga de inmediato».

Las personas de la casa quedaron, evidentemente, tan anonadados con esta petición, que, cuando la dama encargó al chico recordar, como medio para identificar el esperado carro verde, que el cochero tenía un sombrero guarnecido de encaje dorado en el asiento, y un lacayo detrás, muy probablemente con medias de seda, se redoblaron las atenciones prodigadas en la posada a la buena mujer. Incluso el pasajero que viajaba en el asiento del conductor se vio contagiado por la infección y, volviéndose maravillosamente deferente, preguntó de inmediato si había o no alta sociedad en aquella comarca, a lo que la dama respondió que sí, que sí la había, de un

modo que dio a entender inequívocamente que ella se movía en las mismísimas cima y cúspide de la misma.

Cuando todos estuvieron sentados y en silencio en torno al fuego durante un rato, el caballero afable dijo: «Puesto que el guardia fue a Grantham a caballo en busca de otro coche, y puesto que estará viajando al menos un par de horas, propongo un tazón de ponche caliente. ¿Qué dice usted de eso, señor?».

La pregunta iba dirigida al hombre que se había roto la cabeza, que era un individuo de apariencia muy elegante, vestido de luto. No había pasado de la mediana edad, pero tenía los cabellos grises, parecían haber mudado prematuramente de color a causa de preocupaciones o tristezas. Accedió de buen grado a la propuesta, y pareció favorablemente predispuesto por la naturaleza franca y bonachona del individuo del que partía.

Este último personaje asumió la función de tabernero cuando estuvo listo el ponche, y después de repartirlo, guio la conversación hacia las antigüedades de York, con las que tanto él como el caballero canoso parecían estar bien familiarizados. Cuando este tema decayó, se volvió con una sonrisa en dirección al caballero canoso y le preguntó si sabía cantar.

«La verdad es que no lo sé», respondió el caballero, sonriendo a su vez.

«Es una lástima», dijo el dueño del rostro afable. «¿Acaso no hay nadie aquí que pueda cantar una canción para que el tiempo pase más deprisa?».

Uno por uno los pasajeros insistieron en que no sabían cantar; que les hubiera gustado hacerlo, pero que no podían recordar la letra de nada, etcétera.

«Quizás la dama no ponga objeciones», dijo el maestro de ceremonias con gran respeto y una chispa alegre en los ojos. «Alguna cosita italiana sacada de la última ópera traída a la ciudad sería muy bienvenida, ya lo creo».

Como la dama no accedió a dar respuesta alguna, sino que echó la cabeza hacia atrás en gesto de desprecio, murmurando alguna frase adicional de sorpresa sobre la no comparecencia del carro verde, una o dos voces urgieron al presidente para que él mismo hiciera un intento para beneficio general.

«Lo haría si pudiera», dijo el del rostro afable; «pues sostengo que en este, como en otros casos en que personas desconocidas se ven reunidas inesperada y violentamente, deben esforzarse por hacerse el encuentro lo más agradable posible en aras del bienestar de la pequeña comunidad».

«Ojalá que la máxima pudiera aplicarse en todos los casos», dijo el caballero canoso.

«Me alegra oírlo», repuso el otro. «Tal vez, ya que no puede cantar, ¿nos contaría un cuento?».

«No. Se lo pediría a usted».

«Lo haré gustoso después de usted».

«¡Ya lo creo!», dijo el caballero canoso, sonriendo. «Bien, pues que así sea. Me temo que el giro de mis pensamientos no está calculado para aliviar el tiempo que han de pasar aquí. Pero ustedes se lo han buscado, y ustedes mismos juzgarán. Hace un momento hablábamos de la catedral de York. Mi cuento de alguna manera se refiere a ella. Llamémoslo: LAS CINCO HERMANAS DE YORK».

Tras un murmullo de aprobación de los demás pasajeros, durante el cual la dama quisquillosa bebió un vaso de ponche sin que la observaran, el caballero canoso prosiguió como sigue:

«Hace muchos años —pues el siglo quince apenas tenía dos años de edad entonces, y el Rey Enrique Cuarto ocupaba el trono de Inglaterra— vivían en la antigua ciudad de York cinco hermanas solteras, que serán el tema de mi cuento.

»Estas cinco hermanas eran todas de una belleza sin paralelo. La mayor tenía veintitrés años, la segunda era un año menor, la tercera un año menor que la segunda, y la cuarta un año menor que la tercera. Eran de porte alto y majestuoso, tenían ojos oscuros y brillantes y pelo negrísimo. Había dignidad y gracia en todos sus movimientos, y la fama de su gran belleza se había extendido por todas las campiñas de los alrededores.

»Pero si las cuatro hermanas mayores eran hermosas, ¡cuán bella no sería la más joven, una preciosa criatura de dieciséis años! Los matices de rubor en la suave lozanía del fruto, o la delicada pintura en la flor, no son más exquisitos que la combinación de la rosa y el lirio en su rostro gentil, o el azul profundo de sus ojos. La enredadera, con toda su lujuriosa elegancia, no es más agraciada que los racimos de brillante cabello castaño que jugueteaban en torno a su frente.

»Si todos tuviéramos corazones como los que laten tan ligeramente en los pechos de las personas jóvenes y bellas, ¡qué paraíso sería esta tierra! Si, al envejecer y marchitarse nuestros cuerpos, pudieran nuestros corazones conservar su juventud y fresca tempranas, ¡por qué habría de haber penas y sufrimientos! Pero la vaga imagen del Edén estampada en ellos en la niñez, roza y se desgasta en nuestras luchas, y pronto se borra, sin dejar a menudo más que un triste vacío.

»El corazón de esta hermosa joven saltaba de júbilo y alegría. Sus puros afectos iban dirigidos a un apego devoto a sus hermanas y a un cariño ferviente por todas las cosas bellas de la naturaleza. Su alegre voz y su risa jubilosa eran la más dulce música de su hogar, del que ella era la mismísima luz y vida. Cuidaba las más bellas flores del jardín, las aves enjauladas cantaban al oír su voz y languidecían al extrañar su dulzura. Alice, querida Alice; ¡qué ser vivo que cayese en la esfera de su encanto de brujita gentil podría dejar de amarla!

»Podrían ahora ustedes buscar en vano el sitio en que vivían estas hermanas, pues hasta sus nombres han muerto, y los anticuarios polvorientos hablan de ellas como de una fábula. Pero vivían en una vieja casa de madera —vieja incluso en aquellos tiempos— con aguilones y balcones colgantes de roble toscamente tallado, que se alzaba en medio de un agradable huerto y estaba rodeada por un tosco muro de piedras, desde donde un arquero robusto habría podido hacer llegar una flecha hasta la Abadía de Saint Mary. En aquellos tiempos la vieja abadía florecía, y las cinco hermanas, que vivían en sus hermosos terrenos, pagaban cuotas anuales a los negros monjes benedictinos, fraternidad a la que aquella pertenecía.

»Era una mañana luminosa y soleada en la agradable estación del verano, cuando uno de esos negros monjes emergió del portal de la abadía y encaminó sus pasos hacia la casa de las hermosas hermanas. Arriba, el cielo estaba azul, y la tierra bajo sus pies cubierta de verdor; el río relumbraba como una senda de diamantes al sol, las aves derramaban sus canciones desde los umbrosos árboles, la alondra se elevaba muy alto, por encima de las olas de los sembrados de maíz, y el zumbido profundo de los insectos llenaba el aire. Todo parecía alegre y sonriente; pero el hombre santo siguió caminando, con la vista clavada en el suelo. La belleza de la tierra no es más que un suspiro, y el hombre no es más que una sombra. ¿Qué simpatía podía sentir un santo predicador por una u otro?

»Con la vista clavada en el suelo, o solo lo suficientemente alzada como para no tropezar con los obstáculos en su camino, el religioso siguió avanzando hasta llegar a un pequeño postigo en el muro del huerto de las hermanas, que cerró tras de sí al entrar. El ruido de suaves voces que charlaban y una alegre risa llegaron a sus oídos antes de avanzar muchos pasos, y alzando la vista más allá de lo que hubiera humildemente deseado, divisó, a corta distancia, a las cinco hermanas sentadas sobre la yerba, con Alice en el centro, todas ellas dedicadas a su acostumbrada labor de bordado.

»“Salvas sean, hermosas hijas mías”, dijo el fraile; y hermosas eran en verdad. Hasta un monje habría podido amarlas como obras de arte selectas, salidas de la mano del Creador.

»Las hermanas saludaron al santo varón con graciosa reverencia, y la mayor lo invitó a sentarse en un asiento musgoso a su lado. Pero el buen fraile denegó con un gesto y se sentó en una piedra muy dura, con lo cual, sin duda, satisfacía a los ángeles que aprobaban sus actos.

»“Estaban ustedes alegres, hijas mías”, dijo el monje.

»“Ya usted sabe lo ligero que tiene la dulce Alice el corazón”, respondió la hermana mayor, pasando sus dedos por las trenzas de la chica sonriente.

»“Y cuánto júbilo y alegría nos embarga cuando vemos toda la naturaleza resplandecer a la luz del sol, padre”, agregó Alice, ruborizándose bajo la inflexible mirada del enclaustrado.

»El monje no respondió, salvo por una solemne inclinación de cabeza, y las hermanas prosiguieron su tarea en silencio.

»“Están perdiendo horas preciosas”, dijo el monje al cabo, volviéndose hacia la hermana mayor al hablar, “están perdiendo horas preciosas en esta vana insignificancia. ¡Ay, ay! ¡Que las pocas burbujas en la superficie de la eternidad —todo lo que el Cielo dispone que veamos de ese río oscuro y profundo— se dispersen tan a la ligera!”.

»“Padre”, replicó la doncella, haciendo una pausa, como hicieron todas las demás, en su afanosa tarea, “ya rezamos en las maitines, distribuimos nuestras limosnas diarias en el portón, atendimos a los campesinos enfermos... todas nuestras tareas matutinas fueron realizadas. Espero que nuestra ocupación esté exenta de culpa”.

»“Mire esto”, dijo el fraile quitándole el bastidor de la mano, “una intrincada maraña de colores chillones carentes de propósito u objetivo, a no ser que algún día sea destinada a algún adorno vano, para satisfacer el orgullo de vuestro frágil y ligero sexo. Día tras día ha sido consumido en esta tarea insensata que aún no está ni medio concluida. La sombra de cada día que pasa cae sobre nuestras tumbas, y el gusano se regocija al verla, sabiendo que nos apresuramos en esa dirección. Hijas, ¿acaso no hay manera mejor de pasar las horas que se nos van?”.

»Las cuatro hermanas mayores bajaron la vista, como avergonzadas por el regaño del santo varón, pero Alice levantó la suya y la fijó suavemente en el fraile.

»“Nuestra querida madre”, dijo la doncella, “¡que en paz descanse!”.

»“¡Amén!”, exclamó el fraile con voz grave.

»“Nuestra querida madre”, continuó, vacilante, la hermosa Alice, “vivía aún cuando comenzaron estas largas tareas, y nos rogó que, cuando ella ya no estuviera con nosotras, las continuáramos con toda discreción y alegría en

nuestras horas de asueto. Dijo que si pasamos esas horas juntas, en regocijo inofensivo y tareas propias de doncellas, serían las más felices y apacibles de nuestras vidas, y que si en años posteriores salíamos al mundo y nos adentrábamos en sus preocupaciones y pruebas, si, atraídas por sus tentaciones y deslumbradas por sus relumbres, olvidáramos el amor y el deber que han de unir con sagrado vínculo a los hijos de un padre o madre amado, una mirada a las antiguas labores de nuestra común niñez nos haría recordar tiernamente los días pasados y ungiría nuestros corazones con afecto y amor”.

»“Lo que Alice dice es verdad, padre”, dijo la hermana mayor, con cierto orgullo. Y al decirlo, continuó su labor, como hicieron las demás.

»Cada hermana tenía delante un dechado de gran tamaño. Era difícil y complejo de describir, pero el diseño y los colores de los cinco eran iguales. Las hermanas se inclinaban con gracia sobre su labor, y el monje, descansando el mentón sobre sus manos, miró alternativamente a cada una en silencio.

»“¡Cuánto mejor sería”, dijo al cabo, “cerrarle el paso a todos esos pensamientos y posibilidades, y en el pacífico refugio de la iglesia dedicar sus vidas al Cielo! La infancia, la juventud, la madurez y la vejez, todas se marchitan tan rápidamente como se agolpan unas con otras. Piensen cómo rueda el polvo humano hacia la tumba, y volviendo sus rostros firmemente hacia esa meta eviten la nube que se eleva a partir de los placeres del mundo y engaña los sentidos de sus devotos. ¡El velo, hijas, el velo!”.

»“Jamás, hermanas”, exclamó Alice, “jamás cambiéis la luz y el aire del cielo, y la frescura de la tierra y todas las cosas bellas que respiran en ella por el frío claustro y la celda. Las propias bendiciones de la naturaleza son los bienes justos de la vida, y podemos compartirlos, juntas, sin pecado. Morir es lo que nos toca, pero ¡oh!, muramos con vida en nuestro derredor; cuando nuestros corazones fríos dejen de latir que haya corazones cálidos latiendo cerca; ¡que nuestra última mirada se dirija a los límites que el propio Dios estableció a sus brillantes cielos, y no a paredes de piedra ni a barrotes de hierro! Queridas hermanas, vivamos y muramos, si lo tienen a bien, en los límites de este verde jardín. Evitemos la oscuridad y la tristeza de un claustro, y seremos felices”.

»Las lágrimas brotaban a raudales de los ojos de la doncella cuando concluyó su apasionada exhortación, tras lo cual escondió el rostro en el pecho de su hermana.

»“Consuélate, Alice”, dijo la mayor, besando su hermosa frente. “Jamás el velo arrojará su sombra sobre tu joven frente. ¿Qué decís, hermanas? Hablad

por vosotras mismas, y no por Alice ni por mí”.

»Las hermanas, como de común acuerdo, exclamaron que habían echado juntas su suerte y que había moradas de paz y virtud más allá de las paredes del convento.

»“Padre”, dijo la dama mayor, poniéndose de pie con dignidad. “Usted escuchó nuestra decisión final. La misma preocupación piadosa que enriqueció la abadía de Saint Mary y nos dejó, como huérfanas, bajo su santa tutoría, estableció que no se impondría ninguna obligación a nuestras inclinaciones, sino que seríamos libres para decidir según nuestra elección. Que no se hable más de esto, se lo rogamos. Hermanas, es casi mediodía. ¡Vayamos bajo techo hasta la noche!”. Haciéndole una reverencia al fraile, la dama se puso de pie y caminó hacia la casa de la mano con Alice, y las demás hermanas las siguieron.

»El santo varón, que a menudo había planteado el mismo asunto, pero nunca había recibido un rechazo tan directo, caminaba a cierta distancia detrás, con la vista puesta en la tierra, y moviendo los labios como si rezara. Al llegar las hermanas al portal, apresuró el paso y les pidió que se detuvieran.

»“Esperen”, dijo el monje, alzando la mano derecha y echándoles una mirada enojada alternativamente a Alice y a la hermana mayor. “Esperen, y escuchen de mis labios cuáles serían esos recuerdos que ustedes amarían por encima de la eternidad, y que despertarían —si por piedad dormían— mediante la contemplación de estos juguetes frívolos. El recuerdo de las cosas terrenas está cargado, en la vida del más allá, de amargos desengaños, tristeza y muerte; del monótono cambio y el dolor que desgasta. Llegará un día en que una ojeada a estas fruslerías carentes de significado abrirán dolorosas heridas en los corazones de algunas de ustedes, y golpearán lo más profundo de sus almas. Cuando llegue esa hora —y atiendan bien, pues esa hora llegará— vuelvan la espalda al mundo al que se aferraron, y vuelvan la vista al refugio que desdeñaron. Muéstrenme celda más fría que aquella en que se transforma el fuego de los mortales cuando, debilitados por la calamidad y las pruebas, lloran por los sueños de la juventud. Esto que digo es la voluntad del Cielo, no la mía”, dijo el fraile, moderando su voz al ver que las chicas retrocedían. “¡Que la Virgen las bendiga, hijas mías!”.

»Y diciendo esas palabras, desapareció tras el postigo, y las hermanas se apresuraron a entrar a casa, y ya no se las volvió a ver aquel día.

»Pero la naturaleza sonreirá aunque los sacerdotes frunzan el ceño, y, al día siguiente, el sol brillaba deslumbrante, y también al siguiente, y de nuevo

al siguiente. Y en el resplandor de la mañana y en el suave reposo del anochecer, las cinco hermanas siguieron andando, o laborando, o se entretuvieron conversando alegremente en su huerto apacible.

»Y pasó el tiempo, como se dice que pasa en los cuentos; mucho más rápido, en verdad, que en muchos cuentos que se narran, de los que me temo este pueda ser uno. La casa de las cinco hermanas siguió donde estaba, y los mismos árboles arrojaban su sombra sobre la yerba del huerto. Las hermanas también estaban allí, y tan hermosas como al principio, pero había ocurrido un cambio en el lugar donde vivían. A veces se oía el choque de armaduras, y el brillo de la luna sobre cascos de acero, y otras veces hastiados caballos de guerra eran picados para que avanzasen hasta el portón, y una forma femenina se deslizaba apresuradamente hasta allí, impaciente por demandar noticias al fatigado mensajero. Un enorme número de caballeros y damas se alojaron una noche dentro de las paredes de la abadía, y al día siguiente partieron, llevando consigo a dos de las hermosas hermanas. Entonces, los jinetes empezaron a acudir con menos frecuencia, y cuando lo hacían, parecían traer malas noticias, y al cabo, dejaron de venir del todo, y campesinos de pies adoloridos se acercaban furtivamente al portón tras la puesta del sol y cumplían su misión a escondidas. En una ocasión, un vasallo fue enviado a toda prisa a la abadía en lo más oscuro de la noche, y cuando llegó el día, de la casa de las hermanas brotaban sonidos de infortunio y llantos. Y después, un silencio luctuoso se instaló, y jamás volvió a verse por los alrededores a ningún caballero o dama, caballo o armadura.

»Había en el cielo una oscuridad plomiza, y el sol se ocultaba, encolerizado, tiñendo las nubes incoloras con las últimas trazas de su ira, cuando el mismo monje negro, caminando con los brazos cruzados, pasó a corta distancia de la abadía. Una plaga había caído sobre árboles y arbustos. Y al fin el viento, que empezaba a romper la anormal inmovilidad que había prevalecido todo el día, comenzó a suspirar pesadamente de vez en cuando, como pronosticando, con dolor, los destrozos de la tormenta que se aproximaba. El murciélago pasaba rasando en fantásticos vuelos, atravesando el aire denso, y el suelo hervía de cosas que se arrastraban, cuyo instinto las hacía salir a hincharse y a engordar bajo la lluvia.

»Ya la mirada del fraile no apuntaba al suelo; iba más allá, vagando de un punto al otro, como si la tenebrosidad y la desolación del paisaje hallara pronta respuesta en su propio pecho. Volvió a detenerse cerca de la casa de las hermanas, y volvió a pasar por el postigo.

»Pero no volvieron a oír sus oídos el sonido de risas, ni reposó su vista sobre las hermosas siluetas de las cinco hermanas. Todo estaba silencioso y desierto. Las ramas de los árboles estaban torcidas y quebradas, y la yerba había crecido alta y fétida. Hacía muchos, muchos días, que los pies ligeros no la hollaban.

»Con la indiferencia o la distracción de quien está muy acostumbrado al cambio, el monje se deslizó dentro de la casa y entró en una habitación oscura, de techo bajo. Allí estaban sentadas cuatro hermanas. Sus negras vestimentas volvían aún más blancos sus rostros, en los que el tiempo y la tristeza habían hecho sus estragos. Seguían siendo majestuosas, pero la plenitud y el orgullo de la belleza habían desaparecido.

»Y Alice... ¿dónde estaba? En el Cielo.

»El monje —incluso el monje— podía soportar un poco de tristeza aquí, pues había pasado mucho tiempo desde que estas hermanas la habían conocido, y había surcos en sus rostros blanqueados que jamás habrían podido labrar los años. Se sentó en silencio, y con un gesto les indicó que prosiguieran su conversación.

»“Están aquí, hermanas”, dijo la dama mayor con voz temblorosa. “Jamás me he atrevido a mirarlos desde entonces, y ahora me culpo por mi debilidad. ¿Qué hay en su memoria que debemos temer? Recordar los tiempos idos podría ser un placer solemne”.

»Miró al monje al hablar, y, abriendo un armario, extrajo los cinco bastidores de bordado, terminados mucho tiempo atrás. Su paso era firme, pero su mano temblaba cuando sacó el último; y cuando los sentimientos de las demás hermanas brotaron en torrente al verlo, sus lágrimas reprimidas se abalanzaron, y ella dijo, entre sollozos, “¡Dios la bendiga!”.

»El monje se puso de pie y avanzó hacia ellas. “Fue casi la última cosa que tocó cuando tenía salud”, dijo en voz baja.

»“Lo fue”, exclamó la dama mayor, llorando amargamente.

»El monje se volvió en dirección a la segunda hermana.

»“El joven gallardo que miró vuestros ojos, y que quedó prendado hasta de vuestro aliento al veros por vez primera dedicada a este pasatiempo, yace bajo tierra, en una llanura cuyo pasto está tinto en sangre. Fragmentos herrumbrosos de armadura, antaño pulida y brillante, se pudren en el suelo, ¡y es tan difícil determinar si son tuyas, al igual que los huesos que se deshacen en el moho!”.

»La dama gimió y se retorció las manos.

»“La política de las cortes”, prosiguió, volviéndose hacia las otras dos hermanas, “os alejó de vuestro pacífico hogar para llevaros a escenas de jolgorio y esplendor. La misma política, y la infatigable ambición de hombres orgullosos y feroces, os han devuelto, como doncellas viudas y parias humilladas. ¿Es cierto lo que digo?”.

»Los sollozos de las dos hermanas fueron su única respuesta.

»“No se debe”, dijo el monje, con una mirada plena de significado, “desperdiciar el tiempo en vistosas fruslerías que alienten a los pálidos fantasmas de las esperanzas juveniles a erguirse. ¡Enterradlos, arrojad penitencias y mortificaciones sobre sus cabezas, impedidles que salgan y que el convento sea su tumba!”.

»Las hermanas solicitaron tres días para deliberar, y esa noche sintieron como si el velo fuese, en efecto, la mortaja adecuada para sus alegrías muertas. Pero volvió el nuevo día, y aunque las ramas de los frutales del huerto se marchitaban y se arrastraban, silvestres, por la tierra, seguía siendo, no obstante, el mismo huerto. La yerba estaba áspera y crecida, pero allí estaba todavía el sitio donde tantas veces se sentaron juntas, cuando el cambio y la tristeza no eran para ellas más que simples palabras. Ahí estaba cada trillo y rincón que Alice había alegrado, y en la nave de la catedral había una piedra plana bajo la cual dormía en paz.

»¿Y acaso podían ellas, recordando cuánto daño hacía al joven corazón de su hermana pensar en paredes enclaustradas, inclinarse sobre su tumba envueltas en ropajes capaces de enfriar las mismísimas cenizas que contiene? ¿Acaso podían arrodillarse a orar, y cuando todo el Cielo se pusiera a escucharlas, pintar con la oscura sombra de la tristeza el rostro de un ángel? No.

»Mandaron a buscar al extranjero artistas de gran renombre en aquel entonces, y luego de obtener la aprobación de la iglesia a su piadosa labor, ordenaron que se ejecutaran en cinco anchos paneles de vidriería de colores una copia fiel de su antigua labor de bordado. La colocaron luego en una amplia ventana que hasta ese momento había permanecido desprovista de adornos, y cuando el sol brilló con su mayor fulgor, tal como le habría gustado a ella verlo, los familiares diseños se reflejaron en sus colores originales, y, arrojando un torrente de matizados rayos luminosos sobre el pavimento, se posó cálidamente sobre el nombre de *Alice*.

»Durante muchas horas, y todos los días, las hermanas recorrían arriba y abajo la nave, o se arrodillaban junto a la ancha piedra plana. Tras muchos años solo se vio a tres en el sitio acostumbrado, luego solo a dos, y mucho

tiempo después, solamente a una mujer solitaria doblada por el peso de la edad. Al cabo dejó de acudir, y sobre la piedra quedaron inscritos cinco sencillos nombres cristianos.

»Esa piedra se gastó y fue remplazada por otras, y muchas generaciones han llegado y vuelto a partir desde entonces. El tiempo ha atenuado los colores, pero el mismo torrente de luz sigue cayendo sobre la tumba olvidada, de la que no quedan rastros. Y hasta el día de hoy a los forasteros se les muestra, en la Catedral de York, una vieja ventana llamada Las Cinco Hermanas».

* * *

«Es un cuento triste», dijo el caballero de rostro afable, vaciando su copa.

«Es un cuento de la vida, y la vida está compuesta de muchos pesares», repuso el otro, cortésmente, pero con tono de voz grave y melancólico.

«Hay sombras en todos los buenos retratos, pero también hay luces, si optamos por contemplarlas», dijo el caballero del rostro afable. «La hermana más joven de su cuento siempre fue de corazón alegre».

«Y murió tempranamente», dijo el otro con suavidad.

«Quizás habría muerto antes si hubiera sido menos alegre», dijo el primero que habló, con mucho sentimiento. «¿Cree usted que las hermanas que tanto la querían habrían sentido menos dolor si su vida hubiera estado llena de pesimismo y aflicción? Si algo puede aliviar el primer agudo dolor de una gran pérdida, sería, en lo que a mí respecta, saber que aquellos a quienes lloro, por haber sido inocentemente felices aquí, y haber estado rodeados de amor, se prepararon así para un mundo más puro y feliz. El sol no brilla sobre esta hermosa tierra para alumbrar rostros ceñudos, téngalo por seguro».

«Creo que usted tiene razón», dijo el caballero que contó el cuento.

«¡Lo cree!», replicó el otro, «¿acaso alguien puede dudarle? Tome cualquier tema de triste recuerdo, y vea usted con cuánto placer se asocia. La memoria de placeres pasados puede convertirse en dolor...».

«En efecto», interrumpió el otro.

«Pues así ocurre. Recordar una felicidad que no puede restaurarse conduce al dolor, pero de un tipo suavizado. Desgraciadamente, nuestros recuerdos se mezclan con muchas cosas que deploramos, y con muchas acciones de las que nos arrepentimos amargamente. Y aun así, creo firmemente que hasta en la vida más accidentada hay tantos rayitos de sol para mirar, que no creo que ningún mortal (a no ser que se haya colocado más

allá de toda esperanza) apure deliberadamente una sola copa de las aguas del Leteo, si estuviera en su poder decidirlo».

«Posiblemente usted esté en lo cierto con su creencia», dijo el hombre canoso tras una breve meditación. «Me inclino a creer que lo está».

«Entonces, por qué», respondió el otro, «lo bueno en este estado de existencia predomina por encima de lo malo, digan lo que digan los mal llamados filósofos. Si se pusieran a prueba nuestros afectos, nuestros afectos serían lo que nos consuela y alivia. Y por más triste que sea el recuerdo, es el vínculo entre este mundo y otro mejor».

«Pero ¡vamos!, les contaré un cuento de otro tipo».

Tras un breve silencio, el caballero del rostro afable repartió una ronda de ponche, y echándole una ojeada furtiva a la dama quisquillosa, que parecía horriblemente asustada de que fuera a relatarse algo inconveniente, comenzó:

EL BARÓN DE GROGZWIG

«El Barón Von Koëldwethout, de Grogzwig^[15], en Alemania, era tan parecido a un joven barón como podría esperarse. No tengo ni que decir que vivía en un castillo, porque eso se da por sentado. Tampoco tengo que decir que vivía en un viejo castillo, pues ¿qué barón alemán vivió jamás en un castillo nuevo? Había muchas circunstancias extrañas conectadas con este venerable edificio, de las cuales no era la menos sorprendente y misteriosa el hecho de que, cuando soplaban el viento, retumbaba en las chimeneas, o incluso aullaba entre los árboles en el bosque cercano. Y que cuando la luna brillaba se iba metiendo a través de ciertas pequeñas aspilleras en la pared, y llegaba a iluminar bastante algunas partes de los amplios salones y pasillos, dejando a otros en una lóbrega oscuridad. Creo que uno de los antepasados del barón, estando corto de dinero, le había clavado una daga a un caballero que llegó una noche para pedir una dirección, y se suponía que fuera a consecuencia de ello que estos acontecimientos milagrosos tuvieran lugar. Y, sin embargo, apenas sé cómo pudo haber sido eso, pues el antepasado del barón, que era un hombre amable, se sintió después muy apenado por haber sido tan imprudente, y echando mano con violencia a una cantidad de piedras y leños pertenecientes a un barón más débil, construyó una capilla a modo de disculpa, y así tomó un recibo del Cielo por todas las deudas.

»Hablar del antepasado del barón me trae a la mente las exigencias de respeto del barón debido a su linaje. Desde luego, no me atrevo a decir cuántos antepasados tenía el barón. Pero sí sé que tenía muchos más que

cualquier otro hombre de su tiempo, y solo deseo que hubiera vivido en estos tiempos que corren para que hubiera podido tener más. Es muy duro para los grandes hombres de siglos pasados haber venido al mundo tan pronto, porque un hombre que nació hace trescientos o cuatrocientos años no puede esperar razonablemente tener tantos vínculos previos como un hombre que nazca ahora. El último hombre, sea quien fuese —y puede que sea un zapatero remendón o algún bajo y vulgar bribonzuelo hasta donde sepamos— tendrá un linaje más largo que el noble más grande que viva hoy día, y sostengo que eso no es justo.

»Bien, pero el Barón Von Koëldwethout de Grogzwig era un buen tipo, moreno, de oscuros cabellos y anchos bigotes, que vestía ropas de montar verde Lincoln, con botas bermejas en los pies, y una corneta colgada al hombro como el guardia de un largo tramo de camino. Cuando tocaba esa corneta, veinticuatro caballeros más, de rango inferior, vestidos de un verde Lincoln algo más tosco, y con botas bermejas de suelas algo más gruesas, aparecían de inmediato, y toda la tropa salía galopando, portando en las manos lanzas refulgentes como pasamanos laqueados, a la caza de jabalíes, o tal vez a encontrarse con un oso, y en este último caso el barón primero lo mataba y luego se untaba los bigotes con su grasa.

»Era una vida alegre para el Barón de Grogzwig, y aún más alegre para los sirvientes del barón, quienes bebían vino del Rin todas las noches hasta que rodaban bajo la mesa, y entonces bebían de las botellas en el piso, y pedían pipas. Jamás hubo tíos tan alegres, traviosos, divertidos y alborozados como el jovial equipo de Grogzwig.

»Pero los placeres de la mesa, o los placeres de debajo de la mesa, requieren un poco de variedad, especialmente si las mismas veinticinco personas se sientan diariamente a la misma mesa, a discutir los mismos temas, y a contar los mismos cuentos. El barón se fue aburriendo, y quiso emociones. Empezó a reñir con sus caballeros y se entretuvo dando patadas a dos o tres de ellos cada día después de la cena. Al principio fue un cambio agradable, pero después de una semana o algo así se volvió monótono, y el barón se indispuso e intentó procurarse alguna nueva diversión.

»Una noche, después de un día de deportes en el que había sobrepasado a Nimrod o a Gillingwater^[16], y dado muerte a “otro oso excelente”, que llevó triunfalmente a casa, el Barón Von Koëldwethout permanecía sentado melancólicamente a la cabecera de la mesa, contemplando el techo ahumado del salón con aire descontento. Tragó enormes copas llenas de vino, pero cuanto más tragaba más ceñudo se ponía. Los caballeros que habían sido

honrados con la peligrosa distinción de sentarse a su derecha y a su izquierda lo imitaron en la bebida con una exactitud prodigiosa, y se frunció el ceño el uno al otro.

»“¡Lo haré!”, exclamó el barón de repente, golpeando la mesa con su mano derecha, y torciéndose el bigote con la izquierda. “Bebamos a la salud de la Dama de Grogzwig”.

»Los veinticuatro verdes Lincoln palidieron, excepto las veinticuatro narices, que eran inmutables.

»“Dije que a la salud de la Dama de Grogzwig”, repitió el barón, mirando en torno a la mesa.

»“¡A la salud de la Dama de Grogzwig!”, exclamaron los verdes Lincoln. Y por sus veinticuatro gargantas bajaron veinticuatro pintas imperiales de un vino del Rin tan raro, que chasquearon sus cuarenta y ocho labios y volvieron a guiñar los ojos.

»“Por la hermosa hija del Barón Von Swillenhause”, dijo Koëldwethout, condescendiendo a explicarse, “la pediremos a su padre en matrimonio mañana mismo, en cuanto el sol se ponga. Si rehúsa nuestra petición le cortaremos la nariz”.

»Un ronco murmullo se elevó del grupo, y cada uno de los hombres tocó, primero, el filo de su espada y, luego, la punta de su nariz, con espantoso significado.

»¡Qué cosa tan agradable de contemplar es la devoción filial! Si la hija del Barón Von Swillenhause hubiera planteado que su corazón ya estaba comprometido, o se hubiera lanzado a los pies de su padre para encurtirlos con sus lágrimas, o se hubiera limitado a desmayarse, y a prodigarle al anciano exclamaciones frenéticas, con la seguridad de cien contra uno al castillo de Swillenhause lo habrían defenestrado, o más bien al barón lo hubieran defenestrado, y habrían demolido el castillo. Sin embargo, cuando, a la mañana siguiente, un temprano mensajero trajo la solicitud de Von Koëldwethout, la damisela guardó silencio y se retiró modestamente a su recámara, desde cuya ventana contempló la llegada del pretendiente y su séquito. En cuanto le aseguraron que el jinete con los grandes bigotes era el que se le ofrecía como esposo, corrió ante su padre y le expresó su disposición a sacrificarse para garantizarle la paz. El venerable barón estrechó a su hija entre sus brazos e hizo un guiño de felicidad.

»Hubo un gran banquete en el castillo ese día. Los veinticuatro verdes Lincoln de Von Koëldwethout intercambiaron votos de amistad eterna con doce verdes Lincoln de Von Swillenhause, y prometieron al viejo barón que

beberían de su vino “hasta verlo todo azul” —probablemente queriendo decir “hasta que todos sus rostros adquirieran el mismo color que sus narices”. Todos dieron palmadas en las espaldas de sus pares cuando llegó el momento de partir. Y el Barón Von Koëldwethout y sus seguidores trotaron alegres de regreso a casa.

»Durante seis mortales semanas, los osos y los jabalíes tuvieron vacaciones. Las casas de Koëldwethout y Swillenhauseen estaban unidas. Las lanzas se pusieron herrumbrosas, y la cometa del barón se puso ronca por falta de alguien que la tocara.

»Esos fueron tiempos excelentes para los veinticuatro. Pero, ¡ay!, sus días felices y prósperos ya se habían acabado y estaban a punto de partir.

»“Querido mío”, dijo la baronesa.

»“Amor mío”, dijo el barón.

»“Esos hombres rudos, ruidosos...”.

»“¿Cuáles, señora?”, dijo el barón, sorprendido.

»La baronesa señaló por la ventana frente a la que estaban de pie, en dirección al patio que estaba abajo, donde los desapercibidos verdes Lincoln bebían la rebosante copa del estribo, como preparación antes de partir tras uno o dos jabalíes.

»“Mis acompañantes de cacería, señora”, dijo el barón.

»“Disuélvelos, amor mío”, murmuró la baronesa.

»“¡Que los disuelva!”, exclamó el barón, sorprendido.

»“Para complacerme, amor mío”, respondió la baronesa.

»“Para complacer al demonio, señora”, contestó el barón.

»Tras lo cual la baronesa profirió un sonoro grito y se desvaneció a los pies del barón.

»¿Qué podía hacer el barón? Llamó a la sirvienta de la dama, y rugió que trajeran al doctor. Y luego, abalanzándose hacia el patio, pateó a los dos verdes Lincoln que más habituados estaban a ello, y maldiciéndolos a todos y cada uno, les ordenó que se fueran... no importaba adónde. No sé cómo se dice en alemán, o lo habría dicho así, delicadamente.

»No me toca a mí decir cuáles son los medios o los procedimientos a través de los cuales algunas esposas consiguen controlar a sus maridos como lo hacen, aunque sí puedo tener mi opinión personal al respecto, y puedo pensar que ningún miembro del Parlamento debería casarse, puesto que tres miembros de cada cuatro deben votar según las conciencias de sus esposas (si tal cosa existiera), y no según las suyas propias. Lo único que diré por ahora es que la Baronesa Von Koëldwethout de un modo u otro consiguió ejercer un

gran control sobre el Barón Von Koëldwethout, y que, poco a poco, y trozo a trozo, y día a día, y año a año, el Barón fue perdiendo las discusiones, o de manera astuta fue inducido a abandonar algún viejo pasatiempo, y que ya para el momento en que era un tipo gordo y bonachón de cuarenta y ocho años o algo así, ya no tenía ni banquetes, ni jolgorios, ni compañeros de cacería ni cacerías... en resumen, nada de lo que le gustaba, o le había gustado. Y que, aunque era feroz como un león y valiente como el que más, decididamente había sido desairado y controlado por su propia esposa, en su propio castillo de Grogzwig.

»Pero los infortunios del barón no paraban ahí. Aproximadamente un año después de su casamiento vino al mundo un vigoroso baroncito, en honor del cual se dispararon muchos fuegos artificiales y se bebieron muchas decenas de barriles de vino. Pero al año siguiente vino una baronesita, y al año siguiente otro baroncito, y así cada año o bien un barón o una baronesa (y un año ocurrió que dos juntos), hasta que el barón se dio cuenta de que era el padre de doce hijos. En cada uno de esos aniversarios la venerable Baronesa Von Swillenhause se manifestaba muy nerviosa y sensible respecto al bienestar de su hija, la Baronesa Von Koëldwethout, y aunque nunca se supo que la buena señora hiciera algo práctico para contribuir a la recuperación de su hija, de todas formas se esforzaba por estar tan nerviosa como le fuera posible en el castillo de Grogzwig, y compartir su tiempo entre la formulación de observaciones de índole moral sobre la forma en que el barón mantenía su hogar y las lamentaciones por el duro destino que tocó en suerte a su infeliz hija. Y si el Barón de Grogzwig, algo dolido e irritado por ello, se animaba a atreverse a sugerir que su esposa cuando menos no estaba en peores condiciones que las esposas de otros barones, la Baronesa Von Swillenhause les rogaba a todos los presentes que observaran que ella era la única que se compadecía de los sufrimientos de su hija, a lo cual sus parientes y amigos respondían que, en efecto, ella lloraba mucho más que su yerno, y que si existía en el mundo un bruto con el corazón de piedra, ese tenía que ser el Barón de Grogzwig.

»El pobre barón lo soportó hasta donde pudo, y cuando ya no pudo seguir soportándolo, perdió el apetito y el ánimo, y se quedó sentado en su sillón con sensación de pesimismo y desaliento. Pero todavía tendría que hacer frente a problemas peores, y cuando estos llegaron, su melancolía y su tristeza no tuvieron límites. Los tiempos cambiaron. Entró en deudas. Las arcas de Grogzwig se fueron vaciando, aunque la familia Swillenhause siguió considerándolas inagotables, y justo en el momento en que la baronesa estaba

a punto de aportar una décimo tercera adición al linaje familiar, Von Koëldwethout descubrió que no tenía medios para volverlas a llenar.

»“No veo qué puede hacerse”, dijo el barón. “Creo que me mataré”.

»Esa era una idea brillante. El barón tomó un viejo cuchillo de caza de un armario que tenía cerca, y después de afilarlo contra su bota hizo lo que los chicos llaman “una amenaza” a su cuello.

»“¡Ejem!”, dijo el barón, deteniéndose de repente. “Quizás no está bastante filoso”.

»El barón volvió a afilarlo, e hizo otra amenaza, momento en el cual su mano se vio detenida por un fuerte griterío entre los baroncitos y baronesitas, que tenían su recámara en una torre de los altos, con la ventana protegida por barrotes de hierro para evitar que cayeran al foso.

»“Si fuera soltero”, dijo el barón, suspirando, “habría podido hacerlo cincuenta veces seguidas sin que me interrumpieran. Pongan un frasco de vino y la pipa más grande en la alcoba de detrás del salón”.

»Uno de los sirvientes, muy amable, tardó una media hora en ejecutar las órdenes del barón. Al ser informado Von Koëldwethout de que su orden había sido cumplida, se dirigió a la alcoba, cuyas paredes eran de una madera oscura lustrosa que brillaba a la luz de los leños que ardían, apilados en la chimenea. La botella y la pipa estaban listas, y, en general, el lugar parecía muy cómodo.

»“Deje la lámpara”, dijo el barón.

»“¿Dejo algo más, mi amo?”, preguntó el sirviente.

»“La habitación”, respondió el barón. El sirviente obedeció, y el barón cerró la puerta con llave.

»“Fumaré una última pipa”, dijo el barón, “y entonces me iré”. Así que, poniendo el cuchillo sobre la mesa hasta tanto hubiera menester de él, y tragando una buena cantidad de vino, el amo de Grogzwig se dejó caer hacia atrás en su silla, estiró las piernas frente al fuego, y se puso a fumar.

»Pensó en muchas cosas, en sus problemas presentes y en sus pasados días de soltero, y en los verdes Lincoln dispersos desde hacía tiempo por distintas partes del país, sin que nadie supiera dónde, con la excepción de dos que desgraciadamente habían sido decapitados, y cuatro que se habían matado bebiendo. Su mente corría, dando alcance a osos y jabalíes, cuando en el proceso de vaciar la copa hasta el fondo levantó la vista, y por primera vez vio, con asombro sin límites, que no estaba solo.

»No, no lo estaba, pues al otro lado del fuego estaba sentada, con los brazos cruzados, una horrible figura, con los ojos profundamente hundidos e

inyectados en sangre, y un rostro inmensamente largo y cadavérico, sombreado por rizos desiguales y enmarañados de pelo negro y áspero. Tenía puesta una especie de túnica de color azulado mate, abrochada o adornada por delante —observó el barón, al mirarlo con atención— con agarraderas de ataúdes. También sus piernas estaban recubiertas con chapas de ataúd como si fueran una armadura, y por encima del hombro izquierdo tenía una capa corta y oscura, que parecía confeccionada con los retazos de algún paño mortuario. No se dio por enterado de la presencia del barón, y, en lugar de ello, miraba atentamente el fuego.

»“¡Hola!”, dijo el barón, dando una patada en el piso para llamar la atención.

»“¡Hola!”, respondió el desconocido, volviendo la vista hacia el barón, pero sin mover ni el rostro ni el cuerpo. “¿Qué hay?”.

»“¡Cómo que qué hay!”, respondió el barón, para nada intimidado por aquella voz sepulcral y aquellos ojos sin brillo. “Soy yo quien tiene que hacer esa pregunta. ¿Cómo llegó hasta aquí?”.

»“Por la puerta”, respondió la figura.

»“¿Qué clase de cosa es usted?”, dice el barón.

»“Un hombre”, respondió la figura.

»“No lo creo”, dice el barón.

»“Descréalo entonces”, dice la figura.

»“Lo haré”, replicó el barón.

»La figura miró al osado Barón de Grogzwig durante algún tiempo, y entonces le dijo con familiaridad:

»“No hay manera de engañarlo, ya veo. ¡No soy un hombre!”.

»“¿Qué cosa es, entonces?”, preguntó el barón.

»“Un genio”, respondió la figura.

»“La verdad es que no tiene tipo de genio”, le devolvió el barón con desprecio.

»“Soy el Genio de la Desesperación y el Suicidio”, dijo la aparición. “Ahora me conoce”.

»Con estas palabras, la aparición se volvió hacia el barón como si estuviera preparándose para una charla. Y lo más notable fue el hecho de que, apartando a un lado su capa y mostrando una estaca que tenía clavada en el centro del cuerpo, la sacó de un tirón y la puso sobre la mesa tan sosegadamente como si hubiera sido un bastón.

»“Ahora bien”, dijo la figura, mirando el cuchillo de caza, “¿está usted listo para mí?”.

»“No del todo”, respondió el barón; “primero tengo que terminar de fumar mi pipa”.

»“Entonces, dese prisa”, dijo la figura.

»“Usted parece tener premura”, dijo el barón.

»“Pues sí”, respondió la figura; “están realizándose muchos negocios en mi camino por Inglaterra y Francia justo ahora, y tengo el tiempo bastante escaso”.

»“¿Bebe usted?”, dijo el barón, tocando la botella con el extremo de su pipa.

»“Nueve veces de cada diez, y en esos casos, en grandes cantidades”, respondió secamente la figura.

»“¿Jamás moderadamente?”, preguntó el barón.

»“Jamás”, respondió la figura, con un escalofrío. “Eso motiva alegría”.

»El barón volvió a mirar a su nuevo amigo, al que consideró un tío desacostumbradamente extraño, y al cabo le preguntó si acaso tomaba parte activa en las pequeñas operaciones como la que él se disponía a realizar.

»“No”, respondió la figura, evasivamente; “pero siempre estoy presente”.

»“Justo para ver lo suficiente, supongo yo”, dijo el barón.

»“Justo eso”, respondió la figura, jugando con su estaca y examinando la férula. “Haga el favor de apresurarse lo más posible, pues hay un joven caballero que está padeciendo exceso de dinero y de diversión y que me necesita ahora, según veo”.

»“¡Va a matarse porque tiene exceso de dinero!”, exclamó el barón, muy divertido; “¡ja, ja!, eso sí es bueno”. (Era la primera vez que el barón reía en muchos largos días).

»“Escuche”, expresó la figura, mostrándose muy asustada, “no vuelva a hacer eso”.

»“¿Por qué no?”, preguntó el barón.

»“Porque me hace sentir adolorido por todas partes”, respondió la figura. “Suspire todo lo que quiera; eso me hace bien”.

»El barón suspiró mecánicamente al oír la palabra, y la figura, volviendo a cobrar ánimo le entregó el cuchillo de caza con exquisita cortesía.

»“Pero no es una mala idea”, dijo el barón, probando el filo del arma; “que un hombre se mate por tener demasiado dinero”.

»“¡Qué va!” dijo la aparición, con petulancia, “no es mejor que la idea de que un hombre se mate por tener poco, o nada”.

»Ya sea que el genio se comprometió sin querer al decir esto, o que pensase que el barón ya estaba tan firmemente decidido que no importaba lo

que dijese, no puedo saberlo. Solo sé que el barón detuvo la mano de repente, abrió al máximo los ojos y dio la impresión de que una nueva luz brillaba sobre él por vez primera.

»“¡Toma!, es cierto”, dijo Von Koëldwethout, “nada es demasiado malo para impedir una recuperación”.

»“Excepto las arcas vacías”, exclamó el genio.

»“Bien; pero pueden algún día volverse a llenar”, dijo el barón.

»“Esposas regañonas”, gruñó el genio.

»“¡Oh! Se las puede acallar”, dijo el barón.

»“Trece hijos”, gritó el genio.

»“Seguramente no todo puede salir mal”, dijo el barón.

»Evidentemente, el genio comenzaba a enfurecerse con el barón por sostener todas esas opiniones, pero trató de tomarlo como una broma, y le dijo que le agradecería que le informara cuándo dejaría de bromear.

»“Pero no estoy bromeando. Nunca estuve más lejos de ello”, lo rectificó el barón.

»“Bien, me alegro de oírlo”, dijo el genio, con una apariencia muy inflexible, “porque una broma, si no es en metáfora, es la muerte para mí. Vamos. Abandone cuanto antes este mundo triste”.

»“No sé”, dijo el barón, jugando con el cuchillo. “Es triste, en efecto, pero no creo que el suyo sea mucho mejor, pues no tiene usted la apariencia de encontrarse particularmente feliz. Eso me hace pensar... ¿qué garantía tendré de que estaré mejor yéndome de este mundo, después de todo?”, exclamó, poniéndose de pie. “Nunca lo había pensado”.

»“Acabe ya”, gritó la figura, rechinando los dientes.

»“Apártese”, dijo el barón. “No seguiré rumiando tristemente mis miserias, y en vez de ello pondré, al mal tiempo, buena cara, y volveré a probar el aire libre y los osos. Y si eso no bastara, hablaré seriamente con la baronesa, y cortaré en pedacitos a los Von Swillenhausem”. Al decir esto, el barón se dejó caer en su silla y rio con tanto estruendo y turbulencia que toda la habitación se estremeció.

»La figura retrocedió uno o dos pasos, fijando entonces en el barón una mirada de intenso terror y, al terminar, tomó la estaca, se la clavó violentamente en el cuerpo, emitió un aullido aterrador y desapareció.

»Von Koëldwethout jamás la volvió a ver. En cuanto se decidió a actuar, hizo entrar en razón a la baronesa y a los Von Swillenhausem, y murió muchos años después, sin ser un hombre rico, que yo sepa, pero si, ciertamente, un hombre feliz: dejó tras de sí una familia numerosa que había sido

cuidadosamente educada en la caza de osos y jabalíes bajo su supervisión personal. Y mi consejo a todos es que, si alguna vez llegan a estar enfermizamente deprimidos y melancólicos por causas similares (como les ocurre a muchos hombres), miren bien ambas caras de la cuestión, y apliquen una lupa al lado mejor. Si todavía siguen tentados de retirarse sin permiso, fílmense antes una pipa grande y beban una botella entera, de modo que aprovechen el meritorio ejemplo del Barón de Grogzwig».

* * *

«El nuevo coche está listo, damas y caballeros, tengan la bondad», dijo un nuevo cochero, asomándose.

Esta noticia motivó que el ponche se terminara con gran apresuramiento, e impidió cualquier discusión relativa al último cuento. Se vio al Sr. Squeers llamar aparte al caballero canoso para hacerle una pregunta, aparentemente muy interesado. Se refería a las Cinco Hermanas de York, y de hecho era una averiguación sobre si podría informarle cuánto ingresaban al año por sus huéspedes en aquellos tiempos los conventos de Yorkshire.

Entonces se reanudó el viaje. Nicholas se durmió cerca del amanecer, y al despertarse descubrió, con gran pena, que durante su sueñecito tanto el Barón de Grogzwig como el caballero canoso se habían bajado y marchado. El día prosiguió de manera bastante incómoda, y a eso de las seis de la tarde él y el Sr. Squeers, y los chiquillos y la totalidad de su equipaje descendieron juntos en la Posada George and New, en Greta Bridge.

CAPÍTULO 7

EL SR. Y LA SRA. SQUEERS EN CASA

Una vez arribados sin novedad, el Sr. Squeers dejó a Nicholas y a los chicos esperando con el equipaje en la carretera, mirando entretenidos el cambio de caballos del coche, mientras él corría a la taberna y llevaba a cabo el proceso de estiramiento de piernas junto al mostrador. Después de algunos minutos regresó con las piernas totalmente estiradas —si es que el color de su nariz y el frecuente hipo podían ofrecer algún indicio de ello—, al tiempo que salía del patio una herrumbrosa calesa tirada por una jaca y un carretón, conducidos por dos jornaleros.

«Ponga a los chicos y las cajas en el carretón», dijo Squeers, frotándose las manos; «y este joven y yo iremos en la calesa. Suba, Nickleby».

Nicholas obedeció y, una vez que el Sr. Squeers hubo conseguido, con cierta dificultad, inducir a la jaca a obedecer también, echaron a trotar, dejando atrás el carretón cargado de sufrimiento infantil, que los seguía muy despacio.

«¿Tiene frío, Nickleby?», preguntó Squeers, después de que avanzaran un buen trecho en silencio.

«La verdad es que un poco sí, señor».

«Bien, no veo nada malo en ello», dijo Squeers; «es un largo trecho para este clima».

«¿Falta mucho para llegar al Colegio Mayor de Dotheboys, señor?», preguntó Nicholas.

«Está a unas tres millas», respondió Squeers. «Pero aquí no tiene que llamarlo “colegio mayor”».

Nicholas tosió, como para indicar que deseaba saber por qué.

«El hecho es que no es un colegio mayor», observó Squeers secamente.

«¡Oh! ¿De veras?», dijo Nicholas, a quien este retazo de información asombraba mucho.

«No», respondió Squeers. «Lo llamamos “colegio mayor” en Londres, porque suena mejor, pero por estos sitios no se lo conoce con ese nombre.»

Uno puede llamar a su casa “isla” si lo desea. No hay ninguna ley del Parlamento que lo impida, que yo sepa».

«Creo que no, señor», contestó Nicholas.

Squeers miró furtivamente a su acompañante al concluir este pequeño diálogo, y al descubrir que se había puesto pensativo y no parecía en modo alguno dispuesto a emitir de buena gana alguna observación, se limitó a dar latigazos a la jaca hasta que arribaron al final de su viaje.

«Salte», dijo Squeers. «¡Hola, ahí! Sal y lleva a descansar a este caballo. ¡Apresúrate, vamos!».

Mientras el maestro pronunciaba estas y otras impacientes exclamaciones, Nicholas tuvo tiempo de observar que la escuela era una casa larga, de aspecto frío y un solo piso, con algunas edificaciones adicionales dispersas detrás, un granero y un establo adjunto. Tras un lapso de uno o dos minutos, se escuchó el ruido de alguien que abría el portón del patio, y ahora aparecía un chico alto y delgado, con un farol en la mano.

«¿Eres tú, Smike?», exclamó Squeers.

«Sí, señor», respondió el chico.

«¿Entonces, por qué demonios no saliste antes?».

«Perdón, señor. Me quedé dormido frente al fuego», respondió Smike con humildad.

«¡Fuego! ¿Qué fuego? ¿Dónde hay fuego?», preguntó el maestro, con aspereza.

«Solo en la cocina, señor», respondió el chico. «La señora dijo que, como estaba esperando despierto, podía entrar a calentarme».

«Tu señora es una tonta», replicó Squeers. «Apuesto a que hubieras estado más endemoniadamente presto a despertarte si te hubieras quedado en el frío».

A estas alturas ya el Sr. Squeers había bajado del coche, y tras ordenarle al chico que atendiese a la jaca y vigilar que no comiera más maíz esa noche, le dijo a Nicholas que esperase un minuto frente a la puerta delantera mientras él daba un rodeo para abrirle.

Una multitud de desagradables recelos que se habían estado gestando en Nicholas durante todo el viaje se precipitaron en tropel en su mente cuando se quedó a solas. La gran distancia del hogar y la imposibilidad de llegar a él más que caminando si alguna vez sintiera ansiedad por regresar, se le presentaron bajo los más alarmantes colores. Y al elevar la vista a la triste casa y sus oscuras ventanas y a los terrenos yermos que la rodeaban, cubiertos

de nieve, sintió tal derrumbe del corazón y el espíritu como nunca antes había experimentado.

«¡Eh, vamos!», exclamó Squeers, asomando la cabeza por la puerta delantera. «¿Dónde está, Nickleby?».

«Aquí, señor», respondió Nicholas.

«Entre entonces», dijo Squeers, «el viento sopla por esta puerta con una fuerza capaz de derribar a un hombre».

Nicholas suspiró y se apresuró a entrar. Una vez que el Sr. Squeers echara el cerrojo para mantener la puerta cerrada, lo condujo a un saloncito apenas amoblado con unas pocas sillas, un mapa amarillo colgado de la pared, y un par de mesas, una de las cuales exhibía algunos preparativos para la cena, mientras que en la otra había un manual del tutor, una gramática de Murray, media docena de tarjetas de presentación y una desgastada carta dirigida al Sr. Don Wackford Squeers, dispuestos en pintoresco desorden.

No habían permanecido en esa pieza más que un par de minutos cuando una mujer, irrumpiendo de un salto en ella y agarrando al Sr. Squeers por el cuello, le propinó dos sonoros besos, uno inmediatamente después del otro, como si fuera el toque de un cartero a la puerta. La señora, que era de complexión grande y huesuda, sobrepasaba la estatura del Sr. Squeers por media cabeza, llevaba un camión corto de algodón y tenía bigudíes en los cabellos. También llevaba un sucio gorro de dormir, realzado por un pañuelo amarillo de algodón que lo sujetaba bajo el mentón.

«¿Cómo está mi Squeery?», dijo la dama de manera juguetona, y con una voz muy ronca.

«Muy bien, amor mío», respondió Squeers. «¿Cómo están las vacas?».

«Todas bien», contestó la señora.

«¿Y los cerdos?», dijo Squeers.

«Tan bien como estaban cuando partiste».

«Vamos, ¡qué bendición!», dijo Squeers, quitándose el sobretodo. «Supongo que todos los chicos están tal como los dejé».

«Oh, sí, están bastante bien», respondió la Sra. Squeers con brusquedad. «Ese joven Pitcher tuvo fiebre».

«¡No!», exclamó Squeers. «Maldito sea ese chico, siempre tiene algo».

«Creo que nunca vi a un chico igual», dijo la Sra. Squeers; «tenga lo que tenga, siempre se está contagiando, además. Digo que es obstinación, y nada me convencerá de lo contrario. Yo se lo quitaría a golpes, ya te lo dije hace seis meses».

«Es verdad que me lo dijiste, amor mío», replicó Squeers. «Veremos qué puede hacerse».

En el transcurso de esta tierna charla Nicholas había permanecido incómodo, de pie en medio de la habitación, sin saber muy bien si se esperaba que se retirase al pasillo o permaneciese donde estaba. Entonces el Sr. Squeers lo libró de su turbación.

«Este es el nuevo joven, querida», dijo el caballero.

«¡Oh!», respondió la Sra. Squeers, asintiendo con un gesto de cabeza en dirección a Nicholas, y contemplándolo fríamente de la cabeza a los pies.

«Comerá con nosotros esta noche», dijo Squeers, «y mañana por la mañana irá con los chicos. ¿Podrás darle un lugar donde dejarse caer esta noche, eh?».

«Tendremos que arreglárnoslas de algún modo», respondió la dama. «A usted no le preocupa mucho dónde dormir, supongo, ¿eh señor?».

«No, ya lo creo que no», respondió Nicholas, «no soy quisquilloso».

«Eso es una suerte», dijo la Sra. Squeers. Y como se consideraba que el humor de la señora radicaba principalmente en sus réplicas, el Sr. Squeers se rio estruendosamente, y pareció esperar que Nicholas hiciera lo mismo.

Después de un poco más de conversación entre el amo y el ama relativa al éxito del viaje del Sr. Squeers, y la gente que le había pagado, y la gente que se había atrasado en el pago, una joven sirvienta trajo un pastel de Yorkshire y un poco de carne de res fría, y en cuanto los puso sobre la mesa, el chico Smike apareció con una jarra de cerveza.

El Sr. Squeers estaba vaciando los bolsillos de su sobretodo de cartas dirigidas a distintos chicos y otros pequeños documentos que traía dentro de ellos. El chico miró con expresión ansiosa y tímida los papeles, como con la enfermiza esperanza de que alguno de ellos tuviera que ver con él. La mirada era muy dolorosa, y de inmediato le llegó al corazón a Nicholas, pues revelaba una historia muy larga y triste.

Esto lo indujo a contemplar con más atención al chico, y se sorprendió al observar la extraordinaria mezcla de prendas de ropa que conformaban su vestimenta. Aunque no tendría menos de dieciocho o diecinueve años y era alto para su edad, portaba una especie de overol, de esos que casi siempre se les pone a chiquillos muy pequeños, y que a pesar de ser absurdamente corto de brazos y piernas era también demasiado ancho para su enjuta figura. Para que la parte inferior de sus piernas pudiera estar en perfecta armonía con esta vestimenta singular, llevaba un par de botas excesivamente grandes, que originalmente habían sido botas altas, calzadas por algún robusto agricultor,

pero que ahora estaban demasiado remendadas y harapientas incluso para un mendigo. Sabría Dios cuánto tiempo hacía que estaba allí, pero seguía usando la misma camisa que originalmente llevara, pues alrededor del cuello se notaban adornos infantiles hechos jirones, solo ocultos a medias tras un tosco pañuelo de cuello. Cojeaba, y mientras se fingía atareado en poner la mesa, echaba ojeadas a las cartas con una mirada tan incisiva, y a la vez tan desanimada y desprovista de esperanza, que Nicholas casi no podía soportarlo.

«¿Por qué te demoras ahí, Smike?», exclamó la Sra. Squeers. «Deja eso tranquilo, ¿eh?».

«¡Eh!», dijo Squeers, alzando la vista. «¡Oh!, eres tú, ¿eh?».

«Sí, señor», respondió el joven, apretando una mano contra la otra, como para controlar por la fuerza el desvarío nervioso de sus dedos; «¿Acaso hay...?».

«¡Bien!», dijo Squeers.

«¿Acaso usted... o alguien... no se ha sabido nada... de mi...?».

«Ni del demonio», respondió Squeers, malhumorado. El joven retiró la vista, y cubriéndose el rostro con la mano avanzó hacia la puerta.

«Ni una palabra», prosiguió Squeers, «y nunca la habrá. Vaya, qué cosa tan bonita, ¿no? que te hayan dejado aquí todos estos años y que después de los seis primeros no hayan pagado dinero alguno ni hayan dado ningún aviso ni indicios de a quién perteneces. Muy bonito que yo tenga que alimentar a un hombretón como tú, sin esperanzas de obtener un penique a cambio, ¿eh?».

El chico se puso la mano en la cabeza, como si hiciera un esfuerzo por recordar algo, y entonces, dirigiendo una mirada vacía hacia su interrogador, fue esbozando gradualmente una sonrisa y se marchó cojeando.

«Te digo una cosa, Squeers», observó su esposa al cerrarse la puerta, «creo que ese jovencito se está volviendo tonto».

«Espero que no», dijo el maestro, «porque es un tipo útil fuera de la casa, y de todas formas vale lo que come y bebe. No obstante, pienso que si se volviera tonto todavía tendría bastante juicio para lo que nos interesa. Pero vamos; comamos, pues estoy hambriento y cansado, y quiero acostarme».

Este recordatorio hizo traer un bistec exclusivo para el Sr. Squeers, que rápidamente procedió a hacerle amplia justicia. Nicholas acercó su silla, pero había perdido radicalmente el apetito.

«¿Cómo está el bistec, Squeers?», dijo la Sra. S.

«Tierno como un cordero», respondió Squeers. «Pruébalo».

«No podría comer ni un bocado», respondió su esposa. «¿Qué comerá el joven, querido?».

«Lo que él desee, de lo que haya aquí», contestó Squeers, en un muy inusual estallido de generosidad.

«¿Qué dice usted, Sr. Knuckleboy?», preguntó la Sra. Squeers.

«Me serviré un poco de pastel, por favor», respondió Nicholas. «Un poquito, pues no tengo hambre».

«Bueno, es una pena cortar el pastel si no tiene hambre, ¿no es así?», dijo la Sra. Squeers. «¿Desea probar la carne de res?».

«Lo que le plazca a usted», respondió Nicholas, abstraído; «me da igual».

La Sra. Squeers pareció enormemente afable al recibir esa respuesta, y asintiendo con un gesto de cabeza dirigido a Squeers, como para decir que se alegraba de que el joven supiera cuál era su posición, ayudó a Nicholas a servirse una tajada de carne con sus propias y hermosas manos.

«¿Cerveza, Squeery?», preguntó la dama, haciendo guiños y frunciendo el entrecejo para darle a entender que la intención de la pregunta era saber si Nicholas debería o no tomar cerveza, y no si él (Squeers) iba a tomarla.

«Claro», dijo Squeers, telegrafando de regreso del mismo modo. «Un vaso lleno».

De modo que Nicholas tuvo un vaso lleno, y, ocupado con sus propias reflexiones, lo bebió inocentemente ajeno a todos los anteriores manejos.

«Un bistec jugoso como ninguno», dijo Squeers dejando descansar el cuchillo y el tenedor después de usarlos en silencio y con gran energía durante algún tiempo.

«Es carne de primera», agregó su ama. «Yo misma compré un pedazo bien grande, expresamente para...».

«¿Para qué?», exclamó Squeers apresuradamente. «No será para los...».

«No, no; para ellos no», replicó la Sra. Squeers; «expresamente para cuando regresaras a casa. ¡Dios mío! ¿Cómo me crees capaz de hacer semejante cosa?».

«Te juro, querida, que no tenía ni idea de lo que ibas a decir», dijo Squeers, poniéndose muy pálido.

«No tienes que preocuparte», observó su esposa, riendo a carcajadas. «¡Pensar que yo hubiera podido ser tan tonta! ¡Vaya!».

Esta parte de la conversación era bastante ininteligible; pero por los alrededores corrían rumores populares de que el Sr. Squeers, aun estando cordialmente opuesto a la crueldad contra los animales, muy a menudo compraba, para el consumo de los chicos, los cadáveres de reses fallecidas de

muerte natural, de modo que quizás temía estar comiendo algún bocado selecto destinado a los caballeritos.

Una vez concluida la cena, y retirada la mesa por una pequeña sirvienta de mirada hambrienta, el Sr. Squeers fue a cerrar con llave, y también a poner a buen recaudo las ropas de los cinco chicos recién llegados, que casi habían recorrido la mitad del penoso camino hasta la muerte por la exposición al frío que sufrieron. Entonces se les agasajó con una ligera cena a base de papilla, y luego fueron colocados unos junto a otros en una pequeña cama, para que se calentaran mutuamente y soñaran con una comida abundante seguida de algo caliente si así lo deseaban, lo cual no era improbable que ocurriera.

El Sr. Squeers se regaló con un vaso lleno de coñac y agua, preparado sobre la base del principio liberal de mitad y mitad, lo que permitía que se disolviera el azúcar. Y su amable ayudante mezcló para Nicholas el fantasma de un vasito del mismo compuesto. Una vez hecho esto, el Sr. y la Sra. Squeers se acercaron a la chimenea, y sentados con los pies en el guardafuegos hablaron confidencialmente, en susurros, mientras que Nicholas, abriendo el manual del tutor, leyó los interesantes textos de las preguntas misceláneas, y de paso todas las cifras, con tanta idea o conciencia de lo que hacía como si hubiera estado en un trance hipnótico.

Al cabo, el Sr. Squeers bostezó de un modo aterrador, y comentó que hacía ya rato que era hora de irse a dormir, momento en el cual la Sra. Squeers y la chica halaron hasta allí un colchoncito de paja y un par de mantas, y los arreglaron a modo de cama para Nicholas.

«Mañana te pondremos en el dormitorio que te corresponde, Nickleby», dijo Squeers. «Deja ver, ¿quién duerme en la cama de Brooks, querida?».

«En la de Brooks», dijo la Sra. Squeers, pensativa, «están Jennings, el pequeño Bolder, Graymarsh y... ¿cómo es que se llama?».

«Así que esos están ahí», agregó Squeers. «¡Sí! Brooks está lleno».

«¡Lleno!», pensó Nicholas, «Ya lo creo que lo está».

«Sé que hay un espacio en algún lugar», dijo Squeers, «pero en este momento no me viene a la mente dónde es. No obstante, eso lo arreglaremos del todo mañana. Buenas noches, Nickleby. A las siete de la mañana, recuerde».

«Estaré listo, señor», respondió Nicholas. «Buenas noches».

«Vendré yo mismo a enseñarle dónde está el pozo», dijo Squeers. «Siempre hallará un pedacito de jabón en la ventana de la cocina: ese es el suyo».

Nicholas abrió los ojos, pero no la boca, y de nuevo Squeers se disponía a marcharse cuando una vez más regresó.

«Ahora no sé», dijo, «qué toalla asignarle. Pero si se las arregla con cualquier cosa mañana por la mañana, la Sra. Squeers lo resolverá en el transcurso del día. Querida, no lo olvides».

«Yo me ocuparé», respondió la Sra. Squeers; «y ocúpese usted, joven, de ser el primero en lavarse. El maestro siempre debe serlo, pero ellos se aprovechan de él cuando pueden».

Entonces el Sr. Squeers le indicó con el codo a la Sra. Squeers que se llevara la botella de coñac, para que Nicholas no fuera a servirse de ella durante la noche. Y después de que la dama la agarrara con gran precipitación se retiraron juntos.

En cuanto Nicholas se quedó a solas, recorrió media docena de veces la habitación, a un lado y a otro, muy agitado y excitado, pero al irse calmado, se sentó en una silla y a solas decidió que, pasara lo que pasase, durante un tiempo se esforzaría por soportar cualquier desdicha que le estuviera reservada, y que, recordando la indefensión de su madre y su hermana, no le daría a su tío argumentos para abandonarlas a su suerte. Las buenas determinaciones rara vez dejan de producir algún buen efecto en las mentes de las que emergen. De modo que fue recuperándose de su abatimiento, e incluso —así de optimista e ilusionada es la juventud— confió en que las cosas en el Colegio Mayor de Dotheboys podrían resultar mejor de lo que prometían.

Se preparaba para irse a la cama con algo parecido al júbilo renovado, cuando se le cayó del bolsillo del abrigo una carta. En el apresuramiento de abandonar Londres no había llamado su atención, y no había vuelto a pensar en ella desde entonces, pero de inmediato lo retrotrajo al recuerdo del misterioso comportamiento de Newman Noggs.

«¡Ay!», dijo Nicholas; «¡qué tipo tan extraordinario!».

Estaba dirigida a él, y escrita en papel muy sucio, y con una letra tan apretada y mutilada que la hacía casi ilegible. Después de muchas dificultades y enigmas, consiguió leer lo que sigue:

«Mi querido joven,

»Conozco el mundo. Su padre no lo conoció, o de lo contrario no habría tenido conmigo el gesto de bondad, sin esperanza de retribución, que tuvo. Usted tampoco lo conoce, o de lo contrario no se habría embarcado en semejante viaje.

»Si alguna vez necesita un abrigo en Londres (no se enfade por esto, también yo en un tiempo pensé que nunca lo necesitarla), en el signo de la Corona, en la calle Silver, de Golden Square, saben dónde yo vivo. Está en la esquina de las calles Silver y James, con una puerta atrancada que da a ambas calles. Puede ir allí de noche. En otros tiempos no habría sentido vergüenza... no haga caso. Ya todo terminó.

»Perdone los errores. He olvidado lo que es vestir un abrigo largo. He olvidado todos mis viejos modales. Mi ortografía puede haberme abandonado también.

NEWMAN NOGGS.

»P.D.: Si por casualidad pasara cerca del Castillo Barnard, hay buena cerveza en la Cabeza del Rey. Diga que me conoce, y estoy seguro de que no le cobrarán por lo que beba. Diga allí “Sr. Noggs”, pues en aquel entonces yo era un caballero. Ya lo creo».

Quizás sea una circunstancia poco decorosa para hacerla notar, pero después de doblar esta carta y colocarla en su cartera, los ojos de Nicholas Nickleby se enturbiaron con una humedad que habría podido confundirse con lágrimas.

CAPÍTULO 8

SOBRE LA ECONOMÍA INTERNA DEL COLEGIO MAYOR DE DOTHEBOYS

Un viaje en coche de doscientas millas y pico y con mal tiempo es uno de los mejores ablandadores de una cama dura que pueda aportar el ingenio. Quizás sea incluso un endulzador de sueños, pues los que flotaban sobre el tosco lecho de Nicholas, susurrándole etéreas naderías al oído, eran de un género agradable y alegre. En efecto, estaba haciendo fortuna muy rápidamente cuando el leve destello de una vela que expiraba brilló ante sus ojos, y una voz que no tuvo dificultad en reconocer como parte integrante del Sr. Squeers le advirtió que ya era hora de levantarse.

«Pasadas las siete, Nickleby», dijo el Sr. Squeers.

«¿Ya es de día?», preguntó Nicholas, sentándose en la cama.

«¡Ah! Sí que lo es», respondió Squeers, «y con hielito, además. ¡A ver, Nickleby, venga! *Abájese* de la cama, ¿quiere?».

Nicholas no requería más amonestación, de modo que se «*abajó* de la cama» de inmediato, y procedió a vestirse a la luz de una cerilla que el Sr. Squeers sostenía en la mano.

«Qué buena cosa», dijo el caballero, «la bomba se congeló».

«¿De veras?», dijo Nicholas, no muy interesado en la información.

«Pues sí», respondió Squeers. «No podrá lavarse esta mañana».

«¡No podré lavarme!», exclamó Nicholas.

«No, ni un poquito», replicó Squeers ásperamente, «así que tendrá que contentarse con un lustrado en seco hasta que rompamos el hielo del pozo y podamos sacar un cubo lleno para los chicos. No se quede ahí parado mirándome; apresúrese, ¿quiere?».

Sin añadir más comentario, Nicholas se amontonó encima la ropa y, mientras Squeers abría las contraventanas y apagaba la vela, la voz de su amable consorte se oyó en el pasillo, pidiendo permiso para entrar.

«Entra, amor mío», dijo Squeers.

La Sra. Squeers entró, todavía vestida con el primitivo camisón corto que había resaltado la armonía de su figura la noche anterior, y adornada

adicionalmente con una cofia de castor de cierta antigüedad que llevaba puesta, con gran naturalidad y ligereza, encima del gorro de dormir ya mencionado.

«Maldita sea», dijo la dama, abriendo la alacena; «no encuentro la cuchara de la escuela en ningún lugar».

«No te preocupes, querida», observó Squeers en tono tranquilizador; «no tiene importancia».

«¡Que no tiene importancia! ¿Cómo puedes decir eso?», replicó la Sra. Squeers con aspereza; «¿acaso hoy no toca el azufre?».

«Lo olvidé, querida», respondió Squeers; «sí, es cierto. De vez en cuando purificamos la sangre de los chicos, Nickleby».

«¡Purificar, qué disparate!», dijo su dama. «No vaya a pensar, joven, que incurrimos en los gastos de azufre refino y melaza solo para purificarlos. Porque si piensa que ese es el modo que tenemos de hacer negocios, descubrirá que se equivoca, y se lo digo con toda franqueza».

«Querida», dijo Squeers frunciendo el entrecejo, «¡ejem!».

«¡Oh!, tonterías», replicó la Sra. Squeers. «Si el joven viene para ser maestro aquí, que de una vez por todas entienda que no queremos payasadas con los chicos. Toman el azufre y la melaza, en parte porque si no se les diera alguna que otra mediana siempre estarían enfermos y dando demasiado trabajo, y, en parte, porque les quita el apetito y sale más barato que darles desayuno y cena. Así que les conviene al mismo tiempo a ellos y a nosotros, y está claro que eso es bastante justo».

Tras brindar esta explicación, la Sra. Squeers introdujo la cabeza en el armario y llevó a cabo una búsqueda más estricta de la cuchara, en la que colaboró el Sr. Squeers. Intercambiaron unas pocas palabras mientras se dedicaban a ello, pero como sus voces quedaban parcialmente ahogadas por la alacena, todo lo que Nicholas pudo discernir fue que el Sr. Squeers decía que lo que la Sra. Squeers decía era imprudente, y que la Sra. Squeers decía que lo que decía el Sr. Squeers eran «sandeces».

Siguió una gran cantidad de búsqueda y ajetreo, y al resultar todo esto infructuoso, Smike fue llamado, y empujado por la Sra. Squeers, y cacheteado por el Sr. Squeers, y, al iluminarse su intelecto con ese tipo de tratamiento, se vio en la posibilidad de sugerir que tal vez la Sra. Squeers tuviera la cuchara en su bolsillo, como resultó ser el caso. Pero como la Sra. Squeers había asegurado con anterioridad, no obstante, que estaba muy segura de no tenerla, Smike recibió otro cachete en el rostro por atreverse a contradecir a su ama,

junto con la promesa de una soberana zurra si no era más respetuoso en el futuro, de modo que no obtuvo nada muy ventajoso por su acción.

«Esa es una mujer muy valiosa, Nickleby», dijo Squeers tan pronto como su consorte se hubo alejado con premura, llevándose consigo su malhumor.

«¡Ya lo creo, señor!», observó Nicholas.

«No conozco a ninguna igual», dijo Squeers; «no conozco a ninguna igual. Esa mujer, Nickleby, siempre es la misma, siempre el mismo ser animado, vivo, activo, salvador, que usted ve ahora».

Nicholas suspiró involuntariamente al pensar en la agradable perspectiva hogareña que de ese modo se abría ante él. Pero, por fortuna, Squeers estaba demasiado ocupado con sus propias reflexiones para percibirlo.

«Suelo decir, cuando estoy en Londres», continuó Squeers, «que, para esos niños, ella es como una madre. Pero es más que una madre, diez veces más. Hace tantas cosas por esos chicos, Nickleby, como no creo que la mitad de las madres que hay por ahí harían por sus propios hijos».

«Me imagino que no, no lo harían, señor», respondió Nicholas.

Ahora bien, la cuestión era que tanto el Sr. como la Sra. Squeers contemplaban a los chicos como si fueran sus enemigos personales y naturales. O, en otras palabras, sostenían y consideraban que su negocio y su profesión consistía en sacarle a cada chico tanto rendimiento como fuera posible. En este punto ambos coincidían, y obraban, por consiguiente, de consuno. La única diferencia entre ellos era que la Sra. Squeers libraba la guerra contra el enemigo de modo abierto y con audacia, y el Sr. Squeers ocultaba su picardía, incluso en casa, con una pizca de su habitual falsedad, como si realmente creyese que algún día sería capaz de engañarse a sí mismo, y convencerse de que era un gran tipo.

«Pero, ande», dijo Squeers, interrumpiendo el avance de algunos pensamientos en la mente de su escolta; «vayamos al aula, y écheme una mano con mi abrigo escolar, ¿quiere?».

Nicholas ayudó a su amo a ponerse una vieja chaqueta de algodón grueso apropiada para ir de caza, que descolgó de un gancho en la pared del pasillo. Y, tras armarse con su vara, Squeers lo guio para atravesar un patio hasta una puerta en la parte trasera de la casa.

«Helo aquí», dijo el maestro cuando entraron juntos, «este es nuestro taller, Nickleby».

Era un lugar tan abarrotado, y había tantos objetos llamativos, que al principio Nicholas miró a su alrededor sin ver realmente nada en absoluto. Poco a poco, sin embargo, el sitio fue revelándose como una habitación

desnuda y sucia con un par de ventanas, la décima parte de las cuales podía ser de cristal, estando el resto remendado con cuadernos viejos y papeles.

Había un par de largos escritorios, viejos y desvencijados, cortados y llenos de muescas y manchas de tinta, y dañados de todos los modos posibles; dos o tres bancos, un escritorio separado para Squeers, y otro para su asistente. El techo se sostenía como el de un granero, con vigas cruzadas y cabrios, y las paredes estaban tan manchadas y descoloridas que era imposible saber si alguna vez habían sido tocadas con pintura o cal.

Pero los alumnos, ¡los nobles jóvenes! ¡Cómo se desvanecieron de la mente de Nicholas las últimas débiles trazas de esperanza, los brillos más remotos de que algo bueno podría sacarse de sus esfuerzos en esta madriguera, al mirar con abatimiento a su alrededor! Rostros pálidos y ojerosos, figuras altas, flacas y huesudas, niños con semblantes de viejos, deformidades aherrojadas sobre sus miembros, chicos de desarrollo retardado, y otros cuyas piernas largas y delgadas apenas podían sostener sus cuerpos encorvados: todos juntos abarrotaban el paisaje. Ahí estaban el del ojo legañoso, el del labio leporino, el del pie torcido, y toda fealdad o distorsión que revelaban la aversión antinatural concebida por los padres respecto a sus retoños, o las vidas jóvenes que, desde el más temprano amanecer de su infancia no habían sido más que una horrible resistencia frente a la crueldad y la desatención. Allí había caritas que habrían debido ser hermosas, oscurecidas por el ceño fruncido del sufrimiento resentido y tenaz. Había niñez carente de luz en los ojos, con la belleza perdida, que apenas conservaba su indefensión. Había chicos de rostros crueles y ojos plumizos que meditaban con tristeza, como malhechores en la cárcel; y seres jóvenes herederos de los pecados de sus débiles padres, que ahora lloraban incluso por las cuidadoras mercenarias que antaño conocieran, y solitarios aun en medio de su soledad. Una vez desaparecidos de raíz toda conmiseración y todo afecto bondadoso; hambreado y muerto a azotes cada sentimiento juvenil y saludable, ahora, cuando toda pasión vengativa capaz de destilar amargura en los transidos corazones va corroyéndolos maligna y silenciosamente hasta la médula, ¡qué infierno incipiente estaba engendrándose allí!

Y, sin embargo, esta escena, por dolorosa que fuera, tenía sus rasgos grotescos, que, en un observador menos interesado que Nicholas, habría podido provocar una sonrisa. La Sra. Squeers estaba de pie junto a uno de los escritorios, erguida ante una inmensa palangana de azufre y melaza, compuesto delicioso del que administraba una amplia porción a cada chico sucesivamente, usando a esos efectos una cuchara simple de madera, que podría haber sido fabricada originalmente para funcionar como una tapa gigantesca, y que anchaba considerablemente la boca de cada joven, pues todos estaban obligados, bajo severas penas de castigo corporal, a tomar todo lo que había en el cuenco de un solo trago. En otra esquina estaban, apretados unos contra otros por compañerismo, los chicuelos que habían llegado la noche anterior, tres de ellos con calzones de cuero muy anchos, y dos con pantalones viejos, un poco más apretados de lo que suelen llevarse los

calzoncillos. Y a poca distancia de ellos estaba sentado el juvenil hijo y heredero del Sr. Squeers —la viva estampa de su padre— pateando vigorosamente para soltarse del agarre de Smike, que le estaba poniendo un par de botas nuevas muy sospechosamente parecidas a las que el más pequeño de los chicuelos había llevado puestas en el viaje hasta allí, tal como el propio chicuelo parecía pensar, pues contemplaba la apropiación con una mirada de la más triste sorpresa. Aparte de estos, había una larga fría de chicos que esperaban, con expresiones que no eran de agradable anticipación, a ser enmelados, y otra fría de los que acababan de sufrir aquel castigo, y hacían una variedad de muecas indicativas de cualquier cosa menos satisfacción. Todos estaban vestidos con ropas tan disímiles, mal combinadas y extraordinarias, que habrían sido irresistiblemente ridículas, a no ser por la asquerosa apariencia de suciedad, desorden y enfermedad que a ellas se asociaba.

«¡A ver!», dijo Squeers, dando con su vara un golpe tan fuerte al escritorio que la mitad de los chiquillos casi saltan fuera de sus zapatos, «¿ya se acabó esa medicamentación?».

«Ahora mismo», dijo la Sra. Squeers, quien, en su apuro, atragantó al último chico, y ahora lo golpeaba en el centro de la cabeza para restablecerlo. «¡Oye, tú, Smike; llévate esto! ¡Rápido!».

Smike salió con la palangana, arrastrando los pies. La Sra. Squeers, después de llamar a un chiquillo de cabellos rizados para limpiarse en ellos las manos, se apresuró a seguir a Smike hacia una especie de lavandería, donde había un pequeño fuego y una gran tetera, junto a cierto número de cuenquitos de madera dispuestos sobre una tabla.

En esos cuencos la Sra. Squeers, con ayuda de la desnutrida sirvienta, vertió un compuesto marrón con el aspecto de acericos sin la cubierta, y al que llamaban papilla. En cada cuenco se insertó una menuda rebanada de pan moreno y, una vez que se hubieron comido la papilla usando el pan como cuchara, los chicos se comieron también el pan, con lo cual concluyeron su desayuno; ante lo cual el Sr. Squeers dijo con voz solemne: «Por lo que recibimos hoy, ¡que el Señor nos haga verdaderamente agradecidos!», y se fue a lo suyo.

Nicholas se llenó el estómago con un cuenco de papilla por una razón muy parecida a la que induce a muchos salvajes a tragar tierra: para no estar inoportunamente hambriento cuando no hay nada que comer. Habiendo dado cuenta, además, de una rebanada de pan con mantequilla que se le concedía en virtud de su nivel, se sentó a esperar a que llegase la hora de la clase.

No podía dejar de observar lo silenciosos y tristes que parecían todos los chicos. No había nada del ruido y clamor de un aula, nada de su bullicioso juego o regocijo sincero. Los chicos permanecían en sus asientos, apretujados y temblorosos, y parecían carentes de aliento para moverse. El único alumno que daba muestras de una mínima tendencia a la locomoción o el juego era el señorito Squeers, y como su principal diversión era pisar los pies de los demás chicos con sus botas nuevas el flujo de su ánimo era más desagradable que otra cosa.

Tras una demora de algo así como media hora, el Sr. Squeers reapareció, y los chicos ocuparon sus puestos y tomaron sus libros, habiendo de este último artículo una proporción de alrededor de uno por cada ocho alumnos. Pasados unos pocos minutos, durante los cuales el Sr. Squeers pareció muy profundo, como si tuviera perfecto conocimiento de lo que había en todos los libros y pudiera recitar de memoria cada palabra de su contenido si quisiera tomarse el trabajo de hacerlo, este caballero declaró iniciada la primera clase.

Obedientes a su mandato, media docena de espantapájaros se alinearon ante el escritorio del maestro, apoyados en las rodillas y los codos, y uno de ellos con un libro roto y sucio bajo sus sabios ojos.

«Esta es la primera clase de ortografía inglesa y filosofía, Nickleby», dijo Squeers, llamando a Nicholas e indicándole que se situara junto a él. «Vamos a empezar una de latín y entregársela a usted. ¡A ver! ¿Dónde está el primer chico?».

«Perdón, señor, está limpiando la ventana trasera del salón», dijo el jefe provisional de la filosófica clase.

«Es cierto, está limpiando», respondió Squeers. «Nosotros aplicamos el modo práctico de enseñanza, Nickleby; el sistema normal de educación. L-i-m-p-i-a-r, limpiar, verbo en forma activa; quitar, eliminar la suciedad. B-e-n, ben, t-a, ta, n-a, na, *bentana*, abertura en la pared. Cuando el chico lo aprende del libro, va y lo hace. Es el mismo principio que el uso de los globos terráqueos. ¿Dónde está el segundo chico?».

«Perdón, señor, está escardando en el jardín», respondió una vocecita.

«Seguro que sí», dijo Squeers, para nada desconcertado. «Es verdad. B-r-o, bro, t-a, ta, n-i, ni, ca, *brotánica*, sustantivo, conocimiento de las plantas. Cuando aprende que *brotánica* quiere decir conocimiento de las plantas, va a conocerlas. Ese es nuestro sistema, Nickleby: ¿qué le parece?».

«En cualquier caso, es un sistema muy útil», respondió Nicholas con énfasis.

«Estoy de acuerdo», dijo Squeers, sin reparar en el énfasis que su escolta había imprimido a la frase. «Tercer chico, ¿qué es un caballo?».

«Una bestia, señor», respondió el chico.

«Pues eso es», dijo Squeers, «¿no es así, Nickleby?».

«Creo que no hay dudas de eso, señor», respondió Nicholas.

«Claro que no las hay», dijo Squeers. «Un caballo es un *cuadrópedo*, y *cuadrópedo* quiere decir bestia en latín, como sabe todo el que ha aprendido la gramática, o, si no, ¿para qué sirven las gramáticas?».

«¡Para qué, en efecto!», dijo Nicholas en abstracto.

«Como te sabes eso a la perfección», prosiguió Squeers, volviéndose hacia el chico, «ve a cuidar mi caballo, y dale una buena cepillada, o te cepillaré yo a ti. El resto de la clase, vayan a sacar agua del pozo hasta que alguien les diga que paren, porque mañana será día de lavar, y las calderas deben estar llenas».

Y diciendo esto declaró concluida la primera clase para que los alumnos se incorporaran a sus experimentos en filosofía práctica, y le lanzó a Nicholas una mirada medio astuta y medio dudosa, como si no estuviera del todo seguro acerca de qué podría el joven estar pensando de él a estas alturas.

«Así es como lo hacemos, Nickleby», dijo tras una larga pausa.

Nicholas se encogió de hombros de un modo apenas perceptible, y dijo que ya veía que así era.

«Y es un método muy bueno, además», dijo Squeers. «¡A ver!, vaya y tome usted a esos catorce chiquillos y hágalos leer un poco, pues ya sabe que tiene que empezar a ser útil, y aquí no puede haber holgazanería».

El Sr. Squeers dijo esto como si de repente se le hubiera ocurrido que, o bien le estaba dando demasiadas explicaciones a su asistente, o bien su asistente no había elogiado suficientemente su establecimiento. Los chicos se dispusieron en semicírculo en torno al nuevo maestro, y este pronto se encontró escuchando el recital monótono, lento y vacilante de los cautivadores cuentos que podemos hallar en los libros de ortografía más anticuados.

Con esta emocionante ocupación la mañana transcurrió lenta y pesadamente. A la una de la tarde, después de acabar totalmente con el apetito de los chicos llenándolos con papilla espesa y patatas, se los sentó a la mesa de la cocina a comer un poco de carne de res, salada y dura, de la que a Nicholas se le permitió gentilmente llevar su cuota a su escritorio solitario, para comerla allí en paz. Después permanecieron agachados y tiritando otra hora más en el aula, y entonces las clases recomenzaron.

Era costumbre del Sr. Squeers reunir a los chicos y rendirles una especie de informe tras cada visita semestral a la metrópoli, para mantenerlos al corriente de los parientes y amigos que había visto, las noticias que había oído, las cartas que había traído, las facturas que habían sido pagadas, las cuentas que quedaban por pagar, etcétera. Este solemne procedimiento siempre ocurría en la tarde del día siguiente a su regreso, quizás porque los chicos adquirirían fortaleza mental por el suspenso de la mañana, o posiblemente porque el propio Sr. Squeers adquiría mayor dureza e inflexibilidades después de ciertas pociones tibias con las que era dado a regalarse tras su temprano almuerzo. Sea como fuere, a los chicos se les había hecho venir de la ventana, del jardín, del granero y del potrero, y la escuela se encontraba reunida en pleno cónclave, cuando el Sr. Squeers, con un paquetito de papeles en la mano, con la Sra. S. detrás, y llevando un par de varas, entró en la habitación y exigió que se hiciera silencio.

«Que cualquier chico se atreva a decir una palabra sin permiso», dijo el Sr. Squeers suavemente, «y le desollaré la espalda».

Esta proclamación tuvo el efecto deseado, y de inmediato prevaleció un silencio como de muerte, en medio del cual el Sr. Squeers empezó por decir:

«Chicos, estuve en Londres, y regresé a mi familia y a ustedes, tan fuerte y tan bien como siempre».

Según la costumbre semestral, los chicos emitieron tres débiles vivas ante esta refrescante información. ¡Qué vivas! Suspiros encendidos de potencia adicional por la frialdad del corazón.

«Vi a los padres de algunos chicos», continuó Squeers, revolviendo sus papeles, «y están tan contentos de saber lo bien que se desenvuelven sus hijos, que no existe perspectiva alguna de que vengan a buscarlos, lo cual, por supuesto, es algo muy agradable para que todas las partes reflexionen al respecto».

Dos o tres manos fueron llevadas a dos o tres ojos cuando Squeers dijo esto, pero como la mayor parte de los jóvenes no tenían parientes no estaban en absoluto interesados por ese asunto.

«Ha habido desilusiones a las que he tenido que enfrentarme», dijo Squeers, con aspecto muy severo; «el padre de Bolder pagó dos libras y 10 chelines menos de lo convenido. ¿Dónde está Bolder?».

«Aquí está, señor, perdón», respondieron veinte voces serviciales. Los chicos se parecen mucho a los hombres, con toda seguridad.

«Venga acá, Bolder», dijo Squeers.

Un joven de aspecto enfermizo, con las manos llenas de verrugas, avanzó desde su puesto hasta el escritorio del maestro, y elevó la vista con aire de imploración hasta el rostro de Squeers. El suyo estaba bien pálido por la velocidad con que latía su corazón.

«Bolder», dijo Squeers, hablando muy despacio, pues estaba calculando, según dice el dicho, cómo hacerlo polvo. «Bolder, si su padre piensa que porque... ¡Oh, Dios! ¿Qué es esto, señor?».

Al hablar, Squeers capturó la mano del chico por la manga de la chaqueta y la inspeccionó con una edificante expresión de horror y asco.

«¡Dígame qué es esto, señor!», exigió el maestro, propinándole un golpe con la vara para apresurar la respuesta.

«No puedo evitarlo, en verdad, señor», replicó el chico, llorando. «Ellas salen de todas formas. Es debido al trabajo sucio, creo yo, señor... al menos no sé lo que es, señor, pero no es culpa mía».

«Bolder», dijo Squeers, remangándose las mangas de la camisa y humedeciéndose la palma de la mano derecha para tener un buen agarre de la vara, «es usted un incorregible sinvergüencita, y puesto que la última paliza no le hizo ningún bien, tenemos que ver qué efecto tendrá otra adicional en el esfuerzo por enderezarlo a golpes».

Diciendo esto, e ignorando totalmente un lastimero grito en reclamo de piedad, el Sr. Squeers cayó sobre el chico y lo golpeó sólidamente con la vara, y de hecho no cesó hasta que se le cansó el brazo.

«Ahí lo tiene», dijo Squeers, cuando ya había concluido totalmente; «fróteselo tan duro como quiera, que no se lo va a quitar muy deprisa. ¡Oh! ¿No piensa dejar de hacer ese ruido, eh? Siléncielo, Smike».

El esclavo ya sabía, por su larga experiencia, que más le valía no vacilar antes de obedecer, de modo que se llevó a la víctima, como un bulto, por una puerta lateral, y el Sr. Squeers volvió a posarse en su propia banqueta, apoyado por la Sra. Squeers, que ocupaba otra a su lado.

«Ahora veamos», dijo Squeers. «Una carta para Cobbey. Póngase de pie, Cobbey».

Otro chico se levantó y clavó muy firmemente la mirada en la carta, mientras Squeers le hacía un resumen de memoria de la misma.

«¡Oh!», dijo Squeers, «la abuela de Cobbey murió, y su tío John se ha dado a la bebida, esas son las únicas novedades que envía su hermana, además de dieciocho peniques que servirán para pagar esa pieza de cristal rota. Sra. Squeers, querida, tenga la bondad de tomar el dinero».

La respetable dama se embolsilló los dieciocho peniques con un aire muy de negocios, y Squeers pasó al siguiente chico con tanta tranquilidad como pudo.

«Graymarsh», dijo Squeers, «es el siguiente. Póngase en pie, Graymarsh».

Otro chico se levantó y clavó la mirada en la carta, y el maestro, como antes, hizo un resumen mental de la misma.

«La tía materna de Graymarsh», dijo Squeers, cuando se hubo informado de los contenidos, «se alegra mucho de oír que está tan bien y feliz, y envía sus saludos respetuosos a la Sra. Squeers, y cree que esta debe ser un ángel. También cree que el Sr. Squeers es demasiado bueno para este mundo, pero espera que se le permita durante mucho tiempo llevar a cabo su negocio. Habría mandado los dos pares de medias tal como se pide, pero está corta de dinero, de modo que envía en vez de ello un panfleto, y espera que Graymarsh deposite su confianza en la Providencia. Confía, por encima de todo, en que estudiará bien para complacer al Sr. y la Sra. Squeers, y los tendrá por sus únicos amigos. Y recomienda al chico que quiera al maestro Squeers y no ponga objeciones a dormir cinco en una cama, cosa que no debería hacer ningún cristiano. ¡Ah!» dijo Squeers, doblándola, «una carta encantadora. Muy conmovedora, en verdad».

Era conmovedora en un sentido, pues según suponían los amigos más íntimos de la tía materna de Graymarsh, esta era en realidad la madre del muchacho. Sin embargo, Squeers, sin aludir a esa parte de la historia (que habría sonado inmoral a los oídos de los chicos) siguió adelante con los asuntos a tratar, diciendo en voz alta «Mobbs», tras lo cual otro chico se levantó, y Graymarsh volvió a su asiento.

«La madrastra de Mobbs», dijo Squeers, «cayó en cama cuando supo que él no quería comer grasa, y desde entonces ha estado muy enferma. Ella desea saber, mediante una carta expedita, dónde piensa él ir si se pelea con su rancho; y cómo tiene corazón para hacerle muecas al caldo de hígado de res, después de que su buen maestro hubiera pedido que se lo bendijera. Esto lo supo por los periódicos de Londres —no por el Sr. Squeers, pues él es demasiado bondadoso para poner a mal a una persona respecto a otra— y a ella le dolió hasta un punto que Mobbs no puede imaginarse. Ella lamenta que él esté descontento, lo cual es pecaminoso y horrible, y espera que el Sr. Squeers lo azote hasta mejorar su estado de ánimo. Y con eso en mente, también puso fin a su estipendio de medio penique semanal y entregó a los Misioneros una navaja de doble filo con sacacorchos que había comprado expresamente para él».

«Un sentimiento mohíno», dijo Squeers, tras una terrible pausa, en el transcurso de la cual había vuelto a humedecerse la palma de su mano derecha, «resulta inaceptable. Hay que mantener la alegría y el contento. ¡Mobbs, acérquese!».

Mobbs avanzó lentamente en dirección al escritorio, restregándose los ojos al anticipar que tenía buenas causas para hacerlo. Y poco después se retiró por la puerta lateral, con tan buenos motivos como cualquier otro chico para hacerlo.

El Sr. Squeers procedió entonces a abrir una colección miscelánea de cartas, algunas de las cuales contenían dinero, del que «se ocupaba» la Sra. Squeers, y otras referidas a pequeñas piezas de vestir, como gorras y similares, todas las cuales la misma dama declaraba demasiado grandes o demasiado pequeñas, y calculaba que a nadie le quedaría mejor que al joven Squeers, que, en efecto, parecía tener los miembros más acomodadizos, puesto que todo lo que llegaba a la escuela le servía a la perfección. En particular debía de tener una cabeza singularmente elástica, pues sombreros y gorras de todas las dimensiones le venían igualmente bien.

Una vez despachado ese asunto, se impartieron unas pocas clases chapuceras, y Squeers se retiró a su sitio junto al fuego, dejando a Nicholas encargado de los chicos en el aula, que era muy fría, y en la que se sirvió una comida de pan y queso poco después de caer la noche.

Había una estufita en el rincón de la pieza más próximo al escritorio del maestro, y Nicholas se sentó junto a ella, tan deprimido y avergonzado de sí mismo por la conciencia de su posición, que si la muerte se le hubiera presentado en aquel momento habría estado casi contento de ir a su encuentro. La crueldad de la que había sido testigo sin querer, el tosco y brutal comportamiento de Squeers, incluso en sus mejores estados anímicos, aquel sitio tan sucio, lo que veía y oía a su alrededor, todo contribuía a este estado de ánimo. Pero cuando recordaba que, al estar allí como asistente, de hecho parecía —al margen del encadenamiento de circunstancias que lo condujera a esa situación— que era parte y cómplice de un sistema que lo llenaba de asco e indignación sinceros, se aborrecía a sí mismo y se sentía como si la mera conciencia de su situación actual hubiera de impedirle para siempre volver a levantar la cabeza en sociedad.

No obstante, por el momento había tomado su decisión, y la determinación que se había forjado la noche anterior seguía incólume. Había escrito a su madre y a su hermana para anunciarles que había llegado sano y salvo al fin de su viaje, y les había contado lo menos posible del Colegio

Mayor de Dotheboys, diciendo ese poquito con tanta alegría como pudo. Tenía la esperanza de que, permaneciendo donde estaba, podría hacer algún bien, incluso en ese lugar, y, en todo caso, había otras personas que dependían demasiado del favor de su tío como para permitir que su cólera se despertara justo en ese momento.

Un pensamiento lo perturbaba mucho más que cualesquiera consideraciones sobre su propia situación. Era el probable destino de su hermana Kate. Su tío lo había engañado, y ¿acaso no podría enviarla a algún sórdido lugar donde su juventud y belleza fuesen una maldición mayor que la fealdad y la decrepitud? Para un hombre enjaulado, atado de pies y manos, era una idea terrible... Pero no —pensó— su madre estaba junto a ella. También la pintora de retratos... que, aunque bastante simple, de todas formas vivía en el mundo, y vivía de él. Estaba dispuesto a creer que Ralph Nickleby había llegado a abrigar hacia él una aversión personal. Teniendo suficientes buenas razones para correspondería a estas alturas, no le costó mucho trabajo llegar a esa conclusión, y trató de persuadirse de que el sentimiento no trascendía más allá de ellos dos.

Mientras permanecía absorto en estas meditaciones, su vista de repente chocó con el rostro respingón de Smike, que estaba arrodillado frente a la estufa recogiendo unas pocas cenizas que habían caído fuera del hogar y devolviéndolas al fuego. Había hecho una pausa para echar una mirada furtiva a Nicholas y al ver que era observado se encogió, como a la espera de un golpe.

«No tienes que temerme», dijo Nicholas bondadosamente. «¿Tienes frío?».

«N-n-no».

«Estás temblando».

«No tengo frío», sonrió Smike rápidamente. «Estoy acostumbrado».

Había en sus modales un temor tan obvio y era un ser tan tímido y de espíritu tan deshecho que Nicholas no pudo evitar exclamar: «¡Pobre tipo!».

Si hubiera golpeado al esclavo, este se habría largado sin decir una palabra. Pero ahora rompió a llorar.

«¡Ay, ay!», exclamó, cubriéndose el rostro con sus manos agrietadas y callosas. «¡Se me va a partir el corazón! De verdad, de verdad que sí».

«¡Chitón!», dijo Nicholas, poniéndole la mano en el hombro. «Compórtate como un hombre; por tu edad, ya pronto lo serás, con el favor de Dios».

«¡Por mi edad!», exclamó SMIKE. «¡Ay, ay, cuántos años! ¡Cuántos años han pasado desde que era un chiquillo, más joven que cualquiera de los que están aquí ahora! ¿Adónde habrán ido a parar ellos?».

«¿A quiénes te refieres?», preguntó Nicholas, tratando de inducir a aquel pobre ser atontado a entrar en razón. «Cuéntame».

«Mis amigos», respondió, «yo mismo... mi... ¡oh! ¡Cuánto he sufrido!».

«Siempre hay esperanza», dijo Nicholas, que no sabía qué decir.

«No», replicó el otro, «no, para mí no la hay. ¿Recuerda usted al chico que murió aquí?».

«Yo no estaba entonces, tú lo sabes», dijo Nicholas suavemente. «¿Qué pasó con él?».

«¡Yo estaba con él aquella noche!», respondió el joven, acercándose a su interrogador, «y cuando todo estaba en silencio él dejó de clamar para que sus amigos fueran a sentarse junto a él, y entonces empezó a ver alrededor del lecho rostros que venían desde su hogar. Decía que le sonreían y le hablaban, y al fin murió, cuando levantaba la cabeza para besarlos. ¿Me escucha usted?».

«Sí, sí», respondió Nicholas.

«¿Qué rostros vendrán a sonreírme a mí cuando yo muera?», dijo su acompañante, temblando. «¿Quién hablará conmigo durante esas largas noches? De mi hogar no pueden venir. Si vinieran, me atemorizarían, pues no sé qué es un hogar, y no los reconocería. Dolor y miedo, dolor y miedo es lo que me toca, vivo o muerto. No hay esperanza, no hay esperanza».

Sonó la campana de acostarse y, con ese sonido, el chico volvió a hundirse en su habitual estado de apatía y se alejó subrepticamente, como para no llamar la atención. Con un gran peso en el corazón, poco después Nicholas... no, no se retiró; aquí no había retiro posible... lo siguió... a su dormitorio, sucio y atestado.

CAPÍTULO 9

SOBRE LA SRTA. SQUEERS, LA SRA. SQUEERS, EL MAESTRO SQUEERS, Y EL SR. SQUEERS; SOBRE LOS VARIADOS ASUNTOS Y PERSONAS RELACIONADOS NO MENOS CON LOS SQUEERS QUE CON NICHOLAS NICKLEBY

Cuando el Sr. Squeers abandonó el aula al final de la jornada, se trasladó, como ya señalamos, hacia su propio hogar, que estaba situado no en la habitación en la que Nicholas cenó algo la noche de su llegada sino en un apartamento menor al fondo del edificio, donde su señora esposa, su amable hijo y su hábil hija se encontraban en pleno disfrute de la compañía mutua. La Sra. Squeers se dedicaba a la matronal labor de zurcir medias, y la dama y el caballero más jóvenes estaban ocupados en dirimir algunas juveniles diferencias por medio de una competencia pugilística que tenía lugar por encima de la mesa, competencia que, al acercarse su honorable padre, se redujo a un intercambio silencioso de puntapiés por debajo de aquella.

Y en este punto sería bueno informar al lector que la Srta. Fanny Squeers había entrado en su año vigésimo tercero. Si hubiera una sola gracia o belleza inseparables de ese período particular de la vida habría que suponer que la Srta. Squeers la poseía, pues no hay motivo para pensar que fuese la única excepción a una regla universal. No era alta como su madre, sino baja como su padre. De la primera había heredado una voz de áspera calidad, y del segundo una expresión notable del ojo derecho, algo parecido a no tenerlo en lo absoluto.

La Srta. Squeers había estado pasando unos días con una amiga que vivía cerca de allí, y acababa de regresar bajo el techo paterno. A esta circunstancia puede deberse el hecho de que no hubiera oído hablar acerca de Nicholas, hasta que el propio Sr. Squeers lo convirtiera ahora en tema de conversación.

«Bien, querida», dijo Squeers, acercando su silla a la de su esposa, «¿qué te parece él a estas alturas?».

«¿Qué cosa parece?», preguntó la Sra. Squeers, que (como a menudo observaba ella misma) no era gramática, gracias a Dios.

«El joven... el nuevo maestro... ¿a quién más podría estarme refiriendo?».

«¡Oh!, ese Knuckleboy», dijo la Sra. Squeers con impaciencia; «lo odio».

«¿Por qué lo odias, querida mía?», preguntó Squeers.

«¿Y para qué quieres saberlo?», replicó la Sra. Squeers. «Si lo odio, basta con eso, ¿no?».

«Le basta a él, querida mía, le bastaría y le sobraría, me atrevo a decir, si lo supiera», respondió Squeers en son de paz. «Solo pregunto por curiosidad, querida mía».

«Pues bien, si deseas saberlo», replicó la Sra. Squeers, «te lo diré. Lo odio porque es un orgulloso, arrogante y pomposo pavo real de nariz respingona».

Cuando se acaloraba, la Sra. Squeers acostumbraba a usar un lenguaje fuerte, y además a recurrir a una pluralidad de epítetos, algunos de los cuales eran de tipo metafórico, como el término pavo real, y, además estaba la alusión a la nariz de Nicholas, que no era para que se tomara en un sentido literal, sino más bien para abarcar un amplio espectro de sentidos, acorde con la imaginación de quienes la escucharan. Tampoco tenían la intención de guardar relación los unos con los otros ni tampoco con el objeto al que eran endilgados, como puede observarse en este caso: un pavo real con una nariz respingona sería una novedad en la ornitología, y algo que no se ve con mucha frecuencia.

«¡Ejem!», dijo Squeers, como en una suave desaprobación de este arranque. «Es barato, querida; el joven es muy barato».

«En absoluto», replicó la Sra. Squeers.

«Cinco libras al año», dijo Squeers.

«¿Y qué? Si uno no lo quiere tener es caro, ¿no?»., respondió su esposa.

«Pero sí lo queremos tener», retrucó Squeers.

«No veo que lo necesites más que a los muertos», dijo la Sra. Squeers. «No me digas. ¿Acaso no puedes poner en las tarjetas y en los anuncios “educación impartida por el Sr. Wackford Squeers y asistentes capaces”, sin tener ningún asistente? ¿No puedes? ¿Acaso no lo hacen a diario todos los maestros de por aquí? Me agotas la paciencia».

«¿Así que te la agoto?»., dijo Squeers con severidad. «Pues te diré algo, Sra. Squeers. En este asunto de tener un maestro, quisiera hacer lo que deseo, por favor. A un negrero en el Caribe se le permite tener a un subordinado, para asegurar que los negros no huyan, o se rebelen, y yo voy a tener a un subordinado que haga lo mismo con nuestros negros, hasta el momento en que el pequeño Wackford pueda hacerse cargo de la escuela».

«¿Yo me ocuparé de la escuela cuando sea grande, papá?», dijo Wackford hijo, dejando detenido, en el colmo de su felicidad, el cruel puntapié que le estaba propinando a su hermana.

«Sí, hijo mío», respondió el Sr. Squeers, con voz sentimental.

«¡Oh, ya lo creo que me encargaré de los chicos!», exclamó el interesante niño, agarrando la vara de su padre. «¡Oh, papá, cómo los voy a hacer chillar yo!».

Fue un momento de orgullo en la vida del Sr. Squeers, presenciar ese estallido de entusiasmo en el espíritu de su joven hijo, y ver en él un anticipo de su futura eminencia. Le puso un penique en la mano y dio rienda suelta a sus sentimientos (al igual que su ejemplar esposa) a través de una gran carcajada aprobatoria. Habiendo despertado las simpatías de ambos el chico restauró al instante la alegría en la conversación y la armonía de la pareja.

«Es un repugnante golfo engreído, eso es lo que creo de él», dijo la Sra. Squeers, regresando a Nicholas.

«Supón que en efecto lo sea», dijo Squeers, «será tan engreído en nuestra aula como en cualquier otro sitio, ¿no? ...especialmente si no le gusta lo que hace».

«Vaya», observó la Sra. Squeers, «algo hay de cierto en eso. Ojalá que se le bajen los humos, y no será culpa mía si no se le bajan».

Ahora bien, un auxiliar orgulloso en una escuela de Yorkshire era algo tan extraordinario e inexplicable —es más, cualquier auxiliar era ya de por sí una novedad, pero que fuese orgulloso, no lo habría soñado ni la imaginación más extravagante— que la Sra. Squeers, que casi nunca se preocupaba por los asuntos propiamente académicos, preguntó con mucha curiosidad quién era ese tal Knuckleboy que se daba tanta importancia.

«Nickleby», dijo Squeers, deletreando el nombre según un excéntrico sistema que regía para su propio colete, «la mamá de ustedes siempre equivoca el nombre de la gente».

«Eso no importa», dijo la Sra. Squeers, «no se me equivoca el ojo cuando los veo, y eso me basta. Lo observé cuando le estabas dando la paliza al pequeño Bolder esta tarde. Todo el tiempo estuvo más negro que un temporal, y en una ocasión hizo ademán de estar a punto de abalanzarse sobre ti. Yo lo vi, aunque él creyó que no lo había visto».

«No hagas caso, papá», dijo la Srta. Squeers, justo cuando el cabeza de familia estaba a punto de responder. «¿Quién es él?».

«¡Toma! A tu padre se le ha metido en la cabeza la tontería de que es hijo de un hidalgo venido a menos que murió hace poco», dijo la Sra. Squeers.

«¡Hijo de un caballero!».

«Sí, pero yo no creo ni una palabra de eso. Si es hijo de caballero, *seguro* que es *castrado*: esa es mi opinión».

La Sra. Squeers quiso decir «bastardo», pero, tal como ella misma observaba cada vez que cometía algún error semejante, «dentro de cien años dará lo mismo», axioma filosófico con el que, en efecto, acostumbraba a consolar a los chicos cuando los hacía trabajar bajo condiciones de maltrato extraordinarias.

«Nada de eso», dijo Squeers en respuesta a la anterior observación, «su padre estaba casado con su madre años antes de que él naciera, y ella vive todavía. Si lo fuese no nos importaría, pues tenerlo aquí me sirve para consolidar una buena amistad, pero si, además de cuidar a los chicos, también le gusta enseñarles algo, yo no voy a oponerme, con toda seguridad».

«Pues yo te vuelvo a decir que lo odio más que al veneno», dijo con vehemencia la Sra. Squeers.

«Si te resulta antipático, querida», repuso Squeers, «no conozco a nadie capaz de mostrar mejor que tú la antipatía, y desde luego que no hay razón para que te tomes el trabajo de ocultarla».

«No tengo la intención de hacerlo, te lo aseguro», lo interrumpió la Sra. Squeers.

«Está bien», dijo Squeers, «y si es orgulloso, como creo que lo es, no hay en toda Inglaterra mujer más capaz que tú de bajarle rápidamente los humos, amor mío».

La Sra. Squeers soltó una larga risita al recibir tan grata lisonja, y dijo que bien creía haber domado uno o dos templos bravíos en sus buenos tiempos. En honor a su carácter debemos decir que, de consuno con su estimable esposo, había quebrado buen número de ellos.

La Srta. Fanny Squeers atesoró cuidadosamente esta y otras muchas conversaciones sobre el mismo tema hasta que, llegada la hora de dormir, interrogó en profundidad a la criada hambrienta sobre el aspecto exterior y el porte de Nicholas. La chica devolvió respuestas tan entusiastas a las preguntas, junto con observaciones tan elogiosas sobre sus hermosos ojos oscuros y su dulce sonrisa, y sus rectas piernas —poniendo énfasis especial en estos últimos componentes, pues la mayoría de las piernas en el Colegio Mayor de Dotheboys eran deformes— que la Srta. Squeers no tardó en llegar a la conclusión de que el nuevo auxiliar debía de ser una persona muy sobresaliente, o tal como lo expresó ella misma significativamente «algo

bastante fuera de lo común». De modo que la Srta. Squeers decidió proceder a una inspección personal de Nicholas al día siguiente.

Para lograr su propósito, la joven aprovechó una oportunidad en que su madre estuviera ocupada y su padre ausente para, con el pretexto de que le arreglaran una pluma, entrar accidentalmente en el aula, donde, al no ver más que a Nicholas sentado frente al grupo de niños, se sonrojó profundamente y mostró gran confusión.

«Le ruego que me excuse», vaciló la Srta. Squeers; «creía que mi padre estaba... o podría estar... ¡ay, qué vergüenza, perdone!».

«El Sr. Squeers ha salido», dijo Nicholas, en absoluto turbado por la aparición de la joven, aun siendo inesperada.

«¿Sabe usted si tardará, Señor?», preguntó la Srta. Squeers, con la vacilación propia de la timidez.

«Dijo que tardaría alrededor de una hora», respondió Nicholas: con amabilidad, por supuesto, pero sin dar ninguna muestra de que los encantos de la Srta. Squeers le hubieran paralizado el corazón.

«Nunca imaginé tal contrariedad», exclamó la joven. «Gracias; lamento mucho haber interrumpido, se lo aseguro. De no haber creído que mi padre estaba aquí, en modo alguno habría... ¡oh, qué embarazoso!... qué situación tan incómoda», murmuró la Srta. Squeers, volviendo a sonrojarse, y dirigiendo la mirada de la pluma que tenía en la mano a Nicholas en el pupitre y de nuevo a la pluma.

«Si eso es lo único que desea», dijo Nicholas, señalando la pluma y obligándose a sonreír, frente a la fingida turbación de la hija del maestro, «tal vez yo pueda remplazado a él».

La Srta. Squeers echó una mirada a la puerta, como si dudase de la conveniencia de aproximarse más a un total desconocido, y luego recorrió con la vista toda el aula, como si en cierta medida la tranquilizara la presencia de cuarenta chicos, y finalmente avanzó hasta Nicholas y le puso la pluma en la mano con una mezcla muy atractiva de reserva y condescendencia.

«¿Desea la punta dura o blanda?», preguntó Nicholas, sonriendo para evitar reírse.

«Tiene una hermosa sonrisa», pensó la Srta. Squeers.

«¿Cómo dice?», preguntó Nicholas.

«¡Ay!, perdone, por un momento me distraje, la verdad», respondió la Srta. Squeers. «¡Oh!, todo lo blanda que pueda, por favor». Y tras decir estas palabras, la Srta. Squeers suspiró, tal vez para darle a entender a Nicholas que tenía blando el corazón, y que deseaba que la pluma armonizara con él.

Habiendo oído esas instrucciones, Nicholas arregló la pluma; al dársela a la Srta. Squers, esta la dejó caer, y cuando él se inclinó para recogerla, la Srta. Squeers también se inclinó, y se dieron un cabezazo, ante lo cual veinticinco chicuelos se rieron ruidosamente, con toda seguridad por primera y única vez aquel semestre.

«He sido muy torpe», dijo Nicholas, abriendo la puerta para que la joven se retirase.

«En absoluto, señor», respondió la Srta. Squeers; «fue culpa mía. Todo fue mi tonta... este... eh... buenos días».

«Adiós», dijo Nicholas. «La próxima que le prepare, espero que me quede menos chapucera. ¡Cuidado!, le está mordiendo la punta».

«¿Ah, sí?», dijo la Srta. Squeers; «estoy tan turbada que apenas sé lo que hago... siento mucho haberle causado tantas molestias».

«No ha sido ninguna molestia», respondió Nicholas, cerrando la puerta del aula.

«¡En mi vida había visto unas piernas como esas!», dijo la Srta. Squeers mientras se alejaba.

En verdad, la Srta. Squeers se había enamorado de Nicholas Nickleby.

Para explicarse la rapidez con la que tal pasión por Nicholas había surgido en la joven, hay que informar que acababa de regresar de la casa de una amiga suya, hija de un molinero, que apenas tenía dieciocho años y que acababa de comprometerse con el hijo de un pequeño comerciante de maíz residente en la localidad comercial más cercana. Como la Srta. Squeers y la hija del molinero eran muy amigas, habían convenido unos dos años antes, según una costumbre prevaleciente entre las jóvenes, que la primera que se comprometiera en matrimonio de inmediato confiaría al corazón de la otra el tremebundo secreto, antes de comunicárselo a nadie más, y sin demora la escogería como dama de honor. Y para cumplir ese juramento, la hija del molinero, al materializar su compromiso, había salido corriendo exactamente a las once de la noche —puesto que el hijo del comerciante de maíz le había ofrecido su mano y su corazón a las diez y veinticinco según el reloj holandés colgado en la cocina— hasta casa de la Srta. Squeers para llevarle la buena nueva. Ahora bien, por ser la Srta. Squeers cinco años mayor que su amiga, y haber dejado atrás la segunda década de la vida (lo cual es también un asunto de peso), desde entonces se sentía más ansiosa que de costumbre por devolver la cortesía confiándole a su amiga un secreto similar. Pero, bien porque ella fuera difícil de complacer, o bien porque más difícil aún fuera que ella

complaciera a otra persona, nunca tuvo la oportunidad de corresponder a su amiga, en tanto carecía de secreto alguno que revelar.

No obstante, en cuanto tuvo lugar la breve entrevista con Nicholas tal como fue descrita antes, la Srta. Squeers se puso su cofia y se encaminó con enorme precipitación a casa de su amiga, y después de reiterar solemnemente los diversos y antiguos votos de secreto, reveló que estaba... no exactamente comprometida, pero próxima a estarlo... con el hijo de un caballero (nada de esos comerciantes tuyos de maíz, qué va, sino el hijo de un caballero de alcurnia) que había venido a trabajar en calidad de maestro al Colegio Mayor de Dotheboys en las más misteriosas y extraordinarias circunstancias, en realidad, tenía razones para creer —insinuó más de una vez la Srta. Squeers— que había acudido allí inducido por la fama de sus numerosos encantos, a fin de encontrarla, enamorarla y conquistarla.

«¿No es algo extraordinario?», dijo la Srta. Squeers, poniendo fuerte énfasis en el adjetivo.

«Muy extraordinario», respondió la amiga, «¿pero qué te ha dicho?».

«No me preguntes lo que me dijo, querida», replicó la Srta. Squeers. «¡Si hubieras visto su aspecto y sus sonrisas! Nunca me sentí tan sobrecogida en toda mi vida».

«¿Acaso miraba de esta manera?», preguntó la hija del molinero, imitando tan fielmente como pudo una mirada maliciosa de su comerciante de maíz.

«Muy parecido... solo que más elegante», respondió la Srta. Squeers.

«¡Ah!», dijo la amiga, «entonces pretende algo, tenlo por seguro».

La Srta. Squeers, que abrigaba ciertas dudas al respecto, se sintió muy complacida ante la confirmación brindada por una autoridad competente. Y al descubrir, tras un rato más de conversación y de cotejo de datos, muchos puntos en los que el comportamiento de Nicholas y el del comerciante de maíz se parecían, se volvió tan propicia a las confidencias, que le reveló a su amiga una enorme cantidad de cosas que Nicholas no había dicho, todas tan lisonjeras que venían a ser sin lugar a dudas concluyentes. Entonces se extendió en el infortunio de tener un padre y una madre rotundamente opuestos al joven al que se había prometido en nupcias, triste circunstancia que detalló extensamente, pues, en el caso de su amiga, dado que el padre y la madre habían accedido de buen grado al casamiento, el cortejo resultaba lo más insípido y carente de brillo que pudiera imaginar.

«¡Cómo me gustaría verlo!», exclamó la amiga.

«Y lo verás, Tilda», respondió la Srta. Squeers. «Me consideraría uno de los seres más ingratos del mundo si no te lo presentara. Creo que mamá se va

a ausentar de casa dos días para ir a buscar a unos chicos; cuando se vaya, os invitaré, a ti y a John, a tomar el té y allí estará él para que lo conozcas».

Esta era una idea encantadora, y después de discutirla a fondo, las amigas se separaron.

Ocurrió que el viaje de la Sra. Squeers a un sitio no muy cercano para traer a tres nuevos chicos y apremiar a los parientes de dos de los viejos por el pago de una pequeña deuda, estaba fijado para la tarde del día siguiente, y que, al día siguiente, la Sra. Squeers se subió al coche cuando este se detuvo para cambiar de caballos en Greta Bridge, llevando consigo un bultito que contenía algo dentro de una botella y algunos bocadillos, y también acompañada por un ancho sobretodo blanco que usaría por la noche. Y con ese equipaje partió.

Cada vez que se presentaban oportunidades como esta, Squeers tenía la costumbre de dirigirse hasta el pueblo más cercano al atardecer con el pretexto de negocios urgentes, y permanecer allí hasta las diez u once de la noche en una taberna que le gustaba mucho. Por lo tanto, puesto que la tertulia no estorbaba sus planes, sino que más bien favorecía una fórmula de compromiso con la Srta. Squeers, ofreció su completa aprobación, y de buena gana comunicó a Nicholas que se le esperaba para tomar el té en el salón aquella tarde a las cinco.

De más está decir el estado de nerviosismo extremo en que se encontraba la Srta. Squeers al acercarse la hora, y de más está decir con cuánto esmero se había acicalado. Llevaba el cabello —de un tono rojo más bien subido y con un corte a lo garçon— recogido en cinco tirabuzones que le llegaban hasta el centro mismo de la cabeza, y desde allí eran dejados caer diestramente sobre su ojo dudoso. Por no hablar del fajín azul cuyos flecos caían desde su espalda, o del delantal bordado, o de los largos guantes, o del chal de gaza verde echado sobre un hombro y pasado bajo la axila del otro brazo, o cualquiera de los muchos dispositivos que debían ser otras tantas flechas destinadas a clavarse en el corazón de Nicholas. Apenas había completado esos preparativos a su entera satisfacción cuando llegó su amiga, hablando sin cesar y con un paquete marrón blancuzco, chato y con tres esquinas, que contenía diversos adornitos que debían llevarse al piso de arriba. Cuando la Srta. Squeers terminó de «componer» los cabellos de su amiga, la amiga le «compuso» los cabellos a la Srta. Squeers, añadiendo algunas mejoras llamativas en cuanto a la forma de los bucles en el cuello. Y entonces, cuando ambas se hubieron dado los últimos toques quedando enteramente satisfechas,

bajaron las escaleras vestidas con gran pompa y con los largos guantes puestos, listas para la visita.

«¿Dónde está John, Tilda?», preguntó la Srta. Squeers.

«Solo fue a casa a lavarse», respondió la amiga. «Estará aquí para cuando saquen el té».

«Estoy tan palpitante», observó la Srta. Squeers.

«¡Ah!, yo sé lo que es eso», respondió la amiga.

«No estoy acostumbrada, ¿sabes, Tilda?», dijo la Srta. Squeers, apretando su mano contra el lado izquierdo de su faja.

«Ya te sentirás mejor, querida», replicó su amiga. Mientras comentaban esas cosas, la criada con aspecto desnutrido trajo las cosas del té, y poco después alguien tocó a la puerta de la habitación.

«¡Ahí está!», exclamó la Srta. Squeers. «¡Oh, Tilda!».

«¡Chitón!», dijo Tilda. «¡Ejem! Di: adelante».

«Adelante», exclamó la Srta. Squeers débilmente. Y entró Nicholas.

«Buenas tardes», dijo el joven, totalmente desapercibido de su conquista. «Entendí, por lo que me dijo el Sr. Squeers, que...».

«Oh, sí, está bien», interrumpió la Srta. Squeers. «Papá no va a tomar el té con nosotros, pero supongo que a usted no le importará». (Esto lo dijo con malicia).

Nicholas abrió los ojos al oírla, pero no prestó mucha atención al detalle, puesto que nada le importaba mucho en aquel momento, y pasó la ceremonia de presentación de la hija del molinero con tanta gracia que dejó a la joven arrobada de admiración.

«Esperamos aún a otro caballero», dijo la Srta. Squeers, quitando la tapa de la tetera y mirando dentro para comprobar cómo andaba el té.

A Nicholas le daba lo mismo que esperaran a un caballero o a veinte, de modo que recibió la información con absoluta despreocupación. Pero como tenía el ánimo decaído, y no veía ninguna razón especial para intentar resultar agradable, miró por la ventana y suspiró de manera involuntaria.

Quiso la suerte que la amiga de la Srta. Squeers fuera de disposición juguetona y, al oír a Nicholas suspirar, se le ocurrió que debía infundir ánimo a los amantes, que parecían muy desanimados.

«Si es mi presencia la causa de su abatimiento», dijo la joven, «no se preocupen para nada por mí. Procedan como lo harían si estuviesen a solas».

«Tilda», dijo la Srta. Squeers, cuyo color subió de tono hasta la última hilera de rizos, «me avergüenzas». Y aquí las dos amigas estallaron en una variedad de risillas tontas, y por encima de sus pañuelos de bolsillo miraban

de vez en cuando a Nicholas, que, de un estado puro de asombro, pasó gradualmente a otro de risa irreprimible, ocasionado en parte por la insinuación explícita de que él estuviera enamorado de la Srta. Squeers, y en parte por la apariencia y el comportamiento ridículos de las dos chicas. Tomadas de conjunto, ambas causas de diversión le impresionaron como algo tan intensamente ridículo que, a pesar de su desgraciada condición, se rio hasta quedar totalmente exhausto.

«Vaya», pensó Nicholas, «ya que estoy aquí, y por una razón u otra parecen esperar que sea amable, no tengo por qué parecer un zonzo. Más vale que me adapte a la situación».

Nos sonroja decirlo, pero como su espíritu y su vivacidad juveniles se sobrepusieron por un rato a sus tristes pensamientos, en cuanto adoptó esa resolución, saludó a la Srta. Squeers y a su amiga con gran galantería, y acercando una silla a la mesa de té, comenzó a sentirse más a gusto de lo que jamás, con toda probabilidad, auxiliar alguno se sintiera en casa de su empleador desde que por primera vez fueran inventados los auxiliares.

Las damas estaban plenamente complacidas con este cambio de comportamiento del Sr. Nickleby, cuando llegó el pretendiente con los cabellos muy húmedos a causa de un lavado reciente, y una camisa limpia, cuyo cuello pudo haber pertenecido a algún gigante antepasado, y que conformaba, junto con un chaleco blanco de similares dimensiones, el principal adorno de su persona.

«Bien, John», dijo la Srta. Matilda Price (ese era, a propósito, el nombre de la hija del molinero).

«Qué *tar*», dijo John, con una sonrisa que ni siquiera el cuello de la camisa pudo ocultar.

«Por favor», interrumpió la Srta. Squeers, apresurándose a hacer los honores, «Sr. Nickleby... el Sr. John Browdie».

«*Pa servirle, señor*», dijo John, que tenía algo más de seis pies de estatura, con un rostro y un cuerpo más bien por encima que por debajo de esas proporciones.

«A sus órdenes, señor», respondió Nicholas, haciendo temibles estragos en los panes y la mantequilla.

El Sr. Browdie no era un caballero demasiado dotado para la conversación, de modo que sonrió dos veces más y, tras haber dirigido su acostumbrado gesto de reconocimiento a cada uno de los presentes, sonrió de manera bonachona a nada en particular, y empezó a servirse comida.

«La vieja *etá* de viaje, ¿eh?», dijo el Sr. Browdie, con la boca llena.

La Srta. Squeers asintió con un gesto de la cabeza.

El Sr. Browdie exhibió una sonrisa bonachona, de dimensiones especiales, como si pensara que realmente era algo para reírse, y se dedicó al pan y la mantequilla con vigor incrementado. Era un espectáculo contemplar cómo él y Nicholas vaciaban el plato entre los dos.

«*Surpongo* que a *usté* no le dan pan con mantequilla *toas las noche*», dijo el Sr. Browdie, después de permanecer sentado mirando a Nicholas largo tiempo por encima del plato vacío.

Nicholas se mordió el labio y se sonrojó, pero fingió no oír el comentario.

«*Dio mío*», dijo el Sr. Browdie, riéndose ruidosamente, «no le echan mucho *pa dentro*. *Usté* no va a ser *ma* que pellejo y *jueso* si se queda *batante* tiempo aquí. ¡Jo, jo, jo!».

«Usted es chistoso, señor», dijo Nicholas, con desprecio.

«No, no sé *na*», respondió el Sr. Browdie, «pero *er* otro *maestro*, ¡*Dio mío*! Mire que era *flacundengo*, sí que lo era». El recuerdo de la delgadez del último maestro parecía producirle al Sr. Browdie el más exquisito deleite, pues se rio hasta que tuvo que frotar las mangas de su abrigo contra los ojos.

«No sé si sus percepciones serán bastante agudas, Sr. Browdie, para permitirle comprender que sus observaciones resultan muy ofensivas», dijo Nicholas en un violento apasionamiento, «pero si lo son, tenga la bondad de...».

«Si dices una palabra más, John», chilló la Srta. Price, deteniendo el movimiento de los labios de su admirador, que estaban a punto de interrumpir, «solo media palabra más, y jamás te perdonaré, ni te volveré a hablar».

«Caramba, mi moza, *er* a mí no me importa», dijo el comerciante de maíz, depositando un fuerte beso sobre la Srta. Matilda; «*dénjalo* que siga, que siga».

Entonces le tocó el turno a la Srta. Squeers para tratar de interceder con Nicholas, cosa que hizo con muchos síntomas de alarma y horror. El efecto de la doble intercesión fue que él y John Browdie se estrecharon las manos por encima de la mesa con mucha seriedad, y la ceremonia fue de naturaleza tan solemne que la Srta. Squeers se sintió profundamente conmovida y derramó unas lágrimas.

«¿Qué ocurre, Fanny?», dijo la Srta. Price.

«Nada, Tilda», respondió la Srta. Squeers entre sollozos.

«Nunca hubo peligro alguno», dijo la Srta. Price, «¿lo hubo acaso, Sr. Nickleby?». «Ninguno en absoluto», respondió Nicholas. «Qué idea».

«Es cierto», susurró la Srta. Price, «dile algo amable y pronto se le pasará. Vaya, ¿debemos John y yo irnos a la cocinita, y quedarnos un rato allá?».

«Por nada del mundo», replicó Nicholas, muy alarmado por la propuesta. «¿Por qué razón habrían de hacer eso?».

«Caramba», dijo la Srta. Price, hablándole aparte, con cierto grado de desprecio, «es usted quien debe hacerle compañía».

«¿Qué quiere decir?», preguntó Nicholas; «no es a mí a quien corresponde hacer de acompañante... al menos no aquí. Yo no le veo sentido».

«No, ni yo tampoco», replicó la Srta. Price, «pero los hombres son volubles, y siempre lo fueron, y siempre lo serán; ese es el sentido que yo le veo, sin tener que darle muchas vueltas».

«¡Volubles!», exclamó Nicholas. «¿Qué dice? No querrá usted decir que cree...».

«Oh, no, yo no creo nada», replicó la Srta. Price de mal humor. «Mírela, tan bellamente vestida y rozagante... en realidad, casi hermosa. Debería darle vergüenza».

«Mi querida muchacha, ¿qué tengo yo que ver con que ella esté bellamente vestida y se vea rozagante?», preguntó Nicholas.

«Vamos, no me llame querida muchacha», dijo la Srta. Price —aunque sonriendo un poco, pues era bonita, y un poquito coqueta también, a su modo, y Nicholas era apuesto, y ella lo suponía propiedad de otra persona, razones suficientes para sentirse halagada al pensar que lo había impresionado, «o Fanny va a decir que es culpa mía. Vamos, juguemos a las cartas». Y pronunciando estas últimas palabras en voz alta, se alejó con paso ligero para reunirse con el hombre alto de Yorkshire.

Todo esto era ininteligible para Nicholas, que lo único que tenía claro en aquel momento era que la Srta. Squeers era una chica de aspecto ordinario, y que la Srta. Price era bonita. Pero no tuvo tiempo para reflexionar sobre ello, pues después de atizar el fuego y despabilar la vela, se sentaron a jugar una partida de un juego de cartas llamado especulación. «Solo somos cuatro, Tilda», dijo la Srta. Squeers, mirando astutamente a Nicholas, «así que mejor jugamos por parejas, dos contra dos. ¿Qué dice usted, Sr. Nickleby?», preguntó la Srta. Price.

«Para mí será un enorme placer», respondió Nicholas. Y diciéndolo —totalmente inconsciente de la atroz ofensa que acababa de perpetrar—, amalgamó en un solo montón la parte de las barajas del Colegio Mayor de Dotheboys correspondientes a él y a la Srta. Price respectivamente.

«Sr. Browdie», dijo la Srta. Squeers histéricamente, «¿jugamos contra ellos?».

El hombre de Yorkshire asintió —aparentemente muy descolocado por la impertinencia del nuevo auxiliar— y la Srta. Squeers clavó una mirada malévolamente en su amiga al tiempo que emitía una risita tonta y convulsiva.

A Nicholas le tocó abrir, y su mano mejoró.

«Vamos a ganarlo todo», dijo.

«Me parece que Tilda ya ganó lo que no esperaba ganar, ¿no es así, querida?», dijo la Srta. Squeers, maliciosamente.

«Apenas una docena y ocho, amor», respondió la Srta. Price, fingiendo tomar la pregunta en sentido literal.

«¡Qué aburrida estás esta noche!», dijo con sorna la Srta. Squeers.

«No, para nada», respondió la Srta. Price, «yo lo estoy pasando muy bien. Creía que eras tú la que estabas un poco indispuesta».

«¡Yo!», exclamó la Srta. Squeers mordiéndose los labios y temblando de celos, «¡Oh, no!».

«Ah, qué bueno», observó la Srta. Price, «se te están desrizando los cabellos, querida».

«No te preocupes por mí», dijo con una risita forzada la Srta. Squeers, «más vale que te ocupes de tu pareja».

«Gracias por recordárselo», dijo Nicholas. «Ya lo hace».

El hombre de Yorkshire se aplastó una o dos veces la nariz con el puño cerrado, como reteniendo la mano en espera de poder ejercitarla en el rostro de algún otro caballero. Y la Srta. Squeers movió con tal indignada brusquedad la cabeza, que la ráfaga de viento creada por la multitud de rizos en movimiento casi apagó la vela.

«Nunca había tenido tanta suerte, verdaderamente», exclamó la Srta. Price con coquetería, después de una o dos partidas más. «Me parece que todo se debe a usted, Sr. Nickleby. Quisiera tenerlo siempre de compañero».

«Ojalá».

«Sin embargo, el que siempre gana en las cartas no tendrá una buena esposa», dijo la Srta. Price.

«No será así si se concede su deseo», respondió Nicholas. «Estoy seguro de que en ese caso tendré una, y excelente».

¡Con qué brusquedad movió la Srta. Squeers la cabeza y se aplastó la nariz el comerciante de maíz mientras tenía lugar esta conversación! Bien habría valido una pequeña anualidad presenciarlo, por no hablar del júbilo evidente de la Srta. Price al suscitar los celos de ambos, y de la feliz

inconsciencia de Nicholas Nickleby de estar causando la incomodidad de alguien.

«Parece que acaparamos toda la conversación», dijo Nicholas, mirando de buen humor alrededor de la mesa mientras recogía las barajas para un nuevo reparto.

«Usted lo hace tan bien», dijo la Srta. Squeers con una risita nerviosa, «que sería una pena interrumpir, ¿no es verdad, Sr. Browdie? ¡Je, je, je!».

«No», dijo Nicholas, «hablamos por falta de alguna otra persona con quien hablar».

«Pues sepan que les hablaríamos si ustedes nos dirigieran la palabra», observó la Srta. Price.

«Gracias, querida Matilda», replicó la Srta. Squeers, majestuosamente.

«O pueden hablar entre ustedes, si optan por no hablar con nosotros», dijo la Srta. Price, reuniéndose con su querido amigo. «John, ¿por qué no dices algo tú?».

«¿Decir *er qué?*», preguntó el hombre de Yorkshire.

«Sí, que digas algo y no permanezcas ahí tan callado y sombrío».

«¡*Pue bien!*», dijo el hombre de Yorkshire, golpeando fuertemente la mesa con el puño, «lo que *voa* decir *e eto: mardito* sea *toitico* mi cuerpo si aguanto *argo ma. Vamo pa* casa conmigo, y *ar* jovencito malicioso *pintiparao* ese, que se cuide de que le partan la cabeza la *prósima ve* que se acerque a mi mano».

«Dios nos guarde, ¿qué significa todo esto?», exclamó la Srta. Price, fingiendo sorpresa.

«*Vamo pa* la casa, te digo, *vamo pa* la casa», repitió el hombre de Yorkshire, con severidad. Y mientras él pronunciaba esas palabras, la Srta. Squeers estalló en un torrente de lágrimas, motivadas en parte por su cólera extrema, y en parte por el deseo impotente de lacerar el rostro de alguien con sus hermosas uñas.

Este estado de cosas era consecuencia de diversos medios y obras. Era consecuencia de la aspiración de la Srta. Squeers a la alta condición y posición de estar comprometida en matrimonio sin contar con buenas bases para hacerlo. Era consecuencia de tres móviles que impulsaban a obrar a la Srta. Price: primero, el deseo de castigar a su amiga por haber osado rivalizar en dignidad con ella careciendo de méritos para ello; segundo, la satisfacción de su propia vanidad al recibir las lisonjas de un joven inteligente; y tercero, el deseo de convencer al negociante de maíz sobre el gran peligro que corría al posponer la celebración de sus esperadas nupcias. A la vez, era

consecuencia de la alegría y la irreflexión de Nicholas durante una hora, y su deseo muy sincero de evitar a toda costa otorgar sus favores a la Srta. Squeers. De modo que, tanto los medios empleados como los fines producidos parecían los más naturales del mundo: porque tal como lo han hecho desde los comienzos y lo seguirán haciendo hasta el mismísimo final de los tiempos las jóvenes siempre tendrán la esperanza de casarse, y se propinarán empellones, unas a otras, en la carrera hacia el altar, y aprovecharán todas las oportunidades para desplegar sus encantos del modo más ventajoso.

«¿Cómo?, ¡Ahora Fanny llorando a moco tendido!», exclamó la Srta. Price, como presa de repentino asombro. «¿Qué está pasando aquí?».

«¡Oh!, usted no lo sabe, señorita, claro que no sabe. Le ruego que no se moleste en averiguarlo», dijo la Srta. Squeers, produciendo ese cambio de los rasgos faciales que los chicos llaman mueca.

«Estoy segura de que no lo averiguaré», exclamó la Srta. Price.

«¿Y a quién le importa que usted esté o no segura, señora?», replicó la Srta. Squeers, haciendo otra mueca.

«Es usted enormemente cortés, señora», dijo la Srta. Price.

«No será usted quien me dé lecciones sobre ese arte, señora», replicó la Srta. Squeers.

«No tiene que tomarse el trabajo de hacerse más explícita de lo que ya ha sido, señora», prosiguió la Srta. Price, «porque resulta totalmente innecesario».

En respuesta, la Srta. Squeers se sonrojó extraordinariamente, y dio las gracias a Dios por no tener la cara tan dura como ciertas personas, y la Srta. Price a continuación se felicitó por no albergar los sentimientos de envidia que carcomían a otras personas; ante lo cual la Srta. Squeers hizo una observación general sobre el peligro de relacionarse con personas de baja condición, con lo cual coincidió totalmente la Srta. Price, y añadió que eso era en efecto muy cierto, y que hacía mucho tiempo que lo pensaba.

«Tilda», exclamó la Srta. Squeers con dignidad, «te odio».

«¡Ah! Te aseguro que el afecto entre nosotras no ha sufrido para nada», dijo la Srta. Price, amarrándose las cintas de su cofia de un tirón. «Vas a llorar hasta que se te caigan los ojos cuando me vaya; bien sabes que así será».

«Desprecio tus palabras, descarada», dijo la Srta. Squeers.

«Me hace usted un cumplido», respondió la hija del molinero, haciendo una amplísima reverencia. «Le deseo muy buenas noches, señora, y que sueñe con los angelitos».

Con esta bendición de despedida la Srta. Price se precipitó fuera de la habitación, seguida por el enorme hombre de Yorkshire, que intercambió con Nicholas al partir esa peculiar expresión ceñuda con la que los condes esgrimistas de melodrama se advierten mutuamente de que ya volverán a verse las caras.

En cuanto se hubieron marchado, la Srta. Squeers cumplió la predicción de su antigua amiga dando rienda suelta al más copioso estallido de llanto, en medio de múltiples lamentos sombríos y palabras incoherentes. Nicholas permaneció mirándola unos pocos segundos sin saber qué hacer. Pero sospechando que el ataque podría culminar en abrazos o arañazos, y considerando que ser el objeto de cualquiera de esas acciones le resultaría sería igualmente desagradable, abandonó en silencio la habitación dejando a la Srta. Squeers bañada en abundantes lágrimas que enjugaba con su pequeño pañuelito.

«Esta es la consecuencia», pensó Nicholas, mientras tanteaba el camino de regreso a su oscuro dormitorio, «de mi condenada disposición a adaptarme a cualquier compañía a la que me lleve la suerte. De haber permanecido sentado mudo y sin moverme esto no habría ocurrido».

Escuchó algunos minutos, pero todo estaba en silencio.

«Me alegré», murmuró, «de poder librarme por un momento del espectáculo de este horrible sitio, o de la presencia de su vil maestro. Sembré la discordia entre esta gente y me gané a dos nuevos enemigos cuando —¡si lo sabrá Dios!— no me conviene tener ninguno. Bien, no es más que el merecido castigo por haber olvidado, apenas durante una hora, el lugar donde me encuentro».

Y diciendo eso, se abrió paso a tientas entre la multitud de durmientes de corazón abatido, y, arrastrándose, alcanzó su pobre lecho.

CAPÍTULO 10

CÓMO MANTUVO EL SR. RALPH NICKLEBY A SU SOBRINA Y A SU CUÑADA

La segunda mañana después de la partida de Nicholas para Yorkshire, Kate Nickleby estaba sentada en una butaca muy descolorida que se alzaba sobre un pedestal muy polvoriento en la habitación de la Srta. La Creevy, posando para que esta pintase el retrato que se traía entre manos y lo hiciera con plena perfección. La Srta. La Creevy había encargado subir la vitrina de la puerta de la calle, con el fin de infundirle al falso rostro de la Srta. Nickleby el tono de tez de carne de salmón que originalmente había conseguido mientras realizaba la miniatura de un joven oficial que allí se exhibía, tono de tez de carne de salmón brillante que los principales amigos y clientes de la Srta. La Creevy consideraban una gran novedad en el arte: y en verdad lo era.

«Creo que ahora sí lo tengo», dijo la Srta. La Creevy. «¡El mismo tono! Este será el más hermoso retrato que jamás haya hecho, con certeza».

«En ese caso se debe a su genio, estoy segura», respondió Kate con una sonrisa. «No, no, no permitiré que diga eso, querida», prosiguió la Srta. La Creevy. «Es usted un motivo muy agradable, muy agradable, ya lo creo. Aunque por supuesto el buen resultado depende del tratamiento del motivo».

«Y en no poca medida», observó Kate.

«Querida, tienes razón en eso», dijo la Srta. La Creevy, «en líneas generales tienes razón en eso, aunque no permito que se considere de importancia decisiva en este caso. ¡Ah! Las dificultades de mi arte, querida, son muy grandes».

«Deben de serlo, sin duda», dijo Kate, para complacer a su simpática amiguita. «Son muchas más de las que puedas imaginar», respondió La Srta. La Creevy. «Eso de destacar los ojos poniendo en ello toda tu fuerza, y luego esmerarte para que la nariz quede más abajo, y añadir la cabeza y suprimir totalmente los dientes... no tienes ni idea del trabajo que representa una pequeña miniatura».

«El pago apenas podría remunerarla», dijo Kate.

«Bueno, no lo hace, esa es la verdad», respondió la Srta. La Creevy; «y además, las personas son tan inconformistas e irrazonables que a nueve de cada diez no da ningún gusto retratarlas. A veces dicen “¡oh, qué tremendamente serio me hace parecer, Srta. La Creevy!”, y otras, “¡vea usted, Srta. La Creevy, qué sonrisa tan afectada me ha hecho!”, cuando la esencia misma de un buen retrato es que sea serio o que tenga una sonrisa afectada, si no no sería en absoluto un retrato».

«¡Ya lo creo!», dijo Kate, riendo.

«Claro, querida, porque los que posan siempre son de uno u otro tipo», respondió la Srta. La Creevy. «Mira a la Real Academia. Todos esos bellos retratos brillantes de caballeros con chalecos de terciopelo negro, con los puños apretados sobre mesas redondas o lajas de mármol, están serios, ¿no es verdad? Y todas las damas que juegan con sus pequeños parasoles, o perritos, o niñitos —a los efectos del arte la regla es la misma, solo varían los objetos— exhiben una sonrisa afectada. En verdad», dijo la Srta. La Creevy, bajando la voz al nivel de un susurro confidencial, «solo hay dos estilos de retratos, el serio y el de sonrisa afectada. Y siempre usamos el serio para profesionales (excepto los actores, a veces), y el de sonrisa afectada para damas y caballeros privados a los que no les importa mucho no parecer inteligentes».

Kate se mostró muy divertida con esta información, y la Srta. La Creevy siguió pintando y hablando con un goce incommovible.

«¡Parece que pinta usted gran cantidad de oficiales!», dijo Kate, aprovechando una pausa en el discurso, y echando una ojeada por toda la habitación.

«¿Gran cantidad de qué, niña?», preguntó la Srta. La Creevy, alzando la vista de su trabajo. «Retratos de carácter, oh sí... no son verdaderos militares, ¿sabes?».

«¡No!».

«Bendita seas, claro que no; no son más que oficinistas y gente por el estilo que alquilan un abrigo de uniforme para que los pinten con él puesto, y lo envían aquí en un bolso de tela de alfombra. Algunos artistas», dijo la Srta. La Creevy, «tienen a disposición un abrigo rojo, y cobran siete chelines y siete peniques adicionales por el alquiler y el carmín; pero yo no lo hago, porque no lo considero legítimo».

Irguiéndose como si se vanagloriara enormemente de no recurrir a esos señuelos para atrapar a modelos, la Srta. La Creevy se aplicó con más intensidad a su tarea, apenas levantando ocasionalmente la cabeza para contemplar con callada satisfacción alguna pincelada que acababa de aplicar,

e informándole de vez en cuando a la Srta. Nickleby en qué rasgo particular estaba trabajando en ese instante; «no es que tenga usted que maquillarlo expresamente para la pintura, querida, sino que es nuestra costumbre, a veces, decirles a los modelos en qué parte estamos, para que, si hay alguna expresión particular que ellos quieran que se refleje, puedan pedirlo en ese momento».

«¿Y cuándo», dijo la Srta. La Creevy tras un largo silencio de poco más de minuto y medio, «piensa usted volver a ver a su tío?».

«No sé nada, hace tiempo que espero verlo», respondió Kate. «Espero que pronto, pues este estado de incertidumbre es lo peor que hay».

«Supongo que él tiene dinero, ¿no?», preguntó la Srta. La Creevy.

«Es muy rico, según he oído», contestó Kate. «No estoy segura de que lo sea, pero creo que sí».

«Ah, téngalo por seguro, pues de lo contrario no sería tan hosco», observó la Srta. La Creevy, que tenía una extraña pequeña mezcla de sagacidad y sentido común. «Cuando un hombre se comporta como un oso, casi siempre es muy independiente».

«Sus modales son toscos», dijo Kate.

«¡Toscos!», exclamó la Srta. La Creevy, «un puerco espín es un lecho de plumas comparado con él. Nunca conocí a un anciano tan feroz y de un talante más malhumorado».

«Creo que es pura apariencia», observó Kate, tímidamente, «creo haber oído que sufrió de joven una desilusión, o alguna calamidad que le amargó el carácter. Me reprocharía a mí misma pensar mal de él sin estar segura que se lo merece».

«Caramba; eso es muy correcto y adecuado», observó la pintora de miniaturas, «¡y no quiera el Cielo que sea yo la causa de que lo hagas! Pero, ¡a ver!, ¿acaso le sería tan difícil pasaros a ti y a tu mamá alguna buena pensioncita que las mantenga a ambas cómodas hasta que tú estés debidamente casada, y que después fuera para ella una pequeña fortuna? Por ejemplo, ¿qué supondría para él darles 100 libras al año?». «No sé qué le supondrían», dijo Kate, con gran energía, «pero en cuanto a mí, preferiría morir antes que aceptarlas».

«¡Vaya!», exclamó la Srta. La Creevy.

«Depender de él», dijo Kate, «me amargaría la existencia. Creo que mendigar sería una degradación menor».

«¡Caramba!», exclamó la Srta. La Creevy. «Eso dicho acerca de alguien de quien no quieres oír hablar mal, querida, suena bastante extraño, te lo confieso».

«Me atrevo a aceptarlo», respondió Kate, hablando con mayor dulzura, «en efecto, así debe ser. Yo... yo... solo quiero decir que, con los sentimientos y el recuerdo que llevo conmigo de tiempos mejores, no soportaría vivir subvencionada por nadie, no particularmente por él, sino por nadie».

La Srta. La Creevy miró astutamente a su acompañante, como preguntándose si Ralph sería o no objeto de aversión por su parte, pero al advertir la angustia de su joven amiga, no hizo más comentarios.

«Solo pido», continuó Kate, derramando lágrimas al hablar, «que haga él lo mínimo por mí, de modo que me permita, por recomendación suya, ganarme el pan, literalmente, y permanecer junto a mi madre. Si volvemos alguna vez a disfrutar del sabor de la felicidad, dependerá de la suerte que

corra mi querido hermano. Pero si mi tío hiciera eso, y Nicholas nos dice que está bien y contento, estaré satisfecha». Cuando cesó de hablar, se oyó un susurro tras el biombo que estaba entre ella y la puerta, y alguien tocó al entablado de la pared.

«Adelante, sea quien sea», exclamó la Srta. La Creevy.

De inmediato entró en la habitación un individuo que no era otro que el propio Sr. Ralph Nickleby.

«A sus órdenes, damas», dijo Ralph, mirándolas alternativamente de modo penetrante. «Hablaban ustedes tan alto que no podía hacerme oír».

Cuando este hombre de negocios tenía un gruñido inusualmente perverso merodeándole el corazón, usaba un truco para que, por un instante, sus ojos quedaran casi ocultos bajo sus espesas y salientes cejas, para luego exhibirlos en su plena intensidad. Al hacerlo ahora, intentando disimular la sonrisa que separaba sus finos labios apretados y fruncía las arrugas en torno a su boca, ambas sintieron que alguna parte, si no la totalidad de su reciente conversación, había sido escuchada.

«Decidí probar aquí antes de subir al piso de arriba, sospechando que podría encontrarla a usted aquí», dijo Ralph, dirigiéndose a su sobrina, y mirando despectivamente el retrato. «¿Es ese el retrato de mi sobrina, señora?».

«Así es, Sr. Nickleby», dijo la Srta. La Creevy, con aire muy animado, «y entre usted y yo y los periódicos, señor, será además un retrato muy bueno, aunque esté mal que lo diga yo, que soy la pintora».

«No se moleste en enseñármelo, señora», exclamó Ralph, alejándose, «no tengo vista para reconocer el parecido. ¿Está casi concluido?».

«Pues sí», respondió la Srta. La Creevy, reflexiva y con el extremo del pincel metido en la boca. «Con dos sesiones más...».

«Hágalas de inmediato, señora», dijo Ralph. «A partir de mañana no tendrá tiempo que perder en tonterías. Trabajo, señora, trabajo. Todos tenemos que trabajar. ¿Ya alquiló las piezas, señora?».

«Aún no he colocado el anuncio, señor».

«Póngalo de inmediato, señora. A partir de la próxima semana nadie podrá desear habitaciones y si las desean no podrán pagarlas. Ahora bien, querida, si estás lista, no perdamos más tiempo».

Adoptando una bondad que le cuadraba aún peor que sus modales de siempre, el Sr. Ralph Nickleby le indicó a la joven con un gesto que marchara delante de él y, tras hacer una solemne reverencia a la Srta. La Creevy, cerró la puerta y siguió a su sobrina escaletas arriba, donde fue recibido por la Sra.

Nickleby con muchas muestras de deferencia. Deteniéndola con cierta brusquedad, Ralph sacudió la mano con gesto de impaciencia y procedió a explicar el objetivo de su visita.

«Hallé una ubicación para su hija, señora», dijo Ralph.

«Vaya», respondió la Sra. Nickleby. «Pues debo decir que eso es justo lo que esperaba de usted. “Ten por seguro”, le decía yo a Kate justo ayer por la mañana durante el desayuno, “que después de haber conseguido tu tío algo tan rápidamente para Nicholas, no cejará hasta hacer al menos lo mismo contigo”. Esas fueron mis palabras, o más o menos así las recuerdo. Kate, querida, por qué no le agradeces a tu...».

«Déjeme proseguir, se lo ruego, señora», dijo Ralph, interrumpiendo a su cuñada en pleno torrente de su discurso.

«Kate, amor mío, deja que tu tío prosiga», dijo la Sra. Nickleby.

«Estoy ansiosa porque lo haga, mamá», dijo Kate.

«Bien, querida, si estás ansiosa porque lo haga, mejor deja que tu tío diga lo que tenga que decir, sin interrupciones», observó la Sra. Nickleby, con muchos pequeños movimientos de cabeza y de cejas. «El tiempo de tu tío es muy valioso, querida, y por más deseosa que estés —y es natural que lo estés, pues con seguridad cualesquiera parientes afectuosos que hayan visto tan poco a tu tío como nosotras, naturalmente tendrían que estarlo— de prolongar el placer de tenerlo entre nosotras, de todas formas estamos obligadas a no ser egoístas, y, muy por el contrario, tomar en consideración la naturaleza importante de sus ocupaciones en el barrio financiero».

«Le estoy muy agradecido, señora», dijo Ralph, con una sonrisa burlona casi imperceptible. «La ausencia de hábitos de negocio en esta familia aparentemente conduce a un gran gasto de palabras antes de que los negocios —una vez colocados estos en el centro de la atención— pasen a ser discutidos, si es que alguna vez lo son».

«Me temo que así es, en efecto», respondió la Sra. Nickleby con un suspiro. «Su pobre hermano...».

«Mi pobre hermano, señora», interrumpió Ralph ásperamente, «no tenía ni idea de lo que eran los negocios... ni siquiera estaba familiarizado, lo creo muy firmemente, con el propio significado de la palabra».

«Me temo que no lo estaba», dijo la Sra. Nickleby, cubriéndose los ojos con el pañuelo. «De no haber sido por mí, no sé qué habría sido de él».

¡Qué extraños seres somos! El sutil cebo tan diestramente lanzado por Ralph en su primera entrevista seguía colgado del anzuelo. Ante las menores privaciones o contrariedades que se presentaran en el transcurso de las

veinticuatro horas para recordarle el cambio de su situación, ahora llena de necesidades, habían comenzado a aparecer en la mente de la Sra. Nickleby visiones displicentes de su dote de mil libras, y finalmente había llegado a convencerse de que, de todos los acreedores de su fallecido esposo, ella había sido la peor usada y la que más lástima merecía. Y, sin embargo, lo había amado mucho durante muchos años, y no había en ella mayor cuota de egoísmo que la que habitualmente toca a los mortales. Así es la irritabilidad que suscita la pobreza repentina. Una renta anual decente de inmediato habría reencaminado sus pensamientos por su anterior derrotero.

«Quejarse no sirve de nada, señora», dijo Ralph. «De todas las gestiones infructuosas, enviar una lágrima a que revise un día que se fue es la más infructuosa de todas». «Así es», sollozó la Sra. Nickleby. «Así es».

«Ya que siente usted de manera tan aguda en su propia bolsa y en su propia persona las consecuencias de la falta de atención a los negocios, señora», dijo Ralph, «estoy seguro de que inculcará a sus hijos la necesidad de aplicarse a ellos muy temprano en la vida».

«Claro que tengo que prever eso», prosiguió la Sra. Nickleby. «Triste experiencia, sepa usted, cuñado... Kate, querida, ponle eso en la próxima carta a Nicholas, o recuérdame hacerlo si le escribo».

Ralph hizo una pequeña pausa, y viendo que ya tenía suficiente apoyo por parte de la madre en caso de que la hija pusiera objeciones a su propuesta, pasó a decir: «En resumen, señora, la colocación que me he interesado en procurarle, señora, es con una sombrerera y modista».

«¡Una sombrerera!», exclamó la Sra. Nickleby.

«Una sombrerera y modista, señora», continuó Ralph. «En Londres las modistas —y no tengo que recordárselo, señora, pues usted está perfectamente familiarizada con todas las cuestiones de la rutina ordinaria de la vida—, se vuelven muy acaudaladas, tienen séquitos y se convierten en personas de grandes fortunas y suerte». Ahora bien, las primeras ideas que le venían a la mente a la Sra. Nickleby a partir de las palabras «somererera» y «modista» estaban relacionadas con ciertas cestas de mimbre revestidas de hule negro encerado, que recordaba haber visto yendo y viniendo por las calles. Pero en la medida en que Ralph proseguía, estas desaparecieron y fueron remplazadas por visiones de amplias casas en el barrio del oeste, hermosos coches privados y una cuenta de banco, imágenes que se sucedieron unas a otras con tanta rapidez que en cuanto él terminó de hablar, ella asintió con un gesto de cabeza y dijo «muy cierto», aparentando una gran satisfacción.

«Lo que dice tu tío es muy cierto, Kate, querida», dijo la Sra Nickleby. «Recuerdo que cuando tu pobre papá y yo vinimos a la ciudad después de casados, una joven me trajo a casa una cofia ceñida de fibra de madera, con adornos blancos y verdes, y una orla verde persa, y vino a traerla en su propio coche, que condujo hasta la puerta a pleno galope. No estoy muy segura de si era su propio coche o uno de alquiler, pero al menos recuerdo muy bien que el caballo cayó muerto cuando daba la vuelta, y tu pobre papá dijo que no había comido maíz en una quincena».

Esta anécdota, tan impresionantemente ilustrativa de la opulencia de las sombrereras, no fue recibida con ninguna demostración de sentimiento, en tanto Kate dejó colgar su cabeza mientras la relataban, y Ralph manifestó síntomas inteligibles de impaciencia extrema.

«La dama se apellida», dijo Ralph, colándose apresuradamente, «Mantalini... *Madame* Mantalini. La conozco. Vive cerca de la Plaza Cavendish. Si su hija está dispuesta a tratar de ocupar el puesto, la llevaré allí de inmediato».

«¿No tienes nada que decirle a tu tío, amor mío?», preguntó la Sra. Nickleby.

«Mucho», respondió Kate; «pero no ahora. Preferiría hablar con él cuando estemos a solas, le ahorraré tiempo si le doy las gracias y le digo lo que le quiero decir durante el camino».

Con estas palabras Kate se alejó velozmente a ocultar los indicios de nerviosismo que bajaban por sus mejillas, y a prepararse para la caminata, mientras que la Sra. Nickleby entretenía a su cuñado dándole, entre profusas lágrimas, una detallada explicación de las dimensiones de un pianito vertical de palo de rosa que habían poseído en sus días de opulencia, junto con una descripción precisa de ocho sillas de salón, de patas torneadas y gruesos cojines forrados de calicó verde, en combinación con las cortinas, que habían costado dos libras y quince chelines cada una, y se vendieron en la subasta por casi nada.

Estos recuerdos fueron al cabo interrumpidos por el regreso de Kate, ataviada con su vestido de salir, y Ralph, que había estado irritado y rabiando todo el tiempo de su ausencia, de inmediato bajó a la calle sin más ceremonia.

«¡A ver!», dijo, tomándola del brazo, «camina tan rápido como puedas, para que adquieras el paso con el que tendrás que ir al trabajo cada mañana». Y diciendo eso, se encaminó con Kate a un buen ritmo hacia la Plaza Cavendish.

«Le estoy muy agradecida, tío», dijo la joven, después de que hubieran andando apresurados y en silencio por algún tiempo, «muy agradecida».

«Me alegra oírlo», dijo Ralph. «Espero que cumplas con tu deber».

«Trataré de complacerlo, tío», respondió Kate; «en verdad, yo...».

«No empieces a llorar», gruñó Ralph; «odio el llanto».

«Es muy tonto, lo sé, tío», comenzó a decir la pobre Kate.

«Lo es», respondió Ralph, parándola en seco, «y, además, muy afectado. No quiero volverlo a ver».

Quizás esta no fuese la mejor manera de secar las lágrimas de una joven sensible a punto de ingresar en un escenario totalmente nuevo en su vida, entre desconocidos fríos e indiferentes. Sin embargo, surtió su efecto. Kate se sonrojó profundamente, respiró rápidamente unos instantes, y enseguida echó a andar con un paso más firme y resuelto.

Fue un contraste curioso ver cómo la tímida chica del campo se encogía en medio del gentío que avanzaba por las calles en una u otra dirección, y, resistiendo el empuje de la gente, se apretaba fuertemente a Ralph, como si temiera perderlo en la muchedumbre; y cómo el inflexible hombre de negocios de rasgos duros seguía avanzando con tenacidad, apartando a los caminantes de un codazo, y de vez en cuando intercambiando un bronco saludo con algunos conocidos que pasaban a su lado y volvían la vista para mirar a su hermosa compañía de sorprendida mirada; y luego se quedaban pensando en lo disonante que resultaba esta pareja. Pero más extraño aún habría sido el contraste si alguien hubiera podido leer en estos dos corazones que latían tan próximos; si se hubiera podido desnudar la gentil inocencia de uno de ellos y la áspera maldad del otro; haberse detenido en los pensamientos candorosos de la tierna chica, y entonces sorprenderse de que, entre todas las mañosas conjuras y los cálculos del viejo, no hubiera ni una sola palabra o imagen que denotara algún pensamiento respecto a la muerte o la tumba. Pero así era. Y más extraño aún —aunque esto sea algo cotidiano— el hecho de que el joven corazón palpitará con un millar de ansiedades y aprehensiones, mientras que el del viejo hombre de mundo permanecía herrumbroso en su celda, latiendo apenas como una pieza de un mecanismo de astucia y sin un solo latido de esperanza, o de temor, o de amor, o de afecto por ningún ser viviente.

«Tío», dio Kate, cuando calculó que debían de estar cerca de su destino, «tengo que hacerle una pregunta. ¿Seguiré viviendo en mi hogar?».

«¡Tu hogar!», respondió Ralph, «¿dónde queda eso?».

«Quiero decir, con mi madre... la viuda», dijo Kate con énfasis.

«Vivirás, para todas las intenciones y efectos, aquí», replicó Ralph, «pues será aquí donde tomarás tus comidas y permanecerás de la mañana a la noche. Y en ocasiones de nuevo hasta la mañana».

«Pero quiero decir por la noche», dijo Kate; «no puedo abandonarla, tío. Tengo que tener algún sitio que pueda llamar mi hogar; estará donde quiera que ella esté, sabe usted, y puede ser muy humilde».

«¡Puede ser!», dijo Ralph, caminando con mayor rapidez por la impaciencia que le provocó esa observación, «tendrá que ser, querrás decir. ¡Puede ser muy humilde! ¿Está loca esta chica?».

«Se me escapó la fiase, no fue eso lo que quise decir, en verdad», insistió Kate.

«Espero que no», dijo Ralph.

«Pero no ha respondido a mi pregunta, tío».

«Bien, yo anticipaba algo parecido», dijo Ralph, «y, aunque quiero que sepas que estoy firmemente en contra, he hecho arreglos para que ello no ocurra. Hablé para que fueras una trabajadora externa, de modo que puedas regresar a ese hogar que puede ser humilde todas las noches».

Esto era en cierta medida reconfortante. Kate derramó un sinfín de agradecimientos por la consideración de su tío, que Ralph recibió como si los mereciera todos, y sin más conversación llegaron a la puerta de la modista, que exhibía una tarja de gran tamaño con el nombre y el oficio de *Madame Mantalini*, y a la cual se llegaba subiendo algunos hermosos escalones. En la casa había un comercio, pero estaba alquilado a un importador de fragancia de rosas. Los salones de exhibición de *Madame Mantalini* estaban en el primer piso, hecho que se le notificaba a la nobleza y a la pequeña aristocracia por la exhibición como casual, junto a las ventanas de hermosas cortinas, de dos o tres elegantes cofias de última moda, y algunas vestimentas costosas del más exquisito gusto.

Un lacayo con librea abrió la puerta, y en respuesta a la pregunta de Ralph referida a si *Madame Mantalini* estaba en casa, los guio por un bello pasillo y los hizo subir por una amplia escalera hasta el local de exhibiciones, que abarcaba dos espaciosos salones llenos de una inmensa variedad de soberbios vestidos y telas, algunos de ellos en mesillas y otros puestos al descuido sobre los sofás, y otros más esparcidos sobre la alfombra, colgados de los psiques o combinados de algún otro modo con los finos muebles de variado estilo que, en grandes cantidades, se daban cita allí.

Estuvieron esperando un tiempo más prolongado de lo que podía resultar agradable al Sr. Ralph Nickleby, que ojeó los llamativos perifollos que lo

rodeaban con bastante poca atención, y estaba a punto de hacer sonar la campana cuando, de repente, un caballero asomó la cabeza en la habitación y, viendo que había visita, la retiró con igual rapidez.

«¡Oiga, hola!», exclamó Ralph. «¿Quién está ahí?».

Al sonido de la voz de Ralph reaparecieron la cabeza y los labios, dejando ver una muy larga fila de dientes muy blancos, que pronunciaron con tono afectado las palabras: «*Mardita* sea. ¡Caramba, Nickleby! ¡Oh, *mardita* sea!». Una vez proferidas estas exclamaciones, el caballero se adelantó y estrechó las manos de Ralph con gran efusividad. Tenía puesto un maravilloso traje formal, con un chaleco y pantalones turcos del mismo diseño, un chal de seda rosada al cuello y zapatillas verde brillante, y tenía una cadena de reloj muy larga enrollada en el cuerpo. Además, llevaba barbas y bigote, ambos teñidos de negro y elegantemente rizados.

«*Mardita* sea, no vas a decirme que me quieres ver a mí, ¿eh, *mardita* sea?», dijo ese caballero, golpeando a Ralph en el hombro.

«Aún no», dijo Ralph, sarcásticamente.

«¡Ja, ja!, *mardita* sea», exclamó el caballero, y al darse vuelta para reír con más elegancia, advirtió la presencia de Kate Nickleby, que permanecía de pie cerca de él.

«Mi sobrina», dijo Ralph.

«Ya recuerdo», dijo el caballero, dándose un golpe en la nariz con el nudillo de su dedo índice, como castigo por su olvido. «*Mardita* sea, ahora recuerdo a lo que vienes. Pasa acá, Nickleby; querida, ¿quieres seguirme? ¡Ja, ja! Todas me siguen, Nickleby; siempre fue así, *mardita* sea, siempre».

Y dando así rienda suelta a su juguetona imaginación, el caballero los guio hasta un saloncito privado en el segundo piso, casi tan elegantemente amueblado como el apartamento del piso inferior, donde la presencia de una cafetera de plata, una cáscara de huevo y loza sin fregar, entre otras cosas, parecían indicativas de que acababa de desayunar.

«Siéntate, querida», dijo el caballero, primero desconcertando a *Miss* Nickleby con la mirada que clavaba en su rostro, y luego exhibiendo una amplia sonrisa por el placer de haberlo hecho. «Esta condenada habitación de los altos no lo deja respirar a uno. Esos infernales salones de arriba... Me temo que tendré que mudarme, Nickleby».

«Yo lo haría, naturalmente que sí», respondió Ralph, mirando a su alrededor con amargura.

«Qué tipo tan raro y *mardito* eres, Nickleby», dijo el caballero. «El más *mardito*, testarudo y extravagante acuñador de oro y plata que jamás existió...

mardita sea».

Una vez que hubo lisonjeado a Ralph de ese modo, el caballero tocó la campana, y fijó la mirada en la Srta. Nickleby hasta que respondieron, momento en que se alejó a pedirle al hombre que dijera a su señora que viniera de inmediato, tras lo cual volvió a clavar en ella la vista y no la apartó hasta que apareció *Madame Mantalini*.

La modista era una persona rolliza, elegantemente vestida y bastante agraciada, pero mucho mayor que el caballero de los pantalones turcos, con quien se había casado seis meses antes. Su apellido era originalmente Muntle, pero por fácil transición fue convertido en Mantalini, pues la dama consideró, con razón, que un apelativo inglés dañaría seriamente el negocio. El caballero se había casado gracias a sus barbas, propiedad esta que le había permitido subsistir con elegancia durante algunos años, y que recientemente había mejorado tras un paciente cultivo y la adición de un bigote, que prometía asegurarle una fácil independencia, ya que su parte en las tareas del negocio en la actualidad se limitaban a gastar el dinero y, ocasionalmente —cuando este escaseaba—, ir a ver a Ralph Nickleby en busca de un descuento —en porcentaje— por las cuentas adeudadas por los clientes.

«Vida mía», dijo el Sr. Mantalini, «¡qué *mardita* demora tan endemoniadamente larga la tuya!».

«Ni siquiera sabía que el Sr. Nickleby estaba aquí, amor mío», dijo *Madame Mantalini*.

«Entonces qué pillo doblemente *mardito* e infernal debe ser ese lacayo, alma mía», protestó el Sr. Mantalini.

«Querido», dijo *Madame*, «la culpa de eso es toda tuya».

«¿La culpa es mía, sonrisa de mi corazón?».

«Por supuesto», repuso la dama; «¿qué puedes esperar, queridísimo, si no aleccionas al hombre?».

«¡Aleccionar al hombre, delirio de mi alma!».

«Sí; estoy segura de que necesita que se le hable, y con mucha urgencia», dijo *Madame*, poniendo mala cara.

«Entonces que eso no te irrite», dijo el Sr. Mantalini; «será azotado con un látigo de caballo hasta que grite como un *mardito*». Y hecha esta promesa, el Sr. Mantalini besó a *Madame Mantalini*, y acto seguido *Madame Mantalini* tiró juguetonamente de la oreja del Sr. Mantalini, tras lo cual pasaron a los negocios.

«Pues bien, señora», dijo Ralph, que había contemplado todo esto con tanto desdén como pocos hombres pueden expresar en su rostro, «esta es mi

sobrina».

«¡Ya veo, Sr. Nickleby!», respondió *Madame* Mantalini, escrutando a Kate de la cabeza a los pies y a la inversa. «¿Hablas francés, niña?».

«Sí, señora», respondió Kate, sin atreverse a levantar la vista, pues sentía que tenía encima la mirada del odioso hombre del traje lujoso.

«¿Como un *mardito* nativo?», preguntó el esposo.

La Srta. Nickleby no respondió a esa pregunta, y le dio la espalda al que la hacía, como indicando su disposición a responder lo que su esposa tuviera a bien preguntar.

«Mantenemos a veinte jóvenes como empleadas fijas en este establecimiento», dijo *Madame*.

«¿De veras, *Madame*?», respondió Kate, tímidamente.

«Sí; y además algunas de ellas son *marditamente* hermosas», dijo el amo.

«¡Mantalini!», exclamó su esposa, con voz imponente.

«¡ídolo de mi alma!», dijo Mantalini.

«¿Quieres hacerme sufrir?».

«Ni por veinte mil hemisferios poblados de... de... de pequeñas bailarinas de *ballet*», respondió Mantalini con vena poética.

«Pues lo lograrás si perseveras en ese modo de expresarte», dijo su esposa. «¿Qué puede pensar el Sr. Nickleby al oírte?».

«¡Oh!, nada, señora, nada», respondió Ralph. «Conozco bien su alegre carácter, y el de usted... se trata apenas de frasecitas sin importancia que añaden encanto al intercambio cotidiano; peleas de enamorados que hacen aún más dulces esas alegrías domésticas que tanto tiempo prometen durar... eso es todo. Eso es todo».

Si pudiera imaginarse a una puerta de hierro que, reñida con sus bisagras, hubiera adoptado la firme determinación de abrirse con lenta tenacidad, y al hacerlo, molerlas hasta convertirlas en polvo, el sonido que la tal puerta emitiría resultaría más agradable que esas palabras pronunciadas por la voz áspera y ronca con la que Ralph las pronunció. Hasta el Sr. Mantalini sintió su efecto y, volviéndose, atemorizado, exclamó: «¡Qué *mardito* y horrible gruñido!».

«No haga ningún caso, por favor, a lo que dice el Sr. Mantalini», observó su esposa, dirigiéndose a la Srta. Nickleby.

«No lo hago, señora», dijo Kate, con un sosegado desprecio.

«El Sr. Mantalini no sabe nada en absoluto de ninguna de las jóvenes», prosiguió *Madame*, mirando a su esposo, y hablándole a Kate. «Si ha visto a alguna de ellas, debe de haber sido en la calle, a la entrada o a la salida del

trabajo, y no aquí. Ni siquiera ha estado nunca en esa habitación. No lo permito. ¿A qué horario de trabajo está habituada usted?».

«No tengo ningún hábito de trabajo, señora», respondió Kate, en voz baja.

«Razón por la cual trabajará tanto mejor», dijo Ralph, apresurándose a meter baza para que la confesión de Kate no fuera a afectar la negociación.

«Eso espero», le respondió *Madame* Mantalini; «nuestro horario es de nueve de la mañana a nueve de la noche, con horas adicionales cuando tenemos mucha demanda, lo cual permito que se pague como horas extras».

Kate inclinó la cabeza para dar a entender que lo había entendido y estaba de acuerdo.

«Sus comidas», prosiguió *Madame* Mantalini, «es decir, la cena y el té, las tomará aquí. Creo que su salario promedio estará entre cinco y siete chelines a la semana. Pero no puedo dar ninguna información definitiva en ese aspecto hasta que vea lo que es capaz de hacer».

Kate volvió a inclinar la cabeza.

«Si está dispuesta a comenzar», dijo *Madame* Mantalini, «mejor será que esté aquí el lunes por la mañana a las nueve en punto, y la Srta. Knag, la capataz, tendrá para entonces instrucciones de ponerla primero a prueba con algún trabajo fácil. ¿Algo más, Sr. Nickleby?».

«Nada más, señora», respondió Ralph, levantándose.

«Entonces creo que eso es todo», dijo la dama. Tras llegar a esta natural conclusión, miró hacia la puerta como si deseara irse, pero no obstante vaciló, como si no quisiera dejarle al Sr. Mantalini el honor de conducirlos escaleras abajo. Ralph puso fin a su indecisión al ponerse en marcha sin más demora: la Sra. Mantalini fue haciéndole muchas educadas preguntas sobre por qué nunca venía a verlos, y el Sr. Mantalini anatematizaba las escaleras mientras los seguía hasta la planta baja, con la esperanza de inducir a Kate a volver la vista, esperanza que, sin embargo, no se materializó.

«¡Vaya!», dijo Ralph cuando llegaron a la calle; «ahora ya tienes medios para mantenerte».

Kate iba a darle de nuevo las gracias cuando él la detuvo.

«Tenía la idea», dijo, «de enviar a tu madre a algún lugar agradable del país (había hecho solicitudes en algunos asilos de pobres en los límites de Cornwall, que le habían pasado por la mente más de una vez). Pero como deseáis estar juntas, debo buscarle otra cosa a ella. ¿Tenéis algún dinero?».

«Muy poco», respondió Kate.

«Un poco se puede estirar bastante si se utiliza con sentido del ahorro», dijo Ralph. «Tendrán que ver cuánto lo pueden estirar si no tienen que pagar

alquiler. ¿Ustedes abandonan sus aposentos el sábado?».

«Usted nos pidió que lo hiciéramos, tío».

«Sí, hay una casa vacía de mi propiedad en la que puedo acomodarlas hasta que la alquile, y si para entonces no aparece otra cosa quizás consiga otra. Tendrán que vivir ahí».

«¿Está lejos de aquí, señor?», preguntó Kate.

«Bastante», dijo Ralph; «en otro barrio de la ciudad, en el lado este. Pero les enviaré a mi empleado el sábado a las cinco en punto para que las lleve hasta allí. Adiós. ¿Sabes el camino? Recto adelante».

Y estrechando con frialdad la mano de su sobrina, Ralph la dejó en lo alto de la Calle Regent, y desapareció por una arteria lateral, concentrado en proyectos para ganar dinero. Kate emprendió el regreso, tristemente, a sus habitaciones del Strand.

CAPÍTULO 11

EL SR. NEWMAN NOGGS CONDUCE A LA SRA. Y A LA SRTA. NICKLEBY A SU NUEVA VIVIENDA EN LA CIUDAD

Mientras desandaba el camino de su casa, la Srta. Nickleby iba ensimismada en las sombrías reflexiones que los acontecimientos de la mañana habían despertado. El comportamiento de su tío no propendía a disipar ninguna duda o aprensión que ella hubiera podido albergar al inicio, ni tampoco era para nada alentador el atisbo que tuvo del establecimiento de *Madame* Mantalini. Por lo tanto, al iniciar su nueva carrera, contemplaba el futuro con muchos melancólicos presagios y recelos, y con gran peso en el corazón.

Si los consuelos de su madre hubieran bastado para inducirla a un estado de ánimo más placentero y deseable, ciertamente, hubo un número abundante de ellos encaminados a producir ese efecto. Cuando Kate llegó a casa, a la buena señora le había venido a la memoria que conocía los casos reales de dos sombrereras que habían llegado a poseer considerables fortunas, aunque no podía recordar con exactitud si todas las adquirieron mediante el negocio, o si contaban con un capital de inicio, o si tuvieron suerte y se casaron ventajosamente. Sin embargo, tal como ella señalaba con mucha lógica, tiene que haber habido alguna persona joven en esa línea de negocios que haya hecho una fortuna empezando desde cero, y dando eso por sentado, ¿por qué no habría de tener Kate la misma suerte? La Srta. La Creevy, que integraba el consejo, se aventuró a insinuar algunas dudas respecto a la probabilidad de que la Srta. Nickleby arribase a esa feliz consumación en el lapso de una vida ordinaria. Pero la buena Sra. Nickleby dejó totalmente zanjada la cuestión al informarles que, al respecto, tenía un presentimiento, una especie de «vista» con la cual se había acostumbrado a rebatir cada argumento al fallecido Sr. Nickleby, para que —en nueve y tres cuartos de cada diez casos— las cosas finalmente concluyeran para peor.

«Me temo que es una ocupación poco saludable», dijo la Srta. La Creevy. «Recuerdo haber conseguido que tres jóvenes sombrereras posaran para mí

cuando recién comenzaba a pintar, y todas eran muy pálidas y enfermizas».

«¡Oh!, esa no es una regla general, para nada», observó la Sra. Nickleby, «pues recuerdo tan bien como si hubiera sido ayer haber empleado a una que me recomendaron muy particularmente para que me hiciera una capa escarlata en tiempos en que estaban de moda las capas escarlatas, y tenía muy colorado el rostro... un rostro muy colorado, ya lo creo».

«Quizás bebía», sugirió la Srta. La Creevy.

«No sé a qué era debido», replicó la Sra. Nickleby; «pero sé que tenía un rostro muy colorado, de modo que su argumento no sirve».

De esta manera, y con razonamientos igualmente poderosos, la loable matrona enfrentaba cada pequeña objeción que se presentase al nuevo proyecto del mañana. ¡Feliz Sra. Nickleby! Cualquier proyecto solo tenía que ser nuevo, y ya llegaba a casa y a su mente brillantemente barnizado y adornado como un juguete rutilante.

Liquidado este tema, Kate comunicó el deseo de su tío respecto a la casa vacía, a lo cual la Sra. Nickleby asintió con igual presteza, señalando —de manera muy característica— que en las noches de buen tiempo le resultaría una agradable diversión caminar hasta el barrio oeste para acompañar a su hija a casa, y olvidando —de manera no menos característica— que había cosas tales como noches húmedas y mal tiempo que había que enfrentar casi cada semana del año.

«Me apena mucho... mucho, de verdad, separarme de usted, mi bondadosa amiga», dijo Kate, en quien los buenos sentimientos de la pobre pintora de miniaturas habían dejado una profunda huella.

«No va usted a deshacerse de mí, de ningún modo», respondió la Srta. La Creevy, con tanta energía como pudo reunir. «La veré muy a menudo, e iré a informarme de cómo le va. Y si en todo Londres, o todo el ancho mundo más allá, no hay otro corazón que se interese por su bienestar, habrá una mujercita solitaria que rezará por él de día y de noche».

Diciendo esto, la pobre señora —que tenía un corazón que le bastaría a Gog, el genio guardián de Londres, y le sobraría, además, para prestarle a su pareja, Magog—, después de hacer muchísimos visajes extraordinarios que le hubieran garantizado una amplia fortuna de haberlos podido transferir al marfil o al lienzo, se sentó en un rincón y se desahogó con lo que ella misma llamó «un buen llanto».

Pero ni llorando, ni platicando, ni confiando, ni temiendo podía impedirle que llegara la pavorosa tarde del sábado, ni tampoco Newman Noggs, que, puntual a la hora convenida, arribó cojeando a la puerta y exhaló una

bocanada de cordial de ginebra que atravesó el hueco de la cerradura justo cuando los relojes de las iglesias del barrio, puestos de acuerdo sobre la hora, dieron las cinco. Newman esperó a que cesara el ruido, y entonces tocó a la puerta.

«De parte del Sr. Ralph Nickleby», dijo Newman, anunciando su misión con la mayor brevedad posible al llegar a los altos.

«Estaremos listas de inmediato», dijo Kate. «No tenemos mucho que cargar, pero me temo que tendremos que pedir un coche».

«Yo lo buscaré», replicó Newman.

«Insisto en que no se moleste», dijo la Sra. Nickleby.

«Lo haré», dijo Newman.

«No puedo permitirselo», dijo la Sra. Nickleby.

«No puede evitarlo», dijo Newman.

«¡Que no puede evitarlo!».

«No. Porque p lo había pensado cuando venía hacia acá, pero no alquilé uno pensando que tal vez ustedes no estarían listas. Pienso en muchas cosas. Nadie puede evitarlo».

«Oh, sí, entiendo, Sr. Noggs», dijo la Sra. Nickleby. «Nuestros pensamientos son libres, claro está. Los pensamientos de cada cual pertenecen a cada cual, claro está».

«No sería así si alguna gente se saliera con la suya», murmuró Newman.

«Bien, pero lo cierto es que no lo logran, Sr. Noggs», agregó la Sra. Nickleby. «Alguna gente, con toda seguridad, es tan... ¿cómo está su amo?».

Newman dirigió a Kate una mirada llena de intención, y respondió, poniendo mucho énfasis en la última palabra de su respuesta, que el Sr. Ralph Nickleby estaba bien, y les mandaba la expresión de su... cariño.

«Le aseguro que tenemos mucho que agradecerle», observó la Sra. Nickleby.

«Mucho», dijo Newman. «Se lo diré».

No era muy fácil confundir a Newman Noggs después de haberlo visto una sola vez, y como Kate, atraída por la singularidad de su comportamiento (que, en esta ocasión, tenía no obstante algo respetuoso e incluso delicado, al margen de la brusquedad de su forma de hablar), lo miró más de cerca y recordó haber captado un atisbo de esa extraña estampa en otra ocasión.

«Perdone mi curiosidad», dijo, «pero ¿no lo vi a usted en la estación de coches la mañana en que mi hermano partió para Yorkshire?».

Newman miró con ojos melancólicos a la Srta. Nickleby y le dijo «no» sin sonrojarse.

«¡No!», exclamó Kate, «habría jurado que era usted».

«Se habría equivocado», agregó Newman. «Es la primera vez que salgo en tres semanas. Tuve la gota».

Newman distaba mucho, mucho, de parecer gotoso, y Kate no podía dejar de notarlo, pero la conversación fue interrumpida de golpe por la Sra. Nickleby, que insistía en que cerraran la puerta para que el Sr. Noggs no se resfriase, y persistía en su idea de enviar a la criada a buscar un coche, por temor a que se le produjera otro ataque de ese padecimiento. Newman se vio obligado a plegarse a las dos condiciones. En poco tiempo llegó el coche, y después de muchas tristes despedidas y muchas idas y venidas de la Srta. La Creevy en el pavimento, en el transcurso de las cuales el turbante amarillo entró violentamente en contacto con diversos transeúntes, al fin este se fue (es decir, el coche, no el turbante), llevándose dentro a las dos damas y su equipaje, con Newman —a pesar de todas las advertencias de la Sra. Nickleby de que podía matarse— sentado afuera, junto al conductor.

Se adentraron en el barrio financiero, y doblaron luego junto al río, y después de un viaje muy lento, pues las calles a esa hora estaban abarrotadas de vehículos de todo tipo, se detuvieron frente a una vieja casa, grande y destartada, en la Calle Thames, con puertas y ventanas tan enfangadas que parecía haber estado deshabitada durante años.

Newman abrió la puerta de esta mansión desierta con una llave que sacó del sombrero —donde, por cierto, como consecuencia del estado ruinoso de sus bolsillos, lo depositaba todo, y donde probablemente hubiera llevado el dinero de haberlo tenido— y una vez descargado el coche, las condujo adentro.

Vieja y tenebrosa y negra era, en verdad, y tristes y oscuras sus habitaciones, que en otro tiempo habían hervido de vida y de espíritu emprendedor. Detrás había un muelle que entraba en el Támesis. Lina perrera vacía, algunos huesos de animales, fragmentos de argollas de hierro y tablas de viejos toneles yacían esparcidas, pero allí no palpitaba vida alguna. Era un panorama de fría y silenciosa decadencia.

«Esta casa deprime y la enfría a una», dijo Kate, «y parece como si alguna desgracia le hubiera caído encima. Si fuera supersticiosa, casi estaría dispuesta a creer que algún crimen espantoso fue perpetrado entre estas viejas paredes y desde entonces el sitio nunca volvió a prosperar. ¡Qué amenazador y oscuro parece!».

«Dios querido», respondió la Sra. Nickleby, «no hables de ese modo, o me vas a matar del susto».

«No es más que mi tonta fantasía, mamá», dijo Kate, obligándose a sonreír.

«Bien, entonces, amor mío, te ruego que te guardes tu tonta fantasía, y no despiertes a mi tonta fantasía para que vaya a hacerle compañía», replicó la Sra. Nickleby. «¿Por qué no se te ocurrió todo eso antes...? Eres tan descuidada. Habríamos podido invitar a la Srta. La Creevy a que nos acompañara, o pedir prestado un perro, o mil cosas más, pero siempre fue así, exactamente igual, con tu pobre querido papá. Si yo no pensara en todo...». Ese era el comienzo habitual de un lamento general de la Sra. Nickleby, compuesto por una docena, más o menos, de complicadas frases dirigidas a nadie en particular, y al que ahora se lanzó hasta quedar sin aliento.

Newman pareció no escuchar estas observaciones, y guio a las damas a un par de habitaciones en el primer piso que habían sido objeto de un intento de hacerlas habitables. En una de ellas había unas pocas sillas, una mesa, una vieja alfombra de chimenea, y algún tapete verde descolorido. Y ya había un fuego que ardía en el emparrillado del hogar. En la otra, había una vieja cama portátil y algunos escasos artículos de mobiliario de dormitorio.

«Bien, querida», dijo la Sra. Nickleby, tratando de mostrarse complacida, «¡a ver!, ¿no es verdad que esto es atento y considerado de parte de tu tío? ¡Toma! No habríamos tenido más que la cama que compramos ayer para acostarnos, de no haber sido por su previsión».

«Muy amable, ya lo creo», respondió Kate, mirando a su alrededor.

Newman Noggs no dijo que él había dado caza, en desvanes o sótanos, a los viejos muebles que ellas veían, ni que él había comprado el medio penique de leche para el té que había en un estante, ni que había llenado la herrumbrosa tetera que mantenía el calor en el saliente de la chimenea, recogido las astillas de madera del muelle y mendigado los trozos de carbón.

Pero la idea de que Ralph Nickleby hubiera dado instrucciones para que ello se hiciera era algo tan chistoso para su imaginación, que no pudo refrenarse de chasquear los dedos uno tras otro, comportamiento que al principio alarmó un poco a la Sra. Nickleby, pero, al suponer que estaba relacionada de alguna manera remota con la gota, no hizo ninguna observación.

«No tenemos por qué seguirlo reteniendo, creo yo», dijo Kate.

«¿No hay nada que pueda hacer?», preguntó Newman.

«Nada, gracias», respondió la Srta. Nickleby.

«Quizás, querida, el Sr. Noggs desee beber a nuestra salud», dijo la Sra. Nickleby, hurgando en su cartera en busca de alguna monedita.

«Creo, mamá», dijo Kate, vacilante, al observar el modo en que Newman apartaba el rostro, «que herirías sus sentimientos».

Newman Noggs, haciéndole a la joven una reverencia, más digna de un caballero que del triste desgraciado que parecía ser, se puso la mano en el pecho y, tras hacer una pausa momentánea, con el aspecto de un hombre que pugna por hablar pero no está seguro de qué decir, abandonó la habitación.

Cuando los ecos chillones del cierre del pestillo sobre la pesada puerta de la calle reverberaron fatalmente por todo el edificio, Kate se sintió medio tentada de hacerlo volver, y de rogarle que se quedara un poco más. Pero se avergonzaba de sentir aquellos temores, y ya Newman Noggs iba camino a su casa.

CAPÍTULO 12

EN EL CUAL SE PERMITIRÁ AL LECTOR SEGUIR EL CURSO ULTERIOR DEL AMOR
DE LA SRTA. FANNY SQUEERS, Y AVERIGUAR SI ÉSTE MARCHABA SOBRE
RUEDAS O DE ALGÚN OTRO MODO

Fue una circunstancia afortunada para la Srta. Fanny Squeers el hecho de que cuando su benemérito papá regresara a casa la noche de la fiestecita del té, estuviera lo que los iniciados llaman «demasiado alegre» como para percatarse de las numerosas muestras de extremo agravio plenamente visibles en el rostro de la joven. Sin embargo, puesto que estaba de ánimo bastante violento y pendenciero a causa de sus copas muy probablemente hubiera reñido con ella, ya fuese por ese tema o por cualquier otro imaginario, de no haber sido que la joven, con una previsión y una prudencia altamente loables, decidió mantener a un chico despierto para que este recibiese la porción más vigorosa de la cólera del buen caballero. Y una vez que esta se hubo desahogado en una variedad de puntapiés y bofetadas, amainó lo suficiente como para admitir que lo persuadieran de ir a acostarse, cosa que hizo con las botas puestas y un paraguas bajo el brazo.

La criada de aspecto desnutrido auxilió a la Srta. Squeers en su propia habitación, según la costumbre, rizándole el cabello y realizando otras pequeñas funciones de su tocado y prodigándole tantos halagos como pudo concebir a esos efectos, pues la Srta. Squeers era suficientemente perezosa (y suficientemente vanidosa y frívola por añadidura) para pasar por una perfecta dama, y solo eran arbitrarias distinciones de rango y posición las que le impedían serlo.

«¡Qué lindo se le riza a *usté* el cabello esta noche, señorita!» dijo la mucama. «¡Me parece que es una lástima y una pena desrizarlo con un cepillado!».

«¡Sujeta tu lengua!», respondió la Srta. Squeers, iracunda.

Cierta dosis suficiente de experiencia impedía que la chica se sorprendiera lo más mínimo ante cualquier estallido de mal genio de parte de la Srta.

Squeers. A medias apercebida de lo ocurrido durante la velada, modificó su modo de hacerse agradable, y procedió por el camino indirecto.

«Caramba, no puedo evitar decir, señorita, aunque me mate usted», dijo la sirvienta, «que jamás vi a nadie comportarse con tanta vulgaridad como lo ha hecho la Srta. Price esta noche».

La Srta. Squeers suspiró y se aprestó a escuchar.

«Sé qué está muy mal de mi parte que lo diga, señorita», prosiguió la chica, encantada al ver la impresión que causaba, «por ser la Srta. Price amiga suya y *too* eso. Pero ella se viste así *pa* provocar, y hace de *too pa* llamar la atención, oh... vaya, si la gente pudiera verse a sí misma...».

«¿Qué quieres decir, Phib?», preguntó la Srta. Squeers, mirándose en su propio espejito, en el que, como la mayoría de nosotros, no se vio a sí misma, sino al reflejo de alguna imagen agradable formada por su propio cerebro. «¡Mira que hablas!».

«¡Hablar, señorita! Basta *pa* hacer que un gato macho hable gramática francesa ver cómo ella sacude la cabeza», respondió la mucama.

«Es verdad que sacude la cabeza», observó la Sra. Squeers con aspecto distraído.

«Tan vanidosa, y tan... tan ordinaria», dijo la chica.

«¡Pobre Tilda!», suspiró la Srta. Squeers, llena de compasión.

«Y siempre exhibiéndose *pa* que vayan a admirarla», prosiguió la sirvienta. «¡Ay! A la *verdá* que es una indecencia».

«No puedo permitir que hables de ese modo, Phib», dijo la Srta. Squeers. «Los amigos de Tilda son gente baja, y que no *haiga* sabido comportarse es culpa de ellos, y no de ella».

«Vaya, pero usted sí sabe, señorita», dijo Phoebe, nombre reducido a «Phib» como abreviatura de condescendencia, «*na* más tendría que copiar de una amiga... ¡Oh! Si *na* más supiera lo *equivocá* que está, y se enderezara imitándola a usted, ¡qué agradable joven podría ser, andando el tiempo!».

«Phib», replicó la Srta. Squeers con aire pomposo, «es impropio que yo oiga a alguien hacer esas comparaciones. Hacen que Tilda parezca un tipo de persona tosca e incorrecta, y me parece inamistoso de mi parte escucharlas. Preferiría que cambies el tema, Phib. Pero al mismo tiempo debo admitir que si Tilda Price tomara a alguien como modelo... claro, no a mí en particular...».

«Oh, sí, a usted, señorita», interrumpió Phib.

«Bien, a mí, Phib, si eso es lo que quieres», dijo la Srta. Squeers. «Tengo que decir que, si lo hiciera, saldría por consiguiente muy beneficiada».

«Eso mimo piensa otra persona, a no ser que esté yo muy *equivocá*», dijo la chica misteriosamente.

«¿Qué quieres decir?», preguntó la Srta. Squeers.

«No me haga caso, señorita», respondió la chica; «sé lo que sé, eso es *too*».

«Phib», dijo la Srta. Squeers con dramatismo, «insisto en que te expliques. ¿Qué oscuro misterio es ese? Habla».

«Qué remedio, si *usté* lo quiere así, señorita; la *cuestión* es», dijo la sirvienta, «que el Sr. John Browdie piensa como usted. Y si no hubiera *etado* demasiado ido *pa* que lo tomaran en serio, le habría *gutado* mucho terminar con la Srta. Price, y empezar con la Srta. Squeers».

«¡Santo Cielo!», exclamó la Srta. Squeers, apretándose las manos con enorme dignidad. «¿Qué es eso?».

«La *verdá*, señora, y *na* más que la *verdá*», respondió la artificiosa Phibs.

«¡Qué situación!», exclamó la Srta. Squeers, «A punto de destruir inconscientemente la paz y la felicidad de mi propia Tilda. ¿Por qué razón los hombres se enamoran de mí, gústeme o no, y abandonan a sus pretendientes por mí?».

«Porque no pueden evitarlo, señorita», respondió la chica; «la razón es simple». (Si la razón fuera como la Srta. Squeers, en verdad sería muy simple).

«Que nunca te vuelva a oír decir eso», replicó la Srta. Squeers. «Nunca, ¿lo oíste? Tilda Price tiene sus defectos, muchos defectos, pero le deseo lo mejor, y, sobre todo, deseo que se case, pues creo que es altamente deseable —de hecho muy deseable por la propia naturaleza de su defecto— que se case cuanto antes. No, Phib. Que se quede con el Sr. Browdie. Yo puedo tenerle lástima, pobre tipo. Pero le tengo mucha estima a Tilda, y solo espero que pueda ser mejor esposa de lo que creo que va a ser».

Tras esta efusión de sentimiento, la Srta. Squeers se fue a acostar.

Rencor es una palabra bastante corta, pero representa un extraño revoltijo de sentimientos y complejo de desacuerdos, como cualquier otro polisílabo de la lengua. La Srta. Squeers sabía igualmente bien, en lo más profundo de su corazón, que lo que la pobre sirvienta había dicho era pura, burda y falsa adulación, como lo sabía también la propia chica. Y sin embargo, la mera oportunidad de desahogar un poco de mala voluntad contra la ofensiva Srta. Price, y de aparentar compasión por sus debilidades y manías, aunque solo fuera en presencia de una solitaria empleada, aportaba tan gran alivio a su rencor como si todo fuera una verdad como un templo. No, incluso más.

Tenemos poderes tan extraordinarios de persuasión cuando nosotros mismos los excitamos, que la Srta. Squeers se sintió muy altruista e importante tras su noble renuncia a la mano de John Browdie, y contempló a su rival por encima del hombro, con una especie de calma y tranquilidad que tuvo un potente efecto sobre el alivio de sus perturbados sentimientos.

Este feliz estado de ánimo de algún modo influyó en una reconciliación, pues cuando tocaron a la puerta principal al día siguiente, y fite anunciada la hija del molinero, la Srta. Squeers acudió al salón aureolada por un espíritu cristiano perfectamente hermoso de contemplar.

«Bien, Fanny», dijo la hija del molinero, «ves que he venido a verte aunque anoche hayamos intercambiado algunas palabras».

«Compadezco tus malas pasiones, Tilda», respondió la Srta. Squeers, «pero no te guardo rencor. Estoy por encima de eso».

«Deja el mal humor, Fanny», dijo la Srta. Price. «Vine a decirte algo que sé que te agradará».

«¿Qué podría ser eso, Tilda?», preguntó la Srta. Squeers, atenazando los labios y dando la impresión de que nada en la tierra, el aire, el fuego o el agua podría aportarle el más leve destello de satisfacción.

«Lo siguiente», prosiguió la Srta. Price. «Cuando partimos de aquí anoche, John y yo tuvimos una espantosa discusión».

«Eso no me agrada», dijo la Srta. Squeers, aunque relajándose al punto de esbozar una sonrisa.

«¡Dios! Jamás pensaría tan mal de ti como para suponer que eso pudiera agradarte», replicó su acompañante. «No es eso».

«¡Oh!», dijo la Srta. Squeers, recayendo en la melancolía. «Prosigue».

«Después de mucho reñir y de decir que jamás volveríamos a vernos», continuó la Srta. Price, «hicimos las paces, y esta mañana John fue a inscribirnos para que nuestros nombres se publiquen el próximo domingo y casarnos dentro de tres semanas, y te estoy avisando para que mandes a hacer tu vestido».

Había hiel y miel mezcladas en esta información. La perspectiva de que la amiga se casara tan pronto era la hiel, y la certeza de que no tenía intenciones serias respecto a Nicholas era la miel. En conjunto, lo dulce predominó por encima de lo amargo, así que la Srta. Squeers dijo que encargaría el vestido, y que esperaba que Tilda fuera feliz, aunque al mismo tiempo desconfiaba, y no quería que ella se hiciera muchas ilusiones al respecto, pues los hombres eran seres extraños, y la mayoría de mujeres casadas eran terriblemente desgraciadas y deseaban de todo corazón volver a ser solteras, condolencias a

las que la Srta. Squeers agregó otras igualmente calculadas para levantarle el ánimo a su amiga y alegrarle la mente.

«¡Pero vamos, Fanny!», dijo la Srta. Price, «quiero intercambiar una o dos palabras contigo sobre el joven Sr. Nickleby».

«Él no es nada para mí», la interrumpió la Srta. Squeers con síntomas de histeria. «¡Lo desprecio tanto!».

«Oh, estoy segura de que no lo dices en serio», respondió su amiga. «Confíésalo, Fanny; ¿no te gusta?».

Sin devolver ninguna respuesta directa, la Srta. Squeers de inmediato cayó en un paroxismo de llanto despechado, exclamando que era una desgraciada, abandonada y miserable náufraga.

«Odio a todo el mundo», dijo la Srta. Squeers, «y ojalá que todos estuvieran muertos... de verdad que lo deseo».

«¡Ay, ay!», dijo la Srta. Price, muy conmovida por esta confesión de sentimientos misantrópicos. «Tengo la seguridad de que no hablas en serio».

«Pues sí», replicó la Srta. Squeers, atando fuertes nudos en su pañuelo de bolsillo y apretando los dientes. «Y también deseo estar muerta. Eso es».

«¡Oh!, pensarás de modo muy distinto dentro de cinco minutos», dijo Matilda. «Cuánto mejor no sería volver a darle tus favores que hacerte daño marchando en sentido contrario. ¿No sería más agradable tenerlo ahora todo para ti, de una manera agradable, y hacerse compañía y enamorarse?».

«No sé si lo sería», sollozó la Srta. Squeers. «¡Oh, Tilda!, ¿Cómo pudiste comportarte de modo tan mezquino y deshonesto? No lo habría creído de ti si alguien me lo hubiera contado».

«¡Caramba!», exclamó la Srta. Price, con una risilla tonta. «Cualquiera pensaría que como poco asesiné a alguien».

«Casi tan malo como eso», dijo la Srta. Squeers apasionadamente.

«Y todo porque resulta que soy bastante bonita como para que la gente sea cortés conmigo», exclamó la Srta. Price. «Las personas no se hacen su propio rostro, y no es mi culpa que el mío esté bien hecho, como tampoco lo es de otros que los suyos estén mal hechos».

«Controla tu lengua», gritó la Srta. Squeers en su tono más chillón, «o me obligarás a abofetearte, Tilda, y después lo voy a lamentar mucho».

No hay ni que decir que a estas alturas el genio de cada joven había sido afectado en algún leve grado por el tono de la conversación, y que, por consiguiente, el altercado se había matizado con una pizca de las personalidades de cada una. En verdad, la disputa, que se inició muy leve, ascendió a alturas considerables, y estaba adoptando un cariz muy violento

cuando ambas partes, arrastradas por un apasionado llanto, exclamaron simultáneamente que jamás pensaron que alguien les hablara de ese modo, exclamación que condujo a una reconvención, que a su vez gradualmente desembocó en una explicación cuyo resultado fue que cayeron una en brazos de la otra jurándose amistad eterna. Esta ocasión fue la quincuagésima segunda vez que se repetía la impresionante ceremonia en el lapso de un año.

Habiéndose restaurado de ese modo la perfecta amistad, a continuación el diálogo, naturalmente, versó sobre el número y la naturaleza de las vestimentas indispensables para el ingreso de la Srta. Price a la santa institución del matrimonio, momento en que la Srta. Squeers demostró claramente que resultaban absolutamente necesarias muchísimas más prendas de las que el molinero podría o desearía pagar, y de las que pudiera, en toda decencia, prescindirse. Entonces la joven, mediante una ágil digresión, condujo el discurso en dirección a su propio vestuario, y, tras hacer un recuento bastante extenso de sus principales bellezas, llevó a su amiga a los altos para que las inspeccionara. Una vez exhibidos los tesoros de dos gavetas y un ropero, y probados todos los pequeños adminículos, ya era hora de que la Srta. Price regresase a casa, y como había caído en éxtasis ante la contemplación de los vestidos y enmudecido de admiración con una bufanda nueva de seda rosada, la Srta. Squeers, de excelente humor, dijo que caminaría parte del camino a casa de su amiga por el solo placer de acompañarla. Y juntas partieron, mientras la Srta. Squeers se extendía sobre los éxitos de su padre y multiplicaba por diez los ingresos de este para darle a su amiga una vaga noción de la notable importancia y superioridad de su familia.

Ocurrió que aquel momento preciso, coincidente con el breve intervalo diario que se padecía entre lo que simpáticamente se daba en llamar la cena de los alumnos del Sr. Squeers y su regreso a la búsqueda del conocimiento útil, era la hora en que Nicholas acostumbraba a salir a dar un melancólico paseo para meditar con tristeza sobre su suerte y vagar indiferente por la aldea, con paso lento y tranquilo. La Srta. Squeers lo sabía perfectamente bien, pero tal vez lo había olvidado, pues al darse cuenta de que el joven avanzaba en dirección a ellas mostró muchos síntomas de sorpresa y consternación, y le aseguró a su amiga que «quería que la tierra se la tragara». «¿Quieres que regresemos o que corramos a una cabaña?», preguntó la Srta. Price. «Aún no nos ha visto».

«No, Tilda», respondió la Srta. Squeers, «es mi deber seguir adelante, y lo haré». Como la Srta. Squeers dijo esto en tono de quien ha adoptado una

elevada resolución moral y tuvo además un par de sofocos y ahogos indicativos de que los sentimientos estaban sometidos a alta presión, su amiga no añadió ninguna observación, y partieron directamente al encuentro de Nicholas, que con la vista fija en el suelo no cobró conciencia de la aproximación de las jóvenes hasta que estas estuvieron muy cerca de él; de lo contrario, él mismo habría buscado refugio.

«Buenos días», dijo Nicholas, inclinándose al pasar.

«Se va», murmuró la Srta. Squeers. «Me falta el aire, Tilda».

«Vuelva aquí, Sr. Nickleby, por favor», exclamó la Srta. Price, fingiendo alarma ante la amenaza de su amiga, pero en realidad impulsada por el deseo malicioso de oír lo que diría Nicholas; «¡regrese, Sr. Nickleby!».

El Sr. Nickleby regresó, y con aire tan confundido como correspondía al caso preguntó si las damas tenían algo que pedirle.

«No pierda el tiempo hablando», lo urgió con impaciencia la Srta. Price, «y sosténgala por el otro lado. ¿Cómo te sientes ahora, querida?».

«Mejor», suspiró la Srta. Squeers, dejando descansar sobre el hombro del Sr. Nickleby una cofia de castor color marrón rojizo con velo verde añadido. «¡Este tonto desmayo!».

«No lo llames tonto, querida», dijo la Srta. Price, cuyos ojos brillantes bailaban, divertidos, al ver la perplejidad de Nicholas; «no tienes por qué avergonzarte. Los que deben avergonzarse son los demasiado orgullosos para acudir a saludar si no es por una razón de urgencia».

«Ya veo que está usted decidida a culparme», dijo Nicholas con una sonrisa, «aunque anoche le expliqué que no era culpa mía».

«Vaya, dice que no es culpa suya, querida», observó la perversa *Miss* Price. «¿Tal vez te mostraste demasiado celosa o demasiado precipitada con él? Dice que no fue culpa suya, ¿oíste? Creo que eso basta como disculpa».

«Usted no desea entenderme», dijo Nicholas. «Le ruego que deje a un lado las burlas, pues no tengo tiempo, ni realmente tampoco inclinación, para ser el sujeto o promotor de regocijo justo en este instante».

«¿Qué quiere decir?», preguntó la Srta. Price fingiendo asombro.

«No le pregunte, Tilda», exclamó la Srta. Squeers; «yo lo perdono».

«Ay», dijo Nicholas, al advertir que de nuevo la cofia marrón se posaba en su hombro, «esto es más serio de lo que suponía. Háganme el favor, ¿tendrán la bondad de escucharme?».

En este punto la cofia marrón se alzó y, contemplando Nickleby con el asombro más genuino la mirada de tierno reproche que le dirigía la Srta. Squeers, se quedó atrás unos pocos pasos para ponerse fuera del alcance del

hermoso bulto, y dijo: «Siento mucho, mucho, y muy sinceramente, haber sido la causa de la diferencia que surgió entre ustedes anoche. Lamento enormemente haber provocado la desgraciada disensión que ocurrió, aunque lo hice, se lo aseguro, del modo más inconsciente e involuntario».

«Vaya, seguramente eso no es todo lo que tiene que decir», exclamó la Srta. Price al hacer Nicholas una pausa.

«Me temo que hay algo más», tartamudeó Nicholas con una media sonrisa y mirando en dirección a la Srta. Squeers, «es algo muy embarazoso de decir... pero —solo mencionar semejante suposición lo hace a uno parecer un impertinente— aún así... ¿podría preguntar si esa dama supone que yo albergo algún...? en resumen, ¿si cree que estoy enamorado de ella?».

«Delicioso embarazo», pensó la Srta. Squeers. «Al fin lo traje al punto. Responde por mí, querida», le susurró a su amiga.

«¿Que si ella lo cree?», respondió la Srta. Price. «Claro que lo cree».

«¡Lo cree!», exclamó Nicholas con tal energía en la voz que por un instante habría podido confundirse con el éxtasis.

«Claro», respondió la Srta. Price.

«Si el Sr. Nickleby lo ha dudado, Tilda», dijo la Srta. Squeers, sonrojándose, con suaves acentos, «puede sentirse tranquilo. Sus sentimientos son recípro...».

«Alto», exclamó Nicholas apresuradamente. «Les ruego que me escuchen. Esta es la mayor y más loca equivocación, el error más garrafal e insigne que jamás cometió o urdió ser humano alguno. Apenas he visto a esa joven media docena de veces, pero aun si la hubiera visto sesenta veces, o estuviera destinado a verla sesenta mil, sería y será exactamente igual. No albergo un solo pensamiento, deseo o esperanza relacionados con ella salvo —y esto lo digo no por herir sus sentimientos sino para hacerle comprender el verdadero estado de los míos—, salvo el único objetivo caro a mi corazón como la vida misma de tener algún día la posibilidad de darle la espalda a este maldito sitio para jamás volver a poner un pie en él ni recordarlo nunca más que con aversión y asco».

Tras esta declaración particularmente sencilla y directa, que expuso con toda la vehemencia que sus sentimientos indignados y excitados podían imprimirle, Nicholas hizo una leve reverencia, y sin esperar a oír nada más, se retiró.

¡Pero la pobre Srta. Squeers! ¡Cuánta cólera, rabia y vejación! Es indescriptible la rápida sucesión de sentimientos amargos y apasionados que se le agolparon como un torbellino en su cabeza. ¡Rechazada! ¡Rechazada por

un maestro contratado a través de un anuncio de trabajo con salario anual de cinco libras, pagables en períodos indefinidos, y con el mismo tipo de cama y comida que los propios chicos! ¡Y esto, además, en presencia de una chiquilla hija de molinero de dieciocho años, que iba a casarse en tres semanas con un hombre que se había arrodillado para pedírselo! Habría preferido asfixiarse de una buena vez antes de pensar cuánto la habían humillado.

Pero una cosa había quedado clara en medio de su mortificación, y fue que odiaba y detestaba a Nicholas con toda la estrechez de mente y pequeñez de propósito dignas de una descendiente de la casa Squeers. Y, además, había un consuelo. Y era que cada hora de cada día podría herir su orgullo y aguijonearlo al infligirle algún desaire, o insulto, o privación, que no dejaría de tener algún efecto en la persona más insensible, y una persona tan sensible como Nicholas tendría que sentirlo muy vivamente. Con esas dos reflexiones muy bien grabadas en la mente, la Srta. Squeers arregló el asunto lo mejor que pudo, haciendo notar a su amiga que el Sr. Nickleby era un ser tan extraño, y de un temperamento tan violento, que temía verse obligada a abandonarlo. Y diciendo esto se alejó de ella.

Aquí podría observarse que, al depositar la Srta. Squeers sus afectos (o lo que fuere, en ausencia de otro término que lo describa con más exactitud) en Nicholas Nickleby, ni una sola vez contempló seriamente la posibilidad de que él tuviera una opinión diferente a la suya sobre el asunto. La Srta. Squeers razonó que ella era impresionante y hermosa, y que su padre era amo y Nicholas un simple hombre, y que su padre había ahorrado dinero y Nicholas no tenía ninguno, todo lo cual le parecían argumentos concluyentes de que el joven no podría más que sentirse demasiado honrado por su preferencia. Tampoco dejó de recordar cuánto más agradable podría hacer su situación si fuera su amiga, y cuánto más desagradable si fuera su enemiga. Y no hay duda de que muchos jóvenes menos escrupulosos que Nicholas habrían alentado el capricho de la muchacha aunque solo hubiera sido por esa razón muy obvia y comprensible. Sin embargo, él creyó que debía hacer lo contrario, y la Srta. Squeers estaba escandalizada.

«Que vea», dijo la irritada joven después de llegar a su dormitorio y de descargar su genio agrediendo a Phib, «cómo soy capaz de poner a mamá todavía un poco más en su contra cuando regrese».

Casi no era necesario hacerlo, pues la Sra. Squeers era persona de palabra. Y el pobre Nicholas, además de la mala alimentación, la habitación sucia, y la obligación de presenciar una ronda invariable y aburrida de escuálida miseria,

era tratado con toda la indignidad especial que podía sugerir la maldad aumentada por la más desbocada codicia.

Pero no se acababa ahí. Había otro sistema de mortificación más profundo que le destrozaba el corazón y que casi lo condujo a la locura a causa de su injusticia y crueldad.

Desde la noche en que Nicholas se dirigiera bondadosamente a SMIKE, aquel desgraciado ser, este lo seguía a todas partes con el constante deseo de servirlo o ayudarlo, adivinando pequeñas necesidades que sus humildes destrezas pudieran suplir, y contento solo con estar cerca de él. Se sentaba junto a Nicholas durante horas mirándolo pacientemente, y una palabra bastaba para iluminar su rostro gastado por las preocupaciones, y ponía incluso en él un rayo pasajero de felicidad. Era un ser cambiado. Ahora tenía un objetivo, y ese objetivo era mostrar su apego a la única persona —aunque esa persona fuese un extraño— que lo había tratado, no diremos con bondad, sino simplemente como a un ser humano.

Sobre este ser se desahogaban sin cesar todo el rencor y el mal humor que no podían desahogarse sobre Nicholas. El trabajo esclavo no habría sido nada, porque él estaba bien acostumbrado. Golpes infligidos sin motivo habrían sido igualmente un asunto trivial, pues de ellos también cursó un largo y fatigoso aprendizaje. Pero en cuanto se percataron de que se había apegado a Nicholas, entonces azotes y golpes, azotes y golpes, mañana, tarde y noche fue lo único que recibió. Squeers estaba celoso de la influencia que este hombre había adquirido tan de repente, y su familia lo odiaba, y SMIKE pagaba por ambos. Nicholas lo percibió, y apretaba los dientes cada vez que se repetía el ataque salvaje y cobarde.

Había organizado algunas pocas lecciones regulares para los chicos, y una noche, mientras recorría de arriba abajo la tenebrosa aula, con el corazón henchido y a punto de estallar al pensar que su protección y su proceder habían aumentado el sufrimiento del desgraciado ser cuya peculiar indigencia despertara su conmiseración, se detuvo mecánicamente en un rincón oscuro donde descubrió al objeto de sus pensamientos.

El pobre ser estaba totalmente absorto en un libro destartalado, con indicios de lágrimas recientes todavía en el rostro, esforzándose en vano por comprender una tarea que para un niño de nueve años, dotado de capacidades ordinarias, habría resultado fácil resolver, pero que para el cerebro vano del maltratado chico de diecinueve años era un oscuro e impenetrable misterio. Y sin embargo, ahí permanecía sentado, repasando pacientemente la página una y otra vez, y no lo hacía estimulado por ninguna pueril ambición, pues él era

la mofa y la burla comunes incluso de los groseros objetos que se congregaban a su alrededor, sino inspirado por el vehemente deseo de agradar a su solitario amigo.

Nicholas le puso la mano en el hombro.

«No lo puedo hacer», dijo el ser desanimado, alzando la vista con amarga desilusión en cada rasgo. «No, no».

«No sigas intentándolo», respondió Nicholas.

El chico sacudió la cabeza, y cerrando el libro con un suspiro, miró a su alrededor con la vista vacía, y descansó la cabeza sobre el brazo. Estaba llorando.

«No hagas eso, por Dios», dijo Nicholas, con voz nerviosa. «No resisto verte».

«Son más duros que nunca conmigo», sollozó el chico.

«Lo sé», replicó Nicholas. «Lo son».

«Pero por usted», dijo el paria, «daría la vida. Me matarían. Lo harían, sé que lo harían».

«Te irán mejor las cosas, pobrecito», respondió Nicholas sacudiendo la cabeza con tristeza, «cuando me vaya».

«¡Cuando se vaya!», exclamó el otro, mirándole fijamente el rostro.

«¡Habla en voz baja!», replicó Nicholas. «Sí».

«¿Se irá?», preguntó el chico, en un susurro sincero.

«No puedo asegurarlo», dijo Nicholas, «hablaba más conmigo mismo que contigo».

«Dígame», dijo el chico implorando. «Oh, por favor, dígame, ¿se irá... lo hará?».

«¡Tal vez me acaben obligando a hacerlo!», dijo Nicholas. «Tengo el mundo por delante, después de todo».

«Dígame», lo urgió Smike, «¿el mundo es tan malo y tan tétrico como este lugar?».

«Ni que Dios lo quiera», respondió Nicholas, siguiendo la línea de sus propios pensamientos, «sus trabajos más duros y ásperos, serían una felicidad en comparación con esto».

«¿Lo veré a usted allí alguna vez?», preguntó el chico, hablando con furia y volubilidad inusuales.

«Sí», respondió Nicholas, tratando de aliviarlo.

«¡No, no!», dijo el otro, agarrándole la mano. «¿Podré yo... podré yo...? vuélvamelo a decir. Diga que yo seguramente me encontraré con usted».

«Lo harás», respondió Nicholas, con la misma humana intención, «y yo te ayudaré y te asistiré, y no atraeré sobre ti nuevas tristezas como he hecho aquí».

El chico tomó las dos manos del hombre apasionadamente en las suyas, y apretándoselas sobre el corazón, pronunció unos pocos sonidos imperfectos e ininteligibles. En ese momento entró Squeers, y el muchacho volvió a agazaparse en su rincón de antes.

CAPÍTULO 13

NICHOLAS CAMBIA LA MONOTONÍA DEL COLEGIO MAYOR MEDIANTE UN PROCEDIMIENTO VIGOROSO Y SOBRESALIENTE, QUE DESEMBOCA EN CONSECUENCIAS DE CIERTA IMPORTANCIA

El frío y débil amanecer de una mañana de enero se colaba por las ventanas del dormitorio común cuando Nicholas, apoyándose en el brazo, se irguió para mirar las formas postradas que le rodeaban por todos lados, como si buscara algún objeto en particular.

Había que tener ojo avezado para detectar, entre la masa amontonada de durmientes, la forma de cualquier individuo en particular. Como estaban fuertemente apretados y cubiertos, en busca de calor, con sus ropas remendadas y rasgadas, era poco lo que podía distinguirse, más allá de los afilados contornos de rostros pálidos, sobre los que la tenue luz arrojaba el mismo color borroso y pesado, con un brazo flaco empujado hacia delante aquí y allá: su delgadez ahora no oculta bajo nada que la cubra sino plenamente expuesta a la vista en toda su encogida fealdad. Había quienes, echados sobre la espalda con los rostros apuntando al techo y los puños cerrados, apenas visibles en la luz plomiza, tenían más aspecto de cadáveres que de seres vivos, y había otros enrollados en tales posturas extrañas y fantásticas, que podrían haberse tomado como los intranquilos esfuerzos a que lleva el dolor en busca de algún alivio temporal, y no por monstruosidades del sueño. Unos pocos —y estos estaban entre los niños más pequeños— dormían plácidamente, con sonrisas en sus rostros, quizás soñando con su anterior hogar. Pero una y otra vez un suspiro profundo y pesado rompía la quietud del dormitorio para anunciar que algún nuevo durmiente había despertado al sufrimiento de otro día, y mientras la mañana desplazaba a la noche, las sonrisas se iban gradualmente haciendo más borrosas, junto con la oscuridad amiga que las creó.

Los sueños son los brillantes seres de poemas y leyendas, que practican su deporte en la tierra durante la estación nocturna, y se deshacen con el primer

rayo de sol que alumbra la preocupación severa y la inflexible realidad en su diario peregrinar por el mundo.

Nicholas miró a los durmientes, al principio con el aspecto de alguien que contempla una escena que, aunque familiar, no ha perdido por ello nada de su efecto pesaroso, y después con un examen más intenso y penetrante, como lo haría un hombre que echara de menos algo que su ojo acostumbraba hallar y en lo cual esperaba reposar. Seguía ocupado en esta búsqueda, y se había levantado a medias de su cama ansioso por continuarla, cuando se oyó la voz de Squeers llamando desde el tramo inferior de la escalera.

«¡Eh!, ¿qué pasa?», gritó ese caballero, «¿piensan quedarse durmiendo todo el día, allá arriba...?».

«¡Canallas perezosos!», añadió la Sra. Squeers para concluir la oración, y produciendo a la vez un sonido agudo como el que ocasiona una paliza a los puntales.

«Estaremos allá abajo de inmediato, señor», respondió Nicholas.

«¡Abajo de inmediato!», dijo Squeers, «¡Ah! Más vale que se presenten de inmediato abajo, o, antes de que pestañeen, estaré arriba de algunos de ustedes. ¿Dónde está ese Smike?».

Nicholas volvió a mirar de prisa a su alrededor, pero no respondió.

«¡Smike!», gritó Squeers.

«¿Quieres que te rompan la cabeza por algún sitio nuevo, Smike?», preguntó su amable señora en el mismo tono.

Seguía sin haber respuesta, y Nicholas seguía mirando a su alrededor, igual que la mayoría de los chicos, que a estas alturas estaban despiertos.

«¡Maldita sea su insolencia!», murmuró Squeers, golpeando impacientemente el pasamanos de la escalera con su vara. «¡Nickleby!».

«Diga, señor».

«Envíe acá abajo a ese obstinado sinvergüenza, ¿no me oye llamarlo?».

«No está aquí, señor», respondió Nicholas.

«No mientas», replicó el maestro. «Sí está».

«No está», replicó Nicholas airadamente, «no mienta usted».

«Pronto lo veremos», dijo el Sr. Squeers precipitándose escaleras arriba. «Lo encontraré, te lo advierto».

Expresando esa seguridad, el Sr. Squeers se abalanzó dentro del dormitorio y, haciendo girar la vara en el aire, lista para golpear, corrió hacia el rincón donde el delgado chico motivo de su ira pasaba habitualmente la noche. La vara descendió inofensiva al suelo. No había nadie allí.

«¿Qué significa esto?», dijo Squeers, volviéndose con el rostro muy pálido. «¿Dónde lo han ocultado?».

«No le he visto el pelo desde anoche», respondió Nicholas.

«Vamos», dijo Squeers, evidentemente asustado, aunque se esforzaba por no mostrarlo, «no intente protegerlo. ¿Dónde está?».

«Podría estar hasta en el fondo de la laguna más próxima. Yo no sé nada», respondió Nicholas en voz baja, clavando la vista fijamente en el rostro del maestro.

«Maldito seas, ¿qué quieres decir con eso?», replicó Squeers, muy perturbado. Y sin esperar por una respuesta, averiguó con los chicos si alguno sabía algo del compañero ausente.

Hubo un murmullo general de ansiosa respuesta negativa, en medio del cual se oyó a una voz chillona decir (tal como, en efecto, todos creían):

«Perdón, señor, creo que Smike huyó, señor».

«¡Ja!», exclamó Squeers, dando rápidamente vuelta. «¿Quién dijo eso?».

«Perdón, señor, fue Tomkins», respondió un coro de voces. El Sr. Squeers se zambulló en el grupo, y de la primera inmersión capturó a un chico muy pequeño, aún en ropa de dormir, y cuya expresión perpleja al ser sacado hacia delante parecía revelar que todavía no estaba seguro de si estaba a punto de ser castigado o recompensado por la sugerencia. No permaneció con la duda mucho tiempo.

«Crees que huyó, ¿eh, señor?», preguntó Squeers.

«Perdón, señor, sí», respondió el chicuelo.

«Y dígame, señor», dijo Squeers, capturando al chicuelo de repente por los brazos y subiéndole con un gesto brusco el ropaje del modo más diestro, «¿qué razón tiene usted para suponer que algún chico podría desear huir de este establecimiento? ¿Eh, señor?».

El niño profirió un grito tétrico por toda respuesta, y el Sr. Squeers, colocándose en la posición más favorable para ejercer su fuerza, lo golpeó hasta que el pilluelo, en sus contorsiones, de hecho se le escapó de las manos, y él, piadosamente, le permitió irse rodando lo mejor que pudo.

«Ahí tienen», dijo Squeers. «Ahora bien, si algún otro chico cree que Smike ha huido, me gustaría hablar con él».

Por supuesto hubo un profundo silencio, durante el cual Nicholas mostró su repugnancia tan claramente como podía mostrarse únicamente con la expresión.

«Bien, Nickleby», dijo Squeers, ojeándolo con malicia. «Usted sí cree que ha huido, supongo yo».

«Creo que es extremadamente probable», respondió Nicholas de un modo muy tranquilo.

«¿Oh, así que eso cree?», dijo Squeers, con expresión de desprecio. «¿Tal vez lo sepa?».

«No sé nada».

«No le dijo a usted que se iba, supongo, ¿eh?», volvió a preguntar Squeers, con igual expresión.

«No, señor», respondió Nicholas. «Y me alegro mucho de que no lo hiciera, pues entonces habría sido mi deber advertirle a usted a tiempo».

«Lo cual, sin duda, habría lamentado endemoniadamente hacer», dijo Squeers de manera insultante.

«Ya lo creo que sí», respondió Nicholas. «Usted interpreta mis sentimientos con gran precisión».

La Sra. Squeers había escuchado esta conversación desde el extremo inferior de la escalera, pero ahora, perdida del todo la paciencia, se puso su camisa de dormir a toda prisa y subió hasta el escenario de la acción.

«¿Qué está pasando aquí?», dijo la dama, mientras los chicos se apartaban a derecha e izquierda para ahorrarle el trabajo de abrirse paso con sus fornidos brazos.

«¿Por qué rayos estás hablando con él, Squeery?».

«¿Qué dices, querida?», dijo Squeers, «lo cierto es que Smike ha desaparecido».

«Vaya, eso lo sé», dijo la señora, «y ¿de qué te sorprendes? Si recibes un paquete de maestros de estómago orgulloso que ponen a sublevarse a los malcriados, ¿qué más puedes esperar? ¡A ver, joven!, tenga la bondad de retirarse al aula, y de retirar a los chicos con usted, y no vaya a salir de allí hasta que le den permiso, o usted y yo vamos a tener un disgusto que le echará a perder su belleza, por más hermoso que se crea, se lo advierto».

«¡Ya lo creo!», dijo Nicholas, sonriendo.

«Sí. Y ya lo creo y ya lo vuelvo a creer, Señor Mequetrefe», dijo la nerviosa señora; «y no tendría en casa a nadie como usted ni una hora más si pudiera hacer mi voluntad».

«Ni tendría usted que hacerlo, si yo pudiera hacer la mía», replicó Nicholas. «¡A ver, chicos!».

«¡Ah!, A ver, chicos», dijo la Sra. Squeers, imitando lo mejor que pudo la voz y los gestos del auxiliar. «Sigán a su líder, chicos, y tomen de ejemplo a Smike si se atreven. Ya verán lo que le espera cuando lo traigan de vuelta, y

oigan bien, les advierto que les irá igual de mal, y el doble de mal, simplemente con que abran la boca para decir algo de él».

«Si lo atrapo», dijo Squeers, «lo único que no le haré será desollarlo vivo, se lo advierto, chicos».

«¿Si lo atrapas, dices?», replicó la Sra. Squeers con desprecio. «Con seguridad lo atraparás; no podría ser de otra forma si procedes del modo correcto. ¡Vamos, lárguense!».

Con esas palabras la Sra. Squeers dio salida a los chicos, y tras una leve escaramuza con los del fondo, que empujaban hacia delante para abrirse paso pero quedaban detenidos unos instantes por el molote que se lo impedía, logró vaciar el dormitorio, momento en el que, al fin a solas con su esposo, se dirigió a él.

«Se ha ido», dijo la Sra. Squeers. «El establo y el granero están cerrados con llave, de modo que no puede estar allí, y no está en ninguna parte de los bajos, pues la chica ha buscado. Debe haberse marchado en dirección a York y, además, por una vía pública».

«¿Por qué tendría que hacerlo?», preguntó Squeers.

«¡Estúpido!», dijo la Sra. Squeers airadamente. «No tenía dinero, ¿o sí?».

«Nunca tuvo un penique propio en toda su vida, que yo sepa», respondió Squeers.

«Con toda seguridad», agregó la Sra. Squeers, «y no llevó consigo nada de comer, yo respondo por eso. ¡Ja, ja, ja!».

«¡Ja, ja, ja!», exclamó Squeers.

«Entonces, por supuesto», dijo la Sra. S., «tiene que mendigar por el camino, y eso no podría hacerlo más que en la vía pública».

«¡Cierto!», exclamó Squeers, batiendo palmas.

«Cierto, sí, pero jamás se te hubiera ocurrido si yo no lo hubiera dicho», respondió su esposa. «¡A ver! Si tú tomas la calesa y vas por un camino, y yo le pido prestada la calesa a Swallow, y voy por el otro, con los ojos bien abiertos y preguntando, con seguridad uno de los dos le echará mano».

El plan de la benemérita señora fue adoptado y puesto en ejecución sin pérdida de tiempo. Tras un desayuno muy apresurado, y realizadas algunas averiguaciones en la aldea, cuyo resultado pareció indicar que no estaban desencaminados, Squeers partió en la calesa de la jaca, decidido a encontrarlo y a vengarse. Poco después, la Sra. Squeers, ataviada con el sobretodo blanco y con varios chales y pañuelos amarrados encima, se puso en marcha en otra calesa y en otra dirección, llevando consigo una cachiporra de buen tamaño, varios pedazos de cuerda gruesa y un robusto bracero, todo dispuesto y

sumado a la expedición con el único propósito de ayudar a la captura y (una vez capturado) garantizar la segura custodia del infeliz Smike.

Nicholas quedó atrás, envuelto en un tumulto de sentimientos, presintiendo que cualquiera que fuese el resultado de la huida del chico probablemente no conduciría sino a consecuencias dolorosas y deplorables. La muerte debido a la necesidad y a la exposición a la intemperie sería lo mejor que podría esperarse del prolongado vagar de un ser tan pobre e indefenso, solo y carente de amigos, por unos territorios de los que ignoraba absolutamente todo. Quizás hubiera poca diferencia entre elegir ese destino o regresar al piadoso y tierno trato de la escuela de Yorkshire, pero el desdichado ser se había ganado un espacio en sus solidaridades y su compasión, y le dolía el corazón de pensar en el sufrimiento que estaba destinado a padecer. Se mantuvo largo rato en una intranquila ansiedad, imaginando un millar de posibilidades, hasta la noche del siguiente día, cuando Squeers regresó, solo y sin éxito.

«No hay noticias del bribón», dijo el maestro, que evidentemente había estado bajándose en cada taberna para «estirar las piernas», según el viejo principio, y no pocas veces durante el viaje. «Si la Sra. Squeers no lo atrapa tendré que buscar consuelo con alguien, Nickleby, se lo advierto».

«No está en mis manos consolarlo, señor», dijo Nicholas. «Para mí no representa nada».

«¿Ah, no?», dijo Squeers de un modo amenazador. «¡Ya veremos!».

«Lo veremos», replicó Nicholas.

«La jaca se cayó derrengada, y para regresar a casa me vi obligado a alquilar una jaca fuerte que costará quince chelines, aparte de otros gastos», dijo Squeers; «¿Quién pagará por eso, puede decírmelo?».

Nicholas se encogió de hombros y permaneció en silencio.

«Se lo sacaré a alguien, se lo advierto», dijo Squeers, pasando de su aspereza habitual a la intimidación abierta. «Se acabaron sus fanfarroneos y sus quejas aquí, Señor Impertinente, y retírese a su guarida, que ya pasó su hora de acostarse. ¡Vaya! ¡Largo!».

Nicholas se mordió los labios e involuntariamente entrecruzó las manos, pues las puntas de los dedos le hervían de deseos de vengar el insulto. Pero recordando que el hombre estaba borracho, y que no pasaría más allá de una ruidosa reyerta, se contentó con clavar una mirada despectiva sobre el tirano, y subir a los altos con tanta dignidad como pudo, aunque bastante molesto, al percatarse de que la Srta. Squeers y el Señorito Squeers y la sirvienta disfrutaban de la escena desde un cómodo rincón. Los dos primeros daban

rienda suelta a muchos edificantes comentarios en torno a la arrogancia de los pobres advenedizos, lo cual ocasionó gran cantidad de risas, a las que se unió, incluso, la más desgraciada de todas las desgraciadas niñas sirvientas, mientras que Nicholas, en el colmo de su ira, se tapó la cabeza con toda la ropa de cama disponible, y decidió terminantemente que la cuenta pendiente entre él y el Sr. Squeers se arreglaría más rápido de lo que este último preveía.

Llegó otro día, y Nicholas apenas se había despertado cuando oyó las ruedas de una calesa que se aproximaba a la casa. Prestó atención. Oyó la voz de la Sra. Squeers pedir jubilosa un vaso de licor para alguien, lo cual en sí mismo era señal suficiente de que algo extraordinario había ocurrido. Nicholas casi no se atrevió a mirar por la ventana, pero al fin lo hizo, y el primerísimo objeto con el que tropezó su vista fue el desdichado Smike, tan embadurnado de lodo y lluvia, tan ojeroso y desgastado y feroz, que de no ser por la vestimenta, que ni un espantapájaros habría llevado, hubiera dudado de su identidad.

«Sáquenlo», dijo Squeers, después de haber banquetado literalmente sus ojos en silencio con el delincuente. «Tráiganlo adentro, tráiganlo adentro».

«Ten cuidado», exclamó la Sra. Squeers, al ofrecer el esposo su asistencia. «Le amarramos las piernas bajo el delantal y se las atamos a la silla para impedir que se nos volviera a escapar».

Con las manos temblorosas de placer, Squeers aflojó la cuerda, y Smike, en toda apariencia más muerto que vivo, fue llevado a la casa y encerrado en un sótano, hasta el momento en que el Sr. Squeers considerara apropiado obrar sobre él en presencia de la escuela reunida.

Un análisis superficial de los hechos sorprendería a algunos, habida cuenta de que el Sr. y la Sra. Squeers se tomaran tantas molestias para volverse a posesionar de un estorbo del que solían quejarse tanto. Pero su sorpresa cesará cuando se les comunique que, por cualquier otra persona que realizase los múltiples servicios de un esclavo, el establecimiento se vería obligado a pagar unos diez o doce chelines por semana por concepto de salario. Y además, todos los fugitivos, como cuestión de política, eran convertidos en severos ejemplos en el Colegio Mayor de Dotheboys, puesto que, más allá del poderoso impulso de miedo, los limitados atractivos del establecimiento no inducían a cualquier alumno que estuviera medianamente dotado de piernas y de capacidad para usarlas a permanecer en aquellos lates.

La noticia de que Smike había sido capturado y regresado triunfalmente se expandió como el fuego por la hambrienta comunidad, y toda la mañana la expectación los mantuvo sobre ascuas. Y sobre ascuas iban a permanecer, no

obstante, hasta la tarde, cuando Squeers, tras satisfacerse con su almuerzo y fortalecerse aún más con una o varias libaciones adicionales, hizo su aparición (acompañado de su amable compañera) con una expresión de portentosa importancia, y un temible instrumento de flagelación, fuerte, dúctil, con el extremo encerado y nuevo... en resumen, comprado aquella misma mañana, expresamente para la ocasión.

«¿Están aquí todos los chicos?», preguntó Squeers, con una voz tremenda.

Todos los chicos estaban allí, pero todos los chicos tenían miedo de hablar, de modo que Squeers lanzó una feroz mirada por las filas para asegurarse y, cuando lo hizo, todos los ojos miraron al suelo, y todas las cabezas se inclinaron.

«Que cada chico permanezca en su lugar», dijo Squeers, propinando al escritorio su golpe preferido y mirando con tétrica satisfacción la conmoción general que jamás dejaba de ocasionar. «¡Nickleby! A su puesto, señor».

Más de un pequeño observador notó que el rostro del auxiliar exhibía una expresión curiosa y desacostumbrada, pero este se dirigió a su asiento sin apartar los labios para responder. Y Squeers, echándole una ojeada triunfal a su asistente, y una mirada del más completo despotismo a los chicos, abandonó el aula, y poco después regresó, arrastrando a Smike por el cuello de la chaqueta... o mejor, por el fragmento de esa prenda más cercano al sitio donde debió estar el cuello, si hubiera contado con semejante aditamento.

En cualquier otro lugar, la aparición del objeto miserable, hastiado y exangüe habría ocasionado un murmullo de compasión y protesta. Incluso aquí tuvo algún efecto, pues los espectadores se movieron, intranquilos, en sus asientos, y unos pocos de los más osados se atrevieron a echarse miradas furtivas, para expresar indignación y lástima.

No obstante, estas pasaron inadvertidas para Squeers, cuyos ojos estaban fijos en el desafortunado Smike mientras preguntaba, según la costumbre en casos semejantes, si tenía algo que decir en su favor.

«¿Nada, supongo yo?», dijo Squeers, con una sonrisa diabólica.

Smike miró a su alrededor, y su vista por un instante descansó en Nicholas, como si hubiera esperado que intercediera, pero este tenía la mirada clavada en su escritorio.

«¿Tienes algo que decir?», volvió a preguntar Squeers, agitando el brazo derecho dos o tres veces para probar su fuerza y su flexibilidad. «Sepárese un poco, Sra. Squeers, querida; casi no tengo espacio suficiente».

«¡Perdóneme, señor!», exclamó Smike.

«¡Oh!, así que eso es todo, ¿eh?», dijo Squeers. «Sí, te azotaré hasta llegar a una pulgada de quitarte la vida, y te perdonaré el resto».

«¡Ja, ja, ja!», rio la Sra. Squeers, «esa está buena».

«Fui obligado a hacerlo», dijo Smike débilmente, echando otra mirada implorante a su alrededor.

«¿Así que obligado a hacerlo?», dijo Squeers. «¡Oh!, no fue culpa tuya; fue culpa mía, supongo yo... ¿eh?».

«Un taimado canalla indecente, ingrato, testarudo, bruto y obstinado», exclamó la Sra. Squeers, agarrando la cabeza de Smike bajo su brazo y propinándole una bofetada con cada epíteto; «¿qué quiere decir con eso?».

«Apártate, querida», respondió Squeers. «Vamos a tratar de averiguarlo».

Jadeante por el esfuerzo, la Sra. Squeers accedió. Squeers agarró al chico con un firme apretón y un violento latigazo caía ya sobre su cuerpo provocando una contorsión del rostro por el azote y un grito de dolor... y volvía el látigo a alzarse y estaba a punto de caer... cuando Nicholas Nickleby, poniéndose de pie de golpe, gritó «¡Alto!» con una voz que retumbó hasta en las vigas del techo.

«¿Quién gritó alto?», dijo Squeers, volviéndose con ferocidad.

«Yo», dijo Nicholas, dando un paso adelante. «Esto no puede continuar».

«¡No puede continuar!», exclamó Squeers, casi con un aullido.

«¡No!», tronó Nicholas.

Pasmado y estupefacto por la osadía de la interferencia, Squeers soltó el agarre que tenía sobre Smike y, dando uno o dos pasos atrás, contempló a Nicholas con un aspecto que era absolutamente aterrador.

«Digo que no», repitió Nicholas, para nada intimidado. «No continuará. Yo lo impediré».

Squeers siguió contemplándolo, con los ojos a punto de salirse de las órbitas, pues, de hecho, el asombro lo había privado momentáneamente del habla.

«Usted no me tomó en cuenta cuando intercedí en silencio por el pobre chico», dijo Nicholas; «no respondió a la carta en la que le rogué que lo perdonara y ofrecí hacerme responsable de que él permanecería aquí tranquilamente. No me culpe, pues, por esta interferencia pública. Usted se lo ha buscado. Yo no soy responsable». «¡Siéntese, vagabundo!», gritó Squeers, casi fuera de sí por la rabia, y agarrando a Smike al hablar.

«Desgraciado», replicó Nicholas con ferocidad, «¡atrévase a tocarlo! No me quedaré con los brazos cruzados; se me ha subido la sangre a la cabeza, y

tengo la fuerza de diez hombres como usted. Cuídese, pues por el Cielo le juro que no lo perdonaré, si me sigue obligando».

«Échese atrás», exclamó Squeers, blandiendo su arma.

«Tengo una larga serie de insultos que vengar», dijo Nicholas, rojo de pasión, «y mi indignación se agrava con las viles crueldades practicadas contra niños indefensos en esta guarida asquerosa. Cuídese, pues si usted despierta al demonio que tengo dentro, las consecuencias caerán con enorme peso sobre su propia cabeza».

Apenas había hablado cuando Squeers, en un violento estallido de ira y con un grito como el aullido de una bestia salvaje, lo escupió y con su instrumento de tortura le propinó un azote en el rostro que levantó una franja de carne lívida al caer. Bajo la agonía del latigazo, y concentrados en ese instante todos sus sentimientos de rabia, desprecio e indignación, Nicholas le saltó encima, le arrebató el arma de la mano y, agarrándolo por la garganta, golpeó al canalla hasta que este imploró piedad.

Los chicos —con la excepción del Señorito Squeers, que, yendo al rescate de su padre, hostigaba al enemigo por la retaguardia— no movieron ni una mano ni un pie; pero la Sra. Squeers, dando chillidos de auxilio, mantuvo agarrada la cola del abrigo de su compañero y se esforzaba por arrebatarlo a su furioso adversario, mientras que la Srta. Squeers, que había estado atisbando a través del hueco de la cerradura a la espera de una escena muy distinta, se precipitó dentro del aula desde el mismo comienzo del ataque, y después de lanzar una lluvia de tinteros a la cabeza del auxiliar, golpeó a Nicholas a gusto, animada a cada golpe por el recuerdo del rechazo a su ofrecimiento amoroso, lo cual le impartía fuerza adicional a un brazo que (salió a su madre en ese aspecto) en ningún momento fue de los más débiles.

Nicholas, en el torrente de la plenitud de su violencia, sintió los golpes no más que si se los hubieran propinado con plumas. Pero al cansarse del ruido y

del alboroto, y al sentir además que se le iba cansando el brazo, dedicó toda la fuerza que le quedaba a una media docena de latigazos finales, y lanzó a Squeers lejos de sí con toda la fuerza que pudo reunir. La violencia de su caída precipitó a la Sra. Squeers completamente al suelo, y Squeers, al golpearse la cabeza con el suelo al caer, se quedó tendido, inmóvil e inconsciente.

Después de conducir los acontecimientos a esta feliz conclusión, y de comprobar para su total satisfacción que Squeers solo estaba sin sentido y no muerto (asunto sobre el cual tuvo al principio algunas dudas desagradables), Nicholas dejó a su familia dedicada a reanimarlo, y se retiró a considerar cuál sería el mejor curso de acción a adoptar. Miró ansiosamente a su alrededor en busca de SMIKE al abandonar la habitación, pero no lo vio por ninguna parte.

Tras una breve reflexión, empacó unas pocas piezas de ropa en un pequeño maletín de cuero y, viendo que nadie hacía ademán de oponerse a su paso, salió andando valientemente por la puerta delantera, y poco después tomó la carretera que conducía a Greta Bridge.

Cuando se refrescó lo suficiente para poder reflexionar un poco sobre sus presentes circunstancias, estas no se presentaron bajo una luz muy alentadora, pues solo tenía cuatro chelines y unos pocos peniques en el bolsillo, y estaba a algo más de doscientas cincuenta millas de Londres, hacia donde resolvió encaminar sus pasos, para poder comprobar, entre otras cosas, qué versión de los acontecimientos de la mañana le transmitiría Squeers a su muy cariñoso tío.

Una vez hubo llegado a la conclusión de que su desafortunada situación no tenía remedio, alzó la vista y divisó a un jinete que se le acercaba y que, según descubrió cuando estuvo más próximo, para su mortificación infinita, no era otro que el Sr. John Browdie, vestido con pantalones de pana y polainas de cuero, que hacía marchar a su bestia aguijoneándola con un grueso palo de fresno, aparentemente recién cortado de algún árbol joven y robusto.

«No estoy de ánimo para más ruido y alboroto», pensó Nicholas, «y, sin embargo, haga lo que haga, tendré un altercado con este genuino zopenco, y quizás reciba un golpe o dos de su palo».

En verdad, parecía haber algún motivo para esperar semejante resultado del encuentro, pues en cuanto John Browdie vio avanzar a Nicholas, tascó el heno de su caballo en el sendero, y esperó a que se le acercara, al tiempo que lo contemplaba muy severamente, por entre las orejas del caballo, mientras este avanzaba con lentitud.

«Pa servirle, joven caballero», dijo John.

«A sus órdenes», dijo Nicholas.

«Vaya, *ar fin no encontramos*», observó John, haciendo sonar el estribo con un toque preciso del palo de fresno.

«Sí», respondió Nicholas, vacilante. «Vamos», dijo con franqueza tras un instante de pausa, «nos separamos en malos términos la última vez que nos vimos. Creo que fue culpa mía pero no fue mi intención ofenderlo a usted y lamenté mucho haberlo hecho. ¿Nos damos la mano?».

«¡*Estrecharno la mano!*», exclamó el bienhumorado hombre de Yorkshire; «¡Ah!, claro que sí», dijo, al tiempo que se inclinaba hacia delante en la montura y le daba al puño de Nicholas un enorme apretón; «¿pero qué le pasó en la cara, *jombre*, que la tiene *toa* medio rota?».

«Fue un latigazo», dijo Nicholas, enrojeciendo al hablar, «un golpe. Pero se lo devolví al que me lo dio, y con buenos intereses además».

«¡No me diga!», exclamó John Browdie. «¡Bien *jecho!* Así se hace, me cae bien *usté*».

«El hecho es», dijo Nicholas, sin saber muy bien cómo hacer la confesión, «el hecho es que me han maltratado».

«¡No!», interrumpió John Browdie, en tono compasivo, pues era un gigante de fuerza y estatura, y con toda seguridad Nicholas parecía, a sus ojos, un mero enano, «¡No me diga eso!».

«Sí, me maltrató», replicó Nicholas, «ese hombre llamado Squeers, y lo he golpeado bien fuerte, y por consiguiente me voy de este lugar».

«¿Cómo?».

Exclamó John Browdie, con tal grito de éxtasis que el caballo dio un respingo. «¡Gorpeó al *maetro!* *Mardita* sea, lo adoro a *usté* por haber *jecho* eso».

Con estas expresiones de placer, John Browdie se rio y volvió a reírse — tan fuerte que los ecos, provenientes de los puntos más lejanos, apenas devolvían alegres repiques de júbilo— al tiempo que estrechaba la mano de Nicholas con no menos sinceridad. Cuando amainó su regocijo, preguntó a Nicholas qué se proponía hacer, y al informarle este que pensaba regresar a Londres de inmediato, John sacudió la cabeza en señal de duda y le preguntó si sabía cuánto cobraban los coches por llevar tan lejos a los pasajeros.

«No, no lo sé», dijo Nicholas, «pero no me importa mucho, pues pienso ir caminando».

«¡Irse a *Londre* a pie!», exclamó John con asombro.

«Cada paso del camino», respondió Nicholas. «Debería estar algunos pasos más adelante a esta hora, así que adiós».

«No, no», respondió el franco campesino, halándole las riendas a su impaciente caballo, «*etése* quieto, le digo. ¿Cuánto dinero lleva?».

«No mucho», dijo Nicholas, sonrojándose, «pero puedo estirarlo. Querer es poder, sabe usted».

John Browdie no dio ninguna respuesta verbal a este planteamiento, pero se metió la mano en el bolsillo, sacó una vieja cartera de cuero sucio e insistió en que Nicholas le pidiera prestado lo que requiriese para sus necesidades presentes.

«No tenga miedo, *jombre*», dijo, «tome *abatante pa* llegar a casa. Me lo pagará *algún* día, se lo aseguro».

De ningún modo pudo persuadir a Nicholas para que tomara prestado más de un soberano, préstamo con el cual el Sr. Browdie, tras muchas súplicas para que aceptase un monto mayor (observando, con un toque de cautela de Yorkshire, que si no lo gastaba todo, podría dejar a un lado el sobrante hasta tener la oportunidad de devolvérselo sin costo), aceptó contentarse.

«Tome este pedazo de madera *pa arpoarse* al andar, *jombre*», agregó, obligando a Nicholas a aceptar su palo, y dándole otro apretón de manos, le dijo: «Mantenga buen ánimo, y que *Dio* lo bendiga. ¡*Gorpeó* al *maetro*! ¡Ay, *Dio*, si *e* lo mejor que he oído en *lo úrtimo* veinte año!».

Y diciendo eso, y dando rienda suelta, con más delicadeza de la que habría podido esperarse de él, a otra ronda de buenas carcajadas, destinadas a evadir los agradecimientos que Nicholas estaba dejando fluir a borbotones, John Browdie espoleó su caballo y salió andando a un buen medio galope, mirando atrás de vez en cuando y haciendo un gesto con la mano a Nicholas, que seguía contemplándolo, como para alentarle a continuar su camino. Nicholas siguió con la vista el caballo y a su jinete hasta que ambos desaparecieron tras la cima de una loma lejana, y entonces prosiguió su viaje.

Esa tarde no llegó muy lejos, pues a aquellas alturas ya casi era de noche, y había habido una fuerte nevada, que no solo obstaculizaba el avance, sino que también volvía incierta y difícil la localización del camino sin la luz del día, salvo para los viajeros experimentados. Esa noche durmió en una cabaña donde se alquilaban camas baratas para la clase más humilde de viajeros, y a la mañana siguiente se levantó temprano y antes del anochecer arribó a Boroughbridge. Recorriendo ese pueblo en busca de algún lugar de descanso barato, halló por casualidad un granero vacío a unos doscientos metros de la carretera, y en un tibio rincón del mismo estiró sus cansados miembros y pronto se durmió.

Al despertarse al siguiente día, y mientras trataba de recordar sus sueños —relacionados con su reciente estancia en el Colegio Mayor de Dotheboys— se irguió, se frotó los ojos y se quedó mirando fijamente —y no precisamente con semblante sosegado— un objeto inmóvil que parecía plantado a unos pocos metros.

«¡Qué extraño!», exclamó Nicholas, «¿Será esto un resto demorado de las visiones que apenas me han abandonado? No puede ser real... y sin embargo... estoy despierto. ¿Smike?».

La forma se movió, se levantó, avanzó y cayó de rodillas a sus pies. En efecto, era Smike.

«¿Por qué te arrodillas ante mí?», dijo Nicholas, levantándolo apresuradamente.

«Para ir con usted... a cualquier parte... a todas partes... al fin del mundo... al camposanto de la iglesia», respondió Smike, apretándole la mano. «Déjeme, oh, por favor, déjeme. Usted es mi hogar... mi amigo bondadoso... lléveme con usted, se lo ruego».

«Soy un amigo que puede hacer poco por ti», dijo Nicholas bondadosamente. «¿Cómo llegaste aquí?».

Al parecer lo había seguido, sin jamás perderlo de vista por todo el camino. Había vigilado mientras él dormía y cuando se detenía para refrescarse, y no se había atrevido a mostrarse antes por miedo a que lo enviara de regreso. No había tenido la intención de revelarse tampoco ahora, pero Nicholas había despertado antes de lo que él calculaba, y no había tenido tiempo de esconderse.

«¡Pobre tipo!», dijo Nicholas, «tu dura suerte te niega cualquier amigo, salvo uno, pero este es casi tan pobre e indefenso como tú».

«¿Puedo... puedo ir con usted?», preguntó Smike tímidamente. «Seré su sirviente, fiel y muy trabajador, sí que lo seré. No deseo ropa», agregó el pobre ser, juntando sus andrajos; «esta está bastante bien. Solo deseo estar cerca de usted».

«Y lo estarás», exclamó Nicholas. «Y el mundo te tratará como me trate a mí, hasta que uno de los dos lo abandone por otro mejor. ¡Ven!».

Diciendo esas palabras, se cargó su fardo a los hombros, y tomando el palo en una mano, le extendió la otra a su encantada carga, y así salieron juntos del viejo granero.

CAPÍTULO 14

**QUE POR TENER LA DESGRACIA DE TRATAR SOLO DE GENTE COMÚN, POSEE
NECESARIAMENTE UN CARÁCTER MEZQUINO Y VULGAR**

En el barrio de Londres donde está situada Golden Square, existe una calle antigua, marchita, ruinoso, con dos hileras irregulares de casas pobres y altas, que parecen haberse desconcertado de tanto mirarse fijamente las unas a las otras durante tantos años. Hasta las chimeneas parecen haberse vuelto sombrías y melancólicas de tanto mirar solo chimeneas al otro lado de la calle. Tienen los extremos magullados y ennegrecidos por el humo, y aquí y allá algún cañón más alto que los demás, fuertemente inclinado hacia un lado y volcado sobre el techo, parece meditar alguna venganza por una desatención de medio siglo mientras aplasta a los habitantes de las guardillas de abajo.

Las aves que picotean aquí y allá por entre aquellos cuchitriles, bamboleando el cuerpo con un modo de andar solo visto en las aves de ciudad y que desconcertaría a un gallo o a una gallina del campo, se avienen perfectamente con las disparatadas habitaciones de sus dueños. Esas criaturas que revolotean, sucias, desplumadas y soñolientas, son enviadas, como muchos de los chicos del barrio, a buscarse la vida en las calles, y saltan de piedra en piedra en una desesperanzada búsqueda de algún comestible escondido en el fango, y entre ellas apenas podría criarse un cuervo. La única con algo que se asemeja a una voz es la gallinilla de Bantam de la panadería, e incluso la tiene ronca a consecuencia de la mala vida en el último lugar donde estuvo.

A juzgar por la talla de las casas, en tiempos pasados tuvieron inquilinos de mejor condición que sus actuales ocupantes, pero ahora alquilan los pisos o habitaciones por semana, y cada puerta tiene casi tantas placas o manijas de campanas como apartamentos hay adentro. Por el mismo motivo, las ventanas son de apariencia bastante diversificada, pues están adornadas con todas las variedades de persianas o cortinas comunes que imaginarse pueda, en tanto cada puerta está bloqueada y convertida en valladar casi infranqueable por una abigarrada colección de chicos y vasijas de toda medida, desde el bebé de

brazos y el jarro de media pinta hasta la chica crecida y la lata de medio galón.

En el salón de una de estas casas, que era quizás una pizca más sucia que cualquiera de las vecinas, y que exhibía más manijas de campanas, chicos y vasijas que las demás, atrapado en toda la frescura de la primera ráfaga de humo denso y negro salido a borbotones día y noche de una gran cervecería muy cercana, colgaba un anuncio que indicaba que había una habitación más para alquilar entre sus paredes, aunque descubrir en qué piso pudiera estar la habitación libre —teniendo en cuenta las huellas externas dejadas por los muchos inquilinos en toda la fachada, desde la tendedera de ropa en la ventana de la cocina hasta los tiestos en el poyo de la ventana— habría estado más allá de las facultades de un niño prodigio en matemáticas.

Las escaleras comunes de esta mansión estaban desnudas y sin alfombra; pero un visitante curioso que tuviera que subir hasta arriba habría podido observar que no escaseaban indicios del aumento progresivo de la pobreza de los moradores a medida que iba subiendo, aunque las habitaciones estuvieran cerradas. Así, los habitantes del primer piso, aun estando parejos en cuanto a muebles, mantenían una vieja mesa de caoba —caoba de verdad— en el rellano de la escalera, en la parte exterior de la habitación, que solo se entraba cuando lo requería la ocasión. En el segundo piso los muebles sobrantes se reducían a un par de viejas sillas de pino sin pulir, a una de las cuales, perteneciente a la habitación del fondo, le faltaban una pata y el asiento. El piso superior no se ufanaba de ningún accedente mayor que una bañadera comida de gusanos, y el rellano del desván exhibía artículos no más costosos que dos cántaros mutilados y algunas botellas de betún vacías.

Fue en este rellano que un hombre de rasgos duros y rostro cuadrado, viejo y harapiento, se detuvo a abrir la puerta del desván delantero, tras lo cual, una vez vencida la tarea de dar vuelta a la herrumbrosa llave en la no menos herrumbrosa cerradura, entró en la habitación con aspecto de ser su dueño legal.

Esta persona usaba una especie de peluca de cabellos cortos, ásperos y rojizos, que se quitó junto con el sombrero y colgó de un clavo. En su lugar se puso un sucio gorro de dormir de algodón, y luego de tantear en la oscuridad hasta hallar los restos de una vela, dio unos toques en el tabique que dividía a los dos desvanes, y preguntó en voz alta si el Sr. Noggs tenía con qué encenderla.

Los sonidos que le fueron devueltos resultaron ahogados por los listones y el yeso, y, además, parecía como si el que hablaba los hubiera emitido desde

dentro de una jarra u otra vasija para beber, pero fueron emitidos en la voz de Newman, y eran portadores de una respuesta afirmativa.

«Una noche fea, Sr. Noggs», dijo el hombre del gorro de dormir, entrando a encender su vela.

«¿Está lloviendo?», preguntó Newman.

«¿Que si está lloviendo?», respondió el otro, malhumorado. «Estoy empapado hasta los huesos».

«No se requiere mucho para empapararlo a usted y a mí hasta los huesos, Sr. Crawl», dijo Newman, poniendo la mano en la solapa de su raído abrigo.

«Vaya, y eso hace que sea más engorroso», observó el Sr. Crawl, en el mismo tono malhumorado.

Emitiendo un gruñido en voz baja y quejumbrosa, el que hablaba, cuya dura expresión era el mismísimo compendio del egoísmo, revolvió el escaso fuego hasta casi sacarlo del hogar y, vaciando el vaso que Noggs le había puesto delante, preguntó dónde guardaba el carbón.

Newman Noggs apuntó a la parte inferior de un armario, y el Sr. Crawl tomó la pala y levantó la mitad del carbón que había, a lo que Noggs con toda intención respondió volviendo a quitárselo, sin decir una palabra.

«Espero que no se haya vuelto usted tacaño a esta hora del día, ¿eh?», dijo Crawl.

Newman señaló al vaso vacío, como si bastara eso para refutar la acusación, y dijo brevemente que bajaría a cenar.

«¿Donde los Kenwigs?», preguntó Crawl.

Newman asintió con un gesto de cabeza.

«¡Lo que son las cosas!», dijo Crawl. «Y yo —pensando que usted seguramente no iría, según entendí— le dije a Kenwigs que no podía ir, y me decidí a pasar la noche con usted».

«Es que tengo que ir», dijo Newman. «Me pidieron que fuera».

«Vaya. Pero, y ahora, ¿cómo quedo yo?», reclamó el egoísta, que jamás pensaba en los demás. «Todo es culpa suya. ¿Sabe lo que voy a hacer? Me sentaré junto al fuego suyo hasta que regrese usted».

Newman echó una ojeada desesperada a su pequeña reserva de combustible, pero no tuvo el coraje de decir que no, palabra que en toda su vida nunca pudo pronunciar en el momento preciso, ya fuese a sí mismo o a cualquier otro, y cedió al arreglo propuesto, de modo que el Sr. Crawl inmediatamente se dedicó, con los medios de Newman Noggs, a ponerse tan cómodo como le permitieron las circunstancias.

Los inquilinos a los que Crowl había aludido bajo la designación de «los Kenwigs» eran la esposa y los vástagos de un tal Sr. Kenwigs, tornero de marfil, muy respetado como persona de cierta consideración por aquellos lares, en tanto ocupaba la totalidad del primer piso, que comprendía dos habitaciones comunicadas. También la Sra. Kenwigs tenía los modales de una dama, y era de una familia muy fina, con un tío recaudador de la tarifa del agua, distinción aparte de la cual las dos chicas mayores asistían dos veces por semana a una escuela de baile del barrio, y tenían cabellos lacios atados con cintas azules, que les colgaban espaldas abajo en forma de coletas, y usaban pantaloncitos blancos con adornos alrededor de los tobillos... razones todas ellas —y muchas más igualmente válidas, pero demasiado numerosas para mencionarlas—, por las cuales la Sra. Kenwigs era considerada una persona a la que era muy recomendable conocer, y constituía tema constante de todos los chismes de esa calle e incluso de tres o cuatro puertas más allá y al doblar por ambas esquinas.

Era el aniversario de aquel día feliz en el que la Iglesia de Inglaterra, tal como lo establecía la ley, le había entregado la Sra. Kenwigs al Sr. Kenwigs, y en agradecida conmemoración de esto, la Sra. Kenwigs había invitado a algunos pocos amigos selectos a jugar a las cartas y a cenar en la planta baja, y se puso un vestido nuevo para recibirlos, y como el vestido era de un color muy brillante y de corte juvenil, tuvo tanto éxito que el Sr. Kenwigs dijo que los ocho años de matrimonio y los cinco hijos parecían todos un sueño, y que la Sra. Kenwigs parecía más joven y floreciente que aquel primerísimo domingo en que la convirtió en su compañera.

Pero por más hermosa que pareciera la Sra. Kenwigs una vez arreglada, y por más majestuosa que fuera, al punto de parecer que tenía por lo menos un cocinero y una criada a los que solo se dedicaba a dar órdenes, ese día había confrontado infinitas dificultades con los preparativos, muchas más, en verdad, de las que ella, de constitución fina y delicada, habría podido resistir si su orgullo de ama de casa no hubiera venido en su auxilio. Al cabo, sin embargo, todo lo que había que armar fue armándose, todo lo que había que quitar del camino se sacó del camino, y todo estuvo listo, y como hasta el mismo recaudador del agua prometió asistir, la suerte derramó su sonrisa sobre aquel acontecimiento.

El grupo fue admirablemente seleccionado. Estaban, ante todo, el Sr. Kenwigs y la Sra. Kenwigs, y los cuatro retoños Kenwigs que se sentaron a la mesa de la cocina; primero, porque era justo que se banquetearan en un día como aquel, y, segundo, porque si se hubieran ido a dormir habiendo

invitados en casa, ello habría sido inconveniente, por no decir incorrecto. Además, estaba la joven que había confeccionado el vestido de la Sra. Kenwigs, y que —era la cosa más conveniente del mundo— viviendo en el segundo piso, al fondo, le había prestado su cama al bebé y habla conseguido una chica joven para cuidarlo. Entonces, en combinación con esta joven, había un joven que conocía al Sr. Kenwigs desde que este era soltero, y era muy estimado por las damas por tener fama de libertino. A estos se sumaba una pareja recién casada, que había frecuentado al Sr. y a la Sra. Kenwigs cuando estos eran novios, y una hermana de la Sra. Kenwigs, bastante hermosa. Además, había otro joven al que se atribuían intenciones honorables respecto a esa dama, y estaba el Sr. Noggs, que era una persona fina a la cual invitar, dado que en otros tiempos fue un caballero. También había una dama de edad avanzada que vivía en el salón trasero, y otra joven más que, junto al recaudador, era tal vez la gran celebridad del grupo, por ser hija de un actor que hacía el papel de bombero en el teatro y luego se pasó a la pantomima. Estaba dotada del mayor talento histriónico que jamás se conociera, pues podía cantar y recitar de un modo que hacía llorar a la Sra. Kenwigs. Solo había un inconveniente en el placer de encontrarse con semejantes amigos, y era que la dama del salón trasero, que era muy gruesa, y se aproximaba a los sesenta, acudió con un vestido escotado de muselina fina y guantes cortos de cabritilla, lo que exasperó a la Sra. Kenwigs al punto que aseguró en privado a su hermana que, de no ser porque la cena se estaba cocinando ya en la parrilla de la chimenea del salón trasero, con seguridad le habría pedido a esa señora que se retirara.

«Querida», dijo el Sr. Kenwigs, «¿no *zería* mejor comenzar un juego de *meza*?». «Kenwigs, querido», le respondió su esposa, «me sorprendes. ¿Serías capaz de comenzar sin mi tío?».

«Olvidé al recaudador», dijo Kenwigs; «oh no, *ezo* nunca lo haría».

«Él es tan especial», dijo la Sra. Kenwigs, volviéndose hacia la otra señora casada, «que si comenzáramos sin él me excluiría para siempre de su testamento».

«¡Ay!», exclamó la señora casada.

«No tiene usted ni idea de quién es él», respondió la Sra. Kenwigs; «y, no obstante, no ha habido un ser mejor sobre la tierra».

«El hombre de corazón *maz bondadozo que jamaz exiztiera*», dijo Kenwigs.

«Creo que hasta le duele el corazón cuando se ve obligado a cortarle el agua a la gente que no paga», observó el amigo soltero en son jocoso.

«George», dijo el Sr. Kenwigs, solemnemente, «no *hablez azí*, por favor».

«Solo era una broma», dijo el amigo, avergonzado.

«George», replicó el Sr. Kenwigs, «una broma es algo muy bueno, algo muy bueno, pero cuando *eza* broma se hace a *expenzaz* de los *zentimientoz* de la *zeñora Kenwigz*, me opongo a ella. Una figura pública *ezpera burlaz* y *desprecio...* *ez* culpa de *zu* elevada *pozición*, no *zuya*. El pariente de la *zeñora Kenwigz* *ez* una figura pública, y *ezo* él lo *zabe*, George, y puede *zobrellevarlo*. Pero *zacando* a la *zeñora Kenwigz* de *ezte azunto* (si *ez* que puedo *zacar* a la *zeñora Kentoigz* del *azunto* en un *cazo* como *ezte*), tengo el honor de *eztar* relacionado por *cazamiento* con el recaudador, y no puedo permitir *ezaz afirmacionez* en mi...». El Sr. Kenwigs iba a decir «*caza*», pero completó la oración con «*miz apozentoz*».

Concluidas estas observaciones, que provocaron muestras de agudos sentimientos de parte de la Sra. Kenwigs, y que tenían el propósito de imbuir a los invitados del profundo sentido de dignidad del recaudador, se oyó sonar la campana.

«*Eze ez él*», susurró el Sr. Kenwigs, muy emocionado. «Morleena, querida, baja y haz *paraz* a tu tío, y *bézalo* en cuanto *abraz* la puerta. ¡Ejem! *Vamoz a ponerno* a *converzar*».

Los presentes adoptaron la sugerencia del Sr. Kenwigs y se pusieron a hablar muy alto, para parecer naturales y en absoluto turbados, y casi en cuanto comenzaron a hacerlo, un anciano de baja estatura, portando calzones grises y polainas, con un rostro que podía haber sido tallado en guayacán, pues pocos rasgos indicaban algo en contra de esta sospecha, fue conducido adentro por la Srta. Morleena Kenwigs, cuyo insólito nombre de pila — señalémoslo aquí— fue inventado y compuesto por la Sra. Kenwigs antes de su primer parto para distinguir especialmente a su primogénito, en caso de que resultase ser hembra.

«Oh, tío, ¡qué contenta estoy de verte!», dijo la Sra. Kenwigs, besando al recaudador con afecto en ambas mejillas. «¡Muy contenta!».

«Que cumplas muchos más, querida», respondió el recaudador, devolviéndole el cumplido.

Ahora bien, aquí hay algo interesante. Estamos ante un recaudador de cuentas de agua que se presenta sin su libro, sin su pluma y su tinta, sin su doble toque a la puerta, sin su intimidación, y que besa —de hecho besa— a una fémina agradable, dejando totalmente olvidados los impuestos, las citaciones, las notificaciones de su visita o los anuncios de que nunca jamás volverá a pasar a cobrar los dos últimos trimestres. Era agradable ver cómo

los asistentes miraban, totalmente absortos en el espectáculo, y contemplaban las sacudidas de cabeza y los guiños con que los anfitriones expresaban su agradecimiento ante tanta humanidad evidenciada en un recaudador de impuestos.

«¿Dónde quieres sentarte, tío?», dijo la Sra. Kenwigs, en el colmo del disfrute del orgullo familiar ocasionado por la aparición de su distinguido pariente.

«En cualquier sitio, querida», dijo el recaudador, «no tengo preferencias».

¡No tenía preferencias! Qué recaudador tan modesto. Si hubiera sido un escritor consciente de su valía, no habría podido comportarse de un modo más humilde.

«Zeñor Lillyvick», dijo Kenwigs, dirigiéndose al recaudador, «aquí hay *algunoz amigoz, zeñor*, muy *anziozos* por tener el honor de... *graciaz...* el *zeñor* y la *zeñora* Cutler, *zeñor* Lillyvick».

«Encantado de conocerlo, señor», dijo el Sr. Cutler. «He oído hablar mucho de *usté*». Esas no eran meras palabras de compromiso, pues el Sr. Cutler, por haber estado sometido a reclusión domiciliaria en la parroquia del Sr. Lillyvick, había oído hablar mucho de él, en efecto. Había sido extraordinariamente gentil por parte del Sr. Lillyvick venir a verlo.

«George, creo que *conocez* al *zeñor* Lillyvick», dijo Kenwigs; «la *zeñora* de *loz* *bajoz...* *Zeñor* Lillyvick. *Zeñor* *Znewkez...* *Zeñor* Lillyvick. *Zeñorita* Green... *Zeñor* Lillyvick. *Zeñor* Lillyvick... la *zeñorita* Petowker del Teatro Real de Drury Lane. Encantado de hacer que *doz* *perzonalidadez públicaz* *ze* conozcan. *Zeñora* Kenwigs, querida, ¿*quieriez* ocuparte de *loz* del otro lado?».

La Sra. Kenwigs, con la asistencia de Newman Noggs (quien, por haber tenido diversas pequeñas atenciones bondadosas con los chicos en todo momento y ocasión, consiguió que se aceptara su petición de no ser mencionado, de modo que todos se referían a él, en susurros, como el caballero venido a menos), hizo lo que se le pidió, y la mayor parte de los invitados se sentaron a comenzar un juego de cartas llamado especulación, mientras que el propio Newman, la Sra. Kenwigs y la Srta. Petowker del Real Teatro de Drury Lane se ocuparon de preparar la mesa.

Mientras las damas se dedicaban a estos quehaceres, el Sr. Lillyvick estaba concentrado en un jueguito en curso, y como en la red de un recaudador de cuentas de agua deben caer buenos pejes, el encantador y anciano caballero no tenía el menor escrúpulo en adueñarse de la propiedad ajena de sus vecinos, que, por el contrario, robaba en cuanto se le presentaba una oportunidad, sonriendo de muy buen talante todo el tiempo, y

pronunciando tantos discursos condescendientes hacia los dueños que estos se sentían muy complacidos con su amabilidad y pensaban en lo más profundo de sus corazones que él merecía al menos ser Ministro de Hacienda.

Tras muchas dificultades, y el suministro de muchas manotadas en la cabeza de las menores Kenwigs —las dos más rebeldes de las cuales fueron desaparecidas sumariamente— se puso con gran elegancia el mantel, y se sirvieron un par de aves hervidas, un gran pedazo de puerco, un pastel de manzana, patatas y verduras, a la vista de los cuales el benemérito Sr. Lillyvick expresó muchas ideas ingeniosas, y fue sacando cosas con los dedos de manera asombrosa, para el inmenso gusto y satisfacción de todo el cuerpo de admiradores.

Muy bien y muy veloz pasó la cena, sin que ocurrieran dificultades más serias que las debidas a la incesante demanda de cuchillos y tenedores limpios, lo que indujo a la pobre Sra. Kenwigs a desear en más de una ocasión que la sociedad privada adoptara el principio de las escuelas y exigiera que cada invitado trajera sus propios cubiertos, lo que sin duda sería muy cómodo en muchos casos, sobre todo para la dama y el caballero de la casa, especialmente si el principio de la escuela se llevara a su último extremo y se esperara que dichos artículos, como cuestión de delicadeza, no fuesen llevados de vuelta.

Tan pronto como todos terminaron de comer, se levantó la mesa con un apresuramiento alarmante y con gran estrépito, y el grupo se aprestó a compartir licores que hicieron resplandecer los ojos de Newman Noggs y fueron mezclados con agua tanto fría como caliente. A todo esto el Sr. Lillyvick se hallaba instalado en una amplia butaca junto al fuego y las cuatro pequeñas Kenwigs dispuestas en un banquito delante de los presentes, con sus trenzas muy rubias de espaldas a ellos y los rostros frente al fuego, y en cuanto se ultimó ese arreglo la Sra. Kenwigs, estremecida de sentimientos maternos, dejó caer la cabeza sobre el hombro izquierdo del Sr. Kenwigs, deshecha en llanto.

«Son tan hermosas», dijo la Sra. Kenwigs, sollozando.

«Ay», dijeron todas las damas, «sí que lo son, es muy natural que te sientas orgullosa, pero por favor, no te dejes arrastrar por la emoción».

«No puedo... evitarlo, y no me importa», sollozó la Sra. Kenwigs; «¡oh!, son demasiado bellas para vivir, demasiado bellas».

Al oír este alarmante presentimiento de estar predestinadas a una temprana muerte en la flor de su infancia las cuatro niñas lanzaron un grito horrible y, enterrando simultáneamente las cabezas en el regazo de su madre,

se pusieron a chillar sacudiendo las ocho trenzas muy rubias, mientras que la Sra. Kenwigs las apretaba alternadamente contra su pecho con una expresión de tal turbación en el rostro que la mismísima Srta. Petowker habría debido copiar.

Al cabo, la angustiada madre se dejó calmar y conducir hasta un estado de ánimo más sosegado, y en cuanto se recuperaron también las pequeñas Kenwigs, se las repartió entre los presentes, para evitar la posibilidad de que la Sra. Kenwigs resultara nuevamente trastornada por el esplendor de sus bellezas combinadas. Hecho esto, las damas y los caballeros se unieron para profetizar que vivirían muchos, muchos años, y que no había razón alguna para que la Sra. Kenwigs se angustiara: a decir verdad, no parecía haberla, ya que la belleza de las niñas en modo alguno justificaba sus aprensiones.

«Hace hoy exactamente ocho *años*», dijo el Sr. Kenwigs, tras una pausa. «¡Ay, ah!».

Todos los presentes le hicieron eco a esta reflexión, diciendo primero «¡ah!», y luego «¡ay!».

«Yo era más joven en aquel entonces», dijo la Sra. Kenwigs con una risita disimulada.

«No», dijo el recaudador.

«Claro que no», añadieron todos.

«Recuerdo a mi sobrina», dijo el Sr. Lillyvick, paseando la vista por todo su público con aire grave; «la recuerdo, en aquella mismísima tarde, cuando le confesó a su madre por primera vez que sentía una inclinación por Kenwigs. “Mamá”, dijo ella, “lo amo”».

«“Lo adoro” fue lo que dije, tío», interrumpió la Sra. Kenwigs.

«“Amo”, creo, querida», dijo el recaudador, con firmeza.

«Quizás tengas razón, tío», respondió la Sra. Kenwigs, sumisamente. «Pensé que era “adoro”».

«“Amo”, querida», replicó el Sr. Lillyvick. «“Mamá”, dice ella, “lo amo”. “¿Qué es lo que estoy oyendo?”», exclama su madre, e instantáneamente es presa de fuertes *convulsiones*».

Una exclamación general de asombro estalla entre los presentes.

«De fuertes *convulsiones*», repitió el Sr. Lillyvick, lanzándoles una mirada severa. «Kenwigs me perdonará que diga, en presencia de amigos, que había objeciones muy fuertes respecto a él, basadas en que su posición era más baja que la de la familia, y que la deshonraría. ¿Lo recuerdas, Kenwigs?».

«Claro», respondió el caballero, para nada ofendido por el recuerdo, en tanto demostraba, más allá de toda duda, lo elevada que era la familia de la que provenía la Sra. Kenwigs.

«Yo compartía ese sentimiento», dijo el Sr. Lillyvick; «tal vez fuese natural; tal vez no».

Un suave murmullo parecía decir que, en alguien de la posición del Sr. Lillyvick, la objeción no solo era natural, sino muy loable.

«Con el tiempo lo fui aceptando», dijo el Sr. Lillyvick. «En cuanto se casaron y ya nada podía hacerse, fui de los primeros en decir que había que tratar a Kenwigs. En consecuencia, la familia lo trató, y fue a propuesta mía. Y estoy obligado a decir —y orgulloso de decir— que siempre pensé que era un tipo de hombre muy honesto, de buen comportamiento, recto y respetable. Kenwigs, venga esa mano».

«Me enorgullece hacerlo, *zeñor*», dijo el Sr. Kenwigs.

«A mí también, Kenwigs», respondió el Sr. Lillyvick.

«He vivido una vida muy feliz con *zu zobrina, zeñor*», dijo Kenwigs.

«Habría sido culpa suya si no hubiera sido así, señor», observó el Sr. Lillyvick.

«¡Morleena Kenwigs!», exclamó su madre, muy emocionada a estas alturas, «besa a tu querido tío!».

La joven hizo lo que se le había pedido, y las otras tres chicas fueron sucesivamente alzadas hasta el rostro del recaudador y sometidas al mismo proceso, y después la mayoría de los presentes las besaron a ellas.

«Ay, Sra. Kenwigs», dijo la Srta. Petowker, «mientras que el Sr. Noggs prepara el ponche para brindar porque haya muchos aniversarios más, deje usted que Morleena haga aquel baile de figuras para el Sr. Lillyvick».

«No, no, querida», respondió la Sra. Kenwigs, «eso no hará más que preocupar a mi río».

«No lo puede preocupar, estoy segura», dijo la Srta. Petowker. «Quedará muy complacido, ¿no es así, señor?».

«De eso estoy seguro», respondió el recaudador, echando una ojeada a la ponchera.

«Bien, entonces le diré lo que vamos a hacer», dijo la Sra. Kenwigs, «Morleena ejecutará los pasos, si tío puede convencer a la Srta. Petowker para que después nos recite el *Entierro del bebedor de sangre*».

La propuesta fue acogida con muchos aplausos y golpes de los pies en el suelo, a lo cual la destinataria respondió inclinando varias veces con suavidad la cabeza, a modo de acuse de recibo.

«Usted sabe», dijo la Srta. Petowker, con tono de reproche, «que no me gusta hacer nada profesional en fiestas privadas».

«Oh, pero aquí no, ¿eh?», dijo la Sra. Kenwigs. «Somos tan amistosos y agradables, que es como si lo estuvieras repasando en tu propio dormitorio. Además, la ocasión...».

«Bien, me rindo», interrumpió la Srta. Petowker, «haré con mucho gusto cualquier cosa que esté en mi humilde poder».

La Sra. Kenwigs y la Srta. Petowker tenían preparado un programita de entretenimientos entre las dos, cuyo orden prescrito era ese, pero habían acordado presionarse un poco de parte y parte para que pareciera más natural. Una vez que los asistentes estuvieron listos, la Srta. Petowker tarareó una música, y Morleena bailó un baile, después de que le untaran tanta tiza a las suelas de sus zapatos como si fuera a caminar sobre la cuerda floja. Fueron movimientos muy hermosos, que incluyeron mucha labor de los brazos, y se los recibió con aplausos sin límites.

«Si yo fuese bendecida con una... una hija...» dijo la Srta. Petowker, sonrojándose, «con tanto talento como esta, la llevaría de inmediato al Teatro de la Ópera».

La Sra. Kenwigs suspiró y miró al Sr. Kenwigs, quien sacudió la cabeza para hacer notar que tenía dudas al respecto.

«Kenwigs está temeroso», dijo la Sra. K.

«¿De qué?», preguntó la Srta. Petowker, «¿no será de que fracase?».

«Oh, no», respondió la Sra. Kenwigs, «pero si sigue siendo de grande como es ahora... imagina la cantidad de duques y marqueses...».

«Muy cierto», dijo el recaudador.

«Aun así», propuso la Srta. Petowker, «si ella se comporta con dignidad, usted sabe...».

«Hay mucha verdad en eso», observó la Sra. Kenwigs mirando a su esposo.

«Yo solo sé...», vaciló la Srta. Petowker, «claro está, puede que no sea una regla, pero yo jamás hallé inconveniente o desagrado algunos de ese tipo».

El Sr. Kenwigs, con una galantería que le sentaba bien, dijo que eso zanjaba de inmediato el debate, y que sometería el tema a seria consideración. Una vez resuelto eso, la Sra. Petowker fue objeto de ruegos para que comenzara el *Entierro del bebedor de sangre*, a cuyos propósitos la joven soltó sus negros cabellos y, posicionándose en el otro extremo del salón — con el amigo soltero apostado en un rincón para que acudiese rápidamente en

cuanto oyera el pie de «expirar en la muerte» y la recibiera en sus brazos cuando ella muriese en medio de un ataque de locura— ejecutó la presentación con un espíritu extraordinario, para gran terror de las pequeñas Kenwigs, que estuvieron a punto de sufrir ataques de pánico.

Aún no habían amainado los éxtasis producidos por ese esfuerzo, y Newman (que hacía mucho, mucho tiempo que no permanecía sobrio a una hora tan avanzada de la noche) esperaba para poder anunciar que el ponche estaba listo, cuando se escuchó un toque apresurado a la puerta del salón que hizo chillar a la Sra. Kenwigs, convencida al instante de que el bebé se había caído de la cama.

«¿Quién ez?», preguntó el Sr. Kenwigs, con sonora voz.

«No se alarme, solo soy yo», dijo Crawl, mirando hacia adentro con el gorro de dormir puesto. «El bebé está muy cómodo, pues me asomé al dormitorio cuando bajaba, y está rendido, y la chica también. Y no creo que la vela prenda fuego al cortinaje de la cama, a no ser que entre una racha de viento... es que buscan al Sr. Noggs».

«¡A mí!», exclamó Newman, muy sorprendido.

«Bueno, cierto que es una hora muy poco adecuada, ¿no?», respondió Crawl, que no estaba muy complacido con la perspectiva de perder su fuego; «y son personas de aspecto extraño. Además, todos empapados de lluvia y lodo. ¿Les digo que se vayan?».

«No», dijo Newman, poniéndose de pie. «¿Personas? ¿Cuántas?».

«Dos», respondió Crawl.

«¿Preguntan por mí? ¿Por mi nombre?», preguntó Newman.

«Por su nombre», respondió Crawl. «El Sr. Newman Noggs, tal y como suena».

Newman reflexionó unos instantes y entonces se apresuró a salir, murmurando que regresaría de inmediato. Era un hombre de palabra, pues en un lapso de tiempo sumamente breve irrumpió en el salón y, apoderándose, sin una palabra a modo de excusa o explicación, de una vela encendida y de un vaso de ponche caliente de la mesa, volvió a salir, tan precipitadamente como un loco.

«¿Qué demonios le pasa?», exclamó Crawl abriendo la puerta de un golpe. «¡Escuchen! ¿Hay algún ruido en los altos?».

Los invitados se pusieron de pie con gran confusión, y mirándose los rostros unos a otros con mucha perplejidad y algún miedo, estiraron sus cuellos hacia delante para escuchar con suma atención.

CAPÍTULO 15

FAMILIARIZA AL LECTOR CON LA CAUSA Y EL ORIGEN DE LA INTERRUPCIÓN DESCRITA EN EL CAPÍTULO ANTERIOR, Y CON ALGUNOS OTROS ASUNTOS QUE ES NECESARIO CONOCER

Newman Noggs se apresuró escaleras arriba en violenta estampida, portando la bebida humeante que de manera tan poco ceremoniosa había arrebatado de la mesa del Sr. Kenwigs y, más exactamente, de las mismísimas manos del recaudador de cuentas de agua —que en el momento de ser tan inesperadamente desposeído de ella, estaba echando una ojeada al contenido del vaso con visibles muestras de animado placer en su expresión—, y condujo su premio directamente hasta su propio desván posterior, donde — con pies adoloridos y casi descalzos, mojados, sucios, hastiados y desfigurados por todas las señales del fatigoso viaje— permanecían sentados Nicholas y Smike, este último a la vez causa y compañero de su duro bregar, y ambos absolutamente agotados por su insólito, prolongado y excesivo esfuerzo.

La primera acción de Newman fue obligar a Nicholas, con suave presión, a tragarse la mitad del ponche de un sorbo, casi hirviendo como estaba, y la siguiente fue echarle el resto garganta abajo a Smike, que por no haber jamás probado nada más fuerte que un laxante en toda su vida, evidenció algunas extrañas manifestaciones de sorpresa y deleite mientras el licor transitaba por su garganta, y viró los ojos en blanco de manera muy enfática cuando se terminó.

«Están calados hasta los huesos», dijo Newman, pasando la mano apresuradamente por el abrigo que Nicholas se había quitado de un tirón; «y yo... yo... ni siquiera tengo una muda de ropa adicional», agregó, echando una mirada ansiosa a las ropas desharrapadas que él mismo llevaba puestas.

«Tengo ropas secas, o al menos que me sirvan para cambiarme, en mi hatillo», respondió Nicholas. «Si adopta usted ese aire tan afligido ante mi

aspecto, no hará más que acrecentar el dolor que ya siento al verme obligado a poner en tensión sus escuálidos medios en busca de ayuda y abrigo».

Newman no pareció menos afligido al escuchar a Nicholas, pero al agarrarle su joven amigo firmemente la mano, y asegurarle que, a no ser por la confianza implícita en la sinceridad de lo que acababa de declarar y por la bondad, que Noggs le prodigaba, no se hubiera atrevido, bajo ningún concepto, a informarle siquiera de su llegada a Londres, el Sr. Noggs volvió a iluminarse, y con prontitud extrema acometió los preparativos que estuvieron a su alcance para acomodar a sus visitantes.

Dichos preparativos eran bastante simples, ya que los medios de Newman eran mucho más limitados que sus deseos de ayudar. Pero, por reducidos que fueran, los movilizó con mucha animación y muchas carreritas. Como Nicholas había economizado sus escasas reservas de dinero tan bien que aún no las había gastado totalmente, pronto hubo sobre la mesa una cena de pan y queso, con un poco de carne de res fría traída del restaurant, manjares flanqueados por una botella de licor y una copa de cerveza negra, así que, en cualquier caso, no hubo razones para preocuparse por el hambre y la sed. No le llevó mucho tiempo a Newman completar los preparativos que estaban a su alcance para acomodar a sus huéspedes. Y puesto que él había insistido, como algo muy expreso y preliminar, en que Nicholas se cambiara de ropas y en que Smike se arrojara con su único abrigo (que ningún ruego lo disuadió de quitarse), los viajeros comieron su frugal alimento, con mayor satisfacción de la que, al menos uno de ellos, había derivado de muchas comidas mejores.

Después se acercaron al fuego, que Newman Noggs había avivado lo mejor que pudo luego de las incursiones de Crawl al combustible. Y Nicholas, que hasta ese momento había estado contenido por la ansiedad extrema de su amigo para que él se saciara tras el viaje, lo presionaba ahora con serias preguntas sobre el estado de su madre y de su hermana.

«Bien», respondió Newman de su acostumbrado modo lacónico; «ambas están bien».

«¿Aún viven en el barrio financiero?», preguntó Nicholas.

«Allí viven», dijo Newman.

«Y mi hermana...», añadió Nicholas. «¿Sigue ocupada en aquel negocio que, según me escribió, pensaba que le gustaría mucho?».

Newman abrió los ojos más que de costumbre, pero se limitó a responder con una exclamación sofocada de asombro que, al ir acompañado de cierto gesto de cabeza, era interpretada por sus amigos como indicativa de sí o de

no. En el caso presente, la pantomima consistió en un movimiento afirmativo, y no negativo, de modo que Nicholas interpretó la respuesta como favorable.

«Ahora, escúcheme», dijo Nicholas, poniendo la mano en el hombro de Newman. «Antes de reunirme con ellas, pensé que sería oportuno acudir a usted, por temor a que, tratando de satisfacer mi propio deseo egoísta, pudiera infligirles a ellas un perjuicio que jamás pudiera reparar. ¿Qué noticias de Yorkshire ha tenido mi tío?».

Newman abrió y volvió a cerrar la boca varias veces, como si estuviera haciendo su mayor esfuerzo por hablar pero no pudiera sacar nada en claro, y finalmente fijó la vista en Nicholas con una mirada severa y fatal.

«¿Qué noticias ha tenido?», lo urgió Nicholas, sonrojándose. «Ya ve que estoy listo para oír lo peor que la maldad pudiera concebir. ¿Por qué habría de ocultármelo usted? Tendré que saberlo tarde o temprano, así que nada podría ganarse haciendo melindres y demorando el asunto unos minutos, cuando bastaría la mitad de ese tiempo para informarme de todo lo ocurrido. Dígamelo de inmediato, se lo ruego».

«Mañana temprano», dijo Newman; «mañana lo escucharé».

«¿Con qué fin?», urgió Nicholas.

«Para que duerma usted mejor», respondió Newman.

«Dormiré peor», respondió Nicholas con impaciencia. «¡Dormir! A pesar de lo exhausto que estoy, y aun estando más necesitado de descanso que de ordinario, no podré pegar los ojos en toda la noche si usted no me lo cuenta todo».

«¿Y si yo se lo contara todo?», dijo Newman, vacilante.

«¿Cómo? Entonces podría usted concitar mi indignación o herir mi orgullo», prosiguió Nicholas; «pero no entorpeceré mi descanso; pues si la escena volviera a tener lugar, no podría asumir otro papel más que el que he asumido, y sean cuales fueren las consecuencias que para mí resultaran de ello, jamás lamentaré haber actuado como lo hice... jamás, aunque en consecuencia tenga que morir de hambre o mendigar. ¿Qué es un poco de pobreza o de sufrimiento frente a la ignominia de la más baja e inhumana cobardía? Le aseguro que si hubiera permanecido inmóvil, manso y pasivo, me habría odiado, y merecido el desprecio de cada hombre de la tierra. ¡Canalla desalmado!».

Con esa suave alusión al ausente Sr. Squeers, Nicholas reprimió la ira que sentía crecer en su interior, y tras relatarle a Newman exactamente lo que había pasado en el Colegio Mayor de Dotheboys, le suplicó que hablase y no se contuviera más. Una vez interpelado de ese modo, el Sr. Noggs tomó de un

viejo baúl una hoja de papel que parecía haber sido garabateada con mucha prisa, y, después de dar diversas y extraordinarias muestras de no tener deseos de hablar, se pronunció en los siguientes términos:

«Mi querido joven, no debe dejarse arrastrar... este tipo de cosas no sirven, sabe usted... en lo que se refiere a salir adelante en el mundo, si se pone usted de parte de todos los que son maltratados... ¡Maldita sea, me enorgullece oírlo, yo habría hecho lo mismo!».

Newman acompañó este tan inusual estallido con un violento golpe sobre la mesa, como si, al calor del momento, la hubiera confundido con el pecho o las costillas del Sr. Wackford Squeers. De este modo, habiendo estropeado — con esta declaración abierta de sus sentimientos— la posibilidad de ofrecerle a Nicholas algún cauteloso consejo mundano (lo cual había sido su intención inicial), el Sr. Noggs pasó directamente al meollo del problema.

«Anteayer», dijo Newman, «su tío recibió esta carta. Le hice una copia apresurada cuando él salió. ¿Se la leo?».

«Por favor», respondió Nicholas. Por consiguiente, Newman Noggs leyó lo que sigue:

«Colegio Mayor de Dotheboys

»Jueves por la mañana

»Señor,

»Mi papá me pide que le escriba. Los médicos dudan si podrá *rescobrar* el uso de las piernas, lo que le impide sostener una pluma.

»Nuestro estado mental no se parece a nada, y mi papá parece que tiene una máscara, lleno de *latimaduras* tanto azules como verdes también dos formas impregnadas en su sangre. Nos vimos *hobbligados* a cargarlo hasta la cocina donde yace ahora. Podrá usted concluir hasta qué punto lo rebajaron.

»Cuando el *sobrino* suyo que usted recomendó como maestro, terminó de hacerle eso a mi papá y saltó sobre su cuerpo con sus pies y también con *lenguaje* que no voy a describir para no *hensusiar* mi pluma, atacó a mi mamá con horrible violencia, la lanzó a tierra, y le clavó su peineta posterior varias pulgadas dentro de su cabeza. Un poquito más y le habría entrado en el cráneo. Tenemos un *cetrificado* médico de que si lo hubiera hecho, el carapacho de tortuga le habría afectado el cerebro.

»Yo y mi hermano fuimos luego víctimas de su *furria* desde entonces nos duele mucho lo que nos lleva a la *orrenda* idea de que recibimos algún daño en nuestros adentros, especialmente porque no hay marcas de violencia visibles externamente. Estoy gritando muy alto todo el tiempo que escribo y

también mi hermano y eso me distrae bastante la atención, y espero que excuse errores.

»Cuando el monstruo *sasió* su sed de sangre huyó, llevándose a un chico de carácter violento al que había incitado a *arrevearse*, y una sortija de granate que pertenece a mi mamá, y como no lo agarraron los policías se supone que lo montó alguna diligencia. Mi papá ruega que si va a usted, que le devuelva la sortija, y que deje libre al ladrón y asesino, pues si lo procesamos no harían más que mudarlo de lugar, y si se le deja libre con seguridad lo ahorcarán dentro de poco, lo que nos ahorrará trabajo y será mucho más satisfactorio. A la espera de noticias suyas cuando le resulte conveniente,

»Quedo de usted,

»Suya y *citera*

»Fanny Squeers.

»P.D.: Me compadezco de su ignorancia y lo desprecio».

Siguió a la lectura de esta selecta epístola un profundo silencio, durante el cual Newman Noggs la fue doblando, al tiempo que ojeaba con una especie de lástima grotesca al chico de carácter violento al que se referían, el cual, por no tener ninguna percepción clara del asunto en cuestión, más allá de haber sido él la desafortunada causa de que se amontonaran sobre Nicholas problemas y falsedades, permaneció sentado, mudo y descorazonado, con gran desconsuelo y depresión reflejados en el rostro.

«Sr. Noggs», dijo Nicholas, tras reflexionar unos instantes, «debo salir de inmediato».

«¡Salir!», exclamó Newman.

«Sí», dijo Nicholas, «a Golden Square. Nadie que me conozca creería ese cuento de la sortija, pero podría cumplir el propósito, o gratificar el odio del Sr. Ralph Nickleby fingir que le atribuye credibilidad. Tengo que —no por él, sino por mí— declarar la verdad, y además tengo que intercambiar con él una o dos palabras que no aguantan más».

«Tienen que aguantar», dijo Newman.

«No pueden, en verdad», replicó Nicholas con firmeza, preparándose para abandonar la casa.

«Escuche lo que le digo», dijo Newman, plantándose frente a su joven e impetuoso amigo. «Él no está aquí. Salió de la ciudad. No regresará hasta dentro de tres días, y sé que la carta no será respondida antes de su regreso».

«¿Está convencido de eso?», preguntó Nicholas, violentamente irritado, y yendo y viniendo por la habitación a grandes zancadas.

«Absolutamente», replicó Newman. «Apenas la había leído cuando lo mandaron a buscar. Nadie más que él y nosotros conocemos su contenido».

«¿Está seguro?», preguntó Nicholas precipitadamente, «¿ni siquiera mi madre ni mi hermana? Si pensara que ellas... voy allá... tengo que verlas. ¿En qué dirección están? ¿Dónde queda ese sitio?».

«¡A ver!, hágame caso», dijo Newman, por un momento hablando, en su sinceridad, como cualquier otro hombre, «no haga ningún intento de verlas hasta que él regrese a casa. Yo conozco a ese hombre. Que no vaya a parecer que usted estuvo urdiendo complots con nadie. Cuando él regrese, vaya directamente a verlo, y hable con tanta osadía como quiera. Cuando se trata de adivinar la verdad real, sabe llegar a ella tan bien como usted o como yo. Téngale confianza en ese aspecto». «Usted desea que las cosas me salgan bien, y debe conocerlo mejor que yo», respondió Nicholas, tras pensarlo un poco más. «Bien, que así sea».

Newman, que había estado de pie con la espalda apoyada contra la puerta durante toda esa conversación, listo para oponerse por la fuerza a cualquier intento de salida del apartamento si fuera menester, regresó a su asiento con gran satisfacción. Y como a estas alturas el agua de la tetera estaba hirviendo, llenó un vaso con licor y agua para Nicholas, y tomó una jarra rajada para el uso compartido de él y Smike, de la cual ambos bebieron en gran armonía, mientras que Nicholas recostaba la cabeza sobre su mano y permanecía sumido en una melancólica meditación.

Mientras tanto, el grupo reunido al pie de la escalera, tras escuchar atentamente sin oír ruido alguno que justificase asomarse para saciar la curiosidad, regresó al salón de los Kenwigs, donde sus integrantes se dedicaron a proponer una gran variedad de conjeturas relativas a la causa de la desaparición repentina y a la demora del Sr. Noggs.

«¡Dios mío, escuchen!», dijo la Sra. Kenwigs. «¡Supongan que sea un correo de entrega especial para anunciarle que ha recuperado todas sus propiedades!».

«¡Ay!», dijo el Sr. Kenwigs, «no es *imposible*. Quizás, en ese *cazo*, mejor le *mandamoz* a preguntar *zi* no *dezea* tomar un poco *maz* de ponche».

«Kenwigs», dijo el Sr. Lillyvick en voz alta, «usted me sorprende».

«¿Qué ocurre, *zeñor*?», preguntó el Sr. Kenwigs, adoptando una encantadora sumisión frente al recaudador de cuentas de agua.

«Por hacer semejante observación, señor», respondió el Sr. Lillyvick, colérico. «Él ya ha bebido ponche, ¿no, señor? Considero que el modo en que ese ponche fue sacado de circulación, si es que puedo usar esa expresión, fue

altamente irrespetuoso con este grupo; escandaloso, perfectamente escandaloso. Puede que en esta casa sea costumbre permitir cosas semejantes, pero no es el tipo de comportamiento al que yo estoy acostumbrado, de modo que no me importa decírselo, Kenwigs. Un caballero tiene ante sí un vaso de ponche que se apresta a llevarse a los labios, y viene otro caballero y se apropia de ese vaso de ponche, sin un “con su permiso”, o “permítame”, y se lleva el vaso de ponche. Puede que esos sean buenos modales —me atrevo a admitir que pudieran serlo— pero yo no lo entiendo, eso es todo. Y lo que es más, no me importa si jamás llego a entenderlo. Y si a usted no le agrada, ya es bien pasada mi hora normal de ir a la cama, y puedo desandar el camino a casa sin más demora».

¡Qué acontecimiento tan desafortunado! Durante varios minutos el recaudador había permanecido sentado, inflándose e hirviendo de dignidad ofendida, y ahora estallaba. El gran hombre... el pariente rico... el tío soltero —en cuyo poder estaba convertir a Morleena en heredera, y al mismísimo bebé en legatario— estaba ofendido. ¡Por todos los cielos!, ¿adónde iría esto a parar?

«Lo *ziento* mucho, *zeñor*», dijo el Sr. Kenwigs con humildad.

«No me diga que lo siente», replicó el Sr. Lillyvick con gran aspereza. «Si es así, debió haberlo evitado».

Los asistentes se habían quedado prácticamente paralizados con este altercado doméstico. El salón trasero permaneció con la boca abierta y la vista clavada, pero ausente, en el recaudador, con un estupor de consternación, y los demás invitados estaban igualmente sobrecogidos por la irritación del gran hombre. Por falta de habilidad en estos asuntos, el Sr. Kenwigs no había hecho sino atizar la llama al tratar de apagarla.

«La verdad *ez* que no lo *penzé*, *zeñor*», dijo ese caballero. «Nunca *zupuze* que algo tan trivial como un *vazo* de ponche lo *puziera* a *uzted* de tan mal genio». «¡Malgenioso yo! ¿Qué demonios quiere usted decir con ese pedazo de impertinencia, Sr. Kenwigs?», dijo el recaudador. «Morleena, niña... busca mi sombrero». «Oh, no vaya usted a irse, Sr. Lillyvick, estimadísimo», intercedió la Srta. Petowker, con su sonrisa más cautivadora.

Pero de todas formas el Sr. Lillyvick, a pesar de este canto de sirena, exclamó obstinadamente, «¡Morleena, mi sombrero!». A la cuarta repetición de esa demanda, la Sra. Kenwigs se desplomó en su butaca con un llanto que hubiera podido ablandar a una piedra, no ya a un recaudador de cuentas de agua, mientras que las cuatro niñas (instruidas en privado a esos efectos) se

abrazaban a los pantalones de pana del tío, rogándole con defectuoso inglés que se quedara.

«¿Por qué he de permanecer aquí, queridas mías?», dijo el Sr. Lillyvick. «Aquí no soy bienvenido».

«Oh, no hables con tanta crueldad, tío», sollozó la Sra. Kenwigs, «a menos que desees matarme».

«No me extrañaría que hubiera gente que dijera que ese fuese mi propósito», respondió el Sr. Lillyvick, mirando con enojo a Kenwigs. «¡Conque malgenioso!». «¡Oh! No puedo soportar verlo mirar así a mi esposo», exclamó la Sra. Kenwigs. «¡Es algo tan horrible que suceda eso en una familia! ¡Oh!».

«Sr. Lillyvick», dijo Kenwigs, «*ezpero*, por el amor de *zu zobrina*, que *uzted* no pondrá *reparoz* a que *noz* reconciliemos».

Los rasgos del recaudador se relajaron, al tiempo que los asistentes agregaban sus ruegos a los del sobrino político. Dejó a un lado su sombrero y estiró la mano.

«Está bien, Kenwigs», dijo el Sr. Lillyvick; «pero déjeme a la vez decirle, para mostrarle lo malgenioso que soy, que de haberme marchado sin decir una palabra más, eso no habría pesado para nada sobre esa librita o dos que dejaré a sus hijos cuando muera».

«Morleena Kenwigs», exclamó su madre, en un torrente de afecto, «ponte de rodillas frente a tu querido tío, y ruégale que te quiera toda su vida, pues es más un ángel que un hombre, y yo siempre lo he dicho».

Al acercarse Morleena para rendir homenaje según este ruego, fue rápidamente capturada y besada por el Sr. Lillyvick, ante lo cual la Sra. Kenwigs se abalanzó para besar al recaudador, y un irreprimible murmullo de aplauso se produjo entre los presentes que habían presenciado tanta magnanimidad.

El benemérito señor volvió entonces a ser de nuevo la vida y el alma de los allí congregados, una vez reinstalado en su viejo puesto de celebridad, alto sitio del que la temporal distracción de los pensamientos del grupo lo había desplazado por un momento. Dicen que los leones cuadrúpedos solo son fieros cuando están hambrientos; los leones bípedos —las celebridades— raras veces permanecen malhumorados más allá del tiempo en que su hambre de sobresalir permanece inaplacada. El Sr. Lillyvick se erguía más alto que nunca, pues había mostrado su poder, insinuado sus propiedades y sus intenciones testamentarias, ganado mucho crédito por su desinterés y su

virtud, y, además de todo eso, había sido aplacado con un vaso de ponche mucho *mayor* que el que Newman Noggs sustrajera de modo tan criminal.

«Vaya, ruego el perdón de todos por volver a entrometerme», dijo Crawl, introduciendo la cabeza en esta feliz coyuntura, «pero ¡qué asunto más raro!, ¿no creen? Noggs vive en esta casa desde hace ya casi cinco años, y nadie lo había visitado antes, hasta donde recuerda el más antiguo inquilino».

«Es muy extraño que a esta hora de la noche vengán a buscarlo a uno, señor, ciertamente», dijo el recaudador; «y el comportamiento del mismo Sr. Noggs es, por lo menos, misterioso».

«Vaya, pues sí que lo es», añadió Crawl; «y les diré algo más: yo creo que esos dos genios, quienesquiera que sean, están huyendo de algún lado».

«¿Qué le hace pensar eso, señor?», preguntó el recaudador, que pareció haber sido escogido y elegido por un tácito entendimiento como vocero de los asistentes. «No tiene usted tazon para suponer que hayan huido de algún lado sin pagar las cuentas y los impuestos debidos, creo yo».

El Sr. Crawl, con una mirada de cierto desprecio, estaba a punto de entrar en una protesta general contra el pago de cuentas e impuestos bajo cualquier circunstancia, cuando fue detenido por un oportuno murmullo de Kenwig, y varios fruncimientos del ceño y guiños de la Sra. K., que providencialmente lo detuvieron.

«¡Tome! Pues el hecho es...», dijo Crawl, que había puesto todo su empeño en escuchar a través de la puerta de Newman, «el hecho es que han estado hablando tan alto que me molestaron bastante en mi dormitorio, de modo que no pude dejar de captar una palabra aquí y otra allá, y todo lo que oí, ciertamente, parecía referirse a haberse ellos largado de algún sitio. No deseo alarmar a la Sra. Kenwigs, pero espero que no hayan venido de ninguna cárcel u hospital, trayendo una fiebre o algo desagradable de ese tipo que pudiera ser contagioso para los niños».

La Sra. Kenwigs quedó tan sobrecogida por esta suposición, que requirió todas las tiernas atenciones de la Srta. Petowker, del Teatro Real de Drury Lane, para recuperar algo parecido a un estado de sosiego; por no mencionar la buena disposición del Sr. Kenwigs, que sostuvo una gruesa botella para oler ante la nariz de su dama hasta que surgieron dudas sobre si las lágrimas que le corrían por el rostro eran resultado de sus sentimientos o de las sales volátiles.

Una vez que hubieron expresado su solidaridad, individualmente y por separado, las damas cayeron, según la costumbre, en un corito de expresiones compasivas, en las que condolencias tales como «¡la pobre! Yo me sentiría

igual en su lugar...», «Con toda seguridad, es algo muy difícil...» y «nadie más que una madre sabe lo que siente una madre», estuvieron entre las más destacadas y más frecuentemente repetidas. En resumen, la opinión de los presentes se manifestó tan claramente que el Sr. Kenwigs estuvo a punto de dirigirse a la habitación del Sr. Noggs para exigir una explicación, y de hecho ya se había tragado un vaso preparatorio de ponche con gran inflexibilidad y firmeza de propósito, cuando la atención de todos los presentes fue desviada por una nueva y terrible sorpresa.

Fue nada menos que el repentino torrente de una rápida sucesión de gritos, a cual más estridente y penetrante, que procedían de un piso superior, y según parecía, del mismo segundo piso, al fondo, donde estaba encerrado en aquel momento el bebé Kenwigs. En cuanto se oyó aquello, la Sra. Kenwigs, imaginando que un extraño gato acababa de entrar para succionarle al bebé el aliento mientras la chica dormía, corrió en dirección a la puerta frotándose las manos y chillando de manera fatal, para gran consternación y confusión de los presentes.

«¡Sr. Kenwigs, vaya a ver lo que es, y dese prisa!», exclamó la hermana, atrapando en sus brazos con violencia a la Sra. Kenwigs para retenerla por la fuerza. «Oh, no te retuerzas tanto, querida, o no podré retenerte».

«¡Mi bebé, mi bendito, bendito, bendito, bendito bebé!», gritó la Sra. Kenwigs, emitiendo cada «bendito» algo más alto que el anterior. «Mi amado, dulce, inocente Lillyvick... Oh, déjenme ir con él. ¡Déjenme irrrr!».

Mientras profería estos gritos frenéticos, y las cuatro niñas emitían sus gemidos y lamentaciones, el Sr. Kenwigs se precipitó escaleras arriba a la habitación de donde procedían los sonidos, en cuya puerta se encontró con Nicholas, que salía veloz con el bebé en los brazos y con tanta violencia que el ansioso padre fue derribado seis peldaños más abajo, y fue a aterrizar en el descanso más cercano antes de tener tiempo para abrir la boca y preguntar qué pasaba.

«No se alarmen», exclamó Nicholas, corriendo escaleras abajo; «aquí está; todo se apagó, todo terminó. Les ruego que se tranquilicen, no hay daño alguno». Y con esas y otras mil seguridades que dio, entregó al bebé (que, en su apuro, había llevado virado al revés), a la Sra. Kenwigs, y regresó corriendo a asistir al Sr. Kenwigs, que se estaba frotando con mucha fuerza la cabeza, y tenía una expresión de desconcierto por su caída.

Reconfortados por esa alentadora información, los presentes hasta cierto punto se recuperaron de sus temores, que habían producido algunos de los más singulares ejemplos de falta total de presencia de ánimo: el amigo soltero

había retenido largo tiempo entre sus brazos a la hermana de la Sra. Kenwigs, en vez de a la Sra. Kenwigs; y al benemérito Sr. Lillyvick de hecho lo vieron besar varias veces, en la perturbación de su espíritu, a la Srta. Petowker tras la puerta de la habitación, con tanta calma como si no estuviera ocurriendo aquel tumulto.

«No fue nada», dijo Nicholas, regresando ante la Sra. Kenwigs; «la chica que estaba cuidando al bebé tenía sueño, supongo; se quedó dormida, y los cabellos empezaron a arderle».

«¡Oh, malvada pequeña infeliz!», exclamó la Sra. Kenwigs, sacudiéndole el dedo índice de manera impresionante a la joven infortunada, que podía tener unos trece años, y la contemplaba con la cabeza chamuscada y una expresión de temor.

«Oí sus gritos», continuó Nicholas, «y bajé a tiempo para impedir que prendiese fuego a nada más. Pueden estar seguros de que el bebé está indemne, pues lo saqué yo mismo de la cama y lo traje aquí para convencerla».

Concluida esta breve explicación, el bebé —que habiendo sido bautizado con el nombre del recaudador tenía el privilegio de llamarse Lillyvick Kenwigs— fue parcialmente asfixiado por las caricias de los espectadores, y apretado contra el pecho de su madre hasta que volvió a rugir. Entonces la atención de los presentes se desvió, por un tránsito natural, hacia la jovencita que había tenido la audacia de quemarse los cabellos y que, tras recibir diversos cachetes y empujones de las damas más enérgicas, fue piadosamente enviada a su casa, y los nueve peniques con los que iba a ser recompensada se revirtieron a la familia Kenwigs.

«Y que me maten si sé qué es lo que hemos de decirle, señor», exclamó la Sra. Kenwigs, dirigiéndose al salvador del joven Lillyvick.

«No tienen que decir nada en absoluto», respondió Nicholas. «No he hecho nada digno de merecer un fuerte desembolso de elocuencia, se lo aseguro».

«El bebé podría haber perecido quemado, de no haber sido por usted, señor», dijo la Srta. Petowker con una sonrisa afectada.

«No era muy probable, creo yo», respondió Nicholas, «pues aquí había muchos para auxiliarlo, que habrían llegado a él antes de que estuviera en ningún peligro».

«De todas *formaz*, ¡*noz* permitirá beber a *zu zalud*, *zeñor!*», dijo el Sr. Kenwigs, señalando hacia la mesa.

«... en mi ausencia, en cualquier caso», replicó Nicholas con una sonrisa. «He tenido un viaje muy agotador, y debo ser una compañía muy distraída... mucho más un obstaculizador que un promotor de su diversión, incluso si consiguiera permanecer despierto, cosa que creo muy dudosa. Si me lo permiten, regresaré adonde mi amigo, el Sr. Noggs, que volvió a subir las escaleras cuando vio que nada serio había ocurrido. Buenas noches».

Excusándose en estos términos de incorporarse a la celebración, Nicholas se despidió de la Sra. Kenwigs y de las otras damas de un modo muy encantador, y se retiró, tras dejar una impresión bastante extraordinaria en los presentes.

«¡Qué joven tan encantador!», exclamó la Sra. Kenwigs.

«*Dezacoztumbradamente caballerozo*, realmente», dijo el Sr. Kenwigs. «¿No le parece, Sr. Lillyvick?».

«Sí», dijo el recaudador, con un dudoso encogimiento de hombros. «Es en efecto caballeroso, muy caballeroso... en apariencia».

«Espero que no tengas nada en su contra, tío», preguntó la Sra. Kenwigs.

«No, querida», respondió el recaudador, «no. Confío en que no se convierta en... bueno... no importa... mi amor para ti, querida, y larga vida para el bebé».

«Tu tocayo», dijo la Sra. Kenwigs, con una dulce sonrisa.

«Y *ezpero* que un tocayo digno», observó el Sr. Kenwigs, tratando de ganarse al recaudador. «*Espero que zea* un bebé que nunca avergüence a *zu* padrino, y que cuando crezca, sea *conziderado* igual que los Lillyvick cuyo nombre lleva. Digo —y la *zeñora Kenwigs ziente* igual que yo, y lo *ziente* tan fuerte como yo— que *comidero* que el hecho de *llamarze* él Lillyvick *ez* una de *loz mayorez honorez y bendicionez* de mi *exiztencia*».

«La mayor bendición, Kenwigs», murmuró su dama.

«La mayor bendición», dijo el Sr. Kenwigs, rectificándose. «Bendición que *espero* uno de estos *díaz* poder merecer».

Ese fue un toque político de los Kenwigs, pues convertía al Sr. Lillyvick en la gran cabeza y la fuente de la importancia del bebé. El buen caballero sintió la delicadeza y la destreza del toque, y de inmediato propuso beber a la salud del caballero, de nombre desconocido, que se había destacado aquella noche por su sangre fría y prontitud.

«El cual, no me importa decirlo», observó el Sr. Lillyvick, como gran concesión, «es un joven bastante bien parecido, con modales que espero que igualen su carácter».

«Realmente tiene un rostro y un estilo agradables», dijo la Sra. Kenwigs.

«Sí, es cieno que sí», añadió la Srta. Petowker. «Hay algo en su apariencia muy... ay, ay, ¿cómo es que se le dice a eso?».

«¿Cómo se le dice a qué?», preguntó el Sr. Lillyvick.

«¡Tome...! Ay, qué estúpida soy», respondió la Srta. Petowker, vacilante. «¿Cómo es que se le dice, cuando los lores arrancan aldabas de las puertas y golpean a los policías, y juegan en los coches con el dinero ajeno, y todo ese tipo de cosas?».

«¿Aristocrático?», sugirió el recaudador.

«¡Anjá!, aristocrático», respondió la Srta. Petowker; «él tiene algo muy aristocrático, ¿no creen?».

Los caballeros permanecieron callados y se sonrieron unos a otros, como diciéndose, «¡Caramba!, para gustos se han hecho colores», pero las damas decidieron unánimemente que Nicholas tenía un aire aristocrático, y como nadie se molestó en refutar el punto, este se estableció triunfante.

Puesto que para entonces el ponche ya se había agotado y las pequeñas Kenwigs (que hacía ya rato que mantenían sus ojitos abiertos apuntalándolos con los deditos índices) se estaban poniendo de mal humor y demandando con bastante urgencia que las llevaran a la cama, el recaudador hizo el gesto de sacar su reloj y comunicó a los presentes que eran casi las dos, ante lo cual algunos de los invitados se sorprendieron y otros se conmocionaron, y comenzó la búsqueda a tientas de sombreros y cofias bajo las mesas, y a su debido tiempo se los halló y sus dueños partieron, tras muchos apretones de manos y muchas observaciones de cómo jamás habían pasado una noche tan agradable, y de cuánto se maravillaban de descubrir que era tan tarde, pues esperaban oír que, como mucho, fuesen las diez y media, y cuánto desearían que el Sr. y la Sra. Kenwigs tuvieran cada semana un aniversario de bodas, y cómo se preguntaban de qué medios ocultos se habría valido la Sra. Kenwigs para que todo le hubiera quedado tan bien, y muchas otras cosas de este estilo. Y a todas estas expresiones lisonjeras el Sr. y la Sra. Kenwigs respondieron agradeciéndoles a cada dama y caballero, uno a uno, por el favor de su compañía, y esperando que lo hubieran pasado la mitad de lo bien que decían haberlo pasado.

En cuanto a Nicholas, bastante inconsciente de la impresión que había producido, hacía mucho que dormía, dejando al Sr. Newman Noggs y a Smike vaciando la botella de licor entre los dos, función que llevaron a cabo con tan extrema buena voluntad, que a Newman le costaba trabajo decidir si él mismo estaba o no sobrio, y si alguna vez había visto a algún caballero en

un estado de borrachera tan pesado, somnoliento y total como este recién conocido.

CAPÍTULO 16

DONDE NICHOLAS INTENTA EMPLEARSE EN UN NUEVO OFICIO Y, AL FRACASAR, ACEPTA UN COMPROMISO COMO TUTOR PRIVADO EN EL SENO DE UNA FAMILIA

La primera preocupación de Nicholas a la mañana siguiente fue buscar algún cuarto en el que, hasta que tiempos mejores le amanecieran, pudiera subsistir sin constituir una carga para la hospitalidad de Newman Noggs, quien habría dormido gustoso en las escaleras con tal de asegurar la comodidad de su joven amigo.

El apartamento disponible al que se refería el anuncio de la ventana del salón resultó ser, al averiguar, un cuartito al fondo del segundo piso, construido como ampliación bajo el mismo techo, y que daba a un paisaje de tejas y chimeneas. El inquilino del salón estaba mandatado para alquilar esta porción de la casa de semana en semana, en condiciones razonables, pues el propietario había delegado en él para que dispusiera de los cuartos en cuanto se desocuparan, y para que mantuviera una estricta vigilancia a fin de evitar que los inquilinos huyeran. Como medio para garantizar su puntual cumplimiento de ese último servicio, se le permitía vivir exento del pago de alquiler, por temor a que en cualquier momento se sintiera él mismo tentado de huir.

Nicholas se convirtió en el inquilino de ese cuarto, y después de alquilar unos pocos muebles donde un prestamista vecino, y de pagar por adelantado el arriendo de la primera semana a partir de un pequeño fondo conseguido mediante la conversión de algunas mudas de ropa sobrantes en dinero contante y sonante, se sentó a rumiar sobre sus perspectivas, que eran bastante estrechas y sombrías, como la que podía verse a través de la ventana. Puesto que aquellas no mejoraban en la medida en que pensaba en ellas, y como la familiarización suele generar desprecio, determinó borrarlas de sus pensamientos a fuerza de dar largos paseos. Así que, tomando su sombrero, y dejando atrás al pobre Smike para que arreglara y volviera a arreglar el cuarto con tanto placer como si hubiera sido el más costoso palacio, salió a la calle y se mezcló con la multitud que la abarrotaba.

Aunque un hombre puede perder el sentido de su propia importancia cuando se convierte en una mera unidad dentro de una muchedumbre que, en su totalidad, lo pasa completamente por alto, esto no significa que pueda deshacerse con igual facilidad de un sentido muy fuerte respecto a la importancia y magnitud de sus preocupaciones. El estado infeliz de sus propios asuntos era la única idea que colmaba el cerebro de Nicholas, por rápido que caminara. Y cuando trató de desplazarla especulando sobre la situación y las perspectivas de la gente que lo rodeaba, a los pocos segundos se sorprendió a sí mismo contrastando la condición de los demás con la suya propia, y deslizándose otra vez, de manera casi imperceptible, hacia su antigua línea de pensamiento.

Inmerso en esas reflexiones mientras avanzaba por una de las grandes arterias públicas de Londres, elevó la vista por casualidad hacia un cartel azul en el que estaban escritas con letras doradas las palabras «Oficinas de la Agencia General; infórmese en el interior sobre plazas y puestos de todo tipo». Era la parte delantera de un comercio, dotada de un toldo de gasa y una puerta interior, y en la ventana había colgada una amplia y tentadora colección de letreros escritos que anunciaban plazas disponibles de cualquier nivel, desde secretario hasta paje.

Nicholas se detuvo instintivamente frente a este templo de la esperanza, y paseó la vista sobre los puestos vacantes escritos en mayúscula, que eran difundidos de manera tan profusa. Cuando completó su examen siguió caminando un pequeño trecho, y entonces regresó, y entonces echó a andar nuevamente. Finalmente, después de detenerse resueltamente varias veces ante la puerta de la Oficina de la Agencia General, se decidió y entró.

Se encontró en una pequeña habitación bien limpiada con bayeta, con un alto escritorio cercado por una barandilla en una esquina, tras el cual se sentaba un joven delgado de ojos astutos y mentón saliente, cuyas funciones, escritas en mayúsculas, llenaban toda la vitrina. Tenía abierto delante un grueso libro mayor, y los dedos de la mano derecha insertados entre las hojas, y la vista fija en una anciana muy gruesa con una cofia —evidentemente la propietaria del establecimiento— que se abanicaba frente al fuego, y el mencionado joven parecía estar a la espera de las instrucciones de ella para buscar algunos apuntes contenidos entre sus broches herrumbrosos.

Puesto que afuera había un cartel que informaba al público de que había personas dispuestas a cualquier servicio a la espera de ser contratadas desde las diez hasta las cuatro, Nicholas de inmediato comprendió que una media docena de mujeres jóvenes y fuertes que estaban sentadas —todas ellas con

zuecos y paraguas— sobre un banco, en un rincón, estaban allí para ese propósito, especialmente porque las pobrecitas tenían semblante de ansiedad y cansancio. No estuvo igualmente seguro de las vocaciones y los rangos de dos elegantes mujeres jóvenes que conversaban con la dama gruesa frente al fuego hasta que —tras sentarse él mismo en un rincón, una vez hubo anunciado que esperaba a que fueran servidos los demás clientes— la señora gruesa reanudó el diálogo que su entrada interrumpiera.

«Cocinera, Tom», dijo la dama gruesa, todavía abanicándose como se dijo antes.

«Cocinera», dijo Tom, volviendo algunas páginas del libro mayor. «Ya está».

«Lee en voz alta una o dos ubicaciones fáciles», dijo la señora gruesa.

«Escójalas bien ligeras, por favor, joven», interrumpió una mujer fina con botas de tartán de colotes blanco y negro que parecía ser la diente.

«“Sra. Marker”» leyó Tom, «“Russel Place, Plaza Russell; ofrece dieciocho guineas, té y azúcar disponibles. Familia de dos, y recibe muy pocas visitas. Cinco sirvientas con alojamiento. Ningún hombre. Ningún acompañante”».

«¡Qué va!», dijo la diente con una risita disimulada. «Esa no se presta. Lea otra, joven, por favor».

«“Sra. Wrymug”,» dijo Tom. «“Pleasant Place, Finsbury. Salario, doce guineas. Ni té, ni azúcar. Familia seria...”».

«¡Ah! No pierda tiempo leyendo esa», interrumpió la cliente.

«“Tres sirvientas serias”,» dijo Tom con énfasis.

«¿Tres dijo usted?», preguntó la cliente, en un tono distinto.

«“Tres sirvientas serias”,» respondió Tom. «Cocinera, criada de limpieza y niñera; a cada sirvienta hembra se le exigirá que acuda a una capilla disidente tres veces todos los domingos, con un lacayo serio. Si la cocinera es más seria que el lacayo, deberá mejorar al lacayo; si el lacayo es más serio que la cocinera, deberá mejorar a la cocinera».

«Anotaré la dirección de ese lugar», dijo la cliente; «de repente va y me viene bastante bien».

«Aquí hay otro», observó Tom, volviendo las páginas. «Familia del Sr. Gallanbile, parlamentario. Quince guineas, té y azúcar, y las sirvientas pueden recibir a primos varones si no es algo impío. Tómese nota. Cena fría en la cocina el domingo. El Sr. Gallanbile es devoto de la observancia religiosa del domingo. En el Día del Señor no se cocinará vitualla alguna, a excepción de la cena del Sr. y la Sra. Gallanbile, que, por ser una obra de piedad y

necesidad, queda exenta. El Sr. Gallanbile cena tarde el día de descanso, a fin de evitar todo lo pecaminoso que conlleva el hecho de que la cocinera se vista».

«No creo que esta nos venga tan bien como la otra», dijo la cliente, tras cuchichear un poco con su amiga. «Anotaré la otra dirección, por favor, joven. Lo que puedo hacer es regresar si no me conviene».

Tom escribió la dirección como se le pidió, y la fina cliente, tras abonar una pequeña cuota a la dama gruesa, partió en compañía de su amiga.

En el momento en que Nicholas iba a abrir la boca para pedirle al joven que buscara la página de la letra S y le informara qué puestos de secretario estaban vacantes, este se retiró de inmediato para servir a una solicitante que acababa de entrar a la oficina, y cuya apariencia sorprendió e interesó a la vez a Nicholas.

Era una joven que apenas tendría unos dieciocho años, de figura muy leve y delicada, pero de forma exquisita, que tras avanzar con timidez hasta el escritorio, hizo, en un tono de voz muy bajo, una averiguación relativa a algún puesto de institutriz, o de dama de compañía. Mientras presentaba su solicitud, se levantó el velo por un instante, y dejó al descubierto un rostro de una belleza muy poco común, aunque ensombrecido por una nube de tristeza, algo doblemente extraordinario en una persona tan joven. Después de recibir una tarjeta referida a alguna persona asentada en los libros, hizo el gesto habitual de abonar el servicio y se marchó con pasos leves.

Estaba arreglada con esmero pero de modo discreto; tanto, que de haber llevado esa misma vestimenta alguien con menos gracia que ella, podría haberse dicho que era pobre y raída. Su sirvienta —pues tenía una— era una chica desgarrada de rostro rojizo y ojos redondos que, a juzgar por la aspereza de sus brazos desnudos que asomaban bajo el chal, gastado de tanto rodar, y por los vestigios de tizne y grafito a medias lavados que le tatuaban el rostro, era claramente de la misma raza de las personas dispuestas a cualquier servicio que estaban sentadas en el banco, y que intercambiaron con ella sonrisas y miradas indicativas de la camaradería del oficio.

La chica salió tras su ama, y antes de que Nicholas se recuperara de los primeros efectos de sorpresa y admiración, la joven ya se había ido. A diferencia de lo que pudieran pensar algunas personas comedidas, no habría sido total y absolutamente improbable que Nicholas las hubiera seguido hasta la calle, de no haber sido retenido por lo que ocurrió entre la señora gruesa y su tenedor de libros.

«¿Cuándo volverá ella, Tom?», preguntó la dama gruesa.

«Mañana temprano», respondió Tom, arreglando su pluma.

«¿Adónde la enviaste?», preguntó la dama gruesa.

«Adonde el Sr. Clark», respondió Tom.

«Allá se va a dar tremenda vida», observó la dama gruesa, tomando una pizca de rapé de una lata.

Tom respondió con un gesto irónico de «ya lo creo» y apuntó a Nicholas con el extremo superior de su pluma, de modo que tal recordatorio indujera a la mujer a preguntar: «¡A ver, señor! ¿En qué podemos servirle?».

Nicholas respondió brevemente que quería saber si había algún puesto como de secretario o amanuense de caballero que estuviera vacante.

«¡Algún puesto!», replicó la señora; «hay una decena. ¿Verdad, Tom?».

«Eso creo», respondió el joven caballero, y, al decirlo, le hizo un guiño a Nicholas, con un grado de familiaridad que sin duda pretendía ser una lisonja, pero que disgustó profundamente a Nicholas.

Al remitirse al libro, resultó que la docena de secretarías se reducían a una. El Sr. Gregsbury, gran parlamentario de Edificios Manchester, en Westminster, quería a un joven que le mantuviera en orden los papeles y la correspondencia, y Nicholas era exactamente el tipo de joven que el Sr. Gregsbury deseaba.

«No sé cuáles son las condiciones, pues dijo que él mismo las arreglaría con la otra parte», observó la dama gruesa; «pero deben ser bastante buenas, porque es miembro del Parlamento».

Aunque tenía poca experiencia, Nicholas no se sintió animado a confiar en la fuerza de ese razonamiento ni en la justeza de esa conclusión; pero sin molestarse en cuestionarla, anotó la dirección y decidió a ir a hacerle antesala sin demora al Sr. Gregsbury.

«No sé qué número es», dijo Tom, «pero los Edificios Manchester no son un sitio muy grande, y, en el peor de los casos, no le llevará mucho tiempo tocar a todas las puertas a ambos lados de la vía hasta que lo encuentre. Por cierto, ¡qué joven tan atractiva! ¿No le parece?».

«¿A quién se refiere, señor?», preguntó Nicholas con severidad.

«Menuda chica, ¿eh...?», susurró Tom, cerrando un ojo y levantando muy alta la barbilla. «No la ha visto, claro que no... por cierto, ¿no le gustaría estar en mi lugar cuando venga mañana temprano?».

Nicholas miró al feo secretario como si tuviera en mente recompensar su admiración por la joven golpeándole las orejas con el libro mayor, pero se abstuvo de hacerlo y salió de la oficina con paso rápido y altanero, desafiando, en su indignación, aquellas antiguas leyes de la caballería,

que no solo consideraban adecuado y legal que todos los buenos caballeros oyesen los elogios de las damas de su devoción, sino que les asignaban la tarea de errar por el mundo y acabar con todos los personajes prosaicos y poco poéticos que declinaran exaltar, por encima de todo en la tierra, a las damiselas a las que nunca habían tenido oportunidad de ver, o siquiera de oír hablar de ellas... ¡como si eso fuera una excusa!

Habiendo dejado de pensar en sus propias desgracias para preguntarse cuáles podían ser las de aquella hermosa joven, Nicholas, equivocándose de calle, y tras muchas averiguaciones, y casi otras tantas direcciones erradas, se encaminó a su sitio de destino.

Dentro de los límites de la antigua ciudad de Westminster, y a medio kilómetro de su antiguo santuario, hay una zona estrecha y suda, santuario de los parlamentarios menores de nuestros días. Toda ella se limita a una calle de lúgubres casas de huéspedes, de cuyas ventanas, en tiempo de vacaciones, cuelgan largas hileras de carteles melancólicos y huraños que informan, con la misma claridad expresada en el rostro de los inquilinos que se alinean en las bancadas ministerial y de la oposición durante una inactiva sesión de concejales: «se alquila...». «Se alquila». En períodos más activos del año esos carteles desaparecen, y las casas bullen de legisladores. Hay legisladores en los salones, en el primer piso, en el segundo, en el tercero, en los desvanes; los apartamentitos hieden al aliento de diputados y delegados. En días húmedos este sitio se vuelve inaccesible por los vapores de los proyectos de ley bastante mojados del Parlamento y las fétidas peticiones. Los carteros palidecen cuando ingresan en estos predios infectados, y figuras desarrapadas en busca de cartas franqueadas revolotean sin descanso de un lado para el otro, como los trastornados fantasmas de los «escritores de cartas perfectas» ya fallecidos. Estos son los Edificios Manchester. Y aquí, a cualquier hora de la noche se puede oír el traqueteo de llaves en sus respectivos llavines, unido —de tiempo en tiempo, cuando una racha de viento barre la superficie del agua que lava los pies de los edificios y empuja el sonido hacia su entrada— a la voz débil y chillona de algún joven parlamentario que ensaya el discurso del día siguiente. Todo el santo día resuenan los organillos y el golpeteo y el estruendo de cajitas de música, pues los Edificios Manchester son como una trampa para anguilas, sin más salida que por su incómoda boca —una botella en un estuche, sin posibilidad de libre paso, con el cuello corto y estrecho— y a este respecto podría ser considerada típica del destino de algunos de sus residentes más aventureros, que después de llegar culebreando al Parlamento con mucho esfuerzo y muchas contorsiones, descubren que este también

carece para ellos de libre paso, y que, al igual que los Edificios Manchester, no conduce a ningún sitio más allá de sí mismo, y que al cabo se ven obligados a recular y abandonar la plaza sin ser más sabios ni más ricos, ni una pizca más famosos que cuando entraron.

A los Edificios Manchester llegó Nicholas, con la dirección del gran Sr. Gregsbury en la mano. Como había un torrente de personas inundando una vivienda destartalada no lejos de la entrada, esperó hasta que entraron, y entonces, acercándose al sirviente, se aventuró a preguntar si sabía dónde vivía el Sr. Gregsbury.

El sirviente era un chico muy pálido y desarrapado, con el aspecto de haber dormido bajo tierra desde su infancia, y era muy probable que así fuera. «¿El Sr. Gregsbury?», dijo; «El Sr. Gregsbury vive aquí. No hay problema. Entre».

Nicholas pensó que era mejor entrar mientras tuviera esa posibilidad, de modo que traspasó el umbral. Pero en cuanto lo hizo, el chico cerró la puerta y arrancó a correr.

Esto era bastante extraño, pero lo más embarazoso era que, a todo lo largo del estrecho pasillo, y a todo lo largo de las estrechas escaleras, obstaculizando la ventana y oscureciendo aún más la oscura entrada, había una confundida multitud de personas que, por su aspecto, parecían muy importantes, y que, a todas luces, esperaban en silenciosa expectativa algún acontecimiento próximo. De vez en cuando un hombre le murmuraba algo al que tenía al lado, o un grupito se ponía a murmurar entre sí, y entonces los murmuradores asentían unos a otros con feroces gestos de cabeza, o sacudían esta de modo implacable, como si estuvieran decididos a hacer algo muy desesperado, y determinados a que no se les detuviera, pasara lo que pasase.

Al transcurrir algunos minutos sin que ocurriese nada que explicara este fenómeno, y al sentir que su posición era particularmente incómoda, Nicholas estaba a punto de pedirle alguna información al hombre que tenía más próximo, cuando se percibió en las escaleras un movimiento y se oyó a una voz exclamar: «¡A ver, caballeros!, tengan la bondad de subir».

En vez de subir los caballeros de las escaleras comenzaron a bajar con la mayor prontitud, y a rogarle con extraordinaria cortesía a los caballeros más cercanos a la calle que pasaran primero, mientras que los caballeros más cercanos a la calle replicaban, con igual cortesía, que bajo ninguna circunstancia podían siquiera pensar en hacer algo semejante, pero lo hicieron sin pensarlo, en tanto los demás caballeros ejercieron presión hacia delante sobre una media docena de ellos (entre los cuales estaba Nicholas) y,

cerrándoles la retirada, los empujaron no solo escaleras arriba, sino hasta el mismo salón del Sr. Gregsbury, al que se vieron obligados a entrar con la más indecorosa precipitación y sin medios de retirada, pues los que se apretaban detrás de ellos llenaron y desbordaron el apartamento.

«Caballeros», dijo el Sr. Gregsbury, «sean bienvenidos. Me alegra verlos».

Para ser un caballero que se alegraba de ver a un cuerpo de visitantes, el Sr. Gregsbury parecía tan incómodo como pudiera parecer. Pero tal vez esto lo ocasionaran su seriedad senatorial y su hábito de estadista de controlar sus sentimientos. Era un caballero fornido, corpulento, terco, de voz fuerte y modales pomposos, con tolerable dominio de las oraciones carentes de significado y, en resumen, dotado de todos los requisitos para ser un buen parlamentario de verdad.

«¡A ver, caballeros!», dijo el Sr. Gregsbury, lanzando un gran paquete de papeles a un cesto de mimbre que tenía a sus pies, dejándose caer hacia atrás en su asiento y cruzando los brazos, «ustedes están insatisfechos con mi conducta, según veo por los periódicos».

«Sí, lo estamos, Sr. Gregsbury», dijo un rechoncho anciano violentamente acalorado, saliendo de la multitud y plantándose frente a ella.

«¿Acaso me engañan mis ojos», dijo el Sr. Gregsbury mirando a quien acababa de hablar, «o es ese mi viejo amigo Pugstyles?».

«Soy ese mismo y no otro señor», respondió el rechoncho anciano.

«Venga esa mano, mi benemérito amigo», dijo el Sr. Gregsbury. «Pugstyles, mi querido amigo, lamento mucho verlo aquí».

«Yo lamento mucho estar aquí, señor», dijo el Sr. Pugstyles, «pero su conducta, Sr. Gregsbury, ha hecho imperativamente necesaria la gestión de esta delegación de sus electores».

«Mi conducta, Pugstyles», dijo el Sr. Gregsbury, mirando con afable magnanimidad a la delegación que lo rodeaba, «... mi conducta ha estado, y siempre estará, dictada por una preocupación sincera por los verdaderos y reales intereses de este país grande y feliz. Esté yo contemplando mi país o las lejanas tierras, las comunidades pacíficas e industriosas de nuestro hogar insular, sus ríos cubiertos de buques de vapor, sus vías con locomotoras, sus calles con coches de alquiler, sus cielos con globos de una potencia y de una magnitud hasta hoy desconocidas en la historia de la aeronáutica de esta o de cualquier otra nación... digo que ya sea que esté yo mirando mi país, o que extienda mi vista más allá para contemplar los paisajes sin límites de nuestra conquista y posesión —fruto de la perseverancia británica y el valor británico

— que se abren ante mí, uno mis manos y, elevando la vista hacia los vastos cielos, exclamo, “¡gracias a Dios, soy británico!”».

Hubo un tiempo en que este estallido de entusiasmo habría sido aclamado hasta el delirio, pero ahora la delegación lo recibió con una afilada frialdad. La impresión general pareció ser que, como explicación de la conducta política del Sr. Gregsbury, no era suficientemente detallada, y un caballero del fondo recalcó en voz alta, sin escrúpulos y en jerga, que, a su modo de ver, lo que Gregsbury decía era puro disparate.

«El significado de ese término... puro disparate», dijo el Sr. Gregsbury, «me resulta desconocido. Si significa que me pongo un poquito demasiado ardiente, o quizás hasta hiperbólico al ensalzar a mi patria, admito la plena justeza de la observación. Estoy orgulloso de este país libre y feliz. Mis formas se dilatan, los ojos me brillan, el pecho me palpita, el corazón se me hincha, mis entrañas arden, cuando me vienen a la mente su grandeza y su gloria».

«Deseamos, señor», observó el Sr. Pugstyles lentamente, «hacerle unas pocas preguntas».

«Por favor, caballeros; mi tiempo es suyo... y de mi país... y de mi país...» dijo el Sr. Gregsbury.

Una vez concedido el permiso, el Sr. Pugstyles se puso sus lentes y se remitió a un papel escrito que sacó del bolsillo, ante lo cual casi todos los demás miembros de la delegación sacaron un papel escrito de sus bolsillos, para comprobar lo que el Sr. Pugsyles estaba leyendo.

Hecho esto, el Sr. Pugstyles fue directo al grano.

«Pregunta número uno. Si usted, señor, no hizo un juramento voluntario antes de su elección, asegurando que si era reelegido de inmediato abandonaría la práctica de toser y gemir en la Cámara de los Comunes. Y si usted no se plegó a que lo acallaran con toses y gemidos en el primerísimo debate de la sesión, y desde entonces no ha hecho esfuerzos por hacer una reforma a ese respecto. Si acaso usted también no se comprometió a asombrar al gobierno, y a intimidarlo. Y si usted los ha asombrado e intimidado, o no».

«Pasa a la siguiente, mi querido Pugstyles», dijo el Sr. Gregsbury.

«¿Tiene usted alguna explicación que ofrecer con referencia a esa pregunta, señor?», preguntó el Sr. Pugstyles.

«Claro que no», dijo el Sr. Gregsbury.

Los miembros de la delegación se miraron ferozmente unos a otros, y luego al parlamentario, y después de que el «querido Pugstyles» contemplara

largamente al Sr. Gregsbury por encima de sus lentes, continuó su lista de interrogaciones.

«Pregunta número dos. Si acaso usted, señor, no juró también voluntariamente que apoyaría a su colega en toda ocasión; y si no es cierto que anteanoche usted lo abandonó y votó con el bando contrario, porque la esposa de un líder de aquel otro bando había invitado a la Sra. Gregsbury a una fiestecita nocturna».

«Prosiga», indicó el Sr. Gregsbury.

«¿Nada que decir de esto tampoco, señor?», preguntó el vocero.

«Nada en absoluto», respondió el Sr. Gregsbury. La delegación, que solo lo había visto pidiendo votos en tiempos de elecciones, quedó muda ante su sangre fría. No parecía ser el mismo hombre; en aquellos tiempos era todo de azúcar y miel... y ahora no era más que hiel y vinagre. ¡Pero es que los hombres son tan distintos en momentos diferentes!

«Pregunta número tres... y última...», dijo el Sr. Pugstyles, enfáticamente. «¿Si acaso usted, señor, no declaró en vísperas de las elecciones que era su firme y decidida intención oponerse a todo lo que fuera propuesto; dividir la Cámara en todos los asuntos, presentar mociones para exigir estadísticas en cada tópico, hacer que se registrara una moción cada día y, en resumen, en sus propias y memorables palabras, hacer de abogado del Diablo con todo y con todos?». Con ese abarcador interrogatorio el Sr. Pugstyles dobló su lista de preguntas, al igual que todos los que lo respaldaban.

El Sr. Gregsbury reflexionó, se sonó la nariz, se reclinó todavía más atrás en su asiento, volvió a echarse hacia delante, apoyó los codos en la mesa, formó un triángulo con sus dos pulgares y sus dos índices, y golpeándose la nariz con el ápice, respondió (sonriendo al decirlo): «lo niego todo».

Ante esta inesperada respuesta emergió de la delegación un ronco murmullo, y el mismo caballero que había expresado una opinión relativa a la naturaleza puramente disparatada del discurso introductorio, volvió a intervenir lacónicamente emitiendo un gruñido: «¡Renuncia!», gruñido que fue coreado por sus compañeros y creció hasta convertirse en una protesta muy sincera y generalizada.

«Se me solicita, señor, expresar la esperanza», dijo el Sr. Pugstyles con una displicente reverencia, «de que habiendo recibido de una gran mayoría de sus electores una solicitud a esos efectos, no ponga usted objeción a renunciar de inmediato a su escaño en favor de algún candidato en quien ellos piensen que pueden confiar más».

Frente a esto, el Sr. Gregsbury leyó la siguiente respuesta que, anticipándose a la solicitud, había redactado en forma de carta, de la que ya se habían hecho copias para enviar a los periódicos:

«Mi querido Pugstyles,

»Después del bienestar de nuestra amada isla —este país grande y libre y feliz, cuyos recursos, lo creo sinceramente, no tienen límites— lo que más valoro es esa noble independencia que constituye el mayor orgullo de un inglés, y que espero fervorosamente legar a mis hijos inmaculada y sin tacha. Impulsado no por motivos personales, sino movido solo por elevadas y grandes consideraciones constitucionales —que no intentaré explicar, pues están realmente más allá de la capacidad de comprensión de quienes carecen de la maestría que yo sí poseo en el intrincado y laborioso estudio de la política— prefiero mantener mi escaño, y pienso hacerlo.

»¿Me harías el favor de presentarle mis respetos al cuerpo constituyente, e informarle de esta circunstancia?

»Con gran estimación,

»Mi querido Pugstyles,

»Etc., etc.».

«¿Entonces usted no renunciará, bajo ninguna circunstancia?», preguntó el vocero.

El Sr. Gregsbury sonrió, denegando con la cabeza.

«Entonces buenos días, señor», dijo Pugstyles, enojado.

«Dios lo bendiga», dijo el Sr. Gregsbury. Y la delegación, con muchos gruñidos y fruncimientos de ceño, se largó tan rápido como la estrechez de las escaleras le permitió bajar.

Al salir el último hombre, el Sr. Gregsbury se frotó las manos y rio sofocadamente, como suelen hacer los tipos divertidos cuando piensan que han dicho o hecho alguna cosa más que comúnmente buena. Estaba tan distraído congratulándose a sí mismo, que no observó que Nicholas había quedado atrás, a la sombra de las cortinas de la ventana, hasta que ese joven caballero, temiendo que, de no hacerlo, podría quizás escuchar algún soliloquio que no estuviera destinado a sus oídos, tosió dos o tres veces para llamar la atención del parlamentario.

«¿Qué es eso?», dijo el Sr. Gregsbury con una aguda entonación.

Nicholas dio un paso adelante e hizo una reverencia.

«¿Qué hace usted aquí, señor?», preguntó el Sr. Gregsbury, «¿espiando mi privacidad! ¡Un elector oculto! Usted oyó mi respuesta, señor. Le ruego que

siga a la delegación».

«Lo habría hecho si fuera parte de ella, pero no lo soy», dijo Nicholas.

«¿Entonces, cómo ha llegado aquí, señor?», fue la pregunta natural del Sr. Gregsbury, miembro del Parlamento. «¿Y de dónde diablos salió usted, señor?», fue la pregunta que siguió.

«Traje esta tarjeta de la Oficina de la Agencia General, señor», dijo Nicholas, «pues deseo ofrecerle mis servicios como secretario, toda vez que comprendo que usted necesita uno».

«¿Es eso lo único por lo que vino usted, eh?» dijo el Sr. Gregsbury, echándole una mirada desconfiada.

Nicholas respondió afirmativamente.

«Usted no está vinculado con ninguno de esos periódicos truhanescos, ¿eh?», dijo el Sr. Gregsbury. «Usted no entró en la habitación para escuchar lo que estaba pasando y sacarlo en la prensa, ¿no?».

«Lamento decirlo, pero en este momento no tengo vínculos de ningún tipo», replicó Nicholas con bastante cortesía, pero muy tranquilo.

«¡Oh!», dijo el Sr. Gregsbury, «¿entonces, cómo pudo subir hasta aquí arriba?».

Nicholas relató cómo había sido empujado escaleras arriba por la delegación.

«Conque así fue, ¿eh?», dijo el Sr. Gregsbury. «Tome asiento».

Nicholas tomó una silla, y el Sr. Gregsbury le clavó la vista un largo rato, como para asegurarse, antes de hacer ninguna otra pregunta, de que no había objeciones a su apariencia exterior.

«¿Así que usted quiere ser mi secretario?», dijo al cabo.

«Quiero ser empleado en esa función», respondió Nicholas.

«Vaya», dijo el Sr. Gregsbury, «¡A ver! ¿Qué sabes hacer?».

«Supongo», respondió Nicholas, sonriendo, «que puedo hacer lo que habitualmente corresponde a cualquier secretario».

«¿Y qué cosa sería eso?», preguntó el Sr. Gregsbury.

«¿Qué cosa?», respondió Nicholas.

«¡Ajá! ¿Qué cosa sería eso?», replicó el parlamentario, mirándolo con perspicacia y ladeando la cabeza.

«Los deberes de un secretario son bastante difíciles de definir, tal vez», dijo Nicholas, ponderando su respuesta. «Incluyen, supongo, encargarse de la correspondencia».

«Bien», le interrumpió el Sr. Gregsbury.

«El ordenamiento de los papeles y los documentos...».

«Muy bien».

«Ocasionalmente, quizás, escribir lo que usted dicte; y posiblemente», dijo Nicholas, con una sonrisa a medias, «copiar sus discursos para algún diario público, cuando usted pronuncie alguno de mayor importancia que la habitual».

«Ciertamente», respondió el Sr. Gregsbury. «¿Qué más?».

«Realmente», dijo Nicholas, tras reflexionar un instante, «no soy capaz, en este instante, de imaginar ningún otro deber de un secretario, más allá del general de hacerse tan agradable y útil a su empleador como pueda, en armonía con su propia respetabilidad, y sin sobrepasar la línea de deberes que se compromete a realizar y que habitualmente se entienda que está entre sus funciones».

El Sr. Gregsbury miró fijamente a Nicholas un corto tiempo, y después, lanzando una mirada desconfiada por toda la habitación, dijo en un tono bajo de voz:

«Todo eso está muy bien, Sr... ¿cómo se llama usted?».

«Nickleby».

«Todo eso está muy bien, Sr. Nickleby, y muy correcto, tal como se dice, tal como se dice, pero no se dice bastante. Hay otros deberes, Sr. Nickleby, que un secretario de un caballero parlamentario nunca debe perder de vista. Yo necesito que me atiborren, señor».

«Me disculpa usted», dijo Nicholas, dudoso de si había oído correctamente.

«... Que me atiborren, señor», repitió el Sr. Gregsbury.

«¿Me vuelve a disculpar usted si le pregunto qué quiere decir?», dijo Nicholas.

«Lo que quiero decir, señor, está perfectamente claro», respondió el Sr. Gregsbury con un aspecto solemne. «Mi secretario tendría que hacerse diestro en política extranjera del mundo entero, tal como se refleja en los periódicos; pasear la vista por todas las reseñas sobre reuniones públicas, todos los principales artículos y los recuentos de las actas de las instituciones públicas, y tomar nota de cualquier cosa sobre lo que le parezca que pudiera hacerse un planteamiento en cualquier discurso sobre alguna solicitud que esté a la espera de debate, o cualquier cosa de ese tipo. ¿Entiende?».

«Creo que sí, señor», respondió Nicholas.

«Además», dijo el Sr. Gregsbury, «tendría que estar al tanto, día a día, de los comentarios de los periódicos sobre los acontecimientos ocurridos, tales como “misteriosa desaparición y supuesto suicidio de un joven criado”, o

cualquier cosa de ese género, sobre la cual pueda sustentar una pregunta al Secretario de Estado del Ministerio del Interior. Tendría entonces que redactar la pregunta, y tanto de la respuesta como yo pudiera recordar (incluyendo un pequeño elogio de mi independencia de criterio y de mi buen sentido), y enviar el manuscrito por correo al periódico local, quizás con media docena de líneas de artículo de fondo, referidas a que siempre pudo hallárase en mi banca del Parlamento, y que nunca me abstuve de cumplir con mis responsables y arduos deberes, etcétera. ¿Entiende?».

Nicholas asintió.

«Además de lo cual», continuó el Sr. Gregsbury, «exigiría que de vez en cuando repasara usted unas cuantas cifras que hayan sido publicadas y escogiera unos pocos resultados, para que yo pueda salir airoso en asuntos relativos a los impuestos sobre la madera de importación, cuestiones financieras, etcétera. Y me gustaría que encaminara algunas discusioncitas sobre los efectos desastrosos de un regreso a los pagos en dinero líquido y en metálico, con un toque de vez en cuando sobre la exportación de barras de oro o plata, el Emperador de Rusia, los billetes de banco, y todo ese tipo de cosas, de las que solo hay que hablar con fluidez, porque nadie las entiende. ¿Me sigue usted?».

«Creo entender», dijo Nicholas.

«En relación con cuestiones que no sean políticas», continuó advirtiendo el Sr. Gregsbury, «y que no resulte posible esperar que a uno le importen un comino, más allá del cuidado natural por no permitir que la gente inferior esté tan bien como nosotros —de no ser así, ¿dónde estarían nuestros privilegios?— desearía que mi secretario reuniera unos pocos floridos discursitos de corte patriótico. Por ejemplo, si se presentara algún absurdo proyecto de ley para darles a esos pobres diablos que hurgan la tierra —los escritores— el derecho a la propiedad de su obra, me gustaría decir que yo estoy entre los que jamás consentirían en erigir un obstáculo insuperable para la difusión de la literatura entre el pueblo —¿comprende usted?— y que las creaciones del bolsillo, por ser humanas, pueden pertenecer a un hombre, o a una familia; pero las creaciones del cerebro, por ser de Dios, deben obligatoriamente pertenecer a la gente en general... y de estar yo agradablemente dispuesto, me gustaría hacer una broma sobre la posteridad, y decir que los que escriben para la posteridad deben contentarse con la recompensa de que la posteridad los reconozca. Podría obtener apoyo en la cámara sin que eso me causara el menor perjuicio, porque no se puede esperar que la posteridad sepa algo sobre

mí ni tampoco sobre mis bromas... ¿se da cuenta?». «Me doy cuenta, señor», respondió Nicholas.

«Siempre debe tener en mente, en casos como este, en los que no se afectan nuestros intereses», dijo el Sr. Gregsbury, «mencionar con mucha insistencia al pueblo, pues viene muy bien en tiempos de elecciones; y puede ser tan chistoso como quiera respecto a los escritores, pues creo que la mayor parte de ellos viven en pensiones y no son electores. Ese es un esbozo muy apresurado de las principales cosas que tendría usted que hacer, aparte de esperarme en el vestíbulo todas las noches, en caso de que yo hubiera olvidado algo y requiera que me atiborre de nuevo; y de vez en cuando, durante los grandes debates, sentarse en la primera fila del público, y decirle a las personas que lo rodean: “¿Ven a ese caballero con la mano en el rostro y el brazo pasado alrededor de la columna...? Ese es el Sr. Gregsbury... el tan elogiado Sr. Gregsbury...”, sumándole cualquier otro pequeño encomio que pueda ocurrírsele en ese momento. Y con respecto al salario», dijo el Sr. Gregsbury, cerrando el tema con gran rapidez, pues estaba sofocado... «y con respecto al salario, no me importa decirlo de inmediato en cifras redondas, para evitar cualquier insatisfacción —aunque es más de lo que acostumbro a dar— son quince chelines por semana, y la posibilidad de descubrir su verdadera vocación. ¡Eso es todo!».

Con este atractivo ofrecimiento el Sr. Gregsbury volvió a echarse hacia atrás en su silla, con el aspecto de un hombre que hubiera sido extraordinariamente manirroto, pero que, no obstante, estuviera determinado a no arrepentirse de ello.

«Quince chelines por semana no es mucho», dijo Nicholas, suavemente.

«¡Que no es mucho! ¿Que quince chelines semanales no es mucho, joven?», exclamó el Sr. Gregsbury. «Quince chelines por...».

«Le ruego que no suponga que estoy disputando el monto», respondió Nicholas, «porque no me avergüenza confesar que, independientemente de la cifra en sí, para mí es mucho. Pero los deberes y responsabilidades empequeñecen la recompensa, y son tan onerosos que me da miedo asumirlos».

«¿Declina usted asumirlos, señor?», preguntó el Sr. Gregsbury, con la mano en la soga de la campana.

«Me temo que excederán mis capacidades, por buena que sea mi voluntad», respondió Nicholas.

«Eso equivale a decir que prefiere no aceptar el puesto, y que considera que quince chelines por semana es demasiado poco», dijo el Sr. Gregsbury,

sonando la campana. «¿Declina la oferta, señor?».

«No tengo más alternativa», respondió Nicholas.

«¡La puerta, Matthews!», dijo el Sr. Gregsbury al aparecer el chico.

«Lamento haberlo molestado innecesariamente, señor», dijo Nicholas.

«También lo lamento yo», replicó el Sr. Gregsbury, dándole la espalda.
«¡La puerta, Matthews!».

«Buenos días», dijo Nicholas.

«¡La puerta, Matthews!», exclamó el Sr. Gregsbury.

El chico le hizo una indicación a Nicholas, y bajando desordenada y perezosamente las escaleras delante de él, abrió la puerta y lo guio hasta la calle. Con una expresión triste y pensativa, Nicholas desanduvo el camino de regreso a casa.

Smike había logrado armar una comida con los restos de la cena de la noche anterior, y esperaba ansiosamente su *regreso*. Los acontecimientos de la mañana no habían mejorado el apetito de Nicholas, y no probó bocado. Estaba sentado en actitud pensativa, sin tocar el plato que tenía a su lado, que aquel pobre individuo había llenado diligentemente con los bocados más selectos, cuando Newman Noggs se asomó a la habitación.

«¿Ya ha vuelto?», preguntó Newman.

«Sí», respondió Nicholas, «muerto de cansancio; y lo que es peor, habría podido quedarme en casa, por lo poco que pude hacer».

«No se puede esperar hacer mucho en una mañana», dijo Newman.

«Quizás sea verdad, pero como soy optimista, lo esperaba», dijo Nicholas, «y en esa misma medida estoy decepcionado». Después de decir esto, le rindió cuentas a Newman de sus gestiones.

«Si pudiera hacer cualquier cosa», dijo Nicholas, «cualquier cosa, por mínima que fuera, hasta que Ralph Nickleby regrese, y pueda aliviar mi espíritu hablándole de frente, me sentiría más feliz. No creo que trabajar sea deshonoroso, si lo sabrá Dios. Permanecer acostado aquí indolentemente, como una bestia resentida y semi-salvaje, me aturde».

«No sé», dijo Newman; «hay cositas que prometen... alcanzarían para pagar el alquiler y algo más... pero usted no las querría; no, ni soñar que usted pudiera soportarlo... no, no».

«¿Qué es lo que no se puede ni soñar que yo soportaría?», preguntó Nicholas, elevando la vista. «¡Muéstreme, en este vasto desierto que es Londres, cualquier medio honesto por el que pueda yo sufragar aunque fuere el alquiler semanal de esta pobre habitación, y verá usted si digo que no! ¡Soportar! He soportado demasiado, mi amigo, para sentir orgullo o remilgos

ahora. Exceptuando», agregó Nicholas apresuradamente, tras un breve silencio, «exceptuando remilgos tales como la elemental honestidad, y tanto orgullo como requiera el respeto a sí mismo. No hay mucho donde escoger, entre ser asistente de un pedagogo brutal o dependiente servil de un arribista malvado e ignorante, sea o no parlamentario».

«No sé si deba o no decirle lo que oí esta mañana», dijo Newman.

«¿Se refiere a lo que acaba de decir justo ahora?», preguntó Nicholas.

«Pues sí».

«Entonces, en nombre de Dios, mi buen amigo, dígamelo», dijo Nicholas. «Por lo más sagrado, considere mi deplorable situación; prometo no dar un paso sin su consejo, pero deme, al menos, un voto de confianza».

Conmoverido por este ruego, Newman tartamudeó una variedad de oraciones muy inexplicables y enredadas, que podían resumirse en que la Sra. Kenwigs lo había interrogado extensamente aquella mañana sobre el origen de su relación con Nicholas, y la totalidad de la vida, aventuras y genealogía del joven. Newman dijo haber esquivado esas preguntas mientras pudo, pero hallándose, al cabo, muy presionado y arrinconado, había llegado a admitir que Nicholas era un tutor de grandes éxitos, envuelto en algunos infortunios que él no estaba en libertad de explicar, y que respondía al apellido de Johnson. Que la Sra. Kenwigs, impulsada por la gratitud, o la ambición, o el orgullo maternal, o el amor maternal, o por estos cuatro poderosos motivos juntos, había conferenciado en secreto con el Sr. Kenwigs, y finalmente había regresado a proponer que el Sr. Johnson instruyera a las cuatro señoritas Kenwigs en la lengua francesa tal como la hablaban los nativos, por el estipendio semanal de cinco chelines de la moneda en curso del reino, por ser la tarifa de un chelín por semana por cada Srta. Kenwigs, más un chelín adicional, hasta el momento en que el bebé pueda recibir gramática.

«Lo cual, si no me equivoco mucho», observó la Sra. Kenwigs al hacer la proposición, «no tardará mucho en ocurrir, pues jamás ha habido sobre la tierra otras niñas tan inteligentes como esas, Sr. Noggs, creo yo».

«Vaya», dijo Newman, «eso es todo. Está muy por debajo de su nivel, lo sé. Pero pensé que tal vez usted pudiera...».

«¡Pudiera, sí!», dijo Nicholas con la mayor prontitud; «dato que lo haré. Acepto el ofrecimiento de inmediato. Dígaselo a la respetable madre sin demora, mi querido amigo, y que estoy listo para comenzar en cuanto ella desee».

Newman se apresuró con alegres pasos a informarle a la Sra. Kenwigs de la aceptación de su amigo, y pronto regresó con la información de que les

agradaría verlo en el primer piso en cuanto le conviniera a él; que la Sra. Kenwigs de inmediato había mandado a buscar algunos libros de segunda mano de gramática y diálogo franceses, que hacía tiempo revoloteaban en el estante de seis peniques del quiosco de libros de la esquina, y que la familia, muy emocionada por la perspectiva de esta adición a su elegancia, deseaba que la primera clase tuviera lugar de inmediato.

Y aquí podría observarse que Nicholas no era lo que pudiera decirse un joven de muy elevado espíritu, al menos en el sentido corriente de la frase. Vibraba ante una afrenta, o era capaz de interponerse para reparar una ofensa infligida a otro, con tanta valentía y franqueza como cualquier caballero de incansable lanza. Pero le faltaba ese peculiar exceso de sangre fría y egoísmo de las grandes mentes que invariablemente distinguen a los caballeros de elevado espíritu. En verdad, nosotros mismos, al crear familias, tendemos a ver a tales caballeros más como gravámenes que otra cosa, pues ocurre que conocemos a varios de ellos cuyo espíritu les impide asentarse a desempeñar ninguna tarea menor, y solo se revela en su tendencia a cultivar bigotes y a asumir un aspecto feroz. Y aunque los bigotes y la ferocidad son cosas muy lindas las dos a su manera, y también muy loables, confesamos que preferiríamos verlos prosperar a costa de su poseedor, y no a costa de la gente pobre de espíritu.

Por lo tanto, al no ser Nicholas un joven de elevado espíritu, como suele decirse, y por considerar él que pedirle préstamos a Newman Noggs para proveer a sus necesidades era una degradación mayor aún que enseñar francés a las pequeñas Kenwigs por cinco chelines a la semana, aceptó la oferta con la celeridad antes descrita, y se encaminó al primer piso con la más apropiada rapidez.

Allí fue recibido por la Sra. Kenwigs con una expresión fina, amablemente diseñada para asegurarle que contaba con su protección y apoyo. Y allí también halló al Sr. Lillyvick y a la Srta. Petowker: las cuatro señoritas Kenwigs sentadas en un pupitre, y el bebé en una especie de sillita de portero enana con una bandeja de madera tosca delante, divirtiéndose con un caballo de juguete sin cabeza. Dicho caballo estaba compuesto de un cilindrito de madera apoyado sobre cuatro estaquillas jorobadas, algo parecido a una plancha italiana para encajes, y pintado con una ingeniosa semejanza a galletas rojas que hubieran sido fijadas sobre betún.

«¿Cómo está usted, Sr. Johnson?», dijo la Sra. Kenwigs. «Tío... el Sr. Johnson».

«¿Cómo está usted, señor?», dijo el Sr. Lillyvick, algo cortante, pues la noche anterior no había sabido a qué se dedicaba Nicholas, y hubiera sido bastante grave que un recaudador de impuestos fuera demasiado cortés con un maestro.

«El Sr. Johnson está contratado como maestro privado de las niñas, tío», dijo la Sra. Kenwigs.

«Acabas de decirlo ahora mismo, querida», respondió el Sr. Lillyvick.

«Pero confío», dijo la Sra. Kenwigs, levantándose, «en que eso no las hará orgullosas, sino que bendecirán su buena suerte, que las ha elevado por encima de los hijos de la gente común. ¿Oíste, Morleena?».

«Sí, mamá», respondió la Srta. Kenwigs.

«Y cuando salgas a la calle, o a algún otro lado, deseo que no te jactes de ello con los demás niños», dijo la Sra. Kenwigs; «y que si algo tienes que decir al respecto, solo digas: “tenemos un maestro privado que viene a casa a enseñarnos, pero no hacemos alarde de eso porque mamá dice que sería pecado”. ¿Oíste, Morleena?».

«Sí, mamá», volvió a responder la Srta. Kenwigs.

«Entonces pon atención y recuerda lo que te he dicho», dijo la Sra. Kenwigs. «¿Puede comenzar el Sr. Johnson, tío?».

«Estoy listo para ver si el Sr. Johnson está listo para comenzar, querida», dijo el recaudador, adoptando el semblante de un profundo crítico. «¿Qué opina usted sobre el francés, señor?».

«¿En qué sentido me lo pregunta?», dijo Nicholas.

«¿Lo considera usted un buen idioma, señor?», preguntó el recaudador, «¿un idioma bonito, un idioma sensato?».

«Un idioma bonito, ciertamente lo es», respondió Nicholas; «y puesto que tiene un nombre para cada cosa, y admite que se converse con elegancia de cada una de ellas, supongo que también es sensato».

«No sé», dijo el Sr. Lillyvick dubitativamente. «Ahora bien, ¿lo llamaría usted un idioma alegre?».

«Sí», respondió Nicholas, «diría que lo es, ciertamente».

«Entonces ha cambiado mucho desde mis tiempos», dijo el recaudador, «mucho».

«¿Era triste en sus tiempos?», preguntó Nicholas, casi incapaz de reprimir una sonrisa.

«Muy triste», respondió el Sr. Lillyvick con cierta vehemencia en sus maneras. «Hablo de los tiempos de la guerra, de la última guerra. Puede que sea un idioma alegre. Me apenaría contradecir a alguien. Pero solo puedo decir que oí a los prisioneros franceses, que eran nativos, y deben saber hablarlo, conversando de un modo tan triste, que uno se sentía abatido al oírlos. Sí, los oí, cincuenta veces, señor... ¡cincuenta veces!».

El Sr. Lillyvick se estaba poniendo de un humor tan malo, que la Sra. Kenwigs creyó oportuno hacerle a Nicholas un gesto indicativo de que no dijera nada. Y no fue sino hasta que la Srta. Petowker le hubiera dirigido al eminente anciano varios halagos para apaciguarlo, que este se dignó romper el silencio para preguntar:

«¿Cómo se dice agua en francés, señor?».

«*L'eau*», respondió Nicholas.

«¡Ah!», dijo el Sr. Lillyvick, sacudiendo tristemente la cabeza, «eso mismo pensaba. ¿*Lo*, eh? No le encuentro nada a ese idioma... nada en lo absoluto».

«¿Podrían las chicas comenzar ya, tío?», dijo la Sra. Kenwigs.

«Oh, sí; pueden comenzar, querida», respondió el recaudador, descontento. «No tengo la intención de impedirselo».

Una vez concedido el permiso, las cuatro señoritas Kenwigs se sentaron en un banco, con todas las trenzas del mismo lado, y Morleena en la punta, mientras que Nicholas, tomando el libro, dio inicio a las explicaciones preliminares. La Srta. Petowker y la Sra. Kenwigs contemplaban la escena con silenciosa admiración solo interrumpida por un murmullo de esta última para comentar que, con seguridad, Morleena se lo sabría todo de memoria en un santiamén. Y el Sr. Lillyvick miraba al grupo con ojos fruncidos y atentos, al acecho de algo que le permitiera abrir una nueva discusión sobre el idioma.

CAPÍTULO 17

SIGUE LA SUERTE DE LA SRTA. NICKLEBY

No fue sino con gran pesadumbre en el corazón y muchos tristes presagios que ningún esfuerzo podía suprimir, que Kate Nickleby abandonó el barrio financiero en la mañana fijada para comenzar sus obligaciones con *Madame Mantalini*, cuando aún faltaba a los relojes un cuarto de hora para dar las ocho, y, entre el ruido y el bullicio de las calles, se fue abriendo paso sola en dirección al extremo oeste de Londres.

A esta hora temprana muchas chicas enfermizas —cuya labor, como la del pobre gusano, consiste en producir con paciente afán las galas que adornan a los desconsiderados y lujosos— atraviesan nuestras calles en su avance hacia el escenario de su cotidiana labor, y absorben en su apresurada caminata, como a hurtadillas, la única bocanada de aire sano y el único atisbo de luz solar que alegrarán su monótona existencia durante la larga sucesión de horas que componen una jornada de trabajo. Casi llegando al barrio más elegante de la ciudad, Kate contó a muchas de esa clase al pasar, apresuradas como ella misma por llegar a su dolorosa ocupación. Y vio, en el aspecto poco saludable de las chicas y en su debilitado modo de andar, una evidencia demasiado clara de que sus presentimientos no estaban del todo desprovistos de sustentación.

Llegó al taller de *Madame Mantalini* algunos minutos antes de la hora fijada, y después de ir y venir varias veces calle arriba y calle abajo, a la espera de que alguna otra mujer llegase, para ahorrarse la turbación de explicarle a la sirvienta a qué venía, tocó tímidamente a la puerta, que tras alguna demora fue abierta por el lacayo, quien se había estado poniendo su chaqueta de rayas al subir, y ahora se dedicaba a atarse el delantal.

«¿Está aquí *Madame Mantalini*?», preguntó Kate, vacilante.

«No suele estar fuera a esta hora, señorita», respondió el hombre en un tono que hacía que «señorita» sonara más ofensivo que «querida».

«¿Podría verla?», preguntó Kate.

«¿Eh?», respondió el hombre, sin quitar la mano de la puerta, y regalándole a la que preguntaba una mirada fija y una sonrisa amplia y

burlona, «Por Dios que no».

«Vine porque ella me citó», dijo Kate; «yo... yo... trabajaré como empleada aquí».

«¡Oh!, debió tocar la campana de los trabajadores», dijo el lacayo, tocando la manija de una campana en la jamba de la puerta. «Pero déjeme ver, lo olvidaba... ¿usted es la Srta. Nickleby, no es así?».

«Sí», respondió Kate.

«Entonces suba por la escalera, por favor», dijo el hombre. «*Madame Mantalini* quiere verla... venga por aquí... cuidado con esas cosas en el piso».

Advirtiéndole así que no fuera a tropezar con una heterogénea camada de bandejas de pastelero, lámparas, bandejitas llenas de vasos y pilas de sillas de alquiler desparramadas por todo el pasillo, y que revelaban claramente que la noche anterior había habido una fiesta hasta tarde, el hombre condujo a Kate al segundo piso y la condujo hasta una habitación de la parte trasera que se comunicaba, mediante puertas plegadizas, con el apartamento donde por primera vez vería a la dueña del establecimiento.

«Tenga la bondad de esperar aquí un minuto», dijo el hombre, «y le avisaré a ella de inmediato». Tras hacer con mucha afabilidad esta promesa, se retiró y dejó sola a Kate.

No había mucho que pudiera llamar la atención en aquella pieza, cuyo rasgo más atractivo era un retrato al óleo de medio cuerpo del Sr. Mantalini, al que el artista había representado rascándose la cabeza desenfadadamente para así poder destacar una sortija de diamante, regalo que *Madame Mantalini* le hiciera antes del matrimonio. Pero se escuchaba un ruido de voces en la habitación contigua, y como la conversación era en voz alta, y el tabique de separación era delgado, Kate no pudo evitar advertir que eran las voces del Sr. y la Sra. Mantalini.

«Si eres odiosamente, *marditamente*, *indirnantemente* celosa, alma mía», dijo el Sr. Mantalini, «serás muy desdichada... horriblemente desdichada... *marditamente* desdichada». Y luego vino un sonido como si el Sr. Mantalini estuviera sorbiendo su café.

«Soy desdichada», le respondió *Madame Mantalini*, evidentemente haciendo pucheros.

«Entonces eres un hadita ingrata, *indirna*, *marditamente* mal agradecida», dijo el Sr. Mantalini.

«No es cierto», replicó *Madame*, con un sollozo.

«No te disgustes», dijo el Sr. Mantalini, rompiendo un huevo. «Esa carita tan *marditamente* encantadora no debe disgustarse, pues se le estropea su

belleza y se le pone enfadada y melancólica, y entonces parece un horroroso, malo y *mardito* duende».

«No me vas a convencer siempre de esa manera», cortó *Madame* haciendo un mohín.

«Pues la convenceremos del modo que prefiera, y, si lo prefiere, no la convenceremos en absoluto», replicó el Sr. Mantalini, con la cucharita en la boca.

«Es muy fácil hablar», dijo la Sra. Mantalini.

«No es tan fácil cuando uno está comiendo un huevo de la *mardición*», respondió el Sr. Mantalini, «pues se me chorrea la yema por el chaleco, y la yema de huevo no combina con ningún chaleco que no sea amarillo, *mardita* sea».

«Estuviste flirteando con ella toda la noche», dijo *Madame* Mantalini, al parecer deseosa de volver a traer la conversación al punto del que se había desviado.

«No, no, vida mía».

«Sí, estuviste flirteando», dijo *Madame*; «te tuve los ojos puestos encima todo el tiempo».

«Benditos esos ojitos parpadeantes y llenos de chispas. ¡Así que los tuviste encima de mí todo el tiempo!», exclamó Mantalini, cayendo en una especie de indolencia. «¡Oh, *mardita* sea!».

«Y lo vuelvo a decir», prosiguió *Madame*, «que no debes bailar el vals con nadie más que con tu propia esposa; y no lo soportaré más, Mantalini. Antes, tomo veneno».

«Ella no va a tomar veneno y a tener dolores horribles, ¿verdad?», dijo Mantalini, que por el cambio en el sonido de su voz parecía haber movido su silla para ocupar ahora un lugar más cercano a su esposa. «No tomará veneno, porque tiene un marido *marditamente* bueno que habría podido casarse con dos condesas y una duquesa viuda...».

«Dos condesas», cortó *Madame*. «¡Antes, usted me dijo que una!».

«¡Dos!», exclamó Mantalini. «Dos mujeres *marditamente* buenas, verdaderas condesas y con fortunas espléndidas, *mardita* sea».

«¿Y por qué no lo hiciste?», preguntó *Madame*, juguetona.

«¿Qué por qué no lo hice?», respondió su esposo. «¿Acaso no vi yo en un concierto matutino a la más *mardita* hechicerilla del mundo entero, y mientras que esa hechicerilla sea mi esposa, ni todas las condesas y duquesas viudas de Inglaterra...?». El Sr. Mantalini no concluyó la oración, pero le dio a *Madame* Mantalini un beso muy sonoro que *Madame* Mantalini devolvió, tras lo cual

pareció haber un poco de más besuqueos mezclados con el transcurso del desayuno.

«¿Y qué hay del dinero, prenda de mi alma?», dijo Mantalini, cuando hubieron cesado esas ternuras. «¿Cuánto tenemos a mano?».

«Muy poco, por supuesto», respondió *Madame*.

«Necesitamos más», dijo Mantalini; «tenemos que sacarle a Nickleby algún descuento para poder proseguir la pelea, *mardita sea*».

«No puedes pedir más justo ahora», dijo *Madame*, engatusándolo.

«Vida de mi alma», le devolvió su marido, «hay un caballo en venta en lo de Scrubb, que sería un pecado y un crimen perder... por una nadería, mi amor querido».

«Así que una nadería», exclamó *Madame*, «eso está bien».

«Por prácticamente nada», respondió Mantalini. «Cien guineas de entrada al contado lo pagan, melena, crin, patas, y cola, todas ellas de la más *mardita* belleza. Lo montaré en el parque ante los mismísimos carruajes de las condesas despreciadas. La *mardita* vieja duquesa viuda se desmayará de pena y de rabia, y las otras dos dirán: “¡Está casado, se nos ha escapado, el muy *mardito*, ahí se nos va todo!”. Se odiarán *marditamente* una a la otra, y desearán verte muerta y enterrada. ¡Ja, ja! *Mardita sea*». La prudencia de *Madame* Mantalini, si es que alguna tuviese, nada podía contra esas imágenes triunfales. Tras algún tintineo de llaves, declaró que iría a ver qué tenía en el escritorio, y después de levantarse con ese objetivo, abrió la puerta corredera y entró a la habitación en la que estaba sentada Kate.

«¡Ay, niña!», exclamó *Madame* Mantalini, retrocediendo sorprendida. «¿Cómo llegaste aquí?».

«¡Niña!», exclamó Mantalini, apresurándose a entrar. «¿Cómo se te ocurrió...? ¡eh...! oh... *mardita sea*, ¿cómo está usted?».

«Hace un rato que la estoy esperando, señora», dijo Kate, dirigiéndose a *Madame* Mantalini. «Seguramente el criado olvidó decirle que yo estaba aquí».

«En verdad, tienes que ver qué haces con ese hombre», dijo *Madame*, volviéndose hacia su esposo. «Todo se le olvida».

«Le arrancaré la nariz de la cara por dejar a tan bella criatura solita», dijo su esposo.

«Mantalini», exclamó *Madame*, «te estás propasando».

«Nunca más allá de ti, alma mía, nunca querría ni podría hacerlo», dijo Mantalini, besando la mano de su esposa y haciéndole, aparte, un gesto de complicidad a la Srta. Nickleby, quien desvió la mirada con desprecio.

Aplacada con ese piropo, la dama de negocios tomó algunos papeles de su escritorio y los entregó al Sr. Mantalini, que los recibió con gran satisfacción. Entonces pidió a Kate que la siguiera, y después de varias fintas de parte del Sr. Mantalini para atraer la atención de la joven, ambas mujeres se marcharon, dejando a ese caballero extendido cuan largo era sobre el sofá, con los pies puestos en alto y un periódico en la mano.

Madame Mantalini condujo a la joven escaleras abajo y a través de un pasillo hasta una amplia habitación en la parte trasera del edificio, donde había cierto número de jóvenes cosiendo, cortando, componiendo, transformando y realizando varios procesos más conocidos solo por quienes son diestros en las artes de la sombrerería y la costura. Era una pieza cerrada con un tragaluz, y tan pálida y silenciosa como la que más.

Al llamar *Madame* Mantalini en voz alta a la Srta. Knag, una mujer bajita, activa, vestida con excesiva elegancia y con aire de cierta importancia, se presentó, y todas las jóvenes suspendieron momentáneamente sus labores, para susurrar entre sí críticas diversas sobre la hechura y la textura del vestido de la Srta. Nickleby, su cutis, fisonomía y apariencia personal, con maneras tan educadas como las que un círculo de la mejor sociedad hubiera mostrado en un salón de baile atestado.

«Oh, Srta. Knag», dijo *Madame* Mantalini, «esta es la joven de la que le hablé».

La Srta. Knag le concedió una sonrisa reverente a *Madame Mantalini*, que hábilmente transformó en afable para Kate, y dijo que por supuesto, pues aunque era bastante problemático tomar a chicas absolutamente desconocedoras del negocio, estaba segura de que la joven se esforzaría al máximo, y que por lo tanto, convencida de que así sería, ella, (la Srta. Knag), la tomaría a su cargo.

«Creo que, en cualquier caso, por el momento será mejor que la Srta. Nickleby trabaje en el salón de exhibiciones con usted, y ayude a las personas a probarse las cosas», dijo *Madame Mantalini*. «Por ahora no nos podrá ser de mucha utilidad en otras cosas. En cuanto a su apariencia...».

«Combinará muy bien con la mía, *Madame Mantalini*», interrumpió la Srta. Knag. «Pierda cuidado. Sabía que usted no tardaría en darse cuenta, pues usted tiene tan buen gusto en todos esos asuntos, que realmente, como les

digo yo a menudo a las jóvenes, no sé cómo, cuándo o dónde pudo haber aprendido todo lo que sabe... ejem... La Srta. Nickleby y yo somos un buen dúo, *Madame Mantalini*, solo que yo tengo la tez un poco más oscura que la Srta. Nickleby, y... ejem... quizá mis pies pueden ser algo más pequeños. Estoy convencida de que la Srta. Nickleby no se ofenderá si digo que nuestra familia siempre ha sido elogiada por sus pies pequeños desde que... ejem... de hecho desde que nuestra familia tuvo pies, creo yo. Tuve una vez un tío, *Madame Mantalini*, que vivía en Cheltenham, y tenía un negocio de gran excelencia como tabaquero... ejem... que tenía los pies tan pequeños, que no eran mayores que los que se les pone a las patas de palo... no podría usted imaginarse pies más armoniosos, *Madame Mantalini*».

«Me imagino que serían más o menos parecidos a los pies zopos, Srta. Knag», dijo *Madame*.

«Caramba, mire que es usted graciosa», le devolvió la Srta. Knag. «¡Ja, ja, ja! ¡Pies de zopo!, ¡Oh, muy bien! Tal como les digo con frecuencia a las jóvenes, “Caramba, les digo, les aseguro que, sin que me quede nada por dentro, de todo el humor agudo... ejem... que yo he oído en mi vida” —y a la verdad no he oído poco, pues cuando mi muy querido hermano vivía (yo hacía las veces de ama de casa para él, Srta. Nickleby), invitábamos a comer semanalmente a dos o tres jóvenes, muy elogiados entonces por su agudeza de humor, Señora Mantalini— “de todo el humor agudo”, les digo a las jóvenes, “que yo he oído, no hay ninguno tan sobresaliente como el de la Sra. Mantalini. Es tan suave, tan sarcástico, y sin embargo tan bonachón (como le comentaba esta misma mañana a la Srta. Simmonds), que para mí en realidad es un misterio cómo o cuándo, o por qué medios lo adquirió”».

En este punto la Srta. Knag hizo una pausa para recuperar el aliento, y durante la pausa pudo observarse... no que ella fuera maravillosamente locuaz y maravillosamente respetuosa respecto a *Madame Mantalini*, pues esos son hechos que no requieren comentario, sino que acostumbraba a introducir de vez en cuando, en el torrente de su discurso, un sonoro, estridente y claro «¡ejem!», cuyos sentido y significado eran interpretados de maneras variadas por sus conocidos, pues algunos sostenían que la Srta. Knag propendía a la exageración, e introducía el monosílabo cuando se le estaba acuñando en la mente algún nuevo invento, mientras que, según otros, lo lanzaba para ganar tiempo e impedir que nadie más se introdujera en la conversación mientras ella buscaba una palabra. Podría subrayarse, además, que la Srta. Knag seguía creyéndose juvenil, aunque ya había dejado la juventud atrás hacía muchos años, y que era débil y vanidosa, y una de esas

personas que pueden describirse mediante el axioma de que son dignas de confianza mientras se las esté mirando, y no más allá.

«Ocúpese de informarle a la Srta. Nickleby su horario y esas cosas», dijo *Madame Mantalini*, «así que la dejo en sus manos. ¿No olvidará mis instrucciones, Srta. Knag?».

La Srta. Knag respondió, por supuesto, que olvidar algo que hubiera sido instruido por *Madame Mantalini* era una imposibilidad moral, y esta última dama, tras desear buenos días de manera general a sus asistentes, se retiró con aire majestuoso.

«Un ser encantador, ¿no le parece, Srta. Nickleby?», dijo la Srta. Knag, frotándose las manos.

«La he visto muy pocas veces», dijo Kate. «Aún no lo sé».

«¿Ha visto al Sr. Mantalini?», preguntó la Srta. Knag.

«Sí, lo he visto dos veces».

«¿No le parece él un ser encantador?».

«En verdad no me parece que lo sea, en ningún sentido», respondió Kate.

«¿No, querida?», exclamó la Srta. Knag, alzando las manos. «¿Cómo? ¡Dios mío, piedad! ¿No tiene usted gusto? Un hombre tan caballeroso, tan elegante, tan alto, con esos abundantes bigotes, gallardo, con dientes y cabellos como los de él, y... ejem... vaya, pues, me asombra usted».

«Me atrevo a decir que soy muy tonta», respondió Kate, dejando su cofia a un lado, «pero puesto que mi opinión tiene tan poca importancia para él o para cualquier otra persona, no me arrepiento de tenerla, y creo que demoraré en cambiarla».

«Es un hombre muy elegante, ¿no cree?», preguntó una de las jóvenes.

«Puede que realmente lo sea, y eso no lo cambiará nada que yo pueda decir en sentido contrario», respondió Kate.

«Y conduce caballos muy bellos, ¿no es verdad?», preguntó otra.

«Me atrevería a decir que quizás sí, aunque jamás los vi», respondió Kate.

«¡Jamás los vio!», cortó la Srta. Knag. «Oh, vaya, eso lo explica todo, ¿sabe?; ¿cómo podría opinar sobre un caballero... ejem... si no ve cómo luce en su totalidad?».

Había tanto mundo —incluso del pequeño mundo de la chica del campo— en esta idea de la vieja sombrerera, que Kate, ansiosa como estaba por cambiar de tema, no hizo ninguna observación más, y le cedió a la Srta. Knag el pleno dominio del terreno.

Después de un corto silencio, durante el cual la mayoría de las jóvenes inspeccionaron más de cerca la apariencia de Kate, y compararon sus

opiniones respectivas sobre esta, una de ellas se ofreció para ayudarla a quitarse el chal, y tras la aceptación del ofrecimiento, preguntó si no hallaba muy incómodo vestirse de negro.

«Ya lo creo», respondió Kate, con un amargo suspiro.

«Tan caluroso, y guarda tanto el polvo», observó la misma joven, ajustándole el vestido.

Kate habría podido decir que la ropa de luto era la más fría que pudieran vestir los seres humanos; que no solo le congela el pecho a quien la porta, sino que extiende su influencia a los amigos veraniegos, hiela sus fuentes de bondad y buena voluntad, y al marchitar todos los capullos promisorios que antes asomaran, no deja más que corazones desnudos y carcomidos a la vista. Pocos hay que perdieran a un amigo o familiar que en vida fuera su único apoyo, y no sintieran de modo lacerante esa influencia frígida de su negra vestimenta. Ella lo había sentido con agudeza, y sintiéndolo en aquel momento, no pudo contener las lágrimas.

«Lamento mucho haberla herido con mi hablar irreflexivo», dijo su compañera. «No me di cuenta. ¿Está usted de luto por algún pariente cercano?».

«Por mi padre», respondió Kate, sollozando.

«¿Por qué pariente, Srta. Simmonds?», preguntó la Srta. Knag en voz alta.

«Su padre», respondió la otra, en voz muy baja.

«¿Su padre, eh?», dijo la Srta. Knag sin modular para nada la voz. «¡Ah! ¿Una prolongada enfermedad, Srta. Simmonds?».

«Chitón... se lo ruego», respondió la chica, «no lo sé».

«Nuestro infortunio fue muy repentino», dijo Kate, desviando el rostro, «o de otro modo quizás, en un momento como este, habría podido resistirlo mejor».

Había en la habitación, según una costumbre invariable al llegar cualquier nueva «persona joven», un gran deseo por saber quién y qué era Kate, y averiguarlo todo sobre ella. Pero aunque este pudo acrecentarse, con toda seguridad, por su aspecto y el sentimiento que mostraba, bastó que las demás se dieran cuenta de que las preguntas le dolían, para reprimir incluso esa curiosidad. Y como la Srta. Knag comprendió que era inútil tratar de extraer cualquier precisión justo en aquel momento, ordenó a regañadientes que se hiciera silencio y se prosiguiera el trabajo.

Fue, pues, en silencio que prosiguieron las labores hasta la una y media, cuando una pierna de cordero asada, guarnecida con patatas, fue servida en la cocina. Una vez concluida la comida, y después de que las jóvenes disfrutaran

del descanso adicional de lavarse las manos, el trabajo se reanudó y fue llevado a cabo en silencio hasta que el golpeteo de los coches por las calles, y de fuertes dobles toques a las puertas, anunció que la jornada laboral de los miembros más afortunados de la sociedad estaba llegando a su fin.

Uno de aquellos dobles toques a la puerta de *Madame* Mantalini anunció el séquito de alguna gran dama —o más bien una dama acaudalada, pues en ocasiones existe una amplia diferencia entre riqueza y grandeza— que había venido con su hija para aprobar algunos vestidos de rigor para la corte real que se habían estado confeccionando durante largo tiempo y cuya atención fue encargada a Kate, acompañada por la Srta. Knag, y al mando, por supuesto, de *Madame* Mantalini.

El papel de Kate en aquel espectáculo era bastante oscuro, pues sus deberes se limitaban a sostener las prendas de vestir hasta que la Srta. Knag estuviera lista para probarlas, y de vez en cuando debía tratar de atar una cinta o abrochar un corchete. Con razón habría podido suponerse que era una ocupación demasiado inferior para servir de blanco a cualquier arrogancia o gesto malhumorado. Pero ocurrió que la dama acaudalada y la hija acaudalada estaban ambas de pésimo humor, y la pobre chica recibió su cuota de injurias. Era torpe... tenía las manos frías... sucias... ásperas... no hacía nada correctamente. Se preguntaban cómo podía *Madame* Mantalini tener a gente como esa a su alrededor, solicitaron que la próxima vez que vinieran, las atendiera alguna otra joven, etcétera.

Un acontecimiento tan común apenas merecería mencionarse, a no ser por sus efectos. Kate derramó muchas lágrimas amargas cuando aquellas personas se marcharon, y por primera vez se sintió humillada por su empleo. Es cierto que se había amedrentado ante la perspectiva de un trabajo duro y monótono, pero no se sentía degradada por el hecho de ganarse el pan trabajando, hasta el momento en que fue expuesta a la insolencia y el más ordinario orgullo. Un poco de filosofía le hubiera enseñado que los degradados eran los que se rebajaban al punto de exhibir habitualmente pasiones como aquellas, y sin motivo. Pero era demasiado joven para tales consuelos, y sus sentimientos honestos habían sido heridos. ¿Acaso la queja de que la gente común se ubica por encima de su posición no surge a menudo por el hecho de que la gente no común se pone por debajo de la suya?

En escenas y ocupaciones como esta fue pasando el tiempo hasta las nueve en punto, hora en que Kate, hastiada y abatida por los acontecimientos del día, se apresuró a partir del confinamiento del cuarto de trabajo, para reunirse con su madre en la esquina de la calle y caminar juntas hasta la casa,

tanto más triste por tener que disfrazar sus verdaderos sentimientos, y fingirse partícipe de todas las visiones optimistas de su acompañante.

«Bendita sea, Kate», dijo la Sra. Nickleby, «he estado pensando todo el día lo delicioso que sería que *Madame* Mantalini te tomara como socia... y es algo tan probable, ¿sabes? ¡Imagínate!, la cuñada del primo de tu pobre querido papá, una tal Srta. Browndock, fue adoptada como socia por una dama que tenía una escuela en Hammersmith, y en un santiamén hizo una fortuna. Por cierto, no recuerdo si esa Srta. Browndock fue la misma dama que se sacó el premio de las diez mil libras en la lotería, pero creo que sí lo era. De hecho, pensándolo bien, estoy segura de que lo era. Mantalini y Nickleby, ¡qué bien sonaría...! Y si Nicholas tiene un poco de buena suerte, podríamos tener al Doctor Nickleby, director de la Escuela Westminster, viviendo en la misma calle».

«¡Querido Nicholas!», exclamó Kate, sacando de su bolso de mano la carta que su hermano le enviara desde Dotheboys Hall. «Dentro de todas nuestras desventuras, mamá, qué contenta me pone oír que le van bien las cosas, y ver que escribe con un ánimo tan bueno. Pensar que está feliz y en una situación cómoda me consuela de todo lo que podemos padecer».

¡Pobre Kate! Poco imaginaba ella lo frágil que era su consuelo, y lo pronto que sería desengañada.

CAPÍTULO 18

DESPUÉS DE IDOLATRAR A KATE A LO LARGO DE TRES DÍAS ENTEROS, LA SRTA. KNAG DECIDE ODIARLA PARA SIEMPRE. EL LECTOR VERÁ AQUÍ LAS CAUSAS QUE CONDUCEN A LA SRTA. KNAG A ADOPTAR ESTA RESOLUCIÓN

Muchas vidas hay tan dolorosas, infortunadas y sufridas y a la vez tan exentas de interés para conmover a nadie más que a quien las vive, que son pasadas por alto por aquellos que, aun dotados de inteligencia y sensibilidad, se muestran avaros con su compasión y requieren fuertes estímulos para despertarla.

No son pocos los practicantes de la caridad que buscan en su vocación tanta emoción como en la suya encuentran los devotos del placer. Y es así cómo diariamente vemos prodigar solidaridad y compasión enfermizas a objetos apartados, mientras la persona menos observadora puede ver y oír constantemente cuántas demandas esperan por el legítimo ejercicio de esas mismas virtudes, pero en un estado saludable. En resumen, la caridad requiere su dosis de fantasía, tal como el novelista o el dramaturgo requieren la suya. Un ladrón vestido de algodón tosco es un personaje vulgar, en el que la gente refinada apenas repara. Pero vístalo usted de terciopelo verde, con un sombrero de copa alta, y cambie el escenario donde opera, de una ciudad densamente poblada a una carretera de montaña, y descubrirá que es el alma misma de la poesía y la aventura. Así ocurre con la única gran virtud cardinal, que, debidamente alimentada y ejercida, conduce —si no es que incluye necesariamente— a todas las demás. Tiene que tener su halo de fantasía, y mientras menos haya en ese halo de vida real, de dura lucha y trabajo cotidiano, mejor será.

La vida que llevó la pobre Kate Nickleby, a resultas de la imprevisible sucesión de circunstancias ya expuestas en esta narración, fue dura. Pero para que la opacidad, el confinamiento insalubre y la fatiga corporal que constituían su propio meollo y sustancia no la priven de interés a los ojos de personas caritativas y solidarias, prefiero ahora mantener la vista centrada

sobre la propia Srta. Nickleby, en lugar de enfriarles desde el inicio el ánimo con una detallada y larga descripción del establecimiento presidido por *Madame Mantalini*.

«Vaya, pues, ya lo creo, *Madame Mantalini*», dijo la Srta. Knag mientras Kate, agotada, se encaminaba a su hogar en la primera noche de su noviciado, «esa Srta. Nickleby es una joven muy loable, ya lo creo... ejem... juro, *Madame Mantalini*, que habla muy bien del extraordinario discernimiento que la distingue a usted el hecho de haber hallado a una joven tan excelente, de tan buen comportamiento y tan... ejem... modesta para asistir en el probador. He visto a jóvenes que, delante de sus superiores, se comportan... oh, ay... bien... pero usted siempre tiene razón, *Madame Mantalini*, siempre. Y tal como les digo yo con frecuencia a las jóvenes, la forma en que usted logra siempre tener razón, cuando tanta gente hay que tan a menudo se equivoca, es en verdad un misterio para mí».

«Aparte de poner de mal humor a un cliente de alto rango, la Srta. Nickleby no hizo hoy nada sobresaliente... al menos, que yo sepa», dijo *Madame Mantalini* a modo de respuesta.

«¡Ay!», dijo la Srta. Knag, «pero hay que achacarle mucho a la inexperiencia, sepa usted».

«¿Y a la juventud?», preguntó *Madame*.

«Oh, ni hablar de eso, *Madame Mantalini*», respondió la Srta. Knag, sonrojándose, «si la juventud fuese una excusa, usted no tendría...».

«Una capataz tan buena como la que tengo, ¿no es eso?», sugirió *Madame*.

«¡Oh, Dios!, a la verdad que nunca conocí a nadie como usted, *Madame Mantalini*», respondió la Srta. Knag muy satisfecha, «y eso es así, pues usted sabe lo que una va a decir antes de que le llegue a una a los labios. ¡Oh, muy bien! ¡Ja, ja, ja!».

«En lo que a mí respecta», observó *Madame Mantalini*, lanzando a su asistente una mirada de estudiada indiferencia y riéndose a carcajadas, pero con disimulo, «considero que la Srta. Nickleby es la chica más torpe que jamás viera en mi vida». «Pobrecita», dijo la Srta. Knag, «no es culpa suya. Si así fuera, tendríamos la esperanza de curarla, pero como se debe a su infortunio, *Madame Mantalini*, ya sabe usted..., como dijo el hombre del caballo ciego: debemos respetarlo».

«Su tío me dijo que se la consideraba bonita», observó *Madame Mantalini*. «Creo que es una de las chicas más ordinarias que me he tropezado jamás».

«¡Ordinaria!», exclamó la Srta. Knag con el rostro resplandeciente de satisfacción, «¡y torpe! Bueno, lo único que puedo decir, *Madame* Mantalni, es que le he tomado cariño a esa pobre chica, y que aun si fuera el doble de insípida su apariencia, y doble su torpeza, yo sería tanto más su amiga, y esa es la pura verdad».

De hecho, la Srta. Knag había concebido un afecto incipiente por Kate Nickleby, después de ser testigo de su fracaso aquella mañana, y esta breve conversación con su jefa aumentó su predisposición favorable hasta un extremo sorprendente, todo lo cual era tanto más notable dado que al escudriñar por primera vez el rostro y la figura de la joven había albergado para sus adentros ciertos recelos de que jamás congeniarían.

«Pero ahora», dijo la Srta. Knag, lanzando una mirada a su propio reflejo en un espejo cercano, «le tengo cariño... de veras que le tengo cariño... palabra que sí». Esta devota amistad era de una calidad tan elevada y desprovista de interés, y estaba tan por encima de las pequeñas debilidades de la adulación o la mala voluntad, que la Srta. Knag, dotada de tan bondadoso corazón, informó a Kate Nickleby al día siguiente que se daba cuenta de que nunca serviría para el negocio, pero que no tenía que preocuparse en absoluto a ese respecto, puesto que ella (la Srta. Knag) redoblaría sus ingentes esfuerzos para mantenerla, en lo posible, en una posición donde se destacara poco y donde apenas tuviera que permanecer perfectamente inmóvil frente a las personas, y emplear todos los medios a su alcance para evitar llamar la atención. Esta última sugerencia concordaba tanto con los sentimientos y deseos de la tímida joven, que de inmediato prometió implícitamente seguir los excelentes consejos de la solterona, sin cuestionar o, de hecho, sin detenerse a reflexionar un instante en torno a los motivos que los dictaban.

«Me intereso muy vivamente por usted, alma mía, palabra que sí», dijo la Srta. Knag, «interés de hermana, en realidad. Es muy singular lo que me sucede».

Sin duda era singular, pues si la Srta. Knag sintiese un fuerte interés por Kate Nickleby sería más lógico compararlo con el interés de una tía soltera o abuela, dada la gran diferencia de sus edades respectivas. Pero la Srta. Knag vestía ropas de corte muy juvenil, y quizás sus sentimientos adoptaran la misma forma. «¡Dios te bendiga!», dijo la Srta. Knag, dándole un beso a Kate al concluir el segundo día de trabajo, «qué torpe has estado todo el día».

«Me temo que su trato bondadoso y franco, que me ha vuelto más dolorosamente consciente de mis propios defectos, no me ha calmado mucho», suspiró Kate.

«No, no, me atrevo a decir que no», prosiguió la Srta. Knag, en un torrente muy desacostumbrado de buen humor. «Ten en cuenta que es mucho mejor que lo sepas desde el inicio, para que de ese modo puedas mejorar, recta y cómodamente. ¿Hacia dónde vas, amor?».

«Hacia el barrio financiero», respondió Kate.

«¡El barrio financiero!», exclamó la Srta. Knag, mirándose al espejo con gran aprobación mientras se ataba la cofia. «¡Ay, Dios! ¿Realmente vives en el barrio financiero?».

«¿Es tan extraño que alguien viva allí?», preguntó Kate, sonriendo a medias.

«Yo habría creído imposible que una joven viviera allí, en cualesquiera circunstancias, más de tres días seguidos», respondió la Srta. Knag.

«La gente venida a menos... debería decir la gente pobre», respondió Kate, rectificándose apresuradamente, pues temía parecer orgullosa, «tiene que vivir donde pueda».

«¡Ah!, muy cierto, no les queda otra opción, ¡es exactamente así!», prosiguió la Srta. Knag con esa especie de medio suspiro que, acompañado de dos o tres leves movimientos afirmativos de cabeza, es un gesto indicativo de lástima en la sociedad en general, «eso le digo yo a menudo a mi hermano, cuando nuestros sirvientes caen enfermos, uno tras otro, y él piensa que la parte trasera de la cocina puede ser demasiado húmeda para que duerman allí. Ese tipo de gente, le digo yo, ¡se siente dichosa de dormir en cualquier parte! Dios les brinda la fuerza para soportar su carga. Qué cosa tan buena que así sea, ¿no?».

«Muy buena», replicó Kate, volviendo el rostro.

«Te acompañaré parte del camino, querida», dijo la Srta. Knag, «porque debes pasar muy cerca de nuestra casa, y como hay bastante oscuridad, y nuestra última criada ingresó en el hospital hace una semana con erisipela en el rostro, me alegrará tu compañía».

Kate se habría excusado con gusto de esta halagadora compañía, pero una vez que la Srta. Knag se ajustó la cofia a su plena satisfacción, la tomó del brazo con un ademán que mostraba claramente cuán profundamente sentía la deferencia que estaba prodigando, y antes de que pudiera decir una palabra, ya estaban en la calle.

«Me temo», dijo Kate, vacilante, «que mamá —quiero decir, mi madre— me espera».

«No tienes que excusarte para nada, querida», dijo la Srta. Knag, sonriendo dulcemente al hablar; «me atrevo a decir que es una anciana muy

respetable, y a mí... ejem... me agrada mucho conocerla».

Puesto que la pobre Sra. Nickleby estaba descansando no solo los pies, sino todos los miembros en general en la esquina, Kate no tuvo más alternativa que presentársela a la Srta. Knag, la cual, imitando a la última cliente de la alta sociedad, respondió a la presentación con cortesía condescendiente. Entonces las tres arrancaron a caminar tomadas de los brazos, con la Srta. Knag en el centro, en un estado de amabilidad especial.

«Le he tomado cariño a su hija, Sra. Nickleby, no puede usted ni imaginarse cuánto», dijo la Srta. Knag, tras recorrer una corta distancia en un silencio solemne.

«Me da mucho gusto escucharlo», dijo la Sra. Nickleby, «aunque no es nada nuevo para mí que incluso los desconocidos le tomen afecto a Kate».

«¡Ejem!», exclamó la Srta. Knag.

«Le tomará aún más afecto cuando sepa lo buena que es», dijo la Sra. Nickleby. «Ha sido una gran bendición, en mis infortunios, tener a una hija que no conoce ni el orgullo ni la vanidad, y cuya crianza hubiera podido justificar en principio un poco de ambas. Usted no sabe lo que es perder a un esposo, Srta. Knag».

Como la Srta. Knag jamás había sabido lo que era conseguir uno era evidente que tampoco sabía lo que era perderlo, de modo que dijo con cierto apresuramiento, «no, en verdad, no lo sé», con una expresión cuya intención era subrayar que por nada del mundo se rebajaría a casarse con nadie... no, no, ella no era tonta.

«Estoy segura de que incluso en este corto tiempo Kate ha hecho progresos», dijo la Sra. Nickleby, echándole una orgullosa mirada a su hija.

«¡Oh!, claro que sí», dijo la Srta. Knag.

«Y aún hará más», agregó la Sra. Nickleby.

«Sin duda alguna, ¡y no porque lo diga yo!», respondió la Srta. Knag, apretando el brazo de Kate con el suyo, para indicar la arista cómica.

«Siempre fue lista», dijo la pobre Sra. Nickleby, iluminándose, «siempre, desde que era un bebé. Recuerdo cuando tenía apenas dos años y medio, y un caballero que acostumbraba a visitarnos mucho... el Sr. Watkins, ya sabes, Kate, querida, ese al que tu papá le pagó la fianza y luego huyó a los Estados Unidos, y nos mandó un par de zapatos de nieve con una carta tan afectuosa que hizo llorar a tu padre una semana entera. ¿Recuerdas la carta?, en la que decía que lamentaba mucho no poder pagar las cincuenta libras justo entonces, pues su capital estaba todo invertido a interés, y estaba muy ocupado haciendo su fortuna, pero que no olvidaba que tú eras su ahijada, y

tomaría muy a mal que nos negáramos a comprarte un coral montado en plata y a cargarlo a su antigua cuenta... ay, sí, querida, ¡cómo no te vas a acordar, tonta!, y que hablaba con tanto cariño del viejo vino de Oporto del que acostumbraba a beber botella y media cada vez que nos visitaba. Tienes que acordarte, ¿eh, Kate?».

«Sí, sí, mamá; ¿qué pasa con él?».

«¿Cómo que qué pasa? Pues que el Sr. Watkins, querida», dijo la Sra. Nickleby lentamente, como si estuviera haciendo un esfuerzo tremendo por recordar algo de importancia capital; «que el Sr. Watkins —no estaba emparentado, según comprenderá la Srta. Knag, con el Watkins dueño de la posada El Viejo Jabalí en la aldea. A propósito, no recuerdo si era El Viejo Jabalí o El Jorge Cuarto, pero era uno de esos dos, lo sé, y es más o menos lo mismo— que el Sr. Watkins dijo, cuando tú apenas tenías dos años y medio, que eras una de las criaturas más asombrosas que él viera jamás. Lo dijo, en verdad, Srta. Knag, y a él no le gustaban mucho los niños, y no habría podido tener el menor motivo para decirlo. Sé que fue él quien lo dijo, porque recuerdo como si fuera ayer que un momento después le pidió prestadas veinte libras a tu pobre querido papá».

Una vez que citara este extraordinario y muy desinteresado testimonio de la excelencia de su hija, la Sra. Nickleby se detuvo a recobrar el aliento, y la Srta. Knag, al ver que la conversación derivaba hacia la grandeza familiar, no perdió tiempo en lanzarse con un pequeño recuerdo sobre sí misma.

«No hable de préstamos de dinero, Sra. Nickleby», dijo la Srta. Knag, «o me sacará usted de quicio, me sacará completamente de quicio. Mi mamá... ejem... era el ser más bello y hermoso que pueda uno imaginar, dotada a mi parecer de la más espléndida y exquisita... ejem... la más exquisita nariz que jamás adornara un rostro humano, Sra. Nickleby (en este punto la Srta. Knag se frotó su propia nariz como por simpatía); la mujer más deliciosamente cabal, quizás, que jamás se haya visto. Pero tenía ese defecto de prestar dinero, y lo hacía hasta el punto de que prestaba... ejem... ¡oh!, miles de libras, todas nuestras pequeñas fortunas, y lo que es más, Sra. Nickleby, no creo que, si viviéramos hasta... hasta... ejem... hasta el fin de los tiempos, jamás nos las devolverían. Ya lo creo que no».

Tras concluir este esfuerzo de invención sin ser interrumpida, la Srta. Knag recayó en muchos recuerdos más, no menos interesantes que verídicos, cuya pleamar al principio la Sra. Nickleby intentó cortar, pero al cabo se puso a navegar en ella, añadiéndole una resaca de sus propios recuerdos, de modo que ambas damas siguieron hablando juntas en perfecta satisfacción. La única

diferencia entre ellas era que, mientras que la Srta. Knag se dirigía a Kate, y hablaba muy alto, la Sra. Nickleby proseguía en un flujo monótono y continuo, perfectamente complacida por estar hablando, y muy despreocupada de si alguien la escuchaba o no.

Así anduvieron muy amistosamente hasta llegar a casa del hermano de la Srta. Knag, que tenía una tienda de efectos de escritorio y atendía una biblioteca de poca circulación, en una calle secundaria próxima a la Carretera de Tottenham Court. Alquilaba por días, semanas, meses o años las más nuevas de las viejas novelas, cuyos títulos aparecían escritos a mano en tinta en una hoja de cartulina que se balanceaba en la jamba de la puerta. Como ocurrió que la Srta. Knag estaba en aquel momento en medio de un relato sobre la vigésima segunda oferta de matrimonio de un caballero de extensas propiedades, insistió en que las tres entrasen para cenar juntas, y así lo hicieron.

«No te vayas, Mortimer», dijo la Srta. Knag al entrar a la tienda. «Solo es una de nuestras jóvenes y su madre. La Sra. y la Srta. Nickleby».

«¡Oh, sí!», dijo el Sr. Mortimer Knag. «¡Ah!».

Una vez que profiriera esas exclamaciones con un aire muy profundo y pensativo, el Sr. Knag despabiló dos velas de cocina que había sobre el mostrador y dos más en la ventana, y entonces se despabiló él mismo con rapé que tomó de una lata que guardaba en el bolsillo del chaleco.

Había algo muy impresionante en el aspecto fantasmal con el que se realizaba todo esto, y como el Sr. Knag era un caballero alto, flaco y de rasgos solemnes, que usaba lentes y estaba provisto con muchos menos cabellos que los que generalmente exhibe un caballero que esté por los alrededores de los cuarenta, la Sra. Nickleby le susurró a su hija que pensaba que seguramente era hombre de inclinaciones literarias.

«Las diez pasadas», dijo el Sr. Knag, consultando su reloj. «Thomas, cierra el almacén».

Thomas era un chico de la mitad del alto de una contraventana, y el almacén era una tienda del tamaño aproximado de tres coches de alquiler.

«¡Ah!», volvió a decir el Sr. Knag, lanzando un profundo suspiro al devolver a su estante el libro que había estado leyendo. «Vaya... sí... creo que la cena está lista, hermana».

Con otro suspiro el Sr. Knag tomó las velas del mostrador y guio a las damas, con pasos luctuosos, hasta un salón en la parte trasera, donde una empleada de la limpieza, contratada en ausencia de la criada enferma y

remunerada con unos dieciocho peniques, a deducirse del salario que se le debía, estaba apagando el fuego de la comida.

«Sra. Blockson», dijo la Srta. Knag, con tono de reproche, «¿cuántas veces le he rogado que no entre a la habitación con la cofia puesta?».

«No puedo evitarlo, Srta. Knag», dijo la empleada de limpieza, que se ofendía de manera imprevisible, «hay mucho que limpiar en esta casa, y si no le gusta, tendrá que tomarse el trabajo de buscar a alguna otra persona, porque casi no me paga usted, esa es la pura verdad, aunque me ahorquen en este mismo instante».

«No quiero alegatos, hágame usted el favor», dijo la Srta. Knag, poniendo fuerte énfasis en el último pronombre personal. «¿Hay algún fuego encendido en la planta baja para tener ahora mismo agua caliente?».

«No, en verdad no lo hay, Srta. Knag», respondió la sustituta, «así que no le diré ni una palabra al respecto».

«Pero, ¿por qué no hay fuego?», dijo la Srta. Knag.

«Porque no queda carbón aquí, y si pudiera hacer carbón lo haría, pero como no puedo, no lo haré, y así me atrevo a decírselo, señora», respondió la Sra. Blockson.

«¿Quieres controlar lengua... mujer?», dijo el Sr. Mortimer Knag, introduciéndose violentamente en el diálogo.

«Con su permiso, Sr. Knag», replicó la empleada de la limpieza, girando totalmente sobre sí. «Me alegra mucho no hablar en esta casa, salvo cuando y donde se me hable, señor. Y en lo referente a ser una mujer, señor, quisiera saber qué es lo que se considera usted».

«Un infeliz desgraciado», exclamó el Sr. Knag, dándose un golpe en la frente. «Un infeliz desgraciado».

«Me alegra mucho saber que usted no se llama por su nombre, señor», dijo la Sra. Blockson, «y como yo tuve a dos jimaguas apenas anteayer hizo siete semanas, y mi pequeño Charley se cayó en el patiecito y se fastidió el codo el lunes pasado, les pido de favor que envíen mañana a mi casa nueve chelines de pago por una semana de trabajo, antes de que el reloj dé las diez».

Con estas palabras de despedida, la buena mujer abandonó la habitación con paso muy desenfadado, dejando la puerta abierta de par en par, mientras que el Sr. Knag, en ese mismo momento, se precipitó gimiendo dentro del «almacén».

«¿Qué le ocurre a ese caballero, por favor?», preguntó la Sra. Nickleby, muy perturbada por el sonido.

«¿Está enfermo?», preguntó Kate, realmente alarmada.

«¡Chitón!», respondió la Srta. Knag, «es una historia muy triste. En otros tiempos estuvo muy devotamente prendado de... ejem... *Madame Mantalini*».

«¡Dios me salve!», exclamó la Sra. Nickleby.

«Sí», continuó la Srta. Knag, «y recibió gran estímulo también, y confió en la esperanza de casarse con ella. Tiene un corazón muy romántico, Sra. Nickleby, como en verdad... ejem... en verdad tiene toda nuestra familia, y la desilusión fue un golpe terrible. Es un hombre maravillosamente cabal... muy extraordinariamente cabal... lee... ejem... lee todas las novelas que salen. Quiero decir, todas las novelas que... ejem... tienen algo de moda, por supuesto. El hecho es que en los libros que leía halló tantas cosas aplicables a sus propio infortunio, y en todos los sentidos se encontró tan parecido a los protagonistas —porque, claro, él es consciente de su propia superioridad, como todos nosotros lo somos, y con toda razón— que se retiró del mundo, y se convirtió en un genio. Y estoy totalmente segura de que en este mismo momento está escribiendo otro libro».

«¡Otro libro!», repitió Kate, al advertir que se había dejado una pausa para que alguien dijera algo.

«Sí», dijo la Srta. Knag, asintiendo con un gesto triunfal de la cabeza; «otro libro, en tres tomos, de cinco y media por siete y media pulgadas. Claro, que es una gran ventaja para él poder beneficiarse de mi experiencia en sus pequeñas descripciones de los círculos elegantes, porque, claro, hay pocos autores que escriban sobre esas cosas y tengan la oportunidad de conocerlas tanto como yo. Él está tan encerrado en la vida de las clases altas que la menor alusión a negocios o asuntos vulgares —como acaba de hacer esa mujer ahora mismo, por ejemplo— lo distrae mucho. Pero, como digo a menudo, creo que su desengaño amoroso le vino muy bien, porque si no hubiera sufrido ese contratiempo, no podría haber escrito sobre las esperanzas arruinadas y todo eso. Y el hecho es que, si no hubiera ocurrido lo que ocurrió, no creo que jamás se hubiera manifestado su genio».

Resulta imposible adivinar cuánto más comunicativa se habría podido volver la Srta. Knag en circunstancias más favorables, pero como el melancólico estaba suficientemente cerca para oír, y había que atizar el fuego, sus revelaciones se detuvieron ahí. A juzgar por las apariencias, y por la dificultad para mantener tibia el agua, la última sirvienta no debió de estar acostumbrada a más ardor que el causado por las erupciones en la piel. Pero al cabo se hizo un poco de coñac con agua, y las invitadas, agasajadas previamente con un muslo de cordero frío y pan con queso, se despidieron

poco después, y Kate se estuvo divirtiendo durante todo el camino hasta la casa con el recuerdo de la última imagen que captó del Sr. Mortimer Knag profundamente abstraído en la tienda, y la Sra. Nickleby con su soliloquio sobre si la compañía de confecciones pasaría a ser al final «Mantalini, Knag y Nickleby», o «Mantalini, Nickleby y Knag».

La amistad de la Srta. Knag se mantuvo en este punto culminante a lo largo de tres días completos, para gran asombro de las jóvenes de *Madame Mantalini*, que jamás habían sido testigos de semejante constancia en ese terreno, pero al cuarto día aquello cesó de manera tan violenta como repentina, según se explicará a continuación.

Ocurrió que un viejo lord de una familia de alcurnia, que iba a casarse con una joven carente de una familia particularmente notable, acudió con la joven y la hermana de la joven, para presenciar la ceremonia de probarse las dos cofias nupciales ordenadas el día anterior. Y al anunciar *Madame Mantalini* ese acontecimiento con chillona voz de tiple por el tubo acústico que se comunicaba con el cuarto de trabajo, la Srta. Knag se apresuró escaleras arriba con una cofia en cada mano, y se personó en el salón de exhibiciones en un encantador estado de palpitación diseñado para demostrar su entusiasmo en esa causa. En cuanto estuvieron más o menos puestas las cofias, la Srta. Knag y *Madame Mantalini* cayeron en convulsiones de admiración.

«Un aspecto elegantísimo», dijo *Madame Mantalini*.

«Nunca vi algo tan exquisito en toda mi vida», dijo la Srta. Knag.

Ahora bien, el anciano lord, que era un lord muy viejo, no decía nada, pero murmuraba algo entre dientes y soltaba una risita de tremenda satisfacción, no menos con las cofias nupciales y sus portadoras, que con su propia habilidad para conseguir tan excelente mujer por esposa. Y la muchacha, que era una joven muy vivaracha, viendo al viejo lord en tal estado de éxtasis, lo arrastró detrás de un psique y allí mismo lo besó, mientras que *Madame Mantalini* y la otra joven miraban discretamente en otra dirección.

Pero en el transcurso de esa efusión, la Srta. Knag, incapaz de reprimir su curiosidad, pasó accidentalmente al otro lado del espejo, y fue captada por la mirada de la vivaracha joven justo en el momento en que esta besaba al viejo lord, tras lo cual la joven murmuró con mala cara, y de mal talante, algo sobre «un vejestorio» y «una gran impertinencia» y terminó clavando una mirada indignada sobre la Srta. Knag y sonriendo con desprecio.

«*Madame Mantalini*», dijo la joven.

«A sus órdenes, señora», dijo *Madame Mantalini*.

«Le ruego que haga subir a aquella criatura joven y bonita que vimos ayer».

«Oh sí, por favor», dijo la hermana.

«De todas las cosas en el mundo, *Madame Mantalini*», dijo la prometida del lord, dejándose caer lánguidamente sobre un sofá, «la que más odio es que me sirvan espantajos o personas de edad. Le ruego que siempre que yo venga, llame usted a esa joven».

«Claro que sí», dijo el viejo lord; «a esa jovencita encantadora, claro que sí».

«Todos hablan de ella», dijo la joven, del mismo modo desenfadado; «y ya que mi lord es un gran admirador de la belleza debemos mostrársela».

«Es universalmente admirada», respondió *Madame Mantalini*. «Srta. Knag, mande subir a la Srta. Nickleby. Y no se moleste en regresar usted».

«Perdón, *Madame Mantalini*, ¿qué fue lo último que usted dijo?», preguntó la Srta. Knag, temblando.

«Que no se moleste en regresar», repitió la superiora de manera cortante. La Srta. Knag se esfumó sin decir una palabra más, y en un tiempo razonable fue remplazada por Kate, quien quitó las cofias nuevas y volvió a poner las viejas, sonrojándose mucho al comprobar que el viejo lord y las dos jóvenes la desconcertaban con la fijeza de las miradas que le dirigían.

«¡Toma!, ¡cómo te sonrojas, niña!», dijo la prometida del lord.

«Todavía no está acostumbrada al negocio; ya lo estará dentro de una o dos semanas», terció *Madame Mantalini* con una sonrisa afable.

«Me temo que usted le debe de haber dirigido alguna de sus miradas maliciosas, mi lord», dijo la prometida.

«No, no, no», respondió el viejo lord, «no, no, voy a casarme y a vivir una nueva vida. ¡Ja, ja, ja!, ¡Una nueva vida, una nueva vida! ¡Ja, ja, ja!».

Fue algo simpático oír que el anciano iba a vivir una nueva vida, cuando era bastante evidente que la actual no iba a durarle mucho más. El mero esfuerzo de soltar una risita prolongada lo redujo a tal preocupante acceso de tos y sofocación, que pasaron varios minutos antes de que pudiera recobrar suficiente aliento para comentar que la chica era demasiado bonita para ser sombrerera.

«Espero que usted no crea que la buena apariencia descalifica para el negocio, mi lord», dijo *Madame Mantalini*, con una sonrisa afectada.

«No, de ningún modo», respondió el anciano lord, «o usted lo hubiera abandonado hace mucho tiempo».

«¡Qué pillín es!», dijo la dama vivaracha, pinchando al par del reino con la punta de la sombrilla. «No permitiré que hable así. ¿Cómo se atreve?».

Este interrogatorio jugueteón fue acompañado de otro pinchazo, y otro más, y otro, y entonces el viejo lord agarró la sombrilla, y no la soltaba, lo que indujo a la otra dama a venir al rescate, y después hubo algunas muy lindas escenas deportivas.

«Encárguese de que se hagan esos pequeños arreglos, *Madame Mantalini*», dijo la dama. «No, mi lord, decididamente, usted bajará primero; yo no lo dejaría solo con esa linda chica ni medio segundo. Lo conozco demasiado bien. Jane, querida, deja que baje primero, y así lo tendremos vigilado».

El viejo lord, evidentemente muy halagado con esa sospecha, le regaló a Kate una mirada impúdica y grotesca al pasar junto a ella, y después de recibir otro golpecito con la sombrilla por su malicia, bajó las escaleras tambaleándose hasta la puerta, donde su cuerpo enérgico fue alzado y puesto dentro del carruaje por dos robustos lacayos.

«¡Vaya!», dijo *Madame Mantalini*, «no puedo imaginarme cómo se mete en un vehículo sin pensar en un coche fúnebre. Toma, llévate las cosas, querida, llévatelas».

Kate, que había permanecido con los ojos modestamente fijos en el suelo durante toda esta escena, estaba más que feliz de aprovechar el permiso para retirarse, y se apresuró jubilosamente escaleras abajo a los dominios de la Srta. Knag.

Sin embargo, las circunstancias habían variado enormemente en el pequeño reino durante su breve ausencia. En lugar de ocupar su asiento acostumbrado, desplegando desde allí toda la dignidad y grandeza de representante de *Madame Mantalini*, el ser benemérito yacía dentro de una enorme bañera, cubierta de lágrimas, mientras que tres o cuatro de las jóvenes la atendían, lo cual, unido a la presencia de sales estimulantes, vinagre y otros restauradores, bastaba para ofrecer amplio testimonio —incluso sin el desarreglo del tocado y de la primera fila de rizos— de que se había desmayado en un rapto de desesperación.

«¡Dios me ampare!», dijo Kate, acercándose rápidamente, «¿Qué ocurre?».

Esta pregunta produjo en la Srta. Knag violentos síntomas de recaída, y varias jóvenes, clavando en Kate miradas de enojo, le aplicaron más vinagre y sales, y dijeron que era «lamentable».

«¿Qué cosa es lamentable?», preguntó Kate. «¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado? Díganme».

«¡Qué ocurre!», gritó la Srta. Knag, irguiéndose de golpe, para gran consternación de las doncellas reunidas. «¡Que qué ocurre! ¡Vergüenza debería darte, ser indecente!».

«¡Santo Cielo!», exclamó Kate, casi paralizada por la violencia con la que el adjetivo fue expulsado de entre los dientes apretados de la Srta. Knag; «¿Acaso la he ofendido?».

«¡Ofenderme usted a mí!», replicó la Srta. Knag, «¡Usted!, una niña, una mocosa, ¡una advenediza doña nadie! ¡Oh, ya lo creo! ¡Ja, ja!».

Ahora bien, al reírse la Sra. Knag, se hacía evidente que algo le parecía tremendamente cómico, y como las jóvenes seguían a la Srta. Knag —por ser ella la jefa— todas se pusieron a reír sin perder un instante, y se hicieron gestos de asentimiento con la cabeza y se sonrieron sarcásticamente unas a otras, como diciendo «qué bien estuvo eso».

«Hela ahí», continuó la Srta. Knag, saliendo de la bañera y presentándose ante Kate con mucha ceremonia y muchas reverencias exageradas para deleite de la multitud: «Hela ahí... todos hablan de ella... la beldad, damas... la belleza, la... ¡oh, miren ese rostro insolente!».

En ese instante crítico la Srta. Knag fue incapaz de reprimir un temblor virtuoso, que de inmediato se comunicó a todas las jóvenes, tras lo cual la Srta. Knag rio, y después, se echó a llorar.

«Durante quince años», exclamó la Srta. Knag, sollozando de un modo muy conmovedor, «durante quince años he sido el crédito y el adorno de esta sala y la de los altos. Gracias a Dios», dijo la Srta. Knag, golpeando el suelo primero con el pie derecho y luego con el izquierdo, evidenciando en esto asombrosa energía; «nunca en todo ese tiempo, hasta ahora, he sido expuesta a las artes, a las viles artes de un ser que nos deshonra a todas con sus proceder, y que causa nuestro sonrojo. Pero lo siento, de veras que lo siento, aunque me repugna».

Aquí la Srta. Knag volvió a mostrarse suave, y las jóvenes, renovando sus atenciones, murmuraron que tenía que estar por encima de esas cosas, y que ellas las depreciaban y consideraban que no merecían atención, y para atestiguarlo volvieron a exclamar con mayor énfasis que antes que era lamentable, y que se sentían tan enojadas, de veras que sí, que casi no sabían ni qué hacerse.

«¡Acaso he vivido hasta hoy para que me llamen “espantajo”!», exclamó la Srta. Knag, víctima de repente de convulsiones, y haciendo un esfuerzo por

arrancarse la frente.

«Oh, no, no», respondió el coro, «por favor, no diga eso, ¡no diga eso!».

«¿Acaso merezco que me llamen una “persona de edad?”», gritó la Srta. Knag, luchando con las figurantes.

«No piense en esas cosas, querida», respondió el coro.

«La odio», exclamó la Srta. Knag; «la detesto y la odio. Que jamás me vuelva a hablar. Que ninguna de mis amistades le hable. Una marrana, una sinvergüenza, ¡una sinvergüenza impúdica y mañosa!». Habiendo denunciado al objeto de su ira en esos términos, la Srta. Knag gritó una vez, hipó tres veces, y varias veces más se oyó en su garganta un gorgoteo. Se adormiló, tembló, se despertó, volvió en sí, se arregló el tocado y declaró que ya volvía a estar bien.

La pobre Kate había mirado estos procederes totalmente desconcertada al principio. Luego había enrojecido y palidecido alternativamente, y una o dos veces intentó hablar, pero en la medida en que los verdaderos motivos de esta alteración de la conducta se fueron manifestando, se retiró a unos pocos pasos de distancia y se quedó mirando fijamente sin dignarse a responder. Pero aunque caminó orgullosamente de regreso a su puesto, y dio la espalda al grupo de pequeños satélites apiñados alrededor del planeta regente en el más remoto rincón de la habitación, dio paso, en secreto, a unas lágrimas tan amargas que habrían alegrado el alma más íntima de la Srta. Knag si hubiera podido verlas caer.

CAPÍTULO 19

QUE DESCRIBE UNA COMIDA EN CASA DEL SR. RALPH NICKLEBY, Y EL MODO EN QUE LOS ASISTENTES SE ENTRETUVIERON ANTES DE LA COMIDA, DURANTE LA COMIDA Y DESPUÉS DE LA COMIDA

Puesto que el mal genio y el rencor de la benemérita Srta. Knag no sufrió disminución alguna durante el resto de la semana, sino que más bien fue en aumento con cada hora que pasaba; y puesto que la honesta ira de todas las jóvenes aumentaba, o parecía aumentar, en proporción exacta a la indignación de la buena solterona, y ambas alcanzaban sus puntos de ebullición cada vez que llamaban a la Srta. Nickleby a los altos, podrá imaginarse rápidamente que la vida cotidiana de la joven no era la más alegre o envidiable. Celebró la llegada del sábado por la noche, tal como un prisionero toma un respiro de su lenta y desgastadora tortura durante unas pocas horas deliciosas, y sintió que las miserables monedas ganadas por su primera semana de trabajo le habrían resultado duras y costosas aunque le hubieran triplicado la suma.

Cuando se reunió con su madre como solía hacer en la esquina, se sorprendió bastante al hallarla conversando con el Sr. Ralph Nickleby. Pero su sorpresa se redobló no solo por el tema de esta conversación, sino también por los modales suaves y distantes del Sr. Nickleby.

«¡Ah, querida!», dijo Ralph; «en este instante hablábamos de ti».

«¿De veras?», respondió Kate, encogiéndose, aun sin saber bien por qué, ante la mirada fría y brillante de su tío.

«En este momento»[^] dijo Ralph, «venía a buscarte, para estar seguro de atraparte antes de que te marcharas, pero tu madre y yo hemos estado hablando sobre asuntos de familia, y el tiempo se nos ha ido tan rápido...».

«¡Caramba! Pues así es, ¿no es verdad?», cortó la Sra. Nickleby, sin darse cuenta del tono sarcástico de la última observación de Ralph. «Palabra que no habría imaginado nunca que semejante... Kate, querida, vas a comer con tu tío mañana a las seis y treinta».

Radiante por haber sido la primera en comunicar esta información extraordinaria, la Sra. Nickleby asintió con un gesto de cabeza y sonrió muchísimas veces para que la mente perpleja de Kate cobrara conciencia del total sentido de la novedad, y con la misma salió volando en ángulo agudo, en dirección a un comité preparatorio.

«Déjame ver», dijo la buena dama. «Tu vestido negro de seda bastará, querida, con aquella bufandita linda, y una cinta sencilla en el pelo, y un par de medias de seda neg... Ay, ay», exclamó la Sra. Nickleby, volando hacia otro ángulo, «si aunque sea tuviera aquellas desgraciadas amatistas mías... tú las recuerdas, Kate, amor mío... cómo brillaban, ¿te acuerdas...? Pero tu papá, tu pobre querido papá... ¡ah!, qué cruel haber tenido que sacrificar aquellas joyas, ¡qué crueldad!». Sobrecogida por este agónico pensamiento, la Sra. Nickleby sacudió con melancolía la cabeza y se acercó el pañuelo a los ojos.

«No las deseo, mamá, de veras», dijo Kate. «Olvida que alguna vez las tuviste». «Por Dios, Kate, querida», prosiguió la Sra. Nickleby, malhumorada, «hablas como una niña. Veinticuatro cucharitas de plata, cuñado; dos salseras, cuatro saleros, todas las amatistas —collar, broche y pendientes— todos llevados al mismo tiempo, y yo diciéndole casi de rodillas a aquella pobre alma buena, “¿por qué no haces algo, Nicholas? ¿Por qué no haces alguna gestión?”. Estoy segura de que cualquiera que hubiera estado cerca de nosotros en aquella época confirmarla que si no se lo dije cincuenta veces al día, no se lo dije ni una. ¿No es cierto, Kate, querida? ¿Perdí alguna vez una oportunidad de recordárselo a tu pobre papá?».

«No, no mamá, nunca», respondió Kate. Y para ser justos con la Sra. Nickleby, en verdad ella nunca perdió ocasión —como tampoco ninguna señora casada, en tanto gremio, la pierde— de predicar a su marido estos dorados preceptos, a los que solo habría que reprocharles la leve dosis de vaguedad e incertidumbre con que generalmente se formulan.

«¡Ah!», dijo la Sra. Nickleby con gran fervor, «si se hubieran seguido mis consejos desde el principio... Bueno, yo siempre cumplí con mi deber, y eso en cierto modo es un consuelo».

Cuando llegó a esta reflexión, la Sra. Nickleby suspiró, se frotó las manos, subió la vista al cielo y finalmente asumió un aspecto de mansa serenidad, para significar que era una santa perseguida, pero no molestaría a quienes la escuchaban con la mención de una circunstancia que debería resultar tan obvia para todos.

«Ahora bien», dijo Ralph con una sonrisa que, al igual que todas sus demás manifestaciones de emoción, parecía escondida debajo de su rostro, en vez de recreada con temeridad encima de él, «para regresar al punto del que nos hemos desviado. Hay un pequeño grupo de... de... caballeros con los que estoy relacionado por cuestiones de negocios justo en este momento, que irán a mi casa mañana, y su madre me ha prometido que usted me hará el favor de hacerse cargo del trabajo de la casa. Yo no estoy muy acostumbrado a tertulias, pero esta es de trabajo, y esas tonterías a veces son una parte importante de él. ¿No le importa complacerme?». «¡Importarle!», exclamó la Sra. Nickleby. «¡Qué dice! Mi querida Kate...».

«Tenga la bondad», interrumpió Ralph, haciéndole un gesto para que guardara silencio. «Le estoy hablando a mi sobrina».

«Con mucho gusto, tío, por supuesto», respondió Kate, «pero me temo que usted me hallará demasiado torpe y desmañada».

«Oh, no», dijo Ralph; «venga cuando quiera, en un coche de alquiler... yo lo pagaré. Buenas noches... este... este... Dios la bendiga».

La bendición parecía quedársele pegada en la garganta al Sr. Ralph Nickleby, como si no estuviera habituada a transitar por esa vía y desconociera el punto de salida. Pero logró que saliera, aunque con bastante trabajo. Y en cuanto se deshizo de ella, estrechó las manos de sus dos parientas y las abandonó precipitadamente.

«Qué rostro de rasgos tan fuertes tiene tu tío», dijo la Sra. Nickleby, muy impresionada por su mirada de despedida. «No le veo el mínimo parecido con su pobre hermano».

«¡Mamá!», dijo Kate, en tono reprobador. «¡Cómo se te ocurre siquiera pensarlo!». «No», dijo la Sra. Nickleby, meditando. «Lo cierto es que no se le parece en nada. Pero es un rostro muy honesto».

La benemérita matrona hizo esta afirmación con mucho énfasis y cuidada elocución, como si conllevara un monto no despreciable de ingenio e investigación. Y, a decir verdad, no era indigno de ser clasificado entre los más extraordinarios descubrimientos de esta época. Kate alzó apresuradamente la vista, y con el mismo apresuramiento la volvió a bajar.

«¿Por Dios santo, querida, qué es lo que te pasa?», preguntó la Sra. Nickleby, después de caminar algún tiempo en silencio.

«Solo estaba pensando, mamá», respondió Kate.

«¡Pensando!», repitió la Sra. Nickleby. «Sí, y ya lo creo, que es como para pensarlo. Tu tío te ha tomado un fuerte afecto, eso está bastante claro, y me

sorprendería mucho que no se te presentara alguna buena oportunidad después de esto, eso creo».

Y diciendo esto, se lanzó a contar diversas anécdotas de muchachas cuyos tíos excéntricos les habían puesto billetes de mil libras en sus bolsos, y de jóvenes que accidentalmente habían conocido a amables caballeros de enorme fortuna en casa de sus tíos, y se habían casado con ellos tras breves pero ardientes noviazgos. Y Kate, que escuchaba primero con apatía, y luego muy divertida, sintió, mientras iban camino a casa, que algo del temperamento sanguíneo de su madre se le iba despertando gradualmente en su propio pecho, y empezó a pensar que sus perspectivas pudieran estar tornándose brillantes, y que podía estar a punto de salir el sol en su vida. Así es la esperanza, el regalo del Cielo para los mortales que luchan, y que, como una esencia sutil, impregna desde el cielo todas las cosas, tanto buenas como malas, de manera tan universal como la muerte, y más contagiosa que la enfermedad.

El débil sol de invierno —y los soles de invierno son en verdad muy débiles en la ciudad— brilló con más fuerza cuando, al penetrar por la sombría ventana de la vieja casona, presencié la visión inusual que ahora mostraba esta habitación a medias amueblada. En el lóbrego rincón donde antaño se erguía una pila silenciosa y polvorienta de mercancías —abrigo de una colonia de ratones— que con su masa pálida e inerte exhibía su desagrado por aquella habitación adornada con paneles, siempre y cuando no se estremeciera con robustos temblores —que tornaban los brillantes ojos de sus minúsculos inquilinos más brillantes aún a causa del pavor, y los dejaban paralizados, con la oreja atenta y el corazón palpitante hasta que pasara la alarma— cuando pasaban por la calle los pesados vagones... en ese oscuro rincón ahora aparecían ordenadas, con cuidado escrupuloso, todas las cositas finas que Kate usaría aquel día, y cada pieza de vestir tenía algo de ese indescriptible aire de garbo e individualidad que las ropas vacías —ya sea por asociación, o porque se amoldan, como quien dice, a la forma del dueño— adoptan, ante los ojos acostumbrados, o que retratan la elegancia del que las viste. En lugar de una paca de mercancías mohosas, yacía allí el vestido negro de seda: la más elegante imagen que concebirse pudiera. Los pequeños zapatos, con los dedos de los pies delicadamente salidos hacia fuera, descansaban sobre algún viejo fierro; y una pila de cuero áspero y descolorido había cedido inconscientemente su lugar al parcito de medias negras de seda, objeto de especial cuidado por parte de la Sra. Nickleby. Ratas y ratones, y otros similares de pequeña talla habían muerto de hambre tiempo atrás o

emigrado a mejores locales; y en lugar de ellos aparecían guantes, cintas, bufandas, horquillas y muchos otros pequeños artefactos, casi tan ingeniosos, a su manera, como los mismos ratones y ratas, para atormentar a la humanidad. Alrededor y en medio de todos ellos, se movía la propia Kate, no el menos bello e insólito alivio para aquel severo, viejo y tenebroso edificio.

A buen tiempo, o a mal tiempo, como desee tomarlo el lector, pues la impaciencia de la Sra. Nickleby avanzaba con mucha mayor rapidez que los relojes en aquel extremo de la ciudad, y Kate estaba ya vestida, hasta la última horquilla, una hora y media antes de que ni siquiera hubiera necesidad alguna de empezar a pensar en ello... a buen tiempo o a mal tiempo, el atavío se concluyó, y por ser al fin la hora acordada para partir, el lechero fue a buscar un coche al punto más cercano, y Kate, con muchos adioses a su madre, y muchos mensajes cariñosos para la Srta. La Creevy —que debía venir a tomar el té— se sentó dentro del carruaje y partió con gran pompa, si es que jamás alguien ha partido con gran pompa en un coche de alquiler. Y el coche, y el cochero, y los caballos traquetearon y cencerrearon y azotaron, y maldijeron, y blasfemaron, y siguieron andando juntos y en desorden hasta llegar a Golden Square.

El cochero dio un tremendo doble toque a la puerta, que se abrió mucho antes de que los toques terminaran, tan rápido como si hubiera habido un hombre detrás de ella con la mano atada al picaporte. No fue poca la sorpresa de Kate al advertir que el hombre que le abría, vestido con elegante librea, era nada menos que Newman Noggs con camisa limpia y al ver que había dos o tres señores más en el pasillo. No había dudas de que era la casa correcta, sin embargo, pues ahí estaba el nombre en la puerta, de modo que aceptó poner su mano sobre la manga de encaje del abrigo que se le ofreció, y después de entrar a la casa, fue conducida escaleras arriba, a un salón de la parte trasera donde la dejaron sola.

Si se había sorprendido con la aparición del lacayo, quedó perfectamente estupefacta ante la riqueza y el esplendor del mobiliario. Las alfombras más suaves y elegantes, los cuadros más exquisitos, los espejos más costosos, los artículos más ricamente ornamentados, que deslumbraban por su belleza y dejaban perplejo al observador por la prodigalidad con que estaban esparcidos, tropezaban con ella a un lado y a otro. Hasta la escalera estaba atiborrada, casi hasta la puerta del pasillo, de cosas bellas y lujosas, como si la casa estuviera tan llena hasta el tope de riquezas que, de añadirse cualquier mínimo detalle, podrían perfectamente desbordarse hacia la calle.

Ahora se oía una serie de dobles toques fuertes a la puerta de la calle, y después de cada toque alguna nueva voz en la habitación contigua. Al principio, los tonos del Sr. Ralph Nickleby eran fácilmente distinguibles, pero poco a poco se mezclaron con un rumor general de conversación, y lo único que ella podía discernir con certeza era que había varios caballeros con voces no muy musicales que hablaban muy alto, reían a carcajadas y blasfemaban más de lo que ella hubiera creído necesario. Pero eso era una cuestión de gusto.

Al cabo, la puerta se abrió y el propio Ralph, desprovisto de sus botas y ceremoniosamente engalanado con medias negras de seda y zapatos, adelantó su rostro astuto.

«No pude venir a verte antes, querida», dijo en un tono bajo, apuntando, mientras hablaba, a la habitación contigua. «Estaba ocupado recibéndolos a ellos. Ahora bien... ¿te conduzco allí dentro?».

«Le ruego, tío», dijo Kate, un poco agitada, tal como a menudo se ponen las personas de mucho más roce social cuando están a punto de entrar a una habitación llena de extraños y han tenido tiempo de pensar en ello con antelación, «¿hay alguna dama ahí?».

«No», dijo Ralph bruscamente, «no conozco a ninguna».

«¿Tengo que ir de inmediato?», preguntó Kate, retrocediendo un poco.

«Como deseas», dijo Ralph, encogiéndose de hombros. «Todos vinieron, y la comida se anunciará dentro de poco... eso es todo».

Kate habría suplicado una gracia de unos pocos minutos, pero pensando que su tío podría considerar que el pago del coche de alquiler era una especie de pago por su puntualidad, aceptó enlazar su brazo con el de él y dejarse conducir.

Cuando entraron, había siete u ocho caballeros de pie en torno al fuego, y como hablaban en voz muy alta, no notaron su presencia hasta que el Sr. Nickleby, tocando a uno de ellos en la manga de la chaqueta, dijo con voz áspera y enfática, como para atraer la atención general...

«Lord Frederick Verisopht, mi sobrina, la Srta. Nickleby».

El grupo se dispersó como con gran sorpresa, y, al volverse, el caballero al que el anfitrión se había dirigido mostró un traje del más superlativo corte, unas barbas de similar calidad, bigotes, una cabeza llena de cabellos, y un rostro joven.

«¡Eh!», dijo el caballero. «¿Qué *diábolo*?».

Y con esa exclamación en un idioma imperfecto, fijó el monóculo en su ojo y la vista, con gran sorpresa, en la Srta. Nickleby.

«Mi sobrina, mi lord», dijo Ralph.

«Vaya, entonces mis oídos no me engañaron, y no es una muñeca de biscuit», dijo su señoría. «¿Cómo estamos? Yo estoy muy feliz». Y entonces su señoría se volvió hacia otro caballero superlativo, algo mayor, algo más corpulento, algo más colorado de rostro, y algo más de mundo, y dijo en un susurro perfectamente audible que la chica era «*endermoniadamente bunita*».

«Presénteme, Nickleby», dijo este segundo caballero, que estaba recostado con la espalda hacia el fuego y los dos codos apoyados en el

mueble de la chimenea.

«El Señor Mulberry Hawk», dijo Ralph.

«O la baraja más lista del paquete, Srta. Nickleby», dijo Lord Frederick Verisopht.

«No me deje fuera, Nickleby», exclamó un caballero de rostro afilado, que leía el periódico en una silla baja con un alto espaldar. «El Sr. Pyke», dijo Ralph.

«Ni a mí, Nickleby», exclamó otro caballero de rostro rubicundo y aspecto relampagueante, tomado del brazo del Sr. Mulberry Hawk.

«Sr. Pluck», dijo Ralph. Entonces, volviendo a dar la vuelta en dirección a un caballero con cuello de grulla y piernas de ningún animal en particular, Ralph lo presentó como el honorable Sr. Snobb, y a una persona canosa sentada a la mesa, como el Coronel Chowser. El coronel estaba conversando con alguien que parecía carecer de toda importancia y no fue presentado.

Hubo dos circunstancias que, en esta etapa temprana de la velada, le llegaron a Kate hasta el corazón, e hicieron que la sangre le hirviera y le subiera hasta el rostro. Una era el leve desprecio que los invitados evidentemente sentían respecto a su tío, y el otro fue la fácil insolencia de sus modales respecto a ella. No se requería mucha agudeza para prever que el primer síntoma muy probablemente conduciría a la agravación del segundo. Y aquí el Sr. Ralph Nickleby había obrado sin tener en cuenta a la otra parte, pues, por naturaleza, y por muy recién llegada que pueda estar del campo una joven, y por muy poco familiarizada que esté con el comportamiento mundano, lo más probable será que tenga un sentido innato tan fuerte de lo que es decente y apropiado en la vida como si hubiera salido ilesa de una docena de años en Londres —más fuerte quizás, pues se ha sabido de casos en los que los sentidos se atrofian en este proceso de mejoramiento.

Cuando Ralph hubo completado la ceremonia de presentaciones, condujo hasta un asiento a su sonrojada sobrina, y, al hacerlo, echó una ojeada desconfiada a su alrededor como para asegurarse de la impresión que había causado al aparecer de manera tan sorprendente.

«Un *placier* inesperado, Nickleby», dijo Lord Frederick Verisopht, quitándose el lente de su ojo derecho, que hasta ese momento había estado ocupado en Kate, y fijándose en el izquierdo para apuntarlo hacia Ralph.

«Diseñado para sorprenderlo, Lord Frederick», dijo el Sr. Pluck.

«No fue una mala idea», dijo su señoría, «y una que casi aseguraría el incremento de un porcentaje adicional de dos y medio».

«Nickleby», dijo *Sir Mulberry Hawk*, con voz gruesa y áspera, «dese por enterado de la insinuación, y agrégueselo a los otros veinticinco, o lo que sea, y deme la mitad por el consejo».

Sir Mulberry adornó su discurso con una risa ronca, y lo concluyó con una simpática blasfemia a propósito de la estampa del Sr. Nickleby, ante la cual los señores Pyke y Pluck «se retorcieron de la risa».

Estos caballeros aún no se habían recuperado totalmente de la broma cuando se anunció la comida, y entonces cayeron en renovados éxtasis por causa similar; pues *Sir Mulberry Hawk*, en un exceso de buen humor, se abalanzó con destreza por delante de Lord Frederick Verisopht, que estaba a punto de conducir a Kate escaleras abajo, y tomó el brazo de ella, hasta el codo, enlazándolo con el suyo.

«No, maldita sea, Verisopht», dijo *Sir Mulberry*, «hay que jugar limpio, y la Srta. Nickleby y yo zanjamos ese asunto comunicándonos con miradas hace diez minutos».

«¡Ja, ja, ja!», rio el honorable Sr. Snobb, «está bien, está bien».

Habiendo ganado en ingeniosidad adicional con esa ocurrencia, *Sir Mulberry Hawk* miró con una sonrisa impúdica y muy chistosamente a sus amigos, y condujo a Kate escaleras abajo con un aire de familiaridad que hinchó el pecho de ella de repugnancia y ardiente indignación, al punto de sentir que era imposible reprimirlas. Tampoco disminuyó la intensidad de esos sentimientos cuando fue ubicada a la cabecera de la mesa, con *Sir Mulberry Hawk* y Lord Verisopht a ambos lados.

«Oh, usted halló el camino hasta nuestro barrio, ¿no es así?», dijo *Sir Mulberry* al sentarse su señoría.

«Claro», respondió Lord Frederick, fijando los ojos en la Srta. Nickleby, «¿cómo puede pre-preguntarme?».

«Bien, concéntrese en su comida», dijo *Sir Mulberry*, «y no nos haga caso a la Srta. Nickleby y a mí, pues seríamos unos interlocutores muy indiferentes, me atrevo a decir».

«Desearía que usted interviniese aquí, Nickleby», dijo Lord Verisopht.

«¿Qué ocurre, mi Lord?», preguntó Ralph desde el otro extremo de la mesa, donde lo flanqueaban los señores Pyke y Pluck.

«Este tipo, Hawk, está monopolizando a su sobrina», dijo Lord Frederick.

«A él le corresponde una tajada tolerable de todo lo que usted reclame como suyo, mi Lord», dijo Ralph, con una sonrisa impúdica.

«¡Caramba, es cierto que sí!», respondió el joven; «que me maten si sé quién es el amo de mi casa, él o yo».

«Yo sí lo sé», murmuró Ralph.

«Creo que voy a deshacerme de él con un chelín», dijo el joven noble, jocosamente.

«No, no, maldita sea», dijo *Sir Mulberry*. «Cuando llegues a ese chelín — el último— seré yo quien me deshaga de ti, y pronto; pero hasta entonces, no te abandonaré... puedes jurarlo».

Esta salida (basada estrictamente en hechos reales) fue recibida con una risotada general, por encima de la cual resultaban plenamente discernibles las risas del Sr. Pyke y el Sr. Pluck, que eran evidentemente los aduladores habituales de *Sir Mulberry*. En verdad, no era difícil ver que la mayoría de los presentes arremetían contra el infeliz joven lord que, por ser débil y tonto, parecía ser, con mucho, el menos perverso de los allí reunidos. *Sir Mulberry Hawk* se destacaba por su tacto para arruinar, en colaboración con su equipo, a los jóvenes caballeros de fortuna, fina y elegante profesión en la que indudablemente descollaba. Con toda la osadía de un genio original, había labrado un *modus operandi* totalmente nuevo, opuesto al método habitual, pues, en cuanto ganaba dominio sobre aquellos a los que tomaba bajo su custodia, acostumbraba más bien a restringirlos en vez de dejarles hacer su voluntad, y a ejercer su carácter vivaz sobre ellos abiertamente y sin reservas. Así que los convertía doblemente en hazmerreír, pues mientras por un lado los saqueaba hábilmente, por el otro los ridiculizaba para diversión de la sociedad.

La comida fue tan notable por su esplendor y por la abundancia de su guarnición como lo era la mansión misma, y los presentes rivalizaron en hacerle amplia justicia, labor en la que sobresalieron los Sres. Pyke y Pluck, pues estos dos caballeros comieron de cada plato, y bebieron de cada botella, con una capacidad y una perseverancia verdaderamente asombrosas. Se mantuvieron también notablemente frescos, a pesar de sus grandes excesos, pues, al aparecer el postre, volvieron a desencadenarse, como si desde la hora del desayuno no hubiera ocurrido nada serio.

«Bien», dijo Lord Frederick, sorbiendo su primer vaso de oporto, «si esta es una comida de descuento, lo único que me queda por decir es que me lleve el *diábolo* si no es un buen pla-an solicitar descuentos todos los días».

«Tendrá bastante de eso a su tiempo», le devolvió *Sir Mulberry Hawk*; «Nickleby se lo dirá».

«¿Qué dice usted, Nickleby?», preguntó el joven; «¿Seré yo un buen cliente?».

«Depende enteramente de las circunstancias, mi lord», respondió Ralph.

«En la medida en que lo permitan las circunstancias de su señoría», terció el Coronel de Milicias, Chowser, «y las pistas de carreras».

El gallardo coronel miró a los señores Pyke y Pluck como si estuvieran obligados a reírle la broma, pero como estos caballeros solo estaban comprometidos a reírse con *Sir Mulberry Hawk*, se mantuvieron, para insigne desconcierto del Coronel, tan serios como una pareja de directores de pompas fúnebres. Puesto que *Sir Mulberry* tomaba cualquier intento de este tipo como una invasión de su privilegio particular, para sumarse a la derrota del Coronel clavó a través de su vaso una mirada fija sobre el infractor, como si estuviera asombrado por su atrevimiento, y expresó audiblemente su impresión de que alguien se había tomado una «condenada libertad», lo cual actuó como estímulo para que Lord Frederick alzara su propio vaso y contemplara al objeto de censura como si fuese algún extraordinario animal salvaje que se estuviera exhibiendo por vez primera. Por rutina, los señores Pyke y Pluck fijaron la vista en el individuo al que *Sir Mulberry Hawk* estaba mirando fijamente, de modo que el pobre coronel se vio obligado, para ocultar su confusión, a sostener su oporto ante su ojo derecho y a fingir que escrutaba el color de la bebida con el más vivo interés.

Todo esto ocurría al tiempo que Kate permanecía sentada tan silenciosa como podía, casi sin atreverse a levantar la vista para no cruzarla con la mirada de admiración de Lord Frederick Verisopht o, lo que resultaba aún más embarazoso, con el modo osado en que la contemplaba su amigo, *Sir Mulberry*. Este último caballero era suficientemente obsequioso como para atraer hacia ella la atención general.

«He aquí a la Srta. Nickleby», observó *Sir Mulberry*, «preguntándose por qué diablos alguien no la enamora».

«No, ya lo creo que no», dijo Kate, alzando rápidamente la vista. «Yo...», y entonces se detuvo, sintiendo que habría sido mejor no decir nada en absoluto.

«Le apuesto cincuenta libras a cualquier hombre», dijo *Sir Mulberry*, «que la Srta. Nickleby no puede mirarme al rostro y decirme que no lo estaba pensando».

«¡Aceptado!», exclamó el noble inocentón. «En diez minutos».

«¡Aceptado!», respondió *Sir Mulberry*. Ambas partes presentaron el dinero, y el honorable Sr. Snobb fue elegido para la doble función de guardián de apuestas y medidor del tiempo.

«Les ruego», dijo Kate, en una gran confusión, mientras estos preliminares estaban siendo completados. «Les ruego que no me tomen por

sujeto de ninguna apuesta. Tío, realmente no puedo...».

«¿Por qué no, querida mía?», respondió Ralph, en cuya voz áspera había una ronquedad inhabitual, como si hablase a pesar suyo, y hubiera preferido que la apuesta no se hubiera sellado. «Se hace en un momento. No hay nada malo en ello. Si los caballeros insisten...».

«Yo no insisto», dijo *Sir Mulberry*, con una risotada. «Eso es, de ningún modo pretendo que la Srta. Nickleby haga el desmentido, pues si lo hace, yo pierdo, pero me alegraría ver sus luminosos ojos, especialmente por lo parciales que se muestran hacia la caoba de la mesa».

«Es cierto eso, y es muy malo de parte suya, Srta. Nickleby», dijo el noble joven.

«Muy cruel», dijo el Sr. Pyke.

«Horriblemente cruel», dijo el Sr. Pluck.

«No me importa perder», dijo *Sir Mulberry*, «porque una mirada tolerante de los ojos de la Srta. Nickleby bien vale el doble del dinero».

«Mucho más», dijo el Sr. Pyke.

«Muchísimo más», dijo el Sr. Pluck.

«¿Cómo le va al enemigo, Snobb?», preguntó *Sir Mulberry Hawk*.

«Ya pasaron cuatro minutos».

«¡Bravo!».

«¿No hará usted un esfuerzo por mí, Srta. Nickleby?», preguntó Lord Frederick, tras un breve intervalo.

«No tiene usted que molestarse preguntando, macho», dijo *Sir Mulberry*; «La Srta. Nickleby y yo nos entendemos; ella es de mi bando, y muestra su inclinación. Usted no tiene oportunidad alguna, viejo. ¿Qué tiempo tenemos, Snobb?».

«Pasaron ocho minutos».

«Prepara el dinero», dijo *Sir Mulberry*; «pronto tendrás que entregarlo».

«¡Ja ja, ja!»., rio el Sr. Pyke.

El Sr. Pluck, que siempre entraba en segundo lugar para sobrepasar cuanto pudiera a su compañero, emitió un verdadero alarido.

La pobre chica, que estaba tan abrumada por la confusión que casi no sabía lo que hacía, había decidido permanecer perfectamente tranquila. Pero temiendo que su silencio pudiera parecer una aprobación a la balandronada de *Sir Mulberry*, que había sido pronunciada con gran grosería y vulgaridad, alzó la vista y lo miró al rostro. Había algo tan odioso, tan insolente, tan repulsivo en la mirada que se cruzó con la suya, que, incapaz de balbucear una sílaba, se levantó y salió apresuradamente de la habitación. Retuvo las lágrimas con

un gran esfuerzo hasta que estuvo sola en los altos, y entonces les dio rienda suelta.

«¡Tremendo!», dijo *Sir Mulberry Hawk*, poniendo las ganancias de la apuesta en su bolsillo. «He ahí una chica de temple, y beberemos a su salud».

No hay ni que decir que Pyke y compañía respondieron con ademanes muy efusivos a esta propuesta, que el brindis transcurrió salpicado de pequeñas insinuaciones sobre el rotundo éxito de *Sir Mulberry* en su conquista. Mientras la atención de los demás invitados se mantenía concentrada en los pormenores de la escena anterior, Ralph aprovechó para ojearlos a todos como un lobo, pues ahora que su sobrina se había ido pareció respirar con mayor libertad, y después de repartir rápidamente las jarras a cada uno se dejó caer en su silla y volvió la vista alternativamente hacia los que hablaban. Estos, a medida que entraban en calor con el vino, parecían hurgar en sus corazones y poner al desnudo, como quien practica un destemplado deporte, cada pensamiento frívolo que llevaban dentro.

Mientras tanto, Kate, abandonada totalmente a sí misma, había recuperado hasta cierto punto su compostura. Por una sirvienta se enteró de que su tío deseaba verla antes de que se fuera, y también pudo entresacar la agradable información de que los caballeros tomarían el café en la mesa. La perspectiva de no volver a verlos contribuyó en gran medida a calmar su nerviosismo, y, tomando un libro, se dispuso a leer.

Empezaba a leer intermitentemente cuando la puerta del comedor se abrió repentinamente, dejando escapar las voces salvajes de un ruidoso jolgorio, y más de una vez se puso de pie muy alarmada cuando lo que parecían ser pasos en la escalera le hacían temer que algún miembro extraviado del grupo regresara solo. Pero como no ocurrió nada que materializara sus aprensiones, hizo esfuerzos más firmes por concentrar su atención en el libro, y poco a poco se fue interesando tanto en él que leyó varios capítulos seguidos sin recordar ni hora ni lugar, hasta que oyó aterrorizada su nombre, pronunciado por una voz masculina junto a su oreja.

El libro se le cayó de las manos. Echado en una otomana muy cerca de ella estaba *Sir Mulberry Hawk*, evidentemente empeorado —jamás el corazón de un canalla pudiera ser mejorado— por el vino.

«¡Qué aplicación tan deliciosa!», dijo el redomado caballero. «¡A ver! ¿Es de verdad o solo lo hacía para exhibir las pestañas?».

Kate se mordió el labio, y mirando ansiosamente hacia la puerta, no respondió.

«Hace cinco minutos que las contemplo», dijo *Sir Mulberry*. «Y le juro por lo más sagrado que son perfectas. ¿Por qué habré hablado y estropeado un cuadrillo tan lindo?».

«Hágame el favor de no decir una palabra más, señor», respondió Kate.

«No, no sea así», dijo *Sir Mulberry*, doblando su sombrero flexible para descansar encima el codo, y acercándose aún más a la joven; «le suplico por lo que más quiera, no me haga eso. Es criminal tratar con tanta severidad a un esclavo suyo tan devoto, Srta. Nickleby... se lo juro».

«Deseo que comprenda, señor», dijo Kate, temblando a pesar suyo, pero hablando con gran indignación, «que su comportamiento me ofende y me resulta repugnante. Si a usted le queda aunque sea una pizca de caballerosidad, debe salir de aquí inmediatamente».

«¡A ver!, ¿por qué?», dijo *Sir Mulberry*, «¿por qué se empeña en aparentar ese rigor excesivo, criatura adorable? ¡Ea!, compórtese con más naturalidad, por favor».

Kate se puso de pie apresuradamente, pero, al hacerlo, *Sir Mulberry* agarró su vestido y por la fuerza le impidió marcharse.

«Déjeme ir, señor», exclamó Kate, con el corazón henchido de cólera. «¿Me oye usted? Ahora mismo... ¡en este instante!».

«Siéntese, siéntese», dijo *Sir Mulberry*. «Deseo hablarle».

«¡Suélteme, señor, ahora mismo!», exclamó Kate.

«Por nada del mundo», prosiguió *Sir Mulberry*. Diciendo eso se inclinó, como para ocupar la silla que ella había abandonado, pero al hacer la joven un violento esfuerzo por desasirse, él perdió el equilibrio y cayó al suelo cuando largo era. En el momento en que Kate se apresuraba a abandonar la habitación, el Sr. Ralph Nickleby apareció en el umbral y se detuvo ante ella.

«¿Qué es esto?», dijo Ralph.

«Esto es, señor», respondió Kate, profundamente perturbada, «que bajo el techo en el que yo, una joven desvalida, hija de su hermano fallecido, debía haber hallado protección, he sido expuesta a insultos que debían hacerle a usted retroceder al mirarme. Déjeme ir».

Ralph, en efecto, retrocedió, al clavarle la indignada chica su mirada encendida. Sin embargo, no accedió a su ruego, sino que la condujo a un asiento alejado y, volviendo atrás para aproximarse a *Sir Mulberry Hawk*, que a estas alturas ya se había puesto de pie, hizo un gesto en dirección a la puerta.

«Su camino queda en esa dirección, señor», dijo Ralph, con una voz contenida que un demonio le habría envidiado.

«¿Qué quiere decir con eso?», preguntó su amigo, furioso.

Las venas hinchadas se marcaban como tendones en la frente arrugada de Ralph, y los nervios en torno a su boca obraban como si alguna tortura insoportable los estrujara. Pero sonrió con desdén y volvió a apuntar con el dedo en dirección a la puerta.

«¿Sabe usted quién soy, infeliz?», preguntó *Sir Mulberry*.

«Muy bien», dijo Ralph. Por un momento el presuntuoso rufián se acobardó un poco ante la fija mirada del pecador más viejo y avanzó hacia la puerta, murmurando al andar.

«Usted deseaba al lord, ¿no es así?», dijo, y deteniéndose en seco, como iluminado por una nueva luz, encaró nuevamente a Ralph. «Maldita sea, yo estorbaba, ¿eh?».

Ralph volvió a sonreír, pero no respondió.

«¿Quién fue el primero que se lo trajo a usted?», prosiguió *Sir Mulberry*; «¿y cómo podía haberlo capturado en su red como lo ha hecho, sin mi ayuda?».

«La red es amplia, y está bastante llena», dijo Ralph. «Tenga cuidado no ahorque a alguien en su enredo».

«Usted vendería hasta su alma por dinero, si es que no ha hecho aún un trato con el diablo», replicó el otro. «¿Pretende que yo crea que su linda sobrina no fue traída aquí como señuelo para el chico borracho que está allá abajo?».

Aunque ambas partes sostenían este diálogo apresurado en voz baja, Ralph miró involuntariamente a su alrededor para asegurarse de que Kate no se había movido de su sitio y no podía escuchar. Viendo que había sacado ventaja, su adversario siguió adelante.

«¿Pretende usted que yo crea», volvió a preguntar, «que no es así? ¿Pretende decir que si hubiera sido él y no yo quien hubiera subido aquí, usted no se habría hecho un poco más ciego, un poco más sordo, y un poco menos heroico? Vamos, *Nickleby*, respóndame».

«Le digo lo siguiente», respondió Ralph, «que si yo la traje aquí por un asunto de negocios...».

«Sí, esa es la palabra», lo interrumpió *Sir Mulberry* riendo. «Ahora vuelve a ser usted mismo».

«... Por un asunto de negocios», prosiguió Ralph, hablando lenta y firmemente, como un hombre que ha decidido no decir nada más, «fue porque pensé que podría impresionar al joven tonto al que usted ha tomado a su cuidado y al que tan bien está ayudando a arruinarse, porque —conociéndolo

a él— sabía que demoraría bastante en escandalizar los sentimientos de la chica, y que, a no ser que ofendiera por mera malcriadez y vacuidad, con un poco de administración él respetaría el sexo y la conducta incluso de la sobrina de su usurero. Sí pensé atraerlo más suavemente mediante ese recurso, pero no someter a la chica al comportamiento licencioso y brutal de un zorro tan experto como usted. Y ahora, ¿nos entendemos?».

«Especialmente porque no había nada que ganar en ello... ¿eh?», dijo *Sir Mulberry*, con una sonrisa burlona.

«Así es», dijo Ralph. Dio esta última respuesta desviando el rostro para mirar por encima del hombro a su interlocutor. Los ojos de los dos personajes se cruzaron con una expresión que parecía indicar que cada pillo sentía que era inútil disfrazarse ante el otro. Y *Sir Mulberry Hawk* se encogió de hombros y se alejó caminando lentamente.

Su amigo cerró la puerta y miró con inquietud hacia el punto en que su sobrina permanecía en la misma actitud de antes. Se había dejado caer con abandono sobre el canapé, y con la cabeza inclinada sobre el cojín y el rostro oculto entre las manos parecía seguir sollozando, deshecha por la vergüenza y la adicción.

Ralph habría sido capaz de entrar a la casa de cualquier deudor reducido a la indigencia y de señalarlo con el dedo a un alguacil, aun si el desgraciado estuviera junto al lecho de su hijito moribundo, y hacerlo sin que esto le causara el menor remordimiento, pues no habría sido más que un procedimiento común del negocio, y el hombre, un infractor de su único código moral. Pero ver a esta joven que no había hecho nada malo, salvo venir al mundo, y que pacientemente había cedido a todos sus deseos, tratando con ahínco de agradarle —y, sobre todo, que no le debía dinero alguno— lo hacía sentirse torpe y nervioso.

Ralph se sentó en una silla a cierta distancia, y luego en otra silla un poco más cerca, y después se mudó a otra aún más cerca, y otra vez más cerca, hasta que finalmente se sentó en el mismo sofá y puso su mano sobre el brazo de Kate.

«¡Chitón, querida!», dijo al retirar la mano, y los sollozos de ella se renovaron. «¡Chitón, chitón!, no te preocupes más, no pienses en eso».

«Oh, por piedad, déjeme ir a casa», exclamó Kate. «Déjeme marcharme de aquí y regresar a casa».

«Sí, sí», dijo Ralph. «Te irás. Pero primero debes secarte los ojos, y tranquilizarte. Levanta la cabeza. Así... así».

«¡Oh, tío!», exclamó Kate, apretando una mano contra la otra. «¿Qué he hecho... qué he hecho... para qué usted me someta a esto? Si yo le hubiera hecho una injusticia de pensamiento, o de palabra, o de obra, de todas formas habría sido muy cruel conmigo y con la memoria de alguien a quien usted debió de querer en algún tiempo pasado. Pero...».

«Solo escúchame un momento», interrumpió Ralph, seriamente alarmado por la violencia de las emociones de la muchacha. «No sabía que resultaría así; era imposible preverlo. Hice todo lo que pude. Vamos, caminemos un poco. Estás desfallecida por lo cerrada que está la habitación, y el calor de estas lámparas. Te encontrarás mejor si haces un leve esfuerzo».

«Haré cualquier cosa», respondió Kate, «si usted me envía a casa».

«Bien, bien, lo haré», dijo Ralph; «pero tienes que recuperarte, pues si te presentas en este estado los alarmarás, y nadie más que tú y yo debemos saber de esto. Ahora, caminemos en la otra dirección. Así. Ya tienes mejor aspecto».

Alentándola de esa manera, Ralph Nickleby caminó de un lado para otro, con su sobrina apoyada en su brazo, controlado por la vista de ella, y de hecho temblando bajo la mano de la joven.

Del mismo modo, cuando juzgó que era prudente permitirle partir, la ayudó a bajar las escaleras, después de ajustarle el chal y de realizar otras tareítas similares, muy probablemente por primera vez en su vida. Ralph la acompañó también a lo largo del pasillo y escaleras abajo y no retiró su mano hasta que ella estuvo sentada en el coche.

Al cerrarse violentamente la puerta del vehículo, una peineta cayó de los cabellos de Kate cerca de los pies de su tío, y al recogerla él y regresarla a las manos de ella, la luz de una lámpara cercana iluminó el rostro de la muchacha. El mechón que se había soltado y caía, levemente ondeado, sobre su frente; los vestigios de lágrimas húmedas aún, las mejillas sonrojadas, el aspecto de tristeza: todo ello desencadenó una sucesión de recuerdos en el pecho del anciano, y le pareció que tenía frente a sí el rostro de su hermano fallecido, que lo miraba con la misma mirada de aflicción pueril que exhibiera en alguna oportunidad, y cuyas mínimas circunstancias desfilaron a modo de relámpagos por su mente, con la claridad de una escena que hubiera ocurrido ayer.

Ralph Nickleby, que estaba inmunizado contra cualquier llamado de la sangre y el parentesco —a resguardo de cualquier historia de pesar y angustia— se tambaleó con esta visión, y retrocedió hacia el interior de su casa, como

un hombre que hubiera visto un espíritu procedente de algún reino más allá de la tumba.

CAPÍTULO 20

EN EL QUE NICHOLAS AL FIN SE ENCUENTRA CON SU TÍO Y LE EXPRESA SU DETERMINACIÓN Y SUS SENTIMIENTOS CON GRAN CANDOR

La pequeña Srta. La Creevy trotaba de prisa por las calles del extremo oeste de la ciudad, temprano el lunes por la mañana —el día después de la comida— con el importante encargo de informar a *Madame* Mantalini que la Srta. Nickleby no estaba lo suficientemente bien como para asistir aquel día al trabajo, pero que esperaba reanudar sus deberes al día siguiente. Y mientras la Srta. La Creevy caminaba, dando vueltas en la mente a diversas formas educadas y giros elegantes de expresión con vistas a seleccionar el mejor para expresar su mensaje, meditó mucho sobre las causas probables de la indisposición de su joven amiga.

«No sé qué sacar en claro», se decía la Srta. La Creevy. «Anoche tenía los ojos decididamente rojos. Decía que tenía dolor de cabeza. Los dolores de cabeza no enrojecen los ojos. Debió de haber llorado».

Al llegar a esta conclusión que, claro está, ya había establecido a su completa satisfacción la noche anterior, la Srta. La Creevy pasó a considerar —como hiciera casi toda la noche— qué nueva causa de desdicha pudo haber tenido su joven amiga.

«No se me ocurre nada», dijo la pequeña retratista, «nada en absoluto, como no sea el comportamiento de aquel viejo zorro. ¿Se habrá mostrado de mal humor con ella, me imagino? ¡Bestia desagradable!».

Aliviada por el modo en que expresó esta opinión, aunque se desahogara en el vacío, la Srta. La Creevy se apresuró a llegar al comercio de *Madame* Mantalini. Informada de que el poder gobernante aún no había salido de la cama, solicitó una entrevista con la segunda al mando, ante lo cual apareció la Srta. Knag.

«En lo que a mí respecta», dijo la Srta. Knag cuando se comunicó el mensaje, con muchos adornos del habla, «yo puedo arreglármelas sin la Srta. Nickleby hasta el Día del Juicio Final».

«¡Oh, no me diga, señora!», prosiguió la Srta. La Creevy, muy ofendida. «Pero resulta que usted no es la dueña del negocio, y por lo tanto no es trascendente su opinión».

«Muy bien, señora», dijo la Srta. Knag. «¿Tiene usted alguna otra orden que darme?».

«No, no la tengo, señora», respondió la Srta. La Creevy.

«Entonces buenos días, señora», dijo la Srta. Knag.

«Buenos días tenga usted, señora; y muy agradecida por su exquisita educación y buena crianza», prosiguió la Srta. La Creevy.

Terminada así la entrevista, en la que ambas damas habían temblado mucho, y se habían expresado una cortesía maravillosa —signos inequívocos de que estuvieron a una pulgada de una disputa muy grave— la Srta. La Creevy saltó fuera de la habitación y salió a la calle.

«Me pregunto quién será esa», dijo la extraña mujercita. «Vaya una persona agradable para conocer, ¡ya lo creo! Ojalá pudiera pintarla: entonces sí que le haría justicia». Y así, sintiéndose muy satisfecha por haber dicho algo tan incisivo a expensas de la Srta. Knag, la Srta. La Creevy se echó a reír a carcajadas y, de muy buen humor, se fue a casa a desayunar.

Esa era una de las ventajas de haber vivido tanto tiempo sola. Esta criaturita vivaz, activa y bienhumorada, existía enteramente dentro de sí, se hablaba a sí misma, se tomaba a sí misma por confidente, y era tan sarcástica como fuera posible con la gente que la ofendía, todo ella sola. Se daba el gusto y no hacía daño. Si se inclinaba hacia el escándalo, no se afectaba la reputación de nadie, y si disfrutaba un poquito del sentimiento de venganza, ningún ser viviente se sentía por ello un átomo peor. Era una de las muchas personas para quienes (por hallarse en la necesidad, y ser incapaces, por ello, de relacionarse como desearían, y por su aversión a codearse con la sociedad que tienen a su alcance), Londres representa una soledad tan completa como las llanuras de Siria. De este modo, la humilde artista había proseguido su modo de vida solitario pero satisfecho por muchos años, y hasta que los peculiares infortunios de la familia Nickleby atrajeran su atención no había hecho amigos, aun cuando rebosaba de los más amistosos sentimientos respecto a toda la humanidad. Hay muchos corazones cariñosos y a la vez solitarios, del mismo tipo que el de la pobre Srta. La Creevy.

Sin embargo, ese no es ahora el problema. Se fue a casa a desayunar, y apenas hubo captado el pleno sabor del primer sorbo de té, cuando la sirvienta anunció a un caballero, ante lo cual la Srta. La Creevy, imaginando de inmediato algún nuevo cliente para posar, se quedó paralizada con los ojos

fijos en la escalera que daba a la calle, terriblemente consternada por la presencia del servicio del té.

«Tome, llévese esto, escóndalo rápido en el dormitorio o en cualquier parte», dijo la Srta. La Creevy. «¡Ay, ay, pensar que tenía que hacérseme tarde precisamente esta mañana entre todas las mañanas, después de haber estado lista durante tres semanas a las ocho y media en punto sin que ni un alma se acercara por aquí!».

«No me permita sacarla de su rutina», dijo una voz que la Srta. La Creevy conocía. «Le dije a la sirvienta que no mencionara mi nombre porque deseaba sorprenderla».

«¡Sr. Nicholas!», exclamó la Srta. La Creevy, con la vista fija por la gran sorpresa.

«Veo que no me ha olvidado», respondió Nicholas, extendiendo su mano.

«¡Caramba!, creo que lo habría reconocido aunque nos hubiéramos encontrado en la calle», dijo la Srta. La Creevy con una sonrisa. «Hannah, otra taza con su platillo. Pues le diré algo, joven. Lo molestaré para pedirle que no repita la impertinencia de la que fue usted culpable la mañana en que se fue».

«Usted no se enojaría mucho, ¿no?», preguntó Nicholas.

«¡Que no!», dijo la Srta. La Creevy. «¡Atrévase y verá!».

Nicholas, con encantadora galantería, tomó de inmediato la palabra a la Srta. La Creevy, quien profirió un débil grito y le abofeteó el rostro. Pero no fue una bofetada muy fuerte, a decir verdad.

«¡Jamás vi a un ser tan maleducado!», exclamó la Srta. La Creevy.

«Usted me pidió que me atreviese», dijo Nicholas.

«Vaya, pero estaba hablando irónicamente», contestó la Srta. La Creevy.

«¡Oh!, eso es otra cosa», dijo Nicholas; «pero también debió decírmelo».

«¡Y, dato, me va a decir que usted no lo sabía!», replicó la Srta. La Creevy. «Pero ahora que vuelvo a mirarlo, me parece más delgado que cuando lo vi por última vez, y tiene el rostro ojeroso y pálido. ¿Cómo fue que dejó usted Yorkshire?».

Ahí ella se detuvo, pues había tanto afecto en su tono y sus modales alterados que Nicholas se sintió muy conmovido.

«Por fuerza tengo que estar algo cambiado», dijo, tras un corto silencio, «pues he padecido algunos sufrimientos, tanto de la mente como del cuerpo, desde que partí de Londres. También he sido muy pobre, e incluso he pasado necesidades».

«¡Santo cielo, Sr. Nicholas!», exclamó la Srta. La Creevy, «¿qué está usted diciendo?».

«Nada como para que se angustie usted tanto», respondió Nicholas, con un aire más animado, «y tampoco vine aquí a lamentar mi suerte, sino para un asunto más a propósito. Deseo encontrarme frente a frente con mi tío. Eso es lo primero». «Entonces todo lo que yo tengo que decirle a usted», cortó la Srta. La Creevy, «es que no le envidio su inclinación. Y que el simple hecho de estar en la misma habitación donde se encontraran sus botas me pondría de mal humor por toda una quincena».

«En general», dijo Nicholas, «hasta aquí tal vez no haya una gran diferencia de opinión entre usted y yo. Pero debe entender que deseo tenerlo frente a mí para justificarme, y para obligarlo a tragarse su doblez y su mala voluntad».

«Eso es otro asunto muy distinto», prosiguió la Srta. La Creevy. «Que Dios me perdone, pero no lloraré hasta que se me sequen las lágrimas si logra usted que se atragante. ¿Y bien?».

«Con ese objetivo lo fui a visitar esta mañana», dijo Nicholas. «Solo el sábado regresó él a la ciudad, y yo no lo supe hasta muy tarde anoche».

«¿Y lo vio usted?», preguntó la Srta. La Creevy.

«No», respondió Nicholas. «Había salido».

«¡Bah!», dijo la Srta. La Creevy, «me atrevo a adivinar que para algún asunto bondadoso y caritativo».

«Tengo razones para creer», prosiguió Nicholas, «por lo que dijo un amigo mío que está familiarizado con sus movimientos, que él tiene la intención de ver hoy a mi madre y a mi hermana para darles su versión de los incidentes que me han acontecido. Allí me encontraré con él».

«Es cierto», dijo la Srta. La Creevy, frotándose las manos. «Y, sin embargo, no sé...», agregó, «hay tanto en qué pensar... otras personas a las que hay que tener en cuenta».

«Las he tenido en cuenta», prosiguió Nicholas, «pero puesto que están en juego tanto la honestidad como el honor, nada me disuadirá».

«Usted es quien mejor sabe lo que hace», dijo la Srta. La Creevy.

«Eso espero, en este caso», respondió Nicholas. «Y lo único que quiero que usted haga por mí es prepararlas para mi llegada. Ellas creen que estoy muy lejos, y si llegase de un modo totalmente inesperado se asustarían. Si se tomara usted la molestia de decirles que me ha visto, y que estaré con ellas dentro de un cuarto de hora, me rendiría un gran servicio».

«Quisiera rendirles, a usted o a cualquiera de ustedes, uno mucho mayor», dijo la Srta. La Creevy, «pero el poder servir compagina tan pocas veces con la voluntad de hacerlo, como la voluntad de hacerlo con el poder».

Hablando mucho, y muy rápido, la Srta. La Creevy terminó su desayuno a gran velocidad, recogió el servicio de té y ocultó la llave bajo el guardafuego, volvió a ponerse su cofia y, del brazo de Nicholas, partió de inmediato hacia el barrio financiero. Nicholas la dejó cerca de la puerta de la casa de su madre, y prometió regresar en un cuarto de hora a lo sumo.

La suerte quiso que Ralph Nickleby, considerando finalmente apropiado, para sus propios designios, informar sobre las atrocidades de las que era culpable Nicholas, hubiese ido directamente a casa de su cuñada (en vez de desplazarse primero a otro barrio de la ciudad en asuntos de negocios, como Newman Noggs supuso que haría). Así, cuando la Srta. La Creevy, invitada a pasar por una chica de limpieza, avanzó hasta el salón, halló a la Sra. Nickleby y a Kate deshechas en llanto, y a Ralph a punto de concluir su declaración sobre los delitos de su sobrino. Kate pidió a la Srta. La Creevy que no se retirase, y esta tomó asiento en silencio.

«Ya está usted aquí, ¿eh?, mi caballero», pensó la mujercita. «Entonces él se presentará, y ya veremos cómo se lo toma usted».

«Vaya si la hizo buena», dijo Ralph, doblando la nota de la Srta. Squeers, «muy bonito. Lo recomendé —en contra de todas mis prevenciones, pues sabía que jamás haría nada bueno— a un hombre junto al cual, si se hubiera comportado correctamente, podría haber vivido cómodamente durante años. ¿Y cuál es el resultado? Una conducta que perfectamente podría mandarlo a vivir a la prisión de Old Bailey». «Jamás lo creeré», dijo Kate, con indignación; «¡Jamás! Se trata de alguna infame conspiración, que comporta su propia falsedad».

«Querida mía», dio Ralph, «usted es injusta con un hombre de mérito. Estas no son invenciones. El hombre fue atacado y su hermano ha desaparecido. Ese chico del que ellos hablan va con él... recuerde, recuerde».

«Es imposible», dijo Kate. «¡Nicholas...! ¡y además, ladrón! Mamá, ¿cómo puedes permanecer en calma, oyendo tales afirmaciones?».

La pobre Sra. Nickleby, que nunca se había distinguido por sus luces, y a la que los recientes cambios en su vida habían reducido a un complicadísimo estado de perplejidad perpetua, no dio otra respuesta a esta sincera reconvención que una exclamación, emitida detrás de una gran masa de pañuelo de bolsillo, referida a que jamás lo hubiera creído... con lo cual, de

un modo muy ingenioso, dejó suponer a quienes la escuchaban que, en efecto, sí lo creía.

«Sería mi deber, si viniera a verme, entregarlo a la justicia», dijo Ralph. «No tendría más alternativa, como hombre cívico y hombre de negocios. Y sin embargo», dijo Ralph, hablando con un acento muy marcado, y mirando furtiva pero fijamente a Kate, «y sin embargo no lo haría, para no herir los sentimientos de su... de su hermana. Y de su madre, por supuesto», agregó Ralph, como idea tardía, y con mucho menos énfasis.

Kate comprendió muy bien que esto se le estaba proponiendo como un incentivo adicional para que mantuviese el más estricto silencio sobre los acontecimientos de la noche anterior. Miró involuntariamente en dirección a Ralph cuando este terminó de hablar, pero Nickleby había desviado la vista en otra dirección, y por el momento daba la impresión de no prestar atención a la presencia de la chica.

«Todo», dijo Ralph tras un largo silencio, solo roto por los sollozos de la Sra. Nickleby, «todo se junta para probar la verdad de esta carta, si es que realmente hubiera alguna posibilidad de dudar de ella. ¿Acaso huyen los inocentes de la vista de la gente honesta, y permanecen ocultos en escondites, cual forajidos? ¿Acaso los inocentes inducen a engaño a anónimos vagabundos, y trotan con ellos por el país como hacen los salteadores de caminos? Ataque, disturbio, robo, ¿de qué otra forma lo podemos llamar?».

«¡Una mentira!», gritó una voz furiosa al tiempo que la puerta se abrió de repente, y Nicholas se precipitaba hacia el centro de la habitación.

En el primer momento de sorpresa, y posiblemente de alarma, Ralph se levantó de su asiento y retrocedió unos pocos pasos, sorprendido por esta aparición inesperada. Un instante después se paró fijo e inmóvil, con los brazos cruzados y el ceño fruncido por un odio mortal frente a su sobrino, mientras que Kate y la Srta. La Creevy se abalanzaban entre los dos para impedir el acto violento que el feroz desasosiego de Nicholas hacía temer.

«¡Querido Nicholas!», exclamó su hermana, abrazándose a él. «Cálmate, ten en cuenta...».

«¡Tener en cuenta, Kate!», exclamó Nicholas, apretándole la mano con tanta fuerza, en el tumulto de su cólera, que ella casi no podía soportar el dolor. «Precisamente porque lo tengo todo en cuenta, y pienso en lo que ha pasado, tendría que estar hecho de hierro para poder soportar su presencia».

«O de bronce», dijo Ralph suavemente; «nada de carne y hueso sería suficientemente robusto para resistírsele».

«¡Ay, ay!», exclamó la Sra. Nickleby, «¡que las cosas hayan llegado a este extremo!».

«¿Quién habla como si yo hubiera hecho algo malo y los hubiera deshonrado?», dijo Nicholas, mirando en derredor.

«Su madre, señor», respondió Ralph, señalando hacia ella.

«Cuyos oídos usted ha envenenado», dijo Nicholas, «usted... usted que, fingiéndose merecedor de los agradecimientos con los que ella lo colmara, amontonó sobre mí todos los insultos, las injurias y las indignidades. Usted, que me envió a una madriguera donde una sórdida crueldad, digna de usted, fluye desenfrenadamente, y el sufrimiento juvenil acecha, precoz. Donde la ligereza de la infancia se ve reducida a la pesantez de la ancianidad, y todas las ilusiones se corrompen y se marchitan con el crecimiento. Pongo al Cielo por testigo», dijo Nicholas, mirando con ansias a su alrededor, «que vi todo eso, y que ese hombre lo sabe».

«Refuta esas calumnias», dijo Kate, «y sé más paciente, para que no les ofrezcas ninguna ventaja. Dinos lo que realmente ocurrió y desenmascara sus falsedades».

«¿De qué me acusan... o de qué me acusa él?», dijo Nicholas.

«Primero, de atacar a su maestro, y de ponerse a un paso de ser juzgado por asesinato», cortó Ralph. «Esa es la verdad, joven, por más que usted fanfarronee».

«Intervine», dijo Nicholas, «para salvar a un ser desdichado, a un desgraciado, de la crueldad más vil y degradante. Al hacerlo, infligí a un canalla un castigo tal que no olvidará fácilmente, aunque muy inferior a lo que hubiera merecido. Si ahora se repitiera ante mí la misma escena, adoptaría el mismo proceder, pero golpeando con más fuerza y mayor peso, para dejarlo marcado con huellas que tendría que llevar hasta la tumba, por más que tardase en llegar a ella».

«¿Lo oye usted?», dijo Ralph, volviéndose hacia la Sra. Nickleby, «¿Acaso eso es arrepentimiento?».

«¡Ay!», exclamó la Sra. Nickleby, «no sé qué pensar, realmente no lo sé».

«No hables ahora mamá, te lo ruego», dijo Kate. «Querido Nicholas, solo te digo que sabes bien lo que puede provocar la maldad, pero te acusan de... ha desaparecido un anillo, y ellos se atreven a decir que...».

«La mujer», dijo Nicholas, con altanería, «la esposa del tipo del que provienen las acusaciones, puso —supongo yo— un anillo sin valor entre unas ropas mías, temprano en la mañana del día en que abandoné la casa. Al menos sé que ella estuvo en la habitación donde yo guardaba mis cosas, luchando con un chico desdichado, y que encontré el anillo cuando abrí mi bulto en la carretera. De inmediato lo envié de regreso en coche, y ahora lo tienen en su poder».

«Ya lo sabía yo, ya lo sabía yo», dijo Kate, mirando en dirección a su tío. «¿Y sobre ese chico, cariño, con el que dicen que te fuiste?».

«Ese chico, un ser tonto y desvalido por culpa de la brutalidad y los malos tratos, está conmigo ahora», añadió Nicholas.

«¿Lo oye usted?», dijo Ralph, volviendo a apelar a la madre, «todo queda probado, incluso por su propia confesión. ¿Se decide usted a devolver a ese chico, señor?».

«No, no lo haré», respondió Nicholas.

«¿Que no id haré?», dijo Ralph, con una sonrisa de desprecio.

«No», repitió Nicholas, «no lo entregaré al hombre con el que lo hallé. Lo haría si supiera quién tiene derecho sobre él por su nacimiento: algo vale por su sentido de la vergüenza, aunque todos sus vínculos naturales hubieran muerto».

«¡Ya lo creo!», dijo Ralph. «Ahora bien, señor, ¿escuchará usted una o dos palabras mías?».

«Puede usted decir lo que quiera y cuando le plazca», respondió Nicholas, abrazando a su hermana. «Poco me importa lo que diga o con lo que amenace». «Enormemente bien, señor», replicó Ralph, «pero tal vez sí le importe a otros, que pudieran pensar que vale la pena escuchar, y reflexionar sobre lo que diga. Me dirigiré, señor, a su madre, que es una mujer que conoce el mundo».

«¡Ah!, y cuánto desearía no conocerlo», sollozó la Sra. Nickleby.

En realidad no era necesario que la buena señora se angustiase mucho sobre ese punto, ya que el alcance de su conocimiento sobre el mundo era, por decirlo de un modo suave por lo menos muy cuestionable, y eso mismo parecía pensar Ralph, pues sonreía al hablar. Luego, clavando la mirada ora sobre ella ora sobre Nicholas, pronunció las siguientes palabras:

«De lo que he hecho, o de lo que me proponía hacer por usted y por mi sobrina, señora, no diré una sola palabra. No hice promesas, y dejo que usted juzgue por sí misma. Esto que voy a decir no es una amenaza, pero sí declaro aquí que este chico, tan voluntarioso, testarudo y revoltoso como es, no tendrá ni un penique de mi dinero, ni un mendrugo de mi pan, ni mi mano extendida para salvarlo de los más encumbrados cadalsos de toda Europa. No tendré ningún trato con él, vaya a donde vaya, ni quiero oír mencionar su nombre. No lo ayudaré a él ni a quienes lo ayuden. Conociendo plenamente lo que les ha causado a ustedes al hacer lo que hizo, ha regresado a su pereza egoísta, para agravar las necesidades de ustedes y convertirse en un peso sobre el escaso salario de su hermana. Lamento abandonarlos, y aún más abandonarla

a ella en este momento, pero no brindaré mi apoyo a esta mezcla de vileza y crueldad, y puesto que no les voy a pedir que renuncien a él, no volveré a verlas a ustedes tampoco».

Si Ralph no hubiera conocido y sentido su poder para herir a quienes odiaba, las miradas que Nicholas le dirigía mientras pronunciaba aquel discurso se lo habrían mostrado ampliamente. Por inocente que fuese el joven de cualquier agravio, cada una de sus arteras insinuaciones le dolía, cada calculado sarcasmo le penetraba hasta la médula, y cuando Ralph notó que su rostro estaba pálido y que los labios le temblaban, se congratuló al comprobar lo bien que había escogido las mofas más intencionadas para que golpearan en lo más profundo de ese espíritu joven y ardiente.

«No lo puedo evitar», exclamó la Sra. Nickleby, «sé que usted ha sido muy bueno con nosotros, y que tenía la intención de hacer mucho a favor de mi querida hija. Estoy totalmente segura de ello. Sé que es así, y fue muy bondadoso de parte suya invitarla a su casa y todo eso... y, claro está, habría sido algo grande para ella, y para mí también. Pero no puedo, usted sabe, cuñado, no puedo renunciar a mi propio hijo, incluso si ha hecho todo lo que usted dice que ha hecho... no es posible, no podría hacerlo. Así que tendremos que ir a la ruina, querida Kate. Me atrevo a decir que puedo soportarlo». Mientras vertía estas y una serie perfectamente maravillosa de otras inconexas expresiones de pesar, que ningún poder mortal más que el de la Sra. Nickleby habría podido juntar, la dama se retorció las manos y sus lágrimas corrían con mayor rapidez.

«¿Qué es eso, mamá, de “incluso si Nicholas ha hecho todo lo que usted dice que ha hecho?”» preguntó Kate, con enojo sincero. «Sabes que no lo hizo».

«La verdad es que no sé qué pensar, querida», dijo la Sra. Nickleby, «Nicholas es tan violento, y tu tío es tan sincero y tan sereno cuando habla, que solo puedo oír lo que él dice, y no lo que dice Nicholas. No te preocupes, no hablemos más de ello. Podemos ir al asilo de pobres, o al Refugio de los Desamparados, o al Hospital Magdalen, me atrevo a decir, y cuanto antes vayamos, mejor». Una vez citado ese extraordinario revoltijo de instituciones de caridad, la Sra. Nickleby volvió a dejar que sus lágrimas fluyeran.

«¡Espere!», dijo Nicholas cuando Ralph le dio la espalda para marcharse. «No tiene usted que abandonar este sitio, señor, pues dentro de un instante se verá usted libre de mi presencia, y pasará mucho, mucho tiempo, antes de que yo vuelva a ensombrecer estas puertas».

«Nicholas», exclamó Kate abalanzándose sobre el hombro de su hermano y apretándolo en sus brazos, «no digas eso. Querido hermano, me romperás el corazón. Mamá, háblale. No le hagas caso, Nicholas. Ella no lo dice en serio, debías conocerla mejor. Tío, que alguien le hable, por amor de Dios».

«Jamás fite mi intención, Kate», dijo Nicholas, tiernamente, «jamás fue mi intención permanecer con ustedes. Puede que vuelva la espalda a esta ciudad unas pocas horas antes de lo que me proponía, pero ¿y qué? No nos olvidaremos a pesar de la distancia, y vendrán tiempos mejores en que no habremos de separarnos nunca más. Compórtate como una mujer, Kate», susurró con orgullo, «y no hagas que yo parezca una en presencia de él».

«No, no lo haré», dijo Kate, más animada, «pero no nos abandones. ¡Oh!, piensa en todos los días felices que hemos pasado juntos, antes de que estos terribles infortunios se nos vinieran encima. Piensa en toda la comodidad y la alegría del hogar, y las pruebas que tenemos que soportar ahora. No tener quien nos proteja frente a todas las ofensas y los agravios que la pobreza tanto favorece. No puedes dejarnos solas soportándolos, sin una mano que nos apoye».

«Alguien os ayudará cuando yo no esté», respondió Nicholas apresuradamente. «No soy ninguna ayuda para vosotras, no soy un protector. No les traería más que tristeza, y miseria, y sufrimiento. Mi propia madre lo ve, y su cariño y sus temores por ti indican el curso que debo tomar. Deseo que todos los ángeles buenos te bendigan a ti, Kate, hasta que te pueda llevar a algún hogar mío, donde podamos vivir la felicidad que ahora se nos niega y hablar de estas pruebas como de cosas pasadas. No me retengas aquí, déjame partir de inmediato. Vaya. Querida chica... querida chica».

El abrazo que lo había detenido se aflojó, y Kate se desmayó en sus brazos. Nicholas se inclinó para mirarla unos pocos segundos y después de colocarla suavemente en una silla la confió al cuidado de su honesta amiga.

«No tengo que implorar su solidaridad», dijo apretándole la mano, «pues conozco su naturaleza. Sé que nunca las abandonará».

Se acercó a Ralph, que se había mantenido en la misma actitud que exhibiera a lo largo de toda la entrevista, sin mover un solo músculo.

«Sea cual fuere el paso que usted dé, señor», dijo con un tono de voz perceptible más allá de ellos, «yo lo vigilaré de manera muy estricta. Se las dejo a usted, según su deseo. Tarde o temprano llegará el día de rendir cuentas, y será terrible para usted si ellas sufren algún agravio».

Ralph no permitió que ni siquiera un músculo de su rostro indicara que había oído una sola palabra de este discurso de despedida. Casi sin haberse

dado cuenta de que había concluido, y antes de que la Sra. Nickleby alcanzara a decidirse a retener a su hijo así fuera por la fuerza, Nicholas ya había partido.

Mientras se apresuraba por las calles en dirección a su oscura morada, tratando, como quien dice, de adecuar el paso a la velocidad de los pensamientos que se le agolpaban, en su mente surgían muchas dudas y vacilaciones que lo tentaban a regresar. Pero ¿qué ganarían con ello? Suponiendo que él desafiara a Ralph Nickleby, y que tuviera incluso la suerte de obtener algún empleo menor, el hecho de estar con ellas no podía sino empeorar su situación actual, y podría perjudicar enormemente las perspectivas futuras de ambas, pues su madre había hablado de alguna nueva bondad para con Kate que esta no había negado. «No», pensó Nicholas, «obré de la mejor manera».

Pero antes de avanzar los próximos quinientos metros, le surgía otro sentimiento diferente, y entonces volvía a demorarse y, bajándose más el ala del sombrero sobre la frente, daba rienda suelta a las melancólicas reflexiones que, en su interior, lo oprimían con fuerza. Hallarse tan totalmente solo en el mundo sin haber cometido frita alguna, separado de las únicas personas a las que amaba, y proscrito como un criminal, cuando seis meses antes estaba rodeado de todas las comodidades y se le contemplaba como la principal esperanza de su familia... eso era duro de soportar. Tampoco lo merecía. Bien, eso le brindaba cierto consuelo, y el pobre Nicholas volvía a iluminarse, para luego deprimirse nuevamente, y sus fluctuantes pensamientos desfilaban vertiginosamente ante él con toda su variedad de luces y sombras.

Presas de estas alternancias de esperanza y aprensiones, que todos hemos experimentado en situaciones de prueba, aun comunes, Nicholas llegó finalmente a su pobre habitación en la que —desaparecida ya la excitación que hasta ahora lo había sostenido, y deprimido por la reacción de tumultuosos sentimientos que vino después— se dejó caer en la cama y, volviendo el rostro hacia la pared, dio rienda suelta a las emociones que por tanto tiempo había reprimido.

No había oído entrar a nadie, y no tenía conciencia de que Smike estaba allí hasta que, al levantar por casualidad la cabeza, lo vio de pie en el otro extremo de la habitación, mirándolo con tristeza. Este desvió la vista al ver que lo observaba, y fingió estar ocupado con algunos escasos preparativos para la comida.

«Bien, Smike», dijo Nicholas, tan alegremente como pudo, «cuéntame qué nuevos amigos conociste esta mañana, o qué nueva maravilla descubriste

en toda la extensión de esta calle y la siguiente».

«No», dijo Smike, sacudiendo tristemente la cabeza; «hoy tengo que hablar de otra cosa».

«De lo que deseas», respondió Nicholas, con excelente humor.

«De lo siguiente», dijo Smike. «Sé que usted se siente infeliz, y se ha metido en grandes líos por sacarme de allí. Debí haberlo sabido y haberme quedado... claro que lo habría hecho de haberlo pensado antes. Usted... usted... no es rico; no tiene suficiente para sí, y yo no debería estar aquí. Usted se pone», dijo el muchacho, posando tímidamente su mano encima de la de Nicholas, «usted se pone cada día más delgado. Sus mejillas palidecen, y aumentan sus ojeras. En verdad, no resisto verlo así y pensar cuán pesado lastre represento. Traté de irme hoy, y al pensar en su rostro bondadoso me detuve. No podía abandonarlo sin decirle algunas palabras». El pobrecito no pudo continuar, pues los ojos se le llenaron de lágrimas y se le quebró la voz.

«Nunca saldrá de mis labios la palabra que nos separe», dijo Nicholas, apretándole con fuerza el hombro, «pues eres mi único consuelo y sostén. No renunciaría a ti por nada del mundo. Pensar en ti me ayudó a resistir todo lo que hoy tuve que enfrentar, y así seguirá siendo ante problemas cincuenta veces mayores. Dame tu mano. Mi corazón está vinculado al tuyo. Partiremos juntos de este lugar antes de que concluya la semana. ¿Qué importa que esté sumido en la pobreza? Tú la haces más leve, y seremos pobres, pero estaremos juntos».

CAPÍTULO 21

MADAME MANTAUNI SE VE COLOCADA EN UNA SITUACIÓN BASTANTE DIFÍCIL Y LA SRTA. NICKLEBY SE VE TOTALMENTE DESCOLOCADA Y SIN NINGUNA SITUACIÓN

La crisis de ánimo que experimentara Kate le impidió regresar a sus deberes en la tienda de la modista durante tres días, lapso tras el cual acudió a la hora acostumbrada, y con lánguido andar, al templo de la moda en el que *Madame* Mantalini reinaba soberana y por encima de todo.

En ese intervalo la mala voluntad de la Srta. Knag no había perdido nada de su virulencia, así que las jóvenes se abstuvieron escrupulosamente de cualquier contacto con su compañera caída en desgracia. Y cuando la mujer ejemplar llegó pocos minutos después, no se tomó el trabajo de ocultar su disgusto por el regreso de Kate.

«¡Por Dios santo!», dijo la Srta. Knag, al tiempo que los satélites se agolpaban a su alrededor para tomar su cofia y su chal, «debí pensar que ciertas personas tendrían suficiente juicio como para mantenerse alejadas sabiendo qué clase de *etorbo* representa su presencia para la gente honrada. Pero este mundo es muy raro; ¡oh!, ¡qué mundo tan raro este!».

En cuanto hubo hecho este comentario sobre el mundo, en el tono en el que toda la gente hace comentarios sobre el mundo cuando está de mal humor, es decir, como si no formara parte de él, concluyó emitiendo un suspiro, con el que pareció expresar una mansa compasión por lo perversa que era la humanidad.

Las acompañantes no demoraron en hacerse eco del suspiro, y la Srta. Knag parecía estar a punto de obsequiarlas con algunas reflexiones morales ulteriores, cuando la voz de *Madame* Mantalini se hizo sentir a través del tubo acústico para ordenar que la Srta. Nickleby subiera a ayudar en el arreglo del salón de exhibiciones, distinción que hizo a la Srta. Knag sacudir tanto la cabeza y morderse con tanta fuerza los labios, que su capacidad para conversar quedó por el momento obstaculizada.

«Vaya, Srta. Nickleby, niña», dijo *Madame* Mantalini al ver aparecer a Kate, «¿ya estás bien?».

«Mucho mejor, gracias», respondió Kate.

«Yo desearla poder decir lo mismo», observó *Madame* Mantalini, sentándose con aire fatigado.

«¿Está usted enferma?», preguntó Kate. «Lo lamento mucho».

«No exactamente enferma, sino preocupada, niña... preocupada», prosiguió *Madame*.

«Pues lo lamento mucho más aún», dijo Kate con dulzura. «La enfermedad del cuerpo es más fácil de soportar que la del alma».

«¡Ah!, y también es más fácil hablar que soportar alguna de las dos», dijo *Madame*, frotándose la nariz con un gesto de mucha irritación. «Vaya, dedíquese a su trabajo, niña, ordene las cosas, vamos».

Mientras Kate se preguntaba para sus adentros qué podrían presagiar aquellos síntomas de desacostumbrada irritación, el Sr. Mantalini asomó las puntas de sus bigotes y luego, poco a poco, la cabeza, por la puerta entreabierta, y exclamó en voz baja:

«¿Está ahí mi vida y mi alma?».

«No», respondió su esposa.

«¿Cómo puede decir eso, cuando se la ve florecer en la habitación del frente como una rosita en un *mardito* tiesto?», protestó Mantalini. «¿Le da permiso a su *tríttere* para entrar y platicar?».

«Claro que no», respondió *Madame*; «usted sabe que yo nunca le permito entrar aquí. ¡Váyase!».

El *tríttere*, sin embargo, quizás alentado por el tono más blando de esa respuesta, se aventuró a rebelarse e, introduciéndose en la habitación, se acercó a *Madame* Mantalini de puntillas, lanzándole un beso mientras avanzaba.

«¿Por qué se enoja y tuerce esa carita como si fuera un encantador cascanueces?», dijo Mantalini, enlazando la cintura de su vida y su alma con el brazo izquierdo, y atrayéndola hacia sí con el derecho.

«¡Oh! No te soporto», respondió su esposa.

«No... eh, ¿no me soportas!», exclamó Mantalini. «Mentiritas, mentiritas tuyas. Eso no es verdad. No hay mujer en el mundo que pueda decirme eso mirándome a la cara... mirándome esta cara». Mientras hablaba, el Sr. Mantalini se acarició el mentón y se echó una ojeada satisfecha en un espejo que tenía enfrente.

«Qué extravagancia tan destructiva», razonó su esposa, en tono bajo.

«Todo se debe a mi alegría por haberme encontrado un ser tan hermoso, una Venusita, una Venusita tan *marditamente* encantadora, hechicera, atrayente y cautivadora», dijo Mantalini.

«¡Mira en qué situación me has puesto!», protestó *Madame*.

«No pasará nada malo, no le pasará nada a mi queridita», prosiguió el Sr. Mantalini. «Ya todo pasó, no sucederá nada. El dinero entrará, y si no entra con la rapidez requerida, el viejo Nickleby, aunque proteste, tendrá que volver a pagar, o le cortarán la yugular si se atreve a contrariar a mi nena...».

«¡Chitón!», cortó *Madame*. «¿No ves que no estamos solos?».

El Sr. Mantalini, que en su ansia por arreglar las cosas con su esposa, había pasado por alto, o fingido pasar por alto hasta ese momento, a la Srta. Nickleby, aprovechó la indicación y, llevándose el dedo a los labios, bajó la voz aún más. Entonces se produjeron muchos susurros, durante los cuales *Madame* Mantalini pareció referirse más de una vez a ciertas deudas en las que había incurrido el Sr. Mantalini sin saberlo ella, y también a un inesperado desembolso de dinero en pago de las deudas mencionadas; y, además, a ciertas simpáticas debilidades de ese caballero, tales como jugar, despilfarrar, haraganear y una inclinación hacia los caballos. Y el Sr. Mantalini deshacía cada una de estas acusaciones con uno o más besos, según su importancia relativa, y la consecuencia de todo ello fue que *Madame* Mantalini se sintió muy extasiada con él, y que subieron a desayunar.

Kate quedó enfrascada en sus obligaciones, y estaba arreglando en silencio los diferentes objetos decorativos con el mejor gusto del que podía hacer gala, cuando escuchó la voz de un extraño en la habitación. Lanzó una ojeada al salón y, al mirar a sus espaldas, se percató de que un sombrero blanco, y un pañuelo rojo y un rostro ancho y rubicundo, y una cabeza grande, y parte de un abrigo verde, estaban también dentro de la habitación.

«No se alarme, señorita», dijo el dueño de aquellas pertenencias. «Oiga, *eta* es la fábrica de abrigos, ¿eh?».

«Sí», dijo Kate, muy asombrada. «¿Qué desea usted?».

El desconocido no respondió. En lugar de ello, primero miró atrás, como para hacer señas a alguna persona que permanecía afuera sin ser vista, y luego entró con pasos muy decididos en la habitación, seguido muy de cerca por un hombrecito vestido de marrón, muy mal vestido, con el cual hizo también su entrada una vaharada de tabaco rancio y cebollas frescas. Las vestimentas de ese caballero estaban muy manchadas de hollín, y sus zapatos, medias y restante ropa de la cintura para abajo, desde los talones hasta el cinturón del abrigo inclusive, aparecía profusamente adornada con salpicaduras de lodo,

que habían saltado sobre él la quincena anterior... antes de que llegara la temporada de buen tiempo.

La impresión muy natural de Kate fue que estos simpáticos personajes habían entrado con el propósito de posesionarse ilegalmente de cualesquiera artículos transportables que les vinieran en gana. Y sin tratar de disimular sus temores, se encaminó hacia la puerta.

«*Epere* un minuto», dijo el hombre del abrigo verde, tras cerrarla suavemente y pararse con la espalda recostada contra ella. «*Ete* es un asunto *desargradable*. ¿*Aónde* *etá* su jefe?».

«Mi... ¿qué dijo usted?», preguntó Kate, temblando, pensando que, en jerga, «jefe» podría significar reloj o dinero.

«El Señor Muntlehiney», dijo el hombre. «¿Qué es de su vida? ¿*Etá* en casa?».

«Está en el piso de arriba, creo», respondió Kate, algo tranquilizada por esta pregunta. «¿*Desea* verlo?».

«No», respondió el visitante. «No quiero *ezartamente* verlo. *Usté* *pué* darle esta *trarjetica*, y decirle que, si quiere hablarme y ahorrarse problemas, aquí me encuentra, eso es todo».

Con esas palabras el desconocido puso una tarjeta cuadrada y gruesa en la mano de Kate y, volviéndose hacia su amigo, comentó con desenfado que las habitaciones eran «de *artura*», a lo que el amigo asintió, añadiendo, a manera de confirmación, «que había muchísimo *epacio* para que un chicuelo creciera y se hiciera *jombre* en *cuarquiera* de ellas, sin que *haiga* que *prescuparse* porque la cabeza pudiera *gorpear* contra el techo».

Luego de hacer sonar la campana para avisar a *Madame* Mantalini, Kate le echó una ojeada a la tarjeta que tenía escrito el nombre de «Scaley», así como alguna otra información que no tuvo tiempo de mirar. En ese momento atrajo su atención el propio Sr. Scaley, que, acercándose a una de las psiques, le dio un fuerte golpe en el centro con su bastón, con tanta calma como si hubiera sido de hierro fundido.

«Buena vajilla esa de ahí, Tix», dijo el Sr. Scaley a su amigo.

«¡Ah!», prosiguió el Sr. Tix, marcando con sus cuatro dedos, y con una impresión por duplicado del pulgar, una pieza de seda azul celeste, «y *ete* otro *atrículo* no se hizo *de grati*, óyelo bien».

El Sr. Tix transfirió su admiración de la seda a algunas otras prendas de vestir elegantes, mientras que el Sr. Scaley se puso a ajustarse la bufanda frente al espejo, y luego, ayudado por su reflejo, procedió al examen detallado de un grano que tenía en la barbilla, ocupación que lo mantenía aún absorto cuando *Madame* Mantalini, al entrar a la habitación, profirió una exclamación de sorpresa que lo trajo de vuelta.

«¡Oh! ¿*eta* es la señora?», preguntó Scaley.

«Ella es *Madame* Mantalini», dijo Kate.

«Entonces», dijo el Sr. Scaley, sacando un pequeño documento de su bolsillo y desdoblándolo muy lentamente, «*Eta* es una orden *jurdicial* de *embrargo* por deuda, y si no es *incorveniente* vamos a revisar la casa *compreta*, por favor, y a hacer el *invertario*».

La pobre *Madame* Mantalini, estrujándose las manos con aflicción, tocó la campana para llamar a su marido, tras lo cual se derrumbó sobre una silla y, con la misma, se desmayó. Los caballeros profesionales, sin embargo, no se desconcertaron en lo absoluto por ese acontecimiento, pues el Sr. Scaley, inclinándose sobre un maniquí que exhibía un hermoso vestido (de modo que sus hombros aparecían por encima de él casi del mismo modo que habrían aparecido los hombros de la dama para la cual había sido diseñado si lo tuviera puesto), se ladeó el sombrero y se rascó la cabeza con perfecta despreocupación, mientras que su amigo, el Sr. Tix, aprovechaba la oportunidad para realizar una inspección general del apartamento como preámbulo para entrar en materia, permaneció con su libro de inventario bajo el brazo, el sombrero en la mano y la mente ocupada en ponerle precio a cada objeto que caía en su campo visual.

Así andaban las cosas cuando el Sr. Mantalini entró precipitadamente, y como este distinguido espécimen había tenido una relación bastante amplia con la fraternidad del Sr. Scaley en sus días de soltero y, además, distaba

mucho de estar sorprendido por aquella situación inquietante, se limitó a encogerse de hombros, meterse las manos hasta el fondo de los bolsillos, subir las cejas, silbar uno o dos compases, blasfemar una o dos palabrotas y, sentándose a horcajadas sobre una silla, ponerle la mejor cara al asunto con gran serenidad y decencia.

«¿Cuál es el *mardito* total?», fue la primera pregunta que hizo.

«Mil quinientas veintisiete libras, cuatro chelines y nueve peniques y medio», respondió el Sr. Scaley sin siquiera pestañear.

«*Mardito* sea el medio penique», dijo el Sr. Mantalini, con impaciencia.

«Con mucho *gato* lo eliminamos, si así lo desea *usté*», replicó el Sr. Scaley, «y los nueve peniques también».

«A nosotros no nos importa si también van a unírseles las mil quinientas veintisiete libras, hasta donde sé», observó el Sr. Tix.

«Ni un botón», dijo Scaley.

«Vaya», dijo el mismo caballero, tras una pausa, «¿qué es lo que hay que hacer, *arguna* cosa? ¿Va a ser una rajadita, o una quiebra completa? ¿Acaso es un rompimiento de la *contitución*...? pues muy bien. Entonces, señor don Tom Tix, vaya a informarle a su ángel de esposa y a su bella familia que no dormirá en casa las tres próximas noches, por causa de estar ocupando esto aquí. ¿Qué consigue la señora con inquietarse?», prosiguió el Sr. Scaley, viendo que *Madame* Mantalini sollozaba. «Por lo *meno* la *mitá* de lo que hay aquí no está *pagao*, me *astrevo* a decir, ¡eso debería ser tremendo consuelo para sus sentimientos!».

Habiendo pronunciado esas observaciones, en las que menudeaban chistosos comentarios combinados con un sólido apoyo moral para trances difíciles, el Sr. Scaley procedió a levantar inventario, delicada tarea en la que fue materialmente asistido por el tacto y la experiencia poco comunes del Sr. Tix, vendedor de bienes de segunda mano.

«Azuquita de mi taza de felicidad», dijo Mantalini, acercándose a su esposa con aspecto penitente, «¿me escucharás dos minutos?».

«¡Oh!, no me hables», respondió su esposa, sollozando. «Me has arruinado, eso es todo».

El Sr. Mantalini, que sin duda habla cavilado muy bien en como a su papel, en cuanto escuchó esas palabras, pronunciadas en tono de adicción y severidad, retrocedió varios pasos, adoptó la expresión de estar siendo consumido por una agonía mental, se precipitó a toda prisa fuera de la habitación, y pronto se le oyó cerrar de un tirón, con gran violencia, la puerta de una alcoba del piso superior.

«Srta. Nickleby», exclamó *Madame* Mantalini cuando ese sonido llegó a sus oídos, «¡apresúrese, por el amor de Dios: él va a cometer una locura! Le he hablado con crueldad y eso es algo que él no puede resistir de mí. Alfred, mi querido Alfred».

Mientras profería esas exclamaciones, subió con rapidez escaleras arriba seguida por Kate, quien, aunque no compartía los temores de la indulgente esposa, sí estaba, no obstante, algo nerviosa. Al abrir rápidamente la puerta del vestidor, quedó expuesto a la vista el Sr. Mantalini que, con el cuello de la camisa cuidadosamente apartado hacia atrás, estaba afilando un cuchillo de mesa con la correa de las navajas de afeitar.

«¡Ah!», exclamó el Sr. Mantalini, «¡me han interrumpido!», y el cuchillo de mesa desapareció en un santiamén en el bolsillo de la bata de casa del Sr. Mantalini, mientras los ojos de este daban vueltas feroces, y el pelo le flotaba en fiero desorden, mezclándosele con las barbas.

«Alfred», exclamó su esposa, abrazándolo, «¡lo dije sin querer, lo dije sin querer!».

«¡La ruina!», exclamó el Sr. Mantalini. «¿Le he traído la ruina al mejor y más puro ser que jamás bendijo a un *mardito* vagabundo? *Mardita* sea, déjame partir». En ese instante crítico de sus desvaríos, el Sr. Mantalini hizo un gesto como para agarrar el cuchillo de mesa, y, al impedirsele la mano de su esposa, intentó golpearse la cabeza contra la pared... tomando gran precaución, no obstante, de permanecer al menos a seis pies de distancia de esta.

«Tranquilízate, ángel mío», dijo *Madame*. «No fue culpa de nadie. Fue tanto mía como tuya, y de todas formas saldremos de esta. Ven, Alfred, ven».

El Sr. Mantalini no creyó correcto acudir de inmediato, pero después de pedir varias veces que le trajeran un veneno, y de solicitar que alguna dama o algún caballero le reventara el cerebro de un disparo, lo fueron ganando sentimientos más apacibles, y sollozó patéticamente. Apaciguado su estado mental, no se opuso a que su cariñosa pareja se apoderase del cuchillo —del que, a decir verdad, se alegraba bastante de deshacerse, por ser un artículo molesto y peligroso para el bolsillo de una bata— y finalmente se resignó a que ella se lo llevara de allí.

Después de dos o tres horas, se informó a las jóvenes que no serían requeridos sus servicios hasta nuevo aviso, y al cabo de dos días el nombre de Mantalini apareció en la lista de negocios en quiebra. Esa misma mañana, la Srta. Nickleby recibió por el correo una información referida a que en el futuro el negocio proseguiría bajo el nombre «Srta. Knag», y que su asistencia

ya no sería requerida. En cuanto la información llegó a la Sra. Nickleby, la buena dama declaró que desde siempre supo que eso pasaría, y citó varias ocasiones desconocidas en las que había vaticinado exactamente eso mismo.

«Y lo vuelvo a decir», observó la Sra. Nickleby (quien, como casi no hay ni que apuntar, jamás lo había dicho antes), «lo vuelvo a decir, que la confección de sombreros y la costura son los últimos negocios, Kate, a los que tendrías que haber pensado asociarte. No te lo reprocho, cariño, pero de todos modos diré que, si le hubieras consultado a tu propia madre...».

«Bien, bien, mamá», dijo Kate, suavemente, «¿y qué me recomiendas ahora?». «¡Recomendar!», exclamó la Sra. Nickleby, «¿Acaso no resulta obvio, querida, que de todas las ocupaciones de este mundo, para una joven de tu posición, aquella para la que tu educación, y tus modales, y tu apariencia personal, y todo lo demás, te califican exactamente es la de dama de compañía de alguna fina señora? ¿Nunca oíste a tu pobre querido papá hablar de la joven, hija de la anciana que era huésped de la misma casa de la que él fue huésped en un tiempo, cuando era soltero...? ¿cómo era que se llamaba? Sé que el nombre empezaba con B, y terminaba con g, pero si era Waters o... no, tampoco era ese. Pero sea cual fuese su nombre, ¿no sabes que esa joven se colocó como acompañante de una dama casada que murió poco después, y ella se casó con el esposo, y tuvo uno de los chicos más primorosos que el médico hubiera visto nunca... y todo esto en un lapso de dieciocho meses?».

«Y yo digo», exclamó la Sra. Nickleby, dejando el periódico a un lado con aire triunfal, «que si tu tío no pone objeciones, bien vale la pena probar».

Kate sabía perfectamente bien que este torrente de recuerdos favorables era motivado por alguna oferta de empleo, real o imaginaria, que su madre había descubierto en relación con el oficio de dama de compañía. Por lo tanto, esperó muy pacientemente hasta que todas las reminiscencias y anécdotas, relacionadas o no con el tema, se agotaran, y al final se aventuró a preguntarle qué nuevo descubrimiento había hecho. Entonces salió la verdad a relucir. Aquella mañana, la Sra. Nickleby había tenido en sus manos un periódico, muy respetable, del día de ayer, proveniente del establecimiento público del que venía el portero, y en ese periódico del día de ayer había un anuncio, redactado en el más puro y gramaticalmente correcto inglés, donde se decía que una dama casada requería de acompañante a una joven fina, y que el nombre y la dirección de la dama casada podían averiguarse preguntando en una cierta biblioteca del extremo oeste de la ciudad que allí se mencionaba.

«Y yo digo», exclamó la Sra. Nickleby, dejando a un lado el periódico con un gesto triunfal, «que si tu tío no pone objeciones, muy bien vale la pena

probarlo».

Kate estaba demasiado descorazonada, tras los brutales encontronazos que ya se había dado con el mundo, y en realidad muy poco le importaba en aquel momento cuál era la suerte que le estaba reservada, ni oponer reparos a ella. El Sr. Ralph Nickleby no opuso ninguno, sino que, por el contrario, aprobó complacido la sugerencia; ni tampoco expresó mayor sorpresa por la repentina quiebra de *Madame Mantalini*: en efecto, hubiera sido extraño que la expresara, en tanto había sido lograda y causada principalmente por él mismo. De modo que se consiguieron sin pérdida de tiempo nombre y dirección, y la Srta. Nickleby y su mamá partieron al encuentro de la Sra. Witterly, de Cadogan Place, Calle Sloane, aquella misma mañana.

Cadogan Place es el único leve vínculo que une dos grandes extremos. Es el eslabón que conecta las aristocráticas avenidas de Belgrave Square con la barbarie de Chelsea. Está en la calle Sloane, pero no forma parte de ella. La gente de Cadogan Place desprecia la calle Sloane, y al respecto son muy estrictos. Por otra parte, fingen elegancia, y se preguntan dónde está la Carretera Nueva. No es que tengan derecho a considerarse al mismo nivel que la gente bien de Belgrave Square y de Grosvenor Place, pero guardan respecto a ella una relación parecida a la de los hijos ilegítimos de los grandes, que se contentan con alardear del parentesco, aunque el pariente los desmienta. Aunque exhiben hasta donde pueden los aires y apariencias de los encumbrados, la gente de Cadogan Place está ubicada, no obstante, en un estrato medio. Es como el conductor que informa a los habitantes de regiones más allá de sus límites la conmoción del orgullo del nacimiento y del rango que no emana de él mismo, sino que deriva de un manantial situado mucho más lejos. O, al igual que el ligamento que une a unos hermanos siameses, contiene algo de la vida y esencia de los dos cuerpos distintos, sin pertenecer, sin embargo, a ninguno de los dos.

En ese terreno dudoso vivía la Sra. Witterly, y a la puerta de la Sra. Witterly tocó Kate Nickleby con mano temblorosa. La puerta fue abierta por un lacayo grande de cabeza blanqueada con harina de trigo o tiza, o pintada de algún modo (no parecía polvo verdadero), y este lacayo grande, al recibir la tarjeta de presentación, la entregó a un paje pequeño. De hecho, tan pequeño que su cuerpo no podía sostener, en atuendo ordinario, el número de botoncitos requeridos en un traje de paje, y, por consiguiente, habían tenido que ser colocados de cuatro en fondo. Ese joven caballero llevó la tarjeta escaleras arriba sobre una bandeja, y, a la espera de su regreso, Kate y su madre fueron invitadas a pasar a un comedor de aspecto bastante sucio y

pobre, y tan confortablemente arreglado como para servir a cualquier propósito que no fuera comer y beber.

Ahora bien, según ocurren las cosas de acuerdo con las descripciones más auténticas de la vida de las clases superiores que aparecen en los libros, la Sra. Witterly debería haberse encontrado en su tocador. Pero ya fuese porque el Sr. Witterly estaba en aquel momento afeitándose en ese mismo tocador, o por cualquier otra razón, lo cierto es que la Sra. Witterly dio audiencia en el salón de estar, donde había todo lo adecuado y necesario, incluidas cortinas y forros de muebles de un tono rosáceo, para imprimir un delicado realce al rostro de la Sra. Witterly, y un perrito que amagaba con morder las pantorrillas de los desconocidos para regocijo de la Sra. Witterly, y el paje ya mencionado, para servir chocolate a fin de que la Sra. Witterly se restaurase.

La dama tenía un aspecto de insípida dulzura, y un rostro de atractiva palidez. Tanto ella como los muebles y toda la casa tenían una apariencia algo marchita. Se encontraba reclinada en un sofá en una actitud tan poco calculada que habrían podido tomarla por una actriz lista para la primera escena de un *ballet*, y que solo esperaba que subiese el telón.

«Ponga sillas».

El paje las puso.

«Abandone la habitación, Alphonse».

El paje la abandonó. Pero si alguna vez hubo un Alphonse de rostro y cuerpo que cuadrasen más a un Pepito, ese paje era el chico.

«Me he atrevido a visitarla, Señora», dijo Kate, tras unos pocos segundos de un incómodo silencio, «después de leer su anuncio».

«Sí», respondió la Sra. Witterly, «uno de mis empleados lo puso en el periódico... sí».

«Pensé, quizás», dijo Kate, modestamente, «que si usted no hubiese ya realizado una selección definitiva, quizá me permitiera importunarla con esta solicitud».

«Sí», volvió a decir lenta y pesadamente la Sra. Witterly.

«Si usted ya hizo la selección...».

«Oh, ay, no», interrumpió la dama, «no soy fácil de complacer. Realmente no sé qué decir. Usted nunca ha sido dama de compañía, ¿verdad?».

La Sra. Nickleby, que había estado esperando con ansias su oportunidad, se introdujo con destreza antes de que Kate pudiese responder. «No lo ha sido de ningún desconocido, señora», dijo la buena dama, «pero ha sido mi acompañante durante varios años. Soy su mamá, señora».

«¡Oh!», dijo la Sra. Witterly, «la comprendo».

«Le aseguro, señora», dijo la Sra. Nickleby, «que en otros tiempos no se me hubiera ocurrido que mi hija se viera en la necesidad de salir a ganarse la vida, pues su pobre querido papá era un caballero solvente, y estaría aquí en este momento si hubiera escuchado a tiempo mis constantes ruegos y...».

«Querida mamá», dijo Kate, en voz baja.

«Mi querida Kate, si me permites hablar», dijo la Sra. Nickleby, «me tomaré la libertad de explicarle a esta señora...».

«Creo que es casi innecesario, mamá».

Y a pesar de todos los fruncimientos de entrecejo y guiños con los que la Sra. Nickleby trató de indicar a su hija que iba a decir algo que cerraría de inmediato el negocio, Kate, mediante una mirada expresiva, se mantuvo firme en su punto de vista y por primera vez la Sra. Nickleby resultó detenida al borde mismo de un discurso. «¿Cuáles son sus dotes?», preguntó la Sra. Witterly, con los ojos cerrados.

Kate se sonrojó al mencionar sus principales conocimientos, y la Sra. Nickleby los fue contando, uno por uno, con los dedos, pues había calculado el número total antes de que ella comenzase. Por suerte, los dos cálculos coincidieron, de modo que la Sra. Nickleby no tuvo excusa para hablar.

«¿Tiene usted buena disposición?», preguntó la Sra. Witterly, abriendo los ojos un instante y volviéndolos a cerrar.

«Eso espero», respondió Kate.

«Y tiene referencias muy respetables, ¿no?».

Kate respondió que sí, y puso la tarjeta de su tío sobre la mesa.

«Tenga la bondad de aproximar un poco más su silla, y déjeme mirarla», dijo la Sra. Witterly; «soy tan miope que no puedo distinguir bien sus facciones».

Kate accedió a esa solicitud, aunque no desprovista de turbación, y la Sra. Witterly realizó un lánguido análisis de su rostro, que duró dos o tres minutos.

«Me gusta su aspecto», dijo la dama, haciendo sonar una campanita. «Alphonse, pídale a su amo que venga acá».

El paje desapareció para cumplir el encargo, y después de un breve intervalo de tiempo, durante el cual ni una parte ni la otra dijeron una sola palabra, le abrió la puerta a un importante caballero de unos treinta y ocho años, de aspecto más bien plebeyo y con una muy escasa cabellera, el cual se inclinó encima de la Sra. Witterly por un breve momento y conversó con ella mediante susurros.

«¡Oh!», dijo el caballero volviéndose, «sí. Este es un asunto muy importante. La Sra. Witterly tiene un carácter muy excitable, muy delicado, muy frágil. Es una planta de invernadero, exótica».

«¡Oh!, Henry querido», cortó la Sra. Witterly.

«Eres muy frágil, amor, tú sabes que lo eres; apenas un soplo...» dijo el Sr. W. soplando una pluma imaginaria, «y ¡zas!, desapareciste».

La dama suspiró.

«Tu alma es demasiado grande para tu cuerpo», dijo el Sr. Witterly. «Tu intelecto te desgasta. Todos los médicos lo dicen. Sabes que no hay un doctor que no se enorgullezca de que tú lo mandes a buscar. ¿Cuál es el dictamen unánime? “Mi querido doctor”, le dije a *Sir* Tumley Snuffim, en esta misma habitación, la última vez que vino. “Mi querido doctor, ¿qué es lo que aqueja a mi esposa? Dígame la verdad. Yo puedo soportarlo. ¿Son los nervios?”. “¡Hombre!”, dijo él, “enorgullézcase de esa mujer; considérela. Ella adorna el mundo de la elegancia, y lo adorna a usted. Su dolencia es del alma. Se hincha, se expande, se dilata... la sangre se dispara, el pulso se acelera, el nerviosismo aumenta... ¡Uf!”». En este punto el Sr. Witterly, que al calor de su descripción, había gesticulado con su mano derecha hasta llegar a algo menos de dos centímetros de la cofia de la Sra. Nickleby, la retiró con rapidez y se sopló la nariz con tanta ferocidad como si lo hubiera hecho alguna violenta maquinaria.

«Me imaginas peor de lo que estoy, Henry», dijo la Sra. Witterly, con una leve sonrisa.

«No es verdad, Julia, no es verdad», dijo el Sr. W. «La sociedad en la que te mueves —en la que necesariamente te mueves de acuerdo con tu posición social, tus relaciones y tus dotes— es un vórtice y remolino de la más espantosa agitación. Dios me bendiga el corazón y el cuerpo, pero ¡jamás olvidaré la noche en que bailaste con el sobrino del *baronet*, en el baile de las elecciones en Exeter! Fue tremendo».

«Siempre padezco después, por causa de esos triunfos», dijo la Sra. Witterly.

«Y por esa misma razón», añadió su esposo, «debes tener una dama de compañía, que tenga mucha amabilidad, mucha dulzura, extrema solidaridad y perfecta calma».

En este punto tanto el Sr. como la Sra. Witterly, que habían estado hablando más a las Nicklebys que entre sí, cesaron de platicar, y miraron a sus dos oyentes con una expresión en el rostro que parecía decir «¿qué les parece todo esto?».

«La Sra. Witterly», dijo su esposo, dirigiéndose a la Sra. Nickleby, «es buscada y cortejada por multitudes rutilantes y brillantes círculos. La excitan la ópera, el teatro, las bellas artes, la... la... la...».

«La nobleza, amor mío», cortó la Sra. Witterly.

«La nobleza, por supuesto», dijo el Sr. Witterly. «Y los militares. Ella concibe y expresa una inmensa variedad de opiniones sobre una inmensa variedad de temas. Si algunas figuras públicas conocieran la opinión que tiene de ellas la Sra. Witterly, quizás no caminarían con la frente tan alta como lo hacen».

«Chitón, Henry», dijo la dama; «eso no está bien».

«No estoy nombrando a nadie, Julia», respondió el Sr. Witterly, «y nadie resulta afectado. Me limito a mencionar esa circunstancia para mostrar que no eres una persona ordinaria; que hay una fricción constante que viaja perpetuamente entre tu mente y tu cuerpo; y que hay que calmarte y cuidarte. Ahora bien, déjame escuchar sin pasión, y en calma, cuáles son las aptitudes de esta joven para el puesto».

Obedeciendo a esta solicitud, de nuevo se repasaron las aptitudes, a las que se sumaron muchas interrupciones e interrogatorios por parte del Sr. Witterly. Finalmente se acordó que habría que hacer averiguaciones, y que a la Srta. Nickleby se le dirigiría una respuesta definitiva por vía de su tío, en un lapso de dos días. Una vez que hubo acuerdo sobre esas condiciones, el paje las condujo hasta la ventana de la escalera, punto en el cual el lacayo grande lo relevó, para guiarlas en perfecta seguridad hasta la puerta de la calle.

«Evidentemente, son personas muy distinguidas», dijo la Sra. Nickleby, tomando del brazo a su hija. «¡Qué persona tan superior es la Sra. Witterly!».

«¿Te parece, mamá?», fue todo lo que Kate respondió.

«¡Toma! ¿Cómo no pensarlo, Kate, amor mío?», prosiguió su madre. «Aunque está pálida, y parece muy agotada. Espero que no se esté extinguiendo, pero mucho lo temo».

Estas consideraciones condujeron a la dama de profunda perspicacia a calcular la probable duración de la vida de la Sra. Witterly y las oportunidades de que el viudo desconsolado solicitase la mano de su hija. Antes de llegar a casa ya había librado al alma de la Sra. Witterly de toda restricción del cuerpo, había desposado a Kate muy esplendorosamente en la Plaza Hanover de Saint George, y solo había dejado por decidir el asunto menor de si debía mandarse a fabricar para ella misma una espléndida cama

de caoba de pulido francés en la parte trasera del segundo piso en Cadogan Place o en la parte delantera del tercero, pues no podía muy bien comparar las ventajas de esos dos apartamentos, y por lo tanto finalmente resolvió el asunto decidiendo dejar la decisión en manos de su yerno.

Se hicieron las averiguaciones. La respuesta —que no le causó gran alegría a Kate— fue favorable, y en el lapso de una semana Kate se trasladó, con todas sus propiedades transportables y valores, a la mansión de la Sra. Witterly, donde la abandonaremos por ahora.

CAPÍTULO 22

NICHOLAS, ACOMPAÑADO POR SMIKE, PARTE RESUELTAMENTE EN BUSCA DE FORTUNA. SE ENCUENTRA CON EL SR. VINCENT CRUMMLES, Y AQUÍ SE VERÁ QUIÉN ERA ESTE CABALLERO

Todo el capital del que Nicholas se descubrió dueño, ya fuese por adquisición, devolución, saldo o expectativa, tras pagar su alquiler y arreglar cuentas con el prestamista al que le había alquilado sus pobres muebles, no excedía en más de unos pocos medios peniques la suma de veinte chelines. Y, sin embargo, bendiciendo la mañana en que se decidiera a abandonar Londres con el corazón ligero, saltó del lecho con una elasticidad de espíritu que, por suerte, es la dote de los jóvenes, o de lo contrario no estaría el mundo abastecido de viejos.

Era una mañana fría, seca y brumosa de principios de la primavera. Unas pocas y magras sombras revoloteaban de un lado para otro en las calles nebulosas, y ocasionalmente surgía entre el pálido vapor el grueso contorno de algún coche de alquiler que regresaba a casa, y que se aproximaba lentamente y pasaba cencerreando y esparciendo la fina costra de escarcha de su blanqueado tedio, para pronto desaparecer de nuevo, envuelto en una nube. A intervalos se oían pasos descuidados, y el llanto gélido del pobre barrendero que se arrastraba, estremecido, hacia su temprana labor; el pesado paso del oficial que hacía de sereno, andando calle arriba y calle abajo y maldiciendo las horas tardías que seguían separándolo del sueño; el retumbar de carretas y carros pesados, el rodar de vehículos más ligeros que conducían a compradores y vendedores a los distintos mercados: el sonido de toques ineficaces a las puertas de gente de sueño pesado... todos esos ruidos llegaban al oído de tiempo en tiempo, pero todos parecían silenciados por la niebla, y vueltos casi tan indiscernibles al oído como resultaban a los ojos todos los objetos que se exponían a la vista. La perezosa oscuridad se espesó con la llegada del día, y los que tenían el coraje de levantarse y atisbar la

lóbrega calle desde los cortinajes de sus ventanas, volvían a meterse en la cama y se enroscaban para seguir durmiendo.

Incluso antes de que esas señales de aproximación de la mañana abundasen en el atareado Londres, Nicholas había ido caminando solo hasta el barrio financiero y permanecía de pie bajo las ventanas de la casa de su madre. Era sombría y desnuda a la vista, pero a él le parecía llena de luz y de vida, pues entre sus viejas paredes latía al menos un corazón que, frente al insulto o la deshonra, bombearía presuroso la misma sangre que fluía por sus propias venas.

Cruzó la calle y alzó la vista hasta la ventana de la habitación en la que sabía que su hermana dormía. Estaba cerrada y oscura. «Pobre chica», pensó Nicholas, «¡No sabe quién anda por aquí!».

Volvió a mirar, y en ese momento se sintió casi enfadado porque Kate no estuviese allí para intercambiar una palabra de despedida. «¡Dios mío!», pensó, rectificándose a toda prisa, «¡qué niño soy!».

«Es mejor así», dijo Nicholas, después de demorarse dando unos pocos pasos y regresando al mismo punto. «Cuando las abandoné la vez pasada, y habría podido decirles adiós mil veces de haber querido, quise ahorrarles el dolor de la despedida, así que ¿por qué no hacerlo ahora?». Al hablar, algún imaginario movimiento de la cortina casi lo convenció, por un instante, de que Kate estaba frente a la ventana, y, por uno de esos extraños y contradictorios movimientos del afecto que a todos nos acontecen, se ocultó mecánicamente al abrigo de un portal para que ella no lo viera. Sonrió al pensar en su propia debilidad, y exclamó «¡Dios las bendiga!», tras lo cual se alejó a paso ligero.

Cuando llegó a su antigua morada, Smike estaba esperándolo con ansiedad, y también Newman, que había gastado el ingreso de un día en una lata de ron y leche para prepararlos para el viaje. Ya atado el equipaje, Smike se lo echó al hombro, y partieron, acompañados por Newman Noggs, pues este había insistido en caminar junto a ellos hasta donde pudiera hacerlo durante la noche.

«¿Qué dirección vas a tomar?», preguntó Newman con tristeza.

«Primero iremos hacia Kingston», respondió Nicholas.

«¿Y después adónde?», preguntó Newman. «¿Por qué no me lo dicen?».

«Porque ni yo mismo lo sé, mi buen amigo», replicó Nicholas, poniéndole la mano en el hombro, «y si lo supiera, aún no tengo ni planes ni perspectivas, y podría cambiar de paradero den veces antes de que tuvieras la posibilidad de comunicarte conmigo».

«Me temo que tengas algún plan complejo en tu cabeza», dijo Newman dubitativamente.

«Tan complejo», respondió su joven amigo, «que ni yo mismo puedo calcular su profundidad. Pero puedes dar por seguro que, en cuanto decida cualquier cosa, te lo escribiré enseguida».

«¿No lo olvidarás?», dijo Newman.

«No lo creo probable», prosiguió Nicholas. «No tengo tantos amigos como para confundirme con la cifra y olvidar al mejor de ellos».

Concentrados en una conversación de esta índole, anduvieron durante un par de horas, e igual hubieran podido seguir un par de días si Nicholas no se hubiera sentado sobre una piedra al borde del camino, y declarado resueltamente su intención de no avanzar ni un paso más hasta que Newman Noggs volviera a casa. Después de rogar sin éxito otro kilómetro más, y luego otro medio kilómetro, Newman se vio obligado a acceder, y a encaminar sus pasos en dirección a Golden Square, no sin antes intercambiar muchos cordiales y cariñosos adioses y volverse muchas veces en el camino de regreso para hacerles señas con el sombrero a los dos caminantes cuando ya no eran más que meras manchitas en la distancia.

«Ahora escúchame, Smike», dijo Nicholas, mientras avanzaban con dificultad hacia delante con los corazones resueltos. «Vamos en dirección a Portsmouth».

Smike asintió con un gesto de cabeza y sonrió, pero no expresó ninguna otra emoción, pues a él le daba lo mismo que se encaminaran a Portsmouth o a Port Royal, siempre que lo hicieran juntos.

«No sé mucho de esos asuntos», prosiguió Nicholas, «pero Portsmouth es un puerto de mar, y si no pudiera obtenerse ningún otro empleo, creo que podríamos abordar algún buque. Soy joven y activo, y podría ser útil de muchas maneras. Y tú también».

«Eso espero», respondió Smike. «Cuando yo estaba en aquello... ¿sabe a lo que me refiero?».

«Sí, lo sé», dijo Nicholas. «No tienes que nombrar el lugar».

«Bien, cuando estaba allí», siguió diciendo Smike, con los ojos brillantes al pensar en la posibilidad de enumerar sus habilidades, «sabía ordeñar una vaca, y lavar a un caballo como el que más».

«¡Ja!», dijo Nicholas con seriedad. «Me temo que habitualmente no se acostumbra a llevar ese tipo de animales a bordo de un barco, e incluso cuando llevan caballos no se ocupan mucho de limpiarlos. Pero de todas formas puedes aprender a hacer alguna otra cosa, ¿sabes? Querer es poder».

«Y yo estoy bien dispuesto», dijo Smike, volviendo a animarse.

«Dios sabe que lo estás», agregó Nicholas, «y si fracasas, será duro, pero yo haré lo necesario por ambos».

«¿Recorreremos hoy todo el camino?», preguntó Smike, tras un breve silencio.

«Esa sería una prueba demasiado severa, incluso para nuestras dispuestas piernas», dijo Nicholas, con una sonrisa de buen humor. «No. Godalming está a más de 48 kms. de Londres —según supe por un mapa que me prestaron— y mi propósito es que allí nos demos un descanso. Reanudaremos la marcha mañana, pues no somos suficientemente ricos como para permanecer ociosos. ¡Déjame aliviarte del peso de ese bulto! ¡Ven!».

«No, no», respondió Smike, retrocediendo irnos pocos pasos. «No me pida eso».

«¿Por qué no?», preguntó Nicholas.

«Déjeme al menos hacer algo por usted», dijo Smike. «Nunca me permitirá servirlo como debiera. Jamás sabrá cuánto pienso, día y noche, en maneras de agradecerle».

«Eres un tonto por decirlo, pues lo sé bien, y lo percibo, o de lo contrario sería una bestia ciega e insensata», prosiguió Nicholas. «Déjeme hacerte una pregunta ahora que se me ocurre, y no hay nadie más por aquí», agregó, mirándolo fijamente al rostro. «¿Tienes buena memoria?».

«No lo sé», dijo Smike, sacudiendo tristemente la cabeza. «Creo que en otros tiempos la tuve, pero ya toda se me fue... toda se me fue».

«¿Por qué crees que en otros tiempos la tuviste?», preguntó Nicholas, volviéndose hacia él rápidamente, como si la respuesta en cierto modo hiciera un aporte al sentido de su pregunta.

«Porque puedo recordar cuando era chico», dijo Smike, «pero de eso hace mucho, mucho tiempo, o al menos así me parece. Yo siempre estaba confundido y mareado en aquel sitio del que usted me llevó, y nunca podía recordar, y a veces ni siquiera podía comprender lo que me decían. Yo... déjeme ver... ¡déjeme ver!».

«Ahora estás distraído», dijo Nicholas, tocándole el brazo.

«No», respondió su acompañante, con una mirada vaga. «Solo estaba pensando en cómo...». Se estremeció involuntariamente al hablar.

«No pienses más en aquel lugar, pues ya todo terminó», replicó Nicholas, fijando la vista de plano en la de su acompañante, que estaba rápidamente adoptando la mirada estupefacta y vacía que en otros tiempos era frecuente e incluso habitual en él.

«¿Cómo fue el primer día que llegaste a Yorkshire?».

«¡Eh!», exclamó el muchacho.

«Eso fue antes de que empezaras a perder la memoria, ya sabes», dijo Nicholas tranquilamente. «¿Hacía calor o hacía frío?».

«Había humedad», respondió el chico. «Mucha humedad. Yo siempre decía, cuando llovía fuerte, que era como la noche en que llegué, y ellos acostumbraban a agolparse a mi alrededor y a reírse de verme llorar cuando llovía fuerte. Me decían que parecía un niño chico y eso me hacía pensar todavía más en ello. A veces se me enfriaba todo el cuerpo cuando me acordaba de la primera vez que entré por aquella misma puerta».

«¿Y cómo eras entonces?», repitió Nicholas, fingiendo indiferencia, «¿cómo eras?».

«Un ser tan pequeñito», dijo Smike, «que tendrían que haberse apiadado de mí con solo recordarlo».

«¡Pero tú no llegaste solo allí!», observó Nicholas.

«No», prosiguió Smike, «oh, no».

«¿Quién estaba contigo?».

«Un hombre... un hombre oscuro y marchito. Les he oído decirlo en la escuela, y antes yo lo recordaba. Me alegró separarme de él, le tenía miedo. Pero pronto les tuve más miedo a ellos y, además, con ellos tuve que trabajar más duro».

«Mírame», dijo Nicholas, deseando concentrar toda su atención. «Eso es, no desvíes la mirada. ¿No recuerdas a ninguna mujer, a ninguna mujer bondadosa y gentil que alguna vez se haya inclinado sobre ti, te haya besado los labios y te haya llamado hijo?».

«No», dijo el pobre ser, sacudiendo la cabeza; «no, nunca».

«¿Ni ninguna otra casa que no fuera aquella de Yorkshire?».

«No», prosiguió el joven, con una mirada melancólica. «Una habitación... recuerdo haber dormido en una habitación, una habitación amplia y solitaria en el último piso de una casa, que tenía una escotilla en el techo. A menudo me tapaba la cabeza con las sábanas para no verla, pues me aterrorizaba, porque era un niño pequeño sin nadie cerca por las noches, y solía preguntarme qué habría del otro lado. Había también un reloj, un viejo reloj en una esquina. Eso recuerdo. Jamás he olvidado aquella habitación, y cuando tengo pesadillas, vuelvo a verla tal como era. Veo en ella cosas y gentes desconocidas, pero la habitación está idéntica: eso no cambia jamás».

«¿Me permitirás llevar ahora el equipaje?», preguntó Nicholas, cambiando el tema abruptamente.

«No», dijo Slike, «no. Vamos, sigamos andando».

Aceleró el paso al decirlo, como si tuviera la impresión de que habían estado detenidos durante todo el diálogo anterior. Nicholas lo siguió de cerca, y cada palabra de esta conversación permaneció fija, imborrable, en su memoria.

A estas alturas faltaba apenas una hora para el mediodía, y aunque un denso vapor seguía envolviendo a la ciudad que habían abandonado, como si el mismísimo aliento de sus atareados habitantes colgara sobre sus planes de ganancia y beneficio y hallara mayor atracción allí que en la tranquila región de antes, en el campo abierto hacía buen tiempo y el cielo estaba despejado. Ocasionalmente, en algunos sitios bajos hallaron retazos de neblina que el sol aún no había expulsado de sus baluartes, pero muy pronto los dejaron atrás, y subiendo las colinas en lontananza fue agradable mirar hacia abajo y ver cómo la masa perezosa huía rodando pesadamente ante el influjo esperanzador de la luz del día. Un sol ancho, vistoso y honesto alumbraba los verdes prados y le sacaba hoyuelos al rostro del agua con un esbozo de verano, entregando a los viajeros toda la vivificante frescura de aquel temprano tiempo del año. El suelo parecía elástico bajo sus pies, las campanillas de las ovejas eran música para sus oídos, y estimulados por el ejercicio y alentados por la ilusión siguieron adelante con la fortaleza de leones.

El día fue pasando, y todos estos brillantes colores amainaron y adoptaron un tono más tenue, como suaviza el tiempo las esperanzas de los jóvenes, o como los rasgos juveniles se van transformando poco a poco en la calma y la serenidad de la vejez. Pero en su lento declinar apenas eran menos bellos de lo que fueran en la flor de su edad, pues la naturaleza brinda a cada tiempo y estación algunas bellezas propias, y de la mañana a la noche, al igual que de la cuna a la tumba, no acontece sino una sucesión de cambios tan suaves y fluidos que casi no nos damos cuenta de su avance.

A Godalming llegaron al fin, y allí negociaron dos humildes lechos y durmieron profundamente. A la mañana siguiente volvieron a ponerse en camino, aunque no tan temprano como el sol, y de nuevo a pie, si no con toda la frescura del día anterior al menos con esperanza y ánimo suficientes como para estimularlos a seguir adelante.

Fue una jornada más dura que la que cumplieran el día anterior, pues había que subir largas y fatigosas lomas, y en los viajes, al igual que en la vida, es mucho más fácil ir cuesta abajo que cuesta arriba. Sin embargo, siguieron avanzando con perseverancia inquebrantable, y hasta hoy no se ha

erguido hacia el cielo monte alguno cuya cima no pueda conquistarse, al cabo, con perseverancia.

Caminaron por el borde de la hondonada llamada la Ponchera del Diablo, y Smike escuchó con ávido interés a Nicholas mientras leía la inscripción grabada en la piedra que, erigida en aquel sitio agreste, da cuenta de un homicidio horrible y traicionero cometido allí una noche. La yerba sobre la que estaban parados estuvo en su momento teñida con la sangre del hombre asesinado, que fue goteando lentamente hacia la hondonada que da su nombre a este lugar. «La Ponchera del Diablo», pensó Nicholas, mirando al vacío, «jamás contuvo mejor licor que ese».

Adelante prosiguieron su marcha con firme determinación hasta que entraron, al cabo, a una zona amplia y espaciosa de colinas, con todo tipo de lomas y llanuras que imprimían variedad a las superficies reverdecidas. Aquí se alzaba casi perpendicular al cielo una elevación tan abrupta que resultaba apenas accesible, salvo para las ovejas y cabras que pastaban en sus laderas, y allí se extendía un enorme túmulo de verdor, que disminuía, en declive, de un modo tan delicado, y fusionándose tan suavemente con el terreno llano, que sus límites eran casi imposibles de definir. Colinas henchidas que se echaban unas encima de las otras, y ondulaciones turgentes y ásperas, tersas y escabrosas, gráciles y grotescas, puestas al descuido una junto a otra, enmarcaban la vista en todas direcciones. Mientras tanto, aquí y allá, con ruido inesperado, a menudo se alzaba del suelo un vuelo de cuervos que, graznando y revoloteando alrededor de las colinas más cercanas, como indecisos respecto al curso a tomar, de repente agitaban las alas para luego bajar y pasar rasando, a la velocidad de la luz, sobre el amplio panorama de algún valle que se abriera.

Poco a poco el paisaje se fue retirando cada vez más a un lado y al otro, y finalmente desprendidos de aquel escenario rico y extenso, ¡volvieron a emerger al campo abierto! Saber que se acercaban al punto de destino les renovaba el coraje para seguir adelante, pero el camino había sido difícil, y se habían demorado en la carretera, y Smike estaba cansado. Así que, caída ya la noche y faltándoles unos veinte kilómetros para llegar a Portsmouth, se desviaron hacia el sendero de acceso a una posada al borde del camino.

«Veinte kilómetros», dijo Nicholas, descansando ambas manos sobre el palo que usaba de bastón, y echándole una mirada interrogante a Smike.

«Veinte largos kilómetros», repitió el posadero.

«¿Es un camino bueno?», preguntó Nicholas.

«Muy malo», dijo el dueño. Tal como le correspondía decir, claro, siendo el dueño de la posada.

«Quisiera continuar», observó Nicholas, vacilante. «No sé qué hacer».

«No se deje influir por mí», prosiguió el dueño. «Pero si fuera yo, no seguiría adelante».

«¿No seguiría?», preguntó Nicholas, con la misma incertidumbre.

«No lo haría si supiera cuándo iba a estar bien», dijo el dueño. Y al decirlo alzó su delantal, se puso las manos en los bolsillos, y dando uno o dos pasos hacia afuera encaminó la mirada hacia la oscura carretera fingiendo gran indiferencia.

Una ojeada al rostro de Smike, demacrado por el esfuerzo, acabó de convencer a Nicholas, de modo que, sin más consideraciones, se decidió a quedarse allí.

El amo los condujo a la cocina y, puesto que había un buen fuego, les comentó que la noche estaba muy fría. Si el fuego hubiera sido mediocre, habría comentado que la noche estaba muy cálida.

«¿Qué puede ofrecernos para cenar?», fue la pregunta natural de Nicholas.

«¿Cómo...? ¿Qué desearían?», fue la respuesta no menos natural del dueño.

Nicholas sugirió carne fría, pero no había carne fría... huevos escalfados, pero no había huevos... chuletas de cordero, pero no había una chuleta de cordero en tres millas a la redonda, aunque la semana anterior había habido más de las que pudieran venderse, y de nuevo volverían a tener un abasto extraordinario pasado mañana.

«Entonces», dijo Nicholas, «lo dejo enteramente en sus manos, como habría hecho al principio si usted me lo hubiera permitido».

«¡Tome!, entonces le diré lo que haremos», prosiguió el dueño. «Hay un caballero en el salón que pidió que le sirvieran pastel de carne caliente y patatas a las nueve. Hay preparado más de lo que él será capaz de comer, y no tengo dudas de que, si le pido permiso, usted podrá cenar con él. Ahora mismo le pregunto».

«No, no», dijo Nicholas, deteniéndolo. «Mejor no lo haga. Yo... al menos... ¡bah! ¿Por qué no decirlo? Mire, como usted ve, viajo de un modo muy humilde, y he llegado hasta aquí a pie. Es más que probable, creo yo, que al caballero no le apetezca mi compañía, y, aunque usted me vea así todo polvoriento, soy suficientemente orgulloso para no imponérsela».

«Dios lo bendiga a usted», dijo el dueño, «si no es más que el Sr. Crummles. A él no le importa».

«¿No le importaría?», preguntó Nicholas, cuya mente, a decir verdad, estaba experimentando ciertos cambios ante la perspectiva del succulento pastel.

«Seguro que no», respondió el dueño. «Le agrada el modo suyo de hablar, lo sé. Pero pronto comprobaremos todo eso. Espere un minuto».

El dueño se apresuró a entrar al salón sin más excusa, ni tampoco trató Nicholas de atajarlo, considerando sabiamente que una cena en aquellas circunstancias era un asunto demasiado serio como para ponerse con remilgos. No tardó mucho el hospedero en regresar en un estado de gran nerviosismo.

«Está bien», dijo en voz baja, «sabía que aceptaría. Ahora verá usted algo que bien vale la pena. ¡Dios mío, qué entrada le están dando!».

No hubo tiempo para averiguar a qué se refería esa exclamación, proferida en un tono de gran éxtasis, pues el posadero ya había abierto de golpe la puerta de la habitación a la que Nicholas, seguido por Smike con el bulto al hombro (lo llevaba con tanto cuidado como si fuera una bolsa llena de monedas de oro), se dirigió de inmediato.

Nicholas estaba preparado para algo raro, pero no para algo tan raro como el espectáculo que se presentó ante sus ojos. En el extremo opuesto de la habitación había un par de chicos, uno de ellos muy alto y el otro muy bajito, vestidos ambos como marineros —o al menos como marineros de teatro, con cinturones, hebillas, trenzas y pistolas— y enfrascados en una de esas luchas que se anuncian en los carteles de teatro como un tremendo combate con esas espadas anchas y cortas de empuñadura en forma de cesta que se usan habitualmente en nuestros teatros de menor categoría. El chico bajito había conseguido gran ventaja sobre el alto, reducido a un aprieto mortal, y ambos eran supervisados por un hombre ancho y pesado, recostado a la esquina de una mesa, que los exhortaba enfáticamente a sacarle un poco más de fuego a las espadas, en cuyo caso los espectadores quedarían arrebatados desde la mismísima primera función.

«El Sr. Vincent Crummles», dijo el dueño con aire de gran deferencia. «Este es el joven caballero».

El Sr. Vincent Crummles recibió a Nicholas con una inclinación de cabeza, algo entre la reverencia de un emperador romano y el gesto de saludo de un compañero de juerga, y le pidió al dueño que cerrase la puerta y se marchara.

«Vaya un cuadro teatral», dijo el Sr. Crummles, indicándole con un gesto a Nicholas que no se acercase, para que no lo echara a perder. «El pequeño lo tiene en sus manos; si el grandote no golpea por debajo en tres segundos, es hombre muerto. Vuelvan a hacerlo, chicos».

Los dos combatientes volvieron a empezar desde el principio, y estuvieron cruzando golpes hasta que las espadas emitieron una lluvia de chispas, para gran satisfacción del Sr. Crummles, que pareció considerar que ese era en verdad el gran punto culminante. El choque comenzó cuando el marinero bajito y el marinero alto cruzaron unos doscientos mandobles alternadamente sin producir ningún resultado en particular, hasta que el marinero bajito fite obligado a poner rodilla en tierra, lo cual no era ningún problema para él, porque se desplazaba sobre esa rodilla con la ayuda de su mano izquierda, y continuó luchando muy desesperadamente hasta que el marinero alto le sacó de un golpe la espada de la mano. Ahora bien, se suponía que el marinero bajito, reducido a ese extremo, cedería de inmediato y se rendiría, pero, en vez de ello, de repente sacó una gran pistola del cinturón y la puso frente al rostro del marinero alto, quien se quedó tan sobrecogido con esa acción (pues no la esperaba) que esto le permitió al marinero bajito recoger su espada y volver a comenzar. Entonces se reanudaron las estocadas, y cada parte propinó a la otra una variedad de golpes estrafalarios, tales como los propinados con la mano izquierda, y por debajo de la pierna, y por encima del hombro derecho, y por encima del izquierdo, y cuando el marinero bajito administró a las piernas del marinero alto un vigoroso sablazo, que podría haberlas cortado de cuajo si hubiera sido efectivo, el marinero alto, saltando por encima de la espada del marinero bajito (y para equilibrar el asunto y hacerlo completamente justo), le propinó al pequeño un golpe igual, pero entonces el marinero bajito logró saltar por encima de la espada del marinero alto. Después de esto hubo bastantes fintas y gestos de subirse los pantalones por falta de tirantes, y entonces el marinero bajito (que era evidentemente el personaje moral, pues siempre era el que salía mejor parado) hizo una violenta demostración y acabó con el marinero alto, el cual, tras unos pocos esfuerzos inútiles, cayó, expirando en medio de grandes tormentos, mientras el marinero bajito le ponía el pie sobre el pecho y lo traspasaba de lado a lado.

«Chicos, si lo hacen con cuidado, el público les pedirá a gritos que lo repitan», dijo el Sr. Crummels. «Ahora mejor vayan a recuperar el aliento, y a cambiarse de ropa».

Luego de dirigir esas palabras a los combatientes, saludó a Nicholas, que entonces pudo reparar en que el rostro del Sr. Crummles era bastante proporcionado en tamaño respecto a su cuerpo; que tenía un labio inferior muy grueso, una voz ronca, como si tuviera el hábito de gritar mucho, cabellos negros muy cortos, afeitados hasta casi la coronilla —para (según

sabría después) poderse poner con mayor comodidad pelucas de personajes de cualquier tamaño o diseño.

«¿Qué le parece, señor?», preguntó el Sr. Crummles.

«Muy bien, ya lo creo... estupendo», respondió Nicholas.

«No verá chicos como estos muy a menudo, me imagino», dijo el Sr. Crummles.

Nicholas asintió y observó que si estuvieran más parejos...

«¡Parejos!», exclamó el Sr. Crummles.

«Quise decir, si fueran de talla más similar», dijo Nicholas, explicándose.

«¡La talla!», repitió el Sr. Crummles, «¿Cómo? Pero si la mismísima esencia del combate consiste en que haya 30 o 60 centímetros de diferencia entre uno y otro. ¿Cómo podrían suscitarse legítimamente las simpatías de los espectadores si no hubiera un hombre pequeño luchando contra uno grande... a no ser que haya cinco contra uno, pero no tenemos brazos suficientes para eso en nuestra compañía?».

«Ya veo», respondió Nicholas. «Le pido excusas. No se me había ocurrido, se lo confieso».

«Ese es el punto principal», dijo el Sr. Crummles. «Estreno en Portsmouth pasado mañana. Si va usted para allá, eche un vistazo en el teatro para observar cómo va la cosa».

Nicholas prometió hacerlo si podía, y acercando una silla al fuego entabló de inmediato una conversación con el director del grupo de teatro. El hombre era muy hablador y comunicativo, estimulado quizá no solo por su disposición natural, sino por los licores con agua que sorbía muy abundantemente, o el rapé que absorbía en grandes cantidades de un pedazo de papel de estraza blancuzco que guardaba en el bolsillo del chaleco. Platicaba sobre sus negocios sin la menor reserva, y disertó extensamente sobre los méritos de su compañía y las dotes de su familia, pues resultó que los dos chicos de las anchas espadas formaban parte honrosa de ambas. Al parecer, debía haber una reunión con los caballeros y las damas de Portsmouth al día siguiente, y a ella acudían el padre y los hijos (no para cubrir una temporada de presentaciones, sino para una única función en busca de dividendos), después de cumplir muy exitosamente un compromiso en Guilford.

«¿Va usted en esa dirección?», preguntó el director.

«S... sí», dijo Nicholas, «allá voy».

«¿No conoce la ciudad?», preguntó el director, que parecía creerse con igual derecho para recibir confidencias que para hacerlas.

«No», respondió Nicholas.

«¿Nunca ha estado allí?».

«Nunca».

El Sr. Vincent Crummles emitió una tos corta y seca, como diciendo, «si no quieres ser comunicativo, pues tanto peor», y tomó tantas pizcas de rapé del pedacito de papel, una tras otra, que Nicholas se preguntó adónde irían a parar todas.

Mientras permanecía ocupado de este modo, el Sr. Crummles miró de vez en cuando con gran interés a Smike, que al parecer le había impresionado considerablemente desde el principio. Ahora estaba dormido, y cabeceaba sentado en su silla.

«Perdone que diga esto», dijo el director, aproximándose a Nicholas y bajando la voz, «pero... ¡qué semblante tan estupendo tiene su amigo!».

«¡Pobre muchacho!»., dijo Nicholas, sonriendo a medias, «ojalá fuera un poco más rollizo y menos ojeroso».

«¡Rollizo!»., exclamó el director horrorizado, «lo echaría a perder para siempre».

«¿Cree usted?».

«¡Que si lo creo, señor! ¡Pero si como está ahora», dijo el director, golpeándose enfáticamente la rodilla, «sin necesidad de relleno en el cuerpo, y casi sin una gota de maquillaje, haría un actor para el tema del hambre como nunca se ha visto en este país! Bastaría con que actuara mínimamente el papel de boticario en *Romeo y Julieta*, con un toque muy leve de rojo en la punta de la nariz, y tendría aseguradas por lo menos tres rondas de aplausos desde el mismo momento en que sacara la cabeza por un marco de puerta de utilería colocado del lado izquierdo del proscenio».

«Usted lo mira con ojo profesional», dijo Nicholas, riendo.

«Y muy bien que así sea», prosiguió el director, «porque nunca he visto a un joven construido tan a propósito para ese papel desde que estoy en este giro, y fíjese que yo empecé representando a un niño gordo cuando tenía dieciocho meses de nacido».

La aparición del pastel de carne, que llegó conjuntamente con los Vincent Crummles, hijos, desvió la conversación hacia otros asuntos, y en verdad acabaron por paralizarla totalmente. Esos dos jóvenes caballeros manejaban los cuchillos y tenedores con poca menos destreza que los espadines, y como todo el grupo tenía una disposición tan filosa como las dichas armas, no hubo tiempo para platicar hasta que concluyó la cena.

En cuanto a los Crummles, hijos, tragándose el último bocado de comida disponible, mediante varios bostezos y estiramientos de sus miembros apenas disimulados, comenzaron a dar señales de una obvia predisposición a irse a dormir, actitud de la que Smike dio muestras aún más fuertes, pues se quedó dormido varias veces en el curso mismo de la cena, durante el mismísimo acto de comer. Por lo tanto, Nicholas propuso retirarse de inmediato, a lo que el director se opuso terminantemente, jurando que se había prometido el placer de invitar a su recién conocido a compartir una ponchera y, si este declinaba su invitación, lo tomaría como una gran descortesía.

«Dejemos que se vayan ellos», dijo el Sr. Vincent Crummles, «y nosotros quedémonos cómodos y calentitos junto al fuego».

En realidad Nicholas no tenía tanto sueño, pues se hallaba demasiado ansioso, de modo que, tras una breve resistencia, aceptó el ofrecimiento, y tras dar un apretón de manos a los jóvenes Crummles y después de que el director, por su parte, bendijera cariñosamente a Smike, se sentó frente a este caballero junto al fuego dispuesto a ayudar a vaciar la ponchera, que llegó poco después, humeando de un modo que daba gusto contemplar, y emitiendo una fragancia muy agradable y tentadora.

Pero a pesar del ponche y del director, que contó una infinidad de cuentos, fumó tabaco en pipa y lo inhaló en forma de rapé en cantidad asombrosísima, Nicholas permanecía distraído y abatido. La mente se le escapaba a su antiguo hogar, y cuando la traía de regreso a su condición actual, la incertidumbre del mañana lo llenaba de tristeza, al punto de no conseguir animarse ni siquiera haciendo sus mayores esfuerzos. Su atención se desviaba y, aunque oía la voz del director, sus oídos permanecían sordos a lo que este decía, de modo tal que, cuando el Sr. Vincent Crummles puso fin con estrepitosa carcajada a la historia de una larga aventura, y preguntó qué habría hecho Nicholas en semejantes circunstancias, este se vio obligado a pedir disculpas de la mejor manera posible, y a confesar su total ignorancia de todo lo que su interlocutor había estado hablando.

«¡Pero si ya vi!», observó el Sr. Crummles, «que usted tiene la mente desasosegada! ¿Qué le ocurre?».

Nicholas no pudo contener una sonrisa frente a la brusquedad de la pregunta, pero pensando que no serviría de mucho eludirla, reconoció que pesaba sobre él la preocupación de no tener éxito en el objetivo que lo había llevado a aquella parte del país.

«¿Y de qué objetivo se trata?», preguntó el director.

«Conseguir empleo para mantenernos a mí y a mi pobre compañero de viaje, de modo de asegurar lo más indispensable para vivir», dijo Nicholas. «Esa es la verdad, hace rato que usted la adivinó, así que más vale ganarme el crédito de contársela de propia voluntad».

«¿Y qué le ofrece Portsmouth que no pueda encontrar usted en otra parte?», preguntó el Sr. Vincent Crummles, derritiendo la cera de sellar en la boquilla de su pipa con el fuego de la vela, y sacándola después con el dedo meñique.

«Pues supongo que hay muchos buques que zarpan del puerto», respondió Nicholas. «Buscaré empleo en alguno de ellos. En cualquier caso, allí hay carne y bebidas».

«Carne salada y ron sin añejar, pastel de pasta de guisantes y galletas de paja», dijo el director, dándole una profunda chupada a la pipa para mantenerla encendida, y regresando a su labor con la pipa.

«Hay cosas peores», dijo Nicholas. «Creo poder vivir sin comodidades tan bien como la mayoría de los hombres de mi edad con mis mismos hábitos de vida en otro tiempo».

«Tendría que hacerlo por fuerza» dijo el director, «si se alista en un barco, pero eso no ocurrirá».

«¿Por qué no?».

«Porque no hay capitán ni primer oficial que crea que usted valga la sal que consume, cuando tiene la posibilidad de conseguir un tripulante experto», respondió el director, «y eso allí abunda tanto como las ostras que se venden por la calle».

«¿Qué quiere decir?», preguntó Nicholas, alarmado por semejante vaticinio y por el tono de confidencialidad en que le fuera susurrado. «Los hombres no nacen siendo marineros expertos. Supongo que habrá que entrenarlos».

El Sr. Vincent Crummles asintió con un gesto de cabeza. «Hay que entrenarlos, pero no a la edad suya, ni siendo un joven caballero como usted».

Hubo una pausa. La expresión de Nicholas se entristeció, y se puso a contemplar el fuego descorazonado.

«¿No se le ocurre ninguna otra profesión que un joven de su porte y habilidades pueda emprender fácilmente, y contemplar así el mundo desde una posición ventajosa?», preguntó el empresario teatral.

«No», dijo Nicholas, sacudiendo la cabeza.

«Bueno, entonces le diré una», dijo el Sr. Crummles, arrojando su pipa al fuego y elevando el tono de voz. «¡Las tablas!».

«¡Las tablas!», exclamó Nicholas, en un tono casi tan alto como el de su interlocutor.

«La profesión teatral» dijo el Sr. Vincent Crummles. «Yo me dedico al teatro, mi esposa se dedica al teatro, mis hijos se dedican al teatro. Tuve un perro que se dedicó al teatro desde cachorro y vivió y murió en esa profesión, y la jaca de mi calesa actúa en *Timor el tártaro*. Yo lo ayudaré a adquirir confianza, y a su amigo también. Simplemente diga que sí. Quiero algo novedoso».

«No sé nada de eso», respondió Nicholas, a quien esta propuesta repentina casi lo había dejado sin aliento. «Jamás en la vida actué en un papel, salvo en la escuela,» «Usted tiene el porte de un comediante fino en el andar y en los modales, derrama tragedia juvenil por los ojos, y farsa de suspense en la risa», dijo el Sr. Vincent Crummles. «Lo hará tan bien como si desde que nació no hubiera pensado más que en las candilejas».

Nicholas pensó en la pequeña cantidad de moneditas sueltas que le quedarían en el bolsillo tras pagar la cuenta de la posada, y vaciló.

«Puede sernos útil de mil maneras», dijo el Sr. Crummles. «Piense en los carteles estupendos que un hombre de su educación podría escribirnos para exhibir en los escaparates de los comercios».

«Bueno, creo que esa función la podría cumplir», dijo Nicholas.

«Con toda seguridad que sí», respondió el Sr. Crummles. «Para más información, véanse los volantes... podría ser un librito. Y también escribir obras; ¡pero si usted mismo podría escribirnos una obra que emplee todos los talentos de la compañía, cada vez que necesitáramos una!».

«No estoy tan seguro de eso», respondió Nicholas. «Pero me atrevo a decir que de vez en cuando podría garabatear algo que les cuadre».

«De inmediato prepararemos un nuevo espectáculo», dijo el director. «Déjeme ver... efectos especiales para esta obra... un decorado nuevo y espléndido... tiene que lograr introducir una bomba de verdad y dos tinas de lavar».

«¿En la obra?», dijo Nicholas.

«Sí», respondió el director. «Las compré baratas el otro día, en una liquidación, y encajarán de manera admirable. Así se trabaja en Londres. Consiguen algún vestuario y utilería y después escriben una obra que se les ajuste. La mayoría de los teatros tienen un escritor fijo para ese fin».

«¡No me diga!», exclamó Nicholas.

«Oh, sí», dijo el director, «es lo usual. Se verá muy bien en los carteles, destacado en renglones aparte... ¡una bomba de verdad!... ¡tinas

espléndidas!... ¡gran atracción! Por casualidad no sabe usted algo de pintura, ¿eh?».

«Eso no está entre mis dones», respondió Nicholas.

«¡Ah!, Entonces qué se le va a hacer», dijo el gerente. «De haber sabido usted pintar le hubiéramos agregado a los carteles un grabado grande de la última escena, donde se viera la perspectiva del escenario con la bomba y las tinajas en el medio; pero bueno, si no sabe pintar, no hay caso».

«¿Y que recibiría a cambio de todo eso?», preguntó Nicholas, después de reflexionar unos pocos instantes. «¿Podría vivir de eso?».

«¡Vivir de eso!», dijo el director. «¡Como un príncipe! Incluyendo el salario suyo y el de su amigo, más los escritos, usted ganaría... ¡ah, ganaría una libra por semana!».

«¡No me diga!».

«Pues sí que se lo digo, y si tuviéramos acceso a buenos teatros, el dinero casi se duplicaría».

Nicholas se encogió de hombros, pues su única perspectiva era la miseria absoluta. Y aun si tuviera la fortaleza requerida para soportar los extremos de la necesidad y el infortunio, ¿qué sentido tendría haber rescatado al muchacho que había tomado a su cargo si lo sometía a una vida tan dura como aquella de la que lo había sacado? Estando en la misma ciudad del hombre que lo había tratado tan mal y concitado sus más amargos pensamientos, era fácil pensar que ciento doce kilómetros no eran nada. Pero ahora parecía que estaban bastante lejos. ¿Y si él se iba al extranjero, y su madre o Kate muriesen en el ínterin?

Sin más consideraciones se apresuró a declarar que era trato hecho, y estrechó la mano del Sr. Vincent Crummles para sellar el acuerdo.

CAPÍTULO 23

TRATA DE LA COMPAÑÍA TEATRAL DEL SR. VINCENT CRUMMLES, Y DE LOS ASUNTOS DE ÉSTE, DOMÉSTICOS Y TEATRALES

Como el Sr. Crummles tenía un extraño animal cuadrúpedo en los establos de la posada, al que llamaba «jaca», y un vehículo de diseño desconocido, al que adjudicaba el apelativo de «faetón de cuatro ruedas», a la mañana siguiente Nicholas continuó viaje con mayor comodidad de la esperada: el director y él ocupaban el asiento delantero, y los Crummles, hijos, y Smike se apretujaban en el trasero, en compañía de una cesta de mimbre protegida de la humedad por un grueso hule, en la que estaban los espadines, las pistolas, las trenzas, los trajes de marinero y otros artefactos de la profesión pertenecientes a los jóvenes caballeros antes mencionados.

La jaca andaba con suma lentitud por la carretera y —posiblemente como consecuencia de su educación teatral— de vez en cuando daba señales de una fuerte propensión a echarse. Sin embargo, el Sr. Vincent Crummles la mantenía a raya bastante bien dándole tirones al heno y agitando el látigo en el aire. Y cuando fallaban esos medios y el animal se detenía, Crummles, el hijo mayor, salía y le propinaba un puntapié. A fuerza de esos estímulos, de tiempo en tiempo era persuadida a moverse, y proseguían a un trote corto que (según anotaba el Sr. Crummles) resultaba muy conveniente para todas las partes.

«En el fondo, es una jaca buena», dijo el Sr. Crummles, volviéndose hacia Nicholas.

Lo sería en el fondo, porque lo que es en la superficie, según el testimonio de su pelo áspero y descuidado, no lo era. De modo que Nicholas se limitó a observar que no dudaba que lo fuera.

«Son incontables los circuitos teatrales en los que ha actuado esta jaca», dijo el Sr. Crummles, chasqueándole hábilmente el látigo junto a un ojo, como señal de su vieja amistad. «Es totalmente parte de nuestro grupo. Su madre trabajó en un escenario».

«¡No me diga!», respondió Nicholas.

«Comió pasteles de manzana en un circo durante catorce años», dijo el director; «disparaba con pistolas y se acostaba con un gorro de dormir. En resumen, recorrió todo el registro de la comedia ligera. Y su padre era bailarín».

«¿Y fue de alguna manera famosa?».

«No mucho», dijo el gerente. «Era más bien un tipo de jaca muy pequeña. El hecho es que originalmente la agotaban con demasiado trabajo durante el día, y nunca abandonó del todo sus viejos hábitos. Era buena para el melodrama, pero demasiado mansa... demasiado mansa. Al morir su madre, se metió en el asunto del vino de Oporto».

«¡El asunto del vino de Oporto!», exclamó Nicholas.

«Sí, se puso a beber vino de Oporto con el payaso», dijo el director, «pero era una tragona, y una noche rompió de una mordida el borde del vaso y se atragantó, de modo que al final la mató su propia ordinariez».

Puesto que el descendiente de aquel malhadado animal requería creciente atención por parte del Sr. Crummles en la medida que avanzaba en su jornada laboral, este caballero no pudo seguir conversando, y de ese modo Nicholas se vio libre y pudo dedicarse a sus propios pensamientos hasta que llegaron al puente levadizo de Portsmouth, momento en que el Sr. Crummles detuvo el coche.

«Nos bajaremos aquí», dijo el director, «y los chicos lo llevarán al establo, y traerán el equipaje a mis aposentos. Mejor deje que también le lleven el suyo allá por el momento».

Luego de agradecerle al Sr. Vincent Crummles su servicial ofrecimiento, Nicholas bajó de un salto y, dándole el brazo a Smike, acompañó al director, que subía por High Street camino al teatro, sintiéndose bastante nervioso e incómodo ante la perspectiva de su ingreso inmediato a un campo tan nuevo para él.

Pasaron frente a muchos carteles que, pegados en las paredes o exhibidos en los escaparates, anunciaban con grandes letras de imprenta los nombres del Sr. Vincent Crummles, la Sra. de Vincent Crummles, Crummles, hijo, P. Crummles, hijo y la Srta. Crummles, y todo lo demás en letras muy pequeñas. Entrando finalmente por una callejuela que rezumaba un fuerte olor a cáscaras de naranjas y aceite de lámpara, con una reminiscencia de aserrín, avanzaron a tientas por un pasaje oscuro y, descendiendo uno o dos escalones, fueron abriéndose paso por entre un laberinto de bastidores de lienzo y latas de pintura, y desembocaron en el escenario del Teatro de Portsmouth.

«Llegamos», dijo el Sr. Crummles.

No había mucha luz, pero Nicholas fue a dar cerca de la primera entrada por el lado del apuntador, entre paredes desnudas, escenografías polvorientas, nubes enmohecidas, cortinajes muy manchados y pisos sucios. Miró a su alrededor: techo, platea, palcos, gallinero, patio de butacas, accesorios y adornos de todo tipo... todos parecían toscos, fríos, oscuros y miserables.

«¿Esto es un teatro?», susurró Smike, con asombro. «Yo pensé que era una cosa brillante y con muchas galas».

«Pues así es», respondió Nicholas, apenas menos sorprendido, «pero no de día, Smike... no de día».

La voz del director lo sacó de su atenta inspección del edificio, y llamó su atención sobre el lado opuesto del proscenio, donde, sobre una mesita de caoba de patas desvencijadas y forma oblonga, estaba sentada una mujer gorda y maciza, de unos cuarenta o cincuenta años, vestida con una túnica de seda deslustrada, con la cofia sujeta a la mano mediante unas cintas, y cuyos cabellos (de los que tenía gran cantidad) caían trenzados en un gran festón sobre cada sien.

«Sr. Johnson», dijo el director (pues Nicholas había dado el nombre que Newman Noggs le endilgara en su conversación con la Sra. Kenwigs) «permítame presentarle a mi señora».

«Mucho gusto, señor», dijo la Sra. de Vincent Crummles con voz sepulcral. «Me alegra mucho verle, y aún más saludarlo como joven promesa de nuestro equipo».

Y mientras se dirigía a él en esos términos, la dama estrechó la mano de Nicholas. Él se había dado cuenta de que la mano era grande, pero no esperaba un apretón tan férreo como aquel con el que ella lo honró.

«Y este», dijo la dama, cruzando en dirección a Smike, tal como cruzan el escenario las actrices dramáticas obedeciendo una indicación escénica, «este es el otro. Sea bienvenido también usted, señor».

«Creo que él nos va a venir muy bien; ¿qué opinas, querida?», dijo el director, tomando una pizca de rapé.

«Es fantástico», respondió la dama. «Una verdadera adquisición, ya lo creo».

Cuando la Sra. de Vincent Crummles volvió a cruzar en dirección a la mesa, saltó al escenario desde algún misterioso escondrijo una chicuela con un sucio vestido blanco con alforzas que le llegaba hasta la rodilla, pantalones cortos, sandalias, una chaquetilla blanca, corta y ceñida, una cofia rosada de gasa, velo verde y papelillos en el pelo, que hizo una pirueta, amagó dos veces con sus puños al aire, hizo otra pirueta y luego, girando hacia el

extremo opuesto chilló, dio un salto hacia delante hasta llegar a quince centímetros de las luces, y cayó en una bella actitud de terror en el momento en que un caballero desharrapado, con un par de zapatillas de piel de ante, entró deslizándose impetuosamente, castañeteando los dientes y moviendo amenazadoramente un bastón.

«Están ensayando el indio salvaje y la doncella», dijo la Sra. Crummles.

«¡Oh!», dijo el director, «el interludio del pequeño *ballet*. Muy bien, prosigan. Un poco más hacia acá, por favor, Sr. Johnson. Ahí está bien. ¡Ahora!».

El director dio una palmada como señal para comenzar, y el salvaje, poniéndose feroz, se deslizó en dirección a la doncella, pero la doncella lo evadió con seis rápidos giros, del último de los cuales salió caminando en puntillas. Esto pareció impresionar de algún modo al salvaje, pues, después de un poco más de ferocidad y de persecución de la doncella hasta arrinconarla, comenzó a volverse más lento, y se acarició el rostro varias veces con el pulgar derecho y los otros cuatro dedos, significando así que estaba lleno de admiración por la belleza de la doncella. Actuando por el impulso de esa pasión (el salvaje) empezó a golpearse fuertemente el pecho, y a exhibir otros indicios de estar desesperadamente enamorado, y por ser esa una acción bastante aburrida, provocó que la doncella cayera en un estado de somnolencia, y fuese o no sueño, el caso es que se cayó, tan redondita como una piedra desde lo alto de una pendiente, y al percibirlo el salvaje, se llevó a la oreja izquierda la mano izquierda, y asintió con un gesto de cabeza hacia los lados, para comunicarle a quienes pudiera interesar que ella estaba, en efecto, dormida, y no era simulación. Quedando así a su libre albedrío, el salvaje se puso a bailar, solo, y justo cuando este iba a marcharse, la doncella despertó frotándose los ojos, se bajó de la pendiente, y también bailó totalmente sola... una danza tal que el salvaje la estuvo contemplando en éxtasis todo el tiempo, y cuando hubo concluido, arrancó de un árbol cercano una curiosidad botánica parecida a una col encurtida y se la ofreció a la doncella, que al principio no quiso aceptarla. Pero cuando el salvaje empezó a derramar lágrimas, ella accedió. Entonces el salvaje saltó de júbilo, y la doncella, a su vez, saltó de éxtasis por el dulce aroma de la col encurtido. Entonces el salvaje y la doncella bailaron juntos en un frenesí y, al final, el salvaje se dejó caer sobre una rodilla, y la doncella permaneció parada sobre una sola pierna encima de la otra rodilla del salvaje. Y así concluyó el *ballet*, dejando a los espectadores en un estado de placentera incertidumbre, sobre si, a la larga, la doncella se casaría con el salvaje o regresaría con sus amigos.

«Verdaderamente muy bien», dijo el Sr. Crummles, «¡bravo!».

«¡Bravo!», exclamó Nicholas, resuelto a poner al mal tiempo buena cara. «¡Bellísimo!». «Esta, señor», dijo el Sr. Vincent Crummles, trayendo a la doncella hacia delante, «esta es la niña prodigio... la Srta. Ninetta Crummles».

«¿Hija suya?», preguntó Nicholas.

«Hija mía... hija mía», respondió el Sr. Vincent Crummles; «el ídolo donde quiera que vamos, señor. Hemos recibido cartas de felicitación sobre esta chica, señor, de la nobleza y alta burguesía de casi todas las ciudades de Inglaterra».

«No me sorprende», dijo Nicholas, «debe tener una genialidad natural».

«¡Dice usted una...!», el Sr. Crummles se detuvo. El lenguaje no era suficientemente poderoso para describir a la niña prodigio. «Le diré una cosa, señor», dijo; «el talento de esta chica nadie se lo imagina. Hay que verla, señor... verla... para valorarlo aunque sea muy vagamente. Como lo oye. Ve con tu madre, querida». «¿Puedo saber qué edad tiene?», preguntó Nicholas.

«Puede, señor», respondió el Sr. Crummles, mirando fijamente al rostro de quien lo interrogaba como hacen ciertos hombres cuando dudan si su interlocutor creerá o no lo que van a decir, «llene diez años, señor».

«¡Solamente!».

«Ni un día más».

«¡Ay!», dijo Nicholas, «es extraordinario».

Lo era, pues la niña prodigio, aunque de pequeña estatura, tenía un semblante relativamente avejentado y, además, había tenido exactamente esa misma edad... quizás no hasta donde llegara el recuerdo del habitante más antiguo de la región, pero sí seguramente durante los últimos cinco años cuando menos. Pero se le había obligado a no dormir de noche, y a consumir desde la infancia una cuota ilimitada de ginebra con agua para impedir que creciera demasiado, y tal vez ese método de entrenamiento había producido en la niña prodigio todos esos prodigios adicionales.

Mientras tenía lugar este breve diálogo, el caballero que había hecho el papel de salvaje se acercó, después de ponerse sus zapatos normales, y llevando las zapatillas en la mano, a una distancia de pocos pasos, como si estuviera deseoso de unirse a la conversación, y como le pareciera llegada la oportunidad, dijo su bocadillo.

«Talento hay, señor», dijo el salvaje, indicando con la cabeza en dirección a la Srta. Crummles.

Nicholas asintió.

«¡Ah!», dijo el actor, apretando los dientes e inhalando a través de ellos el aire con un sonido de siseo, «no debería estar en provincias, ¡qué va!».

«¿Qué quiere decir?», preguntó el director.

«Quiero decir», respondió el otro, cordialmente, «que es demasiado buena para escenarios de provincia, y que debería estar en uno de los grandes teatros de Londres, y en ninguna otra parte. Y le digo, sin remilgos, que si no fuera por la envidia y los celos de cierta persona que usted conoce, allá estaría. ¿Qué tal si me presenta, Sr. Crummles?».

«El Sr. Folair», dijo el director, presentándolo a Nicholas.

«Encantado de conocerlo, señor». El Sr. Folair se tocó el borde del sombrero con el dedo índice, y después le dio la mano. «Tengo entendido que ha sido usted reclutado». «Un recluta indigno», respondió Nicholas.

«¿Vio alguna vez un montaje como ese?», susurró el actor, llevándose lo de allí en el momento en que Crummles los abandonaba para hablar con su esposa.

«¿Como cuál?».

El Sr. Folair exhibió un rostro cómico de su colección de pantomimas y señaló por encima del hombro.

«¿No se referirá usted a la niña prodigio?».

«Niña farsante, señor», respondió el Sr. Folair. «No hay una niña de inteligencia común en cualquier escuela de caridad que no pudiera hacerlo mejor. Puede darle gracias a su suerte por haber nacido hija de director».

«Parece tomárselo usted muy a pecho», observó Nicholas, con una sonrisa.

«Sí, por Júpiter, y no por gusto», dijo el Sr. Folair, entrelazando su brazo con el de Nicholas y paseándolo arriba y abajo por el escenario. «¿Acaso no basta, para irritar a un hombre, ver cómo ponen a esa mariposita nocturna en el mejor espectáculo cada noche, permitiendo en realidad que el teatro pierda dinero con tal de hacérsela tragar a la gente, mientras que a otros se los pasa por alto? ¿Acaso no resulta extraordinario ver cómo el condenado engreimiento de esta familia puede cegar a un hombre al punto de actuar en contra de sus propios intereses? Tome, yo sé que quince chelines y seis peniques vinieron desde Southampton una noche del mes pasado para verme a mí bailar la danza escocesa, ¿y qué ocurrió? Nunca me han vuelto a dar ese papel... ni una sola vez... mientras que la “niña prodigio” se pasa la noche entera sonriendo, entre las flores artificiales, a un total de cinco personas y un bebé en la platea, y dos chicos en el gallinero».

«Si puedo juzgar por lo que le he visto hacer», dijo Nicholas, «usted debe ser un miembro valioso de la compañía».

«¡Oh!», respondió el Sr. Folair, golpeando una zapatilla contra la otra para sacarles el polvo, «puedo hacerlo bastante bien —quizás no haya nadie mejor en mi propia línea— pero con los negocios que uno consigue aquí, es como untarse plomo en los pies en vez de tiza, y bailar con grilletos puestos, sin recibir crédito por ello. Hola, viejo, ¿cómo estás?».

Él caballero al que iban dirigidas estas últimas palabras era un hombre de tez oscura, de hecho tirando a cetrina, con una cabellera negra, larga y espesa, y señales muy evidentes (aunque estaba afeitado muy a ras) de tener una barba dura, con pelos del mismo color oscuro. No parecía pasar de los treinta años, aunque a primera vista muchos le habrían calculado una edad mucho mayor, pues tenía el rostro alargado y muy pálido por la constante aplicación de maquillaje teatral. Vestía una camisa a cuadros, un viejo abrigo verde con botones dorados relucientes, un pañuelo de cuello de franjas anchas, rojas y verdes, y pantalones largos azules. También portaba un bastón de fresno, aparentemente más para exhibirlo que para usar, pues lo movía con el puño hacia abajo, excepto cuando lo levantaba unos pocos segundos y en posición de esgrima, dirigía una o dos estocadas hacia las tramoyas laterales, o hacia cualquier otro objeto, animado o inanimado, que se le pusiera por delante y le pareciera suficientemente inspirador.

«Bien, Tommy», dijo este caballero, esbozando una estocada contra su amigo, que la esquivó diestramente con la zapatilla, «¿qué hay de nuevo?».

«Un recién llegado, eso es todo», respondió el Sr. Folair, mirando a Nicholas.

«Hazle los honores, Tommy, hazle los honores», dijo el otro caballero, dándole golpecitos de reproche en la copa del sombrero con su bastón.

«Este es el Sr. Lenville, que actúa en nuestra primera tragedia, Sr. Johnson», dijo el mimo.

«Deberías agregar que excepto cuando al viejo “ladrillo y cemento” se le mete en la cabeza hacerlo él mismo, Tommy», observó el Sr. Lenville. «Supongo que usted sabe quién es “ladrillo y cemento”, señor».

«De veras que no lo sé», respondió Nicholas.

«Así llamamos a Crummles, porque su estilo de actuación cae más bien en el terreno de lo pesado, lento y enfático», dijo el Sr. Lenville. «Aunque no debería estar haciendo chistes, porque aquí tengo un papel de más de quinientos renglones que debo aprenderme para mañana por la noche, y

todavía no he tenido tiempo de mirarlo. Mi consuelo es que soy condenadamente rápido para memorizar».

Y dándose ánimos con esa reflexión, el Sr. Lenville sacó un manuscrito grasiento y arrugado del bolsillo de su abrigo, y después de amagar otra estocada contra su amigo, procedió a repasar el texto en silencio mientras caminaba de un lado para otro, realizando de vez en cuando acciones apropiadas que su imaginación y el texto sugirieran.

A estas alturas casi se había congregado una asamblea general de la compañía, pues además del Sr. Lenville y de su amigo Tommy, estaba presente un joven caballero delgado y miope que hacía los papeles de amante deprimido y de tenor, que venía del brazo del campesino chusco, hombre de nariz respingona, boca grande, rostro ancho y ojos saltones. Deshecho en amabilidades con la niña prodigio se encontraba un caballero entrado en años, que aunque dado a la bebida y sumido en una pobreza extrema, encarnaba la representación del viejo apacible y virtuoso. Y cortejando especialmente a la Sra. Crummles había otro caballero entrado en años, una pizca más respetable, que hacía el papel del viejo cascarrabias, uno de esos tipos graciosos que tienen sobrinos en el ejército, y que se la pasan corriendo de un lado para otro y amenazando con gruesos palos a los sobrinos para obligarlos a casarse con ricas herederas. Además de los ya nombrados, había también un individuo de aspecto andariego, vestido con un sobretodo áspero, que se paseaba arriba y abajo, delante de las candilejas haciendo molinetes con un bastón de caña, parloteando en voz baja y con gran vivacidad para diversión de un público ideal. No era ya tan joven como lo había sido, y su figura estaba más bien en decadencia, pero había en él algo de esa elegancia exagerada que distingue al héroe de la comedia bufa. Finalmente, un grupito de tres o cuatro jóvenes de recias mandíbulas y gruesas cejas conversaba en un rincón. Como eran, al parecer, de importancia secundaria, se reían y hablaban entre sí sin llamar demasiado la atención.

Las damas formaban su propio grupito en torno a la mesa desvencijada que ya habíamos mencionado. Allí estaba la Srta. Snellicci (capaz de hacer cualquier cosa, desde bailar un popurrí hasta encamar a *Lady Macbeth*, y que siempre representaba algún papel vestida con ceñidos calzones de seda azul, atados a la altura de la rodilla, cuando la recaudación iba a ella, y que contemplaba a Nicholas desde las profundidades de su cofia de paja en forma de cubo de carbón, fingiendo estar absorta en contarle una divertida historia a su amiga, la Srta. Ledrook, que había traído su labor, y que, con la mayor naturalidad, estaba confeccionando una gorguera). La Srta. Belvawney —que

casi nunca conseguía papeles en los que hubiera que hablar, y que habitualmente interpretaba a un paje de medias de seda blancas, que contemplaba, inmóvil, a los espectadores con una pierna cruzada sobre la otra, o que perseguía al Sr. Crummles cuando este entraba o salía de escena en las tragedias clásicas— le hacía ahora bucles a la hermosa Srta. Bravassa, que una vez posó para que un aprendiz de grabador le hiciera un retrato caracterizada como su personaje, grabados que se exhibían para su venta, colgados en el escaparate de la dulcería, en la verdulería, en la biblioteca de préstamos y en la taquilla cada vez que los carteles anunciaban la noche anual de esta señorita. Estaba la Sra. Lenville, tocada con desmayada cofia y flácido velo, decididamente del modo en que desearía estar si en verdad amase al Sr. Lenville. Estaba la Srta. Gazingi, que azotaba en broma al Sr. Crummles, hijo, con las puntas de una boa de armiño de imitación que llevaba atada con suavidad al cuello. Por último, estaba la Sra. Grudden con una pelliza de tela marrón y una cofia de castor, que ayudaba a la Sra. Crummles en las cuestiones domésticas, recaudaba el dinero en la taquilla, vestía a las damas, barría la casa, sostenía el libro del apuntador cuando todos los demás estaban en el escenario para la última escena, representaba cualquier papel en cualquier emergencia sin jamás aprendérselo, y aparecía en los carteles con cualquier nombre o nombres que al parecer del Sr. Crummles se verían bien en letra de imprenta.

Después de que el Sr. Folair le confiara estos detalles a Nicholas, lo abandonó para mezclarse con sus pares. La labor de presentaciones personales fue completada por el Sr. Vincent Crummles, quien anunció públicamente al nuevo actor como un prodigio del genio y del conocimiento.

«Perdón», dijo la Srta. Snellicci, deslizándose en dirección a Nicholas, «pero ¿actuó usted alguna vez en Canterbury?».

«Jamás», respondió Nicholas.

«Recuerdo haber conocido a un caballero en Canterbury», dijo la Srta. Snellicci, «lo vi solo unos instantes, pues yo me disponía a abandonar la compañía cuando él ingresó, pero se parecía tanto a usted que casi me hubiera atrevido a asegurar que eran la misma persona».

«Esta es la primera vez que la veo, señorita», prosiguió Nicholas con la debida galantería. «Estoy seguro de que nunca antes la vi, pues no habría podido olvidarla».

«Oh, claro... me lisonjea usted», replicó la Srta. Snellicci con una elegante inclinación. «Mirándolo bien, ahora me doy cuenta de que el

caballero de Canterbury no tenía esos ojos... ¿le parece que soy muy tonta por fijarme en tales cosas, verdad?».

«En absoluto», dijo Nicholas. «¿Cómo iba a sentirme, sino en extremo halagado por su observación?».

«¡Oh!, ¡qué vanidosos son los hombres!», exclamó la Srta. Snellicci. Y, mostrando gran turbación, sacó su pañuelito de un bolso de seda rosada, descolorido y con agarradera dorada, y llamó a la Srta. Ledrook:

«Led, querida», dijo la Srta. Snellicci.

«Vaya, ¿qué ocurre?», dijo la Srta. Ledrook.

«No es el mismo».

«¿No es el mismo qué?».

«Canterbury... sabes a qué me refiero. ¡Ven aquí! Quiero hablar contigo».

Pero la Srta. Ledrook no fue adonde estaba la Srta. Snellicci, de modo que la Srta. Snellicci se vio obligada a ir adonde la Srta. Ledrook, cosa que hizo dando saltitos de un modo totalmente fascinante, mientras que la Srta. Ledrook evidentemente se burlaba de manera abierta de la Srta. Snellicci por haberse impresionado con Nicholas, pues después de algunos susurros juguetones, la Srta. Snellicci golpeó muy duro a la Srta. Ledrook en el dorso de las manos y se alejó, en un estado de complacida confusión.

«Damas y caballeros», dijo el Sr. Vincent Crummles, que había estado escribiendo sobre un trozo de papel, «el llamamiento para *Lucha mortal* será mañana a las diez; todos listos para la misa. En cuanto a *Intriga* y a *Vías y medios*, todos ustedes se las saben bien, así que solo necesitaremos un ensayo. Todos a las diez, por favor».

«Todos a las diez», repitió la Sra. Grudden, mirando en derredor.

«El lunes por la mañana leeremos una nueva obra», dijo el Sr. Crummles; «aún no sabemos el nombre, pero todos tendrán un buen papel. El Sr. Johnson se encargará de eso».

«¡Hey...!», dijo Nicholas, sobresaltado, «yo...».

«El lunes por la mañana», repitió el Sr. Crummles, alzando la voz para ahogar la protesta del desafortunado Sr. Johnson, «Eso es todo, damas y caballeros».

Las damas y los caballeros no necesitaron un segundo aviso para retirarse, y en pocos minutos el teatro quedó desierto, salvo por la presencia de la familia Crummles, Nicholas y Smike.

«Le doy mi palabra», dijo Nicholas, llevándose a un lado al director, «de que no creo que pueda estar listo para el lunes».

«Bah, bah», respondió el Sr. Crummles.

«Pero realmente no puedo», insistió Nicholas, «mi inventiva no está acostumbrada a estas exigencias, de lo contrario hubiera podido producir...».

«¡Inventiva! ¿Qué demonios tiene eso que ver con esto?», exclamó el director, acalorándose.

«Todo, mi querido señor».

«Nada, mi querido señor», replicó el director con evidente impaciencia. «¿Entiende usted francés?».

«Perfectamente bien».

«Muy bien», dijo el gerente, abriendo un escritorio, y sacando de él un rollo de papel para Nicholas. «Tenga, límitese a escribir eso en inglés, y ponga su nombre debajo del título. Que me parta un rayo», dijo el Sr. Crummles, enojado, «si no he dicho mil veces que no contrataría más en la compañía ni hombres ni mujeres que no dominaran esa lengua para que pudieran aprenderse la letra directo del original y actuarla en inglés, y así ahorrarme todos estos problemas y gastos».

Nicholas sonrió y se metió la obra en el bolsillo.

«¿Dónde piensa usted alojarse?», preguntó el Sr. Crummles.

Nicholas no pudo evitar pensar que, para ser la primera semana, era una ventaja inaudita disponer de un catre en la platea, pero se limitó a observar que no había pensado en eso.

«Entonces venga a casa conmigo», dijo el Sr. Crummles, «y mis chicos irán con usted después de la cena para mostrarle el sitio más adecuado».

No podía rechazarse tal ofrecimiento: Nicholas y el Sr. Crummles dieron, ambos, un brazo a la Sra. Crummles, y echaron a andar calle abajo formando un majestuoso haz. Smike, los chicos y la niña prodigio se encaminaron a casa por un atajo, y la Sra. Grudden se quedó atrás para comer en la taquilla un estofado irlandés frío con una pinta de cerveza negra.

La Sra. Crummles marchaba sobre el pavimento como si friera camino de su inminente ejecución animada por la convicción de su inocencia y esa fortaleza heroica que solo la virtud puede inspirar. Por su parte, el Sr. Crummles adoptó la mirada y el andar de un déspota recalcitrante, pero tan pronto como percibieron que comenzaban a llamar la atención de muchos transeúntes, y oyeron susurrar «¡el Sr. y la Sra. Crummles!», o vieron a un chicuelo correr detrás de ellos para mirarles el rostro, la severa expresión de sus semblantes se relajó, y sintieron que eso era popularidad.

El Sr. Crummles vivía en la Calle Saint Thomas, en la casa de un tal Bulph, piloto de navío. Dicha vivienda exhibía una puerta color verde barco, marcos de ventana de igual color, y mostraba en el estante de la repisa del

salón el meñique de un ahogado, junto con otras curiosidades marítimas y naturales. También exhibía un picaporte de bronce, una chapa de bronce y un llamador de campana también de bronce, todos ellos muy pulidos y relucientes. Y en el traspatio había un mástil con una veleta encima.

«Sea bienvenido», dijo el Sr. Crummles, volviéndose hacia Nicholas cuando llegaron a la habitación delantera del primer piso, con sus ventanas saledizas.

Nicholas respondió con una reverencia, y se sintió genuinamente contento al ver que ponían el mantel.

«Solo tenemos una pierna de cordero con salsa de cebollas», dijo la Sra. Crummles con la misma voz de ultratumba; «pero aunque sea esa toda nuestra humilde cena, le rogamos que la comparta con nosotros».

«Es usted muy amable», respondió Nicholas, «le tomaré ampliamente la palabra».

«Vincent», dijo la Sra. Crummles, «¿qué hora es?».

«Cinco minutos pasados de la hora de la cena», dijo el Sr. Crummles.

La Sra. Crummles hizo sonar la campana. «Que aparezcan el cordero y la salsa de cebollas».

El esclavo que servía a los inquilinos del Sr. Bulph desapareció, y tras un breve lapso reapareció con el banquete festivo. Nicholas y la niña prodigio se sentaron frente a frente, en una mesita auxiliar, y Smike y los Crummles, hijos, cenaron sobre el sofá-cama.

«¿Es muy aficionada al teatro la gente aquí?», preguntó Nicholas.

«No», respondió el Sr. Crummles, sacudiendo la cabeza, «ni mucho menos... ni mucho menos».

«Los compadezco», observó la Sra. Crummles.

«Yo también», dijo Nicholas, «si no aprecian el entretenimiento teatral de calidad».

«No lo aprecian en absoluto, señor», prosiguió el Sr. Crummles. «En la fruición de beneficio de la niña, el año pasado, ocasión en la que presentó tres de sus personajes más populares, y también hizo *El puercoespín feérico*, en la versión original creada por ella misma, la recaudación no pasó de cuatro libras y doce chelines».

«¿Cómo es posible?», exclamó Nicholas.

«Y de esa suma, dos libras eran a crédito, papá», dijo el prodigio.

«Y de esa suma, dos libras eran a crédito», repitió el Sr. Crummles. «La propia Sra. Crummles ha actuado por mera calderilla».

«Pero eso sí, siempre es un público encantador, Vincent», dijo la esposa del director.

«El público casi siempre lo es cuando se le ofrece una buena actuación — de verdad una buena actuación— lo auténticamente bueno», respondió el Sr. Crummles, enérgicamente.

«¿Usted imparte clases, señora?», preguntó Nicholas.

«Sí», dijo la Sra. Crummles.

«Supongo que aquí no hay enseñanza».

«En el pasado», dijo la Sra. Crummles, «tuve alumnos aquí. Enseñé a la hija de un comerciante en aprovisionamiento de buques. Pero luego se supo que cuando comenzó a estudiar conmigo ya estaba loca. Fue muy extraordinario que en esas condiciones viniera a verme para tomar clases».

Por no estar muy seguro de ello, Nicholas pensó que sería mejor permanecer callado.

«Déjeme ver», dijo el director, meditando tras la cena. «¿Le gustaría hacer algún buen papelito con la niña?».

«Es usted muy amable», respondió Nicholas apresuradamente, «pero creo que mejor sería trabajar primero con alguien de mi propia categoría, por si acaso resulto muy torpe. Así quizás me sentiría más cómodo».

«Verdad», dijo el director. «Posiblemente lo hagamos así, y quizá con el tiempo llegue a actuar con la niña, quién sabe».

«Claro», respondió Nicholas, con la más ferviente esperanza de que pasase mucho tiempo antes de que lo honrasen con esa distinción.

«Entonces le diré lo que haremos», dijo el Sr. Crummles. «Cuando termine con esa obra... dicho sea de paso, no olvide incluir la bomba y las tinas... usted se va a aprender el personaje de Romeo... Julieta será la Srta. Snevellicci; la vieja Grudden, la nodriza. Sí, cuadrará perfecto. Y también apréndase el personaje de Rover... podría sumar a Rover mientras tanto, y a Cassio, y a Jeremy Diddler. Los puede hacer fácilmente a todos, pues un papel contribuye muchísimo al otro. Aquí los tiene, hasta con los pies de entrada».

Y con estas apresuradas indicaciones el Sr. Crummles arrojó varios libretos en las temblorosas manos de Nicholas, y tras pedirle a su hijo mayor que lo acompañará para mostrarle dónde podía hallar alojamiento, estrechó su mano y le dio las buenas noches.

Los apartamentos amueblados y cómodos no escasean en Portsmouth, y no hay dificultades para hallar alguno adecuado a muy magras finanzas. Pero los primeros que vieron eran demasiado buenos, y los segundos demasiado

malos, y entraron en tantas casas de las que luego salieron insatisfechos, que Nicholas empezó seriamente a pensar que, después de todo, se vería obligado a pedir permiso para pasar la noche en el teatro.

Sin embargo, en una de esas dieron con dos pequeñas habitaciones en un tercer piso, al último de los cuales había que subir por una escala, en la tienda de un vendedor de tabaco, en Common Hard, una sucia calle que conducía a los muelles. Nicholas las tomó con suma alegría porque logró escapar a cualquier exigencia de pago de una semana de alquiler por adelantado.

«¡Pues sí señor!, deja ahí los bártulos, Smike», dijo después de acompañar al joven Crummles de vuelta escaleras abajo. «Vivimos tiempos extraños, y solo Dios sabe cuándo terminarán. Pero estoy agotado por los acontecimientos de los últimos tres días, así que pospondré las reflexiones hasta mañana... si puedo».

CAPÍTULO 24

SOBRE GRANDES TRATATIVAS A FIN DE CONSEGUIR PADRINOS PARA LA SRTA. SNEVELUCCI, Y EL DEBUT DE NICHOLAS EN LOS ESCENARIOS

Nicholas estaba en pie temprano en la mañana. Sin embargo, apenas había comenzado a vestirse cuando oyó pasos que subían los peldaños, y ahora lo saludaban las voces del Sr. Folair, el mimo, y el Sr. Lenville, el trágico.

«¡Público, público, público!», exclamó el Sr. Folair.

«¡Oiga! ¡Allá dentro!», dijo el Sr. Lenville, con voz profunda.

¡Maldita sea!, pensó Nicholas, me imagino que vinieron a desayunar. «Abro enseguida, esperen un instante».

Los caballeros lo exhortaron a no apresurarse, y para entretenerse durante el intervalo, entablaron un duelo a espada con sus bastones en el minúsculo descanso de la escalera, para inenarrable desconcierto de los demás inquilinos de los pisos de abajo.

«Vaya, entren ya», dijo Nicholas cuando hubo terminado de vestirse. «Por todos los demonios, no hagan ese ruido ahí afuera».

«Este es un cajoncito particularmente cómodo», dijo el Sr. Lenville al entrar en la habitación delantera, quitándose el sombrero desde antes de poder entrar. «Peligrosamente cómodo».

«Para un hombre quisquilloso en estos asuntos podría ser una pizca demasiado ajustado», dijo Nicholas, «porque aunque indudablemente es muy cómodo poder alcanzar todo lo que se desee, encuéntrese en el techo o en el suelo, o en cualquier rincón de la pieza, sin tener que moverse de la silla, de todas formas esas ventajas solo pueden disfrutarse en un apartamento del tamaño más limitado».

«Para un soltero no es tan pequeño», replicó el Sr. Lenville. «Eso me recuerda... a mi esposa, Sr. Johnson... espero que tenga un buen papel en esa obra suya». «Anoche le eché una ojeada a la copia francesa», dijo Nicholas. «Me parece muy buena».

«¿Y qué piensa hacer por mí, amigo mío?», preguntó el Sr. Lenville, atizando el fuego moribundo con el bastón, y limpiando después este con el faldón del abrigo. «¿Hay algún personaje rezongón y malgenioso?».

«Usted echa de la casa a su esposa y a su hija», dijo Nicholas, «y en un ataque de rabia y de celos apuñala a su hijo mayor en la biblioteca».

«¡No me diga que hago eso!», exclamó el Sr. Lenville. «Ese argumento es buenísimo». «Después de lo cual», dijo Nicholas, «lo persigue el remordimiento hasta el último acto, y entonces usted se decide a acabar con su vida. Pero justo cuando se está llevando la pistola a la cabeza, un reloj da... las diez».

«Ya veo», exclamó el Sr. Lenville. «Muy bien».

«Usted hace una pausa», dijo Nicholas, «recuerda haber oído un reloj dar la diez en su infancia. La pistola se le cae de la mano... está vencido... rompe a llorar, y se convierte en un personaje virtuoso y ejemplar por siempre jamás».

«¡Estupendo!», dijo el Sr. Lenville; «esa es una carta de triunfo, una carta de triunfo. Si usted baja el telón con un golpe de naturaleza como ese, tiene asegurado un éxito arrollador».

«¿Hay algo bueno para mí?», preguntó el Sr. Folair con ansiedad.

«Déjeme ver», dijo Nicholas. «Usted hace el papel del sirviente fiel y afectuoso. A usted lo echan junto con la esposa y la hija».

«Siempre de pareja con ese prodigio infernal», suspiró el Sr. Folair, «y vamos a alojarnos en un lugar muy pobre, donde no cobraré salario alguno, y mis parlamentos serán muy sentimentales, me imagino».

«Pues... sí», respondió Nicholas, «ese es el nudo de la obra».

«Le advierto que tendré que bailar algo», dijo el Sr. Folair. «Tendrá que introducir una danza para el prodigio, así que trate de que sea un *pas de deux*, para ahorrar tiempo».

«Nada más fácil que eso», dijo el Sr. Lenville, al observar lo perturbado que parecía el joven dramaturgo.

«Les juro que no sé cómo hacerlo», prosiguió Nicholas.

«¿Cómo? ¿Acaso no resulta obvio?», razonó el Sr. Lenville. «Recórcholis, ¡Pero será posible! ¿Cómo que no sabe hacerlo...? ¡Me sorprende usted! Ponga a la dama angustiada y a la niña, y al sirviente fiel en un alojamiento muy pobre, ¿no...? Bien, pues oiga esto. La dama angustiada se derrumba en una butaca, y hunde el rostro en su pañuelito... “¿Por qué lloras, mamá?”, dice la niña. “No llores, mamá, ¡o me vas a hacer llorar a mí también!”. “¡Y a mí también!”, dice el sirviente fiel, frotándose los ojos con el brazo. “¿Qué

podemos hacer para levantarte el ánimo, querida mamá?”, dice la niña. “Sí, ¿qué podemos hacer?”, dice el sirviente fiel. “Oh, Pierre”, dice la dama angustiada, “¿acaso crees que puedo desembarazarme de estos dolorosos pensamientos...?”. “Inténtelo, señora, inténtelo”, dice el sirviente fiel; “anítese, señora, distráigase...”. “Eso haré”, dice la dama, “aprenderé a padecer con entereza. ¿Recuerdas aquella danza, honrado amigo, que en días más felices practicabas con este dulce ángel? En aquel entonces nunca dejó de traer paz a mi espíritu. ¡Oh! ¡Déjenme disfrutarla una vez más antes de morir...!”. Eso es... El pie de entrada para la orquesta es “antes de morir...” y allá van. Así es como se hace siempre, ¿no es verdad, Tommy?».

«Así mismo», respondió el Sr. Folair. «La dama angustiada, abrumada por los viejos recuerdos, se desmaya al final de la danza, y entonces usted congela la escena en un cuadro».

Aprovechando esas y otras lecciones que eran resultado de la experiencia personal de los dos actores, Nicholas les ofreció, encantado, el mejor desayuno que pudo, y cuando al final pudo deshacerse de ellos, se aplicó a su tarea, muy complacido de descubrir que era muchísimo más fácil de lo que había supuesto al principio. Trabajó muy duro todo el día y hasta el anoecer no abandonó su habitación para dirigirse al teatro, adonde ya antes se había encaminado Smike para ir con otro caballero, a modo de desobediencia general.

Allí todas las personas habían cambiado tanto que apenas las reconoció. Cabellos postizos, colores postizos, pantorrillas postizas, músculos postizos... se habían convertido en otros seres. El Sr. Lenville era un gallardo guerrero de las más exquisitas proporciones; el Sr. Crummles, con su largo rostro sombreado por profusos cabellos negros, un forajido de las montañas de Escocia, del más majestuoso porte; uno de los viejos caballeros se había convertido en carcelero, y el otro en venerable patriarca; el campesino cómico era un valeroso caballero aligerado por un toque de humor; cada uno de los Crummles, hijos, un príncipe de sangre; y el amante deprimido un cautivo abrumado por la pena. Para el tercer acto se preparó un espléndido banquete consistente en dos vasos de cartón, un plato de galletas, una botella negra, y una vinagrera. En resumen, todo estaba hecho a una escala que ponía de manifiesto un exuberante esplendor y los más cuidadosos preparativos.

Nicholas estaba de pie, de espaldas al telón, contemplando el decorado de apertura —una arcada gótica, a lo menos medio metro más baja que la estatura del Sr. Crummles, quien debía pasar por debajo para hacer su primera aparición. Escuchaba a un par de personas cascar nueces en la galería y se

estaba preguntando si ese sería todo el público, cuando el propio director se le acercó con familiaridad para platicar con él. «¿Ha estado ahí delante esta noche?», dijo el Sr. Crummles.

«No», respondió Nicholas, «todavía no. Voy a ver la obra».

«Tuvimos un lleno bastante bueno», dijo el Sr. Crummles. «Cuatro butacas delanteras en platea, y todo el palco de proscenio».

«¡Oh, no me diga!», dijo Nicholas, «supongo que se trata de una familia».

«Sí», respondió el Sr. Crummles, «sí. Es algo enternecedor. Hay seis niños, y estos jamás vienen, a no ser que actúe el prodigio».

Habría sido difícil para cualquiera —familia u otra entidad— visitar el teatro una noche en la que el prodigio no apareciese, en tanto ella siempre actuaba en algún papel, y no era raro que algunas noches representara dos o tres disantos. Pero, por solidaridad con los sentimientos del padre, Nicholas se abstuvo de insinuar esa circunstancia intranscendente, y el Sr. Crummles siguió hablando sin que él lo interrumpiera.

«Seis», dijo ese caballero; «papá y mamá ocho, la tía nueve, la institutriz diez, abuelo y abuela doce. Además está el lacayo, que permanece de pie afuera, con un bolso de naranjas y un jarro de agua con tostadas, y ve la obra gratis a través del cristal de la puerta del palco... todo por una guinea; barato. Salen ganando al reservar un palco». «Me pregunto por qué admite a tantos», observó Nicholas.

«No se puede hacer nada», respondió el Sr. Crummles, «En el campo siempre pasa eso. Si hay seis niños, vienen seis adultos para cargarlos en las piernas. En un palco familiar siempre se mete el doble de personas. Toque la campana para la orquesta, Grudden».

Esa útil mujer hizo lo que se le pidió, y poco después se oyeron tres violines afinándose. Después de que este proceso se hubiera prolongado tanto tiempo como se suponía que la paciencia del público fuera capaz de resistir, se le puso fin mediante otro halón de la cuerda de la campana, que por ser la señal para comenzar de veras, hizo que la orquesta se pusiera a tocar una selección de melodías populares con variaciones involuntarias.

Si Nicholas se había asombrado con la mejoría que exhibían los caballeros, la transformación de las damas fue todavía más extraordinaria. Al contemplar, desde un cómodo rincón del palco del director, a la Srta. Snellicci en toda la gloria de sus muselinas blancas orladas en oro, y a la Sra. Crummles en toda su dignidad de esposa del forajido, y a la Srta. Bravassa en toda su dulzura de confidente de la Srta. Snellicci, y a la Srta. Belvawney engalanada con las blancas sedas de un paje que cumplía a diestra

y siniestra con su deber jurando vivir y morir al servicio de todo el mundo, apenas podía Nicholas contener su admiración, que se testimonió con un gran aplauso y la más concentrada atención en todo lo que ocurría en escena. La trama era interesantísima. No se relacionaba con época, pueblo o país algunos, y quizás por ello era tanto más deliciosa, pues nadie tenía información previa que le permitiera atisbar un mínimo destello de lo que ocurriría. Un forajido había llevado a cabo una acción muy exitosa en alguna parte, y regresaba triunfante a casa, con fondo sonoro de gritos y violines, para saludar a su esposa —una dama de mente masculina, que hablaba mucho de los huesos de su padre, que al parecer permanecían insepultos, aunque no podía saberse si era por un gusto peculiar de parte del propio anciano caballero, o por el censurable abandono de sus parientes. La esposa de este forajido estaba, de un modo u otro, mezclada en algo con un cierto patriarca que vivía en un castillo muy lejano, patriarca este que era el padre de varios de los personajes, pero no sabía exactamente de cuáles, y no estaba seguro de haber criado en su castillo a los apropiados o a los erróneos, pero se inclinaba más bien a esta última opinión, y por estar preocupado con el asunto, decidió distraer su mente con un banquete, en el transcurso de cuya solemnidad alguien vestido con una capa dijo «¡cuidado!», y nadie (salvo el auditorio) sabía quién era ese alguien, que era el propio forajido, llegado allí por motivos que no se explicaron, pero posiblemente con la vista puesta en la herencia. Hubo una sorpresita agradable en la forma de ciertos pasajes de amor entre el cautivo abatido y la Srta. Snellicci, y el guerrero cómico y la Srta. Bravassa, aparte de lo cual el Sr. Lenville protagonizó varias escenas muy trágicas en la oscuridad mientras se lanzaba en asaltos de degollina, todos los cuales fueron frustrados por la habilidad y la valentía del guerrero cómico (que, por casualidad, oía cualquier cosa que se dijera a lo largo de toda la obra) y la intrepidez de la Srta. Snellicci, quien se puso un traje de malla y así vestida se encaminó a la prisión de su amante cautivo con una cestita de vituallas y un farol con una luz mínima. Al fin se supo que el patriarca era el hombre que había tratado con tanta falta de respeto los huesos del suegro del forajido, razón y motivo por los cuales la esposa del forajido se encaminó a su castillo para matarlo, y entonces se metió en una habitación oscura, en la que, tras muchos tanteos en la oscuridad, cada cual agarró a cada uno de los demás, pero siempre tomándolos por otras personas, lo cual ocasionó una vasta cantidad de confusión, con algunos disparos de pistolas, pérdidas de vida, y luces de antorchas; tras lo cual el patriarca avanzó hacia delante, y tras indicar, con una mirada astuta, que ahora lo sabía todo sobre

sus hijos y así se lo haría saber en cuanto entraran, dijo que no podría haber una ocasión más apropiada que aquella para casar a los jóvenes, y por eso unió sus manos, con el pleno consentimiento del paje infatigable, que (por ser el único otro superviviente) apuntó con su gorra hacia las nubes, y con su mano derecha en dirección a la tierra, con lo cual invocó una bendición y dio el pie para que cayera el telón, cosa que aconteció en medio del aplauso general.

«¿Qué le ha parecido?», preguntó el Sr. Crummles, cuando Nicholas volvió al escenario. El Sr. Crummles estaba muy sonrojado y acalorado, pues los forajidos son tipos muy gritones.

«Creo que en verdad fue estupendo», respondió Nicholas; «en particular la Srta. Snellicci estuvo extraordinariamente bien».

«Ella es un genio», dijo el Sr. Crummles; «todo un genio, esa chica. He estado pensando que sería bueno, la noche de ella, estrenar la obra que usted está preparando».

«¿Cuándo?», preguntó Nicholas.

«La noche reservada para ella. La noche de su función de beneficio, cuando sus amigos y patrocinadores compran la función», dijo el Sr. Crummles.

«¡Oh!, ya comprendo», respondió Nicholas.

«Verá usted», dijo el Sr. Crummles, «en una ocasión como esa seguramente será un éxito, pero incluso si no funcionara tan bien como esperamos, bueno, pues entonces el riesgo será de ella, y no nuestro».

«De usted, querrá decir», dijo Nicholas.

«Dije mío, ¿no?», replicó el Sr. Crummles. «El lunes de la semana próxima. ¿Qué me dice? Mucho antes de ese momento ya la habrá terminado, y con seguridad usted hará el papel del amante».

«No estoy seguro en lo que respecta a “mucho antes”, pero cuando llegue ese momento creo que puedo comprometerme a estar listo».

«Muy bien», prosiguió el Sr. Crummles, «entonces, asunto resuelto. Ahora bien, deseo preguntarle otra cosa. Hay que hacer un poco... ¿cómo llamarlo...? en estos casos se hace un poco de sollicitación».

«Supongo que será entre los patrocinadores», dijo Nicholas.

«Entre los patrocinadores. Y el hecho es que la Snellicci ha tenido tantas funciones de beneficio en este sitio que es preciso idear algo especialmente atractivo. Tuvo función de beneficio por la muerte de su suegra, y otra más cuando murió su tío. Y la Sra. Crummles y yo hemos tenido funciones de beneficio por el cumpleaños del prodigio y por nuestro

aniversario de bodas y otras ocasiones de ese tipo, de modo que, de hecho, ahora no nos resulta fácil organizar una buena velada. ¡A ver! ¿No ayudará usted a esa pobre chica, Sr. Johnson?», dijo Crummles, sentándose sobre un tambor, y tomando una considerable cantidad de rapé con la vista fija en el rostro de Nicholas.

«¿Qué quiere usted decir?», agregó Nicholas.

«¿No cree que pueda dedicar media hora, mañana temprano, a visitar con ella las casas de una o dos de las personas más notables?», murmuró el director en tono persuasivo.

«¡Oh, ay!», dijo Nicholas, con un aire de objeción muy fuerte, «no me gustaría hacer eso».

«La niña los acompañará», dijo el Sr. Crummles. «En cuanto me lo sugirieron, le di permiso a la niña para que vaya. No habrá la menor incorrección... la Srta. Snellicci, señor, es la honorabilidad personificada. Prestaría usted un servicio muy efectivo... el caballero de Londres... autor de la nueva obra... actor en la nueva obra... se presenta por primerísima vez en las tablas... eso propiciaría un gran beneficio, Sr. Johnson».

«Lamento mucho defraudar las expectativas de alguien, y más aún las de una dama», respondió Nicholas, «pero lo cierto es que objeto de la manera más concluyente ser incluido en la partida de solicitud».

«¿Qué dice el Sr. Johnson, Vincent?», preguntó una voz cercana a su oreja; y, al volverse, halló a la Sra. Crummles y a la propia Srta. Snellicci de pie detrás de él.

«Él tiene algunas objeciones, querida», respondió el Sr. Crummles, mirando a Nicholas.

«¡Objeción!», exclamó la Sra. Crummles. «¿Acaso es posible?».

«¡Oh, espero que no!», exclamó la Srta. Snellicci. «Con toda seguridad usted no puede ser tan cruel... oh, ¡ay...! Bien, yo... la idea de que pudiera ocurrir algo así, después de haberse una ilusionado...».

«El Sr. Johnson cederá, querida», dijo la Sra. Crummles. «En vez de hacer suposiciones, deberías tenerlo en mejor concepto. Galantería, humanidad, todos los mejores sentimientos de su naturaleza deben alistarse en esta noble causa».

«Que moviliza incluso a un director», dijo el Sr. Crummles, sonriendo.

«Y a la esposa de un director», agregó la Sra. Crummles, con sus acostumbrados acentos de tragedia. «¡Vamos! Usted se apiadará, sé que lo hará».

«No está en mi naturaleza», dijo Nicholas, conmovido por esos llamamientos, «resistirme a un ruego, a no ser que sea algo positivamente incorrecto, y más allá de un sentimiento de orgullo no conozco nada que me impida acceder. Tampoco conozco a nadie aquí, y nadie me conoce. Entonces, que así sea. Cedo».

De inmediato, la Srta. Senevellicci se desbordó en sonrojos y expresiones de gratitud, mercancías de las cuales ni el Sr. ni la Sra. Crummles hacían gasto alguno. Se acordó que Nicholas la fuera a buscar a sus aposentos a las once de la mañana siguiente, y poco después partieron: él para regresar a casa a sus labores de dramaturgia; la Srta. Senevellicci a vestirse para después de la obra; y el desinteresado director y su esposa para discutir en torno a las ganancias probables del próximo beneficio, de las que ellos obtendrían dos tercios en virtud de un solemne acuerdo.

A la mañana siguiente, a la hora acordada, Nicholas se encaminó a los aposentos de la Srta. Senevellicci, ubicados en un sitio llamado Calle Lombard, en la casa de un sastre. Un fuerte olor a ropa planchada impregnaba el estrecho pasillo, y la hija del sastre, al abrir la puerta, se presentó en ese estado de agitación de espíritu que tan a menudo se relaciona con el periódico acicalamiento de la ropa de cama de una familia.

«¿Vive aquí la Srta. Senevellicci, cierto?», dijo Nicholas cuando abrieron la puerta.

La hija del sastre respondió afirmativamente.

«¿Tendrá usted la bondad de comunicarle que el Sr. Johnson está aquí?», dijo Nicholas.

«Oh, por favor, tiene usted que subir», respondió la hija del sastre con una sonrisa.

Nicholas siguió a la joven, quien lo guio hasta un pequeño apartamento en el primer piso, que se comunicaba con una habitación trasera, en la que, a juzgar por ciertos tintineos, mitigados a medias, de tazas y platillos, la Srta. Senevellicci se encontraba en ese momento tomando el desayuno en su cama.

«Debe esperar, por favor», dijo la hija del sastre tras un breve lapso de ausencia durante el cual los tintineos de la habitación trasera cesaron y fueron sucedidos por susurros; «enseguida viene».

Mientras hablaba, subió la persiana y, tras haber desviado por este medio (creyó ella) la atención del Sr. Johnson, de la habitación hacia la calle, atrapó ciertos artículos que estaban aireándose en el guardafuegos y que tenían una muy marcada apariencia de medias, y salió precipitadamente.

Puesto que no había muchos objetos de interés del otro lado de la ventana, Nicholas recorrió con la vista toda la habitación con más curiosidad que la que en otras circunstancias le habría dedicado. Sobre el sofá yacía una vieja guitarra, varias partituras manoseadas y un desorden de papelillos para rizar los cabellos, esparcidos, junto con un confuso montón de carteles teatrales y un par de zapatos sucios de satín blanco con grandes rosetones azules. Colgaba del espaldar de una silla un delantal de muselina a medio hacer, con bolsillitos adornados de cintas rojas, del tipo que usan las mucamas en las obras de teatro, y, por consiguiente, no se les ve usarlos en ninguna otra parte. En un rincón estaba el diminuto par de botas altas con las que la Srta. Snellicci acostumbraba a representar el personaje del pequeño *jockey*, y envuelto sobre una silla muy próxima, un paquetito, que tenía un muy sospechoso parecido con los paños menores acompañantes.

Pero el objeto más interesante de todos era quizás el álbum de recortes abierto, expuesto en medio de algunos volantes teatrales de 13 por 20 centímetros diseminados sobre la mesa, y en el que había pegadas varias reseñas sobre la actuación de la Srta. Snellicci, extraídas de diferentes diarios de provincia, junto con un discurso poético en su honor, que comenzaba:

«Decid, Dios del Amor, a qué erial infecundo
Bajó con sus tres dones Snellicci a este mundo
A estremecer con lágrimas, miradas, sonrisas,
Decid, Dios del Amor, decídmelo de prisa».

Aparte de esta efusión, había innumerables alusiones lisonjeras, también extraídas de periódicos, tales como: «A propósito de un anuncio publicado en otra parte de nuestro periódico de hoy, hacemos saber que la encantadora y muy talentosa Srta. Snellicci tendrá su noche de beneficio el miércoles, ocasión para la cual ha anunciado un menú capaz de encender el optimismo en el pecho de un misántropo. Confiando en que nuestros conciudadanos no hayan perdido esa alta estima de la habilidad pública y de la valía privada por la que a lo largo de tanto tiempo se han distinguido tan destacadamente, pronosticamos que esta encantadora actriz será recibida con gran magnificencia». «A los que han enviado cartas: JS está mal informado cuando supone que la muy dotada y hermosa Srta. Snellicci, que cautiva todos los corazones en nuestro lindo y espacioso teatrillo, no es la misma dama a la que dicho inmensamente acaudalado joven, que reside a 160 kilómetros de la

buena ciudad de York, hiciera recientemente proposiciones decorosas. Tenemos motivos para saber que la Srta. Snellicci sí es la dama implicada en aquella relación misteriosa y romántica, y cuya conducta en aquella ocasión no hizo menos honor a su cabeza y a su corazón que lo que sus triunfos histriónicos hacen a su brillante genio». Un abundante muestrario de párrafos como ese, con largos anuncios de beneficios, todos los cuales concluían con «venga temprano», constituían los contenidos principales del álbum de recortes de la Srta. Snellicci.

Nicholas había leído muchos de esos recortes, y estaba absorto en un recuento pormenorizado y melancólico de la serie de acontecimientos que condujeran a que la Srta. Snellicci se torciera el tobillo al resbalar sobre un pedazo de cáscara de naranja arrojada por un monstruo con cuerpo humano (así decía el periódico) sobre un escenario de Winchester, cuando esa misma joven en persona, ataviada con la cofia en forma de cubo para el carbón y el vestido de andar de dos piezas, hizo su entrada en la habitación a paso ligero, excusándose de mil maneras por haberlo hecho esperar tanto rato después de la hora fijada.

«Pero en verdad», dijo la Srta. Snellicci, «mi querida Led, que vive aquí conmigo, estuvo tan enferma anoche que pensé que iba a morir en mis brazos».

«Un destino como ese es casi envidiable», retrucó Nicholas, «pero de todos modos me apena mucho saberlo».

«¡Qué sujeto tan adulator!», dijo la Srta. Snellicci, muy azorada, mientras se abotonaba un guante.

«Si fuese adulación admirar sus encantos y éxitos», prosiguió Nicholas, poniendo la mano sobre el álbum de recortes, «aquí tiene usted mejores especímenes de ello».

«Oh, qué ser tan cruel, por leer cosas como esas. Ahora casi me avergüenza mirarle a usted a los ojos, de veras que sí», dijo la Srta. Snellicci apoderándose del libro y guardándolo en una cómoda. «¡Qué descuido de Led! ¿Cómo puede ser tan perversa?».

«Pensé que usted había tenido la amabilidad de dejarlo ahí a propósito, para que yo lo leyera», dijo Nicholas. Y en realidad era verosímil.

«¡Por nada del mundo lo habría dejado a usted verlo!», prosiguió la Srta. Snellicci. «Jamás me sentí tan enfadada... ¡jamás! Pero Led es un ser tan descuidado que no puede confiarse en ella».

En este punto la conversación fue interrumpida por la entrada del prodigio, que había permanecido hasta este momento discretamente oculta en

el dormitorio, y ahora se presentaba con mucha gracia y ligereza, llevando en su mano una sombrilla verde muy pequeña, con una orla ancha de festones, y sin mango. Tras unas pocas palabras de ritual, salieron a la calle.

El prodigio era más bien una compañía molesta, pues primero se le rompió la sandalia derecha, y luego la izquierda, y una vez reparados esos infortunios, se descubrió que una pata de los pantalones blancos estaba más larga que la otra. Aparte de esos accidentes, la sombrilla verde cayó por un emparrillado de hierro, y solo pudo ser pescada con gran dificultad y tras realizar enormes esfuerzos. No obstante, era imposible regañarla, pues era la hija del director, así que Nicholas lo tomó todo con un perfecto buen humor, y prosiguió su camino con los brazos enlazados con el de la Srta. Snellicci a un lado, y el de la niña culpable al otro.

La primera casa hacia la que encaminaron sus pasos estaba situada en una hilera de viviendas de apariencia respetable. Al modesto doble toque de la Srta. Snellicci acudió un niño lacayo que, en respuesta a su pregunta sobre si la Sra. Curdle estaba en casa, abrió muy grandes los ojos, esbozó una sonrisa bonachona y dijo que no sabía, pero que lo preguntaría. Después los invitó a pasar a un salón donde los hizo esperar hasta que las dos sirvientas se dirigieron allí, con falsos pretextos, para ver a los actores de teatro, y después de intercambiar opiniones con ellas en el pasillo, y de unírseles en una gran cantidad de susurros y risitas sofocadas, al fin subió las escaleras para anunciar el nombre de la Srta. Snellicci.

Ahora bien, las personas mejor informadas en esos aspectos suponían que la Sra. Curdle estaba dotada de un gusto londinense en asuntos tocantes a la literatura y el drama. En tanto el Sr. Curdle, había escrito un panfleto en post-octavo de sesenta y cuatro páginas sobre el carácter del fallecido esposo de la nodriza en *Romeo y Julieta*, con una investigación sobre si este realmente había sido en vida «un hombre alegre», o si acaso la cariñosa parcialidad de su viuda la había inducido a describirlo así. También había demostrado que, alterando los signos de puntuación, cualquiera de las obras de teatro de Shakespeare podía ser convertida en algo muy diferente, y su sentido podía cambiar completamente. No hay ni que decir, pues, que se trataba de un gran crítico y un pensador muy profundo y tremendamente original.

«Vaya, Srta. Snellicci», dijo la Sra. Curdle, entrando al salón, «¿cómo está?».

La Srta. Snellicci hizo una elegante reverencia y dijo que esperara que la Sra. Curdle se encontrase bien, y también el Sr. Curdle, que apareció en ese mismo instante. La Sra. Curdle exhibía un camisón matutino, con un gorrito

enganchado en la coronilla. El Sr. Curdle vestía una bata holgada que le colgaba de los hombros, y tenía el índice derecho puesto en la frente, como en los retratos del escritor Laurence Sterne, con el que alguien alguna vez le encontrara un notable parecido.

«Me he atrevido a visitarlos con el propósito de preguntarles si se inscribirían ustedes en mi beneficio, señora», dijo la Srta. Snellicci, mostrando algunos documentos.

«¡Oh! Realmente no sé qué decir», respondió la Sra. Curdle. «No podría decirse que el teatro esté viviendo su momento de gloria —no es necesario que permanezca de pie, Srta. Snellicci; el drama se acabó, está totalmente liquidado».

«En tanto exquisita incorporación de las visiones del poeta, y realización del intelecto humano, adornados con la refulgente luz de nuestros momentos de ensoñación para abrir nuevos y mágicos mundos ante el ojo mental, el drama se acabó, está totalmente liquidado», dijo el Sr. Curdle.

«¿Qué hombre alienta hoy que sea capaz de presentar ante nosotros bajo todo su caleidoscópico colorido el carácter de Hamlet?», exclamó la Sra. Curdle.

«En efecto, ¿qué hombre...? sobre un escenario», dijo el Sr. Curdle, con una pequeña reserva a favor de sí. «¡Hamlet! ¡Qué va! ¡Ridículo! Hamlet se acabó, se acabó definitivamente».

Totalmente abrumados con estas sombrías reflexiones, el Sr. y la Sra. Curdle suspiraron y permanecieron sentados un rato sin hablar. Al cabo, la dama, dirigiéndose a la Srta. Snellicci, preguntó qué obra se proponía representar.

«Es una bastante nueva», dijo la Srta. Snellicci, «de la que es autor el caballero, y en la que él actúa, y este será su debut en las tablas. El nombre del caballero es Sr. Johnson».

«Espero que haya respetado usted las reglas de Aristóteles, señor», dijo el Sr. Curdle.

«La obra original es francesa», dijo Nicholas. «Hay abundancia de incidentes, diálogos muy animados, personajes de gran carácter...».

«... Todo lo cual es inútil sin una estricta observancia de las reglas de Aristóteles, señor», replicó el Sr. Curdle. «Las reglas del drama ante todo».

«¿Me permitiría preguntarle», dijo Nicholas, que vacilaba entre el respeto debido y su gusto por lo caprichoso, «me permitiría preguntarle cuáles son esas reglas?».

El Sr. Curdle tosió y caviló. «Las reglas, señor», dijo, «son un todo de cierta magnitud... cierto universal marco de tiempo y lugar... una especie de unicidad general, si se me permite usar una expresión tan fuerte. Considero que esas son las reglas dramáticas, hasta donde he podido prestarles atención —y he leído mucho y pensado mucho sobre el tema. Encuentro, al analizar las actuaciones de esta niña», dijo el Sr. Curdle, volviéndose hacia el prodigio, «que hay una unidad de sentimiento, una anchura, un claroscuro, una efusión de colorido, un tono, una armonía, un brillo, un desarrollo artístico de tan original concepto, que en vano busco entre los actores más viejos... no sé si me hago entender».

«Perfectamente», respondió Nicholas.

«Exactamente esa», dijo el Sr. Curdle, ajustándose su pañuelo al cuello, «es mi definición de las reglas dramáticas».

La Sra. Curdle, que había seguido muy satisfecha esta lúcida explicación, al concluir preguntó qué pensaba el Sr. Curdle sobre la posibilidad de suscribir el beneficio.

«No sé, querida; te juro que no sé», dijo el Sr. Curdle. «Si lo hacemos, deberá quedar perfectamente claro que no nos comprometemos con la calidad de las actuaciones. Que el mundo sepa que no estamos otorgando a estas el aval de nuestros nombres, sino que le conferimos esa distinción solo a la Srta. Snellicci. Una vez que eso quede claramente establecido, considero un deber, por así decirlo, nuestro patrocinio a un teatro que se encuentra en decadencia, aunque no fuese más que en aras de las asociaciones con las que este está entretejido. ¿Tiene cambio para dos chelines y seis peniques si le doy media corona, Srta. Snellicci?», dijo el Sr. Curdle, entregándole cuatro de esas monedas.

La Srta. Snellicci tanteó en todos los rincones del bolsito rosado, pero en ninguno halló nada. Nicholas murmuró una broma referida a que, siendo él un dramaturgo, más valía ni intentar buscar en sus bolsillos.

«Déjeme ver», dijo el Sr. Curdle; «dos por cuatro, ocho... cuatro chelines por cabeza para el palco, Srta. Snellicci, es excesivamente caro, teniendo en cuenta la actual decadencia del teatro... tres medias coronas son siete chelines y seis peniques; no discutiremos por seis peniques, creo yo. Seis peniques no nos enemistarán, ¿eh, Srta. Snellicci?».

La pobre Srta. Snellicci tomó las tres medias coronas con muchas sonrisas e inclinaciones, y la Sra. Curdle agregó varias indicaciones suplementarias relativas a que les reservaran las localidades, desempolvaban los asientos y les enviaran dos carteles que no estuvieran manchados en

cuanto se imprimieran, mientras hacía sonar la campana como señal de que había concluido la audiencia.

«Qué gente tan extraña esa», dijo Nicholas cuando se hubieron alejado de la casa.

«Le aseguro», dijo la Srta. Snellicci, tomándolo del brazo, «que me considero muy afortunada porque no quedaran debiendo todo el dinero en vez de salir con seis peniques de menos. Ahora bien, si usted llegara a tener éxito, ellos darían a entender a la gente que siempre lo patrocinaron. Si fracasase, declararían haber estado seguros de tal desenlace desde el mismísimo principio».

En la siguiente casa que visitaron se sintieron en la gloria, pues vivían allí seis niños hasta tal punto aficionados a las apariciones públicas del prodigio, que al hacerlos bajar de su cuarto para que se deleitaran viendo en persona a esta jovencita, procedieron a meterle los dedos en los ojos, y a pisarle los pies, y a deshacerse en muchas otras pequeñas atenciones características de esta etapa de la vida en la que se encontraban.

«Ciertamente convenceré al Sr. Borum para que reserve un palco privado», dijo la dueña de casa, después de un recibimiento muy cortés. «Solo llevaré a dos de los niños, y completaré el resto del grupo con caballeros... admiradores suyos, Srta. Snellicci. ¡Augustus, niño desobediente, deja tranquila a la niña!».

Eso iba dirigido a un caballerito que estaba pellizcando al prodigio por detrás, aparentemente con vistas a comprobar si era de verdad.

«Estoy segura de que usted debe estar muy cansada», dijo la mamá, volviéndose hacia la Srta. Snellicci. «En modo alguno permitiré que se vaya sin beber un vaso de vino. ¡Ea, Charlotte, compórtate, no me hagas pasar vergüenza! Srta. Lane, querida, le ruego que se ocupe de los niños».

La Srta. Lane era la institutriz, y este ruego se había tornado necesario en virtud del abrupto comportamiento de la más joven Srta. Borum, quien, habiéndole arrebatado al prodigio su sombrillita verde, ahora huía con ella con gran audacia, mientras que la chica, aturdida, se limitaba a mirarla, totalmente desvalida.

«Que me maten si puedo comprender cómo aprendió usted» dijo la afable Sra. Borum, volviendo a dirigirse a la Srta. Snellicci, «a actuar como lo hace (¡Emma, es de mala educación mirar tan fijamente a alguien!), riéndose en una obra y llorando en la siguiente, y siempre tan natural... ¡oh, ay!».

«Me alegra oírle expresar una opinión tan favorable», dijo la Srta. Snellicci. «Es absolutamente encantador saber que le gusta».

«¡Gustarme!», exclamó la Sra. Borum, «¿quién podría evitar que le gustara? Iría a ver la obra dos veces por semana si pudiera: lo adoro... solo que veces usted conmueve demasiado. Me arrastra a un estado tal... ¡a tales ataques de llanto! ¡Dios mío, Srta. Lane! ¿Cómo puede dejarlos que torturen así a esa pobre niña?».

El prodigio estaba realmente en camino de ser descuartizada por dos niñitos robustos que, agarrándola cada uno por una mano, la halaban en direcciones diferentes en una prueba de fuerza. Sin embargo, la Srta. Lane (que había estado muy ocupada contemplando a los actores adultos para poder prestar la debida atención a estos procedimientos) rescató de este trance a la infortunada chica, que debió ser reanimada con un vaso de vino y poco después llevada por sus amigos, tras sufrir daños que no excedieron el aplastamiento de la cofia de gasa rosada y un estrujamiento bastante considerable del vestido y los pantalones blancos.

Fue una mañana difícil, pues había que hacer muchas visitas, y todos deseaban algo diferente. Unos deseaban tragedias, y otros comedias; algunos se oponían a los bailes, y otros casi lo único que querían era eso. Algunos pensaban que el cantante cómico era decididamente chabacano, y otros esperaban que le dieran un papel más destacado que los que habitualmente desempeñaba. Algunas personas no prometían que irían porque otras personas no habían prometido que irían. Y otras personas no irían en lo absoluto porque otras personas irían. Al final, y poco a poco, omitiendo algo en este lugar, y añadiendo algo en aquel, la Srta. Snellicci se comprometió a un menú que al menos era suficientemente abarcador, si no tuviera otros méritos (incluía, entre otras menudencias, cuatro obras, diversas canciones, algunos combates y varios bailes), y regresaron a casa bastante exhaustos por las diligencias del día.

Nicholas trabajó con la obra, que se empezó rápidamente a ensayar, y después trabajó en su propio papel, que estudió con gran perseverancia y llegó a representar —según dijera la compañía completa— a la perfección. Y al final llegó el gran día. El pregonero público fue enviado a hacer la ronda por la mañana para anunciar con sonido de campana por todas las calles las grandes atracciones. Carteles adicionales de noventa centímetros de largo por veintitrés de ancho fueron distribuidos por doquier, se regaron por todas partes, se engancharon en todos los picaportes y se exhibieron en todas las tiendas; también se fijaron en todas las paredes, aunque no con éxito total, porque, ante la indisposición del fijador regular de carteles, y habiendo

asumido esa tarea una persona analfabeta, parte de ellos fueron fijados de canto y, el resto, al revés.

A las cinco y treinta, cuatro personas se lanzaron en estampida hacia la puerta de la galería. A las seis menos cuarto había al menos una docena. A las seis de la tarde los puntapiés eran tremendos. Y cuando Crummles, el hijo mayor, abrió la puerta, se vio obligado a buscar refugio detrás de ella para salvar su vida. La Sra. Grudden recaudó quince chelines en los diez primeros minutos.

Tras bambalinas prevalecía el mismo insólito nerviosismo. La Srta. Snellicci traspiraba tanto que la pintura casi no se le mantenía en el rostro. La Sra. Crummles estaba tan nerviosa que casi no podía recordar sus parlamentos. Los bucles de la Srta. Bravassa se desrizaron con el calor y la ansiedad, e incluso el propio Sr. Crummles estuvo constantemente asomándose por el hueco del telón, y regresando a la carrera de vez en cuando para anunciar que otro individuo había ingresado a la platea.

Al fin la orquesta cesó de tocar y se alzó el telón, para dar inicio a la nueva obra. La primera escena, en la que no había nadie en particular, transcurrió con bastante calma. Pero cuando la Srta. Snellicci salió en la segunda, acompañada por el prodigio en el papel de niña, ¡qué clase de rugido de aplausos estalló! Los espectadores del palco de los Borum se alzaron como uno solo, sacudiendo sombreros y pañuelos y profiriendo gritos de «¡bravo!». La Sra. Borum y la institutriz arrojaron guirnalda sobre el escenario, algunas de las cuales se introdujeron en las bujías, y una de ellas fue a coronar las sienes de un grueso caballero de la platea que, por estar mirando muy emocionado hacia el escenario, permaneció inconsciente del honor recibido. El sastre y su familia dieron puntapiés en los paneles de los palcos superiores hasta que estos amenazaron con desarmarse totalmente, y hasta el chico vendedor de gaseosa permaneció petrificado en el centro del teatro. Un joven oficial, del que se suponía albergaba una pasión por la Srta. Snellicci, se puso el monóculo en el ojo como para ocultar una lágrima. Una y otra vez la Srta. Snellicci hacía reverencias cada vez más pronunciadas, y una y otra vez se oía el aplauso, cada vez más alto. Al cabo, cuando el prodigio recogió una de las guirnalda humeantes y la puso de lado sobre el ojo de la Srta. Snellicci, se llegó al clímax, y la obra prosiguió.

Pero cuando Nicholas salió para su escena chistosa con la Sra. Crummles, ¡qué clase de ovación! Cuando la Sra. Crummles (que era su indigna madre) exhibió su visaje de burla y desprecio y lo llamó «chico presuntuoso», y él la desafió, ¡qué estruendo de aplausos se desencadenó! Cuando riñó con el otro caballero por motivo de la joven, y presentó a este un estuche de pistolas, diciéndole que si era un caballero se batiera con él en el salón hasta que los muebles quedaran empapados con la sangre de uno de los dos, si no de ambos... ¡cómo se unieron los palcos, la platea y la galería en la más vigorosa aclamación! Cuando insultó a su madre por no renunciar a las propiedades de la joven, y ella se enterneció, y él se enterneció a su vez, hincando una rodilla en tierra para pedir su bendición, ¡cómo sollozaban las damas del público! Cuando él, oculto en la oscuridad tras una cortina, resistía los embates del pariente malvado que arremetía con su sable, pinchando a diestra y siniestra la cortina salvo allí donde los pies del joven sobresalían de manera perfectamente visible, ¡qué emoción de expectante angustia se apoderaba de todo el auditorio! Su aspecto, su figura, su modo de andar, su gesto: todo cuanto decía o hacía era objeto de elogio. La sala se venía abajo de aplausos cada vez que él hablaba. Y cuando, al final, en la escena de la bomba y las tinajas, la Sra. Grudden encendió un fuego azul, y todos los miembros ociosos

de la compañía entraron y se regaron por todo el escenario —no porque aquello tuviera nada que ver con la trama, sino para poder rematar con un cuadro congelado— los espectadores (cuyo número había aumentado considerablemente a estas alturas) expresaron su delirante entusiasmo con alaridos tales como hacía mucho, mucho tiempo no se dejaba sentir en aquel teatro.

En resumen, el éxito —tanto de la nueva obra como del nuevo actor— fue total, y cuando el público reclamó a voces que la Srta. Snellicci volviera a salir a escena para el saludo final, Nicholas apareció llevándola de la mano y compartió la ovación.

CAPÍTULO 25

CONCERNIENTE A UNA JOVEN DE LONDRES QUE SE UNE A LA COMPAÑÍA, Y A UN ADMIRADOR ENTRADO EN AÑOS QUE LA SIGUE EN PROCESIÓN. ASIMISMO SOBRE UNA ENTERNECEDORA CEREMONIA MOTIVADA POR LA LLEGADA DE ELLOS DOS

Puesto que la nueva obra era decididamente una sensación, se anunciaron funciones todas las noches hasta nuevo aviso, y las noches en las que el teatro permanecía cerrado se redujeron de tres a dos por semana. Tampoco fueron esas las únicas muestras del extraordinario éxito, pues al sábado siguiente Nicholas recibió, de manos de la infatigable Sra. Grudden, una suma no inferior a treinta chelines, y además de esa recompensa sustancial, disfrutó de fama y honor considerables, que incluyeron el envío al teatro de una copia de regalo del panfleto escrito por el Sr. Curdle y autografiado por el dicho caballero (lo cual era en sí mismo un tesoro inestimable) en la hoja de guarda, acompañado por una nota contentiva de muchas expresiones aprobatorias, y la promesa —no solicitada— de que el Sr. Curdle tendría sumo gusto en leerle obras de Shakespeare durante tres horas cada mañana antes del desayuno mientras Nicholas permaneciera en la ciudad.

«Tengo otra novedad, Johnson», anunció con gran regocijo el Sr. Crummles una mañana.

«¿Cuál?», contestó Nicholas. «¿La jaca?».

«No, no, nunca llegamos a la jaca mientras todo lo demás no haya Adiado», dijo el Sr. Crummles. «No creo que jamás llegemos a la jaca esta temporada. No, no, no es la jaca».

«¿Un niño prodigio quizá?», sugirió Nicholas.

«Aquí no hay más que un prodigio, señor», respondió Crummles, imponente, «y es una niña».

«Muy cierto», dijo Nicholas. «Le pido excusas. Entonces, que me maten si sé lo que es».

«¿Qué pensaría usted de una joven de Londres?», preguntó el Sr. Crummles. «¿La Srta. fulana de tal, del Teatro Real de Drury Lane?».

«Diría que eso quedaría muy bien en los carteles», dijo Nicholas.

«No le faltaría razón», dijo el Sr. Crummles, «y de haber dicho que también luciría muy bien sobre el escenario no habría andado muy descaminado. ¡Fíjese!, ¿qué le parece esto?».

Haciendo esta pregunta, el Sr. Crummles desdobló por separado un cartel rojo, un cartel azul y un cartel amarillo, cada uno de ellos con un anuncio en grandes caracteres en la parte superior: «¡Debut de la sin rival Srta. Petowker, del Teatro Real de Drury Lane!».

«¡Ay!», dijo Nicholas, «yo conozco a esa dama».

«Entonces te has codeado con la mayor cantidad de talento jamás reunido en una persona joven», replicó el Sr. Crummles, volviendo a enrollar los carteles. «Es decir, talento de cierto tipo... de cierto tipo. *La bebedora de sangre*», añadió el Sr. Crummles con un suspiro profético, «*La bebedora de sangre* morirá con esa chica. Y ella es la única sílfide que yo haya visto jamás pararse en un solo pie y tocar la pandereta con la rodilla de la pierna contraria, exactamente igual que una sílfide».

«¿Cuándo vendrá?», preguntó Nicholas.

«Esperamos que llegue hoy», respondió el Sr. Crummles. «Es una vieja amiga de la Sra. Crummles. La Sra. Crummles vislumbró aquello de lo que esta mujer era capaz... siempre lo supo, desde el inicio. De hecho, le enseñó casi todo lo que sabe. La Sra. Crummles fue *La bebedora de sangre* original».

«¡No me diga!».

«Sí. Pero tuvo que dejarlo».

«¿Le sentaba mal?», preguntó Nicholas con una sonrisa.

«No tanto a ella como a su público», respondió el Sr. Crummles. «Aquello era irresistible. Demasiado tremendo. Usted aún ignora de lo que es capaz la Sra. Crummles».

Nicholas se aventuró a insinuar que creía saberlo.

«No, no, no tiene ni idea», dijo el Sr. Crummles, «ya lo creo que no tiene ni idea. En realidad ni yo mismo lo sé. Solo cuando muera su país la reconocerá. Esa sorprendente mujer le brinda al mundo alguna nueva prueba de talento cada año que vive. Mírela... madre de seis hijos... tres de ellos vivos, ¡y todos actores!».

«¡Extraordinario!», exclamó Nicholas.

«¡Ah!, extraordinario, en efecto», prosiguió el Sr. Crummles, complacido, mientras tomaba una pizca de rapé y sacudía con seriedad la cabeza. «Le doy mi palabra de profesional de que yo desconocía que ella sabía bailar, hasta su última función de beneficio, cuando hizo los papeles de Julieta y de Helen

Macgregor, y, entre las dos obras bailó la danza marinera con la comba. La primerísima vez que vi a esa mujer admirable, Johnson», dijo el Sr. Crummles, aproximándose un poco más, y hablado en tono de amistad confidencial, «se sostenía de cabeza sobre el cabo de una lanza, rodeada de fuegos artificiales que ardían».

«¡Me asombra usted!», dijo Nicholas.

«¡Más me asombró ella a mí!», ripostó el Sr. Crummles, con un rostro muy serio. «¡Tanta elegancia combinada con tanta dignidad! La adoré a partir de aquel momento».

La llegada del talentoso objeto de esas observaciones puso abruptamente fin al elogio del Sr. Crummles, y casi inmediatamente después el hijo, Percy Crummles, entró con una carta llegada por correo y dirigida a su afable madre. Al mirar el remitente, la Sra. Crummles exclamó: «¡Vaya, de Henrietta Petowker!», y al instante se concentró en lo que contenía.

«¿Acaso está...?» preguntó el Sr. Crummles, vacilante.

«Oh, no, todo marcha bien», respondió la Sra. Crummles, adivinando la pregunta. «¡Oh, qué cosa tan excelente para ella, cielos!».

«En general, creo que eso es lo mejor que yo haya oído jamás», dijo el Sr. Crummles. Y entonces el Sr. Crummles, la Sra Crummles y el hijo, Percy Crummles, todos rompieron a reír violentamente. Nicholas los abandonó para que disfrutaran juntos su risa, y se encaminó a su morada, muy intrigado sobre cuál sería el misterio relacionado con la Srta. Petowker que tanto regocijo causaba, y preguntándose con más énfasis aún cuál no sería la sorpresa de esa dama cuando conociera de su repentino alistamiento en una profesión que ella adornaba de modo tan distinguido y luminoso.

Pero se equivocaba en este último punto, pues —ya fuese porque el Sr. Vincent Crummles había desbrozado el camino, o bien porque la Srta. Petowker tuviera algún motivo especial para tratarlo con más amabilidad de la habitual— su encuentro en el teatro al día siguiente se pareció más al de dos amigos queridos e inseparables desde la infancia que a un saludo entre una dama y un caballero que apenas se hubieran visto media docena de veces y solo por casualidad. No, la Srta. Petowker incluso murmuró que había excluido totalmente a los Kenwigs de sus conversaciones con la familia del director, y describió su primer encuentro con el Sr. Johnson como si hubiera tenido lugar en los círculos más notorios y elegantes. Y al recibir Nicholas esta información con sincera sorpresa, ella expresó, mediante una dulce mirada, que ahora él estaba en deuda con ella por haberle mejorado el carácter, y que podría cobrarle dicha deuda dentro de poco.

Nicholas tuvo el honor de actuar en una breve obrita con la Srta. Petowker aquella noche, y no pudo dejar de pensar que quizás el afectuoso recibimiento que ella le dispensara pudiera deberse, principalmente, a una sombrilla que de modo muy perseverante golpeaba el suelo en los palcos superiores. También notó que la encantadora actriz dirigía muchas dulces miradas hacia el sitio del que provenían esos sonidos, y que cada vez que lo hacía, la sombrilla rompía a golpear otra vez. En una oportunidad le pareció que un sombrero de forma muy peculiar, presente en aquel mismo rincón, no le resultaba totalmente desconocido, pero estando ocupado con la porción que le tocaba del negocio de las tablas, no le dedicó mucha atención a esa circunstancia, que para el momento en que arribó a su casa se le había esfumado totalmente del recuerdo.

Acababa de sentarse a cenar con Smike cuando una de las personas de la casa se presentó ante su puerta para anunciarle que en los bajos había un caballero deseoso de hablar con el Sr. Johnson.

«Bien, ¿qué quiere que le diga?, si desea hablar, que suba», respondió Nicholas. «Supongo que será uno de nuestros hermanos hambrientos, Smike».

Su compañero de pensión miró la carne fría, calculando en silencio cuánto quedaría para la comida del día siguiente, y devolvió una tajada que había cortado para sí, de modo que el asalto del visitante causara el mínimo de estragos.

«No es alguien que haya estado aquí antes», dijo Nicholas, «pues ha ido tropezando en cada escalón. Entre, entre. ¡Qué gran sorpresa... Sr. Lillyvick!».

Era, en efecto, el recaudador de cuentas de agua que, contemplando a Nicholas con una mirada fija y un rostro inmóvil, le estrechó la mano con la más portentosa solemnidad y se sentó en un asiento cercano al rincón de la chimenea. «¡Vaya! ¿Cuándo llegó usted?», preguntó Nicholas.

«Esta mañana, señor», respondió el Sr. Lillyvick.

«¡Oh! Ya veo. Entonces usted estaba en el teatro esta noche, y fue su sombrilla...». «Esta sombrilla», dijo el Sr. Lillyvick, mostrando una gruesa, de algodón verde con el mango maltrecho. «¿Qué le pareció la función?».

«Hasta donde puedo juzgar, puesto que estaba sobre el escenario», respondió Nicholas, «me pareció muy agradable».

«¡Agradable!», exclamó el recaudador. «Yo diría más bien que estuvo deliciosa».

El Sr. Lillyvick se inclinó hacia delante para pronunciar esa última palabra con mayor énfasis. Y, en cuanto lo hubo hecho, volvió a enderezarse

con el ceño fruncido y asintiendo con la cabeza muchas veces.

«Yo digo que delicioso», repitió el Sr. Lillyvick. «Cautivador, feérico, *cooonmocionante*». Y de nuevo el Sr. Lillyvick se enderezó, y volvió a mirar, ceñudo, y a asentir.

«¡Ah!», dijo Nicholas, algo sorprendido por esos síntomas de aprobación extática. «Sí... es una chica lista».

«Es una divinidad», le devolvió el Sr. Lillyvick, dando un doble toque de recaudador en el suelo con la sombrilla en cuestión. «He conocido a actrices divinas antes de ahora, señor; yo acostumbraba a cobrar... al menos, a menudo acudía a la residencia... y muy a menudo que acudía, para cobrar... el pago del consumo de agua de la casa de una actriz divina, que vivió en mi zona más de cuatro años, pero jamás —no, nunca, señor— de todos los seres divinos, actrices o no, que conozco jamás había visto a uno más divino que Henrietta Petowker».

A Nicholas le costó mucho trabajo controlar la risa. Y como no estaba seguro de lograrlo si hablaba, se limitó a asentir con un gesto de cabeza según los asentimientos del Sr. Lillyvick, y permaneció en silencio.

«Permítame decirle unas palabras en privado», dijo el Sr. Lillyvick.

Nicholas miró con rostro jovial a Smike, y este captó la indirecta y desapareció.

«Un soltero es un pobre miserable, señor», dijo el Sr. Lillyvick.

«¿De veras?», preguntó Nicholas.

«Sí que lo es», respondió el recaudador. He vivido en este mundo cerca de sesenta años, así que se supone que debo saberlo.

«Ciertamente, debería de saberlo», pensó Nicholas, «pero si lo sabe o no, eso ya es otro asunto».

«Si por casualidad un soltero ahorró un poco de dinero», dijo el Sr. Lillyvick, «sus hermanas y hermanos, y sobrinos y sobrinas, miran ese dinero sin mirarlo a él. Incluso cuando su condición de figura pública lo convierte en cabeza de familia, o, como podría ser, la rama de la que salen todas las demás ramitas, el tiempo se lo pasan, no obstante, deseándole la muerte, y se abaten cuando lo ven bien de salud, deseosos de echar mano de sus pocos bienes. ¿Me entiende usted?».

«Oh, sí», respondió Nicholas. «Sin duda es muy cierto».

«El gran motivo para no estar casado», prosiguió el Sr. Lillyvick, «es el gasto. Eso es lo que me ha mantenido alejado del matrimonio, de lo contrario... ¡Dios!», dijo el Sr. Lillyvick, castañeteando los dedos, «habría podido tener medio centenar de mujeres».

«¿Buenas mujeres?», preguntó Nicholas.

«¡Buenas mujeres, señor!», respondió el recaudador; «¡Sí!, aunque no tan buenas como Henrietta Petowker, pues ella es un espécimen poco común, del tipo que un hombre no se encuentra fácilmente en su camino, con certeza. Ahora bien, suponga que un hombre pueda obtener una fortuna de su esposa, en vez de hacerla con ella... ¿eh?».

«¿Cómo? Entonces es un tipo afortunado», respondió Nicholas.

«Eso es lo que digo», replicó el recaudador, dándole golpecitos benignos en el costado de la cabeza con la sombrilla. «Justo lo que digo: Henrietta Petowker, la talentosa Henrietta Petowker, es una fortuna en sí misma, y yo voy a...».

«¿A convertirla en la Sra. de Lillyvick?», sugirió Nicholas.

«No, señor, no a convertirla en la Sra. de Lillyvick», respondió el recaudador. «Las actrices, señor, siempre mantienen sus nombres de solteras, eso es lo acostumbrado... pero voy a casarme con ella. Y, además, pasado mañana».

«Lo felicito, señor», dijo Nicholas.

«Gracias, señor», respondió el recaudador, abotonándose el chaleco. «Por supuesto, cobraré su salario y, después de todo, espero que sea casi tan barato mantener a dos como mantener a uno. Eso es un consuelo».

«Con seguridad usted no requerirá consuelo alguno en un momento como este», observó Nicholas.

«No», respondió el Sr. Lillyvick, sacudiendo con nerviosismo la cabeza, «no... claro que no».

«Pero ¿por qué están ambos aquí, si van a casarse, Sr. Lillyvick?», preguntó Nicholas.

«¡Tome! Eso es lo que vine a explicarle», respondió el recaudador de las cuentas del agua. «Ocurre que pensamos que sería mejor mantenerlo en secreto para que no lo sepa la familia».

«¡La familia!», dijo Nicholas. «¿Qué familia?».

«Los Kenwigs, por supuesto», prosiguió el Sr. Lillyvick. «Si mi sobrina y los niños se hubieran enterado antes de que yo partiera, se habrían echado a mis pies en medio de ataques, de los que no habrían salido hasta que yo les jurase que no iba a casarme con nadie... o de lo contrario habrían ido a procurar una orden judicial para internarme en un manicomio, o cualquier otra cosa terrible», dijo el recaudador, temblando bastante al hablar.

«Tiene usted razón», dijo Nicholas. «Sí, se habrían puesto celosos, sin lugar a dudas».

«Para evitarlo», dijo el Sr. Lillyvick, «Henrietta Petowker (eso acordamos) vendría aquí con sus amigos, los Crummles, pretextando este compromiso, y yo me iría a Guildford un día antes, para unírmele allí en el coche, cosa que hice, y ayer viajamos juntos desde Guildford. Ahora bien, temiendo que usted pudiera escribirle al Sr. Noggs y decirle algo de nosotros, pensamos que mejor sería hacerlo partícipe del secreto. Nos casaremos en los aposentos de los Crummles, y nos encantará que nos acompañe... ya sea antes de ir a la iglesia o a desayunar, lo que usted prefiera. No será caro, usted sabe», dijo el recaudador, muy preocupado por evitar cualquier mal entendido en ese punto; «solo molletes y café, quizás con un camarón o algo así para picar, ya sabe usted».

«Sí, sí, comprendo», respondió Nicholas. «Oh, estaré encantado de asistir. Será un enorme placer. ¿Dónde se está alojando la dama...? ¿con los Crummles?».

«Pues no», dijo el recaudador. «Ellos no podían proveerle alojamiento para dormir, así que se está quedando con una conocida de ella, y otra joven más. Las dos gente de teatro».

«¿La Srta. Snellicci, supongo yo?», dijo Nicholas.

«Sí, ese es el apellido».

«¿Y me imagino que serán ellas las damas de honor?», dijo Nicholas.

«¿Cómo?», dijo el recaudador, con rostro compungido, «habrá cuatro damas de honor, sí. Me temo que lo han organizado de manera bastante teatral».

«Oh, no, en absoluto», respondió Nicholas, con un torpe intento de convertir una risa en una tos. «¿Quiénes serían las cuatro? La Srta. Snellicci, por supuesto... la Srta. Ledrook...».

«El... el prodigio», gruñó el recaudador.

«¡Ja, ja!», exclamó Nicholas. «Perdóneme, no sé de qué me río... sí, será muy bonito... el prodigio... ¿y quién más?».

«Y alguna joven más», respondió el recaudador, incorporándose; «alguna otra amiga de Henrietta Petowker. Bien, tenga cuidado de no comentar nada al respecto, ¿eh?».

«Puede confiar en mi más absoluta discreción», respondió Nicholas. «¿No desea comer o beber algo?».

«No», dijo el recaudador, «no tengo ningún apetito. Me parece que debe de ser agradable la vida de casado... ¿verdad?».

«No tengo la menor duda», acotó Nicholas.

«Sí», dijo el recaudador; «ciertamente. Oh, sí. Sin duda. Buenas noches».

Con esas palabras, el Sr. Lillyvick, cuyo comportamiento a lo largo de toda esta entrevista había evidenciado una asombrosísima mezcla de precipitación, vacilación, confianza y duda; cariño, desconfianza, mezquindad y autobombo, abandonó la habitación, dejando a Nicholas libre para reírse a sus anchas en soledad, si así lo deseaba.

Sin detenernos a averiguar si a Nicholas le pareció que el día siguiente estaba compuesto del número habitual de horas, lo que sí podemos destacar fue que transcurrió con gran rapidez para las partes más directamente implicadas en la inminente ceremonia, pues cuando la Srta. Petowker se despertó a la mañana siguiente en la habitación de la Srta. Snellicci, declaró que no podía acabar de creer que aquel fuera realmente el día que marcaría su cambio de condición.

«Es que no me lo puedo creer», dijo la Srta. Petowker, «realmente, no puedo. No vale la pena discutirlo. ¡No tengo valor para afrontar esta prueba!».

Oído esto, y aunque sabían perfectamente que su hermosa amiga estaba decidida a afrontarla desde hacía tres o cuatro años, en el transcurso de los cuales se hallaba lista para soportar con júbilo la prueba extrema que ahora se aproximaba —con tal de que apareciera un buen partido dispuesto a la empresa—, la Srta. Snellicci y la Srta. Ledrook comenzaron a predicar consuelo y firmeza, y a decirle cuán orgullosa debía sentirse de tener en sus manos la posibilidad de conferirle un éxtasis duradero a un objeto merecedor de ella, y cuán necesario era en general para la dicha de la especie humana que las mujeres supieran hacer gala de firmeza y resignación en esas ocasiones. Y que, aunque para ellas la verdadera felicidad residía en el celibato, condición que no cambiarían de buena gana —no, por nada del mundo la cambiarían— de todas formas (gracias a Dios), si ese momento llegase alguna vez, confiaban en que sabrían muy bien cumplir su deber sin formular una sola queja, sino, por el contrario, sometiéndose con mansedumbre y humildad de espíritu al destino que la Providencia les deparara de manera inequívoca, con vistas a convertirse en contento y apoyo de los seres que les harían compañía.

«Quizás yo lo sentiría como un golpe duro», dijo la Srta. Snellicci, «eso de romper las viejas relaciones y como quiera que se llamen las cosas de ese tipo, pero me sometería, querida, de veras que lo haría».

«Yo también», dijo la Srta. Ledrook; «preferiría aceptar el yugo en vez de rehuirlo. En el pasado he roto no pocos corazones, y lo lamento mucho, porque es terrible recordarlo».

«Ya lo creo que lo es», dijo la Srta. Snevellicci. «¡A ver!, Led, querida, tenemos que arreglarla ahora mismo, o se nos hará demasiado tarde, te aseguro».

Ese piadoso razonamiento, y quizás el temor de que se hiciera demasiado tarde, dieron aliento a la novia a todo lo largo de la ceremonia de vestirse, tras lo cual se le suministraron té fuerte y coñac en dosis alternas como medio para fortalecer sus débiles miembros y anduviese con paso más firme.

«¿Cómo te sientes ahora, cariño?», preguntó la Srta. Snevellicci.

«¡Oh, Lillyvick!», exclamó la novia... «¡Si supieras lo que estoy pasando por ti!».

«Claro que lo sabe, cariño, y jamás lo olvidará», dijo la Srta. Ledrook.

«¿Crees que no?», exclamó la Srta. Petowker, mostrando, en efecto, grandes capacidades histriónicas. «¿Oh, de veras lo crees? ¿Acaso crees que Lillyvick lo recordará siempre... siempre, siempre, siempre?».

No es posible saber adónde habría conducido este estallido sentimental si la Srta. Snevellicci no hubiera anunciado en aquel instante la llegada de la calesa, lo que sorprendió tanto a la novia que tuvo que sacudirse varios síntomas alarmantes que se estaban presentando con mucho vigor, y después de correr hasta el espejo para ajustarse el vestido, declaró, con suprema calma, que estaba lista para el sacrificio.

Consecuentemente, se la ayudó a entrar al coche, donde fue «apuntalada» (para usar la expresión de la Srta. Snevellicci) con constantes suministros de sales volátiles por la nariz, y de coñac por la boca, y otros estimulantes suaves de modo que pudiera llegar hasta la puerta de la casa del director, que ya había sido abierta por los dos hijos Crummles, que portaban escarapelas blancas y se habían arreglado con los más selectos y resplandecientes chalecos sacados del vestuario teatral. Gracias a los esfuerzos combinados de estos jóvenes y de las damas de honor, asistidos por el cochero, la Srta. Petowker fue al fin ayudada a subir, en condiciones de agotamiento extremo, al primer piso, donde, en cuanto se encontró con el juvenil novio, se desmayó con gran decoro.

«¡Henrietta Petowker!», dijo el recaudador, «Anímate, bella mía».

La Srta. Petowker agarró la mano del recaudador, pero la emoción le impedía el habla.

«¿Acaso estoy tan horrible, Henrietta Petowker?», dijo el recaudador.

«Oh, no, no, no», respondió la novia, «pero es que todos los amigos... los amigos queridos... de mis días juveniles... abandonarlos a todos... ¡es tan desgarrador!».

Después de esas expresiones de pesar, la Srta. Petowker procedió a enumerar a los queridos amigos de sus días juveniles uno por uno, y a llamar uno por uno a los que estaban presentes para que vinieran a abrazarla. Hecho esto, procedió a recordar que la Sra. Crummles había sido más que una madre para ella, y después de eso, que el Sr. Crummles había sido más que un padre para ella, y después, que los Crummles, hijos, y la Srta. Ninetta Crummles habían sido más que hermanos y hermanas para ella. Puesto que cada uno de estos variados recuerdos fue acompañado de una serie de abrazos, la cosa se extendió un rato largo, y se vieron obligados a desplazarse con mucha rapidez hacia la iglesia, por temor a llegar demasiado tarde.

La procesión consistió en dos calesas, en la primera de las cuales iban la Srta. Bravassa (la cuarta dama de honor), la Sra. Crummles, el recaudador y el Sr. Folair, que había sido escogido como padrino para la ocasión. En la otra viajaban la novia, el Sr. Crummles, la Srta. Snellicci, la Srta. Ledrook y el prodigio. Los trajes eran hermosos. Las damas de honor estaban totalmente cubiertas de flores artificiales, y el prodigio, en particular, casi no se veía, oculta por el invernadero portátil en el que la habían encerrado. La Srta. Ledrook, que era dada al romanticismo, llevaba en su pecho el retrato en miniatura de algún desconocido oficial de campo comprado días antes en una liquidación. Las otras damas exhibían varias piezas deslumbrantes de joyas de fantasía que casi parecían auténticas. Y la Sra. Crummles se presentó envuelta en una aureola de majestad severa y melancólica que provocó la admiración de todos cuantos la contemplaron.

Pero quizás de todos los miembros del grupo haya sido la apariencia del Sr. Crummles la más llamativa y apropiada. Este caballero, que hacía las veces de padre de la novia, llevó a la práctica la feliz y original idea de «caracterizarse» para su papel, ataviándose con una peluca de teatro marrón, del estilo y diseño de las que usaba el Rey George III, y vistiéndose, además, con un traje de época color rapé, medias grises de seda y zapatos de hebilla. Para apoyar mejor el personaje representado, decidió estar muy compungido y, por consiguiente, cuando entraron a la iglesia, los sollozos del padre amantísimo partían el corazón, al punto que el bedel de la iglesia sugirió que mejor pasaba a la sacristía y se tomaba un vaso de agua para tranquilizarse, antes de que comenzara la ceremonia.

La procesión por la nave lateral fue hermosa. La novia, con las cuatro damas de honor, formaba un grupo previamente arreglado y ensayado. El recaudador iba seguido por su padrino, que imitaba su andar y sus gestos, para indescriptible diversión de algunas amistades teatrales ubicadas en la galería.

El Sr. Crummles andaba con paso vacilante y débil. La Sra. Crummles avanzaba con ese andar teatral consistente en un paso largo alternado con un breve alto... era lo más consumado y experto que imaginarse pueda. La ceremonia concluyó rápidamente, y en cuanto todas las partes presentes firmaran el registro (propósito para el cual, al llegarle el turno, el Sr. Crummles limpió cuidadosamente un par de lentes inmensos y se los puso), regresaron a desayunar con muy buen ánimo. Y allí se encontraron a Nicholas a la espera del arribo de la comitiva.

«¡A ver ahí!», dijo Crummles, que había estado ayudando a la Sra. Grudden en los preparativos —de escala muy superior a lo que el recaudador hubiera deseado—, «¡desayuno, desayuno!».

No fue necesaria una segunda invitación. Los asistentes se agolparon y apretujaron en torno a la mesa lo mejor que pudieron, y empezaron a comer de inmediato: la Srta. Petowker se sonrojaba mucho cuando alguien la miraba, y comía mucho cuando nadie la miraba. Y el Sr. Lillyvick se puso manos a la obra como quien, impulsado por una imperturbable determinación, y puesto que le tocaba a él pagar por el banquete, dejaría a los Crummles tan poco como fuera posible para comer después.

«Se termina muy rápido, señor, ¿no es verdad?», le preguntó el Sr. Folair al recaudador, inclinándose sobre la mesa para hablarle.

«¿Qué termina muy rápido, señor?», le devolvió el Sr. Lillyvick.

«El amarre... eso de atarse a una esposa», respondió el Sr. Folair. «No se tarda mucho, ¿eh?».

«No, señor», respondió el Sr. Lillyvick, sonrojándose. «No se tarda mucho. ¿Y qué más, señor?».

«¡Oh!, nada», dijo el actor. «Tampoco se tarda mucho en ahorcarse, ¿eh? ¡Ja, ja!».

El Sr. Lillyvick dejó descansar sobre la mesa el cuchillo y el tenedor, y miró a su alrededor con indignada sorpresa.

«¡Ahorcarse!», repitió el Sr. Lillyvick.

Todos fueron sobrecogidos por un profundo silencio, pues el Sr. Lillyvick tenía una expresión de dignidad indescriptible.

«¡Ahorcarse!», exclamó una vez más el Sr. Lillyvick. «¿Acaso mediante esa comparación se intenta trazar un paralelo entre el matrimonio y la horca?».

«El dogal, usted sabe», dijo el Sr. Folair, un poco alicaído.

«¿El dogal, señor?», replicó el Sr. Lillyvick. «¿Hay algún hombre que se atreva a hablarme de un dogal, y de Henrietta Pe...».

«Lillyvick», sugirió el Sr. Crummles.

«... y de Henrietta Lillyvick en la misma oración?», dijo el recaudador. «En esta casa, en presencia del Sr. y de la Sra. Crummles, que criaron una familia de talento y virtud, crecida en forma de bendiciones y prodigios, y todo lo demás, ¿acaso tendremos que oír hablar de dogales?».

«Folair», dijo el Sr. Crummles, considerando que era cuestión de decencia intervenir, por haber sido mencionados él y su compañera en esta última alocución, «me asombras».

«¿Por qué la toman conmigo de esta forma?», protestó el infortunado actor. «¿Qué es lo que he hecho?».

«¡Hecho, señor!», exclamó el Sr. Lillyvick, «le asestó un golpe a la estructura misma de la sociedad...».

«Y a los mejores y más tiernos sentimientos», añadió Crummles, que tuvo una recaída en el personaje del viejo amantísimo.

«Y a los más encumbrados y estimables de todos los vínculos sociales», dijo el recaudador. «¡Dogal! ¡Como si a uno lo capturaran y lo atraparan en el estado matrimonial agarrado por el cuello, y no ingresara en él por propia voluntad, para acceder a la gloria!».

«No quise en modo alguno sugerir que usted hubiera sido capturado y atrapado, y agarrado por el cuello», respondió el actor. «Lo lamento. Es todo lo que puedo decir».

«Claro que debe lamentarlo, señor», replicó el Sr. Lillyvick; «y me agrada oír que conserva usted aún sentimientos suficientes como para lamentarse».

Puesto que la disputa parecía concluida con esta respuesta, la Sra. Lillyvick consideró que había llegado la ocasión más apropiada (puesto que ya la atención de los presentes no estaba distraída por otros asuntos) para romper a llorar y requerir la asistencia de las cuatro damas de honor, la cual le fue prestada de inmediato, aunque no sin cierta confusión, pues, por ser pequeña la habitación, y largo el mantel, todo un destacamento de platos se vino al suelo al primerísimo movimiento. No obstante, y a pesar de esta circunstancia, la Sra. Lillyvick se negó a que la consolaran hasta que los beligerantes prometiesen que la disputa no iría más allá, lo cual estos hicieron después de una muestra suficiente de renuencia, momento a partir del cual el Sr. Folair permaneció encerrado en un silencio malhumorado, contentándose con pellizcar la pierna de Nicholas cada vez que se decía cualquier cosa, a fin de expresar así su desprecio tanto por el que hablaba como por los sentimientos que ponía de manifiesto.

Se pronunciaron un gran número de discursos, algunos de ellos por Nicholas, y otros por Crummles, y otros por el recaudador; dos por los Crummles hijos, en respuesta a los agradecimientos que se les hicieran, y uno por el prodigio, en nombre de las damas de honor: durante este último, la Sra. Crummles derramó abundantes lágrimas. También hubo algunas canciones interpretadas por la Srta. Ledrook y la Srta. Bravassa, y con toda probabilidad habría habido más, si el conductor de la calesa, que esperaba para transportar a la feliz pareja al punto desde el cual abordarían un buque de vapor hasta Ryde, no les hubiera enviado un mensaje perentorio para comunicarles que, si no partían de inmediato, les exigiría sin falta dieciocho peniques adicionales a la tarifa acordada.

Esta drástica amenaza tuvo el efecto de desbaratar la fiesta. Después de un adiós sumamente patético, el Sr. Lillyvick y su novia partieron hacia Ryde, donde debían pasar los dos días siguientes en profundo retiro, y adonde fueron acompañados por la niña, que había sido nombrada dama de honor acompañante a solicitud expresa del Sr. Lillyvick, puesto que la gente del vapor, confundidos por su tamaño, la iban a transportar (tal como se comprobaba previamente) a mitad de precio.

Puesto que aquella noche no había función, el Sr. Crummles declaró su intención de proseguir hasta agotar todo lo que había para beber. Pero como Nicholas debía interpretar el papel de Romeo por primera vez a la noche siguiente, el joven se las ingenió para realizar una huida discreta en medio de un momento confuso, motivado por la inesperada aparición de fuertes síntomas de embriaguez en la conducta de la Sra. Grudden.

Nicholas fue conducido a ese acto de desertión no solo por sus propias inclinaciones, sino también por causa de su ansiedad respecto a Smike, que tenía que representar el papel del boticario en la obra y seguía siendo incapaz de meterse en la cabeza nada que no fuese el concepto general de que el boticario estaba muy hambriento, lo cual —quizás debido a viejos recuerdos— había asumido con grandes aptitudes histriónicas.

«No sé qué hacer, Smike», dijo Nicholas, apartando el libreto. «Me temo que no puedes aprendértelo, pobrecito».

«Me temo que no», dijo Smike, sacudiendo la cabeza. «Pero creo que si usted... no, eso sería mucho trabajo».

«¿Qué cosa?», preguntó Nicholas. «No te preocupes por mí».

«Creo», dijo Smike, «que si usted me lo siguiera repitiendo en frasecitas cortas, una y otra vez, podría aprendérmelo de oírsele a usted».

«¿Tú crees?», exclamó Nicholas. «Bien dicho. Veamos quién se cansa primero. No seré yo, Smike, tenlo por seguro. Así que adelante. “¿Quién llama tan fuerte?”».

«¿Quién llama tan fuerte?», dijo Smike.

«¿Quién llama tan fuerte?», dijo Nicholas.

«¿Quién llama tan fuerte?», dijo Smike.

Y así continuaron preguntándose el uno al otro quién llamaba tan fuerte, una y otra vez. Y cuando Smike se lo sabía de memoria, Nicholas fue a otra

oración, y luego a dos a la vez, y luego a tres, etcétera, hasta que a la medianoche el pobre Smike descubrió, para su indescriptible alegría, que realmente empezaba a recordar algo del texto.

Temprano en la mañana volvieron a lo mismo, y Smike, que estaba más confiado por el progreso que ya había hecho, avanzó con mayor rapidez y con mejor disposición. En cuanto empezó a decir las palabras con bastante libertad, Nicholas le mostró cómo tenía que entrar, apretándose el estómago con ambas manos, y cómo tenía que frotárselo de vez en cuando, según la forma establecida para significar, en teatro, que uno tiene hambre. Después del ensayo matutino volvieron a ponerse a trabajar, y solo pararon para ingerir apresuradamente algún alimento, y así hasta que, ya de noche, fue hora de dirigirse al teatro.

Jamás un maestro tuvo un alumno más deseoso, humilde y dócil. Jamás un alumno tuvo un maestro más paciente, incansable, considerado y de buen corazón.

En cuanto se vistieron, y en cada intervalo cuando no estaba en escena, Nicholas renovaba sus instrucciones. Así, salieron adelante muy bien. El Romeo fue recibido con fuertes aplausos y aprobación sin límites, y Smike fue unánimemente declarado, por público y actores, como el mismísimo príncipe y prodigio de los boticarios.

CAPÍTULO 26

ESTÁ CARGADO DE ALGUNOS PELIGROS PARA LA PAZ MENTAL DE LA SRTA.

NICKLEBY

El sitio era un hermoso conjunto de habitaciones en unos apartamentos privados de la Calle Regent. La hora, las tres de la tarde para los sosos y laboriosos, y las primeras horas de la mañana para los alegres y espirituosos. Las personas eran Lord Frederick Verisopht y su amigo *Sir Mulberry Hawk*.

Estos distinguidos caballeros se hallaban lánguidamente reclinados sobre un par de sofás, y entre ellos había una mesa en la que aparecían dispersos, en exquisita confusión y sin tocar, los componentes de un desayuno. Por el piso de la habitación había periódicos esparcidos, pero —al igual que a la comida— nadie les hacía caso. Sin embargo, aquello no se debía a que alguna efusiva conversación impidiera a la atención dirigirse hacia los diarios, pues entre los dos no fluía siquiera una palabra, ni se profería sonido alguno, salvo cuando uno de ellos, cambiando de posición para encontrar mejor sitio de descanso a la adolorida cabeza, emitía una exclamación de impaciencia, y parecía de este modo transmitir nuevos motivos de desasosiego a su acompañante.

Estas apariencias, por sí solas, habrían bastado para dar buenos indicios de hasta dónde había llegado el libertinaje de la noche anterior, aunque no hubieran existido otras señales de la magnitud de la juerga. Un par de bolas de billar llenas de fango y suciedad, dos sombreros maltrechos, una botella de champaña con un guante retorcido y lleno de lodo alrededor del cuello para permitir mejor agarre, usada en calidad de arma ofensiva; un bastón roto; un estuche de barajas sin tapa; una billetera vacía; un estuche de reloj hecho añicos; un puñado de monedas de plata mezcladas con fragmentos de puros a medio fumar, con sus cenizas rancias y deshechas... estas, y muchas otras muestras de orgía y desórdenes insinuaban de modo inequívoco la naturaleza del jolgorio que había tenido lugar la noche anterior.

El primero en hablar fue Lord Frederick Verisopht. Dejando caer al suelo un pie calzado con una zapatilla y bostezando pesadamente, luchó por adoptar una postura sentada al tiempo que volvía una mirada apagada y lánguida hacia su amigo, al que llamó con voz soñolienta.

«¡Hola!», respondió *Sir Mulberry*, volviéndose.

«¿Acaso vamos a permanecer echados aquí todo el día?», preguntó el lord.

«No estoy seguro de que sirvamos para algo más», respondió *Sir Mulberry*, «al menos por el momento. No me queda ni una gota de vida adentro esta mañana».

«¡Vichi!», exclamó Lord Verisopht. «Siento como si no hubiera nada tan cómodo y confortable como morir de inmediato».

«Entonces, ¿por qué no te mueres?», dijo *Sir Mulberry*.

Y al hacer esa pregunta volvió la cabeza y pareció concentrado en un intento por dormirse.

Su iluso amigo y discípulo acercó una silla a la mesa con intenciones de comer. Pero, al descubrir que le era imposible hacerlo, deambuló hasta la ventana y después se puso a zanganear por toda la habitación con la mano en su afiebrada cabeza antes de —finalmente— volverse a tirar sobre el sofá y a despertar una vez más a su amigo. «¿Qué diablos te pasa?», gruñó *Sir Mulberry*, sentándose en el sofá.

Aunque *Sir Mulberry* dijo eso con bastante mal humor, no pareció hallarse totalmente cómodo permaneciendo en silencio, pues después de estirarse varias veces, y de declarar, con un estremecimiento, que hacía un «frío infernal», hizo un intento de aproximación al desayuno más exitoso que el de su amigo menos experto, y se mantuvo allí.

«¿Y bien?», dijo *Sir Mulberry*, haciendo una pausa con un bocado en la punta del tenedor, «Y qué tal si regresamos al tema de bebé Nickleby, ¿eh?».

«¿Qué bebé Nickelby, el prestamista o la mocita?», preguntó Lord Verisopht.

«Ya veo que te burlas», respondió *Sir Mulberry*. «La chica, por supuesto». «Prometiste informarme sobre ella», dijo Lord Verisopht.

«Sí, es cierto», prosiguió su amigo, «pero después lo pensé mejor. Tú no confías en mí en este negocio... así que infórmate tú mismo al respecto».

«No-o», replicó Lord Verisopht.

«Pues te digo yo que sí», le devolvió su amigo. «Tú mismo lo averiguarás. Y no pienses que quiero decir cuando buenamente puedas... Sé muy bien, y también tú lo sabes, que si lo dejo en tus manos, nunca lograrás siquiera verla

sin mi ayuda. No. Digo que tú te informarás sobre ella —lo harás— y que yo te encaminaré en esa dirección». «¡Epa!, Que me muera ahora mismo si no eres un amigo cabal, un *endiablado* amigo de verdad, de cuerpo entero», dijo el joven lord, a quien el discurso de Mulberry había producido un efecto muy vivificador.

«Te diré cómo», dijo *Sir Mulberry*. «Ella fue a aquella cena de carnada para ti». «¡No!», exclamó el joven Lord. «¿Qué dem...?».

«De carnada para ti», repitió su amigo; «me lo dijo el viejo Nickleby en persona». «¡El gallo viejo!», exclamó Lord Verisopht, «¡Qué redomado pícaro!».

«Sí», dijo *Sir Mulberry*, «él sabía bien que la criaturita era lista...».

«¡Lista!», lo interrumpió el joven lord. «Te juro, Hawk, que esa mujer es una belleza perfecta... una... una pintura, una estatua, un... un... ¡palabra que lo es!».

«Bah», respondió *Sir Mulberry*, encogiéndose de hombros y manifestando indiferencia, sincera o no; «es cuestión de gustos; si el mío no concuerda con el tuyo, tanto mejor».

«¡Demonios!», razonó el lord, «en cualquier caso, tú te comportaste de un modo bastante íntimo con ella aquel día. Yo casi no pude hacerme oír».

«Por una vez pase, por una vez pase», respondió *Sir Mulberry*; «pero no vale la pena volver a hacer de nuevo el galán. Si deseas seriamente informarte sobre la sobrina, dile al tío que tienes que averiguar dónde vive, y cómo vive, y con quién, o dejarás de ser cliente suyo. Enseguida te lo dirá».

«¿Por qué no me dijiste eso antes», preguntó Lord Verisopht, «en vez de dejarme arder, consumirme y arrastrar una existencia miserable durante toda una eternidad?». «En primer lugar, lo desconocía», respondió *Sir Mulberry* descuidadamente; «y en segundo lugar no creí que hablaras tan en serio».

Ahora bien, la verdad era que, en el intervalo transcurrido desde la cena en casa de Ralph Nickleby, *Sir Mulberry Hawk* había estado tratando por todos los medios a su alcance de descubrir de dónde había salido Kate tan de repente, y adónde había corrido a ocultarse. No obstante, sin ayuda de Ralph, con quien no había vuelto a comunicarse desde que se separaran, enojados, en aquella ocasión, todos sus esfuerzos fueron totalmente en vano, y, por lo tanto había tomado la determinación de hacerle saber al joven lord la sustancia de la confesión que le había sacado al benemérito. A esto lo empujaban varias consideraciones, entre las cuales la certeza de confirmar si el débil joven lo sabía no era, decididamente, la menos importante, aunque el deseo de volver a encontrarse con la sobrina del usurero, y usar sus mejores artes para rebajar su

orgullo, y vengarse por su desprecio, ocupaba el más alto sitio en sus pensamientos. Era un curso de acción político, y que no podía dejar de resultar en provecho suyo desde todo punto de vista, pues la mera circunstancia de haberle extraído a Ralph Nickleby su verdadero propósito al introducir a su sobrina en semejante sociedad, sumado a su extremo desinterés al comunicárselo tan libremente a su amigo, no podía dejar de obrar en su beneficio, y de facilitar enormemente el traspaso del dinero (con mayor asiduidad y rapidez) de los bolsillos de Lord Frederick Verisopht a los de *Sir Mulberry Hawk*.

Así razonaba *Sir Mulberry*, y consecuente con ese razonamiento él y su amigo se encaminaron poco después a casa de Ralph Nickleby con vistas a dar inicio a un plan de operaciones concertado por el propio *Sir Mulberry*, según su declaración, para coadyuvar al objetivo de su amigo, pero en realidad para conseguir el suyo propio.

Hallaron a Ralph en casa, y solo. Al conducirlos al salón, el recuerdo de la escena que tuviera lugar allí pareció acudir a su mente, pues echó una mirada interrogante a *Sir Mulberry*, a la que este respondió con una sonrisa displicente.

Sostuvieron un breve diálogo sobre algunos asuntos de dinero, apenas concluido el cual el cándido lord (siguiendo las instrucciones de su amigo) pidió con cierta turbación hablar con Ralph a solas.

«¿A solas, eh?», exclamó *Sir Mulberry*, fingiendo sorpresa. «Oh, muy bien. Me iré a la habitación contigua. Solo pido que no tarden mucho, eso es todo».

Tras decir esto *Sir Mulberry* tomó su sombrero y, tarareando un fragmento de una canción, desapareció por la puerta que comunicaba los dos salones, y la cerró tras de sí.

«Bien, mi lord», dijo Ralph, «¿de qué se trata?».

«Nickleby», dijo su cliente, desparramándose cuan largo era en el sofá en el que antes había estado sentado, como para acercar más sus labios al oído del anciano, «¡qué hermoso ser es su sobrina!».

«¿Usted cree, mi lord?», respondió Ralph. «Quizás... quizás... pero no ocupo mi cabeza con tales asuntos».

«Usted sabe que es una chica endemoniadamente bella», dijo el cliente. «Usted debe saberlo, Nickleby. Vamos, no lo niegue».

«Sí, creo que así la consideran», respondió Ralph. «Realmente lo es. Si no lo creyera, bastaría su autoridad en ese campo, y su gusto, mi lord, que es en todos los aspectos, ya lo creo, realmente innegable».

Solo el joven al que fueron dirigidas estas palabras podía haber sido sordo al tono de burla en que fueron pronunciadas o ciego al gesto de desprecio que las acompañó. Pero Lord Frederick Verisopht fue tanto lo uno como lo otro, y las tomó como un elogio.

«Vaya», dijo, «*quinzá* usted tenga un poco de razón y *quinzá* esté un poco equivocado... un poco de ambas cosas, Nickleby. Quiero saber dónde vive esa belleza, para poder echarle otra ojeada, Nickleby».

«En verdad...», comenzó Ralph en su tono habitual.

«No hable tan alto», exclamó el otro, logrando repetir hasta un extremo milagroso la lección aprendida. «No quiero que Hawk lo oiga».

«Usted sabe que él es su rival, ¿verdad?», dijo Ralph, mirándolo con penetración.

«Siempre lo es, maldito sea», respondió el cliente, «y quiero llevarle la delantera. ¡Ja, ja, ja! Se va a poner furioso, Nickleby, de que hayamos hablado sin estar él presente. ¿Dónde vive ella, Nickleby? Eso es todo. Solo dígame dónde vive, Nickleby».

«Está picando», pensó Ralph. «Está picando».

«¿Eh, Nickleby, eh?», prosiguió el cliente. «¿Dónde vive?».

«Verdaderamente, mi lord», dijo Ralph, frotándose lentamente las manos, «debo pensarlo antes de decírselo».

«No, nada de eso, Nickleby. Nada de pensarlo», respondió Verisopht. «¿Dónde vive?».

«Nada bueno puede traer que usted lo sepa», respondió Ralph. «Ella ha sido criada en la virtud. Ciertamente es hermosa, pobre y desvalida... pobre chica, pobre chica».

Ralph pronunció este breve resumen sobre la situación de Kate como apenas recapitulando en su propia mente, y sin la intención de hablar en voz alta. Pero la mirada astuta y maliciosa que dirigió a su interlocutor al hablar desmentía esa errónea conclusión.

«Le aseguro que solo deseo verla», exclamó su cliente. «Un hombre puede mirar a una mujer bonita sin causar daño, ¿no? ¡A ver!, ¿dónde vive? Usted sabe que está haciendo una fortuna conmigo, Nickleby, y le juro que, si me lo dice, nada en el mundo me hará recurrir a otra persona».

«Puesto que usted me lo promete, mi lord», dijo Ralph, con fingida renuencia, «y puesto que estoy muy ansioso por complacerlo, y puesto que ello no hará ningún daño... ningún daño... se lo diré. Pero más vale que se lo guarde para sí, mi lord. Estrictamente para sí». Ralph señaló en dirección a la

habitación contigua al hablar, haciendo un expresivo gesto de asentimiento con la cabeza.

Como el joven lord fingía ser igualmente consciente de la necesidad de esa precaución, Ralph le reveló la dirección actual y la ocupación de su sobrina, haciéndole notar que, a juzgar por lo que había oído, la familia parecía muy deseosa de tener relaciones distinguidas, y que un lord podría, sin duda, introducirse con gran facilidad, si se lo propusiera.

«Ya que su único objetivo es volver a verla», dijo Ralph, «podría realizarlo por ese medio en cualquier momento que elija».

Lord Verisopht agradeció la insinuación dando muchos apretones a la mano dura y callosa de Ralph y susurrando que ya debían concluir la conversación, de modo que llamaron a *Sir Mulberry Hawk* para que regresase.

«Pensé que se habían acostado a dormir», dijo *Sir Mulberry* al reaparecer con aspecto malhumorado.

«Lamento haberlo retenido», respondió el simplón, «pero *Nickleby* ha estado tan sorprendentemente cómico que no podía abandonarlo».

«No, no», dijo Ralph; «fue en realidad su señoría. Ya sabe usted qué hombre tan ingenioso, humorista, elegante y avezado es Lord Frederick. Cuidado con el escalón, mi lord... *Sir Mulberry*, por favor, déjelo pasar».

Con estas y otras cortesías, muchas exageradas reverencias y la misma expresión fría de burla y desprecio en el rostro todo el tiempo, Ralph se ocupó de guiar a sus visitantes escaleras abajo, sin manifestar —salvo por un levísimo rictus en las comisuras de los labios— indicio alguno de respuesta a la mirada de admiración con la que *Sir Mulberry Hawk* parecía alabarlo por ser un canalla tan experto y consumado.

Unos momentos antes la campana había sonado, y Newman Noggs había acudido a abrir justo cuando ellos llegaron al vestíbulo. Según el proceder rutinario, Newman habría invitado en silencio a pasar al recién llegado, o bien le habría pedido que se apartara para que los caballeros saliesen. Pero en cuanto vio de quién se trataba, como por algún motivo oculto suyo, se alejó atrevidamente de la costumbre establecida en la mansión de Ralph en horas laborables, y, mirando en dirección al respetable trío que se aproximaba, exclamó en voz alta y sonora: «¡La Sra. *Nickleby*!».

«¡La Sra. *Nickleby*!», exclamó *Sir Mulberry Hawk* cuando su amigo miró hacia atrás para clavarle la vista en el rostro.

En efecto, era esa inocente dama que, habiendo recibido una oferta dirigida al dueño por la casa vacía del barrio financiero, la traía a toda prisa y

sin demora al Sr. Nickleby.

«No es nadie que ustedes conozcan», dijo Ralph, dirigiéndose a los caballeros. «Pase a la oficina, mi... mi... cariño. Estaré con usted de inmediato».

«¡Nadie a quien yo conozca!», exclamó *Sir Mulberry Hawk*, aproximándose a la asombrada dama. «¿Es esta Sra. Nickleby... la madre de la Srta. Nickleby... ese ser encantador que tuve la alegría de conocer en esta casa la última vez que cené aquí? Pero no», dijo *Sir Mulberry*, deteniéndose en seco. «No, no puede ser. Las mismas facciones, el mismo aire indescriptible de... Pero no, no. Esta dama es demasiado joven para eso».

«Creo que puede decirle al caballero, cuñado, si le interesa saberlo», dijo la Sra. Nickleby, respondiendo al cumplido con una elegante inclinación, «que Kate Nickleby es mi hija».

«¡Su hija, mi lord!», exclamó *Sir Mulberry*, volviéndose hacia su amigo. «La hija de esta señora, mi lord».

«¡Mi lord!», pensó la Sra. Nickleby. «¡Caramba, yo nunca...!».

«Entonces, mi lord», dijo *Sir Mulberry*, «esta es la dama a cuyo bienhadado matrimonio debemos tanta felicidad. Esta dama es la madre de la dulce Srta. Nickleby. ¿Observa usted el extraordinario pareado, mi lord? Nickleby... preséntenos».

Ralph lo hizo, con una especie de desesperación.

«¡Dios me valga!, es un encanto», dijo Lord Frederick, sumándose a la situación, «¿y cómo andamos?».

La Sra. Nickleby estaba demasiado excitada por esos saludos desacostumbradamente amables y por la desdicha de no llevar puesta su otra cofia como para poder responder de inmediato, de modo que siguió inclinándose y sonriendo, y delatando su gran nerviosismo.

«¿Y-yy cómo está la Srta. Nickleby?», dijo Lord Frederick. «¿Bien, espero?».

«Está muy bien, muchas gracias, mi lord», le devolvió la Sra. Nickleby, recuperándose. «Muy bien. No estuvo bien durante varios días después de cenar aquí, supongo que atrapó un catarro en ese coche de alquiler de regreso a casa. Los coches de alquiler, mi lord, son algo tan malo que casi es mejor caminar a la hora que sea, pues la mayoría de conductores son tan imprudentes que casi todos ellos tienen las ventanillas rotas. Una vez tuve el rostro hinchado durante seis semanas, mi lord, por subirme a un coche de alquiler... creo que era un coche de alquiler», dijo la Sra. Nickleby, reflexionando, «aunque no estoy del todo segura de que no fuese un carruaje».

En todo caso, sé que era verde oscuro, con un número muy largo, que comenzaba con un cero y terminaba con un nueve... no, comenzaba con un nueve y terminaba con un cero, eso es, y, claro, la gente de la oficina de recaudación de inmediato sabrían si era un coche o un carruaje si uno les pregunta... la cuestión es que allí estaba, con una ventanilla rota, y yo con la cara hinchada seis semanas... creo que era el mismo coche de alquiler que, según descubrimos después, tenía la parte de arriba abierta todo el tiempo, y jamás lo habríamos sabido si no nos hubieran cobrado un chelín adicional la hora por tenerla abierta, lo cual parece estar previsto por la ley, o estaba previsto entonces, y una ley muy vergonzosa debía ser... no entiendo del tema, pero yo diría que las leyes del maíz no eran nada comparadas con ese proyecto de ley parlamentaria».

Sintiéndose a estas alturas bastante agotada, la Sra. Nickleby se detuvo tan abruptamente como comenzara, y repitió que Kate estaba muy bien. «En verdad», dijo la Sra. Nickleby, «no creo que jamás haya estado mejor, desde que tuvo la tos ferina, la escarlatina y el sarampión, todo junto, ¿qué quieren que les diga?».

«¿Esa carta es para mí?», gruñó Ralph, señalando el paquetito que la Sra. Nickleby sostenía en su mano.

«Para usted, cuñado», respondió la Sra. Nickleby, «y he venido a pie hasta aquí expresamente para dársela».

«¡Ha venido a pie hasta aquí!», exclamó *Sir* Mulberry, aprovechando la oportunidad de descubrir de dónde había venido la Sra. Nickleby. «¡Qué horror, desde tan lejos! ¿Cuánto sería?».

«¡Que cuánto sería!», dijo la Sra. Nickleby. «A ver. Hay poco más de kilómetro y medio desde nuestra casa hasta la cárcel Old Bailey».

«No, no. No puede ser tanto», protestó *Sir* Mulberry.

«¡Oh! Sí, tanto», dijo la Sra. Nickleby. «Que lo diga su señoría».

«Yo diría, decididamente, que hay poco más de kilómetro y medio», observó Lord Frederick, con aspecto solemne.

«Tiene que haberlo; no puede ser ni un metro menos», dijo la Sra. Nickleby. «Bajar por toda la calle Newgate, bajar toda Cheapside, subir toda la Calle Lombard, bajar por la Calle Gracechurch, a todo lo largo de la Calle del Támesis, hasta el Muelle de Spigwiffin. ¡Oh! Es poco más de kilómetro y medio».

«Sí, pensándolo bien, diría que sí», respondió *Sir* Mulberry. «Pero, ¿usted no pensará regresar caminando todo ese trecho?».

«Oh, no», respondió la Sra. Nickleby. «Regresaré en autobús. Yo no iba por ahí viajando en autobús cuando mi pobre querido Nicholas vivía, cuñado. Pero como están las cosas, ya sabe usted...».

«Sí, sí», respondió Ralph con impaciencia, «y más vale que regrese antes de que anochezca».

«Gracias, cuñado, sí, más vale», repuso la Sra. Nickleby. «Creo que será mejor que me despida de inmediato».

«¿No esperará un poco para... descansar?», dijo Ralph, que casi nunca ofrecía algún refrigerio a no ser que fuera a sacar de ello algún provecho.

«Oh, ay, no», respondió la Sra. Nickleby mirando el reloj de pared.

«Lord Frederick», dijo *Sir Mulberry*, «vamos en la misma dirección que la Sra. Nickleby. ¿La acompañamos hasta el autobús?».

«Por supuesto. S-sí».

«¡Oh! Ni hablar, de ninguna manera, ¡cómo se le ocurre!», dijo la Sra. Nickleby.

Pero *Sir Mulberry Hawk* y *Lord Verisopht* insistieron en su cortesía y, abandonando a Ralph, quien parecía pensar —no sin razón— que era menos ridículo mantenerse como espectador que pasar a ser actor de esta función, se alejaron de la casa escoltando a la Sra. Nickleby. La buena señora estaba en un estado de perfecto éxtasis, debido no menos a las atenciones que le prodigaban dos caballeros con título, que al convencimiento de que ahora Kate tendría dónde escoger, entre al menos dos grandes fortunas y dos intachables esposos.

Mientras en aquel instante ella se dejaba arrastrar por una irresistible sucesión de pensamientos, conectados todos ellos con la futura grandeza de su hija, *Sir Mulberry Hawk* y su amigo, intercambiando miradas por encima de la cofia que la pobre señora tanto lamentó no haber dejado en casa, procedieron a abundar, arrobados, en las múltiples perfecciones de la Srta. Nickleby.

«Qué delicia, qué consuelo, qué felicidad debe ser para usted ese adorable ser», dijo *Sir Mulberry*, modulando su voz con señales de los más afectuosos sentimientos.

«Ya lo creo que lo es, señor», respondió la Sra. Nickleby; «es la criatura más dulce y de corazón más bondadoso... ¡y de tanto ingenio!».

«Parece muy *ingeniosa*», dijo *Lord Verisopht*, con el aspecto de un experto en ingenio.

«Le aseguro que lo es, mi lord», retrucó la Sra. Nickleby. «Cuando estaba en la escuela en Devonshire, se la tenía universalmente, sin discusión, por la

chica de mayor ingenio de ese establecimiento, y eso que había muchas otras inteligentes, a decir verdad... veinticinco jóvenes, cincuenta guineas al año sin los etcéteras, las dos Srtas. Dowdies, los seres más exquisitos, elegantes y fascinantes... ¡oh, ay!», dijo la Sra. Nickleby, «jamás olvidaré la alegría que nos daba a mí y a su pobre querido papá cuando estaba en esa escuela, nunca... ¡una carta tan encantadora cada semestre para decirnos que era la mejor alumna de todo el plantel, y que adelantaba más que ninguna otra! Casi no soporto pensar en eso, incluso ahora. Las chicas escribían ellas mismas todas las cartas», agregó la Sra. Nickleby, «y el maestro de escritura las retocaba después con una lupa y pluma de plata. Al menos creo que ellas las escribían, aunque Kate nunca estuvo muy segura de ello, porque no reconocía su escritura. Pero en cualquier caso, sé que era una circular que todas ellas copiaban, y, claro, era algo muy grato... muy grato».

Con recuerdos similares la Sra. Nickleby entretuvo el tedio del camino, hasta que llegaron al autobús, que la extrema cortesía de sus nuevos amigos no les permitió abandonar hasta que el vehículo se puso en marcha, momento en el que ellos, besando sus guantes de cabritilla color paja se quitaron completamente sus sombreros —«completamente», aseguraría después de manera solemne la Sra. Nickleby en muchas ocasiones subsiguientes— hasta que hubieron desaparecido de su vista.

La Sra. Nickleby se reclinó en el rincón de un extremo del vehículo y, cerrando los ojos, se abandonó a una multitud de agradables meditaciones. Kate nunca había dicho nada de que hubiera conocido a ninguno de esos caballeros. «Eso», pensó, «indica que está fuertemente predispuesta a favor de uno de ellos». Entonces surgió la pregunta: ¿Cuál de los dos podría ser? El lord era el más joven, y su título era ciertamente el más magnífico. Pero de todas formas Kate no era el tipo de muchacha que pudiera ser influida por consideraciones de esa índole. «Jamás ejerceré fuerza alguna sobre sus inclinaciones», dijo la Sra. Nickleby para sí, «pero juro que no creo que haya comparación entre su señoría y *Sir Mulberry*... *Sir Mulberry* es un ser tan caballeroso y atento, con esos modales, un hombre tan bueno, y tiene tantas virtudes. Espero que sea *Sir Mulberry*... ¡creo que tiene que ser *Sir Mulberry*!». Y entonces sus pensamientos volaron de regreso a sus antiguas predicciones, y a la cantidad de veces que había dicho que Kate, sin fortuna, tendría un mejor casamiento que las hijas de otras personas con miles de libras. Y cuando se puso a pensar, con el lustre que adiciona la imaginación de una madre, en toda la gracia y belleza de la pobre chica que de tan buen

talante había luchado con su nueva vida de infortunio y aflicciones, el corazón se le hinchó, y las lágrimas le corrieron por el rostro.

Mientras tanto, Ralph caminaba de un lado a otro de su oficina del fondo, con la mente preocupada por lo que acababa de ocurrir. Decir que Ralph amaba o quería —en la más ordinaria acepción de esos términos— a cualquiera de las criaturas de Dios, sería la más insensata ficción. Sin embargo, de algún modo lo visitaba de vez en cuando un pensamiento acerca de su sobrina que estaba teñido de compasión y lástima. A través de la nube sombría de aversión o indiferencia que, a su vista, oscurecía a hombres y mujeres, en el caso de ella existía un tenue brillo de luz —cuando menos, un debilísimo y enfermizo rayito— pero allí estaba, y mostraba a la pobre chica bajo un aspecto mejor y más puro que el que él había logrado advertir hasta ahora en la naturaleza humana.

«Desearía», pensó Ralph, «no haber hecho esto jamás. Y sin embargo, me garantizaré al chico, mientras se pueda hacer plata con él. Vender a una chica... arrojarla al camino de la tentación, y del insulto, y del torpe discurso. Sin embargo, hasta ahora él me va dejando una ganancia de casi dos mil libras. ¡Bah! Las madres que buscan un buen partido para sus hijas hacen lo mismo todos los días».

Se sentó y contó las posibilidades, a favor y en contra, con los dedos.

«Si no les hubiera indicado el camino hoy», pensó Ralph, «esta tonta mujer lo habría hecho. Vaya. Si su hija es tan fiel a sí misma como parecería, a juzgar por lo visto, ¿qué daño podría haber? Un poco de guasa, un poco de humillación, un poco de lágrimas. Sí», dijo Ralph, en voz alta, mientras cerraba su caja fuerte. «Ella tiene que correr su riesgo. Le corresponde correrlo».

CAPÍTULO 27

LA SRA. NICKLEBY TRABA CONTACTO CON LOS SEÑORES PYKE Y PLUCK, CABALLEROS QUE MANIFIESTAN UNA CORDIALIDAD Y UN INTERÉS SIN LÍMITES

Hacía mucho tiempo que la Sra. Nickleby no se sentía tan orgullosa e importante como cuando, al llegar a casa, se entregó de lleno a las agradables visiones que la acompañaran en su camino hasta allí. *Lady Mulberry Hawk*... esa era la idea prevaleciente. ¡*Lady Mulberry Hawk*...! El martes pasado, en la calle St. George, Plaza Hanover, oficiando como reverendo el Obispo de Llandaff, contrajeron nupcias *Sir Mulberry Hawk*, del Castillo de Mulberry, Gales septentrional, y Catherine, hija única del fallecido Señor Don Nicholas Nickleby, de Devonshire. «¡Ay, Dios mío!», exclamó la Sra. Nickleby, «¡qué bien suena!».

Una vez resuelta la ceremonia, con sus correspondientes festejos, a la perfecta satisfacción de su mente, la madre optimista se pintó en la imaginación una larga sucesión de honores y distinciones que no podían dejar de acompañar a Kate en su nueva y brillante existencia. Por supuesto, sería presentada en la Corte. El día de su cumpleaños, que es el diecinueve de julio («a las tres y diez de la madrugada», pensó la Sra. Nickleby en un paréntesis, «pues recuerdo haber preguntado qué hora era»), *Sir Mulberry* daría una gran fiesta para todos sus inquilinos, y les devolvería el tres y medio por ciento de sus rentas del último semestre, lo que sería registrado y descrito en los diarios, en la sección de alta sociedad, para deleite y admiración inconmensurables de todos los que lo leyeran. El retrato de Kate también aparecería en al menos media docena de anales, y en la página opuesta se leería, en delicadas letras, «escrito a propósito de la contemplación de un retrato de *Lady Mulberry Hawk*», por *Sir Dingleby Dabber*. Tal vez algún anal, de perfil más amplio que sus similares, podría incluso publicar un retrato de la madre de *Lady Mulberry Hawk*, con algunas líneas escritas por el padre de *Sir Dingleby Dabber*. Cosas menos probables habían llegado a acontecer. Ocurriéndoselo a la buena señora esa idea, su rostro adoptó de manera inconsciente esa expresión mixta de tontera y ganas de dormir que, siendo común a todos los

retratos de ese tipo, es quizás una de las razones por las que siempre resultan tan encantadores y agradables.

Con semejantes éxitos de arquitectura aérea la Sra. Nickleby ocupó todo el anochecer que siguió a su presentación accidental a los amigos nobles de Ralph, y visiones no menos proféticas e igualmente prometedoras embrujaron su sueño aquella noche. Al día siguiente se preparaba para su frugal cena, con la mente todavía ocupada por las mismas ideas —algo suavizadas quizás, es cierto, por el sueño y la luz del día— cuando la chica que la servía —en parte para acompañarla, y en parte para ayudarla con los quehaceres domésticos— se precipitó dentro de la habitación con un insólito nerviosismo y anunció que había dos caballeros en el vestíbulo en espera de recibir su permiso para subir.

«¡Bendita sea!», exclamó la Sra. Nickleby arreglándose la cofia y la pechera, «De pie en el recibidor todo este tiempo... ¿por qué no vas y les dices que suban, tonta?».

Mientras la chica iba a cumplir con el encargo, la Sra. Nickleby ocultó rápidamente en una alacena todos los vestigios de comida y bebida que no había terminado de comer, y ya se había sentado con un aire tan sosegado como pudo adoptar, cuando dos caballeros, perfectos desconocidos ambos, se presentaron.

«¿Cómo está usted?», dijo uno de los caballeros, poniendo mucho énfasis en la última palabra de la pregunta.

«¿Cómo está usted?», dijo el otro, transfiriendo el énfasis a la primera palabra, para que el saludo sonara distinto.

La Sra. Nickleby se inclinó y sonrió, y volvió a inclinarse e hizo notar, frotándose las manos al hacerlo, que ella no tenía, en verdad, el honor de...

«De conocernos», dijo el primer caballero. «Los perjudicados hemos sido nosotros, Sra. Nickleby. ¿Hemos sido nosotros los perjudicados, Pyke?».

«Sí, los perjudicados hemos sido nosotros, Pluck», respondió el otro caballero.

«¿Y, según creo, lo hemos lamentado muy a menudo, Pyke?», dijo el primer caballero.

«Muy a menudo, Pluck», respondió el otro caballero.

«Pero ahora», dijo el primer caballero, «ahora tenemos la alegría por la que hemos suspirado y languidecido. ¿Hemos suspirado y languidecido por esta alegría, Pyke, sí o no?».

«Sabes que sí, Pluck», dijo Pyke en tono de reproche.

«¿Lo oyó, señora?», dijo el Sr. Pluck, mirando a su alrededor, «¿Oye usted el testimonio irrecusable de mi amigo Pyke? ...eso me recuerda... las

formalidades, las formalidades no deben pasarse por alto en una sociedad civilizada. Pyke... la Sra. Nickleby».

El Sr. Pyke se puso la mano sobre el corazón y se inclinó profundamente en una reverencia.

«Si debo proceder a presentarme siguiendo la misma formalidad», dijo el Sr. Pluck... «Si voy a decir yo mismo que me llamo Pluck, o si voy a pedirle a mi amigo Pyke (que, por haber sido ya presentado convenientemente, está capacitado para esa gestión) que diga por mí, Sra. Nickleby, que me llamo Pluck; si voy a sustentar mi afán por conocerla con el simple argumento del marcado interés que atribuyo a su bienestar, o si me doy a conocer a usted como amigo de *Sir Mulberry Hawk*... esas, Sra. Nickleby, son consideraciones que dejo a su discreción».

«Cualquier amigo de *Sir Mulberry Hawk* no requiere más presentación para mí», observó la Sra. Nickleby con cortesía.

«Es encantador oírlo a usted decirlo», dijo el Sr. Pluck, acercando una silla a la Sra. Nickleby y sentándose. «Es reconfortante saber que usted tiene en tan alta estima a mi excelente amigo, *Sir Mulberry*. Le diré un secretito, Sra. Nickleby. Cuando *Sir Mulberry* lo sepa, será un hombre feliz... óigalo bien, Sra. Nickleby, un hombre feliz. Pyke, siéntate».

«Mi buena opinión», dijo la Sra. Nickleby —y la pobre dama se regocijaba, creyéndose maravillosamente astuta— «mi buena opinión debe tener muy poca importancia para un caballero como *Sir Mulberry*».

«¡Poca importancia!», exclamó el Sr. Pluck. «Pyke, ¿qué importancia tiene para nuestro amigo, *Sir Mulberry*, la buena opinión de la Sra. Nickleby?».

«¿Qué importancia?», le hizo eco Pyke.

«Sí», repitió Pluck; «¿tiene eso mayor importancia?».

«Tiene la máxima importancia», respondió Pyke.

«La Sra. Nickleby no puede ignorar», dijo el Sr. Pluck, «la inmensa impresión que esa dulce chica...».

«¡Pluck!», dijo su amigo, «¡Cuidado!».

«Pyke tiene razón», murmuró el Sr. Pluck, tras una breve pausa; «yo no lo debía mencionar. Pyke tiene mucha razón. Gracias, Pyke».

«Caramba, ¡cielos!, vaya», pensó la Sra. Nickleby para su adentros. «Una delicadeza como esa, ¡jamás la habla visto!».

Después de fingir encontrarse en un estado de gran turbación durante unos minutos, el Sr. Pluck continuó la conversación pidiéndole a la Sra. Nickleby que no se diera por enterada de lo que había dicho inadvertidamente... que lo

considerase imprudente, precipitado y falto de juicio. Lo único que podía decir a su favor era que ella le diera crédito por sus intenciones, que eran las mejores.

«Pero cuando», dijo el Sr. Pluck, «cuando veo tanta dulzura y belleza de un lado, y tanto ardor y devoción del otro, Yo... perdóname, Pyke, no era mi intención retomar ese tópico. Cambia el tema, Pyke».

«Prometimos a *Sir Mulberry* y a Lord Frederick», dijo Pyke, «que la visitaríamos esta mañana para preguntarle si no atrapó algún resfriado anoche».

«No anoche, en absoluto, señor», respondió la Sra. Nickleby, dándole muchas gracias a su señoría y a *Sir Mulberry* por hacerle el honor de preguntarlo; «en absoluto... lo que es tanto más singular cuanto que, en realidad, soy muy propensa a los resfriados, ya lo creo... muy propensa. Una vez tuve un resfrío», dijo la Sra. Nickleby, «creo que fue en mil ochocientos diecisiete. Déjenme ver, cuatro y cinco, nueve, y... sí, mil ochocientos diecisiete... del que llegué a pensar que jamás llegaría a recuperarme. En verdad y en serio, llegué a pensar que jamás podría librarme de él. Solo logré curarme al fin con un remedio del que no sé si usted alguna vez oyó hablar, Sr. Pluck. Uno prepara un galón de agua lo más caliente que pueda soportar, con una libra de sal y seis peniques del mejor salvado, y se sienta con la cabeza dentro de eso durante veinte minutos, todas las noches antes de acostarse. En fin, no quise decir la cabeza... los pies. Es un remedio extraordinario... un remedio muy extraordinario. Si mal no recuerdo lo usé por primera vez al día siguiente de Navidad y para mediados de abril el ya resfriado había desaparecido. Parece de veras un milagro cuando uno se pone a pensarlo, pues yo tenía ese resfriado desde principios de septiembre».

«¡Cuánto aflige esa calamidad!», dijo el Sr. Pyke.

«¡Es del todo espantoso!», exclamó el Sr. Pluck.

«Pero vale la pena oírlo, aunque solo fuese para saber que la Sra. Nickleby se recuperó de ella, ¿no es verdad, Pluck?», exclamó el Sr. Pyke.

«Esa es la circunstancia que le imprime interés y emoción a la historia», respondió el Sr. Pluck.

«¡Caracoles!», dijo Pyke como si de repente se acordara, «que el placer de esta conversación no nos haga olvidar nuestra misión. Estamos aquí en una misión, Sra. Nickleby».

«¡En una misión!», exclamó la buena señora, en cuya mente de inmediato se presentó en vivos colores una propuesta de matrimonio para Kate.

«De *Sir Mulberry*», respondió Pyke. «Usted debe de aburrirse mucho aquí».

«Bastante, lo confieso», dijo la Sra. Nickleby.

«Le traemos los saludos de *Sir Mulberry Hawk*, y mil ruegos de que ocupe usted un asiento en su palco privado esta noche en el teatro», dijo el Sr. Pluck.

«¡Ay!», dijo la Sra. Nickleby. «Pero si yo nunca salgo, nunca».

«Y esa es la mismísima razón, mi querida Sra. Nickleby, por la que debe salir esta noche», replicó el Sr. Pluck. «Pyke, ruégale a la Sra. Nickleby».

«Oh, por favor, vaya», dijo Pyke.

«Definitivamente, debe ir», la urgió Pluck.

«Usted es muy bondadoso», dijo la Sra. Nickleby, vacilando, «pero...».

«No hay peros que valgan en este caso, mi querida Sra. Nickleby», objetó el Sr. Pluck; «no existe semejante palabra en el vocabulario. Su cuñado estará con nosotros, Lord Frederick estará con nosotros, *Sir Mulberry* estará con nosotros, Pyke estará con nosotros... no puede rechazarlo. *Sir Mulberry* le enviará un coche... a las siete menos veinte exactamente... no será usted tan cruel como para decepcionar a todo el grupo, ¿eh, Sra. Nickleby?».

«Usted es tan insistente que apenas sé qué decir», respondió la benemérita dama. «No diga nada; ni una palabra, ni una palabra, mi queridísima señora», urgió Pluck. «Sra. Nickleby», dijo ese excelente caballero, bajando la voz, «lo que voy a decirle implica un mínimo y excusable abuso de confianza, pero si mi amigo Pyke que allí está lo oyera —así de delicado es el sentido del honor de ese hombre, Sra. Nickleby— me liquidaría antes de la hora de cenar».

La Sra. Nickleby le echó una mirada aprensiva al belicoso Pyke, que había caminado hasta la ventana, y el Sr. Pluck, oprimiéndole la mano, prosiguió:

«Su hija ha hecho una conquista... una conquista por la que yo podría felicitarla a usted, *Sir Mulberry*, mi querida señora, *Sir Mulberry* es su devoto esclavo. ¡Ejem!». «¡Ja!», exclamó el Sr. Pyke en esa coyuntura, apoderándose de algo que estaba sobre el mueble de la chimenea con un gesto teatral. «¿Qué es esto? ¿Qué es lo que veo?». «¿Qué es lo que ves, mi querido amigo?», preguntó el Sr. Pluck.

«Es el rostro, el semblante, la expresión», exclamó el Sr. Pyke, desplomándose sobre una silla con una miniatura en su mano: «no muy bien representada, capturada de manera imperfecta, pero, de todos modos, es ese rostro, ese semblante, esa expresión».

«¡Lo reconozco a esta distancia!», exclamó el Sr. Pluck en un raptó de entusiasmo. «¿Acaso no distingo ahí, mi querida señora, un remoto parecido con...?».

«Es el retrato de mi hija», dijo la Sra. Nickleby, con gran orgullo. Y en efecto, lo era. Y la pequeña Srta. La Creevy lo había traído para que lo viesen apenas dos noches antes.

En cuanto el Sr. Pyke confirmó que tenía razón en su conjetura, se lanzó a expresar los más extravagantes elogios del divino original, y al calor de su entusiasmo, besó el retrato mil veces, mientras que el Sr. Pluck se apretaba la mano de la Sra. Nickleby contra el corazón y la felicitaba por poseer una hija semejante, y lo hizo con tal derroche de sinceridad y sentimiento, que aparecieron, o pareció que aparecían, lágrimas en sus ojos. La pobre Sra. Nickleby, que al principio había escuchado en un estado de beatífica complacencia, al cabo se sintió vencida por esos testimonios de consideración y afecto por su familia, y hasta la sirvienta, que atisbaba por la puerta entreabierta, permanecía inmóvil por el asombro que le causaban los éxtasis de los dos devotos visitantes.

Poco a poco esos raptos amainaron, y la Sra. Nickleby pasó a entretener a sus visitantes mediante una lamentación a propósito de las fortunas venidas a menos, y una pintoresca descripción de su antigua casa en el campo que incluyó el inventario completo de las diferentes piezas, sin olvidar la pequeña despensa, y un animado recuerdo de cuántos escalones había que bajar para llegar al jardín, y hacia qué dirección había que volverse al salir por la puerta de la sala, y qué magníficas instalaciones había en la cocina. Esta última reflexión la condujo, naturalmente, a la lavandería, donde tropezó con los utensilios para destilar licores, sobre los cuales hubiera podido disertar toda una hora, si no fuera que la mera mención de dichos implementos, por asociación de ideas, al instante hubiera hecho recordar al Sr. Pyke que tenía «una sed atroz».

«Y le diré más», añadió el Sr. Pyke; «si manda usted a buscar a la taberna un tarro de licor de malta, le doy mi palabra de que me lo bebo como si nada».

Y, en efecto, el Sr. Pyke se lo bebió como si nada, auxiliado por el Sr. Pluck, mientras la Sra. Nickleby los contemplaba, compartiendo su

admiración entre el aire de superioridad que emanaba de ambos y la habilidad con que manejaban el tarro de peltre, y para explicar esa aparente maravilla podría acotarse aquí que los caballeros que, como los señores Pyke y Pluck, viven de su ingenio (o quizás no tanto de la presencia de su propio ingenio como de la ausencia de ingenio de otras personas) se ven en ocasiones sometidos a cambios y vicisitudes muy apremiantes, períodos estos en los que acostumbran a holgar de un modo muy simple y primitivo.

«A las siete menos veinte, pues», dijo el Sr. Pyke levantándose, «el coche estará aquí. Otra mirada... otra miradita... a ese dulce rostro. ¡Ah! Ahí está. ¡Inconmovible, inalterada!». Por cierto, esa era una circunstancia muy notable, pues las miniaturas están expuestas a tantos cambios de expresión... «¡Oh, Pluck! ¡Pluck!».

El Sr. Pluck por toda respuesta besó la mano de la Sra. Nickleby con grandes muestras de sentimiento y cariño. En cuanto el Sr. Pyke hubo hecho lo mismo ambos caballeros se retiraron a toda prisa.

La Sra. Nickleby tenía comúnmente el hábito de acreditarse una cuota bastante considerable de sagacidad y agudeza, pero jamás se había senado tan satisfecha de su fina percepción como aquel día. Lo había intuido todo la noche antes. Nunca había visto a *Sir Mulberry* y a *Kate* juntos —jamás había oído siquiera el nombre de *Sir Mulberry*— y, sin embargo, ¿acaso no se había dicho, desde el mismísimo principio, que sabía el camino que iban a tomar las cosas? ¡Y qué acertada estuvo!, porque ahora no le cabía ninguna duda. Si todos aquellos halagos y atenciones en torno a su persona no fuesen prueba suficiente, allí estaba la confianza que el amigo de confianza de *Sir Mulberry* había dejado escapar en lenguaje inequívoco. «De veras que le he tomado aprecio a ese querido Sr. Pluck, por lo más sagrado que sí», dijo la Sra. Nickleby.

Había una gran fuente de desasosiego en medio de tanta dicha, y era no tener a nadie cerca a quien podérsela confiar. Una o dos veces casi se decidió a lanzarse a pie hasta casa de la Srta. La Creevy para contárselo todo. «Aunque no sé», pensó la Sra. Nickleby; «es una persona respetable, pero me temo que se halla demasiado por debajo de la posición de *Sir Mulberry* como para confraternizar con ella. ¡Pobrecita!». Actuando a partir de esta seria consideración, rechazó la idea de hacer de la pequeña retratista su confidente, y se contentó con sugerirle a la sirvienta algunas esperanzas vagas y misteriosas de progreso, insinuaciones de una aurora de grandezas recibidas por la chica con mucha veneración y respeto.

El vehículo prometido arribó puntualmente, y no era un coche de alquiler, sino un carro privado, que llevaba detrás a un lacayo cuyas piernas, aunque algo grandes para su cuerpo, habrían podido servir, tomadas como piernas meramente abstractas, de modelo para la Real Academia de las Artes. Era muy estimulante escuchar la bulla y el estruendo con que cerró de golpe la portezuela y saltó a su sitio en la parte trasera después de tener a la Sra. Nickleby sentada dentro. Y como esa buena dama no alcanzó a ver que el lacayo se acercó a la nariz el puño enchapado en oro del largo bastón, para de ese modo telegrafiar al cochero allá arriba un mensaje muy irrespetuoso, permaneció sentada en un estado de rigidez y dignidad abundantes, muy orgullosa de su posición.

A la entrada del teatro hubo más bullas y estruendos, y allí también estaban los señores Pyke y Pluck, esperándola para escoltarla hasta su palco. Y tan atentos fueron, que el Sr. Pyke amenazó, adicionando muchas palabrotas, con «*esmifligar*» a un hombre muy viejo que portaba un farol y por casualidad se cruzó con ella, para gran terror de la Sra. Nickleby, que —al conjeturar, más por el nerviosismo del Sr. Pyke que por estar previamente familiarizada con la etimología de la palabra, que *esmifligación* y derramamiento de sangre debían de ser más o menos la misma cosa— se alarmó sobremanera ante la posibilidad de que algo ocurriese. Sin embargo, por fortuna, el Sr. Pyke se limitó a la mera *esmifligación* verbal, y llegaron al palco sin más interrupción seria por el camino que la expresión, por parte del mismo belicoso caballero, de sus deseos de «partir en dos» al acomodador de los palcos por haberse confundido de número involuntariamente.

Apenas se había ocultado la Sra. Nickleby en una butaca tras la cortina del palco cuando llegaron *Sir Mulberry* y *Lord Verisopht*, ataviados desde la coronilla hasta la punta de los guantes, y de la punta de los guantes a los dedos de los pies dentro de las botas, del modo más elegante y caro imaginables. *Sir Mullberry* estaba un poco más ronco que el día anterior, y *Lord Verisoph* parecía bastante adormilado y extraño, indicios —sumados a la circunstancia de que ambos tenían las piernas mínimamente inestables— por los que la Sra. Nickleby concluyó con acierto que acababan de cenar.

«Estuvimos... estuvimos... bebiendo a la salud de su hermosa hija, Sra. Nickleby», susurró *Sir Mulberry*, sentándose detrás de ella.

«¡Oh, vaya!», pensó esa perspicaz dama; «con el vino viene la verdad», y dijo: «Es usted muy amable, *Sir Mulberry*».

«¡No, no, se lo juro!», respondió *Sir Mulberry Hawk*. «Usted sí que es amable, se lo juro. Ha sido muy amable por su parte venir esta noche».

«Querrá decir que fue muy amable por su parte invitarme, *Sir Mulberry*», respondió la Sra. Nickleby, alzando airoosamente la cabeza y exhibiendo una expresión prodigiosamente astuta.

«Estoy tan ansioso por conocerla a usted, tan ansioso por granjearme su juicio favorable, tan deseoso de que haya una especie de deliciosa comprensión de armonía familiar entre nosotros», dijo *Sir Mulberry*, «que no quiero que vaya usted a pensar que soy desinteresado en mi proceder. Soy endemoniadamente egoísta, lo soy... le juro que lo soy».

«¡Estoy segura de que usted no puede ser egoísta, *Sir Mulberry!*», respondió la Sra. Nickleby. «Usted tiene un semblante demasiado franco y generoso para eso».

«¡Qué observadora tan extraordinaria es usted!», dijo *Sir Mulberry Hawk*.

«Oh, no, en verdad, yo no soy tan sagaz, *Sir Mulberry*», respondió la Sra. Nickleby, en un tono de voz que dejaba al barón inferir que, en efecto, ella era muy sagaz.

«Me atemoriza usted bastante», dijo el barón. «Palabra que sí», repitió *Sir Mulberry*, mirando alrededor a sus acompañantes; «Me atemoriza la Sra. Nickleby por lo inmensamente aguda que es».

Los señores Pyke y Pluck sacudieron sigilosamente sus cabezas, y juntos hicieron notar que eso lo habían descubierto hacía mucho tiempo, ante lo cual la Sra. Nickleby emitió una risita tonta, y *Sir Mulberry* rio, y Pyke y Pluck se desternillaron de risa.

«¿Pero dónde está mi cuñado, *Sir Mulberry?*», preguntó la Sra. Nickleby. «Yo no debería estar aquí si no está él. Espero que venga».

«Pyke», dijo *Sir Mulberry*, tomando su mondadientes y dejándose caer hacia atrás en su silla, como si tuviera demasiada pereza para inventar una respuesta a la pregunta. «¿Dónde está Ralph Nickleby?».

«Pluck», dijo Pyke, imitando la acción del barón y pasándole la responsabilidad de mentir a su amigo, «¿Dónde está Ralph Nickleby?».

El Sr. Pluck estaba a punto de devolver alguna respuesta evasiva cuando el bullicio causado por la entrada de un grupo al palco contiguo pareció atraer la atención de los cuatro caballeros, que intercambiaron miradas significativas. En cuanto el nuevo grupo comenzó a conversar entre sí, *Sir Mulberry* de repente adoptó la actitud de un oyente atentísimo, y rogó a sus amigos que no respiraran... que no respiraran.

«¿Por qué no?», dijo la Sra. Nickleby, «¿qué ocurre?».

«¡Chitón!», respondió *Sir Mulberry*, posando la mano en su brazo. «Lord Frederick, ¿reconoce usted esas voces?».

«Que me lleve el *diábolo* si no se me parece a la voz de la Srta. Nickleby».

«¡Dios, Dios mío!», exclamó la mamá de la Srta. Nickleby, asomando la cabeza por delante de la cortina. «¿Cómo...? ¡Es cierto!... Kate, querida mía, Kate».

«¡Tú aquí, mamá! ¿Es posible?».

«¿Posible, querida mía? Sí».

«¿Quién... quién, quién es ese que está ahí contigo, mamá, por el amor de Dios?», dijo Kate, retrocediendo al captar la imagen de un hombre que sonreía y le besaba la mano.

«¿Quién supones que puede ser, querida?», respondió la Sra. Nickleby, inclinándose hacia delante, en dirección a la Sra. Witterly y hablando un poco más alto para conocimiento de esa dama. «¡Aquí están el Sr. Pyke, el Sr. Pluck, *Sir Mulberry Hawk* y Lord Frederick Verisopht!».

«¡Santo Cielo!», fue lo primero que pensó Kate. «¿Cómo es posible que se encuentre en semejante compañía?».

Ahora bien, Kate lo pensó de un modo tan apresurado, y la sorpresa fue tan grande, y además le trajo de vuelta con tanta nitidez el recuerdo de lo ocurrido en la deliciosa cena de Ralph, que se puso extremadamente pálida y muy nerviosa, síntomas que fueron adverbados por la Sra. Nickleby y de inmediato registrados por esa aguda dama como causados y ocasionados por un violento amor. Pero aunque estaba bastante encantada con ese descubrimiento, que aportaba tanto crédito a su propia rapidez de percepción, no por ello fue menor su ansiedad maternal respecto a Kate. Y, por consiguiente, y con mucha agitación, abandonó su propio palco para apresurarse a ingresar al de la Sra. Witterly. La Sra. Witterly, intensamente alerta frente a la gloria de tener a un lord y a un barón entre sus conocidos y visitantes, no perdió tiempo en indicarle por señas al Sr. Witterly que abriese la puerta, así que, en menos de treinta segundos, el grupo de la Sra. Nickleby hizo irrupción en el palco de la Sra. Witterly, que se llenó hasta la mismísima puerta, pues en verdad los señores Pyke y Pluck solo tenían espacio para introducir sus cabezas y chalecos.

«Mi querida Kate», dijo la Sra. Nickleby, besando a su hija con cariño. «¡Qué indispuesta parecías hace un momento! ¡De veras que me asustaste!».

«Fue tu imaginación, mamá... el... el... reflejo de las luces quizá», respondió Kate, mirando con nerviosismo a su alrededor, y dándose cuenta de que era imposible susurrar algún mensaje de alerta o una explicación.

«¿No ves a *Sir Mulberry Hawk*, querida?».

Kate se inclinó levemente y, mordiéndose el labio, volvió la cabeza en dirección al escenario.

Pero a *Sir Mulberry Hawk* no se lo podía rechazar tan fácilmente, pues se adelantó con la mano extendida, y al informarle la Sra. Nickleby a su hija de manera oficiosa esa circunstancia, esta se vio obligada a extender la suya. *Sir Mulberry* se la retuvo mientras murmuraba una profusión de cumplidos que Kate, recordando lo que había ocurrido entre ellos, consideró con justeza otros tantos agravios que sumar al insulto del que ya la había hecho objeto. Siguió entonces el saludo de Lord Verisopht, y luego el del Sr. Pyke, y enseguida el del Sr. Pluck, y, Analmamente, para completar la mortificación de la joven, se vio obligada, a solicitud de la Sra. Witterly, a realizar la ceremonia de presentar a estas odiosas personas, a las que contemplaba con indignación y aborrecimiento máximos.

«La Sra. Witterly está encantada», dijo el Sr. Witterly, frotándose las manos; «encantado, mi lord, téngalo por seguro, de esta oportunidad de acoger a un nuevo conocido que, según confío, mi lord, seguiremos tratando. Julia, querida, no debes permitirte demasiada excitación, no es conveniente. Sin duda no debes hacerlo. La Sra. Witterly es de naturaleza muy excitable, *Sir Mulberry*. El despabilamiento de una vela, la mecha de un farol, el florecimiento de un durazno, la pelusa de una mariposa. Puede abatírsele de un simple soplo, mi lord; puede abatírsele de un soplo».

Sir Mulberry pareció pensar qué no estaría mal que la señora resultara abatida de un soplo. Sin embargo, dijo que el placer era recíproco, y Lord Verisopht agregó que era recíproco, tras lo cual se les oyó murmurar en la distancia a los señores Pyke y Pluck que de veras era recíproco.

«Mi lord, me interesa», dijo la Sra. Witterly, con una leve sonrisa «me interesa mucho el teatro».

«Sí-ii. Es muy *interesante*», respondió Lord Verisopht.

«Cada vez que veo algo de Shakespeare caigo enferma», dijo la Sra. Witterly. «Al día siguiente estoy deshecha. La reacción es muy grande después de una tragedia, mi lord, y Shakespeare es un ser tan delicioso».

«¡Sí-ii!», respondió Lord Verisopht. «Era un hombre *ingenuo*».

«¿Sabe usted, mi lord?», dijo la Sra. Witterly, tras un largo silencio, «¿pienso que sus obras me interesan mucho más después de haber estado en aquella triste casita en la que nació! ¿Ha estado usted allí alguna vez, mi lord?».

«No, *jamás*», respondió Verisopht.

«Entonces realmente debería ir, mi lord», repuso la Sra. Witterly con cadencia lánguida, lenta y pesada. «No sé cómo ocurre, pero después de que uno ve el lugar y escribe su nombre en el librito, de un modo u otro es como si se inspirara. Como si un fuego se avivara dentro de uno».

«¡Sí-ii!», respondió Lord Verisopht. «Iré sin falta».

«Julia, vida mía», interrumpió el Sr. Witterly, «estás engañando a su señoría... sin intención, mi lord, lo está engañando. Es tu temperamento poético, querida... tu alma etérea... tu ardiente imaginación, que te arroja a un torbellino de genio y nerviosismo. Aquel sitio no tiene nada, querida... nada, nada».

«Creo que tiene que haber algo allí», dijo la Sra. Nickleby, que había estado escuchando en silencio, «pues poco después de casarme fui a Stratford con el pobre querido Sr. Nickleby, en un coche de correos desde Birmingham... ¡sí era un coche de correos!», dijo la Sra. Nickleby, pensativa. «Sí, tiene que haber sido un coche de correos, pues recuerdo haber observado que el cochero tenía una sombra verde sobre el ojo izquierdo... en un coche de correos desde Birmingham, y después de ver la tumba y el lugar donde nació Shakespeare, regresamos a aquella posada, y dormimos allí aquella noche, y recuerdo que toda la noche me la pasé soñando con un caballero negro, de cuerpo entero, en yeso mate, con un cuello postizo atado con dos borlas, que estaba recostado a un poste y cavilaba. Y cuando desperté por la mañana y se lo describí al Sr. Nickleby, dijo que era Shakespeare tal como cuando estaba vivo, lo cual resultaba muy curioso en verdad. Stratford... Stratford», prosiguió la Sra. Nickleby, pensativa. «Sí, estoy segura de ello, porque recuerdo que yo estaba embarazada de mi hijo Nicholas en aquel entonces, y aquella misma mañana me había asustado mucho un chico italiano que vendía figuras de yeso. En verdad, fue bastante misericordioso, señora», agregó la Sra. Nickleby en un susurro a la Sra. Witterly, «que mi hijo no resultara ser un Shakespeare, pues ¡qué terrible habría sido eso!».

Cuando la Sra. Nickleby al fin concluyó esta interesante anécdota, Pyke y Pluck, siempre celosos de la causa de su patrón, propusieron que un destacamento del grupo se trasladara al palco contiguo, y los preparativos se ajustaron con tal destreza que a pesar de todo lo que Kate pudiera decir o hacer en contra, no tuvo más alternativa que soportar que *Sir Mulberry Hawk* la trasladase. Su madre y el Sr. Pluck los acompañaron, pero la benemérita dama, vanagloriándose de su discreción, tuvo particular cuidado en ni siquiera mirar a su hija durante toda la noche, y parecer totalmente absorta en las bromas y la conversación del Sr. Pluck, que, habiendo sido nombrado

guardián de la Sra. Nickleby con ese especial propósito, no dejó pasar, por su parte, ninguna oportunidad para ocupar su atención.

Lord Frederick Verisopht permaneció en el palco contiguo para que la Sra. Wititterly le hablase, y el Sr. Pyke estaba presente para dejar caer una o dos palabras cuando resultaran necesarias. En cuanto al Sr. Wititterly, estaba suficientemente ocupado con la concurrencia, informando a todos sus amigos o conocidos que por casualidad estuviesen allí de que aquellos dos caballeros de la fila de arriba, a los que vieran conversando con la Sra. W, eran los distinguidos Lord Frederick Verisopht y su más íntimo amigo, el alegre *Sir Mulberry Hawk*, información que hizo arder en varios respetables jefes de familia el fuego de la envidia y la rabia máximas, y condujo a dieciséis hijas casaderas al borde mismo del ataque de nervios.

Finalmente la velada llegó a su término, pero Kate todavía tuvo que ser conducida escaleras abajo por el detestado *Sir Mulberry*, y tan diestras fueron las maniobras de los señores Pyke y Pluck que ella y el barón fueron los últimos del grupo, e incluso fueron dejados —sin que pareciera haber en ello intención o voluntad— un breve trecho detrás.

«No se apresure, no se apresure», dijo *Sir Mulberry*, mientras Kate intentaba liberar su brazo.

Ella no respondió, pero siguió avanzando rápidamente.

«Basta...», observó con frialdad *Sir Mulberry*, deteniéndola en seco.

«¡Más vale que no intente detenerme, señor!», dijo Kate, enojada.

«¿Y por qué no?», replicó *Sir Mulberry*. «Mi adorable criatura, ¡a ver! ¿por qué persiste usted en esta comedia de desagrado?».

«¡Comedia!», repitió Kate, indignada. «¿Cómo se atreve usted a hablarme, señor... a dirigirse a mí... a aparecer en mi presencia?».

«Cuando se acalora parece usted más hermosa, Srta. Nickleby», dijo *Sir Mulberry Hawk* inclinándose hacia delante para verle mejor el rostro.

«Siento por usted los mayores aborrecimiento y desprecio, señor», dijo Kate. «¿Acaso disfruta de las miradas de repugnancia y aversión? Usted... permítame reunirme de inmediato con mis amigos, señor. Cualesquiera que hayan sido las consideraciones que me han retenido hasta ahora, las pasaré todas por alto, y tomaré un rumbo que podría usted lamentar si no me suelta ahora mismo».

Sir Mulberry sonrió, y mirándola aún al rostro y reteniendo su brazo, se encaminó hacia la puerta.

«Si ninguna consideración hacia mi sexo o mi situación de desamparo lo induce a desistir de esta persecución grosera y poco varonil», dijo Kate, casi

sin pensar lo que decía y arrastrada por sus pasiones, «tengo un hermano que algún día le pedirá buenas cuentas a usted».

«¡Por todos los cielos!», exclamó *Sir Mulberry*, como si se comunicara tranquilamente consigo mismo y rodeándole la cintura con su brazo al hablar, «¡está más bella y me gusta más en este estado de exaltación que cuando tiene la vista baja y se halla totalmente serena!».

Cómo llegó Kate al recibidor donde sus amigos la esperaban jamás lo supo, pero se apresuró a cruzarlo sin tenerlos para nada en cuenta, y de repente se liberó de su acompañante, saltó dentro del coche, y, buscando refugio en el rincón más oscuro, rompió a llorar.

Los señores Pyke y Pluck, sabiendo lo que tenían que hacer, de improviso armaron una gran conmoción entre los presentes, dando gritos para llamar a los coches y enzarzándose en una violenta disputa con varios peatones inofensivos, tumulto en medio del cual aprovecharon para poner a la atemorizada Sra. Nickleby en su coche, y en cuanto la hubieron hecho partir volvieron sus pensamientos en dirección a la Sra. Witterly, cuya atención distrajeron con efectividad creándole un estado de aturdimiento y consternación. Finalmente, el transporte en el que los esposos Witterly vinieran, partió con su carga, y los cuatro beneméritos, al quedar solos bajo el pórtico, disfrutaron juntos de una buena carcajada.

«Vaya», dijo *Sir Mulberry*, volviéndose hacia su noble amigo. «¿No les dije anoche que, si descubríamos, sobornando a un sirviente por medio de mi agente, adónde iban hoy, y luego nos hacíamos íntimos de la madre, tendríamos el honor de esta gente en nuestras manos? ¡Ya lo tenemos, resuelto en veinticuatro horas!».

«Sí-ii», respondió el inocentón. «Pero me ataron toda la noche a la viese-ja». «Óiganlo», dijo *Sir Mulberry*, volviéndose hacia sus dos amigos. «Oigan a este impertinente protestón. ¿Acaso no basta para hacerlo a uno jurar que jamás volverá a auxiliarlo en sus planes y bribonadas? ¿No es una endemoniada desgracia?».

Pyke le preguntó a Pluck si no era una endemoniada desgracia, y Pluck se lo preguntó a Pyke, pero ninguno de los dos respondió.

«¿No es verdad?», preguntó Verisopht. «¿Acaso no fue así?».

«¡Que si acaso no fue así!», repitió *Sir Mulberry*. «¿Qué querías? ¿Cómo habríamos podido obtener de entrada una invitación abierta —venga cuando quiera, váyase cuando quiera, quédese cuánto quiera, haga lo que quiera— si usted, el lord, no se hubiera hecho agradable a la tonta señora de la casa? ¿Acaso estoy yo interesado en la chica, más allá de lo que hago en calidad de

amigo suyo? ¿Acaso no he estado cantando elogios en su honor a los oídos de ella, y soportando sus lindos mohínes y displicencias toda la noche por usted? ¿De qué material se cree que estoy hecho? ¿Acaso haría yo esto por cualquiera... y acaso no merezco siquiera agradecimiento a cambio?».

«Usted es un tipo *marditamente* bueno», dijo el pobre lord, tomando a su amigo por el brazo. «Juro por mi vida, que usted es un tipo *marditamente* bueno, Hawk». «Y he procedido bien, ¿no?», preguntó *Sir Mulberry*.

«Muy bi-en».

«Y como un pobre y tonto perro amistoso y buena gente que soy, ¿eh?».

«Sí-i, sí-i... muy buena gente», respondió el otro.

«Bien, entonces», respondió *Sir Mulberry*, «me basta. Y ahora vamos a vengarnos del barón germano y del francés, que lo limpiaron a usted tan elegantemente anoche».

Con esas palabras la amistosa criatura tomó del brazo a su acompañante y se lo llevó, volviendo a medias la cabeza al hacerlo para obsequiar con un guiño y una sonrisa de desprecio a los señores Pyke y Pluck, quienes embutiéndose los pañuelos en la boca en señal de que disfrutaban silenciosamente el procedimiento, siguieron a su patrono y a su víctima a corta distancia.

CAPÍTULO 28

LA SRTA. NICKLEBY, DESESPERADA POR LA PERSECUCIÓN DE SIR MULBERRY HAWK Y LAS COMPLICADAS DIFICULTADES Y ANGUSTIAS QUE LA RODEAN, APELA, COMO ÚLTIMO RECURSO, A LA PROTECCIÓN DE SU TÍO

La mañana siguiente trajo consigo la reflexión, como casi siempre suele hacerlo la mañana. Pero despertó una serie de pensamientos sumamente diversos en las distintas personas que tan inesperadamente habían sido unidas la noche anterior, por la activa gestión de los señores Pyke y Pluck.

Las reflexiones de *Sir Mulberry Hawk* —si semejante término pudiera aplicarse a los pensamientos de este sistemático y calculador artífice de la disipación, cuyas alegrías, pesares, sufrimientos y placeres giran todos en tomo a sí mismo, y que parecería no conservar otra facultad intelectual que la capacidad para envilecerse, y envilecer la naturaleza misma cuyo parecido externo viste— giraban en torno a Kate Nickleby, y eran, en síntesis, que la chica era definitivamente hermosa; que su timidez tenía que ser fácil de vencer para un hombre de su destreza y experiencia, y que la persecución no podía dejar de redundar en su favor e incrementar grandemente su reputación en los ambientes de sociedad. Y si esa última consideración —que no era de naturaleza menor ni secundaria para *Sir Mulberry*— sonase extraña a los oídos de alguien, recuérdese que la mayoría de los hombres viven sumergidos en su propio mundo, y que solo en ese limitado círculo social ambicionan la distinción y el aplauso. El mundo de *Sir Mulberry* estaba poblado de libertinos, y él actuaba en consecuencia.

Así pues, todos los días ocurren entre nosotros casos de injusticia, opresión, tiranía y la más extravagante intolerancia. Existe la costumbre de entonar multitud de frases de admiración y asombro frente a aquellos que con tanta audacia desafían la opinión del mundo. Pero no hay falacia mayor. Es precisamente porque consultan la opinión de su propio mundillo que cosas semejantes ocurren y dejan mudo de asombro al gran mundo.

Las reflexiones de la Sra. Nickleby eran del tipo más vano y autocomplaciente, y bajo el efecto de su halagüeña ilusión, de inmediato se sentó a escribirle una carta a Kate, en la que le expresó su entera aprobación respecto a la admirable elección que había hecho, y puso a *Sir Mulberry* por los cielos, afirmando, para dar plena satisfacción a los sentimientos de su hija, que era precisamente este el individuo que, entre toda la humanidad, ella (la Sra. Nickleby) habría elegido por yerno, si le hubiera tocado a ella elegir. A continuación, la buena dama, tras hacer notar que no en balde había vivido tanto tiempo en el mundo y conocido sus costumbres, comunicó muchos sutiles preceptos aplicables a la situación de cortejo, confirmados en su sabiduría por su propia experiencia personal. Por encima de todo, recomendó una estricta reserva virginal, no solo por ser algo muy loable en sí mismo, sino como algo que tendía materialmente a fortalecer e incrementar el ardor de un amante. «Y yo jamás me sentí», agregó la Sra. Nickleby, «más complacida en mi vida que cuando anoche observé, querida mía, que tu buen sentido ya te lo había indicado». Y con ese sentimiento, y varias insinuaciones sobre placer que experimentaba al comprobar que su hija había heredado tan gran cuota de la encomiable prudencia y discreción que a ella la caracterizaban (y esperando que accediera exitosamente, andando el tiempo, y con cuidado, a casi la totalidad de la medida), la Sra. Nickleby concluyó una carta muy larga y bastante ilegible.

La pobre Kate estuvo bastante confundida al recibir cuatro folios de escritura apretada y cruces apretadas de felicitaciones sobre el mismísimo tema que le había impedido pegar ojo en toda la noche, y la había mantenido sollozando y en vela en su habitación. Peor aún, y más molesta, resultaba ser la necesidad de parecer agradable a la Sra. Witterly, que desfalleciente tras las fatigas de la noche anterior, por supuesto esperaba que su acompañante (de otro modo, ¿para qué le daba casa y comida, y le pagaba un salario?) estuviera del mejor ánimo posible. En cuanto al Sr. Witterly, anduvo todo el día en un temblor de placer por haberle estrechado la mano a un lord, y, de hecho, haberlo invitado a visitarlo en su propia casa. El propio lord, por su parte, puesto que tenía como norma no excederse inconvenientemente en el uso del pensamiento, disfrutó de la conversación de los señores Pyke y Pluck, cuyos ingenios resultaron aguzados mediante un generoso consumo de ciertos costosos estimulantes que corrían a cuenta del anfitrión.

Al dar las cuatro de la tarde —es decir, la tarde vulgar del sol y el reloj— la Sra. Witterly se hallaba reclinada, según su costumbre, sobre el sofá del salón, mientras Kate leía en voz alta una nueva novela en tres tomos, titulada

Lady Flabella, que Alphonse el dudoso había conseguido en la biblioteca aquella misma mañana. Y era este un producto admirablemente apropiado para una dama aquejada del mal de la Sra. Witterly, dado que no había allí ni una sola línea que pudiera, por la más remota contingencia, despertar la menor excitación en ninguna persona viva.

Kate siguió leyendo.

«“Cherizette”, dijo *Lady Flabella*, insertando sus pies de ratoncito en las zapatillas de satín azul que habían ocasionado sin querer el altercado medio jugueteo y medio enojado entre ella y el juvenil Coronel Befillaire, en el *salon de dame*^[17] de la noche anterior. “*Chérizette, ma chère, donnez-moi de l’eau-de-Cologne, s’il vous plaît, mon enfant*”^[18].

»“*Merci* (gracias)”, dijo *Lady Flabella*, en tanto la vivaz pero devota Cherizette rociaba abundantemente con el fragante compuesto el *mouchoir*^[19] de finísimo batista, orlado de riquísimo encaje, y engalanado en sus cuatro puntas con el escudo de armas Flabella y magníficos blasones heráldicos de aquella noble familia. «*Merci... es suficiente*».

»En aquel instante, mientras *Lady Flabella* seguía oliendo aquella deliciosa fragancia y sosteniendo el *mouchoir* ante su nariz —exquisita pero previsoramente cincelada—, la puerta del *boudoir*^[20] (diestramente oculta tras ricas cortinas de sedoso damasco, del color del firmamento de Italia) se abrió de par en par, y con paso silencioso dos ayudas de cámara, ataviados con suntuosas libreas color durazno en flor y dorado, entraron a la habitación seguidos por un paje en *bas de soie* (medias de seda) que, mientras los primeros permanecían a cierta distancia haciendo las más elegantes reverencias, avanzó hasta los pies de su hermosa ama e, hincando una rodilla, le presentó, en una bandeja de oro magníficamente labrada, un *billet*^[21] perfumado.

«*Lady Flabella*, con una agitación que era incapaz de reprimir, abrió apresuradamente el *enveloppe*^[22] y rompió el sello perfumado. Era de Befillaire... el joven, el delgado, el de la voz de bajo... era su Befillaire».

«¡Oh, qué encantador!», interrumpió la patrona de Kate, que a veces era arrastrada por la literatura; «poético, en realidad. Vuelva a leer esa descripción, Srta. Nickleby».

Kate accedió.

«¡Qué belleza, en verdad!», dijo la Sra. Witterly, con un suspiro. «Tan voluptuoso, ¿no es verdad? ¿...tan suave?».

«Sí, creo que sí», respondió Kate, en voz baja, «muy suave».

«Cierre el libro, Srta. Nickleby», dijo la Sra. Wititterly. «Hoy no puedo oír nada más. Quiero conservar la impresión de esa dulce descripción. Cierre el libro».

Kate accedió de buen grado, y, al hacerlo, la Sra. Wititterly, alzando su lente con una mano lánguida, observó que la veía pálida.

«Fue el susto de aquel... aquel ruido y aquella confusión anoche», dijo Kate.

«¡Qué raro!», exclamó la Sra. Wititterly con aspecto de sorpresa. Y ciertamente, tratándose de ella, era, en efecto, muy raro que algo hubiese perturbado a un acompañante suyo. La rotura de una máquina de vapor o de algún otro ingenioso mecanismo no habría sido nada en comparación.

«¿Cómo ocurrió que usted llegara a conocer a Lord Frederick y a esos otros seres encantadores, hija?», preguntó la Sra. Wititterly, mirando aún a Kate a través del cristal.

«Los conocí en casa de mi tío», dijo Kate, enfadada por sentir que estaba sonrojándose intensamente, pero incapaz de impedir que la sangre le afluyera al rostro cada vez que pensaba en aquel hombre.

«¿Hace tiempo que los conoce?».

«No», prosiguió Kate. «No mucho».

«Me alegró mucho la oportunidad que esa persona respetable, madre suya, nos brindó para que nos conocieran», dijo la Sra. Wititterly, de un modo sublime. «Unos amigos nuestros estaban a punto de presentarnos, lo cual hace que todo sea bastante extraordinario».

Esto se dijo en previsión de que la Srta. Nickleby se fuera a envanecer por el honor y la dignidad de haber conocido a cuatro grandes personas (pues Pyke y Pluck estaban incluidos entre los seres encantadores) a los que la Sra. Wititterly no conocía. Pero como esa circunstancia no había impresionado ni en un sentido ni en otro la mente de Kate, el propósito de la observación le pasó totalmente inadvertido.

«Pidieron permiso para visitarnos», dijo la Sra. Wititterly. «Se lo di, por supuesto».

«¿Espera usted su visita hoy?», se aventuró a preguntar Kate.

La respuesta de la Sra. Wititterly se perdió en el ruido de un toque tremendo a la puerta de la calle, y antes de que dejara de vibrar el eco, se acercó un elegante cabriolé, del que saltaron *Sir Mulberry Hawk* y su amigo Lord Verisopht.

«Ahí llegan», dijo Kate, levantándose y alejándose deprisa.

«¡Srta. Nickleby!», exclamó la Sra. Witterly, perfectamente horrorizada por el intento de un acompañante de abandonar la habitación sin haber solicitado y obtenido previamente permiso. «Le ruego que no piense en marcharse».

«¡Es usted muy amable!», respondió Kate, «pero...».

«¡Por Dios, no me haga agitarme obligándome a hablar tanto!», dijo la Sra. Witterly, de manera muy tajante. «Ay, Srta. Nickleby, le ruego...».

En vano podía Kate alegar que no se sentía bien, pues los pasos de quienes habían tocado, fueran quienes fuesen, ya se sentían en la escalera. Kate volvió a su asiento, y apenas lo había hecho, cuando el paje dubitativo entró a la habitación y anunció al Sr. Pyke, al Sr. Pluck, a Lord Verisopht y a *Sir Mulberry Hawk*, todos de un tirón.

«La cosa más extraordinaria del mundo», dijo el Sr. Pluck saludando a ambas damas con la máxima cordialidad; «la cosa más extraordinaria. En el preciso instante en que Lord Frederick y *Sir Mulberry* llegaban en sus coches a la entrada, Pyke y yo estábamos tocando a la puerta».

«En el mismo preciso instante», dijo Pyke.

«No importa cómo llegaron, el caso es que están aquí», dijo la Sra. Witterly, que, a fuerza de permanecer echada en el mismo sofá durante tres años y medio, había desarrollado una buena pantomimita de actitudes elegantes, y ahora se lanzó a ejecutar la más sorprendente de toda la serie, para asombrar a los visitantes. «Claro que estoy encantada».

«¿Y cómo está la Srta. Nickleby?», dijo *Sir Mulberry Hawk*, dirigiéndose a Kate en voz baja... aunque no tan baja que no llegase a oídos de la Sra. Witterly.

«¿Cómo?, se queja de sentirse mal por el susto de anoche», dijo la dama. «Claro, a mí no me sorprende, pues mis nervios están bastante deshechos».

«Y, no obstante, usted parece», observó *Sir Mulberry*, volviéndose, «y, sin embargo, usted parece...».

«Más allá de todo, intacta» dijo el Sr. Pyke, acudiendo a auxiliar a su patrón. Por supuesto, el Sr. Pluck dijo lo mismo.

«Me temo que *Sir Mulberry* es un adulator, mi lord», dijo la Sra. Witterly, volviéndose hacia ese caballero, que había estado chupando en silencio la parte superior de su bastón, y mirando fijamente a Kate.

«Oh, *diabólico*», respondió Verisopht. Y tras expresar ese asombroso sentimiento, se puso a hacer lo mismo de antes.

«La Srta. Nickleby tampoco parece estar peor», dijo *Sir Mulberry*, fijando en ella sus ojos atrevidos. «Siempre fue hermosa pero —por lo más grande lo

juro, señora— usted parece haberle insuflado a ella, además, algo de su belleza».

A juzgar por el color vivo que inundó el semblante de la pobre chica tras ese discurso, habría podido suponerse que la Sra. Witterly le hubiera insuflado algo de aquel florecimiento artificial que decoraba el suyo propio. La Sra. Witterly admitió, aunque no con la mayor gracia del mundo, que Kate parecía bonita, en efecto. También comenzó a pensar que *Sir Mulberry* no era un ser tan agradable como antes supusiera, pues aunque un adulator es un acompañante encantador cuando uno lo conserva completo para sí, su gusto se vuelve muy dudoso cuando se pone a formular cumplidos a otras personas.

«Pyke», dijo el observador Sr. Pluck tras percibir el efecto que el elogio de la Srta. Nickleby produjera.

«Bien, Pluck», dijo Pyke.

«¿Hay alguien», preguntó el Sr. Pluck misteriosamente, «alguien a quien usted conozca, y que el perfil de la Sra. Witterly le recuerde?».

«¿Que me lo recuerde?», respondió Pyke. «Claro que hay alguien».

«¿A quién te refieres?», dijo Pluck, del mismo modo misterioso. «¿La D. de B.?». «La C. de B.», respondió Pyke, con una muy remota señal de una sonrisa insinuada en su semblante. «La hermosa hermana es la condesa, no la duquesa». «Cierto», dijo Pluck, «la C. de B. ¿No resulta maravilloso el parecido?». «Perfectamente asombroso», dijo el Sr. Pyke.

¡Qué situación! ¡Dos testigos veraces y competentes habían declarado que la Sra. Witterly era la viva estampa de una condesa! Esa era una de las consecuencias de entrar en la buena sociedad. ¡Toma! Podría haber andado veinte años entre gente plebeya y no lo habría oído decir jamás. ¿Cómo iban a decirlo? ¿Qué sabían ellos de condesas?

Una vez que los dos caballeros hubieron probado, por la avidez con que se tragó esa carnadita, el alcance del apetito de adulación de la Sra. Witterly, procedieron a administrarle ese producto en muy grandes dosis, concediéndole de ese modo a *Sir Mulberry Hawk* una oportunidad para importunar a la Srta. Nickleby con preguntas y observaciones a las que estaba absolutamente obligada a dar alguna respuesta. Mientras tanto, Lord Verisopht disfrutaba, sin ser molestado, y a plenitud, del sabor del puño dorado de su bastón, como habría seguido haciendo hasta el final de la visita de no haber llegado a casa el Sr. Witterly, lo que motivó un giro de la conversación hacia su tema predilecto.

«Mi lord», dijo el Sr. Witterly, «estoy encantado... honrado... orgulloso. Vuélvase a sentar, mi lord, se lo ruego. Estoy orgulloso, ya lo creo... orgullosísimo».

Todo lo que dijo el Sr. Witterly molestó en secreto a su esposa, pues, aunque ella estaba a punto de estallar de orgullo y arrogancia, habría deseado que sus convidados creyesen que su visita era un acontecimiento habitual, y que todos los días de la semana iban a visitarlos lores y barones. Pero los sentimientos del Sr. Witterly estaban más allá de cualquier posibilidad de control.

«¡Es un honor, ya lo creo!», dijo el Sr. Witterly. «¡Julia, alma mía, mañana te verás afectada a causa de esto!».

«¡Afectada!», exclamó Lord Verisopht.

«La reacción, mi lord, la reacción», dijo el Sr. Witterly. «Cuando esta tensión violenta sobre el sistema nervioso cese, ¿qué seguirá? Un derrumbe, una depresión, un abatimiento, una flojera, una debilidad. Mi lord, si *Sir Tumley Snuffim* viese a este delicado ser en este momento, no daría ni un... ni un... ni esto por su vida». Y para ilustrar la observación, el Sr. Witterly tomó una pizca de rapé de su cajita y la echó suavemente al aire como emblema de fragilidad.

«Ni eso», dijo el Sr. Witterly, mirando a su alrededor con rostro serio. «*Sir Tumbley Snuffim* no daría ni eso por la existencia de la Sra. Witterly».

El Sr. Witterly dijo esto con una especie de júbilo sobrio, como si no fuera una distinción de poca monta para un hombre tener a una esposa en un estado tan extremadamente delicado, y la Sra. Witterly suspiró y fijó la vista en un punto, como si sintiese el peso del honor del que era objeto, pero estuviese decidida a soportarlo con la mayor mansedumbre posible.

«La Sra. Witterly», dijo su esposo, «es la paciente favorita de *Sir Tumley Snuffim*. Creo, me aventuro a decir, que la Sra. Witterly es la primera persona que tomó la nueva medicina que, según se dice, acabó con una familia entera en las canteras de gravilla de Kensington. Creo que fue ella la primera. Si me equivoco, Julia querida, rectifícame».

«Sí, creo que fui yo», dijo la Sra. Witterly con débil voz.

Como en la mente de su patrón parecía haber cierta duda sobre la mejor manera de unirse a la conversación, el infatigable Sr. Pyke se lanzó al ruedo y, diciendo algo a propósito, preguntó —con respecto a la medicina antes mencionada— si era agradable.

«No, señor, no lo era. Ni siquiera tenía ese mérito», dijo el Sr. W.

«La Sra. Witterly es una mártir», observó Pyke, con una reverencia lisonjera.

«Eso creo», dijo la Sra. Witterly, sonriendo.

«Creo que lo eres, mi querida Julia», respondió su esposo, en un tono que parecía decir que él no era vanidoso, pero de todas formas tenía que insistir en los méritos que los adornaban. «Si alguien, mi lord», agregó el Sr. Witterly, girando para mirar de frente al noble, «es capaz de mostrarme a una mártir mayor que la Sra. Witterly, lo único que puedo decir es que me alegraría conocer a ese mártir, sea hombre o mujer... eso es todo, mi lord».

Pyke y Pluck hicieron notar prontamente que, por supuesto, nada podría ser más justo que eso. Y como la visita se había extendido demasiado a estas alturas, obedeciendo a la mirada de *Sir Mulberry* se pusieron de pie para marcharse. Esto hizo erguirse al propio *Mulberry* y también a *Lord Verisopht* sobre sus propias piernas respectivas. Se prodigaron abundantes protestas de amistad y expresiones anticipatorias del placer que inevitablemente se espera fluya de tan feliz relación, y los visitantes partieron, en medio de reiteradas declaraciones por parte de los anfitriones de que en todo momento y estación, la mansión de los *Witterly* consideraría un alto honor recibirlos bajo su techo.

Que vinieran en todo momento y estación... que cenaran allí un día, almorzaran al siguiente, volvieran a cenar al siguiente, y se la pasaran entrando y saliendo todos los días... que se juntaran para salir, o se encontrasen casualmente en los salones... que en todas esas ocasiones la Srta. *Nickleby* se hallaría expuesta a la constante e infatigable persecución de *Sir Mulberry Hawk*, el cual —estimaban incluso sus dos dependientes— ahora comenzaba a lanzar el peso de su carácter a la exitosa tarea de pisotear su orgullo, sin dejarle un momento de paz ni sosiego, excepto en escasas horas en que pudiera retirarse a su cuarto solitario a llorar por las pruebas del día... todas estas eran consecuencias naturalmente emanadas de los bien fraguados planes de *Sir Mulberry*, y la hábil ejecución de estos por parte de sus acólitos, *Pyke* y *Pluck*.

Y así prosiguieron las cosas durante una quincena. Casi no habría ni que recordar que solo la gente más débil y tonta podía dejar de advertir, apenas en una conversación, que *Lord Verisopht*, aun siendo un lord, y *Sir Mulberry Hawk*, aun siendo un barón, no eran personas acostumbradas a las mejores compañías posibles, y ciertamente no se esperaba que —por sus hábitos, modales, gustos o conversación— brillasen con mucho lustre en sociedad con las damas. Pero para la Sra. *Witterly* los dos títulos bastaban por sí solos. La

ordinariedad se convertía en humor, la vulgaridad se atenuaba hasta convertirse en la más encantadora excentricidad. La insolencia adoptaba el ropaje de una fácil ausencia de reserva, que solo alcanzaban quienes tuvieran la buena suerte de alternar con gente bien.

Si el ama construía de tal modo el comportamiento de sus nuevos amigos ¿qué podía reclamar en contra de ellos la acompañante? Si se habían habituado a ejercer tan poco comedimiento frente a la señora de la casa, ¿con cuánta mayor libertad no se dirigirían a su empleada a sueldo? Pero ni siquiera esto era lo peor. En la medida en que el odioso *Sir Mulberry Hawk* atacaba a Kate, cada vez de manera más abierta, la Sra. Witterly comenzó a sentir celos por los superiores atractivos de la Srta. Nickleby. Si ese sentimiento hubiera conducido a que se prohibiera su presencia en la sala cuando estuviesen allí tales visitantes, Kate habría estado más que feliz y contenta de que esos sentimientos existieran, pero desgraciadamente para ella, poseía esa gracia innata y esa verdadera elegancia en los modales, y ese millar de logros anónimos que imprimen su mayor encanto a la compañía femenina. Y si estos resultan valiosos en cualquier parte, tanto más lo eran dado que la señora de la casa era apenas una muñeca animada. En consecuencia, Kate padecía la doble mortificación de ser parte indispensable del círculo cuando *Sir Mulberry* y sus amigos estaban allí y, por ello mismo, de quedar expuesta a todos los malos humores y caprichos de la Sra. Witterly cuando aquellos partían. Llegó a sentirse total y completamente desdichada.

La Sra. Witterly nunca se había quitado la máscara respecto a *Sir Mulberry*, pero cuando tenía una cuota de mal humor superior a la habitual, atribuía la circunstancia, como suelen hacer las mujeres, a una indisposición nerviosa. Sin embargo, en la medida en que se abrió paso en su mente y se desarrolló la horrible idea de que también Lord Verisopht se había aficionado en cierto modo a Kate, y que ella, la Sra. Witterly, pasaba a ser una persona bastante secundaria, fue poseída por una gran cantidad de muy justa y virtuosísima indignación, y sintió que era su deber, como dama casada y miembro moral de la sociedad, mencionarle la circunstancia, sin demora, a la joven.

En conformidad, la Sra. Witterly desbrozó el camino a la mañana siguiente, durante una pausa en la lectura de novelas.

«Srta. Nickleby», dijo la Sra. Witterly, «deseo hablarle a usted con mucha seriedad. Lamento tener que hacerlo, le juro que lo lamento muchísimo, pero usted no me deja otra alternativa, Srta. Nickleby». En este punto la Sra. Witterly hizo un gesto con su cabeza —no un gesto

apasionado, sino apenas virtuoso— y observó, con cierta muestra de nerviosismo, que temía sufrir un nuevo acceso de taquicardia.

«Su comportamiento, Srta. Nickleby», prosiguió la dama, «dista mucho de complacerme... mucho. De veras que tengo el mayor interés porque usted salga adelante, pero tenga por seguro, Srta. Nickleby, que no lo logrará si sigue comportándose como lo hace».

«¡Señora!», exclamó Kate, con orgullo.

«No me altere hablándome de ese modo, Srta. Nickleby, no lo haga», dijo la Sra. Witterly con cierta violencia, «o me obligará usted a hacer sonar la campana».

Kate la miró sin decir nada.

«No crea», prosiguió la Sra. Witterly, «que mirándome de ese modo va usted a impedir que le diga lo que le voy a decir, Srta. Nickleby, pues lo considero un deber religioso. No tiene usted por qué mirarme de ese modo», dijo la Sra. Witterly, con un repentino estallido de rencor; «Yo no soy *Sir Mulberry*, no, ni *Lord Frederick Verisopht*, Srta. Nickleby. Ni tampoco soy el Sr. Pyke, ni el Sr. Pluck tampoco».

Kate volvió a mirarla, pero con menos fijeza que antes. Y apoyando el codo sobre la mesa, se cubrió los ojos con la mano.

«Si hubieran hecho cosas como esas cuando yo era una joven», dijo la Sra. Witterly (esto, por cierto, debió de haber sido un buen tiempcito atrás), «supongo que nadie lo hubiera creído».

«Creo que no lo habría podido creer», murmuró Kate. «¡Creo que nadie creería, sin saber realmente, lo que, según parece, estoy obligada a soportar!».

«No me hable de estar obligada a soportar, Srta. Nickleby, por favor», dijo la Sra. Witterly, con una estridencia en el tono muy sorprendente en una persona tan enferma. «No dejaré que me replique, Srta. Nickleby. No acostumbro a que me repliquen, ni lo permitiré un solo instante. ¿Lo oye usted?», agregó, como esperando una réplica, lo cual resultaba una flagrante incongruencia.

«Sí, la escucho, señora», respondió Kate, «con sorpresa... con una sorpresa mayor de la que puedo expresar».

«Siempre la he considerado una joven de un comportamiento particularmente bueno para su posición social», dijo la Sra. Witterly, «y como usted es una persona de apariencia saludable, y elegante en el vestir y lo demás, me he interesado por usted, y lo sigo haciendo, considerando que tengo una especie de obligación con esa respetable anciana que es la madre de usted. Por esos motivos, Srta. Nickleby, debo decirle de una vez y por todas, y

rogándole que tenga muy en cuenta lo que le digo, que he de insistir en que modifique usted de inmediato su muy atrevido comportamiento con los caballeros que visitan esta casa. Realmente, no es decoroso», dijo la Sra. Witterly, cerrado sus castos ojos al hablar; «es incorrecto... muy incorrecto».

«¡Oh!», exclamó Kate, mirando a lo alto y uniendo sus manos, «¿acaso esto no es demasiado cruel, demasiado duro de soportar? ¿Acaso no basta que haya sufrido como he sufrido, noche y día, que casi he perdido la estima de mí misma por la vergüenza de haber sido puesta en contacto con gente semejante, sino que, además, debo exponerme a esta acusación tan injusta e infundada?».

«Tenga la bondad de recordar, Srta. Nickleby», dijo la Sra. Witterly, «que cuando usted utiliza términos como “injusta” e “infundada” me acusa, en efecto, a mí, de decir algo incierto».

«Lo hago», dijo Kate, con honesta indignación. «Sea que me acusa usted por sí misma o que lo haga instada por otros, lo mismo da. Digo que su acusación es vilmente, groseramente, deliberadamente incierta. ¿Cómo es posible», exclamó Kate, «que alguien de mi propio sexo haya podido permanecer sentada ahí, sin advertir todo el sufrimiento que esos hombres me causan? ¿Cómo es posible que usted, señora, estando presente, no haya reparado en la insultante libertad de sus miradas? ¿Cómo es posible que usted no haya visto que esos libertinos, con absoluta falta de respeto hacia usted y con total ignorancia de la caballerosidad y casi de toda decencia, se introdujeron aquí con el solo objetivo de imponer sus designios a una chica indefensa y sin amigos que, sin necesidad de llegar a esta humillante confesión, hubiera debido recibir de usted, por ser mucho mayor que yo, algo siquiera parecido a la solidaridad y a la compasión femeninas? ¡No puedo... no puedo creerlo!».

Si la pobre Kate hubiera poseído el menor conocimiento del mundo, ciertamente no se habría aventurado, ni siquiera en medio del estallido nervioso al que había sido empujada, a un discurso tan imprudente como ese. Su efecto fue precisamente el que un observador de más experiencia hubiera previsto. La Sra. Witterly recibió el ataque contra su veracidad con una calma ejemplar, y escuchó con la más heroica fortaleza el relato de los sufrimientos de Kate. Pero en cuanto se hizo alusión a que los caballeros la habían tratado irrespetuosamente, comenzó a dar señales de gran perturbación, y cuando, seguido de ese golpe, se hiciera referencia a su

condición de persona de mucha mayor edad, cayó hacia atrás en el sofá, profiriendo gritos de abatimiento.

«¿Qué es lo que ocurre?», exclamó el Sr. Witterly, entrando de un salto en la habitación. «¡Cielos, qué es lo que veo! ¡Julia! ¡Julia! ¡Mira hacia arriba, Julia, mira hacia arriba!».

Pero Julia siguió mirando hacia abajo con la máxima perseverancia, y gritando aún más fuerte, de modo que el Sr. Witterly sonó la campana y danzó de un modo frenético en torno al sofá sobre el que yacía la Sra. Witterly, llamando constantemente a gritos a *Sir Tumley Snuffim*, sin dejar de hacerlo ni un momento siquiera fuera para pedir una explicación sobre la escena que se desarrollaba.

«Corra a buscar a *Sir Tumley*», exclamó el Sr. Witterly, amenazando al paje con ambos puños. «Lo sabía, Srta. Niddeby», dijo, mirando en derredor con aspecto de triunfo melancólico, «la sociedad ha sido demasiado para ella. Ella es toda alma, usted sabe, cada pedacito de ella». Con esa afirmación el Sr. Witterly levantó la silueta postrada de la Sra. Witterly y la transportó en peso hasta el lecho.

Kate esperó hasta que la visita de *Sir Tumley Snuffim* concluyera con un informe según el cual, mediante la intervención especial de una bondadosa Providencia (así hablo *Sir Tumley*), la Sra. Witterly se había dormido. Entonces se arregló apresuradamente para salir, y dejando el mensaje de que regresaría en un par de horas, partió rápidamente hacia la casa de su tío.

Había sido un buen día para Ralph Nickleby... un día muy afortunado, y mientras caminaba de un lado a otro en su cuartito trasero con las manos enlazadas a la espalda, sumando en su mente todas las cifras que habían caído o caerían en su red con los negocios realizados desde la mañana, su boca fue esbozando una sonrisa dura y severa, mientras las líneas y curvas que la dibujaban, así como la mirada astuta de sus ojos fríos y brillantes, parecían decir que cualesquiera decisión o astucia necesarias para incrementar las ganancias serían adoptadas sin vacilación.

«¡Muy bien!», dijo Ralph, sin duda aludiendo a algún procedimiento del día. «¿Así que desafía al usurero? Bien, ya veremos. Así que “la honestidad es la mejor política”, ¿eh? Ensayaremos eso también».

Sé detuvo, y luego siguió caminando.

«Así que se contenta con alzar su conocido carácter y su conducta irreprochable, frente al poder del dinero», dijo Ralph, relajándose y sonriendo... «el vil metal, como lo llama él. ¡Toma! ¡Qué clase de zopenco debe ser ese tipo! ¡Así que el vil metal...! ¿Quién está ahí?».

«Soy yo», dijo Newman Noggs, asomando la cabeza por la puerta. «Su sobrina».

«¿Qué hay con ella?», preguntó Ralph con aspereza.

«Está aquí».

«¡Aquí!».

Newman indicó con un gesto de cabeza en dirección a su cuartito, para significar que ella estaba allí, esperando.

«¿Qué es lo que quiere?», preguntó Ralph.

«No lo sé», respondió Newman. «¿Debo preguntarle?», agregó rápidamente.

«No», respondió Ralph. «Hazla pasar... espera». Con celeridad, guardó una caja con dinero que había sobre la mesa, y en su lugar puso una cartera vacía. «Vaya», dijo Ralph. «Ahora puede pasar».

Newman, sonriendo tristemente frente a esta maniobra, le hizo señas a la joven para que pasara, y tras colocar una silla para ella, se retiró, mirando a Ralph por encima del hombro, a hurtadillas, mientras se alejaba cojeando, lentamente.

«Bien», dijo Ralph, con bastante aspereza, pero de todas formas con algo más de bondad en sus ademanes de lo que hubiera mostrado a cualquier otra persona. «Bien, mi... querida. ¿Qué pasa ahora?».

Kate alzó la vista, con los ojos llenos de lágrimas, y tratando de dominar su emoción, hizo un esfuerzo por hablar, pero fue en vano. De modo que volvió a dejar caer la cabeza y permaneció en silencio. Aunque el rostro quedaba oculto a su vista, Ralph pudo ver que sollozaba.

«¡Puedo imaginarme la causa de esto!», pensó Ralph, tras observarla un rato en silencio. «Puedo... puedo adivinar la causa. ¡Vaya! ¡Vaya!», pensó Ralph, por el momento muy desconcertado, mientras contemplaba la angustia de su hermosa sobrina. «¿Qué daño le va a hacer? Apenas unas pocas lágrimas, y es una excelente lección para ella... una excelente lección».

«¿Qué es lo que pasa?», preguntó Ralph, acercando una silla y sentándose.

Lo tomó bastante por sorpresa la fuerza con la que Kate alzó la vista y le respondió.

«El asunto que me trae ante usted, señor», dijo, «es del tipo que debería hacerle a usted sonrojarse, y arder de furor al escucharlo, como me ocurre a mí al contarle. Me han maltratado, mis sentimientos han sido atropellados, insultados, heridos sin que haya cura posible, y lo han hecho amigos suyos».

«¡Amigos!», exclamó Ralph severamente. «Yo no tengo amigos, chica».

«Entonces, los hombres que vi aquí», replicó Kate con rapidez. «Si no eran amigos suyos, y usted sabía de lo que eran capaces... oh, tanta mayor vergüenza le toca, tío, por haberme puesto en contacto con ellos. Someterme a lo que fui expuesta aquí, por indebida confianza en sus invitados o un conocimiento imperfecto de ellos, habría sido muy difícil de excusar. Pero si usted lo hizo —como ahora creo que lo hizo— conociéndolos bien, ¡entonces esto ha sido algo muy miserable y cruel!».

Ralph retrocedió, totalmente sorprendido por este lenguaje tan directo, y contempló a Kate con su mirada más severa. Pero ella le sostuvo esa mirada con orgullo y firmeza, y su rostro, aunque muy pálido, parecía más noble y hermoso que nunca por lo iluminado que estaba.

«Ya veo que algo de la sangre de aquel chico hay en usted», dijo Ralph, hablando en su tono más áspero, pues los destellos de aquella mirada le recordaban a Nicholas en su último encuentro.

«¡Eso espero!», respondió Kate. «Me sentiría orgullosa. Soy joven, tío, y hasta ahora he soportado con calma todas las dificultades y sufrimientos de mi situación, pero hoy me han llevado más allá de lo que puedo tolerar y, pase lo que pase, tan seguro como que soy la hija de su hermano, de ningún modo seguiré soportando estos insultos».

«¿Qué insultos, niña?», preguntó Ralph con acritud.

«Recuerde lo que ocurrió aquí, y pregúntese», respondió Kate, sonrojándose profundamente. «Tío, usted tiene que librarme —estoy segura de que lo hará— de esa compañía tan vil y degradante a la que ahora me veo expuesta. No es mi intención», dijo Kate, acercándose rápidamente al anciano y poniéndole el brazo sobre su hombro, «no es mi intención ser colérica y violenta —le pido perdón si lo he parecido, querido tío— pero usted no imagina lo que he sufrido, ya lo creo que no. Usted no puede saber lo que hay en el corazón de una joven... no tengo derecho a pretender que lo sepa. Pero cuando le digo que me siento muy desgraciada, y que se me está rompiendo el corazón, es porque estoy segura de que usted me ayudará. Estoy segura. ¡Estoy segura de que lo hará!».

Ralph la miró un instante, entonces alejó su cabeza y se puso a golpear nerviosamente el suelo con el pie.

«Día tras día», dijo Kate, inclinándose hacia él, y poniendo tímidamente su mano en la de él, «he tenido la esperanza de que cesara esa persecución. Día tras día he tenido que aparentar alegría, a pesar de sentirme sumamente triste. No he tenido consejero ni asesor alguno, nadie que me proteja. Mamá supone que trato con hombres honorables, ricos y distinguidos, y ¿cómo

podría yo... cómo podría desengañarla... cuando está tan contenta con esos mínimos engaños, que son la única alegría que tiene? La dama con la que usted me colocó no es la persona a la que pudiera yo confiarle asuntos tan delicados, y finalmente he venido a usted, el único amigo que tengo al alcance —casi el único amigo que tengo en el mundo— para rogarle e implorarle que me ayude».

«¿Cómo puedo yo ayudarte, niña?», dijo Ralph, levantándose de su silla, y poniéndose a caminar de un lado para otro, con la misma actitud de antes.

«Usted tiene influencia sobre uno de esos hombres, lo sé», prosiguió Kate enfáticamente. «¿Acaso una palabra suya no podría disuadirlos de persistir en una actitud tan poco caballerosa?».

«No», dijo Ralph, volviéndose de repente, «al menos... no estoy en condiciones de decir si podría o no disuadirlos».

«¡Que no está en condiciones de decirlo!».

«No», dijo Ralph, deteniéndose en seco, y apretando aún más las manos tras la espalda. «No estoy en condiciones de decirlo».

Kate retrocedió uno o dos pasos y lo miró, como si dudara de haber oído bien.

«Tenemos relaciones de negocios», dijo Ralph, apoyándose alternativamente sobre los dedos de los pies y los talones, y mirando con frialdad el rostro de su sobrina, «y no puedo permitirme el lujo de ofenderlos. Después de todo, ¿cuál es el problema? Todos tenemos que pasar nuestras pruebas, y esta es una de las tuyas. Algunas chicas se sentirían orgullosas de tener a sus pies a semejantes galanes».

«¡Orgullosas!», exclamó Kate.

«No digo», prosiguió Ralph, alzando su dedo índice, «que no tengas razón en despreciarlos. No, esa es una señal de sensatez, y desde el principio supe que tal sería tu comportamiento. Bien. Pero en todos los demás aspectos, te encuentras rodeada de halagos. Eso no es tan difícil de soportar. Si ese joven lord te sigue como un perro, y te susurra necedades al oído, ¿bien, y qué? ¿Que es una pasión indecorosa? Pues que lo sea; no durará mucho. Alguna otra novedad surgirá un día, y tú quedarás liberada. Mientras tanto...».

«Mientras tanto», interrumpió Kate, con un orgullo y una indignación que la hacían muy atractiva, «estoy destinada a ser despreciada por mi propio sexo y a ser utilizada, cual juguete, por el otro. Condenada con razón por todas las mujeres Cabales, y desdeñada por todos los hombres honestos y honorables. Con mi autoestima aniquilada, y degradada para cuantos ojos se posan en mí. No, no lo haré mientras pueda trabajar hasta que los dedos se me gasten hasta

los mismos huesos en la labor más dura y brutal. No se equivoque conmigo. No deshonraré su carta de recomendación. Permaneceré en la casa en la que me colocó hasta que pueda abandonarla sin violar los términos de mi contrato... pero, escúcheme bien, no volveré a ver a esos hombres. Cuando me vaya de allí, me esconderé de ellos y de usted y mantendré a mi madre haciendo las labores más duras, pero al menos viviré en paz y me confiaré a la ayuda de Dios».

Y diciendo esas palabras, hizo un gesto de adiós con la mano y abandonó la habitación, dejando a Ralph Nickleby tan inmóvil como una estatua.

La sorpresa de Kate al cerrar la puerta de la habitación y ver allí muy cerca a Newman Noggs, de pie, derecho como una vela, en un pequeño nicho de la pared, como un espantapájaros, o como un Guy Fawkes^[23] encerrado en su cuartel de invierno, casi la hace dar un grito. Pero al ver que Newman se llevaba el dedo índice a los labios, tuvo la suficiente presencia de ánimo para contenerse.

«No», dijo Newman, deslizándose fuera de su escondite para acompañarla a cruzar el vestíbulo. «No llore, no llore». Mientras tanto, dos lágrimas muy grandes corrían por el rostro de Newman al hablar.

«Ya, ya, comprendo», dijo el pobre Noggs, sacando de su bolsillo lo que parecía ser un trapo muy viejo y limpiando con él los ojos de Kate, con tanta suavidad como si fuera una niña. «Ahora usted comienza a distenderse. Sí, sí, muy bien. Eso es lo correcto, eso me gusta. Fue acertado no ceder en su presencia. ¡Sí, sí! ¡Ja, ja, ja! Oh, sí. ¡Pobrecita!».

Con esas exclamaciones inconexas, Newman se secó sus propios ojos con el trapo ya mencionado, se acercó cojeando hasta la puerta de la calle y la abrió para dejarla salir.

«No llore más», le susurró Newman. «Pronto la veté. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Y otra persona también la verá. Sí, sí. ¡Jo! ¡Jo!».

«Dios lo bendiga», respondió Kate, apresurándose a salir. «Dios lo bendiga».

«Lo mismo le deseo a usted», prosiguió Newman, volviendo a abrir un poco la puerta para decirlo. «¡Ja, ja, ja! ¡Jo! ¡Jo! ¡Jo!».

Y Newman Noggs volvió a abrir la puerta una vez más para asentir alegremente con un gesto de cabeza, y reír... para luego cerrarla, y, sacudiendo tristemente la cabeza, echarse a llorar.

Ralph permaneció en la misma actitud hasta que oyó el ruido de la puerta al cerrarse, momento en que se encogió de hombros y después de dar algunas vueltas por la habitación —primero apresuradamente, pero gradualmente con

más lentitud en la medida en que se iba ensimismando— se sentó a su escritorio.

Se trataba de uno de aquellos problemas de la naturaleza humana que se puede documentar pero no solucionar: aunque Ralph no sentía remordimientos en aquel momento por su conducta para con la inocente y bondadosa chica; aunque sus clientes libertinos habían hecho precisamente lo que él había esperado, precisamente lo que él más deseaba, y precisamente lo que tendía a favorecerlo más, de todas formas los odiaba por hacerlo, desde el mismísimo fondo de su alma.

«¡Puf!», dijo Ralph, mirando en derredor con el ceño fruncido, y sacudiendo el puño cerrado al surgir en su mente los rostros de los dos libertinos; «me las pagarán por esto. ¡Oh!, ¡me las pagarán por esto!».

Mientras el usurero se volvía hacia sus libros y papeles en busca de consuelo, del otro lado de la puerta de su oficina alguien actuaba de un modo que le habría causado no poca sorpresa, si por algún medio hubiera podido enterarse de lo que sucedía.

Newman Noggs era el único actor. Permanecía a poca distancia de la puerta, mirando hacia ella. Y, con su abrigo arremangado hasta el codo, se aplicaba en propinar al aire golpes vigorosos, precisos y directos.

A primera vista esto podría haber parecido apenas una sabia precaución en un hombre de hábitos sedentarios, con vistas a anchar el tórax y fortalecer los músculos de los brazos. Pero la impaciencia y el júbilo intensos pintados en el rostro de Newman Noggs, bañado en sudor; la sorprendente energía con la que lanzaba una sucesión constante de golpes en dirección a un determinado panel alzado a un metro y setenta y dos centímetros del suelo, y cómo, de todas formas, persistía, del modo más incansable y perseverante, habrían bastado para revelar al observador atento que, en su imaginación, le estaba suministrando una paliza mortífera al más activo empleador de su cuerpo, el Sr. Ralph Nickleby.

CAPÍTULO 29

SOBRE EL PROCEDER DE NICHOLAS Y CIERTAS DIVISIONES INTERNAS EN LA COMPAÑÍA DEL SR. VINCENT CRUMMLES

El éxito y el favor inesperado con que fuera recibido su experimento en Portsmouth indujeron al Sr. Crummles a prolongar la temporada en aquel poblado una quincena más allá de la fecha prevista originalmente para abandonar la plaza, tiempo durante el cual Nicholas representó con éxito sostenido una amplia variedad de personajes, y atrajo al teatro a tantas personas que jamás habían acudido a él que el director consideró que una función de beneficio sería una promisoría especulación. Una vez que Nicholas accedió a los términos propuestos, se realizó la función de beneficio, que le aportó una suma no inferior a las veinte libras.

Con la posesión de esa riqueza inesperada, su primer acto fue enviarle al honesto John Browdie la suma de su amistoso préstamo, acompañada de muchas expresiones de gratitud y estimación, y muchos deseos cordiales de felicidad matrimonial. A Newman Noggs le envió la mitad del monto que había conseguido, rogándole que hallase la oportunidad de entregárselo en secreto a Kate, y que le transmitiera de su parte los más cálidos testimonios de su cariño y afecto. No mencionó cuál era su empleo; se limitó a informar a Newman que, si le hacía llegar una carta bajo este nombre falso a la oficina de correos de Portsmouth, esta llegaría sin problemas a sus manos, y le rogaba a este honrado amigo que le diera todos los detalles sobre la situación de su madre y su hermana, y le hiciera el recuento de todas las cosas grandiosas que Ralph Nickleby había hecho por ellas desde su partida de Londres.

«Estás desanimado», dijo Smike la noche siguiente al envío de la carta.

«¡Yo no!», respondió Nicholas, con pretendida alegría, pues la confesión habría hecho al chico sentirse triste toda la noche, «pensaba en mi hermana, Smike».

«¡Hermana!».

«Sí».

«¿Se parece a usted?», preguntó Smike.

«¡Eso dicen!», respondió Nicholas, riéndose, «solo que es muchísimo más hermosa».

«Debe de ser muy hermosa», dijo Smike, después de pensar un poco con las manos entrelazadas y la vista puesta en su amigo.

«Cualquiera que no te conociera tan bien como yo, mi querido amigo, diría que eres un cortesano consumado», dijo Nicholas.

«Ni siquiera sé lo que es eso», respondió Smike, sacudiendo negativamente la cabeza. «¿Veré alguna vez a su hermana?».

«Con toda certeza», exclamó Nicholas, «iremos allá juntos uno de estos días... cuando seamos ricos, Smike».

«¿Cómo es que usted, que es tan bondadoso y bueno conmigo, no tiene a nadie que sea bondadoso con usted?», preguntó Smike. «No puedo entender eso».

«¿Cómo? Es una larga historia», respondió Nicholas, «y me temo que es una historia que tendrías cierta dificultad para comprender. Tengo un enemigo... ¿entiendes lo que es eso?».

«Oh, sí, lo entiendo», dijo Smike.

«Bien, es por causa de él», le devolvió Nicholas. «Es rico, y no puede castigársele tan fácilmente como a tu antiguo enemigo, el Sr. Squeers. Es mi tío, pero es un villano, y me ha agraviado».

«No me diga», comentó Smike, inclinándose con impaciencia hacia delante. «¿Cómo se llama? Dígame su nombre».

«Ralph... Ralph Nickleby».

«Ralph Nickleby», repitió Smike. «Ralph. Me aprenderé ese nombre de memoria».

Lo había murmurado más de veinte veces en voz baja cuando un fuerte toque a la puerta lo distrajo de esa ocupación. Antes de que la pudiera abrir, el Sr. Folair, el mimo, asomó la cabeza.

La cabeza del Sr. Folair estaba decorada casi siempre con un sombrero muy redondo, usualmente muy encaramado en la coronilla, y con los bordes vistosamente enrollados hacia arriba. En esta ocasión lo llevaba muy ladeado, con la parte trasera hacia delante por estar menos mohoso de ese lado. Alrededor del cuello portaba una bufanda de estambre rojo, cuyos extremos desordenados asomaban por debajo de su raído abrigo Newmarket, que era muy ceñido y estaba completamente abotonado. En la mano llevaba un guante muy sucio y un bastón barato de vestir con empuñadura de cristal. En

resumen, toda su apariencia era inusualmente gallarda, y demostraba un esmero en su arreglo personal muchísimo mayor que lo habitual en él.

«Buenas noches, señor», dijo el Sr. Folair, quitándose el sombrero de copa y mesándose los cabellos. «Traigo un mensaje. ¡Ejem!».

«¿De quién, y sobre qué?», preguntó Nicholas. «Está usted inusualmente misterioso esta noche».

«Frío, quizás», le devolvió el Sr. Folair; «frío, quizás. Eso es por culpa de mi posición... no de mí mismo, Sr. Johnson. Mi posición como amigo de ambos lo requiere, señor». El Sr. Folair hizo una pausa con el aspecto más impresionante, y tras hurgar en el sombrero antes mencionado, sacó de él un pedacito de papel de estraza doblado de modo curioso, del que sacó a su vez una nota que, gracias a eso, se había conservado limpia, y dándosela a Nicholas, dijo:

«Tenga la bondad de leer esto, señor».

Nicholas, en un estado de gran sorpresa, tomó la nota y rompió el sello, echándole al mismo tiempo una ojeada al Sr. Folair, que juntando las cejas y frunciendo los labios con mucha dignidad permanecía sentado con la vista completamente fija en el techo.

Estaba dirigida al Señor Don espacio en blanco Johnson, por cortesía del Señor Don Augustus Folair, y el asombro de Nicholas no hizo sino aumentar cuando descubrió que la misiva se expresaba en los siguientes términos lacónicos:

«El Sr. Lenville presenta sus atentos saludos al Sr. Johnson, y le agradecería que le comunicara a qué hora mañana por la mañana le resultaría más conveniente encontrarse con el Sr. L. en el teatro, para que este le hale las orejas, en presencia de toda la compañía,»

«El Sr. Lenville solicita que el Sr. Johnson no deje de fijar una cita, pues ha invitado a dos o tres amigos profesionales a presenciar la ceremonia, y no puede defraudarlos bajo ningún concepto».

«Portsmouth, martes por la noche».

Por más indignado que estuviera frente a esta impertinencia, había algo tan exquisitamente absurdo en semejante cartel de desafío, que Nicholas se vio obligado a morderse el labio y leer la nota dos o tres veces antes de poder reunir suficiente seriedad y firmeza para dirigirse al mensajero hostil, que no había desviado la vista del techo ni alterado la expresión de su rostro en el menor grado.

«¿Conoce usted el contenido de esta nota, señor?», preguntó, al cabo.

«Sí», respondió el Sr. Folair, mirando en derredor por un instante, e inmediatamente regresando la vista al techo.

«¿Y cómo se atreve, entonces, a traerla aquí, señor?», preguntó Nicholas, rompiéndola en pedacitos muy pequeños, y arrojándolos en una ducha en dirección al mensajero. «¿No temía acaso que le hicieran bajar la escalera a puntapiés?».

El Sr. Folair volvió la cabeza —ornamentada ahora con varios fragmentos de la nota— hacia Nicholas, y con la misma imperturbable dignidad respondió brevemente: «No».

«Entonces», dijo Nicholas, tomando el sombrero de copa y lanzándolo en dirección a la puerta, «más vale que siga la dirección de ese artículo de su vestuario, señor, o podría resultar muy desagradablemente sorprendido, y en unos pocos segundos».

«Oiga, Johnson», protestó el Sr. Folair perdiendo de repente toda su dignidad, «nada de eso, no se confunda usted. No juegue con la vestimenta de un caballero».

«Abandone la habitación», le devolvió Nicholas. «¿Cómo puede pretender venir aquí con semejante recado, canalla?».

«¡Bah! ¡Bah!», dijo el Sr. Folair, desenrollando la bufanda y saliéndose gradualmente de ella. «Vaya... basta ya».

«¡Basta ya usted!», exclamó Nicholas, avanzando hacia él. «Lárguese, señor».

«¡Bah! ¡Bah! Oiga», le devolvió el Sr. Folair, sacudiendo la mano para desalentar cualquier cólera adicional; «no lo hacía en serio. Solo la traje en broma».

«Más vale que tenga cuidado de no permitirse semejantes bromas en el futuro», dijo Nicholas, «o podría descubrir que el tema de halar las orejas puede resultar muy peligroso aplicado al tema de su carácter chistoso. Le ruego decirme algo, ¿también esto fue escrito en broma?».

«No, no, eso es lo mejor», le devolvió el actor, «es totalmente en serio... le juro que sí».

Nicholas no pudo reprimir una sonrisa por la extraña figura que tenía delante, que en todo momento estaba calculada para provocar más risa que enojo, y tanto más en aquel momento en que, con una rodilla apoyada en el suelo, el Sr. Folair daba vueltas a su viejo sombrero en la mano, fingiendo la mayor de las pesadumbres porque este había perdido en el trance algo de su lanilla, aunque en realidad eso había ocurrido hacía muchísimos meses.

«Venga acá, señor», dijo Nicholas, riéndose a pesar suyo. «Tenga la bondad de explicarse».

«Bueno, le explicaré cómo es», dijo el Sr. Folair, sentándose en una silla con mucha sangre fría. «Desde que usted llegó aquí, los negocios de Lenville han menguado, y en vez de otorgarle un buen recibimiento todas las noches, como antes, lo dejan entrar a escena como si fuera un don nadie».

«¿Qué quiere usted decir con eso de una recepción?», preguntó Nicholas.

«¡Por Júpiter!», exclamó el Sr. Folair, «¡Qué aldeano tan poco sofisticado es usted, Johnson! ¡Tome!, Aplausos del teatro cuando uno sale por primera vez. Eso ha sido la vida de él, noche tras noche, sin jamás recibir un aplauso, mientras que usted obtiene al menos un par de rondas, y a veces tres, hasta que al final se desesperó totalmente, por poco se decide a interpretar a Tibaldo con una espada de verdad, y a pincharlo... no gravemente, sino lo suficiente para sacarlo a usted del ruedo por un mes o dos».

«Qué considerado», observó Nicholas.

«Sí, creo que fue por esas circunstancias, porque estaba en juego su reputación profesional», dijo el Sr. Folair con mucha seriedad. «Pero le falló la determinación, y se puso a buscar alguna otra manera de molestarlo a usted, y a la vez de hacerse popular... pues ese es el quid. Notoriedad, notoriedad es el asunto. Dios lo bendiga a usted. Si él lo hubiera pinchado», dijo el Sr. Folair, deteniéndose a hacer un cálculo en su mente, «habría valido... ah, eso habría valido ocho o diez chelines por semana para él. Todo el pueblo habría venido a ver al actor que casi mató a un hombre por error. No me extrañaría que le hubiera valido un contrato en Londres. Sin embargo, se ha visto obligado a intentar algún otro modo de hacerse popular, y se le ocurrió este. En realidad, es una idea ingeniosa. Si usted se acobardaba y le permite que le hale las orejas, eso habría llegado a los periódicos. Si usted le jurara la paz, también habría aparecido en los periódicos, y hablarían tanto de él como de usted... ¿no lo entiende?».

«Oh, claro», respondió Nicholas; «pero suponga que yo viro la situación al revés, y le halo a él las orejas, ¿qué pasa entonces? ¿Eso haría su fortuna?».

«¿Cómo? No lo creo», respondió el Sr. Folair, rascándose la cabeza, «porque no habría nada novelesco en ello, y no lo mostraría bajo un ángulo favorable. Sin embargo, a decir verdad, él no calculó mucho al respecto, pues usted tiene una conversación tan suave, y es tan popular entre las mujeres, que no calculamos que usted se defendiese. Pero si lo hiciera, no obstante, él hallaría fácilmente un modo de salir airoso, téngalo por seguro».

«¿Así que puede hallar un modo?», prosiguió Nicholas. «Lo intentaremos, mañana por la mañana. Mientras tanto, usted puede darle la versión que más le plazca de nuestra entrevista. Buenas noches».

Puesto que el Sr. Folair era bastante conocido entre sus compañeros actores por gustar mucho de las travesuras, y no era en lo absoluto escrupuloso, Nicholas no dudaba que hubiera sido él quien instara al actor trágico a adoptar el tal plan y, además, que habría desempeñado su misión muy arbitrariamente, de no haberse desconcertado por la inesperada reacción de Nicholas. Pero, a la verdad, no valía la pena tomarlo en serio, de modo que despidió al mimo con una suave insinuación de que, si volvía a ofender, correría el riesgo de que le rompieran la cabeza. Y el Sr. Folair, tomando la advertencia muy en serio, se encaminó al encuentro de su superior, para ofrecerle la versión de lo acontecido, que a su juicio, mejor conviniera para seguir adelante con la broma.

Sin duda informó que Nicholas estaba muy atemorizado, pues cuando ese joven caballero llegó al teatro con toda tranquilidad a la mañana siguiente a la hora acostumbrada, halló a toda la compañía reunida en un estado de evidente expectación, y al Sr. Lenville, con su más severo rostro teatral, sentado de manera majestuosa sobre una mesa y silbando, desafiante.

Ahora bien, la damas estaban de parte de Nicholas, y los caballeros (por estar celosos), de parte del resentido actor, de modo que estos últimos formaban un grupito en torno al temible Sr. Lenville, y las primeras observaban a corta distancia, con cierta turbación y ansiedad. Al detenerse Nicholas para saludarlos, el Sr. Lenville rio con risa desdeñosa, e hizo alguna observación general referida a la historia universal de los majaderos.

«¡Oh!», dijo Nicholas, mirando tranquilamente en derredor, «¿está usted ahí?».

«¡Hombre vil!», replicó el Sr. Lenville, haciendo un gesto exagerado con su brazo derecho y acercándose a Nicholas con paso teatral. Pero de algún modo se le vio un poco sorprendido, como si Nicholas no tuviese un aspecto tan asustado como él había esperado, y de repente se detuvo con torpeza, ante lo cual el grupo de las damas estalló en una risa estridente.

«¡Objeto de mi desdén y de mi odio!», dijo el Sr. Lenville, «os desprecio».

Nicholas rio en señal totalmente inesperada de estar disfrutando de aquella actuación, y las damas, para alentarle, rieron más alto que antes, frente a lo cual el Sr. Lenville adoptó su sonrisa más implacable y expresó su opinión de que ellas eran sus «favoritas».

«¡Pero no os protegerán!», dijo el actor trágico, mirando a Nicholas de abajo a arriba, desde las botas hasta la coronilla, y luego de arriba abajo, comenzando por la coronilla hasta terminar en las botas, miradas ambas que, como saben todos, en el escenario significan desafío. «¡No os protegerán... chico!».

Después de decir esto, el Sr. Lenville se cruzó de brazos y sometió a Nicholas a esa expresión del rostro con la que, en sus actuaciones melodramáticas, adoptaban los reyes tiránicos para decir «llévenselo a la más profunda mazmorra debajo del foso del castillo», y que, acompañada por un poco de tintineo de los grilletes, tenía fama de producir, en su tiempo, efectos tremebundos.

Sin embargo, ya fuese por la ausencia de grilletes o por otra razón, no causó profunda impresión en el adversario del Sr. Lenville, sino que más bien pareció aumentar el buen humor expresado en su semblante. Ya para esta etapa de la competencia, uno o dos caballeros, que habían venido expresamente a ser testigos de cómo le halaban las orejas a Nicholas, comenzaron a impacientarse, y a murmurar que lo que fuera a hacerse, mejor hacerlo de inmediato, y que si el Sr. Lenville no tenía la intención de hacerlo, más valía que lo dijera, y no tenerlos a ellos esperando allí. Apremiado de esa manera, el actor trágico se ajustó el puño derecho de su abrigo para realizar la operación, y caminó de modo muy majestuoso hasta Nicholas, que le permitió aproximarse hasta la distancia necesaria y entonces, sin la menor vacilación, lo derribó de un golpe.

Antes de que el desconcertado actor trágico pudiera alzar la cabeza de la tablas, la Sra. Lenville (que, como se insinuara antes, estaba en estado interesante), se precipitó desde la fila trasera de las mujeres y, lanzando un grito penetrante, se abalanzó sobre el cuerpo.

«¿Ve esto, monstruo? ¿Ve esto?», exclamó el Sr. Lenville, sentándose en el suelo y señalando a su dama que, puesta de hinojos, lo tenía fuertemente abrazado por la cintura.

«Vamos», dijo Nicholas, instándolo con un gesto de la cabeza, «discúlpese por la nota insolente que me escribió anoche, y no pierda más tiempo hablando». «¡Jamás!», exclamó Lenville.

«Sí... sí... sí...», gritó su esposa. «Hazlo por mí... por mí, Lenville... renuncia a toda mundana frivolidad, si no quieres verme como un yerto cadáver a tus pies».

«¡Esto es enternecedor!», dijo el Sr. Lenville, mirando en derredor, y pasándose el dorso de la mano por los ojos. «Son fuertes los nexos de la

natura. El débil esposo y el padre... el futuro padre... cede. Pido disculpas».

«¿Humilde y sumisamente?», dijo Nicholas.

«Humilde y sumisamente», respondió el actor trágico, mirando a lo alto con rostro ceñudo... «Pero solo por salvarla a ella... pues llegará el momento...».

«Muy bien», dijo Nicholas; «espero que la Sra. Lenville tenga un buen hijo, y cuando venga, y usted sea padre, se retracte usted si tiene coraje para hacerlo. Eso es. Para otra ocasión, señor, tenga cuidado de que los celos no lo lleven demasiado lejos. Y, antes de aventurarse demasiado lejos, asegúrese también de calcular hasta dónde llega el temple de su rival». Y con ese consejo de despedida, Nicholas recogió el palo atizador del Sr. Lenville, que había salido volando de su mano, lo partió en dos pedazos, lo arrojó lejos y se retiró, haciendo una leve inclinación a los espectadores al echar a andar.

Nicholas fue objeto de las más profundas deferencias aquella noche, y la gente que más ansiosamente había deseado aquella mañana que le halaran las orejas, aprovecharon la primera ocasión para llevárselo aparte y decirle con gran emoción cuánto apreciaban que hubiera puesto en su sitio tan adecuadamente a ese Lenville, que era un tipo bastante insoportable, y al que todos ellos, por extraordinaria coincidencia, se habían sentido tentados en un momento u otro de infligir algún castigo digno, y solo se habían abstenido de hacerlo por consideraciones piadosas. En verdad, a juzgar por la invariable conclusión de todas esas historias, nunca existió un grupo de gente tan caritativa y de corazón tan bondadoso como los miembros masculinos de la compañía del Sr. Crummles.

Nicholas asimiló su triunfo, tal como lo hiciera con su éxito en el mundillo del teatro, con una dosis máxima de moderación y buen humor. El alicaído Sr. Lenville hizo un postrer esfuerzo para cobrar venganza enviando a un chico a la galería para abuchear, pero este fue puesto a buen recaudo por la indignación popular, y echado de inmediato del teatro, sin devolución de su dinero.

«Bien, Smike», dijo Nicholas al concluir la primera obra, y terminando de vestirse para regresar a casa, «¿aún no hay cartas?».

«Sí», respondió Smike, «esta la traje de la oficina de correos».

«De Newman Noggs», dijo Nicholas, echándole una ojeada a la dirección, escrita con rasgos apretados; «no es tarea fácil descifrar su letra. A ver... a ver».

A fuerza de empeñarse en la carta durante media hora, consiguió dominar el contenido, cuya naturaleza ciertamente no era de las que aliviaban su

mente. Newman tomó la decisión de devolver las diez libras, con la observación de que ni la Sra. Nickleby ni Kate estaban realmente necesitadas de dinero por el momento, y que pronto podría llegar el momento en que Nicholas lo necesitara más. Le rogó que no se alarmara por lo que estaba a punto de contarle... que no había malas noticias... que disfrutaban de buena salud... pero él pensaba que podrían ocurrir circunstancias, o estaban ocurriendo, que harían absolutamente necesario que Kate contara con la protección de su hermano, y de ocurrir eso, decía Newman, se lo escribiría a esos efectos, ya fuese en el próximo correo o en el siguiente.

Nicholas leyó ese pasaje varias veces, y mientras más pensaba en ello, más comenzaba a temer alguna traición de parte de Ralph. Una o dos veces se sintió tentado de regresar a Londres a todo riesgo y sin demora, pero, al reflexionar un poco, se convencía de que, si semejante paso fuere necesario, Newman se lo habría dicho de inmediato.

«En cualquier caso, debo preparar a la gente aquí para la posibilidad de una partida repentina», dijo Nicholas. «No debo demorar en hacerlo». En cuanto se le ocurrió esa idea, tomó su sombrero y marchó con celeridad a la sala de descanso de los actores.

«Caramba, Sr. Johnson», dijo la Sra. Crummles, que estaba sentada allí en regio atavío y con el prodigio haciendo el papel de doncella en sus brazos maternos, «la semana próxima en Ryde, la siguiente en Winchester, luego en...».

«Tengo algunos motivos para temer», interrumpió Nicholas, «que antes de que partan de aquí, mi carrera con ustedes habrá concluido».

«¡Concluido!», exclamó la Sra. Crummles, alzando un brazo en gesto de asombro.

«¡Concluido!», exclamó la Srta. Snellicci, temblando tanto en su traje de malla, que de hecho tuvo que poner la mano en el hombro de la esposa del director en busca de apoyo.

«¿Cómo?, ¡Él no quiere decir que vaya a partir!», exclamó la Sra. Grudden, abriéndose paso en dirección a la Sra. Crummles. «¡Tate! Tonterías».

El prodigio, por ser de naturaleza cariñosa y además excitable, dejó escapar un sonoro grito, y las Srtas. Belvawney y Bravassa se echaron de inmediato a llorar. Hasta los hombres actores cesaron en su conversación para hacer eco a la palabra «¡concluido!», aunque algunos de ellos (los que habían sido más expresivos en sus felicitaciones aquel día) se hicieron guiños unos a otros como si no lamentaran perder a un rival tan favorecido, opinión que, en efecto, el honesto Sr. Folair, que estaba vestido para representar al salvaje, formuló de manera inequívoca a un demonio con el que estaba compartiendo una jarra de cerveza negra.

Nicholas se limitó a decir que temía que así fuera, aunque aún no podía hablar con algún grado de certeza. Y alejándose tan pronto como pudo regresó a la casa para volver a repasar la carta de Newman y de nuevo hacer conjeturas.

¡Qué insignificante le pareció, en aquella noche sin sueño, todo lo que había estado ocupando su tiempo y sus pensamientos a lo largo de muchas semanas, y de qué manera tan perenne e incesante se presentaba a su imaginación la idea de que Kate, inmersa en algún gran problema o angustia extrema, podría estar en ese mismo instante necesitándolo, e impedida de acceder a él!

CAPÍTULO 30

SE REALIZAN FESTEJOS EN HONOR DE NICHOLAS, QUIEN, REPENTINAMENTE, SE VE OBLIGADO A ABANDONAR LA COMPAÑÍA DEL SR. VINCENT CRUMMLES Y A SUS COMPAÑEROS DE TEATRO

En cuanto el Sr. Vincent Crummles tuvo conocimiento del anuncio público de Nicholas sobre la posibilidad de dejar pronto de ser miembro de la compañía, dio muchas muestras de pesar y consternación y, en el extremo de su desesperación, llegó incluso a insinuar ciertas vagas promesas de rápida mejoría, no solo del monto de su salario regular, sino también de los eventuales emolumentos inherentes a sus autorías. Al comprender que Nicholas estaba decidido a abandonar la sociedad —puesto que ahora ya había determinado que, incluso si no recibía más noticias de Newman, para tranquilizar su espíritu regresaría en cualquier caso a Londres a todo riesgo, a fin de comprobar la situación exacta en que se encontraba su hermana— el Sr. Crummles se vio obligado a contentarse pensando en la posibilidad de que regresase, y tomó medidas prontas y enérgicas para aprovecharlo lo más posible antes de la partida.

«Veamos», dijo el Sr. Crummles, quitándose la peluca de bandido para examinar con la cabeza despejada el caso en toda su dimensión. «Veamos. Estamos a miércoles por la noche. Mañana a primera hora pondremos carteles para anunciar que, definitivamente, mañana será tu última presentación».

«Pero quizás no sea mi última presentación, usted sabe», dijo Nicholas. «A no ser que me manden a buscar con urgencia, no quisiera causarle molestias partiendo antes del fin de semana».

«Tanto mejor», replicó el Sr. Crummles. «Podemos hacer la que sería definitivamente tu última presentación el jueves... anunciar que te hemos vuelto a contratar para una noche más el viernes... y, cediendo a los deseos de numerosos patrocinadores influyentes que no pudieron conseguir entradas, presentarte nuevamente el sábado. Esto debe aportarnos unas très funciones a lleno completo».

«Entonces, ¿debo hacer tres presentaciones finales, eh?», preguntó Nicholas, sonriendo.

«Sí», prosiguió el gerente, rascándose la cabeza con aire de cierta irritación; «tres no bastan, y es muy torpe e irregular no tener más, pero si no queda más remedio, de nada vale lamentarse. Sería estupendo presentar algo nuevo. ¿No podrías cantar una canción cómica montado en la jaca, eh?».

«No», respondió Nicholas, «en verdad, no puedo».

«En otras oportunidades con eso hemos hecho dinero», dijo el Sr. Crummles, con una mirada de decepción. «¿Qué le parece una brillante muestra de fuegos artificiales?».

«Creo que sería bastante cara», respondió Nicholas secamente.

«Con dieciocho peniques se resolvería», dijo el Sr. Crummles. «Usted encima de un par de escalones, con el prodigio en un cuadro fijo. La palabra “adiós” escrita detrás en una transparencia, y nueve personas en los bastidores, cada una con un buscapiés en la mano... y docena y media de cargas estallando a la vez... sería grandioso... imponente, visto desde la parte delantera, muy imponente».

Puesto que Nicholas no parecía en absoluto impresionado con la solemnidad del efecto propuesto, sino que, por el contrario, recibía la propuesta de un modo muy irreverente, y se reía de ella a carcajadas, el Sr. Crummles abandonó el proyecto apenas nacido y comentó con pesimismo que tenían que hacer el mejor cartel de que fueran capaces, con combates y bailes de marineros, todo según las reglas del auténtico drama.

Con la intención de ejecutar cuanto antes su propósito, el director se encaminó de inmediato a un pequeño vestidor adyacente, donde la Sra. Crummles a la sazón se ocupaba en cambiar las vestimentas de una emperatriz de melodrama por la ropa corriente de una matrona del siglo diecinueve. Y con la asistencia de esa dama, y de la consumada Sra. Grudden (que era genial en eso de hacer carteles, por su habilidad para colocar los signos de admiración, y porque, dada su larga experiencia, sabía exactamente donde iban las mayúsculas más grandes), se aplicó seriamente a componer el cartel.

«¡Ay!», suspiró Nicholas, dejándose caer en la silla del apuntador después de telegrafiarle las instrucciones necesarias a Smike, que en el intermedio había estado haciendo el papel de un pobre sastre, con un pedazo de abrigo colgando de un lado, un pañuelito de bolsillo con un gran agujero en el medio, un gorro de dormir de lana, una nariz colorada y otras señas distintivas propias de los sastres en el escenario. «¡Ay! Ojalá que esto acabara».

«¡Que acabara, Sr. Johnson!», repitió una voz femenina detrás de él, con una especie de dolida sorpresa.

«Ha sido una expresión poco cortés, es cierto», dijo Nicholas, alzando la vista para ver quién había hablado, y reconociendo a la Srta. Snellicci. «No habría hablado así de saber que usted iba a oírme».

«¡Qué simpático es ese Sr. Digby!», dijo la Srta. Snellicci, en el momento en que el sastre salía por el lado contrario para finalizar la obra y recibía un gran aplauso. (El nombre teatral de Smeke era Digby).

«Le contaré ahora mismo lo que ha dicho usted. Se pondrá muy contento», repuso Nicholas.

«¡Oh, qué perverso es usted!», prosiguió la Srta. Snellicci. «Aunque en realidad no tiene por qué preocuparme que él sepa la opinión que tengo de él. En el caso de otras personas quizá sería diferente...». En este punto la Srta. Snellicci se detuvo, como esperando una pregunta, pero no le hicieron ninguna, pues Nicholas estaba pensando en cosas más serias.

«Qué bondadoso por su parte», prosiguió la Srta. Snellicci tras un corto silencio, «quedarse aquí esperándolo, noche tras noche, sin importar cuán cansado esté usted, y tomarse tanto trabajo con él, ¡y hacerlo todo con tanto gusto y tan buena disposición como si estuviera acuñando oro!».

«Bien que se merece esa bondad, y muchísima más», dijo Nicholas. «Es el ser más agradecido, noble y cariñoso que jamás existiera».

«Y también extraño», observó la Srta. Snellicci, «¿no es verdad?».

«Dios lo bendiga y se apiade de los que lo hicieron así. En efecto, es extraño», respondió Nicholas, sacudiendo la cabeza.

«Es un tipo tan endemoniadamente cerrado en sí mismo», dijo el Sr. Folair, que había llegado un poco antes y ahora se unía a la conversación. «Nadie puede jamás sonsacarle nada».

«¿Y qué se supone que deberían sonsacarle?», preguntó Nicholas, volviéndose de manera algo abrupta.

«¡Oh, caramba, qué malas pulgas, Johnson!», le devolvió el Sr. Folair, subiéndose el talón de su zapato de baile. «Solo me refiero a la curiosidad natural de la gente aquí, por saber en qué ha andado metido toda su vida».

«¡Pobre tipo! Se ve claro que no tiene un intelecto como para haber andado en nada demasiado importante, ni para ellos ni para nadie más», dijo Nicholas.

«Ay», prosiguió el actor, contemplando el efecto de su rostro en el reflector de un farol, «pero sepa usted que eso tiene que ver con toda la cuestión».

«¿Qué cuestión?», preguntó Nicholas.

«¿Cómo?, la de quién y qué es, y cómo ustedes dos, siendo tan distintos, llegaron a ser compañeros tan cercanos», respondió el Sr. Folair, encantado por la oportunidad de decir algo desagradable. «Eso está en boca de todos».

«¿Los “todos” del teatro, supongo?», dijo Nicholas, despectivamente.

«Dentro y fuera de él también», respondió el actor. «Bueno, usted sabe, Lenville dice...».

«Pensé haberlo silenciado con efectividad», interrumpió Nicholas, enrojando.

«Posiblemente», prosiguió el inamovible Sr. Folair, «pero puede que él lo haya dicho antes de ser silenciado: Lenville dice que usted es un actor mediocre, y que solo el misterio que le rodea lo ha hecho a usted tan popular con la gente de aquí, y que Crummles explota esto para su propio beneficio, aunque Lenville dice que no hay nada de cierto en el misterio, salvo que usted se haya visto involucrado en algún lío y haya tenido que salir huyendo de algún lugar por haber hecho esto o aquello».

«¡Oh!», dijo Nicholas, obligándose a sonreír.

«Eso es parte de lo que dice», agregó el Sr. Folair. «Lo menciono como amigo de ambas partes, y en estricta confianza. Quiero que sepa que no estoy de acuerdo con él. Dice que para él Digby es más bribón que tonto. Y sepa que dice el viejo Fluggers, el que hace el trabajo pesado, que cuando portaba mensajes una vez que hacía de mensajero en Covent Garden, hace como dos años, por la parada de coches merodeaba un carterista con la misma cara de Digby, aunque, como dice él con mucha razón, podría no haber sido Digby, sino quizá un hermano u otro pariente».

«¡Oh!», volvió a exclamar Nicholas.

«Sí», dijo el Sr. Folair, con una calma imperturbable, «eso es lo que dicen. Pensé decírselo porque realmente usted debería saberlo. ¡Oh!, ahí está ese bendito prodigio al fin. ¡Puf!, qué latosa es, ojalá que... totalmente listo, querida... farsante... Hágalo subir, Sra. G., y deje que la preferida los despierte».

Pronunciando en alta voz las partes elogiosas para el prodigio, y las restantes a modo de un aparte confidencial con Nicholas, el Sr. Folair siguió con la vista la subida del telón, contempló con una sonrisa despectiva la acogida que el público dispensaba a la Srta. Crummles en el papel de la doncella y, retrocediendo uno o dos pasos para producir mejor efecto cuando se adelantara, profirió un aullido preliminar, y «se lanzó al ataque»,

rechinando los dientes y blandiendo su hacha tomahawk de lata, en el papel del indio salvaje.

«¡Así que esas son algunas de las historias que inventan sobre nosotros, y pasan de boca en boca!», pensó Nicholas. «Si algún delito irredimible puede cometer un hombre contra la sociedad es tener éxito, grande o pequeño. Le perdonarán cualquier crimen menos ese».

«Espero que no haga caso usted de lo que dice ese malicioso bellaco, Sr. Johnson», observó la Srta. Snellicci con su entonación más seductora.

«Yo no» respondió Nicholas. «Si fuese a permanecer aquí, quizá valdría la pena involucrarme. Pero tal como están las cosas que hablen hasta quedarse roncós. Pero ahí», agregó Nicholas, al acercarse Smike, «ahí viene el objeto de parte de la diversión de esos, así que es tiempo de que vayamos los dos a dar las buenas noches y retirarnos».

«No, no les permitiré nada semejante a ninguno de los dos», ripostó la Srta. Snellicci. «Quiero que venga a casa y conozca a mamá, que acaba de llegar hoy de Portsmouth, y se muere por verlo a usted. Led, querida, convence al Sr. Johnson».

«Oh, qué dices», repuso la Srta. Ledrook, con notable viveza, «si no lo puedes persuadir tú...». La Srta. Ledrook no dijo nada más, pero dio a entender, mediante una diestra y juguetona expresividad, que si la Srta. Snellicci no podía persuadirlo, nadie podría.

«El Sr. y la Sra. Lillyvick se han alojado en nuestra casa, y por ahora comparten nuestro salón», dijo la Srta. Snellicci. «¿Eso no lo animaría a venir?».

«Le aseguro», repuso Nicholas, «que basta con una invitación suya para ponerme en marcha».

«¡Oh, no! ¡Qué dice!», prosiguió la Srta. Snellicci. Pero la Srta. Ledrook exclamó: «¡Caramba, caramba!». A lo cual la Srta. Snellicci respondió que la Srta. Ledrook le parecía un poco tonta, y la Srta. Ledrook dijo que la Srta. Snellicci no tenía por qué ponerse tan colorada, y la Srta. Snellicci pegó a la Srta. Ledrook, y la Srta. Ledrook pegó a la Srta. Snellicci.

«Venga», dijo la Srta. Ledrook, «ya hace rato que deberíamos estar allí, o la pobre Sra. Snellicci pensará que usted se ha fugado con su hija, Sr. Johnson, y entonces estaríamos en un buen aprieto».

«Mi querida Led», amonestó la Srta. Snellicci, «¡qué charlatana eres!».

La Srta. Ledrook no respondió, pero enlazando su brazo al de Smike, dejó que su amiga y Nicholas la siguieran cuando desearan, cosa que les agradó, o

más bien agradó a Nicholas, hacer de inmediato, pues la idea de un *tête à tête* en tales circunstancias no le hacía mucha gracia.

Una vez en la calle no escasearon los temas de conversación, pues resultó que la Srta. Snevellicci llevaba a casa una cestita, y la Srta. Ledrook, una pequeña sombrerera, ambas con artículos menores de vestuario teatral que las actrices acostumbraban a cargar de aquí para allá cada noche. Nicholas insistió en llevar la cestita, y la Srta. Snevellicci en llevarla ella misma, lo cual dio origen a una lucha en la que Nicholas acabó apoderándose tanto de la cesta como de la sombrerera. Entonces Nicholas expresó curiosidad por el contenido de la cestita e intentó atisbar dentro, ante lo cual la Srta. Snevellicci lanzó un grito, y declaró que estaba segura de que si él lo veía ella caería desmayada. Esta declaración fue seguida por un intento similar con la sombrerera, y una demostración similar por parte de la Srta. Ledrook, tras lo cual ambas damas juraron que no darían un paso más hasta que Nicholas hubiera prometido no volver a atisbar. Al fin Nicholas se comprometió a no curiosear más, y siguieron caminando. Ambas damas emitieron muchas risitas sofocadas, y declararon que nunca habían visto un ser tan malvado en toda su vida... nunca.

Aligerando el camino con chistes de ese tipo, llegaron muy rápidamente a casa del sastre, y allí hicieron una buena fiestecita, en la que estaban presentes, aparte del Sr. Lillyvick y la Sra. Lillyvick, no solo la mamá de la Srta. Snevellicci, sino también su papá. Y hombre extraordinariamente admirable era el papá de la Srta. Snevellicci, de nariz encorvada, frente blanca, cabellos negros rizados, pómulos muy altos y, en conjunto, un rostro bastante bien parecido, solo un poco cubierto de granos, como se ve en los bebedores. Tenía un pecho muy ancho, ese papá de la Srta. Snevellicci, y llevaba un raído abrigo de vestir de color azul, cruzado y muy ceñido, con botones dorados. Y en cuanto vio a Nicholas entrar en la habitación, metió con rapidez el índice y el dedo del medio de su mano derecha entre los dos botones del centro, y poniendo su otro brazo elegantemente en jarras, parecía decir: «¡A ver!, aquí estoy, macho, ¿y qué era lo que tenías que decirme?».

Así estaba, y en esa actitud permaneció el papá de la Srta. Snevellicci, que había estado en la profesión desde que actuó por primera vez en el papel de un diablillo de diez años en las pantomimas navideñas. Sabía cantar un poco, bailar un poco, hacer un poco de esgrima, actuar un poco y hacer de todo un poco, pero no mucho. A veces en el *ballet*, a veces en el coro, había actuado en todos los teatros de Londres. En virtud de su figura siempre lo elegían para el papel del militar de visita o del noble que no habla. Vestía siempre ropa

elegante, y siempre venía de brazos con una dama elegante de enaguas cortas, y además siempre lo hacía con un aire tal que hubo casos en que la gente de la platea lanzó repetidos gritos de «¡bravo!», por pensar, al solo impacto de su presencia, que era alguien importante. Así era el papá de la Srta. Snevellicci, sobre el cual algunas personas envidiosas arrojaron la acusación de que ocasionalmente golpeaba a la mamá de la Srta. Snevellicci, que seguía siendo bailarina, dama dotada de una figurita esbelta y algunos restos de belleza, y a la que ahora veíamos sentada, como ocurría cuando bailaba en el escenario, más bien retirada hacia el fondo, por ser demasiado mayor para exponerse de lleno a la luz de las candilejas.

A estas buenas personas fue presentado Nicholas con mucha formalidad. Una vez concluidas las presentaciones, el papá de la Srta. Snevellicci (que olía a ron aguado) dijo que estaba encantado de conocer a un caballero tan talentoso, y observó, además, que jamás había presenciado un éxito semejante... no, no, jamás, desde el debut de su amigo, el Sr. Glavormelly, en el Real Teatro de Coburg.

«¿Lo vio usted actuar, señor?», dijo el papá de la Srta. Snevellicci.

«No, en realidad nunca lo vi», respondió Nicholas.

«¡Usted nunca vio actuar a mi amigo Glavormelly, señor!», dijo el papá de la Srta. Snevellicci. «Entonces usted todavía no sabe lo que es una actuación. Si él viviera...».

«¿Oh, ya murió, no?», interrumpió Nicholas.

«Sí, murió», dijo el Sr. Snevellicci, «pero no está enterrado en Westminster Abbey, lo que acrecienta la vergüenza. Él era un... Bueno, no importa. Se fue a aquel reino del que no regresa viajero alguno. Espero que allí lo sepan apreciar».

En cuanto dijo eso, el papá de la Srta. Snevellicci se frotó la punta de la nariz con un pañuelo de seda muy amarillo, dando a entender al grupo que esos recuerdos lo trastornaban.

«Vaya, Sr. Lillyvick», dijo Nicholas, «¿y cómo está usted?».

«Muy bien, señor», respondió el recaudador. «No hay nada como el estado matrimonial, señor, téngalo por seguro».

«¡Ya lo creo!», dijo Nicholas, riendo.

«¡Ah!, no hay nada igual, señor», respondió el Sr. Lillyvick solemnemente. «¿Qué le parece?», susurró el recaudador, llevándolo aparte, «¿Qué le parece su aspecto esta noche?».

«Tan hermosa como siempre», respondió Nicholas, echándole una ojeada a la antigua Srta. Petowker.

«¡Tome! Es ese garbo que tiene, señor», susurró el recaudador, «que jamás vi en nadie. Mírela ahora, cómo se mueve para poner la tetera al fuego. ¡Rediez! ¡Dígame si no es fascinante!».

«Es usted un hombre afortunado», dijo Nicholas.

«¡Ja, ja, ja!», prosiguió el recaudador. «¿Así que eso cree, eh? Quizás lo sea, quizás lo sea. Oiga, no habría podido salirme mejor si hubiera sido un joven, ¿no? Ni a usted le hubiera salido mejor, no, ¿eh? No». Con estas y otras muchas preguntas semejantes, el Sr. Lillyvick le daba codazos en el costado a Nicholas, y emitía una risita hasta que, intentando moderar su satisfacción, el rostro se le tornaba púrpura.

A estas alturas se había puesto el mantel, bajo la supervisión conjunta de todas las damas, encima de dos mesas unidas, una de las cuales era alta y estrecha, y la otra baja y ancha. Como entrante había ostras, y salchichas de saliente, unas despabiladeras en el medio, y patatas cocidas por dondequiera que fuese posible ponerlas. De la habitación contigua se trajeron dos sillas adicionales. La Srta. Snellicci se sentó a la cabecera de la mesa, y el Sr. Lillyvick en el otro extremo, y Nicholas no solo tuvo el honor de sentarse junto a la Srta. Snellicci, sino, además, de tener a la mamá de la Srta. Snellicci a su derecha, y al papá de la Srta. Snellicci enfrente. En resumen, era el héroe de la fiesta, y cuando se recogió el servicio y se trajo algo caliente, el papá de la Srta. Snellicci se puso de pie y propuso un brindis con un discurso contentivo de tantas alusiones enternecedoras a su próxima partida, que la Srta. Snellicci se echó a llorar y se vio obligada a retirarse a su dormitorio.

«¡Chitón! No se den por enterados», dijo la Srta. Ledrook, asomándose desde la habitación. «Cuando regrese, digan que es que trabaja demasiado».

La Srta. Ledrook suplió las deficiencias de este bocadillo haciendo tantos misteriosos movimientos afirmativos con la cabeza y tantos fruncimientos de ceño antes de volver a cerrar la puerta que un profundo silencio se apoderó de todo el grupo, en el transcurso del cual el papá de la Srta. Snellicci pareció a todos los presentes, en verdad, muy grande —varias veces más grande que lo que en realidad era—, particularmente a Nicholas, y siguió vaciando constantemente su jarra y volviéndola a llenar, hasta que las damas regresaron en apretado haz, trayendo consigo a la Srta. Snellicci.

«No debe alarmarse para nada, Sr. Snellicci», dijo la Sra. Lillyvick. «Solo está un poco débil y nerviosa, así ha estado desde la mañana».

«Oh», dijo el Sr. Snellicci, «eso es todo, ¿eh?».

«Oh, sí, eso es todo. No hagan aspavientos», exclamaron al unísono todas las damas.

Ahora bien, ese no era exactamente el tipo de respuesta que se aviniera al rango del Sr. Snevellicci como hombre y como padre, de modo que escogió a la desafortunada Sra. Snevellicci para preguntarle a qué diablos se debía que le hablara de ese modo.

«Ay, querido...», dijo la Sra. Snevellicci.

«No me llame querido suyo, señora», dijo el Sr. Snevellicci, «hágame el favor».

«Papá, te ruego, no lo hagas», dijo la Srta. Snevellicci.

«¿Que no haga qué, hija mía?».

«Que no hables así».

«¿Por qué no?», preguntó el Sr. Snevellicci. «Supongo que aquí nadie va a decirme cómo tengo que hablar».

«Nadie pretende hacer tal cosa», agregó su hija.

«Ni lo conseguiría aunque lo pretendiese», dijo el Sr. Snevellicci. «No me avergüenzo de mí mismo. Mi apellido es Snevellicci. Pueden hallarme en Broad Court, Calle Bow, cuando estoy en la ciudad. Si no estoy en casa, que pregunten por mí en la puerta del teatro. Maldita sea, supongo que me conocen en la puerta del teatro. La mayoría de la gente ha visto mi retrato en la tienda de puros al doblar la esquina. Ya me han mencionado los periódicos, ¿no? ¡Habla! Vamos a ver. Si descubro que alguien ha estado indisponiendo a mi hija conmigo no diría una palabra. Le daría una sorpresa sin hablar... esa es mi manera».

Diciendo eso, el Sr. Snevellicci le propinó a la palma de su mano izquierda tres fuertes golpes con el puño cerrado, haló una oreja imaginaria con el pulgar y el índice derechos, y bebió otro vaso lleno de un tirón. «Esa es mi manera», repitió el Sr. Snevellicci.

La mayoría de las figuras públicas tienen sus defectos. Y la verdad es que el Sr. Snevellicci era algo adicto a la bebida. O, si hay que decir toda la verdad, rara vez estaba sobrio. En sus borracheras transitaba por tres fases distintas de intoxicación: ...la digna ...la pendenciera ...y la cariñosa. Cuando estaba ejerciendo su profesión, nunca pasaba de la digna. En círculos privados pasaba por las tres, transitando de una a otra con una rapidez que a menudo dejaba bastante perplejos a quienes no tuvieran el honor de conocerlo.

De ese modo, en cuanto el Sr. Snevellicci tragó el contenido de otro vaso, sonrió a todos los presentes en un alegre olvido de sus anteriores síntomas de

belicoidad, e hizo un brindis por «las damas... ¡benditos sean sus corazones!», de un modo muy vivaz.

«Las amo», dijo el Sr. Snellicci, mirando en derredor de la mesa, «las amo, a todas y cada una».

«No a todas», razonó suavemente el Sr. Lillyvick.

«Sí, a todas», repitió el Sr. Snellicci.

«Eso incluiría a las damas casadas, usted sabe», dijo el Sr. Lillyvick.

«Las amo a ellas también», dijo el Sr. Snellicci.

El recaudador miró los rostros que lo rodeaban con aspecto de grave asombro, como diciendo «¡Vaya un tipo educado!», y pareció algo sorprendido porque los modales de la Sra. Lillyvick no arrojasen evidencias de horror e indignación.

«Una buena acción merece otra», dijo el Sr. Snellicci. «Yo las amo a ellas y ellas me aman a mí». Y como si su confesión no pasara suficientemente por alto, y desafiara, todas las obligaciones morales, ¿qué hizo el Sr. Snellicci? Hizo un guiño... un guiño, abierto y sin disfraz. Un guiño con su ojo derecho... ¡en dirección a Henrietta Lillyvick!

El recaudador se echó hacia atrás en su silla por la intensidad de su asombro. Si alguien le hubiera hecho un guiño cuando ella era Henrietta Petowker, habría sido en grado extremo indecoroso. Pero ¡como la Sra. Lillyvick! Mientras pensaba en ello, bañado en un sudor frío, y se preguntaba si sería posible que estuviera soñando, el Sr. Snellicci repitió el guiño, y haciendo por señas un brindis a la salud de la Sra. Lillyvick, de hecho ¡le lanzó un beso! El Sr. Lillyvick abandonó su silla, caminó directamente hasta el otro extremo de la mesa, y se lanzó encima de él... literalmente se lanzó encima de él... al instante. El Sr. Lillyvick no era un peso ligero, y, por consiguiente, al caer sobre el Sr. Snellicci, el Sr. Snellicci fue a dar bajo la mesa. El Sr. Lillyvick lo siguió, y las damas gritaron.

«¿Qué les ocurre a estos hombres... están locos?», exclamó Nicholas, lanzándose debajo de la mesa, arrastrando fuera al recaudador con esfuerzo supremo, y arrojándolo, todo jorobado, sobre una silla, como si fuera una momia. «¿Qué pretende usted hacer? ¿Qué es esto? ¿Qué le ocurre?».

Al tiempo que Nicholas alzaba al recaudador, Slike había realizado la misma función con el Sr. Snellicci, que ahora miraba a su antiguo adversario con asombro algo borracho.

«Oiga acá, señor», respondió el Sr. Lillyvick, señalando hacia su sorprendida esposa, «he ahí pureza y elegancia combinadas, cuyos sentimientos han sido ultrajados... ¡violados, señor!».

«¡Dios, qué tonterías dice!», exclamó la Sra. Lillyvick en respuesta a la mirada inquisitiva de Nicholas. «Nadie me ha dicho nada a mí».

«¡Dicho, Henrietta!», exclamó el recaudador. «¿Acaso no vi el...?». El Sr. Lillyvick no podía atreverse a pronunciar la palabra, pero la representó con un movimiento del ojo.

«¡Caramba!», exclamó la Sra. Lillyvick. «¿Usted supone que nadie va a mirarme nunca? ¡Bonito sería entonces estar casada, ya lo creo, si esa fuera la ley!».

«¿No te molestó?», exclamó el recaudador.

«¡Molestarme!», repitió despectivamente la Sra. Lillyvick. «Usted debería hincarse de rodillas y pedirle perdón a todos, eso es lo que debería hacer».

«¿Perdón, querida mía?», dijo el consternado recaudador.

«Sí, y en primer lugar a mí», respondió la Sra. Lillyvick. «¿Acaso no cree que he de ser yo el mejor juez de cuanto *haiga* de apropiado e inapropiado?».

«Con seguridad», exclamaron todas las damas. «¿Supone usted que nosotras no seríamos las primeras en hablar, si hubiera algo que debiera señalarse?».

«¿Supone usted que ellas no son capaces, señor?», dijo el papá de la Srta. Snellicci, subiéndose el cuello de la camisa, y murmurando algo sobre aporrear cabezas y solo abstenerse por consideraciones de edad. Diciendo lo cual, el papá de la Srta. Snellicci miró fija y severamente al Sr. Lillyvick algunos segundos, y luego se levantó de su silla pausadamente y besó en ronda a cada una de las damas, comenzando por la Sra. Lillyvick.

El infeliz recaudador miró lastimosamente a su esposa, como para ver si en la Sra. Lillyvick quedaba algún rasgo de la Srta. Petowker, y una vez convencido de que no era así, rogó con gran humildad a todos los presentes que lo perdonaran, y se sentó tan alicaído, desanimado y abatido, que a pesar de todo su egoísmo y chochez, resultaba bastante digno de compasión.

Puesto que el papá de la Srta. Snellicci estaba muy exaltado por este triunfo, y con la prueba irrefutable de su popularidad con el bello sexo, rápidamente se volvió sociable, por no decir escandaloso, ofreciéndose voluntariamente para cantar más de una canción de un largo no despreciable, y entreteniéndolo al círculo social, en los intervalos, con recuerdos de diversas mujeres espléndidas, que se suponía albergaban una pasión por él, y brindando a la salud de varias de ellas por sus nombres, mientras aprovechaba al mismo tiempo la oportunidad para hacer notar que, de haber cuidado más de sus propios intereses, en aquel momento habría estado conduciendo su cuadriga. Estas reminiscencias no parecieron despertar ninguna punzada

dolorosa en el pecho de la Sra. Snellicci, que estaba bastante ocupada disertando para Nicholas sobre los muchos méritos y hazañas de su hija. Tampoco dicha joven se quedaba atrás en el despliegue de sus más selectos encantos, pero estos, por más que fueran realizados por los artificios de la Srta. Ledrook, no conseguían en lo absoluto aumentar las atenciones de Nicholas, que, con el precedente de la Srta. Squeers aún fresco en su memoria, se resistía firmemente a cualquier tipo de seducción, y cuidaba de modo tan estricto su comportamiento, que cuando se despidió, las damas declararon unánimemente que era un monstruo insensible.

Al día siguiente, a su debido tiempo aparecieron los carteles, y el público fue informado, en todos los colotes del arcoiris y en letras afectadas por todas las posibles variantes de deformidades vertebrales, que el Sr. Johnson tendría el honor de hacer su última aparición aquella noche, y que se solicitaba una temprana reserva de asientos debido a la extraordinaria demanda que tenían sus actuaciones, por ser este un momento sobresaliente en la historia del teatro, pues, como desde siempre se sabe y ha quedado establecido más allá de cualquier duda, es imposible convencer a la gente de que venga al teatro a menos que antes se les haga creer que no podrán entrar en él.

Nicholas quedó bastante perplejo cuando, al entrar al teatro aquella noche, contempló una perturbación y nerviosismo inusuales reflejados en los rostros de todos los miembros de la compañía. Pero pronto saldría de sus dudas en cuanto a la causa, pues antes de poder preguntar nada al respecto, se le acercó el Sr. Crummles y, en tono de gran exaltación, le informó que había un empresario teatral londinense en los palcos.

«Es por el prodigio, téngalo por seguro, señor», dijo Crummles, arrastrando a Nicholas hasta el agujerito del telón para que pudiera ver a través de él al empresario de Londres. «No tengo la menor duda de que es por la fama del prodigo... aquel es el hombre, ese del sobretodo, que no lleva cuello de camisa. Ganará diez libras por semana, Johnson. No actuará en los escenarios de Londres por un céntimo menos. Además, no la van a contratar a no ser que contraten también a la Sra. Crummles... veinte libras semanales por la pareja, o, escuche usted, me ofreceré también yo, y los dos chicos, y tendrán a toda la familia por treinta. No se me ocurre un arreglo más justo que ese. Tienen que contratarnos a todos, pues ninguno se va sin los demás. Ese es el modo en que obra alguna gente de teatro de Londres, y siempre da resultado. Treinta libras por semana... es muy barato, Johnson, es asquerosamente barato».

Nicholas respondió que ciertamente lo era, y el Sr. Vincent Crummles, tomando varias grandes pizcas de rapé para entonarse el ánimo, se alejó para contarle a la Sra. Crummles que había arreglado las únicas condiciones aceptables, y que había resuelto no rebajar ni un céntimo.

Cuando todos estuvieron vestidos y subió el telón, el nerviosismo ocasionado por la presencia del empresario de Londres aumentó en mil veces. Todos sabían, por casualidad, que la actuación que el empresario de Londres había venido a presenciar era la suya (la de él o la de ella), y todos estaban en un estado de total ansiedad y expectativa. Algunos de los que no trabajaban en la primera escena se agolpaban entre bastidores para desde allí estirar los cuellos y verlo un instante. Otros se colaron furtivamente en los dos pequeños palcos privados de ambos laterales de proscenio para, desde aquella posición, espiar al empresario de Londres. En una ocasión se vio reír al empresario de Londres: se rio del intento del campesino cómico por atrapar una moscarda en el momento mismo en que la Sra. Crummles se encontraba en el mejor de sus efectos. «Muy bien, amigo», dijo el Sr. Crummles, sacudiéndole el puño delante de la cara al campesino cómico al salir este de escena, «el sábado por la noche se va usted de esta compañía».

Del mismo modo, todos los que en ese momento estaban actuando en el escenario no veían al público, sino a un solo individuo. Todos actuaban para el empresario de Londres. Cuando el Sr. Lenville, en un repentino estallido de pasión, llamó sinvergüenza al emperador y luego, mordiéndose el guante, dijo «pero debo disimular», en vez de mirar melancólicamente al suelo en espera de su próximo bocado, como debe hacerse en estos casos, mantuvo la vista fija en el empresario de Londres. Cuando la Srta. Bravassa cantó la canción a su amante, el cual, según lo habitual, debía estar dispuesto a estrechar la mano de ella en los espacios entre los versos, no se miraron el uno al otro, sino que miraron en dirección al empresario de Londres. El Sr. Crummles cayó muerto directamente delante de él, y cuando los dos guardias vinieron a llevarse el cadáver tras una muerte muy tortuosa, se le vio abrir los ojos y mirar al empresario de Londres. Al final se descubrió que el empresario de Londres se había quedado dormido y que, poco después, se despertó y se fue, ante lo cual toda la compañía la tomó con el infeliz campesino cómico, y declaró que su bufonada había sido la única causante, y el Sr. Crummles dijo que lo había soportado mucho tiempo, pero que realmente no podía resistirlo más, y por lo tanto le agradecería que buscara otro empleo.

Todo esto divirtió mucho a Nicholas, cuyo único sentimiento sobre el tema fue de sincera satisfacción porque el gran hombre se hubiera marchado

antes de su aparición. Representó su papel en las dos últimas obras tan rápido como pudo, y después de recibir una aprobación sin límites y un aplauso sin precedentes —así decían los carteles del siguiente día, que habían sido impresos una o dos horas antes— tomó a Smike del brazo y se fue a casa a dormir.

Con el correo del día siguiente llegó una carta de Newman Noggs, muy llena de tinta, muy breve, muy sucia, muy pequeña y muy misteriosa, que instaba a Nicholas a partir para Londres de inmediato, sin perder un instante, para llegar aquella misma noche, si fuera posible.

«Lo haré», dijo Nicholas. «Dios sabe que me he mantenido aquí porque era lo mejor, y muy dolorosamente en contra de mi propia voluntad, pero incluso pienso ahora que quizás me demoré demasiado. ¿Qué puede haber pasado? Smike, mi buen amigo, ven aquí... toma mi bolsa. Junta nuestras cosas y paga las pocas deudas que tenemos... rápido, y estaremos a tiempo para el coche de la mañana. Solo voy a decirles que nos vamos, y regresaré de inmediato aquí».

Y diciendo esto tomó su sombrero y se dirigió apresuradamente a los aposentos del Sr. Crummles, donde tocó a la puerta con tanta energía en la mano que despertó a ese caballero, que estaba aún acostado, e hizo que al Sr. Bulph, el piloto, casi se le cayera la pipa de la boca del susto.

En cuanto abrieron la puerta, Nicholas corrió escaleras arriba sin ninguna ceremonia, y entrando de golpe al oscuro salón del frente del primer piso, vio que los dos hijos Crummles habían saltado del diván y se vestían apresuradamente, creyéndose que era de madrugada y que la casa de al lado estaba ardiendo.

Antes de que pudiera sacarlos de su error, el Sr. Crummles bajó en bata de franela y gorro de dormir, y Nicholas le explicó brevemente las circunstancias ocurridas que lo obligaban a regresar inmediatamente a Londres.

«Así que adiós», dijo Nicholas; «adiós, adiós».

Ya estaba a medio camino escaleras abajo antes de que el Sr. Crummles se hubiera recuperado bastante de su sorpresa para decir con voz entrecortada algo sobre los carteles.

«No puedo evitarlo», respondió Nicholas. «Páguelos con lo que yo haya podido ganar esta semana, o si no alcanza con eso, dígame ahora mismo cuánto le debo. Dese prisa».

«En cuanto a eso estamos en paz», replicó Crummles. «Pero ¿no podemos tenerlo una noche más?».

«Ni una hora... ni un minuto», respondió Nicholas con impaciencia.

«¿No se detendrá usted para decirle algo a la Sra. Crummles?», preguntó el director, bajando con él hasta la puerta.

«No podría detenerme ni para prolongar mi vida una veintena de años», prosiguió Nicholas. «Vaya, tenga mi mano, y con ella mi senada gratitud... ¡Oh!, ¡no puedo demorarme más!».

Acompañando estas palabras con un impaciente golpe del pie en el suelo, se arrancó del agarre del director, que lo retenía, y bajando rápidamente por la calle se perdió de vista en un instante.

«Ay, ay», dijo el Sr. Crummles, mirando pensativamente al punto por el que acababa de desaparecer. «Si solo actuara así, ¡qué cantidad de dinero atraería! Debía haberse quedado en este giro. Me habría sido muy útil. Pero él no sabe lo que le conviene. Es un joven impulsivo. Los jóvenes son precipitados, muy precipitados».

Por estar de ánimo moralizador, el Sr. Crummles posiblemente hubiera seguido moralizando algunos minutos más, de no haber llevado mecánicamente su mano al bolsillo del chaleco, donde acostumbraba a guardar su rapé. La ausencia de bolsillo en el lugar habitual de repente le trajo a la memoria el recuerdo de que no tenía puesto chaleco, y como esto lo condujo a una contemplación de la escasez extrema de su vestimenta, cerró abruptamente la puerta y se retiró escaleras arriba con gran precipitación.

Smike había actuado a toda velocidad durante la ausencia de Nicholas, y con su ayuda todo estuvo pronto listo para la partida. Apenas se detuvieron para probar un bocado de desayuno, y en menos de media hora llegaron a la oficina de coches, muy sofocados por la prisa con la que habían tenido que moverse para llegar a tiempo. Aún faltaban unos pocos minutos, de modo que, una vez garantizados los pasajes, Nicholas entró rápidamente en una tienda de ropa de segunda mano muy cerca de allí, y le compró a Smike un sobretodo. Le habría quedado bastante ancho a un fornido labrador, pero como el tendero afirmó (y no mentía) que era una talla muy poco común, Nicholas, en su impaciencia, lo habría comprado aunque hubiera sido el doble de grande.

Mientras corrían hacia el coche, que ya estaba en plena calle y a punto de partir, de repente Nicholas, atónito, se encontró prisionero de un abrazo apretado y violento que casi lo levantó en peso, y su asombro no disminuyó en lo absoluto al oír la voz del Sr. Crummles exclamar «¡es él... mi amigo, mi amigo!».

«Bendita sea», exclamó Nicholas, forcejando en los brazos del director, «¿qué ocurre?».

El director no respondió, pero volvió a estrecharlo contra su pecho, exclamando, al hacerlo, «¡adiós, mi noble chico, adiós, corazón de león!».

De hecho, el Sr. Crummles, que jamás podía perder una oportunidad para ofrecer una muestra del oficio, había aparecido con el propósito expreso de despedirse públicamente de Nicholas. Y, para hacerlo más imponente aún, para colmo de desagrado del joven caballero, ahora le estaba infligiendo una rápida sucesión de abrazos teatrales que, como todo el mundo sabe, se realizan poniendo la barbilla de quien abraza sobre el hombro del objeto de su afecto, y mirando por encima de él. Esto lo hizo el Sr. Crummles en el más puro estilo del melodrama, derramando al mismo tiempo las formas más

tétricas de despedida que se le ocurrieron, sacadas de un surtido de obras teatrales. Pero esto no era todo, pues el mayor de los Crummles hijo, realizaba una ceremonia similar con Smike, mientras que Percy Crummles, hijo, con una capita de seda y pelo de camello de segunda mano, que llevaba teatralmente echada sobre el hombro izquierdo, presenciaba la escena, con actitud de oficial acompañante que esperaba llevar a las dos víctimas al patíbulo.

Los espectadores reían a carcajadas, y como era mejor poner al mal tiempo buena cara, Nicholas también rio cuando consiguió liberarse, y rescatando al asombrado Smike, subió al techo del coche tras él, y se besó la mano en honor de la ausente Sra. Crummles mientras se alejaban.

CAPÍTULO 31

SOBRE RALPH NICKLEBY Y NEWMAN NOGGS, Y ALGUNAS SABIAS PRECAUCIONES CUYOS EFECTOS, EXITOSOS O FALLIDOS, APRECIAREMOS A CONTINUACIÓN

En perfecta ignorancia de que su sobrino se aproximaba hacia su radio de acción a la máxima velocidad de cuatro buenos caballos y que cada minuto que pasaba disminuía la distancia entre ellos, aquella mañana Ralph Nickleby, sentado en su despacho, se encontraba inmerso en sus ocupaciones habituales. Esto, sin embargo, no impedía que sus pensamientos vagaran de vez en cuando hacia la entrevista que tuviera lugar el día anterior entre él y su sobrina. Permanecía entonces abstraído unos instantes, luego murmuraba alguna interjección displicente y enseguida se aplicaba con renovada firmeza de propósito al estudio del libro mayor que tenía delante, pero, una y otra vez, aquella idea fija regresaba, a pesar de todos sus esfuerzos por evitarla, lo hacía equivocarse en las cuentas, y distraía sobremanera su atención de las cifras en las que se encontraba enfrascado. Al cabo, Ralph soltó la pluma y se dejó caer hacia atrás en su silla, como si hubiera decidido permitir que la importuna corriente de reflexiones siguiera su propio curso para de ese modo, dándole alas, deshacerse de ella con efectividad.

«No soy hombre que se deje conmover por un rostro bonito», murmuró severamente Ralph. «Debajo, hay una calavera sonriente, y los hombres que, como yo, miramos y laboramos bajo la superficie, vemos eso, y no la delicada cubierta. Y sin embargo, casi le tengo cariño a la chica, o se lo tendría si hubiera sido criada de modo que fuese menos orgullosa y remilgada. Si el chico se ahogase, o lo ahorcasen, y la madre muriera, esta casa sería un hogar para ella. Desearía, con toda mi alma, que eso ocurriera».

A pesar del odio mortal que Ralph sentía hacia Nicholas, y el amargo desprecio con el que se burlaba de la pobre Sra. Nickleby —a pesar de la bajeza con que se había comportado y se comportaba aún entonces, y se volvería a comportar si su interés lo instara, respecto a la propia Kate—, de

todas formas había, por extraño que parezca, un algo humanizante e incluso gentil en sus pensamientos en aquel momento. Se imaginó cómo podría ser su hogar si Kate estuviera allí. La situó en la silla vacía, la miró, la oyó hablar. Volvió a sentir sobre su brazo el suave peso de la mano temblorosa. Desparramó por sus costosas habitaciones el centenar de muestras silenciosas de presencia y ocupación femeninas. Regresó junto a la fría chimenea y el silencioso y triste esplendor. Y en ese único atisbo de una naturaleza mejor, nacido, tal como fue, de pensamientos egoístas, el hombre rico, carente de amigos y de hijos, sintió su soledad. Por un momento, el oro perdió todo brillo ante sus ojos, porque existían incontables tesoros del corazón que jamás podría comprar.

Una circunstancia muy leve bastaba para hacer desaparecer semejantes reflexiones de la mente de un hombre como Ralph. Al mirar distraídamente hacia el lado opuesto del patio, en dirección a la ventana de la otra oficina, de repente cobró conciencia de que estaba siendo observado detenidamente por Newman Noggs, que, con su roja nariz casi pegada al cristal, fingía arreglar una pluma con un herrumbroso fragmento de cuchillo, pero estaba en realidad mirando fijamente a su empleador con expresión de encontrarse inmerso en el más preciso y minucioso escrutinio.

Ralph cambió su postura de ensoñación por su habitual actitud de negocios: el rostro de Newman desapareció, y su idea fija desapareció, todo ello simultáneamente y en un instante.

Transcurridos unos minutos, Ralph hizo sonar la campana. Newman respondió al llamado, y Ralph elevó la vista cautelosamente hasta su rostro, como si casi temiera leer allí el contenido de sus recientes pensamientos.

Sin embargo, no había la menor oportunidad de especular a partir del semblante de Newman Noggs. Si fuese posible imaginarse a un hombre con dos ojos en su rostro, ambos totalmente abiertos y que no mirasen en ninguna dirección ni vieran absolutamente nada Newman sería ese hombre mientras Ralph Nickleby lo contemplaba.

«¿Y qué hay?», gruñó Ralph.

«¡Oh!», dijo Newman, de repente dotando sus ojos de alguna inteligencia y mirando con ellos a su amo, «pensé que usted había hecho sonar la campana». Y con esa lacónica observación Newman dio la vuelta y se marchó cojeando.

«¡Detente!», dijo Ralph.

Newman se detuvo, en absoluto desconcertado.

«Yo la hice sonar, en efecto».

«Sabía que lo había hecho».

«Entonces, ¿por qué dices que te vas, si lo sabías?».

«Pensé que usted había hecho sonar la campana para decir que no la había hecho sonar», respondió Newman. «Usted hace eso con frecuencia».

«¿Cómo se atreve a inspeccionarme, y a escrutarme, y a clavar la vista en mí, señor?», preguntó Ralph.

«¡Clavar la vista en usted», exclamó Newman, «en usted! ¡Ja, ja!», y esa fue toda la explicación que Newman se dignó a ofrecer.

«Cuidado, señor mío», dijo Ralph, mirándolo fijamente. «No quiero jueguitos de borracho. ¿Ves este paquete?».

«Es bastante grande», respondió Newman.

«Llévalo al barrio financiero. A Cross, en la Calle Broad, y déjalo allí... pronto. ¿Oíste?».

Newman movió obstinadamente la cabeza para expresar una respuesta afirmativa, y tras abandonar la habitación unos segundos regresó con su sombrero. Habiendo hecho varios intentos infructuosos de meter el paquete (que tendría unos 60 centímetros cuadrados) en la copa de este, Newman lo colocó bajo el brazo, y en cuanto se puso sus guantes sin dedos con gran precisión y elegancia, manteniendo la vista fija en el Sr. Ralph Nickleby todo el tiempo, se ajustó el sombrero en la cabeza con tanto cuidado, real o fingido, como si fuera nuevo y de la más costosa calidad, y al fin partió a realizar su cometido.

Cumplió su misión con gran puntualidad y rapidez, permaneciendo en la taberna apenas medio minuto, e incluso pudiera decirse que solo pasó por ahí porque estaba en su camino, pues entró por una puerta y salió por la otra. Pero al regresar, cuando ya había avanzado hasta el Strand en dirección a casa, Newman empezó a rezagarse con el incierto aspecto de un hombre que no puede decidir si detenerse o seguir adelante. Tras una muy breve consideración, prevaleció la primera tendencia, y avanzando en dirección al punto que había tenido en mente Newman llamó con un discreto doble toque —o mejor, un solo toque nervioso— a la puerta de la Srta. La Creevy.

La abrió una extraña sirvienta, a quien el raro aspecto del visitante no pareció provocarle la más favorable impresión, pues en cuanto lo vio, casi la volvió a cerrar, y a través de la mínima rendija entreabierta le preguntó qué deseaba. Pero no bien pronunció el monosílabo «Noggs», fue como si hubiera sido dicha alguna palabra cabalística, al sonido de la cual los pestillos volaron y las puertas se abrieron, y forzando rápidamente la entrada, se abrió paso

hasta la puerta del salón de la Srta. La Creevy antes de que la asombrada sirvienta pudiera mostrarle ninguna oposición.

«Pase, por favor», dijo la Srta. La Creevy en respuesta al sonido de los nudillos de Newman, y, en conformidad, él entró.

«¡Bendita sea!», exclamó la Srta. La Creevy, sobresaltada con la irrupción de Newman, «¿qué desea usted, señor?».

«No me recuerda», dijo Newman, inclinando la cabeza. «Eso me asombra. Que no me recuerde quien me conoció en otros tiempos, es natural. Pero hoy en día son pocos los que, habiéndome visto una sola vez, me olvidan». Y mirando hacia sus ropas raídas y su pierna lisiada, sacudió levemente la cabeza en un gesto de negación.

«Confieso que lo había olvidado», dijo la Srta. La Creevy, levantándose para recibir a Newman, que topó con ella a mitad de camino, «y me avergüenzo por ello, pues usted es un ser noble y bondadoso, Sr. Noggs. Siéntese y cuéntemelo todo sobre la Srta. Nickleby. ¡Pobrecita! No la veo desde hace muchas semanas».

«¿Cómo es eso?», preguntó Newman.

«Bueno, la verdad es, Sr. Noggs», dijo la Srta. La Creevy, «que estuve fuera de casa realizando una visita... la primera visita que hago en quince años».

«Eso es mucho tiempo», dijo Newman con tristeza.

«Sí, puesto en años y mirando hacia atrás es mucho tiempo, aunque, de un modo u otro, gracias al Cielo, los días solitarios se suceden con bastante paz y alegría», respondió la pintora de miniaturas. «Tengo un hermano, Sr. Noggs —mi único pariente— y en todo ese tiempo no lo vi ni una vez. No es que nos hubiéramos peleado, sino que él era aprendiz en el campo, y se casó allá, y al surgir a su alrededor nuevos vínculos y afectos, se olvidó de una pobre mujercita como yo, como era muy razonable que ocurriera, ya sabe. No crea que me quejo de eso, pues siempre me dije: “Es muy natural. El pobrecito John está saliendo adelante en el mundo, y tiene una esposa a quien contar sus preocupaciones y problemas, y ahora también niños que jueguen a su alrededor, así que Dios los bendiga, a él y a ellos, y disponga que un día nos volvamos todos a reunir para no separarnos nunca más”. Pero ¿qué le parece a usted, Sr. Noggs», dijo la pintora de miniaturas, iluminándosele el rostro y batiendo palmas, «que ese mismo hermano venga al fin a Londres, y que no ceje hasta hallarme? ¿Qué le parece que haya venido aquí y se haya sentado en esa misma silla, y haya llorado como un niño de lo contento que estaba de verme...? ¿Qué le parece cómo me insistió para que me fuera con él al campo

y llevarme a su propia casa (un lugar muy suntuoso, Sr. Noggs, con un jardín enorme y no sé cuántos campos, y un hombre vestido de librea atendiendo la mesa, y vacas y caballos y puercos y no sé qué mas), y que me haga quedarme todo un mes, y presionarme para que me quede allí el resto de mi vida? —sí, por el resto de mi vida— y su esposa también, y sus hijos también... eran cuatro, y a una, a la mayor... le habían puesto mi nombre, ocho años atrás, le habían puesto mi nombre, se lo juro. ¡Nunca me había sentido tan feliz, jamás en mi vida había estado tan contenta!». Y esta digna criatura, ocultando el rostro en su pañuelito, rompió a llorar con fuerza, pues era la primera oportunidad que tenía de desahogar su corazón, y este se había salido con la suya.

«¡Ah, por Dios!», dijo la Srta. La Creevy, secándose los ojos tras una corta pausa, y embutiendo a toda prisa el pañuelo en su bolsillo, «¡qué ser tan tonto debo parecerle, Sr. Noggs! No debí haber hablado de eso, solo que yo quería explicarle por qué no había visto a la Srta. Nickleby».

«¿Y a la anciana la ha visto?», preguntó Newman.

«¿Quiere usted decir a la Sra. Nickleby?», dijo la Srta. La Creevy. «Entonces le diré, Sr. Noggs, que si usted quiere mantener buen crédito en ese departamento, más vale que no la vuelva a llamar anciana, pues sospecho que ella no se sentirá muy complacida al oírlo. Sí, anteanoche estuve allí, pero ella parecía haberse tragado una percha. Por algún motivo estaba tan augusta y misteriosa que no pude sacar nada en claro, así que, para decirle la verdad, a mí me dio también por ser augusta, y partí de regreso con gran pompa. Pensé que ella habría vuelto a venir por acá antes de ahora, pero no ha estado aquí».

«En cuanto a la Srta. Nickleby...» dijo Newman.

«¡Tome!, estuvo aquí dos veces cuando yo estaba de viaje», exclamó la Srta. La Creevy. «Yo pensé que a ella pudiera no gustarle que yo fuera a visitarla, rodeada como está de esos grandes personajes... ¿cómo es que se llama la plaza esa...? Así que decidí esperar uno o dos días, y si no la veía, entonces escribirle».

«¡Ah!», exclamó Newman, haciendo crujir los dedos.

«No obstante, desearía oír de labios suyos cuantas noticias tenga sobre ellos», dijo la Srta. La Creevy. «¿Cómo anda ese viejo monstruo, tosco y duro, de Golden Square? Bueno, claro que la gente como esa siempre está bien. No me refiero a su salud, sino cómo se conduce. ¿Cómo se está portando?».

«¡Maldito sea!», exclamó Newman, lanzando al suelo su apreciadísimo sombrero; «como un falso y un canalla».

«Santo Dios, Sr. Noggs, ¡Me espanta usted!», exclamó la Srta. La Creevy, palideciendo.

«Tendría que haberle echado a perder las facciones ayer por la tarde, si hubiera podido darme ese lujo», dijo Newman, moviéndose sin cesar de un lado a otro, y amenazando con el puño a un retrato del político George Canning que descansaba sobre la repisa de la chimenea. «Estuve a punto de hacerlo. Me vi obligado a meterme las manos en los bolsillos, y mantenerlas muy bien sujetas ahí dentro. Lo haré algún día en aquel saloncito trasero, sé que lo haré. Debí haberlo hecho ya, si no fuera porque no quiero caer más en desgracia todavía de lo que estoy. Pero algún día ajustaremos él y yo las cuentas, y será antes de que me muera, se lo aseguro».

«Si no se tranquiliza usted, me voy a poner a gritar, Sr. Noggs», dijo la Srta. La Creevy; «créame que no podré evitarlo».

«Despreocúpese», prosiguió Newman, caminando con violencia de un lado para otro. «Él llega esta noche: le escribí y se lo dije. El canalla no sabe que yo sé. Ni se imagina que me importa. ¡El muy pérfido y bribón!, él no se imagina. No, no, no se imagina. Pero despreocúpese, yo se lo impediré... yo, Newman Noggs. ¡Jo, jo, qué clase de pillo!».

Preso de una cólera extravagante, Newman Noggs se lanzaba de un lado a otro de la habitación con los movimientos más excéntricos que jamás hayan sido vistos en un ser humano: ora haciendo fintas a las miniaturitas en la pared, ora propinándose violentos porrazos en la cabeza, como para aumentar la ilusión, hasta que se desplomó sin aliento en el asiento que antes ocupara, totalmente exhausto y sin aliento.

«¡Ah, caramba!», dijo Newman, recogiendo el sombrero del suelo; «eso me hizo bien. Ahora estoy mejor, y se lo contaré todo».

La Srta. La Creevy se tomó algún tiempcito para recuperarse, pues aquella extraordinaria demostración la había puesto al borde del pánico. Pero en cuanto lo consiguió, Newman relató fielmente todo lo ocurrido en la entrevista entre Kate y su tío, incluyendo en el prefacio a su narración un alegato en torno a sus sospechas previas y sus motivos para albergarlas, y concluyendo con una comunicación respecto a los pasos dados por él, en secreto, al escribir a Nicholas.

Aunque la indignación de la pequeña Srta. La Creevy no se exhibió de un modo tan singular como la de Newman, era apenas inferior en violencia e intensidad. Verdaderamente, si Ralph Nickleby hubiera por casualidad aparecido en aquella habitación, habría encontrado en la Srta. La Creevy a un adversario más peligroso incluso que el propio Newman Noggs.

«Que Dios me perdone por lo que voy a decir», dijo la Srta. La Creevy, como resumiendo todas sus expresiones de cólera, «pero creo que me daría mucho placer clavarle esto en el cuerpo».

No era un arma muy terrible la que esgrimía la Srta. La Creevy, pues de hecho se trataba ni más ni menos que de un lápiz de grafito negro. Pero al descubrir su error, la pequeña retratista lo cambió por un cuchillo de frutas de madreperla, con el cual, como prueba de sus iracundos pensamientos, lanzó, mientras hablaba, una estocada que apenas habría causado estragos a la miga de una flauta de pan.

«A partir de hoy no seguiré parando allá», dijo Newman. «Eso es un alivio».

«¡Parando allí!», exclamó la Srta. La Creevy, «hace semanas que debió haberse marchado de ese lugar».

«... Si yo lo hubiera sabido», prosiguió Newman. «Pero no lo sabía. Nadie hubiera podido intervenir con plenos derechos, salvo su madre o su hermano. La madre es débil... la pobre... es débil. Y el querido joven llegará esta noche».

«¡Santo Cielo!», exclamó la Srta. La Creevy. «Él puede cometer una locura, Sr. Noggs, si usted se lo cuenta todo de golpe».

Newman cesó de frotarse las manos y adoptó un aire pensativo.

«Téngalo por seguro», dijo la Srta. La Creevy con sinceridad, «si usted no tiene mucho cuidado al exponerle la verdad, algo violento hará a su tío o a uno de esos hombres, con lo que atraerá una terrible calamidad sobre sí, y aflicción y penas sobre todos nosotros».

«No había pensado en eso», prosiguió Newman, con el semblante cada vez más pensativo. «Vine a pedirle a usted que recibiera a su hermana en caso de que él la trajera aquí, pero...».

«Pero este es un asunto muchísimo más grave», lo interrumpió la Srta. La Creevy, «cuyas consecuencias tendría usted que haber previsto antes de venir aquí, pues no sabemos adónde puede ir a parar todo esto, a menos que sea usted muy circunspecto y cuidadoso».

«¿Y qué quiere usted que haga?», exclamó Newman, rascándose la cabeza con aspecto de gran contrariedad y contusión. «Si él me dijera que les iba a entrar a tiros a todos, yo no tendría más remedio que responderle: “Desde luego... se lo merecen”».

La Srta. La Creevy no pudo ahogar un chillidito al oírlo, y de inmediato se afanó por obligar a Newman a jurar solemnemente que se esforzaría al máximo por tranquilizar la ira de Nicholas, lo cual, tras algunas objeciones, le

fue concedido. Entonces discutieron sobre el modo más prudente y certero de comunicarle las circunstancias que hacían necesaria su presencia.

«Necesita tiempo para refrescarse antes de que se lance a hacer algo», dijo la Srta. La Creevy. «Eso es de la máxima importancia. No debe contársele nada hasta bien tarde en la noche».

«Pero llegaré a la ciudad hoy al atardecer, entre las seis y las siete», respondió Newman. «No puedo ocultárselo cuando me pregunte».

«Entonces usted tendrá que irse, Sr. Noggs», dijo la Srta. La Creevy. «Fácilmente podría ocurrir que usted esté ausente por motivos de trabajo y que no regrese hasta casi la medianoche».

«Entonces él vendrá derecho aquí», replicó Newman.

«Eso supongo», observó la Srta. La Creevy, «pero no me hallará en casa, pues en cuanto usted se vaya me iré directa al barrio financiero, arreglaré las cosas con la Sra. Nickleby y me la llevaré al teatro, para que él ni siquiera sepa dónde vive su hermana».

Discutiéndolo un poco más, ese pareció ser el procedimiento más prudente y factible que pudiera adoptarse. Por lo tanto, finalmente se determinó que así se harían las cosas, y después de escuchar muchos ruegos y advertencias adicionales, Newman se despidió de la Srta. La Creevy y regresó cojeando a Golden Square, mientras rumiaba, al andar, un enorme número de posibilidades e imposibilidades que se agolpaban en su cerebro, motivadas por la conversación recién concluida.

CAPÍTULO 32

RELACIONADO PRINCIPALMENTE CON CIERTA CONVERSACIÓN SINGULAR Y CIERTOS PROCEDERES SINGULARES A LOS QUE ÉSTA DIO LUGAR

«¡Londres, al fin!», exclamó Nicholas echando hacia atrás su sobretodo y desperezando a SMIKE de una prolongada siesta. «Me parecía que nunca llegaríamos».

«Y sin embargo hemos viajado bastante deprisa», observó el cochero mirando a Nicholas por encima del hombro con una expresión no muy agradable en el semblante.

«Ay, lo sé», fue la respuesta, «pero estaba muy ansioso por llegar al final del viaje, y eso hace que el camino parezca largo».

«Bien», observó el cochero, «si el camino le pareció largo con la clase de caballos que nos han conducido, tiene que ser porque usted estaba excesivamente ansioso», y al decirlo, dio un latigazo que tocó a un chicuelo en las pantorrillas, como para enfatizar.

Siguieron avanzando, traqueteando por las calles ruidosas, animadas y atiborradas de Londres, que ahora exhibían largas hileras dobles de faroles que ardían con brillantez, salpicadas aquí y allá con las luces deslumbrantes de las farmacias y abrillantadas, además, por los vivos destellos que irradiaban las vitrinas de los comercios, donde la fulgente joyería, las sedas y los terciopelos de los más ricos colores, las más llamativas delicias y los más suntuosos artículos de rica ornamentación se sucedían unos a otros en espléndida y rutilante profusión. Torrentes de personas que parecían infinitos corrían más y más, empujándose unos a otros en la multitud y avanzando con prisa, sin parecer apenas conscientes de las riquezas que los rodeaban por todos lados, mientras que vehículos de todos los modelos y formas, mezclados en una masa que se movía como el agua al correr, prestaban sus perennes rugidos al maremagno de ruido y tumulto.

Al dejar atrás aquella masa de objetos en constante y vertiginoso cambio, era extraño observar en qué curiosa procesión pasaban ante la vista. Emporios de vestidos suntuosos, cuyos materiales habían sido traídos de todos los

confines del mundo; vitrinas tentadoras, con todo lo que estimula y mimica el apetito ya saciado y vuelve de nuevo a deleitarlo con un banquete a menudo repetido; receptáculos de oro y plata bruñidos, forjados en todas las exquisitas formas posibles de jarrones, y platos, y copas; fusiles, espadas, pistolas e ingeniosos instrumentos —a todas luces— de destrucción; tornillos y fierros para criminales, ropas para los recién nacidos, medicinas para los enfermos, ataúdes para los muertos, y camposantos para los sepultados... todos ellos en gigantesco revoltijo o apiñados unos junto a otros, parecían pasar rápidamente en abigarrada danza, como los grupos fantásticos del viejo pintor holandés, y con la misma estricta moral ante los ojos de la multitud sorda e inquieta.

Tampoco faltaban en esta misma multitud objetos que imprimieran nuevo sentido y propósito a la cambiante escena. Los andrajos del escuálido cantante de baladas revoloteaban en la misma rica luz que mostraba los tesoros del orfebre, rostros pálidos y demacrados rondaban en torno a las vidrieras con comida tentadora, ojos hambrientos vagaban sobre la abundancia protegida por una sola y fina lámina de frágil cristal... pared de hierro para ellos. Figuras medio desnudas y tiritantes se detenían a contemplar los mantones chinos y los dorados tejidos de la India. Un festivo bautizo tenía lugar en el mayor taller de fabricación de ataúdes, y un adorno heráldico funerario interfería con las obras de remozamiento de la más vistosa mansión. La vida y la muerte iban de la mano. Marchaban codo a codo la riqueza y la pobreza. Juntos yacían el hartazgo y la inanición.

Pero era Londres, y la anciana campesina que iba dentro del coche, y que dos o tres kilómetros más acá de Kingston había sacado la cabeza por la ventanilla para gritarle al cochero que con toda seguridad había pasado su parada y se le había olvidado dejarla, al fin respiraba satisfecha.

Nicholas alquiló camas para él y para Smike en la posada donde se detuvo el coche, y se encaminó sin más demora a los aposentos de Newman Noggs, pues su ansiedad e impaciencia habían aumentado con cada minuto que pasaba, y ya casi estaba totalmente fuera de control.

Había un fuego encendido en el desván de Newman, y habían dejado también una vela encendida. El suelo estaba bien barrido y la habitación tan cómodamente arreglada como podía estarlo una habitación como aquella, y sobre la mesa había dispuestas carne y cosas de beber. Todo tenía el sello del cuidado y la atención cariñosos de Newman Noggs, pero el propio Newman no estaba.

«¿Sabe usted a qué hora volverá a casa?», preguntó Nicholas al llamar a la puerta del vecino de la habitación de enfrente.

«¡Ah, Sr. Johnson!», dijo Crawl, presentándose. «Bienvenido, señor... ¡Qué buen aspecto tiene! Jamás hubiera creído...».

«Perdóneme», interrumpió Nicholas. «Mi pregunta... estoy en extremo ansioso por saberlo».

«¡Qué lata!, se le ha presentado un engorroso asunto de trabajo», respondió Crawl, «y no regresará a casa hasta las doce. Fue de muy mala gana, eso se lo puedo asegurar, pero no tenía otro remedio. No obstante dejó el recado de que usted se acomodara hasta su regreso y de que yo debía servirle de anfitrión, cosa que haré con mucho gusto».

Como prueba de su extrema disposición a esforzarse en el papel de anfitrión, el Sr. Crawl acercó una silla a la mesa mientras hablaba, y sirviéndose una ración abundante de carne fría, invitó a Nicholas y a Smike a imitarlo.

Decepcionado e intranquilo, Nicholas no pudo probar bocado, así que, después de sentar cómodamente a Smike a la mesa, salió (a pesar de muchísimas frases disuasivas que el Sr. Crawl pronunció con la boca llena), y dejó a Smike encargado de retener a Newman en caso de que este fuera el primero en regresar.

Tal como previera la Srta. La Creevy, Nicholas se encaminó directamente a su casa, y al descubrir que no estaba allí la buena mujer se debatió algún tiempo en torno a si debía o no ir a la residencia de su madre, pues esto podía comprometerla ante Ralph Nickleby. No obstante, plenamente convencido de que Newman no le hubiera pedido que regresara a no ser que hubiera una fuerte razón que requiriera su presencia en casa, se decidió a ir allí, y encaminó sus pasos a toda velocidad en dirección al oriente.

Según dijo la chica, la Sra. Nickleby no volvería a casa hasta las doce o más tarde. Ella creía que la Srta. Nickleby estaba bien, pero ya no vivía en aquella casa y no venía más que de tarde en tarde. No podía decirle dónde se alojaba, pero estaba segura de que no era en casa de *Madame* Mantalini.

Con el corazón latiéndole violentamente y con la aprehensión de desconocer qué desastre habría ocurrido, Nicholas regresó al lugar donde había dejado a Smike. Newman no había vuelto a casa. No volvería hasta las doce y no había ninguna posibilidad de que regresara antes. ¿Acaso no podían ir a buscarlo, para que acudiese tan solo un momento, o enviarle al menos una nota a la que pudiera responder? Eso era muy poco factible. No estaba en Golden Square, y probablemente había sido enviado lejos a cumplir algún encargo.

Nicholas trató de permanecer tranquilo donde estaba, pero se sentía tan nervioso y excitado que no podía quedarse quieto. Le parecía que perdía el tiempo a menos que no parara de moverse. Era una idea absurda, lo sabía, pero se sentía completamente incapaz de comportarse de un modo racional. Así que tomó su sombrero y volvió a salir dispuesto a dar otra caminata.

Esta vez fue en dirección occidente, deambulando, preocupado, por las largas calles con pasos rápidos, atenazado por mil recelos y aprehensiones que no podía vencer. Entró en el Hyde Park, ahora silencioso y desierto, y aceleró el paso, como esperando dejar atrás sus pensamientos. Sin embargo, estos se agolparon aún con mayor fuerza en su mente ahora que no había objetos que atrajeran su atención. Y todo el tiempo lo dominaba la idea de que algún golpe de mala suerte debía haber ocurrido, y de naturaleza tan calamitosa que todos temían revelárselo. La misma pregunta atormentadora resurgía una y otra vez: ¿Qué podría ser? Nicholas anduvo caminando hasta el agotamiento, pero sin ganar ni un ápice más de luz y, claro está, salió al fin del parque mucho más confundido y perplejo que cuando entró.

Apenas había ingerido nada de comer o beber desde temprano en la mañana, y se sentía muy desgastado y exhausto. Y cuando regresaba a paso lánguido al punto del que había partido, a lo largo de una de las avenidas entre el Park Lane y la calle Bond, tropezó con un hotel elegante ante el cual se detuvo mecánicamente.

«Me atrevería a asegurar que es un sitio caro», pensó Nicholas, «pero medio litro de vino y una galleta no pueden suponer un gran gasto excesivo en ninguna parte. Y sin embargo, no sé».

Avanzó unos pocos pasos, mirando melancólicamente hacia la larga perspectiva de faroles de gas que tenía por delante, y preguntándose cuánto tardaría en llegar al otro extremo... pero sumido en ese estado de ánimo en el que uno se siente predispuesto a ceder a su primer impulso... y por sentirse, además, fuertemente atraído por el hotel, en parte por curiosidad, y en parte por alguna extraña mezcla de sentimientos que habría tenido dificultades para definir... Nicholas volvió a dar la vuelta, y entró en el establecimiento.

El local estaba amueblado con mucha elegancia. Las paredes adornadas con los más selectos ejemplares de empapelado francés, enriquecido con una cornisa dorada de elegante diseño. El suelo cubierto con una alfombra de rico diseño, y había también dos soberbios espejos, uno encima del mueble de la chimenea y el otro en el extremo opuesto de la habitación, y que abarcaba del suelo al techo, multiplicaban las demás bellezas y añadían otras nuevas de su propia elaboración con vistas a realzar el efecto general. Había un grupo

bastante bullicioso de cuatro caballeros en un rincón cercano a la chimenea, y solo otras dos personas presentes: ambos eran caballeros de edad avanzada, y ambos estaban solos.

Después de observar todo esto con la primera mirada abarcadora con la que un forastero escruta un sitio nuevo para él, Nicholas se sentó en un lugar próximo al bullicioso grupo, dándoles la espalda y —posponiendo su pedido de medio litro de clarete hasta que el camarero y uno de los caballeros de edad avanzada zanjaran un asunto objeto de disputa referido al precio de un producto en la cuenta— tomó un periódico y comenzó a leer.

Apenas habría leído veinte líneas, y en realidad estaba medio adormilado, cuando fue sorprendido por el sonido del nombre de su hermana. «La pequeña Kate Nickleby» fueron las palabras que captó su oído. Alzó la cabeza, estupefacto, y al hacerlo vio en el espejo de enfrente que dos de los caballeros del grupo se habían levantado y estaban de pie junto al fuego. «Debió decirlo uno de ellos», pensó Nicholas. Esperó oír algo más, con un semblante de cierta indignación, pues el tono de la frase había sido cualquier cosa menos respetuoso, y la apariencia del individuo que probablemente había hablado era tosca y jactanciosa.

Aquel hombre —según observara Nicholas en la misma ojeada al espejo que le había permitido ver su rostro— estaba de pie, de espaldas al fuego, y conversaba con un individuo más joven, parado de espaldas al grupo, que llevaba puesto el sombrero y que mirándose al espejo se arreglaba el cuello de la camisa. Hablaban en susurros y de vez en cuando estallaban en sonoras carcajadas, pero Nicholas no pudo discernir que las palabras escuchadas se repitieran, ni nada que sonara parecido a aquella frase que atrajera su atención.

Al cabo, los dos volvieron a ocupar sus asientos, y al pedir más vino, el grupo aumentó el estrépito de su regocijo. Pero seguían sin hacer referencia a

nadie que él conociera, y Nicholas se convenció de que probablemente su excitada imaginación había creído oír aquel nombre que tanto ocupaba sus pensamientos cuando en realidad no se había dicho nada o se había mencionado otra cosa.

«Aunque es extraño», pensó Nicholas: «No me habría sorprendido tanto de haber oído “Kate” o “Kate Nickleby”. ¡Pero “la pequeña Kate Nickleby!”».

El vino que llegaba en ese momento le impidió concluir sus pensamientos. Bebió un vaso lleno y volvió a la lectura del periódico. En ese instante...

«¡La pequeña Kate Nickleby!», exclamó una voz detrás de él.

«Por lo visto estaba en lo cierto», murmuró Nicholas mientras el periódico se le caía de las manos. «Y fue el hombre que supuse».

«Ya que no sería correcto brindar por ella bebiendo hasta las heces», dijo la voz, «le dedicaremos el primer vaso de la nueva botella de mayor tamaño. ¡Por la pequeña Kate Nickleby!».

«Por la pequeña Kate Nickleby», exclamaron los otros tres. Y bajaron los vasos completamente vacíos.

Intensamente perturbado por el tono y los modales de esa mención insultante e imprudente del nombre de su hermana en un lugar público, de inmediato Nicholas ardió en furor, pero haciendo acopio de toda su voluntad se mantuvo inmóvil y ni siquiera volvió la cabeza.

«¡Qué mujerzuela!», dijo la misma voz que hablara antes. «Es una verdadera Nickleby... una meritoria imitadora de su viejo tío Ralph... se hace la difícil para que la persigan... igual que él. A Ralph no se le puede sacar nada a menos que lo haya puesto a uno contra la pared, y entonces el dinero llega doblemente bienvenido, y los términos son doblemente duros, porque uno está impaciente, y él no. ¡Oh! Astucia infernal».

«Infernal astucia», le hicieron eco dos voces.

Nicholas había estado escuchando en perfecta agonía porque, entretanto, los dos caballeros de edad avanzada que estaban frente a él se habían levantado para partir y temió, por culpa de ellos, perder una palabra de lo que los otros dijese. Pero, mientras los caballeros se retiraban, la conversación en la otra mesa fue interrumpida, para reiniciarse, incluso con mayor libertad, cuando aquellos abandonaron el salón.

«Me temo», dijo el caballero más joven, «que la vieja se puso celosa, y la tiene encerrada. Les juro que es eso lo que parece».

«Si ellas tienen una disputa, y la pequeña Nickleby regresa a casa de su mamá, tanto mejor», dijo el primero. «Yo hago lo que quiero de la vieja.

Creerá cualquier cosa que yo le diga».

«Oh, Dios, verdad que sí», respondió la otra voz. «¡Ja, ja ja! ¡Pobre diábolo!».

La risa a costa de la Sra. Nickleby fue retomada por las dos voces que siempre entraban juntas, y se generalizó. Nicholas se volvió, rojo de ira, pero finalmente consiguió controlarse y esperó para oír más.

No hay necesidad de repetir aquí lo que oyó. Baste decir que, en la medida en que el vino fue pasando de uno a otro, oyó lo suficiente como para familiarizarse con los caracteres y designios de aquellos cuya conversación había oído; para informarse de todo el verdadero alcance de la maldad de Ralph, y de la verdadera razón por la que se requería su presencia en Londres. Oyó todo eso y mucho más. Oyó la ridiculización de los sufrimientos de su hermana, y su virtuosa conducta insultada y brutalmente tergiversada. Oyó su nombre mencionado en cuchicheos de boca en boca, y ella misma convertida en objeto de burdas e insolentes apuestas, frases libertinas y chanzas licenciosas.

El hombre que habló primero condujo la conversación y, en verdad, casi la absorbió, y solo de vez en cuando era estimulado por alguna leve observación de parte de uno u otro de sus acompañantes. Fue a él a quien Nicholas se dirigió cuando estuvo lo suficientemente sosegado como para ponerse de pie frente al grupo y obligar las palabras a salir de su garganta reseca y abrasada.

«Permítame decirle unas palabras a usted, señor», dijo Nicholas.

«¿Conmigo, señor?», replicó *Sir Mulberry Hawk*, mirándolo con desdeñosa sorpresa.

«Dije que con usted», respondió Nicholas, hablando con mucha dificultad, pues la pasión lo ahogaba.

«Un misterioso desconocido, ¡por mi vida!», exclamó *Sir Mulberry*, llevándose la copa de vino hasta los labios, y mirando en derredor a sus amigos.

«¿Puede usted dedicarme unos minutos aparte o acaso se niega?», dijo Nicholas con severidad.

Sir Mulberry se limitó a hacer una pausa en el acto de beber, y le ordenó que, o bien expusiera su asunto, o bien se alejara de la mesa.

Nicholas extrajo una tarjeta de su bolsillo, y se la lanzó delante.

«Tenga, señor», dijo Nicholas; «mi asunto, lo podrá adivinar».

Una expresión momentánea de asombro, no desprovista de cierta confusión, apareció en el rostro de *Sir Mulberry* al leer el nombre. Pero la

controló al momento, y lanzándole la tarjeta a Lord Verisopht, que estaba sentado enfrente, sacó un mondadientes de un vaso que tenía delante, y muy pausadamente se lo llevó a la boca.

«¿Su nombre y dirección?», dijo Nicholas, poniéndose más pálido en la medida en que sentía crecer su rabia.

«No le daré ninguno de los dos», respondió *Sir Mulberry*.

«Si hay un caballero en este grupo», dijo Nicholas, mirando a su alrededor y apenas capaz de obligar a sus labios palidecidos a formar las palabras, «me informará del nombre y residencia de este hombre».

Hubo un silencio mortal.

«Soy el hermano de la joven que ha sido objeto de conversación aquí», dijo Nicholas. «Denuncio a esta persona como un mentiroso, y lo acuso de ser un cobarde. Si tiene a algún amigo aquí, le ahorrará la deshonra del vil intento de ocultar su nombre, algo en extremo inútil, porque lo averiguaré y no cejaré hasta conseguirlo». *Sir Mulberry* lo miró con desprecio y, dirigiéndose a sus acompañantes, dijo: «Déjenlo hablar, no tengo nada serio que decirle a chicos de su clase, y su linda hermana lo salvará de que le rompan la cara, aunque hable hasta la medianoche». «¡Usted es un canalla infame y no un hombre!», dijo Nicholas, «y así será proclamado al mundo. Averiguaré quién es usted. Lo seguiré hasta su casa aunque tenga que andar por las calles hasta la madrugada».

La mano de *Sir Mulberry* se acercó a la jarra, y por un instante pareció a punto de lanzarla a la cabeza de su retador. Pero se limitó a llenar su vaso y a mofarse con una risa.

Nicholas se sentó, justo frente al grupo y, llamando al camarero, pagó la cuenta. «¿Sabe usted el nombre de aquel individuo?», le preguntó al hombre en voz alta, señalando a *Sir Mulberry* al hacer la pregunta.

Sir Mulberry volvió a reír, y las dos voces que siempre habían hablado juntas hicieron eco a su risa, pero bastante débiles.

«¿Ese caballero, señor?», respondió el camarero, el cual, sin duda, sabía su papel, y respondió justo con tan poco respeto y tanta impertinencia como era capaz de mostrar sin correr peligro: «No, Señor, no lo sé, señor».

«Venga acá, señor», exclamó *Sir Mulberry*, cuando el camarero se retiraba; «¿conoce usted el nombre de esa persona?».

«¿Nombre, señor? No, señor».

«Entonces lo hallará aquí», dijo *Sir Mulberry*, lanzando hacia él la tarjeta de Nicholas, «y cuando se lo haya aprendido, eche ese pedazo de cartón al fuego... ¿me oye?».

El hombre sonrió y, mirando con duda hacia Nicholas, optó por el compromiso de colocar la tarjeta en el vidrio de la chimenea. En cuanto lo hizo, se retiró.

Nicholas se cruzó de brazos y, mordiéndose el labio, permaneció sentado muy tranquilo, pero expresando con su gesto, no obstante, una firme determinación de ejecutar resueltamente su amenaza de seguir a *Sir Mulberry* hasta su casa.

Era evidente, por el tono con que el miembro más joven del grupo parecía objetarle a su amigo, que se oponía a ese proceder, y le urgía para que accediera a la solicitud que Nicholas hiciera. No obstante, *Sir Mulberry*, que no estaba totalmente sobrio, y que mostraba un tenaz y resentido estado de obstinación, pronto silenció los reclamos de su joven y débil amigo, y además pareció insistir —como para impedir que los reclamos se repitieran— en que lo dejaran en paz. Sea como fuese, tras un breve intervalo, el joven caballero y los dos que siempre hablaban juntos se levantaron y se retiraron, dejando a su amigo solo con Nicholas.

Podrá fácilmente suponerse que, para quien estuviera en la situación de Nicholas, los minutos parecían, en efecto, avanzar con alas de plomo, y que no contribuía precisamente a aligerar su vuelo el tictac monótono de un reloj francés, o el sonido estridente de su campanita, que daba los cuartos de hora. Pero ahí permanecía sentado, y en su mismo asiento, del lado opuesto del salón, estaba reclinado *Sir Mulberry Hawk*, con las piernas sobre el cojín y el pañuelo extendido descuidadamente sobre los muslos, terminando su botella de dos litros de clarete con frialdad e indiferencia máximas.

Así permanecieron, en perfecto silencio, durante más de una hora... Nicholas habría pensado que fueron tres horas al menos, pero aquella campanita solo había sonado cuatro veces. Dos o tres veces miró con enojo e impaciencia a su alrededor, pero ahí estaba *Sir Mulberry*, con la misma actitud, llevándose de vez en cuando el vaso a los labios y mirando a la pared distraídamente, como si ignorara completamente la presencia de cualquier ser viviente.

Al cabo, bostezó, se estiró y se levantó. Caminó calmadamente hasta el espejo, y después de contemplarse en él, dio la vuelta y honró a Nicholas con una mirada fija, larga y despectiva. Nicholas le devolvió la mirada con pareja buena voluntad. *Sir Mulberry* se encogió de hombros, sonrió levemente, hizo sonar la campanilla y le ordenó al camarero que le ayudase a ponerse su sobretodo.

El hombre lo hizo, y le mantuvo abierta la puerta.

«Puede retirarse», dijo *Sir Mulberry*, y volvieron a estar solos.

Sir Mulberry anduvo por el salón varias veces en una dirección y en otra, silbando despreocupadamente todo el tiempo. Se detuvo a terminar el último vaso de clarete que se había servido pocos minutos antes, volvió a andar, se puso el sombrero, se lo ajustó frente al espejo, sacó sus guantes y, finalmente, salió caminando con lentitud. Nicholas, casi frenético por la cólera que hervía y chispeaba en su interior, saltó de su asiento y lo siguió tan de cerca que, antes de que la puerta volviera a cerrarse tras la partida de *Sir Mulberry*, ya estaban juntos, lado a lado, en la calle.

Había un cabriolé privado esperándolo. El mozo abrió la visera y agarró la cabeza del caballo.

«¿Me revelará usted su nombre?», preguntó Nicholas, con una voz contenida.

«No», respondió el otro con ferocidad, agregando a la negativa una palabrota. «No».

«Si usted confía en la velocidad de su caballo, descubrirá que se equivoca», dijo Nicholas. «Lo acompañaré. Juro por el Cielo que lo haré, aunque tenga que colgarme del estribo».

«Lo azotarán si lo hace», le devolvió *Sir Mulberry*.

«Usted es un villano», dijo Nicholas.

«Y usted un mandadero, hasta donde sé», dijo *Sir Mulberry Hawk*.

«Soy hijo de un hidalgo rural», le devolvió Nicholas, «soy su igual en nacimiento y educación, y confío que su superior en todo lo demás. Vuelvo a decírselo, la Srta. Nickleby es mi hermana. ¿Responderá usted o no por su conducta poco caballeroso y brutal?».

«A un campeón apropiado... sí. A usted... no», le devolvió *Sir Mulberry*, tomando las riendas en su mano. «Quítese del camino, perro William, suéltale la cabeza».

«Más vale que no lo haga», exclamó Nicholas, subiéndose al estribo en el momento en que *Sir Mulberry* saltaba dentro y se apoderaba de las riendas. «Usted no partirá, no lo hará, lo juro, hasta que me diga quién es».

El mozo de caballos vaciló, pues la yegua, que era un animal muy fogoso y de pura sangre, se abalanzaba con tanta violencia que casi no podía contenerla.

«¡Te digo que la sueltes!», tronó su amo.

El hombre obedeció. El animal reculó y corcoveó como si fuera a desbaratar el coche en mil pedazos, pero Nicholas, ciego a todo sentido del

peligro, y consciente nada más que de su propia furia, se mantenía en su sitio y conservaba el control de las riendas.

«¿Quiere soltar su mano?».

«¿Quiere decirme quién es?».

«¡No!».

«¿No?».

Estas palabras se intercambiaron en menos tiempo del que pudiera decir las la lengua más rápida, y después de acortar su látigo, *Sir Mulberry* lo dirigió furiosamente a la cabeza y los hombros de Nicholas. En la lucha se rompió, Nicholas se apoderó del grueso mango y con él abrió una herida en un lado del rostro de su antagonista, desde el ojo hasta el labio. Vio el corte, y supo que la yegua había salido disparada a un galope enloquecido y salvaje. Cien luces bailaron ante su vista, y de repente fue lanzado violentamente a tierra.

Se sentía mal y mareado, pero logró con dificultad ponerse en pie de inmediato, animado por los sonoros gritos de los hombres que corrían calle arriba, y le gritaban a los de adelante que abrieran paso. Tenía conciencia de un torrente de personas que pasaban a toda prisa por su lado... al alzar la vista, pudo percibir el cabriolé que se precipitaba por la acera con espantosa rapidez... entonces oyó un grito sonoro y prologado, la caída de un cuerpo pesado y un destrozo de cristales... y entonces la multitud que se acercaba y que era un punto en la distancia, y después no vio ni oyó nada más.

La atención general se había concentrado totalmente en la persona del coche, y él había quedado completamente relegado. Juzgando acertadamente que en tales circunstancias sería una locura tratar de seguir a aquel individuo, dobló por una calle secundaria en busca de la parada de coches más próxima, para descubrir, después de uno o dos minutos, que se tambaleaba como un borracho, y darse cuenta finalmente de que un chorro de sangre le corría por el rostro y por el pecho.

CAPÍTULO 33

EN EL QUE EL SR. RALPH NICKLEBY QUEDA LIBERADO, A TRAVÉS DE UN PROCESO MUY EXPEDITO, DE TODO TRATO CON SUS PARIENTES

Smike y Newman Noggs, que en su impaciencia había regresado a casa mucho antes de la hora acordada, estaban sentados frente al fuego, escuchando ansiosamente cada paso en la escalera y el menor sonido que se produjera dentro de la casa para detectar la llegada de Nicholas. Había transcurrido bastante tiempo, y se estaba haciendo tarde. El muchacho había prometido regresar en una hora, y su prolongada ausencia empezó a avivar una alarma considerable en las mentes de ambos, tal como lo dejaban ver claramente las miradas que intercambiaban con cada nueva decepción.

Por fin un coche se detuvo y Newman salió para alumbrarle a Nicholas las escaleras. Al verlo en el estado descrito en la conclusión del último capítulo, quedó literalmente horrorizado por la sorpresa y la consternación.

«No se alarme», dijo Nicholas, haciéndolo regresar apresuradamente a la habitación. «No hay ningún daño que una jofaina de agua no pueda reparar».

«¡Que no hay daño!», exclamó Newman, pasando las manos con rapidez por la espalda y los brazos de Nicholas, como para asegurarse de que no tenía huesos rotos. «¿Qué ha estado haciendo?».

«Lo sé todo», interrumpió Nicholas; «oí una parte y adiviné el resto. Pero antes de que me quite ni una pizca de estas manchas, tengo que oír toda la historia de sus labios. Ya ve que estoy controlado. Tomé mi determinación. Ahora bien, mi buen amigo, hable, pues ya pasó el momento de cualquier paliativo u ocultamiento, y ahora nada salvará a Ralph Nickleby».

«Sus ropas están rotas por varios sitios. Cojea, y estoy seguro de que padece dolores», dijo Newman. «Deje que primero me ocupe de sus heridas».

«No tengo heridas que atender, salvo un poco de inflamación y de entumecimiento que pronto pasará», dijo Nicholas, sentándose con cierta dificultad. «Pero aunque tuviera todos los miembros fracturados, si siguiera conservando mis sentidos, no me vendería ni uno solo hasta que me cuente lo que tengo derecho a saber. Vamos», dijo Nicholas, dándole su mano a Noggs.

«Usted tuvo también una hermana, según me dijo una vez, que murió antes de caer usted en la desgracia. ¡A ver! Piense en ella y cuénteme, Newman».

«Sí, lo haré, lo haré», dijo Noggs. «Le diré toda la verdad».

Y así lo hizo. Nicholas movía afirmativamente la cabeza de vez en cuando, al confirmar los detalles que ya había conseguido reunir. Pero mantuvo la vista clavada en el fuego, y no la desvió ni una sola vez.

Una vez concluido su relato, Newman insistió en que su joven amigo se quitara el abrigo y permitiera que las heridas que pudiera haber recibido fueran debidamente atendidas. Tras cierta resistencia, Nicholas consintió, y mientras Noggs y Smike le frotaban algunas contusiones bastante severas en brazos y hombros con aceite y vinagre, y otros remedios eficaces que Newman pidió prestados a distintos inquilinos, Nicholas les contó cómo las había recibido. El recuento impresionó fuertemente la viva imaginación de Newman, pues al llegar Nicholas a la parte violenta de la disputa, lo frotó tan fuerte que le ocasionó un dolor de lo más agudo, lo cual no hubiera hecho por nada del mundo de no ser que en aquel momento Newman imaginaba estarle aplicando el tratamiento a *Sir Mulberry Hawk*, olvidado totalmente de su verdadero paciente.

Al concluir ese martirologio, Nicholas convino con Newman en que, mientras que por la mañana él se ocupara de otros asuntos, Noggs hiciera gestiones para que su madre abandonara inmediatamente su residencia actual y la Srta. La Creevy fuera enviada para informarla de ello. Entonces se envolvió en el sobretodo de Smike y se encaminó a la posada donde pasarían la noche, y donde (tras escribir algunas líneas a Ralph, cuya entrega sería confiada a Newman al día siguiente), se esforzó por lograr el descanso que tanto necesitaba.

Dicen que los borrachos pueden rodar precipicio abajo sin sentir ninguna molestia personal seria cuando recobran la razón. Quizá esta observación pueda aplicarse también a otros tipos de excitación violenta, porque, aunque ciertamente Nicholas experimentó algún dolor al despertar a la mañana siguiente, saltó de la cama cuando el reloj dio las siete con muy poca dificultad, y pronto estuvo tan alerta como si nada le hubiera sucedido.

Después de asomarse al dormitorio de Smike para decirle que Newman Noggs iría a visitarlo muy pronto Nicholas bajó a la calle, y llamando a un coche de alquiler, ordenó al cochero que lo condujera a casa de la Sra. Witterly, según la dirección que Newman le diera la noche anterior.

Faltaba un cuarto de hora para las ocho cuando llegaron a Cadogan Place. Nicholas comenzaba a temer que nadie estuviera despierto a aquella hora tan

temprana, cuando vio con alivio a una sirvienta dedicada a limpiar los peldaños de la entrada. Esta empleada lo remitió al dudoso paje, que apareció con los cabellos revueltos y un rostro encendido y brillante, como el de un paje recién salido del lecho.

A través de ese joven caballero supo que la Srta. Nickleby estaba en aquel momento haciendo su paseo matutino en los jardines delanteros de la casa. Al preguntarle si podría ir a buscarla, el paje se mostró pesimista y opinó que no, pero, tras ser estimulado con un chelín, se convirtió en un paje optimista y opinó que sí.

«Dígale a la Srta. Nickleby que su hermano está aquí, impaciente por verla», dijo Nicholas.

Los botones de chapa desaparecieron con una prontitud muy inusual, y Nicholas se paseó por la habitación en un estado de agitación febril que volvía insoportable la demora siquiera de un minuto. Pronto escuchó unos pasos ligeros que conocía muy bien, y antes de poder adelantarse a su encuentro, Kate ya se había abrazado a su cuello y estallado en lágrimas.

«Mi querida niña», dijo Nicholas abrazándola, «¡qué pálida estás!».

«He sido tan infeliz aquí, querido hermano», sollozó la pobre Kate; «tan, tan desgraciada. No me dejes aquí, querido Nicholas, o moriré con el corazón destrozado».

«No te abandonaré en ningún sitio», respondió Nicholas, «nunca más, Kate», exclamó, conmovido a pesar suyo al apretarla contra su corazón. «Dime que obré en aras de lo mejor. Dime que partí porque temía atraer sobre ti el infortunio; que fue para mí una prueba no menos dura que para ti, y que si hice algo mal fue por ignorancia y contra mi voluntad».

«¿Por qué he de repetirte lo que sabemos tan bien?», replicó Kate, consolándolo. «Nicholas... querido Nicholas... ¿cómo puedes atormentarte así?».

«Es un reproche tan amargo para mí saber lo que has padecido», repuso su hermano, «verte tan cambiada, y sin embargo tan bondadosa y paciente... ¡Dios!», exclamó Nicholas, cerrando el puño y cambiando de repente el tono y los gestos, «vuelve a encendérseme la sangre. Debes abandonar este sitio conmigo ahora mismo. Ni siquiera debiste dormir aquí anoche, fue solo porque me enteré de todo demasiado tarde. ¿Con quién podría hablar antes de irnos?».

Esa pregunta fue formulada muy oportunamente, pues en aquel instante entró el Sr. Wititterly, y Kate le presentó a su hermano, el cual de inmediato anunció su propósito y la imposibilidad de posponerlo.

«El trimestre de preaviso», dijo el Sr. Witterly, con la seriedad de un hombre guiado solo por el proceder correcto, «no ha expirado siquiera en su mitad. Por lo tanto...».

«Por lo tanto», interrumpió Nicholas, «el salario del trimestre se perderá, señor. Usted excusará la extremada prisa, pero las circunstancias requieren que me lleve de inmediato a mi hermana, y no tengo un momento que perder. Si usted lo permite, en el transcurso del día mandaré a buscar sus pertenencias».

El Sr. Witterly no se opuso a la inmediata partida de Kate, de la cual, a decir verdad, más bien se alegraba, pues *Sir* Tumley Snuffim había opinado que le sentaba mal a la delicada constitución de la Sra. Witterly.

«Con respecto a la bagatela de salario que le corresponde», dijo el Sr. Witterly, «Yo» —en este punto fue interrumpido por un violento acceso de tos— «Yo... se lo deberé a la Srta. Nickleby».

Debe observarse que el Sr. Witterly acostumbraba a deber pequeñas sumas y a continuar debiéndolas. Todos los hombres tienen alguna pequeña manía graciosa que les resulta característica; pues bien, esa era la del Sr. Witterly.

«Con su permiso», dijo Nicholas. Y volviendo a ofrecer una disculpa apresurada por tan repentina partida, introdujo a Kate velozmente en el vehículo y ordenó al cochero que partiera rumbo al barrio financiero a máxima velocidad.

En conformidad, llegaron al barrio financiero a toda la velocidad que el coche de alquiler fue capaz de desplegar, y dado que los caballos, casualmente, radicaban en Whitechapel y acostumbraban a desayunar allí, si es que la palabra desayunar puede ser adecuada, cubrieron el viaje con mayor presteza de la que razonablemente habría esperarse.

Nicholas hizo subir a Kate a la casa irnos pocos minutos antes que él, de modo que su apariencia descuidada no alarmase a su madre, y cuando el camino estuvo desbrozado, se presentó ante la señora con gran afecto y obediencia. Newman no había permanecido inactivo mientras tanto, pues había un pequeño coche en la puerta, y ya el mobiliario y los enseres partían a toda prisa.

Ahora bien, la Sra. Nickleby no era el tipo de persona a la que pudiera decirse algo apresuradamente, o más bien que comprendiera algo especialmente delicado o importante con rapidez. De modo que, aunque la pequeña Srta. La Creevy había estado preparando a la buena dama durante una hora entera, y ahora tanto Nicholas como su hermana se dirigían a ella en

términos muy razonables, ella permanecía en un estado de total perplejidad y confusión, y de ningún modo podía hacérsele entender la necesidad de proceder con tanto apremio.

«¿Por qué no le preguntas a tu tío, mi querido Nicholas, qué tiene que decir él de todo esto?», dijo la Sra. Nickleby.

«Mi querida madre», replicó Nicholas, «ahora no es momento de charlas. Solo queda un paso por dar, y es abandonarlo con el desprecio y la indignación que merece. Tu propio honor y tu propio buen nombre exigen que, después de descubrir su vil proceder, no tengas ninguna obligación respecto al él, ni siquiera por el favor de estas paredes desnudas».

«Ya lo creo», dijo la Sra. Nickleby, llorando amargamente, «es un bruto, un monstruo, y las paredes están muy desnudas y, además les hace falta pintura, y tuve que mandar a encalar ese techo y me cobraron dieciocho peniques, lo cual es algo muy angustioso, considerando que ese monto va a parar directamente al bolsillo de tu tío. Jamás lo hubiera creído... jamás, lo juro», dijo la Sra. Nickleby llorando amargamente.

«Ni yo, ni nadie», dijo Nicholas.

«¡Dios nos ampare!», exclamó la Sra. Nickleby. «Pensar que *Sir Mulberry Hawk* fuese un tunante vicioso como dice la Srta. La Creevy, Nicholas, querido mío, mientras yo me felicitaba todos los días porque fuese admirador de nuestra querida Kate, y pensando lo que supondría para la familia que se emparentase con nosotros, y usar su influencia para conseguirte algún puesto bien remunerado en el gobierno. Hay puestos muy buenos en la Corte. Lo sé porque el hermano de una amiga nuestra (la Srta. Copley, de Exeter, ¿recuerdas, querida Kate?), tenía uno, y sé que la parte principal de sus obligaciones era vestir medias de seda y una peluca con una bolsa adicional de cabellos parecida a un bolsillo negro de reloj. Y pensar que hayamos llegado a esto, después de todo... ay, ay, basta para matarla a una, ¡de veras que sí!». Y con esas expresiones de pesar, la Sra. Nickleby volvió a desahogar su dolor, y a sollozar lastimosamente.

Como a estas alturas Nicholas y su hermana se habían visto obligados a supervisar el traslado de los pocos muebles, la Srta. La Creevy se dedicó a consolar a la matrona, haciéndole entender, con bondadosas maneras, que realmente debía hacer un esfuerzo y animarse.

«Oh, me atrevo a decir, Srta. La Creevy», le respondió la Sra. Nickleby, con una petulancia que no dejaba de ser natural en su infeliz situación, «que es muy fácil decirle a una que se anime, pero si usted hubiera tenido tantas oportunidades de animarse como he tenido yo... vaya... ¡oh, Dios!», dijo la

Sra. Nickleby, quedándose de pronto paralizada, «¿y ahora qué les digo a los señores Pyke y Pluck, a esos perfectos caballeros, los más excelentes que jamás he conocido? ¿Qué les voy a decir...? ¿Qué debo decirles? “¿Me han dicho que su amigo, *Sir Mulberry*, es un infame tunante?”. Se reirían de mí».

«No volverán a reírse de nosotros, tenlo por cierto», dijo Nicholas, acercándose. «Vamos, madre, en la puerta hay un coche, y, en cualquier caso, el lunes ya estaremos de regreso en nuestros antiguos aposentos».

«... Donde todo está listo, y le espera una cariñosa bienvenida», agregó la Srta. La Creevy. «¡A ver!, déjeme bajar las escaleras con usted».

Pero el traslado de la Sra. Nickleby no sería tan fácil, pues primero insistió en bajar para comprobar que no hubieran olvidado nada, y después en subir para volver a comprobar lo mismo, y luego en bajar para comprobar que se lo hubieran llevado todo, y cuando ya estaba instalándose en el coche, de pronto tuvo la visión de una cafetera olvidada en el saliente trasero de la chimenea de la cocina, y, tras cerrar la portezuela, el amargo recuerdo de una sombrilla verde olvidada tras alguna puerta desconocida. Finalmente Nicholas, en un estado de desesperación absoluta, ordenó partir al cochero, y con la inesperada sacudida del arranque súbito, la Sra. Nickleby perdió un chelín entre la paja del piso, lo cual, por suerte, concentró su atención dentro del coche hasta que fue demasiado tarde para acordarse de nada más.

Una vez cerciorado de que todo había partido sin percances, despedida la sirvienta y cerrada la puerta con llave, Nicholas se introdujo en un cabriolé y se encaminó hasta un lugar discreto, cercano a Golden Square, donde se había dado cita con Noggs. Todo se había hecho con tanta prisa que apenas eran las nueve y media de la mañana cuando llegó al sitio en cuestión.

«Aquí tiene la carta para Ralph», dijo Nicholas, «y aquí está la llave. Cuando venga a verme esta noche, ni una palabra de lo de ayer. Las malas noticias circulan rápido, y las sabrá muy pronto. ¿Oyó decir si él quedó muy mal herido?».

Newman sacudió negativamente la cabeza.

«Yo mismo lo averiguaré sin perder tiempo», dijo Nicholas.

«Más vale que descanse un poco», le replicó Newman. «Usted está afiebrado y enfermo».

Nicholas hizo con la mano un gesto desdeñoso, y ocultando lo indispuerto que realmente se sentía, ahora que el nerviosismo que lo sostuvo había cesado, se despidió con prisa de Newman Noggs y lo abandonó.

Newman no distaba de Golden Square más que una caminata de tres minutos, pero en el transcurso de esos tres minutos se sacó la carta del

sombrero y la volvió a poner dentro de él al menos veinte veces. Primero en la parte delantera, luego en la trasera, luego los costados, luego el destinatario, luego el sello, fueron objeto de admiración por parte de Newman. Después la sostuvo cuan largo era su brazo, como para deleitarse en su plena contemplación, y entonces se frotó las manos, totalmente extasiado por su misión.

Llegó a la oficina, colgó su sombrero del gancho habitual, puso la carta y la llave sobre el escritorio, y esperó con impaciencia la aparición de Ralph. Transcurridos unos pocos minutos se oyó en las escaleras el muy notorio crujido de sus botas, y entonces sonó la campana.

«¿Ya llegó el correo?».

«No».

«¿Hay alguna otra carta?».

«Una». Newman le echó una nueva mirada de cerca, y puso la carta sobre el escritorio de su patrón.

«¿Qué es esto?», preguntó Ralph, tomando la llave.

«Le dejaron la llave y esta carta —un chico las trajo— hace un cuarto de hora, o menos».

Ralph echó una ojeada a la dirección, abrió la carta y leyó lo que sigue:

«Ya sé quién es usted. Por muchos reproches que acumule sobre su cabeza, estos nunca igualarán ni la milésima parte de la servil vergüenza que esa certeza despertará, incluso en su pecho.

»La viuda y la huérfana hija de su hermano desdeñan el abrigo de su techo y le vuelven la espalda con repugnancia y aborrecimiento. Sus parientes renuncian a usted, pues no conocen otra vergüenza como no sea la de los vínculos que los unen con su apellido.

«Usted es un anciano, y lo dejo a las puertas de su tumba. Que cada recuerdo de su vida oprima su falso corazón y lo cubra de sombras en la hora de su muerte».

Ralph Nickleby leyó dos veces esta carta, y frunciendo fuertemente el ceño, cayó en un ataque de distracción. El papel salió volando de su mano y fue a parar al suelo, pero él mantuvo apretados los dedos, como si aún lo tuviera agarrado.

De repente, saltó de su asiento, y guardándose en el bolsillo, todo arrugado, se volvió con ira hacia Newman Noggs, como preguntándole por qué no se ocupaba de sus propios asuntos. Pero Newman, impasible, de espaldas a él, estaba recorriendo, con el gastado y ennegrecido cabo de una

vieja pluma, las cifras de una tabla de intereses pegada a la pared, aparentemente muy abstraído y ajeno a todo lo que lo rodeaba.

CAPÍTULO 34

EN EL QUE EL SR. RALPH NICKLEBY ES VISITADO POR PERSONAS QUE YA HAN SIDO PRESENTADAS AL LECTOR

«¡*Mardito* el rato que hace que llevo tocando esta condenada campana, que más parece una tetera vieja y rajada, y que suena como para provocarle convulsiones azules a un forzado!, lo juro por lo más grande, ¡*mardita* sea!», decía el Sr. Mantalini a Newman Noggs, mientras se limpiaba las botas en el limpiabarros de Ralph Nickleby.

«Solo oí tocar una vez», respondió Newman.

«Entonces usted está total y *arsolutamente* sordo», dijo el Sr. Mantalini, «tan sordo como un *mardito* poste».

A estas alturas el Sr. Mantalini había entrado al recibidor, y se encaminaba sin mayor ceremonia hacia la puerta de la oficina de Ralph cuando Newman se interpuso en su camino y sugirió que quizá el Sr. Nickleby no estaba dispuesto a que lo molestasen, y preguntando asimismo si el asunto que traía el cliente era de naturaleza apremiante.

«Es muy *marditamente* específico», dijo el Sr. Mantalini. «Quiero derretir algunos pedazos de sucio papel y convertirlos en brillante, rutilante, tintineante, retintineante y *mardita* salsa de menta»^[24].

Newman profirió un significativo gruñido, y tomando la tarjeta presentada por el Sr. Mantalini, la llevó cojeando hasta el despacho de su jefe. Al introducir la cabeza por la puerta, vio que Ralph había vuelto a adoptar la postura pensativa en la que había caído tras examinar con detenimiento la carta de su sobrino, y que parecía haberla estado leyendo de nuevo, pues la volvía a tener abierta en su mano. La mirada fue apenas momentánea, pues Ralph, al ser molestado, se volvió para preguntar el motivo de la interrupción.

Antes de que Newman respondiera, la causa de la molestia en persona entró en la habitación pavoneándose y, agarrando la mano callosa de Ralph con afecto poco común, juró que nunca lo había visto con tan buen aspecto en toda su vida.

«Se le ve muy lozano su *mardito* semblante», dijo el Sr. Mantalini, sentándose sin que lo invitaran y mesándose los cabellos y bigotes. «Se ve usted muy juvenil y alegre, ¡*mardita* sea!».

«Estamos solos», le devolvió Ralph con aspereza. «¿Qué quiere de mí?».

«¡Bien!», exclamó el Sr. Mantalini, mostrando los dientes. «¿Qué quería? Sí. ¡Ja, ja! Muy bien. ¿Qué quería? ¡Ja, ja! ¡Oh, *mardita* sea!».

«¿Qué es lo que quiere, hombre?», preguntó Ralph, severamente.

«Un *mardito* préstamo» respondió el Sr. Mantalini con una sonrisa que dejaba ver sus dientes, y sacudiendo la cabeza con aire zumbón.

«El dinero es escaso», dijo Ralph.

«*Marditamente* escaso, o yo no lo necesitaría», interrumpió el Sr. Mantalini.

«Los tiempos son malos, y uno ya no sabe en quién confiar», continuó Ralph. «No quiero hacer negocios justo ahora, de hecho preferiría no hacerlos. Pero tratándose de un amigo... ¿cuántas letras tiene ahí?».

«Dos», replicó el Sr. Mantalini.

«¿Cuál es el monto bruto?».

«*Maldita* insignificancia... setenta y cinco».

«¿Y las fechas?».

«Dos meses y cuatro días».

«Lo haré por usted... escuche bien, por usted. No lo haría por mucha gente... por veinticinco libras», dijo Ralph, pausadamente.

«¡Oh, *mardita* sea!», exclamó el Sr. Mantalini, cuyo rostro se alargó considerablemente frente a esa atractiva propuesta.

«Le quedarían para usted cincuenta», replicó Ralph. «¿Qué es lo que tiene? Déjeme ver los nombres».

«Usted es una *mardita* sanguijuela, Nickleby», objetó el Sr. Mantalini.

«Deje ver los nombres», respondió Ralph, extendiendo la mano con impaciencia por las letras. «¡Vaya! No son seguros, pero sí bastante dignos de confianza. ¿Está usted de acuerdo con los términos y tomará el dinero? No es que quiera que lo haga. Preferiría que no lo hiciera».

«*Mardita* sea, Nickleby, ¿no puede usted...?», comenzó el Sr. Mantalini.

«No», respondió Ralph, interrumpiéndolo. «No puedo. Tomará usted el dinero... al contado, escuche bien; sin demora, sin ir al barrio financiero para tratar de negociar con alguna otra parte que no existe ni jamás existió. ¿Trato hecho o no?».

Al tiempo que hablaba, Ralph apartó lejos de sí algunos papeles y, al hacerlo, tropezó como por descuido con su caja fuerte para que esta sonara.

Ese sonido fue demasiado para el Sr. Mantalini. Con solo oírlo cerró el trato, y Ralph sacó el dinero y lo contó sobre la mesa.

Apenas terminó de hacerlo, y sin que el Sr. Mantalini hubiera terminado de recogerlo todo se oyó sonar la campana, e inmediatamente después, Newman hizo entrar nada menos que a *Madame* Mantalini, ante cuya presencia el Sr. Mantalini mostró considerable desconcierto, y se echó el dinero al bolsillo con notable presteza.

«Oh, está usted aquí», dijo *Madame* Mantalini, alzando airosamente la cabeza. «Sí, mi vida y mi alma, aquí estoy», respondió su esposo, dejándose caer de rodillas y abalanzándose, juguetón como un gatito, sobre un soberano que se le había escapado. «Aquí estoy, deleite de mi alma, jugando al tesoro escondido, recogiendo el oro y la plata *marditos*».

«Usted me avergüenza», dijo *Madame* Mantalini con gran indignación. «¿Vergüenza... yo, mi alegría? Eso sabe que está hablando *marditos* dulzuras encantadoras, nada más que mentirillas», replicó el Sr. Mantalini. «Eso sabe que en realidad no se avergüenza de su propio *popolorum tibby*».

Sean las que fuesen las circunstancias que condujeron a semejante resultado, lo cierto es que pareció que el *popolorum tibby* había calculado bastante mal, por el momento, hasta dónde llegaba el afecto de su dama. Por toda respuesta, *Madame* Mantalini se limitó a mirarlo con desprecio, y volviéndose hacia Ralph le rogó que excusara su intrusión.

«Que es enteramente achacable», dijo *Madame*, «a la crasa mala conducta y al muy inadecuado comportamiento del Sr. Mantalini».

«Mi juguito de piña, ¿cómo que mi mala conducta?».

«¡La suya!», le devolvió su esposa. «Pero no lo permitiré. No me someteré a que me arruine la extravagancia y la prodigalidad de ningún hombre. Pido al Sr. Nickleby que sea testigo del proceder que pienso seguir con usted».

«Le ruego que no me pida ser testigo de nada, señora», dijo Ralph. «Arréglenlo entre ustedes, arréglenlo entre ustedes».

«Pero tengo que rogarle a usted, como un favor», dijo *Madame* Mantalini, «que escuche cómo le comunico a este señor mi firme intención... mi firme intención», repitió *Madame* Mantalini, con una mirada colérica que parecía lanzarle dardos a su esposo.

«¿Ahora ella me va a llamar señor?», exclamó Mantalini. «¡Yo, que la idolatro con el más *mardito* ardor! ¡Ella, que se me enrosca con sus encantos como una pura y angelical serpiente de cascabel! Habrán acabado totalmente con mis sentimientos; ella me va a precipitar en un *mardito* estado».

«No hable de sentimientos, señor», prosiguió *Madame* Mantalini, sentándose y volviéndole la espalda. «Usted no tiene en cuenta los míos».

«¡Que yo no considero los tuyos, alma mía!», exclamó el Sr. Mantalini.

«No», respondió su esposa.

Y a pesar de las carantoñas del Sr. Mantalini, *Madame* Mantalini seguía diciendo que no, y además lo decía con tan decidido y resuelto enojo que tomó por sorpresa al Sr. Mantalini.

«Su extravagancia, Sr. Nickleby», dijo *Madame* Mantalini dirigiéndose a Ralph, que permanecía de pie, recostado contra su butaca con las manos enlazadas tras la espalda, y mirando a la simpática pareja con una sonrisa del más supremo y absoluto desprecio, «su extravagancia no conoce fronteras».

«Jamás habría podido suponerlo», respondió Ralph con sarcasmo.

«No obstante, le aseguro, Sr. Nickleby, que así es», le devolvió *Madame* Mantalini. «Me hace desgraciada, soy presa de constantes aprensiones y estoy en dificultades constantes. E incluso eso», dijo *Madame* Mantalini, «no es lo peor. Tomó algunos papeles valiosos de mi escritorio esta mañana sin pedirme permiso».

El Sr. Mantalini gimió levemente y se abotonó el bolsillo de sus pantalones.

«Me veo obligada», prosiguió *Madame* Mantalini, «desde mis recientes infortunios, a pagar a la Srta. Knag una gran cantidad de dinero para poder usar su nombre en el negocio, y verdaderamente no estoy dispuesta a seguir alentando el despilfarro de este señor. Como no dudo, Sr. Nickleby, que él vino directo aquí a convertir los papeles de los que le hablé en dinero, y como usted nos ha ayudado muy a menudo en el pasado y está muy relacionado con nosotros en ese tipo de asuntos, deseo que usted conozca la determinación que me ha obligado a tomar la conducta de este señor».

El Sr. Mantalini volvió a gemir desde detrás de la cofia de su esposa, y colocándose un soberano sobre uno de sus ojos, con el otro le hizo un guiño a Ralph. Tras haber logrado esa actuación con gran destreza, se echó rápidamente la moneda al bolsillo, y gimió otra vez, con mayor arrepentimiento.

«He tomado la decisión», dijo *Madame* Mantalini, ya que en la fisonomía de Ralph se manifestaban síntomas de impaciencia, «de asignarle una pensión».

«¿Hacer qué, mi encanto?», preguntó el Sr. Mantalini, que no pareció captar las palabras.

«Ponerlo», dijo *Madame* Mantalini, mirando a Ralph, y absteniéndose, prudentemente, de la menor mirada a su esposo, para no arriesgarse a que sus muchos encantos la indujeran a vacilar en su determinación, «ponerlo en un régimen de estipendio fijo. Y digo que si tiene ciento veinte libras al año para ropa y dinero de bolsillo, puede considerarse un hombre muy afortunado».

El Sr. Mantalini aguardó con mucho decoro hasta oír el monto del estipendio propuesto, pero cuando este llegó a sus oídos, arrojó al suelo su bastón y su sombrero, y sacando el pañuelo de bolsillo, dio rienda suelta a sus sentimientos lanzando un triste gemido.

«¡Mardición!», exclamó el Sr. Mantalini, precipitándose fuera de su silla de repente y poniéndose a dar saltitos, y regresando después a ella también a saltitos, para gran desconcierto de los nervios de su dama. «¡No puede ser! Esto es una *mardita* horrible pesadilla. No es la realidad. No».

Consolándose con esa certeza, el Sr. Mantalini cerró los ojos y esperó pacientemente hasta el momento de despertarse.

«Un arreglo muy juicioso», observó Ralph con una sonrisa cínica, «si su esposo se atiene a él, señora... y no hay duda de que lo hará».

«¡Mardita sea!», exclamó el Sr. Mantalini, abriendo los ojos al sonido de la voz de Ralph, «es una horrible realidad. Ella está sentada ahí, delante de mí. Ahí está el grácil contorno de sus formas. No puede haber equivocación... no existe nada parecido. Las dos condesas no tenían contorno en absoluto, y el de la viuda era un contorno *maldito*. ¿Por qué es tan atrocemente bella esta mujer, que no puedo enojarme con ella, ni siquiera ahora?».

«Tú te lo buscaste, Alfred», le devolvió *Madame* Mantalini, aún en tono de reproche, pero suavizado.

«¡Soy un *mardito* villano!», exclamó el Sr. Mantalini, golpeándose en la cabeza. «Cambiaré un soberano en medios peniques, me llenaré los bolsillos y me arrojaré al Támesis. Pero ni siquiera entonces estaré enojado con ella, pues pondré una nota de dos peniques en el correo cuando pase por allí, para decirle dónde está el cadáver. Va a ser una viuda hermosa. Yo seré un cadáver. Algunas bellas mujeres llorarán; ella se reirá *marditamente*».

«Alfied, eres un ser cruel, cruel», dijo *Madame* Mantalini, sollozando frente al espantoso cuadro.

«Dice que soy cruel... yo... yo... ¡que por ella me convertiré en un *mardito*, húmedo, mojado y desagradable cadáver!», exclamó el Sr. Mantalini.

«Sabes que se me rompe el corazón solo con oírte hablar de algo semejante», respondió *Madame* Mantalini.

«¿Acaso puedo vivir para que se desconfíe de mí?», exclamó su esposo. «¿Acaso no he deshecho mi corazón en un montón de *marditos* trocitos, para regalárselos todos, uno tras otro, a esta misma absorbente y *mardita* cautivadora? ¿Y acaso puedo yo vivir para que ella sospeche de mí? *Mardita* sea, no, no puedo».

«Pregúntele al Sr. Nickleby si la suma que he mencionado no es apropiada», razonó *Madame* Mantalini.

«No quiero ninguna suma», respondió el desconsolado esposo; «no requeriré ningún *mardito* estipendio... cuando sea un cadáver».

Al repetirse la amenaza fatal del Sr. Mantalini, *Madame* Mantalini, entrelazando las manos, imploró a Ralph Nickleby que interviniese, y tras gran cantidad de lágrimas, conversación y varios intentos de alcanzar la puerta por parte del Sr. Mantalini como paso previo y necesario para proceder a infligirse un castigo violento, consiguió con dificultad que este caballero prometiera que no pasaría a convertirse en cadáver. Una vez alcanzado ese importante punto, *Madame* Mantalini discutió el asunto del estipendio, y el Sr. Mantalini hizo lo mismo, aprovechando la ocasión para mostrar que podía vivir con insólita satisfacción a pan y agua, y vestir harapos, pero que no podría soportar la existencia con la carga adicional de la desconfianza por parte de aquella que era objeto de su afecto más devoto y desinteresado. Esto trajo de nuevo el llanto a los ojos de *Madame* Mantalini, que por haber comenzado apenas a abrirlos a los defectos del Sr. Mantalini podía fácilmente volverlos a cerrar. El resultado fue que, sin renunciar del todo al asunto del estipendio, *Madame* Mantalini decidió posponer el debate. Y Ralph vio con suficiente claridad que el Sr. Mantalini había conseguido nuevo subsidio para su vida fácil y que —al menos por un tiempo— su degradación y su ruina habían sido aplazadas.

«Aunque llegarán bastante pronto», pensó Ralph. «El amor —¡bah!, ¡que tenga yo que usar esa jerga pueril!— es fugaz, aunque este tal vez dure más, porque basado apenas en la admiración del rostro bigotudo de este mandril, su ceguera está alimentada por la vanidad y es, por lo tanto mayor. Mientras tanto, los tontos traen agua a mi molino, así que dejémosles vivir intensamente su día, y cuanto más dure, mejor».

Estas agradables reflexiones se le ocurrieron a Ralph Nickleby mientras los objetos de sus pensamientos intercambiaban numerosas caricias y muestras de ternuras que supuestamente no eran vistas.

«Si no tienes nada más que decirle al Sr. Nickleby, querido», dijo *Madame* Mantalini, «nos marcharemos. Estoy segura de que ya le hemos robado demasiado tiempo».

El Sr. Mantalini respondió, en primera instancia, dándole varios golpecitos en la nariz a *Madame* Mantalini, y confirmando después, con palabras, que no tenía nada más que decir.

«¡*Mardita* sea!, sí, tengo algo que añadir», se corrigió casi de inmediato, apartando a Ralph hacia un rincón. «Es acerca de su amigo *Sir* Mulberry. Es un asunto *marditamente* extraordinario, algo nunca visto... ¿eh?».

«¿Qué quiere decir?», preguntó Ralph.

«¿No lo sabe usted, *mardita* sea?», preguntó el Sr. Mantalini.

«Por el periódico supe que anoche fue arrojado de su cabriolé y resultó gravemente herido, y que su vida de algún modo peligró», respondió Ralph con gran serenidad, «pero no veo nada extraordinario en eso... los accidentes no tienen nada de extraño cuando la gente vive con afán y conduce después de cenar».

«¡Vaya!», exclamó el Sr. Mantalini, lanzando un largo y estridente silbido. «Entonces ¿usted no sabe cómo ocurrió?».

«No si es que no ha sido como yo suponía», respondió Ralph, encogiéndose de hombros con indiferencia, como para dar a entender a su interrogador que no sentía la más mínima curiosidad por el tema.

«*Mardita* sea, me asombra usted», exclamó Mantalini.

Ralph volvió a encogerse de hombros, como si no fuera una gran hazaña asombrar al Sr. Mantalini, y echó una mirada pensativa al rostro de Newman Noggs, que varias veces había aparecido tras un par de cristales en la puerta de la habitación, pues cuando había de visita personas de poca importancia, uno de los deberes de Newman era fingir varias veces que creía haber oído sonar la campana para guiarlos a la salida, como sutil insinuación a los visitantes de que era hora de marcharse.

«¿No sabe usted», dijo el Sr. Mantalini, halando a Ralph por un botón, «que no fue en lo absoluto un accidente, sino un *mardito* ataque furioso y asesino realizado por su sobrino?».

«¡Qué!», gruñó Ralph, apretando los puños y repentinamente pálido.

«*Mardita* sea, Nickleby, usted es tan tigre como él», dijo Mantalini, alarmado por esas demostraciones.

«Siga», exclamó Ralph furioso. «Explíqueme exactamente qué quiere decir. ¿Qué es esa historia? ¿Quién se la ha contado? Hable», rezongó Ralph. «¿Me oye?».

«Por Dios, Nickleby», dijo el Sr. Mantalini retrocediendo en dirección a su esposa, «qué clase de *mardito* anciano genio malvado y feroz es usted. Del susto, es capaz de sacarme el alma y la vida de sus deliciosos pequeños cabales... y de arrastrarlas a volar en un torbellino de pasión ardiente, destructora, enfurecida como jamás existió, *mardita* sea».

«¡Bah!», prosiguió Ralph, con una sonrisa forzada. «Solo ha sido un gesto».

«Pero un gesto alarmante y propio más bien de un manicomio privado», dijo el Sr. Mantalini, recogiendo su bastón.

Ralph fingió una sonrisa, y volvió a preguntar de quién había obtenido esa información el Sr. Mantalini.

«De Pyke, que vaya que es un *mardito* tipo muy de fiar, agradable y caballeroso», respondió Mantalini. «Un tipo *marditamente* agradable y de primera».

«¿Y qué dijo?», preguntó Ralph, frunciendo el ceño.

«Que ocurrió así... dice que el sobrino suyo se encontró con Mulberry en un café, se le vino encima con la más *mardita* ferocidad, lo siguió hasta su cabriolé y juró que lo seguiría hasta su casa aunque tuviera que montarse sobre el caballo o colgarse de la cola. Le rompió la cara, que es una cara *marditamente* elegante en su estado natural. Asustó al caballo, y este lanzó fuera del coche a Sir Mulberry y atropelló a su sobrino...».

«¿Lo mató?», interrumpió Ralph con los ojos brillantes. «¿Así fue? ¿Está muerto?».

Mantalini sacudió la cabeza negativamente.

«¡Puf!», dijo Ralph, dándole la espalda. «Entonces, no le pasó nada... espera», agregó, volviéndose de nuevo hacia Mantalini, «¿se rompió una pierna o un brazo, o se dislocó el hombro, o se fracturó la clavícula, o se pulverizó una o dos costillas? Se salvó el cuello para el dogal, pero ¿recibió alguna herida dolorosa y que tarde en sanar... eh? ¡Al menos de eso debe de haberse enterado usted!».

«No», prosiguió Mantalini, sacudiendo de nuevo la cabeza, «a menos que se haya roto en pedacitos tan pequeños que los arrastrara el viento, no resultó herido, pues se fue tan tranquilo y campante como... como... como una *mardición*», dijo el Sr. Mantalini, que por muchos esfuerzos que hizo no logró hallar otro símil.

«¿Y cuál fue?», dijo Ralph, vacilando un poco, «¿cuál fue la causa de la riña?».

«Usted es el más *mardito* y astuto perro viejo que...», respondió el Sr. Mantalini, con tono de admiración, «es el más taimado, peculiar y redomadísimo viejo zorro... oh, *mardición*... quiere ahora hacerme creer que no sabe que todo fue a causa de su sobrinita, la de los ojazos, esa grácil, dulce y preciosísima criatura...».

«¡Alfred!», interrumpió *Madame* Mantalini.

«Siempre tiene razón», prosiguió el Sr. Mantalini en tono conciliador; «y cuando ella dice que es hora de irse, es la hora, y punto. Y cuando la vean por la calle con su tulipán de acompañante, las mujeres dirán con envidia que tiene un marido *marditamente* bueno, y los hombres mirarán extasiados y dirán que es *marditamente* buena la mujer, y ambos grupos tendrán razón y

ninguno de ellos se equivocará, lo juro por mi vida y por mi alma... ¡oh, *mardita* sea!».

Con semejantes afirmaciones y muchas más no menos intelectuales y pertinentes, el Sr. Mantalini besó los dedos de sus guantes para despedirse de Ralph Nickleby, y enlazando el brazo de su dama en el suyo, se la llevó con pasos menudos.

«Así que», dijo Ralph, dejándose caer en su silla, «el diablo se soltó otra vez, y de nuevo viene a frustrar mis planes, como está destinado a hacer desde que nació, cada vez que avanzo un paso. Una vez me dijo que, tarde o temprano, llegaría el día de arreglar cuentas entre nosotros. Haré de él un verdadero profeta, pues con toda seguridad ese día llegará».

«¿Está usted en casa?», preguntó Newman, asomando de repente la cabeza.

«No», respondió Ralph, de modo igualmente abrupto.

Newman retiró la cabeza y la volvió a asomar.

«¿Usted está completamente seguro de que no está en casa?», insistió Newman.

«¿Qué quiere decir este idiota?», exclamó Ralph, con enojo.

«Lo ha estado esperando casi desde que usted entró, y puede que haya oído su voz... por eso se lo digo», dijo Newman, frotándose las manos.

«¿De quién hablas?», preguntó Ralph, muy nervioso por la información que acababa de oír y la frialdad provocativa de su secretario, que lo empujaron al punto de una intensa irritación.

La respuesta que Ralph esperaba fue suplantada por el ingreso inesperado de una tercera persona —el individuo en cuestión— que, fijando la vista de su ojo (pues solo tenía uno) sobre Ralph Nickleby, hizo muchas torpes reverencias y se sentó en una butaca con las manos sobre las piernas, y los negros y cortos pantalones tan arremangados por el esfuerzo de sentarse, que apenas llegaban a cubrir el extremo de sus botas Wellington.

«¡Caramba!, esto sí es una sorpresa», dijo Ralph, fijando la mirada en el visitante y sonriendo a medias mientras lo escrutaba atentamente, «reconozco su rostro, Sr. Squeers».

«¡Ah!», respondió ese benemérito, «y yo lo habría reconocido mejor a usted, señor, de no haber sido por todo lo que he sufrido. Vaya y levante a aquel chico sentado en la banqueta alta en la oficina del fondo, y dígame que venga aquí, por favor», dijo Squeers, dirigiéndose a Newman. «Oh, ya se ha levantado él mismo. Mi hijo, señor, el pequeño Wackford. ¿Qué le parece, señor, como muestra de la alimentación que se ofrece en el Colegio Mayor de

Dotheboys? ¿No parece a punto de reventar dentro de la ropa, y salirse por las costuras, y hacer salir volando los botones por su gordura? ¡Esto sí es carne!», exclamó Squeers, dándole vueltas al chico y hurgando en las partes más rechonchas de su figura con diversos pinchazos y puñetazos, para gran desconcierto de su hijo y heredero. «¡Esto sí es firmeza, esto sí es solidez! ¡Mire eso! ¡Si casi no se puede reunir suficiente carne entre el índice y el pulgar para pellizcarlo!».

Por muy buena que fuera la condición en que se encontraba Squeers hijo, ciertamente sus carnes no resultaban tan notoriamente macizas, pues al apretar el padre el índice contra el pulgar para ilustrar su afirmación, el chico profirió un agudo grito, y se frotó el sitio del modo más natural que puede uno concebir.

«Vaya», observó Squeers, algo desconcertado, «atrapé un pedazo, pero eso fue porque desayunamos temprano esta mañana, y aún no ha almorzado. ¡Pero después de cenar no podría pillársele ni un pedacito del cuerpo con una puerta! Mire esas lágrimas, señor», dijo Squeers, con aire triunfal, mientras Wackford hijo se secaba los ojos con la manga de la chaqueta, «¡fíjese qué grasosas son!».

«Tiene muy buen aspecto, ya lo creo», le devolvió Ralph, que por ciertos designios propios parecía deseoso de conciliarse con el maestro. «Pero ¿cómo está la Sra. Squeers, y cómo está usted?».

«La Sra. Squeers, señor», respondió el propietario de Dotheboys, «está como siempre... comportándose como una madre con esos chicos, y siendo una bendición, y un consuelo, y una alegría para todos los que la conocen. Uno de nuestros chicos, que como suele suceder enfermó por haber comido demasiado, la semana pasada tuvo un absceso. ¡Había que verla a ella operándolo con una navaja! ¡Oh, Señor!», dijo Squeers, emitiendo un suspiro y sacudiendo la cabeza muchas veces con gesto aprobatorio, «¡qué gran ciudadana es esa mujer!».

El Sr. Squeers condescendió a una mirada retrospectiva durante un cuarto de minuto, como si su alusión a las excelencias de su dama hubieran conducido naturalmente su mente hacia el pacífico pueblecito de Dotheboys, cerca de Greta Bridge, en Yorkshire, y entonces miró a Ralph, como si esperase que él dijera algo.

«¿Se recuperó usted del ataque de aquel sinvergüenza?», preguntó Ralph.

«Apenas me estoy recuperando ahora», respondió Squeers. «Yo era una sola bendita contusión, señor», dijo Squeers, y tocándose primero la raíz de los cabellos y luego la punta de las botas, agregó, «desde aquí hasta aquí.

Vinagre y papel de estraza, vinagre y papel de estraza, de la mañana a la noche. Supongo que en total, desde el principio hasta ahora, me habrán pegado al cuerpo lo menos media resma de papel de estraza. Allí, en aquella cocina, con todo aquel emplasto por dondequiera, cualquiera hubiera pensado que yo era un gran paquete de papel de estraza lleno de quejidos. ¿Me quejaba en voz alta o en voz baja, Wackford?», preguntó el Sr. Squeers a su hijo.

«Alta», respondió Wackford.

«Y los chicos, ¿estaban tristes de verme en tan terrible estado, Wackford, o estaban contentos?», preguntó el Sr. Squeers con sentimentalismo.

«Cont...».

«¿Eh?», exclamó Squeers, volviéndose muy rápidamente.

«Perdón», prosiguió su hijo.

«¡Oh!», dijo Squeers, alcanzándolo con una rápida bofetada en la oreja. «Sácate las manos de los bolsillos y no tartamudees cuando te hagan una pregunta. Cuida mejor cómo habla en la oficina de un caballero, señor, o abandonaré el hogar y jamás regresaré, y entonces ¿qué será de todos esos chicos, preciosos y desamparados, que serían arrojados al mundo, sin su mejor amigo para cuidarlos?».

«¿Ha tenido que ver a un médico?», preguntó Ralph.

«Sí, desde luego», prosiguió Squeers, «y el médico trajo una buena factura, además. No obstante, la pagué».

Ralph alzó las cejas de un modo que podría expresar tanto solidaridad como asombro... según quisiera juzgarlo el observador.

«Sí, pagué hasta el último cuarto de penique de esa factura», prosiguió Squeers, que parecía conocer demasiado bien al hombre con quien estaba tratando como para imaginar siquiera que ser esquivo en este punto pudiera inducir a Nickelby a contribuir solidariamente con los mencionados gastos; «al fin y al cabo tampoco tuve que sacarlo de mi bolsillo».

«¡No!», dijo Ralph.

«Ni medio penique», respondió Squeers. «El hecho es que el único gasto adicional que cobramos a nuestros chicos es el del médico cuando se requiere... y ni siquiera entonces, a no ser que estemos seguros de nuestros clientes. ¿Entiende?».

«Entiendo», dijo Ralph.

«Muy bien», prosiguió Squeers. «Entonces, después de sacar la cuenta de mis gastos escogimos a cinco niñitos (hijos de pequeños tenderos, para que fuera paga segura) que nunca habían tenido escarlatina, y enviamos a uno de ellos a una choza donde tenían la enfermedad, y se contagió, y entonces

pusimos a los otros cuatro a dormir con él, y se contagiaron también, y entonces el médico vino a atenderlos a todos juntos, y dividimos el total de mi cuenta entre ellos, y se lo agregamos a sus cuentecitas, y los padres lo pagaron. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!».

«Buen plan», dijo Ralph, ojeando al maestro a hurtadillas.

«Ya lo creo», prosiguió Squeers. «Siempre lo hacemos. Cuando la Sra. Squeers y el pequeño Wackford, este que está aquí, cayeron enfermos en cama, pasamos la tosferina a media docena de chicos, dividimos nuestros gastos entre ellos y se los cargamos, incluyendo a la enfermera contratada por un mes. ¡Ja, ja, ja!».

Ralph jamás se reía, pero en esa ocasión emitió el sonido más cercano a la risa que era capaz de producir, para que el Sr. Squeers disfrutara a sus anchas de su propio chiste, y después preguntó qué lo traía a la ciudad.

«Un fastidioso asunto legal», respondió Squeers rascándose la cabeza, «relacionado con una demanda por lo que dan en llamar negligencia respecto a un chico. No sé qué era lo que querían. Pusimos a pastar a ese chico en los mejores sitios de nuestra vecindad».

Ralph pareció no entender totalmente la observación.

«Pastar», dijo Squeers, alzando la voz, con la impresión de que si Ralph no lograba comprenderlo, era porque debía de estar sordo. «Cuando un chico se pone débil y enfermo y pierde el apetito le prescribimos un cambio de dieta... lo soltamos una o dos horas diariamente en el campo de nabos de algún vecino, o a veces, si es un caso delicado, alternamos un campo de nabos y un terreno de zanahorias, y le dejamos comer todo lo que quiera. No hay mejor tierra en el país que aquella en la que pastó ese chico *preverso*, y sin embargo se le ocurrió atrapar un catarro y una indigestión y qué sé yo, y entonces sus parientes me pusieron un pleito a mí. ¡Mire usted qué cosa!», agregó Squeers, moviéndose en su silla con la impaciencia de un hombre maltratado, «que *haiga* tanta ingratitud en la gente para empujarlas hasta ese extremo, ¿eh?».

«Un caso difícil, ya lo creo», observó Ralph.

«Eso que usted dice no es más que la verdad», respondió Squeers. «No creo que *haiga naiden* en este mundo tan encariñado como yo con esos jóvenes. Actualmente el monto de la matrícula en el Colegio Mayor de Dotheboys asciende a ochocientas libras al año. Si yo quisiera podría conseguir hasta mil seiscientas libras, ¡Con cuanto cariño recibiría esas veinte libras adicionales por cabeza!».

«¿Se está alojando en sus antiguos aposentos?», preguntó Ralph.

«Sí, estamos en el Sarraceno», respondió Squeers, «y como está a punto de acabarse el semestre, espero seguir allí *mismito* hasta recoger todo el dinero y también a algunos chicos nuevos. Traje al pequeño Wackford a propósito, para mostrárselo a padres y tutores. Esta vez lo vamos a incluir en el anuncio. Miren a este chico... él es alumno de nuestro colegio... ¡Fíjense, qué milagro de alimentación superior! ¡Obsérvenlo!».

«Quisiera decirle unas palabras», dijo Ralph, que había estado hablando y escuchando mecánicamente y mientras tanto había estado pensando.

«Cuantas quiera, señor», prosiguió Squeers. «Wackford, ve a jugar a la oficina del fondo, y no retoces demasiado para que no adelgaces, que no nos conviene. ¿No tendrá usted por casualidad una moneda de dos peniques, Sr. Nickleby, eh?», dijo Squeers, haciendo sonar un manajo de llaves en el bolsillo de su abrigo, y murmurando algo referido a que solo tenía a mano monedas de plata.

«Creo... que sí», dijo Ralph muy lentamente, y mostrando, luego de revolver mucho dentro de una vieja gaveta, un penique, un medio penique y dos cuartos de penique.

«Gracia», dijo Squeers, dándoselos a su hijo. «Toma, ve y compra un pastelillo —el empleado del Sr. Nickleby te mostrará dónde es— y fijare que tenga bastante crema. La pastelería le pone la piel brillante, y los padres piensan que eso es síntoma de buena salud».

Después de ofrecer esta explicación con una mirada singularmente expresiva a modo de complemento, el Sr. Squeers haló su silla, la puso delante de Ralph Nickleby, muy cerca de él, y se sentó.

«Atiéndame», dijo Ralph, inclinándose ligeramente hacia delante.

Squeers asintió con la cabeza.

«No creo», dijo Ralph, «que usted sea tan imbécil como para haber perdonado u olvidado tan pronto la violencia de la que fue víctima, ni la revelación que la siguió».

«No me he olvidado ni una maldita pizca», respondió Squeers con aspereza.

«Ni para dejar pasar la oportunidad de cobrárselas con intereses, ¿si encontrara ocasión?», dijo Ralph.

«Muéstreme una y verá», prosiguió Squeers.

«¿Fue ese objetivo el que lo indujo a visitarme?», dijo Ralph, alzando la vista al rostro del maestro.

«N... n... no, no creo», respondió Squeers. «Pensé que, si estaba en su poder, aparte del poquitín de dinero que envía, compensarme de algún

modo...».

«¡Ah!», exclamó Ralph, interrumpiéndolo. «No necesita proseguir».

Tras una larga pausa, durante la cual Ralph pareció abstraído en sus pensamientos, volvió a romper el silencio para preguntar:

«¿Quién es ese chico al que se llevó consigo?».

Squeers dijo su nombre.

«¿Era joven o viejo, saludable o enfermizo, dócil o rebelde? Hable, hombre», añadió Ralph rápidamente.

«Bueno, joven no era», respondió Squeers; «es decir, no era tan joven como para considerarlo un chico, usted sabe».

«Es decir que no era un niño, me imagino», lo interrumpió Ralph.

«Bien», le devolvió Squeers enérgicamente, como si se sintiera aliviado por la sugerencia, «quizás tuviera unos veinte años. Pero para quien no lo conozca no parece tan mayor, porque es un poco corto de aquí», dijo tocándose la frente, «tiene la cabeza hueca, sabe, por mucho que uno la golpee».

«Y me atrevería a decir que usted se la golpeaba con bastante frecuencia», murmuró Ralph.

«Bastante», le devolvió Squeers con una sonrisa burlona.

«Cuando escribí para acusar recibo de ese poquitín de dinero, como usted lo llama», dijo Ralph, «usted me dijo que hacía tiempo que sus parientes lo habían abandonado, y que usted no tenía el menor indicio o señal sobre su identidad. ¿No es así?».

«Así es. ¡Una verdadera desgracia!», respondió Squeers, cada vez más relajado y familiar en sus modales, en la medida en que Ralph proseguía sus averiguaciones con menos reservas. «Según consta en mi libro, hace catorce años un desconocido lo trajo a mi casa una noche de otoño, y allí lo dejó, pagando cinco libras y cinco chelines por adelantado para cubrir su primer trimestre. Por entonces debía de tener unos cinco o seis años... no más».

«¿Qué más sabe usted de él?», preguntó Ralph.

«En realidad muy poco, lamento decirlo», respondió Squeers. «Pagaron el dinero durante unos seis u ocho años, y a partir de entonces dejaron de enviarlo. Aquel tipo había dado una dirección en Londres, pero cuando llegó el momento, claro... nadie sabía nada de él. Así que mantuve al muchacho por... por...».

«¿Caridad?», sugirió Ralph secamente.

«Por caridad, por supuesto», afirmó Squeers frotándose las rodillas, «y cuando empezaba a serme útil en cierto modo, ese sinvergüenza de Nickleby

viene y se lo lleva. Pero la parte más fastidiosa e *irristante* de todo el asunto es», dijo Squeers, bajando la voz y acercando la silla aún más a Ralph, «que al fin han estado haciendo algunas preguntas sobre él... no a mí, sino a gente de nuestro pueblecito, muy tangencialmente. Así que justo cuando habría podido conseguir que pagaran todos los atrasos, quizás, y quizás —¿quién sabe?, cosas como esa han pasado antes en nuestro negocio— un regalo además por colocarlo como labriego, o por mandarlo a alta mar, para que jamás regrese a deshonorar a sus padres, suponiendo que fuera un hijo natural, como son muchos de nuestros chicos... maldita sea, ese villano de Nickleby me lo ha robado a plena luz del día, igual que si le hubiera hecho a mi bolsillo un asalto a mano armada».

«Los dos nos libraremos de él muy pronto», dijo Ralph, poniendo su mano sobre el brazo del maestro de Yorkshire.

«¡Librarnos!», le hizo eco Squeers. «¡Ah!, y a mí me gustaría dejar un pequeño balance a favor de él, para que lo resuelva cuando pueda. Solo deseo que la Sra. Squeers logre atraparlo. ¡Bendito sea su corazón! Ella lo asesinaría, Sr. Nickleby... lo haría, le sería tan sencillo como tomarse un vaso de agua».

«Volveremos a hablar de esto», dijo Ralph. «Necesito tiempo para pensar al respecto. Herirlo a través de sus propios afectos o ilusiones... Si pudiera golpearlo a través de ese chico...».

«Golpéelo como usted quiera, señor», lo interrumpió Squeers, «solo que déle bastante duro, eso es todo... y ahora le doy los buenos días y me retiro. ¡Eh...! Descuelgue el gorro de ese niño de aquel gancho en el rincón, y levántelo de la banqueta, ¿quiere?».

Después de vocearle esas solicitudes a Newman Noggs, el Sr. Squeers se encaminó a la oficinita del fondo y le puso el gorro a su hijo con ansiedad paternal, mientras que Newman, con la pluma enganchada tras la oreja, permanecía sentado, tieso e inmóvil en su banqueta, contemplando alternativamente al padre y al hijo con una mirada jovial.

«Es un chico excelente, ¿no es verdad?», dijo Squeers, ladeando un poco la cabeza y retrocediendo en dirección al escritorio, para poder calcular mejor las proporciones del pequeño Wackford.

«Desde luego», dijo Newman.

«Bastante inflado, ¿eh?», prosiguió Squeers. «Tiene la gordura de veinte chicos, esa es la verdad».

«¡Ah!», respondió Newman, mirando de repente de frente a Squeers, «¡tiene... la gordura de veinte... y más! La tiene toda. Que Dios guarde a los

otros. ¡Ja! ¡Ja! ¡Oh, Dios mío!».

Después de pronunciar estas observaciones fragmentarias, Newman se dejó caer ante su escritorio y empezó a escribir con insólita rapidez.

«¿Cómo? ¿Qué quiere decir este hombre?», exclamó Squeers, sonrojándose. «¿Está borracho?».

Newman no respondió.

«¿Está loco?», dijo Squeers.

Pero Newman siguió pareciendo ajeno a cualquier presencia salvo la suya propia, de modo que el Sr. Squeers se consoló diciendo que estaba tan borracho como loco y, con esa observación de despedida, se marchó, llevándose a su hijo pródigo.

En proporción directa al modo en que Ralph Nickleby se fue volviendo consciente de su estima hacia Kate, su aborrecimiento hacia Nicholas aumentaba. Puede que para compensar la debilidad de sentir inclinación hacia una persona creyera necesario odiar a otra más intensamente que antes, la cuestión es que ese fue el rumbo que tomaron sus sentimientos. Y ahora, ser desafiado y rechazado; que lo presentaran a la vista de ella a la peor y más repulsiva luz; saber que ella había sido educada en el odio y el desprecio hacia su persona; sentir que su contacto era infeccioso, y que su compañía tenía el efecto de corromper... saber todo eso, y saber que el impulsor de aquello era el mismo juvenil pariente pobre que le tomara el pelo en la mismísima primera entrevista, y desde entonces lo desafiaba y arrostraba abiertamente, hizo ascender su sosegada y furtiva maldad a tales niveles que no había casi nada que Ralph no hubiera arriesgado por vengarse, si hubiera podido hallar el camino de algún desquite inmediato.

Pero, afortunadamente para Nicholas, Ralph Nickleby no lo halló, y aunque anduvo buscándolo todo aquel día y tuvo un rincón de su cerebro trabajando permanentemente en el único asunto que lo mantenía ansioso a través de toda la ronda de planes y negocios que lo acompañaban, la noche al fin lo encontró machacando el mismo tema, y rumiando aún las mismas reflexiones improductivas.

«Cuando mi hermano tenía su edad», dijo Ralph, «las primeras comparaciones que la gente hacía siempre eran desventajosas. Él era abierto, liberal, galante, alegre; yo un tacaño astuto de sangre fría y estancada, sin más pasión que el amor por el ahorro, y ninguna ambición más allá de la sed de ganancia. Me acordé mucho de él cuando vi por primera vez a ese muchacho inquieto, pero ahora lo recuerdo todavía mejor».

«Recuerdos como esos», prosiguió Ralph, con una amarga sonrisa, «se me agolpan —cuando me resigno a ellos— en multitudes, y provenientes de incontables sitios. Del mismo modo que una porción del mundo finge despreciar el poder del dinero, mi misión es mostrarles qué cosa es ese poder».

Y estando ya a estas horas en una disposición de ánimo apropiada para el sueño Ralph Nickleby se acostó.

CAPÍTULO 35

**SMIKE ES PRESENTADO A LA SRA. NICKLEBY Y A KATE. NICHOLAS TAMBIÉN
HACE NUEVOS AMIGOS, Y DÍAS MÁS HERMOSOS PARECEN AMANECER PARA LA
FAMILIA**

En cuanto dejó instaladas a su madre y a su hermana en los apartamentos de la miniaturista de buen corazón y confirmó que *Sir Mulberry Hawk* no corría peligro de muerte, Nicholas se puso a pensar en el pobre Smike, que después de desayunar con Newman Noggs había permanecido en los aposentos de ese benemérito ser en un estado de gran desconsuelo, esperando con ansiedad nuevas noticias de su protector.

«Puesto que será un miembro más de nuestro hogar, dondequiera que vivamos o sea cual sea la fortuna que nos espere», pensó Nicholas, «debo presentar al pobre chico de manera adecuada. Serán bondadosos con él por sus propios méritos, y si no se esforzarán en serlo simplemente por mí».

Nicholas dijo «ellas», pero sus recelos se limitaban a una sola persona. No tenía dudas respecto a Kate, pero conocía las peculiaridades de su madre, y no estaba completamente seguro de que Smike lograra ganarse el favor de la Sra. Nickleby.

«No obstante», pensó Nicholas al partir en su misión benevolente, «ella no podrá dejar de tomarle cariño cuando sepa lo fiel que es, y como pronto lo ha de descubrir, el período de prueba será breve».

«Temía que usted se hubiera metido otra vez en problemas», dijo Smike, rebotante de júbilo por volver a ver a su amigo. «Llegó un momento en que su ausencia me pareció tan larga que casi temí que usted se hubiera perdido».

«¡Perdido!», respondió alegremente Nicholas. «No te librarás de mí tan fácilmente, te lo prometo. Todavía subiré miles de veces a la superficie, y cuanto más fuerte sea la presión que me empuje hacia abajo más rápidamente volveré a salir, Smike. Pero vamos, la misión que me trae aquí es llevarte a casa».

«¡A casa!», vaciló Smike, retrocediendo tímidamente.

«Sí», le devolvió Nicholas, tomándolo del brazo. «¿Por qué no?».

«En un tiempo tuve esas esperanzas», dijo Smike, «día y noche, día y noche, durante muchos años. Deseé el hogar hasta el cansancio, y me consumí de dolor, pero ahora...».

«¿Ahora qué?», preguntó Nicholas, mirándolo bondadosamente al rostro. «¿Ahora qué, viejo amigo?».

«No podría separarme de usted para ir a ningún hogar en la tierra», respondió Smike apretando su mano, «excepto a uno, excepto a uno. Jamás llegaré a viejo, y si su mano me acompañara a la tumba y antes de morir pudiera saber que usted vendría a mirarla a veces con una de sus bondadosas sonrisas, y en tiempo de verano, cuando todo esté vivo —no muerto como yo— podría ir a ese hogar casi sin una lágrima».

«¿Por qué hablas así, pobre chico, si tu vida conmigo es una vida feliz?», dijo Nicholas.

«Porque yo cambiaré, no los que me rodean. Y si me olvidaran, jamás lo sabría», respondió Smike. «En el camposanto todos somos iguales, pero aquí no hay nadie como yo. Soy un pobre ser, lo sé muy bien».

«Eres un ser necio y tonto», dijo Nicholas alegremente. «Si a eso te refieres, te lo concedo. ¡Toma! ¡Qué rostro tan tétrico para hacerle compañía a las damas...! Y a mi linda hermana también, por la que tantas veces me has preguntado. ¿Dónde está la galantería típica de Yorkshire? ¡Vergüenza, vergüenza debería darte!».

Smike se animó y sonrió.

«Cuando hablo de hogares», prosiguió Nicholas, «me refiero al mío... que es el tuyo, por supuesto. Si al hogar lo definieran cuatro paredes y un techo específicos, Dios sabe cuán difícil me sería decir dónde se encuentra el mío. Pero yo no me refiero a eso. Cuando hablo de hogar hablo del sitio donde se reúnen aquellos que amo. Y si ese sitio fuese una choza de gitanos o un establo, seguiría, no obstante, llamándolo por el mismo buen nombre. Y ahora, rayamos al que es mi actual hogar, que por mucha alarma que te despierte la expectativa, de seguro no te aterrará por su tamaño ni por su magnificencia».

Diciendo esto, Nicholas tomó a su compañero del brazo y, al tiempo que continuaba hablando sobre el mismo tema y haciendo comentarios sobre diversas cosas a fin de entretener a Smike y despertar su interés mientras andaban, lo guio hasta la casa de la Srta. La Creevy.

«Y este, Kate», dijo Nicholas entrando a la habitación donde su hermana permanecía sentada a solas, «es el fiel amigo y cariñoso compañero de viaje

al que ya te preparé para que recibieras».

El pobre Smike se mostró bastante tímido, torpe y asustado al principio, pero Kate se aproximó a él tan bondadosamente, y con una voz tan dulce le dijo lo ansiosa que había estado por conocerlo después de todo lo que su hermano le había contado y cuánto tenía que agradecerle por el enorme consuelo que él había significado para Nicholas durante los muy difíciles reveses que este había vivido, que a Smike lo asaltó la gran duda de si debía o no echarse a llorar, lo cual lo puso todavía más nervioso. Sin embargo, consiguió decir, con voz quebrada, que Nicholas era su único amigo, y que expondría su vida con tal de ayudarlo. Y aunque Kate era muy bondadosa y considerada, parecía ser tan absolutamente inconsciente del apuro y turbación del muchacho que casi de inmediato Smike se recuperó y comenzó a sentirse en casa.

Entonces entró la Srta. La Creevy, y a ella también hubo que presentarle a Smike. Y la Srta. La Creevy también fue muy bondadosa, y maravillosamente habladora. No con Smike, pues eso lo habría puesto incómodo al principio, sino con Nicholas y su hermana. Entonces, después de cierto tiempo, pudo hablarle al propio Smike de vez en cuando, preguntándole si podía juzgar sobre un parecido, y si pensaba que aquel retrato que estaba en el rincón se le parecía, y si no creía que estaría mejor si pareciera diez años más joven, y si él no pensaba, como cuestión de observación general, que las damas jóvenes lucían mejor, no solo en retratos, sino también en persona, que las damas viejas. Y muchos más chistecitos y observaciones graciosas, dichos con tan buen humor y de modo tan divertido, que Smike pensó para sus adentros que aquella era la señora más agradable que jamás hubiera conocido, incluso más agradable que la Sra. Grudden, del teatro del Sr. Vincent Crummles, y eso que aquella también era una señora agradable, que hablaba quizás más y sin duda con un volumen más alto que la Srta. La Creevy.

Finalmente; la puerta volvió a abrirse y entró una señora vestida de luto. Nicholas la besó cariñosamente, la llamó madre y la condujo hasta la silla de la que Smike se había levantado cuando ella entró en la habitación.

«Siempre eres de corazón bondadoso, y estás ansiosa por ayudar a los oprimidos, mi querida madre», dijo Nicholas, «así que estarás favorablemente predispuesta hacia él, lo sé».

«Con toda seguridad, mi querido Nicholas», respondió la Sra. Nickleby mirando muy fijamente a su nuevo amigo e inclinándose ante él más majestuosamente de lo que la ocasión parecía requerir, «con toda seguridad cualquier amigo tuyo tiene, como en efecto debe tener, y tendrá, claro, ya lo

sabes... grandes derechos sobre mí, y, claro, es un gran placer para mí ser presentada a cualquiera por quien tú te intereses... no puede haber dudas de eso, ninguna duda en absoluto; ninguna en el mundo», dijo la Sra. Nickleby. «Al mismo tiempo debo decir, Nicholas, querido, como acostumbraba a decirle a tu pobre querido papá cuando traía a caballeros a cenar a casa y no había nada que comer, que si hubiera venido dos días atrás... no, ¡a ver!, no quise decir dos días atrás. Probablemente debí decir “dos años atrás” habríamos estado en mejores condiciones para atenderlo».

Con estas observaciones, la Sra. Nickleby se volvió hacia su hija y preguntó, en un susurro perfectamente audible, si acaso el caballero iba a quedarse a pasar allí la noche.

«Porque es así, Kate, querida», dijo la Sra. Nickleby, «la verdad es que no creo que haya ningún sitio donde pueda dormir».

Kate se adelantó con mucha gracia, y sin dar muestra alguna de contrariedad o irritación, susurró algunas palabritas al oído de su madre.

«Vamos, Kate, querida», dijo la Sra. Nickleby, echándose hacia atrás, «de veras eres graciosa. Claro, eso lo comprendo, mi amor, sin que me lo digas. Y le dije lo mismo a Nicholas, y estoy muy complacida. No me has dicho, Nicholas, querido», agregó la Sra. Nickleby, volviéndose con un aire de menos reserva que el que asumiera antes, «el nombre de tu amigo».

«Su nombre, mamá», respondió Nicholas, «es Smike».

Nadie hubiera podido prever jamás el efecto de esta información. En cuanto fue pronunciado ese nombre la Sra. Nickleby se dejó caer en una silla, presa de un ataque de llanto.

«¿Qué es lo que ocurre?», exclamó Nicholas, acudiendo a socorrerla.

«Se parece tanto a Pyke», exclamó la Sra. Nickleby; «se parece tanto a Pyke, eso es todo. ¡Oh!, no me digas nada... enseguida se me pasa».

Y después de exhibir todos los síntomas de una lenta asfixia, pasando por todas las etapas; y de tomar aproximadamente una cucharada de agua de un vaso lleno y de derramar el resto, la Sra. Nickleby se sintió, en efecto, algo mejor, y comentó, con una débil sonrisa, que ya sabía que era muy tonta.

«Es una debilidad en nuestra familia», dijo la Sra. Nickleby, «así que, claro, no me pueden echar la culpa. Por cierto, Kate, tu abuela era exactamente igual... a la menor emoción o sorpresa, se desmayaba de inmediato. Le oí decir, muy a menudo, que cuando era joven, y antes de casarse, un día al girar una esquina para salir a la calle Oxford se topó con su peluquero, que al parecer escapaba de un oso... simplemente lo imprevisto de aquel encuentro la hizo desmayarse de inmediato. Pero esperen», agregó la

Sra. Nickleby haciendo una pausa para pensar, «déjenme estar segura de si lo dije bien. ¿Era su peluquero el que escapaba de un oso, o era un oso el que se le había escapado a su peluquero? Les juro que en este momento no puedo recordarlo, pero el peluquero era un hombre muy apuesto, eso sí lo sé, y de modales muy caballerosos, de modo que ese detalle no tiene nada que ver con el asunto central del cuento».

Y habiendo caído imperceptiblemente la Sra. Nickleby en uno de sus estados de ánimo retrospectivos, a partir de ese momento su disposición mejoró, y fue deslizándose, por medio de fáciles y azarosos giros en la conversación, hacia otras variadas anécdotas, no menos notables por su estricta relación con el tema en cuestión.

«¿El Sr. Smike es de Yorkshire, Nicholas, querido?», preguntó la Sra. Nickleby después de la cena tras guardar silencio durante algún tiempo.

«Claro, madre», respondió Nicholas. «Veo que no has olvidado su triste historia». «Oh, ¡ay!, no», exclamó la Sra. Nickleby. «¡Tristísima!, ya lo creo. Sr. Smike, ¿acaso usted por casualidad no cenó alguna vez con los Grimble de la Mansión Grimble, en alguna parte del North Riding?», preguntó la buena dama, dirigiéndose a él. «Un hombre muy orgulloso, *Sir* Thomas Grimble, con seis hijas adultas y bellísimas, y los más hermosos jardines del condado».

«Mi querida madre», razonó Nicholas, «¿crees que el infeliz desterrado de una escuela de Yorkshire tendría posibilidades de recibir muchas tarjetas de invitación de la nobleza y la burguesía de los alrededores?».

«Realmente, querido, no sé por qué debería ser tan extraordinario», dijo la Sra. Nickleby. «Sé que cuando yo estaba en la escuela, siempre iba al plenos dos veces cada semestre, a casa de los Hawkins en el Valle Taunton, y ellos son mucho más ricos que los Grimble y están relacionados con ellos por matrimonio. Así que ya ves que no es tan improbable, después de todo».

Habiendo llamado a Nicholas de esta manera triunfal, la Sra. Nickleby se vio afectada de repente por un olvido del verdadero nombre de Smike y una irresistible tendencia a llamarlo Sr. Slammons, circunstancia que atribuyó al notable parecido entre los dos nombres en cuanto al sonido, dado que ambos comenzaban con ese y además contenían una eme. Pero, fuera cual fuese la duda que pudiera haber a ese respecto, no había ninguna en cuanto a que Smike era un excelentísimo oyente, circunstancia que influyó en el hecho de que entre ambos comenzaran a anudarse las mejores relaciones e indujo a la Sra. Nickleby a expresar la más elevada opinión sobre el porte y, en general, la disposición de Smike.

Así permaneció el grupito, en relaciones muy amistosas y agradables, hasta el lunes por la mañana, cuando Nicholas se retiró durante un rato breve, con vistas a reflexionar seriamente sobre su situación y decidir, de ser posible, sobre algún camino a seguir en la vida que le permitiera mantener a quienes eran completamente dependientes de sus esfuerzos.

Más de una vez le pasó por la mente el Sr. Crummles, pero aunque Kate conocía toda la historia de su relación con ese caballero, su madre no, y preveía mil objeciones displicentes por parte de ella al hecho de que se ganara la vida sobre un escenario. Había razones aún más graves, además, para no volver a aquel modo de vida. Al margen de las tocantes a los ingresos enjutos y precarios, y a su propia convicción personal de que jamás podría aspirar a distinguirse demasiado, ni siquiera como actor de provincias, ¿cómo permitir que su hermana viviera saltando de pueblo en pueblo, y de sitio en sitio, y desvinculada de cualquier otra relación que no fuera la de aquellos con los que él, casi sin opción, estaría obligado a relacionarse? «Eso no sirve», dijo Nicholas, sacudiendo negativamente la cabeza, «tengo que probar alguna otra cosa».

Pero era mucho más fácil adoptar esta resolución que hacerla efectiva. Sin más experiencia del mundo que la que pudo adquirir en sus breves pruebas; con una dosis suficiente de imprudencia y precipitación (cualidades no del todo antinaturales a su edad), con una reserva de dinero muy limitada y un surtido de amigos aún más escaso, ¿qué podría hacer? «¡Por Dios que tendré que volver a intentarlo en aquella Oficina del Registro!», exclamó Nicholas.

Sonrió para sus adentros al alejarse a paso rápido, pues un instante antes había estado culpándose en silencio por su propia precipitación. Sin embargo, no ridiculizó su intención para disuadirse, sino que siguió adelante, imaginándose, al acercarse al sitio, todo tipo de espléndidas posibilidades, e imposibilidades también y creyéndose, quizás con razón, muy afortunado por estar dotado de un temperamento tan boyante y optimista.

La oficina parecía igual que cuando la abandonó por última vez, y en efecto, con una o dos excepciones, parecía haber en la ventana los mismos letreros que viera antes. Allí estaban los mismos intachables amos y amas necesitados de sirvientes virtuosos, y los mismos sirvientes virtuosos necesitados de amos y amas intachables, y las mismas magníficas propiedades para invertir capital, y las mismas enormes cantidades de capital para ser invertido en propiedades y, en resumen, las mismas oportunidades de todo tipo de gente que deseaba hacer fortuna. Y aquella era una prueba muy extraordinaria de prosperidad nacional, por el hecho de que no se encontraran

personas, desde hacía mucho tiempo, para aprovechar semejantes ventajosas oportunidades.

Al detenerse Nicholas a mirar la vitrina un anciano también se detuvo por casualidad, y al recorrer Nicholas la vidriera con la vista de izquierda a derecha en busca de algún cartel con letras mayúsculas que tuviera que ver con lo que él buscaba, captó la figura de ese anciano e instintivamente retiró los ojos de la vitrina para observarlo más detalladamente.

Era un tipo viejo y robusto, con un abrigo azul de ancho faldón, confeccionado bastante holgado por la facilidad para ponérselo, y sin cintura precisa. Tenía las abultadas piernas metidas en calzones poco llamativos y altas polainas, y la cabeza protegida por un sombrero blanco de poca copa y ancha ala, del tipo que usaría un acaudalado ganadero. Llevaba el abrigo abotonado, y su papada con hoyuelos descansaba en los dobleces de una bufanda blanca, no una de esas corbatas tiesas, almidonadas, apopléticas, sino una bufanda blanca cómoda, fácil, a la antigua, con la que un hombre podría acostarse a dormir sin problemas. Pero lo que más atrajo la atención de Nicholas fueron los ojos del anciano... jamás había visto unos ojos tan claros, brillantes, honestos, alegres y felices como aquellos. Y allí seguía parado, mirando un poco hacia arriba, con una mano metida en el pecho de su abrigo, y la otra jugando con la anticuada cadena de oro de su reloj. Tenía la cabeza inclinada levemente a un lado, y el sombrero también un poco ladeado en su cabeza (pero eso era obviamente accidental y no su forma normal de llevarlo), y surgía una sonrisa tan agradable en sus labios, y resultaba tan amable su expresión —una mezcla de astucia, simplicidad, bondad de corazón y buen humor que iluminaba su viejo rostro alegre—, que Nicholas se habría contentado con permanecer allí mirándolo hasta la noche, olvidado de cosas tales como las mentes amargas o los semblantes mezquinos que había que enfrentar en todo el ancho mundo.

Pero ni siquiera pudo materializar esa remota gratificación, pues aunque parecía no ser consciente de estar siendo observado, el caballero miró por casualidad a Nicholas, y este, temeroso de ofenderlo, volvió al instante a escrutar la vidriera.

De todas formas, el anciano permaneció allí de pie, mirando a un letrero y a otro, y Nicholas no se atrevió a volver a alzar la vista hacia su rostro. Injertado a lo pintoresco y extraño de su apariencia había algo tan indescriptiblemente atractivo e indicativo de tanto valor, y había tantas lucecitas revoloteando en las comisuras de sus labios y sus ojos, que mirarlo no era mera diversión, sino placer y delicia seguros.

Ya que este era el caso, no sorprende que el anciano atrapara a Nicholas en tal acto más de una vez. En esos momentos, Nicholas se sonrojaba y parecía turbado, pues lo cierto es que había empezado a preguntarse si el desconocido, por alguna casualidad, no estaría buscando un empleado o un secretario, y al pensar en eso, sintió como si debiera hacérselo saber al anciano.

Aunque esta escena tarde en contarse, no duró más que un par de minutos. Cuando el desconocido se alejaba, Nicholas volvió a cruzar la mirada con él, y en la torpeza del momento, balbuceó una disculpa.

«No es ninguna ofensa... ¡oh, ninguna ofensa!», dijo el anciano.

El tono era tan sincero, y la voz tan exactamente como correspondía esperarse de la persona que hablaba, y había tal cordialidad en sus modales, que Nicholas se sintió alentado a volver a hablar.

«Aquí hay muchísimas oportunidades, señor», dijo, esbozando una sonrisa al hacer un gesto hacia la vidriera.

«Me atrevo a suponer que eso lo han pensado muchísimas veces y muy en serio tantas personas dispuestas y ansiosas por emplearse...», respondió el anciano. «¡Pobre gente, pobre gente!».

Al decir esto comenzó a alejarse, pero al ver que Nicholas estaba a punto de hablar, desaceleró su paso afablemente, como si no quisiera cortarlo. Tras esa cierta vacilación que a veces puede observarse entre dos personas que intercambian un saludo en la calle y están inseguros de si deberían detenerse o no para conversar, Nicholas se halló junto al anciano.

«Usted estaba a punto de decir algo, joven. ¿Qué era?».

«Es solo que casi tenía la esperanza, quiero decir que creía que usted tenía algún objetivo al consultar esos anuncios», dijo Nicholas.

«¿Sí, sí? ¡A ver! ¿Qué objetivo...? ¿Qué objetivo?», inquirió el anciano mirando furtivamente a Nicholas. «¡A ver! Acaso creía usted que yo deseaba un empleo... ¿eh? ¿Eso pensó?».

Nicholas denegó con un gesto de cabeza.

«¡Ja! ¡Ja!», rio el anciano frotándose las manos y las muñecas como si se las estuviera lavando. «En cualquier caso, un pensamiento muy natural al verme mirar esos anuncios. Al principio pensé lo mismo de usted, le juro que sí».

«Si lo hubiera continuado pensando, señor, no se habría alejado de la verdad», prosiguió Nicholas.

«¿•Eh?», exclamó el anciano, escrutándolo de la cabeza a los pies. «¿Cómo? ¡Ay! No, no. ¡Un caballero de tan buenos modales reducido a

semejante necesidad! No, no, no, no».

Nicholas hizo una reverencia, y deseándole buenos días, le dio la espalda.

«Espere», dijo el anciano, indicándole que se dirigiera hacia una calle lateral donde podrían conversar con más tranquilidad. «¿Qué quiere decir, eh? ¿Qué quiere decir?».

«Tan solo que su rostro y sus modales bondadosos, ambos tan disantos a cualesquiera que yo haya visto, me tentaron a hacer una confesión que no habría soñado hacer a ningún otro desconocido en este desierto londinense», repuso Nicholas.

«¡Desierto! Sí que lo es. Justo. Es un desierto», dijo el anciano, muy animado. «En una época fue un desierto para mí. Yo llegué aquí descalzo... jamás lo he olvidado. ¡Gracias a Dios!», y se alzó el sombrero de la cabeza, y adoptó un aspecto muy serio. «¿Qué sucede... qué es... cómo ocurrió?», dijo el anciano, poniendo su mano sobre el hombro de Nicholas, y guiándolo mientras caminaban. «Usted está... ¿Eh?», dijo, poniéndole un dedo sobre la manga de su abrigo negro. «¿Por quién es... eh?».

«Mi padre», respondió Nicholas.

«¡Ah!», dijo el anciano rápidamente. «Es malo para un joven perder a su padre. ¿Madre viuda, quizás?».

Nicholas suspiró.

«Hermanos y hermanas también... ¿eh?».

«Una hermana», prosiguió Nicholas.

«Pobrecita, pobrecita. También me atrevería a decir que es usted un estudiante», dijo el anciano, mirando con melancolía el rostro del joven.

«Fui educado tolerablemente bien», dijo Nicholas.

«Eso es bueno», dijo el anciano, «la educación es algo grande... algo muy grande... yo nunca la tuve. Por eso la admiro más en otros. Algo muy bueno... sí, sí. Cuéntame más de tu historia. Déjame escucharla toda. No es curiosidad impertinente... no, no, no».

Había algo tan sincero y candoroso en el modo en que se dijo todo esto, y tan completo desentendimiento de todas las reservas y frialdades convencionales, que Nicholas no pudo resistirlo. Entre hombres que tienen algunas cualidades sólidas y meritorias, no hay nada tan contagioso como la pura apertura del corazón. Nicholas se contagió instantáneamente con la infección, y repasó los puntos principales de su pequeña historia sin reservas, solo suprimiendo nombres, y mencionando lo más levemente posible el modo en que su tío trató a Kate. El anciano escuchó con gran atención, y cuando concluyó enlazó con ansias el brazo de Nicholas al suyo.

«No diga ni una palabra más... ni una palabra más», dijo. «Venga conmigo. No debemos perder ni un minuto».

Y diciendo y haciendo, el anciano lo arrastró de regreso a la calle Oxford, y después de detener un ómnibus camino al barrio financiero, primero hizo subir a Nicholas y después se subió él mismo.

Como parecía presa de un estado de nerviosa intranquilidad, y cada vez que Nicholas iba a hablar, inmediatamente lo cortaba con un «no diga ni una palabra más, mi querido caballero, por ningún motivo... ni una palabra más», el joven pensó que más valía no intentar ninguna otra interrupción. Por consiguiente, viajaron al barrio financiero sin intercambiar palabra, y cuanto más se alejaban, con más ahínco se preguntaba Nicholas cuál podría ser el final de aquella aventura.

El anciano bajó con gran presteza cuando llegaron al banco, y volviendo a tomar a Nicholas por el brazo, lo condujo apresuradamente por la calle Threadneedle, atravesando algunos callejones y pasajes a la derecha, hasta que al fin salieron a una plazoletita tranquila y umbrosa, lo condujo hasta el negocio más viejo y de aspecto más limpio de toda la plazoleta. La única inscripción que había en el buzón de la puerta era «Hermanos Cheeryble», pero, al dar una rápida ojeada en dirección a algunos paquetes que por allí había, Nicholas supuso que los hermanos Cheeryble comerciaban con Alemania.

Después de atravesar un almacén que tenía todos los indicios de pertenecer a un próspero negocio, el Sr. Cheeryble (pues Nicholas supuso que ese era él, por el respeto que le mostraban los hombres del almacén y los porteros que se encontraban) lo condujo a un pequeño edificio de oficinas dividido por tabiques, como una gran caja de cristal, donde estaba sentado —tan libre de polvo y de manchas como si lo hubieran colocado en la caja de cristal antes de cerrar la tapa, y nunca hubiera salido de allí desde entonces— un oficinista grueso, entrado en años y de rostro ancho, con lentes de plata y la cabeza empolvada.

«¿Está mi hermano en su habitación, Tim?», dijo el Sr. Cheeryble, con los mismos bondadosos modales que mostrara a Nicholas.

«Sí, allí está, señor», respondió el grueso oficinista, dirigiendo los lentes hacia su jefe, y la vista en dirección a Nicholas, «pero el Sr. Trimmers está con él».

«¡Sí! ¿Y a qué vino, Tim?», dijo el Sr. Cheeryble.

«Está buscando contribuciones para la viuda y la familia de un hombre que murió en los Muelles de las Indias Orientales esta mañana, señor»,

prosiguió Um. «Aplastado, señor, por un barril de azúcar».

«Es una buena persona», dijo el Sr. Cheeryble con gran sinceridad. «Es un alma bondadosa. Le debo mucho a Trimmers. Trimmers es uno de los mejores amigos que tenemos. Por él nos enteramos de mil casos que nunca descubriríamos por nosotros mismos. Le debo mucho a Trimmers». Y diciendo esto, el Sr. Cheeryble se frotó las manos con infinito placer, y como la casualidad quiso que en ese preciso instante el Sr. Trimmers pasara por la puerta, salió corriendo tras él y lo atrapó del brazo.

«Le debo mil gracias, Trimmers... mil gracias... lo considero muy amistoso por su parte... muy amistoso, ya lo creo», dijo el Sr. Cheeryble, arrastrándolo a una esquina para que no fueran escuchados. «¿Cuántos chicos son, y qué dio mi hermano Ned, Trimmers?».

«Son seis chicos», respondió el caballero, «y su hermano nos dio veinte libras».

«Mi hermano Ned es un buen hombre, y usted es un buen hombre también, Trimmers», dijo el anciano sacudiéndolo con ambas manos, ferviente y tembloroso. «Anóteme otras veinte... o... aguarde un minuto, aguarde un minuto. No debemos parecer ostentosos, anóteme diez libras, y a Tim Linkinwater otras diez. Un cheque por veinte libras para el Sr. Trimmers, Tim. Dios lo bendiga, Trimmers... y venga a cenar con nosotros algún día de esta semana. Siempre hallará un cuchillo y un tenedor dispuestos, y nos sentiremos encantados. Ahora bien, mi querido señor... cheque para el Sr. Linkinwater, Tim. Aplastado por un barril de azúcar, y con seis pobres chicos... ¡ay, ay!».

Hablando de ese modo, lo más rápidamente que podía para evitar protestas amistosas del recolector de contribuciones por el elevado monto de su donación, el Sr. Cheeryble condujo a Nicholas, igualmente asombrado y conmovido por lo que había visto y oído en aquel breve espacio de tiempo, a la puerta entreabierta de otra habitación.

«Hermano Ned», dijo el Sr. Cheeryble, tocando con los nudillos y deteniéndose a escuchar, «¿estás ocupado, querido hermano, o puedes dedicarme un momento para que intercambiamos una o dos palabras?».

«Hermano Charles, querido amigo», respondió una voz desde dentro, tan parecida en sus tonos a la que acababa de hablar, que Nicholas se sobresaltó y casi pensó que era la misma; «no me hagas ese tipo de preguntas, y entra de inmediato». Entraron sin más conversación. Cuál no sería el asombro de Nicholas cuando su guía se adelantó e intercambió un cariñoso saludo con otro anciano, del mismo tipo y modelo que el primero... el mismo rostro, la

misma figura, los mismos abrigo, chaleco y bufanda, los mismos calzones y polainas... no, incluso allí estaba, colgado en la pared, el mismísimo sombrero blanco.

Cuando se estrecharon las manos, con el rostro de cada uno iluminado por un resplandeciente cariño —que habría sido encantador contemplar en niños y que, en hombres tan viejos era indescriptiblemente conmovedor— Nicholas pudo observar que el último anciano era algo más macizo que su hermano. Eso, unido a un leve matiz adicional de torpeza en su andar y carácter, constituía la única diferencia perceptible entre ellos. Nadie habría podido dudar que eran hermanos gemelos.

«Hermano Ned», dijo el amigo de Nicholas, cerrando la puerta de la habitación, «he aquí un joven amigo mío al que debemos ayudar. Debemos hacer las debidas averiguaciones sobre sus declaraciones, tanto por justicia a él como a nosotros mismos, y, de confirmarse —y me siento seguro de que se confirmarán— debemos ayudarlo. Debemos ayudarlo, hermano Ned».

«Basta, mi querido hermano, con que digas que debemos hacerlo», replicó el otro. «Si tú lo dices, no es necesario averiguar más. Se le ayudará. ¿Cuáles son sus necesidades, y qué es lo que precisa? ¿Dónde está Tim Linkinwater? Que venga aquí». Podríamos añadir que ambos hermanos tenían un modo muy enfático y sincero de expresarse, ambos habían perdido casi los mismos dientes, lo cual imprimía la misma peculiaridad a su modo de hablar; y ambos hablaban como si, además de poseer la máxima serenidad mental que pudiera otorgar la naturaleza más bondadosa y cándida a quienes colectaran ciruelas destinadas al más exquisito pudín de la Diosa Fortuna, se hubieran reservado unas pocas para usarlas ahora, y las guardaran en la boca.

«¿Dónde está Tim Linkinwater?», dijo el hermano Ned.

«Alto, alto, alto», dijo el hermano Charles, llevándose al otro aparte. «Tengo un plan, mi querido hermano, tengo un plan. Tim está envejeciendo, y Tim ha sido un fiel servidor, hermano Ned. Y no creo que asignarle una pensión a la madre y a la hermana de Tim y comprarle una pequeña tumba a la familia cuando su pobre hermano murió fuese recompensa suficiente por sus fieles servicios».

«No, no, no», respondió el otro. «Claro que no. Ni la mitad, ni la mitad».

«Si pudiéramos aligerar los deberes de Tim», dijo el anciano, «y obligarlo a que vaya al campo de vez en cuando, y duerma al aire fresco, además, dos o tres veces por semana (cosa que podría hacer si comenzara a trabajar una hora más tarde por la mañana) el viejo Tim Linkinwater volvería, con el tiempo, a ser joven, y es tres buenos años mayor que nosotros. ¡El viejo Tim

Linkinwater joven otra vez! ¿Eh, hermano Ned, eh? ¡Pero si yo recuerdo cuando el viejo Tim Linkinwater no era más que un chico!, ¿tú no? ¡Ja, ja, ja! ¡Pobre Tim, pobre Tim!».

Y los buenos ancianos se rieron juntos a placer, cada uno con una lágrima de aprecio por el viejo Tim Linkinwater brillándole en los ojos.

«Pero primero oye esto... oye esto primero, hermano Ned», dijo el anciano rápidamente, colocando dos sillas, una a cada lado de Nicholas. «Te lo diré yo mismo, hermano Ned, porque el joven caballero es modesto, y es un sabio, Ned, y no creo que sea correcto que tenga que contarnos su historia una y otra vez como si fuera un mendigo, o como si dudáramos de él. No, no, no».

«No, no, no», le devolvió el otro, asintiendo muy serio con un gesto de cabeza. «Muy correcto, mi querido hermano, muy correcto».

«Me desmentirá si me equivoco», dijo el amigo de Nicholas. «Pero me equivoque o no, te conmoverá mucho, hermano Ned, recordando los tiempos en que éramos dos muchachos sin amigos, y nos ganamos nuestro primer chelín en esta gran ciudad». Los gemelos se apretaron mutuamente las manos en silencio, y a su propia manera hogareña el hermano Charles relató los detalles que escuchara de Nicholas. La conversación que siguió fue larga, y cuando concluyó, una conferencia secreta de casi igual duración tuvo lugar entre el hermano Ned y Tim Linkinwater en otra habitación. No denigra para nada a Nicholas contar que después de estar encerrado con los dos hermanos apenas diez minutos, no podía hacer más que un gesto con su mano frente a cada nueva expresión de bondad y solidaridad, y sollozar como un niño.

Finalmente, el hermano Ned y Tim Linkinwater regresaron juntos, y Tim inmediatamente se acercó a Nicholas y le susurró al oído en una oración muy breve (pues Tim era habitualmente hombre de pocas palabras) que había anotado la dirección en el Strand, y lo visitaría aquella noche a las ocho. Después de hacerlo, Tim limpió sus lentes y se los puso, preparándose para oír qué más tenían que decir los hermanos Cheeryble.

«Tim», dijo el hermano Charles, «¿usted entiende que tenemos la intención de contratar a este joven caballero para la oficina?».

El hermano Ned subrayó que Tim era consciente de esa intención, y muy de acuerdo con ella. Y en cuanto Tim asintió con un gesto de cabeza y dijo que sí, se levantó y pareció particularmente grueso y muy importante. Y después se hizo un profundo silencio.

«Sepan ustedes que no voy a llegar una hora más tarde por la mañana», dijo Tim, planteándolo todo de golpe, y con un aspecto muy resuelto. «No

voy a dormir al aire fresco... no, ni tampoco voy a ir al campo. Linda cosa a esta hora del día, claro. ¡Bah!». «Maldita sea tu obstinación, Tim Linkinwater», dijo el hermano Charles, mirándolo sin la más leve chispa de enojo y con un semblante que irradiaba cariño por el viejo secretarlo. «Maldita sea tu obstinación, Tim Linkinwater, ¿qué quiere usted decir, señor?».

«Desde hace cuarenta y cuatro años», dijo Tim, haciendo un cálculo en el aire con su pluma y dibujando una línea imaginaria antes de lanzarla hacia arriba, «cuarenta y cuatro años hará el próximo mayo, desde que empecé a llevar los libros de Hermanos Cheeryble. Durante todo ese tiempo he abierto la caja todas las mañanas (excepto los domingos) cuando los relojes dan las nueve, y he revisado todo el edificio cada noche a las diez y media (excepto en las noches del correo para el extranjero, y en esos casos a las doce menos veinte) para asegurarme de que todas las puertas estén bien cerradas y los fuegos apagados. Jamás dormí fuera del desván del fondo ni una sola noche. Ahí está el mismo pote de reseda en medio de la ventana, y los mismos cuatro tiestos de flores, dos a cada lado, que traje conmigo cuando llegué aquí. No hay —lo he dicho una y otra vez y lo mantendré— una plazoleta como esta en el mundo. Sé que no la hay», dijo Tun, con repentina energía, y mirando con seriedad a su alrededor. «Ni una. Para negocios o placer, en verano o invierno —lo mismo da— no hay otra como esta. No hay ningún manantial en Inglaterra que iguale a la bomba bajo la arcada. No hay otra vista en Inglaterra que se parezca a la vista desde mi ventana. La he contemplado cada mañana antes de afeitarme, y debo saber algo de ella. He dormido en esa habitación», agregó Tim dejando que su voz se hundiera un poco, «durante cuarenta y cuatro años, y si no fuera algo inconveniente, ni interfiriera con los negocios, pediría permiso para morir allí».

«Maldito seas, Tim Linkinwater, ¿cómo te atreves a hablar de morirte?», rugieron los gemelos en un solo impulso, soplándose sus viejas narices con violencia.

«Eso es lo que tengo que decir, Sr. Edwin y Sr. Charles», dijo Tun, volviendo a acomodar los hombros. «No es la primera vez que hablan de jubilarme, pero les ruego que sea la última, y que abandonen para siempre el tema».

Con estas palabras Tim Linkinwater salió con paso airado y se encerró en su caja de cristal, con el aspecto de un hombre que ha dicho lo que pensaba, y que está absolutamente decidido a no dejarse degradar.

Los hermanos intercambiaron miradas, y tosieron media docena de veces sin hablar.

«Hay que hacer algo con él, hermano Ned», dijo el otro, con afecto; «tenemos que dejar a un lado sus viejos escrúpulos; no pueden tolerarse ni soportarse. Hay que hacerlo socio, hermano Ned, y si no se somete a eso pacíficamente, tendremos que recurrir a la violencia».

«Muy cierto», respondió el hermano Ned, asintiendo con un gesto de cabeza como un hombre totalmente decidido; «muy cierto, querido hermano. Si no entra en razones, tendremos que hacerlo en contra de su voluntad, y mostrarle que estamos decididos a ejercer nuestra autoridad. Tenemos que disputar con él, hermano Charles».

«Tenemos... claro que tenemos que tener una disputa con Tim Linkinwater», dijo el otro. «Pero mientras tanto, mi querido hermano, estamos reteniendo a nuestro joven amigo, y la pobre señora y su hija estarán ansiosas por su regreso. De modo que digámosle adiós por ahora y... vamos, vamos... cuide esa caja, mi querido señor... y... no, no, no, ni una sola palabra ahora. Pero cuidado al cruzar la calle y...».

Y con estas palabras desarticuladas y desconectadas que le impidieron a Nicholas verter todas sus expresiones de agradecimiento, los hermanos se apresuraron a mostrarle la salida, estrechándole las manos todo el camino, y fingiendo con muy poco éxito —¡eran poco diestros en el engaño!— no percatarse para nada de los sentimientos que lo embargaban completamente.

El corazón de Nicholas estaba demasiado rebosante para permitirle salir a la calle hasta que pudiera recobrar alguna serenidad. Cuando al fin se deslizó por la oscura puerta de la esquina en la que se había visto obligado a detenerse, alcanzó a percibir que los gemelos miraban a hurtadillas hacia la caja de cristal, evidentemente sin decidir si debían emprender el último ataque sin demora o posponer de momento el sitio establecido contra el inflexible Um Linkinwater.

Contar todo el encanto y la maravilla que las circunstancias que se acaban de detallar despertaron en casa de la Srta. La Creevy, y todas las cosas que por consiguiente se hicieron, dijeron, pensaron, esperaron, desearon y profetizaron, rebasa el curso y propósito actuales de estas aventuras. Baste consignar, en resumen, que el Sr. Timothy Linkinwater llegó puntualmente a su cita; que por más raro que resultara su carácter, y por más celoso que fuese de ejercer adecuadamente la muy amplia liberalidad de sus empleadores, el Sr. Linkinwater se pronunció fuerte y efusivamente a favor de Nicholas; y que al día siguiente este fue nombrado para ocupar la banqueta vacante en el

despacho de los Hermanos Cheeryble, con un salario de ciento veinte libras al año en ese momento.

«Y creo, mi querido hermano», dijo el primer amigo de Nicholas, «que si les alquilásemos aquella casita de campo en Bow, que está vacía, un poco por debajo de la renta habitual, ¡a ver!... ¿eh, hermano Ned?».

«A cambio de nada en absoluto», dijo el hermano Ned. «Somos ricos, y debería avergonzarnos cobrar la renta en circunstancias como estas. ¿Dónde está Tim Linkinwater...? a cambio de nada en absoluto, mi querido hermano, a cambio de nada en lo absoluto».

«Quizás fuese preferible pedir algo, hermano Ned», sugirió el otro, suavemente. «Serviría para preservar los hábitos de frugalidad, sabes, y eliminar cualquier sentido doloroso de obligaciones abrumadoras. Pudiéramos decir quince libras, o veinte libras, y si fueran pagadas puntualmente, compensarlos de algún otro modo. Y yo podría secretamente adelantar un pequeño préstamo para unos cuantos muebles, y tú podrías adelantar secretamente otro pequeño préstamo, hermano Ned. Y si descubrimos que les va bien —como sin duda les irá; no hay temor, no hay temor— podemos convertir los préstamos en regalos... cuidadosamente, hermano Ned, y poco a poco, y sin presionarlos mucho. ¿Qué me dices ahora, hermano?».

El hermano Ned extendió su mano en señal de aprobación, y no solo dijo que debían hacerlo, sino que, además, hizo que se ejecutara, y en una corta semana Nicholas se posesionó de su banqueta, y la Sra. Nickleby y Kate se posesionaron de la casa, y todo fue esperanza, bullicio y alegría en el corazón.

Con seguridad, nunca hubo una semana de tantos descubrimientos y sorpresas como la primera semana en aquella casita de campo. Cada noche, al llegar Nicholas a casa, se había producido algún nuevo descubrimiento. Un día fue una parra, y otro día fue una caldera, y otro día fue la llave del armario del salón delantero en el fondo del tonel del agua, y así un centenar de cosas. De modo que esta habitación fue embellecida con una cortina de muselina, y aquella otra puesta muy elegante con un toldo en la ventana, y se hicieron otras muchas mejoras que nadie habría creído posibles. Entonces, allí estaba la Srta. La Creevy, que había venido en el autobús para quedarse un día o dos con el fin de ayudar, y que constantemente perdía un paquetito muy pequeño de papel de estraza lleno de tachuelas de hojalata y un martillo grande, y andaba corriendo de aquí para allá con la blusa arremangada en las muñecas, y cayéndose de los escalones y dándose muchos golpes... y la Sra. Nickleby, que hablaba sin cesar, y de vez en cuando hacía algo, pero no muy a menudo, y Kate, que se afanaba en silencio por todas partes, y estaba complacida con

todo... y Smike, que convirtió el jardín en una perfecta maravilla para la contemplación... y Nicholas, que ayudaba y alentaba a todos y cada uno... toda la paz y la alegría del hogar restaurado, con tanto entusiasmo renovado impreso en cada placer frugal, y tanto deleite en cada hora de reunión, como solo podrían proveer el infortunio y la separación.

En resumen, los Nickleby pobres estaban reunidos y felices, mientras que el Nickleby rico estaba solitario y miserable.

CAPÍTULO 36

PRIVADO Y CONFIDENCIAL, RELACIONADO CON ASUNTOS FAMILIARES. QUE MUESTRA CÓMO EL SR. KENWIGS SUFRIÓ UNA VIOLENTA AGITACIÓN, Y CÓMO LA SRA. KENWIGS ESTABA TAN BIEN COMO CABRÍA ESPERAR

Podrían haber sido alrededor de las siete de la tarde, y estaba oscureciendo en las angostas calles cerca de Golden Square, cuando el Sr. Kenwigs mandó a comprar un par de guantes blancos de cabritilla de los más baratos —los de catorce peniques— y seleccionando el más fuerte, que resultó ser el de la mano derecha, bajó las escaleras con un aire de cierta pompa y mucho nerviosismo, y procedió a enfundar con él la aldaba de la puerta de la calle. Habiendo ejecutado esta tarea con gran elegancia, el Sr. Kenwigs cerró la puerta al salir, y se limitó a cruzar la calle para probar el efecto desde el lado opuesto de la vía. Satisfecho de que nada podría lucir mejor allí, el Sr. Kenwigs regresó, y después de llamar a Morleena por el hueco de la cerradura para que le abriera la puerta, desapareció dentro de la casa, y ya no se lo vio más.

Ahora bien, considerada la circunstancia en abstracto, no había causa o razón evidente que pudiera conducir al Sr. Kenwigs a tomarse la molestia de amordazar su aldaba, porque para comodidad de los numerosos inquilinos la puerta de la calle siempre permanecía abierta de par en par, y la aldaba nunca se usaba para nada. El primer piso, el segundo piso y el tercer piso tenían, cada uno, campana propia. En cuanto a los desvanes, nadie los visitaba jamás. Si alguien deseaba llegar a las salas, ahí estaban, bien cerca y a mano, y lo único que había que hacer era caminar recto hasta ellas, mientras que la cocina tenía una entrada aparte con unos peldaños que conducían al patio. Por lo tanto, como asunto de mera necesidad y provecho, aquel amordazamiento de la aldaba era completamente incomprensible.

Pero las aldabas pueden amordazarse por propósitos que no sean meramente utilitarios, como se muestra claramente en este ejemplo. Hay ciertas formas de cortesía y ceremonias que hay que observar en la vida

civilizada, so pena de que la humanidad retroceda a su barbarie original. Jamás hasta ahora se ha dado el caso de que una dama fina haya estado de parto —a decir verdad, las personas finas nunca podrían estar de parto— sin que esto fuera acompañado del símbolo de una aldaba amordazada. La Sra. Kenwigs era una dama con ciertas pretensiones de ser fina. La Sra. Kenwigs estaba de parto. Luego, por tanto, el Sr. Kenwigs envolvió la silenciosa aldaba del edificio en un guante blanco de cabritilla.

«Tampoco *eztoy* muy *zeguro*», dijo el Sr. Kenwigs, arreglándose el cuello de la camisa y caminando lentamente escaleras arriba, «de *zi*, por *zer* varón, deba hacerlo publicar en los diarioz».

Ponderando la conveniencia de ese paso y el impacto que probablemente este produjera en el barrio, el Sr. Kenwigs se encaminó al salón, donde varias piezas de ropa extremadamente diminutas estaban aereándose sobre un caballo frente al fuego, y el Sr. Lumbey, el médico, hacía saltar sobre sus rodillas al bebé... es decir, al bebé viejo... no al nuevo.

«Es un chico hermoso, Sr. Kenwigs», dijo el Sr. Lumbey, el médico.

«*Azi* que *uzted* lo *conzidera* un chico *hermoso*, ¿eh, *zeñor*?», repuso el Sr. Kenwigs.

«Es el chico más estupendo que haya visto en mi vida», dijo el médico. «Nunca vi un bebé como este».

Algo agradable para reflexionar, y que brinda un rotundo mentís a todos los que afirman que la especie humana degenera gradualmente, es el hecho de que cada bebé que viene al mundo es más hermoso que el anterior.

«Nunca vi a un bebé como este», dijo el Sr. Lumbey, el médico.

«Morleena también era muy hermosa de bebé», observó la Sra. Kenwigs, como si, por implicación, aquello fuera un ataque contra la familia.

«Todos ellos fueron bebés hermosos», dijo el Sr. Lumbey. Y el Sr. Lumbey siguió atendiendo al bebé con aire pensativo. Si quizás estaba considerando bajo qué acápite podría cargar ese cumplido en la cuenta, eso no lo sabía nadie más que él.

Durante esta corta conversación, la Srta. Morleena, como la mayor de la familia, y representante natural de su madre durante el tiempo de su indisposición, había estado, sin un respiro, empujando y abofeteando a las tres Srtas. Kenwigs más jóvenes, conducta atenta y cariñosa que hizo humedecer los ojos del Sr. Kenwigs y lo indujo a declarar que, en cuanto a lo comprensiva y prudente, esa niña era una mujer.

«*Zerá* un *tezoro* para el hombre que la *dezpose*, *zeñor*», dijo el Sr. Kenwigs, un poco aparte. «Creo que *ze cazará* por encima de su nivel social,

Sr. Lumbey».

«No me sorprendería para nada», respondió el doctor.

«*Uzted* nunca la ha *vizto* bailar, *zeñor*, ¿eh?», preguntó el Sr. Kenwigs.

El doctor negó con un gesto de cabeza.

«¡No me diga!», dijo el Sr. Kenwigs como si lo compadeciera desde el fondo de su corazón, «*entoncez* no *zabe* de lo que ella *ez* capaz».

Durante todo este tiempo había habido un gran trasiego hacia y desde la otra habitación. La puerta se había abierto y cerrado muy suavemente unas veinte veces por minuto (porque era necesario mantener silencio por la Sra. Kenwigs), y el bebé había sido exhibido a una o dos veintenas de delegadas de un cuerpo selecto de amigas que se habían congregado en el pasillo y en las proximidades de la puerta de la calle para discutir el acontecimiento con todas sus implicaciones. En verdad, el nerviosismo se extendía por la calle entera, y podía verse a grupos de damas paradas frente a las puertas —algunas de ellas en la misma interesante condición en que por última vez apareciera en público la Sra. Kenwigs— relatar sus experiencias en trances parecidos. Unas pocas adquirieron mucho crédito por haber vaticinado dos días atrás, con toda exactitud, cuándo ocurriría el acontecimiento. Otras volvieron a relatar cómo habían adivinado lo que pasaba en cuanto vieron al Sr. Kenwigs, muy pálido, correr calle abajo a todo lo que daban sus pies. Unas decían una cosa, y otras otra; pero todas hablaban a la vez, y todas coincidían en dos puntos: primero, que era muy meritorio y altamente elogioso por parte de la Sra. Kenwigs hacer lo que había hecho; y, segundo, que nunca existió un médico tan diestro y científico como el Doctor Lumbey.

En medio de esta barahúnda el Dr. Lumbey se hallaba en el salón delantero del primer piso, tal como se relató antes, atendiendo al bebé que ahora habían colocado en el suelo, y hablando con el Sr. Kenwigs. Era un caballero robusto y de aspecto franco, con una camisa sin cuello visible y una barba que había estado creciendo desde ayer por Ja mañana, pues el Doctor Lumbey era popular, y el barrio era prolífico, y había habido no menos de tres aldabas más amordazadas, una tras otra, en las últimas cuarenta y ocho horas.

«Bien, Sr. Kenwigs», dijo el Dr. Lumbey, «con este son seis. Con el tiempo llegará a tener una excelente familia, señor».

«Creo que *zeit ya cazi baztan*, *zeñor*», le respondió el Sr. Kenwigs.

«¡Bah! ¡Bah!», dijo el doctor. «¡Tonterías! No llega ni a la mitad».

Al decir esto el doctor se rio, pero no tanto como una amiga casada de la Sra. Kenwigs que acababa de entrar, proveniente de la habitación de la parturienta, para informar del progreso y beber un sorbito de coñac con agua,

y que parecía considerar que aquel era uno de los mejores chistes jamás echado a rodar en sociedad.

«Tampoco dependen totalmente de la buena *zuerte*», dijo el Sr. Kenwigs, sentando a su segunda hija sobre una pierna; «tienen *expectativaz*».

«¡Oh, ya lo creo!», dijo el Sr. Lumbey, el médico.

«Y muy buenas, por cierto, me parece, ¿no?», preguntó la dama casada.

«Bueno, *zeñora*», dijo el Sr. Kenwigs, «no me *correzponde* a mí decir lo que puedan o no puedan *zer*. No me *correzponde* vanagloriarme de ninguna familia con la que tenga el honor de *eztar* vinculado. A la vez, la de la *zeñora Kenwigs zí... yo diría*», dijo el Sr. Kenwigs abruptamente, alzando la voz al hablar, «que *miz hijoz zaldrían* a algo *azí* como cien *libraz* por cabeza, tal vez. Tal vez *máz*, pero al *menoz ezo*, con toda *zeguridad*».

«Y una linda pequeña fortuna», dijo la dama casada.

«Hay *algunoz parientez* de la *zeñora Kenwigs*», dijo el Sr. Kenwigs, tomando una pizca de rapé de la cajita del doctor, y luego estornudando muy estrepitosamente, pues no estaba acostumbrado a eso, «que podrían dejar cien *libraz* por cabeza a diez *perzonaz*, *zin* que por *ezo* tuvieran que *ponerze* a mendigar».

«¡Ah! Sé a quiénes se refiere usted», observó la dama casada, asintiendo con un gesto de cabeza.

«No mencioné *nombrez*, y no *dezeo* mencionar *nombrez*», dijo el Sr. Kenwigs, con un aspecto portentoso. «*Muchoz* de *miz amigoz* han conocido a un pariente de la *zeñora Kenwigs* en *ezta* misma habitación que honraría a cualquier *vizitante*. *Ezo ez todo*».

«Yo lo conocí», dijo la dama casada, con una mirada en dirección al Doctor Lumbey.

«Naturalmente, me *rezulta* muy grato, para *miz zentimientoz* como padre, ver a un hombre como *eze bezar* a *miz hijoz* y *preztarlez* atención», prosiguió el Sr. Kenwigs. «Naturalmente, me *rezulta* muy grato, para *miz zentimientoz* como hombre, conocer a *eze* hombre. *Zerá*, naturalmente, muy grato, para *miz zentimientos* como *ezpozo*, hacerle conocer *ezte* acontecimiento a *eze* hombre».

Tras expresar sus sentimientos empleando tales palabras, el Sr. Kenwigs le arregló la cola muy rubia a su segunda hija, y le pidió que fuese una chica buena e hiciera caso a lo que dijera su hermana Morleena.

«Esa chica se parece cada día más a su madre», dijo el Sr. Lumbey, de repente contagiado por una entusiasta admiración hacia Morleena.

«¡Vaya!», prosiguió la dama casada. «Lo que siempre digo... lo que siempre he dicho. Es la mera *etampa* de ella». Y desviando así la atención general en dirección a la joven en cuestión, la dama casada aprovechó la oportunidad para tomar otro sorbo del coñac con agua... y un sorbo bastante largo, dicho sea de paso.

«¡Zí!, *exizte* un parecido», dijo el Sr. Kenwigs tras reflexionar un poco. «¡Pero una mujer como era la *zeñora Kenwigs* antez de *cazarze*! ¡*Zanto* Cielo, qué mujer era!». El Sr. Lumbey sacudió la cabeza con gran solemnidad en gesto de negativa, como para insinuar que suponía que ella debía de haber sido muy deslumbrante.

«¡Como las *hadaz*!», exclamó el Sr. Kenwigs. «Nunca vi un *zer* tan ligero... nunca. *Ademáz*, con *zemejantez modalez*, tan juguetona y, *zin* embargo, ¡tan perfectamente correcta! ¡Y *zu* cuerpo! No *ez* algo muy conocido», dijo el Sr. Kenwigs, bajando el tono de voz, «pero *zu* figura en *aquellos tiempos*, ¡era como *zi* la efigie que *reprezenta* a Gran Bretaña en el cartel de la carretera Holloway, la hubiera tomado de modelo!».

«Pero aún ahora mire cómo se ve», protestó la señora casada. «¿Quién diría que tiene seis hijos?».

«Ni soñarlo», exclamó el doctor.

«Se parece mucho más a su propia hija», dijo la señora casada.

«Es cierto», asintió el Sr. Lumbey. «Mucho más».

El Sr. Kenwigs estaba a punto de hacer algunas observaciones adicionales, muy probablemente para confirmar esta opinión, cuando otra señora casada, que había venido para dar ánimos a la Sra. Kenwigs, y contribuir a liquidar cualquier cosa comestible o bebestible que pudiera estarse repartiendo, asomó la cabeza para anunciar que acababa de bajar para responder a la campana, y que había un caballero en la puerta que deseaba ver «muy específicamente» al Sr. Kenwigs.

Visiones umbrosas de su distinguido pariente revolotearon por el cerebro del Sr. Kenwigs cuando le comunicaron el mensaje, y bajo esta influencia envió a Morleena a conducir al caballero de inmediato escaleras arriba.

«¡Caramba!, miren *ezto*», dijo el Sr. Kenwigs, parado frente a la puerta para ver lo antes posible al visitante que subiría por la escalera, «¡Conque el *zeñor Johnzon*! ¿Cómo *ze* encuentra *uzted*, *zeñor*?».

Nicholas le estrechó la mano, besó a sus viejas alumnas en ronda, confió un gran paquete de regalos al cuidado de Morleena, hizo reverencias al doctor y a las señoras casadas, y preguntó por la Sra. Kenwigs con un tono de tanto interés que le llegó al mismísimo corazón y al alma a la enfermera, que

acababa de entrar para calentar algún misterioso compuesto en una pequeña cacerola puesta el fuego.

«Debía pedirle mil excusas por visitarlo en semejante trance», dijo Nicholas, «pero no tenía idea, y solo me di cuenta cuando ya había tocado la campana. Además, tengo tan poco tiempo en este momento, que me dio miedo no poder volver a pasar en muchos días».

«No hay mejor momento que *ezte*, *zeñor*», dijo el Sr. Kenwigs. «La *zituación* de la *zeñora Kenwigz*, *zeñor*, no *ez obztáculo* para que *conversemos* un poco *uzted* y yo, ¿no?».

«Es usted muy amable», dijo Nicholas.

En esta coyuntura, otra señora casada proclamó que el recién nacido había empezado a alimentarse de un modo incomparable, con lo cual las otras dos anteriormente mencionadas señoras casadas se precipitaron en tumulto hacia el dormitorio para no perderse aquello.

«El hecho es», prosiguió Nicholas, «que antes de abandonar la región donde he pasado este último tiempo, me comprometí a traerle un mensaje a usted».

«¿*Zí*, *zí*?», dijo el Sr. Kenwigs.

«Y ya hace algunos días que llegué a la ciudad», agregó Nicholas, «y no había tenido oportunidad de hacerlo».

«No importa, *zeñor*», dijo el Sr. Kenwigs, «me atrevo a decir que no *ze* echó a perder por mantenerse en frío. ¡Un *menzaje* del interior!», rumió para sus adentros el Sr. Kenwigs. «*Ez* extraño. No conozco a nadie en el interior».

«La Srta. Petowker», sugirió Nicholas.

«¡Oh!, de ella, ¿eh?», dijo el Sr. Kenwigs. «Oh, ay, *zí*. ¡Ah! La *zeñora Kenwigz* *ze* alegrará de *zaber* de ella. Henrietta Petowker, ¿eh? ¡Mire *uzted* qué *cozaz* tan *extrañaz* ocurren! Que *uzted* *ze* la haya encontrado en el interior... ¡Caramba!».

Al oír mencionar el nombre de su vieja amiga, las cuatro Srtas. Kenwigs se reunieron alrededor de Nicholas, muy abiertos los ojos y la boca, para escuchar más. El Sr. Kenwigs también se mostró un poco curioso, pero bastante tranquilo y sin recelos.

«El mensaje se refiere a asuntos de familia», dijo Nicholas, vacilante.

«Oh, no *ze* preocupe», dijo Kenwigs, echándole una ojeada al Sr. Lumbey, que después de encargarse precipitadamente del pequeño Lillyvick no halló a nadie dispuesto a aliviarlo de su preciosa carga. «Aquí *todoz zon amigos*».

Nicholas se aclaró la garganta una o dos veces, y pareció tener alguna dificultad para continuar.

«*Ez en Portzmouth donde ezta Henrietta Petowker*», observó el Sr. Kenwigs.

«Sí», dijo Nicholas. «Y el Sr. Lillyvick está allí».

El Sr. Kenwigs palideció, pero se recuperó y dijo que esa también era una extraña coincidencia.

«El mensaje es de él», dijo Nicholas.

El Sr. Kenwigs pareció reanimarse. Sabía que su sobrina estaba en un estado delicado, y sin duda había enviado un mensaje del que iban a escuchar todos los detalles. «... *Zí. Ez muy amable de zu parte... ¡ademáz, azí es él!*».

«Él expresó el deseo de que yo les transmitiera su más sentido afecto», dijo Nicholas.

«Le *eztoy* muy agradecido a él, *zin* duda. El tío abuelo de *uztedez*, Lillyvick, *queridaz míaz*», interrumpió el Sr. Kenwigs, explicándoselo con aire de superioridad a sus hijas.

«Su más sentido afecto», prosiguió Nicholas, «y que les dijera que no tenía tiempo para escribir, pero que se había casado con la Srta. Petowker».

El Sr. Kenwigs pegó un respingo en su asiento y, con la mirada petrificada, atrapó a su segunda hija por la coleta rubia y ocultó el rostro en su pañuelo. Morleena cayó, toda tiesa y rígida, en la silla del bebé, tal como había visto caer a su madre cuando se desmayaba, y las dos pequeñas Kenwigs restantes chillaron con pavor.

«¡*Miz niñaz, miz hijaz eztafadaz, timadaz!*», exclamó el Sr. Kenwigs, halando tan duro, en su vehemencia, la coleta rubia de su segunda hija y obligándola así a que se alzara de puntillas y tuviera que mantenerse durante algunos segundos en esa posición. «¡Villano, burro, traidor!».

«¡Maldito sea este hombre!», exclamó la enfermera, mirando en derredor con enojo. «¿A qué viene ese ruido aquí?».

«¡Calla, mujer!», dijo el Sr. Kenwigs con feracidad.

«No me callo nada», replicó la enfermera. «A callar usted, desgraciado. ¿No se da cuenta de que molesta al bebé?».

«¡No!», le respondió el Sr. Kenwigs.

«Pues más vergüenza aún», replicó la enfermera. «¡Puf!, monstruo contra natura».

«¡Que *ze* muera!», exclamó el Sr. Kenwigs, en el torrente de su cólera. «Que *ze* muera. No tiene nada que *ezperar*, ni propiedad a la que acceder. No *queremoz bebéz* aquí», dijo el Sr. Kenwigs con gran imprudencia. «¡*Llévenzeloz, llévenzeloz a todoz* al orfanato!».

Tras esas espantosas declaraciones, el Sr. Kenwigs se dejó caer en una silla y conminó a la enfermera a retirarse, lo que esta hizo, pasando al dormitorio contiguo para regresar de inmediato con un tropel de matronas ante las cuales declaró que el Sr. Kenwigs había hablado de modo blasfemo contra su familia, y debía de estar loco de remate.

Ciertamente, las apariencias no favorecían al Sr. Kenwigs, pues a consecuencia del esfuerzo hecho por hablar con tanta vehemencia y al mismo tiempo en un tono que impidiera que sus lamentos llegaran a oídos de la Sra. Kenwigs, su rostro había adoptado un tinte negruzco, aparte de lo cual el nerviosismo del momento y su insólita indulgencia con la que se había permitido beber varios cordiales fuertes para celebrar la circunstancia, habían hinchado y dilatado sus facciones en un extremó muy inusual. Pero en cuanto Nicholas y el doctor —que había permanecido pasivo al principio, dudando mucho de que el Sr. Kenwigs pudiera estar hablando en serio— intervinieron para explicar la causa inmediata de su estado, la indignación de las matronas se trocó en lástima, y le imploraran con mucho sentimiento que se fuera tranquiló a dormir.

«*Laz atencionez*», dijo el Sr. Kenwigs, mirando en derredor con aspecto quejumbroso, «*laz atencionez* de que he hecho objeto a *eze* hombre. ¡*Laz oztraz* que ze ha comido, y *laz botellaz* de cerveza que ha bebido en *eza* caza...!».

«Es muy duro y muy difícil de soportar, lo sabemos», dijo una de las señoras casadas, «pero piense en su querida y linda esposa».

«Oh, sí, y lo que ella ha tenido que soportar en el día de hoy», exclamaron muchas voces. «Vamos, pórtese bien».

«*Loz regaloz* que le *hemoz* hecho», dijo el Sr. Kenwigs, regresando a su calamidad, «*laz pipaz, laz cajitaz* de rapé... un par de *chancloz* de goma de la India, que *coztaron zeiz chelinez* y *zeiz peniquez*...».

«¡Ah!, no vale la pena pensar en eso ahora», exclamaron las matronas, «usted verá que en su momento tendrá que pagar por lo que ha hecho».

El Sr. Kenwigs miró sombríamente a las damas, como diciendo que mejor si se lo pagaba ahora mismo o se quedaría sin nada. Pero guardó silencio, y descansando la cabeza sobre la mano, vino a caer en una especie de amodorramiento.

Entonces las matronas volvieron a extenderse en él análisis de la urgencia de llevar al buen caballero a la cama y señalaron que al día siguiente estaría mejor, y que ellas sabían lo que era el deterioro de la mente de algunos hombres cuando sus esposas pasaban lo que la Sra. Kenwigs había estado

pasando ese día, y que eso no hacía más que hablar en su favor, y que no había nada de qué avergonzarse, muy al contrario. Que incluso les gustaba verlo así, porque eso era muestra de su buen corazón. Y una señora trajo a colación, a modo de ejemplo, que también su esposo en circunstancias como esa perdía la cabeza, y que cuando nació su pequeño Johny pasó casi una semana antes de que volviera a ser el mismo, y durante todo ese tiempo no había hecho más que llorar y gritar «¿es un niño, es un niño?», de un modo que le partía el corazón a todos los que lo escuchaban.

Finalmente, Morleena (que se había recuperado totalmente del desmayo al darse cuenta de que nadie lo había notado) anunció que había un dormitorio listo para su afligido padre, y el Sr. Kenwigs, después de asfixiar a sus cuatro hijas por lo apretado de su abrazo, aceptó el brazo del doctor de un lado y el apoyo de Nicholas del otro, y fue guiado escaleras arriba hasta el dormitorio que se había preparado.

Tras verlo profundamente dormido y oírlo roncar del modo más satisfactorio, y después de presidir, además, la distribución de los juguetes para la perfecta alegría de las pequeñas Kenwigs, Nicholas se despidió. Las matronas se marcharon una tras otra, con la excepción de seis u ocho amigas especiales que habían decidido velar allí toda la noche. Las luces de las casas se fueron apagando gradualmente. Se emitió un último boletín según el cual la Sra. Kenwigs estaba tan bien como cabía esperar, y se dejó reposar a toda la familia.

CAPÍTULO 37

NICHOLAS CAE EN GRACIA A LOS HERMANOS CHEERYBLE Y AL SR. TIMOTHY LINKINWATER. LOS HERMANOS OFRECEN UN BANQUETE EN OCASIÓN DE UNA GRAN CONMEMORACIÓN ANUAL. DE REGRESO A CASA, NICHOLAS RECIBE UNA REVELACIÓN MISTERIOSA E IMPORTANTE DE LABIOS DE LA SRA. NICKLEBY

La plazoleta en la que estaban ubicadas las oficinas de los hermanos Cheeryble, aunque tal vez no colmase del todo las muy optimistas expectativas que un desconocido pudiera forjarse tras escuchar los fervientes elogios de Tim Linkinwater, era, no obstante, un rincón bastante grato en el corazón de una ciudad tan activa como Londres, y ocupaba un sitio privilegiado en los afectuosos recuerdos de varias personas serias que tenían su domicilio en el barrio, cuyas remembranzas, sin embargo, databan de un período mucho más reciente, y cuyo apego a ese sitio era hartamente más absorbente que las remembranzas y el apego del entusiasta Tim.

Y que aquellos cuyos ojos estaban acostumbrados a la aristocrática seriedad de la Plaza Grosvenor y la Plaza Hanover, a la viudez desnuda y fría de la Plaza Fitzroy, o a los caminos de gravilla y bancos de jardines de las Plazas de Russell y Euston, no vayan a suponer que los afectos de Tim Linkinwater u otros admiradores de menor categoría de esta misma placita estuvieran motivados por alguna estimulante asociación con las hojas, por más sucias que estuvieran, o la hierba, no importa cuán desnuda y rala se mostrara. La plazoleta del barrio financiero no cuenta con ningún cercado, salvo el poste del farol que tiene en el medio, y ninguna hierba más que las malas, que emergen en torno a la base del poste. Es un lugar tranquilo, poco frecuentado, favorable a la melancolía y la contemplación, y a citas de larga espera en las que el citado puede pasearse lenta, tranquila y ociosamente durante horas, despertando ecos con el sonido monótono de sus pisadas sobre las piedras, lisas a fuerza del desgaste, mientras cuenta, primero, las ventanas y, luego, hasta los ladrillos de las casas altas y silenciosas que circundan el lugar. En el invierno, allá la nieve se mantendrá mucho después de haberse

derretido en las concurridas calles y carreteras. El sol del verano le tiene algún respeto, y mientras lanza unos pocos de sus alegres rayos como dardos a la plazoleta, se reserva su calor y su luminosidad feroces para barrios más ruidosos y menos imponentes. Es tan silencioso todo, que casi podemos oír el tic-tac de nuestro propio reloj cuando nos detenemos a refrescarnos en su tranquila atmósfera. Hay un lejano zumbido —de coches, no de insectos— pero ningún otro sonido perturba la quietud de la plazoleta. Un porteador autorizado permanece recostado, ocioso, contra el poste de la esquina, agradablemente cálido, pero no caliente, aunque el día sea hirviente. Su delantal blanco es batido lánguidamente por el viento, y la cabeza le va cayendo gradualmente sobre el pecho mientras él pestañea largamente con ambos ojos a la vez. Incluso él es incapaz de soportar la influencia soporífera del lugar, y se duerme poco a poco. Pero ahora se despierta abruptamente, sobresaltado, retrocede uno o dos pasos y contempla lo que tiene delante con ojos llenos de espanto. ¿Es acaso un cliente para solicitarle algún servicio, o un chico que juega a la pelota? ¿Acaso ve un fantasma, o escucha un órgano? No. La visión es aun más insólita... hay una mariposa en la plazoleta... ¡Una mariposa verdadera, viva! ¡Alejada de las flores y los néctares, revoloteando entre los topes de hierro de las verjas de la explanada polvorienta!

Pero si no había muchos asuntos en el exterior inmediato a los recintos de los Hermanos Cheetyble que atrajeran la atención o distrajeran los pensamientos del joven oficinista, no eran pocos los que, adentro, captaban su atención y lo divertían. Casi no había un solo objeto animado o inanimado en aquel lugar que no tuviera algo, en cierto grado, del carácter metódico y la escrupulosa puntualidad del Sr. Timothy Linkinwater. Puntual como el reloj del despacho —que según él era el que con mayor exactitud daba la hora en Londres, después del reloj de alguna vieja iglesia oculta y cercana (pues Tim sostenía que la mítica exactitud del que había en el Ministerio de la Guerra era una linda ficción, inventada por gente celosa del extremo oeste de la ciudad)—, el anciano oficinista realizaba las acciones más insignificantes del día, y ponía en un orden preciso y regular los mínimos artículos de la habitacioncita, de modo tal que ni una vitrina de curiosidades lo hubiera sobrepasado en esmero. Papel, plumas, tinta, regla, cera de sellar, obleas, caja de polvo para secar la tinta, caja de cordeles, caja de pedernal y yesca, el sombrero de Tim, los guantes escrupulosamente doblados de Tim, el otro abrigo de Tim —que parecía, colgado de la pared, exactamente una vista de él mismo de espaldas— todos tenían sus centímetros de espacio acostumbrados. Aparte del reloj, no había ningún otro instrumento tan preciso e irrecusable en

esta vida como el pequeño termómetro colgado tras la puerta. Ni había en todo el mundo pájaro de hábitos más formales y metódicos que el mirlo ciego que soñaba, adormilado, dejando los días pasar en una jaula amplia y abrigada, y que había perdido la voz en su vejez, muchos años antes de que Tim lo trajera. No había una historia tan azarosa entre toda la gama de anécdotas posible como la que Tim contaba sobre la adquisición de ese pájaro: cómo, compadecido del estado de hambre y sufrimiento, lo había comparado con vistas a poner fin piadosamente a su desgraciada vida; cómo decidió esperar tres días para ver si el pájaro revivía; cómo, antes del transcurso de la mitad de ese plazo, el pájaro, en efecto, revivió; y cómo siguió reviviendo y recobrando su apetito y su buen aspecto hasta convenirse gradualmente en «lo que usted lo ve ahora, señor», decía Tim, mirando con orgullo la jaula. Y entonces, Tim solía emitir un melodioso gorgojo y gritar «Dick». Y Dick, que por las pocas señales de vida que diera antes habría podido ser una representación tallada en madera, o disecada, de un mirlo, ejecutada con indiferencia, al oírlo iba hasta el borde de la jaula dando tres saltitos, y sacando el pico por entre los barrotes volvía su cabeza ciega en dirección al viejo amo... y en aquel momento era muy difícil determinar cuál de los dos estaba más feliz, si el pájaro o Tim Linkinwater.

Pero esto no era todo. Todo devolvía, además, algún reflejo del bondadoso espíritu de los hermanos. Los almaceneros y cargadores eran tipos robustos tan alegres que era un regalo contemplarlos. Entre los anuncios de embarques y las listas de vapores que decoraban la pared del despacho había diseños para hospicios, certificaciones de obras de caridad y planos para nuevos hospitales. Había un trabuco y dos espadas colgados encima de la chimenea para atemorizar a los malhechores, pero el trabuco estaba herrumbroso y destrozado, y las espadas estaban rotas y sin filo. En otro sitio, su exhibición en semejante estado habría provocado una sonrisa, pero allí parecía que hasta las armas violentas y ofensivas tenían algo de la influencia reinante y se convertían en emblemas de compasión y autocontrol.

Pensamientos de ese tipo se le ocurrieron con mucha insistencia a Nicholas la mañana en que se posesionó por vez primera de la banqueta vacante, y miró a su alrededor con mayor libertad y soltura que las que antes tuviera ocasión de disfrutar. Tal vez lo alentaron y estimularon a realizar un esfuerzo excesivo, pues, en las siguientes dos semanas, todas sus horas libres, tarde en la noche y temprano en la mañana, estuvieron incesantemente dedicadas a familiarizarse con los misterios de la teneduría de libros y algunas otras formas de contabilidad mercantil. A estos se aplicó con tanta firmeza y

perseverancia que, aunque no suscitó mayores dosis de conocimiento previo sobre el tema que ciertos vagos recuerdos de dos o tres sumas muy largas registradas en un libro de cálculo en la escuela, aligeradas para la inspección de los padres por la representación de un cisne gordo orgullosamente esbozado con buen gusto por la propia mano del maestro de escritura, al cabo de una quincena se halló en condiciones de informar sobre su pericia al Sr. Linkinwater, y a exigirle el cumplimiento de su promesa de que ahora podía permitírsele a él, a Nicholas Nickleby, asistirlo en sus más serias labores.

Fue todo un espectáculo contemplar a Tim Linkinwater sacar lentamente un macizo libro mayor y un diario, y luego de darles vueltas y más vueltas y de desempolvarles afectuosamente los lomos y los costados, abrir aquí y allá las páginas, y fijar su mirada medio triste, medio orgullosa, en aquellas anotaciones hermosas y sin borrones.

«¡Cuarenta y cuatro años el próximo mayo!», dijo Tim. «Muchos nuevos libros mayores desde entonces. ¡Cuarenta y cuatro años!».

Tim volvió a cerrar el libro.

«¡Vamos!», dijo Nicholas, «estoy impaciente por comenzar».

Tim Linkinwater sacudió negativamente la cabeza en gesto de suave reproche. El Sr. Nickleby no estaba suficientemente impresionado con la profunda e imponente naturaleza de su tarea. Suponga que haya algún error... alguna tachadura...

Los jóvenes son aventureros. A veces se apresurarán a la realización de cosas extraordinarias. Sin siquiera tener el cuidado de sentarse en su banqueta, permaneciendo en calma de pie frente al escritorio y con una sonrisa en el rostro... de hecho una sonrisa (no había equivocación posible al respecto. El Sr. Linkinwater a menudo insistió en ello después), ¡Nicholas mojó su pluma en el tintero que tenía delante, y se sumergió en los libros de los Hermanos Cheeryble!

Tim Linkinwater palideció, e inclinando su banqueta sobre las dos patas más cercanas a Nicholas, miró sobre su hombro, ansioso y jadeante. El hermano Charles y el hermano Ned entraron juntos al despacho, pero Tim Linkinwater, sin volver la cabeza, les indicó impacientemente con un gesto de la mano que tuvieran cuidado en mantener un profundo silencio, y siguió la punta de la pluma inexperta con ojos tensos y vehementes.

Los hermanos contemplaron la escena con rostros sonrientes, pero Tim Linkinwater no sonrió ni se movió durante algunos minutos. Al cabo respiró larga y lentamente, y manteniendo aún su posición en la banqueta inclinada le echó una ojeada al hermano Charles, apuntando secretamente en dirección a

Nicholas con el cabo de su pluma, y asintió con un gesto de cabeza de modo serio y resuelto, que muy claramente significaba «servirá».

El hermano Charles volvió a asentir con un gesto de cabeza, e intercambió con el hermano Ned una mirada risueña. Pero justo entonces Nicholas se detuvo para buscar una referencia en alguna otra página, y Tim Linkinwater, incapaz de seguir conteniendo su satisfacción, bajó de su banqueta y lo tomó extáticamente por la mano.

«Lo consiguió», dijo Tim, dando una vuelta para mirar a sus empleadores moviendo triunfalmente la cabeza. «Sus Bes y Des mayúsculas son exactamente iguales a las mías; pone puntos sobre todas las íes y tildes en las íes al escribirlas. No hay otro joven como este en todo Londres», dijo Tim, dándole una palmada en la espalda a Nicholas; «ni uno solo. No me lo discutan. El barrio financiero no puede producir a nadie igual. ¡Reto al centro financiero a que lo haga!».

Tras lanzar este desafío, Tim Linkinwater propinó al escritorio un golpe tal de su puño cerrado que el viejo mirlo, del susto, se cayó de su percha, y de hecho emitió un débil graznido, en el colmo de su asombro.

«¡Bien dicho, Tim... bien dicho, Tim Linkinwater!», exclamó el hermano Charles, no menos complacido que el propio Tim y aplaudiendo suavemente al hablar, dijo: «Sabía que nuestro joven amigo se esforzaría mucho, y yo estaba muy seguro de que tendría éxito muy pronto. ¿Acaso no lo dije, hermano Ned?».

«Lo dijiste, mi querido hermano... claro, mi querido hermano, lo dijiste, y tuviste mucha razón», respondió Ned. «Mucha razón. Tim Linkinwater está emocionado, está emocionado con razón, debidamente emocionado. Tim es una excelente persona. Tim Linkinwater, señor... usted es una excelente persona».

«He ahí algo agradable en lo cual pensar», dijo Tim, totalmente indiferente respecto a lo que se acababa de decir de él, y levantando sus lentes del libro mayor a los hermanos, «he ahí algo agradable. ¿Creen ustedes que no he pensado a menudo en lo que les pasaría a estos libros cuando yo ya no

estuviera? ¿Creen ustedes que a menudo no he pensado que después de irme yo podría haber suciedades e irregularidades en estos libros? Pero ahora», dijo Tim, apuntando el índice hacia Nicholas, «ahora, cuando le enseñe un poco más, quedaré satisfecho. A mi muerte, el negocio proseguirá tan bien como cuando yo vivía... exactamente igual. Y tendré la satisfacción de saber que jamás hubo libros semejantes... ¡jamás hubo libros semejantes! No, no, jamás habrá libros semejantes... a los libros de los Hermanos Cheeryble».

Habiendo expresado así sus sentimientos, el Sr. Linkinwater dejó escapar una breve risa, que indicaba su desafío a los barrios financieros de Londres y Westminster, tras lo cual volvió a su escritorio y tranquilamente sumó los setenta y seis que llevaba de la anterior columna, y prosiguió su labor.

«Tim Linkinwater, señor», dijo el hermano Charles; «deme su mano, señor. Hoy es su cumpleaños. ¿Cómo se atreve a hablar de alguna otra cosa antes de que se le desee que cumpla muchos más, Tim Linkinwater? ¡Que Dios lo bendiga, Tim! ¡Que Dios lo bendiga!».

«Mi querido hermano», dijo el otro agarrando el puño libre de Tim, «Tim Linkinwater parece diez años más joven que en su anterior cumpleaños». «Hermano Ned, mi querido chico», le devolvió el otro anciano, «creo que Tim Linkinwater nació a la edad de ciento cincuenta años, y gradualmente ha estado bajando hasta los veinticinco, porque está más joven en cada cumpleaños que el año anterior».

«Es cierto, hermano Charles, es cierto», respondió el hermano Ned. «No hay duda alguna al respecto».

«Recuerde, Tim», dijo el hermano Charles, «que hoy comeremos a las cinco y treinta en vez de a las dos en punto. Siempre nos apartamos de nuestra costumbre habitual en este aniversario, como bien sabe usted, Tim Linkinwater. Sr. Nickleby, mi querido señor, usted será uno más. Tim Linkinwater, entrégueme su caja de rapé como recuerdo para el hermano Charles y para mí de un pícaro cariñoso y fiel, y tome esto a cambio de ella, como pequeña muestra de nuestro respeto y estimación, y no lo abra hasta que vaya a dormir, y jamás diga otra palabra más sobre el tema, o le mataré el mirlo. ¡Un bribón! Una jaula de oro le hubiéramos dado hace media docena de años, si eso hubiera hecho a él o a su amo un poco más felices. Ahora, hermano Ned, querido, estoy listo. A las cinco y media, recuerde, Sr. Nickleby. Tim Linkinwater, ocúpese del Sr. Nickleby, a las cinco y media. ¡En marcha!, hermano Ned».

Y parloteando de ese modo, según la costumbre, para evitar la posibilidad de que la otra parte expresara agradecimiento o reconocimiento algunos, los

gemelos se marcharon tomados del brazo, después de dotar a Tim Linkinwater con una costosa caja de rapé de oro, que contenía dentro un billete de un valor diez veces superior.

A las cinco y cuarto llegó, puntual hasta el minuto, según su hábito anual, la hermana de Tim Linkinwater, y entre ella y la anciana ama de llaves se armó un gran revuelo a propósito de la cofia de la hermana de Tim Linkinwater, que había sido enviada, con un chico mensajero, desde la casa de familia donde era huésped la hermana de Tim Linkinwater, y aún no había llegado, a pesar de que había sido empaquetada en una sombrerera, y la sombrerera en un pañuelo, y el pañuelo atado al brazo del chico. Y también a pesar de que la dirección de su destino había sido debidamente escrita a todo lo largo del lomo de una vieja carta, y de que el chico había sido impuesto, bajo la amenaza de horribles castigos, cuyo alcance exacto la vista humana no podía siquiera contemplar, de la orden de entregarlo con la máxima rapidez posible sin demorarse por el camino. La hermana de Tim Linkinwater se lamentaba, el ama de llaves se condolía, y ambas continuamente sacaban la cabeza por la ventana del segundo piso para ver si el chico «venía llegando» —lo cual habría sido altamente satisfactorio y, en general, equivalente a que estuviera muy cerca, pues la distancia hasta la esquina no llegaba a los cinco metros— cuando de repente, y cuando menos se lo esperaba, el mensajero, portando la sombrerera con extremo cuidado, apareció exactamente en la dirección opuesta, jadeante, resollando, sin aliento, y sonrojado por el ejercicio reciente, pues primero se había dedicado a perseguir un coche de alquiler que iba en dirección a Camberwell, y luego había seguido a dos polichinelas y había acompañado a estos malabaristas con zancos hasta sus casas. Sin embargo, la cofia estaba sana y salva —eso era un alivio— y no valía la pena regañarlo —ese era otro alivio—, de modo que el chico siguió su camino con alegría, y la hermana de Tim Linkinwater se presentó a los invitados en el piso de abajo justo cinco minutos después de que el reloj infalible de Tim Linkinwater diera la media hora.

Los invitados eran los hermanos Cheeryble, Tim Linkinwater, un amigo de Tim de rostro rubicundo y cabeza canosa (que era un oficinista de banco jubilado) y Nicholas, que fue presentado a la hermana de Tim Linkinwater de manera muy seria y solemne. Dado que el grupo ya estaba completo, el hermano Ned tocó la campana para que sirvieran la comida, y en cuanto se anunció, poco después, que esta estaba servida, condujo a la hermana de Tim Linkinwater a la habitación contigua, donde todo había sido arreglado con mucho primor. Entonces el hermano Ned se sentó a la cabecera de la mesa y

el hermano Charles en el otro extremo. Y la hermana de Tim Linkinwater se sentó al lado izquierdo del hermano Ned, y el propio Tim Linkinwater a su lado derecho. Y un antiguo mayordomo de aspecto apoplético y piernas muy cortas, se ubicó detrás de la butaca del hermano Ned, y tras hacer un gesto con el brazo derecho para anticipar, con ademán rebuscado, que todos los platos iban a ser descubiertos, se mantuvo erguido como una vela e inmóvil.

«Por estas bendiciones y por todas las demás, hermano Charles», dijo Ned.

«Señor, haznos verdaderamente agradecidos, hermano Ned», dijo Charles.

Tras lo cual el apoplético mayordomo quitó, con un movimiento rápido, la tapa de la sopera, y se disparó de repente en un estado de violenta actividad.

Hubo conversación abundante y poco temor de que esta fuera jamás a decaer, pues el buen humor de los ancianos y gloriosos gemelos arrastró a todo el mundo, y la hermana de Tim Linkinwater estalló en un recuento largo y especioso sobre la infancia de Tim Linkinwater, inmediatamente después del primerísimo vaso de champaña... tomando la precaución de dejar sentado que ella era mucho menor que Tim y que solo se había enterado de los hechos gracias a la preservación de estos y su traslado a los más jóvenes de la familia. Una vez concluida esta historia, el hermano Ned relató cómo, exactamente treinta y cinco años atrás, se sospechó que Tim Linkinwater había recibido una carta de amor, y cómo aquella vaga información había sido traída al despacho por habersele visto caminando por Cheapside con una solterona insólitamente hermosa. Esto causó un rugido de risa, y tras ser acusado de haberse sonrojado y de ser instado a explicarse, Tim Linkinwater negó que la acusación tuviera una base real. Además, insistió en que no hubiera habido nada de malo en que la tuviese, declaración esta última que ocasionó que el empleado bancario jubilado riera a mandíbula batiente y declarara que era, con mucho, lo mejor que había oído en su vida, y que Tim Linkinwater podría decir muchísimas cosas, pero no lograría superar aquello.

Hubo una pequeña ceremonia para celebrar la ocasión que impresionó vivamente a Nicholas tanto por su fondo como por su forma. Una vez retirado el mantel y terminada la primera ronda de jarras siguió un profundo silencio, y en los alegres rostros de los hermanos apareció una expresión, no exactamente de melancolía, pero sí de tranquila reflexión, muy inusual en una mesa festiva. Impresionado por esta repentina alteración, y cuando Nicholas se estaba preguntando qué pudiera ella presagiar, los hermanos se pusieron ambos de pie a la vez, y el que estaba en la cabecera de la mesa se inclinó en

dirección al otro, y hablando en voz baja como si se estuviera dirigiendo a él individualmente, dijo:

«Hermano Charles, querido amigo, hay otra asociación relacionada con este día que jamás podremos ni debemos olvidar tú y yo. Este día, que trajo al mundo a un compañero de tanta fidelidad y excelencia, se llevó de aquí a la más bondadosa y la mejor madre... a nuestra madre. Desearía que ella hubiera podido ver y compartir nuestra prosperidad, y tener la felicidad de saber que la amamos tanto en esta condición como cuando éramos dos chicos pobres... Mi querido hermano... a la memoria de nuestra madre».

«¡Santo Dios!», pensó Nicholas, «¡Hay veintenas de personas de su misma posición que saben todo esto, y veinte mil veces más, y que no invitarían a estos hombres a cenar porque comen con los cuchillos y jamás fueron a la escuela!».

Pero no hubo tiempo para moralizar, pues la alegría volvió a manifestarse en todo su esplendor, y cuando estaba a punto de vaciarse la jarra de oporto, el hermano Ned hizo sonar la campana, que al instante fue respondida por el apoplético mayordomo.

«David», dijo el hermano Ned.

«Señor», respondió el mayordomo.

«Una botella de dos litros del oporto de calidad superior, David, para beber a la salud del Sr. Linkinwater».

Al instante, por una hazaña de destreza que fue la admiración de todos los reunidos, y que lo fuera anualmente en el transcurso de varios años, el apoplético mayordomo mostró la mano izquierda, que habla mantenido oculta tras su espalda e hizo aparecer la botella con el sacacorchos ya insertado. La descorchó de un solo gesto y puso la botella y el corcho ante su amo con la dignidad del ingenio consciente de sí.

«¡Ja!», dijo el hermano Ned, examinando primero el corcho y llenando luego su vaso, mientras el anciano mayordomo contemplaba la escena con complacencia y afabilidad, como si todo fuera de su propiedad pero invitara a los reunidos a servirse de ello a su antojo. «Esto tiene buen aspecto, David».

«Así debe ser, señor», respondió David. «Serla muy difícil hallar un vaso de vino como el nuestro, y que tenga una calidad superior, como bien sabe el Sr. Linkinwater. Ese se depositó cuando el Sr. Linkinwater acababa de llegar, en efecto, caballeros».

«No, David, no», replicó el hermano Charles.

«Perdón, señor, yo mismo anoté la partida en el registro de la bodega», dijo David, con el tono de un hombre muy confiado en la fuerza de sus

argumentos. «El Sr. Linkinwater llegó aquí apenas en su vigésimo año, señor, citando ese barril de calidad superior se depositó».

«David tiene mucha razón... mucha razón, hermano Charles», dijo Ned. «¿Han llegado ya los invitados, David?».

«Están al otro lado de la puerta, señor», respondió el mayordomo.

«Hazlos pasar, David, hazlos pasar».

Tras impartirse esa orden, el anciano mayordomo colocó ante su amo una bandejita de vasos limpios, y al abrir la puerta dejó entrar a los alegres porteadores y almacenistas que Nicholas habla visto en los bajos. Eran cuatro en total, que entraron con reverencias y sonrisas bonachonas y sonrojos, y el ama de llaves y la cocinera y la criada cerraban la marcha.

«Siete», dijo el hermano Ned, llenando un número igual de vasos con el vino de calidad superior, «y David ocho... Ahí está. Ahora bien, todos ustedes han de beber a la salud de su mejor amigo, el Sr. Timothy Lihkinwater, y desearle salud y larga vida y que cumpla muchos más, tanto por él como por sus viejos amos, quienes lo consideran un tesoro inestimable. Tim Linkinwater, señor, a su salud. Que se lo lleve el Diablo, Tim Linkinwater, señor, Dios lo bendiga».

Con esta singular contradicción terminológica, el hermano Ned le propinó a Tim Linkinwater una palmada en la espalda que por un momento lo hizo parecer casi tan apoplético como el mayordomo, y se bebió el contenido de su vaso en un santiamén.

El brindis con todos los honores por Tim Linkinwater aún no había concluido cuando el más macizo y alegre de los subordinados se adelantó ligeramente al resto de sus compañeros y exhibiendo un semblante muy rojo y acalorado, haló un rizo de cabellos grises que pendía en medio de la frente como saludo respetuoso a los reunidos, y pronunció las palabras que siguen, frotándose con mucha fuerza las palmas de las manos al hablar, con un pañuelo de algodón azul:

«Una vez al año se nos permite tomarnos una libertad, caballeros y nos la tomaremos ahora, pues no hay un momento mejor, y no hay dos pájaros en mano que valgan lo que uno volando, que, como bien se sabe... lo mismo si se dice al derecho que al revés, quiere decir lo mismo. (Hubo una pausa... el mayordomo no parecía convencido). Lo que queremos decir es que jamás hubo (mirando al mayordomo)... tan (mirando a la cocinera)... tan nobles... excelentes... (mirando a todas partes sin ver a nadie) libres, generosos y animosos amos como estos que nos han tratado de manera tan excelente en el día de hoy. Y hacemos un brindis en agradecimiento a toda su bondad, de

tanta constancia que se difunde a sí misma por todas partes, ¡y deseando que tengan larga vida y una muerte feliz!».

Cuando concluyó el discurso anterior, que pudo haber sido mucho más elegante y menos preciso, todo el cuerpo de empleados, bajo la comandancia del apoplético mayordomo, emitió tres suaves vivas que, para gran indignación de ese caballero, no estuvieron muy bien coordinados, pues las mujeres insistieron en emitir un enorme número de pequeños y estridentes vivas entre sí, en absoluta desatención al ritmo. Una vez hecho esto, se retiraron. Poco después se retiró la hermana de Tim Linkinwater, y tras dejar pasar un rato prudencial, los demás se levantaron de la mesa para el té y el café y una partida de cartas.

A las diez y media —hora avanzada de la noche para la plazoleta— apareció una bandejita de bocadillos y un tazón de una bebida mezcla de vino, cítricos, azúcar y especias, que al sumarse al oporto de calidad superior y a otros excitantes, tuvo tal efecto en Tim Linkinwater que llamó a Nicholas aparte y le hizo entender confidencialmente que lo de la solterona insólitamente hermosa era muy cierto, y que era realmente tan hermosa como se había descrito, incluso más, pero que tenía demasiada prisa en modificar su estado civil, y por consiguiente, mientras Tim la cortejaba, pensando modificar el suyo, se casó con otro. «Después de todo, me atrevo a decir que fue culpa mía», dijo Tim. «Un día de estos le mostraré una estampa que tengo en el piso superior. Me costó veinticinco chelines. La compré poco después de que lo nuestro se enfriara. No vaya a mencionarlo, pero es el más extraordinario parecido accidental que jamás haya visto usted... ¡su mismísimo retrato, señor!».

A estas alturas ya eran pasadas las once, y al declarar la hermana de Tim Linkinwater que hacía una hora debería haber regresado a casa, se mandó a buscar un coche, al que fue acompañada con gran pompa por el hermano Ned, mientras el hermano Charles le indicaba con lujo de detalles al cochero la dirección, y además de pagarle al hombre un chelín por encima de su tarifa para que tuviera extremo cuidado con la dama, estuvo a punto de atragantarlo con un vaso de alcohol de inusitado poder, y más tarde a punto de sacarle del cuerpo todo el aliento que le quedaba, tratando de devolvérselo con vigorosos golpes en la espalda.

Finalmente el coche partió retumbando, y como ahora la hermana de Tim Linkinwater estaba bien encaminada en dirección a su casa, Nicholas y el amigo de Tim Linkinwater se despidieron al unísono, y dejaron que el anciano Tim y los beneméritos hermanos fueran a descansar.

Puesto que Nicholas tenía que caminar cierta distancia, era bastante más de medianoche cuando llegó a casa, donde halló a su madre y a Smike esperándolo despiertos. Habitualmente se iban a dormir mucho antes y esperaban su regreso por lo menos dos horas más temprano. Pero el tiempo no les pesó mucho, pues la Sra. Nickleby había entretenido a Smike con un recuento genealógico de su familia por parte de madre, que incluyó esbozos biográficos de los principales miembros, y Smike había permanecido sentado preguntándose de qué se trataba, y si la Sra. Nickleby se lo había aprendido de un libro o lo sacaba de su propia cabeza, de modo que se hicieron compañía muy agradablemente.

Nicholas no pudo ir a acostarse sin extenderse en las excelencias y munificencia de los hermanos Cheeryble, y relatar el gran éxito que había coronado sus esfuerzos aquel día. Pero antes de que pudiera decir una decena de palabras, la Sra. Nickleby tuvo a bien señalar, con muchos astutos guiños y movimientos de cabeza, que estaba segura de que el Sr. Smike debía de estar agotado, y que ella insistía con fuerza en que no demorara ni un minuto más en irse a dormir.

«Es un ser muy notable, sin duda», dijo la Sra. Nickleby después de que Smike les diera las buenas noches y abandonara la habitación. «Sé que me perdonarás, Nicholas, querido, pero no me gusta hacer esto frente a terceras personas. En efecto, frente a un joven no sería del todo apropiado, aunque realmente, después de todo, no sé qué habría de malo en ello, excepto que, con toda seguridad, no es algo muy simpático, aunque hay personas que digan que sí lo es, y mucho, y en verdad no sé por qué no habría de serlo, si se levanta bien y los bordes están bien trenzados. Claro, mucho depende de eso».

Habiendo concluido ese prefacio, la Sra. Nickleby sacó su gorro de dormir de entre las hojas de un devocionario muy grande, donde había estado muy bien dobladito, y procedió a ponérselo y atarlo, hablando todo el tiempo a su manera discursiva habitual.

«La gente podrá decir lo que quiera», observó la Sra. Nickleby, «pero un gorro de dormir consuela mucho, y estoy segura de que tú opinarías lo mismo, Nicholas, querido, si le pusieras los cordones al tuyo y lo usaras como un cristiano, en vez de colgártelo de la mismísima coronilla, como un chico de escuela pobre. No pienses que es poco varonil o digno de burla ser quisquilloso con tu gorro de dormir, pues a menudo oí a tu pobre viejo papá y al reverendo señor —¿cómo era que se llamaba?— que acostumbraba leer oraciones en aquella vieja iglesia con la torrecita extraña a la que el viento le arrancó su veleta una noche, una semana antes de tú nacer, a menudo les oí

decir que los jóvenes en la universidad son inhabitualmente quisquillosos con sus gorros de dormir, y que los gorros de dormir de Oxford son muy elogiados por su resistencia y buena calidad, hasta tal punto que a los jóvenes jamás se les ocurre acostarse sin ellos, y creo que todo el mundo concuerda en que ellos sí saben lo que es bueno, y no suelen mimarse a sí mismos».

Nicholas rio, y sin profundizar más en el tema de esta alargada arenga, regresó al tono agradable de la fiestecita de cumpleaños. Y como la Sra. Nickleby al instante tuvo mucha curiosidad al respecto e hizo un buen número de preguntas sobre lo que hubo para cenar, y cómo se puso la mesa, y si estaba demasiado o poco cocinado, y quiénes estaban allí, y qué dijeron «los señores Cheeryble», y qué dijo Nicholas, y qué dijeron los Sres. Cheeryble cuando él dijo eso, Nicholas describió los festejos al detalle, y también lo acontecido por la mañana.

«Aunque sea tarde», dijo Nicholas, «soy bastante egoísta para desear que Kate hubiera estado despierta para oír todo esto. Estaba impaciente por contárselo cuando venía hacia aquí».

«¿Cómo? Kate», dijo la Sra. Nickleby poniendo los pies en el guardafuego y acercando a él la silla, como si se preparara para una larga conversación, «Kate... ¡oh!, hace un par de horas que está durmiendo... yo me alegro mucho, Nicholas querido, de haberla convencido de que no te esperara despierta, pues yo deseaba tener la oportunidad de decirte algo. Naturalmente, estoy ansiosa por hacerlo, y, claro, es algo que deleita y consuela mucho, el hecho de tener un hijo adulto en quien se pueda depositar la confianza, y aconsejar con... de veras que no sé de qué serviría tener hijos si la gente no pudiera depositar su confianza en ellos».

Nicholas se detuvo en medio de un somnoliento bostezo al comenzar a hablar su madre, y la miró con una fija atención.

«Había una señora en nuestro barrio, el hablar de hijos me lo trae a la memoria», dijo la Sra. Nickleby, «una señora en nuestro barrio, cuando vivíamos cerca de Dawlish, creo que su apellido era Rogers. En verdad estoy segura, a no ser que fuera Murphy, que es la única duda que tengo...».

«¿Es de ella, madre, de quien deseabas hablarme?», dijo Nicholas, tranquilamente. «¡De ella!», exclamó la Sra. Nickleby. «Dios Santo, Nicholas querido, ¿cómo puedes ser tan chiflado? Así eran siempre las cosas con tu pobre querido padre... justo así, siempre distraído, incapaz de fijar sus pensamientos en ningún tema durante dos minutos seguidos. ¡Me parece estarlo viendo ahora!», dijo la Sra. Nickleby, secándose los ojos, «mirándome mientras yo le hablaba de sus asuntos, ¡como si sus ideas estuvieran en un

estado de perfecta aglomeración! Cualquiera que se nos hubiera acercado de repente habría pensado que yo lo estaba confundiendo y distraiendo en vez de aclararle las cosas, ¡te juro que así era!».

«Siento mucho, madre, haber heredado esa desafortunada lentitud para la comprensión», dijo Nicholas bondadosamente, «pero haré mi mejor esfuerzo para comprenderte; con tal de que vayas al grano, de veras que lo lograré».

«¡Tu pobre padre!», dijo la Sra. Nickleby, pensativa. «¡Nunca supo, hasta que fue demasiado tarde, lo que yo habría podido lograr que hiciera!».

Ese era sin duda el caso, pues el Sr. Nickleby murió sin haber llegado a saberlo. Ni la Sra. Nickleby tampoco, lo cual de cierto modo explica la anterior circunstancia.

«No obstante», dijo la Sra. Nickleby, secándose las lágrimas, «esto no tiene nada que ver —ciertamente, nada que ver— con el señor de la casa de al lado».

«Me imagino que el caballero de la casa de al lado tiene poquísimo que ver con nosotros», repuso Nicholas.

«No hay duda», dijo la Sra. Nickleby, «de que es un caballero, y tiene los modales de un caballero, y la apariencia de un caballero, aunque vista paños menores y medias de estambre gris. Eso podría ser una excentricidad, o podría estar orgulloso de sus piernas. No veo por qué no habría de estarlo. El Príncipe Regente estaba orgulloso de sus piernas, y también lo estaba Daniel Lamben, que también era un hombre gordo, y él estaba orgulloso de sus piernas. Y también la Señorita Biffin estaba... no», agregó la Srta. Nickleby, rectificándose, «creo que ella nació sin piernas, solo con dedos de los pies, pero el principio es el mismo».

Nicholas siguió a la expectativa, muy sorprendido por la introducción de este nuevo tema, lo que parecía ser justamente lo que esperaba de él la Sra. Nickleby.

«Podrás muy bien sorprenderte, Nicholas querido», dijo, «te aseguro que yo me sorprendí. Llegó a mí como un relámpago de fuego y casi me congeló la sangre. La parte baja de su jardín está unida con la parte baja del nuestro, y claro, varias veces lo había visto sentado entre los frijoles colorados de su cenadorcito, o laborando en sus semilleritos. Yo pensaba que él miraba más bien con fijeza, pero no le di la menor importancia, ya que éramos recién llegados, y él podría tener curiosidad por observarnos. Pero cuando empezó a lanzar sus pepinos por encima de nuestro muro...». «¡A lanzar sus pepinos por encima de nuestro muro!», repitió Nicholas, con gran asombro.

«Sí, Nicholas querido», respondió la Sra. Nickleby, en un tono muy serio, «sus pepinos por encima de nuestro muro. Y calabacines también».

«¡Maldita sea su imprudencia!», dijo Nicholas, estallando de inmediato. «¿Qué quiere decir con eso?».

«No creo que tenga una intención impertinente en absoluto», respondió la Sra. Nickleby.

«¡Cómo!», dijo Nicholas, «¡Pepinos y calabacines volando hacia las cabezas de la familia cuando caminan por su propio patio, y no tiene una intención impertinente! ¡Vamos!, madre...».

Nicholas se detuvo en seco, pues detenida entre los bordes del gorro de dormir de la Sra. Nickleby, había una expresión indescifrable de plácido triunfo, mezclada con una modesta confusión que de repente atrajo su atención.

«Debe de ser un hombre muy débil, y tonto, y desconsiderado», dijo la Sra. Nickleby, «al que se puede culpar por esa conducta, ya lo creo... al menos supongo que otras personas lo considerarían así. Claro, no se puede esperar que yo exprese ninguna opinión sobre este punto, especialmente después de haber tenido que defender a tu pobre querido padre cuando otras personas lo acusaban de haberme hecho proposiciones. Y con toda seguridad no cabe duda de que ha adoptado un modo muy singular de mostrarlo. De todas formas, a la vez, sus atenciones son —es decir, hasta donde llegan, y hasta cierto punto, por supuesto— de cierta forma halagadoras, y aunque a mí jamás se me ocurriría volverme a casar teniendo aún a una hija querida como Kate que todavía no está establecida en la vida...».

«Mamá, ¿seguro que esa idea nunca se te ha pasado por la cabeza?», dijo Nicholas. «Bendita sea, Nicholas querido», le respondió su madre en un tono displicente, «¿acaso no es eso precisamente lo que estoy diciendo? Claro que nunca lo he pensado, y me sorprende y me maravilla que me supongas capaz de algo semejante. Lo único que me pregunto es cuál será el mejor curso a adoptar para rechazar esas insinuaciones con cortesía y delicadeza, y sin herir demasiado sus sentimientos ni empujarlo a la desesperación, ni nada por el estilo. ¡Dios mío!», exclamó la Sra. Nickleby, esbozando una sonrisa un poco tonta, «suponte que él dirigiera alguna acción contra sí mismo de una manera imprudente, ¿acaso podría yo volver a ser feliz, Nicholas?».

A pesar de su contrariedad y su preocupación Nicholas casi no pudo evitar sonreír al responder: «Ahora bien, madre, ¿crees que semejante resultado tendría posibilidades de seguir al más cruel rechazo?».

«Que me maten si lo sé, querido», le devolvió la Sra. Nickleby; «en realidad no lo sé. Estoy segura de que había un caso, en el diario de anteayer, sacado de uno de los periódicos franceses sobre un maestro zapatero que estaba celoso de una joven en una aldea próxima porque rehusó encerrarse herméticamente con él en una casa de tres plantas, y entonces se escondió en un bosque con un cuchillo de punta filosa; y se precipitó cuando ella pasaba por allí con unos pocos amigos, y primero se dio muerte, y después mató a todos los amigos, y entonces a ella... no, primero mató a todos los amigos, y entonces a ella, y después él se mató... ¡Imagínate qué cosa tan espantosa! De un modo u otro», agregó la Sra. Nickleby, tras una pausa momentánea, «siempre son maestros zapateros los que hacen esas cosas en Francia, según los diarios. No sé por qué... debe de ser por algo del cuero, supongo yo».

«Pero este hombre, que no es un zapatero... ¿qué ha hecho, madre, qué ha dicho?», preguntó Nicholas, a punto de estallar de indignación, pero con un aspecto casi tan resignado y paciente como el de la propia Sra. Nickleby. «Usted sabrá que no existe un lenguaje de los vegetales que convierta a un pepino en una declaración formal de afecto».

«Querido», respondió la Sra. Nickleby, haciendo un gesto altanero con la cabeza y mirando las cenizas en la parrilla del hogar, «ha hecho y dicho todo tipo de cosas».

«¿No habrá un error por tu parte?», preguntó Nicholas.

«¡Error!», exclamó la Sra. Nickleby. «Por Dios, Nicholas querido, ¿supones que yo no sé cuándo obra en serio un hombre?».

«¡Bueno, bueno!», murmuró Nicholas.

«Cada vez que voy a la ventana», dijo la Sra. Nickleby, «él besa una mano y se pone la otra sobre el corazón... claro que es muy tonto por su parte hacerlo, me atrevo a asegurar que dirás que está muy mal, pero lo hace muy respetuosamente, realmente muy respetuosamente, y con mucha ternura, con extremada ternura. Hasta ahora me merece el mayor crédito: no puede haber dudas al respecto. Además, están los regalos que llueven diariamente por encima del muro, y muy buenos que son, por cierto, muy buenos. Comimos uno de los pepinos en la cena ayer, y pienso encurtir el resto para el próximo invierno. Y anoche», agregó la Sra. Nickleby, a medida que iba en aumento su confesión, «llamó suavemente por encima del muro, mientras yo paseaba por el jardín, y me propuso casarnos y que nos fugáramos. Su voz era tan clara como una campana o un vaso de cristal fino, realmente muy parecida a un vaso de cristal fino, pero, claro, no lo escuché. Entonces el asunto es, Nicholas querido, ¿que voy a hacer?».

«¿Kate sabe algo de esto?», preguntó Nicholas.

«Aún no le he dicho ni una palabra al respecto», respondió su madre.

«Entonces, por amor de Dios», prosiguió Nicholas, levantándose, «rio lo hagas, pues se pondría muy triste. Y respecto a lo que debes hacer, querida madre, haz lo que tu lucidez y tus sentimientos y el respeto por la memoria de mi padre te insten a hacer. Hay millares de maneras de mostrar tu desagrado por esas atenciones absurdas y esas chocheces. Si actúas con toda la determinación que debes, y él aún insiste y te molesta, puedo intervenir rápidamente. Pero no interferiré en un asunto tan ridículo ni le atribuiré importancia hasta que tú te hayas justificado. La mayoría de las mujeres saben cómo actuar en estos casos que no merecen un pensamiento serio, pero en especial una de tu edad y condición. No te haré el agravio de tomármelo en serio o a pecho ni por un instante. ¡Viejo absurdo e idiota!».

Y tras decir esto, Nicholas besó a su madre y le dio las buenas noches, y ambos se retiraron a sus dormitorios respectivos.

Para hacerle justicia a la Sra. Nickleby, su cariño por sus hijos le habría impedido contemplar seriamente la posibilidad de un segundo matrimonio, incluso si a estas alturas hubiera logrado acallar el recuerdo de su fallecido esposo hasta el punto de que pudiera brotar en ella alguna fuerte inclinación en ese sentido. Pero, aunque no había maldad y muy poco egoísmo real en el corazón de la Sra. Nickleby, tenía poca cabeza y era, además, vanidosa. Y había algo tan halagador en que la pretendieran (y sobre todo en que la pretendieran en vano) en matrimonio a estas alturas de la vida, que ella no podía apaciguar la pasión del caballero desconocido de un modo tan sumario o ligero como Nicholas parecía considerar decoroso.

«En cuanto a que sea absurdo, idiota y ridículo», pensó la Sra. Nickleby, a solas en su habitación, «no me lo parece en absoluto. No hay esperanza alguna para él, ciertamente, pero ¿por qué sería idiota o absurdo? Yo desde luego no lo veo así. No hay que suponer que él sabe que no tiene esperanza. Pobre hombre, ¡si más bien es para sentir lástima, diría yo!».

Tras estas reflexiones, la Sra. Nickleby se miró en el espejito de su vestidor, y retrocediendo unos pocos pasos, trató de recordar quién era el que solía decir que cuando Nicholas tuviera veintiún años parecería más su hermano que su hijo. Al no poder recordar a esa autoridad apagó la vela y subió el toldo de la ventana para dejar entrar la luz de la mañana, porque a estas alturas hacía empezado a amanecer.

«Con esta luz tan mala no se ve nada», murmuró la Sra. Nickleby, asomándose al jardín, «y mis ojos no están muy bien, desde niña fui miope,

pero ¡juraría que hay otro gran calabacín asomando entre los pedazos de botellas rotas del borde del muro!».

CAPÍTULO 38

INCLUYE CIERTOS DETALLES SURGIDOS DE UNA VISITA DE CONDOLENCIAS QUE PODRÍAN SER DE IMPORTANCIA MÁS ADELANTE. INESPERADAMENTE, SMIKE SE ENCUENTRA CON UN VIEJO AMIGO QUE LO INVITA A CASA Y QUE NO ACEPTARÁ UNA NEGATIVA

Completamente ignorante de las manifestaciones de su amoroso vecino y de los efectos causados por estas en el susceptible pecho de su madre, a estas alturas Kate Nickleby había comenzado a disfrutar de una firme sensación de calma y felicidad que nunca antes, ni siquiera en atisbos ocasionales y transitorios, había conocido. Viviendo bajo el mismo techo con su amado hermano, del que había sido tan repentina y duramente separada, con la mente en paz, y libre de persecuciones que trajeran el sonrojo a sus mejillas, o le punzaran el corazón, parecía haber pasado a un nuevo estado de existencia. Su antigua alegría se restauró, su paso recobró la elasticidad y ligereza, los colores que habían abandonado su rostro volvieron a iluminarlo, y Kate Nickleby estaba más bella que nunca.

A esa conclusión habían llevado a la Srta. La Creevy sus meditaciones y observaciones una vez que la quinta estuvo, como afirmara ella enfáticamente, «puesta totalmente al derecho, desde las cazuelas de la cocina hasta el limpiabarros de la puerta de la calle», y la atareada mujercita tuvo al fin un momento para pensar en sus moradores.

«Que no lo había tenido, lo juro, desde que llegué aquí», dijo la Srta. La Creevy, «pues no he tenido cabeza más que para martillos, clavos, destornilladores y barrenas, mañana, tarde y noche».

«Yo creo que usted nunca se dedica a sí misma un pensamiento», le respondió Kate, sonriente.

«Le juro, querida, que hay tantas cosas más agradables en qué pensar, que sería una tonta si lo hiciera», dijo la Srta. La Creevy. «Poco a poco, también he pensado en alguien. ¿Sabe usted que observo un gran cambio en una persona de esta familia... un cambio muy extraordinario?».

«¿En quién?», preguntó Kate, ansiosa. «No será en...».

«No es en su hermano, querida», replicó la Srta. La Creevy, anticipando el cierre de la oración; «él sigue siendo el mismo ser afectuoso, de buen carácter y listo, con algún condimento de... no diré de qué... cuando llega la ocasión, como sucedió cuando la conocí a usted. No. Hablo de SMIKE, como le llaman, ¡pobre muchacho! —nunca oírás la palabra “señor” puesta delante de su nombre—, ha experimentado un cambio enorme en este breve tiempo».

«¿Cómo?», preguntó Kate. «¿No se refiere a asuntos de salud?».

«No, quizás no exactamente a la salud», dijo la Srta. La Creevy, deteniéndose a pensar, «aunque es un ser gastado y endeble, y tiene en su rostro algo que me estrujaría el corazón si lo viese en usted. No, no es cuestión de salud».

«¿Y de qué entonces?».

«Apenas lo sé», dijo la pintora de miniaturas. «Pero lo he observado, y muchas veces se me han llenado los ojos de lágrimas al hacerlo. Bueno, eso no es difícil, claro, pues yo me enternezco con mucha facilidad, pero de todas formas en este caso las lágrimas se me escaparon por muy buenas razones. Estoy segura de que, desde que está aquí, por alguna poderosa razón, su débil intelecto se ha fortalecido. Se da más cuenta de todo. Y sufre, porque sabe que a veces divaga y no puede entender cosas muy sencillas. He observado, querida, cuando usted no ha estado cerca, cómo permanece sentado solo, meditando tristemente, con tal mirada de dolor que casi no soporto verlo, y entonces se pone de pie y abandona la habitación, tan afligido y con tal abatimiento, que no puedo decirle cuánta pena me causa. No hace ni tres semanas era un ser atareado y de corazón ligero, contentísimo de encontrarse en medio de todo este alboroto, y tan feliz como largo era el día. Ahora es otra persona... la misma criatura dispuesta, inofensiva, fiel y cariñosa... pero por lo demás no es para nada el mismo».

«Seguramente pronto se le pasará», dijo Kate. «¡Pobre muchacho!».

«Eso espero», repuso su amiga, adoptando una seriedad muy desacostumbrada en ella, «puede ser. Eso espero, por el bien del pobre muchacho, puede ser. Bueno, a otra cosa», dijo la Srta. La Creevy, regresando al tono alegre y hablador habitual en ella, «he dicho lo que quería decir y me he alargado bastante, y no me sorprendería que además anduviera equivocada. En cualquier caso esta noche lo alegraré, pues si va a ser mi acompañante hasta el Strand, iré hablando, y hablando, y hablando, y no pararé hasta que logre hacerlo reír un poco. Así que cuanto antes se vaya mejor para él, y cuanto antes me vaya yo mejor para mí, pues de lo contrario mi criada se va a

poner a pasear reiteradamente con alguien que pudiera robar la casa... aunque no sé, aparte de mesas y sillas, qué podría haber para llevarse, excepto las miniaturas, y muy listo tendría que ser un bandido para deshacerse de ellas y obtener alguna ganancia, pues ni yo lo logro, si he de serle totalmente franca».

Y diciendo esto, la pequeña Srta. La Creevy ocultó su rostro con una cofia muy aplastada, y se ocultó a sí misma dentro de un chal muy grande, y ciñéndose este último al cuerpo por medio de un gran alfiler, declaró que el autobús podía venir cuando quisiese, pues ella estaba ya perfectamente lista.

Pero todavía le quedaba despedirse de la Sra. Nickleby, de modo que, cuando todavía esa buena dama no había concluido de traer a colación ciertos recuerdos que tenían que ver o venían muy al caso para la ocasión, el autobús llegó. Esto lanzó a la Srta. La Creevy a un gran frenesí, a consecuencia del cual, en el momento mismo en que detrás de la puerta estaba recompensando a la sirvienta con dieciocho peniques, se le cayeron del bolsito de mano monedas de medio penique por un valor total de diez peniques que se desparramaron por todos los rincones del pasillo y que llevó un rato considerable recoger. Siguió a esta ceremonia, por supuesto, el acto impostergable de besar por segunda vez a Kate y a la Sra. Nickleby y de juntar el cestito y el paquete de papel de estraza, procedimientos durante los cuales desde «el autobús», como protestaba la Srta. La Creevy, «soltaban unas palabrotas tan terribles que resultaba espantoso oír las». Todo acabó cuando, finalmente, el coche hizo amago de partir, y entonces la Srta. La Creevy salió disparada y entró disparada en él, pidiendo excusas con gran locuacidad a todos los pasajeros, y asegurándoles que bajo ningún concepto los habría hecho esperar a propósito. Mientras ella buscaba un asiento apropiado, el conductor empujó a Smike para que entrara, y gritó que ya estaban listos —aunque no lo estuvieran— y el enorme vehículo partió, haciendo tanto ruido como por lo menos media docena de pesados carros cerveceros.

Dejando ahora al mencionado conductor —que va elegantemente repantigado en su plataformita trasera fumando un oloroso puro— continuar el viaje a su antojo, deteniéndose o reiniciando la marcha, galopando o yendo a paso de tortuga, según le parezca más oportuno y aconsejable a tal caballero, esta narración aprovechará la oportunidad para averiguar en qué estado se encuentra *Sir Mulberry Hawk*, y si a estas alturas se ha recuperado de las lesiones recibidas a causa de la violenta expulsión de su cabriolé acaecida en circunstancias ya descritas.

Con una pierna destrozada, todo el cuerpo severamente magullado, el rostro desfigurado por cicatrices a medio sanar, y pálido por el agotamiento del dolor y la fiebre recientes, *Sir Mulberry Hawk* yacía boca arriba, en la cama en la que estaba condenado a seguir preso todavía durante varias semanas más. El Sr. Pike y el Sr. Pluck, que permanecían sentados y bebiendo a placer en la habitación contigua, de vez en cuando imprimían variaciones a los monótonos murmullos de su conversación introduciendo alguna risa a medias sofocada, al tiempo que el joven lord —único miembro del grupo que no era redomadamente irrecuperable, y que realmente tenía un corazón bondadoso— permanecía sentado junto a su mentor con un puro en la boca, y le leía, a la luz de un farol, aquellos retazos de información extraídos de un periódico del día que juzgaba más susceptibles de suscitar interés o entretenimiento.

«¡Malditos sean esos canallas!», dijo el inválido, volviendo la cabeza con impaciencia en dirección al recinto contiguo; «¿acaso nada detendrá sus gargantas infernales?».

Al oír tal exclamación los señores Pike y Pluck hicieron silencio inmediato, haciéndose guiños recíprocos, y llenaron sus vasos hasta el borde a modo de recompensa por la privación de la palabra.

«¡Demonios!», murmuró el enfermo entre dientes, retorciéndose impacientemente en su lecho. «¿Acaso no es bastante duro este colchón, y la habitación suficientemente aburrida, y el dolor bastante fuerte, para que ellos tengan, además, que torturarme? ¿Qué hora es?».

«Las ocho y media», respondió su amigo.

«Anda, acerca la mesa y volvamos a las cartas», dijo *Sir Mulberry*. «Otra partida de séptimo. Vamos».

Era curioso ver cómo el enfermo, impedido de cualquier cambio de posición salvo el mero giro de su cabeza a un lado y a otro, vigilaba cada movimiento de su amigo mientras el juego avanzaba, y con qué ansias e interés jugaba, y no obstante, con cuántas cautela y calma lo hacía. Su destreza y su habilidad eran veinte veces superiores a las de su adversario, que poco podía contra ellas, incluso cuando la suerte lo favorecía con buenas cartas, lo cual no siempre era el caso. *Sir Mulberry* ganó todas las partidas, y cuando su compañero de juego dejó caer las cartas y se negó a seguir, estiró hacia delante el brazo inútil y se apoderó de las apuestas lanzando una palabrota jactanciosa y la misma risa ronca, aunque de tono considerablemente más bajo, que había hecho resonar en el comedor de Ralph Nickleby meses antes.

Mientras estaba ocupado en eso apareció su sirviente para anunciarle que el Sr. Ralph Nickleby se hallaba en los bajos y deseaba saber cómo se encontraba esa noche.

«Mejor», dijo *Sir Mulberry* con impaciencia.

«El Sr. Nickleby desea saber, señor...».

«Dije que mejor», respondió *Sir Mulberry* golpeando la mesa con la mano.

El sirviente vaciló uno o dos instantes, y entonces dijo que el Sr. Nickleby había pedido permiso para ver a *Sir Mulberry Hawk* si no fuera inconveniente.

«Es inconveniente. No lo puedo ver. No puedo ver a nadie», dijo su amo, más violentamente que antes. «Lo sabes, zopenco».

«Lo siento mucho, señor», le devolvió el sirviente. «Pero el Sr. Nickleby insistió tanto, señor...».

El hecho es que Ralph Nickleby había sobornado al sirviente, que ansioso por ganarse su dinero con vistas a futuros favores, mantenía la puerta abierta, y se aventuraba todavía a demorarse.

«¿Dijo si tenía algún asunto sobre el cual conversar?», preguntó *Sir Mulberry*, tras cavilar con un poco de impaciencia.

«No, señor. Dijo que deseaba verlo a usted, señor. En privado, dijo el Sr. Nickleby, señor».

«Dile que suba. Ven aquí», exclamó *Sir Mulberry*, llamando al hombre de regreso y pasándose la mano por su rostro desfigurado, «quita de ahí esa lámpara y ponía en la base detrás de mí. Saca de ahí esa mesa y pon ahí una silla... un poco más lejos. Déjala así».

El hombre obedeció estas instrucciones como si comprendiera perfectamente el motivo que las dictaba, y abandonó la habitación. Lord Verisopht, comprendiendo que de inmediato regresaría, se trasladó a la pieza contigua, y cerró tras de sí la puerta corrediza.

Entonces se escucharon pasos apagados en la escalera, y Ralph Nickleby, sombrero en mano, se deslizó en la habitación, con el cuerpo inclinado hacia delante como para mostrar profundo respeto y los ojos fijos en el rostro de su benemérito cliente.

«Bien, Nickleby», dijo *Sir Mulberry*, indicándole con un gesto la silla que había junto al lecho, y moviendo la mano con fingida indiferencia, «Tuve un accidente grave, ya ve usted».

«Ya lo veo», prosiguió Ralph, con la misma mirada fija. «¡Ya lo creo que fue grave! No lo habría reconocido a usted, *Sir Mulberry*. Ay, ay. Sí que es

grave».

Los modales de Ralph eran de una humildad y un respeto profundos, y el tono bajo de su voz era el que la más cortés consideración hacia un enfermo recomendaba adoptar al visitante. Pero *Sir Mulberry* advirtió que la expresión de aquel rostro contrastaba extraordinariamente con su actitud: mientras permanecía allí de pie, en su pose habitual, mirando tranquilamente el cuerpo postrado que tenía delante, todas las partes de su rostro que no estaban sumidas en la sombra a causa de sus cejas salientes y contraídas, portaban la impronta de una sarcástica sonrisa.

«Siéntese», dijo *Sir Mulberry*, volviendo el cuerpo hacia él con gran esfuerzo. «¿Acaso soy un fenómeno, para que usted permanezca ahí contemplándome?».

Cuando *Mulberry* volvió el rostro hacia Ralph este retrocedió uno o dos pasos fingiendo un impulso irreprimible de expresar un asombro que estaba firmemente decidido a no expresar, y se sentó con una bien actuada confusión.

«He preguntado en la puerta, *Sir Mulberry*, todos los días», dijo Ralph; «de hecho, dos veces al día al principio... y esta noche, abusando del hecho de conocernos desde hace tiempo, y de que hemos realizado en el pasado negocios de los que hasta cierto punto nos hemos beneficiado mutuamente, no pude resistir la idea de solicitar acceso a su habitación. ¿Ha padecido... ha padecido muchos dolores?», dijo Ralph, inclinándose hacia delante, y permitiendo que la misma sonrisa severa se le compusiera en el rostro, al tiempo que el otro cerraba los ojos.

«Más de lo que hubiera sido de mi agrado, y menos de lo que sería del agrado de algunos escritores mercenarios y agotados que usted y yo conocemos y que meten cizaña entre nosotros, me atrevería a decir», replicó *Sir Mulberry*, moviendo incansablemente el brazo sobre la colcha.

Ralph se encogió de hombros como desaprobando la cólera con la que esto había sido dicho, pues había en el habla y los modales de *Nickleby* una precisión iría e irritante que destrozaba los nervios del enfermo hasta el punto de resultarle casi insoportable.

«¿Y qué hay en eso de “haber realizado en el pasado negocios” que lo haya hecho venir hasta aquí esta noche?», preguntó *Sir Mulberry*.

«Nada», respondió Ralph. «Hay ciertas cuentas de mi lord a las que habría que extender el plazo, pero dejemos eso hasta que usted se encuentre bien. Yo... yo... he venido», dijo Ralph, hablando más lentamente y con énfasis más severo, «he venido a decirle lo afligido que estoy por el hecho de que un

pariente mío, aunque yo haya renegado de él, le haya infligido a usted semejante castigo, que...».

«¡Castigo!», cortó *Sir Mulberry*.

«Sé que fue un castigo severo», dijo Ralph, confundiendo deliberadamente el significado de la interrupción, «y eso me mueve aún más a asegurarle que yo reniego de ese vagabundo... que no lo reconozco como pariente mío... y que lo abandono a su suerte para que reciba su merecido de parte de usted o de cualquier otro hombre. Puede retorcerle el cuello si lo desea. Yo no interferiré».

«Entonces, esa historia que usted me está contando ya está en la calle, ¿eh?», preguntó *Sir Mulberry*, apretando los puños y los dientes.

«Ha corrido la voz en todas direcciones», respondió Ralph. «En todos los clubes y salones de juego se habla de ello, según me cuentan», dijo Ralph, mirando con ansiedad a su interrogador. «Yo mismo no lo he oído directamente, porque no frecuento esos lugares, pero me han dicho que hasta hay un impreso... que circula en privado, claro, pero que anda por toda la ciudad».

«¡Eso es mentira!», dijo *Sir Mulberry*. «Le digo que es mentira. La yegua se espantó».

«Dicen que fue él quien la espantó», observó Ralph, con los mismos modales tranquilos e impasibles. «Hay quienes dicen que el espantado fue usted, pero eso sí es una mentira, bien lo sé. Y así lo he declarado con toda energía... ¡oh, una veintena de veces! Soy un hombre pacífico, pero no puedo oír a la gente decir eso de usted... no, de ningún modo».

Cuando *Sir Mulberry* encontró al fin algunas palabras coherentes que murmurar, Ralph se inclinó hacia delante con la mano puesta en el oído y un rostro tan imperturbable como si todas sus arrugas de severidad estuvieran fundidas en hierro.

«En cuanto me libre de este maldito lecho», dijo el enfermo, golpeándose la pierna rota en el arrebato de su pasión, «me vengaré como no lo haya hecho jamás otro hombre. ¡Por Dios que lo haré! El accidente lo favoreció a él, y a mí me dejó señales de lesiones por una o dos semanas, pero las señales que yo le dejaré a él se las llevará a la tumba. Le abriré de un tajo la nariz y las orejas... lo azotaré... lo mutilaré para toda su vida. Haré más: arrastraré a ese ejemplo de castidad, a ese botón de gazmoñería que es su hermana, por...».

Pudo ocurrir que hasta la fría sangre de Ralph le hirviera en las mejillas en aquel momento. Pudo ocurrir que *Sir Mulberry* recordara que, por más bribón y usurero que fuera, en algún momento de la infancia debió de haber rodeado

el cuello del padre de ella con su brazo. Se detuvo y, amagando un gesto de la mano, confirmó la amenaza no pronunciada con una tremenda palabrota.

«Es muy mortificante», dijo Ralph tras un breve silencio durante el cual miró de forma penetrante al enfermo, «pensar que el hombre de mundo, el calavera, el libertino, el pillo de siete suelas, ¡haya sido reducido a este estado por un simple muchacho!».

Sir Mulberry le lanzó una mirada iracunda, pero la vista de Ralph estaba fija en el suelo, y su rostro no tenía más expresión que la de estar pensativo.

«Un joven imberbe, frágil y novato», prosiguió Ralph, «enfrentado a un hombre cuyo mero peso podría aplastarlo, para no hablar de su destreza en... tengo razón, creo yo. Corríjame si no es cierto», dijo Ralph, alzando la vista, «usted frecuentaba la arena en otro tiempo, ¿no es así?».

El enfermo hizo un gesto impaciente, que Ralph optó por interpretar como anuencia.

«¡Ja!», dijo, «eso creía. Eso fue antes de yo conocerlo, pero estaba casi seguro de no equivocarme. Él es ligero y rápido, supongo. Pero esas son leves ventajas comparadas con las tuyas. La suerte, la suerte... son estos parias de pocos amigos los que la tienen».

«Va a necesitar toda la del mundo cuando yo vuelva a estar bien», dijo Sir Mulberry Hawk, «vuele adonde vuele».

«¡Oh!», replicó Ralph rápidamente, «a él no se le ocurriría hacer eso. Está aquí, mi buen señor, esperando el momento que usted elija... aquí en Londres, caminando las calles al mediodía, después de haberse salido muy bien con la suya. Buscándolo a usted, lo juro», dijo Ralph, con el rostro ensombrecido, ganado por primera vez por su propio odio en la presentación de este alegre cuadro de Nicholas. «Si solo fuéramos ciudadanos de un país donde uno pudiera actuar con seguridad, yo daría mucho dinero para que lo apuñalaran en el corazón y lo arrojaran a una cuneta para que los perros lo despedazaran».

En el momento en que Ralph, tomando un poco por sorpresa a su viejo cliente, se desahogaba con esta muestrcita de sus robustos sentimientos familiares y tomaba el sombrero para retirarse, Lord Frederick Verisopht se asomó a la recámara.

«¿Cómo? En nombre del *diábolo*, Hawk, ¿de qué habláis tú y Nickleby?», dijo el joven. «Jamáis oí una algarabía más inaguantable. Gruñido, gruñido, gruñido. Jau, jau, jau. ¿Cuál ha sido el motivo de todo esto?».

«Sir Mulberry estaba enojado, mi lord», dijo Ralph, mirando hacia el lecho.

«Espero que no sea por dinero. Nada ha salido mal en los negocios, ¿eh, Nickleby?».

«No, mi lord, no», respondió Ralph. «En ese punto siempre estamos de acuerdo. *Sir Mulberry* ha estado recordando la causa de...».

Ralph no tuvo ni motivo ni oportunidad para proseguir, pues *Sir Mulberry* retomó el tema, y prorrumpió en amenazas y palabrotas contra Nicholas casi con la misma ferocidad que antes.

Ralph, que no era un observador cualquiera, se sorprendió al ver que con la continuación de la diatriba la actitud de Lord Verisopht, que al comienzo se había estado ensortijando la punta de los bigotes con un aspecto muy bello y lánguido, experimentó una alteración completa. Y se sorprendió más todavía cuando, al dejar de hablar *Sir Mulberry*, el joven lord, con enojo y casi sin afectación, pidió que nunca volvieran a tratar ese tema en su presencia.

«Tenlo en cuenta, Hawk», añadió con energía desacostumbrada, «nunca colaboraré ni permitiré un ataque cobarde contra ese joven, si está en mis manos evitarlo».

«¡Cobarde, Lord Verisopht!», lo interrumpió su amigo.

«Sí», dijo el otro, volviendo el rostro de lleno hacia él. «Si le hubieras dicho quién eras, si le hubieras dado tu tarjeta para luego enterarte de que su posición social o su carácter te impedían batirte en duelo con él, ya habría estado bastante mal. Juro por lo más grande que eso ya habría estado bastante mal. Porque tú lo agraviaste a él. Y yo también cometí un agravio por no intervenir, y lo lamento. Lo que te ocurrió después fue tanto la consecuencia de un accidente como de la intencionalidad, pero más culpa tuya que de él. Y no se le podrá castigar con crueldad por causa de ello con mi conocimiento... ya lo creo que no».

Con este final enfático, el joven lord les dio la espalda, pero antes de llegar a la habitación contigua se volvió de nuevo y dijo, aun con mayor vehemencia que antes:

«Ahora creo, y juro por mi honor que lo creo, que su hermana es una joven tan virtuosa y modesta como hermosa, y del hermano digo que actuó como debe hacerlo un hermano, y de un modo varonil y enérgico. Y solo deseo con todo mi corazón y mi alma que cualquiera de nosotros hubiera salido de este asunto no más que una fracción de lo bien que ha salido él».

Y diciendo esto, Lord Frederick Verisopht salió de la habitación, dejando a Ralph Nickleby y a *Sir Mulberry* sumidos en el más desagradable asombro.

«¿Este es su alumno?», preguntó Ralph suavemente. «¿O acaba de llegar de un entrenamiento con algún clérigo de campo?».

«A los novatos tontos a veces les dan esos ataques», respondió *Sir Mulberry Hawk*, mordiéndose el labio y señalando en dirección a la puerta. «Déjemelo a mí».

Ralph intercambió una mirada familiar con su viejo conocido, pues de repente se habían vuelto a convertir en confidentes en medio de esta alarmante sorpresa, y regresó a casa pensativo y con paso lento.

Mientras se decían y hacían estas cosas, y mucho antes de que hubieran concluido, el autobús se había desembarazado de la Srta. La Creevy y su acompañante, y estos habían llegado a la puerta de la casa de ella. Ahora bien, el espíritu caritativo de la pequeña pintora de miniaturas de ningún modo iba a permitirle a Smike regresar a pie hasta que se refrescara con algún sorbo de algo agradable y una galleta surtida o algo así. Y como Smike no puso objeciones ni al sorbo de algo agradable ni a la galleta, sino que, por el contrario, consideró que sería una oportuna preparación para una caminata hasta Bow, podemos deducir que se demoró mucho más de lo que era su intención original, y que solo aproximadamente media hora después del ocaso emprendió el regreso a casa.

No había ninguna posibilidad de que se extraviara, pues el camino era bastante recto, y casi todos los días iba a pie hasta la ciudad con Nicholas y regresaba solo. De modo que la Srta. La Creevy y él se estrecharon las manos, y tras recibir encargos de dar de nuevo recuerdos a la Sra. y a la Srta. Nickleby, Smike partió de regreso.

Al pie de la Loma Ludgate se apartó un poco del camino para satisfacer su curiosidad y echar una ojeada al barrio de Newgate. Tras alzar la vista para contemplar durante algunos minutos, con gran cuidado y temor, las sombrías paredes al lado opuesto de la calle, regresó a la ruta anterior, y caminó animadamente por el centro financiero, deteniéndose de vez en cuando para mirar las vitrinas de algún comercio particularmente atractivo, tras lo cual corría un pequeño trayecto y volvía luego a detenerse, y así siguió, como hubiera hecho cualquier otro muchacho del campo.

Había estado observando largo tiempo la vidriera de una joyería, deseando poder llevarse algunas de aquellas bellas fruslerías a casa como regalos, e imaginándose qué placer provocaría si pudiera hacerlo, cuando los relojes dieron las ocho y tres cuartos. Desprezado por el sonido, se apresuró a partir a paso muy rápido, y en el momento en que cruzaba la esquina de una calle secundaria, sintió que lo halaban violentamente, con un tirón tan repentino que se vio obligado a asirse al poste de un farol para no caer. En ese mismo

instante, un chicuelo se aferró con fuerza a su pierna, y un estridente grito de «aquí está, padre... ¡hurra!», vibró en sus oídos.

Smike conocía demasiado bien esa voz. Echó una mirada desesperada en dirección al bulto del que provenía la voz, y temblando de la cabeza a los pies, se dio la vuelta para mirar. El Sr. Squeers lo había enganchado por el cuello del abrigo con el mango de su sombrilla, que agarraba por el otro extremo con todas sus fuerzas. El grito triunfal provenía del joven Wackford, que, a pesar de todos los puntapiés y tirones de Smike para zafarse, se aferraba a él con la tenacidad de un dogo.

Esto lo apreció de una sola ojeada, y con esa única mirada el ser aterrorizado se volvió absolutamente indefenso e incapaz de emitir un sonido.

«¡Así está bien!», exclamó el Sr. Squeers, deslizando gradualmente una mano y luego la otra a lo largo de la sombrilla, y solo desenganchándola cuando tuvo agarrado muy fuertemente el cuello del abrigo de la víctima. «¡Vaya un golpe delicioso! Wackford, mi niño, llama a uno de esos coches».

«¡Padre, un coche!», exclamó el pequeño Wackford.

«Sí, señor, un coche», respondió Squeers, banqueteándose la vista con la fisonomía de Smike. «Al demonio el gasto... llevémoslo en un coche».

«¿Qué fue lo que hizo?», preguntó un obrero, con un cuevo de ladrillos contra el cual —y contra otro compañero de labor— el Sr. Squeers había tropezado al dar el primer tirón de la sombrilla.

«¡De todo!», respondió el Sr. Squeers, mirando fijamente a su antiguo alumno en una especie de trance extático. «De todo... huir, señor... unirse a ataques sanguinarios contra su amo, señor... no hay nada malo que no haya hecho. ¡Oh, qué golpe tan delicioso ha sido este, buen Señor!».

El hombre dirigió una mirada interrogante a Smike, pero todas las facultades mentales que aquella pobre criatura poseía lo habían abandonado completamente. El coche llegó, el joven Wackford entró, Squeers empujó adentro a su trofeo y, pisándole los talones, abordó él mismo el coche y subió las ventanillas. El cochero se montó en su asiento y puso en marcha el vehículo lentamente, dejando a los dos albañiles y a una anciana vendedora de manzanas, y a un chicuelo ciudadano que regresaba de sus clases nocturnas — los únicos testigos de la escena— que hicieran conjeturas a gusto.

El Sr. Squeers se sentó en el asiento frente al desafortunado Smike, y plantándole las manos firmemente sobre las rodillas lo estuvo contemplando unos cinco minutos hasta que, al parecer, recuperándose de su trance, emitió una sonora carcajada y abofeteó varias veces el rostro de su antiguo alumno, golpeando los lados derecho e izquierdo alternativamente.

«¡No es un sueño!», dijo Squeers. «Es de carne y hueso, lo reconozco por el tacto». Y habiendo quedado bastante convencido de su buena suerte gracias a esos experimentos, el Sr. Squeers le propinó unos cuantos golpes más en las orejas, para que el entretenimiento no se hiciera monótono, mientras que, con cada uno de ellos, lanzaba carcajadas más altas y prolongadas.

«Vaya sorpresa que se va a llevar tu madre, mi niño, cuando sepa esto», dijo Squeers a su hijo.

«Oh, seguro que sí, padre», respondió el joven Wackford.

«Quién iba a pensar», dijo Squeers, «que tú y yo justo al dar vuelta en esa esquina, justo en ese instante, nos lo íbamos a encontrar, y que yo lo capturaría con la sombrilla al primer intento, ¡como si lo hubiera enganchado con un garfio...! ¡Ja, ja!».

«¿Y no me agarré yo a su pierna, padre?», dijo el pequeño Wackford.

«Lo hiciste como un toro, mi niño», dijo el Sr. Squeers, dándole palmaditas en la cabeza, «y tendrás la mejor chaqueta de botones y el mejor chaleco que traiga el próximo chico nuevo como recompensa al mérito... ten eso en cuenta. Mantente siempre en la misma senda, y haz lo que veas hacer a tu padre, y cuando mueras irás derecho al Cielo y no te harán preguntas».

Tras decir esto el Sr. Squeers volvió a dar palmaditas en la cabeza de su hijo, y luego en la de Smike... pero con mucha más fuerza, preguntándole con tono burlón cómo se sentía a estas alturas.

«Tengo que ir a casa», respondió Smike, mirando desordenadamente en derredor.

«Seguro que sí. En eso tienes casi toda la razón», respondió el Sr. Squeers. «Irás a casa muy pronto, sí que irás. Te encontrarás en la apacible aldea de Dotheboys, en Yorkshire, en algo menos de una semana, mi joven amigo. Y la próxima vez que te escapes de allí, te doy permiso para que te mantengas alejado. ¿Dónde están las ropas con que huiste, ingrato ladrón?», dijo el Sr. Squeers con una voz severa.

Smike echó una ojeada a la pulcra vestimenta que Nicholas había tenido el cuidado de conseguirle, y se estrujó las manos.

«¿Sabes que podría colgarte fuera de la cárcel de Old Bailey, por huir con esos artículos de mi propiedad?», dijo Squeers. «¿Sabes que es cuestión de horca —y no estoy muy seguro si, además, no sea también cuestión de entregar el cadáver para disección— eso de largarse de una casa de vivienda con algo que *váliga* más de cinco libras? ¿Eh... sabías eso? ¿Cuánto crees que costaron esas ropas que te llevaste? ¿Sabes que esas botas Wellington que usabas costaron veintiocho chelines cuando eran un par y cada zapato por separado siete chelines y seis peniques? Pero conmigo viniste a comprar clemencia al comercio apropiado, y agradece a tus estrellas que sea este que está aquí quien tiene que proporcionarte ese artículo».

Cualquiera que no estuviera familiarizado con el Sr. Squeers podría suponer que se le había agotado totalmente el artículo en cuestión cuando en realidad disponía de un amplio surtido, listo y a mano, para suministrárselo a cualquier recién llegado. Tampoco se habría alterado mucho la opinión de los escépticos cuando prosiguió la observación dándole una hurgonada a Smike

en el pecho con la punta de su sombrilla, y propinándole una nutrida lluvia de golpes en la cabeza y en los hombros con los costados del mismo instrumento.

«Jamás apaleé antes a un chico en un coche de alquiler», dijo el Sr. Squeers, cuando se detuvo a descansar. «Es algo incómodo, ¡pero la novedad le imprime también un cierto encanto!».

¡Pobre Smike! Esquivó los golpes lo mejor que pudo, y ahora, hundido en un rincón del coche, con la cabeza apoyada en las manos, y los codos en las rodillas, permanecía aturdido y estupefacto, sin la menor idea de qué acción emprender para escapar del todopoderoso Squeers, ahora que no tenía ningún amigo con quien hablar o aconsejarse, igual que le sucediera durante todos aquellos desdichados años de su vida en Yorkshire antes de que llegara Nicholas.

El viaje parecía infinito: entraban y salían, una calle tras otra, y seguían avanzando a sacudidas. Al cabo de un rato el Sr. Squeers comenzó a asomar la cabeza por la ventanilla cada medio minuto y a vocear una sarta de indicaciones al cochero. Y después de pasar, con cierta dificultad, por varias calles pobres en las que la apariencia de las casas y el mal estado del camino denotaban su construcción reciente, el Sr. Squeers de repente haló el cordón de parada con toda su fuerza y gritó: «¡Alto!».

«¿Por qué trata usted de arrancarme el brazo?», dijo el cochero, bajando la vista con enojo.

«Esa es la casa», respondió Squeers. «La segunda de esas cuatro casitas de una sola planta, con las contraventanas verdes... hay una placa de bronce en la puerta con el nombre de Snawley».

«¿Y no podía decir eso sin arrancarle los miembros del cuerpo a uno?», preguntó el cochero.

«¡No!», voceó el Sr. Squeers. «Y si dice una sola palabra más lo demandaré por tener una ventanilla rota. ¡Deténgase!».

Obediente a esa instrucción, el coche se detuvo a la puerta del Sr. Snawley. Puede recordarse al Sr. Snawley como el caballero pulcro y virtuoso que confió a dos hijos (de su esposa) al paternal cuidado del Sr. Squeers, tal como se narró en el cuarto capítulo de esta historia. La casa del Sr. Snawley estaba en el límite extremo de algún nuevo asentamiento adyacente a Somers Town, y el Sr. Squeers se había alojado allí durante una breve temporada, puesto que su estancia se había prolongado más de lo previsto, y como el Sarraceno ya había experimentado el apetito del joven Wackford había

declinado recibirlo en cualquier otra condición que no fuera la de un cliente totalmente adulto.

«¡Aquí estamos!», dijo Squeers, apresurando a Smike para que entrara en el saloncito, donde el Sr. Snawley y su esposa estaban cenando langosta. «He aquí el vagabundo... el delincuente... el rebelde... el monstruo de ingratitude».

«¿Cómo? ¡El chico que huyó!», exclamó Snawley, dejando descansar, erguidos sobre la mesa, el cuchillo y el tenedor, y abriendo al máximo los ojos.

«El mismo», dijo Squeers, acercando su puño a la nariz de Smike, y volviendo a alejarlo, y repitiendo el proceso varias veces con un aspecto cruel. «Si no estuviera en presencia de una dama le daría tal... está bien, se la debo».

Y en ese punto el Sr. Squeers relató cómo y de qué manera y cuándo y dónde había capturado al fugitivo.

«Está claro que la Providencia intervino en ello, señor», dijo el Sr. Snawley bajando la vista con aspecto de humildad, y apuntando al techo con su tenedor, con un pedacito de langosta en la punta.

«La Providencia está en su contra, sin duda», respondió el Sr. Squeers, rascándose la nariz. «Claro, eso cabía esperar. Cualquiera lo habría sabido».

«La dureza de corazón y las malas obras jamás prosperarán, señor», dijo el Sr. Snawley.

«Jamás se supo de nada parecido», prosiguió Squeers, sacando un rollo de billetes de su cartera para comprobar que todos estaban a salvo.

«Sra. Snawley, he sido», dijo el Sr. Squeers, cuando quedó satisfecho sobre ese punto, «he sido el benefactor, el alimentador, el maestro y el vestidor de este sujeto. He sido el amigo clásico, comercial, matemático, filosófico y trigonométrico de este sujeto. Mi hijo, mi único hijo, Wackford, ha sido su hermano. La Sra. Squeers ha sido su madre, abuela, tía... ¡Ah!, y también podría decir que tío, todos en una. Jamás entendió a nadie, exceptuando a esos dos simpáticos y encantadores chicos suyos, como entendía a este individuo. ¿Y qué recibo a cambio? ¿Qué se hizo de mi leche de bondad humana? Se vuelve cuajadas y suero al mirarlo».

«Y bien que sí, señor», dijo la Sra. Snawley. «¡Oh! Y bien que sí, señor».

«¿Dónde ha estado todo este tiempo?», preguntó Snawley. «¿Ha estado viviendo con...?».

«¡Ah, señor!», interrumpió Squeers, volviendo a enfrentar a Smike. «¿Ha estado usted viviendo con ese endemoniado de Nickleby, señor?».

Pero ni amenazas ni bofetadas podían sacarle a Smike una sola palabra de respuesta a esta pregunta, pues internamente había decidido que preferiría perecer en la miserable prisión a la que estaba a punto de ser de nuevo consignado, antes que pronunciar una sola sílaba que involucrara a su primer y único amigo. Ya había recordado los estrictos mandatos de secreto respecto a su vida pasada que Nicholas le había impuesto cuando viajaron desde Yorkshire, y una confusa y complicada idea referida a que su benefactor podría haber cometido un crimen terrible al llevárselo a él, y que esto podría exponerlo a algún castigo muy severo si fuera detectado, contribuyeron en cierto grado a reducirlo a su estado actual de apatía y terror.

Esos eran los pensamientos —si es que pudiera aplicarse tal término a las imperfectas e indefinidas visiones que vagaban por su cerebro debilitado— presentes en la mente de Smike, y que lo volvían sordo tanto a la intimidación como a la persuasión. Convencido al cabo de que todo esfuerzo era inútil, el Sr. Squeers lo condujo a un cuartito en los altos en el que habría de pasar la noche. Y tras tomar la precaución de quitarle los zapatos, el abrigo y el chaleco, y también de cerrar con llave la puerta desde afuera, por si acaso reunía energía suficiente para realizar un intento de evasión, ese benemérito caballero lo abandonó a sus meditaciones.

No es posible relatar cuáles fueron esas meditaciones, ni cómo se hizo añicos en su interior el corazón de esa pobre criatura al pensar —¿cuándo, siquiera un momento, dejó de pensar?— en su antiguo hogar, y en los queridos amigos y en los rostros familiares asociados a este. Para preparar la mente para un sueño tan pesado hay que detener su crecimiento mediante el rigor y la crueldad en la infancia. Tiene que haber años de aflicción y sufrimiento que ningún rayo de esperanza alumbre. Las cuerdas del corazón, que late con rápida respuesta a la voz de la dulzura y el afecto, tienen que haberse oxidado y roto en sus sitios secretos, sin portar el eco demorado de palabra alguna de amor o bondad. Lóbrego, en efecto, debió de haber sido el breve día, y sombrío el largo, largo crepúsculo que antecede a una noche de intelecto tal como la suya.

Había voces que hubieran podido desperezado, incluso entonces, pero estos sonidos bienhechores no podían penetrar hasta allí. Y se arrastró hasta el lecho como el mismo ser indiferente, sin esperanza, arruinado, que Nicholas encontrara por primera vez en la escuela de Yorkshire.

CAPÍTULO 39

EN EL QUE OTRO VIEJO AMIGO SE ENCUENTRA CON SMIKE, MUY
OPORTUNAMENTE Y CON ALGÚN RESULTADO

La noche cargada de tanta amargura para aquella pobre alma había cedido su lugar a una mañana de verano luminosa y sin nubes, cuando un coche de correos proveniente de las tierras del norte atravesó con alegre ruido las calles aún silenciosas de Islington y, anunciando vigorosamente su cercanía con el animado toque de corneta del guardia, prosiguió con su estrépito hasta su parada, muy próxima a la oficina de correos.

El único pasajero en la parte exterior era un campesino fornido y de aspecto honesto que viajaba en el banco del conductor, y que con la vista fija en el domo de la catedral de Saint Paul, estaba tan absorto en su maravillada admiración, que permanecía insensible a todo el bullicio del desembarco de maletas y paquetes, hasta que, cuando bajaron de repente una de las ventanillas del coche, él miró hacia atrás y halló un bonito rostro femenino que justo en ese momento se asomaba.

«¡Mira *pacá*, moza!», voceó el campesino, señalando hacia el objeto de su admiración. «Ahí *mismo* tienes la *Irglesia e Saint Paul*. *Várgame Dio*, que esa sí que *e una e la grande*, sí que lo *e*».

«¡Por Dios, John! Jamás pensé que fuera ni la mitad de grande. ¡Qué monstruo!».

«¡*Montruo...!* *Pue* que *haiga* un poco *e verdá* en eso, lo creo, Sra. Browdie», dijo con buen talante el campesino mientras bajaba lentamente con su enorme sobretodo. «¿Y qué te *cree* tú que *e ese erdificio... er que etá* al otro *lao e la calle*? Ni en *to* un año lo *ardivinas*. No *e ma* que una *ofircina e correo*. ¡Jo! ¡Jo! Por eso tienen que cobrar *er flaqueo* según el número *e página e la carta*. ¡Una *ofircina e correo*! ¿Qué te *cree*? *Várgame Dio*, si eso no *e ma* que una *ofircina e correo*, quisiera ver *aónde vive er arcarde e Londre*».

Habiendo dicho esto, John Browdie —pues era él— abrió la portezuela del coche, y dándole a la Sra. Browdie, que antes fuera Srta. Price, un

toquecito en la mejilla al mirar hacia adentro, estalló en un bullicioso ataque de risa.

«¡Vaya!», dijo John. «¡Por *mi zapato* juro que *me se* ha *vuelto* a quedar *dormía!*».

«Estuvo dormida toda la noche, y también todo el día de ayer, exceptuando un minuto o dos de vez en cuando», respondió la elegida de John Browdie, «y lamenté mucho que despertara, ¡porque ha estado de tan mal genio!».

El objeto de estas observaciones era una figura soñolienta, tan envuelta en chal y capa que habría sido imposible adivinar su sexo, a no ser por la cofia de castor marrón y el velo verde que adornaban su cabeza y que, aplastados y machucados después de cuatrocientos kilómetros aprisionados en aquel ángulo particular del vehículo del que ahora procedían los ronquidos de la dama, presentaban un aspecto suficientemente ridículo como para conmover a músculos menos susceptibles a la risa que los del rubicundo rostro de John Browdie.

«¡*Jola!*», exclamó John, halando un extremo del velo aplastado. «*Vamo, adepierta*, anda».

Luego de mucho amadrigarse en el viejo rincón, y de muchas exclamaciones de impaciencia y cansancio, la figura pugnó por adoptar una postura sentada. Y allí, bajo una masa de castor ajado, y con el rostro enmarcado por un semicírculo de papelillos azules de rizar, aparecieron los delicados rasgos de la Srta. Fanny Squeers.

«¡Oh, Tilda!», exclamó la Srta. Squeers, «¡cómo me has estado dando puntapiés a lo largo de toda esta bendita noche!».

«Bueno, la verdad es que lo hice con gusto», respondió su amiga, riendo, «puesto que te tomaste casi todo el coche para ti sola».

«No lo niegues, Tilda», dijo la Srta. Squeers, con un tono imponente, «porque es cierto que lo hiciste, y nada conseguirás con negarlo. Quizás no te diste cuenta mientras dormías, Tilda, pero yo no he pegado los ojos ni una vez, así que merezco que me crean, me parece a mí».

Y con esa respuesta, la Srta. Squeers se ajustó la cofia y el velo, a los que solo alguna intervención sobrenatural y una suprema suspensión de las leyes de la naturaleza hubieran podido devolver alguna forma, cualquiera que esta fuese. Y felicitándose a todas luces por lo desacostumbradamente bien que lucía, y sacudiéndose las migas de los bocadillos y los pedacitos de galletas que se habían acumulado sobre sus muslos, aceptó el brazo que John Browdie le extendía y descendió del coche.

«Ajora», dijo John, después de que llamaran un coche de alquiler y lo cargaran rápidamente con las damas y con el equipaje, «Andese al Cabeza e Sarah, *jombre*».

«¿Aónde?», preguntó el cochero.

«¡Dios mío, Sr. Browdie!», interrumpió la Srta. Squeers. «¡Oigan eso! Cabeza del Sarraceno».

«Oh, claro», dijo John. «Sabía que era *argo* que tenía que ver con Sarah... a la Cabeza de Sarah Seno. ¿Sabe *aónde* queda?».

«Oh, ah, lo conozco», respondió el cochero con brusquedad mientras cerraba de golpe la portezuela.

«Querida Tilda, ¡mira!», protestó la Srta. Squeers, «nos tomarán por no sé qué».

«Que *no* tomen cuando *no haigan encontrao*», dijo John Browdie; «*no vinimo a Londre na ma que pa disvetirnos, ¿no e verdá?*».

«Espero que no, Sr. Browdie», respondió la Srta. Squeers, con un aspecto singularmente abatido.

«Bien, *ertonce*», dijo John, «*no improta. Na ma que llevo cuatro día e casao, por curpa e mi pobre y viejo pare que me se murió y me orbligó a porponer er casorio. Miren qué grupito pa una boda... la noivia, su dama e jonor, y er noivio... si no se disvieta uno ajora, ¿pa cuándo lo va a dejar, eh? Que to se vaya al denmonio, pero eso e lo que yo quiero que me repondan*».

Entonces, a fin de comenzar a divertirse cuanto antes y sin pérdida de tiempo, el Sr. Browdie dio a su esposa un fuerte beso, y consiguió arrebatarse otro a la Srta. Squeers, quien le opuso la resistencia propia de una doncella, consistente en arañazos y forcejeos que todavía duraban para el momento en que llegaron al Cabeza de Sarraceno.

Luego el grupo se retiró de inmediato a descansar, pues se requería un sueño reparador después de un viaje tan largo. Y después volvieron a encontrarse, a eso del mediodía, para un desayuno sustancioso, servido, por instrucciones del Sr. John Browdie, en una pequeña habitación privada en los altos con una vista no obstaculizada por los establos.

Con solo ver a la Srta. Squeers, ahora libre del castor marrón, el velo verde y los papelillos de rizar azules, y engalanada con todo el esplendor virginal de su vestido y su chaquetilla, y una cofia de muselina blanca, y una rosa —esplendorosamente abierta— artificial, de damasco, en su interior, con su lujuriente corte de cabellos a lo *garçon* arreglado en rizos tan apretados que era imposible que pudieran deshacerse por ningún accidente, y la copa de su cofia orlada también con rositas de damasco, que podrían suponerse otros

tantos vástagos prometedores de la otra grande... con solo haber visto todo esto, y haber visto el ancho cinto de damasco —en combinación con la rosa tamaño familiar y con las pequeñas— que rodeaba su esbelta cintura, y que en virtud de una feliz habilidad empezaba en la parte corta que la chaquetica tenía detrás... tras haber contemplado todo esto, y haber cobrado conciencia, además, de los brazaletes de coral (algo escasos de cuentas, y ensartados con una cuerda negra muy visible) que rodeaban sus muñecas, así como del collar de coral que reposaba en su cuello, y del que colgaba, por fuera del vestido, un solitario corazón de cornalina, que remedaba sus propios afectos ociosos... haber contemplado todas esas mudas pero expresivas exhortaciones a los más puros sentimientos de nuestra naturaleza, podría haber producido el descongelamiento del hielo de la más vieja edad, y asimismo haber vertido combustible renovado e inextinguible sobre el fuego de la juventud.

El camarero quedó impactado. Aunque fuese camarero, también él tenía pasiones y sentimientos humanos, y se quedó mirando muy fijamente a la Srta. Squeers mientras le servía los molletes.

«¿Sabe usted si mi padre está aquí?», preguntó la Srta. Squeers con dignidad.

«¿Perdón, señorita?».

«Mi padre», repitió la Srta. Squeers, «¿está aquí?».

«¿Aquí dónde, señorita?».

«¡Aquí, en esta casa!», respondió la Srta. Squeers. «Mi padre —el Sr. Wackford Squeers— se está alojando aquí. ¿Se encuentra?».

«No sabía que hubiera ningún caballero con ese nombre en la casa, señorita», respondió el camarero. «Tal vez esté en el café».

Tal vez esté. ¡Qué bonito, en verdad! Ahí estaba la Srta. Squeers, que durante todo el viaje a Londres había estado contando con poder mostrar a sus amigos que se sentiría como en casa, y cuánto interés respetuoso motivarían su nombre y sus relaciones, ¡y a la que acaba de decirsele que su padre tal vez estuviera allí! «¡Como si fuera un tipo cualquiera!», observó la Srta. Squeers con enfática indignación.

«Más vale que *pergunte*, *jombre*», dijo John Browdie. «Y ve pidiendo otro *patelito e paloma*, ¿eh? *Mardito sea er tío*», murmuró John, mirando el plato vacío mientras el camarero se retiraba, «¿Y tiene valor *pa* decir que *eto e un patel... tre palomita* y una *cantidá insirnificante e birsté*, y una *croteza* tan ligerita que vaya *usté* a saber si la tiene *toavía* en la boca o si ya se fue? ¡Me *pergunto cuánto patelito deso* hay que juntar *pa* hacer un *densayuno!*».

Tras un breve intervalo, que John Browdie dedicó al jamón y a una ronda de carne de res fría, el camarero regresó con otro pastel, y con la información de que el Sr. Squeers no se alojaba en la casa, sino que iba allí todos los días, y que en cuanto llegara lo conducirían al piso superior. Tras decir esto se marchó, y no se había alejado ni dos minutos cuando regresó con el Sr. Squeers y su ilusionado hijo.

«Vaya, ¿a quién se le hubiera ocurrido esto?», dijo el Sr. Squeers después de saludar al grupo y de recibir por boca de su hija alguna información familiar de carácter privado.

«¡Cómo que a quién, papá!», respondió la joven con rencor. «Pero ves que Tilda al fin se casó».

«Y *ete* que *etá* aquí *etá* loco por ver *Londre, maetro*», dijo John, atacando el pastel vigorosamente.

«Esa es una de las cosas que los hombres jóvenes hacen cuando se casan», replicó Squeers, «y que acaba con su dinero en un santiamén. Cuánto mejor no sería ahorrarlo para la educación de sus hijos, por ejemplo», dijo el Sr. Squeers de un modo moralizante. «Estos llegan antes de que uno se dé cuenta. Eso me hicieron a mí los míos».

«¿Quiere picar un poco?», dijo John.

«Yo no», respondió Squeers, «pero le agradeceré que deje que el pequeño Wackford ataque algo gordo. Déselo en la mano, pues de lo contrario el camarero se lo cobra, y ya sacan bastante ganancia en este tipo de comida sin eso. Si usted oye que viene el camarero, señor, métaselo en el bolsillo y mire por la ventana, ¿me oye?».

«Estoy despierto, padre», respondió el obediente Wackford.

«Bien», dijo Squeers, volviéndose hacia su hija, «ahora te toca a ti el turno de casarte. Tienes que darte prisa».

«Oh, no tengo ninguna premura», dijo la Srta. Squeers con tono cortante.

«¿No, Fanny?», exclamó su vieja amiga con cierta socarronería.

«No, Tilda», respondió la Srta. Squeers sacudiendo con vehemencia la cabeza. «Yo... puedo esperar».

«Y parece que los jóvenes también, Fanny», observó la Sra. Browdie.

«No soy yo la que voy a correr detrás de ellos, Tilda», replicó la Srta. Squeers.

«No», le devolvió su amiga; «eso es extremadamente cierto».

El tono sarcástico de esta respuesta pudo haber provocado una réplica bastante áspera por parte de la Srta. Squeers, que además de tener por naturaleza muy mal genio —agravado ahora por el viaje y los traqueteos

recientes— estaba algo irritada por los viejos recuerdos y el fracaso de sus propios designios respecto al Sr. Browdie, y la áspera réplica habría podido conducir a muchas réplicas más, que habrían podido conducir a sabe Dios qué cosa, si el tema de conversación no hubiera sido cambiado accidentalmente, en aquel mismo instante, por el propio Sr. Squeers.

«¿Qué les parece?», dijo este caballero. «¿A que no adivinan a quién echamos mano, Wackford y yo?».

«¡Papá!, ¿no habrá sido al Sr...?», la Srta. Squeers fue incapaz de concluir la frase, pero la Sra. Browdie la ayudó, y agregó: «¿Nickleby?».

«No», dijo Squeers, «pero de todos modos, ¡caliente, caliente!».

«¿No irás a decir que a Smike?», exclamó la Srta. Squeers, aplaudiendo.

«Pues eso digo», prosiguió su padre. «Lo atrapé definitivamente».

«¡Eeeh!», exclamó John Browdie, empujando lejos su plato. «*Tiene a ese pobre... mardito sinvregüenza... ¿aónde?*».

«¿Dónde? En el cuarto trasero del último piso del sitio donde me alojo», respondió Squeers, «con él de un lado y la llave del otro».

«¡En *vuetro alojamiento!* ¿Lo tiene *aonde* está *arlojaó?* ¡Jo, jo! ¡El *maetro* se le *ecapa* a *toa* Inglaterra! Choque esa mano, *jombre*, *mardito* sea yo, pero he de *etrear* su mano por ello. ¿*Atrapao* en *er alojamiento* suyo?».

«Sí», respondió Squeers, tambaleándose en el asiento por el golpe de felicitación que le propinó en el pecho el fornido hombre de Yorkshire. «*Gracia*. Pero no lo vuelvas a hacer. Sé que tu intención es buena, pero es más bien doloroso... sí allí está. No está mal, ¿eh?».

«¡Maaal!», repitió John Browdie. «Solo oírlo *bata pa asuntar* a un *jombre*».

«Pensé que ustedes se sorprenderían un poco», dijo Squeers, frotándose las manos. «Se hizo con bastante pulcritud, y bastante rapidez también».

«¿Cómo fue?», preguntó John, sentándose próximo a él. «Cuéntalo, *jombre*. *Vamo*, pronto».

Aunque no podía mantenerse al paso de la impaciencia de John Browdie, el Sr. Squeers relató, tan rápidamente como pudo, el afortunado trance gracias al cual Smike había caído en sus manos, y, exceptuando los momentos en que fue interrumpido por las exclamaciones de admiración de su auditorio, no hizo pausas en el recuento hasta conducirlo hasta su mismísimo final.

«Temiendo que por alguna casualidad se me escapara», agregó Squeers al finalizar, y aparentando una gran astucia, «reservé tres puestos en la parte exterior de un coche para mañana por la mañana, para Wackford, él y yo. Y

arreglé las cosas para dejar las cuentas y los nuevos chicos al cuidado del agente, ¿comprenden? Así que fue muy afortunado que ustedes llegaran hoy, pues de lo contrario ya no nos habrían hallado. Y como están las cosas, a no ser que vengan a tomar el té conmigo esta noche, no volveremos a vernos antes de nuestra partida».

«Ni una *parlabra ma*», le respondió el hombre de Yorkshire, estrechándole la mano. «Irámos aunque *etuviera a ma de trenta kirlómetros e ditancia*».

«¿De veras?», le devolvió el Sr. Squeers, que no había esperado que le aceptaran con tanto entusiasmo su invitación, pues de lo contrario lo habría pensado dos veces antes de extenderla.

La única respuesta de John Browdie fue otro apretón de manos, y la promesa de que no empezarán a ver Londres hasta el día siguiente, para poder estar en casa del Sr. Snawley a las seis de la tarde sin falta. Y tras un poco más de conversación, el Sr. Squeers y su hijo partieron.

Durante el resto del día el Sr. Browdie estuvo en un estado muy extraño y excitable, estallando ocasionalmente en una explosión de risa, para luego agarrar el sombrero y salir al patio de los coches con vista a saciarse a solas. También estaba muy desasosegado, y constantemente entraba y salía, y castañeteaba los dedos, y danzaba trocitos de rústicos bailes campesinos, y, en resumen, se comportaba de un modo tan fuera de lo común, que la Srta. Squeers opinaba que se estaba volviendo loco, y después de comunicárselo exactamente en estos términos a su querida Tilda, le rogó que no se angustiara. Sin embargo, la Sra. Browdie, no viendo motivo mayor para alarmarse, comentó que ya antes lo había visto así una vez, y que aunque él con toda seguridad se sentiría mal después, no era nada muy grave y que por lo tanto lo mejor sería dejarlo en paz.

El resultado demostró que ella estaba perfectamente en lo cierto, pues cuando todos estuvieron sentados en el salón del Sr. Snawley aquella tarde, y justo cuando empezaba a caer la noche, John Browdie se sintió tan mal y su cabeza fue presa de un mareo tan alarmante que todo el grupo quedó sumido en la mayor consternación. Su buena dama, es cierto, fue la única de los reunidos que conservó suficiente presencia de ánimo como para señalar que, si se le permitiese descansar en el lecho del Sr. Squeers durante aproximadamente una hora y se le dejase totalmente solo seguramente se volvería a recuperar casi con la misma rapidez con la que había enfermado. Nadie pudo negarse a intentar una propuesta tan razonable antes de mandar a buscar a un médico. Por consiguiente se ayudó a John a subir las escaleras

con gran dificultad, pues tenía un peso monstruoso, y regularmente retrocedía a tropezones dos de cada tres peldaños que subía. Una vez depositado en la cama, lo dejaron al cuidado de su esposa, que al poco rato reapareció en el salón con la grata noticia de que ya estaba profundamente dormido.

Ahora bien, el hecho es que en ese preciso momento John Browdie se hallaba sentado en la cama con el rostro más rojo que jamás se haya visto y con una punta de la almohada embutida en la boca para evitar que su risa rugiera demasiado alto. En cuanto consiguió reprimir esa emoción se quitó los zapatos y, deslizándose a la habitación contigua en la que estaba confinado el prisionero, dio vueltas a la llave que estaba colocada en la parte de afuera, y entrando rápido como una flecha, cubrió la boca de Smike con su enorme mano antes de que este pudiera pronunciar sonido alguno.

«Por *Dio*, ¿me *renconoce, jombre?*», murmuró el hombre de Yorkshire al desconcertado muchacho. «Soy Browdie, *er* tío que se encontró contigo *dipué* de que *aspalearan ar maetro*».

«Sí, sí», exclamó Smike. «¡Oh!, ayúdeme».

«¡*Aryudarté!*», respondió John, tapándose la boca en cuando lo dijo. «No *necesitaria aryuda* si no fuera *er joverzuelo ma* tonto que yo *haiga* *conoció* en *lo día e* mi vida. ¿*A qué cree* que he *veníó*, si no?».

«Él me atrapó. ¡Oh!, él me atrapó», exclamó Smike.

«¡Te *astrapó!*», respondió John. «¿Y por qué no lo *gorpeates* en la cabeza, o te *larzate ar* suelo dando *puntape* y llamando a la policía? A tu *edá*, yo habría *venció* a una docena como *er*. Pero tú *ere* un pobre tío *desbaratao*», dijo John con tristeza, «y que *Dio* me *predone* por *jartarme* frente a una de *su ma désbile criartura*».

Smike abrió la boca para hablar, pero John Browdie lo detuvo.

«*Etate* quieto», dijo el hombre de Yorkshire, «y no *diga* ni una sola *parlabra hata* que yo no te dé *premisó*».

Formulada esta advertencia, John Browdie sacudió significativamente la cabeza, y sacándose un destornillador del bolsillo quitó con toda calma y gran destreza el cuerpo de la cerradura, y lo puso, junto con la herramienta, en el suelo.

«¿*Vite* eso?», dijo John, «eso será obra tuya. *Ajora*, *lárgate*».

Smike lo contempló con una mirada vacía, como si fuera incapaz de entender lo que quería decir.

«Digo que te *largue*», repitió John con premura. «¿*Sabe aónde e* que *vivé?* ¿*Lo sabe?* Bien. ¿*Esa ropa e* tuya, o *e der maetro?*».

«Mía», respondió Smike, cuando el hombre de Yorkshire lo condujo de prisa a la habitación contigua, y le señaló un par de zapatos y un abrigo que yacían sobre una silla.

«Anda a *ponételo*», dijo John, metiendo el brazo equivocado en la manga equivocada, y dando vueltas a la cola del abrigo en torno al cuello del fugitivo. «*Ajora, sírgueme*, y cuando *llegue* a la puerta e afuera, *dobra* a la derecha, y *ello* no te verán pasar».

«Pero... pero... él me oirá cerrar la puerta», respondió Smike, temblando de la cabeza a los pies.

«*Antonce* no la *cierre* y se acabó», replicó John Browdie. «*Mardita* sea, *¡epero* que no *tenga* *mieo* de que *er* *maestro* *astrape* un *refriao!*».

«No», dijo Smike, con los dientes castañeándole en la boca. «Pero me atrapó a mí una vez y volverá a hacerlo. Lo hará, ya lo creo que lo hará».

«¡Lo *jará*, lo *jará!*», respondió John con impaciencia. «No lo *jará*, no lo *jará*. Oye acá. Quiero hacer *eto de a por la buena*, y dejar que *ello* piensen que te *ecapate* por *tu propio medio*, pero si *er* sale de ese salón cuando tú *esté juyendo*, no te *vaya* a *acompadecer* de lo *jueso der*, *pue* yo no me *acompadeceré*. Si *er* lo *decubre* poco *dispué*, yo lo *depararé*, *pa* que lo *sepa* tú. Pero si tú *mantiene* *er* ánimo en *arto*, *estará* en casa *ante* de que *ello* se *anteren* de que te *fuite*. Ven».

Smike, que comprendió justo lo suficiente para saber que la intención era alentarlo, ya se disponía a seguirlo con pasos tambaleantes cuando John le susurró al oído:

«*Antonce* solo *dírgale* a su joven amo que me he *encasao* con Tilly Price, y que podrá *ancontrarme* *ma dipué* en el Sarraceno, y que no siento celo *der... mardita* sea, casi *erploto* cuando *arrencuerdo* aquella noche. *Dio*, me parece *etarlo* viendo *ajora*, *¡astacando* *aquello pane flaquiticos* con *mantenquilla!*».

Era un recuerdo que le provocaba bastante risa a John, que ya estaba a un tilín de estallar en una sonora carcajada. No obstante, controlándose justo a tiempo mediante un gran esfuerzo, se deslizó escaleras abajo halando a Smike tras de sí, y ubicándose cerca de la puerta del salón para enfrentar a la primera persona que pudiera salir a su encuentro le hizo una señal para que huyera.

Habiendo llegado hasta ahí, Smike no requirió que lo volvieran a incitar. Después de abrir suavemente la puerta de la casa y de echarle a su salvador una mirada en la que se mezclaban la gratitud y el terror partió en la dirección que se le señalara y se alejó tan veloz como el viento.

El hombre de Yorkshire permaneció en el mismo sitio unos pocos minutos, pero al descubrir que la conversación proseguía allá adentro sin pausas, volvió a deslizarse escaleras arriba sin que lo oyeran, y allí permaneció escuchando, encimado sobre la baranda de la escalera, durante una hora completa. Como todo permanecía en perfecta calma volvió a echarse en la cama del Sr. Squeers, y tapándose la cabeza con la cubrecama, se rio hasta que por poco se asfixia.

Si hubiera habido alguna persona cerca que pudiera ver cómo temblaba la ropa de cama y cómo surgía de vez en cuando, por encima de las sábanas, el gran rostro encamado y la redonda cabeza del hombre de Yorkshire, como algún monstruo jovial que subiera a la superficie a respirar y volviera a hundirse, convulsionado por la risa que le volvía a atacar una y otra vez, esa persona se habría divertido tanto como el propio John Browdie.

CAPÍTULO 40

EN EL QUE NICHOLAS SE ENAMORA. EMPLEA A UN MEDIADOR, CUYAS GESTIONES SE VEN CORONADAS CON UN ÉXITO INESPERADO, EXCEPTO EN UN ÚNICO ASPECTO EN PARTICULAR

Habiéndose vuelto a librar de las garras de su viejo perseguidor, no se requería ningún estímulo adicional para convocar la energía y el esfuerzo máximos que Smike era capaz de concitar en su ayuda. Sin hacer una pausa momentánea para reflexionar sobre la dirección que estaba tomando y la probabilidad de que esta lo condujera a casa o al extremo opuesto, huyó de allí con sorprendente rapidez y constancia, transportado por las alas que solo el miedo puede vestir, e impulsado por gritos imaginarios de la bien recordada voz de Squeers, que con un tumulto de perseguidores parecía estar muy cerca sobre sus talones, ora a una mayor distancia detrás, y ora ganándole más y más terreno detrás de él, según se alternaran la esperanza y el terror para agitarlo por tumos.

Mucho después de haberse convencido de que esos sonidos no eran más que la creación de su excitado cerebro, seguía manteniendo en su carrera una velocidad que ni siquiera la debilidad ni el agotamiento lograban disminuir. Y no fue hasta que la oscuridad y el silencio de una carretera rural lo hicieron volver en sí, y el cielo estrellado encima de él le advirtió sobre la rápida fuga del tiempo, que, cubierto de polvo y jadeante, se detuvo a mirar y a escuchar a su alrededor.

Todo estaba inmóvil y en silencio. A lo lejos, un relumbre que arrojaba su cálido brillo al cielo indicaba dónde se erguía la enorme ciudad. Campos solitarios, divididos por setos vivos y zanjas, en muchos de los cuales había chocado y a través de los cuales se había abierto paso con dificultad en su huida, orlaban la carretera, tanto por la senda a través de la que había venido como por el lado opuesto. Y ya era muy tarde. Difícilmente podrían encontrarlo por los caminos que había tomado, y si alguna esperanza podía tener de llegar hasta su propia morada, seguramente tendría que ser

aprovechando esta hora de la noche y ocultado por la oscuridad. Esto se hizo gradualmente muy claro incluso para la mente de Smike. Al principio tuvo la idea vaga e infantil de adentrarse unos 15 o 20 kilómetros a campo través, y luego regresar a casa haciendo un amplio recorrido que lo mantuviera alejado de Londres —tan grande era su aprensión de tener que atravesar solo las calles, por miedo a volver a encontrar a su temido enemigo— pero, resistiendo a esos pensamientos, volvió sobre sus pasos, y encaminándose por la carretera abierta, aunque no desprovisto de muchos temores y recelos, volvió a dirigirse hacia Londres a casi la misma velocidad de carrera que la desplegada al abandonar los aposentos temporales del Sr. Squeers.

Cuando volvió a entrar en Londres por su extremo occidental, la mayor parte de los comercios estaban cerrados. De las muchísimas personas tentadas a salir de sus casas tras el calor del día apenas unas pocas permanecían en las calles, y ya andaban lentamente camino al hogar. Pero a esas pocas les fue preguntando de vez en cuando para orientarse, y a fuerza de repetir sus preguntas, al fin llegó a la vivienda de Newman Noggs.

Toda aquella noche Newman había estado tratando de encontrar por callejuelas y esquinas a la misma persona que ahora tocaba a su puerta, mientras que Nicholas había estado llevando a cabo la misma averiguación en otras direcciones. Estaba sentado con una expresión melancólica frente a su pobre cena cuando el toque temeroso e incierto de Smike llegó a sus oídos. Alerta a cualquier sonido en su estado ansioso y expectante, Newman se apresuró a bajar las escaleras, y tras emitir un grito de alegre sorpresa, arrastró al bienvenido visitante hacia adentro del recibidor y escaleras arriba, y no dijo ni una palabra hasta que lo tuvo sano y salvo en su propio desván, y la puerta cerrada detrás de ellos, momento en el que procedió a mezclar una gran jarra de ginebra con agua, y alzándola a la boca de Smike, como uno aguanta un tazón de medicina ante los labios de un chico que se resiste, le ordenó que lo vaciara hasta la última gota.

Newman pareció desacostumbradamente inexpresivo al descubrir que Smike no hizo mucho más que acercar los labios a la preciosa mezcla. Entonces alzó la jarra a sus propios labios con un profundo suspiro de compasión por la debilidad de su pobre amigo, cuando Smike, al comenzar a relatar las aventuras que le acontecieron, lo hizo detenerse a mitad del gesto, y se mantuvo de pie escuchando, con la jarra en la mano.

Fue bastante curioso ver el cambio que sobrevino en Newman a medida en que Smike proseguía. Al principio se frotaba los labios con el dorso de la mano, como ceremonia preparatoria a dar un trago. Pero cuando Smike

mencionó a Squeers, se puso la jarra bajo el brazo y, abriendo los ojos al máximo, fijó la vista reflejando un asombro sin par. Cuando Smike llegó a la paliza de que fuera objeto en el coche de alquiler, rápidamente dejó la jarra sobre la mesa y cojeó de acá para allá por toda la habitación en un estado de extrema excitación, deteniéndose de vez en cuando, como para escuchar más atentamente. Cuando llegó a mencionar a John Browdie, se fue dejando caer por etapas lentas y graduales en una silla, y frotándose las manos sobre las rodillas —con más y más rapidez en la medida en que la historia se aproximaba a su clímax— al fin estalló en una risa compuesta por un fuerte y sonoro «¡Ja! ¡Ja!». Tras este desahogo su fisonomía de inmediato volvió a decaer cuando preguntó, con muchísima ansiedad, si era probable que John Browdie y Squeers hubieran llegado a los golpes.

«¡No! Creo que no», respondió Smike. «No creo que haya podido echarme de menos hasta que estuve muy lejos».

Newman se rascó la cabeza con muestras de desilusión, y volviendo a alzar la jarra, se concentró en su contenido, sonriéndole mientras tanto a Smike por encima del borde, con una mueca severa y horrible.

«Te quedarás aquí», dio Newman; «estás cansado... rendido. Les diré que has vuelto. Han estado medio locos por ti. El Sr. Nicholas...».

«¡Dios lo bendiga!», exclamó Smike.

«¡Amén!», le devolvió Newman. «No ha tenido un minuto de descanso o de tranquilidad, ni tampoco la anciana, ni la Srta. Nickleby».

«No, no. ¿Ella ha pensado en mí?», dijo Smike. «¿De veras? Oh, ¿lo hizo... lo hizo? No me diga que sí si no fue así».

«Lo hizo», exclamó Newman. «Ella es de tan noble corazón como hermosa».

«¡Sí, sí!», exclamó Smike «¡Bien dicho!».

«Tan suave y gentil», dijo Newman.

«¡Sí, sí!», exclamó Smike, cada vez con más ansias.

«Y, sin embargo, de un carácter tan sincero y gallardo», prosiguió Newman.

Seguía entusiasmado, cuando por casualidad miró a su acompañante y vio que se había cubierto el rostro con las manos y las lágrimas se deslizaban entre sus dedos.

Un momento antes los ojos del chico habían brillado con un fuego insólito, y cada rasgo se le había iluminado con una excitación que lo hizo parecer, por un momento, alguien muy distinto.

«Vaya, vaya», murmuró Newman como si estuviera un poco perplejo. «A mí me ha conmovido más de una vez pensar que una naturaleza como esa tuviera que padecer semejantes pruebas. Este pobre tipo... sí, sí... él lo siente también... eso lo ablanda... lo hace pensar en sus antiguas aflicciones. ¡Ja! ¡Eso es! ¡Sí, eso... jum!».

No quedaba para nada claro, por el tono de estas reflexiones entrecortadas, si Newman Noggs consideraba que explicaban de un modo satisfactorio la emoción que las había hecho surgir. Permaneció sentado en una actitud pensativa durante un rato, contemplando a Smike ocasionalmente con una mirada de ansiedad y duda, que mostraba suficientemente que no estaba conectado con sus pensamientos de un modo muy lejano.

Al cabo repitió su propuesta de que Smike se quedase allí a pasar aquella noche, y dijo que él se dirigiría de inmediato a la quinta para aliviar la ansiedad de la familia. Pero como Smike no quería ni oír hablar de ello y rogaba ansiosamente que le permitiera volver junto a sus amigos, finalmente partieron juntos, y puesto que la noche había avanzado mucho a esas alturas, y además a Smike le dolían tanto los pies que apenas podía dar un paso, solo faltaba una hora para el alba cuando llegaron a su destino.

Al oír el primer sonido de sus voces fuera de la casa, Nicholas, que había pasado la noche en vela fraguando planes para recuperar a su amigo perdido, saltó de la cama y con gran júbilo los invitó a entrar. Había tanto que hablar, tantas felicitaciones y tanta ruidosa indignación que pronto se despertó el resto de la familia, y Smike recibió una bienvenida cálida y cordial, no solo por parte de Kate, sino también de la Sra. Nickleby, quien le aseguró su favor y consideración futuros, y fue tan gentil que contó, para su entretenimiento y el del círculo allí reunido, un relato extraído de algún trabajo cuyo nombre nunca supo, sobre una milagrosa fuga de alguna prisión, pero no podía acordarse de cuál era, realizada por un oficial cuyo nombre había olvidado, confinado allí por cierto crimen que no podía recordar claramente.

Al principio Nicholas pensó que su tío tenía algo que ver con este intrépido intento (que casi resultó exitoso) por llevarse a Smike, pero pronto se inclinó a concluir que el mérito completo era del Sr. Squeers. Decidido a verificar, de ser posible, a través de John Browdie, cómo había sido realmente el caso, se puso en marcha hacia su cotidiana ocupación. Por el camino fue meditando una gran variedad de planes para castigar al maestro de Yorkshire, todos los cuales se basaban en los más estrictos principios del justo castigo, y solo tenían el único inconveniente de ser totalmente impracticables.

«Qué hermosa mañana, Sr. Linkinwater», dijo Nicholas al entrar a la oficina.

«¡Ah!», respondió Tim, «¡Hablar del campo, ya lo creo! ¿Qué le parece este día... para ser un día de Londres...? ¿eh?».

«Fuera de la ciudad, el cielo está más claro», dijo Nicholas.

«¡Más claro!», le hizo eco Tim Linkinwater. «Deberías verlo desde la ventana de mi habitación».

«Usted debería verlo desde la mía», le respondió Nicholas, con una sonrisa.

«¡Bah! ¡Bah!», dijo Um Linkinwater. «No me digas. ¡El campo!». (Bow era un lugar muy rústico para Tim). «Tonterías. ¿Qué se consigue en el campo, aparte de huevos frescos y flores? Puedo comprar huevos frescos en el mercado de Leadenhall todas las mañanas antes del desayuno. En lo que respecta a las flores, vale la pena correr a los altos para oler mi reseda, o para ver el alhelí en la ventana del desván trasero, en el número seis, en el patio».

«¿Así que hay un alhelí en el número seis, en el patio, eh?», dijo Nicholas.

«Sí, ahí está», respondió Tim, «y sembrado en un jarro rajado, sin pitón. Allí hubo jacintos la primavera pasada, que florecieron en... pero, claro, usted se reirá de eso».

«¿De qué?».

«De que florecieran en viejos frascos de betún», dijo Tim.

«Yo no me río, de veras», repuso Nicholas.

Tim lo miró con melancolía por un momento, como si el tono de esa respuesta lo alentara a ser más comunicativo sobre el tema. Y guardándose tras la oreja una pluma que había estado tallando, y cerrando su navaja con un elegante golpecito seco, dijo:

«Pertenece a un chico enfermizo, condenado a la cama, corcovado, y parecen ser los únicos placeres, Sr. Nickleby, de su triste existencia. ¿Cuántos años hace», dijo Tim, pensativo, «desde que por vez primera reparé en él, cuando era un chico muy pequeño, que se arrastraba a todas partes sobre un par de muletas diminutas? ¡Caramba! ¡Caramba!, no hace muchos. Pero aunque parezcan casi nada si pienso en otras cosas, parecen un tiempo muy muy largo. Es algo triste», dijo Tim, haciendo una pausa repentina, «ver a un chicuelo deforme sentado aparte de los demás niños, activos y alegres, mirándolos practicar juegos que a él no le es dado compartir. Muchas veces sentí que el corazón se me partía al verlo».

«Porque es un buen corazón», dijo Nicholas, «que se desembaraza de las minucias cotidianas para prestar atención a cosas como esas. Decía usted...».

«Que las flores pertenecían a ese pobre niño», dijo Tim, «eso es todo. Cuando hace buen tiempo, y puede arrastrarse fuera de su cama, aproxima una silla a la ventana, y se sienta allí a mirarlas y a arreglarlas durante todo el día. Al principio nos saludábamos con una inclinación de cabeza, y luego llegamos a conversar. Antes, cuando por la mañana le preguntaba cómo se sentía, acostumbraba a sonreír y a decir: “Mejor”. Pero ahora solo mueve la cabeza, y se inclina un poco más sobre sus viejas plantas. Debe de ser aburrido mirar mes tras mes los techos renegridos de las casas y las nubes que pasan. Pero él es muy paciente».

«¿Y no hay nadie en la casa que lo alegre o lo ayude?», preguntó Nicholas.

«Creo que su padre vive ahí», respondió Tim, «y también viven otras personas, pero nadie parece preocuparse mucho del pobre inválido. Muy a menudo le he preguntado si no podía hacer nada por él, y su respuesta siempre es la misma... “nada”. Últimamente su voz se ha ido debilitando, pero puedo oír en ella la misma respuesta de siempre. Ahora ya no puede abandonar el lecho, así que lo han acercado a la ventana, y allí yace todo el día. Ora mira al cielo, y ora a sus flores, que todavía consigue podar y regar con sus propias manos enflaquecidas. Por la noche, cuando ve mi vela, descorre su cortina y la deja así hasta que me acuesto. Se siente acompañado con solo saber que estoy ahí, así que con frecuencia permanezco sentado frente a mi ventana durante más de una hora, para que pueda ver que sigo despierto. Y a veces me levanto de madrugada para mirar la tenue y melancólica luz de su cuartito, y me pregunto si estará despierto o dormido».

«No queda lejos la noche», dijo Tim, «en la que se dormirá y nunca más volverá a despertarse sobre la tierra. Jamás en nuestras vidas nos hemos siquiera estrechado la mano, y sin embargo lo extrañaré como a un viejo amigo. ¿Acaso existen flores campestres que puedan interesarme tanto como esas? ¿Qué cree usted? ¿Se imagina que, de marchitarse un centenar de las más selectas especies de flores que se mueven al viento, llamadas por los más difíciles nombres en latín que jamás se inventaran, podrían producirme ni una fracción del dolor que sentiré cuando esos viejos jarros y frascos sean arrojados como escombros? ¡El campo!», exclamó Tim en tono despectivo; «¿Sabe que en el único lugar en que he podido tener un patio como este bajo mi ventana ha sido en Londres?».

Dicho lo cual Um volvió la espalda, y fingiendo estar absorto en sus cuentas aprovechó una oportunidad para secarse los ojos apresuradamente cuando supuso que Nicholas no lo estaba mirando.

Ya fuese porque las cuentas de Tim eran más complicadas de lo normal aquella mañana, o porque su serenidad habitual había sido perturbada por esos recuerdos, ocurrió que cuando Nicholas regresó de realizar algún encargo y preguntó si el Sr. Charles Cheeryble estaba solo en su habitación, Tim rápidamente, y sin la menor vacilación, respondió afirmativamente, aunque hacía no más de diez minutos alguien había entrado en aquella habitación y Tim se enorgullecía particularmente de impedir cualquier intrusión a cualesquiera de los dos hermanos cuando estaban ocupados con algún visitante.

«Si es así, ahora mismo le entregaré esta carta», dijo Nicholas, Y diciendo eso, se dirigió a la habitación y tocó a la puerta.

No hubo respuesta.

Otro toque, y siguió sin haber respuesta.

«No puede estar ahí», pensó Nicholas. «La depositaré en su mesa».

De modo que Nicholas abrió la puerta y entró; pero al instante dio la vuelta para volver a salir, al ver, para su gran sorpresa y disgusto, a una joven hincada de rodillas a los pies del Sr. Cheeryble, y al Sr. Cheeryble suplicándole que se pusiera de pie, e implorando a una tercera persona, que parecía ser la acompañante de la joven, que sumara sus ruegos a los de él para inducir la a ponerse de pie.

Nicholas tartamudeó una torpe disculpa, y ya se estaba retirando precipitadamente cuando la joven, al volver un poco la cabeza, dejó ver los mismos rasgos de la hermosa mujer a la que había visto en su primera visita a la oficina del registro mucho tiempo atrás. Al desplazar la mirada hacia su acompañante, reconoció a la misma sirvienta desmañada que la acompañaba en aquel entonces. Y entre su admiración por la belleza de la joven y la confusión y sorpresa por haberla reconocido inesperadamente, permaneció totalmente inmóvil, en un estado de tal aturdimiento por la sorpresa y el desconcierto que por un momento quedó del todo privado de la capacidad de hablar o de moverse.

«Mi querida señora... mi querida joven», exclamó el hermano Charles en un estado de extremo nerviosismo, «le ruego que no... ni una palabra más, se lo ruego y se lo suplico. Le imploro... le pido... que se levante. No... no... estamos solos».

Mientras hablaba, levantó a la joven, que se dirigió, vacilante, hasta una silla y se desvaneció.

«Se ha desmayado, señor», dijo Nicholas, lanzándose, ansioso, hacia delante.

«¡Pobrecita, pobrecita!», exclamó el hermano Charles. «¿Dónde está mi hermano Ned? Ned, mi hermano querido, te ruego que vengas».

«Hermano Charles, querido amigo», respondió su hermano, al entrar corriendo en la habitación, «¿qué es lo que...? ¡ah!, ¿qué...?».

«¡Chitón, chitón...! Ni una palabra, por tu vida, hermano Ned», repuso el otro. «Manda a buscar al mayordomo, querido hermano... llama a Tim Linkinwater. Aquí, Tim Linkinwater, señor... Sr. Nickleby, mi querido señor, abandone la habitación, se lo ruego y se lo suplico».

«Creo que ya está mejor», dijo Nicholas, que miraba a la paciente con tanta ansiedad que ni oyó lo que se le pedía.

«¡Pobre pajarillo!», exclamó el hermano Charles, tomando gentilmente la mano de ella en la suya, y apoyando la cabeza de la joven sobre su brazo. «Hermano Ned, mi querido amigo, te sorprenderá, lo sé, ser testigo de esto en horas de trabajo. Pero...», en este momento volvió a recordar la presencia de Nicholas, y sacudiendo la mano, le pidió encarecidamente que abandonara la habitación y que fuera a buscar a Tim Linkinwater sin demorar un instante.

Nicholas se retiró de inmediato, y en su camino hacia el despacho se tropezó tanto con el viejo mayordomo como con Tim Linkinwater, dándose empujones en el pasillo mientras se precipitaban a extraordinaria velocidad hacia el escenario de los acontecimientos. Sin esperar a oír el mensaje de Nicholas, Tim Linkinwater se abalanzó dentro de la habitación, y poco después Nicholas oyó que cerraban la puerta y echaban el cerrojo por dentro.

Tuvo mucho tiempo para rumiar sobre este descubrimiento, pues Tim Linkinwater estuvo ausente casi una hora entera, y durante ese rato Nicholas no pensó en nada que no fuera aquella joven y su extraordinaria belleza, y en qué sería lo que la había conducido allí, y por qué ellos lo envolvían todo en tanto misterio. Cuanto más pensaba en todo esto, más perplejo se sentía, y más ansioso por saber quién era ella. «Debí reconocerla entre diez mil», pensó Nicholas. Y diciendo eso se paseaba de un lado a otro de la habitación, y recordando su rostro y su figura (que conservaba vívidamente en la

memoria), descartó todos los demás temas de reflexión y se concentró en ese exclusivamente.

Al final regresó Tim Linkinwater... con un aspecto deliberadamente sereno, unos papeles en la mano, y una pluma en la boca, como si nada hubiera ocurrido.

«¿Se ha recuperado totalmente?», preguntó Nicholas, impetuosamente.

«¿Quién?», le devolvió Tim Linkinwater.

«¡Quién!», repitió Nicholas. «La joven».

«¿Cuánto diría usted que es, Sr. Nickleby?», dijo Tim, sacándose la pluma de la boca. «¿Cuánto es cuatrocientos veintisiete por tres mil doscientos treinta y ocho?». «No», insistió Nicholas, «¿qué dice usted en respuesta a mi pregunta primero? Le he preguntado...».

«Sobre la joven», dijo Tim Linkinwater, poniéndose sus anteojos. «Sí, claro. ¡Oh!, se encuentra muy bien».

«Muy bien, ¿de verdad?», insistió Nicholas.

«Muy bien», repitió el Sr. Linkinwater con seriedad.

«¿Podrá regresar hoy a su casa?», preguntó Nicholas.

«Ya se ha ido», dijo Tim.

«¡Se ha ido!».

«Sí».

«Espero que no tenga que andar mucho», dijo Nicholas, mirando con fervor al otro.

«Sí», respondió el inmovible Um, «espero que no».

Nicholas se aventuró a una o dos observaciones más, pero era evidente que Tim Linkinwater tenía sus motivos para eludir el tema, y que estaba decidido a no conceder ninguna información adicional relativa a la hermosa desconocida que había despertado tanta curiosidad en el pecho de su joven amigo. Para nada intimidado por ese rechazo, Nicholas volvió a la carga al día siguiente, envalentonado por la circunstancia de que el Sr. Linkinwater estaba en un estado de ánimo muy parlanchín y comunicativo. Pero en cuanto volvió a abordar directamente el tema, Tim retrocedió a un estado de ostensible mutismo, y pasó de responder con monosílabos a no dar ninguna respuesta en absoluto, salvo las que se pudieran inferir de varios graves movimientos afirmativos de cabeza y encogimientos de hombros que solo tenían el efecto de acrecentar el apetito que Nicholas sentía por obtener información, y que ya alcanzaba a estas alturas un grado totalmente irracional.

Tras estos intentos fallidos, tuvo que contentarse con mantenerse alerta a la espera de la siguiente visita de la joven, pero aquí de nuevo volvió a quedar

decepcionado. Pasaron días y más días, y ella no regresó. Nicholas miraba con ansias la letra de todas las notas y cartas sin encontrar ni una sola que le pareciera escrita por ella. En dos o tres ocasiones le fueron encargadas comisiones de trabajo de las que antes realizara Tim Linkinwater y que lo mantenían alejado de allí. Nicholas no podía evitar sospechar que, por una u otra razón, lo mandaban fuera a propósito, para que no estorbase, y que la joven estaba allí durante su ausencia. Sin embargo, no hubo nada que confirmara sus sospechas, y era imposible atrapar a Tim en confesiones o asertos que les dieran un mínimo fundamento.

El misterio y el contratiempo no son absolutamente indispensables para que crezca el amor, pero a menudo son sus poderosos auxiliares. «Ojos que no ven, corazón que no siente», es un proverbio aplicable a casos de amistad, aunque la ausencia no es siempre necesaria para privar al corazón de todo cuidado, incluso entre amigos, y tanto la verdad como la honestidad, al igual que las piedras preciosas, son tal vez más fáciles de imitar a la distancia, cuando las falsas gemas muchas veces pasan por buenas. El amor, sin embargo, es auxiliado materialmente en gran medida por una imaginación cálida y activa, capaz de larga memoria, de modo que puede prosperar un tiempo considerable con muy leve y escaso alimento. Así es como a menudo alcanza su más exuberante apogeo con la separación y bajo las circunstancias más adversas. Y así fue como Nicholas, sin pensar en otra cosa que la joven desconocida día tras día y hora tras hora, comenzó al fin a pensar que estaba muy desesperadamente enamorado de ella, y que jamás había existido amante tan maltratado y acosado como él.

De todas formas, aunque amaba y languidecía según los modelos más ortodoxos, y solo lo detenía de confiárselo a Kate la leve consideración de no haberle dirigido jamás la palabra, en toda su vida, al objeto de su pasión, y de no haberla contemplado más que en dos ocasiones, en las cuales ella había aparecido y desaparecido con la velocidad de una centella, o, como decía el propio Nicholas, en numerosas conversaciones sostenidas consigo mismo, como una visión de juventud y belleza demasiado esplendorosa para durar... su ardor y su devoción permanecían sin recompensa. La joven no volvió a aparecer, de modo que hubo mucho amor malgastado (suficiente, en verdad, para haber restablecido a media docena de jóvenes caballeros, en los tiempos actuales, con la máxima decencia) y nadie había ganado nada con ello, ni siquiera el propio Nicholas, que, por el contrario, con el pasar de los días se fue volviendo cada vez más aburrido, sentimental y lánguido.

Estando así las cosas, la quiebra de un asociado de los hermanos Cheeryble, en Alemania, les impuso a Tim Linkinwater y a Nicholas la necesidad de repasar algunas cuentas muy largas y complicadas que correspondían a un período de tiempo considerablemente largo. Para salir de ellas del modo más expedito, Tim Linkinwater propuso quedarse trabajando durante una o dos semanas hasta las diez de la noche. Y como nada hacía amainar el celo de Nicholas en el servicio a sus bondadosos patronos —ni siquiera con el romance, que casi nunca tiene hábitos oficinescos— consintió a esto con gusto. La primera noche de este trabajo a horas tardías, exactamente a las nueve, arribó, no la propia joven, sino su sirvienta, que tras permanecer un rato en conciliábulo con el hermano Charles, partió y regresó a la noche siguiente a la misma hora, y de nuevo a la siguiente.

Esas repetidas visitas inflamaron al máximo la curiosidad de Nicholas. Atormentado y excitado más allá de lo soportable, e incapaz de sondear el misterio sin faltar a su deber, le confió todo el secreto a Newman Noggs y le imploró que vigilara a la noche siguiente para seguir a la sirvienta hasta su casa y poder así hacer averiguaciones sobre el nombre, la condición y la historia de su ama sin despertar sospechas, y que le informara a él los resultados con la mayor brevedad posible.

Desmedidamente orgulloso de haber recibido ese encargo, Newman Noggs se apostó en la plazoleta a la noche siguiente, exactamente una hora antes de la hora requerida, y posicionándose detrás de la bomba y cubriéndose los ojos con el ala del sombrero, comenzó su vigilancia con un misterioso aspecto admirablemente calculado para despertar las sospechas de todos los que lo contemplaran. En efecto, diversas sirvientas que fueron a bombear agua, y buena cantidad de chicos que se detuvieron a saciar su sed en el bebedero, casi se mueren del susto ante la aparición de Newman Noggs, que miraba a hurtadillas alrededor de la bomba, con ninguna parte de él visible salvo el rostro y con la expresión de un ogro meditabundo.

Puntual a su hora, la mensajera regresó, y después de una entrevista que se prolongó un poco más de lo habitual, partió. Newman había fijado dos citas con Nicholas en dependencia de su éxito, una para la noche siguiente, y otra para una noche después, que debía mantenerse en cualquier circunstancia. La primera noche no acudió al lugar convenido para el encuentro (cierta taberna situada aproximadamente a mitad de camino entre el barrio financiero y Golden Square), pero la segunda noche acudió allí antes que Nicholas, y lo recibió con los brazos abiertos.

«Todo está en orden», susurró Newman. «Siéntese... siéntese, así, querido joven, y deje que se lo cuente todo».

Nicholas no requirió una segunda invitación, y preguntó ansiosamente cuáles eran las noticias.

«Hay muchas noticias», dijo Newman, en una agitación jubilosa. «Todo está bien. No se ponga nervioso. No sé por dónde comenzar. No me haga caso. Mantenga su ánimo en alto. Todo está bien».

«¿Bien?», dijo Nicholas con ansiedad. «¿Sí?».

«Sí», respondió Newman. «Eso es».

«¿Qué es lo que es?», dijo Nicholas; «¿Cómo se llama... cómo se llama ella, querido amigo?».

«Se llama Bobster», respondió Newman.

«¡Bobster!», repitió Nicholas, con indignación.

«Así se llama», dijo Newman. «Lo recordé por asociación con *lobster*»^[25]

...

«¡Bobster!», repitió Nicholas, más enfáticamente que antes. «Así debe llamarse la sirvienta».

«No, no es así», dijo Newman, sacudiendo la cabeza con mucha seguridad. «La Señorita Cecilia Bobster».

«¿Cecilia, eh?», le devolvió Nicholas, murmurando juntos los dos nombres una y otra vez en cada variedad de tono, para probar el efecto. «Vaya, Cecilia es un bonito nombre».

«Muy bonito. Y un bonito ser también», dijo Newman.

«¿Quién?», dijo Nicholas.

«La Srta. Bobster».

«¡Toma! ¿Dónde la viste?», preguntó Nicholas.

«No se preocupe, mi querido chico», replicó Noggs, dándole una palmada en el hombro. «Yo la vi. Usted la verá. Lo arreglé todo».

«Mi querido Newman», exclamó Nicholas, agarrándole la mano, «¿hablas en serio?».

«Sí», respondió Newman. «Todo es en serio. Cada palabra. La verá mañana por la noche. Accede a escuchar lo que usted tenga que decir. La convencí. Es toda afabilidad, bondad, dulzura y belleza».

«Sé que lo es. Sé que debe serlo, Newman», dijo Nicholas, estrujándole la mano.

«Tiene razón», repuso Newman.

«¿Dónde vive?», exclamó Nicholas. «¿Qué has sabido de su historia? ¿Tiene padre... madre... algún hermano... hermana? ¿Qué dijo? ¿Cómo

llegaste a verla? ¿No se sorprendió mucho? ¿Le dijiste cuán apasionadamente he anhelado hablarle? ¿Le dijiste dónde la vi? ¿Le dijiste cuánto, y cuándo, y dónde, y cuánto tiempo y cuán a menudo he pensado en ese dulce rostro que se me presentó, en medio de mi más amarga angustia, como el atisbo de un mundo mejor...? ¿Se lo dijiste, Newman... se lo dijiste?».

El pobre Noggs literalmente boqueaba en busca de aliento mientras ese torrente de interrogantes se le venía encima, y se movía espasmódicamente en su asiento ante cada nueva pregunta, mientras mantenía la vista clavada en Nicholas con una muy ridícula expresión de perplejidad.

«No», dijo Newman, «eso no se lo dije».

«¿No le dijiste qué?», preguntó Nicholas.

«Sobre el atisbo de un mundo mejor», dijo Newman. «Tampoco le dije quién era usted, o dónde la vio. Le dije que usted la amaba hasta la locura».

«Eso es cierto, Newman», respondió Nicholas, con su vehemencia característica. «¡Dios sabe que sí!».

«También dije que usted la había admirado en secreto durante un largo tiempo», dijo Newman.

«Sí, sí. ¿Y ella qué dijo al respecto?», preguntó Nicholas.

«Se sonrojó», dijo Newman.

«Seguramente. Claro que tenía que hacerlo», dijo Nicholas con tono de aprobación.

Entonces Newman siguió diciendo que la joven era hija única, que su madre había muerto, y que residía con su padre; y que había accedido a conceder a su pretendiente una entrevista secreta gracias a la mediación de su sirvienta, que tenía gran influencia sobre ella. También relató cómo había habido que insistir mucho, y cómo se había requerido de una gran elocuencia para que la joven llegara a ese punto; cómo ella hizo saber expresamente que apenas estaba permitiéndole a Nicholas una oportunidad para declarar su pasión, y cómo en modo alguno se comprometía a quedar favorablemente impresionada por sus atenciones. El misterio de sus visitas a los hermanos Cheeryble permaneció totalmente sin explicar, pues Newman no había aludido a ello ni en sus conversaciones preliminares con la sirvienta ni en su entrevista subsiguiente con el ama, limitándose a observar que había sido instruido para seguir a la sirvienta a casa y para interceder por la causa de su joven amigo, pero sin decir desde dónde la había seguido, ni a qué distancia. Pero Newman insinuó que, por lo que dedujo de las palabras de la confidente, se sentía inclinado a sospechar que la joven vivía una vida muy miserable e infeliz, bajo el estricto control de su padre, cuyo temperamento era violento y

brutal —circunstancia que, en su criterio, hasta cierto punto explicaba tanto el hecho de que ella hubiera buscado la protección y la amistad de los hermanos, como que hubiera accedido a conceder la prometida entrevista. A su juicio esto último se deducía lógicamente de las premisas, en tanto resultaba totalmente natural suponer que una joven cuya condición actual era tan poco envidiable, estuviera más que deseosa de cambiarla.

A través de otras preguntas —pues costó un proceso muy largo y difícil sacarle todo esto a Newman Noggs— pareció que Newman, para explicar su apariencia desharrapada, había fingido estar disfrazado, en aras de ciertos propósitos sabios e indispensables relacionados con esta intriga. Y al preguntársele cómo había llegado a excederse en su encargo hasta el punto de conseguir una entrevista, respondió que, por parecer dispuesta la dama a concederla, él se consideró comprometido, tanto por deber como por galantería, a aprovechar un medio tan magnífico que permitiría a Nicholas proseguir con sus propias destrezas. Después de que estas y todas las demás preguntas posibles fueran formuladas y respondidas veinte veces, los dos amigos se separaron, comprometidos a encontrarse a la noche siguiente a las diez y media, con el propósito de cumplir con la cita, que estaba fijada para las once.

«Las cosas ocurren de un modo muy extraño», pensó Nicholas camino a casa. «Jamás contemplé nada como esto. Jamás soñé con esa posibilidad. Saber algo de la vida de alguien por quien me siento tan atraído... verla en la calle, y pasar por la casa en que vive, encontrarme con ella alguna vez en sus caminatas, con la esperanza de que llegara el día en que pudiera estar en condiciones de hablarle de mi amor... ese era el alcance máximo de mis pensamientos. No obstante, ahora... pero sería en verdad un tonto si me quejara de mi buena suerte».

De todos modos, Nicholas estaba insatisfecho, y había más en su insatisfacción que un mero cambio repentino de sentimientos. Estaba enojado con la joven por haberse dejado ganar con tanta facilidad, «porque», razonaba Nicholas «ella no podía saber que era yo, y del mismo modo hubiera podido ser cualquiera» ...lo cual ciertamente no era algo agradable de pensar. Al instante siguiente se enojaba consigo mismo por tener semejantes pensamientos, arguyendo que en un templo como ese solo podía haber bondad, y que el comportamiento de los hermanos mostraba suficientemente la estima que le tenían. «El hecho es que toda ella es un misterio», se dijo Nicholas. Este no resultaba más satisfactorio que su anterior curso de reflexión, y solo lo condujo a un nuevo mar de especulaciones y conjeturas en

el que daba vueltas y tropezones presa de gran desazón hasta que el reloj dio las diez y la hora del encuentro se acercó.

Nicholas se había vestido con gran esmero, e incluso Newman Noggs se había arreglado un poco, pues su abrigo estaba provisto de dos botones consecutivos, y los alfileres suplementarios estaban insertados a intervalos tolerablemente regulares. También llevaba puesto su sombrero a la última moda, con un pañuelo de bolsillo en la copa y con un extremo de él torcido que flotaba detrás imitando una trenza, aunque apenas podría reclamar la ingeniosidad de haber inventado este último ornamento, en tanto que era absolutamente inconsciente de llevarlo, por encontrarse en un estado tal de nerviosismo y excitación que lo volvía muy insensible a todo lo que no fuera el gran objetivo de la expedición.

Atravesaron las calles en profundo silencio, y después de caminar a paso rápido un buen tramo, llegaron a una calle de lúgubre apariencia y poco frecuentada, cerca de la carretera Edgware.

«El número doce», dijo Newman.

«¡Oh!», respondió Nicholas, mirando a su alrededor.

«¿Buena calle?», dijo Newman.

«Sí», le devolvió Nicholas, «algo aburrida».

Newman no respondió a esta observación, pero deteniéndose abruptamente, colocó a Nicholas con la espalda contra una verja y le dio a entender que debía esperar allí, sin mover ni una mano ni un pie, hasta que se comprobase satisfactoriamente que no había moros en la costa. Una vez hecho esto, Noggs se alejó cojeando con gran presteza, mirando sobre su hombro a cada instante, para asegurarse de que Nicholas obedecía sus instrucciones. Y subiendo los peldaños de una casa situada una media docena de puertas más adelante, desapareció de su vista.

Tras una breve demora, reapareció, y cojeando de regreso, volvió a detenerse a mitad de camino y con un gesto le indicó a Nicholas que lo siguiera.

«¡Caramba!», dijo Nicholas, acercándosele de puntillas.

«Bien», respondió Newman, con máximo júbilo. «Todo está listo, no hay nadie en casa. No podría ser mejor. ¡Ja, ja!».

Con esta comprobación alentadora, pasó furtivamente frente a una puerta de calle sobre la cual Nicholas atisbó una placa de bronce con «Bobster» escrito en letras muy grandes, y deteniéndose frente a la verja de la propiedad, que estaba abierta, le hizo un gesto a su joven amigo para que descendiese.

«¡Qué demonios!», exclamó Nicholas, retrocediendo. «¿Acaso vamos a entrar a hurtadillas en la cocina, como si fuéramos a robar la cubertería?».

«¡Chitón!», respondió Newman. «El viejo Bobster... es un tunante feroz. Nos mataría a todos... daría bofetadas a la joven... lo hace... a menudo».

«¡Cómo!», exclamó Nicholas, con gran cólera, «¿Me estás diciendo que algún hombre se atrevería a abofetear a semejante...?».

No tuvo tiempo para cantar las loas de su dama justo entonces, pues Newman le dio un suave empujón que casi lo precipitó al final de los escalones de la propiedad. Pensando que más valía seguir la indicación insinuada, Nicholas bajó sin más ruegos, pero con una fisonomía que anunciaba cualquier cosa menos la esperanza y el éxtasis de un amante apasionado. Newman lo siguió —lo habría seguido de cabeza, a no ser por la oportuna asistencia de Nicholas— y tomándolo de la mano, lo condujo, a través a un pasillo de piedras profundamente umbroso, hasta una cocina o sótano traseros de la más negra oscuridad, como la brea donde se detuvieron.

«¡Vaya!», dijo Nicholas, en un susurro descontento, «supongo que esto no es todo, ¿no?».

«No, no», prosiguió Noggs, «estarán aquí de inmediato. Todo está en orden». «Me alegra oírlo», dijo Nicholas. «Confieso que no lo parece».

No intercambiaron más palabras, y allí permaneció Nicholas de pie, escuchando la sonora respiración de Newman Noggs, e imaginándose que su nariz estaría brillando como un carbón al rojo vivo, incluso en medio de la oscuridad que los embargaba. De repente, el sonido de pasos cautelosos atrajo su oído, e inmediatamente después una voz femenina preguntó si los caballeros estaban allí.

«Sí», replicó Nicholas, volviéndose hacia el rincón del que procedía la voz. «¿Quién es?».

«Solo soy yo, señor», respondió la voz. «A ver, por favor, señora».

Un rayo de luz brilló en aquel lugar, y entonces apareció la sirvienta portando una luz, seguida por su joven ama, que parecía sobrecogida por la modestia y la confusión.

Al ver a la joven, Nicholas se sobresaltó y mudó de color. Su corazón latió con violencia y permaneció como clavado en el sitio. En ese instante, y casi simultáneamente con su llegada y la de la vela, se oyó un toque fuerte y furioso a la puerta de la calle, que hizo que Newman Noggs saltase con gran agilidad de encima de un barril de cerveza sobre el que había estado sentado a horcajadas, y exclamara abruptamente, y con un rostro de palidez cenicienta: «¡Bobster, por Dios!».

La joven chilló, la acompañante se estrujó las manos, Nicholas, estupefacto, miró alternativamente a una y a otra, y Newman se puso a dar vueltas, metiéndose las manos sucesivamente en todos los bolsillos, y sacando los forros de cada uno de ellos en el colmo de su indecisión. Todo esto no duró más que un instante, pero la confusión que se aglomeró en ese único instante no podría ser exagerada por ninguna imaginación.

«¡Márchense, por amor de Dios! Hicimos mal... merecemos cualquier castigo», exclamó la joven. «Márchense, o esto será mi ruina y mi perdición para siempre». «¿Me permite decirle solo una palabra?», exclamó Nicholas. «Solo una. No la detendré. ¿Me permite decirle una palabra que explique este infortunio?».

Pero Nicholas habría podido estar hablándole al viento, pues la joven, completamente aturdida, se apresuró escaleras arriba. Él la habría seguido, pero Newman, tomándolo por el cuello de su abrigo y retorciéndoselo, lo arrastró hacia el pasillo por el que habían entrado.

«Suéltame, Newman, en nombre del Diablo», exclamó Nicholas. «Tengo que hablarle... lo haré; no abandonaré esta casa sin hacerlo».

«Reputación... carácter... violencia... hágase cargo de la situación», dijo Newman, que lo mantenía inmovilizado, rodeándolo firmemente con ambos brazos, y se lo llevaba rápidamente de allí. «Déjelas abrir la puerta. Nos iremos como vinimos en cuanto la cierren. Venga. Por aquí. Venga».

Vencido por los ruegos de Newman y las lágrimas y súplicas de la chica, y los tremendos golpes que se oían arriba. Nicholas accedió a que se lo llevaran. Y precisamente cuando el Sr. Bobster hacía su aparición en el vano de la puerta, él y Noggs salían por la verja de la propiedad.

Después de atravesar a toda carrera varias calles sin detenerse ni hablar, al fin hicieron un alto y se miraron con rostros inexpresivos y tristes.

«No se preocupe», dijo Newman, jadeante. «No se desanime. Todo irá bien. Tendremos más suerte la próxima vez. No pudo evitarse. Yo hice mi parte». «Excelentemente», le respondió Nicholas tomando su mano. «Excelentemente, y como el amigo verdadero y entusiasta que eres. Solo que... mira, no estoy decepcionado, Newman, y me siento igualmente en deuda contigo... solo que era otra dama». «¿Eh?», exclamó Newman Noggs. «¿Me desorientó la sirvienta?».

«Newman, Newman», dijo Nicholas, poniéndole la mano sobre el hombro, «también era otra sirvienta».

Newman dejó caer el maxilar inferior, y contempló a Nicholas con su ojo sano muy fijo e inmóvil en su rostro.

«No lo tomes a mal», dijo Nicholas; «no tiene la menor importancia. Ya ves que no me importa. Seguiste a la persona equivocada, eso es todo».

Eso fue todo. Tal vez a Newman Noggs, por estar mirando del otro lado de la bomba en una dirección oblicua durante tanto tiempo se le afectara la vista, o tal vez al descubrir que tenía tiempo de sobra decidió entonarse con algunas gotas de algo más fuerte que lo que la bomba podía brindar... fuera cual fuese el motivo, lo cierto es que se había equivocado. Y Nicholas regresó a casa para cavilar tristemente al respecto, y para meditar sobre los encantos de la joven desconocida, que ahora estaba tan fuera de su alcance como siempre lo estuvo.

CAPÍTULO 41

QUE CONTIENE ALGUNOS PASAJES ROMÁNTICOS ENTRE LA SRA. NICKLEBY Y EL CABALLERO EN PAÑOS MENORES DE LA VIVIENDA CONTIGUA

Desde la última conversación trascendental con su hijo, la Sra. Nickleby había comenzado, poco a poco, a mostrar un cuidado desacostumbrado por su arreglo personal, y gradualmente había ido añadiendo a su usual atavío serio y matronal una variedad de detalles y adornos, sutiles quizás, pero que, considerados en conjunto y asociados al asunto que ella había revelado a su hijo, no eran de poca monta. Incluso su vestido negro asumió algo parecido a un aire de muerte-vida por el desenvuelto estilo con que ahora lo llevaba. Y puesto que las deficiencias de sus atractivos se iban supliendo mediante una prudente ubicación aquí y allá de ciertos adornos juveniles de poco o ningún valor —que solo por ese motivo se habían salvado del desastre general y habían permanecido en extraños rincones de viejas gavetas y cajas donde casi nunca llegaba la luz del sol—, sus trajes experimentaron una renovación. De muestras exteriores de respeto por los muertos pasaron a ser indicios de designios de matar de admiración a los vivos.

Puede que la Sra. Nickleby se hubiera sentido inclinada a proceder de esta suerte por un elevado sentido del deber y por impulsos sin lugar a dudas altamente encomiables. Puede que a estas alturas se hubiera convencido de que resultaba pecaminoso permitirse una tan larga e infructuosa aflicción en el luto, o puede que la hubiera movido la necesidad de dar debido ejemplo de pulcritud y decoro a su hija en flor. Dejando a un lado consideraciones referidas al deber y a la responsabilidad, el cambio también puede haber estado impulsado por crecientes sentimientos de la más pura y desinteresada caridad. El caballero de la casa de al lado había sido vilipendiado por Nicholas, estigmatizado con rudeza y tachado de senil e idiota, y la Sra. Nickleby era en cierto modo responsable por esos ataques contra la capacidad intelectual del señor. Puede que ella, en su condición de buena cristiana, se sintiera obligada ahora a demostrar, por todos los medios a su alcance, que el injuriado caballero no era ni lo uno ni lo otro. ¿Y qué mejor manera de

propender a un fin tan virtuoso y loable, que probar a todos, a través de su propia persona, que la pasión suscitada era lo más racional y razonable del mundo, exactamente lo que cualquier persona discreta y avisada hubiera podido prever, habida cuenta de que ella, de manera inocente, había expuesto sin reservas sus maduros encantos, como quien dice, a los ojos de un hombre tan ardiente y enamorado?

«¡Ah!», dijo la Sra. Nickleby, moviendo con un gesto negativo y serio la cabeza; «si Nicholas supiera lo que su pobre querido papá sufrió antes de que nos comprometiéramos, cuando yo acostumbraba a odiarlo, tendría un poco más de sentimientos. ¿Cómo olvidar aquella mañana en que, al ofrecerse para llevarme la sombrilla, lo miré con desprecio? ¿O aquella noche en que le fruncí el ceño? Fue un milagro que no abandonara el país. Casi lo empujé a hacerlo».

Si el fallecido habría salido mejor parado o no en caso de haberse decidido a emigrar en sus días de soltero, fue una cuestión que su viuda no se detuvo a considerar, pues en ese punto de sus reflexiones Kate entró en la habitación con su cesto de labores, y una interrupción incluso mucho más leve que esta o ninguna interrupción en absoluto podía fácilmente desviar el rumbo de los pensamientos de la Sra. Nickleby.

«Kate, querida», dijo la Sra. Nickleby; «no sé a qué se debe, pero los días hermosos y cálidos de verano como este, con los pájaros cantando por dondequiera, siempre me traen a la mente un asado de cerdo, con salvia y crema de cebollas y salsa elaborada». «Es una curiosa asociación de ideas, ¿no, mamá?».

«Querida, que me maten si lo entiendo», respondió la Sra. Nickleby. «Cerdo asado... déjame ver. El día en que cumplías cinco semanas de bautizada, hicimos un asado... no, aquello no podía haber sido cerdo, porque recuerdo que eran dos y a tu pobre papá y a mí jamás se nos hubiera ocurrido sentarnos a comernos dos cerdos... tienen que haber sido perdices. ¡Cerdo asado! Ahora que lo recuerdo, difícilmente hayan sido cerdos, porque tu papá nunca soportó verlos ni en los comercios, y acostumbraba a decir que le recordaban bebés muy pequeñitos, solo que los cerdos tenían la tez mucho más blanca, y a él, además, le horrorizaban los bebés, porque no podía darse el lujo de permitir que la familia creciera, así que tenía una natural aversión a ese tema. De modo que es extrañísimo... ¿por qué se me habrá metido eso en la cabeza? Recuerdo que una vez fui a cenar a casa de la Sra. Bevan, en aquella calle ancha, al doblar la esquina de la fábrica de coches, donde aquel borracho se cayó por la trampa del sótano de una casa vacía casi una semana

antes del día del pago de la renta, y no lo encontraron hasta que el nuevo inquilino se mudó... allí comimos cerdo asado. Debe de ser con eso que lo asocio, creo yo, sobre todo porque ese día había un pajarito en la habitación, y estuvo cantando durante toda la cena... en fin, no era un pajarito, en realidad era un papagayo, y no cantaba exactamente, sino que hablaba y decía unas palabrotas terribles. Pero creo que debe de ser eso. En efecto, estoy segura de que es justo eso. ¿Tú no lo crees, querida?».

«Yo diría que no cabe la menor duda, mamá», le respondió Kate, con una alegre sonrisa.

«No. Pero ¿crees que será eso, Kate?», dijo la Sra. Nickleby, con tanta seriedad como si la pregunta fuera del más inminente y conmovedor interés. «Si no lo crees, dímelo con franqueza, ¿eh?, porque más vale no errar, tratándose de un asunto de este tipo, tan curioso, y que merece ser esclarecido con mucha precisión».

Kate respondió, riendo, que estaba totalmente convencida. Y como su madre seguía pareciendo indecisa respecto a si era o no absolutamente esencial que el tema se volviera a tratar, propuso trasladarse con su labor a la glorieta para disfrutar la belleza de la tarde. La Sra. Nickleby asintió de buen grado, y se encaminaron a la glorieta sin más discusión.

«Caramba, tengo que decir», observó la Sra. Nickleby al sentarse, «que jamás existió un ser tan bueno como Smike. Te juro que los trabajos que se ha tomado el chico para enderezar esta pérgola y llenarla de flores tan bonitas, van más allá de cualquier cosa que yo pudiera haber... aunque hubiera preferido que no pusiera toda la gravilla de tu lado, Kate, querida, y no me dejara más que musgo a mí».

«Querida mamá», se apresuró a decir Kate, «toma este asiento... anda... hazlo por complacerme, mamá».

«No, de ninguna manera, querida. Yo me quedo en el mío», dijo la Sra. Nickleby. «¡Faltaría más!».

Kate alzó la vista inquisitivamente.

«La verdad», dijo la Sra. Nickleby, «es que ha estado sacando, de un lugar u otro, un par de raíces de aquellas flores que yo dije que me gustaban tanto la otra noche, y te pregunté si a ti... no, que fuiste tú la que dijiste que te gustaban tanto, la otra noche, y me preguntaste si a mí no... es lo mismo... ¡Pues sí!, ¡te juro que considero que es muy bondadoso y atento por su parte, ya lo creo! No veo ninguna del lado mío», añadió la Sra. Nickleby, escrutando a su alrededor, «debe de ser que crecen mejor cerca de la gravilla. Seguro que es eso, Kate, y por esa razón es que todas están cerca de ti, y que

él puso la gravilla allí, porque es el lado del sol. ¡Qué cosa!, te juro que es muy ingenioso. ¡A mí ni por asomo se me hubiera ocurrido esa idea!». «Mamá», dijo Kate apresuradamente, inclinándose sobre la labor de costura de modo que su rostro permanecía casi oculto, «antes de casarte...».

«Ay, Kate», interrumpió la Sra. Nickleby, «qué cosas se te ocurren, por Dios, ¿cómo te vas a remontar a los tiempos de antes de mi matrimonio cuando te estoy hablando de lo considerado que es el muchacho y de las atenciones que tiene conmigo? Parece que el jardín no te interesa para nada».

«¡Oh!, mamá», dijo Kate, volviendo a levantar el rostro, «sabes que sí me interesa». «Bien, entonces, querida, ¿por qué no elogias lo pulcro y bello que lo mantiene?», dijo la Sra. Nickleby. «¡Qué extraña eres, Kate!».

«Sí lo elogio, mamá», respondió Kate, suavemente. «¡Pobre chico!».

«Pues casi nunca te escucho hacerlo, querida», replicó la Sra. Nickleby, «eso es todo lo que tengo que decir». A estas alturas la buena dama hacía bastante rato que no cambiaba de tema, de modo que de inmediato cayó en la trampita que le tendió su hija —si es que era una trampa— y preguntó qué era lo que iba a decir.

«¿Sobre qué, mamá?», dijo Kate, aparentando haber olvidado por completo su maniobra de distracción.

«Por Dios, Kate, querida», replicó su madre, «¿Qué te pasa? Estás dormida o lela. Sobre antes de que me casara».

«¡Oh sí!», dijo Kate, «Ya recuerdo. Iba a preguntarte, mamá, ¿antes de casarte tuviste muchos pretendientes?».

«¡Pretendientes, querida!», exclamó la Sra. Nickleby con una sonrisa de maravillosa complacencia. «Del primero al último, Kate, debo de haber tenido una docena por lo menos».

«¡Mamá!», le devolvió Kate, en tono de reconvención.

«Sí, de verdad, querida», dijo la Sra. Nickleby; «sin contar a tu pobre papá, ni a un joven que por aquella época iba a la misma escuela de baile que yo, y que enviaba relojes y brazaletes de oro a casa (que siempre devolvíamos) envueltos en papel de cantos dorados y que después, desgraciadamente, fue a la colonia de presos de Botany Bay en un barco de entrenamiento —quiero decir, en un barco de presos— y huyó a un monte y mató ovejas (no sé cómo llegaron allí) y lo iban a colgar, solo que se estranguló accidentalmente, y el gobierno lo perdonó. Estaba también el joven Lukin», dijo la Sra. Nickleby, comenzando por el pulgar izquierdo y pasando revista a los nombres con los dedos... «Mogley... Tipslark... Cabbery... Smifser...». Al llegar al dedo meñique y cuando iba a seguir la cuenta con la

otra mano, un sonoro «¡ejem!» —que pareció provenir de los cimientos mismos del muro del jardín— provocó tanto en ella como en su hija un violento sobresalto.

«¡Mamá!, ¿qué ha sido eso?», dijo Kate, bajando la voz.

«Que me maten si lo sé, querida», repuso la Sra. Nickleby, considerablemente alarmada, «a menos que haya sido el caballero que habita en la casa contigua, no sé qué habría podido...».

«¡Ejem!», se oyó de nuevo la misma voz, pero no en el tono normal con que alguien se aclara la garganta, sino como una especie de rugido que resonó por todo el barrio y se prolongó de tal manera que con seguridad el rostro del invisible rugidor se debió poner totalmente morado.

«Ahora lo comprendo, querida», dijo la Sra. Nickleby, descansando su mano sobre la de Kate; «no te alarmes, amor mío, no es contigo, y la intención no es asustar a nadie. Hay que dar al César lo que es del César, Kate. Estoy obligada a decirlo».

Y diciendo esto, la Sra. Nickleby sacudió con gesto afirmativo la cabeza, y dio muchas palmaditas en el dorso de la mano a su hija, dando la impresión de alguien que, si quisiera, podría revelar algo de suma importancia pero que, ¡a Dios gracias!, por ser abnegada no lo haría.

«¿Qué quieres decir, mamá?», preguntó Kate, con evidente sorpresa.

«Calma, querida mía», respondió la Sra. Nickleby mirando hacia el muro del jardín, «ya ves que yo estoy tranquila, y si alguien tendría aquí alguna razón para estar agitada —dadas las circunstancias— ese alguien sería yo, pero, como ves, no lo estoy, Kate... en lo absoluto».

«Parece hecho ex profeso para atraer nuestra atención, mamá», dijo Kate.

«En efecto, es ex profeso para atraer nuestra atención, querida... al menos», prosiguió la Sra. Nickleby, irguiéndose y dándole a su hija palmaditas más suaves que antes, «para atraer la atención de una de nosotras. ¡Ejem!, no tienes nada de qué preocuparte, querida».

Cuando Kate, que se encontraba totalmente perpleja, parecía a punto de pedir más explicaciones, se oyó un clamoreo y un arrastre de pies —como alaridos de alegría de un anciano que estuviera pisoteando con gran violencia sobre la gravilla suelta—, proveniente de la misma dirección que los anteriores. Antes de que este amainara se vio a un gran pepino atravesar los aires con la velocidad de un cohete, y luego descender, y dando tumbos, ir a parar a los pies de la Sra. Nickleby.

Esta sobresaliente aparición fue sucedida por otra, que podría ser descrita de modo similar. Ahora se vio dar vueltas en lo alto y precipitarse en picada a un magnífico calabacín de dimensiones inusualmente grandes. Luego varios pepinos alzaron el vuelo al unísono, y finalmente el cielo fue oscurecido por una lluvia de cebollas, nabos, rábanos y otros pequeños vegetales que aterrizaban dando vueltas, desparramándose y chocando en todas direcciones.

Pero cuando Kate se levantó alarmada y tomó la mano de su madre para correr con ella hacia adentro de la casa, sintió que más bien era retenida que auxiliada en su intención. Y siguiendo la dirección de la mirada de la Sra. Nickleby quedó aterrorizada al ver aparecer una vieja gorra de terciopelo negro que, poco a poco, como si quien la portaba estuviera subiendo una escalera o un par de peldaños, iba sobresaliendo por encima del muro que dividía el jardín de los Nickleby del de la quinta vecina (como la de ellos, una edificación independiente), seguida por una cabeza muy grande y un rostro viejo en el que un par de extraordinarios ojos grises, completamente frenéticos y muy abiertos, daban vueltas en sus órbitas con una mirada apagada, lánguida y maliciosa que era horroroso contemplar.

«¡Mamá!», exclamó Kate literalmente aterrorizada, «¿por qué te detienes, por qué pierdes tiempo...? ¡Mamá, te lo ruego, entra!».

«Kate, querida», replicó su madre, que seguía resistiéndose, «¿cómo puedes ser tan tonta? Me avergüenzas. ¿Cómo puedes ir por la vida siendo tan cobarde? ¿Qué desea usted, señor?», dijo la Sra. Nickleby, dirigiéndose al intruso con una especie de afectado disgusto. «¿Cómo se atreve a mirar dentro de este jardín?».

«Reina de mi alma», respondió el desconocido, uniendo sus dos manos, «¡beba de esta copa!».

«Tonterías, señor», dio la Sra. Nickleby. «Kate, amor mío, te ruego que te mantengas callada».

«¿No beberá usted de esta copa?», urgió el desconocido, con la cabeza ladeada en gesto implorante, y la mano derecha sobre el pecho. «¡Oh, beba de esta copa!».

«No consentiré en nada semejante, señor», dijo la Sra. Nickleby con aire altanero. «Le ruego que se marche».

«¿Por qué será?», dijo el anciano, subiendo otro peldaño más, y apoyando los codos sobre el muro, tan campante como si estuviera mirando por una ventana, «¿Por qué será que la belleza siempre es obstinada, incluso cuando la admiración es tan honorable y respetuosa como la mía?». En ese punto sonrió y se besó la mano, inclinándose profundamente varias veces. «¿Será acaso por la misma razón que hace que las abejas, concluida la estación de la miel, cuando supuestamente han muerto por el azufre, vuelen en realidad a la Berbería, para arrullar allí a los moros cautivos con sus embriagadoras canciones? ¿O acaso será», agregó, casi en un susurro, «porque la estatua de Carlos I en Charing Cross últimamente ha sido vista en la Bolsa a medianoche, caminando del brazo de la Bomba de Aldgate en ropa de montar?».

«Mamá», murmuró Kate, «¿lo estás oyendo?».

«¡Chitón, querida!», respondió la Sra. Nickleby, en el mismo tono de voz, «él es muy instruido, y creo que esa era una cita de poetas. Te ruego que no te preocupes de ese modo... me vas a dejar amoratado el brazo de tanto pellizcármelo. ¡Váyase de aquí, señor!».

«¿Muy lejos de aquí?», dijo el caballero, con aspecto de ir languideciendo, «¡Oh!, ¿muy lejos de aquí?».

«Sí», replicó la Sra. Nickleby, «claro que sí. Usted no tiene por qué estar aquí. Esta es propiedad privada, señor. Usted debería saberlo».

«Lo que sé», dijo el anciano, poniéndose el dedo sobre la nariz con un aire de familiaridad muy reprochable, «es que este es un lugar sagrado y encantado, donde los más divinos hechizos...» —en este punto se besó la mano y volvió a inclinarse— «al flotar en el aire, llevan su dulzura a los jardines del vecino, obligando a verduras y hortalizas a lanzarse al mundo prematuramente. Ese hecho lo conozco bien. Pero usted me permitirá, siendo, como es, la más hermosa de las criaturas, hacerle una pregunta, aprovechando que el planeta Venus está ausente, pues ha tenido que ir a resolver un asunto a la sede del regimiento de guardias montados, pues de no ser por eso, celosa de los superiores encantos de usted, se habría interpuesto entre nosotros».

«Kate», observó la Sra. Nickleby, volviéndose hacia su hija, «ciertamente esto es muy embarazoso. En realidad no sé qué responderle a este caballero. Una debe ser cortés, sabes».

«Querida mamá», respondió Kate, «no le digas ni una palabra, vámonos rápido y encerrémonos en la casa hasta que Nicholas regrese».

La Sra. Nickleby adoptó un aspecto augusto, por no decir despectivo, ante tal propuesta humillante. Y, volviéndose hacia el anciano —que las había estado observando arrobado durante esos cuchicheos— dijo:

«Si usted se comporta, señor, como el caballero que yo imagino que es, a juzgar por su lenguaje y... y... apariencia (Kate querida, es la mismísima réplica de tu abuelo en sus mejores días), y me expone su pregunta en palabras llanas, la responderé».

Si el excelente papá de la Sra. Nickleby exhibió, en sus mejores días, algún parecido con el vecino que ahora miraba por encima del muro, habría tenido en plena flor de la edad el aspecto de un anciano bastante extraño, por decir lo menos. Quizás eso mismo pensó Kate, pues se aventuró a contemplar su vivo retrato con cierta atención, cuando él se quitó la gorra de terciopelo negro, y mostrando una cabeza perfectamente calva, hizo una larga serie de reverencias, cada una de ellas acompañada por un nuevo beso en la mano. Después de agotarse, a todas luces, con esta fatigosa demostración, volvió a cubrirse la cabeza, se colocó cuidadosamente la gorra sobre la punta de las orejas y volviendo a adoptar su anterior actitud, dijo:

«La pregunta es...».

En este punto se interrumpió para mirar en todas direcciones y convencerse, más allá de cualquier duda, de que no había nadie cerca que pudiera escuchar. Una vez seguro de eso, se dio varios golpecitos en la nariz con aire astuto, como felicitándose por su cautela, y alargando el cuello, susurró en voz alta:

«¿Es usted una princesa?».

«Usted se está burlando de mí, señor», respondió la Sra. Nickleby, haciendo un amago de retroceder en dirección a la casa.

«No, pero ¿lo es?», dijo el anciano.

«Usted sabe que no, señor», respondió la Sra. Nickleby.

«Entonces, ¿está usted de algún modo emparentada con el Arzobispo de Canterbury?», preguntó el anciano con gran ansiedad. «¿O con el Papa de Roma? ¿O con el Presidente de la Cámara de los Comunes? Perdóneme si me equivoco, pero me dijeron que usted era la sobrina de los Comisionados de

Pavimentación, y nuera del Alcalde y Jefe del Consejo del Tribunal de los Comunes, lo cual explicaría su relación con los tres».

«Quienquiera que haya sido el que difundió esa idea, señor», le devolvió la Sra. Nickleby, no sin cierta efusión, «se tomó grandes libertades con mi nombre, y estoy segura de que si mi hijo Nicholas se enterara, no lo permitiría ni un instante. ¡Qué ocurrencia!», dijo la Sra. Nickleby, irguiéndose, «¡Sobrina de los Comisionados de Pavimentación!».

«Te lo ruego, mamá, ¡alejémonos!», susurró Kate.

«“¡Te lo ruego, mamá!”. Pamplinas, Kate», dijo la Sra. Nickleby con enojo, «pero así son las cosas. Si hubieran dicho que yo era sobrina de un camachuelo trinante, ¡qué habría importado! Pero no recibo solidaridad...», lloriqueó la Sra. Nickleby, «no la espero, eso es así».

«¡Lágrimas!», exclamó el anciano, dando un salto tan enérgico que cayó dos o tres escalones más abajo, y se raspó la barbilla contra el muro. «¡Capture esos glóbulos de cristal... captúrelos... embotéllelos... póngales un corcho bien apretado... échele cera por encima... séllelos con la imagen de un Cupido... escriba en la etiqueta: “Máxima calidad...” y almacénelos en el arcón número catorce, con una barra de hierro encima para mantener alejado el trueno!».

Mientras impartía esas órdenes, como si se estuviera dirigiendo a una docena de subordinados, todos ellos activamente ocupados en darles cumplimiento, viró al revés su gorra de terciopelo, se la puso con gran dignidad, como para sumir en la sombra su ojo derecho y tres cuartas partes de su nariz, y poniendo los brazos en jarras, miró con tanta ferocidad a un gorrión que se encontraba cerca que el ave salió volando, momento en el cual se guardó la gorra en el bolsillo con aire de gran satisfacción, y se dirigió en tono respetuoso a la Sra. Nickleby.

«Hermosa señora», tales fueron sus palabras, «si acaso me he equivocado con respecto a su familia o a sus allegados, le imploro humildemente que me perdone. Si la supuse conectada con potencias extranjeras u organizaciones del país, fue porque usted tiene unos modales, un porte y una dignidad que, perdóneme que se lo diga, nadie más que usted puede exhibir, con la única excepción, quizás, de la musa trágica cuando toca de manera extemporánea el organillo ante la Compañía de las Indias Orientales. No soy joven, señora, como usted misma puede ver. Y aunque criaturas como usted no envejecen nunca, me aventuro a suponer que estamos hechos el uno para el otro».

«¡Cállate, Kate, amor mío!», dijo la Sra. Nickleby en voz baja, y mirando en otra dirección.

«Tengo propiedades, señora», dijo el anciano haciendo un gesto negligente con la mano derecha, como quien da poca importancia a ese tipo de asuntos, y hablando muy rápido; «joyas, faros, estanques de peces, una flota de balleneros de mi propiedad, en el Mar del Norte, y varios criaderos de ostras en el Océano Pacífico. Si usted tuviera la bondad de ir hasta la Real Bolsa de Valores, y quitarle de la cabeza al más fornido bedel su ladeado sombrero, hallará mi tarjeta en el forro de la copa, envuelta en un pedazo de papel azul. También, si lo solicita al capellán de la Cámara de los Comunes, —que tiene estrictamente prohibido cobrar nada por mostrarlo— podrá ver mi bastón. Estoy rodeado de enemigos, señora», dijo, mirando en dirección a su casa y bajando mucho la voz, «que no cesan de atacarme en todo momento y quieren hacerse con mi propiedad. Si usted me bendice con su mano y con su corazón, podrá formular una solicitud al Presidente de la Cámara de los Lores o convocar a los militares si fuese necesario —basta con enviarle mi mondadientes al comandante en jefe— y de ese modo tendría la casa libre de ellos antes de la realización de la ceremonia. Después de eso, amor, éxtasis y arrobamiento; arrobamiento, amor y éxtasis. ¡Sea mía, sea mía!».

Repitiendo estas últimas palabras con gran transporte y entusiasmo, el anciano volvió a ponerse la gorra de terciopelo negro, y alzando de pronto la vista al cielo, pronunció una frase no del todo inteligible, referida a un globo que estaba esperando y que se había retrasado mucho.

«¡Sea mía, sea mía!», repitió el anciano.

«Kate, querida mía», dijo la Sra. Nickleby, «casi no tengo fuerzas para hablar, pero es necesario, para bien de todas las partes, dejar este asunto zanjado de una vez por todas».

«Mamá, por supuesto que no es necesario que digas ni una palabra más», razonó Kate.

«Querida mía, por favor, te ruego que me permitas juzgar por mí misma», dijo la Sra. Nickleby.

«¡Sea mía, sea mía!», exclamó el anciano.

«Nadie puede esperar, señor», dijo la Sra. Nickleby, dirigiendo los ojos al suelo con modestia, «que yo tenga que decirle a un desconocido si me siento o no halagada y en deuda por semejantes proposiciones. Claro que han sido formuladas en circunstancias muy singulares. Sin embargo, y al mismo tiempo, en lo que a eso respecta, y hasta cierto punto, claro está», (expresiones habituales en la Sra. Nickleby) «ellas deberían ser gratificantes y agradables para los sentimientos de una».

«¡Sea mía, sea mía!», exclamó el anciano. «Gog y Magog, Gog y Magog^[26]. ¡Sea mía, sea mía!».

«Bastará con decir, señor», prosiguió la Sra. Nickleby con perfecta seriedad «y estoy segura de que usted comprenderá que lo correcto será escuchar una respuesta y partir, que estoy decidida a permanecer viuda y consagrarme a mis hijos. Quizás usted ni se imagine que soy madre de dos hijos —en efecto, muchas personas aseguran que por nada del mundo habrían creído esto posible— pero tal es el caso, y ya ambos están crecidos. Nos alegrará mucho tenerlo de vecino —nos alegrará mucho, nos encantará, se lo aseguro— pero en cualquier otra condición es bastante imposible, bastante. En cuanto a ser suficientemente joven como para volver a casarme, tal vez sea cierto, tal vez no, pero no podría pensar en eso ni por un instante ni por ningún motivo. Dije que jamás lo haría, y jamás lo haré. Siempre es algo muy doloroso tener que rechazar propuestas de matrimonio, y yo en realidad preferiría que no se me formularan. Al mismo tiempo, esa es la respuesta que hace mucho tiempo decidí dar, y esa es la respuesta que siempre daré».

Esas observaciones iban dirigidas en parte al anciano, en parte a Kate, y en parte constituían un soliloquio. Próxima la dama a concluir, el pretendiente comenzó a dar señales muy irreverentes de no estar prestando atención, y apenas la Sra. Nickleby había terminado de hablar y para gran terror tanto de esa dama como de su hija, de un tirón el anciano se quitó el abrigo, saltó el muro y comenzó a moverse de tal modo que su ropa interior y sus medias grises quedaron expuestas del modo más evidente, para finalmente concluir sosteniéndose en un solo pie y volviendo a repetir con la mayor vehemencia su rugido predilecto.

Cuando todavía se hallaba concentrado en la última nota y la embellecía con un prolongado floreo una mano sucia apareció rápida y subrepticamente por encima del muro como persiguiendo una mosca y agarró con máxima destreza uno de los tobillos del anciano. Hecho esto, la mano compañera de la primera apareció también, y agarró el otro tobillo.

Inmovilizado de este modo, el anciano alzó las piernas torpemente una o dos veces, como si fueran desmañadas e imperfectas piezas de una maquinaria, y entonces, mirando hacia abajo, de su lado del muro, estalló en una sonora carcajada. «Eres tú, ¿eh?», dijo el anciano.

«Sí, soy yo», respondió una voz bronca.

«¿Cómo está el Emperador de Tartaria?», dijo el anciano.

«¡Oh! Está como siempre», fue la respuesta. «Ni mejor ni peor».

«El joven Príncipe de China», dijo el anciano con mucho interés, «¿se reconcilió con su suegro, el gran vendedor de patatas?».

«No», respondió la voz bronca, «y dice que jamás se reconciliará, además».

«Si ese es el caso», observó el anciano, «quizás más vale que baje».

«Vaya», dijo el hombre del otro lado, «creo que sí, más vale».

Al desasirse cautelosamente una de las manos, el anciano se dejó caer sentado, y en el momento en que miraba al otro lado para sonreírle y hacer una reverencia a la Sra. Nickleby desapareció con cierta precipitación, como si le hubieran halado las piernas desde abajo.

Muy aliviada por su desaparición, Kate se volvió para hablar con su madre, pero, de repente, las manos sucias volvieron a hacerse visibles, y fueron inmediatamente seguidas por la figura de un hombre tosco y rechoncho que subía los escalones ocupados poco antes por su singular vecino.

«Les pido excusas, señoras», dijo este recién llegado, sonriendo y tocándose el sombrero. «¿Ha estado cortejando a alguna de ustedes?».

«Sí», dijo Kate.

«¡Ah!», prosiguió el hombre, sacándose el pañuelo del sombrero y secándose el rostro. «Siempre lo hace, ¿saben? Nada podría impedirselo».

«No tengo ni que preguntarle si está fuera de sus cabales, el pobre», dijo Kate. «No, desde luego», respondió el hombre, mirando su sombrero, echándole dentro el pañuelo de un golpe y volviéndoselo a poner. «Creo que eso queda bastante claro, ¿no?».

«¿Hace mucho tiempo que está así?», preguntó Kate.

«Mucho tiempo».

«¿Y no hay esperanza de curación?», dijo Kate, compasiva.

«Ni la más mínima. Ni merece tenerla», respondió el cuidador. «Es mucho más agradable sin sus sentidos que con ellos. Era el viejo más cruel, malvado, y tacaño que haya existido jamás».

«¡No me diga!», dijo Kate.

«¡Se lo juro!», respondió el cuidador, sacudiendo la cabeza con tanto énfasis que tuvo que fruncir el ceño para evitar que se le cayera el sombrero. «Jamás he conocido a un vagabundo como este, y mi compañera dice lo mismo. Le rompió el corazón a su pobre esposa, echó a sus hijas de casa, puso a sus hijos de patitas en la calle... fue una bendición que finalmente se volviera loco a fuerza de mal genio, codicia, y egoísmo, gula y alcohol, o habría empujado a muchos más en esa dirección. ¡Esperanza para él, para este

viejo calavera! No hay mucha esperanza dando vueltas por ahí, pero me apuesto una corona a que, la que haya, se reserva para tipos que la merezcan más que él, en cualquier caso».

Y con esa confesión de fe, el cuidador volvió a sacudir la cabeza, como diciendo que así tenían que ser las cosas. Y tocándose el sombrero con mohíno —no porque estuviera de mal humor, sino porque el tema lo perturbaba— bajó la escalera y se la llevó.

Durante la conversación la Sra. Nickleby había contemplado al hombre con una mirada severa e incommovible. Ahora dejó escapar un profundo suspiro, y frunciendo los labios comenzó a denegar con la cabeza, de un modo lento y dubitativo.

«¡Pobre criatura!», dijo Kate.

«¡Ay!, pobre, ¡ya lo creo!», prosiguió la Sra. Nickleby. «Es vergonzoso permitir cosas como esas... ¡vergonzoso!».

«¿Cómo podrían evitarse, mamá?», dijo Kate, tristemente. «Las enfermedades de la naturaleza...».

«¡La naturaleza!», dijo la Sra. Nickleby. «¿Cómo? ¿Supones que ese caballero está fuera de sus cabales?».

«¿Podría alguien que lo haya visto albergar otra opinión, mamá?».

«Pues entonces solo te digo esto, Kate», repuso la Sra. Nickleby, «no creo que esté loco en absoluto, y me sorprende que te dejes influir de esa manera. Es algún complot de esta gente para apoderarse de su propiedad... ¿Acaso no lo dijo él mismo? Podrá ser un poquito raro y voluble, quizás, muchos de nosotros lo somos. ¡Pero decir que está loco! Expresándose como lo hace, respetuosamente, y en un lenguaje tan poético, y haciendo ofrecimientos tan meditados y cuidadosos y prudentes... ¡No es que se lance a la calle y caiga de rodillas delante de la primera mocita que le salga al encuentro, como lo haría un loco! No, no, Kate, hay demasiado método en su locura, dalo por seguro, querida».

CAPÍTULO 42

QUE ILUSTRAN LA ALEGRE OPINIÓN DE QUE INCLUSO LOS MEJORES AMIGOS A
VECES DEBEN SEPARARSE

El pavimento de Snow Hill se había estado horneando y friendo con el calor de todo el día, y las dos cabezas de sarracenos que cuidaban la entrada a la hostería de cuyo nombre eran ellas el doble anuncio, aparentaban —o así al menos parecía a los ojos de los extenuados transeúntes de adoloridos pies que por allí deambulaban— un aire más feroz que de costumbre, luego de haberse ampollado y chamuscado al sol, cuando, en uno de los saloncitos más pequeños de la hostería, a través de cuya ventana penetraban en forma de vapor casi tangible las sanas emanaciones de los humeantes caballos de tiro, se dispuso la familiar presencia de una mesa de té, de pulcra e incitante disposición, flanqueada por grandes cuartos de carne asada y hervida, una lengua, un pastel de palomas, un ave fría, un bock de cerveza y otras cosillas de tipo parecido que en pueblos y ciudades degenerados se consideran particularmente apropiadas para almuerzos fuertes, cenas de diligencia, o desayunos inusualmente sustanciosos.

El Sr. John Browdie, con las manos en los bolsillos, se cernía sin descanso sobre estas delicias, deteniéndose ocasionalmente a espantar, con un movimiento brusco del pañuelito de su esposa, las moscas de la escudilla del azúcar, o a mojar una cucharita en el tarro de leche y a llevársela a la boca, o a cortar un pedacito de corteza de pastel y una esquinita de carne, y engullírselas con dos tragos como un par de pastillas. Después de cada uno de esos flirteos con los comestibles, sacó su reloj y declaró con una formalidad bastante patética que no podía aguantar ni dos minutos más.

«¡Tilly!», dijo John a su dama, que estaba reclinada, medio dormida, sobre un sofá.

«¡Caramba, John!».

«“¡Caramba, John!”», la remedó su esposo, impaciente. «¿*Siente hambre, niña?*».

«No mucha», dijo la Sra. Browdie.

«¡No mucha!», repitió John, alzando la vista al techo. «Oírla decir que no mucha, ¡y *nojotro* comiendo a *la tre*, y *armorzando patele* que sacan de quicio a un *jombre*, en *ve e* sosegarlo! ¡*Ansí* que no mucha!».

«Hay un *cabasllero* para verlo a usted, señor», dijo el camarero, asomándose.

«¿Un qué *pa verme?*», exclamó John, como si se tratara de una carta o un paquete.

«Un *cabasllero*, señor».

«¡*Rayo y trueno*, tío!», dijo John, «¿*pa* qué viene a decir eso? Tráigalo *pa aentro*».

«¿Le digo que usted está aquí, señor?».

«¡Aquí!», exclamó John, «ojalá *etuviera* en mi casa. Allí haría *do jora* que habría *tomao er* dichoso té. Pero si le dije *ar* otro tío que mirara bien y que, si *llengaba arguien*, le dijera que entrara *pa aentro direstamente*, que *etábanos muerto e jambre*. Páselo *pa aentro*. ¡Anjá! Choque esa mano, Señor Nickleby. *Eté* va a ser casi *er día ma ogruñoso e* mi vida, señor. ¿Cómo le van *la cosa?* ¡Ahí, *arrelunchando!* ¡*Va*, me alegro!».

Olvidado totalmente hasta de su hambre en la efusividad de su saludo, John Browdie le estrechó la mano a Nicholas una y otra vez, golpeándole la palma con gran violencia entre un estrechón y otro, para añadirle cordialidad al recibimiento.

«¡Ah!, ahí *etá*», dijo John, observando la mirada que Nicholas dirigió a su esposa. «Ahí *etá*... no *vamo a pelearno* por ella... ¿Eh? *Dio*, cuando me *arreuerdo* de aquello... pero *usté* desea comer *argo*. *Cáigale, jombre*, cáigale, y por lo que *etamos* a punto *e* recibir...».

Sin duda el rezo fue debidamente concluido, pero no se oyó nada más, pues John ya había puesto en juego de tal forma cuchillo y tenedor que, por el momento, quedó privado del habla.

«Me tomaré la libertad habitual, Sr. Browdie», dijo Nicholas, colocando una silla para la novia.

«Tome lo que *gute*», dijo John, «y *pa* cuando se *haiga acabao*, pida *ma*».

Sin detenerse a explicar, Nicholas besó a la sonrojada Sra. Browdie, y la condujo a su asiento.

«Oye», dijo John, algo asombrado por el momento, «*Siéntete* como si *etuviera* en casa, ¿*quiere?*».

«Puedes darlo por descontado», respondió Nicholas, «con una condición».

«¿Y *cuár* sería?», preguntó John.

«Que me conviertas en padrino en cuanto necesites a alguno».

«¡Eh! ¡Oíte eso!», exclamó John, dejando descansar su cuchillo y su tenedor. «¡Un *patrino*! ¡Ja, ja ja! Tilly —oye *pa* lo que *er* dice— ¡un *patrino*! No *diga* ni una palabra *ma*, *jamá* se te va a ocurrir decir *argo* mejor *queso*. En cuanto *nencesite argún... patrino*! ¡Ja, ja, ja!».

Jamás hubo un hombre que se divirtiera tanto con un gastado chiste respetable como John Browdie con ese. Emitió una risita sofocada, rugió, casi se asfixia por embutirse con la risa grandes pedazos de carne de res en la tráquea, volvió a rugir, persistió en el intento de comer a la vez, el rostro se le puso rojo y la frente negra, tosió, lloró, se alivió, volvió a empezar otra vez a reírse para sus adentros, lo que empeoró las cosas, se atragantó, hubo que golpearle la espalda, se puso a patear, atemorizó a su esposa, y al final se recuperó, en un estado de extremo agotamiento y con el agua saliéndole por los ojos, pero todavía profiriendo débilmente: «¡Un *patrino*... un *patrino*, Tilly!», en un tono que traducía un exquisito entusiasmo por la ocurrencia que ningún sufrimiento podía disminuir.

«¿Recuerdas la noche en que tomamos té por primera vez?», dijo Nicholas.

«¿Podría *orvidarla arguna ve, jombre*?», respondió John Browdie.

«Pero aquella noche él era un tipo desesperado, ¿no es verdad, Sra. Browdie?», dijo Nicholas. «¡Bestial!».

«Si lo hubiera oído usted cuando me acompañaba de regreso a casa, Sr. Nickleby, habría visto usted, ya la creo», replicó la novia. «Jamás estuve tan asustada en toda mi vida».

«*Vamo, vamo*», dijo John, con una amplia sonrisa bonachona; «*sabe* que no fue *pa ná ansí*, Tilly».

«Pues sí que estaba asustada», respondió la Sra. Browdie. «Casi decidí no volverte a hablar nunca más».

«¡Casi!», dijo John, con una sonrisa más ancha aún que la anterior. «¡Casi *dercidió*! Y me anduvo *sosancando* y *sosancando*, y *ergastusando* y *ergastusando*, *to er* santo camino e *rengreso*. “¿Por qué *dejates* que *aquer* tipo se te *arrimara*?”, dígole yo. “No *jice* eso, John”, dice ella, apretándome *er* brazo. “¿Que no?”, digo yo. “No”, dice ella, *vorviéndome* a apretar».

«¡Por Dios, John!», interrumpió su linda esposa, muy sonrojada. «¿Cómo puedes decir semejantes tonterías? ¡Ni por la mente me ha pasado semejante cosa!».

«Yo no sé si te ha *pasao* o no te ha *pasao*, aunque creo *queso bata*, óyeme bien», replicó John; «pero sí que lo *hicites*. “Eres una *verleta*, una chica *vorluble* e *ircostante*”, digo yo. “*Ircostante* no, John”, dice ella, “Sí”, digo yo,

“ircostante, recontra ircostante. No me diga que no, dipués de lo de aquer tipo, el maetro”, digo yo. “¡Er!”, dice ella, chinllando. “¡Sí, y bien! ¡Er!”, digo yo. “¡Caramba!, John”, dice ella —y se acerca mucho ma y me aprieta er brazo mucho ma fuerte que ante— “ademá, ¿tú cree que teniendo un jombre tan jecho y derecho como tú pa acompañarme, iba yo a empratarme con un mesquetefe tan arfeñique y erclenque como ese?”, dice ella. ¡Ja, ja, ja! ¡Dijo mesquetefe! “¡Dio!”, digo yo, “dipués deso, ¡fija er día, y vamo ya a resorver eto!”. ¡Ja, ja, ja!».

Nicholas se rio a carcajadas de esa historia, tanto por lo mal parado que él salía en el cuento, como por evitarle el sonrojo a la Sra. Browdie, cuyas protestas eran ahogadas por las carcajadas de su esposo. Bien pronto su buen talante la hizo sentirse cómoda, y aunque ella seguía negando la acusación, se rio tan sinceramente de ella que Nicholas tuvo la satisfacción de reafirmar que en todos los aspectos esenciales la historia era estrictamente cierta.

«Esta es la segunda vez», dijo Nicholas, «que comemos juntos, y solo la tercera vez que los veo. Y sin embargo, en realidad me parece como si estuviera entre viejos amigos».

«¡Caramba!», observó el hombre de Yorkshire, «eso mimito digo yo».

«Y yo también, les aseguro» agregó su joven esposa.

«Pero escuchen bien, yo tengo el mejor motivo para mantener esa impresión», dijo Nicholas, «pues de no haber sido por su bondadoso corazón, mi buen amigo, cuando no tenía derecho a esperararlo, no sé lo que habría sido de mí, o en qué difícil situación me hallaría a estas alturas».

«Jabla de otra cosa», respondió John, con voz bronca, «eso no tiene improtancia».

«Entonces tendré que cantar otra canción, pero con la misma melodía», dijo Nicholas, sonriendo. «Te dije en mi carta que sentía y admiraba profundamente tu solidaridad con aquel pobre muchacho, al que liberaste, corriendo el riesgo de verte involucrado en problemas y dificultades. Pero nunca podré decirte lo agradecidos que él y yo, y otros a los que no conoces, te estamos por haberte apiadado de él».

«¡Dio!», prosiguió John Browdie, acercando su silla; «y ete que etá aquí nunca jamá podrá decirte a ti lo agradecía que etaría también otra gente que nojotro cononcemo, si sumpiera que me aspiadé der».

«¡Ay!», exclamó la Sra. Browdie, «¡qué nerviosa estaba yo aquella noche!».

«¿Crees que ellos se hubieran podido dar cuenta de que tú lo habías ayudado a escapar?», preguntó Nicholas a John Browdie.

«*Pa ná*», respondió el hombre de Yorkshire, estirando la boca de oreja a oreja. «Allí seguía yo, *arre pochunchao* en la cama *der maetro*, cuando ya hacía mucho que había caído la noche, y *naiden* se *aspareció* por allí. “¡Vaya!”, pensé yo, “ya ha *sacáo* una buena ventaja, y si no lo *agarramo nojotro*, *naiden ma* lo va a agarrar, así que sube cuando *quiera, maetro*, que *etamo lito...*” e decir, que ya *er maetro* podía *asparecerse* sin que *haiga* problema».

«Comprendo», dijo Nicholas.

«*Pue bien*», prosiguió John, «se *asparece er maetro*, en *eferto*. Yo oí que una puerta se cerraba en *lo bajo*, y lo oí a *er* subiendo en la *ocuridá*. “Quieto y firme”, me digo, “tómese su tiempo, señor... que no *haiga* apuro”. Llega *hata* la puerta, le da *vuerta* a la llave... le da *vuerta* a la llave donde no había *na pa asguantar* la cerradura... y dice “¡oye, tú!...”. “Sí”, pienso yo, “dígalo de nuevo, *vamo*, pero le *anseguro* que no va a *depertar* a *naiden*”. “Oye, tú”, dice, y *antonce*, una pausa. “*Ma vale* que no me *jaga* enojar”, dice *er maetro*, *dispué* de un tiempesito. “Te *vo* a romper *lo jueso*, *Smike*”, dice, *dispué* de otro tiempesito. *Antonce*, de *respente*, pide que le traigan una *lu*, y cuando la *lu* llega... ¡Ay, *Dio*, qué clase *e arboroto*! “¿Qué pasa?”, digo yo. “Se ha ido”, dice *er...* y echaba *epuma* por la boca. “¿No *oíte na*?”. “Sí”, digo yo, “oí cerrarse la puerta *e* la calle, *ahoritica mimo*. Oí a *arguien* que corría por allá abajo” (señalando en la otra *dirección...* ¿eh?). “¡*Aurxilio!*”, grita él; yo te *anyudaré*, digo yo, y *arrancamo...* ¡en *direrción* contraria! ¡Jo, jo, jo!».

«¿Fuiste muy lejos?», preguntó Nicholas.

«¡Lejísimo!», respondió John; «pero en un cuarto *de jora* lo tenía *argotao* e tanto correr. Ver a *aquer* viejo *maetro desombrerao*, metió *hata* la rodilla en *er* fango y *er* agua, *atrompezando* con *cercaos* y *canyéndose* dentro e la *zanja*, y gritando como un *desmente*, con su único ojo *ecrutándolo too* a ver si *disvisaba ar* muchacho, y *la cola der* abrigo que volaban *detrá der*, y él *too sarpicáo e* fango, la cara y *too lo demá...* creí que me caía al suelo allí *mimito*, con un *attaque e* risa».

Y de solo recordarlo, John se reía con tantas ganas que acabó por contagiar a sus dos oyentes, y terminaron los tres desternillados de la risa, y las carcajadas volvían y se renovaban una y otra vez hasta que ya no pudieron reírse más.

«Ese tipo *e* malo», dijo John, secándose los ojos; «un tipo *recontramalo*, ese *maetro*». «No lo puedo ni ver, John», dijo su esposa.

«*Vamo*», replicó John, «eso *e* muy propio de ti, claro. Si no hubiera sido por ti, no lo *conoceríamos*. Tú lo *conocites* primero, Tilly, ¿no fue *ansí*?».

«No podía no tratar a Fanny Squeers, John», replicó su esposa; «era una antigua amiga de la infancia, tú lo sabes».

«Caramba», respondió John, «¿Y no fue eso lo que dije, niña? Mejor portarse como buenos vecinos, y mantener *la antigua relacione*. Yo lo que digo *e* que uno no debe pelearse si puede *esvitarlo*. ¿No cree, Sr. Nickleby?».

«Así es», respondió Nicholas; «y tú obraste sobre la base de ese mismo principio cuando te encontré a caballo por la carretera, después de aquella velada memorable». «Sí, claro» dijo John. «Lo que digo, lo *matengo*».

«Y eso es algo muy bueno, y muy viril, además», dijo Nicholas, «aunque no es exactamente lo que uno entiende cuando en Londres se dice la frase, “Yorkshire se nos viene encima”^[27]. Dijiste en tu nota que la Srta. Squeers estaba parando con ustedes».

«Sí», respondió John, «fue la dama de *jonor* de Tilly. Y por cierto, una rara dama de *jonor*. Creo que tardará *abatante* en ser ella la *noivia*».

«No tienes vergüenza, John», dijo la Sra. Browdie, aunque con una aguda percepción del chiste por ser ella misma una novia.

«*Pal noivio* será una *bendición*», dijo John, brillándole los ojos de solo imaginárselo. «Ya lo creo, será una gran suerte *pal noivio*, por *supueto* que sí».

«Verá usted, Sr. Nickleby», dijo la Sra. Browdie, «como ella está aquí, John le escribió a usted y fijó la cita para esta noche, pues pensamos que no sería agradable que ustedes se encontraran, después de lo ocurrido...».

«Incuestionablemente. Usted tiene mucha razón en eso», dijo Nicholas, interrumpiendo.

«Especialmente», observó la Sra. Browdie, con un aspecto muy astuto, «después de lo que sabemos sobre asuntos de amor pasados y concluidos».

«¡Y vaya si lo sabemos!», dijo Nicholas, sacudiendo negativamente la cabeza. «Sospecho que usted se comportó con bastante crueldad en ese aspecto».

«Claro que sí», dijo John Browdie, pasando su enorme dedo índice por uno de los lindos rizos de su esposa, y con aire de sentirse muy orgulloso de ella. «Siempre fue tan *traviesa* y *cononcedora* de *tanta trampita* como una...».

«Di, a ver, ¿como una qué?», dijo su esposa.

«Como una mujer», la tranquilizó John. «¡*Mardición!* Pero no sé qué me pasa que no me *pueo* separar de ella».

«Usted estaba hablando de la Srta. Squeers», dijo Nicholas, tratando de detener los leves desentendimientos conyugales que habían empezado a surgir

entre el Sr. y la Sra. Browdie, y que ponían al tercero en la embarazosa situación de sentirse más bien como un estorbo.

«Oh, sí», prosiguió la Sra. Browdie. «John le pidió que viniera... que viniera esta noche porque ella decidió irse a tomar el té con su padre. Y para que no hubiera problema, y que usted estuviera tranquilo y a solas con nosotros, arregló para ir a buscarla él mismo y traerla de regreso».

«Un arreglo muy bueno», dijo Nicholas, «aunque lamento ocasionar tantas molestias».

«Ninguna molestia, ¡no faltaba más!», repuso la Sra. Browdie, «estábamos ansiosos de verlo, John y yo, y para nosotros es un gran placer. ¿Sabe una cosa, Sr. Nickleby», dijo la Sra. Browdie, con su sonrisa más maliciosa, «que yo pienso, realmente, que Fanny Squeers siente mucha simpatía por usted?».

«Se lo agradezco mucho», dijo Nicholas, «pero les juro que yo nunca aspiré a causar impresión alguna sobre su virginal corazón».

«¡Qué cosas tiene usted!», dijo la Sra. Browdie con una risita disimulada. «No, pero ¿sabe que realmente, ahora, hablando en serio, totalmente fuera de broma, se me dio a entender, de parte de la propia Fanny, que usted le habría propuesto matrimonio, y que iban a comprometerse de manera muy solemne y formal?».

«¿Acaso cree usted, señora... acaso cree usted?», exclamó una chillona voz femenina; «¿acaso cree que yo... yo... podría comprometerme con un ladrón y asesino que derramó la sangre de mi padre? ¿Cree... cree acaso, señora... que yo puedo sentir simpatía por la mugre que pisan mis pies, que yo no me rebajaría a tocar siquiera con unas tenazas de cocina, sin ennegrecer y quedar lisiada yo misma por el mero *contracto*? ¿Lo cree usted, señora... lo cree? ¡Oh!, ¡infame y envilecida Tilda!».

Con esos reproches, la Srta. Squeers abrió de par en par la puerta y reveló a la vista del asombrado matrimonio Browdie y de Nicholas no solo su propia figura simétrica, ataviada con las castas vestimentas blancas ya descritas (si bien un poco más sucias) sino también las figuras de los dos Wackfbrds, padre e hijo.

«¿Se terminó el jjuuego, eh?», prosiguió la Srta. Squeers, que, por su excitación, resoplaba al pronunciar las jotas; «¿ya se terminó el jjuuego, eh? ¿Se acabaron toda mi paciencia y mi amistad por este ser de doble cara... esta víbora, esta... esta... sirena?». (La Srta. Squeers vaciló largo rato en busca de este último epíteto, y lo extrajo al fin, triunfante, como si cerrara perfectamente todo el asunto). «¿Se terminó el jjuuego, eh? ¿Se acabó toda mi

tolerancia con su engaño, su bajeza, su falsedad, la forma en que se lanzaba a atraer la admiración de mentes vulgares, de un modo que me hacía sonrojarme por mi... por mi...?».

«Género», sugirió el Sr. Squeers, mirando a los espectadores con ojo malévolo... literalmente, con un solo ojo malévolo.

«Sí», dijo la Srta. Squeers. «Pero le doy las gracias al cielo de que mi madre sea de la misma...».

«¡Muy bien dicho!», la apoyó el Sr. Squeers; «y quisiera que ella estuviera aquí para que arañara a esta banda».

«¿Se terminó el juego, eh?», dijo la Srta. Squeers, alzando airoosamente la cabeza, y mirando despreciativamente hacia abajo. «¡Basta de hacerle caso a esta basura y de rebajarme a protegerla!».

«Ay, detente ahí, espera», estalló la Sra. Browdie, ignorando todos los esfuerzos de su esposo por contenerla, y dando un paso adelante, «no digas ni una idiotez más».

«¿Acaso no la he protegido a usted, señora?», preguntó la Srta. Squeers.

«No», le devolvió la Sra. Browdie.

«Claro, ¿qué sonrojo se podría esperar?», dijo la Srta. Squeers, con arrogancia, «si ese rostro no sabe más que de *jignominiosidad* y de osadía».

«Y yo le digo», cortó John Browdie, irritado por la acumulación de ataques contra su esposa, «suaviza un poco, niña, suaviza».

«Y a usted, Sr. Browdie», dijo la Srta. Squeers, respondiéndole al instante, «le tengo lástima. Lo único que me provoca usted es lástima. No tengo sentimientos para usted, señor, que no sean de lástima no expresada».

«¡Oh!», dijo John.

«No», dijo la Srta. Squeers, mirando de reojo a su padre, «aunque sea una dama de honor rara, y aunque tarde en ser novia, y aunque mi esposo sí será afortunado, el único sentimiento que albergo por usted es de lástima, señor».

En este punto, la Srta. Squeers volvió a mirar a su padre de reojo, y este a su vez la miró a ella, como diciendo «¡buen golpe!».

«Yo sé lo que usted ha tenido que pasar», dijo la Srta. Squeers, sacudiendo violentamente sus rizos. «Sé la vida que le espera, y ni siendo usted mi enemigo más encarnizado y mortal, podría desearle algo peor».

«¿Si ese fuera el caso, no podrías desearle estar casado contigo?», preguntó la Sra. Browdie con gran suavidad en sus modales.

«¡Oh, señora, qué ingeniosa es usted!», replicó la Srta. Squeers con una reverencia exagerada, «casi tan ingeniosa, señora, como lista. ¡Qué lista fue usted al escoger el momento en que me fui a tomar el té con mi papá, segura

de que no regresaría antes de que me fueran a buscar! ¡Qué lástima que nunca pensó que otros pueden ser tan listos como usted, y echarle a perder sus planes!».

«No vas a hacerme enojar, chiquilla, así que baja esos humos», dijo la antigua Srta. Price, asumiendo el papel de matrona.

«No me trate de señorita, señora, por favor», le devolvió la Srta. Squeers de manera cortante. «No se lo permito. ¿Acaso no se terminó el jjuuego...?».

«Por *too lo demonio*, Fanny» exclamó John Browdie con impaciencia. «Acaba *e hablar* y punto en boca, Fanny, pero *arsegúrate* de que se terminó er juego, por *Dio, pa* que no *siga preguntando* si se terminó o no».

«Agradecida por su consejo, que nadie le pidió, Sr. Browdie», replicó la Srta. Squeers con forzada cortesía, «y tenga la bondad de no tomarse la libertad de tratarme por mi nombre de pila. Ni siquiera la lástima que siento por usted me hará olvidar lo que me debo a mí misma, Sr. Browdie. Tilda», dijo la Srta. Squeers, con un acceso de violencia repentino, y de tal magnitud que John saltó en su asiento, «rompo con usted para siempre, señorita. La abandono, renuncio a usted. Jamás», exclamó la Srta. Squeers con voz solemne, «le pondré a una hija mía el nombre de Tilda... ni así fuera para salvarla de la muerte».

«En lo que a eso *resperta*», observó John, «creo que *dipondrá* de *abastante* tiempo *pa* pensar qué nombre ponerle cuando venga».

«¡John!», cortó su esposa, «no la fastidies».

«¡Oh! ¡Fastidiar, ya lo creo!», exclamó la Srta. Squeers, picándose. «¡Fastidiar, ya lo creo! ¡Él! ¡Él! ¡Fastidiar, además! No, no la fastidies. ¡Ten en cuenta sus sentimientos, te lo ruego!».

«Si el destino quiere que los que escuchan detrás de las puertas nunca oigan decir nada bueno de sí», dijo la Sra. Browdie, «no puedo evitarlo, y lo lamento mucho. Pero te diré, Fanny, que incontables veces he hablado tan bien de ti a tus espaldas, que ni siquiera tú habrías hallado faltas en lo que dije».

«¡Oh, me atrevo a pensar que no, señora!», exclamó la Srta. Squeers con otra reverencia. «Mi más sentido agradecimiento para usted por su bondad, ¡y rogándole que no sea tan dura conmigo en otra ocasión!».

«No creo», prosiguió la Sra. Browdie, «que haya dicho nada demasiado malo sobre ti, ni siquiera ahora... en cualquier caso, lo que dije era muy cierto. Pero si lo hice, lo lamento mucho, y te pido perdón. Veinte veces tú has dicho cosas mucho peores de mí, Fanny, pero nunca te guardé rencor por eso, y espero que tú no me lo guardes a mí».

La Srta. Squeers no dio más respuesta que una mirada con la que midió a su antigua amiga de la cabeza a los pies, alzando la nariz en gesto de inefable desdén. Pero se le escaparon algunas alusiones vagas a una «mocosa», a una «descarada» y a un «ser despreciable». Y esto unido a los labios mordidos con fuerza, la gran dificultad para tragar y el sube y baja de su respiración, parecieron indicar que en el pecho de la Srta. Squeers se agolpaban sentimientos demasiado tremendos como para ser expresados con palabras.

Mientras la anterior conversación seguía su curso, el joven Wackford, descubriendo que su presencia pasaba inadvertida, y sintiendo el urgente llamado de sus inclinaciones preponderantes, poco a poco se había acercado a la mesa y atacado la comida con tan imperceptible gesto como pasar los dedos por la parte interior de los platos y luego chupárselos con gusto infinito... arrancar pedacitos de pan y restregarlos en la mantequilla... echarse en el bolsillo trozos de azúcar, fingirse todo el tiempo absorto en sus pensamientos... y cosas por el estilo. Al descubrir que no se producía ningún intento de interferir sus pequeñas libertades, gradualmente fue pasando a mayores, y después de servirse una comida fría moderadamente abundante, a estas alturas ya andaba involucrado a fondo en el pastel.

Nada de esto había pasado inadvertido por el Sr. Squeers, quien, en tanto la atención del grupo estuviera fija en otros objetos, se congratulaba al pensar que su hijo y heredero estaba engordando a expensas del enemigo. Pero al sobrevenir ahora una calma pasajera, en la que las andanzas del pequeño Wackford no podrían dejar de ser notadas, fingió apercibirse de la circunstancia por primera vez, e infligió al rostro del joven caballero una bofetada que puso a temblar hasta a las mismísimas tazas de té.

«¡Comiendo, eh!», exclamó el Sr. Squeers, «¡de las sobras de los enemigos de su padre! ¡Hasta podrías envenenarte, so anormal!».

«No le hará daño», dijo John, aparentemente muy aliviado por la perspectiva de que un hombre interviniera en la disputa; «deje que coma. Ojalá que *toa la escuela estuviera* aquí. ¡Bien que me *gutaría resllenar eso derdichos etógamo*, aunque tuviera que *gatar hata er úrtimo centavo pa hacerlo!*».

Squeers le frunció el ceño con la peor y más malévolamente expresión de que era capaz su rostro —y eso que era un rostro de extraordinarias capacidades en este sentido— y agitó el puño amenazadoramente.

«*Vamo, vamo, maetro*», dijo John, «no *jaga er ridículo*. Mire que si yo *sascudo er mío* —así sea una sola *ve*— *usté caería ar suelo na ma* que del aire que se va a levantar».

«¿Fuiste tú, eh», le dijo Squeers, «quien ayudó al chico a escapar? ¿Fuiste tú, eh?».

«¡Yo!», le devolvió John subiendo el tono. «*Pue sí que fui yo, vaya, ¿qué hay con eso? Fui yo, ¿y qué?*».

«¡Lo estás oyendo confesar que fue él, hija mía!», dijo Squeers, apelando a su hija. «¡Estás oyendo lo que ha dicho!».

«¡Lo hice, sí!», exclamó John. «Y te diré *ma*, oye *eto* también. Si *tiene* a otro chico *fitgao*, lo *vuervo* a hacer. Si *tiene* a veinte *chico fugao*, veinte *vece* lo *vuervo* a hacer, y veinte *vece ma, pa* que lo *sepa*. Y te diré *ma*», dijo John; «*ajora* que me se subió la sangre a la cabeza, te diré que *ere* un viejo pillo, y que *tiene* suerte *e* ser un viejo, *poque* si no te habría *molío hata* hacerte *jarina* cuando le *contates* a un *jombre jonrao* como yo *er* modo en que *apaleates* a ese pobre chico en *er* coche».

«¡Un hombre honrado!», exclamó Squeers, con una risa sarcástica.

«¡Sí, un *jombre jonrado*!», respondió John, «lo *abatante joneto* como *pa* no ir a poner nunca *la pierna abajo e* la *mima* mesa que *usté*».

«¡Qué escándalo!», dijo Squeers, regocijado. «Tengo dos testigos. Wackford sabe lo que significa un juramento, lo sabe perfectamente... usted está atrapado, señor. ¿Así que pillo, eh?». El Sr. Squeers sacó su cartera y anotó la palabra. «Magnífico. Yo diría que eso bien podría costarle un total de veinte libras en la próxima sesión del tribunal local, sin lo de la honestidad, señor».

«*Trinbunar locar*», exclamó John, «*ma* vale que no me *jable* a mí *der trinbunar locar*. La *ecuela e* Yorkshire han *sallo a reslucir* en *er trinbunar locar ante e ajora, jombre, y e* un asunto *epinoso pa* revivirlo, se lo puedo *ansegurar*».

El Sr. Squeers sacudió la cabeza con gesto amenazador y el rostro pálido de apasionamiento. Luego de tomar del brazo a su hija, y arrastrando al pequeño Wackford por la mano, retrocedió hacia la puerta.

«En cuanto a usted», dijo Squeers, volviéndose y dirigiéndose ahora a Nicholas —quien, por haber montado en cólera muy seriamente una vez, se había abstenido deliberadamente de intervenir en esta ocasión— «ya verá si no le pongo la mano encima muy pronto. ¿Así que anda usted por ahí secuestrando chicos, eh? Procure que los padres de ellos no aparezcan... tome nota de eso... procure que sus padres no aparezcan y me los devuelvan a mí para que yo haga de ellos lo que yo quiera, a pesar de usted».

«Eso no me da ningún miedo», respondió Nicholas encogiéndose de hombros despectivamente y mirando en otra dirección.

«¡Ah, así que no tiene miedo!», replicó Squeers con aire diabólico. «Ya vamos a ver».

«Y yo abandono esta compañía para siempre jjjamás», dijo la Srta. Squeers, mirando a su alrededor con desprecio y arrogancia. «Me deshonra respirar el mismo aire que respiran seres semejantes. ¡Pobre Sr. Browdie! ¡Je, je, je! La verdad es que lo compadezco, ¡qué engañado está usted! ¡Je, je, je...! ¡Tilda, qué mañosa e intrigante eres!».

Y con esta inesperada recaída en la ira más severa y majestuosa, la Srta. Squeers salió de la habitación de un modo impresionante, y luego de sostener su aire de dignidad hasta donde pudo, se la oyó romper a llorar, chillar y patalear en el pasillo.

John Browdie permaneció de pie detrás de la mesa, mirando alternativamente a su esposa y a Nicholas, con la boca completamente abierta, hasta que su mano cayó accidentalmente sobre el bock de cerveza, momento en el cual lo alzó y después de ocultar el rostro al beber en él por unos instantes, respiró profundamente, se lo pasó a Nicholas y tocó la campana.

«Venga acá, *carmarero*», dijo John con energía. «Avívese, *vamo*. Llévese *eta cosa*, y tráigano *argo asao* a la parrilla *pa* la cena, de lo mejor y en *abastante cantidad*, a *la die e* la noche. *Ajora* traiga un poco *e coñá*, agua y un par de *zapatilla*, *la má grande* que tenga en la casa, ¡y rápido! ¡Vuele, *vamo!*», dijo John, frotándose las manos, «ya *eta* noche no tengo que salir a *bucar a naiden*, así que vive *Dio* que *ajora vamo* a empezar a *difrustar la velá rearmente*».

CAPÍTULO 43

QUE OBRA COMO UNA ESPECIE DE INTRODUCTOR, EN TANTO PONE EN CONTACTO A VARIAS PERSONAS

Hacía tiempo que la tormenta había cedido el lugar a la más profunda calma, y la noche estaba bastante avanzada... en verdad, ya había terminado la cena. Bajo la influencia de la más absoluta tranquilidad, la conversación alegre y una ración moderada de coñac y agua el proceso de digestión transcurría tan favorablemente como —según opinan la mayoría de los sabios duchos en anatomía y funciones del organismo humano— debe transcurrir, cuando los tres amigos, o digamos mejor —por deferencia y respeto al santo estado del matrimonio— los dos (puesto que el Sr. y la Sra. Browdie contaban como uno solo) fueron sobresaltados por unos coléricos gritos provenientes de los bajos, que ahora alcanzaban un tono tan elevado, y además un lenguaje tan violento, sanguinario y feroz, que ni una cabeza real de sarraceno que se hubiera personado en el establecimiento habría logrado aplacarlos, ni aun estando la dicha cabeza instalada sobre los hombros correspondientes y coronando el tronco de un verdadero, furioso, vivo e inaplacable sarraceno. El alboroto, en vez de amainar tras el primer estallido (como con frecuencia sucede con los alborotos, ya sea en tabernas y asambleas legislativas como en otras partes) hasta volverse una mera riña de refunfuños y gruñidos, iba en aumento por instantes. Y aunque todo el estruendo parecía provenir de un solo par de pulmones, de todas formas ese único par era de tan potente calidad al repetir palabras tales como «canalla», «pillo», «malcriado insolente», y toda otra variedad de palabrotas no menos halagüeñas para la parte aludida, y eran proferidas con tan gran deleite e intensidad de volumen, que una docena de voces alzadas al unísono bajo cualesquiera circunstancias ordinarias habrían hecho muchísimo menos escándalo y creado una consternación mucho menor.

«¿Cómo, qué es lo que ocurre?», dijo Nicholas, avanzando apresuradamente hasta la puerta.

También se precipitaba, a zancadas, John Browdie en la misma dirección, cuando la Sra. Browdie, pálida, se recostó en su asiento y le advirtió con voz débil que, si él se inmiscuía en alguna situación peligrosa, ella tenía la intención de ponerse histérica de inmediato, lo cual podría acarrear consecuencias mucho más serias de lo que él imaginaba. John pareció bastante desconcertado por esta información, aunque al mismo tiempo una sonrisa bonachona revoloteaba sobre el rostro. Pero como era bastante incapaz de mantenerse al margen de una pelea, cualquiera que esta fuese, ideó una solución de compromiso consistente en aprisionar el brazo de su esposa bajo el suyo, y así acompañado seguir a Nicholas escaleras abajo a toda velocidad.

El pasillo de afuera de la cafetería era el escenario del disturbio, y allí estaban congregados los clientes y los camareros junto con dos o tres cocheros y mozos de cuadra. Estos se habían reunido apresuradamente en torno a un joven que, por su apariencia, podría haber tenido uno o dos años más que Nicholas. Después de lanzar los desafíos recién descritos, dicho joven parecía haber pasado a niveles aún más elevados de indignación, puesto que sus pies llevaban un par de medias como único resguardo, y a poca distancia de la cabeza de una figura que yacía tirada en la esquina opuesta, con aspecto de haber salido disparado hacia su retiro actual por medio de un puntapié, yacían dos zapatillas posadas muy cerca de sus orejas, como si hubieran venido a congratularlo por el feliz aterrizaje.

Los dientes de la cafetería, así como los camareros, los cocheros y los ayudantes —por no hablar de una sirvienta del bar que miraba por una ventana— parecían en aquel momento, si un espectador pudiera juzgar por sus guiños, movimientos de cabeza y murmullos de asombro, fuertemente dispuestos a tomar partido en contra del joven de las medias. Apercebido de esto, y de que el joven era casi de su misma edad y que en nada tenía la apariencia de un alborotador habitual, Nicholas, impulsado por los sentimientos que a veces mueven a los jóvenes, se sintió fuertemente inclinado a tomar partido por la parte más débil, así que, de inmediato, se lanzó al centro del grupo, y con un tono quizás más enfático de lo que las circunstancias parecían requerir, preguntó el porqué de todo aquel ruido.

«¡Ea!», dijo uno de los mozos de cuadra, «que ese tío está disfrazado, ¡a que sí!».

«¡Abran paso al primogénito del Emperador de Roosher, caballeros!», exclamó otro.

Pasando por alto estas burlas —desacostumbradamente bien recibidas, como suelen serlo las puyas lanzadas a expensas de las personas mejor vestidas dentro de una multitud—, Nicholas miró despreocupadamente a su alrededor y, dirigiéndose al joven, que a estas alturas había recogido sus zapatillas y metido los pies dentro de ellas, repitió su pregunta con modales corteses.

«¡Casi nada!», respondió.

Dicho esto, los espectadores emitieron un murmullo, y algunos de los más osados exclamaron, «¡Oh, ya lo creo...! ¿Así que no fue nada...? ¿Nada, eh...? ¿Conque no fue nada, dice? Qué suerte que para él no fue nada». Una vez agotadas estas y otras muchas expresiones de irónica desaprobación, dos o tres de los tipos del corro empezaron a empujar a Nicholas y al joven que había armado el alboroto, haciendo como que chocaban con ellos accidentalmente, pisándoles los pies, etcétera. Pero como este juego era abierto, y no se limitaba necesariamente a tres o cuatro participantes, estaba abierto también para John Browdie, quien, abriéndose paso en la pequeña multitud —para gran terror de su esposa— y dando pisotones, lanzándose en todas direcciones, ora a la derecha, ora a la izquierda, ora hacia delante, ora hacia atrás, y dando un codazo accidental al sombrero del más alto de los mozos —que había estado particularmente activo—, rápidamente cambió la correlación de fuerzas, y más de un fortachón tuvo que salir cojeando para situarse a una distancia respetable, maldiciendo con lágrimas en los ojos los pesados pies y los pisotones del fornido hombre de Yorkshire.

«Que se atreva a volverlo a hacer», dijo el que había sido lanzado de una patada hasta el rincón, levantándose del suelo mientras hablaba, al parecer más por temor a que John Browdie sin querer lo pisoteara que porque quisiera tomarse la revancha de su adversario. «Que se atreva a volverlo a hacer. Es lo único que digo».

«Que lo vuelva yo a oír a usted expresarse de esa manera», dijo el joven, «y le romperé esa cabeza suya contra los vasos de vino que hay de usted».

En este punto, un camarero, que mientras solo se habla tratado de romper cabezas se había mantenido frotándose con deleite las manos, comenzó a rogar a los espectadores con la mayor seriedad que fueran a buscar a la policía, porque aquello, a todas luces, podía terminar en asesinato, y que él era responsable por todos los cristales y la loza del local.

«Nadie tiene que tomarse esa molestia», dijo el joven; «permaneceré en esta casa toda la noche, y por la mañana me encontrarán aquí si hay que responder por cualquier ataque».

«¿Por qué lo golpeaste?», preguntó uno de los espectadores.

«¡Ea! ¿Por qué lo golpeaste?», preguntaron los demás.

El caballero impopular miró con tranquilidad a su alrededor, y dirigiéndose a Nicholas, dijo:

«Usted acaba de preguntar qué pasaba aquí. Lo que pasaba era simplemente lo siguiente: aquel individuo que está allí, y que estaba bebiendo con un amigo en la cafetería cuando yo me senté para pasar la última media hora antes de acostarme (pues acabo de llegar de un viaje, y preferí parar aquí a pasar la noche que llegar tan tarde a casa, donde me esperan mañana), decidió expresarse en términos muy irrespetuosos y con una insolente familiaridad sobre una joven a la que reconocí por su descripción y otras circunstancias, y a la que tengo el honor de conocer. Como hablaba bastante alto para que los demás huéspedes presentes pudieran oírlo, le informé, del modo más educado, que se equivocaba, y que sus conjeturas eran de naturaleza ofensiva, y le pedí que se controlara. Así lo hizo durante un rato, pero después, cuando se disponía a abandonar el salón, retomó la conversación y le dio un giro aún más ofensivo que antes. Entonces, sin poder contenerme, de un puntapié le facilité la salida colocándolo en la postura en la que acaba usted de hallarlo un instante atrás. Creo que soy yo el mejor juez de mis asuntos», dijo el joven, que ciertamente no se había recuperado totalmente de su reciente acaloramiento, «de modo que si alguien aquí cree apropiado hacer suya esta pelea, no tengo ninguna objeción, se lo aseguro».

En el estado mental en que Nicholas se encontraba ningún otro procedimiento le hubiera parecido más loable que el empleado por el joven, dadas las circunstancias descritas. Pocos temas de disputa hubieran llegado más al fondo de su corazón, pues la desconocida ocupaba buena parte de sus pensamientos, y pensó muy naturalmente que él habría hecho exactamente lo mismo si cualquier osado murmurador se hubiera atrevido a hablar con ligereza de ella en su presencia. Influidado por esas consideraciones, tomó partido efusivamente por el joven, arguyendo que había hecho muy bien, y que merecía por ello su respeto, ante lo cual John Browdie (aunque no tan convencido en cuanto al asunto de los méritos) se sumó de inmediato a la causa con igual vehemencia.

«Que tenga cuidado, es todo lo que le digo», dijo la parte derrotada, a quien un camarero estaba sacudiendo tras su reciente caída sobre las polvorientas planchas del piso. «Nadie me golpea sin pagarlo, es todo lo que le digo. ¡Buenos estaríamos si un hombre no puede admirar a una chica hermosa sin que lo hagan pedazos por ello!».

Esta reflexión pareció agradar a la joven del bar, que ajustándose la cofia al hablar, y mirándose en un espejo, declaró que, en efecto, arreglados estaríamos si se castigara a la gente por acciones tan inocentes y naturales como esa, porque habría más gente que derribar al suelo que gente para derribarla, y que ella se preguntaba qué había querido realmente decir con aquello el caballero.

«Mi querida chica», dijo el joven en voz baja acercándose a la ventana.

«¡Tonterías, señor!», respondió, cortante, la joven, no sin sonreír furtivamente mientras se apartaba y mordiéndose los labios para disimularlo (ante lo cual la Sra. Browdie, que seguía de pie en la escalera, la miró con desdén y llamó a su esposo para que se alejara).

«No, pero escúcheme», dijo el joven. «Si admirar un lindo rostro fuese un crimen, yo estaría condenado de antemano, el primero entre todos los mortales, pues eso es algo a lo que no me puedo resistir. Un rostro hermoso causa el más extraordinario efecto sobre mí, y me detiene y me hace controlarme aún en medio de la mayor cólera y obcecación. Ya ve usted qué efecto ha tenido sobre mí el suyo».

«Oh, eso es muy bonito», respondió la joven, alzando airoosamente la cabeza, «pero...».

«Sí, sé que es muy bonito», dijo el joven, mirando con aire de admiración el rostro de la camarera, «eso es lo que acabo de decir. Pero de la belleza debe hablarse con respeto... con respeto, y en los términos debidos, y con un bello sentido de su valor y su excelencia, mientras que este tipo no tiene la menor noción...».

La joven interrumpió la conversación en este punto para sacar la cabeza por la ventana del bar y preguntar al camarero con voz chillona si el hombre que había sido derribado iba a quedarse en el pasillo toda la noche, o si se quitaría de en medio de la entrada para dejar pasar a otras personas. Los camareros aprovecharon la indicación, y comunicándosela a los mozos de cuadra no tardaron en cambiar también ellos el tono, con el resultado de que la infortunada víctima fue arrastrada fuera de allí como un bulto en un abrir y cerrar de ojos.

«Estoy seguro de haber visto antes a ese tipo», dijo Nicholas.

«¡No me diga!», respondió su nuevo conocido.

«Estoy seguro», dijo Nicholas, haciendo una pausa para reflexionar. «¿Dónde habrá sido...? ¡espere...! sí, estoy seguro... trabaja en una oficina de registro en el extremo oeste de la ciudad. Sabía que recordaba su rostro».

Era, en efecto, Tom... el empleado feo.

«¡Qué cosa más curiosa!», dijo Nicholas, rumiando en torno al extraño modo en que aquella oficina de registro en ocasiones parecía asaltarlo y mirarlo directamente al rostro cuando él menos se lo esperaba.

«Estoy muy en deuda con usted por su bondadosa defensa de mi causa cuando más necesitaba un abogado», dijo el joven, riendo y sacando una tarjeta de su bolsillo. «Tal vez usted me haga el honor de dejarme saber cómo puedo agradeceréselo».

Nicholas tomó la tarjeta, y mirándola involuntariamente mientras devolvía el cumplido, se quedó de pronto totalmente pasmado.

«¡Sr. Frank Cheeryble!», dijo Nicholas. «¡No será usted el sobrino de Hermanos Cheeryble, al que esperan mañana!».

«Usualmente no me llamo a mí mismo sobrino de la compañía», repuso el Sr. Frank de buen humor, «pero me enorgullece decir que, en efecto, sí soy el sobrino de los dos excelentes individuos que la componen. ¡Y usted, ya veo, es el Sr. Nickleby, del que tanto he oído hablar! Este es un encuentro muy inesperado, pero no por ello menos bienvenido, se lo aseguro».

Nicholas respondió a estos cumplidos con otros de la misma especie, y se estrecharon cordialmente las manos. Entonces presentó a John Browdie, que había permanecido estupefacto desde que la joven del bar fuera ganada con tanta destreza para el bando correcto. Después fue presentada la Sra. de John Browdie, y finalmente todos subieron las escaleras juntos y pasaron la media hora siguiente muy contentos y animados. La Sra. Browdie comenzó la conversación declarando que, de todas las cosas maquilladas que había visto en su vida, ninguna tan vana y ordinaria como aquella joven del bar.

Este Sr. Frank Cheeryble, aunque a juzgar por lo que había acabado de suceder, parecía un joven exaltado (lo cual no es ni un milagro ni un fenómeno inusual en la naturaleza), era un tío espirituoso, simpático y agradable, y con mucho, tanto en su fisonomía como por su actitud, que le recordaba enormemente a Nicholas los bondadosos hermanos. Sus modales eran tan desprovistos de afectación como los de ellos, y su conducta irradiaba aquella cordialidad que resulta peculiarmente atractiva en la mayoría de las personas que tienen un carácter generoso. Añádase a esto que era bien parecido e inteligente, poseía una abundante cuota de vivacidad, era extremadamente alegre, y se acomodó en un lapso de cinco minutos a todas las excentricidades de John Browdie, con tanta facilidad como si lo hubiera conocido desde la infancia. Así que no sorprenderá saber que, cuando se separaron para ir a dormir, el joven había producido una favorable impresión, no solo en el benemérito hombre de Yorkshire y su esposa, sino también en

Nicholas, que dando vueltas a todas estas cosas en su mente en el camino de regreso a casa, llegó a la conclusión de que había echado los cimientos de una relación muy grata y deseable.

«¡Pero lo de aquel tipo de la oficina de registros fue algo increíble!», pensó Nicholas. «¿Acaso pudiera este sobrino saber algo sobre aquella bella chica? Cuando Tim Linkinwater me dio a entender el otro día que este joven venía a hacerse cargo de una parte de la compañía aquí, dijo que había sido el representante de la compañía en Alemania durante cuatro años, y que durante los seis últimos meses había estado dedicado a establecer una sucursal en el norte de Inglaterra. Eso suma cuatro años y medio... cuatro años y medio. Ella no podía tener ahora más de diecisiete años... dieciocho a lo sumo. Así que tiene que haber sido muy niña cuando él se fue. Yo diría que él no la conoce ni la ha visto nunca, así que no me podrá dar ninguna información. En todo caso», pensó Nicholas, llegando al fin al verdadero meollo de la cuestión, «no hay peligro de que sus afectos y los de la chica estén comprometidos; eso queda bien claro».

¿Es el egoísmo un ingrediente necesario de esa pasión llamada amor, o es este merecedor de todas las cosas buenas que han dicho de él los poetas en el ejercicio de su indudable vocación? Hay, sin duda, casos comprobados de caballeros que han renunciado a damas, y de damas que han renunciado a caballeros frente a rivales meritorios, en circunstancias de gran altruismo. Pero ¿está fuera de toda duda que la mayoría de tales damas y caballeros no lo hayan hecho, quizás, para convertir la necesidad en virtud, renunciado noblemente a lo que de todos modos estaba fuera de su alcance, del mismo modo que el soldado raso podría jurar que no aceptará jamás la Orden de la Jarretera, o el párroco pobre, devoto y sabio —pero sin más parientes que una familia con muchos hijos que mantener— declararía que renuncia a ser obispo?

He aquí a Nicholas Nickleby, ser incapaz de hacer el menor cálculo sobre cuánto podría o no ascender en el favor o la fortuna de los hermanos Cheeryble ahora que su sobrino había regresado, pero haciendo, sin embargo, cálculos sobre si era o no probable que aquel mismo sobrino rivalizara con él en los afectos de la hermosa desconocida... y además, discutiendo el asunto consigo mismo, tan seriamente como si, con aquella única excepción, todo lo demás ya estuviera resuelto, y volviendo al tema una y otra vez, y sintiéndose muy indignado y maltratado solo de pensar que alguna otra persona pudiera cortejar a aquella con la que él nunca había intercambiado una sola palabra en toda su vida. Con toda seguridad, en vez de subestimar los méritos del recién

conocido los estaba exagerando. Pero de todas formas, tomó como una especie de ofensa personal el hecho de que pudiera tener algún tipo de méritos, los que fuese... entiéndase, a los ojos de esa joven en particular, pues fuera de eso, podía tener cuantos apeteciera. Indudablemente, había egoísmo en todo esto, y, sin embargo, Nicholas tenía una naturaleza muy libre y generosa, y su cuota de pensamientos bajos o sórdidos era posiblemente la más baja que jamás hubiera tocado en suerte a hombre alguno. Pero tampoco hay razón para suponer que estando enamorado fuera a sentir y a pensar de manera distinta que otras personas imbuidas de esa misma sublime condición.

Sin embargo no se detuvo a indagar en el curso de sus pensamientos o su estado de ánimo, y en lugar de ello siguió pensando en la joven a lo largo de todo el camino y soñando cosas por el estilo toda la noche. Porque habiendo quedado convencido de que Frank Cheeryble no podía tener conocimiento de la misteriosa joven ni relación alguna con ella, empezó a ocurrírsele que, incluso él mismo, podría no volver a verla, hipótesis sobre la cual construyó una muy ingeniosa sucesión de ideas atormentadoras más adecuadas incluso al propósito de sufrir que la visión del Sr. Frank Cherryble, y que lo torturaban y preocupaban, despierto y dormido.

A pesar de todo lo que se ha dicho y cantado en sentido contrario, no hay ningún caso bien documentado de que la mañana haya o bien demorado o bien apresurado su llegada en el lapso de una hora o algo así, solo para que nos solacemos en un sentimiento de rencor hacia algún ser amado que no nos ha ofendido. Y el sol, en cumplimiento de sus deberes públicos, y tal como se establece en los libros que enumeran los precedentes, había aparecido invariablemente según los almanaques, sin permitir que lo modificara ninguna consideración privada. De modo que la mañana llegó como de costumbre, y con ella sus horas laborables, y con ellas el Sr. Frank Cheeryble, y con él una larga sucesión de sonrisas y bienvenidas por parte de los beneméritos hermanos, y un recibimiento más serio y digno, pero no menos cordial, por parte del Sr. Timothy Linkinwater.

«Que el Sr. Frank y el Sr. Nickleby se hubieran encontrado anoche», dijo Um Linkinwater, bajándose lentamente de su banqueta y mirando en derredor del despacho con la espalda recostada contra el escritorio como era su costumbre cuando tenía algo muy especial que decir... «que esos dos jóvenes se hayan encontrado anoche de esa manera es, digo yo, una coincidencia... una notable coincidencia. ¡Qué cosa! No creo», añadió quitándose los lentes y sonriendo con una especie de suave orgullo, «¡que haya en todo el mundo un lugar como Londres para las coincidencias!».

«No estoy seguro de eso», dijo el Sr. Frank, «pero...».

«¡No está seguro de eso, Sr. Francis!», interrumpió Tim con aire de obstinación. «Bueno, pero díganos. Si hay un lugar mejor para cosas como esa, ¿dónde está? ¿En Europa? No, en Europa no. ¿Está en Asia? ¿Cómo? Claro que no está allí. ¿Está en África? Ni por asomo. ¿En América? En cualquier caso, usted sabe muy bien que no. Caramba, entonces», dijo Tim, cruzándose resueltamente de brazos, «¿dónde está?». «No me disponía a rebatir ese punto, Tim», dijo el joven Cherryble, riendo. «No soy tan herético como eso. Lo único que iba a decir es que me alegra que haya ocurrido la coincidencia, eso es todo».

«¡Oh! Si no discrepa usted», dijo Tim, muy satisfecho, «ya eso es otra cosa. Pero le digo... ojalá lo hubieras hecho. Ojalá usted o cualquier otro lo intentara. Para apabullarlo de tal manera», dijo Um, dándose enfáticamente golpecitos en el índice de la mano izquierda con sus lentes, «para apabullarlo de tal manera con mis argumentos...».

Era casi imposible hallar palabras para expresar el grado de postración mental al que una pobre criatura aventurera quedaría reducida en el intenso encuentro con Tim Linkinwater, de modo que Tim renunció al resto de su declaración por pura falta de palabras, y volvió a subirse en su banqueta.

«Podríamos considerarnos, hermano Ned», dijo Charles tras darle a Tim Linkinwater palmaditas de aprobación en la espalda, «muy afortunados de tener con nosotros a dos jóvenes como nuestro sobrino Frank y el Sr. Nickleby. Será una fuente de gran satisfacción y placer para nosotros».

«Seguramente, Charles, seguramente», le devolvió el otro.

«De Tim», agregó el hermano Ned, «no digo nada en lo absoluto, porque Tim es un mero chico... un menor... una nada... en quien jamás pensamos y al que nunca tomamos en cuenta. Tim, bandido, ¿qué dice usted de eso, señor?».

«Estoy celoso de ambos», dijo Tim, «y me propongo buscar otro trabajo, así que vayan resolviendo, caballeros, por favor».

Tim pensó que este era un chiste tan exquisito, incomparable y en extremo extraordinario que hizo reposar su pluma sobre el portatinta, y más bien cayéndose de su banqueta que bajándose con su habitual lentitud, se rio hasta el desfallecimiento, sacudiendo todo el tiempo la cabeza, de modo que pequeñas partículas de polvo volaron palpablemente por toda la oficina. Tampoco se quedaron atrás los hermanos, pues ellos también rieron, casi con iguales carcajadas, ante la ridícula idea de alguna separación voluntaria entre ellos y el viejo Tim. Nicholas y el Sr. Frank también rieron alborozadamente,

tal vez para ocultar alguna otra emoción despertada por este pequeño incidente (y eso mismo hicieron, en efecto, los tres ancianos después del primer estallido), de modo que hubo tanto disfrute y goce profundo en esa risa como los que alguna vez pudo experimentar la más refinada reunión a partir de la más punzante ingeniosidad formulada a expensas de alguna persona.

«Sr. Nickleby», dijo el hermano Charles llamándolo a un lado y tomándolo bondadosamente de la mano, «yo... yo... estoy ansioso, querido señor, por ver que usted esté apropiada y cómodamente establecido en la quinta. No podemos permitir que quienes nos sirven bien trabajen sometidos a ninguna privación o incomodidad que esté en nuestro poder eliminar. Deseo, además, ver a su madre y a su hermana... conocerlas, Sr. Nickleby, y tener una oportunidad para aliviar sus mentes de cualquier preocupación, asegurándoles que cualquier pequeñísimo servicio que hayamos podido prestarles ha sido pagado con creces por el celo y el ardor que usted nos muestra. ...Ni una palabra, mi querido señor, se lo ruego. Mañana es domingo. Me invitaré a la hora del té, a ver si tengo la suerte de encontrarlo en casa. Pero si no estuviera, sepa usted, o si las damas se incomodan porque piensan que uno se está entrometiendo, y prefieren que no seamos presentados justo ahora, bueno, puedo regresar en otro momento, cualquier otro momento me vendría bien. Que se entienda bien así. Hermano Ned, mi querido amigo, ven, que quisiera decirte unas palabritas».

Los gemelos salieron de la oficina tomados del brazo, y Nicholas, que veía en este acto de bondad, y en muchos más de los que había sido objeto aquella mañana, solo otras tantas reiteraciones, motivadas por la llegada del sobrino, de las múltiples muestras de confianza que los hermanos le habían dado durante su ausencia, que apenas podía sentir suficiente admiración y gratitud por tan extraordinaria consideración.

La información de que iban a tener a un visitante —y qué visitante— al día siguiente, despertó en el pecho de la Sra. Nickleby sentimientos mezclados de júbilo y pesar, pues si bien por un lado ella saludaba el acontecimiento como presagio de su pronto reingreso en la buena sociedad y en los placeres casi olvidados de las visitas matutinas y los tés vespertinos, del otro no podía sino experimentar un sentimiento de amargura ante la ausencia de una tetera de plata con agarradera de marfil en la tapa y una jarra para la leche en combinación, que antaño habían sido el orgullo de su corazón, y que habían sido conservadas durante años envueltas en una

gamuza en cierto estante alto que ahora se presentaba con vividos colores ante su afligida imaginación.

«Me pregunto quién tendrá aquella caja para las especias», dijo la Sra. Nickleby, sacudiendo la cabeza. «Solía estar en la esquina de la izquierda, muy cerca de las cebollas encurtidas. ¿Recuerdas la caja de las especias, Kate?».

«Perfectamente bien, mamá».

«No creo que la recuerdes, Kate», replicó la Sra. Nickleby, en tono severo. «¡Mira que hablar de ella de esa manera tan fría y desprovista de sentimientos! Si hay algo que me contraría en estas pérdidas, y más que las pérdidas mismas, fíjate bien lo que te digo», dijo la Sra. Nickleby, frotándose la nariz con un aspecto de exaltación, «es tener a mi alrededor a gente que toma las cosas con una calma tan provocadora».

«Mi querida mamá», dijo Kate, deslizándose su brazo en torno al cuello de su madre, «¿por qué dices lo que sé que no puedes creer o pensar, o por qué te enojas conmigo al verme feliz y contenta? Tú y Nicholas sois lo que me quedáis, de nuevo estamos juntos. ¿Qué pueden significar unas pocas cosas insignificantes cuya ausencia nunca sufrimos? Después de haber visto toda la infelicidad y la desolación que puede acarrear la muerte y de haber conocido el sentimiento de encontrarme sola en medio de la multitud, y de haber pasado por la agonía de habernos tenido que separar en medio del pesar y la pobreza cuando más necesitábamos consuelo y apoyo unos de otros, ¿puede sorprenderte que en un sitio como este, de una tranquilidad y una paz tan deliciosas, y contigo a mi lado, no tenga yo nada que desear o lamentar? Hubo un tiempo, y no hace mucho, cuando todas las comodidades de nuestro antiguo hogar en verdad me venían a la mente muy a menudo, lo reconozco —más a menudo de lo que tú quizás podrías sospechar— pero fingí no pensar para nada en ellas, con la esperanza de que tú llegaras a lamentarlas menos. No era insensible, no. De haberlo sido, me hubiera sentido más feliz. Querida mamá», dijo Kate, con gran desasosiego, «yo no veo diferencia entre este hogar y aquel en el que fuimos tan felices durante tantos años, hasta que el más bondadoso y gentil de todos los corazones que han poblado la tierra se fue en paz al Cielo».

«Kate, mi querida Kate», exclamó la Sra. Nickleby apretándola en sus brazos.

«He pensado con tanta frecuencia», sollozó Kate, «en todas sus palabras bondadosas... en la última vez que se asomó a mi pequeño dormitorio, cuando subía al piso de arriba a acostarse, y dijo: “Dios te bendiga, cariño”.

Había una palidez en su rostro, mamá... el corazón roto... sé que lo tenía... no lo pensé... en aquel momento...».

Un torrente de lágrimas vino a aliviarla, y Kate, con la cabeza apoyada en el pecho de su madre, sollozó como una chiquilla.

Es algo exquisito y bello en nuestra naturaleza que cuando al corazón lo conmueve y entenece alguna tranquila felicidad o algún sentimiento de afecto profundo el recuerdo de los muertos se presente más poderoso e irresistible que nunca. Casi parecería que nuestros mejores pensamientos y solidaridades fueran sortilegios en virtud de los cuales el alma pudiera sostener algún intercambio vago y misterioso con los espíritus de aquellos a los que en vida amamos entrañablemente. ¡Ay de nosotros! ¡Cuánto tiempo seguirán cerniéndose sobre nosotros esos ángeles pacientes, vigilando el hechizo que casi nunca se menciona, y que pronto se olvida!

La pobre Sra. Nickleby, acostumbrada a proferir con presteza la primera cosa que le pasara por la mente, jamás había concebido la posibilidad de que su hija albergara en secreto tales pensamientos, tanto más cuanto que ninguna dura prueba ni ningún quejumbroso reproche se los habían sacado nunca de adentro. Pero ahora que la felicidad por lo que Nicholas acababa de contar y por la nueva vida apacible traían de regreso a Kate con tanta fuerza estos recuerdos que ella fue incapaz de reprimirlos, en la Sra. Nickleby comenzó a abrirse paso un destello de comprensión sobre lo irreflexiva que había sido en ocasiones, y algo parecido a un reproche hacia sí misma la embargó al abrazar a su hija y al ceder a las emociones que semejante conversación naturalmente habían despertado.

Hubo un soberbio ajeteo aquella noche, y grandes cantidades de preparativos en honor del esperado visitante, y un enorme ramo de flores fue traído de casa de un jardinero vecino y separado en varios ramilletes más pequeños con los que la Sra. Nickleby habría adornado el saloncito de estar en un estilo que de seguro no hubiera dejado de llamar poderosamente la atención de todos, de no ser porque Kate se ofreciera a ahorrarle ese trabajo, y los hubiera arreglado del modo más bonito y atractivo imaginable. Si la quinta alguna vez pareció bonita, debió ser en la mañana brillante y soleada del siguiente día. Pero el orgullo de Smike por el jardín, o el de la Sra. Nickleby por la apariencia de sus muebles, o el de Kate por todo, no eran nada comparados con el orgullo con que Nicholas miraba a su hermana. Con toda seguridad, pensó, la más costosa mansión de toda Inglaterra habría podido hallar en su hermoso rostro y gráciles formas el más exquisito e incomparable adorno.

Alrededor de las seis de la tarde el ánimo de la Sra. Nickleby experimentó una gran agitación al oír el toque a la puerta largamente esperado, y su alteración no hizo más que aumentar cuando se oyeron los pasos de dos pares de botas en el pasillo, que, según auguró la Sra. Nickleby, en un estado cercano ya a la asfixia, debían de ser «los dos señores Cheeryble», tal como eran, ciertamente, aunque no los dos que esperaba la Sra. Nickleby, porque eran el Sr. Charles Cheeryble y su sobrino, el Sr. Frank, que pidió mil excusas por su intrusión, y al cual la Sra. Nickleby (puesto que tenía suficientes cucharitas para servirles a todos) recibió con mucha cortesía. Tampoco causó la menor turbación la presencia de este visitante inesperado (excepto en Kate, aunque solo al extremo de uno o dos sonrojos al principio), pues el anciano era tan bondadoso y cordial, y el joven lo imitaba tan bien a ese respecto que, puesto que el estiramiento y la formalidad habituales en un primer encuentro no mostraban síntomas de aparecer, ciertamente Kate, más de una vez, se atrapó preguntándose a sí misma cuándo empezarían.

Durante el té hubo mucha conversación sobre una gran variedad de temas, y tampoco escasearon los motivos jocosos de discusión como tales, pues al aludirse a la reciente estancia del joven Sr. Cheeryble en Alemania, el anciano Sr. Cheeryble les informó a los presentes que se sospechaba que el mencionado joven Cheeryble se había enamorado locamente de la hija de cierto burgomaestre alemán. Esta acusación fue rebatida con gran indignación por el joven Sr. Cheeryble, ante lo cual la Sra. Nickleby comentó con malicia que sospechaba, por la vehemencia de la protesta, que algo de verdad debía de haber en ello. El joven Sr. Cheeryble rogó entonces seriamente al anciano Sr. Cheeryble que confesara que se trataba de una broma, lo cual el viejo Sr. Cheeryble finalmente hizo, ya que el joven Sr. Cheeryble lo había tomado tan a pecho que —según contara después muchos miles de veces la Sra. Nickleby al recordar la escena— «se le habían subido los colores», cosa que ella consideró una circunstancia memorable y digna de resaltar, puesto que los jóvenes, en general, no se destacan por su modestia ni su abnegación, especialmente cuando hay una dama de por medio, en cuyo caso, si algún color evidencian, no es el del sonrojo, sino el que emplean para retocar la historia.

Después del té se procedió a dar un paseo por el jardín, y como la caída de la tarde se mostraba tan agradable, se aventuraron, más allá de la verja, por algunas veredas y caminos vecinales, y anduvieron despacio y tranquilamente de acá para allá hasta que se hizo noche cerrada. El tiempo pareció transcurrir volando para todo el grupo. Kate iba delante, apoyada en el brazo de su

hermano, y acompañada también por el Sr. Frank Cheeryble. La Sra. Nickleby y el caballero de más edad los seguían a corta distancia, y la bondad del buen comerciante, su interés por el bienestar de Nicholas y su admiración por Kate operaron de tal modo sobre los sentimientos de la buena señora que el habitual río de su conversación se encauzó dentro de márgenes más bien contenidos y circunscritos. Smike (quien, si alguna vez había sido objeto de interés en toda su vida, fue aquel día) los acompañaba, uniéndose a veces a un grupo y a veces al otro, según el hermano Charles, poniéndole la mano en el hombro, le pidiera que marchase junto a él, o Nicholas, mirando hacia atrás con una sonrisa, le rogara que viniera a conversar con su viejo amigo —el que tan bien lo comprendía y era capaz de arrancar una sonrisa a su rostro devastado por los sinsabores cuando nadie más podía hacerlo.

El orgullo es uno de los siete pecados capitales. Pero no cuando se trata del orgullo de una madre por sus hijos, pues ese es un compuesto de dos virtudes cardinales: la fe y la esperanza. Ese era el orgullo que henchía el corazón de la Sra. Nickleby aquella noche, y era ese el que, en su rostro, resplandeciente bajo la luz al regresar a casa, había dejado indicios de las lágrimas más agradecidas que jamás hubiera derramado en su vida.

Transcurrió sencilla la cena en medio de un tranquilo regocijo, justo en armonía con aquellos sentimientos, y al cabo los dos caballeros se despidieron. Hubo una circunstancia en la despedida que ocasionó muchas risas y bromas, y fue que el Sr. Frank Cheeryble le estrechó dos veces la mano a Kate, olvidando del todo que ya había dicho adiós. El Sr. Cheeryble mayor insistió en que aquello era una prueba fehaciente de que seguía pensando en su enamorada alemana, y la chanza ocasionó inmensa risa. Así de fácil se emocionan los corazones felices a los que nada oprime.

En resumen, fue un día lleno de una dicha serena y tranquila, y tal como todos tenemos algún día luminoso —muchos de nosotros, confiemos en eso, entre una multitud— al que nuestra memoria vuela con particular deleite, este después fue recordado a menudo como merecedor de un conspicuo sitio en el calendario de quienes lo habían compartido.

¿Habrá habido acaso alguna excepción, o alguien que hubiera sido, entre todos, el más feliz?

¿Quién fue el que, en el silencio de su dormitorio, se hincó de rodillas para orar, como le enseñara su primer amigo, y plegando sus manos y estirándolas desordenadamente en el aire, cayó boca abajo en un rapto de amarga aflicción?

CAPÍTULO 44

EL SR. RALPH NICKLEBY CORTA LOS LAZOS CON UNA VIEJA RELACIÓN. EL LECTOR TAMBIÉN PODRÁ VER QUE UNA BROMA, INCLUSO ENTRE MARIDO Y MUJER, PUEDE A VECES SER LLEVADA DEMASIADO LEJOS

Hay algunos hombres que, aunque viven con el único objetivo de enriquecerse, sin importarles cómo, y son perfectamente conscientes de la vileza y la picardía de los medios que usarán todos los días con ese fin, fingen no obstante, incluso ante sí mismos, un alto grado de rectitud moral, y sacuden con gesto apesadumbrado las cabezas, suspirando por lo depravado que está el mundo. Algunos de los más taimados sinvergüenzas que jamás hollaron esta tierra, o más bien —ya que hollar supone, al menos, una posición erecta y el porte de un ser humano— que jamás se arrastraron y deslizaron por la vida usando las vías más sucias y estrechas, anotarán con seriedad en sus diarios los acontecimientos de cada día, y llevarán escrupulosa cuenta de su debe y haber con el Cielo, que siempre mostrará un ligero balance a su propio favor. Lo hacen ya sea porque esta es una parte gratuita (la única gratuita) de la falsedad y el fraude de las vidas de tales hombres, ya porque realmente tienen la esperanza de timar al mismísimo Cielo y acumular fortuna en el más allá por el mismo procedimiento que les permitió acumular fortuna en este mundo. Sea como fuere, el hecho es que así es. Y sin duda semejante teneduría de libros (como ciertas autobiografías que han ilustrado al mundo) no puede dejar de mostrarse útil en el único sentido de que ahorra al Ángel del Registro un poco de tiempo y trabajo.

Ralph Nickleby no era un hombre de esa calaña. Severo, inflexible, obstinado e impenetrable, a Ralph no le importaba nada de la vida ni del más allá, salvo la gratificación de dos pasiones: la avaricia, primer y predominante apetito de su naturaleza; y el odio, el segundo. Fingiendo no considerarse a sí mismo sino uno más del resto de la humanidad, dedicaba poco esfuerzo a ocultar ante el mundo su verdadero carácter, regocijándose de todo mal designio que naciera en su corazón y dándole abrigo. La única advertencia

bíblica a la que Ralph Nickleby prestaba atención al pie de la letra era «conócete a ti mismo». Él se conocía bien, y como había decidido imaginar que toda la humanidad estaba fundida del mismo molde, la odiaba. Porque aunque ningún hombre se odia a sí mismo —aun los más fríos entre nosotros nos amamos demasiado para ello—, de todas formas la mayoría de los hombres inconscientemente juzgan el mundo a partir de sí mismos, y por regla general uno descubre que aquellos que acostumbran a hacer visajes de burla y desprecio a la naturaleza humana y que fingen despreciarla se encuentran entre sus ejemplos peores y menos agradables.

Pero ahora el asunto de estas aventuras tiene que ver con el propio Ralph, quien permaneció de pie, mirando a Newman Noggs con el ceño muy fruncido, mientras que ese benemérito se quitaba sus guantes sin dedos y tras depositarlos cuidadosamente sobre la palma de su mano izquierda y alisarlos con la derecha para quitarles las arrugas, procedía a enrollarlos con una actitud ausente como si no tuviera conciencia de absolutamente nada más, absorto en el profundo interés del ceremonial.

«¡Salió de la ciudad!», dijo Ralph, lentamente. «Error tuyo. Regresa aquí».

«No hay error», repuso Newman. «Ni siquiera está yéndose... ya se fue».

«¿Acaso se metamorfoseó en algún otro ser?», murmuró Ralph, con gesto displicente.

«No lo sé», dijo Newman, «pero se fue».

La repetición de la frase «se fue» parecía proporcionarle a Newman Noggs un deleite inexpresable, en la misma medida en que hacía crecer la irritación de Ralph Nickleby. Pronunciaba la frase con un énfasis pleno y rotundo, alargándola tanto como se lo permitía la decencia, y cuando no podía seguir haciéndolo sin atraer la atención, permanecía murmurándosela a sí mismo, como si incluso eso fuera una satisfacción.

«¿Y a dónde fue?», dijo Ralph.

«A Francia», respondió Newman. «Peligro de otro ataque de erisipela... un ataque peor... en la cabeza. Así que los médicos ordenaron su partida. Y se fue».

«¿Y Lord Frederick...?» comenzó Ralph.

«Se fue también», respondió Newman.

«¡Y se lleva consigo su paliza, eh!», dijo Ralph, alejando la vista; «¡se echa al bolsillo sus contusiones, y se escabulle sin siquiera concederse una palabra de revancha, ni procurarse la menor compensación!».

«Está demasiado enfermo», dijo Newman.

«¡Demasiado enfermo!», repitió Ralph. «¿Cómo es eso? Yo me tomaría la revancha aunque me estuviera muriendo. En un caso así más bien aumentaría mi determinación de vengarme, y sin demora... quiero decir, si yo fuera él. ¡Así que está muy enfermo! ¡Pobre *Sir Mulberry*! ¡Demasiado enfermo!».

Mientras pronunciaba con ademanes de supremo desprecio y gran irritación estas palabras, Ralph apremió a Newman a abandonar la habitación, y dejándose caer en su silla, golpeó impacientemente el suelo con el pie.

«Este chico tiene algún embrujo», dijo Ralph, haciendo rechinar los dientes. «Las circunstancias conspiran para ayudarlo. ¡Vaya si la fortuna lo favorece! ¡Qué es incluso el dinero frente a una suerte tan endemoniada como la suya!».

Se metió con impaciencia las manos en los bolsillos, y a pesar de su reflexión anterior, encontró en este gesto algún consuelo, pues su rostro se relajó un poco. Y aunque seguía habiendo una arruga profunda en su ceño contraído, ahora se trataba de una arruga de cálculo, no de decepción.

«No obstante, ese Hawk regresará», murmuró Ralph, «y si yo conozco a este sujeto —y a estas alturas debo conocerlo— en el ínterin su ira no perderá nada de su violencia. Obligado a vivir en retiro... la monotonía de un lecho de enfermo para un hombre con sus hábitos... sin alicientes... sin tragos... sin juego... sin nada de lo que le gusta y con lo que vive. No es probable que olvide sus obligaciones por causa de todo esto. Pocos hombres lo harían, mucho menos él... ¡no, no!».

Sonrió y, sacudiendo la cabeza, descansó la barbilla sobre sus manos y empezó a cavilar, sonriendo nuevamente. Después de un rato se puso de pie y tocó la campana.

«Ese Sr. Squeers ¿ha estado aquí?», dijo Ralph.

«Estuvo aquí anoche. Aquí lo dejé cuando me marché a casa», repuso Newman.

«Eso lo sé, tonto», dijo Ralph, irascible. «¿Ha estado aquí desde entonces? ¿Estuvo aquí esta mañana?».

«No», voceó Newman, en un tono muy alto.

«Si viene cuando yo esté fuera... es bastante probable que yo esté de regreso a las nueve de la noche, déjalo que espere. Y si hay otro hombre con él, que seguramente habrá uno... quizás», dijo Ralph, rectificándose, «que espere también».

«¿Que los dos esperen?», dijo Newman.

«Sí», respondió Ralph, clavándole la vista con una mirada de enojo. «Ayúdame a ponerme la chaqueta, y no repitas lo que yo digo como si fueras

un papagayo».

«Ojalá fuera yo un papagayo», dijo Newman, de mal humor.

«Ojalá lo fueras», prosiguió Ralph, poniéndose la levita; «ya te habría yo retorcido el pescuezo hace tiempo».

Newman no dio respuesta a este cumplido, sino que miró por encima del hombro de Ralph durante un instante (justo entonces se estaba arreglando la parte posterior del cuello de la chaqueta), como si estuviera fuertemente dispuesto a retorcerle la nariz. Sin embargo, al encontrarse la mirada de Ralph con la suya, de repente llamó de regreso a sus dedos errabundos y se frotó su propia y roja nariz con una vehemencia muy sorprendente.

Sin darle a su excéntrico sirviente más aviso que una mirada amenazadora y una advertencia de que tuviera cuidado y no cometiera errores, Ralph tomó su sombrero y sus guantes, y se marchó.

Parecía tener conexiones muy extraordinarias y heterogéneas, pues hizo extrañas visitas —algunas a grandes casas de ricos, y otras a casas pequeñas y pobres— pero todas con un tema: dinero. Su rostro era un salvoconducto para los porteros y sirvientes de sus clientes más gallardos, y le procuraba ingreso inmediato, aunque hacía el recorrido penosamente a pie; mientras que a otros sitios, adonde se le negaba el acceso, llegaba ruidosamente hasta la puerta en un carruaje. Aquí era todo suavidad y servil cortesía, y su paso tan leve, que casi no producía sonido alguno sobre las gruesas alfombras; y su voz tan suave, que no era oída sino por la persona a quien se dirigía. Pero en las viviendas más pobres Ralph era otro hombre. Entraba de forma atrevida haciendo rechinar sus botas en el piso del recibidor. Su voz era alta y áspera cuando pedía el dinero que ya debía haberse pagado; sus amenazas eran toscas y coléricas. Con otra clase de clientes Ralph volvía a ser otro hombre. Estos eran abogados de reputación más que dudosa, que lo ayudaban a emprender nuevos negocios o apilaban ganancias frescas sobre las viejas. Con ellos Ralph se comportaba de un modo familiar y campechano... zumbón a propósito de los temas del día, y especialmente agradable respecto a las quiebras y dificultades monetarias que eran buenas para su oficio. En resumen, habría sido difícil reconocer al mismo hombre bajo estos aspectos tan variados, a no ser por la abultada cartera de cuero llena de pagarés y billetes que se sacaba del bolsillo en cada casa, y la constante repetición de la misma queja (solo modificada en el tono y el estilo en que se pronunciaba) referida a que el mundo lo creía rico, y que quizás lo sería si obtuviera lo que le pertenecía, pero era imposible rescatar el dinero una vez que salía, ya fuese

en forma de capital o de interés, y la vida era muy dura... incluso la vida del día a día.

Se hizo de noche antes de que concluyera una larga ronda de tales visitas (solo interrumpida por una comida escasa en un restaurante) que concluyó en Pimlico. Entonces Ralph caminó a lo largo del Parque de Saint James de vuelta a casa.

En su mente se fraguaban aviesos planes, de lo cual habrían podido ofrecer abundante testimonio el ceño arrugado y la boca firmemente apretada, aun si estos no hubieran ido acompañados de una total indiferencia o inconsciencia respecto a los objetos a su alrededor. Sin embargo, se encontraba tan totalmente abstraído que, habitualmente tan rápido de vista como el que más, no se dio cuenta de que era seguido por una figura que arrastraba los pies, y que en ocasiones marchaba sigilosamente detrás de él con pasos silenciosos, en otras se deslizaba para adelantársele unos pocos pasos, y aun otras pasaba de largo junto a él. Todas las veces lo contemplaba con una mirada tan aguda, y con ojos tan impacientes y atentos, que más parecía la expresión de un rostro intruso en alguna poderosa pintura o una aparición pesadillesca de marcados rasgos que la vigilancia montada por un perseguidor, aunque este fuera el más interesado y ansioso.

Habiendo estado el cielo encapotado y oscuro durante algún tiempo, ahora el comienzo de una fuerte tormenta de lluvia empujó a Ralph a buscar abrigo bajo un árbol. Estaba apoyado contra este con los brazos cruzados, aún inmerso en sus pensamientos cuando, al elevar por casualidad la vista, de repente se cruzó con los ojos de un hombre que, dándole la vuelta al tronco, clavó en su rostro una mirada inquisitiva. Algo había en la expresión del usurero en aquel momento que el hombre pareció recordar bien, pues lo llevó a decidirse, y acercándose a Ralph pronunció su nombre.

Sorprendido de momento, Ralph retrocedió un par de pasos e inspeccionó al sujeto de la cabeza a los pies. Un hombre enjuto, oscuro, marchito, aproximadamente de su misma edad, con un cuerpo encorvado y un rostro muy siniestro, de aspecto aún peor a causa de sus mejillas huecas y hambrientas, la piel profundamente tostada por el sol y las espesas cejas negras, más negras por el contraste con la perfecta blancura de sus cabellos, y toscamente vestido con ropas harapientas, de confección extraña y grosera, y rodeado de un aire indefinible que lo deprimía y lo degradaba... por el momento, esto fue todo lo que vio. Pero volvió a mirar, y el rostro y la persona parecieron gradualmente irse volviendo menos desconocidos. Parecieron ir cambiando en la medida en que miraba, hasta que, al suavizarse

y volverse más fluidos, adoptaron rasgos más familiares, y al fin se resolvieron, como por obra de alguna extraña ilusión óptica, mostrando los de alguien conocido muchos años atrás, y después olvidado y dejado de ver durante casi igual número de años.

Viendo que el reconocimiento era mutuo, el hombre hizo señas a Ralph para que volviera a guarecerse bajo el árbol y no siguiera parado bajo la lluvia, de la que había perdido toda noción en su sorpresa inicial. Después se dirigió a él en un tono ronco y débil.

«Supongo que difícilmente me habría reconocido por mi voz, ¿eh, Sr. Nickleby?», dijo.

«No», repuso Ralph, mirándolo con ojos severos. «Aunque hay en ella algo que ahora me viene a la memoria».

«Poco hay en mí que hubiera estado ahí ocho años atrás, ¿no es cierto?», observó el otro.

«Bastante hay», dijo Ralph, descuidadamente, y mirando en otra dirección. «Más que suficiente».

«Si yo hubiera albergado dudas sobre usted, Sr. Nickleby», dijo el otro, «este recibimiento, y sus modales, las habrían disipado con mucha rapidez».

«¿Esperaba algo distinto?», preguntó Ralph, cortante.

«¡No!», dijo el hombre.

«Pues tenía razón», le replicó Ralph, «y como no siente ninguna sorpresa, no tiene por qué expresarla».

«Sr. Nickleby», dijo el hombre de modo terminante, tras una breve pausa, durante la cual pareció luchar contra el impulso de responderle con algún reproche, «¿escuchará usted unas pocas palabras que deseo decirle?».

«Me veo obligado a esperar aquí hasta que la lluvia ceda un poco», dijo Ralph, mirando a lo lejos. «Si usted habla, señor, no me taparé los oídos con los dedos, aunque lo que diga podría tener el mismo efecto que si lo hiciera».

«En otros tiempos fui persona de su confianza...», así comenzó su acompañante. Ralph se volvió para mirarlo, y sonrió involuntariamente.

«Vaya», dijo el otro, «tan de su confianza como usted podía llegar a permitir». «¡Ah!», prosiguió Ralph, cruzándose de brazos, «eso es otra cosa... una cosa muy distinta».

«No nos pongamos a jugar con las palabras, Sr. Nickleby, por piedad se lo pido». «¿Por qué?», dijo Ralph.

«Por piedad», respondió el otro, con severidad. «Estoy hambriento y necesitado. Si el cambio que debe de percibir en mí después de tan larga ausencia —y de seguro lo percibe, pues yo, sobre quien cayó poco a poco,

con lentitud y fuerza, lo percibo y lo conozco bien— no lo mueve a usted a ser piadoso, sepa que el pan... no el pan cotidiano de la oración al Señor, que, tal como se reza en ciudades como esta, debe incluir supuestamente la mitad de los lujos del mundo para el rico y solo la cantidad de tosco alimento necesaria al sostén de la vida para los pobres... no ese, sino el pan, un mendrugo de pan seco y duro, está hoy fuera de mi alcance... que eso tenga algún peso sobre usted, si nada más lo tiene».

«Si esa es la forma habitual en la que usted mendiga, señor», dijo Ralph, «estudió bien su papel, pero si quiere escuchar el consejo de alguien que sabe algo del mundo y sus costumbres, le recomendaría un tono más bajo... un tono un poquito más bajo, o de lo contrario corre usted el riesgo de morir de inanición de verdad».

Mientras decía esto, Ralph apretó su puño izquierdo fuertemente contra su mano derecha, y ladeando un poco la cabeza y descansando la barbilla sobre su pecho, miró a su interlocutor con un rostro ceñudo y hosco: la mismísima estampa de un hombre al que nada podría conmover o ablandar.

«Ayer fue mi primer día en Londres», dijo el anciano, mirando sus ropas manchadas por el viaje y sus zapatos gastados.

«Mejor habría sido para usted, creo yo, que hubiera sido también el último», respondió Ralph.

«Durante dos días lo he buscado donde pensé que más probablemente lo encontraría», prosiguió el otro de un modo más humilde, «y al fin lo hallé aquí, cuando ya casi había perdido la esperanza de toparme con usted, Sr. Nickleby».

Pareció esperar alguna respuesta, pero como Ralph no le dio ninguna, continuó: «Soy un paria muy desgraciado y miserable, de casi sesenta años, y tan desprovisto e indefenso como un chico de seis».

«Yo también tengo sesenta años», respondió Ralph, «y no estoy ni desprovisto ni indefenso. Trabaje. No haga discursos teatrales sobre el pan: mejor gáneselo».

«¿Cómo?», exclamó el otro. «¿Dónde? Muéstreme los medios. ¿Me los dará usted... lo hará?».

«Lo hice una vez», respondió Ralph, sosegado, «usted no tiene por qué preguntarme si lo volveré a hacer».

«Fue veinte años atrás o más», dijo el hombre, con voz contenida, «cuando usted y yo reñimos. ¿Lo recuerda? Exigí una participación en los beneficios de algún negocio que yo le proporcioné, y como insistí, usted me

hizo arrestar por un viejo adelanto de diez libras y algunos chelines... incluido el interés al cincuenta por ciento, o algo así».

«Algo de eso recuerdo», respondió Ralph al descuido. «¿Y qué?».

«Eso no nos separó», dijo el hombre. «Yo me sometí, por hallarme del lado malo de los cerrojos y los barrotes. Y como usted no era el hombre hecho que es ahora, se sintió bastante contento de poder volver a contratar a un secretario que no hacía melindres y que sabía algo de los negocios que usted hacía».

«Usted mendigó y rogó, y yo accedí», repuso Ralph. «Eso fue bondadoso por mi parte. Quizás sí deseaba tenerlo... no recuerdo. Probablemente sí, o de lo contrario habría usted mendigado en vano. Usted me fue útil... no demasiado honesto, no demasiado delicado, no demasiado amable de mano ni de corazón... pero útil».

«¡Útil, ya lo creo que sí!», dijo el hombre. «Vamos. Usted me había exprimido y molido durante varios años, pero yo lo había servido fielmente hasta aquel momento, a pesar de que me usaba como un perro... ¿no fue así?».

Ralph no respondió.

«¿No fue así?», volvió a decir el hombre.

«Usted recibía su salario», prosiguió Ralph, «y hacía su trabajo. Estábamos en terreno parejo hasta ese momento, y podíamos hacer las paces».

«Hasta ese momento, pero no después», dijo el otro.

«Claro que no después, ni siquiera entonces, pues tal como acabo de decir, usted me debía dinero, y me lo sigue debiendo», respondió Ralph.

«Eso no es todo», dijo el hombre con exaltación. «Eso no es todo. No lo olvide. Yo no olvidé aquella vieja herida, créame. En parte por el recuerdo de aquello, y en parte por la esperanza de algún día hacer dinero mediante el plan, aproveché mi posición cerca de usted, y lo agarré a usted de modo que tenga que darme la mitad de todo lo que tiene, para poder saber lo que solo podía saber a través de mí. Me separé de usted —mucho después de aquello, recuérdelo... y por alguna trampa menor que fue advertida por la ley pero que no era nada comparada con las que ustedes, los fabricantes de dinero, practican diariamente al margen de ella— se me encerró en prisión siete años. Regresé con lo que queda de mí y que es lo que usted ve. Ahora bien, Sr. Nickleby», dijo el hombre con una extraña mezcla de humildad y prepotencia, «¿qué ayuda y asistencia me dará... qué soborno, para decirlo con claridad? Mis expectativas no son enormes, pero tengo que vivir, y para vivir tengo que

comer y beber. El dinero está del lado suyo, y el hambre y la sed del mío. Usted puede conseguir un negocio fácil».

«¿Eso es todo?», dijo Ralph, todavía clavándole a su acompañante la misma mirada fija, y sin mover nada más que los labios.

«De usted depende, Sr. Nickleby, si es o no todo», fue la réplica.

«¡Vaya!, entonces, escuche, Sr... No sé por qué nombre debo llamarlo», dijo Ralph.

«Por el viejo, si lo desea».

«¡Vaya!, entonces, escuche, Sr. Brooker», dijo Ralph con sus acentos más ásperos, «y no espere volver a sacarme otro discurso... escuche, señor. Desde hace mucho lo conozco a usted como un canalla bien dispuesto, pero nunca tuvo un corazón robusto. Y el trabajo duro, tal vez con las piernas encadenadas, y menos alimento que cuando yo lo “exprimía” y lo “molía” le ha embotado las entendederas, pues de otro modo no habría venido a verme con un cuento como ese. ¡Tenerme usted a mí agarrado! Guárdese, o publíquese al mundo, si así le parece».

«No puedo hacerlo», cortó Brooker. «Eso no me serviría».

«¿Ah, no?», dijo Ralph. «Le aseguro que le servirá tanto como contármelo a mí. Para hablarle claro, soy un hombre cuidadoso, y conozco mis negocios a fondo. Conozco al mundo, y el mundo me conoce. Sea lo que fuese que usted recogiera, o escuchara, o viera cuando me servía, el mundo lo sabe y ya lo magnífica. No podría usted decir nada que lo sorprenda... a no ser, claro, que fuera para darme crédito u honor, en cuyo caso lo desmentirían a usted por embustero. Y, sin embargo, no enfrento ni me escasean los negocios, ni padezco dientes escrupulosos. Muy al contrario. Diariamente me injuria o amenaza algún que otro hombre», dijo Ralph, «pero las cosas siguen igualmente su curso, y no por eso me empobrezco».

«Yo ni injurio ni amenazo», prosiguió el hombre. «Puedo decirle lo que ha perdido por acción mía, lo que solo yo puedo devolverle, y lo que, si muero antes de devolvérselo, morirá conmigo y jamás podrá volver a conseguir».

«Cuento mi dinero con bastante precisión, y generalmente lo mantengo bajo mi propia custodia», dijo Ralph. «Vigilo mucho a la mayoría de los hombres con los que hago negocios, y sobre todo lo vigilé mucho a usted. Le doy permiso para que se quede con todo lo que me ocultó».

«¿Usted quiere a los que llevan su mismo apellido?», dijo el hombre enfáticamente. «Si es así...».

«No los quiero», devolvió Ralph, exasperado ante tanta insistencia, y por haberle dedicado un pensamiento a Nicholas, movido por la última pregunta. «No los quiero. Si usted hubiera venido como un mendigo común, podría haberle lanzado una moneda de seis peniques en recuerdo del astuto bribón que solía ser. Pero como trata de embaucar con esos viejos trucos a quien debió conocer mejor, no soltaré ni medio penique... ni tampoco lo salvaré a usted de pudrirse. Y recuerde esto, galeote fugado», dijo Ralph, amenazándolo con un gesto de la mano, «si volvemos a encontrarnos y usted se atreve a dirigirse a mí aunque solo sea para pedirme limosna con un gesto, volverá a ver lo que es una cárcel por dentro, y me apretará con ese agarre que dice tener sobre mí en los intervalos que le deje libre el duro trabajo que ponen a los vagabundos a hacer. Ahí tiene mi respuesta a su basura. Tómela».

Con una desdeñosa mueca al objeto de su ira, que sostuvo la mirada de Ralph sin pronunciar una sola palabra, este se alejó a su paso habitual, sin mirar atrás ni manifestar la menor curiosidad por lo que su demandante tuviera a bien hacer. El hombre permaneció en el mismo punto con la vista fija sobre la figura que se alejaba hasta perderse de vista, y entonces, cruzando los brazos sobre el pecho, como si la humedad y la falta de alimento le hicieran sentir frialdad, se alejó cabizbajo con lentas pisadas por el borde de la calzada, pidiendo limosna a quienes le pasaban por el lado.

Ralph, para nada alterado por lo que acababa de ocurrir, más allá de la forma en que ya se ha expresado, siguió caminando pausadamente. Al salir del parque y dejar a su derecha Golden Square, caminó varias calles en dirección al extremo oeste de la ciudad hasta llegar a aquella en la que se alzaba la residencia de *Madame* Mantalini. El nombre de esa dama ya no aparecía en la condenada placa de la puerta, pues había sido sustituido por el de la Srta. Knag. Pero las cofias y los vestidos seguían siendo levemente visibles tras las vitrinas del primer piso, a la luz marchita de aquel anochecer veraniego, y exceptuando esta ostensible alteración en cuanto a la propiedad el establecimiento conservaba su antigua apariencia.

«¡Bah!», murmuró Ralph, pasándose la mano por la boca con aire de entendido, e inspeccionando la casa de arriba abajo, «esta gente parece estar bastante bien. No puede durarles mucho. Pero si sé con bastante tiempo que se van a caer, me salvo, y obtengo, además, una buena ganancia. No los puedo perder de vista... eso es todo».

Así que, con un gesto de cabeza complaciente Ralph iba a abandonar el sitio, cuando sus oídos captaron el sonido de un ruido confuso y una barahúnda de voces, mezcladas con muchas carreras escaleras arriba y abajo,

en la misma casa que había sido objeto de su inspección. Y mientras vacilaba entre llamar a la puerta o escuchar un poco más por el hueco de su cerradura, una sirvienta de *Madame Mantalini* (a la que había visto a menudo) la abrió abruptamente y salió de un salto, con las cintas azules de su gorro flotando al aire.

«Hola ahí. ¡Detente!», exclamó Ralph. «¿Qué ocurre? Estoy aquí. ¿No me oíste llamar?».

«¡Oh!, Sr. Nickleby, señor», dijo la chica. «Suba, por amor del Santísimo. El amo la volvió a hacer».

«¿A hacer qué?», dijo Ralph, ásperamente. «¿Qué quieres decir?».

«Sabía que lo haría si lo empujaban a ello», exclamó la chica. «Yo siempre lo dije».

«Ven acá, tonta mozuela», dijo Ralph, capturándola por la muñeca, «y no lles asuntos de familia a los vecinos, destruyendo el crédito del establecimiento. Ven aquí, ¿me oyes, niña?».

Sin ninguna explicación adicional, condujo o más bien haló a la asustada sirvienta dentro de la casa y cerró la puerta. Entonces, pidiéndole que subiera la escalera delante de él, la siguió sin más ceremonia.

Guiado por el ruido de muchas voces que hablaban juntas y, en su impaciencia, pasando delante de la chica antes de que subieran muchos escalones, Ralph llegó rápidamente al salón privado, donde se sorprendió bastante de la confusa e inexplicable escena en la que de repente se vio envuelto.

Allí estaban todas las jóvenes obreras, algunas con sus cofias y otras sin ellas, en variadas actitudes que expresaban alarma y consternación. Algunas se agrupaban en torno a *Madame Mantalini*, que estaba sobre una silla, bañada en llanto, y otras alrededor de la Srta. Knag, bañada también en llanto, en la silla de enfrente, y otras en tomo al Sr. Mantalini, que era quizás la figura más llamativa de todo el grupo, pues sus piernas estaban extendidas a todo lo largo sobre el suelo, y su cabeza y sus hombros eran sostenidos por un lacayo muy alto, que no parecía saber qué hacer con ellos, y los ojos del Sr. Mantalini estaban cerrados, y el rostro pálido, y los cabellos comparativamente lacios, y las barbas y el bigote flácidos, y los dientes apretados, y tenía una botellita en la mano derecha, y una cucharita en la izquierda, y las manos, los brazos, las piernas y los hombros se veían todos tiesos e impotentes. Y, sin embargo, la Sra. Mantalini no estaba sollozando sobre el cuerpo, sino que regañaba violentamente, sentada en la silla, en medio de un clamor de lenguas perfectamente ensordecedor y que realmente

parecía haber puesto al infortunado lacayo al borde mismo de un ataque de nervios.

«¿Qué ocurre aquí?», dijo Ralph, abriéndose paso.

Ante esta pregunta el clamor aumentó veinte veces, una asombrosa sarta de chillonas exclamaciones contradictorias tales como «se envenenó...» «no, no lo hizo...» «traigan a un médico...» «no lo hagan...» «se está muriendo...» «no, solo está fingiendo...» acompañadas de otros variados gritos salían en torrente con una volubilidad desconcertante, hasta que se vio que *Madame Mantalini* se dirigía personalmente a Ralph, momento en el cual

prevaleció la curiosidad femenina por saber qué iba a decir, y como por consenso general se hizo al instante un silencio total no interrumpido por un solo murmullo.

«Sr. Nickleby», dijo *Madame* Mantalini, «no sé por qué casualidad se encuentra usted aquí».

En este punto se oyó proferir a una voz gorgoteante —como si se tratara de los desvaríos de un enfermo— las palabras «¡mardita durzura!», pero nadie hizo caso, exceptuando al lacayo, que sorprendido al oír tan horribles acentos, provenientes, como quien dice, de entre sus propios dedos, dejó caer la cabeza de su amo al suelo con gran estruendo, y sin intentar el mínimo esfuerzo por levantarla, miró a los espectadores, como si hubiera hecho algo más bien ingenioso.

«Sin embargo», prosiguió *Madame* Mantalini, secándose los ojos, y hablando con gran indignación, «diré ante usted, y ante todos los aquí presentes, por primera y última vez, que jamás volveré a financiar las extravagancias y los vicios de ese hombre. Demasiado tiempo me he comportado con él como una incauta y una tonta. En el futuro, él se mantendrá si puede, y entonces podrá gastar el dinero que desee, con quien y como guste, pero no será el mío, y, por ende, más vale que se detenga antes de seguir confiando en él».

Y entonces *Madame* Mantalini, muy poco conmovida por ciertos patéticos lamentos de su esposo en cuanto a que el boticario no había mezclado el ácido prúsico durante bastante tiempo y que tenía que ir a beberse una o dos botellas más para concluir la obra que había comenzado, entró en un catálogo de las galanterías, los engaños, las extravagancias y las infidelidades (especialmente estas últimas) de aquel amable caballero, concluyendo con un desmentido a quienes supusieran que le guardaba la menor pizca de consideración, y aduciendo, como prueba del cambio en el estado de sus afectos, la circunstancia de que él se hubiera envenenado en privado no menos de seis veces durante la última quincena, y que ella no hubiera interferido ni una sola vez, de acto o de palabra, para salvarle la vida.

«E insisto en separarme y quedarme sola», dijo *Madame* Mantalini, sollozando. «Si él se atreve a negarme una separación, la conseguiré por la ley —puedo hacerlo— y espero que esta sea una advertencia para todas las chicas que han visto esta vergonzosa exhibición».

La Srta. Knag, que era incuestionablemente la más vieja de las chicas allí reunidas, dijo con gran solemnidad que sería una advertencia para ella, y lo mismo dijeron las jóvenes en general, con la excepción de una o dos que

parecían albergar algunas dudas sobre si barbas como aquellas serían capaces de hacer daño.

«¿Por qué dice esto frente a tantos oyentes?», dijo Ralph, en voz baja. «Usted sabe que no habla en serio».

«Sí que hablo en serio», respondió *Madame Mantalini* en voz alta y retrocediendo en dirección a la Srta. Knag.

«Bien, pero reflexione», razonó Ralph, que tenía un gran interés en el asunto. «Sería bueno reflexionar. Una mujer casada no tiene bienes propios».

«Ni una sola, solitaria, *mardita* propiedad individual, alma mía», dijo el Sr. Mantalini, alzándose sobre un codo.

«Soy muy consciente de ello», replicó *Madame Mantalini*, alzando airoosamente la cabeza. «Y ninguna tengo. El negocio, el capital, esta casa y todo lo que hay en ella, todo le pertenece a la Srta. Knag».

«Eso es muy cierto, *Madame Mantalini*», dijo la Srta. Knag, con quien su antigua empleadora había llegado en secreto a un entendimiento amistoso sobre ese asunto. «Muy cierto, ya lo creo, *Madame Mantalini*, ejem, muy cierto. Y jamás me sentí más contenta en toda mi vida por haber tenido la fortaleza de espíritu de resistir todas las proposiciones de matrimonio, sin importar cuán ventajosas fueran, viendo ahora mi posición actual, comparada con la muy desafortunada e inmerecida que padece usted, *Madame Mantalini*».

«¡*Mardita* sea!», exclamó el Sr. Mantalini, volviendo la mirada en dirección a su esposa, «¿Acaso no abofeteará y pellizcará a la envidiosa viuda del titulado, que se atreve a opinar sobre el delicioso que le pertenece?».

Pero los días de la capacidad de ablandamiento del Sr. Mantalini habían pasado. «La Srta. Knag, señor», dijo su esposa, «es mi amiga personal». Y aunque el Sr. Mantalini le dirigió una mirada tan impúdica que pareció que sus ojos jamás habrían de regresar a su lugar de origen, *Madame Mantalini* no mostró síntomas de ceder.

Para hacerle justicia a la excelente Srta. Knag, ella había sido la agente principal de esta alteración en el estado de cosas, pues habiendo aprendido en la práctica diaria que el negocio no tenía ninguna posibilidad de prosperar, o siquiera de seguir existiendo, mientras el Sr. Mantalini tuviera una mano metida en los gastos, y por tener ahora un marcado interés en su buena marcha, se había dedicado a investigar diligentemente algunos asuntos relacionados con la vida privada de ese caballero, lo cual había resuelto tan bien, y comunicado con tal ingenio a *Madame Mantalini*, que le abrió los ojos con más efectividad de lo que el más cercano y filosófico razonamiento

habría podido conseguir en un montón de años. Y a esos fines, el descubrimiento accidental por parte de la Srta. Knag de cierta tierna correspondencia, en la que se describía a *Madame Mantalini* como «vieja» y «ordinaria» había contribuido de un modo muy providencial.

Sin embargo, a pesar de su firmeza, *Madame Mantalini* lloraba que daba pena. Y cuando, apoyada en la Srta. Knag, hizo un gesto en dirección a la puerta, esta y todas las demás jóvenes de compasivos rostros procedieron a auxiliarla.

«Nickleby», dijo el Sr. Mantalini bañado en lágrimas, «lo han hecho a usted testigo de esta *mardita* crueldad, urdida por la más *mardita* y tiránica hechicera que jamás existió, ¡oh, *mardición!* Yo perdono a esa mujer».

«¡Perdonar!», repitió *Madame Mantalini*, enojada.

«Yo sí la perdono, Nickleby», dijo el Sr. Mantalini. «Usted me culpará, el mundo me culpará, las mujeres me culparán. Todo el mundo se reirá, y se mofará, y exhibirá sonrisas impúdicas, y hará las más *marditas* muecas. Dirán ella tenía una bendición y no lo sabía. Él era demasiado débil, demasiado bueno, un tipo *marditamente* elegante, pero la amaba demasiado, no podía soportar que ella lo tratara mal y le pusiera apodos. Fue un caso muy *mardito*, jamás hubo otro más *mardito*... Pero yo la perdono».

Con ese emotivo discurso el Sr. Mantalini volvió a dejarse caer a todo lo largo, y se mantuvo, al parecer, inconsciente y sin movimiento alguno, hasta que todas las mujeres abandonaron la habitación, momento en el cual recuperó una postura sentada y miró a Ralph con un rostro muy inexpresivo, sosteniendo todavía la botellita en una mano y la cucharita en la otra.

«Ya puede dejar a un lado todas esas tonterías, y volver a vivir de su talento», dijo Ralph poniéndose el sombrero tranquilamente.

«*Mardita* sea, Nickleby, ¿no hablará usted en serio, no?».

«Pocas veces bromeo», dijo Ralph. «Buenas noches».

«No, pero Nickleby...», dijo Mantalini.

«Quizás me equivoque», prosiguió Ralph. «Eso quisiera. Usted sabrá. Buenas noches».

Fingiéndose no escuchar sus ruegos para que se quedara y lo aconsejara, Ralph dejó al alicaído Sr. Mantalini abandonado a sus meditaciones, y se marchó silenciosamente de la casa.

«¡Conque esas tenemos!», se dijo; «¿Así que el viento ha comenzado a soplar en otra dirección? Medio bribón y medio tonto, y descubierto en ambos papeles, hmm, creo que se le está acabando el tiempo, señor».

Tras decir esto hizo alguna anotación en su agenda, en la que el nombre del Sr. Mantalini figuraba destacadamente, y al descubrir por su reloj que ya eran bien pasadas las nueve de la noche, se apresuró a regresar a casa.

«¿Están ahí?», fue la primera pregunta que le hizo a Newman.

Newman asintió con un gesto de cabeza. «Hace una media hora que están ahí». «¿Son dos? ¿Uno, un hombre grueso y pulcro?».

«Sí», dijo Newman. «Ahora están en su habitación».

«Bien», prosiguió Ralph. «Consígueme un coche».

«¡Un coche! Qué va... qué va usted a... ¿Eh?», tartamudeó Newman.

Ralph repitió sus órdenes con enojo, y Noggs, al que muy bien podríamos excusar por sorprenderse frente a una circunstancia tan inusual y extraordinaria —pues nunca en su vida había visto a Ralph tomar un coche— partió a cumplir su encargo, y pronto regresó con el transporte solicitado.

A él se subieron el Sr. Squeers, Ralph y el tercer hombre, al que Newman Noggs nunca había visto. Newman permaneció de pie en la puerta de la calle para verlos partir, sin preocuparse en imaginar a dónde o a qué negocios iban, hasta que por mero accidente quiso la casualidad que escuchara a Ralph nombrar la dirección a la que el cochero debía conducirlos.

Rápido como un rayo, y en un estado de la más extrema sorpresa, Newman se precipitó a su oficinita en busca de su sombrero, y corrió cojeando tras el coche como si tuviera la intención de subirse detrás. Pero fue burlado en su propósito porque ya aquel le sacaba una buena ventaja y pronto, haciéndole perder toda esperanza, lo dejó boquiabierto en la calle vacía.

«Aunque no sé», dijo Noggs, deteniéndose a recuperar el aliento, «de qué hubiera servido irme con ellos. Él me habría descubierto. ¡Ir allá! ¿Qué puede salir de esto? Si al menos me hubiera enterado ayer, habría podido avisar... ¡ir allá! Esto me huele mal. Sin duda».

Sus reflexiones fueron interrumpidas por un hombre de cabellos grises, de apariencia muy sobresaliente, aunque distaba de ser atractivo, que acercándosele a hurtadillas, le pidió una limosna.

Newman, todavía meditando profundamente, le volvió la espalda. Pero el hombre lo siguió, y lo presionó con una historia tal de sufrimiento, que Newman (que habría podido considerarse la persona menos indicada para pedirle limosna y que tenía muy poco para dar) buscó en su sombrero algún medio penique que por lo general, cuando tenía alguno, guardaba atornillado en una esquina de su pañuelo.

Pero mientras se concentraba en deshacer el nudo con los dientes, el hombre dijo algo que atrajo su atención. Sea como fuere, una cosa condujo a

la otra, y al cabo él y Newman echaron a andar juntos... el desconocido hablando con la mayor seriedad, y Newman escuchando.

CAPÍTULO 45

QUE CONTIENE ALGUNAS SORPRESAS

«Como nos *vamo e Londre* mañana por la noche, y como no sé cuándo en mi vida pude haberme *sentío ma feli*, Sr. Nickleby, ¡Mardición!, ¡me vo a tomar otra copa por *nuetro prósimo* encuentro!».

Así hablaba John Browdie, frotándose con gran júbilo las manos y mirando a su alrededor con un rostro rubicundo y brillante, muy en sintonía con la declaración.

El momento en el que John se encontraba en tan envidiable situación era la misma noche a la que hizo referencia el pasado capítulo. El sitio era la quinta, y el grupo reunido eran Nicholas, la Sra. Nickleby, la Sra. Browdie, Kate Nickleby y Smike.

Habían sido un grupo muy alegre. La Sra. Nickleby, conocedora de las obligaciones de su hijo para con el honesto hombre de Yorkshire, había dado su consentimiento, tras algunas objeciones, a que el Sr. y la Sra. Browdie fuesen invitados a tomar el té, arreglo cuya materialización, al principio, tropezó por el camino con numerosas dificultades y obstáculos que partían del hecho de no haber tenido ella primero la oportunidad de «hacerle la visita» a la Sra. Browdie. Pues aunque la Sra. Nickleby a menudo afirmaba muy satisfecha (como hace la mayoría de la gente puntillosa) que no había en ella ni un átomo de orgullo o formalidad, en realidad era una gran rigorista en materia de altisonancia y ceremonia. Y siendo manifiesto que hasta que no se realizara una visita ella no podía (hablando en términos estrictos de etiqueta y usos sociales) estar ni siquiera enterada del hecho de que la Sra. Browdie existía, se sintió en una situación peculiarmente delicada y difícil.

«La visita tiene que partir de mí, querido», dijo la Sra. Nickleby, «eso es indispensable. El hecho es, querido, que es necesario una especie de condescendencia por mi parte, y que yo le muestre a esa joven persona que estoy dispuesta a tenerla en cuenta. Hay un joven de aspecto muy respetable», añadió la Sra. Nickleby, tras una breve reflexión «que es conductor de uno de los autobuses que pasan por aquí, y que lleva un sombrero satinado, tu

hermana y yo lo hemos observado muy a menudo, y tiene una verruga en la nariz; Kate, ya sabes, exactamente como el sirviente de un caballero».

«¿Acaso todos los sirvientes de caballeros tienen verrugas en sus narices, madre?», preguntó Nicholas.

«Nicholas, querido mío, qué absurdo eres», repuso su madre. «Claro que lo que digo es que su sombrero satinado parece el del sirviente de un caballero, no la verruga en la nariz... aunque tampoco eso es tan ridículo como te puede parecer a ti, pues en un tiempo tuvimos a un chico lacayo que no solo tenía una verruga, sino también un quiste sebáceo, y un quiste sebáceo muy grande, además, y exigió que, en consecuencia, le subieran el salario, porque descubrió que aquello era muy caro. Déjame ver, qué era lo que yo... ah, sí, ya sé. El mejor modo que se me ocurre es enviar una tarjeta con mis saludos. Sin duda él aceptaría llevarla por una copa de oporto; el Sarraceno de Dos Cuellos^[28] le hace camino... y si el camarero lo toma por sirviente de un caballero, tanto mejor. Entonces, lo único que la Sra. Browdie tendría que hacer sería enviar de regreso su propia tarjeta con el portador (y él podría fácilmente bajar y dar un doble toque a la puerta), y eso es todo».

«Mi querida madre», dijo Nicholas, «no me parece que gentes poco sofisticadas como esas hayan tenido nunca una tarjeta propia, ni vayan a tenerla».

«Oh, realmente eso, Nicholas, querido», repuso la Sra. Nickleby, «eso es otra cosa. Si lo llevas a ese terreno, ¡toma!, claro que no tengo nada más que decir, salvo que no tengo dudas de que sean buenas personas y que no tengo ninguna clase de objeción a que vengan a tomar el té si gustan, y que, si vienen, me esforzaré por ser muy cortés con ellos».

Una vez resuelto este punto, y tras quedar la Sra. Nickleby debidamente ubicada en la posición protectora y levemente condescendiente que le correspondía por su rango y sus años de matrimonio, el Sr. y la Sra. Browdie fueron invitados y vinieron. Y como fueron tan respetuosos con la Sra. Nickleby, y parecían tener una adecuada apreciación de su grandeza, y se mostraron muy complacidos con todo, la buena dama más de una vez dio a entender a Kate en un susurro que ella pensaba que eran las personas de mejores intenciones que jamás había visto, y de un comportamiento perfecto.

Y así ocurrió que John Browdie declaró, en la sala, después de la comida —a saber, a las once menos veinte minutos de la noche—, que jamás se había sentido tan contento en toda su vida.

Tampoco la Sra. Browdie quedaba muy a la zaga de su esposo a este respecto, pues la joven —cuya rústica belleza contrastaba de una manera muy

bonita con la más delicada hermosura de Kate, y, por demás, sin que la comparación la desfavoreciera, pues cada una, por así decirlo, servía para dar brillo y resaltar a la otra— admiraba al máximo grado los modales gentiles y encantadores de la más joven y la atractiva afabilidad de la mayor de sus anfitrionas. Además, Kate tuvo el arte de orientar la conversación hacia temas en los que la chica campesina, tímida al principio en compañía extraña, pudiera sentirse cómoda. Y si la Sra. Nickleby no fue por momentos tan oportuna en la selección de los temas, o si en efecto hacía notar, tal como lo expresara la Sra. Browdie, «mucha elevación en sus ideas», de todas formas no podía haberse comportado de modo más bondadoso, y el gran interés que atribuía a la joven pareja se manifestó en las muy largas conferencias sobre el arte del ama de casa con las que de tan buena gana regaló privadamente el oído de la Sra. Browdie, conferencias ilustradas con variadas referencias a la economía doméstica de la quinta, en la cual (puesto que esos deberes correspondían exclusivamente a Kate) la buena dama tenía tanta participación—ya fuese en la teoría como en la práctica— como cualquiera de las estatuas de los Doce Apóstoles que adornan el exterior de la Catedral de Saint Paul.

«El Sr. Browdie», dijo Kate dirigiéndose a su joven esposa, «es el hombre de mejor carácter, más bondadoso y campechano que jamás vi. Por muy agobiada que estuviera de preocupaciones, con solo mirarle el rostro me alegraría».

«Es cierto que parece, ya lo creo, Kate, no faltaba más, una persona de gran excelencia», dijo la Sra. Nickleby; «de mucha excelencia. Y estoy segura de que bajo cualquier circunstancia para mí sería un placer —y de hecho lo es en este momento— poderle tener a usted de visita de este modo llano y hogareño. Nosotros no hacemos alardes», dijo la Sra. Nickleby, con un aire que parecía insinuar que mucho podrían hacer si se lo propusieran... «no hacemos alharaca, ni entramos en preparativos complicados; yo no lo permitiría. Yo le dije: “Kate, querida, solo harás sentirse incómoda a la Sra. Browdie”, y ¡qué tonto y desconsiderado sería eso!».

«Le estoy muy en deuda, señora, se lo aseguro» repuso la Sra. Browdie con gratitud. «Son casi las once de la noche, John. Me temo que la estamos manteniendo a usted despierta hasta muy tarde, señora».

«¡Tarde!», exclamó la Sra. Nickleby, con una risita aguda y tenue, y una tosecita al final, como rematando con un signo de admiración. «Esto es tempranísimo para nosotros. ¡Antes sí que nos retirábamos muy tarde! Las doce, la una, las dos, las tres en punto, no eran nada para nosotros. Bailes, cenas, *bridge*... jamás existieron mayores calaveras que la gente con la que

alternábamos en el lugar de nuestra antigua residencia. Ahora, cuando lo pienso, me asombra que fuéramos capaces de hacer todo aquello... y ese es justamente el inconveniente de tener muchas relaciones y de estar tan solicitados, por eso yo les recomendaría a todos los recién casados que no se dejen llevar. Aunque, por supuesto, está claro y muy bien que así sea, que muy pocas personas recién casadas tienen a su alcance semejantes tentaciones. Había una familia en particular, que vivía a aproximadamente kilómetro y medio de distancia de nosotros —no directamente por la carretera, sino doblando totalmente a la izquierda por la ruta de peaje donde el coche de correos de Plymouth arrolló al burro—, que era gente muy extraordinaria, con aquellas fiestas extravagantes que ofrecían, con flores artificiales y champaña, y lámparas jaspeadas y, en resumen, todos los manjares y más exquisitas bebidas que el más destacado epicúreo pudiera requerir... no creo que haya habido gente tan excepcional como aquellos Peltiroguse. ¿Recuerdas a los Peltiroguse, Kate?».».

Kate, advirtiéndole que, en aras del alivio y bienestar de los visitantes era hora de frenar esta avalancha de recuerdos, respondió que conservaba un recuerdo muy vivido y claro de los Peltiroguse, y a continuación observó que le parecía que más temprano en la noche el Sr. Browdie había casi prometido que cantaría una canción de Yorkshire, y que ella estaba muy impaciente porque él cumpliera su promesa, pues de seguro brindaría a su madre una diversión y un placer enormes.

Habiendo confirmado la Sra. Nickleby —con la mayor gracia posible— lo dicho por su hija —pues en definitiva también aquello daba pie a su condescendencia y llevaba implícito un reconocimiento a su entrenado gusto en estos asuntos, casi como el de una crítica profesional— John Browdie procedió a rememorar la letra de cierta canción del norte, confrontando con su esposa a ver si ella la recordaba. Hecho esto, y tras varios movimientos desgarrados en su silla, fijó su atención en una mosca particular de las muchas que dormían en el cielo raso y, clavando en ella su vista, procedió a rugir con voz de trueno un manso sentimiento (supuestamente el de un gentil enamorado consumido de amor y desesperación).

Terminada la primera estrofa, y como si alguien afuera hubiera estado esperando ese momento para no interrumpir, se oyó un toque fuerte y violento en la puerta de la calle... tan fuerte y violento, en efecto, que las damas se sobresaltaron todas a la vez como si se hubieran puesto de acuerdo, y John Browdie interrumpió su canción.

«Debe de ser un error», dijo Nicholas, sin darle importancia. «No conocemos a nadie que pueda venir aquí a estas horas».

Sin embargo, la Sra. Nickleby conjeturó que quizás hubiera un incendio en la oficina, o quizás «los Cheeryble» hubieran mandado a buscar a Nicholas para hacerlo socio de la firma (lo cual, ciertamente, parecía muy probable a aquella hora de la noche), o quizás el Sr. Linkinwater se había dado a la fuga con la propiedad, o quizás la Srta. La Creevy se encontrara enferma, o quizás...

Pero una apresurada exclamación de Kate la detuvo abruptamente en sus conjeturas, y Ralph Nickleby entró en la habitación.

«No se mueva», dijo Ralph, al tiempo que Nicholas se levantaba, y Kate, avanzando hacia él, se aferraba a su brazo. «Antes de que ese jovencito diga una sola palabra, escúchenme».

Nicholas se mordió los labios y sacudió la cabeza de un modo amenazador, pero pareció por el momento incapaz de articular una sílaba. Kate se apretó más junto a su brazo, Smike retrocedió detrás de ellos, y John Browdie, que había oído hablar de Ralph y no parecía tener gran dificultad para reconocerlo, se paró entre el anciano y su joven amigo, como con la intención de evitar que ninguno de los dos avanzara ni un paso más.

«Óiganme a mí, digo», dijo Ralph, «y no a él».

«Diga *antonce* lo que tenga *pa* decir, *señó*», replicó John, «y tenga *cuidao* no se *esquivoque* y ponga a *jervir* la sangre que *ma vale sonsegar*».

«Yo lo reconocería a usted», dijo Ralph, «por su lengua, y a él» (señalando a Smike) «por su aspecto».

«No le hables», dijo Nicholas, recuperando la voz. «No lo permitiré. No lo escucharé. No conozco a este hombre. No puedo respirar el aire que él corrompe. Su presencia es un insulto para mi hermana. Es una vergüenza verlo. No estoy dispuesto a soportarlo, por...».

«¡Alto!», exclamó John, poniéndole su pesada mano sobre el pecho.

«Entonces que se retire al instante», dijo Nicholas, luchando por contenerse. «No voy a ponerle las manos encima, pero tendrá que retirarse. No admitimos su presencia aquí. John... John Browdie... esta es mi casa... ¿acaso soy un niño? Si permanece aquí», exclamó Nicholas, que ya ardía de furia, «mirando con aspecto tan tranquilo a quienes conocen su corazón negro y vil, no respondo de mí».

A todas estas exclamaciones John Browdie no contestó ni una palabra, pero mantuvo retenido a Nicholas, y cuando este hizo silencio, habló.

«Hay *ma pa* decir y *ecuchar* de lo que *te cree*», dijo John, «te digo que ya me lo había *olío*. ¿Quién *e* aquella sombra *ar* otro *lao e* la puerta? ¡A ver! *Maetro, muétrese, jombre*, no se las dé de *avergonzao*. ¡A ver!, señor *entrao* en *año*, que venga *er maetro*».

Al oír esta orden solemne, el Sr. Squeers, que se había mantenido a resguardo en el pasillo hasta el momento en que fuese oportuno entrar y presentarse con efecto, se vio obligado a aparecer de un modo algo indigno y furtivo, ante lo cual John Browdie se rio con tan estruendoso y jovial placer, que incluso Kate, con todo su dolor, su ansiedad y su sorpresa ante la escena, y aunque estaba a punto de llorar, se sintió inclinada a hacerle coro.

«¿Ya terminó de divertirse, señor?», dijo Ralph, al cabo.

«*Abatante por ajora*, señor», respondió John.

«Yo puedo esperar», dijo Ralph. «Tómese su tiempo, se lo ruego».

Ralph esperó hasta que hubo un perfecto silencio, y entonces, volviéndose hacia la Sra. Nickleby, pero dirigiendo una mirada impaciente a Kate, como si estuviera más ansioso de vigilar el efecto que tenía sobre ella, dijo:

«Pues bien, señora, escúcheme. No la creo a usted partícipe de esa linda andanada pronunciada por su hijito, porque no creo que a usted se le permita controlar nada aquí, ni que le sea permitido actuar por voluntad propia, ni que sus consejos, opiniones, necesidades, o deseos —nada de lo que, por naturaleza y razón (¿o para qué sirve su gran experiencia?) debiera pesar— tengan la menor influencia o efecto sobre él, ni por un instante se tomen en cuenta».

La Sra. Nickleby sacudió la cabeza negativamente y suspiró, como si hubiera bastante de verdad en aquello, ciertamente.

«Por esa razón», prosiguió Ralph, «me dirijo a usted, señora. Me he presentado aquí esta noche en parte por esa razón, y en parte porque no deseo ser deshonrado por los actos de un depravado joven imberbe del que yo me vi obligado a renegar, y que, luego, en su infantil soberbia, finge, ¡ja, ja!, renegar de mí. Tengo otro motivo para haber venido... un motivo de humanidad. Vengo aquí», dijo Ralph, mirando en derredor con una sonrisa punzante y triunfal, relamiéndose y alargando las palabras como si temiera perder el placer de pronunciarlas, «para restituir su hijo a un padre. Sí, señor», prosiguió, inclinándose con impaciencia hacia delante, y dirigiéndose a Nicholas, al notar el cambio en su fisonomía, «para restituir su hijo a un padre, su hijo, señor, manipulado, asediado y vigilado en todo momento por usted con el bajo designio de algún día robarle la miserable renta de la que pudiera llegar a ser acreedor».

«En eso, usted sabe que miente», dijo Nicholas con orgullo.

«En eso, sé que digo la verdad... aquí tengo a su padre», replicó Ralph.

«¡Oiga!», dijo Squeers, adelantándose, con gesto burlón y despectivo. «¿Lo oyó? ¡Oiga! ¿No le dije que tuviera cuidado porque su padre podía aparecer y devolvérmelo? ¡Pues ahí lo tiene! Su padre es amigo mío y vino directamente a verme, para que lo sepa. ¡A ver! ¿Qué me dice ahora...? ¿eh...? Ahora... vamos... qué dice de esto... ¿no lamenta haberse tomado tanto trabajo para nada? ¿eh?, ¿eh?».

«Usted lleva en su cuerpo ciertas marcas que yo le hice», dijo Nicholas, mirando tranquilamente en otra dirección, «y usted puede hablar en recuerdo de ellas tanto como quiera. Tendrá que hablar mucho tiempo antes de que pueda quitárselas a base de frotarlas, Sr. Squeers».

El estimable caballero que acababa de ser nombrado echó una rápida mirada a la mesa, como si esta réplica lo impulsara a arrojar una jarra o una botella a la cabeza de Nicholas, pero fue interrumpido en su intención (si tal intención tuviera) por Ralph, que tocándolo en el codo le rogó que informara al padre que ya se podía dejar ver y reclamar a su hijo.

Tratándose de una obra de puro amor, el Sr. Squeers accedió prestamente, y abandonando la habitación, regresó casi inmediatamente, acompañando a un personaje grueso, de rostro aceitoso, que al separarse abruptamente de él, dejó ver el cuerpo y el rostro del Sr. Snawley, que abalanzándose sobre Smike y metiendo la cabeza de aquel pobre ser bajo su brazo en un grosero y torpe abrazo, alzó su sombrero de ala ancha a todo lo que podía estirar el brazo como muestra de devota acción de gracias, al tiempo que exclamaba, «¡Cómo iba yo a imaginar este feliz reencuentro cuando lo vi por última vez! ¡Cómo iba yo a imaginarlo!».

«Sosiéguese, señor», dijo Ralph, con una hosca expresión de solidaridad, «ahora ya lo tiene».

«¡Tenerlo! ¡Oh, sí, aquí está! Pero ¿acaso es cierto?», exclamó el Sr. Snawley, casi incapaz de creerlo. «Sí, aquí está, en carne y hueso, en carne y hueso».

«*Abatante poca carne*», dijo John Browdie.

El Sr. Snawley estaba demasiado ocupado con sus sentimientos paternos para notar esa observación. Y para asegurarse de manera más completa de la restitución de su hijo, volvió a meter la cabeza de este bajo su brazo, y ahí la mantuvo.

«¿Qué sería», dijo Snawley, «lo que me despertó un interés tan grande en él cuando me lo trajo a casa este benemérito preceptor de la juventud? ¿Qué

me hizo arder todo el cuerpo con el deseo de castigarlo severamente por haber huido de sus mejores amigos... de sus pastores y amos?».

«Fue el instinto paterno, señor», observó Squeers.

«Eso mismo fue, señor», prosiguió Snawley; «el sentimiento elevado... el sentimiento de los antiguos romanos y *grecianos*, y de las bestias del campo y las aves del aire, con la única excepción de los conejos y los gatos machos, que a veces devoran a sus retoños. Mi corazón lo anhelaba. Habría podido... no sé lo que le habría hecho en mi cólera de padre».

«Eso solo muestra lo que es la naturaleza, señor», dijo el Sr. Squeers. «Vaya si es rara la naturaleza».

«Es una cosa muy sagrada, señor», observó Snawley.

«Lo creo», agregó el Sr. Squeers, con un suspiro moral. «Me pregunto cómo podríamos salir adelante sin ella. La naturaleza», dijo el Sr. Squeers, solemnemente, «es más fácil de sentir que de describir. ¡Oh, qué cosa tan bendita, señor, estar en un estado de naturaleza!».

Durante este discurso filosófico, los espectadores habían quedado bastante aturcidos por el asombro, mientras Nicholas paseaba su mirada incisiva de Snawley a Squeers, y de Squeers a Ralph, debatiéndose entre sentimientos de repugnancia, duda y sorpresa. En esa coyuntura, Smike escapó del brazo de su padre y huyó a refugiarse junto a Nicholas, implorándole, en los términos más conmovedores, que nunca lo entregara, y que lo dejara vivir y morir a su lado.

«Si usted es el padre de este chico», dijo Nicholas, «mire la ruina que él es, y dígame que su propósito es enviarlo de regreso a aquella odiosa madriguera de la que yo lo saqué».

«¡De nuevo difamación!», exclamó Squeers. «Recuerde que usted no vale la pólvora y el plomo de mandarlo a mejor vida, pero que me las pagará, de un modo u otro».

«Deténgase», cortó Ralph cuando Snawley estaba a punto de hablar. «Terminemos rápidamente con este asunto, y no demos pábulo a estos libertinos sin sesos. Este es su hijo, como puede usted probar... y usted, Sr. Squeers, usted reconoce que este chico es el mismo que ha estado bajo su cuidado durante tantos años con el nombre de Smike... ¿lo reconoce?».

«¡Que si lo reconozco!», repuso Squeers. «¿No lo estoy reconociendo?».

«Bien», dijo Ralph; «aquí se requerirán muy pocas palabras. ¿Usted tuvo un hijo con su primera esposa, Sr. Snawley?».

«Lo tuve», respondió esa persona, «y helo ahí, de pie frente a mí».

«Eso lo demostraremos ahora», dijo Ralph. «Usted y su esposa se separaron, y ella se llevó al chico a vivir con ella cuando tenía un año de edad. Usted recibió una comunicación de ella, después de haber vivido separados un año o dos, en la que le informaba que el chico había muerto. ¿Y usted lo creyó?».

«¡Claro que lo creí!», repuso Snawley. «Oh, qué felicidad...».

«No pierda la cabeza, señor, se lo ruego», dijo Ralph. «Esto es un negocio, y los sentimientos exaltados interfieren con él. Esa esposa murió hace año y medio, o aproximadamente, no más, en algún sitio apartado, donde era ama de llaves de una familia. ¿Es ese el caso?».

«Ese es el caso», respondió Snawley.

«¿Y ella escribió en su lecho de muerte una carta o confesión a usted, sobre este mismo chico, que por no tener del destinatario más que el nombre, solo llegó a sus manos, y aun así por una vía tortuosa, hace unos pocos días?».

«Exactamente así es», dijo Snawley. «Correcto en cada detalle, señor».

«Y esa confesión», prosiguió Ralph, «¿se refería a que la declaración de que el chico había muerto era un invento de ella para herirlo a usted... parte de una estrategia de mortificaciones recíprocas, en resumen, que ustedes parecen haber adoptado... y que el chico vivía, pero que su intelecto era débil e imperfecto... y que por eso lo había enviado, con un empleado confiable, a una escuela barata en Yorkshire... y que pagó por su educación durante algunos años y después, por ser pobre, y encontrarse muy lejos, gradualmente lo fue abandonando, y por ello rezaba para que la perdonaran?».

Snawley asintió con un gesto de cabeza, y se secó los ojos: lo primero levemente, lo segundo con fervor.

«La escuela era la del Sr. Squeers», prosiguió Ralph; «el chico fue dejado allí con el nombre de Smike. Todas las descripciones son detalladas y las fechas concuerdan exactamente con los libros del Sr. Squeers. El Sr. Squeers está alojado con usted en este momento. Usted tiene otros dos chicos en su escuela. Usted le comunicó a él todo el descubrimiento, él lo trajo a mí, por ser yo la persona que le había recomendado al secuestrador de su hijo, y yo lo traje a usted aquí. ¿Así fue?».

«Usted habla como los buenos libros, señor, que nada tienen adentro que no sea la pura verdad», respondió Snawley.

«Esta es su cartera», dijo Ralph, sacando una de su abrigo; «los certificados de su primer matrimonio y del nacimiento del chico, las dos cartas de su esposa, y todos los demás papeles que confirman directamente o por inferencia estas declaraciones, están aquí, ¿no es así?».

«Todos y cada uno de ellos, señor».

«Y usted no pone reparos a que los examinen aquí, de modo que estas personas puedan convencerse de su validez para sustentar la reclamación que de inmediato presentará usted ante la ley y la razón, a fin de poder recuperar su control sobre su propio hijo sin más dilación. ¿Lo he entendido bien?».

«Ni yo mismo me habría entendido mejor, señor».

«Vaya, entonces», dijo Ralph arrojando la cartera sobre la mesa. «Que lo vean si lo desean, y como esos son los papeles originales, le recomendaría

permanecer cerca mientras los examinen para no correr el riesgo de perder alguno».

Y dichas estas palabras Ralph tomó asiento sin que nadie lo hubiera invitado a hacerlo, y apretando los labios, que a la sazón habían sido levemente separados por una sonrisa, se cruzó de brazos, y por primera vez miró a su sobrino.

Nicholas, picado por el sarcasmo de la conclusión, le echó una mirada feroz. Pero controlándose lo mejor que pudo, se dedicó a examinar en detalle los documentos, en lo cual fue asistido por John Browdie. No había nada en ellos que pudiera ser puesto en entredicho. Los certificados estaban firmados de manera adecuada para refrendar que eran extractos de los libros de las parroquias. La primera carta tenía la genuina apariencia de haber sido escrita y guardada años atrás, la escritura de la segunda concordaba exactamente con aquella (teniendo en cuenta el margen de haber sido escrita por una persona en apuros), y había varios retazos más de entradas y memos confirmatorios que resultaban igualmente difíciles de cuestionar.

«Querido Nicholas», susurró Kate, que había estado mirando con ansiedad por encima de su hombro, «¿puede en efecto ser así? ¿Crees cierta esta declaración?».

«Me temo que lo es», respondió Nicholas. «¿Qué dices, John?».

John se rascó la cabeza y la sacudió, pero no dijo absolutamente nada.

«Usted comprenderá, señora», dijo Ralph, dirigiéndose a la Sra. Nickleby, «que por ser este chico un menor, y por no tener clara su mente, habríamos podido venir aquí esta noche armados con los poderes de la ley y respaldados por una tropa de sus agentes. Lo habría hecho, señora, incuestionablemente, de no haber sido por las consideraciones que guardo a usted... y a su hija».

«Mucha consideración hacia ella ha mostrado usted», dijo Nicholas, halando a su hermana hacia sí.

«Gracias», respondió Ralph. «En verdad, señor, su elogio es la mejor recomendación».

«Bien», dijo Squeers, «¿qué vamos a hacer? Los caballos del coche de alquiler atraparán un resfriado si no partimos ya. Oigo a uno de ellos estornudando con un soplido que podría abrir la puerta de la calle. ¿Cuál es el orden del día... eh? ¿Viene con nosotros el joven Snawley?».

«No, no, no», respondió Smike, retrocediendo y aferrándose a Nicholas. «No. Se lo ruego, no. No lo dejaré a usted para irme con él. No, no».

«Es cruel oír eso», dijo Snawley, mirando a sus amigos en busca de apoyo. «¿Es para sufrir esto que los padres traen hijos al mundo?».

«¿E pa sufrir aquello que lo padre traen jijo ar mundo?», dijo John Browdie, de modo terminante, y apuntando a Squeers al hablar.

«No se entrometa», replicó este caballero, tocándose la nariz con aire burlón.

«¡Que no me *ertrometa!*», dijo John, «Ya quisiera *usté, maetro, que jamá naiden se ertrometiera. Poque naiden se ertromete e que jombre como usté se salen con la suya. Un momento, ¿aónde piensa llegar usté? Mardita sea, ma vale que no se haiga imanginao que va a pisotiarne a mí, jombre*».

Uniendo el dicho al hecho, John Browdie se limitó a darle un rápido codazo en el pecho al Sr. Squeers, que avanzaba en dirección a Smike, con tanto acierto que el maestro se tambaleó, retrocedió vacilante e, incapaz de recuperar el equilibrio, cayó sobre Ralph Nickleby, tumbando a este caballero de su silla y cayendo pesadamente encima de él.

Esta circunstancia accidental fue la señal para algunas acciones muy decisivas. En medio de un gran ruido, ocasionado por los rezos y ruegos de Smike, los gritos y exclamaciones de las mujeres, y la vehemencia de los hombres, se hicieron intentos por llevarse al hijo perdido por medios violentos. Y Squeers, de hecho, había empezado a halarlo hacia fuera, cuando Nicholas (que, hasta entonces había estado evidentemente indeciso sobre cómo proceder) agarró al maestro por el cuello del abrigo, y sacudiéndolo hasta que se le oyó chocar diente con diente, lo escoltó atentamente hasta la puerta de la habitación, y lanzándolo al pasillo, la cerró detrás de él.

«¡A ver!», dijo Nicholas a los otros dos, «tengan la bondad de seguir a su amigo».

«Yo quiero a mi hijo», dijo Snawley.

«Su hijo», respondió Nicholas, «elige por sí mismo. Él elige permanecer aquí, y así será».

«¿No lo entregará usted?», dijo Snawley.

«No lo entregaré en contra de su voluntad, para ser víctima del trato brutal al que usted lo destinaría», respondió Nicholas, «ni si fuera un perro o una rata lo haría».

«Denle con un candelabro en la cabeza a ese Nickleby», gritó el Sr. Squeers por el hueco de la cerradura, «y que alguien me traiga mi sombrero, por favor, no sea que también quiera robármelo».

«Lo siento mucho, de veras», dijo la Sra. Nickleby, que junto con la Sra. Browdie había permanecido llorando y mordiéndose los dedos en un rincón, mientras que Kate, muy pálida, pero perfectamente tranquila, se mantenía tan cerca de su hermano como le era posible. «Lamento mucho, ya lo creo, todo

esto. Realmente no sé qué sería lo correcto hacer, esa es la verdad. Nicholas debe ser el mejor juez, espero que lo sea. Claro, es algo duro tener que cargar con hijos ajenos, aunque el joven Sr. Snawley es ciertamente tan útil y dispuesto como el que más. Pero si pudiera haber algún arreglo amistoso... si el Sr. Snawley, padre, por ejemplo, estuviera de acuerdo en pagar alguna cantidad fija por cama y comida, y se llegase a algún arreglo justo, de modo que nosotros nos comprometiéramos a tener pescado dos veces por semana, y dos veces pudín, o una bola de masa hervida, o algo así, creo que podría ser muy satisfactorio y grato para todas las partes».

Esta propuesta de compromiso, hecha entre abundancia de lágrimas y suspiros, y que no tenía en cuenta ninguno de los puntos en discusión, fue ignorada por todos, y, por consiguiente, la pobre Sra. Nickleby procedió a ilustrar a la Sra. Browdie sobre las ventajas de semejante plan y los infelices resultados a que siempre se llegaba por no hacerse caso a ella cuando ofrecía sus consejos.

«Usted, señor», dijo Snawley, dirigiéndose al aterrorizado Smike, «es un chico antinatural, ingrato e imposible de querer. Yo quiero quererlo y usted no me deja. Venga a casa... ande».

«No, no, no», exclamó Smike, retrocediendo.

«Él jamás quiso a nadie», voceó Squeers, a través del hueco de la cerradura. «Jamás me quiso a mí, ni a Wackford, que es casi un querubín. ¿Cómo va a esperar que quiera a su padre? Jamás querrá a su padre, no señor. Él no sabe lo que es tener un padre. No lo comprende. No es capaz».

El Sr. Snawley miró fijamente a su hijo durante un minuto entero, y entonces, cubriéndose los ojos con la mano y volviendo a elevar su sombrero a lo alto, pareció estar profundamente concentrado en deplorar tan negra ingratitud. Después, tapándose un momento los ojos con la mano, recogió el sombrero de Squeers, y, colocandoselo bajo un brazo, y el suyo bajo el otro, echó a andar lenta y tristemente.

«Su novela ha concluido, señor», dijo Ralph, deteniéndose por un momento. «Ha quedado destruida, por lo que veo. El chico no es ningún desconocido, ni es el perseguido descendiente de un hombre rico, sino el débil e imbécil hijo de un pobre y pequeño tendero. Veremos cómo se le derrite toda su compasión ante las cosas prácticas y llanas».

«Lo verá», dijo Nicholas, haciéndole un gesto en dirección a la puerta.

«Y tenga por seguro, señor», añadió Ralph, «que nunca creí que usted lo entregaría esta noche. El orgullo, la obstinación, su prurito de fineza, todo estaba en contra. Y todo eso pronto será también derribado y aplastado. La

prolongada y desgastadora ansiedad y el costo de la ley en su forma más opresiva, su tortura de hora en hora, sus días fastidiosos y sus noches de insomnio... con esas lo pondré a usted a prueba y romperé su espíritu altanero, por fuerte que usted lo crea ahora. Y cuando usted haya convertido esta casa en un infierno, e imponga esas pruebas a aquel objeto miserable (y lo hará, pues yo lo conozco a usted), y a aquellos que ahora piensan en usted como en un héroe de plumaje joven, arreglaremos viejas cuentas usted y yo, y al final veremos quién termina siendo el deudor, y quién sale mejor parado... incluso ante el mundo».

Ralph Nickleby se retiró. Pero el Sr. Squeers, que había escuchado parte de este discurso de clausura, y cuya impotente maldad a estas alturas había alcanzado un nivel sin precedentes, no pudo contenerse y regresó a la puerta del salón para, desde allí, ejecutar una docena de cabriolas acompañadas de muecas y visajes horrorosos, expresivos de su firme confianza en la caída y la derrota final de Nicholas.

Concluida esta danza guerrera, en la que sus pantalones cortos y sus grandes botas habían producido una imagen muy conspicua, el Sr. Squeers siguió a sus amigos, y la familia se quedó meditando sobre los acontecimientos recientes.

CAPÍTULO 46

ARROJA CIERTA LUZ SOBRE EL AMOR DE NICHOLAS. PERO SI ES PARA BIEN O PARA MAL, SERÁ EL LECTOR QUIEN DEBERÁ DETERMINARLO

Tras un ansioso examen de la dolorosa y delicada posición en que lo habían puesto, Nicholas decidió que debía, sin tardanza, exponérsela con franqueza a los bondadosos hermanos. Aprovechando la primera oportunidad que tuvo de estar solo con el Sr. Charles Cheeryble al final del día siguiente, le relató, pues, la pequeña historia de Smike, y modesta pero firmemente, expresó su esperanza de que el buen anciano caballero pudiera, dadas las circunstancias descritas, justificar su conducta extrema de interferir entre padre e hijo, y de dar respaldo a este último en su desobediencia, a pesar de que el horror y el temor que sentía por su padre pueda parecer, y sin duda podría considerarse, algo tan repulsivo y antinatural que, quienes lo toleraran, se convirtieran ellos mismos en justos objetos de repulsa y aborrecimiento.

«Tan profundamente enraizado parece ser su horror respecto a ese hombre», dijo Nicholas, «que apenas puedo creer que realmente sea su hijo. La naturaleza no parece haberle insuflado en el pecho el más leve sentimiento de afecto por él, y es seguro que ella no se equivoca».

«Mi querido señor», respondió el hermano Charles, «usted cae en el error muy común de atribuirle a la naturaleza asuntos con los que ella no tiene la menor conexión, y de los cuales no es culpable en absoluto. Los hombres hablan de la naturaleza en abstracto, y al hacerlo pierden de vista lo que es natural. Aquí tenemos a un pobre muchacho que nunca ha sentido el cuidado de un padre, que no ha conocido sino sufrimiento y dolor en toda su existencia, y que es presentado a un hombre que dice ser su padre, y cuyo primer acto es dar a conocer su intención de poner fin a su breve período de felicidad y reintegrarlo a su antiguo destino, privándolo del único amigo que jamás tuviera... que es usted. Si la naturaleza, en un caso como ese, pusiera en el pecho de ese muchacho un solo impulso secreto que lo urgiera a irse con su padre y alejarse de usted, sería una mentirosa y una idiota».

Nicholas estaba encantado de oír al anciano hablar con tanta cordialidad, y esperanzado de que continuara expresándose en los mismos términos permanecería en silencio.

«Con ese mismo error tropiezo yo, de una u otra forma, a cada paso», dijo el hermano Charles. «Padres que nunca mostraron su amor se quejan de falta de afecto natural por parte de sus hijos... hijos que nunca mostraron su obediencia, se quejan de falta de sentimiento natural en sus padres... juristas que encuentran a ambos tan desgraciados que sus afectos jamás pudieron desarrollarse por falta del sol de la vida, alzan la voz para moralizar a los padres y también a los hijos, y proclamar que se están pasando por alto los propios vínculos de la naturaleza. Los afectos y los instintos naturales, mi querido señor, son las más bellas obras del Todopoderoso, pero al igual que otros hermosos trabajos Suyos, tienen que ser cultivados y promovidos, o será natural que queden totalmente oscurecidos, y que nuevos sentimientos usurpen su sitio, del mismo modo que si las más dulces producciones de la tierra permanecen sin cuidado son estranguladas por las malas hierbas y las zarzas. Ojalá que con más frecuencia tomáramos esto en cuenta, y recordando las obligaciones naturales a su debido tiempo habláramos de ellas más oportunamente».

Después de esto, el hermano Charles, que se había acalorado mucho hablando, se detuvo para refrescarse un poco, y entonces prosiguió:

«Me atrevo a suponer que usted se sorprende, mi querido señor, de que yo haya escuchado su relato con tan poco asombro. Eso se explica fácilmente... su tío estuvo aquí esta mañana».

Nicholas enrojeció y retrocedió uno o dos pasos.

«Sí», dijo el anciano, dando enfáticamente golpecitos sobre su escritorio, «aquí... en esta habitación. No quiso escuchar ni a la razón, ni al sentimiento, ni a la justicia. Pero el hermano Ned fue duro con él... el hermano Ned, señor, podría haber derretido un adoquín».

«Vino a...» dijo Nicholas.

«A quejarse de usted», repuso el hermano Charles, «a envenenar nuestros oídos con calumnias y falsedades. Pero vino en una misión vana, y además se fue con algunas saludables verdades resonando en sus oídos. El hermano Ned, mi querido Sr. Nickleby... el hermano Ned, señor, es un perfecto león. También lo es Tim Linkinwater... Tim es, desde luego, un león. Al principio fue Tim quien le salió al paso y cayó sobre él en menos de un abrir y cerrar de ojos».

«¿Cómo podré alguna vez agradecerles todo lo que diariamente hacen por mí?», dijo Nicholas.

«Manteniendo silencio respecto al asunto, mi querido señor», le repuso el hermano Charles. «Usted saldrá airoso de esta. Al menos no le harán daño. No harán daño a ninguno de los suyos. No tocarán un cabello de su cabeza, ni de la cabeza del chico, ni de la cabeza de su madre, ni de la cabeza de su hermana. Yo lo dije, el hermano Ned lo dijo, Tim Linkinwater lo dijo. Todos lo dijimos, y todos lo haremos. Vi al padre, si es que es el padre, y supongo que lo es. Es un bárbaro y un hipócrita, Sr. Nickleby. Le dije: “Usted es un bárbaro, señor”. Eso hice. Le dije: “Usted es un bárbaro, señor”. Y me alegro, me alegro mucho de haberle dicho que era un bárbaro, ¡me alegro mucho, ya lo creo!».

A estas alturas el hermano Charles estaba en un estado de tan encendida indignación que Nicholas pensó que podría aventurarse a decir una palabra. Pero en el momento en que se disponía a intentarlo, el Sr. Cheeryble le puso la mano suavemente sobre el brazo y le señaló una silla.

«El tema está zanjado por ahora», dijo el anciano, secándose el rostro. «No lo reanime ni con una sola palabra. Voy a hablar de otro asunto... un asunto confidencial, Sr. Nickleby. Debemos volver a estar sosegados, debemos estar sosegados».

Después de dar dos o tres vueltas por la habitación volvió a su asiento, y aproximando más su silla a la de Nicholas, dijo:

«Estoy a punto de enrollarlo a usted, mi querido señor, en una misión confidencial y delicada».

«Podrá usted emplear a muchos mensajeros más diestros, señor», dijo Nicholas, «pero uno más digno de confianza o más celoso en el cumplimiento de su tarea, permítame tener la osadía de decirle que no lo encontrará».

«De eso estoy totalmente seguro», repuso el hermano Charles, «totalmente seguro. Me dará usted crédito por pensarlo, cuando le diga que el objeto de esta misión es una joven».

«¡Una joven, señor!», exclamó Nicholas, temblando bastante en ese momento, debido a su ansiedad por seguir oyendo.

«Una joven muy hermosa», dijo el Sr. Cheeryble con gran seriedad.

«Le ruego que continúe, señor», repuso Nicholas.

«Estoy pensando cómo hacerlo», dijo el hermano Charles... con tristeza, según le pareció a su joven amigo, y con una expresión cercana al dolor. «Una mañana, mi querido señor, usted vio accidentalmente en esta misma

habitación a una joven que había sufrido un desmayo. ¿Lo recuerda? Quizás usted lo haya olvidado...».

«Oh, no», respondió Nicholas apresuradamente: «Yo... yo... lo recuerdo muy bien, por supuesto».

«Ella es la dama a la que me refiero», dijo el hermano Charles. Como el célebre loro de la fábula de Esopo, Nicholas pensaba mucho, pero sin poder pronunciar una sola palabra.

«Ella es la hija», explicó el Sr. Cheeryble, «de una dama a la que, siendo ella entonces una hermosa chica y yo muchos años más joven, yo —parece extraña la palabra que voy a pronunciar ahora— amé mucho. Usted quizás sonreirá al oír a un hombre que peina canas hacer semejante afirmación. No me ofenderá, pues me atrevo a decir que yo habría hecho lo mismo cuando era tan joven como usted».

«No tengo ninguna intención de reírme», dijo Nicholas.

«Mi querido hermano Ned», continuó el Sr. Cheeryble, «iba a casarse con su hermana, pero esta murió. También aquella chica de la que hablo murió ya, hace muchos años. Ella finalmente desposó... al hombre de su elección, ¡y ojalá en la otra vida tenga ella la felicidad que siempre rogué a Dios que le otorgara!».

Siguió un corto silencio, que Nicholas no se esforzó por romper.

«Si las pruebas y las calamidades hubieran caído sobre su cabeza con la suavidad que siempre (por amor a ella) le deseé desde el fondo de mi corazón, su vida habría estado llena de dicha y de paz», dijo el anciano pausadamente. «Baste decir que ese no fue el caso... que ella no fue feliz... que padeció angustias y dificultades sin cuento... y que ella vino a apelar a mí, doce meses antes de su muerte, en nombre de nuestra vieja amistad, tristemente cambiada, tristemente desfigurada, con el espíritu roto por el sufrimiento y el maltrato y el corazón casi deshecho. Él se sirvió con presteza del dinero que, con tal de darle a ella una sola hora de paz, yo habría vertido con la misma liberalidad que el agua. Pero no bastó con eso y a menudo la hacía volver por más —e incluso, cuando lo dilapidaba, aprovechaba para convertir el éxito de aquellas solicitudes de ella a mí en pretexto para lanzarle crueles reproches y mofas, y quejarse de que ella sentía un amargo arrepentimiento por haberlo elegido a él, y que se había casado con él por interés y vanidad (él era un joven alegre rodeado de un círculo de brillantes amigos cuando ella lo eligió por esposo). En resumen, descargaba sobre ella, por todos los medios injustos y crueles a su alcance, su amargura por la ruina y el fracaso de los que solo su propio libertinaje había sido la causa. En aquellos tiempos en que ella acudía a mí la

joven que usted alcanzó a ver era apenas una niña. No la volví a encontrar hasta aquella mañana en que usted también la vio, pero mi sobrino Frank...».

Nicholas sufrió un sobresalto, y pidiendo perdón de manera confusa por la interrupción, rogó a su patrón que continuara.

«Como le decía, mi sobrino Frank», reanudó el Sr. Cherryble, «se la encontró por accidente, y la perdió de vista casi un minuto después, a los dos días de haber él regresado a Inglaterra. El padre de la muchacha, que se hallaba oculto en algún sitio secreto con el fin de eludir a los acreedores, empujado por la enfermedad y la pobreza, se encontraba al borde de la muerte, y ella, una niña que —podría uno pensar si no conociera la sabiduría de todos los designios del Señor— debería haber sido la bendición de un hombre mejor, estaba desafiando las privaciones, la degradación y todo lo más terrible que pudiera haber para el corazón de un ser tan joven y delicado, con el propósito de mantenerlo. En medio de estas desdichas cuidaba de ella, señor», dijo el hermano Charles, «un ser fiel que antaño había sido sirvienta de la familia, una pobre mozuela de cocina, que era su única sirvienta, pero que habría podido ser, por lo sincero y fiel de su corazón... habría podido ser... ¡ah!, ¡la esposa del propio Um Linkinwater, señor!».

Prosiguiendo en este elogio de la pobre criada con tanta energía y gusto como no hay palabras para describir, el hermano Charles se recostó en su silla, y pronunció lo que quedaba de su narración con gran serenidad.

En resumen, era lo siguiente: que resistiendo con orgullo todas las ofertas de ayuda y apoyo permanentes de los amigos de su fallecida madre —porque todas ellas concebían que ella debía abandonar a aquel hombre malvado, su padre, al que no le quedaba un solo amigo—, y absteniéndose con instintiva delicadeza de apelar a ellos a causa de su corazón sincero y noble que él odiaba —y al cual había, por su elevada y pura bondad, atormentado con tergiversaciones y mentiras—, esta joven había luchado sola y sin ayuda para mantenerlo a él con el trabajo de sus manos. Que había trabajado hundida en la más extrema pobreza e infortunio, jamás abandonando ni por un instante su tarea, jamás cansada de la petulante melancolía de un enfermo carente del sostén de recuerdos consoladores del pasado o esperanzas de futuro, jamás quejándose de las comodidades que había rechazado o lamentándose del pesado destino al que voluntariamente se había entregado. Que cuanto pequeño logro consiguiera en días más felices había sido destinado a ese propósito, y dirigido hacia ese único objetivo. Que durante dos largos años, trabajando durante todo el día y a menudo también de noche, con la aguja, el lápiz y la pluma, y sometiéndose día a día, como institutriz, a todos los

caprichos e indignidades que las mujeres (y también sus hijas) gustan de infligir a las de su propio sexo que prestan servicios en estas funciones, como celosas de la inteligencia superior que se ven necesitadas de emplear indignidades que, en noventa y nueve de cada cien casos, son amontonadas sobre personas que infinita e incalculablemente mejores que ellas, pero que, comparativamente, pesan más que cualesquiera cargas que el estafador más despiadado podría arrojar sobre su mozo de cuadra; que por dos largos años, a fuerza de trabajar en todas esas funciones sin reposo en ninguna de ellas, no había conseguido el único fin y objetivo de su vida, sino que, por el contrario, abrumada por la acumulación de dificultades y desilusiones, se había visto obligada a buscar al viejo amigo de su madre, y con el corazón a punto de estallar, confiarse finalmente a él.

«Si yo hubiera sido pobre», dijo el hermano Charles, con ojos brillantes, «si yo hubiera sido pobre, Sr. Nickleby, mi querido señor —lo cual doy gracias a Dios por no ser—, me habría privado a mí mismo (como cualquiera hubiera hecho en semejantes circunstancias) de satisfacer las necesidades más comunes de la vida con tal de ayudarla. Pero como están las cosas, la tarea es difícil. Si su padre hubiera muerto, nada podría ser más fácil, pues entonces ella compartiría y honraría el mejor hogar que el hermano Ned y yo pudiéramos tener, como si fuera nuestra hija o hermana. Pero él aún vive. Nadie puede ayudarlo... ya se ha intentado mil veces. No fue abandonado por todos sin una buena razón, eso me consta».

«Y acaso ella no podría ser persuadida de...». Nicholas vaciló cuando había llegado hasta ahí.

«¿De abandonarlo?», dijo el hermano Charles. «¿Quién podría rogarle a una hija que abandone a su padre? Semejantes ruegos, limitados a pedirle que solo lo vea ocasionalmente, le han sido dirigidos encarecidamente —no por mí— pero siempre con el mismo resultado».

«¿Es él bondadoso con ella?», dijo Nicholas. «¿Necesita su afecto?».

«La bondad verdadera, la bondad abnegada y considerada no forma parte de su naturaleza», prosiguió el Sr. Cheeryble. «Creo que él la trata con el tipo de bondad que conoce. La madre era un ser gentil, cariñoso, confiado, y aunque él la hirió desde su casamiento y hasta su muerte tan cruel y gratuitamente como el que más, ella nunca dejó de amarlo. Y lo encomendó, en su lecho de muerte, al cuidado de su hija. Su hija nunca ha olvidado eso, y nunca lo hará».

«¿No tiene usted influencia sobre él?», preguntó Nicholas.

«¡Yo, mi querido señor! Sería el último hombre en el mundo. Tantos son sus celos y su odio hacia mí, que si él supiera que su hija me abrió su corazón, le haría la vida insostenible con sus reproches, aunque —ahí están la inconsistencia y el egoísmo de su carácter— aunque si él supiera que cada penique que ella tiene procede de mí, no renunciaría a ningún capricho que el gasto más desenfrenado de su escaso pecunio pudiera saciar».

«¡Un canalla desnaturalizado!», dijo Nicholas, indignado.

«No usemos palabras duras», dijo el hermano Charles, con voz suave, «y en vez de ello adaptémonos a las circunstancias en las que esta joven se encuentra. La asistencia que he conseguido que ella acepte, me he visto obligado —por su propia y firme solicitud— a suministrarla en los más pequeños montos, para que él no descubra lo fácil que se consigue ese dinero y vaya a dilapidarlo incluso más rápido de lo que acostumbra hacer. Ella viene y va, viene y va, secretamente y de noche, para recibir incluso esto. Y no puedo soportar que las cosas sigan así, Sr. Nickleby... realmente no puedo soportarlo».

Entonces salió a la luz, poco a poco, cómo los gemelos habían estado dando vueltas en la cabeza a incontables planes e ideas para ayudar a esta joven con la máxima delicadeza y consideración, a fin de que su padre no sospechara la fuente de donde procedía la ayuda, y cómo, finalmente, habían llegado a la conclusión de que el mejor procedimiento sería fingir que compraban sus dibujitos y trabajos ornamentales a un alto precio, y mantener viva una demanda constante de estos. Y para conseguir ese fin y ese objetivo alguien tenía que hacer las veces de comerciante de esas mercancías, y tras larga deliberación, habían elegido a Nicholas para representar el personaje.

«Él me conoce a mí», dijo el hermano Charles, «y conoce a mi hermano Ned. Ninguno de los dos serviría. Frank es muy bueno... es excelente... pero tememos que pueda ser un poco distraído y descuidado en un asunto tan delicado, y que pudiera quizás... que pudiera ser, en resumen, demasiado susceptible (pues ella es un ser hermoso, señor, justo tanto como su pobre madre), y, enamorándose de ella antes de saber bien lo que quiere, llevar dolor y tristeza a ese pecho inocente, cuando nosotros debemos ser los humildes instrumentos para hacerlo gradualmente feliz. Él se interesó de manera extraordinaria por su suerte cuando se encontró con ella por primera vez, y por las averiguaciones que hicimos con él, hemos deducido que fue por ella que armó aquel alboroto en medio del cual ustedes dos se encontraron por vez primera».

Nicholas tartamudeó que ya había sospechado la posibilidad de algo semejante, y para explicar que se le hubiera ocurrido, describió cuándo y dónde había visto, él mismo, a la joven.

«Vaya, pues ya ves que él no serviría», prosiguió el hermano Charles. «Tim Linkinwater queda descartado, porque Tim, señor, es un tipo tan tremendo, que jamás podría contenerse, y se lanzaría de cabeza contra el padre antes de que transcurrieran cinco minutos. Usted no sabe quién es Tim, señor, cuando lo excita algo que apela a sus sentimientos con mucha fuerza... entonces es tremendo, señor, ese Tim Linkinwater... absolutamente tremendo. Ahora bien, en usted podemos depositar la más estricta confianza, pues en usted hemos visto —o al menos yo he visto, y es lo mismo, pues no hay diferencia entre mi hermano Ned y yo, excepto que él es el mejor ser que jamás haya existido, y que no hay ni habrá nunca en el mundo otro como él— en usted hemos visto virtudes y afectos hogareños, y sentimientos delicados que lo califican para una gestión como esa. Usted es el hombre adecuado, señor».

«La joven, señor», dijo Nicholas, sintiéndose tan desconcertado que tuvo dificultades para articular las palabras... «¿Acaso... es... está ella al tanto de este engaño inocente?».

«Sí, sí», repuso el Sr. Cheeryble; «al menos sabe que usted procede de nosotros. Ella solo sabe, sin embargo, que nosotros vamos a vender esas produccioncitas que usted comprará de vez en cuando. Y quizás, si usted desempeñara muy bien su papel (es decir, de veras muy bien), ella llegue a pensar que nosotros... que nosotros le sacamos ganancia. ¿Eh...? ¿Eh?».

Esta simplicidad carente de astucia y sumamente bondadosa, alegraba tanto al hermano Charles, y pensar en la posibilidad de que la joven fuera inducida a pensar que no tenía que agradecerles nada, lo hacía sentir, evidentemente, tan optimista y encantado, que Nicholas no podía siquiera de lejos albergar una duda al respecto de sus intenciones.

No obstante, a lo largo de todo este tiempo, tenía en la punta de la lengua la confesión de que las mismísimas objeciones que el Sr. Cheeryble había opuesto al empleo de su sobrino en esta encomienda se aplicaban, al menos con igual fuerza y validez, a él mismo, y cien veces había estado a punto de confesar el verdadero estado de sus sentimientos, y de rogar que lo liberaran de él. Pero otras tantas veces, pisándole los talones a este impulso, sobrevino otro que lo urgía a contenerse, y a mantener su secreto encerrado en su propio pecho. «¿Por qué tendría que hablar?», pensó Nicholas; «¿por qué tendría que presentar obstáculos en el camino de este plan bondadoso y altruista? Y qué

importa que yo ame y reverencie a esa criatura buena y hermosa... ¿acaso no parecería un tonto malcriado, arrogante y frívolo si diera a entender seriamente que hubiera algún peligro de que ella se enamorara de mí? Además, ¿acaso no tengo confianza en mí mismo? ¿No estoy obligado ahora a suprimir esos pensamientos? ¿No tiene este hombre excelente el derecho a mis mejores y más sinceros servicios, y acaso debería desviarme de su cumplimiento cualquier consideración egoísta?».

Formulándose preguntas como estas, Nicholas las respondía mentalmente con mucho énfasis, «¡no!», y convencido de ser un mártir muy consciente y glorioso, decidió noblemente hacer lo que, de haber examinado su propio corazón con un poco más de cuidado, habría descubierto que le resultaba imposible resistir. ¡Así es la prestidigitación mediante la cual hacemos malabarismos con nosotros mismos y convertimos nuestras flaquezas en las más firmes y magnánimas virtudes!

Claro, como el Sr. Cheeryble no sospechaba para nada que a su joven amigo se le estaban presentando esas reflexiones, procedió a entregarle las credenciales y direcciones requeridas para su primera visita, que debía efectuar a la mañana siguiente. Y una vez resueltos todos los preliminares, e impuesto el más estricto secreto, Nicholas se marchó a casa a dormir completamente abrumado por sus pensamientos.

El sitio que el Sr. Cheeryble le había indicado era una hilera de casas feas y no excesivamente limpias, situadas dentro de «Los Fallos» de la prisión de King's Bench y a unos pocos centenares de pasos del obelisco de los prados de Saint George. «Los Fallos» son un lugar adjunto a la prisión, pero donde pueden disfrutarse determinadas libertades, y que comprende una docena de calles en las que los deudores capaces de juntar dinero para pagar las grandes sumas que adeudan, de las que sus acreedores no derivan utilidad alguna, son autorizados a vivir, según las sabias disposiciones de las mismas esclarecidas leyes que establecen que el deudor incapaz de juntar dinero debe irse a morir de hambre a la cárcel, sin derecho al alimento, la ropa o el calor que se les ofrece hasta a los criminales convictos de los más atroces crímenes que puedan deshorrar a la humanidad. Existen muchas simpáticas ficciones de la ley que constantemente operan, pero ninguna tan agradable, o de hecho, humorística, como aquella que supone que todos los hombres valen igual ante su mirada imparcial, y que todos los hombres pueden alcanzar por igual los beneficios de todas las leyes, sin la menor referencia a lo que guarden en los bolsillos.

A la hilera de casas que le indicara el Sr. Charles Cheeryble encaminó Nicholas sus pasos, sin calentarse mucho la cabeza con asuntos tales como esos. Y a esta hilera de casas —después de atravesar un suburbio muy sucio y polvoriento, del que compañías teatrales de medio pelo, mariscos, gaseosas, vagonetas amuelladas, verduras y tiendas de prestamistas constituían los rasgos principales y más prominentes— al cabo llegó, con el corazón palpitante. Había jardincitos delante que, por haber sido desatendidos en todos los demás sentidos, servían de corrales para la acumulación del polvo, hasta que el viento, doblando la esquina, lo dispersara por la carretera. Tras abrir la verja desvencijada que, colgada de sus bisagras rotas frente a una de estas casas, a medias dejaba pasar y a medias rechazaba al visitante, Nicholas llamó a la puerta de la calle con mano vacilante.

Por fuera, en verdad era una casa destartada, con ventanas muy oscuras en el salón, y muy pocas contraventanas, y cortinas de muselina muy sucias, colgadas sobre los cristales inferiores, con amarres muy sueltos y flojos. Tampoco al abrirse la puerta pareció el interior desmentir la promesa del exterior, ya que había alfombras descoloridas en la escalera y un hule descolorido en el pasillo, y sumado a esas incomodidades, un señor de Los Fallos fumando compulsivamente en el salón delantero (aunque aún no era mediodía), mientras que la señora de la casa, frente a la puerta del salón posterior, se dedicaba afanosamente a untarle trementina a los fragmentos separados de una cama con dosel junto a la puerta del salón trasero, como si preparara el recibimiento de algún nuevo inquilino suficientemente afortunado para mudarse allí.

Nicholas tuvo mucho tiempo para realizar estas observaciones mientras el chicuelo que hacía mandados para los inquilinos bajaba con estrépito los escalones de la cocina y se le oía gritar, como desde algún remoto sótano, el nombre de la sirvienta de la Srta. Bray, la cual, al aparecer ahora y pedirle que la siguiera, hizo que Nicholas evidenciara síntomas de nerviosismo y desorden mayores de lo que cabría esperar del simple y tan natural hecho de preguntar él por esa joven.

Y, sin embargo, emprendió el camino escaleras arriba, y fue guiado hasta una habitación delantera donde, sentada ante una mesita junto a la ventana sobre la que había materiales de dibujo en uso, se hallaba la hermosa chica que tanto nutriera sus pensamientos, y que rodeada de todo el nuevo y fuerte interés que Nicholas atribuía a su historia, ahora parecía, a su vista, mil veces más hermosa de lo que hasta entonces recordaba.

Pero ¿cómo le llegaban al corazón a Nicholas las gracias y elegancias que ella dispersaba por toda la habitación pobremente amueblada! Flores, plantas, aves, el arpa, el viejo piano cuyas notas habían sonado tanto más dulces en tiempos pasados... ¿cuántas luchas le habría costado mantener esos dos últimos eslabones de aquella cadena rota que la seguía atando al hogar! En cada delicado adorno, proveniente de sus desvelos en las horas de asueto, repleto de aquel encanto grácil que emana de cada obrita elegante salida de unas manos de mujer, ¿cuánta paciente resistencia y cuántos gentiles afectos se entrelazaban! Nicholas sintió como si el Cielo estuviera sonriendo en la habitación, como si la hermosa devoción de un ser tan joven y débil hubiera iluminado, con un rayo propio, los objetos inanimados que la rodeaban, volviéndolos tan hermosos como el rayo mismo; como si el halo con el que los pintores de antaño rodeaban a los brillantes ángeles de un mundo sin pecado jugueteara alrededor de un ser emparentado con ellos por su espíritu, y como si él tuviera delante su luz y pudiera verla.

Y, sin embargo, ¡Nicholas estaba en Los Fallos de la prisión de King's Bench! ¿Si hubiera estado en Italia, en efecto, y la hora hubiera sido la del crepúsculo, y el escenario, una majestuosa terraza...! Pero hay un solo ancho cielo sobre todo el mundo, y ya esté azul o nublado, el mismo Cielo está más allá de él, de modo que tal vez no debía reprocharse pensar como pensaba.

No debe suponerse que lo captó todo con una mirada, pues aún no había cobrado conciencia de que había allí un enfermo, apuntalado con almohadas en una butaca, que, al moverse con desasosiego e impaciencia en su asiento, atrajo su atención.

Tendría apenas cincuenta años, quizás, pero estaba tan demacrado que parecía mucho más viejo. Sus rasgos dejaban ver los restos de una fisonomía bien parecida, pero en la que los rescoldos de pasiones fuertes e impetuosas eran más fáciles de rastrear que cualquier expresión que hubiera podido hacer atractivo un rostro mucho más sencillo. Su aspecto era ojeroso, y tenía los miembros y el cuerpo literalmente consumidos hasta los huesos, pero, no obstante, había algo del viejo fuego en los grandes ojos hundidos, que parecían volver a reanimarse cuando, golpeando el piso dos o tres veces con un grueso palo, en el que parecía apoyarse mientras permanecía sentado, llamaba a su hija por su nombre.

«Madeline, ¿quién es ese...? ¿Qué viene alguien a buscar aquí...? ¿Quién le dijo a un extraño que podía entrar? ¿Qué es esto?».

«Creo...», comenzó la joven, al inclinar la cabeza con cierto aire de confusión, en respuesta al saludo de Nicholas.

«Tú siempre andas creyendo», replicó su padre con petulancia. «¿De qué se trata?».

A estas alturas Nicholas había recuperado suficiente presencia de ánimo para hablar por sí mismo, de modo que dijo (como se había acordado que dijera) que su visita estaba relacionada con un par de pantallitas y un poco de terciopelo pintado para una otomana, todo lo cual tenía que tener el diseño más elegante posible, y ni el tiempo ni el gasto eran de la menor consideración. También tenía que pagar por los dos dibujos, y con muchos

agradecimientos, tras avanzar hasta la mesita, le depositó encima un billete de banco, doblado, dentro de un sobre sellado.

«Cerciórate de que el monto del dinero es el correcto, Madeline», dijo el padre, «abre el sobre, querida».

«Estoy segura de que es el monto preciso, papá».

«¡Tráelo aquí!», dijo el Sr. Bray, estirando la mano y abriendo y cerrando sus dedos huesudos con irritable impaciencia. «Déjame ver. ¿De qué hablas, Madeline...? dices que estás segura... ¿cómo puedes estar segura de algo así...? Cincuenta y cinco libras... vaya, ¿es ese el monto debido?».

«Exactamente», dijo Madeline, encorvándose por encima de él. Estaba tan concentrada en el arreglo de las almohadas que Nicholas no podía verle el rostro. Pero cuando ella se inclinó, él creyó ver caer una lágrima.

«Toca la campana, toca la campana», dijo el enfermo, con el mismo nervioso desasosiego, y haciendo un gesto en dirección a ella con una mano tan temblorosa que el billete de banco flotó al viento. «Dile que lo vaya a cambiar... que me consiga un periódico... que me compre unas uvas... y otra botella del vino del que tomé la semana pasada... y... y... ahora se me olvida la mitad de lo que quiero, pero ella puede volver a salir. Que vaya a buscar eso primero... eso primero. ¡A ver!, Madeline, mi amor, ¡rápido, rápido! ¡Dios mío, qué lenta eres!».

«¡No ha pensado en nada que ella pudiera desear!», pensó Nicholas. Quizás algo de este pensamiento se tradujo en su semblante, pues el enfermo, volviéndose hacia él con gran aspereza, preguntó si estaba esperando por un recibo.

«Eso no tiene la menor importancia», dijo Nicholas.

«¡Que no importa! ¿Qué quiere usted decir, señor?» fue la áspera respuesta. «¡Que no importa! ¿Cree usted que trae su miserable dinero aquí como un favor o un regalo, o como un asunto de negocios, y en rédito por valor recibido? Maldita sea, señor, que no es capaz usted de apreciar el tiempo y el gusto dedicados a los bienes con los que negocia, ¿cree acaso que está regalando su dinero? ¿Sabe usted que le está hablando a un caballero, señor, que en un tiempo pudo haber comprado a cincuenta hombres como usted y todo lo que usted tiene? ¿Qué ha querido decir?».

«Solo quiero decir que, puesto que tendré muchos tratos con esta dama, si ella en su bondad me lo permite, no la molestaré con semejantes formulismos», dijo Nicholas.

«Entonces yo quiero decir, por favor, que tendremos tantos formulismos como podamos», respondió el padre. «Mi hija, señor, no requiere favores de

usted ni de nadie. Tenga la bondad de limitar sus tratos estrictamente al comercio y los negocios, y no vaya más allá. Buenos estaríamos si cualquier pequeño tendero empezara ahora a compadecerse de ella, ¿no le parece? ¿Qué bonito, verdad? Madeline, querida, dale un recibo, y acuérdate siempre dárselo».

Mientras que ella fingía escribirlo, y Nicholas rumiaba en torno al extraordinario pero en ningún modo infrecuente carácter que de ese modo se le presentaba a la observación, el inválido, que parecía por momentos padecer grandes dolores corporales, se volvió a hundir en su butaca y emitió un gemido quejumbroso relativo a que la chica había estado fuera una hora, y que todos conspiraban para provocarlo.

«¿Cuándo?», dijo Nicholas, al tomar el pedazo de papel, «¿cuándo debo... volver a venir?».

Esto iba dirigido a la hija, pero el padre respondió de inmediato:

«Cuando se le pida que vuelva a venir, señor, y no antes. No se preocupe ni se moleste. Madeline, querida, ¿cuándo debe volver a venir esta persona?».

«Oh, no por mucho tiempo... no antes de tres o cuatro semanas... no será necesario, se lo aseguro... puedo prescindir de ello», dijo la joven con gran impaciencia.

«¡Toma!, ¿cómo vamos a prescindir de ello?», la reconvino su padre, sin hablar más alto que su respiración. «¡Tres o cuatro semanas, Madeline! ¡Tres o cuatro semanas!».

«Entonces antes... antes, por favor», dijo la joven, volviéndose hacia Nicholas.

«¡Tres o cuatro semanas!», murmuró el padre. «Madeline, qué diablos... ¡no hacer nada durante tres o cuatro semanas!».

«Sería mucho tiempo, señorita», dijo Nicholas.

«¿Le parece, eh?», replicó el padre, enojado. «Si yo optara por mendigar, señor, y me rebajara a pedir ayuda a gente que desprecio, tres o cuatro meses no sería mucho tiempo... tres o cuatro años no serían mucho tiempo. Entienda, señor, que eso sería si yo eligiera ser dependiente. Pero como no es el caso, usted puede volver a venir dentro de una semana».

Nicholas hizo una reverencia muy marcada ante la joven y se retiró, sopesando las ideas del Sr. Bray sobre la independencia, y deseando devotamente que fueran pocos los espíritus independientes como él que estuvieran alternando con el barro más infame de la humanidad.

Escuchó pasos ligeros provenientes de arriba cuando bajaba las escaleras, y mirando atrás vio que la joven permanecía allí, y mirando Timidamente

hacia él parecía vacilar sobre si debía o no llamarlo de regreso. La mejor manera de zanjar la cuestión fue regresar de inmediato, cosa que Nicholas decidió hacer.

«No sé si hago bien en pedírselo, señor», dijo Madeline apresuradamente, «pero le ruego... le ruego... que no mencione a los queridos amigos de mi pobre madre lo que pasó aquí hoy. Él ha sufrido mucho, y esta mañana está peor. Se lo ruego, señor, como una merced, como un favor que le pido».

«Usted no tiene más que insinuar un deseo», repuso Nicholas con fervor, «para que yo ponga en juego mi vida con tal de satisfacerlo».

«Habla usted apresuradamente, señor».

«Veraz y sinceramente», prosiguió Nicholas, con los labios temblándole al pronunciar las palabras, «si alguna vez alguien ha dicho la verdad. No soy diestro en disfrazar mis sentimientos, y si lo fuera, no podría esconderle a usted mi corazón. Querida dama, puesto que conozco su historia, y me siento como tienen que sentirse los hombres y los ángeles que escuchan y ven cosas semejantes, le ruego creer que yo moriría por servirla a usted».

La joven desvió la cabeza, y a todas luces sollozaba.

«Perdóneme», dijo Nicholas, con sinceridad respetuosa, «si le parece que hablo demasiado o abuso de manera presuntuosa de la confianza que me ha sido concedida. Pero no podía abandonarla a usted como si mi interés y simpatía concluyeran con el encargo del día. Yo soy su fiel servidor, humildemente dedicado a usted desde este instante... dedicado en verdad y honor estrictos a aquel que me enviara aquí, y con el corazón íntegro y puro, y con un distanciado respeto por usted. Si dijera algo distinto a esto, sería indigno de su mirada, y desleal a la naturaleza misma que me impulsa a decir las palabras honestas que pronuncio».

Ella dijo adiós con su mano, rogándole que se marchara, pero sin responderle ni una palabra. Nicholas no podía añadir más. Y así concluyó su primera entrevista con Madeline Bray.

CAPÍTULO 47

**EL SR. RALPH NICKLEBY TIENE UN CONTACTO CONFIDENCIAL CON OTRO
VIEJO AMIGO. ENTRE LOS DOS CONCIERTAN UN PROYECTO QUE PROMETE
BENEFICIOS MUTUOS**

«¡Ya son las dos y tres cuartos!», murmuró Newman Noggs, escuchando las campanadas de alguna iglesia vecina, «y mi hora de comida es a las dos. Él lo hace a propósito. Se esmera en hacerlo. Así es él».

Newman murmuraba este soliloquio dentro de la madriguera que tenía por oficina y sentado encima de su banqueta oficial. Y el soliloquio se refería, como casi siempre ocurría con los soliloquios quejumbrosos de Newman, a Ralph Nickleby.

«No creo que jamás haya tenido apetito», dijo Newman, «más que por las libras, los chelines y los peniques, y con ellos es tan avaricioso como un lobo. Me gustaría obligarlo a tragarse una caja de monedas inglesas. El penique sería un bocado molesto... pero la corona... ¡Ja, ja!».

Restablecido hasta cierto punto su buen humor ante la visión de Ralph Nickleby tragándose a la fuerza una moneda de cinco chelines, Newman sacó lentamente de su escritorio una de esas botellas portátiles corrientemente llamadas «pistolas de bolsillo», y sacudiéndola cerca del oído como para producir un sonido de líquido agitado, muy fresco y agradable de oír, relajó su rostro y tomó un trago gorgoteante que lo relajó todavía más. Tras volverla a taponar con el corcho, chasqueó la lengua dos o tres veces con aire de gran satisfacción, y como a estas alturas se había evaporado ya el sabor del licor, retomó de nuevo sus lamentaciones.

«Las tres menos cinco», gruñó Newman. «A esta hora ya tendría que haber terminado. Y yo desayuné a las ocho, ¡y qué miseria de desayuno! ¡Y mi horario correcto de comida es a las dos! Y quién dice que yo no tuviera un buen pedacito de carne asada caliente echándose a perder en casa todo este tiempo... ¿cómo podría él saber que no lo tengo? “No te vayas hasta que yo regrese”, “no te vayas hasta que yo regrese”, día tras día. ¿Entonces, por qué

siempre sale a la hora de mi comida... eh? ¿Acaso no sabe que eso no produce más que molestias... eh?».

Aunque estas palabras fueron pronunciadas en un tono muy alto, no iban dirigidas sino al aire en el vacío. Sin embargo, el recuento de sus tribulaciones solo pareció tener como efecto llevar a Newman Noggs a la desesperación, pues encasquetándose el viejo sombrero y sacando sus eternos guantes, declaró con gran vehemencia que pasara lo que pasara saldría a comer en ese mismo instante.

Dicho y hecho, ya avanzaba Noggs hacia el pasillo cuando el sonido de la llave en la cerradura de la puerta de la calle lo indujo a ejecutar, con toda precipitación, una maniobra de retirada hacia su oficina.

«Ahí está», gruñó Newman, «y viene acompañado. Ahora va a decir: “quédate hasta que se vaya este caballero”. Pero no lo haré... eso es terminante».

Y diciendo esto, Newman se deslizó en el interior de una alacena vacía que tenía dos medias puertas, y se encerró en ella, con la intención de escaparse en cuanto Ralph estuviera a buen resguardo en su propia habitación.

«Noggs», exclamó Ralph, «¿dónde está ese tipo... Noggs?».

Pero Newman no dijo ni una palabra.

«El muy bribón se ha marchado a comer, aunque le dije que no lo hiciera», murmuró Ralph, mirando dentro de la oficina y sacando su reloj. «¡Hm! Más vale que entres aquí, Gríde. Mi ayudante salió, y el sol calienta bastante en mi habitación. Aquí hay fresco y sombra, si no te importa la incomodidad».

«Para nada, Sr. Nickleby, oh, para nada. Todos los sitios me son iguales, señor. ¡Ah!, muy bonito en verdad. ¡Oh!, ¡muy bonito!».

La persona que daba esta respuesta era un ancianito de unos setenta o setenta y cinco años de edad, de un cuerpo muy delgado, muy encorvado y levemente giboso. Vestía un abrigo gris de cuello muy estrecho, un chaleco pasado de moda con nervaduras de seda negra, y unos pantalones tan escasos que mostraban sus encogidas y flacuchas piernas en toda su fealdad. Los únicos artículos de exhibición o adorno en su vestimenta eran una cadena de reloj de acero a la que estaban adheridos algunos grandes sellos de oro, y una cinta negra que, según una vieja moda casi nunca observada en nuestros días, recogía detrás sus cabellos grises. Su nariz y su barbilla eran puntiagudas y prominentes, sus mandíbulas se habían desplomado hacia adentro por falta de dientes, su rostro estaba arrugado y amarillento, salvo allí donde las mejillas mostraban una franja del color de una manzana de invierno seca. Y donde

antes estuviera su barba, permanecían aún algunos pocos mechones grises que parecían denotar, al igual que las cejas desiguales, lo malo que era el terreno del que brotaban. Todos su aspecto y actitud eran de un sigiloso servilismo felino. Toda la expresión del rostro se concentraba en una sonrisa impúdica y arrugada, compuesta de astucia, lujuria, malignidad y avaricia.

Así era el anciano Arthur Gride, en cuyo rostro no había ni una arruga, en cuyas ropas no había ni un pliegue o doblez que no expresara la mezquindad más codiciosa y plañidera e indicara a las claras que pertenecía a aquella clase de hombres que Ralph Nickleby integraba. Así era el anciano Arthur Gride, sentado en una silla baja y mirando hacia arriba, al rostro de Ralph Nickleby, que descansando sobre la alta banqueta de la oficina, con los brazos sobre sus rodillas, miraba hacia abajo al rostro de él. Hacía buena pareja con Nickleby, fuera cual fuese la encomienda que lo hubiera traído hasta allí.

«¿Y cómo ha estado usted?», dijo Gride, fingiendo gran interés por el estado de salud de Ralph. «No lo veía desde hace... ¡oh! desde hace...».

«Desde hace mucho tiempo», dijo Ralph, con una sonrisa peculiar, que daba a entender que él sabía muy bien que su amigo no había venido para una mera visita de cumplido. «Fue una gran suerte que hayamos coincidido, pues acababa yo de llegar a la puerta cuando usted doblaba la esquina».

«Soy muy afortunado», observó Gride.

«Eso dicen», respondió Ralph, secamente.

El prestamista más viejo movió la barbilla y sonrió, pero no emitió ninguna observación más, y ambos permanecieron sentados un rato sin hablar, ambos vigilantes para atrapar al otro en desventaja.

«Vamos, Gride», dijo Ralph al cabo. «¿Qué tiene hoy en el candelero?». «¡Demonios! La verdad es que es usted un hombre osado, Sr. Nickleby», exclamó el otro, aparentemente muy aliviado porque Ralph hubiera señalado el camino de los negocios. «¡Ay, ay, qué hombre tan osado es usted!».

«Lo parezco, por contraste con el modo suyo, astuto y furtivo», le devolvió Ralph. «Sé muy bien que su estilo es más eficiente, pero me falta paciencia para adoptarlo». «Usted fue un genio desde que nació, Sr. Nickleby», dijo el anciano Arthur. «Profundo, profundo, profundo. ¡Ah!».

«Bastante profundo», replicó Ralph, «como para saber que necesitaré toda la profundidad que tengo cuando hombres como usted se ponen a elogiarme. He estado delante cuando lisonjeaba y adulaba a otra gente, y recuerdo muy bien adónde conduce eso, siempre».

«Ja, ja, ja», prosiguió Arthur, frotándose las manos. «Sí que lo recuerda, sí, no lo dudo. Nadie lo sabe mejor que usted. Vaya, me alegra saber que se

acuerda de los viejos tiempos. ¡Ay!».

«Ahora bien», dijo Ralph, sosegadamente, «¿qué tiene hoy en el candelera?, vuelvo a preguntárselo... ¿qué es?».

«¡Miren eso!», exclamó el otro. «¡Ni siquiera puede dejar a un lado los negocios cuando estamos charlando del pasado! ¡Ay, ay, qué clase de hombre este!».

«¿Qué es lo que desearía revivir del pasado?», dijo Ralph. «Sé que hay algo, o de lo contrario no lo mencionaría».

«¡Hasta de mí sospecha!», exclamó el anciano Arthur, alzando las manos. «Hasta de mí... ay, hasta de mí. ¡Qué clase de hombre! ¡Ja, ja, ja! ¡Qué clase de hombre este! El Sr. Nickleby contra el mundo... no hay nadie como él. Un gigante entre pigmeos... un gigante... ¡un gigante!».

Ralph miró al viejo zorro con una sonrisa tranquila mientras este seguía emitiendo su risita sofocada, en esa misma vena, y, en la alacena, Newman Noggs, con el corazón deprimido, sentía que la perspectiva de la comida se alejaba más y más.

«Sin embargo, tengo que complacerlo», exclamó el anciano Arthur; «tiene que salirse con la suya... un hombre voluntarioso, como dicen los escoceses... bien, bien, son gente sabia, los escoceses... él hablará de negocios, y no concederá su tiempo gratis. Tiene mucha razón. El tiempo es dinero... el tiempo es dinero».

«Fue uno de los nuestros el que acuñó ese refrán, sospecho», dijo Ralph. «El tiempo es dinero, y muy buen dinero además, para quienes le reconocen interés. ¡El tiempo es dinero! Sí, el tiempo cuesta dinero... es más bien un artículo caro para algunas personas que podríamos nombrar, o no conozco yo mi oficio».

En respuesta a esta salida, el anciano Arthur volvió a elevar al aire las manos, volvió a emitir una risita sofocada y volvió a exclamar «¡qué clase de hombre este!», y a continuación arrastró la silla baja un poco más cerca de la alta banqueta de Ralph, y alzando la vista hasta su rostro imperturbable, dijo:

«¿Qué me diría si le dijera que iba... que iba... a casarme?».

«Le diría», respondió Ralph bajando la vista hacia él con frialdad, «que por alguna conveniencia está mintiendo, lo cual no sería ni la primera ni la última vez; es usted incapaz de sorprenderme o engañarme».

«Entonces le digo seriamente que es así», dijo el anciano Arthur.

«Y yo le digo seriamente», prosiguió Ralph, «lo que acabo de decirle ahora mismo. Aguarde. Déjeme mirarlo bien. Hay una diablura alcohólica en su rostro... ¿en qué anda?».

«Yo no lo engañarla a usted, ya lo sabe», gimoteó Arthur Gride; «no podría, tendría que estar loco para intentarlo. Yo... yo... ¡engañar al Sr.

Nickleby! Imponerse el pigmeo al gigante. Vuelvo a preguntar... ¡je, je, je...! ¿qué diría si le dijera que iba a casarme?».

«¿Con alguna vieja bruja?», dijo Ralph.

«No, no», exclamó Arthur, interrumpiéndolo y frotándose las manos con delectación. «Se equivoca, se vuelve a equivocar. El Sr. Nickleby, por una vez, errando... ¡mucho, demasiado, en verdad! Con una chica joven y bella; fresca, hermosa, cautivadora y de menos de diecinueve años. Ojos oscuros... largas pestañas... labios maduros y frescos que, al mirarlos, hay que anhelar besarlos... hermosos cabellos en racimos que dan comezón a los dedos, ganas de jugar con ellos... una cintura que podría llevar a un hombre a abrazar involuntariamente el aire, creyendo rodearla con los brazos... piecitos de tan leve pisada que apenas parecen rozar el piso... casarse uno con todo eso, señor... eso... ¡vaya, vaya!».

«Esto es algo más que las habituales tonterías», dijo Ralph después de oír con los labios fruncidos los deleites del anciano pecador. «¿Cómo se llama la chica?».

«¡Oh, profundo, qué profundo! ¡Miren ahora qué profundo que es!», exclamó el anciano Arthur. «Sabe que deseo su ayuda, sabe que me la puede dar, sabe que todo debe redundar en ventaja suya, ya ve venir la cosa. Su nombre... ¿hay alguien que pueda oírnos?».

«¡Cómo!, ¿quién diablos podría haber?», replicó Ralph con enojo.

«No sabía si quizás pudiera alguien estar subiendo o bajando por la escalera», dijo Arthur Gride, tras asomarse al otro lado de la puerta y volverla a cerrar cuidadosamente; «o si tu ayudante hubiera regresado y estuviera escuchando afuera... secretarios y sirvientes tienen la manía de escuchar, y yo me habría sentido muy incómodo si el Sr. Noggs...».

«Al cuerno el Sr. Noggs», dijo Ralph, cortante, «y siga con lo que me iba a decir». «Pues bien, al cuerno el Sr. Noggs», prosiguió el anciano Arthur. «Estoy seguro de no tener ninguna objeción al respecto. Su nombre es...».

«¿Y bien?», dijo Ralph, muy irritado por la nueva pausa del anciano Arthur, «¿cómo se llama?».

«Madeline Bray».

Hubiera las razones que hubiese —y Arthur Gride parecía haber anticipado algunas— para que la mención de ese nombre produjera un efecto sobre Ralph, e independientemente del efecto que realmente le producía, no dejó que nada trasluciera, y se limitó a repetir el nombre varias veces, como si reflexionara sobre cuándo y dónde lo había oído antes.

«Bray», dijo Ralph. «Bray... había un joven Bray de... no, ese nunca tuvo una hija». «¿Recuerda a Bray?», prosiguió Arthur Cride.

«No», dijo Ralph, mirándolo con una expresión vacía.

«¡No recuerda a Walter Bray! ¿El hombre elegante que maltrata tanto a su esposa?».

«Si trata de traerme a la memoria a algún hombre particularmente elegante mencionando un rasgo como ese», dijo Ralph, encogiéndose de hombros, «lo confundiré con las nueve décimas partes de los hombres elegantes que he conocido». «¡Vamos, vamos! Ese Bray que ahora está en Los Fallos de la prisión de King's Bench», dijo el anciano Arthur. «No puede haber olvidado a Bray. Usted y yo hicimos negocios con él. ¡Pero si él le debe dinero a usted...!».

«¡Oh, ese!», prosiguió Ralph. «Sí, sí. Ahora sí me acuerdo. ¡Oh! Es la hija de él, ¿no?».

Por más que la frase fue pronunciada con naturalidad, no lo fue tanto como para que un alma gemela como el anciano Arthur Gride no pudiera percibir que, con algún designio, Ralph trataba de inducirlo a formular declaraciones y detalles mucho más explícitos que los que voluntariamente el anciano habría dado. Sin embargo Arthur estaba tan absorto en sus propios planes que fue vencido en perspicacia y no sospechó que su buen amigo no estaba siendo sincero.

«Sabía que no podía haberlo olvidado, cuando lo pensara un momento», dijo.

«Tenía usted razón», respondió Ralph. «Pero el anciano Arthur Gride y el matrimonio constituyen una conjunción de términos sumamente anómala. El anciano Arthur Gride, y oscuros ojos y pestañas, y labios que uno anhela besar al verlos, y racimos de cabellos con los que se desea jugar, y cinturas que se desea estrechar, y piecitos que parecen andar sobre la nada... el anciano Arthur Gride y cosas como esas son todavía más monstruosas. Pero que el anciano Arthur Gride se case con la hija de un hombre elegante arruinado y confinado a Los Fallos de la prisión de Kings Bench, es lo más monstruoso e increíble de todo. Claramente, amigo Arthur Gride, si desea que le brinde alguna ayuda en este negocio (lo cual por supuesto desea, o no estaría aquí), hable, y vaya al grano. Y, sobre todo, no me diga que todo resultará en provecho mío, pues yo sé que tiene que resultar también en el tuyo, y en términos de una buena cantidad constante y sonante, pues de otro modo no tendría metidas las manos en un pastel como ese».

Había suficiente aspereza y sarcasmo, no solo en el contenido del discurso de Ralph, sino en el tono de voz con que lo pronunciaba, y en el aire que adoptaba al hablar como para hacer arder, incluso, la sangre fría del antiguo usurero y sonrojarse, incluso, su mejilla marchita. Pero no exteriorizó ninguna demostración de enojo, y se contentó con exclamar como antes, «¡Qué clase de hombre este!» y con rotar su cabeza a uno y otro lado, como si disfrutara a sus anchas de tanta libertad en el discurso y tanta diversión. Sin embargo, al observar claramente, por la expresión del rostro de Ralph, que más valía que fuera al grano con la mayor rapidez posible, se llamó a capítulo y fue de inmediato al centro y meollo de su negociación.

En primer lugar, se detuvo en el hecho de que Madeline Bray estaba consagrada al cuidado y manutención de su padre y que era esclava de todos los deseos de este, que no tenía ningún otro amigo sobre la tierra. A esto, Ralph añadió que había oído algo al respecto, y que si ella hubiera conocido un poquito más el mundo, no habría sido tan tonta.

En segundo lugar, se detuvo en el carácter del padre, arguyendo que incluso en el supuesto de que correspondiera a la devoción de la muchacha con el máximo afecto del que era capaz, de todas formas se quería a sí mismo muchísimo más, a lo cual Ralph añadió que era innecesario abundar en esto, ya que se trataba de algo muy natural y bastante probable.

Y, en tercer lugar, el viejo Arthur partía de la premisa de que la chica era un ser delicado y bello, y de que, realmente, le hacía ilusión tomarla como esposa. En este caso el único comentario de Ralph consistió en una áspera sonrisa, y una mirada lanzada sobre aquel viejo ser apergaminado que tenía delante, todo lo cual, por sí solo, resultó suficientemente expresivo.

«Ahora», dijo Gride, «pasemos al pequeño plan que tengo en mente para convertir esto en realidad, porque debí haberle dicho a usted que ni siquiera le he hecho todavía mi petición al padre. ¿Pero ya usted lo había deducido? ¡Ah!, ¡ay, ay!, ¡es candela!».

«Entonces no juegue conmigo», dijo Ralph con impaciencia. «Usted conoce el dicho».

«¡Siempre con una respuesta en la punta de la lengua!», exclamó el viejo Arthur, alzando las manos y los ojos en señal de admiración. «¡Siempre listo! ¡Ay, qué bendición tener el ingenio tan presto, y tanto dinero detrás para respaldarlo!». Enseguida, variando de repente el tono, prosiguió: «He estado yendo y viniendo, merodeando por los aposentos de Bray en los últimos seis meses. Hace justo medio año que vi por primera vez a ese delicadísimo

bocado y, ¡ay, qué bocado tan delicadísimo es! Pero eso no tiene que ver con esto ni con aquello. Yo soy su acreedor y custodio, por mil setecientas libras».

«Habla como si fuera el único acreedor y custodio del caballero», dijo Ralph, sacando su cartera. «Yo también lo soy, por novecientas setenta y cinco libras, cuatro chelines y tres peniques».

«El único otro, Sr. Nickleby», dijo el anciano Arthur con impaciencia. «El único otro. Nadie más corrió con los gastos de alojar a un custodiado, confiados en que lo mantuviéramos agarrado bien firme, se lo aseguro. Ambos caímos en la misma trampa... ¡Oh, cielos, qué descalabro aquel, por poco me arruino! Le prestamos nuestro dinero a cambio de pagarés, y con un solo nombre junto al suyo, un nombre que todos suponíamos confiable y tan negociable como el dinero mismo, pero que resultó... ya sabe usted lo que resultó. Justo cuando íbamos a caerle encima, murió insolvente. ¡Ah! ¡Estuve a punto de ir a la ruina con aquel descalabro!».

«Prosiga con su plan», dijo Ralph. «No vale la pena entonar ese lamento. Nadie nos escucha».

«Da lo mismo hablar así siempre», le devolvió el anciano Arthur con una risita sofocada, «haya o no alguien que nos oiga. El hábito hace al monje, sabe usted. Ahora bien, si yo me ofrezco a Bray como yerno, con una simple condición: que en el momento en que yo esté bien casado, él sea liberado, y que tenga una pensión para que viva con la cabeza fuera del agua, como un caballero (no puede vivir mucho, pues le he preguntado a su médico, y este afirma que su dolencia es del corazón, y es incurable), y si todas las ventajas de esta condición se le explican debidamente y se le exponen con detalle, ¿cree usted que pueda resistirse? Él no se me podrá resistir, en cuyo caso, ¿cree que su hija podrá resistírsele a él? ¿Y no se convertiría por tanto en la Sra. de Gride...? En la linda Sra. de Gride... un bombón... una chica primorosa... ¿no se convertiría en la Sra. de Gride, a lo sumo en una semana, un mes, un día... en cualquier momento que se me ocurriera fijar?».

«Prosiga», dijo Ralph, moviendo la cabeza en sentido afirmativo y pausadamente, y hablando en un tono cuya deliberada frialdad presentaba un extraño contraste con la chillona exaltación que gradualmente había ido ganando a su amigo. «Prosiga. Usted no ha venido aquí a preguntarme eso».

«¡Oh, ay!, ¡qué cosas tiene!»., exclamó el anciano Arthur, aproximándose aún más a Ralph. «¡Claro que no he venido... que no ha sido para eso que he venido! He venido a preguntarle cuánto me sacarla si me hago cargo de lo del padre, de su deuda con usted... ¿cinco chelines por libra... seis más ocho peniques... diez chelines? Yo pagaría hasta diez por tratarse de un amigo

como usted. Nosotros siempre hemos estado en muy buenos términos, así que realmente espero que no me trate tan mal. Ahora bien, ¿qué me dice?».

«Hay algo que no me ha dicho», dijo Ralph, tan de piedra e imperturbable como siempre.

«Sí, sí, es que no me ha dado tiempo», replicó Arthur Gride. «Quiero que alguien me respalde en este asunto... alguien que pueda persuadir, convencer, insistir, y eso es algo que usted puede hacer mejor que nadie. Yo no lo puedo hacer porque soy un pobre ser tímido y nervioso. Ahora bien, si usted consigue un buen arreglo para esta deuda, que hace mucho tiempo dio por perdida, ¿se comportará como mi amigo y me ayudará? ¿Lo hará?».

«Hay algo más», dijo Ralph.

«No, no diga eso», exclamó Arthur Gride.

«Sí, sí se lo digo. Le digo que hay algo más», dijo Ralph.

«¡Oh!», exclamó el anciano Arthur, fingiendo haber entendido de repente. «¿Quiere decir algo más con respecto a mí y a mi intención? Sí, claro, claro. ¿Debo mencionar eso?».

«Creo que más vale que lo haga», prosiguió Ralph, secamente.

«No quise molestarlo con eso, porque supuse que el interés suyo no trascendería su propia ventaja en el asunto», dijo Arthur Gride. «Es muy amable por su parte. ¡Ay, qué amable por su parte! ¡Vaya!, supongamos que yo supiera de alguna propiedad... de alguna pequeña propiedad... muy pequeña... a la que tuviera derecho esta linda chica, y de la que nadie tiene la menor noticia en este momento, pero que un esposo pudiera embolsillarse, si supiera lo que yo sé, ¿acaso eso saldaría...?».

«Toda la gestión completa», prosiguió Ralph, abruptamente. «Bien, déjame darle vueltas al asunto, a ver qué me correspondería por ayudarlo a usted a salir exitoso».

«Pero no sea duro», exclamó el anciano Arthur, alzando las manos en un gesto de imploración, y hablando con voz trémula. «No sea excesivamente duro conmigo. Es una propiedad muy pequeña, se lo aseguro. Digamos que diez chelines, y cerramos el trato. Es más de lo que debería ofrecerle, pero por haber sido usted tan gentil... ¿están bien los diez? Diga que sí, ande».

Ralph permaneció tres o cuatro minutos sumamente concentrado, sin darse por enterado de las súplicas y mirando pensativamente a la persona de quien procedían. Después de esta meditación bastante prolongada rompió el silencio, y ciertamente, no podría reprochársele haber empleado circunloquios innecesarios, ni haber eludido ir directamente al grano.

«Si se casara usted con esa chica sin mi participación», dijo Ralph, «tendría que pagar mi deuda en su totalidad, pues de lo contrario no podría dejar en libertad al padre. Está claro, entonces, que tengo que obtener el monto completo, libre de cualquier deducción o gravamen, o yo saldría perdiendo por haberme usted honrado con su confianza, en vez de salir ganando. Esta es la primera cláusula del trato. En cuanto a la segunda, estipularé que por mi trabajo en la negociación y la persuasión, y por ayudarlo a acceder a esa fortuna, obtendré quinientas libras... eso es muy poco, teniendo en cuenta que usted tendrá los labios maduros, y los racimos de cabellos, y todo lo demás, para usted solo. En cuanto a la tercera y última cláusula, necesito que emita un bono a mi nombre, hoy mismo, en el que se comprometa al pago de esos dos montos antes del mediodía del día de su matrimonio con Madeline Bray. Me ha dicho que yo sé urgir e insistir en un asunto. Le insisto en este, y no aceptaré nada que no incluya esos términos. Acéptelos si quiere. Si no, cátese con ella sin mí, si es que puede. De todas formas cobraré mi deuda».

A todos los ruegos, declaraciones solemnes y ofrecimientos de soluciones de compromiso entre sus propuestas y las que Arthur Gride sugiriera al principio, Ralph permaneció tan sordo como una pared. No aceptó volver a discutir el tema y, mientras el anciano Arthur le señalaba la enormidad de sus exigencias y le proponía modificaciones, aproximándose poco a poco, y cada vez más, a los mismos términos que rechazaba, Nickleby permanecía sentado, perfectamente mudo, mirando con aire de tranquila abstracción los apuntes y papeles que tenía en su cartera. Al descubrir que era imposible producir mella alguna en su leal amigo, Arthur Gride, que se había preparado para algún resultado parecido antes de venir, aceptó, con el corazón atribulado, el contrato propuesto y allí mismo llenó el documento de obligación (Ralph mantenía a mano instrumentos de ese tipo), luego de imponer la condición de que el Sr. Nickleby lo acompañara en aquel mismo momento al domicilio de Bray, e iniciara de inmediato la negociación, si las circunstancias se presentaban propicias y favorables a sus designios.

En cumplimiento de esta última condición, los beneméritos caballeros salieron juntos poco después, y Newman Noggs emergió, botella en mano, de la alacena, por cuya puerta superior, y bajo riesgo inminente de ser detectado, había asomado más de una vez su roja nariz cuando estaban en discusión las partes del tema que más le interesaban.

«Ya no tengo apetito», dijo Newman, poniéndose la botellita en el bolsillo. «Ya ingerí mi comida».

Tras hacer esta observación en tono muy afligido y lúgubre, Newman llegó a la puerta de un solo y largo paso cojo, y regresó de otro.

«No sé quién será ella o qué será», dijo; «pero la compadezco con todo mi corazón y toda mi alma. Y no puedo ayudarla, ¡como tampoco puedo ayudar a ninguna de las personas contra las cuales cien trucos —pero ninguno tan vil como este— se complotan todos los días! Bien, eso aumenta mi dolor, pero no el de ellos. El asunto no es peor porque yo lo conozca, y porque me torture tanto a mí como a ellos. ¡Gríde y Nickleby! Buena pareja de tiro para un coche de carreras... ¡oh, villanía!, ¡villanía!, ¡villanía!».

Con esas reflexiones y un golpe muy fuerte en la copa de su desdichado sombrero cada vez que repetía esta última palabra, Newman Noggs, cuyo cerebro estaba un tanto en desorden por el influjo de buena parte del contenido de su pistola de bolsillo durante su reciente encierro, partió en busca del consuelo que pudiera derivarse de la carne de res y las verduras de algún restaurant barato.

Mientras tanto, los dos complotados se habían encaminado a la misma casa que Nicholas visitara por primera vez apenas unos pocos días antes, y tras obtener acceso al Sr. Bray y de descubrir que su hija no estaba en casa, le habían expuesto, al cabo, mediante una sucesión de los más maestros abordajes que solo la máxima destreza de Ralph podía idear, el verdadero objetivo de su visita.

«Ahí está sentado, Sr. Bray», dijo Ralph al tiempo que el inválido, aún sin recuperarse de su sorpresa, reclinado en su asiento, los miraba alternativamente a él y a Arthur Gríde. «¿Y qué importa que él haya tenido la mala suerte de ser una de las causas de la detención suya en este sitio...? Yo he sido la otra. Los hombres tenemos que vivir. Usted es demasiado hombre de mundo para no verlo bajo su verdadera luz. Le ofrecemos la mejor compensación que está a nuestro alcance. ¡Compensación! ¡Qué digo! He aquí una oferta de matrimonio que muchos padres con título se abalanzarían a atrapar para una hija. El Sr. Arthur Gríde, que tiene la fortuna de un príncipe. ¡Piense qué clase de ganancia representa eso!».

«Mi hija, señor», replicó Bray, con arrogancia, «tal como la he criado, sería una rica recompensa para la mayor fortuna que cualquier hombre pudiera ofrecer a cambio de su mano».

«Es eso precisamente lo que yo le decía», exclamó el artero Ralph volviéndose hacia su amigo, el anciano Arthur. «Es eso precisamente lo que me hizo ver con tanta claridad y presteza la cuestión. No hay riesgo para ninguna de las partes. Usted tiene dinero; la Srta. Madeline, belleza y mérito.

Ella tiene juventud; usted, dinero. Ella no tiene dinero, usted no tiene juventud. Donde las dan, las toman... están parejos... ¡una pareja creada por los poderes celestiales!».

«Según dicen, las parejas se hacen en el Cielo», añadió Arthur Gride, echándole una horrible e impúdica mirada a su apetecido suegro. «Si nos casamos, será porque el destino así lo quiere».

«Entonces, piense, Sr. Bray», dijo Ralph, sustituyendo rápidamente su argumentación por consideraciones más terrenales, «piense en lo que está en juego si acepta o rechaza esta propuesta de mi amigo...».

«¿Cómo puedo aceptar o rechazar?», interrumpió el Sr. Bray, irritado por la conciencia de que realmente le tocaba a él decidir. «Le corresponde a mi hija aceptar o rechazar. Le corresponde a mi hija. Ustedes lo saben».

«Es cierto», dijo Ralph, enfáticamente; «pero de todas formas, usted tiene el poder de aconsejar, de plantear las razones a favor y en contra, de insinuar un deseo». «¡Insinuar un deseo, señor!», replicó el deudor, alternativamente orgulloso y mezquino, y siempre egoísta. «Soy su padre, ¿no es así? ¿Por qué tendría que insinuar e irme por las ramas? ¿Acaso supone usted, como los amigos de su madre y enemigos míos —¡malditos sean todos!— que ella haya hecho algo por mí, señor, que no sea su deber? ¿O acaso piensa que el hecho de haber sido yo desafortunado basta para alterar nuestras posiciones, y que ella mande y yo obedezca? ¡Así que insinuar un deseo! Quizás usted piense que porque me ve en este sitio y casi incapaz de abandonar el sillón sin ayuda, soy un ser dependiente y apocado, carente del coraje o el poder de hacer lo que crea mejor para mi hija. ¡Así que insinuarle un deseo! ¡No faltaba más!».

«Perdóneme», le respondió Ralph, que conocía a aquel hombre a fondo y, por consiguiente, hablaba con conocimiento de causa; «usted no oyó mi argumento completo. Iba a decir que el hecho de insinuar usted un deseo... incluso insinuar un deseo... seguramente equivaldría a una orden».

«¿Cómo?, claro que sí», replicó el Sr. Bray, en un tono exasperado. «Si por casualidad no está enterado, señor, sepa que hubo un tiempo en que yo ganaba todas las discusiones en contra de la familia de su madre, aunque ellos tenían el poder y el dinero de su parte... solo por mi carácter».

«De todas formas», prosiguió Ralph, tan suavemente como se lo permitía su naturaleza, «usted no oyó mi argumento completo. Usted es un hombre que sigue estando calificado para brillar en sociedad, con muchos años de vida por delante... es decir, si viviera usted más al aire libre, y bajo cielos más despejados, y eligiera a su propia compañía. La alegría es su elemento, en ella brilló usted antaño. La moda y la libertad están hechas para usted. Francia, y

una renta anual que le permitiría mantenerse allí con lujos, recobrar su vigor... cambiarían totalmente su existencia. Tiempo atrás, en la ciudad sus caros placeres dieron que hablar, y usted podría volver a brillar en un nuevo escenario, beneficiándose de la experiencia que posee y viviendo un poco a costa de otros, en vez de permitir a otros vivir a costa suya. ¿Cómo sería el reverso de ese cuadro? ¿Qué habría? No sé cuál es el camposanto más cercano, pero sería una lápida allí, dondequiera que esté, y una fecha... quizás dos años más adelante, quizás veinte. Eso es todo».

El Sr. Bray descansó el codo sobre el brazo de su sillón, y se hizo sombra con la mano.

«Hablo con claridad», dijo Ralph, sentándose a su lado, «porque me guían poderosos sentimientos. Me interesa que usted case a su hija con mi amigo Grido, porque entonces él se ocupará de pagarme... en parte, quiero decir. No se lo oculto. Lo reconozco abiertamente. Pero ¿qué interés puede usted tener en recomendarle a ella que dé un paso como ese? No pierda eso de vista. Ella podría objetar, protestar, llorar, decir que él es demasiado viejo, e implorar que no la lancen a una vida desdichada. ¿Pero cómo es ahora su vida?».

Varios gestos leves de parte del inválido mostraron que no dejaba de registrar esos argumentos, del mismo modo que Ralph tampoco dejaba de registrar el mínimo aspecto de su conducta.

«¿Cómo es ahora, pregunto», prosiguió el mañoso usurero, «o qué expectativas de futuro tiene? Si usted muriera, en efecto, esa gente a la que usted odia la haría feliz. ¿Puede acaso soportar esa idea?».

«¡No!», exclamó Bray, urgido por un impulso de venganza que no podía reprimir. «¡Claro que no, ya lo creo que no!», dijo Ralph, tranquilamente. «Si ella se va a beneficiar con la muerte de alguien», y esto fue dicho en un tono más bajo, «que sea con la de su marido... no deje que ella tenga que pensar en la muerte de usted como el acontecimiento a partir del cual comenzaría para ella una vida más feliz. ¿Dónde radica la objeción? Déjeme escucharlo de sus propios labios. ¿Cuál es? Que su pretendiente es un anciano. ¡Tome! ¿Cuán a menudo hombres de familia y fortuna, que no cuentan con las excusas que tiene usted, sino que tienen a su alcance todos los medios y cosas superfluas de la vida...? ¿Cuán a menudo casan a sus hijas con hombre viejos, o (peor aún) con jóvenes carentes de cerebro o corazón, para satisfacer alguna inútil vanidad, para fortalecer algún interés de familia, o para garantizarse algún puesto en el Parlamento? Decida por ella, señor, decida por ella. Usted sabe qué es lo que conviene, y ella vivirá para agradecersele».

«¡Chitón!, ¡chitón!», exclamó el Sr. Bray, sobresaltándose de repente y tapándole la boca a Ralph con su mano temblorosa. «¡La oigo en la puerta!».

Había un destello de conciencia en la vergüenza y el terror impresos en esta reacción apresurada que, de un plumazo, arrancó al cruel proyecto su sofisticado envoltorio y lo desnudó en toda su deformidad vil e inhumana. El padre cayó en su asiento pálido y tembloroso, Arthur Gride pellizcaba y manoseaba su sombrero y no se atrevía a elevar la vista del suelo, e incluso Ralph pareció agacharse como un galgo apaleado, ¡intimidado por la presencia de una chica inocente!

El efecto fue casi tan breve como repentino. Ralph fue el primero en recuperarse y, al observar la mirada de alarma de Madeline, le rogó a la pobre chica que se sosegara y le aseguró que no había motivo para asustarse.

«Un espasmo repentino», dijo Ralph, mirando al Sr. Bray. «Ahora ya está bastante bien».

Habría podido conmover al corazón más duro y mundano ver a esta joven y hermosa criatura, cuya desgracia habían estado tramando apenas un minuto antes, rodear con sus brazos el cuello de su padre y prodigarle las palabras de aliento y ternura más dulces que el oído de un padre pudiera escuchar, o los labios de una hija pronunciar. Pero Ralph contempló la escena con frialdad, y Arthur Gride, cuyos ojos legañosos se recreaban solo con las bellezas exteriores, y eran ciegos al espíritu que reinaba dentro, esbozaron... una extraordinaria conmoción, es cierto, pero no exactamente el tipo de conmoción espiritual que suele inspirar la contemplación de la virtud.

«Madeline», dijo su padre, soltándose, «no fue nada».

«Pero ayer también tuviste ese espasmo, y es terrible verte soportar tanto dolor. ¿No puedo hacer nada por ti?».

«Nada por ahora. Aquí están estos dos caballeros, Madeline, a uno de los cuales conoces. Ella acostumbraba a decir», añadió el Sr. Bray, dirigiéndose a Arthur Gride, «que yo empeoraba cuando lo veía a usted. Es natural, sabiendo lo que ella sabía, lo único que ella sabía sobre nuestra relación y sus consecuencias. Vaya, vaya. Quizás ella cambie de opinión en ese aspecto. Las chicas tienen permiso para cambiar de opinión, ustedes saben. Estás muy cansada, querida».

«De veras que no».

«De veras que sí. Haces demasiado».

«Ojalá pudiera hacer más».

«Sé que así piensas, pero te esfuerzas más allá de tus límites. Esta vida miserable, mi amor, de trabajo y cansancio cotidianos, es más de lo que

puedes soportar, me consta. ¡Pobre Madeline!».

Con esas y otras bondadosas palabras, el Sr. Bray acercó a su hija y le besó una mejilla con cariño. Mientras tanto Ralph, sin dejar de escrutarlo de manera mordaz, avanzó en dirección a la puerta y le hizo señas a Gride para que lo siguiera.

«¿Volverá usted a comunicarse con nosotros?», dijo Ralph.

«Sí, sí», respondió Sr. Bray apresuradamente, echando a un lado a su hija. «Dentro de una semana. Concédanme una semana».

«Una semana», dijo Ralph, volviéndose hacia su acompañante, «a contar desde hoy. Buenos días. Srta. Madeline, beso su mano».

«Deme la mano, Gride», dijo el Sr. Bray, extendiendo la suya, al tiempo que el anciano Arthur hacía una reverencia. «No dudo de sus buenas intenciones. Tengo que reconocerlo. Si quedé debiéndole dinero no fue por culpa suya. Madeline, mi amor... dame tu mano».

«¡Oh, ay! Si la joven solo condescendiera... solo las puntas de sus dedos...», dijo Arthur, vacilando y a medias retrocediendo.

Madeline se encogió involuntariamente frente a aquella figura de gnomo, pero puso las puntas de sus dedos en la mano del anciano y al instante las retiró. Después de un frustrado apretón, cuyo propósito era retenerlos y llevárselos a los labios, el anciano Arthur dio un beso refunfuñante a sus propios dedos, y haciendo muchas amorosas morisquetas salió tras su amigo, que a estas alturas ya estaba en la calle.

«¿Qué dice, qué dice...? ¿Qué le dice el gigante al pigmeo?», preguntó Arthur Gride, que avanzaba cojeando detrás de Ralph.

«¿Qué le dice el pigmeo al gigante?», replicó Ralph, alzando las cejas y bajando los ojos hasta su interlocutor.

«Él no sabe qué decir», respondió Arthur Gride. «Tiene esperanzas y temores. Pero ¿no es un bocado delicioso la chiquilla?».

«No tengo gran gusto por la belleza», gruñó Ralph.

«Pues yo sí», prosiguió Arthur, frotándose las manos. «¡Ay! ¡Qué hermosos se veían sus ojos cuando se inclinó sobre él... qué pestañas tan largas... qué delicado flequillo! Ella... ella... me miró con tanta dulzura».

«¿Quizás con amor, no?», dijo Ralph. «¿No fue eso?».

«¿Cree que no?», respondió el anciano Arthur. «Pero ¿no cree que yo pueda lograrlo... no cree que pueda?».

Ralph lo miró con desdén, y haciendo un mohín de burla, le espetó entre dientes:

«¿Se dio cuenta de que él le dijo que estaba cansada y que hacía tiempo que se esforzaba más allá de sus límites?».

«Sí, sí. ¿Y qué?».

«¿Cree que le habrá dicho eso antes alguna vez? Esa vida es más de lo que ella puede soportar. Sí, sí. Y él va a hacer que esa vida cambie».

«¿Cree que ya podemos darlo por hecho?», preguntó el anciano Arthur, escrutando el rostro de su acompañante con los ojos medio cerrados.

«Estoy seguro de que podemos darlo por hecho», dijo Ralph. «Él ya está tratando de engañarse a sí mismo, fingiendo ante nosotros que piensa en el bien de ella y no en el suyo propio... actuando un personaje lleno de virtudes, y tan considerado y afectuoso que su hija casi no lo reconoció. Vi una lágrima de sorpresa en sus ojos. Habrá en ellos unas cuantas lágrimas de sorpresa más dentro de poco, aunque de un tipo distinto. ¡Oh!, podemos esperar confiados a que llegue el día, de aquí a una semana».

CAPÍTULO 48

QUE ES EN BENEFICIO DEL SR. VINCENT CRUMMLES, Y CIERTAMENTE SU ÚLTIMA APARICIÓN EN ESTE ESCENARIO

Con el corazón muy triste y apesadumbrado, oprimido por muchas ideas dolorosas, Nicholas desanduvo el camino en dirección al este y se encaminó al despacho de los hermanos Cheeryble. Todas las esperanzas vanas que se había permitido albergar, y las agradables visiones que brotaran en su mente y rodearan la hermosa imagen de Madeline Bray, ya se habían disipado, y no le quedaba ni un vestigio de alegría y luminosidad.

Sería hacer un flaco servicio a la superior naturaleza de Nicholas —cosa que él no se merecía en lo absoluto—, insinuar que la revelación —¡y qué revelación!— del misterio que rodeaba a Madeline Bray, de la que otrora ni siquiera el nombre conocía, había apagado su ardor o enfriado su ferviente admiración. Si antes la había mirado con el tipo de pasión que despierta en los jóvenes la mera belleza y la elegancia, ahora experimentaba sentimientos mucho más profundos y fuertes. Pero la reverencia que la verdad y la pureza despertaban en su corazón, el respeto que le inspiraban el desamparo y la soledad en que se encontraba sumida la muchacha, su solidaridad con una criatura tan joven y bella, sometida a tan duras pruebas, y su admiración por el espíritu grande y noble de la joven, parecían elevarla mucho más allá de su alcance, y al tiempo que impartían profundidad y dignidad nuevas a su amor, le decían en susurros que él carecía de esperanzas.

«Mantendré mi palabra, tal como se lo prometí a ella», dijo Nicholas, virilmente. «Esta no es una misión cualquiera, y cumpliré doblemente con mi deber del modo más escrupuloso y estricto. Mis sentimientos secretos no merecen consideración y no la tendrán».

De todos modos, esos sentimientos secretos continuaban existiendo secretamente, Nicholas en cierto modo los alentaba en vez de hacer lo contrario, razonando (si es que en algo razonaba) que allí en su interior no podían hacer daño a nadie más que a él, y que si los guardaba para sí por un

sentido del deber tenía derecho a recrearse en ellos en compensación por su heroísmo.

Todos esos pensamientos, unidos a lo que viera aquella mañana y a las ideas que se forjaba por anticipado de su siguiente visita, lo volvían un compañero muy sombrío y distraído. Tanto, en verdad, que Tim Linkinwater, sospechando que con seguridad su amigo debía de haberse equivocado al anotar alguna cifra en algún sitio, y que eso era lo que le estaba martillando la mente, lo conjuró seriamente, si ese fuera el caso, a llenarse de valor y tacharla, en lugar de dejar que toda su vida se amargara por las torturas del remordimiento.

Pero en respuesta a estas consideradas quejas, y a muchas más tanto de Tim como del Sr. Frank, Nicholas solo podía confesar que jamás había estado tan contento en su vida, cosa que repetía todo el día a sus compañeros, y más tarde de noche en casa, donde seguía dando más y más vueltas a los mismos temas, pensando una y otra vez en las mismas cosas, y llegando una y otra vez a las mismas conclusiones.

En ese estado pensativo, caprichoso e incierto, la gente suele holgazanear y perder el tiempo sin saber por qué, leer carteles en las paredes con gran atención y sin tener la menor idea de una palabra de su contenido y fijar la vista en los escaparates de los comercios con la mayor seriedad en cosas que no ven. Así fue que Nicholas se descubrió de pronto absorto, contemplando con el máximo interés una gran cartelera colgada en la entrada de un pequeño teatro por el que tenía que pasar de camino a casa, y leyendo una lista de actores y actrices que se habían comprometido a hacerle honor a alguna próxima función de beneficio, con tanta seriedad como si hubiera sido un catálogo de los nombres de las damas y los caballeros inscritos en el más alto sitio del libro del Destino, y él hubiera estado buscando ansiosamente el suyo. Miró a la parte superior de la cartelera, riéndose de su propia estupidez, y cuando se preparaba a seguir su camino, vio anunciada allí, en grandes letras con un gran espacio entre cada una de ellas: «¡¡¡positivamente, la última aparición del Sr. Vincent Crummles, famoso actor de provincias!!!».

«¡Tonterías!», dijo Nicholas, volviendo atrás. «No puede ser».

Pero ahí estaba. En una línea aparte se anunciaba el estreno de un nuevo melodrama. En otra línea aparte había un anuncio de las seis últimas noches de otro, viejo. Una tercera línea estaba dedicada a la extensión del contrato del incomparable tragaespadas africano, que había accedido bondadosamente a dejarse convencer para pasar por alto durante una semana más sus compromisos en el interior. Una cuarta línea anunciaba que el Sr. Snittle

Timberly, ya recuperado de su reciente y severa indisposición, tendría el honor de aparecer aquella noche. Una quinta línea decía que había «¡vítors, lágrimas y risas!» cada noche. Una sexta, que aquella era positivamente la última aparición del Sr. Vincent Crummles, famoso actor de provincias.

«Seguro que tiene que ser el mismo hombre», pensó Nicholas. «No puede haber dos Vincent Crummles».

Para resolver este asunto mejor volvió a mirar la cartelera, y al descubrir que había un barón en la primera obra, y que Roberto (su hijo) era interpretado por un tal Crummles hijo, y Spaletro (su sobrino) por un tal Percy Crummles hijo —últimas apariciones de ambos— y que, como algo incidental en la obra, había una danza característica por parte de los personajes, y un *castanet pas seul* por la Niña Prodigio —en su última aparición— ya no tuvo ninguna duda. De modo que decidió ir a ver a los actores, y tras enviar un trozo de papel en el que escribió «Sr. Johnson» a lápiz, fue conducido por un bandido con una faja y una hebilla muy anchas en torno a la cintura, y guantes de cuero muy grandes en las manos, en presencia de su antiguo director.

El Sr. Crummles, sinceramente contento de verlo, abandonó de un salto el pequeño espejo de maquillaje frente al cual se encontraba, y con una ceja muy tupida pegada torcida sobre su ojo izquierdo y la ceja compañera y la pantorrilla de una de sus piernas en la mano, lo abrazó cordialmente, al tiempo que manifestaba que al corazón de la Sra. Crummles le vendría muy bien despedirse de él antes de que partieran.

«Usted siempre fue uno de sus favoritos, Johnson», dijo Crummles, «siempre lo fue, desde el principio. Y yo, en mi fuero interno, tuve mucha confianza en usted desde el primer día que cenó con nosotros. Quien resulte simpático a la Sra. Crummles, seguramente funcionará en escena. ¡Ah! Johnson, ¡menuda mujer la mía!».

«Yo estoy sinceramente en deuda con ella por su bondad en ese y en todos los demás aspectos», dijo Nicholas. «Pero ¿adónde van, por qué habla usted de despedirse?».

«¿No lo ha leído en los periódicos?»., dijo Crummles, con cierta dignidad.

«No», respondió Nicholas.

«Me extraña», dijo el director. «Estaba en las noticias de las variedades. Por aquí en alguna parte tenía el párrafo... pero no sé... oh, sí, aquí está».

Y diciendo esto, el Sr. Crummles, después de fingir que creía haberlo perdido, sacó una pulgada cuadrada de periódico del bolsillo de los pantalones que usaba en la vida privada (que, conjuntamente con la ropa de

diario de varios caballeros más, estaban tirados sobre una especie de cómoda en la habitación), y se lo dio a leer a Nicholas:

«El talentoso Vincent Crummles, por mucho tiempo conocido por su buena fama como director y actor de provincias de insólitas dotes, está a punto de cruzar el Atlántico en una histórica expedición. Crummles será acompañado, según hemos oído, por su señora y su talentosa familia. No conocemos a un hombre superior a Crummles en su línea particular de personajes, ni a ninguno que, tanto como figura pública o privada, pudiera llevar consigo los augurios de un círculo mayor de amigos. Crummles, con toda seguridad, triunfará».

«He aquí otra notita», dijo el Sr. Crummles, entregándole un trozo aún más pequeño. «Esta es de las notas a los corresponsales, mírela».

Nicholas leyó en voz alta: «“Philo Dramaticus. Crummles, el director y actor de provincias, no puede tener más de cuarenta y tres o cuarenta y cuatro años de edad. Crummles no es prusiano, pues nació en Chelsea”. ¡Bah!», dijo Nicholas, «vaya un párrafo raro».

«Muy raro», devolvió Crummles, rascándose un lado de la nariz, mientras miraba a Nicholas y aparentaba gran despreocupación. «No puedo imaginarme quién incluye estas cosas. Yo no fui».

Sin quitarle la vista a Nicholas, el Sr. Crummles sacudió negativamente la cabeza dos o tres veces con profunda seriedad, y declarando que no podía, ni aunque en ello le fuera la vida, imaginarse cómo los periódicos descubrían las cosas que descubrían, dobló los extractos y los volvió a poner en su bolsillo.

«Estoy asombrado de oír esta noticia», dijo Nicholas. «¡Irse a los Estados Unidos! Usted no contemplaba nada parecido en sus planes cuando yo lo acompañaba».

«No», respondió Crummles, «no lo pensaba entonces. El hecho es que la Sra. Crummles... una mujer muy extraordinaria, Johnson...», en este punto cortó y le susurró algo al oído.

«¡Oh!», dijo Nicholas, sonriendo. «¿Perspectivas de una adición a su familia?».

«La séptima adición, Johnson», repuso el Sr. Crummles, solemnemente. «Creí que una hija como el prodigio sería el broche de cierre, pero parece que vamos a tener otro más. Ella es una mujer sobresaliente».

«Lo felicito», dijo Nicholas, «y espero que este demuestre ser también un prodigio».

«Con toda seguridad será algo fuera de lo común, supongo», prosiguió el Sr. Crummles. «El talento de los otros tres es principalmente en el combate y

la pantomima seria. Quisiera que este tuviera dotes para la tragedia juvenil. Tengo entendido que en los Estados Unidos aprecian mucho ese tipo de actor. Sin embargo, hay que contentarse con tomar las cosas tal como se presentan. Quizás sea genial para la cuerda floja. En resumen, Johnson, si sale a su madre, podría ser un genio de cualquier tipo, porque ella es un genio universal. Pero sea cual sea su talento, lo desarrollará».

Después de expresarse en esos términos, el Sr. Crummles se puso la otra ceja y la pantorrilla, y luego las piernas, que eran de un color de piel amarillenta, un poco enfangadas en torno a las rodillas por las frecuentes caídas sobre esas coyunturas, al pronunciar maldiciones, rezos, sostener combates finales y otros pasajes fuertes.

Mientras el antiguo director terminaba de arreglarse, le explicó a Nicholas que en los Estados Unidos dispondría de una justa ventaja inicial, gracias a los ingresos de un contrato bastante bueno que había tenido la suerte de conseguir, y que como que él y la Sra. Crummles no podían esperar seguir actuando por siempre jamás —puesto que no eran inmortales, excepto en el ámbito de la fama y en un sentido figurativo— habían decidido asentarse allí permanentemente, con la esperanza de adquirir algunas tierras que pudieran mantenerlos en su vejez, y que después pudieran legar a sus hijos. Después de que Nicholas elogiara altamente esta determinación, el Sr. Crummles procedió a comunicarle informaciones adicionales relacionadas con sus amigos comunes que pensó que podrían resultarle interesantes. Le informó, entre otras cosas, de que la Srta. Snellicci se había casado en felices nupcias con un joven y acaudalado fabricante de velas de cera que le suministraba velas al teatro, y que el Sr. Lillyvick no se atrevía a decir ni esta boca es mía, dada la tiránica influencia que ejercía sobre él la Sra. de Lillyvick, reina absoluta y suprema de todo.

Nicholas correspondió a esta confianza del Sr. Crummles revelándole su verdadero nombre, su actual ocupación y sus perspectivas, e informándole en tan pocas palabras como pudo sobre las circunstancias que habían conducido a que se encontraran por primera vez. Después de felicitarlo con gran cordialidad por la mejoría de su fortuna, el Sr. Crummles le notificó que a la mañana siguiente él y los suyos debían partir para Liverpool, donde estaba el buque que los alejaría de las playas inglesas, y que si Nicholas deseaba decir adiós por última vez a la Sra. Crummles, debía partir con él aquella misma noche a una comida de despedida que ofrecían en honor de la familia en una taberna vecina, y que sería presidida por el Sr. Snitle Timberry, mientras que los honores de la vicepresidencia serían responsabilidad del tragador africano.

Como la habitación se había puesto, a estas alturas, muy caldeada y algo abarrotada, a consecuencia de la entrada de cuatro caballeros que acababan de matarse unos a otros en la obra que estaba presentándose, Nicholas aceptó la invitación, y prometió regresar al concluir la función, pues prefería el fresco y el anochecer al aire libre antes que el perfume mezclado de gas, cáscaras de naranja y pólvora que impregnaba el caluroso y deslumbrante teatro.

Aprovechó este intervalo para comprar una caja de rapé de plata —la mejor que podía darse el lujo de adquirir con sus fondos— como recuerdo para el Sr. Crummles, y después de comprar también un par de pendientes para la Sra. Crummles, un collar para el prodigio y broches de camisa de color subido para cada uno de los jóvenes caballeros, se refrescó con una caminata y regresó al teatro poco después de la hora acordada. Halló las luces apagadas, el teatro vado, el telón subido por haber concluido la función, y al Sr. Crummles caminando arriba y abajo por el escenario en espera de su llegada.

«Timberly no tardará», dijo el Sr. Crummles. «Arrebató a los espectadores esta noche. En la última obra hace el papel de un negro fiel, y tarda un poco más en lavarse».

«Entonces debe de ser bastante desagradable interpretar ese personaje, supongo», dijo Nicholas.

«No, no creas», respondió el Sr. Crummles; «la pintura se quita bastante fácil, y solo es en el rostro y el cuello. En nuestra compañía tuvimos una vez a un actor de tragedia que cuando representaba a Othello solía ennegrecerse todo el cuerpo. Pero sentir un papel e involucrarse completamente en él no es usual... desgraciadamente».

En ese momento apareció el Sr. Snittle Timberly, tomado del brazo con el tragador africano, y al ser presentado a Nicholas, alzó su sombrero unos quince centímetros y dijo que era un honor conocerlo. El tragador, que en su aspecto y su habla recordaba sorprendentemente a un irlandés, dijo lo mismo.

«Vi en los carteles que usted estuvo enfermo, señor», dijo Nicholas al Sr. Timberly. «Espero que no haya empeorado con el esfuerzo de esta noche».

En respuesta, el Sr. Timberly sacudió negativamente la cabeza con aire pesimista, se dio varios golpecitos muy significativos en el pecho y, arrebuñándose más aún en la capa, dijo: «Pero no importa... no importa. ¡Venga!».

Habrán observado quizás que, cuando los personajes en el escenario atraviesan trances que suponen debilidad y agotamiento extremos, invariablemente entonces realizan hazañas de fuerza que requieren enormes

ingenio y poder muscular. Así, podremos ver a un príncipe herido o un jefe de bandidos que estén desangrándose, moribundos y demasiado débiles para moverse, excepto al compás de la más suave música (y entonces solo sobre las manos y rodillas), acercarse a la puerta de una choza en busca de ayuda, con tantos retorcimientos y contorsiones, y haciéndose tales ovillos las piernas, y rodando y volviendo a rodar tantas veces, y tantas veces levantándose y volviéndose a desplomar como solo podría conseguirlo un hombre muy fuerte, adiestrado para adoptar posturas difíciles. Y tan natural le salía este tipo de actuación al Sr. Snittle Timberry, que al abandonar el teatro con rumbo a la taberna donde iba a tener lugar la comida, dio testimonio de la severidad de su reciente indisposición y sus efectos desgastadores sobre el sistema nervioso mediante una serie de evoluciones gimnásticas que fueron la admiración de todos los testigos.

«¡Esta sí es una alegría que no había imaginado!», dijo la Sra. Crummles al hacer Nicholas su aparición.

«Ni yo tampoco», respondió Nicholas. «Ha sido una casualidad haber tenido esta oportunidad de verla, aunque habría hecho cualquier esfuerzo por lograrlo».

«Aquí tiene a alguien a quien usted conoce», dijo la Sra. Crummles, empujando hacia delante al prodigio, vestida con un traje de gasa azul, profusamente guarnecido de volantes, y pantalones del mismo material. «Y aquí tiene a otro... y a otro más», dijo, presentándole a los Crummles, hijos. «¿Cómo está su amigo, el fiel Digby?».

«¡Digby!», dijo Nicholas, olvidando en aquel instante que ese había sido el nombre teatral de Smike. «Oh, sí. Está bastante... ¿qué estoy diciendo...? Dista bastante de estar bien».

«¿Cómo es eso?», exclamó la Sra. Crummles, con un retroceso dramático.

«Me temo», dijo Nicholas, sacudiendo negativamente la cabeza, e intentando sonreír, «que impresionaría más ahora que nunca a su media naranja».

«¿Qué dice, hombre?», prosiguió la Sra. Crummles, con estilo más popular. «¿A qué viene ese cambio de tono?».

«Quiero decir que un miserable enemigo mío me ha golpeado a través de él, y que, para torturarme a mí, está haciendo vivir tales agonías de terror e incertidumbre a mi amigo que... Le ruego que me perdone», dijo Nicholas, controlándose. «No debí hablar de esto, y nunca lo hago, excepto con los que conocen los hechos, pero por un momento me he descontrolado».

Con esa apresurada disculpa, Nicholas se inclinó para saludar al prodigio, y cambió de tema, maldiciéndose internamente por su imprudencia y preguntándose qué pensaría la Sra. Crummles de un arrebato tan repentino.

Pero esa dama pareció pensar muy poco al respecto, pues habiéndose anunciado a estas alturas que la comida estaba servida, dio su mano a Nicholas y se encaminó, con paso majestuoso, en dirección al puesto ubicado a la izquierda del Sr. Snittle Timberry. Nicholas tuvo el honor de conducirla, y el Sr. Crummles fue ubicado a la derecha del presidente, mientras que el prodigio y los Crummles, hijos, conducían al vicepresidente.

El grupo ascendía a unos veinticinco o treinta comensales, casi todos miembros de la profesión teatral, que estaban a la sazón contratados o sin contrato en Londres y que se contaban entre los amigos más íntimos del Sr. y la Sra. Crummles. Las damas y los caballeros estaban bastante parejos: como los gastos de la velada corrían a cargo de estos últimos, cada uno tenía el privilegio de llevar a una de aquellas como invitada suya.

En general fue un encuentro muy distinguido, pues, independientemente de las luminarias teatrales menores que en esta ocasión se reunían en torno al Sr. Snittle Timberry, se encontraba también presente un caballero de inclinaciones literarias que, en su época, había adaptado para el teatro doscientas cuarenta y siete novelas tan pronto como eran publicadas —y algunas de ellas antes aún de ser publicadas— y, por consiguiente, podríamos considerarlo un caballero de inclinaciones literarias.

Este caballero estaba sentado a la izquierda de Nicholas, al que fue presentado por su amigo, el tragador africano, desde el extremo de la mesa, mediante un gran elogio de su fama y reputación.

«Me hace feliz conocer a un caballero tan distinguido», dijo Nicholas, cortésmente.

«Señor», respondió el talento, «créame que es usted muy bienvenido. El honor es recíproco, señor, como suelo decir cuando dramatizo un libro. ¿Oyó usted alguna vez una definición de la firma, señor?».

«He oído varias», respondió Nicholas, con una sonrisa. «¿Cuál es la suya?».

«Cuando yo adapto una novela al teatro, señor», dijo el caballero de inclinaciones literarias, «eso es la firma... para su autor».

«¡Oh, ya lo creo!», prosiguió Nicholas.

«Eso es la fama, señor», dijo el caballero de inclinaciones literarias.

«¿De modo que salteadores de camino como Richard Turpin, Tom King y Jerry Abershaw han hecho famosos los nombres de aquellos contra quienes

han cometido sus más impúdicos robos?», dijo Nicholas.

«No sé nada de eso, señor», respondió el caballero de inclinaciones literarias.

«Shakespeare dramatizó historias que antes habían aparecido impresas, eso es cierto», observó Nicholas.

«¿Se refiere a Bill, señor?», dijo el caballero de inclinaciones literarias. «Sí, lo hizo. Bill era un adaptador, ciertamente, sí que lo era... y muy bien que adaptaba, además... teniendo en cuenta...».

«Iba a decir», prosiguió Nicholas, «que Shakespeare derivó algunas de sus tramas de viejos relatos y leyendas de circulación general, pero me parece que algunos de los caballeros que practican el oficio de usted en la actualidad lo han dejado muy atrás...».

«Tiene usted mucha razón, señor», interrumpió el caballero de inclinaciones literarias, recostándose en su asiento y ejercitando su mondadientes. «El intelecto humano, señor, ha progresado desde aquella época... y aún progresa... y seguirá progresando...».

«Digo que lo han dejado muy atrás», prosiguió Nicholas, «en un aspecto muy distinto, pues mientras que él traía al círculo mágico de su genio tradiciones peculiarmente adaptadas a su propósito, y convertía dramas familiares en constelaciones que iluminarían al mundo durante generaciones, usted arrastra al círculo mágico de su insipidez temas que no se avienen para nada a los propósitos del escenario, y los envilece, en la misma medida que él los exaltaba. Por ejemplo, usted toma los libros inconclusos de autores vivos, acabados de salir de sus manos, húmedos todavía de la imprenta, los corta, taja y talla según los poderes y capacidades de sus actores y la capacidad de sus teatros, concluye obras inconclusas, apresurada y toscamente improvisa en torno a ideas que aún no han sido trabajadas por quien originalmente las concibió, pero que sin duda le costaron muchos días de reflexión y noches de vigilia. Comparando incidentes y diálogos, hasta la última palabra escrita por el autor dos semanas atrás, usted se esfuerza al máximo para anticipar su argumento... todo esto sin el permiso, y contra la voluntad del autor. Y entonces, para coronar todo el procedimiento, publica, en algún panfleto mezquino, un fárrago de extractos mutilados de su obra, y los firma con su propio nombre, a lo que se suma el honroso mérito de haber perpetrado cien atrocidades más de la misma suerte. Ahora bien, muéstreme la diferencia entre semejante ratería, y robarle a un hombre en la calle sus pertenencias. A no ser, claro está, que la legislatura tenga más consideración por los pañuelos de bolsillo, al tiempo que deja que los cerebros de los hombres —excepto

cuando estos son dejados sin sentido por medio de la violencia— cuiden de sí».

«La gente tiene que vivir, señor», dijo el caballero de inclinaciones literarias, encogiéndose de hombros.

«Ese sería un alegato igualmente justo en ambos casos», respondió Nicholas, «pero si usted lo lleva a ese terreno, no tengo nada más que decir, salvo que, si yo fuera un escritor de libros, y usted un dramaturgo sediento, preferiría pagar durante seis meses las cuentas de su taberna —por abultadas que Rieran— que tener un nicho en el Templo de la Fama a través de seiscientas generaciones con usted ocupando un oscuro rincón junto a mi pedestal...».

Llegada a este punto, la conversación amenazaba con adquirir un tono algo violento, pero la Sra. de Crummles se interpuso oportunamente para impedir que desembocara en algún estallido violento, preguntándole al caballero de inclinaciones literarias algunos detalles relativos a las tramas de las seis nuevas obras que había escrito por contrato para ser interpretadas por el tragaespadas africano en sus variadas actuaciones sin par. Esto lo encaminó rápidamente hacia una animada conversación con esa dama, a tal punto interesante, que todo recuerdo de su reciente discusión con Nicholas se evaporó de inmediato.

Una vez retirados de la mesa los víveres más sustanciosos, y habiéndose colocado encima de ella ponche, vino y licores, los invitados, que habían estado conversando previamente en pequeños grupos de tres o cuatro, gradualmente fueron cayendo en un silencio total, mientras que la mayoría de los presentes de vez en cuando le echaban una mirada al Sr. Snittle Timberry, y los de ánimo más audaz comenzaban a golpear la mesa con los nudillos, y a expresar sus expectativas con frases de aliento tales como «ahora, Tim», «despierte, Sr. Presidente», «Todos llenos, señor, y esperando por un brindis», etcétera.

Frente a esos ruegos, el Sr. Timberry no se dignó a dar otra respuesta más que golpearse el pecho y boquear sofocado, y muchas otras señales de seguir siendo víctima de la indisposición —pues un hombre no debe venderse muy barato, ni en escena ni fuera de ella— en tanto que el Sr. Crummles, que sabía muy bien que sería el objeto del inminente brindis, permanecía sentado airoso en su silla con el brazo echado al descuido sobre el espaldar, llevándose de vez en cuando el vaso a los labios y bebiendo un poco de ponche, con el mismo aire con el que, en el teatro, solía empinar copas de cartón en las escenas de banquetes y beber largos tragos de nada.

Al cabo, el Sr. Snittle Timberry se levantó exhibiendo la más galana actitud, con una mano en el pecho del chaleco y la otra en la caja de rapé más cercana, y tras ser recibido con grandes muestras de entusiasmo, propuso un brindis, salpicado de abundantes citas, en honor de su amigo, el Sr. Vincent Crummles. Terminó su bastante prolongado discurso extendiendo su mano derecha hacia un lado y la izquierda hacia el otro, y llamando al Sr. y a la Sra. Crummles para que las tomaran. Una vez hecho esto, el Sr. Vincent Crummles devolvió las gracias, y una vez hecho aquello, el tragador africano propuso, en términos muy conmovedores, un brindis a la salud de la Sra. de Crummles. Entonces se oyeron fuertes gemidos y sollozos provenientes de la Sra. de Crummles y las demás damas, a pesar de lo cual aquella heroica mujer insistió en devolver ella misma las gracias, cosa que hizo con ademán y discurso tales que jamás habrán de ser sobrepasados y pocas veces igualados. Entonces fue deber del Sr. Snittle Timberry proponer un brindis a la salud de los jóvenes Crummles, cosa que hizo, tras lo cual el Sr. Vincent Crummles, como padre de ellos, se dirigió a los reunidos con un discurso suplementario que abundó en las virtudes, amabilidades y excelencias de los jóvenes, deseando que fueran los hijos e hijas de cada dama y caballero presentes. Después de que estas solemnidades fueran sucedidas por un intervalo de apropiada duración, amenizado por entretenimientos musicales y de otro tipo, el Sr. Crummles propuso un brindis a la salud de esa joya de la profesión, el Sr. Snittle Timberry, y en un momento algo más tardío de la noche, un brindis a la salud de aquella otra joya de la profesión, el tragador africano... su muy querido amigo, si él le permitía llamarlo así, libertad que el tragador africano (no teniendo nada que objetar) cortésmente permitió. Estaba entonces a punto de hacerse un tercer brindis por el caballero de inclinaciones literarias cuando, al descubrirse que este desde hacía rato ya se encontraba bebido, en otra acepción del término, y estaba a esas alturas dormido en la escalera, la intención fue abandonada, y el honor transferido a las damas. Finalmente, después de una larga sesión, el Sr. Snittle Timberry abandonó la presidencia, y los reunidos, tras muchos adioses y abrazos, se dispersaron.

Nicholas esperó hasta quedarse de último para entregar sus regalitos. Cuando le tocó el turno de despedirse del Sr. Crummles no pudo dejar de señalar la diferencia entre su separación actual y la de Portsmouth. Sin pizca de los modales que habitualmente exhibía en el teatro, Crummles extendió su mano con un aire que, de haber sido esa su intención, lo habría convertido en el mejor actor de su tiempo en separaciones hogareñas, y cuando Nicholas la

estrechó con la cordialidad que honestamente sentía, pareció completamente derretida de afecto.

«Éramos una pequeña compañía muy feliz, Johnson», dijo el pobre Crummles. «Usted y yo jamás tuvimos una discusión. Mañana por la mañana me hará muy feliz pensar que he vuelto a verlo, pero en este momento casi desearía que no hubiera venido».

Nicholas estaba a punto de devolverle una respuesta alegre cuando fue enormemente desconcertado por la repentina aparición de la Sra. Grudden, que al parecer, habiendo declinado asistir a la comida para poder levantarse temprano en la mañana, ahora salió en un estallido de un dormitorio vecino, vistiendo unas extraordinarias túnicas blancas, y echándole los brazos al cuello, lo apretó con gran cariño.

«¿Cómo? ¿También usted se va?», dijo Nicholas, sometiéndose con tanta disposición como si ella hubiera sido la más hermosa y joven criatura del mundo.

«¿Irme?», repuso la Sra. Grudden. «¡Dios nos coja confesados! ¿Qué cree usted que harían ellos sin mí?».

Nicholas se sometió a otro abrazo con mayor disposición aún que antes — si ello fuera posible— y agitando su sombrero tan alegremente como pudo, se despidió de la familia Crummles.

CAPÍTULO 49

DA CUENTA DEL ULTERIOR CURSO DE LA VIDA DE LOS NICKLEBY Y DE LA SECUELA QUE TUVO LA AVENTURA DEL CABALLERO DE LOS PAÑOS MENORES

Mientras Nicholas, concentrado en el único tema que de un tiempo a esta parte absorbía su interés, ocupaba sus horas de asueto pensando en Madeline Bray, y mientras que, en cumplimiento de la misión que los cuidados del hermano Charles por ella le habían impuesto, volvía a verla una y otra vez, y cada nueva vez con peligro mayor para su paz mental y un efecto más debilitante sobre las supremas resoluciones que él mismo había adoptado, la Sra. Nickleby y Kate siguieron viviendo en paz y tranquilidad, solo interrumpidas por preocupaciones que tenían que ver con ciertas tácticas de hostigamiento llevadas a efecto por el Sr. Snawley con vistas a recuperar a su hijo, y las angustias que estas despertaban en Smike, cuya salud, resentida hacía ya tiempo, comenzó a verse tan afectada por la aprensión y la incertidumbre que a veces provocaba, tanto en ellas como en Nicholas, gran preocupación e incluso alarma.

No eran las quejas o las murmuraciones por parte del propio pobre chico la que los perturbaba de ese modo. Siempre impaciente porque lo emplearan en cualquier pequeño servicio que él pudiera prestar, y siempre ansioso por retribuir a sus benefactores con miradas jubilosas y alegres, ojos menos amistosos no habrían hallado en él ninguna causa de preocupación. Pero había momentos —y frecuentes, además— en que había demasiado brillo en sus hundidos ojos, demasiado rubor en sus descarnadas mejillas, demasiada dificultad y pesantez para respirar, un aspecto demasiado débil y exhausto como para que no reparasen en él.

Hay una temible enfermedad que prepara, como quien dice, a sus víctimas para la muerte; que tanto les refina su aspecto más grosero, que presenta a las miradas familiares las señales extraterrenas del cambio por venir... una enfermedad temible, en la que la lucha entre el alma y el cuerpo es tan gradual, tranquila y solemne, y el resultado tan seguro, que día a día y gota a gota la parte mortal se consume y marchita, de modo que el espíritu se vuelve

ligero y optimista, próximo a aligerarse de su carga, y sintiendo la inmortalidad al alcance de la mano, la considera apenas un nuevo término de la vida mortal... una enfermedad en la que la muerte y la vida aparecen tan extrañamente combinadas, que la muerte tiene el brillo y el color de la vida, y la vida la forma severa y horripilante de la muerte... una enfermedad que la medicina jamás logró curar, ni la riqueza pudo detener, ni la pobreza pudo jactarse de estar exenta de ella... y que a veces se mueve a grandes zancadas, y a veces a pasito lento y perezoso. Pero sea lento o rápido, siempre seguro y cierto.

Fue por algún leve atisbo que su mente tuvo del avance de esa dolencia — aunque de ningún modo lo quería admitir—, que Nicholas ya había llevado a su fiel compañero a un médico de gran reputación. No había motivo de alarma inmediata, dijo. No había síntomas presentes que pudieran considerarse concluyentes. Su constitución había sido sometida a un gran desgaste y había recibido muchos daños en la infancia, pero de todas formas podría no ser... y eso fue todo.

Pero no parecía empeorar, y como no fue difícil hallar motivo para esos síntomas mórbidos en el sobresalto y la angustia experimentados recientemente, Nicholas se consoló con la esperanza de que su pobre amigo pronto se recuperaría. Su madre y su hermana compartían con él esa esperanza, y como el objeto de sus desvelos conjuntos no parecía desasosegado o desalentado con respecto a sí mismo, sino que cada día respondía con una tranquila sonrisa que se sentía mejor que el día anterior, los temores de ellos amainaron y la felicidad general poco a poco se restauró.

Muchas y muchas veces más en años posteriores Nicholas miró atrás a este período de su vida, y volvió a vivir las humildes y tranquilas escenas hogareñas que se erguían ante él como antes. Muchas y muchas veces más, en el ocaso de un anochecer veraniego, o junto al parpadeante fuego invernal — pero no con tanta frecuencia o tristeza como entonces— sus pensamientos deambulaban de regreso a aquellos días de antaño, y evocaban con un amable pesar cada leve recuerdo que traían de vuelta para abarrotar el hogar. La habitacioncita en la que tan a menudo permanecían sentados mucho después de la caída de la noche, imaginando futuros tan felices... la voz jubilosa y la risa alegre de Kate, y cómo, si no estaba en casa, ellos solían velar por su regreso, rompiendo apenas el silencio para comentar no más cuán aburrido era todo sin ella... la alegría con la que el pobre Smike se sobresaltaba, en la semipenumbra del rincón donde acostumbraba a sentarse, y se apresuraba a dejarle entrar, y las lágrimas que a menudo le veían en el rostro, sorprendidos

a medias al verlas, y al verlo también a él tan complacido y feliz... cada pequeño incidente, e incluso las leves palabras y los leves incidentes de aquellos tiempos, a los que poca atención se concediera entonces, pero claramente recordados cuando las intensas preocupaciones y los dolores estaban casi olvidados, volvían a aparecérselo delante, y frescos y vividos, una y otra y otra vez, susurrantes sobre el polvoriento crecer de los años, regresaban como las verdes ramas del ayer.

Pero había otras personas asociadas con esos recuerdos, y muchos cambios hubieron de acaecer antes de que ellas surgieran en esta historia... un reflejo necesario para los propósitos de estas aventuras, que de inmediato amainan para retomar su ritmo acostumbrado, y rehuyendo toda veleidosa anticipación o caprichoso delirio, prosiguen su curso estable y decoroso.

Si los hermanos Cheeryble, hallando a Nicholas digno de confianza e intimidad, le concedían cada día alguna nueva y sustancial distinción de amabilidad, no eran menos atentos respecto a los seres que de él dependían. Varios regalitos a la Sra. Nickleby —siempre eran justo lo que ella necesitaba— tendieron en no poca medida a mejorar y embellecer la quinta. La reservita de baratijas de Kate se volvió bastante deslumbrante, y ¡en cuanto a la compañía...! Si el hermano Charles y el hermano Ned dejaban de pasar por allí al menos unos pocos minutos cada domingo, o una noche a la semana, allí estaba el Sr. Tim Linkinwater (que jamás había hecho media docena de otras amistades en toda su vida, y que se deleitaba tanto con sus nuevos amigos como no pueden expresarlo las palabras) constantemente yendo y viniendo en sus caminatas nocturnas, y deteniéndose a descansar, al tiempo que el Sr. Frank Cheeryble, por alguna extraña conjunción de circunstancias, pasaba por casualidad por aquella puerta, para atender, decía, algún que otro negocio, al menos tres noches por semana.

«Es el joven más atento que jamás vi, Kate», dijo la Sra. Nickleby a su hija una noche, cuando hacía rato el mencionado caballero estaba siendo objeto de un discurso elogioso proferido por esa benemérita dama, mientras Kate permanecía sentada en perfecto silencio.

«¡Atento, mamá!», prosiguió Kate.

«¡Alabado sea Dios, Kate!», exclamó la Sra. Nickleby con su acostumbrada brusquedad, «¡cómo se te han subido los colores! ¡Estás ruborizada, niña!».

«¡Oh, mamá! Qué ideas se te ocurren».

«No son ideas mías, Kate, querida, estoy segura», le devolvió su madre. «Sin embargo, en cualquier caso, ya se te pasó, así que poco importa mucho si

fue o si no fue. ¿De qué hablábamos? ¡Oh! Del Señor Frank. Jamás vi tantas atenciones en mi vida, jamás».

«Espero que no lo digas en serio», respondió Kate, volviendo a sonrojarse, y esta vez más allá de toda duda.

«¡Que no lo digo en serio!», volvió a la carga la Sra. Nickleby. «¿Por qué no habría de decirlo en serio? Estoy segura de que nunca dije algo tan en serio. Diré que su cortesía y sus atenciones para conmigo son de las cosas más decorosas, gratas y agradables que haya visto en mucho tiempo. No encuentra una con frecuencia ese tipo de comportamiento en los jóvenes, por lo que más la conmueve a una cuando lo encuentra».

«¡Ah!, sus atenciones contigo, mamá», prosiguió Kate rápidamente... «oh, eso sí, claro».

«Ay, Kate», replicó la Sra. Nickleby, «qué cosas tienes. ¿De qué iba a estar hablando, si no? ¿De sus atenciones hacia otra persona? La verdad es que lamentaría mucho pensar que esté enamorado de una dama alemana, eso sí».

«Él dijo que con toda seguridad no había nada de eso, mamá», repuso Kate. «¿No recuerdas que él lo dijo la misma primera noche que vino aquí? Además», agregó, en un tono más suave, «¿por qué íbamos a lamentarlo si ese fuera el caso? ¿Qué tiene eso que ver con nosotros, mamá?».

«Con nosotros, nada, tal vez, Kate», dijo la Sra. Nickleby enfáticamente, «pero conmigo, algo, lo confieso. Me gusta que la gente de Inglaterra sea gente inglesa cabal, y no mitad inglesa y mitad no sé qué. Se lo diré a rajatabla la próxima vez que venga, que me gustaría que se casara con una de sus propias paisanas, y veremos qué me cuenta».

«Te ruego que ni se te ocurra hacer algo semejante, mamá», se apresuró a decir Kate; «por nada del mundo. Ten en cuenta... lo muy...».

«Bien, querida ¿lo muy qué?», dijo la Sra. Nickleby, abriendo mucho los ojos en su gran sorpresa.

Antes de que Kate le devolviera ninguna respuesta, un raro doble toquecito en la puerta anunció que la Srta. La Creevy había venido a verlas, y cuando la Srta. La Creevy se presentó, la Sra. Nickleby, aunque fuertemente dispuesta a continuar la polémica en torno a la cuestión anterior, lo olvidó todo, inundada por una marea de suposiciones en cuanto al coche en el que la Srta. La Creevy había venido; si el conductor habría sido, o bien el hombre en mangas de camisa, o bien el hombre con el ojo morado; que fuera el que fuese, no había hallado la sombrilla que se le había quedado en el coche la semana anterior; que sin duda habrían hecho una larga parada en el punto

intermediario cuando venían; o que tal vez, como el coche estaba lleno, habían venido directamente; y por último, que seguramente debieron de haber adelantado a Nicholas por el camino.

«No vi ninguna señal de él», respondió la Srta. La Creevy, «pero sí vi a ese querido anciano, el Sr. Linkinwater».

«Dando su paseo nocturno, y viniendo hacia acá para tomarse un descanso antes de regresar al barrio financiero, ¡caramba!», dijo la Sra. Nickleby.

«Creo que eso hacía», repuso la Srta. La Creevy, «especialmente porque el joven Sr. Cheeryble iba con él».

«No es esa una razón para pensar que el Sr. Linkinwater venga de camino hacia aquí», dijo Kate.

«Bueno, yo creo que sí lo es, querida», dijo la Srta. La Creevy. «Para ser joven, el Sr. Frank no es un gran caminante, y observo que él, generalmente, cuando llega, se deja caer cansado, y requiere un descanso bien largo, cuando ha recorrido la distancia hasta aquí. Pero ¿dónde está mi amigo?», dijo la mujercita, mirando a su alrededor después de mirar disimuladamente a Kate. «¿No se lo habrán vuelto a llevar por la fuerza, eh?».

«¡Ah!, ¿dónde está el Sr. Smike?», dijo la Sra. Nickleby, «estaba aquí hace un instante».

Al continuar indagando, pareció cierto, para el tremendo asombro de la buena dama, que Smike había acabado de subir a su habitación.

«Vaya, pues», dijo la Sra. Nickley, «¡qué ser más extraño! El martes pasado... ¿era martes? Sí, seguro. Recuerdas, Kate, querida, la última vez que el joven Cheeryble estuvo aquí... la noche del martes pasado, Smike se retiró de la misma manera extraña, justo en el momento en que tocaron a la puerta. No puede ser que no le guste la visita, porque siempre quiere a las personas que quieren a Nicholas, y estoy seguro de que el joven Sr. Cheeryble lo quiere. Y lo más extraño es que no se acuesta. Por ende, no puede ser que se retire porque tiene sueño ya. Sé que no se acuesta, pues mi habitación es la contigua, y cuando subí el martes pasado, varias horas después que él, descubrí que ni siquiera se había quitado los zapatos, y que no tenía ninguna vela encendida, así que debe de haber permanecido triste y a oscuras todo el tiempo. Ahora bien, les juro», dijo la Sra. Nickleby, «¡que cuanto más lo pienso, más extraño lo encuentro!».

Como las oyentes no se hicieron eco de ese sentimiento, sino que permanecieron profundamente silenciosas, ya fuese por no saber qué decir, o por no desear interrumpir, la Sra. Nickleby prosiguió a su guisa el hilo de su discurso.

«Espero», dijo la dama, «que esta injustificable conducta no signifique que está a punto de acostarse para quedarse en cama el resto de su vida, como “la sedienta mujer de Tutbury” o “el fantasma de Cock Lane”, o alguno de esos seres extraordinarios. Uno de ellos tuvo alguna relación con nuestra familia. No puedo recordar exactamente, a menos que revise algunas viejas cartas que tengo en los altos, si fue mi bisabuelo el que fue a la escuela con el fantasma de Cock Lane, o fue la mujer sedienta de Tutbury la que fue a la escuela con mi abuela. Srta. La Creevy, usted tiene que saberlo, por supuesto. ¿Cuál fue el que no se preocupaba por lo que decía el clérigo? ¿Fue el fantasma de Cock Lane o la mujer sedienta de Tutbury?».

«El fantasma de Cock Lane, creo que fue».

«Entonces no tengo dudas», dijo la Sra. Nickleby, «de que fue con él con quien mi bisabuelo iba a la escuela, pues sé que el director de su escuela era cismático, y eso explicaría en gran medida el hecho de que el fantasma de Cock Lane se comportara de un modo tan indebido con el clérigo cuando creció. ¡Ah! Cría un fantasma... digo, un niño...».

Cualesquiera reflexiones posteriores sobre ese fructífero tema fueron abruptamente interrumpidas por la llegada de Tim Linkinwater y el Sr. Frank Cheeryble, y en el apuro por recibirlos, la Sra. Nickleby rápidamente perdió de vista todo lo demás.

«Lamento tanto que Nicholas no esté en casa», dijo la Sra. Nickleby. «Kate, querida, tendrás que hacer las veces tanto de Nicholas como de ti misma».

«La Srta. Nickleby solo necesita ser ella misma», dijo Frank. «Yo —si me permiten que me atreva a decirlo— me opongo a cualquier cambio en ella».

«Entonces, en cualquier caso, ella insistirá en que usted se quede», le devolvió la Sra. Nickleby. «El Sr. Linkinwater dice que diez minutos, pero no puedo dejarlos ir tan pronto. Eso contrariaría muchísimo a Nicholas, estoy segura. Kate, querida...». Obedeciendo a un gran número de movimientos afirmativos de cabeza y guiños y fruncimientos de ceño de significado adicional, Kate agregó sus ruegos para que los visitantes se quedaran, pero era posible ver que los dirigía exclusivamente a Um Linkinwater, y además había cierta turbación en sus maneras que, aunque distaba de perjudicar su airoso carácter tanto como el matiz de su mejilla podía disminuir su belleza, era obvia a la primera mirada, incluso para la Sra. Nickleby. Sin embargo, por no tener una naturaleza muy especulativa, salvo en circunstancias en las que sus especulaciones pudieran ponerse en palabras y pronunciarse en voz alta, esa discreta matrona atribuyó la emoción al hecho de que su hija, casualmente, no

tuviera puesto su mejor vestido... «aunque nunca la vi con mejor aspecto, por cierto», reflexionó al mismo tiempo. Habiendo zanjado el asunto de ese modo, y quedado satisfecha, de modo más que suficiente, de que en ese, como en todos los demás asuntos su conjetura no podía sino ser la correcta, la Sra. Nickleby la apartó de su pensamiento, y para sus adentros, se felicitó por ser tan astuta y concedora.

Nicholas no regresó a casa, ni tampoco Smike reapareció. Pero ninguna de esas dos circunstancias, a decir verdad, tuvo ningún gran efecto sobre el pequeño grupo, en el que todos estuvieron del mejor humor posible. En efecto, surgió un tremendo flirteo entre la Srta. La Creevy y Tim Linkinwater, que dijo mil cosas jocosas y divertidas, y poco a poco se fue poniendo bastante galante, por no decir tierno. La pequeña Srta. La Creevy, por su parte, estaba muy animada, y bromeó con Tim por el hecho de haber permanecido soltero toda su vida, con tanto éxito, que Tim de hecho se vio inducido a declarar que si pudiera conseguir que alguien lo aceptara no estaba seguro de que aun a estas alturas no fuera a cambiar su condición. La Srta. La Creevy recomendó con la mayor seriedad a una dama que conocía y que podría exactamente convenir al Sr. Linkinwater, y poseedora de una propiedad muy holgada. Pero este último añadido tuvo muy poco efecto sobre Tim, quien objetó virilmente que la fortuna no era un objetivo para él, sino que lo que un hombre debía buscar en una esposa eran el verdadero valor y un carácter alegre, y que si él los encontrara, era capaz de aportar suficiente dinero como para cubrir las necesidades moderadas de ambos. Se consideró que esta confesión honraba tanto a Tim que ni la Sra. Nickleby ni la Srta. La Creevy parecían cansarse de alabarla. De modo que, estimulado por estos elogios, Tim arriesgó varias declaraciones más que ponían de manifiesto el desinterés de su corazón y una gran devoción por el bello sexo, las cuales fueron recibidas con no menos aprobación. Esto se hizo con una simpática mezcla de broma y seriedad que suscitó muchas risas y los puso a todos realmente alegres.

Habitualmente, Kate era el alma de la conversación cuando estaban en casa, pero en esta ocasión permanecía extrañamente silenciosa —quizás porque Tim y la Srta. La Creevy se habían adueñado de gran parte de la charla— y algo distanciada de los contertulios, permaneció junto a la ventana, mirando las sombras caer a medida que avanzaba el crepúsculo, y disfrutando la tranquila belleza de la noche, que parecía resultar de igual atractivo para Frank. Este primero permaneció cerca de Kate algún tiempo y luego se sentó junto a ella. Sin duda, hay muchísimas cosas apropiadas que decir en un

anochecer de verano, y sin duda como mejor se dicen es en voz baja, por ser el modo más acorde con la paz y la serenidad del momento. Largas pausas también, en ocasiones, y luego, aquí y allá, una palabra fervorosa o algo así, y entonces otro intervalo de silencio que de algún modo tampoco parece silencio, y quizás de vez en cuando un alejamiento apresurado del rostro, o una mirada que desciende al suelo... todas esas circunstancias menores, así como una aversión a que fueran a traer velas, y una tendencia a confundir las horas con los minutos son, sin duda, otras tantas influencias propias de semejantes situaciones, tal como pueden testimoniar muchos labios hermosos. No había pues el menor motivo para que la Sra. Nickleby expresara sorpresa cuando —luego de que al fin trajeran velas— los encendidos ojos de Kate no pudieron soportar la luz, que la obligaba a desviar el rostro, e incluso la hizo abandonar la habitación por un rato. Porque cuando uno ha permanecido mucho tiempo a oscuras, las velas encandilan, y nada puede ser estrictamente más natural que el hecho de que se produzcan resultados como esos, como perfectamente conocen los jóvenes bien informados. En cuanto a eso, los viejos también lo saben o lo supieron alguna vez, pero a veces olvidan esas cosas, ¡qué lástima!

No obstante, la sorpresa de la buena señora no concluyó ahí. Aumentó mucho cuando se descubrió que Kate no tenía el menor apetito a la hora de la comida, descubrimiento tan alarmante que no habría modo de saber en qué inexplicables esfuerzos de oratoria habrían podido desahogarse las aprensiones de la Sra. Nickleby si la atención general no hubiera sido atraída en ese momento por un ruido muy extraño y poco frecuente que procedía, tal como afirmara la sirvienta, pálida y temblorosa, y tal como el sentido del oído de todos parecía confirmar también, de «allá *mismito*», de la chimenea de la habitación contigua.

Al resultar bastante evidente al entendimiento de todos los presentes que, por extraordinario e improbable que pudiera parecer, el ruido, en efecto, procedía de la chimenea en cuestión, y puesto que el ruido (que era un extraño compuesto de varios sonidos de arrastre, deslizamiento, estruendo y lucha, todos ellos amortiguados por la chimenea) proseguía, Frank Cheeryble tomó una vela, y Tim Linkinwater las tenazas, y muy rápidamente habrían verificado la causa de esa perturbación si la Sra. Nickleby no hubiera estado a punto de desmayarse, negándose a que la dejaran detrás bajo ningún concepto. Esto produjo un breve ruego, que concluyó en que todos ellos se trasladaran a la habitación del trastorno como un solo cuerpo, con la excepción de la Srta. La Creevy, que después de que la sirvienta confesara

que en su infancia había padecido de ataques, permaneció con ella para dar la alarma y aplicarle reconstituyentes si se llegase al caso extremo.

Avanzando hacia la puerta de la misteriosa habitación, no fue poca su sorpresa al oír una voz humana que canturreaba, con una expresión altamente elaborada de melancolía, y en tonos apagados que una voz humana solo habría podido producir desde debajo de seis colchones de plumas de la mejor calidad, el verso antaño popular de «¿acaso ha faltado a la verdad la hermosa doncella que adoro?». Tampoco resultó menguado su asombro cuando, al entrar de golpe en la habitación sin previa solicitud de parlamentar, descubrieron que esos románticos sonidos, en efecto, procedían de la garganta de algún hombre embutido en la chimenea, del que solo podían verse un par de piernas que colgaban sobre el emparrillado, aparentemente buscando con extrema ansiedad la barra superior sobre la cual realizar un aterrizaje.

Un espectáculo tan infrecuente e informal como ese paralizó completamente a Tim Linkinwater, quien, después de pellizcar suavemente una o dos veces los tobillos del desconocido, lo cual no produjo ningún efecto, permaneció abriendo y cerrando las tenazas como si las estuviera afilando para otro asalto, y no hizo nada más.

«Este tipo tiene que estar bebido», dijo Frank. «Ningún ladrón anunciaría su presencia de este modo».

Y diciendo esto con gran indignación, alzó la vela para ver mejor las piernas, y se adelantaba rápidamente para halarlas hacia abajo con muy pocos miramientos, ante lo cual la Sra. Nickleby, enlazando sus manos, emitió un sonido agudo entre un grito y una exclamación, y preguntó si los miembros misteriosos tenían puestos paños menores y medias de estambre gris, o si sus ojos la engañaban.

«Sí», exclamó Frank, mirando un poco más de cerca. «Ciertamente, paños menores, y... y... medias grises y toscas, también. ¿Lo conoce usted, señora?».

«Kate, querida», dijo la Sra. Nickleby, sentándose pausadamente en una silla con esa especie de resignación desesperada que parecía implicar que ahora las cosas habían llegado a un punto crítico, y cualquier enmascaramiento sería inútil; «vas a tener la bondad, amor mío, de explicar precisamente lo que está pasando. Yo no lo he alentado para nada... en absoluto... para nada en el mundo. Eso lo sabes, querida, perfectamente bien. Él fue muy respetuoso... en extremo respetuoso... cuando se declaró, tal como tú presenciaste. De todas formas, al mismo tiempo, si me van a perseguir de este modo, si los... ¿cómo se llaman los vegetales esos...? y todo tipo de verduras van a seguir siendo lanzadas al aire a mi paso, y va a haber caballeros que vengan a atorar nuestras chimeneas en el hogar, realmente no sé... te juro que no sé... qué va a ser de mí. Es un caso muy difícil... más duro que nada a lo que yo haya sido expuesta antes de casarme con tu pobre querido padre, aunque entonces padecí bastante asedio... pero, claro, aquello era algo que yo esperaba, y que había decidido soportar. Cuando yo no tenía aún tu edad, querida, había un joven que se sentaba junto a nosotros en la iglesia, que casi cada domingo acostumbraba a tallar mi nombre con grandes letras en la parte delantera de su banco mientras duraba el sermón. Era agradable, claro, naturalmente que lo era, pero de todas formas era molesto, porque su banco estaba en un lugar muy visible, y varias veces el pertiguero lo sacó, a la vista de todos, por hacerlo. Pero aquello no fue nada en comparación con esto. Esto es mucho peor, y mucho más embarazoso.

Habría preferido, Kate, querida», dijo la Sra. Nickleby con gran solemnidad y una efusión de lágrimas, «¡preferiría, y lo digo, haber sido la mujer con rostro de puerco del circo, antes de verme expuesta a una vida como esta!».

Frank Cheeryble y Tim Linkinwater, con un asombro irreprimible, se miraron mutuamente, y luego miraron a Kate, que sintió que hacía falta alguna explicación, pero que, entre su terror por la aparición de las piernas, su temor porque el dueño de estas pudiera asfixiarse, y su ansiedad por brindar la versión menos ridícula posible del misterio, permaneció incapaz de pronunciar ni una sola palabra.

«Me hace sentir muy mal», continuó la Sra. Nickleby, secándose los ojos... «muy mal. Pero no le toquen ni un cabello de su cabeza, se lo ruego. Por nada del mundo vayan a tocarle un solo cabello de su cabeza».

En aquellas circunstancias no habría sido tan fácil como la Sra. Nickleby parecía imaginar tocar un cabello de la cabeza del caballero, por cuanto esa parte de su cuerpo estaba a más de un metro chimenea arriba, y esta no era nada ancha. Pero como durante todo este tiempo nunca había dejado de cantar acerca de la insolvencia de la hermosa doncella respecto a la verdad, y ahora comenzaba no solo a graznar muy débilmente, sino a patear con gran violencia, como si la respiración se estuviese convirtiendo en tarea difícil, sin mayor vacilación, Frank Cheeryble tiró hacia abajo de los cortos calzones y de los tejidos de estambre con tanta fuerza, que lo hizo aterrizar en la habitación con mayor premura que la calculada.

«¡Oh!, sí, sí», dijo Kate, una vez que toda la figura del singular visitante apareciera de este modo abrupto, «sé quién es. Les ruego que no lo traten con violencia. ¿Está herido? Espero que no... oh, les ruego, vean si está herido».

«No lo está, se lo aseguro», respondió Frank, manipulando el objeto de su sorpresa con ternura y respeto repentinos, luego de esta advertencia. «No se ha hecho el menor daño».

«No le permitan acercarse más», dijo Kate, rearándose tan lejos como pudo.

«No, no lo haré», replicó Frank. «Ya ve que lo tengo bien sujeto aquí. Pero ¿puedo preguntarles qué significa esto, y si ustedes esperaban a este anciano caballero?». «Oh, no», dijo Kate, «claro que no. Pero él... me parece que mamá no lo cree... pero él es un caballero loco que se escapó de la casa vecina, y debe de haber aprovechado alguna oportunidad para esconderse aquí».

«Kate», cortó la Sra. Nickleby, con una severa dignidad, «me sorprendes».

«Querida mamá», reconvino Kate suavemente.

«Me sorprendes», repitió la Sra. Nickleby. «Juro, Kate, que me asombra que te asocies a los perseguidores de este infeliz caballero, cuando muy bien sabes que ellos tienen los más arteros designios sobre su propiedad, y que ese es todo el secreto del asunto. Sería mucho más bondadoso por tu parte, Kate, que le pidieras al Sr. Linkinwater o al Sr. Cheeryble que intercedieran en su favor, para que cese ese abuso. No deberías dejarte influir por tus emociones; no está bien... muy por el contrario. ¿Cómo supones que debería sentirme yo? Si alguien debe sentirse indignada, ¿quién sería? Yo, por supuesto, y con mucha razón. De todos modos, al mismo tiempo, no cometería semejante injusticia por nada del mundo. No», prosiguió la Sra. Nickleby, irguiéndose y mirando en otra dirección con una especie de tímida majestuosidad, «este caballero me comprenderá cuando le diga que repito nuevamente la respuesta que le di el otro día —que esa respuesta no variará, aunque creo que él es sincero cuando lo veo ponerse en situaciones tan terribles por mí— y que le solicito que tenga la bondad de retirarse de inmediato, o será imposible seguir ocultando su comportamiento a mi hijo Nicholas. Le estoy muy obligada, muy obligada, pero no puedo escuchar sus declaraciones ni una vez más. Es totalmente imposible».

Mientras se estaba pronunciando este discurso, el anciano, con su nariz y mejillas adornadas con grandes manchas de tizne, permanecía sentado en el suelo con los brazos cruzados, mirando a los espectadores en profundo silencio, y con un porte muy majestuoso. No pareció darse cuenta para nada de lo que decía la Sra. Nickleby, pero cuando ella dejó de hablar, la honró con una larga mirada, y preguntó si ya habla terminado, de una vez y por todas.

«No tengo nada más que añadir», respondió esa dama con modestia. «En verdad, no puedo decir nada más».

«Muy bien», dijo el anciano, alzando la voz, «entonces traigan el relámpago embotellado, un vaso limpio y un sacacorchos».

Puesto que nadie llevaba a efecto esa orden, el anciano, tras una breve pausa, volvió a alzar la voz y pidió un bocadillo de trueno. Como tampoco trajeron ese artículo, pidió que le sirvieran un fricasé de botas y salsa de peces de colores, y entonces, riéndose a carcajadas, les regaló a sus oyentes un muy largo, muy alto y melodiosísimo rugido.

Pero en respuesta a las miradas plenamente significativas de todos los que la rodeaban, la Sra. Nickleby seguía negando con la cabeza, como para asegurarles que no veía nada reprochable en todo aquello, a no ser, claro está, un leve grado de excentricidad. Y habría podido permanecer convencida de la

justeza de sus impresiones hasta el último día de su vida, de no ser porque un sutil encadenamiento de circunstancias, por lo demás triviales, vino a alterar todo el aspecto del caso.

Ocurrió que la Srta. La Creevy, una vez persuadida de hallar que las condiciones de su paciente no eran muy preocupantes, y fuertemente impulsada por la curiosidad de ver qué estaba ocurriendo, irrumpió en la habitación en el momento en que el anciano caballero estaba enfrascado en el mismísimo acto de rugir. Ocurrió también que, en el instante en que el anciano la vio, paró en seco, se puso de pie dando varios saltitos, y se puso a besarse la mano con violencia, en un cambio de comportamiento que casi aterrorizó a la pequeña retratista, al punto de casi causarle un desvanecimiento y hacerla esconderse detrás de Tim Linkinwater con la máxima rapidez.

«¡Ajá!», exclamó el anciano, cruzando los brazos, y manteniéndolos fuertemente apretados. «Ahora la veo, ahora la veo. Mi amor, mi vida, mi novia, mi belleza sublime. Al fin ella ha venido... al fin... ¡y todo es parloteo y mirones!».

La Sra. Nickleby pareció bastante desconcertada por un momento, pero de inmediato se recuperó, hizo un gesto afirmativo de cabeza a la Srta. La Creevy y a los demás espectadores varias veces; frunció el ceño y sonrió con seriedad, dándoles a entender que había visto dónde radicaba la equivocación, y lo arreglaría todo en uno o dos minutos.

«¡Ha venido!», dijo el anciano, poniéndose la mano sobre el corazón. «¡Cormoran y Blunderbore! ¡Hela ahí! Toda la riqueza que tengo es suya si me toma por esclavo. ¿Dónde habría gracia, belleza y encantos como esos? ¿En la emperatriz de Madagascar? No. ¿En la Reina de Diamantes? No. ¿En la Sra. Rowland, que cada mañana en vano se baña en loción Kalydor para la piel? No. Derrita a todas estas para fabricar una sola, con las tres Gracias, las nueve Musas y catorce hijas de horneadores de galletas de la Calle Oxford, y construya a una mujer la mitad de hermosa que ella. ¡Bah! Los desafío».

Tras pronunciar esta rapsodia, el anciano castañeteó los dedos veinte o treinta veces, y entonces fue menguando hasta llegar a una contemplación extática de los encantos de la Srta. La Creevy. Como esto le ofreció una oportunidad favorable a la Sra. Nickleby para explicarse, fue al grano.

«Con toda seguridad», dijo la benemérita dama, tosiendo preliminarmente, «es un gran alivio, en circunstancias tan difíciles como estas, que tomen a otra persona por mí... un alivio muy grande. Y es una circunstancia que jamás ocurrió antes, aunque varias veces me han tomado

por mi hija Kate. No dudo que la gente haya sido muy tonta y que no debería haber ocurrido tal confusión, pero de todas formas me tomaron por ella, y, claro, eso no fue culpa mía, y habría sido en verdad muy duro si me hubieran culpado por ello. No obstante, en este caso, claro que tengo que sentir que estaría muy mal de mi parte que permitiera que alguien —especialmente alguien con quien una está muy endeudada— sea puesto en una posición incómoda por causa mía, y por lo tanto creo que es mi deber decirle a ese caballero que se equivoca, que yo soy la dama que alguna persona impertinente le dijo era la sobrina del Consejo de los Adoquines, y que le pido y le ruego que se marche tranquilamente, aunque solo fuera...», en este punto la Sra. Nickleby sonrió afectadamente y vaciló, «aunque solo fuera por mí».

Habría podido esperarse que el anciano se sintiera tocado en su fibra más sensible por la delicadeza y el tono protector de este llamamiento, y que al menos le hubiera devuelto una respuesta cortés y apropiada. Cuál no sería entonces el sobresalto que experimentó la Sra. Nickleby cuando, dirigiéndose a ella del modo más inequívoco, respondió en voz alta y sonora: «¡Lárguese... gata!».

«¡Señor!», exclamó la Sra. Nickleby, en un tenue tono.

«¡Gata!», repitió el anciano. «Minina, Gatita, cachorra, felina, parda, manchada... ¡Zape!», y con ese último sonido, pronunciado de modo siseante y entre dientes, el anciano se puso a dar vueltas violentamente a sus brazos, al tiempo que alternativamente se aproximaba a la Sra. Nickleby y se alejaba de ella, en esa especie de danza salvaje con la que se puede ver a los chicos, los días de mercado, espantar a los puercos, las ovejas u otros animales, cuando dan indicios persistentes de ir a doblar por una calle equivocada.

La Sra. Nickleby no gastó palabras, sino que profirió una exclamación de horror y sorpresa, e inmediatamente se desmayó.

«Me ocuparé de mamá», dijo Kate, rápidamente. «No estoy para nada asustada. Pero les ruego que se lo lleven. ¡Les ruego que se lo lleven!».

Frank no estaba para nada confiado en su capacidad para acceder a esa solicitud, hasta que se le ocurrió la estratagema de enviar a la Srta. La Creevy unos pocos pasos por delante, e instar al anciano a que la siguiera. Tuvo un éxito milagroso, y partió el caballero, en un rapto de admiración, fuertemente vigilado por Um Linkinwater de un lado, y el propio Frank del otro.

«Kate», murmuró la Sra. Nickleby, reviviendo cuando ya no había moros en la costa, «¿ya se fue?».

Se le aseguró que sí.

«Jamás me lo perdonaré, Kate», dijo la Sra. Nickleby, «¡jamás! Ese caballero ha perdido la razón, y yo soy el infeliz motivo».

«¡Tú el motivo!», dijo Kate, muy asombrada.

«Yo, amor mío», respondió la Sra. Nickleby, con una calma desesperada. «Viste lo que era el otro día, y ves lo que es ahora. Le dije a tu hermano, hace muchas semanas, Kate, que esperaba que una desilusión no lo afectase demasiado. Ya ves la ruina en que se ha convertido. Admitiendo que fuera un poco inconstante, sabes, sin embargo, lo racional y sensato y honorable que era al hablar, cuando lo vimos en el jardín. Escuchaste la horrible tontería que hizo esta noche, y el modo en que se ha comportado con esa pobre desgraciada y pequeña solterona. ¿Qué duda cabe, Kate, de cómo todo esto ha podido suceder?».

«Ninguna, mamá, ciertamente», dijo Kate, con suavidad.

«A mí me parece lo mismo», prosiguió su madre. «Vaya, si yo soy la infeliz causa de esto, tengo al menos la satisfacción de que no se me podrá culpar. Le dije a Nicholas... le dije “Nicholas, querido, debemos tener mucho cuidado sobre cómo procederemos”. Él casi ni me escuchó. Si hubiéramos enfrentado adecuadamente el asunto desde el principio, como yo quería hacer... Pero ustedes dos se parecen tanto a su pobre padre. No obstante, tengo mi consuelo, ¡y eso debe bastarme!».

Lavándose de ese modo las manos de toda responsabilidad en este acápite, en el pasado, el presente o el futuro, la Sra. Nickleby gentilmente agregó que esperaba que sus hijos jamás tuvieran más motivos de reprocharse que los que ella tenía, y se preparó para recibir a sus visitantes, que pronto regresaron con la información de que el anciano había sido puesto a buen recaudo en su casa, y que habían descubierto que sus custodios, que se habían estado divirtiendo con unos amigos, estaban totalmente ignorantes de su ausencia.

Al restaurarse de nuevo la calma, una media hora deliciosa —así la llamó Frank en el curso de su conversación subsiguiente con Tim Linkinwater mientras caminaban de regreso a casa— una media hora deliciosa fue dedicada a la conversación, y al cabo, cuando el reloj de Tim le avisó que ya era más que pasada la hora de partir, las damas quedaron solas, aunque no sin muchos ofrecimientos de parte de Frank para aguardar hasta que Nicholas llegara, a la hora que fuese, si, después de la última irrupción del vecino, tuvieran algún temor de quedarse solas. Sin embargo, habiéndose ellas declarado exentas de cualquier preocupación ulterior, no le quedó pretexto para insistir en montar guardia, y se vio obligado a abandonar la ciudadela y a retirarse con el fiel Tim.

Casi tres horas de silencio pasaron, y al regresar Nicholas, Kate se sonrojó al darse cuenta de cuánto tiempo había estado sentada a solas, inmersa en sus propios pensamientos.

«En realidad pensé que no habría sido ni media hora», dijo.

«Deben de haber sido pensamientos agradables, Kate», repuso Nicholas alegremente, «para que el tiempo pasara así. ¡A ver! ¿En qué pensabas?».

Kate, azorada, se puso a jugar con algunas cosas insignificantes sobre la mesa... alzó la vista y sonrió... bajó la vista y dejó caer una lágrima.

«¡Kate!», exclamó Nicholas, atrayendo a su hermana hacia sí y besándola. «Déjame ver tu rostro. ¡Ah! Eso no ha sido más que un atisbo, no es justo. Una mirada más larga, Kate. Vamos... y te leeré los pensamientos».

Algo hubo en esta proposición, aunque fue dicha sin suspicacia ni intención alguna de censura, que alarmó tanto a su hermana, que Nicholas se echó a reír y cambió el tema para pasar a referirse a asuntos domésticos, y así, poco a poco, fue conociendo, mientras abandonaban la habitación y subían las escaleras juntos, lo solitario que había estado Smike toda la noche... y muy poco a poco, además, porque en este tema también Kate parecía hablar con cierta renuencia.

«Pobre chico», dijo Nicholas, tocando suavemente a su puerta, «¿cuál podría ser la causa de esto?».

Kate mantenía enlazado el brazo de su hermano, y al abrirse rápidamente la puerta, no tuvo tiempo de separarse antes de que Smike, muy pálido y ojeroso, y completamente vestido, los enfrentara.

«¿No te has acostado?», dijo Nicholas.

«N... n... no», fue la respuesta.

Nicholas, suavemente, retuvo a su hermana, que había intentado retirarse, y preguntó: «¿Por qué no?».

«No podía dormir», dijo Smike, apretando la mano que su amigo le extendía.

«¿No te sientes bien?», prosiguió Nicholas.

«Estoy mejor, de veras... mucho mejor», dijo Smike, rápidamente.

«Entonces, ¿por qué das rienda suelta a estos ataques de melancolía?», preguntó Nicholas, del modo más amable. «O ¿por qué no nos dices la causa? Te estás convirtiendo en otra persona, Smike».

«Sí, sé que es cierto», respondió. «Algún día le diré la razón, pero ahora no. Me odio por esto. Todos ustedes son tan buenos y bondadosos. Pero no puedo evitar. Tengo el corazón tan rebosante... no sabe lo henchido que está».

Oprimió la mano de Nicholas antes de volverla a soltar, y después de contemplar un instante al hermano y a la hermana allí juntos, de pie, como si hubiera algo en el fuerte afecto de ellos que lo tocara muy profundamente, se retiró hacia el interior de su dormitorio, y pronto fue el único que permanecía despierto bajo aquel tranquilo techo.

CAPÍTULO 50

TIENE QUE VER CON UNA CATÁSTROFE GRAVE

El hipódromo de Hampton estaba en la pleamar y el cénit de su alegría, en un día absolutamente deslumbrante, cuando, desde un cielo sin nubes, el sol esparcía una luminosidad esplendorosa. Cada viva banderola que flotaba al viento, desde los asientos de los coches y las chillonas tiendas de campaña, centelleaba con sus tonos más estridentes. Las viejas banderas desvaídas volvían a ser nuevas, los dorados desteñidos volvían a bruñirse, los lienzos manchados y podridos parecían tan blancos como la nieve, y hasta los mismísimos andrajos de los mendigos se refrescaban, y el ánimo llegaba al extremo de olvidar su caridad en esta ferviente admiración de tan pintoresca pobreza.

Fue una de esas escenas de vida y animación, captada en sus momentos de mayor brillantez y frescor, y que difícilmente deja de ocasionar goce, pues si la vista llegara a cansarse de exhibiciones y luminosidad, o el oído a fatigarse de la ronda incesante de bullicio, la primera podría reposar, adondequiera que se volviera, sobre rostros ansiosos, alegres y expectantes, y el segundo matar cualquier percepción de sonidos más molestos con el rumor del regocijo y su efecto vigorizador. Incluso los rostros bronceados de los chicos gitanos, aun cuando van medio desnudos, sugieren una gota de consuelo. Es algo agradable ver que el sol estuvo allí, saber que el aire y la luz están encima de ellos todos los días, sentir que son chicos y que viven como chicos; que sus almohadas están húmedas pero es del rocío del Cielo, y no de lágrimas; que no están lisiados por deformaciones que les impongan penitencias antinaturales; que sus vidas transcurren día a día entre árboles que se balancean, y no en medio de terribles motores que envejecen a los niños antes de que sepan lo que es la niñez, y los cargan con el agotamiento y la enfermedad de los años sin el privilegio, como sí lo tiene la edad, de morir. ¡Ojalá fueran ciertos los viejos cuentos infantiles y fuera verdad que los gitanos secuestraran a veintenas de niños de esos!

Acababa de tener lugar la carrera del día, y al romperse y fluir dentro de la pista las apretadas filas de personas que estaban a ambos lados de ella, la escena cobró una nueva vitalidad que volvía a ser ajetreo en su totalidad. Algunos se apresuraban, ansiosos, para poder ver un instante el caballo ganador. Otros, con no menos ansiedad, se precipitaban aquí y allá en busca de los coches que habían abandonado en busca de mejores posiciones. Aquí un nudito de gente se reunía en torno a una mesa de guisante y tres dedales para ver desplumar a algún novato infeliz, y allá otro dueño, con sus cómplices vestidos de variados disfraces —uno con lentes, otro con un monóculo y un sombrero a la moda, un tercero vestido como campesino acaudalado, con sobretodo al brazo y billetes exhibidos en una gran cartera de cuero, y todos ellos con látigos de pesado mango para hacerse pasar por campesinos inocentes llegados a caballo hasta allí— buscaba, con su charla alta y ruidosa, y aparentando jugar, atrapar a algún cliente desapercibido, mientras que los cómplices (de aspecto aún más malvado con aquella ropa limpia y de buena calidad) delataban su marcado interés en el asunto por lo ansioso y furtivo de la mirada que arrojaban sobre cada recién llegado. Estos se ubicarían en la parte exterior de un amplio círculo de personas congregadas en torno a algún malabarista itinerante, con cuya actuación competía una ruidosa banda de música, o el juego clásico del lanzamiento de aros, mientras que los ventrílocuos sostenían diálogos con muñecos de madera, y pitonisas que ahogaban los llantos de bebés muy reales, competían con ellos, y con muchos más, por la atención general de los reunidos. Las tiendas de lona donde se ofrecía de beber estaban llenas; en los coches, los vasos comenzaban a tintinear, las canastas a ser desempacadas, provisiones tentadoras a ser servidas, cuchillos y tenedores a sonar, los corchos de la champaña a volar, los ojos otrora opacos a brillantarse, y los carteristas a contar sus ganancias obtenidas durante la última prueba eliminatoria. La atención que antes se había concentrado en un solo objeto de interés, ahora se dividía entre cien, y dondequiera que se mirase había una variada reunión de banqueteo, risas, conversación, súplicas, juegos de azar y farsa.

Había un abundante muestrario de garitos, todos ellos florecientes en el esplendor de sus suelos alfombrados, las colgaduras de franjas, la tela carmesí, los techos en chapitel, los tiestos de geranio y los sirvientes con librea. Ahí estaban la tienda del Club Stranger, la tienda del Club Athenaeum, la del Club Hampton, la del Club James, y ochocientos metros más de tiendas donde probar suerte en el juego. Y se podía jugar *rouge-et-noir*, «riesgo

francés» y *la merveille*. Es hacia el interior de una de esas tiendas que nuestra historia se encamina.

Amueblada con tres mesas para propósitos de juego y abarrotada de jugadores y espectadores era —aun siendo el sitio más grande de ese tipo en la pista— muy calurosa, a pesar de que una porción del techo de lienzo había sido enrollado para dejar entrar más aire y hubiera además dos puertas abiertas para entrar o salir libremente. Con la excepción de uno o dos hombres que —cada uno con un largo rollo de medias coronas, combinadas con unos pocos soberanos fuera de lugar, en su mano izquierda— arriesgaban su dinero cada vez que se echaba a rodar la pelotita con un sosiego formal que mostraba lo acostumbrados que estaban a ello y que habían estado jugando todo el día y muy probablemente todo el día anterior, los jugadores no tenían un carácter que permitiera distinguirlos, pues eran principalmente jóvenes aparentemente atraídos por la curiosidad, o que apostaban pequeñas sumas de dinero como parte del entretenimiento del día, sin tener mucho interés en ganar o perder. No obstante, había dos personas presentes que, como especímenes peculiarmente buenos de una clase, son dignas de una información de pasada.

Entre estos había un hombre de cincuenta y seis o cincuenta y ocho años, que permanecía sentado en una silla cerca de una de las entradas de la tienda, con las manos juntas sobre el extremo de su bastón y la barbilla asomándose encima de ellas. Era un hombre alto, grueso, de cuerpo largo, con un abrigo color verde claro abotonado hasta la garganta, lo cual hacía parecer su cuerpo todavía más largo de lo que era, y que portaba además pantalones grises de montar y polainas, un pañuelo de cuello blanco y un sombrero blanco de ala ancha. Entre todo el ruido zumbante de los juegos y el paso perpetuo de gente que entraba o salía, él parecía perfectamente tranquilo y abstraído, sin el menor componente de nerviosismo en su actitud. No mostraba indicio de fatiga, ni tampoco, a los ojos de un observador casual, de interés. Allí permanecía sentado, muy tranquilo y sosegado. A veces, aunque muy pocas, gesticulaba con la cabeza a algún rostro que pasara, o le hacía señas a un camarero para que obedeciera un llamado desde alguna mesa. Al instante siguiente refluía a su anterior estado. Habría podido ser algún anciano profundamente sordo que había venido a tomarse un descanso, o podría ser alguien que esperaba pacientemente por un amigo sin la menor conciencia de la presencia de nadie, o estar sumido en un trance, o bajo la influencia del opio. La gente se volvía para mirarlo. Él no hacía ningún gesto, ni le sostenía la mirada a nadie... los dejaba pasar, y que otros vinieran para ser seguidos

por otros, que él no se daba por enterado. Cuando se movía, parecía extraordinario que hubiera podido ver algo que lo indujera a hacerlo. Y, a decir verdad, era algo extraordinario. Pero no había ni un rostro que entrara o saliera que este hombre no viera, ni dejaba de captar un solo gesto en ninguna de las tres mesas, ni ninguna palabra cruzada entre los banqueros era ajena a sus oídos, ni había un ganador o perdedor en que él no reparara. Era el propietario del lugar.

El otro presidía la mesa de *rouge-et-noir*. Tendría probablemente unos diez años menos, y era un tipo rechoncho, panzudo, de aspecto robusto, con el labio inferior algo fruncido por el hábito de contar en silencio el dinero al pagarlo, pero sin una expresión decididamente mala en el rostro, sino más bien honesta y alegre. No llevaba abrigo, ya que el tiempo era cálido, y estaba de pie tras la mesa con un enorme montón de coronas y medias coronas delante, y una caja para los billetes. Este juego ocurría constantemente. Tal vez unas veinte personas apostaban a la vez. Este hombre tenía que echar a rodar la pelotita, vigilar las apuestas que se iban haciendo, recoger las que correspondían al color perdedor, pagar a los ganadores, hacer todo eso con la mayor prontitud, volver a echar a rodar la pelotita, y mantener el juego vivo constantemente. Lo hacía todo con una rapidez absolutamente maravillosa, sin vacilar jamás, sin equivocarse jamás, sin detenerse jamás y sin cesar jamás de repetir frases desconectadas —que, en parte por el hábito, y en parte para tener algo apropiado y formal que decir, hacía fluir constantemente con el mismo énfasis monótono, y casi en el mismo orden todo el día— tales como las siguientes:

«*Ruch-e-nuar* de París, caballeros, hagan sus apuestas y respalden sus criterios... mientras esté dando vueltas la pelotita... *ruch-e-nuar* de París, caballeros, es un juego francés, lo traje de allá yo mismo, ¡ya lo creo que sí...! *ruch-e-nuar* de París... gana el negro... el negro... espere un instante, señor, y le pagaré de inmediato... dos aquí, media libra allí, tres allá... y una más allá... caballeros, la pelotita está dando vueltas... en cualquier momento, señor, mientras esté dando vueltas la pelotita... lo bello de este juego, señores, es que pueden duplicar sus apuestas o poner su dinero en cualquier momento, mientras la pelotita esté dando vueltas... otra vez el negro... gana el negro... nunca vi nada parecido... nunca en toda mi vida, juro que nunca lo vi. Si algún caballero hubiera estado apostando al negro en los cinco últimos minutos, habría ganado cuarenta y cinco libras en cuatro tiradas de la pelotita, de veras que sí... Caballeros, tenemos oporto, jerez, puros y champaña de la máxima calidad. Aquí, camarero, traiga una botella de champaña, y ponga

aquí una docena o quince puros... y pongámonos cómodos, caballeros... y traiga algunos vasos limpios... en cualquier momento, mientras esté dando vueltas la pelotita... perdí ciento treinta y siete libras ayer, caballeros, con una sola tirada de la pelotita, ¡de veras que sí...! “¿Cómo está, señor?”, dice, reconociendo a algún caballero experto sin ningún respiro ni cambio en la voz, y haciéndole un guiño tan leve que parece un accidente, ¿beberá usted un vaso de jerez, señor...? aquí, camarero, traiga un vaso limpio, y tráigale el jerez a este caballero... y envíelo a que dé la vuelta, por favor, camarero... este es el *ruch-e-nuar* de París, caballeros... en cualquier momento, mientras la pelotita esté dando vueltas... caballeros, hagan sus apuestas, y respalden sus criterios... es el *ruch-e-nuar* de París, un juego muy nuevo, yo mismo lo traje de allí, ya lo creo... ¡señores, la pelotita está dando vueltas!».

Mientras este empleado estaba atareado en ejercer su vocación, entraron en la tienda y comenzaron a pasearse lenta y tranquilamente media docena de personas, a las que —sin detener ni su conversación ni su trabajo— dedicó una respetuosa reverencia, al mismo tiempo que con una mirada le indicaba al propietario, sentado a su lado, que dirigiera la atención hacia el hombre más alto del grupo. El propietario, al hacerlo, se quitó el sombrero. Se trataba de *Sir Mulberry Hawk*, que iba acompañado de su amigo y discípulo, y también de un pequeño séquito de hombres vestidos como caballeros, de aspecto más dudoso que oscuro.

El propietario, en voz baja, deseó un buen día a *Sir Mulberry*. *Sir Mulberry* le deseó al propietario, en el mismo tono, que se fuera al demonio, y le volvió la espalda para hablar con sus amigos.

Había en él, evidentemente, una irritante conciencia de ser un objeto de curiosidad en esta primera ocasión en que se mostraba en público después del accidente que había sufrido. Y era fácil percibir que aquel día se había dirigido al hipódromo más con la esperanza de encontrarse con mucha gente conocida —para de ese modo acabar cuanto antes con la mayor cantidad de la molestia— que con algún propósito de disfrutar del juego. Todavía le quedaba una leve cicatriz en el rostro, y cada vez que alguien lo reconocía —como le ocurría casi a cada instante con la gente que se paseaba entrando o saliendo—, hacía un incansable esfuerzo por ocultarla con su guante, con lo que demostraba lo profundamente que sentía la vergüenza infligida.

«¡Ah, Hawk!», dijo un personaje muy acicalado con un abrigo muy entallado, un selecto pañuelo al cuello y todos los demás accesorios del género más impecable. «¿Cómo andas, mi viejo amigo?».

Este era un entrenador rival de jóvenes nobles y caballeros, al que, entre todos los demás, *Sir Mulberry* más odiaba y con el que más temía encontrarse. Se estrecharon las manos con un exceso de cordialidad.

«¿Y cómo estás, mi viejo amigo, eh?».

«Bastante bien, bastante bien», dijo *Sir Mulberry*.

«Ya lo veo», dijo el otro. «¿Cómo estás, Verisopht? Nuestro amigo parece un poco alicaído... todavía no está en forma, ¿eh?».

Habría que señalar que el caballero tenía dientes muy blancos, y que, aun cuando no hubiera motivo para reír, generalmente concluía la frase con el mismo monosílabo, que pronunciaba con vistas a exhibir la dentadura.

«Está perfectamente en forma, no le pasa nada», dijo el joven en forma displicente.

«Bendita sea, me alegra oírlo», prosiguió el otro. «¿Acaban de regresar de Bruselas?».

«Llegamos a la ciudad apenas anoche», dijo Lord Frederick. *Sir Mulberry* se volvió para hablarle a uno de los hombres de su grupo y fingió no oír.

«¡Pardiez!», dijo el amigo, fingiendo hablar en un susurro, «te juro que es extremadamente osado y valiente por parte de Hawk dejarse ver tan pronto. Lo digo con conocimiento de causa, para eso hace falta tener mucho coraje. Su ausencia temporal duró el tiempo justo para excitar la curiosidad, y no fue lo bastante prolongada como para que la gente olvidara ese endiablado y desagradable... poco a poco... usted debe saber quién lleva la razón en el asunto, claro. ¿Por qué nunca desmintió a esos malditos periódicos? Yo casi nunca los leo, pero esa noticia sí la busqué, y le aseguro...».

«Busque en los periódicos», lo interrumpió *Sir Mulberry*, volviéndose de repente; «... mañana... no, pasado, ¿quiere?».

«Le juro, mi querido amigo, que jamás o casi nunca leo los periódicos», dijo el otro, encogiéndose de hombros, «pero lo haré, puesto que usted me lo recomienda. ¿Qué debo buscar, eh?».

«Buenos días», dijo *Sir Mulberry*, volviéndole de golpe la espalda, y llevándose consigo a su discípulo. Volviendo de nuevo al paso moroso y despreocupado con el que entraran, siguieron paseando lentamente, tomados del brazo.

«No será un caso de asesinato», murmuró *Sir Mulberry* con una palabrota. «Pero algo muy parecido, si es que la tralla corta la piel, y las cachiporras la magullan».

Su acompañante no dijo nada, pero algo había en su actitud que mortificó a Hawk y le hizo agregar, casi con tanta ferocidad como si su amigo hubiera

sido el propio Nicholas:

«Mandé a Jenkins a ver a Nickleby hoy antes de las ocho de la mañana. Es de los leales: vino a mí antes de que regresara el mensajero. En cinco minutos me lo dijo todo. Ya sé dónde puede hallarse a ese perro... tanto la hora como el lugar. Pero no hay necesidad de hablar. Pronto será mañana».

«¿Y qué va a hacer mañana?», preguntó Lord Frederick.

Sir Mulberry Hawk lo honró con una mirada de enojo, pero no se dignó devolverle ninguna respuesta verbal a su pregunta, y los dos siguieron caminando de mal humor, como si tuvieran sus pensamientos afanosamente ocupados. Cuando estuvieron bastante lejos de la multitud, y casi solos, *Sir Mulberry* se volvió para regresar.

«Deténgase», dijo su acompañante, «quiero hablar con usted... en serio. No regrese. Sigamos caminando aquí unos pocos minutos».

«¿Qué tienes que decirme que no puedas decir allá tan bien como aquí?», devolvió su mentor, zafando su brazo.

«Hawk», prosiguió el otro, «dígame. Tengo que saber...».

«¡Así que tienes que saberlo!», interrumpió el otro, con desdén. «¡Vaya! Prosigue. Si tienes que saberlo, dato que no tengo escapatoria. ¡Así que tienes que saberlo!».

«Pues se lo vuelvo a preguntar», respondió Lord Frederick, «y tendré que insistir en que me dé una respuesta llana y directa... ¿lo que acaba de decir es un simple capricho pasajero, motivado porque está de mal humor e irritado, o es su seria intención, y de hecho se propone realizarla?».

«¡Cómo! ¿No recuerdas acaso lo que pasó sobre ese tema una noche, cuando yo estaba en cama con un miembro roto?», dijo *Sir Mulberry*, con una mueca.

«Perfectamente bien».

«Entonces toma eso por respuesta, en nombre del diablo», respondió *Sir Mulberry*, «y no me pidas ninguna más».

Era tal el dominio que había adquirido sobre su víctima, y tal el hábito general de sumisión de este último, que, por el momento, el joven pareció a medias temeroso de seguir tocando el tema. Sin embargo, pronto se sobrepuso a ese sentimiento —si es que de algún modo este lo había refrenado— y replicó con enojo:

«Sí recuerdo lo que pasó en aquel momento que usted dice: expresé una firme opinión sobre ese tema, y dije que, con mi conocimiento o consentimiento, jamás debería usted hacer lo que ahora se propone».

«¿Me lo impedirás?», preguntó *Sir Mulberry*, con una risotada.

«Sí, si es que puedo», replicó el otro con rapidez.

«Una cláusula de escape muy apropiada, esa última», dijo *Sir Mulberry*, «y que buena falta te hace. ¡Oh! Ocúpate de tus propios asuntos, y déjame a mí atender los míos».

«Este es mío», replicó Lord Frederick. «Lo hago mío, lo haré mío. Ya es mío. Tal como están las cosas, estoy totalmente comprometido en él».

«Haz lo que te plazca», dijo *Sir Mulberry*, fingiendo buen humor. «¡Qué quieres que te diga! Pero, en cuanto a mí, no hagas nada, haz el favor. No le aconsejo a nadie interferir en gestiones que yo haya decidido emprender, y me conoces lo bastante bien como para no incurrir en eso. Según veo, pretendes darme consejos. No dudo que sea con buena intención, pero no me hacen falta. Y ahora, por favor, regresemos al coche. No hallo entretenimiento aquí, sino todo lo contrario, y si prolongamos esta conversación podríamos reñir, lo cual no daría prueba de sabiduría ni de tu parte ni de la mía».

Con esta réplica, y sin esperar ninguna respuesta, *Sir Mulberry Hawk* bostezó, y muy despacio emprendió el regreso.

En esta forma de trato, no había ni pizca de tacto ni conocimiento alguno de la disposición en que se hallaba el joven lord. *Sir Mulberry* vio claramente que si quería preservar su dominio tenía que dejarlo ahora muy bien establecido. Sabía que, de mostrarse él violento, el joven se volvería violento también. Muchas veces había logrado fortalecer su influencia, cuando alguna circunstancia por casualidad la debilitaba, adoptando ese estilo imperturbable y lacónico, y ahora confiaba en él, sin albergar prácticamente dudas de que lograría un éxito total.

Pero mientras lo hacía, y exhibía el comportamiento más casual e indiferente que sus diestras artes le permitían adoptar, para sus adentros decidió, no solo que esta mortificación adicional de verse impulsado a controlar por el momento sus sentimientos que ahora estaba obligado a sufrir se trocaría en una severidad adicional contra Nicholas, sino también que el joven Lord lo pagaría con creces algún día, de una forma u otra. Mientras fue un instrumento pasivo en sus manos, *Sir Mulberry* lo había mirado con un mero sentimiento de desprecio. Pero ahora que se había jactado de tener opiniones opuestas a las suyas, e incluso se le había enfrentado con tono altanero y aire de superioridad, comenzó a odiarlo. Consciente de que por el momento dependía, en el más vil y despreciable sentido del término, del débil y joven lord, menos aun podía *Sir Mulberry* aguantar que aquel lo humillara, y cuando comenzó a tomarle antipatía, calculó el monto de su antipatía — como a menudo hace la gente— por el alcance de los perjuicios que él le

había infligido al objeto de aquella. Si se recuerda que *Sir Mulberry Hawk* había saqueado, timado, engañado y embaucado a su discípulo de todos los modos posibles, no extrañará que, al comenzar a odiarlo, comenzara a odiarlo desde el fondo de su corazón.

De un lado, puesto que el joven lord había pensado —cosa que pocas veces hacía respecto a algo— había pensado, y con seriedad además, en el asunto de Nicholas, y las circunstancias que a él condujeran, había llegado a una conclusión viril y honesta. El torpe e insultante comportamiento de *Sir Mulberry* en aquella ocasión había producido una profunda impresión en su mente: Allí estaba alojada, y lo acechaba desde un tiempo a esta parte, la fuerte sospecha de que Hawk lo había engatusado para perseguir a la Srta. Nickleby con objetivos personales suyos. Estaba realmente avergonzado de su participación en aquel asunto, y profundamente mortificado por el recelo de que había sido estafado. Había tenido bastante tiempo libre para reflexionar sobre estas cosas durante el reciente retiro de ambos, y a veces, cuando su naturaleza descuidada e indolente lo permitía, había aprovechado la ocasión. También se habían producido sutiles circunstancias que aumentaban su sospecha. Solo necesitaba un detalle mínimo para atizar su ira contra *Sir Mulberry*, y lo encontró en el tono despectivo e insolente de esta reciente conversación, la única que sostuvieran sobre el tema desde la época a la que *Sir Mulberry* había hecho referenda.

Así, volvieron a reunirse con sus amigos, cada uno con motivos de disgusto contra el otro corroyéndoles el pecho, y el joven obsesionado, además, con la idea de la venganza que Mulberry estaba urdiendo contra Nicholas y su determinación de impedirlo mediante alguna medida enérgica, de ser posible. Pero esto no era todo. Al concebir que había logrado silenciar eficazmente al joven lord, *Sir Mulberry* no podía reprimir un sentimiento de triunfo, o dejar de darle seguimiento a lo que concebía era su ventaja en este asunto. Allí estaban el Sr. Pyke, el Sr. Pluck, el Coronel Chowser, y otros caballeros de la misma calaña, y era muy importante para *Sir Mulberry* mostrarles que no había perdido su influencia. Al principio el joven lord se contentó con la silenciosa decisión de tomar medidas para retirarse de la conexión inmediatamente. Pero poco a poco su ira fue creciendo, y lo exasperaban las chanzas y familiaridades que pocas horas antes habrían sido fuente de diversión para él. Esto no le convenía, pues él no podía competir con *Sir Mulberry* en cuanta burla o réplica le cuadrara al grupo. De todas formas, no hubo ninguna ruptura violenta, y, durante el camino de regreso a la

ciudad, los señores Pyke y Pluck y otros caballeros insistieron en que jamás en la vida *Sir Mulberry* había estado en tan excelente disposición de ánimo.

Cenaron juntos con gran suntuosidad. El vino fluyó libremente, como en verdad había estado haciendo todo el día. *Sir Mulberry* bebió para compensarse por su reciente abstinencia, el joven lord para ahogar su indignación, y el resto del grupo porque el vino era de los mejores y no tenían que pagar nada. Ya era casi la medianoche cuando se dispusieron a partir, exaltados, acalorados por el vino, con la sangre hirviéndoles y los sesos al rojo vivo, en dirección a la mesa de juegos.

Allí hallaron a otro grupo, igual de perturbado que ellos. El nerviosismo del juego, el calor de las salas, y las luces centelleantes no estaban calculadas para apaciguar la fiebre del momento. En aquel vertiginoso remolino de ruido y confusión, los hombres deliraban. ¿Quién pensaba en el dinero, la ruina o el día siguiente en medio de la salvaje intoxicación de aquel instante? Pidieron más vino, que apuraron vaso tras vaso, con labios reseco e hirvientes agrietados por la sed. El vino bajaba como aceite sobre fuego ardiente. Y el tumulto prosiguió... el libertinaje alcanzó su apogeo... los vasos fueron lanzados al suelo por manos que no podían ya llevárselos a los labios, y labios que escasamente podían articular palabras para desahogarlas, gritaron blasfemias. Los borrachos perdedores maldecían y rugían. Algunos de ellos se subían encima de las mesas, agitando botellas en sus manos alzadas y desafiando a los demás. Algunos bailaban, otros cantaban, otros rompían las barajas y desvariaban. El tumulto y el frenesí se imponían por encima de todo, cuando, de pronto, se elevó un grito que ahogó a todos los demás, y dos hombres, agarrados por el cuello, forcejearon hasta llegar al medio del salón.

Una docena de voces, hasta ahora no escuchadas, gritaron que los apartasen. Los que se habían mantenido imperturbables, atentos al juego, porque se ganaban la vida en escenarios como este, se abalanzaron sobre los combatientes y, obligándolos a separarse, los arrastraron hasta abrir un espacio entre ambos.

«¡Suéltense!», exclamó *Sir Mulberry*, con voz apagada y ronca, «¡él me golpeó! ¿Me oyen? Dije que me golpeó. ¿Hay algún amigo mío aquí? ¿Quién es este? *Westwood*. ¿Me oyes decir que me golpeó?».

«Lo oigo, lo oigo», respondió uno de los que lo aguantaban. «Vete ya por esta noche».

«No lo haré, maldito sea D...», respondió con ferocidad. «Una docena de hombres alrededor de nosotros vieron el golpe».

«Mañana habrá tiempo de sobra», dijo el amigo.

«¡No habrá tiempo de sobra!», exclamó *Sir Mulberry*, rechinando los dientes. «¡Esta noche... ahora mismo... aquí!». Tan grande era su pasión, que no podía articular palabra, y en lugar de ello permanecía allí apretando el puño, halándose los cabellos y golpeando el piso con los pies.

«¿Qué es esto, mi lord?», dijo uno de los que lo rodeaban. «¿Ha habido golpes?». «Hubo un golpe», fue la respuesta jadeante. «Yo lo golpeé... y lo proclamo aquí para que todos lo oigan. Lo golpeé, y él sabe bien por qué. Al igual que él, digo que esta riña debe solucionarse ahora mismo. Capitán Adams», dijo el joven lord, mirando apresuradamente a su alrededor, y dirigiéndose a uno de los que se habían interpuesto, «déjeme hablar con usted, se lo ruego».

La persona a la que se dirigiera dio un paso adelante y, tomando del brazo al joven, se retiraron juntos, seguidos poco después por *Sir Mulberry* y su amigo.

Aquello era una guarida de libertinos de la peor reputación, y no un sitio donde un asunto como ese tuviera posibilidades de despertar alguna simpatía por cualquiera de las partes, o de llamar a más reconvenciones o interposiciones. En cualquier otro lugar se habría evitado de inmediato que prosiguiera, y el tiempo habría permitido la reflexión sobria y tranquila, pero no allí. Perturbado en su orgía, el grupo se deshizo. Algunos se alejaron, tambaleándose con aspecto de solemnidad achispada, y otros se retiraron discutiendo ruidosamente lo que acababa de ocurrir. Los honorables caballeros que vivían de sus ganancias en el juego comentaron unos con otros, al salir, que Hawk era un buen tirador, y los que habían armado más escándalo se quedaron profundamente dormidos encima de los sofás, y no volvieron a pensar en ello.

Mientras tanto, los dos padrinos, como podemos llamarles ahora, tras una larga conferencia, cada uno de ellos con su duelista, se reunieron en otra habitación. Carentes ambos de corazón, y siendo los dos hombres de mundo totalmente iniciados en sus peores vicios, profundamente endeudados, caídos de una fortuna mayor, adictos a todas las depravaciones a las que la sociedad puede poner nombres elegantes y por las que puede abogar invocando sus más aberrantes convencionalismos como excusa, eran ellos mismos,

naturalmente, caballeros de honor inmaculado, y de gran celo tratándose del honor de los demás.

Estos dos caballeros estaban justo ahora inusualmente alegres, pues con toda seguridad el incidente levantaría bastante ruido, y servirla para realzar considerablemente sus reputaciones.

«Este es un asunto engorroso, Adams», dijo el Sr. Westwood, irguiéndose trabajosamente.

«Muy engorroso», asintió el capitán; «se ha producido un golpe, y, por supuesto, en este caso hay un solo curso a seguir».

«Supongo que no haya presentación de excusas», dijo el Sr. Westwood.

«Ni una sílaba, señor, de parte del mío, aunque conversáramos hasta el día del Juicio Final», repuso el capitán. «La causa original de la disputa, según entiendo, fue una chica, a la que el duelista suyo aplicó ciertos apelativos que Lord Frederick, en defensa de la chica, rechazó. Pero esto condujo a una larga recriminación sobre muchos temas delicados, acusaciones y contraacusaciones. *Sir* Mulberry estaba sarcástico. Lord Frederick estaba excitado, y lo golpeó, al calor de la provocación, y en circunstancias muy agravantes. De no haber una total retractación de parte de *Sir* Mulberry, Lord Frederick está dispuesto a justificar ese golpe».

«No hay nada más que decir», devolvió el otro, «salvo convenir la hora y el lugar del encuentro. Es una gran responsabilidad. Pero hay un fuerte sentimiento a favor de llevar el asunto a una conclusión. ¿Tiene usted alguna objeción a fijar como hora la salida del sol?».

«Un trabajo fino», respondió el capitán, echando una ojeada a su reloj. «Sin embargo, puesto que al parecer esto se estuvo cocinando mucho tiempo, y las negociaciones no son más que un desperdicio de palabras... no, no hay objeciones».

«¿Qué le parece si buscamos un lugar al aire libre y bien lejos de la ciudad?», dijo el Sr. Westwood. «¿Qué dice usted de alguno de los prados frente a Twickenham, a la orilla del río?».

El capitán no opuso reparos.

«¿Entonces, nos encontramos en la avenida de árboles que se extiende entre Petersham y Ham House, y al llegar allí decidiremos el punto exacto?», dijo el Sr. Westwood.

El capitán también estuvo de acuerdo en esto. Después de algunas preliminares más, igualmente breves, y una vez acordado el camino que cada parte tomaría para no levantar sospechas, se separaron.

«Tendremos justo un margen de tiempo cómodo, mi lord», dijo el capitán, cuando le hubo comunicado los acuerdos, «para mandar a buscar, a mi domicilio, un estuche de pistolas, y después ir tranquilamente, a trote corto, hasta allá. Si usted permite que envíe a casa a su sirviente, iremos en mi cabriolé, pues podrían tal vez reconocer el suyo».

Cuando llegaron a la calle, ¡qué contraste con el escenario que acababan de abandonar! Ya estaba rompiendo el día. La enceguecedora luz amarilla del interior había sido sustituida por la mañana clara, brillante, gloriosa. La atmósfera caldeada y opresiva, viciada por el olor de las lámparas que expiraban y por el hedor de los vapores del tumulto y la disipación, por el aire libre, fresco, sano. Pero a la cabeza afiebrada sobre la que sopló aquel viento fresco, le pareció que este viniera cargado de remordimiento por el tiempo desperdiciado y las incontables oportunidades desaprovechadas. Con las venas palpitantes y la piel ardiente, los ojos fieros y pesados, los pensamientos rápidos y desordenados, sintió como si la luz fuera un reproche, y se acobardó frente a ella como si fuera algo vil y horrible.

«Está temblando», dijo el capitán. «¿Tiene frío?».

«Un poco».

«El frío golpea cuando uno sale de esos locales calientes. Envuélvase en esta capa. Así, así. Ya nos vamos».

Fueron traqueteando por las calles tranquilas, pararon en los aposentos del capitán, salieron de la ciudad y sin obstáculos ni molestias emergieron a una carretera a campo abierto.

Los campos, los árboles, los jardines, los setos, todo se veía muy bello. El joven casi no parecía haberlos notado antes, aunque había pasado por delante de aquellos mismos objetos miles de veces. Reinaban una paz y una serenidad que contrastaban extrañamente con el aturdimiento y la confusión de sus propios pensamientos, solo a medias apaciguados, y sin embargo, aquellas eran impresionantes y bienvenidas. En su espíritu no había miedo. Pero al mirar a su alrededor sentía menos ira, y aunque todos los viejos engaños relacionados con su antiguo e inútil compinche ya habían sido aclarados, más bien deseó no haberlo conocido nunca, antes que haber llegado a esto.

La noche pasada, el día anterior y muchos días y noches antes, todos se mezclaban en un torbellino ininteligible y sin sentido. No podía separar unos asuntos de otros. La noche anterior parecía haber sido una semana atrás, y meses atrás eran como la noche anterior. Ora el ruido de las ruedas se transformaba en alguna feroz melodía en la que podía reconocer retazos de temas conocidos, ora en sus oídos repicaba un sonido aturdidor y

desconcertante como de agua que corre. Pero su acompañante empezó a tomarle el pelo por estar tan callado, y entonces se pusieron a hablar y a reír estruendosamente. Cuando se detuvieron, se sorprendió un poco al hallarse fumando, pero al reflexionar, recordó cuándo y dónde había tomado el puro.

Se detuvieron frente a la verja de la avenida y bajaron, dejando el coche al cuidado del sirviente, que era un tipo avisado y casi tan acostumbrado a estos menesteres como su amo. *Sir Mulberry* y su amigo ya estaban allí, y los cuatro caminaron en profundo silencio, subiendo por el pasillo entre las filas de imponentes olmos que, uniéndose muy por encima de sus cabezas, formaban un larga perspectiva verde de arcos góticos, que concluían, como alguna vieja ruina, en el cielo abierto.

Tras una pausa y una breve conferencia entre los padrinos, al cabo doblaron hacia la derecha, y siguiendo una senda que cruzaba un pequeño prado dejaron atrás Ham House y llegaron hasta unos campos que había más allá. En uno de ellos se detuvieron. Se midió el suelo, se repasaron algunas fórmulas habituales, los dos padrinos se ubicaron frente a frente a la distancia convenida y *Sir Mulberry* volvió el rostro hacia su joven adversario por primera vez. Estaba muy pálido... tenía los ojos inyectados en sangre, las ropas desordenadas y los cabellos despeinados... todo ello muy probablemente como consecuencia del día y la noche anteriores. En cuanto al rostro, no expresaba más que pasiones violentas y malvadas. Se llevó una mano a los ojos para protegerse del sol, contempló a su adversario resueltamente durante unos instantes, y entonces, tomando el arma que se le ofrecía, bajó los ojos hacia ella y no volvió a elevarlos hasta que se dio la voz, e inmediatamente disparó.

Los dos disparos se hicieron en el mismo instante, tan próximos uno del otro como fue posible. En ese momento el joven lord volvió bruscamente la cabeza, clavó en su adversario una mirada horrible y, sin un gemido ni un tambaleo, cayó muerto.

«Está muerto», gritó Westwood, que, con el otro padrino, había corrido hasta el cadáver y se había apoyado sobre una rodilla junto a él.

«Caiga su sangre sobre él mismo», dijo *Sir Mulberry*. «Él se lo ha buscado, y me lo ha impuesto a mí».

«Capitán Adams», exclamó Westwood apresuradamente, «le pido que sea testigo de que se ha procedido con justicia. Hawk, no tenemos ni un momento que perder. Debemos abandonar este sitio cuanto antes, alcanzar Brighton y cruzar hasta Francia a toda velocidad. Este es un asunto feo, y podría tornarse

peor si nos demoramos un momento. Adams, ten en cuenta tu propia seguridad, y no permanezcas aquí. Los vivos antes que los muertos... adiós».

Con esas palabras, agarró a *Sir Mulberry* por el brazo, y se lo llevó a toda prisa. El Capitán Adams, solo deteniéndose para cerciorarse, más allá de toda duda, del desenlace fatal, salió disparado en la misma dirección para concertar con su sirviente las gestiones necesarias para retirar el cadáver y garantizar, igualmente, su propia seguridad.

Así murió Lord Frederick Verisopht, por la mano que había llenado de regalos y estrechado mil veces, por la acción de aquel sin el cual, y sin otros como él, hubiera vivido como un hombre feliz, y muerto con rostros de hijos en torno a su lecho.

El sol se alzó orgullosamente en toda su majestad, el noble río corrió por su tortuoso curso, las hojas temblaron y susurraron al viento, los pájaros derramaron sus alegres canciones desde cada árbol y la mariposa de vida fugaz batió sus pequeñas alas. Toda la luz y la vida del día estallaron, y en medio de todas ellas y aplastando la hierba, cada una de cuyas briznas albergaba veinte minúsculas vidas, yacía el muerto, con su rostro severo y rígido volteado hacia el cielo.

CAPÍTULO 51

A PUNTO DE CULMINAR EXITOSAMENTE EL PROYECTO DEL SR. RALPH NICKLEBY Y DE SU AMIGO, LLEGA INESPERADAMENTE AL CONOCIMIENTO DE UNA PARTE QUE NO HABÍA SIDO INFORMADA

Arthur Gride vivía en una vieja casa tenebrosa, oscura y polvorienta, que parecía haberse marchitado, al igual que él, amarillosa y apergaminada de tanto atesorarlo y ocultarlo a él de la luz del día, del mismo modo que él atesoraba y ocultaba su dinero. Unas pocas sillas y mesas viejas fabricadas con recortes, descarnadas, duras y frías como corazón de avaro, estaban dispuestas en inflexible orden frente a las tenebrosas paredes. Armarios alargados, enflaquecidos y como de rostro chupado a fuerza de cuidar los tesoros que encerraban, y bamboleantes como por miedo y terror constantes de los ladrones, encogidos en rincones oscuros, donde no arrojaban sombras sobre el piso, y parecían ocultarse y encogerse de miedo ante quien pudiera observarlos. Un reloj alto y severo en la escalera, con largas y enjutas manecillas y rostro hambriento, susurraba, cauteloso, su tictac, y cuando daba la hora con sonidos tenues y agudos, cual voz de anciano, traqueteaba como atenazado por el hambre.

No había junto al fuego ningún asiento que invitara al descanso y la comodidad. Había sillas de brazos, pero parecían tener las mentes desasosegadas, y manteniéndose en guardia, alzaban sus brazos de un modo desconfiado y tímido. Otras eran fantásticamente severas y adustas, como erguidas hasta alcanzar su máxima estatura, y adoptaban su más feroz aspecto para clavar la mirada en todos los recién llegados con el fin de desconcertarlos. Otras se recostaban contra sus vecinas o se apuntalaban, en busca de apoyo, contra la pared, de un modo algo ostentoso, como para poner al mundo por testigo de que ellas no merecían que se las llevaran. Las camas oscuras, cuadradas, pesadas, parecían construidas para sueños intranquilos, con mohosas colgaduras que, al arrastrarse, juntadas en escasos pliegues y movidas levemente por el viento, susurraban entre sí temblorosas

confidencias acerca de las cosas tentadoras que acechaban desde el interior de los oscuros armarios cerrados a cal y canto.

De una de las habitaciones más enjutas y raquílicas de toda esa casa enjuta y raquílica, se elevó una mañana una temblorosa letanía entonada en los trémulos tonos de la voz del anciano Gride, que gorjeaba la colilla de alguna canción olvidada, cuyo estribillo decía:

Ta... ran... tan... tun,
Lanza el viejo zapato,
Y que la boda sea feliz.

Una y otra vez repetía Gride las mismas notas chillonas y trémulas, hasta que un violento acceso de tos lo obligó a desistir y a proseguir en silencio la tarea a la que se dedicaba.

Esta tarea era bajar de los estantes de un apolillado ropero, una por una, una gran cantidad de vestimentas malolientes; someter cada una a inspección esmerada y minuciosa alzándola contra la luz y, doblándola luego con gran exactitud, ponerla en uno de los dos montoncitos que tenía a su lado. Nunca sacaba dos piezas juntas, sino que siempre las tomaba individualmente, y nunca dejaba de cerrar la puerta del ropero y de darle vuelta a la llave después de cada visita a sus estanterías.

«El traje color rapé», dijo Arthur Gride, inspeccionando un abrigo raído. «¿Me sentaba bien el color rapé? A ver si lo recuerdo...».

El resultado de su meditación pareció desfavorable, pues volvió a doblar la prenda, la puso a un lado, y se subió de nuevo a la silla para bajar otra, gorjeando al hacerlo:

Joven, amante y bella,
¡Ay, cuánta felicidad aquí!
La boda será feliz.

«Siempre dicen “joven”», dijo el anciano Arthur, «pero las canciones solo se escriben para seguir el ritmo, y esta es una de esas tontas que la pobre gente del campo cantaba cuando yo era un chicuelo. Aunque espera... joven está muy acertadamente dicho además... se refiere a la novia... sí. ¡Je, je, je! Se refiere a la novia. Ay, eso es bueno. Eso es muy bueno. Y cierto además... ¡muy cierto!».

Con la satisfacción de este descubrimiento repasó el verso otra vez con más expresividad, poniendo un trino aquí y allá, tras lo cual regresó a su ocupación.

«El verde botella», dijo el anciano Arthur, «el verde botella era un abrigo muy adamado. Lo compré baratísimo en la tienda de un prestamista, y tenía... ¡je, je, je...! un chelín deslustrado en el bolsillo del chaleco. ¡Y pensar que el prestamista no sabía que había un chelín allí! Yo lo descubrí. Lo sentí cuando estaba examinando la calidad de la tela. ¡Oh, qué clase de asno aquel bribón! Además, era un traje de suerte, ese verde botella. El mismísimo día que me lo puse por primera vez, el viejo Lord Mallowford murió achicharrado en su lecho, y así vencieron todas las obligaciones de deudas. Me casaré con el verde botella. Peg... Peg Sliderskew... me casaré con el verde botella».

Ese llamado, repetido en alta voz dos o tres veces en el umbral del dormitorio, hizo entrar a la habitación a una anciana pequeña, delgada, marchita, de ojos legañosos, afectada por la parálisis y horriblemente fea, que limpiándose el rostro arrugado con su sucio delantal, preguntó, en ese tono mitigado en el que usualmente hablan los sordos:

«¿Era usted quien estaba llamando, o es que el reloj daba la hora? Mi oído está tan mal que nunca sé cuál es cuál, pero cuando oigo un ruido sé que debe de ser uno de los dos, porque no hay nada más que se agite en esta casa».

«Yo, Peg... yo», dijo Arthur Gride, dándose golpecitos en el pecho para hacer más inteligible la respuesta.

«¿Usted, eh?», le devolvió Peg. «¿Y qué quiere usted?».

«Me casaré con el verde botella», gritó Arthur Gride.

«Es demasiado bueno para casarse con él, amo», replicó Peg, después de una breve inspección del traje. «¿No tiene nada peor que esto?».

«Nada que se preste», respondió el anciano Arthur.

«¿Por qué no ha de prestarse?», replicó Peg. «¿Por qué no se pone la ropa de todos los días como cualquier cristiano... eh?».

«Porque no me sienta del todo bien, Peg», respondió su amo.

«¿No qué lo suficiente?», dijo Peg.

«Sienta».

«¿Sienta qué?», dijo Peg con aspereza. «¿No sienta la moda?».

Arthur Gride murmuró una imprecación sobre la sordera de su ama de llaves al tiempo que le rugía al oído:

«¡Que no son bastante elegantes: quiero verme lo mejor posible!».

«¿Verse?», exclamó Peg. «Si ella es tan hermosa como dice usted, no lo mirará mucho a usted, amo, puede darlo por seguro. Y en cuanto a cómo se

verá usted... blanco y negro, verde botella, azul cielo o tartán a cuadros, para el caso dará lo mismo».

Y con esa consoladora predicción, Peg Sliderskew tomó el traje elegido, y abarcando el bulto con sus flacos brazos, permaneció de pie, moviendo la boca exageradamente, y sonriendo, y haciendo guiños con sus ojos acuosos como el rostro grosero de alguna talla monstruosa.

«Estás de un raro humor, ¿no es así, Peg?», dijo Arthur, y no precisamente del modo más amable.

«¿Cómo? ¿Acaso no es suficiente para que me ponga así?», prosiguió la anciana. «Muy pronto empezarán a contrariarme, pero si alguien trata de dominarme, ya se lo estoy advirtiendo, amo: no admitiré que pongan a nadie por encima de la cabeza de Peg Sliderskew después de tantos años, usted lo sabe, y no tengo ni que decírselo. Eso no me sentará a mí... no, qué va, ni a usted tampoco. Pruébelo, para que vea cómo se va a la ruina... a la ruina... a la ruina».

«Oh, ay, ay, jamás lo intentaré», dijo Arthur Gride, horrorizado al escuchar esa palabra, «por nada del mundo. Sería muy fácil arruinarme, tenemos que tener mucho cuidado, y ahorrar más que nunca con otra boca que alimentar. Solo que no debemos... no debemos dejarla perder su belleza, Peg, porque me gusta vérsela». «Cuidado, no vaya a descubrir lo cara que es la belleza», retrucó Peg, sacudiéndole el índice.

«Pero ella puede ganar dinero, Peg», dijo Arthur Gride, observando con ansias el efecto que esta información producía en el rostro de la anciana. «Puede dibujar, pintar, hacer todo tipo de cosas lindas para adornar las banquetas y las sillas, zapatillas, Peg, guardarrelojes, cadenas para el cabello y mil bagatelas primorosas de las que yo no sé ni el nombre. Además sabe tocar el piano (y, además, tiene uno) y cantar como un pajarito. Será muy barato vestirla y mantenerla, Peg, ¿no lo crees?».

«Puede ser, si no permite que se burle de usted», respondió Peg.

«¡Burlarse de mí!», exclamó Arthur. «Confía en que de tu amo no se burlan los rostros bonitos, Peg, no, no, no... ni los feos tampoco, Sra. Sliderskew», agregó en voz baja como para sí mismo.

«Está diciendo algo que no quiere que yo oiga», dijo Peg, «sé que sí».

«¡Ay!, esta mujer tiene el diablo dentro», murmuró Arthur, agregando con una fea sonrisa impúdica: «Dije que te lo confiaba todo a ti, Peg, eso fue todo».

«Hágalo, amo, y se acabarán todas sus preocupaciones», dijo Peg con aprobación. «Cuando lo haga, Peg Sliderskew», pensó Arthur Gride, «claro

que se acabarán». Pensó eso con mucha claridad, pero no se atrevió ni a mover los labios por temor a que la anciana lo detectara. Hasta parecía temeroso de que le hubiera adivinado los pensamientos, pues le dirigió una mimosa mirada llena de malicia al decir en voz alta: «Arregla todos los descosidos del verde botella con el mejor hilo de seda negro. Consigue una madeja del de mejor calidad y algunos botones nuevos para el abrigo, y esta es una buena idea Peg, y sé que te gustará —puesto que aún no le he regalado nada, y a las chicas les gustan esas atenciones, vas a lustrar ese collar que brilla tanto que tengo allá arriba, para regalárselo la mañana de la boda. Yo mismo se lo abrocharé en tomo a su cuellito encantador... y se lo volveré a quitar al día siguiente. ¡Je, je, je!... y entonces tú lo guardarás bajo llave, Peg, y harás que desaparezca. ¿Quién se va a burlar de quién aquí... eh, Peg?».

La Sra. Sliderskew pareció aprobar enfáticamente ese ingenioso plan, y expresó su satisfacción mediante una serie de trasiegos y contracciones de su cabeza y su cuerpo que en modo alguno realizaban sus encantos. Siguió haciéndolos hasta que, al llegar cojeando a la puerta, los remplazó por una mirada amarga y maligna y, retorciendo la mandíbula de un lado al otro, murmuró maldiciones muy sinceras contra la futura Sra. Gride, al tiempo que se deslizaba escaleras abajo, haciendo una pausa casi en cada escalón para recobrar el aliento.

«Creo que es medio bruja», dijo Arthur Gride cuando se volvió a encontrar solo. «Pero es muy frugal y muy sorda, los costos de manutención son mínimos, y de nada le serviría pegar la oreja a los huecos de las cerraduras, porque no oye nada. Es una mujer encantadora... para estos propósitos. Una vieja ama de llaves sumamente discreta y que vale su peso en... cobre».

Tras elogiar los méritos de su empleada doméstica en esos elevados términos, el anciano Arthur regresó a su canción, y como ya había escogido el traje destinado a agraciar sus cercanas nupcias, volvió a guardar los otros con no menos cuidado que el desplegado para sacarlos de los mohosos escondrijos donde habían reposado tanto años en silencio.

Sobresaltado por el sonido de la campana en la puerta, concluyó esta operación apresuradamente, y cerró con llave aquel armario. Pero no había necesidad de ningún apresuramiento en particular, pues la discreta Peg casi nunca sabía que habían tocado la campana, a no ser que, por casualidad, alzara su enturbiada vista y la viera sacudirse contra el techo de la cocina. Sin embargo, después de una breve demora, Peg entró tambaleándose, seguida por Newman Noggs.

«¡Ah! ¡Sr. Noggs!», exclamó Arthur Gride, frotándose las manos. «Mi buen amigo, Sr. Noggs, ¿qué noticias me trae?».

Newman, con un aspecto firme e inmovible, y con su ojo fijo muy fijo en verdad, respondió, acompañando el gesto a la palabra: «Una carta. Del Sr. Nickleby. El portador espera respuesta».

«¿No desea tomar un... un...?».

Newman alzó la vista y chasqueó los labios.

«¿... Un asiento?», dijo Arthur Gride.

«No», respondió Newman. «*Gracia*».

Arthur abrió la carta con manos temblorosas y devoró su contenido con la máxima avaricia y con una risita sofocada de goce, leyéndola varias veces antes de poderla apartar de su vista. Tantas veces la examinó con detenimiento y la volvió a examinar con detenimiento, que Newman consideró apropiado recordarle su presencia.

«Respuesta», dijo Newman. «El portador espera respuesta».

«Cierto», respondió el anciano Arthur. «Sí... sí, casi lo olvido, lo confieso».

«Pensé que lo había olvidado», dijo Newman.

«Hizo bien en recordármelo, Sr. Noggs. Oh, muy bien en verdad», dijo Arthur. «Sí, le escribiré una línea. Estoy... estoy... algo agitado, Sr. Noggs. La noticia es...».

«¿Mala?», interrumpió Newman.

«No, Sr. Noggs, gracias. Buena, buena. La mejor de las noticias. Siéntese, buscaré la pluma y la tinta, y escribiré una línea de respuesta. No lo entretendré mucho tiempo, sé que usted es un tesoro para su amo, Sr. Noggs. Él a veces habla de usted en tales términos, que, ¡ay!, usted se sorprendería. Puedo decir que yo también lo hago, y siempre lo he hecho. Siempre digo lo mismo de usted».

«Será “¡maldito sea Noggs de todo corazón!” lo que dice», pensó Newman cuando Gride se apresuró a salir de la habitación.

La carta había caído al suelo. Mirando cuidadosamente a su alrededor por un instante, Newman, impulsado por la curiosidad de saber el resultado del plan que había escuchado desde dentro del armario de la oficina, la agarró y rápidamente leyó como sigue:

«Gride,

»Volví a ver a Bray esta mañana, y le propuse que (como usted sugirió) la boda sea pasado mañana. No hay objeción por parte de él, y a su hija le da

igual cualquier día. Iremos juntos, y usted debe estar aquí a las siete de la mañana. No necesito decirle que sea puntual.

»Mientras tanto, no visite más a la joven. Usted ha estado allí con mayor frecuencia de la debida. Ella no languidece por usted, y habría podido ser peligroso. Refrene su ardor juvenil durante cuarenta y ocho horas, y déjesela al padre. Usted no hace más que deshacer lo que él tan bien hace.

»Suyo,
Ralph Nickleby».

Se oyeron pasos afuera. Newman dejó caer la carta otra vez en el mismo sitio, la pisó con el pie para evitar que saliera volando, regresó a su asiento de una sola zancada, y adoptó un aspecto tan distraído e inconsciente como jamás exhibiera algún mortal. Arthur Gride, tras rebuscar nerviosamente a su alrededor, la vio en el suelo, la recogió y, sentándose a escribir, le echó una mirada a Newman Noggs, que tenía la vista fija en la pared con tan notable intensidad, que Arthur se alarmó mucho.

«¿Ve usted algo en particular, Sr. Noggs?», dijo Arthur, tratando de seguir la dirección de la vista de Newman... lo cual era imposible, y nadie lo había logrado jamás.

«Solo una telaraña», respondió Newman.

«¡Oh!, ¿eso es todo?».

«No», dijo Newman. «Tiene dentro una mosca».

«Hay muchas telarañas aquí», observó Arthur Gride.

«En nuestra casa también», le devolvió Newman, «y moscas también».

Newman parecía muy divertido con su ocurrencia, y para gran desconcierto de los nervios de Arthur Gride, hizo crujir con fuerza sus nudillos, que sonaron como una descarga lejana de artillería ligera. Arthur consiguió de todas formas concluir su respuesta a la nota de Ralph, y al cabo la entregó para que el excéntrico mensajero se la llevase.

«Ya está, Sr. Noggs», dijo Gride.

Newman hizo un gesto afirmativo con la cabeza, se puso el sombrero y ya comenzaba a retirarse, arrastrando los pies, cuando Gride, cuyo senil alborozo no tenía límites, le hizo señas de que regresara, y dijo en un susurro chillón, y con una sonrisa impúdica que le arrugaba todo el rostro y que casi le hacía desaparecer los ojos:

«¿Desea... desea tomar una gotita de algo... solo probarlo?».

En plano camaraderil (si Arthur Gride hubiera sido capaz de tal). Newman jamás habría bebido con él ni una burbuja del más espléndido vino del

mundo. Pero sabiendo en lo que andaba el viejo, y para castigarlo tanto como pudiera, aceptó de inmediato el ofrecimiento.

Por lo tanto, Arthur Gride regresó al armario, y de un estante lleno de altos vasos flamencos y curiosas botellas, algunas con cuellos parecidos a los de las cigüeñas, y otras con cuerpos cuadrados de factura holandesa y gargantas cortas, gruesas y apopléticas, bajó una botella llena de polvo, de apariencia prometedora, y dos vasos de un tamaño llamativamente pequeño.

«Usted nunca habrá probado esto», dijo Arthur. «Es *eau-d'or*... agua dorada. Me gusta por su nombre. Es un nombre delicioso. ¡Agua de oro, agua dorada! ¡Oh, ay, parece un pecado bebería!».

Como parecía que comenzaba a vacilar de su resolución y jugueteaba con el tapón de un modo que amenazaba con regresar la botella a su anterior puesto, Newman alzó uno de los vasitos y lo chocó dos o tres veces contra la botella, como suave recordatorio de que no había sido servido aún. Con un profundo suspiro, Arthur Gride lo llenó lentamente —aunque no hasta el borde— y luego llenó el suyo.

«Alto, alto, no lo beba aún», dijo poniendo su mano sobre la de Newman. «Me lo dieron hace veinte años, y cuando pruebo un sorbito, lo cual hago muy raramente, me gusta pensar en ello antes y retozar conmigo mismo. Vamos a brindar. ¿Hacemos un brindis, Sr. Noggs?».

«¡Ah!», dijo Newman, contemplando con impaciencia su vasito. «Hermoso aspecto. El portador espera».

«Bueno, entonces, haremos lo siguiente», dijo Arthur, con una risita encubierta, «beberemos... ¡je, je, je...! por una dama».

«¿Por las damas?», dijo Newman.

«No, no, Sr. Noggs», respondió Gride, deteniendo su mano, «una dama. Usted se preguntará por qué digo que una dama... sé que usted se lo pregunta, sé que sí. A la salud de la pequeña Madeline... ese es el brindis, Sr. Noggs... ¡la pequeña Madeline!».

«¡Por Madeline!», dijo Newman, agregando para sí: «¡Y que Dios la ayude!».

La rapidez y despreocupación con la que Newman dio cuenta de su ración de agua dorada impresionó grandemente al anciano, que se irguió en su silla y lo contempló con la boca abierta, como si lo visto lo hubiera privado del aliento. Muy impasible, sin embargo, Newman lo dejó sorber el suyo a sus anchas, o volverlo a echar en la botella si eso deseaba, y partió, después de ultrajar la dignidad de Peg Sliderskew al pasarle rápidamente por al lado en el pasillo sin dedicarle una palabra de disculpa o agradecimiento.

En cuanto Gride y su ama de llaves quedaron solos, pasaron a constituirse en comité organizador, y se pusieron a discutir los arreglos que debían hacerse para recibir a la joven novia. Puesto que, como algunos otros comités, este se enzarzó en debates extremadamente insípidos y prolijos, más vale que, haciendo de la necesidad virtud, esta historia siga los pasos de Newman Noggs —cosa que, por otra parte, de todos modos hubiéramos tenido que hacer en cualquier circunstancia— pues, como todo el mundo sabe, la necesidad no tiene leyes.

«Demoraste mucho», dijo Ralph cuando Newman regresó.

«Él se tomó su tiempo», respondió Newman.

«¡Bah!», exclamó Ralph, impaciente. «Dame su nota si es que te dio alguna, y, si no, su mensaje. Y no te vayas. Quiero hablar con usted, señor Noggs».

Newman entregó la nota y asumió un aspecto muy virtuoso e inocente mientras su empleador rompía el sello y le echaba una ojeada.

«¡Vendrá, con toda seguridad!», murmuró Ralph, mientras la rompía en pedazos. «Pues claro que yo sé que vendrá con toda seguridad. ¿Para qué tenía que decirlo? ¡Noggs! Le ruego que me diga, señor, quién era el hombre ese con quien lo vi hablando en la calle anoche».

«No lo sé», respondió Newman.

«Más vale que refresque su memoria, señor», dijo Ralph, con aspecto amenazador.

«Le digo», replicó Newman osadamente, «que no lo conozco en lo absoluto. Vino aquí dos veces y preguntó por usted. Usted no estaba en casa. Volvió una tercera vez. Y usted mismo lo despachó. Dijo llamarse Brooker».

«Eso ya lo sé», dijo Ralph. «¿Y qué más?».

«¿Qué más? Entonces se puso a merodear por los alrededores y, cuando me vio salir, me siguió. Noche tras noche, y me insiste en que le permita verlo. Dice que usted ya lo recibió en otra ocasión, no hace mucho tiempo, por cierto. Quiere verlo personalmente, dice, y asegura que pronto usted lo va a oír».

«¿Y qué responde usted a eso?», preguntó Ralph, mirando intensamente al objeto de su ira.

«Que no es asunto mío, y que no voy a hacerlo. Le dije que podría interceptarlo a usted en la calle si eso era lo que deseaba, ¡pero no!, eso no le conviene. Dice que entonces usted no le escucharía ni una palabra. Dice que necesita tenerlo a usted solo en una habitación, con la puerta cerrada con

llave, donde pueda hablarle sin temor, y que, cuando eso suceda, enseguida cambiará usted de tono y lo escuchará pacientemente».

«¡Cuánta audacia la de ese bribón!», murmuró Ralph.

«Eso es todo lo que sé», dijo Newman. «Y le repito: no conozco a ese hombre, y no creo que ni él mismo se conozca. Pero usted lo ha visto, y quizás usted sí sepa».

«Creo que sí lo sé», respondió Ralph.

«Vaya», replicó Newman, de mal humor, «entonces no espere que también lo conozca yo, y *sanseacabó*. Ahora seguro que va a preguntarme por qué no se lo dije antes. ¿Qué diría usted si yo anduviera contándole todo lo que la gente dice de usted? ¿Qué es lo que me dice usted cuando a veces lo hago? “¡Bruto, asno!”», respondiéndome con la violencia de un dragón».

Eso era del todo cierto, pues en aquel momento Ralph tenía en la punta de la lengua la expresión que Newman había anticipado.

«Es un holgazán y un facineroso», dijo Ralph, «un vagabundo llegado de ultramar, adonde lo mandaron a pagar por sus crímenes, un delincuente al que han dejado en libertad para que vaya a meter de nuevo el cuello en el dogal. Un estafador que ha tenido la audacia de ensayar sus tretas conmigo, que lo conozco bien. La próxima vez que te moleste, entrégalo a la policía, por intento de extorsionar dinero mediante mentiras y amenazas... ¿oíste?, y déjame lo demás a mí. Que se vaya a refrescar los pies a la cárcel un tiempcito, y apuesto a que cuando salga se irá a buscar a otra gente que trasquilar. ¿Estás oyendo lo que te digo, eh?».

«Lo oigo», dijo Newman.

«Entonces hazlo», repuso Ralph, «y te recompensaré. Ahora puedes irte».

Newman aprovechó muy dispuesto el permiso, y encerrándose en su oficinita, permaneció allí todo el día, sumido en una muy seria meditación. Por la noche, cuando fue liberado, se encaminó, con toda la rapidez que pudo, al barrio financiero, y se ubicó en su vieja posición detrás de la bomba para vigilar a Nicholas... pues Newman Noggs era orgulloso a su manera, y no podía soportar presentarse como amigo suyo ante los hermanos Cheeryble en aquel estado de degradación y deterioro al que lo habían reducido.

No llevaba muchos minutos agazapado allí cuando observó con alegría a Nicholas acercarse, y abandonando como un bólido su escondite, salió a su encuentro. Nicholas, por su parte, no estaba menos complacido de encontrarse con su amigo, al que no veía desde hacía algún tiempo, de modo que su saludo fue efusivo.

«Estaba pensando en ti en este momento», dijo Nicholas.

«Así es», prosiguió Newman, «y yo en usted. No pude dejar de venir esta noche. Quería decirle que creo estar a punto de descubrir algo».

«¿Y eso qué sería?», repuso Nicholas, sonriendo por la extraña información recibida.

«No sé qué pueda ser, no sé qué pueda no ser», dijo Newman, «es algún secreto que involucra a su tío, pero lo que es exactamente aún no lo he podido descubrir, aunque tengo fuertes sospechas. No se las adelanto para que después no vaya a sufrir una decepción».

«¡Yo una decepción!», exclamó Nicholas. «¿Es algo que me concierne?».

«Creo que sí», respondió Newman. «Tengo metido en la cabeza que así es. He hallado a un hombre que, obviamente, sabe más de lo que estaría dispuesto a desembuchar, y ya ha dejado caer algunas insinuaciones que me dejan perplejo... se lo juro, me dejan perplejo», dijo Newman, rascándose su enrojecida nariz hasta llevarla a un estado de violenta inflamación, mientras clavaba la mirada en Nicholas a más no poder.

Extrañado de que algo hubiera llevado a atensar a su amigo a tal extremo de misterio, Nicholas trató, a través de una serie de preguntas, de elucidar la causa, pero fue en vano. No pudo obligar a Newman a hacer ninguna declaración más explícita, más allá de repetir los enigmas que ya había dejado caer, y recalcar cuán necesario era emplear la máxima cautela; cómo Ralph, con sus ojos de lince, ya lo había visto en compañía del informante desconocido, y cómo él mismo tenía a Ralph sobre ascuas a fuerza de emplear gran cautela en sus actos e ingeniosidad extrema en sus dichos, para lo cual se había venido preparando desde, el principio.

Recordando la propensión de su acompañante —cuya nariz permanentemente, como un faro, ponía sobreaviso a todos los que la contemplaran— Nicholas lo condujo hacia una apartada taberna, y allí se pusieron a repasar el origen y desarrollo de su amistad, como a veces suelen hacer los hombres, y rastreando los pequeños acontecimientos que más la habían marcado, al fin llegaron a la Srta. Cecilia Bobster.

«Eso me recuerda», dijo Newman, «que usted nunca me dijo el verdadero nombre de la joven».

«Madeline», dijo Nicholas.

«¡Madeline!», exclamó Newman. «¿Qué Madeline? Su apellido... diga su apellido».

«Bray», dijo Nicholas, muy asombrado.

«¡Es el mismo!», chilló Newman. «¡Qué triste historia! ¿Permanecerá usted cruzado de brazos y permitirá que ese matrimonio aberrante se lleve a

cabo sin hacer ni un intento por salvarla?».

«¿De qué estás hablando?», exclamó Nicholas, sobresaltándose. «¡Matrimonio! ¿Estás loco?».

«¿Lo está usted? ¿Y ella? ¿Está usted ciego, sordo, insensato, muerto?», dijo Newman. «¿Sabe usted que dentro de veinticuatro horas, por mediación de su tío Ralph, ella desposará a un hombre tan malo como él, o peor si peor existiera? ¿Sabe usted que dentro de veinticuatro horas ella será sacrificada (tan seguro como que usted está ahora ahí respirando) a un decrepito tunante... nacido y criado como un demonio, y envejecido en el aprendizaje del modo de ser del demonio?».

«Cuidado con lo que dices», respondió Nicholas, «Por Dios, ten cuidado. Estoy aquí solo, y aquellos que podrían extenderme una mano para rescatarla están lejos. ¿A qué te refieres?».

«No sabía que ese era su nombre», dijo Newman, atragantándose de tanta vehemencia. «¿Por qué no me lo dijo? ¿Cómo habría podido saberlo? ¡Al menos habríamos tenido un poco de tiempo para pensar!».

«¿A qué te refieres?», exclamó Nicholas.

No fue tarea fácil llegar a obtener esa información. Pero después de una gran cantidad de extravagantes pantomimas que de ningún modo ayudaban al objetivo, Nicholas, que estaba casi tan frenético como el propio Newman Noggs, lo obligó a sentarse y lo mantuvo sentado hasta que comenzó a contar la historia.

Rabia, asombro, indignación y un torbellino de pasiones pasaban atropelladamente por el corazón de Nicholas a medida que la trama se fue develando. En cuanto lo comprendió todo, con el rostro cenizo por la palidez, y todo el cuerpo en un temblor, abandonó el local corriendo a toda velocidad.

«¡Deténganlo!», exclamó Newman, mientras salía como un bólido detrás de él. «Va a cometer una locura... va a asesinar a alguien... ¡Hola!, allá va, deténganlo. ¡Al ladrón! ¡Alto ahí, ladrón!».

CAPÍTULO 52

NICHOLAS PIERDE TODA ESPERANZA DE RESCATAR A MADELINE BRAY, PERO RECUPERA EL ÁNIMO NUEVAMENTE Y DECIDE INTENTARLO. INFORMACIÓN DOMÉSTICA SOBRE LOS KENWIGS Y LOS LILLYVICK

Al darse cuenta de que Newman estaba dispuesto a detener su avance a toda costa, y temiendo que algún transeúnte bienintencionado, atraído por el grito de «al ladrón», pudiera realmente echarle mano a su persona de manera violenta y ponerlo en un desagradable aprieto del que habría sido difícil librarse, Nicholas pronto aflojó el paso y se resignó a que Newman Noggs lo alcanzase, cosa que este logró jadeando tanto que parecía imposible que hubiera podido aguantar un minuto más.

«Iré directamente a casa de Bray», dijo Nicholas. «Veré a ese hombre, y si le queda un solo sentimiento de humanidad en el pecho, una chispa de consideración por su propia hija, carente de madre y amigos como está, yo los despertaré».

«No lo conseguirá», respondió Newman. «Ya lo creo que no lo conseguirá». «Entonces», dijo Nicholas, que seguía avanzando, «actuaré según mi primer impulso, e iré directamente a ver a Ralph Nickleby».

«A la hora que usted llegue a su casa ya estará acostado», dijo Newman.

«Lo sacaré a rastras de la cama», dijo Nicholas, preso de la cólera.

«¡Vamos!», dijo Noggs. «Vuelva en sí».

«Para mí, tú eres el mejor de los amigos, Newman», prosiguió Nicholas tras una pausa, tomándole la mano al hablar. «He salido adelante de muchas pruebas, pero el sufrimiento de otra adicional, y el tipo de sufrimiento que hay en esta, me hacen sentirme, te lo digo, desesperado, y sin saber qué hacer».

En verdad, parecía un caso sin esperanza. Era imposible usar la información que Newman Noggs había conseguido recoger con tanta dificultad encerrado en el armario. Por sí misma, la circunstancia del pacto existente entre Ralph Nickleby y Gride no invalidaría el matrimonio, ni despertaría en Bray una posición contraria a él, pues aunque de hecho no

conociera la existencia del complot previo, sin duda lo sospechaba. El confuso dato relativo al fraude que se planeaba realizar contra Madeline, pero enunciado en el estilo de Newman Noggs, y oscurecido aún más por el humo que esparcía su pistola de bolsillo, resultaba totalmente ininteligible y brumoso.

«No parece haber ni un destello de esperanza», dijo Nicholas.

«Tanta mayor necesidad entonces de sangre fría para razonar, para sopesar, para pensar», dijo Newman, sus palabras con pausas, y mirando ansiosamente al rostro de su amigo. «¿Dónde están los hermanos?».

«Ambos están fuera de la ciudad por negocios urgentes, y lo estarán durante una semana entera».

«¿No hay ningún modo de comunicarse con ellos? ¿Ningún modo de hacer que alguno de ellos esté aquí mañana por la noche?».

«¡Imposible!», dijo Nicholas, «hay un mar entre ellos y nosotros. Aun con los mejores vientos que jamás soplaron, ida y vuelta nos demoraría no menos de tres días con sus noches».

«Su sobrino...», dijo Newman, «su anciano secretario».

«¿Qué podrían hacer ellos que yo no pudiera hacer?», prosiguió Nicholas. «Además, con respecto a ellos especialmente, estoy comprometido a guardar el más estricto silencio sobre este tema. ¿Qué derecho tengo a traicionar la confianza depositada en mí, cuando únicamente un milagro podría impedir este monstruoso sacrificio?».

«Piense», urgió Newman. «¿No hay algún modo?».

«No lo hay», dijo Nicholas, en un estado de absoluto abatimiento. «Ni uno solo. El padre presiona... y la hija consiente. Esos demonios la tienen en sus manos. El derecho legal, la fuerza, el poder, el dinero y todas las influencias están de parte de ellos. ¿Cómo podría yo salvarla?».

«Mientras hay vida, hay esperanza», dijo Newman, dándole una palmada en la espalda. «Siempre hay esperanza, muchacho. Nunca pierda la esperanza, que eso no es bueno. ¿Me oye usted, Nick? No es bueno. No deje piedra sin remover. Cuando menos es algo saber que se hizo cuanto se pudo. Pero no pierda la esperanza, o de nada servirá hacer algo. ¡Esperanza, esperanza hasta el final!».

Nicholas necesitaba que lo alentaran. La información de los planes de los dos usureros le había llegado tan de repente, quedaba tan poco tiempo para obrar en circunstancias tan adversas, la probabilidad, que era casi certeza, de que dentro de pocas horas Madeline Bray quedara para siempre fuera de su alcance, destinada a sufrimientos inenarrables, y quizás a una muerte

prematura... todo esto lo había aturdido y abrumado sobremanera. Todas las esperanzas que él se había atrevido a albergar respecto a ella, o que inconscientemente había alentado, parecían derrumbarse ahora a sus pies, marchitas y muertas. Todos los encantos de los que su memoria o su imaginación la habían rodeado, se presentaban ante él de un modo que no hacía sino aumentar su angustia y agregar nuevas amarguras a su desesperación. Cada sentimiento de solidaridad con su situación de desamparo, y de admiración por su heroicidad y estoicismo, agravaba la indignación que lo estremecía de pies a cabeza y le henchía el corazón al punto de hacerlo estallar.

Pero estando trastornado a tal punto su propio corazón, el de Newman vino en su auxilio. Había tal aplomo en la reconvención que este le dirigiera, y tanta sinceridad y fervor en sus maneras —siempre tan disparatadas y extrañas— que esto transmitió a Nicholas una renovada firmeza, y le permitió decir, después de caminar un pequeño trecho en silencio:

«Me has impartido una buena lección, Newman, y la aprovecharé. Hay por lo menos un paso que puedo dar, y lo daré, ya lo creo, y mañana lo pondré en práctica».

«¿Cuál?», preguntó Noggs, pensativo. «¿No será amenazar a Ralph? ¿No será ir a ver al padre?».

«Ir a ver a la hija, Newman», respondió Nicholas. «¡Hacer, después de todo, lo máximo que los hermanos podrían haber hecho de estar aquí, como ojalá quiera Dios que suceda! Razonar con ella sobre esta horrible unión, hacerle ver todos los horrores a los que en breve quedará expuesta, tal vez por obrar con precipitación y sin detenerse a reflexionar. Rogarle que al menos se conceda una tregua. No ha tenido a nadie para aconsejarla en bien suyo, y tal vez todavía hasta yo logre conmoverla en ese punto, aunque ya prácticamente no haya tiempo, y ella esté al borde mismo de la ruina».

«¡Bien dicho!», dijo Newman. «¡Bien hecho, bien hecho! Sí. Muy bien».

«Y la verdad», exclamó Nicholas, con honesto entusiasmo, «es que no me mueven en este empeño consideraciones egoístas o personales, sino tanta compasión hacia ella y odio y aborrecimiento por esta intriga cruel, que haría lo mismo aunque tuviera veinte rivales sobre el terreno, y yo fuera el menos favorecido de todos».

«De seguro lo haría», dijo Newman. «Pero ¿a dónde se lanza ahora?».

«A casa», respondió Nicholas. «¿Vendrás conmigo, o nos despedimos?».

«Lo acompañaré un pequeño trecho si usted camina y no corre», dijo Noggs. «Esta noche no puedo caminar, Newman», repuso Nicholas

apresuradamente. «Tengo que moverme rápido, o de lo contrario me ahogaría. ¡Mañana te contaré lo que haya dicho y hecho!».

Sin esperar respuesta, salió disparado a paso veloz, y sumergiéndose en las multitudes que abarrotaban la calle, pronto se perdió de vista.

«A veces es un joven violento», dijo Newman, tratando de divisarlo, «y, sin embargo, por eso mismo lo aprecio. Motivos tiene, o es el diablo en persona el que está mezclado en esto. ¡Esperanza! ¡Dije esperanza, me parece! Con los dos cerebros de Ralph Nickleby y Gride asociados... ¡y que vaya a haber alguna esperanza para el adversario! ¡Jo, jo!».

Newman Noggs concluyó este soliloquio con una risa muy melancólica, y sacudiendo tristemente la cabeza y con un semblante muy abatido, volvió la espalda y se encaminó lentamente hacia su destino.

En muchos sentidos, y en circunstancias corrientes, ese destino habría sido alguna tabernita u otro local de expendio de licores. Pero Newman estaba demasiado interesado y ansioso para siquiera encaminarse hacia ese recurso, de modo que, sumido en desalentadas y téticas reflexiones, se encaminó directamente a casa.

Aquella tarde la Srta. Morleena Kenwigs había recibido una invitación para desplazarse al día siguiente en vapor desde el puente de Westminster hasta la Isla de EelPie en Twickenham, para disfrutar allí de un refrigerio fresco, cerveza de botella, jugo de cítrico con ron y camarones, y para bailar al aire libre con la música de una banda itinerante, que actuaría en aquel sitio por haber sido especialmente contratada por un maestro de baile de amplias relaciones con vistas a hallar acotejo para sus numerosas alumnas, y los alumnos, a su vez, expresaban su aprecio por los servicios del maestro de baile comprando ellos mismos, e induciendo a sus amigos a imitarlos, diversas entradas de color azul celeste que les daban derecho a unirse a la expedición. Una de esas entradas de color azul celeste había sido entregada a la Srta. Morleena Kenwigs por una vecina pretenciosa, con una invitación para que acompañara a sus hijas. Y como la Sra. Kenwigs acertadamente consideró que el honor de la familia dependía de que la Srta. Morleena se presentara del modo más espléndido posible aun cuando aquel aviso había sido hecho con tan corto plazo de antelación, y así hacer saber al maestro de baile que había otros maestros de baile además de él, y a todos los padres y madres presentes que los hijos de otras personas también podían aprender a ser tan elegantes como los de ellos, se desmayó dos veces ante la magnitud de sus preparativos, pero apuntalada por la firme determinación de poner en alto

del nombre de la familia o perecer en el intento, aún seguía laborando intensamente cuando Newman Noggs llegó a casa.

Ahora bien, entre el planchado a la italiana de los adornos, los volantes de los pantalones, las orlas del vestido, los desmayos y las vueltas en sí inherentes a la ocasión, la Sra. Kenwigs había estado tan enteramente atareada que no había observado, hasta solo media hora antes, que las muy rubias coletas de la Srta. Morleena se habían echado a perder, y que a menos que fueran puestas en manos de un hábil peluquero, jamás podría ella conseguir aquel señalado triunfo por encima de las hijas de todas las demás personas, y cualquier cosa que no alcanzara ese objetivo equivaldría a una derrota. Este descubrimiento sumió a la Sra. Kenwigs en la desesperación, pues el peluquero vivía a una distancia de tres calles y ocho peligrosos cruces. No se podía confiar en que Morleena fuera allí sola, incluso en el supuesto de que semejante proceder fuera estrictamente correcto, cosa que la Sra. Kenwigs dudaba. El Sr. Kenwigs no había regresado del trabajo, y no había nadie para llevarla. Así que la Sra. Kenwigs primero abofeteó a la Srta. Kenwigs por ser la causa de su contrariedad, y se puso a llorar un poco.

«¡Niña ingrata!», dijo la Sra. Kenwigs, «después de todo lo que he pasado esta noche por tu propio bien».

«No lo puedo evitar, mamá», respondió Morleena, también bañada en lágrimas, «el pelo me crece».

«¡Ni una palabra más, so malcriada!», dijo la Sra. Kenwigs, «ni una sola. Aunque me atreviera a dejarte ir sola y te salvaras de que te atropellaran, sé que te encontrarías con Laura Chopkins», (que era la hija de la vecina pretenciosa), «y le dirías qué te ibas a poner mañana, sé que se lo dirías. No tires el debido amor propio, y no se puede confiar en ti ni perderte de vista un instante».

Lamentándose en esos y otros términos de que su hija mayor fuera tan mal agradecida, la Sra. Kenwigs destiló de sus ojos algunas gotas frescas más de contrariedad, y declaró estar segura de que jamás nadie había sido sometido a tantas duras pruebas como ella. Frente a esto, Morleena Kenwigs volvió a sollozar, y ambas se lamentaron al unísono.

Así andaban las cosas cuando se oyó a Newman Noggs pasar cojeando frente a la puerta para encaminarse escaleras arriba, momento en el cual la Sra. Kenwigs, renovando sus esperanzas al oír aquellas pisadas, eliminó apresuradamente de su semblante todas las trazas de su reciente emoción, que era posible borrar en tan breve lapso de tiempo, y presentándose frente a él, y explicándole su dilema, le rogó que escoltara a Morleena hasta la peluquería.

«No se lo habría pedido, Sr. Noggs», dijo la Sra. Kenwigs, «de no ser porque sé lo amable que es usted y lo bondadoso que es su corazón... no, por nada del mundo lo habría hecho. Aunque frágil en mi constitución, Sr. Noggs, ¡sería tan difícil para mi sensibilidad pedir un favor a quien crea que tiene posibilidades de rehusármelo, como aceptar ver a mis hijos tratados sin miramientos y pisoteados por la envidia y la bajeza!».

Newman tenía el corazón demasiado blando para negarse aunque la Sra. Kenwigs no le hubiera dado aquella muestra de su confianza. Por consiguiente, solo unos pocos minutos después él y la Srta. Morleena partían rumbo a la peluquería.

No era exactamente una peluquería. Es decir, personas de condición tosca y vulgar la habrían llamado una barbería, pues no solo cortaban y rizaban con elegancia los cabellos de las damas, y primorosamente los de los niños, sino que además afeitaban de manera excelente. De todas formas era un establecimiento elegante —casi de primera categoría realmente— y en la vidriera se exhibían, además de otros refinamientos, los bustos de cera de una blanca dama y de un oscuro caballero que eran la admiración de todo el barrio. De hecho, algunas damas llegaban incluso a afirmar que el oscuro caballero era en realidad un retrato del joven y vigoroso propietario, y la gran similitud entre la forma de peinarse de ambos —cabellos muy lisos partidos al centro de arriba a abajo por una fina raya recta, y a ambos lados toda una profusión de aplastados rizos circulares— alentaba esa idea. Sin embargo, las mejor informadas entre las del bello sexo desestimaban esta afirmación, pues por más dispuestas que estuvieran (y lo estaban mucho) a hacer plena justicia al apuesto propietario, sostenían que el semblante del oscuro caballero de la vidriera era más bien una idea exquisita y abstracta de la belleza masculina, que quizás a veces se materializaba en ángeles y militares, pero muy rara vez se encamaba para alegrar los ojos de los mortales.

A ese establecimiento condujo Newman Noggs a la Srta. Kenwigs sana y salva, y como el propietario sabía que la Srta. Kenwigs tenía tres hermanas, cada una de ellas con dos coletas muy rubias, y cada una de ellas valoradas en seis peniques una vez al mes por lo menos, rápidamente abandonó a un anciano al que acababa de enjabonar para un afeitado, y entregándoselo a su auxiliar (que no era muy popular entre las damas por razón de su obesidad y edad madura) se fue él mismo a atender a la joven.

Justo cuando acababa de efectuarse este cambio, se presentó para afeitarse un carbonero grande, fornido y jaranero con una pipa en la boca, que

pasándose la mano por la barbilla preguntó si habría algún barbero desocupado.

El empleado al que hizo esta pregunta miró con expresión dubitativa al joven propietario, y el joven propietario miró con desprecio al carbonero, al tiempo que respondía:

«Aquí no lo podríamos afeitar, buen hombre».

«¿Por qué no?», preguntó el carbonero.

«No afeitamos caballeros de su clase», respondió el joven propietario.

«¡Pero si yo lo vi afeitar a un panadero cuando estuve mirando por la vidriera la semana pasada!», dijo el carbonero.

«Hay que fijar el límite en *algún* punto, mi buen amigo», respondió el dueño. «Ahí fijamos el límite. No podemos ir más abajo de los panaderos. Si fuéramos más abajo de los panaderos nuestros clientes nos abandonarían, y quizás tendríamos que cerrar el negocio. Deberá intentarlo en algún otro establecimiento, señor. Aquí no lo podemos atender».

El solicitante dirigió una mirada y una sonrisa burlona hacia Newman Noggs, que parecía hallarse muy distraído, miró un poco en derredor por todo el local, como desestimando los potes de ungüentos perfumados y otros artículos en existencia, se sacó la pipa, emitió un silbido muy estridente, y después de volvérsela a poner en la boca, abandonó el local.

El anciano que acababa de ser enjabonado y que estaba sentado muy mustio, con el rostro vuelto hacia la pared, no pareció haberse percatado del incidente, e insensible a todo lo que lo rodeaba, continuó sumergido en las profundidades de la ensoñación —muy acongojante, a juzgar por los suspiros con los que ocasionalmente se desahogaba— en la que estaba absorto. Afectado por lo sucedido, el propietario ya había comenzado a hacerle los cortes a la Srta. Kenwigs, el empleado a raspar al anciano, y Newman Noggs a leer el periódico del domingo pasado, los tres en silencio, cuando la Srta. Kenwigs emitió un chillido agudo y, al levantar Newman la vista, vio que este había sido causado por la circunstancia de que el anciano había vuelto hacia ellos la cabeza y mostrado los rasgos del Sr. Lillyvick, el recaudador.

Eran en efecto los rasgos del Sr. Lillyvick, pero extrañamente alterados. Si jamás existió un anciano que se esforzara por aparecer en público afeitado bien a ras y limpiamente, ese anciano era el Sr. Lillyvick. Si existió jamás un recaudador que se comportase como recaudador y asumiera ante todos los hombres una dignidad solemne y portentosa como si el mundo entero estuviera asentado en sus libros y todo él tuviera un atraso de dos trimestres, ese recaudador era el Sr. Lillyvick. E incluso ahora, que estaba ahí sentado

con los restos de una barba de al menos una semana estorbándole en la barbilla, con los adornos de la camisa sucios, arrugados y como si estuvieran acurrucados en su pecho en vez de sobresalir con valentía; con un porte tan avergonzado y lánguido, tan triste, expresivo de tanta humillación, aflicción y vergüenza, que si las almas carentes de sustancia de cuarenta amas de llaves que hubieran, todas ellas, sufrido que les cortaran el suministro de agua por falta de pago se hubieran podido concentrar en un solo cuerpo, ese cuerpo apenas habría podido expresar tanta mortificación y derrota como ahora expresaba la persona del Sr. Lillyvick, el recaudador.

Newman Noggs pronunció su nombre, y el Sr. Lillyvick gimió, y luego tosió para disimular. Pero el gemido fue de cuerpo entero, y la tos apenas una sibilante.

«¿Ocurre algo?», dijo Newman Noggs.

«¡Que si ocurre, señor!», exclamó el Sr. Lillyvick. «El tapón de la vida está seco, señor, y apenas queda el barro».

Como esta declaración —cuyo estilo Newman atribuyó a la reciente asociación del Sr. Lillyvick con gente de teatro— no fue bastante explicativa, Newman parecía a punto de hacer otra pregunta cuando el Sr. Lillyvick se lo impidió sacudiéndole la mano tristemente, y luego haciendo un ademán con la suya.

«Que me afeiten», dijo el Sr. Lillyvick. «Habré terminado antes que Morleena... ¿es Morleena, no?».

«Sí», dijo Newman.

«Los Kenwigs tienen un bebé, ¿no?», preguntó el recaudador.

Newman volvió a decir que sí.

«¿Es un niño bueno?», preguntó el recaudador.

«No es demasiado malo», respondió Newman, bastante turbado por la pregunta.

«Susan Kenwigs solía decir», observó el recaudador, «que si alguna vez tenía otro niño, esperaba que fuera como yo. ¿Se parece a mí, Sr. Noggs?».

Era un interrogatorio desconcertante, pero Newman lo evadió respondiendo al Sr. Lillyvick que, con el tiempo, el bebé podría llegar a parecersele.

«Me alegraría tener a alguien que se me pareciera de algún modo», dijo el Sr. Lillyvick, «antes de morir».

«No tendrá usted intenciones de hacerlo próximamente, ¿no?», dijo Newman.

A esto el Sr. Lillyvick respondió con voz solemne: «¡Que me afeiten!», y volviendo a ponerse en manos del empleado, no dijo una palabra más.

Era un comportamiento insólito, y tan insólito le pareció a la Srta. Morleena que esta joven, desafiando el peligro inminente de que le cortaran de un tajo una oreja, no pudo evitar volver la cabeza para mirar unas veinte veces durante el anterior coloquio. Sin embargo, el Sr. Lillyvick ni la miró, esforzándose más bien (o al menos eso le pareció a Newman Noggs) por no mirarla, tratando de encogerse dentro de sí cada vez que atraía su mirada. Newman se devanaba los sesos tratando de imaginar qué habría podido causar ese cambio de conducta en el recaudador, pero reflexionando filosóficamente

en torno a que muy probablemente lo sabría tarde o temprano, y que podía darse perfectamente el lujo de esperar, no dejó que el singular comportamiento del anciano lo perturbara demasiado.

Habiendo al fin concluido el corte y el rizado, el anciano, que había estado esperando algún tiempo, se levantó para partir, y saliendo con Newman y su encomendada, tomó el brazo de aquel y los acompañó un buen rato sin pronunciar palabra. Newman, a quien, a taciturno, nadie le ganaba, no hizo intento alguno de romper el silencio, y así siguieron hasta que, casi llegando al hogar de la Srta. Morleena, el Sr. Lillyvick dijo:

«¿Se quedaron muy sobrecogidos los Kenwigs con aquella noticia, Sr. Noggs?».

«¿Qué noticia?», respondió Newman.

«La de que yo... yo... me había...».

«¿Casado?», sugirió Newman.

«¡Ah!», respondió el Sr. Lillyvick, con otro gemido... esta vez ni siquiera disfrazado con una sibilante.

«Mamá lloró cuando lo supo», interrumpió la Srta. Morleena, «pero se lo ocultamos durante mucho tiempo, y papá se deprimió mucho, pero ahora ya está mejor. Y yo estuve muy enferma, pero también estoy mejor».

«¿Le darías un beso a tu tío abuelo si él te lo pidiera, Morleena?», dijo el recaudador, con cierta vacilación.

«Sí... tío Lillyvick, te lo daría», repuso la Srta. Morleena, con la energía combinada de sus dos progenitores, «pero no a la tía Lillyvick. Ella no es tía mía, y jamás la llamaré así».

Inmediatamente después de pronunciarse estas palabras, el Sr. Lillyvick alzó a Morleena en sus brazos y la besó, y como a estas alturas estaban frente a la puerta de la casa de los Kenwigs (que, como ya se ha dicho, habitualmente permanecía abierta de par en par), entró directamente a la sala del Sr. Kenwigs y depositó a Morleena justo en el medio. El Sr. y la Sra. Kenwigs estaban comiendo. Al ver a su traicionero pariente, a la Sra. Kenwigs le dio un vahído y se puso pálida, y el Sr. Kenwigs, majestuosamente, abandonó su asiento.

«Kenwigs», dijo el recaudador, «déme la mano».

«Zeñor», dijo el Sr. Kenwigs, «hubo un tiempo en que me enorgullecía estrechar la mano de un hombre como el que ahora me *eztá escrutando*. Hubo un tiempo, *zeñor*», dijo el Sr. Kenwigs, «en que una *vizita* de *ese* hombre *zucitaba* en mí y en el *zeno* de mi familia *zenzacionez* tan *naturales* como *inzozpechadaz*. Pero ahora contemplo a *ese* hombre con *emocionez* que

zobrepazan totalmente a todo, y me pregunto dónde *está zu* honor, dónde *zu* franqueza, y dónde *zu* humanidad».

«Susan Kenwigs», dijo el Sr. Lillyvick, volviéndose humildemente en dirección a su sobrina, «¿no me dices nada?».

«Ella no tiene *fuerzaz* para *eso, zeñor*», dijo el Sr. Kenwigs, golpeando enfáticamente la mesa. «Vaya, amamantando a un bebito *zaludable*, y cavilando *zobre* la crueldad de *zu* conducta, *doz litroz* de licor de malta *cazi* no *baztan* para *soztenerla*». «Me alegra», dijo el pobre recaudador sumisamente, «saber que el bebé es saludable. Me alegra mucho».

Esto tocó a los Kenwigs en su fibra más sensible. La Sra. Kenwigs rompió de inmediato a llorar, y el Sr. Kenwigs se emocionó muchísimo.

«Durante todo el tiempo que *eze* niño *eztuvo* por venir, mi mayor placer» dijo el Sr. Kenwigs, tristemente, «era *penzar, zi ez* varón, como *ezpero* que *zea, puez he* oído decir a *zu* tío Lillyvick una y otra vez que preferiría que el próximo que *tuviéramoz* fuera varón... *zi ez* varón, ¿qué dirá *zu* tío Lillyvick...? ¿qué nombre querría que le *puziéramoz*...? ¿quizá Peter, o Alexander, o Pompey, o *Diógenes*, o qué nombre querría que le *puziéramoz*? Y ahora, cuando lo miro... a *ezte* bebé precioso, inocente, *dezvalido*, que aún no *zabe uzar zuz manitaz más* que para romper *zu* gorrito, y *zuz piernecitaz más* que para *patearze* a *zí* mismo... cuando lo veo *acoztado zobre laz piemaz* de *zu* madre, haciendo *gorgoritoz* y *máz gorgoritoz*, y, en *zu* inocencia, *atragantádoze casi* con *zu* puñito... cuando lo veo, tan bebecito como *ez*, y *pienzo* que aquel tío Lillyvick, que en *otroz tiempoz* iba a quererlo tanto, *ze* ha alejado, me embarga tal *zentimiento* de venganza que ninguna lengua *zería* capaz de *dezcribir*, y *ziento* como *zi hazta ezte zanto* bebé me *eztuviera* diciendo también que lo odiaba».

Este cuadro enternecedor conmovió profundamente a la Sra. Kenwigs. Tras varias palabras trucas que en vano pugnaron por salir a la superficie, ahogadas y empujadas hacia atrás por la fuerte marea de sus lágrimas, ella habló.

«Tío», dijo la Sra. Kenwigs, «pensar que me habías vuelto la espalda a mí y a mis queridos hijos, y a Kenwigs, el autor de sus días... tú, que antes fuiste tan bondadoso y afectuoso, y si alguien nos hubiera dicho que ibas a hacer algo así, habríamos caído sobre él como un rayo, aplastándolo con desprecio... tú, por quien dimos nombre a aquel pequeño Lillyvick, nuestro primer y más temprano varón en el mismísimo altar... ¡oh, Dios!».

«¿Era *acazo* el dinero lo que *noz interezaba*?», dijo el Sr. Kenwigs. «¿Alguna vez *acazo tuvimos* en mente *zuz propiedades*?».

«No», exclamó la Sra. Kenwigs, «yo desprecio todo eso».

«Y yo también», dijo el Sr. Kenwigs, «y *Sempre* lo he *depreciado*».

«Mis sentimientos han sido lacerados», dijo la Sra. Kenwigs, «la angustia me ha roto el corazón en pedazos, me siento como si estuviera confinada, mi inocente criatura se ha vuelto majadera y rebelde, Morleena se ha consumido como una vela. Todo esto lo olvido y lo perdono, y de ti, tío, jamás podré distanciarme. Pero no me pidas que la reciba a ella... jamás lo hagas, tío. Porque no lo haré, no lo haré, no lo haré, no lo haré, no lo haré...».

«Susan, querida», dijo el Sr. Kenwigs, «piensa en tu hijo».

«Sí», chilló la Sra. Kenwigs, «¡Pensaré en mi hijo! ¡Pensaré en mi hijo! Mi propio hijo, del que ningún tío puede privarme, mi propio hijito odiado, despreciado, abandonado, separado». Y aquí las emociones de la Sra. Kenwigs se desbordaron de tal modo que el Sr. Kenwigs se vio obligado a administrar internamente sales volátiles, y externamente vinagre, y a zafar un amarre de sostén, dos cintas de enaguas y varios botoncitos.

Newman había sido espectador silencioso de esta escena, pues el Sr. Lillyvick le había indicado con un gesto que no se retirara, y además el Sr. Kenwigs había solicitado su presencia mediante un movimiento de cabeza indicativo de una invitación. En cuanto la Sra. Kenwigs se hubo medianamente restablecido, y Newman, como persona dotada de cierta influencia sobre ella, la reconvino y le rogó que se tranquilizara, el Sr. Lillyvick dijo con voz vacilante:

«Nunca pediré a nadie aquí que reciba a mi... no tengo que mencionar la palabra, ustedes saben a qué me refiero. Kenwigs y Susan, ayer hizo una semana que ella se fugó con un capitán retirado, de pacotilla».

El Sr. y la Sra. Kenwigs se sobrecogieron al unísono.

«Se fugó con un capitán retirado, de pacotilla, con una nariz de botella y del que cualquier hombre habría huido. Fue en esta habitación», dijo el Sr. Lillyvick, mirando a su alrededor con severidad, «que por primera vez vi a Henrietta Petowker. Es en esta habitación donde me la saco de adentro para siempre».

Esta declaración cambió completamente el esquema del asunto. La Sra. Kenwigs se lanzó al cuello del anciano, reprochándose amargamente por su reciente dureza, y exclamando que si ella sufrió ¡cuánto debió de haber sufrido él! El Sr. Kenwigs agarró su mano y le juró eterna amistad y remordimiento eterno por haberlo atacado. La Sra. Kenwigs estaba horrorizada de pensar que jamás hubiera podido cobijar en su pecho a ese reptil, ofidio, culebra, serpiente, víbora, e infame cocodrilo de Henrietta

Petowker. El Sr. Kenwigs arguyó que muy mala debía de haber sido ella, que no mejoró en su largo tiempo de contacto con la virtud de la Sra. Kenwigs. La Sra. Kenwigs recordó que el Sr. Kenwigs había dicho con frecuencia que no estaba del todo convencido de que la conducta de la Srta. Petowker fuese correcta, y se preguntó cómo pudo estar tan ciega ante semejante desgraciada. El Sr. Kenwigs recordó que él había tenido sus sospechas, pero no le extrañó que la Sra. Kenwigs no tuviera otras tantas, por ser ella dechado de castidad, pureza y candor, y Henrietta un compendio de toda bajeza, falsedad y engaño. Y tanto el Sr. como la Sra. Kenwigs dijeron con desatados sentimientos y lágrimas de compasión que todo lo que sucedía convenía, y le suplicaron al buen recaudador que no diera rienda suelta a una aflicción inútil, sino que buscara consuelo en la compañía de aquellos amorosos parientes cuyos brazos y corazones siempre estarían abiertos para él.

«Por afecto y consideración a ustedes, Susan y Kenwigs», dijo el Sr. Lillyvick, «y no por venganza ni rencor contra ella —pues estoy muy por encima de eso—, mañana por la mañana asignaré a vuestros hijos, y haré pagadero a los que sobrevivan y lleguen a edad de matrimonio, el dinero que en otros tiempos pensaba dejarles en mi testamento. La escritura se ejecutará mañana, y el Sr. Noggs será uno de los testigos. Él me oye prometerlo, y me verá cumplirlo».

Sobrecogido por ese noble y generoso ofrecimiento, el Sr. Kenwigs, la Sra. Kenwigs y la Srta. Morleena Kenwigs, los dos juntos, comenzaron a sollozar, y al comunicarse el ruido de sus sollozos a la habitación contigua, donde estaban acostados los niños, y contagiarse estos y ponerse también a llorar, el Sr. Kenwigs se precipitó en un arrebato hacia el dormitorio y los fue sacando en sus brazos, de dos en dos, y poniéndolos con sus gorros y sus camisones a los pies del Sr. Lillyvick, y les pidió que le dieran las gracias y lo bendijeran.

«Y ahora», dijo el Sr. Lillyvick, una vez desarrollada esta desgarradora escena tras la cual los niños volvieron a ser sacados de allí, «denme algo de comer. Esto ocurrió a treinta kilómetros de la ciudad. He llegado esta mañana, y he estado vagando todo el día sin poder decidirme a venir a verlos. Yo la complací en todo, la dejé salirse siempre con la suya, hizo todo lo que quiso, y ahora... esto. Había doce cucharitas y veinticuatro libras en soberanos... primero las eché de menos... qué prueba tan dura... creo que nunca podré volver a tocar con doble toque a las puertas cuando haga mis rondas... ni una palabra más sobre esto, por favor... las cucharas valían... no se preocupen... ¡no se preocupen!».

Al murmurar este tipo de emotivas consideraciones, el anciano vertió unas pocas lágrimas, pero enseguida lo llevaron a la butaca y lo convencieron, sin mucho esfuerzo, de comerse una buena comida, y ya para el momento en que había concluido su primera pipa y liquidado media docena de vasos sacados de una ponchera grande —enviada a comprar por el Sr. Kenwigs para celebrar su regreso al seno de la familia—, parecía, aunque aún muy humilde, bastante resignado a su suerte y más aliviado que otra cosa por la fuga de su mujer.

«Cuando veo a *eze* hombre», dijo el Sr. Kenwigs, con un brazo en torno a la cintura de la Sra. Kenwigs, la otra mano aguantando su pipa (que le hacía pestañar y toser mucho, pues no era fumador) y la vista puesta en Morleena, que estaba sentada sobre las piernas de su tío, «cuando vuelvo a ver a *eze* hombre otra vez en el hogar que adorna, y veo *explayarze zuz afectoz en zituacionez legítimaz, ziento* que *zu* carácter *ez* tan elevado y abarcador como *ez* intachable *zu* posición ante la *zociedad*, y *laz* *vocez* de *miz* *pequeñoz*, *cuyaz* *vidaz* han quedado *azeguradaz*, parecen murmurarme *zuavemente* que ¡*hazta* el Cielo mira *dezde* *zu* altura *ezte* acontecimiento!».

CAPÍTULO 53

QUE CONTIENE LA CONTINUACIÓN DEL COMLOT IDEADO POR EL SR. RALPH
NICKLEBY Y EL SR. ARTHUR GRIDE

Con esa determinación sosegada y esa firmeza de propósito que con frecuencia nacen de circunstancias extremas cuando estas actúan sobre temperamentos menos excitables y más flemáticos que el que tocó en suerte al admirador de Madeline Bray, Nicholas se levantó de un golpe, al amanecer, del lecho intranquilo que el sueño no había visitado aquella noche, y se dispuso a hacer aquel último llamado de cuya hebra leve y frágil pendía la única esperanza que le quedaba.

Aunque para las mentes desasosegadas y ardientes la mañana podría ser el momento apropiado para el trabajo fuerte y la actividad, no es siempre a esa hora que la esperanza es más fuerte o el espíritu más optimista y confiado. En situaciones adversas y dudosas, el uso, la costumbre, tener aquello permanentemente ante la vista, o las dificultades que nos rodean y nuestra familiaridad con ellas, disminuyen imperceptiblemente nuestras aprensiones y engendran en nosotros una relativa indiferencia, cuando no una vaga y temeraria confianza en que llegará algún alivio, cuyos medios o naturaleza no nos importa prever. Pero cuando recién nos topamos con tales cosas por la mañana, con esa oscura y silenciosa brecha que esa hora abre entre nosotros y el ayer, cuando hay que volver a remachar cada eslabón en la quebradiza cadena de las esperanzas, con nuestro cálido entusiasmo sometido, y sustituido por una fría y calmada razón, reviven la duda y el recelo. Al igual que el viajero ve más lejos de día, y toma conciencia de las accidentadas montañas y de las llanuras impenetrables que la amistosa oscuridad ocultaran tanto a su vista como a su mente, así también el caminante, en el fangoso sendero de la vida humana ve, con cada sol que regresa, algún nuevo obstáculo al cual sobreponerse, algún nueva cima que vencer. Ante él se alargan las distancias que anoche apenas se tenían en cuenta, y la luz dorada que envuelve toda la naturaleza con sus alegres rayos parece brillar solo sobre

los fastidiosos obstáculos que siguen esparcidos por el camino que lo separa a él de la tumba.

Eso pensaba Nicholas cuando, con la natural impaciencia que provoca una situación de este tipo, abandonó la casa en silencio, y con la sensación de que permanecer en la cama sería perder un tiempo preciosísimo y estar en pie promovería de algún modo el final que tenía en mente, partió caminando hacia Londres, aun sabiendo perfectamente bien que todavía habrían de pasar muchas horas antes de que fuera el momento indicado para conferenciar con Madeline, y que lo único que podía hacer era desear que el tiempo que mediaba transcurriera deprisa.

E incluso ahora, mientras deambulaba por las calles y con apatía miraba a su alrededor el bullicio y los preparativos para la jornada, que aumentaban gradualmente, todo parecía proporcionarle un nuevo motivo para el desaliento. La noche anterior el sacrificio de un joven ser, tierno y bello, a semejante desgraciado y por semejante causa le había parecido algo demasiado monstruoso para tener éxito, y mientras más se calmaba su exaltación, más confianza sentía en que alguna intromisión tenía que salvarla de sus garras. Pero ahora, cuando pensaba en la regularidad con que un día sucede al otro en la misma invariable ronda... cómo la juventud y la belleza morían, y la fea y quejumbrosa vejez proseguía, tambaleante, la vida... en cómo se enriquecía la taimada avaricia, y los corazones viriles y honestos seguían pobres y tristes... qué pocos eran los inquilinos de las casas majestuosas, y cuántos los que se hacinaban en asquerosos corrales, o se levantaban cada día y se acostaban cada noche, viviendo y muriendo, padre e hijo, madre e hija, una carrera tras otra, y una generación tras otra, sin un hogar que les proporcionara abrigo o siquiera las energías de un solo hombre encaminadas a ayudarlos... cómo en aquella ciudad buscaban, no una vida lujosa y espléndida, sino apenas los simples medios para una subsistencia miserable e inadecuada, mujeres y niños divididos en clases, numerados y calculados con tanta regularidad como las nobles familias y gente de alto rango, y criados desde la infancia para ejercer los oficios más criminales y espantosos... cómo la ignorancia era castigada pero jamás aleccionada... cómo se abrían, ávidas, las puertas de las cárceles, y acechaban las horcas a millares de hombres empujados hacia ellas por circunstancias que ensombrecían, cual cortina, las mismísimas cabeceras de sus cunas, y a no ser por las cuales habrían podido ganarse honestamente el pan y vivir en paz... cuántos murieron en alma, y no tuvieron oportunidad de vida... cuántos, que difícilmente hubieran emprendido un mal camino, por depravados que fueran,

volvieron altaneramente la espalda al infeliz aplastado y herido que no habría podido obrar de otro modo, y habrían sido objeto de mayor sorpresa si él o ella hubieran salido adelante en vez de fracasar... cuánta injusticia, y sufrimiento, y agravio había, y sin embargo, cómo seguía andando el mundo de año en año, igualmente despreocupado e indiferente, sin que ningún hombre procurara remediarlo o enmendarlo... Cuando pensó en todo esto, y eligió, de entre el grueso, aquel único y minúsculo caso en el que se concentraban sus pensamientos, sintió, en efecto, que había poco fundamento para la esperanza, y poca causa o razón por la cual no debiera ser también ella un átomo más en el inmenso complejo de angustia y pesar, y agregarse, como una unidad pequeña y carente de importancia que engrosara el monto general.

Pero la juventud no es propensa a contemplar el lado más oscuro de un cuadro que pueda mover a voluntad. A fuerza de reflexionar sobre lo que tenía que hacer, y de revivir el hilo de pensamiento que interrumpiera la noche anterior, Nicholas fue gradualmente concentrando su máxima energía, y para el momento en que la mañana había avanzado bastante como para llevar a cabo su propósito, no pensó sino en usarla para sacar de ella la mayor ventaja posible. Después de tomar un apresurado desayuno, y de ocuparse de los asuntos de negocios que requerían pronta atención, encaminó sus pasos hacia la residencia de Madeline Bray, adonde no demoró en llegar.

Se le había ocurrido que era muy posible que la joven pudiera no estar en condiciones de recibir visitantes, aunque a él nunca le había negado la entrada, y seguía ponderando qué método, dado tal caso, sería más seguro para obtener acceso a ella, cuando, al llegar a la puerta de la casa descubrió que esta estaba entreabierta, probablemente por el descuido de la última persona que hubiera abandonado el lugar. El momento no era para observar la más fina etiqueta; de modo que, aprovechando esa ventaja, Nicholas subió las escaleras sin hacer ruido y tocó a la puerta de la habitación a la que habitualmente lo hacían pasar. Al darle permiso para entrar alguna persona que estaba del otro lado, abrió la puerta y entró.

Bray y su hija estaban sentados allí solos. Hacía casi tres semanas que la había visto por última vez, pero un cambio se había producido en la hermosa chica que tenía ante él, cambio que le reveló a Nicholas, en términos sobrecogedores, el sufrimiento moral acumulado en tan breve tiempo. No hay palabras que puedan expresar, nada con lo que se pueda comparar, la absoluta palidez, la transparente, fría y terrible blancura del hermoso rostro que alzó la vista hacia él cuando entró. Sus cabellos eran de un rico y profundo color castaño, pero, dando sombra al rostro, y yendo a extraviarse sobre un cuello

que rivalizaba con él en blancura, parecían, por el fuerte contraste, negros como ala de cuervo. Algo había de fiereza y desasosiego en los ojos oscuros, pero también tenía la misma mirada paciente, la misma expresión de blanda tristeza que tan bien él recordaba, y ni rastro de una sola lágrima. Lo más bello —que parecía, quizás, más bello que nunca— era algo en su rostro que lo intimidaba bastante, y parecía mucho más conmovedor que la más feroz agonía de dolor. No solo estaba tranquilo y sosegado, sino contenido y rígido, como si el violento esfuerzo que la impelía a exhibir esa serenidad ante la mirada de su padre, y que dominaba por sobre todos los demás no cediera, ni siquiera durante la expresión momentánea que aquel instante comunicaba a sus rasgos, y permaneciera fija allí para evidenciar su triunfo.

El padre estaba sentado frente a ella sin mirar directamente su rostro, echándole tan solo ojeadas mientras hablaba con un tono alegre que apenas disimulaba su estado de ansiedad. Los útiles de dibujo no estaban en la mesa acostumbrada, ni tampoco aparecía a la vista ningún otro indicio de sus ocupaciones habituales. Los jarroncitos que siempre había visto llenos de flores frescas estaban vacíos o provistos solo de irnos pocos y marchitos tallos con hojas. El pájaro se permanecía silencioso. La tela que cubría su jaula por la noche no había sido retirada. Su ama lo había olvidado.

Hay momentos en los que, por estar la mente dolorosamente sensibilizada para recibir impresiones, puede advertirse mucho de una sola ojeada. Aquel era uno de ellos, pues apenas Nicholas hubo echado una mirada a su alrededor, el Sr. Bray lo vio y dijo con impaciencia:

«¡A ver, señor! ¿Qué se le ofrece? Diga su encomienda rápidamente, por favor, que mi hija y yo estamos atareados con asuntos más importantes que los que lo traen a usted. ¡Vamos, señor! Explique de inmediato qué ha venido a buscar».

De inmediato Nicholas comprendió que la irritabilidad y la impaciencia de este discurso eran fingidas, y que, en lo profundo de su corazón, Bray se alegraba de cualquier interrupción que pudiera servir para distraer la atención de su hija. Dirigiendo involuntariamente la mirada hacia el padre mientras este hablaba, Nicholas notó de inmediato el desasosiego de este, pues se sonrojó y rápidamente alejó la vista.

Sin embargo, ese recurso, en la medida en que era un recurso para obligar a Madeline a terciar en la conversación, fue exitoso. Ella se puso de pie, avanzó en dirección a Nicholas, se detuvo a mitad de camino y alargó su mano como si esperase una carta.

«Madeline», dijo su padre con impaciencia, «mi amor, ¿qué haces?».

«La Srta. Bray tal vez espera correspondencia», dijo Nicholas, hablando con mucha claridad, y con un énfasis que ella difícilmente podría dejar de comprender. «Mi empleador no está en Inglaterra, y es por eso que no traigo carta conmigo. Espero que ella me conceda tiempo... un poquito de tiempo... pido muy poquito tiempo».

«Si eso es lo único que lo trae aquí, señor», dijo el Sr. Bray, «puede estar tranquilo en ese aspecto. Madeline, querida, yo no sabía que ese señor te adeudaba algo». «Una... una bagatela, me parece», repuso Madeline débilmente.

«¡Veamos, caballero! ¿Acaso piensa usted», dijo Bray, dando vuelta a su asiento para mirar de frente a Nicholas, «que si no fuera por las sumas miserables que usted trae aquí, dado que mi hija ha optado por emplear su tiempo del modo que lo hace, moriríamos de hambre?».

«No pienso eso», repuso Nicholas.

«¡Que no lo ha pensado!», dijo el inválido, con un rictus de burla y desprecio. «Usted sabe que sí lo ha pensado, lo ha pensado y lo piensa cada vez que viene aquí. ¿Supone usted, joven, que no conozco cómo son los pequeños tenderos infatuados de su dinero cuando, por alguna circunstancia afortunada logran sacar ventaja por un breve momento... o piensan que consiguen ventaja... sobre un caballero?».

«Mi asunto», dijo Nicholas respetuosamente, «es con una dama».

«Con la hija de un caballero, señor», le devolvió el enfermo, «y el engreimiento es el mismo. Pero tal vez traiga usted órdenes, ¿no? ¿Trae usted alguna nueva orden para mi hija, señor?».

Nicholas comprendió el tono de triunfo y el gesto de burla y desprecio con los que se llevaba a cabo este interrogatorio, pero al recordar la necesidad de mantenerse en el personaje que había adoptado, mostró un trozo de papel que supuestamente contenía una lista de algunos temas de dibujos que su empleador deseaba que se ejecutasen, y con el cual había venido preparado para enfrentar una contingencia como esta. «¡Oh!», dijo el Sr. Bray. «Esas son las órdenes, ¿eh?».

«Ya que usted insiste en usar ese término, señor... sí», respondió Nicholas. «Entonces puede usted decirle a su amo», dijo Bray, lanzando de vuelta el papel con una sonrisa de júbilo, «que mi hija... la Srta. Madeline Bray... ya no se digna a emplearse en labores como esas. Que ella no está a disposición como supone él que ella está. Que no vivimos de su dinero como, jactancioso, piensa él. Que le puede regalar lo que nos debe al primer mendigo que pase por su tienda, o sumarlo a sus propias ganancias la próxima

vez que las calcule. Y que, por lo que a mí respecto, se puede ir al demonio. ¡He ahí mi acuse recibo de sus órdenes, señor!».

«¡Y he ahí la independencia que puede permitirse un hombre que vende a su hija, tal como ha vendido él a esta doliente chica que solloza!», pensó Nicholas, indignado.

El padre estaba demasiado absorto en su propio júbilo para notar la fugaz mirada de desdén que Nicholas le dirigió y que no habría reprimido ni aunque lo tuvieran sobre el potro de tortura. «Ahí está», prosiguió, tras un breve silencio, «ya tiene su mensaje y puede retirarse... a no ser que tenga... ¡Ja...! más órdenes».

«No las tengo», dijo Nicholas, severamente, «ni tampoco por respeto a la posición social que usted tuvo antes he usado ni esa ni ninguna otra palabra que, por más inocua que fuera en sí misma, pudiera suponerse que insinuara autoridad de parte mía o dependencia de parte suya. No tengo órdenes, pero tengo temores... temores que expresaré, por más que usted se irrite... temores de que usted pudiera estar enviando a esa joven a hacer algo peor que mantenerlo a usted trabajando con sus manos, aunque fuera esforzándose hasta matarse. Esos son mis temores, y esos temores me los inspira la propia conducta de usted. Su conciencia le dirá, señor, si yo lo interpreto bien o no».

«¡Por el amor de Dios!», exclamó Madeline, interponiéndose, alarmada, entre ambos. «Recuerde, señor, que él está enfermo».

«¡Enfermo!», exclamó el inválido, boqueando y sin aliento. «¡Enfermo! ¡Enfermo! ¡Un simple mandadero me desafía y me intimida, y ella le ruega que me tenga lástima y que recuerde que estoy enfermo!».

Con la misma se produjo un paroxismo de su dolencia, tan violento, que por unos pocos momentos Nicholas temió por su vida. Pero viendo que empezaba a recuperarse, se retiró, advirtiéndole con un gesto a la joven que tenía algo importante que comunicarle, y que la esperaba fuera de la habitación. Pudo escuchar cómo el enfermo volvía en sí gradual pero lentamente, y cómo, sin hacer referencia alguna a lo que acababa de ocurrir, como si aún no lo recordara claramente, pidió que lo dejaran solo.

«¡Oh!», pensó Nicholas, «que no pierda esta leve oportunidad, y que pueda yo prevalecer, ¡aunque fuera logrando que ella pida un plazo de una semana para reconsiderar la decisión!».

«¿Tiene alguna encomienda para mí, señor?», dijo Madeline cuando apareció, muy nerviosa. «No insista ahora en eso, se lo ruego e imploro. Pasado mañana... venga entonces».

«Será demasiado tarde... demasiado tarde para lo que tengo que decir», prosiguió Nicholas, «y para entonces usted no estará aquí. Oh, señora, si hay en usted aunque sea una consideración para el que me envió aquí, aunque sea una última preocupación que pueda quedarle a usted por la tranquilidad de su propia mente y su propio corazón, por el amor de Dios, la urjo a que me escuche».

Ella intentó marcharse, pero Nicholas la retuvo suavemente.

«Escúcheme», dijo Nicholas. «Solo le pido que me escuche... no solo a mí, sino a aquel en nombre del cual hablo, y que se encuentra lejos, ajeno al peligro en que usted se halla. ¡En nombre del Cielo, escúcheme!».

La pobre sirvienta estaba allí con los ojos hinchados y enrojecidos por el llanto, y a ella Nicholas dirigió renovadas súplicas en términos tan apasionados, que, abriendo una puerta lateral y ayudando a su ama a entrar en una habitación contigua, la empleada le indicó a Nicholas que las siguiera.

«Váyase, señor, se lo ruego», dijo la joven.

«No puedo, no la dejaré de este modo», replicó Nicholas. «Tengo que cumplir un deber, y ya sea aquí o en la habitación de la que acabamos de venir, y fuera cual fuere el riesgo que corriera el Sr. Bray, tengo que rogarle a usted que vuelva a considerar el horrible camino al que ha sido empujada».

«¿A qué camino se refiere usted, y empujada por quién, señor?», preguntó la joven, esforzándose por hablar con dignidad.

«Me refiero a ese matrimonio», repuso Nicholas, «a ese matrimonio fijado para mañana por alguien que jamás desfalleció en la realización de un propósito malsano ni apoyó ningún designio bondadoso. A ese matrimonio cuya historia conozco muy bien, muchísimo mejor que usted. Conozco la red que han tejido en torno a usted. Sé qué tipo de hombres son los que forjaron estas intrigas. Usted ha sido traicionada y vendida por dinero... por oro, y cada una de las monedas está herrumbrosa por las lágrimas, cuando no enrojecida con la sangre de hombres arruinados, arrancados cruelmente de la vida por sus propias manos enloquecidas».

«Usted dice que tiene un deber que cumplir», dijo Madeline, con firmeza, «y yo también. Y con ayuda de Dios, lo he de llevar a cabo».

«Diga mejor que con la ayuda de dos demonios», respondió Nicholas, «con la ayuda de hombres, y uno de ellos es el marido que se le destina...».

«No debo oír esto», exclamó la joven, luchando por reprimir un estremecimiento, al parecer ocasionado por la alusión, leve incluso, a Arthur Gride. «Este mal, si mal fuere, me lo he buscado yo. Nadie me obliga a emprender este camino, sino que lo sigo por mi propia y libre voluntad. Ya ve

usted que no estoy obligada o forzada por amenazas ni intimidación algunas. Informe de esto», dijo Madeline, «a mi querido amigo y benefactor, y llevándose consigo mis plegarias y agradecimientos a él y a usted, ¡abandóneme por siempre jamás!».

«No lo haré hasta haberle rogado a usted, con toda la sinceridad y el fervor que me animan», exclamó Nicholas, «que posponga ese matrimonio por el plazo de una semana. No lo haré hasta haberle rogado a usted que piense con mayor profundidad en lo que hace, presionada, como lo está, al dar el paso que está a punto de dar. Aunque no puede ser totalmente consciente de la maldad de este hombre al que usted está a punto de ofrecer su mano, usted conoce algunas de sus acciones. Lo ha oído hablar y ha visto su rostro... reflexione, reflexione antes de que sea demasiado tarde, en el escarnio que constituye darle su palabra de casamiento ante el altar, una promesa que su corazón no puede compartir... proferir palabras solemnes contra las que tienen que rebelarse la naturaleza y la razón... la degradación de usted ante sus propios ojos que inevitablemente seguirá, y que se agravará cada día en la medida en que el detestable carácter de ese ser se le revele a usted más y más. Aléjese, como de la corrupción y la enfermedad, de la odiosa compañía de ese vil desgraciado. Padezca el trabajo agotador si tuviera que hacerlo, pero rehúyalo, rehúyalo y sea feliz. Porque, créame, pues en verdad le digo que la más abyecta pobreza, la más miserable condición de la vida humana, pero con una conciencia pura y honrada, ¡sería la felicidad, en comparación con lo que tendría usted que padecer como esposa de ese hombre!».

Mucho antes de que Nicholas dejara de hablar, hundió la joven el rostro entre las manos, dando libre curso a las lágrimas. Con una voz al principio quebrada por la emoción, pero que gradualmente fue recobrando fuerzas mientras avanzaba, le respondió:

«No le ocultaré, señor —aunque tal vez debiera hacerlo— que mi espíritu ha padecido gran sufrimiento, y que casi se me ha destrozado el corazón desde que lo vi a usted por última vez. No amo a ese caballero: la diferencia de edad, gustos y hábitos lo impide. Esto él lo sabe, y aun sabiéndolo, sigue ofreciéndome su mano. Al aceptarla, y solo dando ese paso, puedo liberar a mi padre, que se está muriendo en este sitio. Quizás prolongarle la vida muchos años, restaurarlo a su nivel de comodidad —casi podría decir de riqueza— y aliviar a un hombre generoso de la carga de ayudar a alguien que, me aflige decirlo, comprende poco su noble corazón. No piense tan mal de mí como para creer que finjo un amor que no siento. No diga algo tan malo de mí, porque eso sí que no lo podría soportar. Si no puedo, por razón o por

naturaleza, amar al hombre que paga ese precio por mi pobre mano, sí puedo cumplir los deberes de una esposa: puedo ser todo lo que él busca en mí, y lo seré. Él se contenta con tomarme tal como soy. He dado mi palabra y debería regocijarme, y no sollozar, de que tal como lo decidí, así lo hago. El interés que usted se toma por alguien tan carente de amigos y desamparada como yo, la delicadeza con la que ha cumplido el deber que se le encomendara, la fe que ha tenido en mí, todo eso se lo agradezco con afecto, y al hacer esta última y débil confesión, me conmuevo hasta las lágrimas, como usted ve. Pero no me arrepiento, ni me siento infeliz. Me hace feliz la perspectiva de todo lo que puedo conseguir con tanta facilidad, y seré más feliz aún cuando, mirando atrás, recuerde esto y ya todo esté hecho, lo sé».

«Sus lágrimas corren más abundantes cuando habla de felicidad», dijo Nicholas, «y usted rehúye ese sombrío futuro que debe llegar cargado de tanto sufrimiento para usted. Posponga este matrimonio una semana... ¡solo una semana!».

«Cuando usted llegó, justo hace un momento, él hablaba y sonreía como recuerdo haberle visto antes sonreír, y no lo había visto hacerlo durante mucho tiempo, sobre la libertad que llegaría para nosotros mañana», dijo Madeline, con una firmeza momentánea, «sobre el bienvenido cambio, el aire fresco, y todas las nuevas escenas y los nuevos objetos que traerían vida fresca a su cuerpo exhausto. Los ojos le brillaban y el rostro se iluminaba al imaginarlo. No habré de posponerlo ni por una hora».

«Eso no son más que tretas y ardidés para presionarla», exclamó Nicholas.

«No escucharé nada más», dijo Madeline, apresuradamente, «ya he escuchado demasiado, más de lo que habría debido. Lo que le he dicho a usted, señor, lo he dicho como si se lo dijera a aquel querido amigo al que confío que usted lo repita honorablemente. En algún momento futuro, cuando esté más sosegada y reconciliada con mi nuevo modo de vida, si es que llego a vivir tanto, le escribiré. Hasta entonces, que las bendiciones de todos los santos ángeles lluevan sobre su cabeza, y lo hagan prosperar y conservarse».

Ya se apresuraba a dejar atrás a Nicholas, cuando él se lanzó delante de ella y le imploró que pensara solo una vez más en la suerte hacia la cual se precipitaba.

«No hay vuelta atrás», dijo Nicholas, suplicando agónicamente, «no hay retirada. Después será en vano toda lamentación, y profunda y amarga habrá de ser. ¿Qué podría decirle que la induzca a detenerse en este último instante? ¿Qué podría hacer para salvarla?».

«Nada», respondió de manera incoherente. «Esta es la más dura prueba a la que me he enfrentado. Tenga piedad de mí, señor, se lo suplico, y no me destruya el corazón con una demanda así. Mi... mi padre me está llamando. No... no... debo, no permaneceré un instante más aquí».

«Si esto fuera una intriga», dijo Nicholas, con la misma violenta rapidez con la que ella hablaba, «una intriga que aún no he descubierto, pero que, en un tiempo más, podría desentrañar, y que usted, sin saberlo, tuviera derecho a una fortuna propia, y una vez recuperada esa fortuna, pudiera con ella conseguir todo lo que cree lograr con este matrimonio, ¿no se retractaría usted?».

«¡No, no no...! es imposible, eso es un cuento de hadas, dentro de un tiempo el habrá muerto. ¡Me está volviendo a llamar!».

«Podría ser la última vez que nos encontremos sobre la tierra», dijo Nicholas; «quizá sería mejor para mí que no volviéramos a encontrarnos jamás».

«Para ambos... para ambos», respondió Madeline, sin prestar atención a lo que decía. «Llegará el momento en que el solo recuerdo de esta entrevista podría enloquecerme. Asegúrese de decirles que usted me dejó tranquila y feliz. ¡Y vaya con Dios, señor, y con mi corazón agradecido y mi bendición!».

Ella se marchó, y Nicholas, al salir titubeante de la casa, pensó en la escena apresurada que acababa de cerrarse ante su vista, como si fuera el fantasma de algún sueño insensato y desasosegado. El día siguió arrastrándose, y por la noche, después de haber podido en cierta medida tranquilizar su mente, volvió a salir.

Como aquella noche era la última de su soltería, Arthur Gride estaba de un ánimo excelente y exhibía gran regocijo. El traje verde botella había sido cepillado y estaba listo para el día siguiente. Peg Sliderskew había rendido cuenta de su tarea pasada de ama de llaves: los dieciocho peniques fueron contados severamente (nunca se le confiaba una suma mayor de una sola vez, y habitualmente no se pasaba balance a las cuentas más que dos veces al día), se habían hecho todos los preparativos para el cercano festejo, y Arthur habría podido sentarse a contemplar la felicidad que se le venía encima. Pero prefirió sentarse a contemplar las entradas en un viejo y sucio libro de pergamino con broches herrumbrosos.

«¡Qué bueno!»., dijo con una risa sofocada, mientras se ponía de rodillas delante de un sólido cajón atornillado al piso, le metía un brazo adentro casi hasta el hombro, y sacaba lentamente ese volumen grasiento. «Qué bueno, pues. Esta es toda mi biblioteca, pero es uno de los libros más entretenidos

que se han escrito jamás. Es un libro encantador, y todo en él es cierto y verdadero... eso es lo mejor que tiene... verdadero como el Banco de Inglaterra, y cierto como su oro y su plata. Escrito por Arthur Gride... ¡je, je, je! Ninguno de los autores de libros de cuentos escribirán jamás un libro tan bueno como este, seguro que no. Ha sido compuesto para la circulación privada... para mi propia lectura particular, y la de nadie más. ¡Je, je!».

Murmurando ese soliloquio, Arthur llevó su precioso volumen hasta la mesa, y acomodándolo sobre un escritorio polvoriento, se puso los lentes y empezó a estudiar larga y detenidamente sus páginas.

«Es una gran suma para el Sr. Nickleby», dijo, con voz adolorida. «Deuda a ser pagada en su totalidad: novecientas setenta y cinco libras, cuatro chelines y tres peniques. Suma adicional a modo de bono: quinientas libras. Mil cuatrocientas y setenta y cinco libras, cuatro chelines y tres peniques, mañana a las doce en punto. Del otro lado, sin embargo, está el *per contra* de esa hermosa chica. Pero, de nuevo, está la cuestión de si no habría podido hacer todo esto yo solo. “El medroso jamás conquistó a una bella dama”. ¿Por qué fui tan medroso? ¿Por qué no le abrí mi corazón a Bray con valentía para ahorrarme mil cuatrocientas setenta y cinco libras, cuatro chelines y tres peniques?».

Esas reflexiones deprimieron al viejo usurero al punto de extraerle del pecho uno o dos débiles gemidos, y causaron que declarara, con los brazos en alto, que moriría en un asilo de pobres. Sin embargo, al recordar, procediendo a reflexionar un poco más, que en cualquier circunstancia habría debido pagar, o compensar ampliamente, la deuda con Ralph, y no estando en lo absoluto convencido de haber logrado éxito si hubiera llevado a cabo la empresa él solo, recuperó su ecuanimidad y siguió chachareando, mientras que pasaba a otros acápites más satisfactorios, hasta que la entrada de Peg Sliderskew lo interrumpió.

«¡Ajá, Peg!», dijo Arthur, «¿De qué se trata? ¿Qué pasa ahora, Peg?».

«Es el ave», respondió Peg, mostrando un plato que contenía un ave pequeña... muy pequeña... realmente un fenómeno de ave... de pequeña y flaca que era.

«¡Una hermosa ave!», dijo Arthur, tras averiguar el precio y hallarlo proporcional al tamaño. «Con una lonja de jamón, y un huevo hecho salsa, y patatas, y verduras, y un pudín de manzana, Peg, y un poco de queso, tendremos una cena para un emperador. Solo estaremos ella y yo... y tú, Peg, cuando concluyamos... nadie más». «No vaya a quejarse después del gasto», dijo la Sra. Sliderskew, contrariada.

«Me temo que debemos vivir de un modo costoso la primera semana», le devolvió Arthur, con un gemido, «y luego lo tendremos que compensar. No comeré más de lo que pueda evitar, y sé que quieres a tu viejo amo demasiado para comer más de lo que puedas evitar, ¿no es así, Peg?».

«¿Qué cosa no es así?».

«Querer demasiado a tu viejo amo...».

«No, para nada demasiado», dijo Peg.

«¡Ay!, ¡ojalá que el diablo se lleve a esta mujer!», exclamó Arthur... «quererlo demasiado para comer a expensas de él más de lo que puedas evitar».

«¿A qué cosa de él?», dijo Peg.

«¡Ay! ¡Nunca oye la palabra más importante, y oye todas las demás!», gimoteó Gride. «A expensas de él... ¡so bruja!».

Como ese último tributo a los encantos de la Sra. Sliderskew fue pronunciado en un susurro, la dama asintió a la idea general con un áspero gruñido, que llegó acompañado del sonido de la campana en la puerta de la calle.

«Están tocando», dijo Arthur.

«Sí, sí, ya lo sé», repuso Peg.

«Entonces, ¿por qué no vas?», voceó Arthur.

«¿Ir a dónde?», replicó Peg. «No estoy haciendo nada malo aquí, ¿no?».

En respuesta, Arthur Gride repitió la palabra «campana» lo más alto que pudo aullar y haciendo su significado aún más inteligible mediante una pantomima que expresaba que alguien llamaba a la puerta. Entonces Peg salió cojeando después de preguntar por qué no le había dicho antes que estaban tocando a la puerta, en vez de ponerse a hablar de todo tipo de cosas que no tenían nada que ver, y hacerla dejar esperando el litro de cerveza que tenía en los escalones.

«Te veo cambiada, Sra. Peg», dijo Arthur, siguiéndola con la vista mientras salía. «No sé muy bien qué significa, pero si sigues así, no podremos permanecer mucho tiempo de acuerdo, según veo. Creo que te estás volviendo loca, y si es así, tienes que retirarte, Sra. Peg... o tienen que retirarte. A mí me da lo mismo». Pasando las hojas de su libro mientras murmuraba esto, pronto vino a dar sobre algo que atrajo su atención, y olvidó a Peg Sliderskew y todo lo demás, atrapado por el interés de sus páginas.

La habitación no tenía más luz que la que emitía una débil lámpara atascada de suciedad, cuya indolente mecha, oscurecida aún más por la costra negra, emitía sus débiles rayos hasta una distancia muy corta, y dejaba a todo

lo que quedaba más allá envuelto en pesadas sombras. El prestamista la había acercado tanto a sí que solo quedaba espacio, entre ella y él, para el libro sobre el que se inclinaba. Como estaba sentado con los codos sobre el escritorio y sus agudos pómulos descansando en sus manos, la lámpara solo servía para subrayar sus horribles rasgos en fuerte claroscuro y la mesita a la que estaba sentado, mientras el resto de la habitación quedaba sumido en profundas y plomizas tinieblas. Al alzar la vista y mirar distraídamente hacia aquellas tinieblas mientras hacía algunos cálculos mentales, de repente Arthur Gride se topó con la mirada fija de un hombre.

«¡Ladrones!, ¡ladrones!», chilló el usurero, parándose de un salto y cerrando el libro contra su pecho, «¡ladrones!, ¡asesino!».

«¿Qué ocurre?», dijo la silueta, avanzando.

«¡No se acerque!», exclamó el tembloroso esperpento. «¿Es un hombre o un... un...?».

«¿Por quién me toma si no es por un hombre?», fue la pregunta desdeñosa.

«Sí, sí», exclamó Arthur Gride, haciéndose sombra en los ojos con la mano, «es un hombre, y no un espíritu. Es un hombre. ¡Ladrones!, ¡ladrones!».

«¿Por qué vocifera de esa manera... a no ser que en efecto me conozca, y tenga algún propósito en mente?», dijo el forastero acercándosele. «No soy un ladrón, compañero».

«¿Qué es entonces, y cómo llegó aquí?», exclamó Gride, algo más tranquilo, pero aún retrocediendo frente a su visitante. «¿Cómo se llama, y qué desea?».

«Mi nombre, no necesita conocerlo», fue la respuesta. «Vine aquí porque su sirvienta me mostró el camino. Le he dirigido dos o tres veces la palabra, pero estaba demasiado profundamente inmerso en su libro como para oírme, y he estado esperando en silencio hasta que estuviera menos abstraído. Lo que deseo decirle se lo diré en cuanto pueda usted reunir bastante coraje para oírme y entenderme». Aventurándose a mirar a su visitante con más atención, y percibiendo que era un joven de buen porte y semblante, Arthur Gride regresó a su asiento, y murmurando que por ahí andaban malos personajes, y que esto —después de algunos intentos anteriores en contra de su casa—, lo había puesto nervioso, le pidió a su visitante que tomara asiento. Sin embargo, este declinó hacerlo.

«¡Pardiez! No me quedo de pie para tener ventaja sobre usted», dijo Nicholas (pues en efecto, era Nicholas), al observar el gesto de alarma de

Gríde. «Escúcheme. Usted va a casarse mañana por la mañana».

«N... n... no», prosiguió Gríde. «¿Quién le dijo eso? ¿Cómo lo sabe?».

«No se preocupe de cómo lo sé», respondió Nicholas, «lo sé. La joven que va a darle su mano lo odia y lo desprecia. Se le enfría la sangre al escuchar su nombre... el buitre y la oveja, la rata y la paloma, no podrían aparearse de peor manera que usted y ella. Ya ve que la conozco».

Gríde lo miró, petrificado del asombro, pero no habló, quizás por faltarle la fuerza.

«Usted y otro hombre, Ralph Nickleby de nombre, han fraguado esta intriga», prosiguió Nicholas, «y usted le paga por su papel en la realización de esta venta de Madeline Bray. Usted ha hecho eso. Veo una mentira temblarle en los labios».

Hizo una pausa, pero al no dar Arthur ninguna respuesta, prosiguió.

«Usted se paga estafándola a ella. Cómo o por cuáles medios —pues desprecio manchar su causa mediante falsedades o engaños— no lo sé. No lo sé por ahora, pero no estoy solo ni carente de ayuda en este negocio. Si la energía de un hombre fuera capaz de descubrir su fraude y su perfidia antes de que muriera usted —si la riqueza, la venganza y el odio justo pueden darle caza a usted y rastrearlo siguiendo sus tortuosidades— usted será llamado a rendir muy graves cuentas por esto. Ya estamos en la pista... ¡juzgue usted, que sabe lo que nosotros no sabemos, cuándo lo habremos de derribar!».

Volvió a hacer una pausa, y Arthur Gríde seguía mirándolo con ferocidad y en silencio.

«Si usted fuera un hombre al que yo pudiera apelar con alguna esperanza de conmover su compasión o su humanidad», dijo Nicholas, «lo urgiría a recordar el desamparo, la inocencia, la juventud de esta dama, su valor y su belleza, su excelencia como hija, y por último, y sobre todo porque le concierne a usted más de cerca, el llamado que ella hizo a su clemencia y a su sentimiento viril. Pero adopto la única posición que puede adoptarse con hombres como usted, y le pregunto cuánto dinero podrá comprarlo. Recuerde el peligro al que está expuesto. Ya ve que sé lo suficiente como para averiguar mucho más con muy poca ayuda. Agregue algunas ganancias esperadas por correr el riesgo del que ahora se salva, y diga cuál es su precio».

El anciano Arthur Gríde movió los labios, pero estos solo formaron una fea sonrisa y volvieron a su inmovilidad.

«Usted cree», dijo Nicholas, «que el precio no sería pagado. La Srta. Bray tiene amigos acaudalados que pagarían con sus propios corazones con tal de salvarla de un aprieto como este. Diga su precio, posponga esas nupcias por

solo unos pocos días, y vea si las personas a las que me refiero se niegan a pagar. ¿Me escucha usted?».

Cuando Nicholas comenzó, la impresión de Arthur Gride fue que Ralph Nickleby lo había traicionado. Pero en la medida en que proseguía, se convenció de que, fuese cual fuere el modo en que llegó al conocimiento que poseía, el papel que actuaba era genuino, y no tenía que preocuparse por Ralph. Lo único que parecía saber con seguridad era que él, Gride, pagaba la deuda de Ralph, pero para cualquiera que conociera las circunstancias de la detención de Bray —incluso para el propio Bray en la declaración del mismo Ralph— esto debía ser algo perfectamente notorio. En cuando al fraude en contra de Madeline, su visitante sabía tan poco sobre su naturaleza o alcance que habría podido ser una afortunada adivinación o una acusación fortuita, y fuese eso u otra cosa, era claro que no tenía la clave del misterio, y no podría hacerle daño a él, que lo mantenía muy cerca de su propio pecho. La alusión a amigos y el ofrecimiento de dinero, Gride los consideró meras fanfarronadas con el propósito de obtener una dilación. «E incluso si llegara a haber dinero», pensó Arthur Gride mientras miraba a Nicholas y temblaba con pasión ante su valentía y su audacia, «¡me quedaría con esa primorosa chica por esposa y te la quitaría, joven imberbe!».

El viejo hábito de sopesar y anotar bien lo que decían los clientes, y de contrapesar con finura mentalmente las oportunidades, y de calcular frente a ellos probabilidades sin la menor apariencia de estarlo haciendo, habían adiestrado a Gride en la rapidez para llegar a conclusiones, y a partir de premisas desconcertantes, complejas y a menudo contradictorias, a deducciones muy astutas. Así fue que, mientras Nicholas proseguía, Arthur lo siguió de cerca con sus propias elucubraciones, y cuando aquel dejó de hablar, él se hallaba tan bien preparado como si hubiera estado deliberando una quincena entera.

«Lo escucho», exclamó, levantándose de un salto, quitando los agarres de las contraventanas, y levantando el marco corredizo. «¡Auxilio aquí! ¡Auxilio! ¡Auxilio!».

«¿Qué hace usted?», dijo Nicholas, agarrándolo por el brazo.

«Gritaré que hay ladrones, delincuentes, asesinos, alarmaré al vecindario, lucharé con usted, derramaré un poco de sangre y juraré que usted vino a robarme si no abandona mi casa», respondió Gride, levantando la cabeza con una horrenda sonrisa burlona, «¡lo haré!».

«¡Canalla!», exclamó Nicholas.

«Así que venirme a mí con amenazas, ¿eh?», dijo Gride, a quien los celos que sentía de Nicholas y una noción de su propio triunfo lo habían convertido en un perfecto demonio. «Usted, el amante defraudado... ¡ay! ¡Je, je, je...! Pero no la tendrá, ni ella a usted. Es mi esposa, mi amante y adorada mujercita. ¿Cree que ella lo extrañará? ¿Cree que llorará? Me gustaría verla sollozar... no me importaría. Está más bella bañada en lágrimas».

«¡Malvado!», gritó Nicholas, atragantado con su odio.

«Un minuto más», exclamó Arthur Gride, «y alertaré al vecindario con tales gritos que, si los profiriera otra persona, me despertarían aunque estuviera en los brazos de la linda Madeline».

«¡Vil canalla!», dijo Nicholas, «si usted fuera un hombre joven...».

«¡Oh, sí!», dijo Arthur Gride, con un visaje de burla y desprecio, «si yo fuera más joven no sería tan malo, pero que siendo tan viejo y feo... ¡la pequeña Madeline le dé calabazas por mí!».

«Escúcheme», dijo Nicholas, «y agradezca que tengo suficiente control sobre mí para no lanzarlo a la calle, cosa que ninguna ayuda podría evitar si me enredo con usted. No he sido amante de esa dama. Entre nosotros no ha habido ningún contrato ni compromiso, ni palabra alguna de amor. Ella ni siquiera sabe mi nombre».

«Le pediré que me cuente todo eso... se lo rogaré con besos», dijo Arthur Gride. «Sí, y ella me lo dirá, y me los devolverá, y reiremos juntos, y nos abrazaremos... y estaremos muy alegres... cuando pensemos en el pobre joven que deseaba tenerla pero no pudo, ¡porque ella estaba comprometida conmigo!».

Esta mofa puso una expresión tal en el rostro de Nicholas que Arthur Gride comprendió claramente que era el preludio del cumplimiento de su amenaza de lanzarlo de inmediato a la calle, pues sacando la cabeza por la ventana, y agarrándose fuertemente con ambas manos, armó un griterío bastante vigoroso. No creyendo necesario alertarse por el ruido, Nicholas le lanzó un indignado desafío y con paso airado salió de la habitación y de la casa. Arthur Gride lo miró cruzar la calle y entonces, volviendo a entrar la cabeza, aseguró la ventana como antes y se sentó a recobrar el aliento.

«Si ella alguna vez se pone huraña o de mal humor la insultaré, sacándole esto a relucir», dijo en cuanto se recuperó. «Ella no tiene por qué sospechar que sé de él, y si lo manipulo bien, tengo aquí un medio para humillarla y metérmela en el bolsillo. Me alegro de que nadie viniera en mi ayuda. No grité demasiado alto. ¡Qué audacia, entrar en mi casa y hablarme con esa desfachatez...! ¡Pero mañana tendré un buen triunfo, y él se arrancará los

dedos a mordiscos, o quizás decida ahogarse, o cortarse el pescuezo! Eso lo redondearía todo, sí señor... totalmente».

Una vez restaurado a su condición habitual por estos y otros comentarios sobre su próximo triunfo, Arthur Gride guardó el libro, y tras cerrar con llave el cajón muy cuidadosamente, bajó a la cocina a advertirle a Peg Silderskew que era hora de acostarse y a reñirla por haberle dado tan fácil entrada a un desconocido.

Pero como la inconsciente Peg no podía comprender el delito del que se la culpaba, le pidió que sostuviera la lámpara mientras que él hacía la ronda de los cierres y atrancaba la puerta de la calle con sus propias manos.

«Cerrojo superior», murmuró Arthur, cerrándolo mientras hablaba, «cerrojo inferior... cadena... tranca... doble cierre... y la llave para ponerla bajo mi almohada... para que si vienen más admiradores rechazados tengan que entrar por el ojo de la cerradura. ¡Y ahora, a dormir hasta las cinco y media, hora a la que me levantaré para ir a casarme, Peg!».

Y diciendo eso, le propinó un golpecito juguetón debajo del mentón a la Sra. Sliderskew, y por un momento pareció estar a punto de celebrar el cierre de sus días de soltero con un beso sobre sus marchitos labios. Sin embargo, pensándolo mejor, le dio otro golpecito a la barbilla en lugar de aquella más fervorosa familiaridad, y se alejó para ir a acostarse.

CAPÍTULO 54

LA CRISIS DEL PROYECTO Y SU DESENLACE

No son muchos los hombres que permanecen en su lecho o duermen la mañana del día de su boda. Hay una leyenda de alguien notorio por su distracción, que abrió los ojos el día en que iba a recibir a una joven por esposa, y habiéndose olvidado completamente del asunto, regañó a sus sirvientes por haberle traído ropas tan finas, preparadas para la celebración. También corre la leyenda de un joven caballero que, desconocedor del temor de los cánones de la iglesia previstos para casos semejantes, concibió una pasión por su abuela. Ambos casos son de un tipo singular y especial, y es muy dudoso que alguno de ellos pueda considerarse un precedente a ser seguido a lo largo del tiempo por sucesivas generaciones.

Arthur Gride ya vestía sus atuendos nupciales color verde botella una hora completa antes de que la Sra. Sliderskew, sacudiéndose su sueño más pesado, viniera a llamar a la puerta de su dormitorio. Y ya había bajado la escalera perfectamente ataviado y se había relamido tras un mínimo sorbo de su cordial predilecto, cuando aquella delicada pieza de antigüedad iluminó la cocina con su presencia.

«¡Bah!», dijo Peg, removiendo, en cumplimiento de sus funciones domésticas, un escaso montón de cenizas en la herrumbrosa parrilla del hogar. «¡Vaya boda! ¡Preciosa boda! Quiere a alguien mejor que la vieja Peg para que se ocupe de él, ¿eh? ¿Y qué es lo que me ha dicho tantas y tantas veces para contentarme con comida escasa, poca paga y limitado fuego? “¡Mi testamento, Peg!, ¡mi testamento!”», decía él, “soy soltero... sin amigos... sin conocidos, Peg”. ¡Mentira! Y ahora va a traer a casa a una nueva ama, una chica con rostro de bebé... Si quisiera una esposa, so tonto, ¿por qué no tener una apropiada a su edad y que conociera su manera de ser? “No va a estorbarme”, dice él. No, no me estorbará, pero tú no sabes por qué, mi pequeño Arthur».

Mientras la Sra. Sliderskew, influida posiblemente por enconados sentimientos de decepción y por el desaire personal ocasionados por la

preferencia de su viejo amo por otra, iba escaleras abajo dando rienda suelta a su reconcomio, Arthur Gride meditaba en el salón en torno a lo que había sucedido la noche anterior.

«No me imagino cómo pudo enterarse de lo que sabe», dijo Arthur, «a menos que yo mismo... haya dejado caer algo en casa de Bray, por ejemplo, y alguien lo hubiera escuchado. Quizás lo hice. No me sorprendería que eso haya sido. El Sr. Nickleby a menudo se enojaba conmigo por hablarle antes de haber traspasado la puerta y estar ya adentro. No debo contarle esa parte del asunto o se molestará conmigo y andará mortificándome todo el día».

Ralph era universalmente admirado y reconocido entre sus compañeros como un genio superior, pero su carácter rígido, inflexible, y su arte consumado habían causado una impresión tan profunda en Arthur Gride, que de hecho le tenía miedo. Servil y cobarde hasta la médula por naturaleza, Arthur Gride se humillaba hasta revolcarse en el polvo ante Ralph Nickleby, e incluso cuando no tenían este interés en común, le habría lamido los zapatos y se habría arrastrado por el piso delante de él antes que aventurarse a devolverle palabra por palabra, o a replicarle en cualquier otro tono que no fuera el de la más servil y abyecta adulación.

A casa de Ralph Nickleby se encaminaba ahora Arthur Gride según la cita acordada, y al llegar le relató a este cómo la noche anterior un joven listillo y fanfarrón al que nunca había visto antes penetró en su casa y trató de intimidarlo para que no realizara las nupcias propuestas... le dijo, en resumen, lo que Nicholas había dicho y hecho, con la leve omisión que había decidido hacer.

«Bueno, ¿y qué?», dijo Ralph.

«¡Oh!, nada más», prosiguió Gride.

«¿Intentó amedrentarlo a usted?», preguntó Ralph, desdeñosamente. «Y usted se sintió amedrentado, supongo yo, ¿es eso?».

«Yo lo amedrenté a él gritando que había ladrones y asesinos», respondió Gride. «Por una vez hablé en serio, se lo digo, porque por poco juro que profirió amenazas y me exigió la bolsa o la vida».

«¡Vaya!», dijo Ralph, mirándolo ladeado. «¡Celoso además!».

«¡Dígame qué le parece!», exclamó Arthur, frotándose las manos y fingiendo reír. «¿Por qué hace usted esas muecas, hombre?», dijo Ralph ásperamente. «Usted está celoso... y con buenos motivos, me parece».

«No, no, no... no con buenos motivos, ¿eh? Usted no cree que sea con buenos motivos, ¿no?», exclamó Arthur, titubeante. «Pero ¿lo cree usted...? ¿eh?».

«¿Cuáles son los hechos?», continuó Ralph. «He aquí un anciano a punto de obligar a una chica a casarse con él, y a este anciano lo va a ver un joven apuesto... dijo usted que era apuesto, ¿no?».

«¡No!», gruñó Arthur Gride.

«¡Oh!», prosiguió Ralph. «Pensé que lo había dicho usted. Bien, apuesto o no, a este anciano lo mi a ver un joven que le arroja todo tipo de violentas amenazas ante sus propios dientes... encías quiero decir... y le dice en términos llanos que su amante lo odia. ¿Por qué haría eso? ¿Por filantropía?».

«No por amor de la dama», respondió Gride, «pues dijo que jamás hubo ninguna palabra de amor entre ellos —repito sus propias palabras».

«¡Dijo!», repinó Ralph, con desprecio. «Pero me cae bien por una cosa, y es por hacerle a usted esa justa advertencia de mantener a su... ¿qué cosa es? ¿chica o primorosa chicuela? —¿cuál de las dos?— bajo llave. Tenga cuidado, Gride, tenga cuidado. También es un triunfo arrebatársela a un galante y joven rival; un gran triunfo para un viejo. Solo le queda mantenerla a buen recaudo cuando la tenga... eso es todo».

«¡Oh, qué clase de perla es usted!», exclamó Arthur Gride, fingiendo, en su extrema tortura, estar muy divertido. Y entonces agregó, ansiosamente; «Sí, ponerla a buen recaudo, eso es todo. Y eso no es mucho, ¿no?».

«¡Mucho!», dijo Ralph, con una expresión de burla y desprecio. «¡Caramba!, todos saben lo fáciles de comprender y controlar que son las mujeres. Pero vamos, que ya casi es hora de hacerlo a usted dichoso. Supongo que pagará el bono ahora, para ahorramos problemas después».

«¡Oh, qué clase de perla es usted!», gruñó Arthur.

«¿Por qué no?», dijo Ralph. «Nadie le mi a pagar a usted interés por el dinero, supongo yo, entre esta hora y las doce en punto, ¿no?».

«Tampoco nadie se lo va a pagar a usted», le devolvió Arthur, dirigiendo a Ralph una mirada impúdica con toda la astucia y el sigilo que podía arrojarle a la cara.

«Aparte de eso», dijo Ralph, tratando de contener una sonrisa, «usted no tiene el dinero, y no estaba preparado para esto, o de lo contrario lo habría traído consigo, y no hay ninguna otra persona a la que usted quiera agradar tanto como a mí. Ya veo. Confiamos el uno en el otro en aproximadamente un grado igual. ¿Está usted listo?».

Gride, que se había limitado a exhibir una sonrisa burlona, asintiendo con la cabeza y murmurando durante este último discurso de Ralph, respondió afirmativamente, sacando de su sombrero un par de grandes prendas blancas, se sujetó una con alfileres sobre el pecho, y con considerable dificultad indujo

a su amigo a imitarlo. Ataviados de ese modo, entraron a un coche de alquiler que Ralph tenía esperando y que los llevó hasta la residencia de la hermosa y muy desgraciada novia.

Gríde, cuyos ánimo y coraje lo abandonaban gradualmente en la medida en que se acercaban más y más a la casa, se sintió consternado al llegar y percibir el lúgubre silencio que la impregnaba. El rostro de la pobre sirvienta, la única persona que vieron, estaba desfigurado por el llanto y la falta de sueño. No había nadie para recibirlos o darles la bienvenida, y subieron las escaleras hasta el salón habitual, más como dos ladrones que como el novio y su amigo.

«Cualquiera diría», dijo Ralph, hablando a pesar suyo en un tono bajo y mitigado, «que aquí se está celebrando un funeral y no una boda».

«¡Je, je!», rio con desgano su amigo, «usted es tan... ¡tan cómico!».

«Tengo que serlo», observó Ralph, secamente, «porque esto está un poco apagado y frío. Muestre un poco más de energía, hombre, y deje esa cara de pocos amigos».

«Sí, sí, lo haré», dijo Gríde. «Pero... pero... ¿usted cree que ella está a punto de aparecer?».

«Bueno, creo que no vendrá hasta que la obliguen», respondió Ralph, mirando su reloj, «y todavía dispone descansadamente de una buena hora. Controle su impaciencia».

«Yo... yo... no estoy impaciente», tartamudeó Arthur. «Yo no sería duro con ella por nada del mundo. Ay, ay, por ningún motivo. Que se tome su tiempo... su tiempo. Que después será el nuestro, naturalmente».

Mientras Ralph dirigía a su tembloroso amigo una aguda mirada, que mostraba su perfecta comprensión del motivo de tan grandes consideración y estima, se oyeron pasos en la escalera, y el propio Bray entró a la habitación de puntillas y alzando la mano en gesto cauteloso, como si hubiera cerca alguna persona enferma que no debiera ser molestada.

«¡Chitón!», dijo en voz baja. «Anoche estuvo muy enferma. Pensé que se le rompía el corazón. Está vestida, y llorando amargamente en su dormitorio; pero está mejor, y bastante tranquila... eso es todo».

«Ya está lista, ¿no?», dijo Ralph.

«Completamente lista», repuso el padre.

«¿Y no es probable que nos demore con alguna de esas debilidades de las jóvenes... un desmayo o algo parecido?», inquirió Ralph.

«Ahora se puede confiar en ella, con toda seguridad», devolvió Bray. «He estado hablando con ella esta mañana. Aquí... acérquese aquí».

Condujo a Ralph Nickleby hasta el extremo más alejado de la habitación y apuntó con el dedo hacia Gride, que permanecía en su asiento, acurrucado en un rincón, jugueteando nerviosamente con los botones de su abrigo y exhibiendo un rostro en el que su expresión acechante y vil parecía agudizada y resaltada al máximo por su ansiedad y su turbación.

«Mire a ese hombre», murmuró Bray, enfáticamente. «Después de todo, esto resulta algo cruel».

«¿Qué es lo que resulta cruel?», preguntó Ralph, con una cara tan imperturbable como si realmente ignorara absolutamente lo que el otro quería decir.

«Este matrimonio», respondió Bray. «No me pregunte qué. Usted lo sabe tan bien como yo».

Ralph se encobró de hombros con silenciosa desaprobación de la impaciencia de Bray, enarcó las cejas y frunció los labios como hacen los hombres cuando están preparados con una respuesta suficiente para alguna observación, pero esperan por una oportunidad más favorable para formularla, o piensan que no merece en modo alguno la pena responderle a su adversario.

«Mírelo. ¿No le parece cruel?», dijo Bray.

«¡No!», respondió Ralph provocativamente.

«Pues yo digo que sí», replicó Bray, dando muestras de mucha irritación. «¡Es cruel, se lo aseguro, por toda la maldad y la traición del mundo, lo es!».

Cuando los hombres están a punto de cometer o de aprobar que se cometa alguna injusticia, no es extraño que parezcan apiadarse del objeto de esa o de otra acción paralela y sentirse así en ese momento muy virtuosos y morales, e inmensamente superiores a los que no expresan ninguna compasión. Esta es una especie de defensa de la fe por encima de las obras, y es muy cómoda. Para hacerle justicia a Ralph Nickleby, él casi nunca practicaba ese tipo de disimulo, pero entendía a los que lo hacían, y por lo tanto soportó que Bray volviera a decir una y otra vez con gran vehemencia que estaban cometiendo, ambos, una crueldad muy grande, antes de volver a ofrecer la interposición de una palabra.

«Usted ve qué clase de astilla seca, apergaminada, marchita y vieja es», afirmó Ralph, cuando el otro al fin dejó de hablar. «Si fuera más joven, podría ser cruel, pero siendo como es... escuche, Sr. Bray, él morirá pronto, y ella se convertirá en una viuda joven y rica. La Srta. Madeline, por esta vez, ha tomado en cuenta el gusto de usted. La próxima vez podrá atender al propio».

«Cierto, cierto», dijo Bray, mordiéndose las uñas, y claramente intranquilo. «No podía hacer nada mejor por ella que aconsejarle aceptar esta

propuesta, ¿no? Ahora bien, le pregunto a usted, Nickleby, como hombre de mundo... ¿es que podía yo hacer otra cosa?».

«Seguramente no», contestó Ralph. «Le diré algo, señor: hay cien padres en un radio de siete kilómetros a la redonda, de buena posición, hombres muy ricos y perfectamente establecidos, que se alegrarían de entregar a sus hijas — y sus propias orejas con ellas—, a ese mismo hombre que vemos ahí, por más que se parezca a un simio y una momia».

«¡Es cierto que sí!», exclamó Bray, aferrándose con ansias a cualquier cosa que pareciera justificarlo. «Eso le dije yo a ella, tanto anoche como hoy».

«Y le dijo la verdad», dijo Ralph, «e hizo bien en decírsela. Aunque a mi vez debo agregar que, si yo tuviera una hija, y mi libertad, mi placer, no, hasta mi mismísima salud y mi vida dependieran de que ella aceptara a un esposo designado por mí, yo esperarí­a que no hubiera necesidad de exponer otros argumentos para inducirla a consentir a mis deseos».

Bray miró a Ralph como para ver si hablaba en serio, y después de hacer dos o tres veces un gesto de asentimiento incondicional, dijo:

«Tengo que subir unos minutos para terminar de vestirme, y cuando baje, traeré a Madeline conmigo. ¿Sabe que tuve un sueño muy extraño anoche? Y no lo había recordado hasta este instante. Soñé que era hoy por la mañana, y usted y yo habíamos estado conversando, como acabamos de hacer; y yo subí las escaleras con el mismo propósito que ahora, y cuando extendí mi brazo para tomar la mano de Madeline y conducirla abajo, el piso se hundía debajo de mí, y después de caer de una altura tan indescriptible y tremenda como solo en sueños puede concebir la imaginación, aterricé en una tumba».

«¿Y se despertó, y descubrió que estaba durmiendo boca arriba, o con la cabeza descolgada por el borde de la cama, o que tenía algún dolor de indigestión?», dijo Ralph. «Bah, Sr. Bray, haga como yo (tendrá la oportunidad ahora que una interminable ronda de placer y disfrute se abre ante usted): búsquese un poco más de ocupación por el día, para que no tenga tiempo de pensar lo que sueña por la noche».

Ralph lo siguió con una mirada fija hasta la puerta, y volviéndose hacia el novio cuando volvieron a estar solos, dijo:

«Recuerde lo que le digo, Gríde, no tendrá que pagar su anualidad mucho tiempo. Usted siempre tiene una suerte endiablada en los negocios. Si él no ha partido para el largo viaje de aquí a unos pocos meses, entonces yo, en vez de cabeza tengo una naranja».

A esta profecía, tan grata a sus oídos, Arthur no devolvió más respuesta que una risa de gran deleite, y después de que Ralph se dejara caer sobre una silla, ambos permanecieron sentados esperando en profundo silencio. Ralph reflexionaba, con un rictus en los labios, sobre el cambio que aquel día se notaba en el comportamiento de Bray y en lo pronto que su asociación en un pérfido proyecto común había rebajado su orgullo y establecido una familiaridad entre ellos, cuando su oído atento captó el sonido susurrante de un vestido femenino en las escaleras, y los pasos de un hombre.

«¡Despierte!», dijo, dando un golpe impaciente con el pie en el suelo, «y aparente un poco de vida, hombre, ande. Ahí están. Mueva esos huesos viejos y secos, de prisa... ¡venga rápido, hombre, rápido!».

Gríde se adelantó arrastrando los pies, y cuando se colocaba junto a Ralph con un rictus en los labios e iniciando unas reverencias, la puerta se abrió y apresuradamente entraron... no Bray y su hija, sino Nicholas y su hermana Kate.

Si alguna tremenda aparición de ultratumba se hubiera presentado de repente ante él, Ralph Nickleby no habría recibido un impacto tan brutal como el que le produjo esta sorpresa. Las manos se le desplomaron, impotentes, a ambos lados de su cuerpo, retrocedió tambaleándose, y con la boca abierta y el rostro totalmente exangüe, se quedó contemplándolos con muda rabia, con los ojos tan salidos de sus órbitas y la cara tan convulsa y mudada por las pasiones que se desencadenaban en su interior, que habría sido difícil reconocer en él al hombre severo, sosegado, de rasgos duros que fuera apenas un minuto antes.

«¡El hombre que vino a verme anoche!», susurró Gríde, pellizcándole el codo. «¡El hombre que vino a verme anoche!».

«Ya veo», murmuró Ralph. «¡Por supuesto! Debí haberlo adivinado antes. ¡Siempre atravesado en mi camino, a cada paso, vaya yo adonde vaya y haga lo que haga, ahí está él!».

El rostro totalmente desprovisto de color, las ventanas de la nariz dilatadas, el temblor de los labios que, aunque firmemente apretados, no dejaban de moverse, mostraban qué terribles emociones pugnaban por dominar dentro de Nicholas. Pero él las mantuvo bajo control, y haciendo una suave presión sobre el brazo de Kate para tranquilizarla, permaneció erguido e impávido, frente a frente con su indigno pariente.

Mientras el hermano y la hermana permanecían de pie, uno junto al otro, con un porte imponente que los realzaba, se hizo evidente el gran parecido entre ellos, que muchos habrían pasado por alto si solo los hubieran visto por

separado. El aire, la gallardía y cada rasgo y expresión del hermano se reflejaban en la hermana, pero suavizados y refinados al grado más sutil de delicadeza y atractivo femeninos. Más llamativo aún era algún indefinible parecido del rostro de Ralph con los hermanos. Aunque jamás se vieron ellos tan hermosos, ni él más feo, aunque jamás se irguieron ellos tan altivos, ni se encogió él hasta tanta bajeza, nunca un parecido fue tan perceptible, ni tampoco las peores características de un rostro vuelto tosco y grotesco por la maldad de sus pensamientos se hicieron tan manifiestas como ahora.

«¡Váyanse!», fue la primera palabra que pudo articular mientras rechinaba literalmente los dientes. «¡Váyanse! ¿Por qué has venido aquí...? ¡Mentiroso... sinvergüenza... miserable... ladrón!».

«He venido», dijo Nicholas en voz baja y profunda, «para salvar a la víctima suya si puedo. El mentiroso y el sinvergüenza es usted en cada acción de su vida, ser ladrón es su oficio, y doblemente miserable tiene que ser, o de lo contrario no estaría hoy aquí. Ni palabras duras ni golpes me conmoverán. Aquí permanezco y lo seguiré haciendo hasta que haya cumplido con mi misión».

«¡Niña!», gritó Ralph. «Vete. Podemos usar la fuerza contra él, pero no te haría daño a ti si puedo evitarlo. Retírate, débil y tonta mozuela, y deja que nos las arreglemos con este bribón como se merece».

«No me iré», exclamó Kate, con ojos relampagueantes y el rubor de la sangre agolpándose en sus mejillas. «No le harán ningún daño que él no les cobre. Pueden usar la fuerza conmigo, creo que lo harán, pues soy una chica, y ustedes serían bien capaces. Pero aunque tengo la debilidad de una chica, tengo el corazón de una mujer, y no será usted el que, en una causa como esta, pueda desviarle de su propósito».

«¿Y cuál podría ser tu propósito, orgullosísima dama?», dijo Ralph.

«Ofrecerle al infeliz sujeto de la traición suya, en este postrer momento», respondió Nicholas, «un refugio y un hogar. Si la cercana perspectiva de un marido como el que usted le ha buscado no le es impuesta, espero que ella pueda ser convencida por los ruegos y las súplicas de alguien de su propio sexo. En cualquier caso lo pondremos a prueba, y al confesarle yo mismo a su padre a quién represento y quién me ha comisionado, mayor será entonces su acto de mayor bajeza, maldad y crueldad si aun así se atreve a seguir imponiendo este matrimonio. Aquí espero para verlos a él y a su hija. Por eso he venido y he traído a mi hermana incluso ante la vil presencia suya. Nuestro propósito no es verlo o hablarle a usted. Por lo tanto, no nos rebajaremos a decirle ni una palabra más».

«¡Ya lo creo!», dijo Ralph. «Usted persiste en permanecer aquí, señora, ¿es así?».

El pecho de su sobrina subía y bajaba con el indignado nerviosismo que él le había provocado, pero no le dio ninguna respuesta.

«¡A ver! Gride, escuche», dijo Ralph. «Este tipo... me apena decir que es el hijo de mi hermano. Un réprobo y libertino, manchado con todos los crímenes mezquinos y egoístas... este tipo viene hoy aquí a perturbar una ceremonia solemne, sabiendo que las consecuencias de presentarse en la casa de otro hombre en un momento como este, y de persistir en permanecer en ella, debe ser que lo pongan de patitas en la calle y que lo arrastren hasta allí como el vagabundo que es... este tipo, escuche bien, trae consigo a su hermana como escudo, pensando que no expondríamos a una chica tonta a la degradación e indignidad que para él no resultan novedad. E incluso después de haberle yo advertido a ella lo que seguiría, él sigue manteniéndola a su lado como puede usted ver, y permanece cosido a sus faldas como un niño cobarde a las de su madre. ¿Acaso puede ser este un tipo que pueda permitirse pronunciar palabras tan altisonantes como las que se le acaban de escuchar?».

«¡Y como las que oí yo anoche!», exclamó Arthur Gride. «Como las que oí anoche cuando penetró furtivamente en mi casa y... ¡je, je, je...!, muy pronto tuvo que volver a salir furtivamente, cuando casi lo maté del susto. ¡Y querer él casarse con la Srta. Madeline, además! ¡Ay! ¿Acaso hay algo más que el señor desee... algo que podamos hacer por él, además de renunciar a ella? ¿Querrá que se le paguen sus deudas y que le amueblen la casa, y unos cuantos billetes de banco para usar como papel de afeitarse, ¡si es que acaso se afeita!? ¡Je, je, je!».

«¿Insistes en quedarte aquí, niña, eh?», dijo Ralph, dirigiéndose de nuevo a Kate. «¿Para que te arrastren escaleras abajo como a una mujerzuela borracha...? Pues así te juro que serás arrastrada si permaneces aquí. ¡No hay respuesta! Agradécele a tu hermano por lo que vendrá. Gride, llame a Bray para que baje... y no a su hija. Que la mantengan allá arriba».

«Si usted le concede algún valor a su cabeza», dijo Nicholas, interponiéndose frente a la puerta, y hablando en el mismo tono de voz bajo en el que hablara antes, y sin más muestra externa de pasión que la que antes exhibiera, «¡quédese donde está!».

«Hágame caso a mí, y no a él, y llame a Bray para que baje», dijo Ralph.

«¡Hágase caso a usted mismo y no a ninguno de nosotros dos, y permanezca donde está!», dijo Nicholas.

«¿Llamará usted a Bray para que baje?», exclamó Ralph apasionadamente.

«Le advierto que usted se expone a un riesgo si se me acerca», dijo Nicholas.

Gríde vaciló. Ralph, que a estas alturas estaba tan furioso como un tigre acorralado, se lanzó en dirección a la puerta, y tratando de quitar de en medio a Kate, le agarró brutalmente el brazo con su mano. Nicholas, echando chispas por los ojos, lo tomó a él por el cuello de la camisa. En ese momento, en el piso superior se oyó el golpe de un cuerpo pesado que cayó con gran violencia y, un instante después, un grito sumamente espantoso y tremendo.

Todos permanecieron inmóviles mirándose unos a otros. Un grito siguió a otro, los pasos ligeros se sucedieron y se oyó gritar a muchas voces agudas al unísono: «¡Está muerto!».

«¡Apártense!», exclamó Nicholas, dando rienda suelta a toda la pasión que había contenido hasta ahora. «Si se trata de lo que casi ni me atrevo a esperar, ustedes han caído en su propia trampa, ¡villanos!».

Salió disparado de la habitación, y tras lanzarse escaleras arriba a la recámara de la que provenía el ruido y abrirse camino por entre una multitud de personas que llenaban el pequeño dormitorio, halló a Bray tendido en el suelo perfectamente muerto, y a su hija aferrada al cadáver.

«¿Cómo ha ocurrido?», exclamó, mirando a su alrededor ferozmente.

Varias voces respondieron al unísono que lo habían observado más allá de la puerta entreabierta, recostarse en una posición extraña e incómoda encima de una silla, que le habían dirigido la palabra varias veces, pero como no respondía, supusieron que estaba dormido, hasta que alguien que entró le sacudió el brazo, y cayó pesadamente al suelo, y entonces se descubrió que estaba muerto.

«¿Quién es el dueño de esta casa?», dijo Nicholas, con rapidez.

Le indicaron a una anciana, a la que le dijo, mientras se arrodillaba y zafaba suavemente los brazos de Madeline del cuerpo sin vida que enlazaban: «Represento a los amigos más próximos de esta dama, como bien sabe su sirvienta que allí está, y debo llevármela de este espantoso escenario. Esta es mi hermana, a la que usted se la confía. Mi nombre y dirección están en esta tarjeta, y usted recibirá de mí todas las instrucciones necesarias para los arreglos que hay que hacer. Aléjense, todos ustedes, y denme un poco de espacio y de aire, ¡por el amor de Dios!».

Las personas retrocedieron, casi menos sorprendidos por lo que acababa de ocurrir que por el nerviosismo y el ímpetu de la persona que hablaba, y Nicholas, llevando a la chica sin sentido en sus brazos, la condujo desde el dormitorio, escaleras abajo, hasta la habitación que acababa de abandonar, seguido por su hermana y por la fiel sirvienta, a la que encargó buscar de inmediato un coche, mientras que él y Kate se inclinaban sobre su hermosa carga y se esforzaban, aunque en vano, por hacerla volver en sí. La chica llevó a cabo su encargo con tal rapidez que en pocos minutos el coche estuvo listo.

Ralph Nickleby y Gride, aturdidos y paralizados por el horrible acontecimiento que tan de repente había dado al traste con sus intrigas (de otro modo, quizás no los habría impresionado tanto), y arrastrados por la

energía y la precipitación extraordinarias de Nicholas, que se impuso sobre todos los que lo contemplaban, miraban estos sucesos como personas en trance o que estuvieran viviendo un sueño. No fue sino hasta que todos los preparativos para el inmediato traslado de Madeline hubieron sido hechos que Ralph rompió el silencio al declarar que no debían llevársela.

«¿Quién dice eso?», exclamó Nicholas, poniéndose de pie de un salto de su posición sobre una rodilla y enfrentándolo, pero aún reteniendo la mano inerte de Madeline en la suya.

«¡Yo!», respondió Ralph, con voz ronca.

«¡Chitón, chitón!», exclamó Gride, aterrorizado, volviendo a atraparlo por el brazo. «Escuche lo que dice».

«¡Sí!», dijo Nicholas, alzando su mano libre. «Escuche lo que dice. Que las deudas de ambos han sido pagadas por una gran deuda de la naturaleza... que el bono que vencía hoy al mediodía es papel de desecho... que el fraude que usted tramaba aún va a descubrirse... que sus intrigas las conoce el hombre, y las destruye el Cielo... ¡Desgraciados, que él los desafía a ambos a que se esfuercen por hacer lo peor que puedan!».

«Este hombre», dijo Ralph, con voz escasamente inteligible, «este hombre reclama a su esposa, y la tendrá».

«Este hombre reclama lo que no es suyo, y no habrá de tenerla aunque él fuera cincuenta hombres, y hubiera cincuenta más para respaldarlo», dijo Nicholas. «¿Quién se lo impedirá?».

«Yo lo haré».

«¿Con qué derecho?, quisiera yo saber», dijo Ralph. «¿Con qué derecho, pregunto yo?».

«Con el siguiente derecho: que, sabiendo lo que sé, ustedes no se atreverán a seguir adelante con su desafío», dijo Nicholas, «y con este mejor derecho: que aquellos a los que sirvo, y ante los cuales usted intentó agraviarme y perjudicarme, son los amigos más próximos y más queridos de esta joven. En nombre de ellos me la llevo de aquí. ¡Abran paso!».

«¡Una palabra!», exclamó Ralph, echando espuma por la boca.

«Ni una», respondió Nicholas, «no oiré ni una... excepto esto. ¡Cuídese, y tenga en cuenta esta advertencia que le hago! Su día ya pasó, y la noche se le acerca...».

«¡Te maldigo, que caiga sobre ti mi maldición más amarga y mortal, niño!».

«¿De dónde vendrán las maldiciones a cumplir su orden? ¿Y de qué sirven una maldición o una bendición procedentes de un hombre como usted?»

¡Le advierto que el infortunio y la revelación de sus crímenes se ciernen sobre su cabeza; que todo el andamiaje erigido por usted a lo largo de su malgastada existencia se está desmoronando; que su camino está sembrado de espías; que, hoy mismo, diez mil libras de la riqueza que atesora han desaparecido en una gran quiebra!».

«¡Eso es falso!», exclamó Ralph, retrocediendo.

«Eso es cierto, y usted descubrirá que así es. No tengo más palabras que malgastar. Quítese de la puerta. Kate, pasa tú primero. No le ponga una mano encima, ni a esa mujer, ni a mí, ¡y ni siquiera roce sus ropas cuando pasen junto a usted...! ¡Usted las deja pasar y él vuelve a bloquear la puerta!».

Por casualidad, Arthur Gride estaba en el umbral, pero no quedaba claro si era intencionalmente o a resultas de la confusión. Nicholas lo apartó con tal violencia que lo puso a rodar por la habitación hasta que chocó con un ángulo agudo de la pared y allí fue derribado al suelo. Y luego Nicholas, llevando a su hermosa carga en brazos, salió con violenta precipitación. A nadie le interesó detenerlo, si es que alguien hubiera estado dispuesto a ello. Abriéndose paso por entre una turba de personas, atraídas a los alrededores de la casa por la noticia de lo ocurrido, y cargando a Madeline, en su gran nerviosismo, con tanta facilidad como si fuera un bebé, llegó al coche en el que Kate y la sirvienta ya estaban esperándolos, y confiándoles la carga, saltó junto al cochero y le pidió que se pusiera en marcha.

CAPÍTULO 55

SOBRE ASUNTOS, PREOCUPACIONES, ESPERANZAS, DESILUSIONES Y TRISTEZAS FAMILIARES

Aunque la Sra. Nickleby habla sido informada por su hijo y su hija de todos los pormenores de la historia de Madeline Bray que ellos conocían, y aunque la situación de responsabilidad en que se hallaba Nicholas le había sido cuidadosamente explicada y había sido advertida incluso de la posible contingencia de tener que recibir a la joven en su propia casa —por improbable que un resultado como ese hubiera parecido unos pocos minutos antes de que ocurriera—, de todas formas la Sra. Nickleby, desde el momento en que esa confidencia le fuera comunicada, tarde en la noche anterior, permaneció sumida en un estado de insatisfacción y de profunda perplejidad del que ni explicaciones ni argumentos pudieron sacarla, y que se agravaba más y más con cada nuevo soliloquio y cada nueva reflexión.

«¡Dios me guarde, Kate!», argüía la buena señora, «si los señores Cheeryble no desean que esta joven se case, ¿por qué no protestan ante el Presidente de la Cámara de los Lores, ponen a la joven bajo la protección del tribunal y la encierran en la cárcel de deudores de Fleet para su propia seguridad...? He leído de cosas parecidas en la prensa un centenar de veces. O, si la quieren tanto como dice Nicholas, ¿por qué no se casan con ella...? Uno de ellos, digo. Y aun suponiendo que no quieran que ella se case, y no quieran casarse ellos con ella, ¿por qué, en nombre de lo más sagrado, tendría Nicholas que ir por el mundo impidiendo que la gente emita las amonestaciones?».

«Me parece que quizás no has entendido bien», dijo Kate con suavidad.

«Vaya, Kate, de veras que es muy cortés por tu parte», respondió la Sra. Nickleby, «Yo misma he estado casada, creo, y he visto a otras personas casarse. ¡Que no he entendido bien! ¡Vamos!».

«Sé que tienes mucha experiencia, querida mamá», dijo Kate. «Lo que quiero decir es que quizás no hayas entendido del todo las circunstancias de este caso. Seguro que hemos sido torpes para explicártelas».

«Eso diría yo», replicó su madre enérgicamente. «Es muy probable. De modo que no es culpa mía. Aunque, al mismo tiempo, puesto que las circunstancias hablan por sí mismas, me tomaré la libertad, amor mío, de decir que sí las comprendo, y además perfectamente bien, independientemente de que Nicholas y tú hayan decidido pensar lo contrario. ¿Por qué tanta alharaca si la Srta. *Magdalen* va a casarse con alguien mayor que ella? Tu pobre papá era mayor que yo, cuatro años y medio mayor. Jane Dibabs... los Dibabs vivían en una bella casita blanca de una planta, de techo de paja, totalmente cubierta de hiedra y plantas trepadoras, con un exquisito portalito con madreselvas trepadoras y todo tipo de cosas, donde las tijeretas solían caer dentro del té que una iba a beber en los anocheceres de verano, y siempre caían de espaldas y pataleaban horriblemente, y donde las ranas acostumbraban a meterse entre las velas —porque las velas se ponían dentro de cilindros metálicos en recipientes de agua— cuando pasábamos allí toda la noche, y se sentaban a mirar por los huequitos como si fueran cristianos... Jane Dibabs, esa sí se casó con un hombre mucho mayor que ella, e insistió en casarse a pesar de todo lo que dijeron en contra, y estaba tan enamorada de él que no se ha visto nada igual. No se armó tanta alharaca por el caso de Jane Dibabs, y su esposo fue un hombre sumamente honorable y respetado, y todos hablaban bien de él. Entonces, ¿por qué tanta alharaca con esa *Magdalen*?».

«Su esposo es mucho mayor, no lo ha elegido ella, y su carácter es el mismísimo reverso de lo que acabas de describir. ¿No ves la gran diferencia que hay entre los dos casos?», dijo Kate.

A esto la Sra. Nickleby se limitó a responder que ella sin duda era muy estúpida, que no cabía duda de esto, pues sus propios hijos se encargaban de repetírselo todos los días del mundo. Aunque en realidad, por ser ella un poco mayor que ellos, quizás a algunas personas tontas se les ocurriría pensar que, por lógica, ella debería saber más. Sin embargo, no había dudas de que estaba equivocada, claro que sí... siempre lo estaba... en verdad, no podía tener razón... no podía esperarse que la tuviera... de modo que más valía no seguir insistiendo. Y a pesar de todas las conciliaciones y concesiones que Kate intentó en el transcurso de la hora siguiente, la buena dama no dio más respuesta que... oh, claro... para qué le preguntaban a ella... la opinión de ella no tenía importancia... no importaba para nada lo que ella dijera... y muchas más réplicas por el estilo.

En este estado mental (expresado —cuando ya se había vuelto tan resignada que ni hablaba— mediante gestos de cabeza afirmativos, levantamiento de las cejas y pequeños gemidos incipientes, convertidos,

cuando atraían la atención, en breves toses), la Sra. Nickleby se mantuvo hasta que Nicholas y Kate regresaron con el objeto de su preocupación. Como a estas alturas ya estaba suficientemente confirmada en su propia importancia, y efectivamente despertaban su interés las adversidades sufridas por alguien tan joven y bello, no solo mostró ardor y atención máximos, sino que se apropió de gran parte del crédito por haber sido ella quien recomendara a su hijo el curso de acción seguido, sino que declaraba a cada tanto, acompañando el dicho con una mirada intencionada, que por suerte las cosas habían marchado bien, e insinuando que, de no haber sido por el gran aliento que ella brindó a la empresa y su sabiduría, jamás se habría podido llevar las cosas a este punto.

Sin seguir debatiendo si la Sra. Nickleby tuvo o no mucho que ver con lo ocurrido, resulta incuestionable que tenía fuertes motivos para estar jubilosa. Al regresar los hermanos, elogiaron tanto a Nicholas por el papel desempeñado, y mostraron tanta alegría por el cambio de la situación y por haber podido salvar a su joven amiga de adversidades tan grandes y de peligros tan amenazantes que, tal como le informó a su hija más de una vez, ahora consideraba que la suerte de la familia estaba «casi» lograda. En verdad, el Sr. Charles Cheeryble, según afirmara categóricamente la Sra. Nickleby, había «casi» dicho esto, en los primeros transportes de sorpresa y placer, sin explicar con exactitud qué significaba esa afirmación, ella se sumía en un estado tan misterioso e importante, y en perspectiva tenía tales visiones de riqueza y dignidad (por vagas y brumosas que fueran), que momentáneamente se mostraba casi tan contenta como si realmente hubiera alcanzado un tren de vida esplendoroso y todas sus preocupaciones hubieran llegado a su fin.

La repentina y terrible conmoción que había sufrido, unida a la gran tristeza y la ansiedad a la que su mente había estado sometida, fue demasiado para las fuerzas de Madeline. No bien recuperada del estado de estupefacción en que por fortuna la arrojó la muerte repentina de su padre, esa condición fue sustituida por una enfermedad peligrosa y activa. Cuando al fin ceden los delicados poderes físicos, sostenidos apenas por una tensión antinatural de las energías mentales y una resuelta determinación de no darse por vencido, el grado de postración que sobreviene casi siempre es proporcional a la fuerza que los sostuviera anteriormente. Así, la enfermedad que atacó a Madeline no fue leve ni temporal, y durante algún tiempo hizo temer no ya por su razón sino —peor aún— por su propia vida.

¿Quién que se esté recuperando lentamente de una dolencia tan severa y peligrosa podría permanecer insensible a las incansables atenciones de una enfermera tan gentil, tierna y fervorosa como Kate? ¿En quién podría la dulce y suave voz, los pasos ligeros, la mano delicada, el tranquilo, alegre, silencioso cumplimiento de las mil pequeñas misiones de bondad y alivio que tan profundamente nos tocan cuando estamos enfermos y tan a la ligera olvidamos estando sanos... en quién podría todo esto causar una más profunda impresión sino en un joven corazón, rebosante del afecto puro y verdadero que las mujeres atesoran, pero casi por completo desconocedora de las ternuras y la devoción de su propio sexo, salvo como las aprendió de sí, y que en ella, merced a tanta calamidad y sufrimiento, se habían tornado especialmente susceptibles a la solidaridad de la que tanto tiempo estuvo privada y que procuró en vano? ¿Qué maravilla hacía que los días parecieran años al irse tejiendo uno al otro? ¿Qué maravilla hacía que cada hora de su retomo a la salud viniera acompañada de reconocimiento cada vez mayor y más dulce de los elogios con los que Kate —al recordar escenas que ahora parecían pertenecer a un remoto pasado— colmaba a su hermano? ¿Dónde habría radicado la maravilla aquella que hacía que, incluso si esos elogios hubieran hallado una rápida respuesta en el pecho de Madeline, y si, con la imagen de Nicholas que volvía de modo tan constante a la mente en los rasgos de su hermana, que ella apenas podía separarlos, a veces le había sido igualmente difícil asignarle a cada uno de ellos los sentimientos que inspiraron al principio, e imperceptiblemente mezcló, con su gratitud a Nicholas, algo de aquel sentimiento más efusivo que le había asignado a Kate?

«Querida», solía decir la Sra. Nickleby, entrando al dormitorio de Madeline con una prudencia tan afectada que sobresaltaba más los nervios de la enferma que la entrada de un soldado de caballería a pleno galope, «¿cómo te encuentras esta noche? Espero que estés mejor».

«Está casi bien, mamá», respondía Kate, dejando a un lado su labor y tomando la mano de Madeline en la suya.

«¡Kate!», solía decir la Sra. Nickleby, en tono de regaño, «no hables tan alto». (La benemérita dama, por su parte, hablaba en un susurro que le habría congelado la sangre en las venas al hombre más valiente).

Kate solía tomar con mucha tranquilidad ese regaño, y la Sra. Nickleby, haciendo crujir cada tabla y susurrar cada hebra de hilo al moverse a hurtadillas por la habitación, solía añadir:

«Mi hijo Nicholas acaba de regresar a casa, y he venido, querida, como de costumbre, para saber de tus propios labios exactamente cómo estás, pues él no acepta ni aceptará jamás mi versión».

«Esta noche se retrasó más de lo habitual», diría quizás Madeline. «Casi media hora».

«¡Caramba, en toda mi vida he visto a gente como ustedes para medir el tiempo!», solía exclamar la Sra. Nickleby con gran asombro. «¡Les juro que nunca he visto algo así! No tenía la menor idea de que Nicholas se había retrasado... ni la menor idea. El Sr. Nickleby decía... es de tu pobre papá del que estoy hablando, Kate querida... decía que el apetito era el mejor reloj del mundo, pero usted no tiene apetito, mi querida Srta. Bray, ojalá lo tuviera, y créame esto que le voy a decir: usted debería tomar algo que le abra el apetito. A mí no me crea, pero dicen que comerse dos o tres docenas de langostas del país abre el apetito, aunque, claro, al final nos quedamos en las mismas, porque para comerse las langostas supongo que habría que tener apetito. ¡Ay! dije langostas. Lo que quise decir fue ostras, pero claro, da igual, aunque realmente, eso de haberse dado cuenta de que Nicholas...».

«Por casualidad estábamos hablando de él, mamá. Eso fue».

«Parece que jamás hablaran de otra cosa, Kate, y te juro que me sorprende mucho que seas tan irreflexiva. Tú, que por lo general encuentras tantos temas de conversación, y teniendo en cuenta lo importante que es tratar de levantarle el ánimo a la Srta. Bray, y motivarla y todo eso, realmente a mí me asombra muchísimo, y me pregunto qué puede inducirte a mantenerte habla que te habla, blablabla, pam, pam, pam, interminablemente sobre el mismo tema. Eres una enfermera muy bondadosa, Kate, y muy buena, y sé que lo haces con la mejor intención, pero déjame que te diga que si no fuera por mí realmente no sé a dónde iría a parar el ánimo de la Srta. Bray, y eso es lo que le digo todos los días al médico. Él me dice que no entiende cómo yo puedo mantener en alto el ánimo, y la verdad es que yo misma a menudo me pregunto cómo puedo mantener así el ánimo en alto, siempre. Desde luego que no es fácil, pero de todos modos, sabiendo en esta casa cuántas cosas dependen de mí, no me queda otra opción, claro. No es ningún mérito, pero es necesario, y lo hago».

Habiendo dicho eso, la Sra. Nickleby solía acercarse a una silla y, a lo largo de unos tres cuartos de hora, pasaba revista a una gran variedad de temas para distraer del modo más distraído posible, al cabo de lo cual abandonaba trabajosamente el lugar, jurando que ahora tendría que ir a entretener a Nicholas mientras cenaba. Después de levantarle preliminarmente el ánimo a

este con la información de que la paciente se hallaba decididamente peor, pasaba a alentarla aún más refiriéndole lo desanimada, apática y decaída que estaba la Srta. Bray, porque tontamente Kate no hacía más que hablar de él y de asuntos familiares. En cuanto lograba tranquilizar totalmente a Nicholas con esas y otras inspiradoras observaciones, solía entrar a discurrir largamente sobre los arduos deberes que había cumplido aquel día, y a veces se conmovía hasta las lágrimas preguntándose cómo iba a sobrevivir la familia si le ocurría algo a ella, y cómo saldrían adelante cuando ella no estuviera.

Otras veces Nicholas llegaba a casa de noche acompañado por el Sr. Frank Cheeryble, comisionado por los hermanos para averiguar cómo se encontraba Madeline. En semejantes ocasiones (y estas ocurrían con bastante frecuencia), la Sra. Nickleby opinaba que era de particular importancia mantenerse alerta, pues por ciertos signos y muestras que habían llamado su atención, sospechaba, con perspicacia, que el Sr. Frank, por más interesados que estuvieran sus tíos en Madeline, venía tanto para interesarse por la salud de esta como para ver a Kate. Tanto más cuanto que, porque los hermanos se mantenían en constante comunicación con el médico, venían ellos mismos con mucha frecuencia y recibían un informe completo de Nicholas cada mañana. Esos eran tiempos de orgullo para la Sra. Nickleby, y jamás hubo nadie que se le comparara en discreción y sabiduría, o tan misteriosa por añadidura. Ni nunca hubo tan astuta estrategia ni se valió nadie de tan insondables ardides como los empleados por ella con vistas a determinar si sus sospechas con respecto al Sr. Frank estaban bien fundadas y, si ese fuere el caso, tentarlo para que confiara en ella y se pusiera en manos de su clemente consideración. Fue extensa la artillería, ligera y pesada, que la Sra. Nickleby puso en juego para el desarrollo de esos grandiosos planes, y variados y contradictorios los medios que empleó para conseguir el objetivo que tenía en mente. En un momento era sumamente cordial y amable, y en otro rígida y fría. Ora parecía abrirle su corazón a la infeliz víctima, ora, en la próxima visita, lo recibía con la más distante y calculada reserva, como si hubiera averiguado algo y, adivinándole las intenciones, hubiera decidido cortarlas de raíz, como si sintiera que su deber inexcusable era actuar con firmeza espartana y, de una vez y por todas, desalentar para siempre esperanzas que jamás podrían prosperar. En otros momentos, cuando Nicholas no estaba allí y por ende no podía escucharla, y Kate estaba en los altos ocupada atendiendo a su amiga enferma, la benemérita dama solía lanzar oscuras indirectas referidas a su intención de enviarla a Francia tres o cuatro años, o a Escocia para mejorar su salud, deteriorada por sus recientes fatigas, o a los Estados Unidos para una

visita, o a cualquier parte que amenazara con una separación prolongada y tediosa. No, incluso llegaba al punto de insinuar sin más detalles que su hija mostraba afecto por el hijo de un viejo vecino de ellos, un tal Horatio Peltirogus (joven caballero que por aquellos tiempos debía tener unos cuatro años de edad, o algo así), y que solo se esperaba la decisión final de su hija, y luego obtener la aprobación de la iglesia, para felicidad e inenarrable júbilo de todas las partes.

Pletórica de orgullo y gloria por haber recurrido una noche a este último procedimiento maestro con extraordinario éxito, la Sra. Nickleby aprovechó la oportunidad de haberse quedado a solas con su hijo antes de ir a acostarse para sondearlo sobre el tema que tanto inquietaba sus pensamientos, sin dudar que ambos serían de la misma opinión al respecto. Con ese fin se aproximó al asunto haciendo diversas observaciones elogiosas y apropiadas en torno a la amabilidad, en general, del Sr. Frank Cheeryble.

«Tienes mucha razón, madre», dijo Nicholas, «mucha razón. Es una excelente persona».

«Bien parecido también», dijo la Sra. Nickleby.

«Decididamente bien parecido», respondió Nicholas.

«¡A ver! ¿Qué dirías de su nariz, querido?», prosiguió la Sra. Nickleby, deseando interesar al máximo a Nicholas en el tema.

«¿Qué diría?».

«¡Sí!», repuso su madre, «¿Qué estilo de nariz...? Qué tipo de arquitectura, si pudiera decirse así. No soy muy experta en narices. ¿La llamarías romana o griega?».

«¡Caramba, mamá!», dijo Nicholas, riendo, «hasta donde recuerdo, diría que es una especie de nariz compuesta o mixta. Pero no tengo una imagen muy exacta sobre la cuestión, de modo que si eso te complace de algún modo, la observaré con mayor detalle y te lo diré».

«Me gustarla que lo hicieras, querido», dijo la Sra. Nickleby con una mirada seria.

«Muy bien», le devolvió Nicholas, «lo haré».

Llegado a este punto el diálogo, Nicholas regresó a la lectura atenta del libro que había estado leyendo hasta allí. La Sra. Nickleby se detuvo a cavilar unos instantes y continuó:

«Él está muy apegado a ti, Nicholas, querido».

Riendo y cerrando el libro, Nicholas dijo que le alegraba oírlo, y agregó que, al parecer, su madre ya se había convertido en la confidente del nuevo amigo.

«¡Ejem!», dijo la Sra. Nickleby. «No sé si eso es así, querido, pero creo que es muy necesario que alguien se convierta en su confidente... sumamente necesario».

Regocijada por la expresión de curiosidad de su hijo, y la conciencia de ser la única poseedora de un gran secreto, la Sra. Nickleby prosiguió, muy animada:

«Con toda seguridad, mi querido Nicholas, me asombra sobremanera que no lo hayas percibido, aunque no sé por qué deba decir eso tampoco, porque, desde luego, hasta donde cabe, claro, y hasta cierto punto, hay mucho en este tipo de cosa, especialmente en esta etapa temprana, que por más claro que resulte a las féminas, no puede esperarse que sea tan evidente para los hombres. No estoy diciendo que yo tenga una sagacidad particular en esos asuntos, aunque quizá sí la tenga. Quienes me rodean podrían ser los mejores jueces de ello, y quizás sí lo sepan. En ese punto no expresaré opinión alguna... no se vería bien que yo lo hiciera, eso queda bastante descartado... bastante».

Nicholas despabiló las velas, se metió las manos en los bolsillos y, recostándose en su asiento, adoptó un aire de paciente sufrimiento y melancólica resignación.

«Creo que es mi deber, Nicholas, querido», prosiguió su madre, «decirte lo que sé, no solo porque tienes el derecho a saberlo tú también, y a saber todo lo que ocurre en esta familia, sino porque está en tus manos promover y ayudar mucho esa cosa. Y no hay duda de que llegar a un claro entendimiento sobre tales temas lo antes posible, siempre resultará mejor en todos los sentidos. Son muchas las cosas que podrías hacer, como de vez en cuando salir a pasear por el jardín, o sentarte en tu dormitorio de los altos un ratito, o fingir que te duermes ocasionalmente, o hacer como si recordaras algún asunto y salir durante una o dos horas, llevándote contigo a Smike. Esas parecen ser cosas insignificantes, y me atrevo a decir que te divertirá que yo les atribuya tanta importancia. Pero al mismo tiempo, querido, puedo asegurarte (y uno de estos días lo descubrirás tú mismo, Nicholas, si es que te enamoras de alguien, y yo confío y espero que lo hagas —siempre que ella sea respetable y de intachable conducta, aunque, claro, jamás se te ocurriría enamorarte de nadie que no lo fuera), decía que puedo asegurarte que esas cositas son mucho más importantes de lo que te imaginas. Si tu pobre papá viviera te diría cuán fundamental es dejar a solas a las partes. Claro que uno no va a retirarse de la habitación como si lo hiciera a propósito e intencionadamente, sino como por casualidad, y hay que regresar del mismo

modo. Si uno tose en el pasillo antes de abrir la puerta, o se pone a silbar despreocupadamente, o a tararear una melodía, o algo así, para que sepan que uno viene, siempre es mejor. Porque, claro, aunque no sea solo natural, sino perfectamente correcto y apropiado dadas las circunstancias, de todos modos resulta muy embarazoso si uno interrumpe a los jóvenes cuando están... cuando están sentados en el sofá y... y todo ese tipo de cosas, lo cual quizás no tenga mucho sentido, pero de todos modos lo van a hacer».

El profundo asombro con que su hijo la miraba durante este largo discurso, que fue aumentando gradualmente a medida que se aproximaba a su clímax, de ningún modo desconcertó a la Sra. Nickleby, sino que más bien aumentó la buena opinión que tenía sobre su propia sagacidad. Por lo tanto, deteniéndose apenas para comentar, muy complacida, que ya sabía ella que él se sorprendería, entró a exponer vastas cantidades de evidencias circunstanciales de un tipo particularmente incoherente, que eran como para dejar turulato al que las escuchara, y cuyo resultado último era establecer, más allá de toda duda, que el Sr. Frank Cheeryble estaba locamente enamorado de Kate.

«¿De quién?», exclamó Nicholas.

La Sra. Nickleby repitió que de Kate.

«¿Cómo? ¡Nuestra Kate... mi hermana!».

«¡Por Dios, Nicholas!», le devolvió la Sra. Nickleby. «¿La Kate de quién si no la nuestra, o por qué habría de preocuparme, o interesarme, si no fuese tu hermana?».

«Querida madre», dijo Nicholas, «¡estoy seguro de que tal cosa no es cierta!».

«Muy bien, querido», respondió la Sra. Nickleby, con gran seguridad. «Espera y verás».

Hasta aquel momento, Nicholas jamás había dedicado un pensamiento ni a la más remota posibilidad de un acontecimiento como el que ahora acababan de comunicarle, porque, aparte de que había estado mucho tiempo ausente de la casa últimamente y muy ocupado con otros asuntos, sus propios temores celosos habían promovido en él la sospecha de que algún secreto interés por Madeline, análogo al que él mismo sentía, motivaban esas visitas de Frank Cheeryble, que se habían vuelto tan frecuentes últimamente. Incluso ahora, aunque sabía que la observación de una madre ansiosa en casos como este tenía más probabilidades de ser cierta que la suya, y aunque ella le estaba haciendo recordar muchas pequeñas circunstancias que, reunidas, eran ciertamente susceptibles de encajar en la construcción que ella triunfalmente

había armado, él no estaba totalmente convencido de que no fuera aquello sencillamente el fruto de la mera galantería afable e irreflexiva que cualquier otra chica joven y agradable hubiera podido inspirar... en cualquier caso, esa esperanza tenía, y por lo tanto trataba de creerlo.

«Me preocupa mucho lo que me cuentas», dijo Nicholas tras una breve reflexión, «aunque todavía tengo la esperanza de que estés equivocada».

«No entiendo por qué tendrías que tener esa esperanza», dijo la Sra. Nickleby, «lo confieso, pero puedes estar seguro de que no lo estoy».

«¿Y Kate?», preguntó Nicholas.

«Ahí voy, querido», le devolvió la Sra. Nickleby, «es justo ese el punto en el que aún no estoy satisfecha. Durante esta enfermedad, ella ha estado constantemente junto al lecho de Madeline... jamás hubo dos personas que se tuvieran tanto cariño como el que ellas han llegado a tenerse... y para decirte la verdad, Nicholas, yo más bien la he mantenido alejada de vez en cuando, pues pienso que es un buen plan, e incita al joven a seguir adelante. Que no se sienta muy seguro, tú sabes».

Dijo eso con tal mezcla de supremo deleite y orgullo de sí misma, que a Nicholas le resultaba en extremo difícil matar sus esperanzas, pero sintió que solo había una conducta honorable a seguir, y que estaba obligado a adoptarla.

«Querida madre», dijo bondadosamente, «¿no te das cuenta de que si hubiera realmente alguna inclinación seria por parte del Sr. Frank hacia Kate, y nosotros mismos por un momento nos permitiéramos alentarla, estaríamos desempeñando un papel sumamente deshonesto e ingrato? Te pregunto si acaso no te das cuenta, pero no tengo ni que decirlo, sé que no te das cuenta, porque de otro modo habrías estado más en guardia. Déjame explicar lo que quiero decir... recuerda lo pobres que somos».

La Sra. Nickleby sacudió la cabeza, y sumida en lágrimas dijo que la pobreza no era un crimen.

«No», dijo Nicholas, «y por esa misma razón la pobreza debe engendrar un orgullo honesto, para que no nos conduzca o tiente a acciones indignas, y para que podamos preservar el mismo amor propio que podrían tener un leñador o un aguador... y que mantienen mejor de lo que un monarca mantiene el suyo. Piensa en lo que debemos a esos dos hermanos, recuerda lo que han hecho y hacen cada día por nosotros con una generosidad y una delicadeza para las cuales la devoción de nuestras vidas enteras sería una retribución sumamente insuficiente e inadecuada. ¿Qué clase de retribución sería que nosotros permitiéramos que su sobrino, su único pariente, al que

consideran un hijo, y para el cual sería pueril pensar que ellos no habrían fraguado planes acordes con la educación que ha recibido, y la fortuna que heredará... que nosotros le permitiéramos casarse con una chica sin dote, tan estrechamente vinculada a nosotros, por lo que la deducción irresistible sería que habría sido atrapado mediante un complot, que habría sido una intriga deliberada y una conjetura fraguada entre nosotros tres? Analiza tú misma claramente el asunto, madre. Ahora bien, ¿cómo te sentirías si se casaran y, al venir aquí los hermanos en una de esas amables gestiones que tan a menudo los traen, tuvieras tú que comunicarles la verdad? ¿Te sentirías cómoda, y pensarías que desempeñaste un papel honesto y franco?».

La pobre Sra. Nickleby, llorando más y más, murmuró que, por supuesto, el Sr. Frank pediría antes el consentimiento de sus tíos.

«Bueno, con toda seguridad, eso lo ubicaría a él en mejor posición con ellos», dijo Nicholas, «pero nosotros de todas formas permaneceríamos expuestos a las mismas sospechas, la distancia entre nosotros seguiría siendo grande, las ventajas a obtener seguirían siendo tan manifiestas como ahora. Tal vez estemos obrando sin tener en cuenta a la otra parte en todo esto», agregó un poco más alegre, «y confío en que así es, y casi estoy convencido. Si así no fuere, creo conocer suficientemente a Kate y confío en que ella pensará como yo, y confío en ti, querida madre, como para tener la seguridad de que después de un poco de ponderación, lo harás igual».

Después de muchas más argumentaciones y súplicas, Nicholas obtuvo la promesa de la Sra. Nickleby de tratar de hacer todo lo posible por pensar igual que él, y que si el Sr. Frank perseverase en sus atenciones, ella se esforzaría por desalentarlas, o al menos no le proporcionaría ni crédito ni asistencia. Él decidió evitar mencionarle el tema a Kate hasta estar bien convencido de que había una verdadera necesidad de hacerlo, y resolvió asegurarse, tanto como pudiera, a través de una observación personal cuidadosa, del exacto estado de la cuestión. Esa fue una determinación muy sabia, pero fue impedido de ponerla en práctica por una nueva fuente de ansiedad y desasosiego.

Smike cayó gravemente enfermo, tan desmejorado y exhausto que apenas podía trasladarse de una habitación a otra sin ayuda, y tan consumido y demacrado que daba pena mirarlo. Nicholas fue advertido por la misma autoridad médica que había consultado al principio de que la última oportunidad y esperanza de que viviera dependía de llevárselo inmediatamente de Londres. Aquella parte de Devonshire en la que Nicholas fue criado cuando niño fue indicada como el sitio más favorable, pero este consejo estuvo cautelosamente acompañado de la información de que

cualquiera que lo acompañase allí tendría que prepararse para lo peor, pues habían aparecido todos los síntomas de una rápida tisis, y podía ser que no regresara vivo.

Los bondadosos hermanos, que estaban familiarizados con la triste historia de aquella pobre criatura, enviaron al viejo Tim para que estuviera presente en esa consulta. Aquella misma mañana, Nicholas fue convocado a la habitación privada del hermano Charles, quien se dirigió a él como sigue:

«Mi querido señor, no hay tiempo que perder. Este muchacho no morirá si algún medio que esté en nuestras manos puede salvarle la vida. Tampoco morirá solo y en un sitio extraño. Lléveselo mañana por la mañana, asegúrese de que tenga todas las comodidades que su situación requiere, y no lo abandone... no lo abandone, mi querido señor, hasta que sepa que ya no hay ningún peligro inmediato. Es duro separarse, ya lo creo... ¡no, no, no! Tim se ocupará de usted esta noche, señor. Tim se ocupará de usted esta noche con una o dos palabras de despedida. Hermano Ned, mi querido amigo, el Sr. Nickleby espera para estrecharte la mano y despedirse. El Sr. Nickleby no estará fuera mucho tiempo. Ese pobre chico pronto mejorará... muy pronto mejorará... y entonces él hallará algunas buenas personas campesinas y hogareñas con quienes dejarlo, e ir y venir a veces... ir y venir, ya sabes, Ned... y no hay por qué desanimarse, pues muy pronto mejorará, muy pronto, ¿no es cierto... no es cierto, Ned?».

Lo que dijo Tim Linkinwater, o lo que trajo consigo aquella noche, no hay por qué explicarlo. A la mañana siguiente, Nicholas y su débil acompañante emprendieron viaje.

¿Y quién sino aquel —aquel que, a no ser por aquellos que se agolpaban en torno a él, jamás halló una mirada de bondad, o conoció una palabra de conmiseración— podría decir cuánta agonía en la mente, cuántos pensamientos echados a perder, cuánto pesar desenredándose revoloteaban alrededor de aquella triste partida?

«Mira», exclamó Nicholas con ansias, mirando por la ventanilla del coche, «¡allí siguen, en aquella esquina! Y ahora allí está Kate —la pobre Kate, de la que decías que no soportarías despedirte— agitando su pañuelo. ¡No te vayas sin un gesto de despedida para Kate!».

«¡No puedo hacerlo!», exclamó su tembloroso acompañante, dejándose caer hacia atrás en su asiento y cubriéndose los ojos. «¿La ve ahora? ¿Aún está allí?».

«¡Sí, sí!», aseguró Nicholas. «¡Vaya, vuelve a agitar su mano! Le respondí en tu lugar... y ahora ya los perdimos de vista. No te lo tomes con tanta

amargura, querido amigo, no lo hagas. Volverás a verlos a todos otra vez».

Aquel a quien alentaba de ese modo, alzó sus manos marchitas y las enlazó con fervor.

«¡En el Cielo, se lo ruego humildemente a Dios, en el Cielo!».

Y lo decía como alguien que tuviera roto el corazón.

CAPÍTULO 56

**RALPH NICKLEBY, DESCONCERTADO POR SU SOBRINO EN SU RECIENTE
INTRIGA, FRAGUA UN PLAN DE REVANCHA QUE SE LE OCURRE POR ACCIDENTE Y
ADOPTA COMO ASESOR A UN AUXILIAR MUY PROBADO**

El rumbo que han tomado estas aventuras y que el narrador tiene la más estricta obligación de observar, le exige ahora regresar al punto alcanzado antes del comienzo del último capítulo, cuando Ralph Nickleby y Arthur Gride quedaron juntos en la casa en la que tan repentinamente la muerte alzara su oscuro y pesado estandarte.

Con los puños cerrados y los dientes apretados con tanta fuerza que ni él mismo habría logrado unirlos y trancarlos mejor, Ralph permaneció algunos minutos en la misma actitud en la que se había dirigido a su sobrino por última vez: su respiración era dificultosa, pero por otra parte estaba tan rígido e inmóvil como una estatua fundida. Después de un rato, comenzó poco a poco, como una persona que despierta de un pesado sueño, a relajarse. Por un momento sacudió a hurtadillas y con violencia el puño cerrado en dirección a la puerta por la que Nicholas había desaparecido, y a continuación, llevándose al pecho, como quien se obliga a reprimir incluso esa muestra de pasión, dio vuelta para mirar al usurero que, menos robusto, todavía no se había podido levantar del suelo.

El mísero acobardado, al que le seguían temblando todos los miembros, y cuyos pocos cabellos grises aparecían erizados sobre su cabeza con abyecta consternación, se puso de pie, trastabillando, y al cruzarse su mirada con la Ralph, se cubrió el rostro con ambas manos y fue deslizándose hacia la puerta al tiempo que, lastimero, aseguraba que no era culpa suya.

«¿Quién dijo que lo fuera, hombre?», replicó Ralph con voz contenida. «¿Quién dijo que lo fuera?».

«Me miró usted como si pensara que la culpa era mía», dijo Gride. Tímidamente.

«¡Bah!», murmuró Ralph, forzándose a reír. «Lo culpo a él por no haber vivido una hora más... una hora más habría bastado... no culpo a nadie más».

«¿A n-n-nadie más?», dijo Gride.

«No por este infortunio», respondió Ralph. «Tengo una vieja cuenta que saldar con ese... ese joven que se llevó a su dama, pero eso no tiene nada que ver con esta fanfarronada de ahora, pues nos habríamos deshecho de él muy pronto, a no ser por ese maldito accidente».

Había algo tan antinatural en la contenida calma con la que habló Ralph Nickleby, unida a su rostro lívido, a la horrible expresión de sus facciones, en las que cada nervio y músculo se contraían y latían con un espasmo imposible de ocultar ni aun con el mayor esfuerzo, que le imprimían a cada instante a su expresión algún aspecto nuevo y atemorizante... algo había tan antinatural y horrible en el contraste entre su voz ronca, lenta, estable (solo alterada por cierto receso en la respiración que lo obligaba a hacer una pausa casi después de cada palabra, como un borracho que se esforzara por hablar con claridad), y tan evidentes eran las señales de que en su interior se agitaban las más violentas pasiones y él luchaba para mantenerlas ocultas, que si, en vez de ser él quien estaba de pie frente al acobardado Gride, hubiera sido el cadáver que yacía en el piso superior, el espectáculo no habría sido más espeluznante para Gride.

«El coche», dijo Ralph después de un rato, durante el cual había luchado como algún hombre fuerte contra un acceso. «Vinimos en un coche. ¿Aún está... esperándonos?».

Gride se alegró de aprovechar ese pretexto para alejarse hacia la ventana, y Ralph, manteniendo el rostro firmemente fijo en otra dirección, tiró de su camisa con la mano que se había llevado al pecho, y murmuró en un ronco susurro:

«¡Diez mil libras! ¡Él dijo diez mil! La suma exacta pagada apenas ayer por las dos hipotecas, y que habrían vuelto a salir mañana con un elevado interés. ¡Si de verdad la casa quebró, y él fue el primero en traer la noticia...! ¿Está aquí el coche?».

«Sí, sí», dijo Gride, desconcertado por el tono feroz de la pregunta. «Ahí está. ¡Ay, qué hombre más fogoso es usted!».

«Ven aquí», dijo Ralph, llamándolo a su lado. «No debemos dar ninguna señal de encontramos perturbados. Caminemos del brazo».

«¡Pero usted me hace moretones con sus pellizcos!», protestó Gride, retorciéndose de dolor.

Ralph lo alejó con impaciencia, y después de bajar las escaleras con su paso habitual, firme y pesado, se montó en el coche. Arthur Gride lo siguió. Después de mirar dubitativamente a Ralph cuando el cochero le preguntó a dónde debía llevarlos, y al descubrir que aquel permanecía callado y no expresaba preferencias sobre el tema, Arthur dijo que a su propia casa, y hacia allá se encaminaron.

Por el camino, Ralph iba sentado en la esquina más alejada con los brazos cruzados, y no pronunció ni una palabra. Con la barbilla hundida en el pecho y la vista clavada en el suelo, de modo que los ojos permanecían ocultos por la contracción de sus cejas unidas, habría podido estar dormido por las pocas señales de conciencia que daba, hasta el momento en que el coche se detuvo, momento en que él alzó la cabeza y, mirando por la ventanilla, preguntó qué sitio era aquel.

«Mi casa», respondió el desconsolado Gride, afectado quizás por su soledad. «¡Ay! Mi casa».

«Cierto», dijo Ralph. «No me fijé en el camino por el que vinimos. Quisiera beber un vaso de agua. ¿Tienes en casa, supongo?».

«Podrás beber un vaso de... de cualquier cosa que quieras», respondió Gride, con un gemido. «No toque a la puerta en vano, cochero. ¡Haga sonar la campana!».

El hombre tocó, tocó, y volvió a tocar la campana. Entonces golpeó la puerta hasta que toda la calle le devolvió el eco de los sonidos. Luego trataron de escuchar a través del ojo de la cerradura. No vino nadie, y la casa estaba tan silenciosa como una tumba.

«¿Cómo es esto?», dijo Ralph con impaciencia.

«Peg es tan sorda», respondió Gride con una mirada de ansiedad y alarma. «¡Ay! Vuelva a tocar la campana, cochero. Ella ve la campana».

De nuevo el hombre tocó campana y puerta, y volvió a tocar, y volvió a tocar. Algunos de los vecinos abrieron las ventanas y se gritaron de un lado al otro de la calle que el ama de llaves del anciano Gride probablemente había muerto. Otros se reunieron alrededor del coche y se extendieron en variadas conjeturas. Algunos sostenían que se había quedado dormida; otros que había muerto quemada; otros que se había emborrachado. Y un hombre muy grueso dijo que había visto algo de comer y que se espantó tanto (por no estar acostumbrada a ello) que le había dado un ataque. Esta última sugerencia divirtió particularmente a los espectadores, que la aclamaron con gran algarabía, y difícilmente se pudo disuadirlos de bajar por el patio y romper la puerta de la cocina para comprobar el hecho. Pero eso no fue todo, pues en

cuanto se filtraron los rumores de que Arthur iba a casarse aquella mañana, se habían hecho averiguaciones muy particulares en torno a la novia, a la que la mayoría creía disfrazada en la persona de Ralph Nickleby, lo cual dio lugar a mucha jocosa indignación por la aparición pública de una novia vestida con botas y pantalones, y motivó muchísimos abucheos y silbidos. Al cabo, los dos prestamistas consiguieron refugio en una casa contigua, y después de prestárseles una escalera, escalaron por encima del muro del patio, que no era muy alto, y descendieron sanos y salvos del otro lado.

«Le juro que casi tengo temor de entrar», dijo Arthur, volviéndose hacia Ralph cuando estuvieron solos. «Suponga que ella haya sido asesinada... que la encontremos en el piso con los sesos desparramados por un golpe de atizador... ¿eh?».

«Suponga que sí», dijo Ralph, en voz ronca. «Le digo que ojalá esas cosas fueran más comunes de lo que son, y que se hicieran con mayor facilidad. Puede mirarme cuanto quiera y temblar... ¡pero ojalá así fuera!».

Accionó una bomba en el patio, y tras beber un abundante trago de agua y de echarse cierta cantidad sobre la cabeza y el rostro, recuperó sus modales acostumbrados y fue el primero en entrar a la casa, con Gride siguiéndolo de cerca.

Era el mismo sitio oscuro de siempre, cada habitación tan sombría y silenciosa como de costumbre, y cada fantasmal mueble en su sitio habitual. El férreo corazón del viejo y horrendo reloj, imperturbable frente a todo el ruido que había afuera, seguía latiendo pesadamente dentro de su caja polvorienta, los armarios tambaleantes se ocultaban de la vista en sus melancólicos rincones, como solían hacer; los ecos de los pasos devolvían el mismo sonido monótono. La araña de largas patas hizo una pausa en su ágil carrera, y, asustada de ver hombres en aquel dominio sombrío que era el suyo, se mantuvo colgada, inmóvil, sobre la pared, fingiéndose muerta hasta que la dejaran atrás.

Del sótano al desván fueron los dos usureros, abriendo cada puerta rechinante y asomándose a cada habitación desierta. Pero allí no había ninguna Peg. Finalmente se sentaron en la habitación que Arthur Gride ocupaba habitualmente, para descansar tras su búsqueda.

«La bruja salió para algún preparativo de las festividades de tu boda, me imagino», dijo Ralph, preparándose para partir. «Mira lo que hago. Estoy destruyendo el bono. Ahora ya nunca lo vamos a necesitar».

Gride, que había estado escudriñando con la vista por toda la habitación, en ese momento se dejó caer de rodillas frente a un gran cajón, y profirió un

terrible grito.

«¿Qué pasa ahora?», dijo Ralph, volviéndose con una mirada severa.

«¡Me ha robado! ¡Me ha robado!», gritó Arthur Gride.

«¡Robado! ¿Dinero?».

«No, no, no. ¡Peor! ¡Mucho peor!».

«¿Qué ha sido entonces?», preguntó Ralph.

«¡Peor que el dinero, peor que el dinero!», exclamó el anciano, sacando los papeles del cajón como una bestia que escarbara la tierra. «Mejor que me hubiera robado el dinero... todo el dinero... no tengo mucho. ¡Mejor que me hubiera convertido en un mendigo, antes que hacerme esto!».

«¿Hacerte qué?», dijo Ralph. «¿Hacerte qué, so imbécil del demonio?».

Gride seguía sin responder, pero rebuscaba y esparcía los papeles, y gritaba y chillaba como un desalmado en el potro de tortura.

«Dices que falta algo», dijo Ralph, sacudiéndolo furiosamente por el cuello de la camisa. «¿Qué cosa es?».

«Papeles, escrituras. Soy un hombre arruinado... perdido... ¡perdido! ¡Me han robado, estoy arruinado! Ella me vio leyéndolo... leyéndolo recientemente... yo lo hacía muy a menudo... ella me vigiló... me vio ponerlo en la caja que iba dentro de esto... la caja no está... ella me la ha robado... Maldita y mil veces maldita, ¡me la ha robado!».

«¿Qué es lo que te ha robado?», exclamó Ralph, como si de repente hubiera tenido un destello, pues los ojos le relampaguearon y todo el esqueleto le temblaba frenéticamente al agarrar a Gride por su huesudo brazo. «¿Qué es?».

«Ella no sabe lo que es. ¡Ella no sabe leer!», chilló Gride, sin prestar atención al interrogatorio. «Solo hay un modo en que pudiera obtener el dinero, y sería llevándoselo a ella. Alguien se lo leerá y le dirá qué hacer. Ella y su cómplice obtendrán dinero y además sin el menor problema. Lo convertirán en un mérito... dirán que lo encontraron... lo sabía... y la evidencia está en mi contra. ¡Todo caerá sobre mí... sobre mí... sobre mí!».

«¡Paciencia!», dijo Ralph, agarrándolo todavía más fuerte y mirándolo de soslayo, con tanta fijeza y ansiedad que se veía a las claras que tenía algún propósito oculto en lo que iba a decir. «Atiende a razones. No puede hacer mucho rato que se marchó. Llamaré a la policía. En cuanto ofrezcas la información de lo que ha robado, le echarán mano, hazme caso. ¡Aquí! ¡Auxilio!».

«¡No... no... no...!», gritó el anciano, pateando el piso con la energía de un loco. «Te digo que no. No me atrevo... ¡no me atrevo!».

«¿No te atreves a hacer público este robo?», dijo Ralph, escandalizado.

«¡No!», prosiguió Gride, retorciéndose las mano. «¡Chitón! ¡Chitón! Ni una palabra de esto. No debe decirse ni una palabra. Estoy acabado. A donde quiera que me vuelva, estoy acabado. He sido traicionado. Me entregarán. ¡Moriré en la cárcel de deudores de Newgate!».

Y con estas y otras muchas exclamaciones delirantes en las que el temor, la aflicción y la rabia se mezclaban extrañamente, el desgraciado cayó presa del pánico, hasta que gradualmente los gritos fueron amainando, desde su primer alarido hasta que sus lamentos se convirtieron en un débil gemido de desesperación, combinado de vez en cuando con un aullido en la medida en que, al repasar los papeles que quedaban en el cajón, descubría alguna nueva pérdida. Teniendo muy poca excusa para partir tan abruptamente, Ralph lo abandonó, y después de decepcionar a quienes permanecían fuera de la case diciéndoles que no ocurría nada, se montó en el coche para trasladarse a su propia casa.

Sobre el escritorio encontró una carta. Allí la dejó un rato como si no tuviera coraje para abrirla, pero al cabo lo hizo, y una palidez mortal cubrió su rostro.

«Lo peor ha ocurrido», dijo, «la casa quebró. Ya veo... el rumor se filtró a todo el barrio financiero anoche, y llegó a oídos de esos comerciantes. ¡Vaya... vaya!». Anduvo violentamente de un lado a otro de la habitación y volvió a detenerse. «¡Diez mil libras! Y con solo yacer allí por un día... ¡por un día! ¡Cuántos años de esfuerzo, cuántos días privándome de lo necesario y cuántas noches en vela, antes de juntar con tanta dificultad esas diez mil libras...! ¡Diez mil libras! ¡Cuántas tías orgullosas y pintarrajeadas me habrían adulado y sonreído, y cuánto zopenco derrochador habría fingido congratularme, maldiciéndome en su corazón, mientras yo convertía esas diez mil libras en veinte mil! Mientras yo moliera y apretara, y usara para mi placer y beneficio a los desgraciados que pidan prestado, ¡qué discursos tan zalameros, y qué miradas tan cordiales, y qué cartas tan educadas me habrían dirigido! La hipocresía del mundo de la mentira consiste en que hombres como yo conseguimos nuestras riquezas mediante el disimulo y la traición, siendo serviles y rastreros, y rebajándonos. ¡Vaya! ¡Cuántas mentiras, qué evasiones tan mezquinas y abyectas, qué comportamiento tan rastrero el de arribistas que, a no ser por mi dinero, me habrían arrojado a un lado como hacen todos los días con sus cartas, si esas diez mil libras me hubieran servido de presentación...! Seguro que las habría duplicado... les habría sacado el cien por ciento... sacarle a cada soberano otro más... no habría ni una pieza

en todo ese montón de monedas que no representara diez mil mezquinas y miserables mentiras, dichas... no por el prestamista, ¡oh, no!, sino por los que piden préstamos... ese tipo de gente liberal, irreflexiva, generosa y elegante, ¡que por nada del mundo sería tan mezquina como para ahorrarse una moneda de seis peniques!». Luchando al parecer para despojarse de parte de la amargura de sus lamentaciones en la amargura de estos otros pensamientos, Ralph siguió paseándose por la habitación. En su actitud había cada vez menos determinación, en la medida en que su mente volvía una y otra vez sobre la pérdida sufrida. Y al cabo, dejándose caer en su butaca y agarrándose a los brazos de ella con tanta fuerza que la hizo crujir nuevamente, dijo con los dientes apretados:

«Hubo momentos en los que nada habría podido conmoverme más que la pérdida de esta gran suma... nada, pues los nacimientos, las muertes, los matrimonios y todo acontecimiento que mueve el interés de la mayoría de los hombres me dejaba impávido (a menos que estuviera vinculado a la ganancia o la pérdida de dinero). Pero ahora, juro que a la pérdida sumo el triunfo de él al contarla. Si él hubiera sido el causante —y casi siento como si hubiera sido así— no podría haberlo odiado más. Pero de él me voy a desquitar poco a poco, muy lentamente. Voy a empezar sacándole ventaja, solo voy a inclinar la balanza, y entonces podré soportarlo».

Sus meditaciones fueron largas y profundas. Y concluyeron con el envío, a través de Newman, de una carta dirigida al Sr. Squeers a la posada Cabeza de Sarraceno, e instrucciones de preguntar si dicho caballero había llegado al pueblo, y si así fuere, esperar una respuesta. Newman trajo de regreso la información de que el Sr. Squeers había llegado en el coche del correo aquella mañana, y que había recibido su carta todavía acostado. No obstante le reiteraba al Sr. Nickleby su disposición de servirle, y le informaba que de inmediato se levantaría e iría a ponerse a sus órdenes.

El intervalo entre la entrega de este mensaje y la llegada del Sr. Squeers fue muy breve, pero antes de que este llegara, Ralph había suprimido todo síntoma de emoción, y de nuevo había adoptado las maneras duras, incommovibles e inflexibles que le eran habituales y a las que quizás podría atribuirse una considerable parte de la influencia que casi a su antojo lograba ejercer sobre muchas personas, no demasiado escrupulosas en cuestiones de moral.

«Caramba, Sr. Squeers», dijo, dándole la bienvenida al benemérito caballero con su acostumbrada sonrisa, de la que formaban parte integral una mirada aguda y un pensativo fruncimiento del ceño, «¿cómo está usted?».

«Bueno, señor», dijo el Sr. Squeers, «estoy bastante bien. La familia también, y los chicos también, a no ser por una especie de erupción que está azotando la escuela, y más bien los aleja de la comida. Pero no será más que una racha pasajera, un viento que sopla nada bueno para nadie. Eso es lo que siempre digo cuando esos muchachos sufren un castigo. Un castigo, señor, es la suerte de la mortalidad. La mortalidad misma, señor, es un castigo. De castigos está repletito el mundo, y si un chico berrea porque lo castigan y lo molesta a uno con el ruido, ¡un puñetazo en la cabeza! Eso está en línea con las escrituras, sí, señor».

«Sr. Squeers», dijo Ralph, secamente.

«Señor».

«Evitemos esas preciosas viñetas de moralidad, por favor, y hablemos de negocios». «A sus órdenes de todo corazón, señor», prosiguió Squeers, «y primero déjeme decir...».

«Primero déjeme decir a mí, por favor... ¡Noggs!».

Después de hacerse repetir el llamado dos o tres veces, Newman se presentó preguntando si su amo lo había llamado.

«Sí, lo hice. Vete a comer. Y vete de inmediato. ¿Me oíste?».

«Todavía no es la hora», dijo Newman, con obstinación.

«Mis horas son las tuyas, y digo que sí es la hora», replicó Ralph.

«Usted la cambia todos los días», dijo Newman. «No es justo».

«Tú no tienes demasiados cocineros, así que te será fácil pedirles excusas por la molestia ocasionada», replicó Ralph. «¡Lárguese, señor!».

Ralph no solo emitió esta orden del modo más perentorio, sino que, fingiendo ir a buscar algunos papeles en la oficinita, se cercioró de que la obedeciera, y cuando Newman abandonó la casa, le pasó la cadena a la puerta para impedir la posibilidad de que regresara secretamente valiéndose de su llave.

«Tengo motivos para sospechar de ese tipo», dijo Ralph, al regresar a su oficina. «Por lo tanto, mientras no se me ocurra el modo más rápido y menos problemático de arruinarlo, creo que lo mejor será mantenerlo a distancia».

«No se requeriría mucho para arruinarlo, creo yo», dijo Squeers, con una sonrisa burlona.

«Quizás no», respondió Ralph. «Ni para arruinar a muchas personas que conozco. ¿Decía usted...?».

El resumen de Ralph y el modo prosaico en que espetó aquel ejemplo y la insinuación que lo siguió, evidentemente surtieron su efecto (como sin duda

había sido su intención) sobre el Sr. Squeers, quien declaró, tras cierta vacilación y en un tono mucho más sumiso:

«¡Oh, vamos! Lo que yo iba a decir, señor, es que ese asunto del malagradecido e insensible de Snawley padre, me perturba y me crea un inconveniente bastante singular, convirtiendo además, podríamos decir, por muchas semanas a la Sra. Squeers en una perfecta viuda. Es un placer para mí actuar con usted, por supuesto».

«Por supuesto», dijo Ralph, secamente.

«Sí, digo que por supuesto», prosiguió el Sr. Squeers, frotándose las rodillas, «pero al mismo tiempo, cuando uno tiene que recorrer, como acabo de hacerlo yo, más de cuatrocientos kilómetros para firmar una declaración jurada, la verdad es que eso desanima a cualquiera, sin contar con el riesgo».

«¿Y dónde estaría el riesgo, Sr. Squeers?», dijo Ralph.

«Dije que sin contar con el riesgo», respondió Squeers, evasivo.

«Y yo pregunté que dónde estaba el riesgo».

«No me estaba quejando, usted sabe, Sr. Nickleby», suplicó Squeers. «Le doy mi palabra de que nunca vi algo tan...».

«Le pregunto que dónde está el riesgo», insistió enfáticamente Ralph.

«¿Que dónde está el riesgo?», repuso Squeers, frotándose aún más fuertemente la rodilla. «¡Tome! No hay necesidad de mencionarlo... ciertos temas mejor se evitan. Oh, usted sabe a qué riesgo me refiero».

«¿Cuántas veces le he dicho», dijo Ralph, «y cuántas tendré que volvérselo a decir, que usted no corre ningún riesgo? ¿Qué ha jurado usted, o qué se le ha pedido que jure, aparte de sostener, simplemente, que en tal o cual momento le dejaron a usted un chico de nombre Smike, que estuvo en su escuela un número dado de años, que se perdió en tales y cuáles circunstancias, y que ahora ha sido encontrado en tales y cuales manos e identificado por usted? Todo esto es cierto... ¿no?».

«Sí», respondió Squeers, «todo eso es cierto».

«Bien, entonces», dijo Ralph, «¿cuál es el riesgo que corre? ¿Quién está jurando en falso a parte de Snawley... un hombre al que he pagado mucho menos de lo que le he pagado a usted?».

«La verdad es que cobró barato ese tipo, Snawley», observó Squeers.

«¡Cobró barato!», saltó Ralph con ira. «Sí, y lo hizo bien, y actúa brillantemente, con su cara hipócrita y su aspecto de santurrón, pero usted... ¡riesgo! ¿A qué se refiere con eso del riesgo? Todos los certificados son auténticos, Snawley tenía otro hijo, se casó dos veces, su primera esposa murió, nadie más que su fantasma podría decir que ella no escribió esa carta,

nadie más que Snawley podría decir que ese no es su hijo y que su hijo verdadero es pasto de gusanos. El único falso juramento es el de Snawley, y me parece que él está bastante acostumbrado a ello. ¿Dónde radica su riesgo?».

«¡Oh, vamos...! Usted sabe», dijo Squeers, inquieto en su silla, «si llegamos a ese punto yo podría preguntar dónde está el suyo».

«¡Puedes decir dónde está el mío!», le devolvió Ralph. «Puedes decir dónde está el mío. Yo no aparezco en el negocio... ni usted tampoco. Todo lo que tiene que hacer Snawley es atenerse estrictamente a la historia que ha contado, y su riesgo sería desviarse mínimamente de él. ¡Hablar de su riesgo en la conspiración!».

«Oiga», objetó Squeers mirando a su alrededor con desasosiego, «no la llame así... hágalo como un favor, no la llame así».

«Llámela como guste», dijo Ralph, irritado, «pero hágame caso. Esa historia la fabricamos originalmente para poner en apuros a alguien que le hizo daño a usted y a su negocio y que casi lo mata a golpes, y para que usted pudiera volver a posesionarse de ese esclavo medio muerto al que quería recuperar, porque usted sabía que el mejor castigo que podía infligirle a su enemigo era que el chico volviera a caer en poder de usted y que ese señor lo supiera. ¿Es así o no, Sr. Squeers?».

«¡Bueno...!, señor», le devolvió Squeers, casi vencido por la determinación de Ralph de demostrar, a su manera dura e inflexible, que todo había sido por su culpa, «en cierta medida, así fue».

«¿Qué significa eso?», dijo Ralph, tranquilamente.

«¡Bueno...!, en cierta medida significa», repuso Squeers, «que hasta cierto punto podría ser así, que no todo fue por mi causa, pues usted también tenía algún viejo motivo de rencor que cobrarse».

«De no haberlo tenido», dijo Ralph, en lo absoluto avergonzado por el recordatorio, «¿cree que lo habría ayudado?».

«¡Bueno...!, no, supongo que no», respondió Squeers. «Solo quería que ese punto quedara bien aclarado y rectecito entre nosotros».

«¿Cómo podría ser de otro modo?», replicó Ralph. «Salvo que la cuenta está en mi contra, pues yo suelto dinero para cobrármelas, y usted se las cobra y al mismo tiempo se embolsilla dinero. De modo que, al menos es usted tan avaricioso como vengativo... y yo también. ¿Quién sale mejor parado? ¿Usted, que cobra dinero y venganza al mismo tiempo y en el mismo proceso, y que en cualquier caso tiene el dinero asegurado, si no la venganza, o yo, que

solo tengo seguridad en que he de gastar dinero y que, en el mejor de los casos, solo podré cobrar venganza y nada más?».

Aunque el Sr. Squeers solo alcanzaba a responder a esta andanada mediante encogimientos de hombros y sonrisas, Ralph le pidió severamente que se callara de una vez y agradeciera el hecho de salir tan bien parado, tras lo cual, clavando en él fijamente la vista, siguió diciendo:

En primer lugar, que Nicholas le había frustrado un plan fraguado por él para casar a cierta joven y que, en la confusión creada por la repentina muerte del padre de la chica, Nicholas se había apoderado de ella y se la había llevado, triunfante.

En segundo lugar, que en algún testamento o contrato —seguramente algún documento escrito donde aparecía el nombre de la joven y que, por lo tanto, podía ser fácilmente detectado por otros si lograban acceder al sitio donde estaba depositado— constaba que ella tenía derecho a propiedades; y que si ella llegara a conocer de la existencia de esa escritura, la misma convertiría a su esposo (pues Ralph se hacía la idea de que Nicholas con toda certeza la desposaría) en un hombre rico y próspero, y en un formidable enemigo.

En tercer lugar, que esa escritura había sido robada, junto con otras más, a alguien que, a su vez, la había obtenido y ocultado de manera fraudulenta, y que, por lo tanto, temía hacer algo para recuperarla, y que él (Ralph) sabía quién era el ladrón.

El Sr. Squeers escuchó todo esto con orejas ávidas, que devoraban cada sílaba, y con su único ojo y la boca abiertos a más no poder, preguntándose estupefacto cuál sería la razón especial por la que Ralph lo honraba con tantas confidencias, y qué pretendía con todo aquello.

«Ahora bien», dijo Ralph, inclinándose hacia delante, y poniendo su mano sobre el brazo de Squeers, «escuche el plan que he concebido, y que tengo que ejecutar, si es que puedo madurarlo. Fueran cuales fuesen los beneficios que ofrece esa escritura, solo la chica o su esposo pueden sacarle provecho. Y para que consigan esos beneficios, es indispensable que el uno o la otra entren en posesión de esa escritura. Eso lo sé con certeza, más allá de cualquier duda. Quiero que me traigan esa escritura, para yo poder entregarle cincuenta libras en oro al hombre que me la consiga y arrojarla al fuego hasta verla reducida a cenizas ante su vista».

Tras seguir con su ojo la acción de la mano de Ralph en dirección a la chimenea, como si en ese mismo momento estuviera consumiéndose el papel, el Sr. Squeers respiró profundamente y dijo:

«Sí, pero ¿quién va a traerla?».

«Nadie, quizás, pues queda mucho por hacer antes de que se pueda llegar a ella», dijo Ralph, «pero si alguien lo hace... ¡será usted!».

Las primeras muestras de consternación del Sr. Squeers, y su rotunda declinación de la tarea, habrían hecho titubear a cualquier otro hombre, cuando no ocasionado un abandono total de la propuesta. Pero en Ralph no produjeron el menor efecto. Cuando volvió a hablar, después de que el maestro quedara sin aliento de tanto hacerlo, tan calmadamente como si nunca lo hubieran interrumpido, Ralph procedió a extenderse en los aspectos del caso en los que consideró sumamente aconsejable poner el mayor énfasis.

Tales fueron: la edad, la decrepitud y la debilidad de la Sra. Sliderskew, la gran improbabilidad de que tuviera algún cómplice o siquiera algún conocido —teniendo en cuenta sus hábitos de reclusión y su prolongada residencia en una casa como la de Gride—. La razón más probable era suponer que el robo no fuera el resultado de un plan concertado —pues de otro modo ella habría esperado una oportunidad para huir llevándose cierta suma de dinero— ni el hecho de estar ella necesitada (a lo que se aplicaba el mismo razonamiento). Luego se vería en dificultades cuando empezara a pensar en lo que había hecho, y se encontrara cargada con una cantidad de documentos cuya naturaleza ignoraba absolutamente. De ahí la relativa facilidad con la que alguien que estuviera al tanto del asunto y accediera a ella pudiera convertirla en su confidente, de ser necesario atizando sus temores y arrastrándose como un gusano para ganarse su confianza y obtener, con un pretexto u otro, la libre posesión de la escritura. A estas consideraciones se le agregaron otras tales como que, por vivir el Sr. Squeers tan lejos de Londres, su asociación con la Sra. Sliderskew podía resolverse con el infantil recurso del disfraz, y que de seguro nadie lo reconocería ni en ese momento ni después; asimismo, la imposibilidad de que el propio Ralph se encargara de la tarea por conocerlo ella de vista, y varios comentarios sobre el tacto y la experiencia poco comunes del Sr. Squeers que harían de la tarea de tomarle el pelo a una anciana un mero juego de niños y una diversión. Además de estos influjos y persuasiones, Ralph pintó, con toda su habilidad y su poder, un retrato vivido de la derrota que sufriría Nicholas de tener ellos éxito, pues quedaría vinculado a una mendiga cuando esperaba desposar una heredera... tocó de paso el tema de la inconmensurable importancia que tenía, para un hombre de posición como Squeers, preservar a un amigo como él... se detuvo a enumerar una larga lista de beneficios que aquel había obtenido desde que se conocieran, cuando él declaró a su favor en el caso de un chico enfermizo que

murió a manos suyas (y cuya muerte había sido muy conveniente para Ralph y sus clientes, pero eso no lo dijo), y finalmente insinuó que las cincuenta libras podrían aumentarse hasta setenta y cinco o, en caso de un gran éxito, incluso a cien.

En cuanto estos argumentos al fin concluyeron, el Sr. Squeers cruzó las piernas y las descruzó, se rascó la cabeza, se frotó los ojos, se examinó las palmas de las manos, se mordió las uñas, y después de exhibir otros síntomas de desasosiego e indecisión, preguntó «si cien libras era la cifra más alta que el Sr. Nickleby podía ofrecer». Al respondersele afirmativamente, se revolvió de nuevo intranquilo, y tras cavilar un poco y lanzar varias preguntas que no consiguieron éxito referidas a «si no podía aumentar otras cincuenta», dijo que su deber para con él era el mismo que tendría con un amigo, es decir el máximo grado del deber, y que por ende aceptaba el trabajo. «Pero ¿cómo va usted a dar con la mujer?», preguntó. «Eso es lo que me intriga». «Puede ser que no llegue a dar con ella», respondió Ralph, «pero lo intentaré. En ocasiones he rastreado en esta ciudad a personas que se escondieron mejor que ella, y conozco barrios en los que, si uno gasta una o dos guineas cuidadosamente, puede resolver acertijos más oscuros que este... sí, y mantenerlos a mano también, si hubiera que hacerlo. Oigo a mi empleado tocar la campana de la puerta. Mejor será que nos separemos. Será mejor que no esté usted yendo y viniendo, sino que espere noticias mías».

«¡Muy bien!», repuso Squeers. «Oiga, si usted no la encuentra, ¿me pagará los gastos en el Sarraceno, y algo más por el tiempo perdido?».

«Vaya», dijo Ralph con enojo, «sí. ¿No tiene nada más que decir?».

Después de que Squeers sacudiera con un gesto negativo la cabeza, Ralph lo acompañó a la puerta de la calle, y preguntándose en voz alta, para que Newman lo oyera, por qué estaba cerrada con cadena como si fuera de noche, dejó entrar a Noggs y salir a Squeers, y regresó a su propia habitación.

«¡Eso es!», murmuró con tenacidad, «pase lo que pase, por ahora estoy firme e incommovible. Ojalá que pueda recuperar esta pequeña porción de mi pérdida y de mi deshonra. Ojalá que pueda frustrar un proyecto tan caro a su corazón como debe de ser este. Ojalá que pueda hacer solo eso, y será el primer eslabón de la cadena con la que lo iré amarrando, como ningún hombre lo ha hecho hasta hoy».

CAPÍTULO 57

LAS DILIGENCIAS EMPRENDIDAS POR EL AUXILIAR DE RALPH NICKLEBY Y QUÉ AVANCES FUE LOGRANDO

En medio de una noche de otoño lóbrega, húmeda y oscura, en la habitación de los altos de una mezquina casa ubicada en una calle —más bien una plazoleta— sombría, cerca de Lambeth, estaba sentado un hombre tuerto, grotescamente vestido (fuese por falta de mejores ropas o por encontrarse disfrazado) con un enorme sobretodo cuyas mangas apenas le cubrían los brazos, pero que por el largo y el ancho le habrían permitido fácilmente envolverse en él tapándose hasta la cabeza sin riesgo de dañar su tela vieja y grasienta.

Ataviado de ese modo, y en un sitio tan alejado de sus habituales guaridas y ocupaciones, y tan pobre y desgraciado en su papel, quizás la propia Sra. Squeers habría tenido dificultad para reconocer en él a su marido, por más que su sagacidad natural fuera avivada por los afectuosos anhelos e impulsos de una tierna esposa. Pero, en efecto, era el marido de la Sra. Squeers, y parecía hallarse en un estado de ánimo tan desconsolado que, bebiendo de una botella negra colocada sobre la mesa a su lado, recorría con la mirada toda la habitación en la que, cada objeto con el que tropezaban sus ojos, levantaba el recuerdo triste y apremiante de escenas y personas lejanas.

Por supuesto no había atractivos particulares, ni en la habitación sobre la que vagaba tan descontenta la mirada del Sr. Squeers, ni en la estrecha calle en la que aquella habría podido penetrar si hubiera tenido pensamientos que lo indujeran a acercarse a la ventana. La habitación del desván en la que permanecía sentado estaba desnuda y ruinosa. La cama, y otras piezas de mobiliario indispensables que contenía, eran del tipo más común y, estando en un estado extremo de deterioro, mostraban un aspecto muy poco atrayente. La calle, fangosa y sucia, se encontraba desierta. Por no tener más que una salida, pocos transeúntes, salvo los que allí moraban, la atravesaban a cualquier hora del día, y como por la noche la mayoría de las gentes se contentan con estar bajo techo, el callejón no presentaba más síntomas de vida

que el opaco destello de unas pobres velas a través de las ventanas sucias, y pocos sonidos que no fueran el tamborileo de la lluvia y, ocasionalmente, el pesado cierre de alguna puerta rechinante.

El Sr. Squeers siguió mirando desconsoladamente en derredor y escuchando esos ruidos en profundo silencio, solo roto por el susurro de su amplio abrigo cuando de vez en cuando movía el brazo para llevarse el vaso a los labios... El Sr. Squeers siguió haciendo esto durante algún tiempo, hasta que la creciente oscuridad le advirtió que debía despabilar la vela. Al parecer levemente estimulado por ese esfuerzo, alzó la vista al cielo raso, y fijándola en unas figuras grotescas y fantásticas trazadas allí por la humedad y la lluvia que habían infiltrado el techo, prorrumpió en el siguiente soliloquio:

«¡Caramba, vaya asuntito...! ¡Bonita situación! Heme aquí que llevo no sé cuántas semanas... cerca de seis... siguiendo a esa bendita y vieja viuda con propiedades, la muy ladronzuela...» —el Sr. Squeers se desembarazó de ese epíteto con gran dificultad y esfuerzo— «¡y el Colegio Mayor de Dotheboys arruinándose, mientras tanto! Eso es lo malo de mezclarse con tipos tan osados como ese viejo Nickleby. Nunca se sabe cuándo acabó con uno y uno está preso por mil, preso por mil quinientos».

Esa observación tal vez le recordó al Sr. Squeers que él estaba en aquello por cien libras. En cualquier caso, las facciones se le relajaron, y se llevó el vaso a los labios con aspecto de disfrutar más ahora que antes su contenido.

«Nunca veo», continuó el Sr. Squeers su soliloquio, «nunca he visto ni se ha cruzado en mi camino un gallo tan listo como ese viejo Nickleby... nunca. Nadie puede calarlo a fondo, la verdad. Es lo que pudiera llamarse un tipo enervante, ese Nickleby. De qué modo tan astuto y taimado fue royendo, día tras día, introduciéndose como un gusano y obrando laboriosamente y rastreando y revolviendo, y enroscándose en sí mismo, hasta que averiguó dónde se ocultaba esa preciosa Sra. Peg, y desbrozó el terreno para que yo la trabajara... ¡con mucha cautela, arrastrándose y deslizándose, como una vieja y fea víbora de ojos brillantes y sangre fría! ¡Ah! Habría sido muy bueno en nuestro oficio, pero se le habría hecho pequeño. Su genio habría roto todos los límites, y superando cada obstáculo, habría arrasado con todo lo que se le pusiera delante, hasta erigirse un *monumento* de... vaya, pensaré en lo demás, y lo diré cuando convenga».

Recesando en sus reflexiones en este punto, el Sr. Squeers volvió a llevarse el vaso a los labios, y sacándose una carta sucia del bolsillo, procedió a repasar su contenido con el aspecto de un hombre que la ha leído muy a

menudo, y ahora se refrescaba la memoria más por falta de una diversión mejor que para informarse de nada en específico.

«Los cerdos están bien», dijo el Sr. Squeers, «las vacas están bien, y los chicos están de buen ánimo. ¿Así que el joven Sprouter ha estado pestañeando, eh? Ya le daré yo a él pestañeos cuando regrese allá. “Cobbey insiste en sorber por las narices mientras come, y dice que la carne de res era tan fuerte que le hacía hacer eso...”. Muy bien, Cobbey, ya veremos si no te podemos obligar a sorber por las narices sin carne de res. “A Pitcher lo ha atacado otra fiebre” —claro, tenía que ser— “sus parientes lo fueron a buscar y murió el día después de llegar a su casa...” claro, tenía que ser, de puro sinvergüenza. Eso es parte de su más arraigada naturaleza. Ningún otro niño en esa escuela más que él, habría muerto exactamente a fines del trimestre, para sacarme hasta el último céntimo y luego llevarse su rencor al máximo extremo. “El más chiquitín de los Palmer dijo que ojalá pudiera irse para el Cielo...” realmente no sé, no sé qué hacer con ese jovencito. Siempre está deseando cosas horribles. ¡Una vez dijo que ojalá fuera un burro, porque así no tendría que tener a un padre que no lo amara...! ¡Eso fue bastante perverso por su parte, para ser un chico de seis años!».

El Sr. Squeers se sintió tan conmovido ante el espectáculo de la endurecida naturaleza de alguien tan joven que apartó a un lado la carta con enojo y buscó, en una nueva serie de ideas, algún tema de consuelo.

«Es demasiado el tiempo que llevo varado en Londres», dijo, «y este no es ningún hermoso hueco para vivir, aunque solo haya sido una semana o algo así. De todas formas, cien libras son cinco chicos, y cinco chicos se demoran un año entero en pagar cien libras, y además hay que restarle su manutención. Aparte de eso, no se pierde nada con estar aquí, porque el dinero de los chicos entra igual que si yo estuviera en casa, y la Sra. Squeers los mantiene a raya. Habrá que recuperar el tiempo perdido, claro... se me han retrasado los azotes. Pero de todas formas, eso se nivela en un par de días, y a uno no le pesa un poco de trabajo más por cien libras. Ya va siendo hora de vigilar a la vieja. Por lo que ella dijo anoche, sospecho que, si he de tener éxito habrá de ser esta noche, así que beberé otro vaso para desearme éxito y animarme. Sra. Squeers, querida mía, ¡a tu salud!».

Con una mirada impúdica en su único ojo, como si la dama a cuya salud bebiera hubiera estado en realidad presente, el Sr. Squeers —en su entusiasmo, sin duda— se sirvió un vaso lleno y lo vació. Y como el licor era aguardiente puro y ya se había pegado a la botella más de una vez, no es de

extrañar que a esas alturas se hallara de ánimo muy alegre y bastante ansioso por acometer su propósito.

Pronto se hizo evidente cuál era este propósito, pues tras unas cuantas vueltas por la habitación para nivelarse, se puso la botella bajo el brazo y, con el vaso en la mano, y después de soplar la vela como si se dispusiera a estar fuera algún tiempo, se escabulló por el rellano de la escalera, y deslizándose hasta una puerta frente a la suya, tocó suavemente.

«Pero ¿de qué sirve tocar?», se dijo. «Jamás oiré. Supongo que no estará haciendo nada demasiado privado, y si es así, no importa mucho que yo lo vea».

Con ese breve prefacio, el Sr. Squeers puso la mano en el picaporte y asomó la cabeza a un desván muchísimo más deplorable que el que acababa de abandonar. Cuando comprobó que la anciana estaba sola, inclinada sobre un lastimoso fuego (pues aunque él sentía calor, la noche estaba fría), entró y le dio un golpecito en el hombro.

«¡Caramba, mi Slider!», dijo el Sr. Squeers, jocosamente.

«¿Eres tú?», preguntó Peg.

«¡Ajá! Soy yo, y yo es primera persona del singular, caso nominativo, y concuerda con el verbo “soy”, y regido por Squeers, entendido, y se acentúa si termina en ‘n’, ‘s’ o vocal, como *éres* y *són*, pero no cuando termina en otra letra», respondió el Sr. Squeers, citando al azar de la gramática, «al menos, si no es así, tú no lo sabes, y si lo es, acerté de casualidad».

Pronunció esa respuesta en su tono de voz acostumbrado, que, por supuesto, era inaudible para Peg, tras lo cual el Sr. Squeers acercó una banqueta al fuego, frente a ella, y poniendo la botella y el vaso en el piso entre los dos, rugió en voz muy alta,

«¡Bien, mi Slider!».

«Te oigo», dijo Peg, recibéndolo muy cortésmente.

«Vine como te prometí», rugió Squeers.

«Así decían en mi terruño», observó Peg, complacida, «pero creo que el aceite es mejor».

«¿Mejor que qué?», gritó Squeers, agregando una palabra bastante fuerte en tono más bajo.

«No», dijo Peg, «claro que no».

«¡Jamás vi un monstruo semejante!», murmuró Squeers, fingiendo todo el tiempo pronunciar frases amables, pues Peg mantenía la vista clavada en él y él mantenía la vista clavada en Peg, y ella emitía una horrible risita contenida,

como deleitada por la prontitud y agudeza de su réplica. «¿Ves esto? Esto es una botella».

«La veo», respondió Peg.

«Bien, ¿y ves esto?», voceó Squeers. «¡Esto es un vaso!».

Peg lo vio también.

«Mira aquí entonces», dijo Squeers, acompañando sus observaciones con la acción apropiada; «yo lleno el vaso con la botella, y digo “a tu salud, Slider”, y lo vacío. Entonces lo enjuago gentilmente con una gotita, que me veo obligado a arrojar al fuego —¡epa! Dentro de poco vamos a hacer arder la chimenea—, lo vuelvo a llenar y te lo entrego a ti».

«A tu salud», dijo Peg.

«Al menos eso lo entiende», murmuró Squeers, mirando a la Sra. Sliderskew despachar su porción, atragantarse y después boquear del modo más horrible. «Ahora bien, vamos a charlar. ¿Cómo anda el reuma, eh?».

La Sra. Sliderskew, con muchos pestañeos y muchas risitas sofocadas, y con miradas que expresaban su enorme admiración por el Sr. Squeers, por su persona toda, sus modales y su conversación, respondió que el reuma andaba mejor.

«¿Y eso por qué?», dijo el Sr. Squeers, con un tono muy divertido que acababa de sacar de la botella; «¿por qué el reuma, qué lo produce, por qué la gente lo padece... eh?».

La Sra. Sliderskew no sabía, pero sugirió que posiblemente fuera porque no podían evitarlo.

«Sarampión, reuma, *toferina*, fiebres, vejez y *lumbrago*», dijo el Sr. Squeers, «y todo junto es filosofía, ni más ni menos. Los cuerpos celestes es filosofía, y los cuerpos terrenos *es* filosofía. Si hay un tornillo suelto en un cuerpo celeste, eso es filosofía, y si hay un tornillo suelto en un cuerpo terreno, eso es filosofía también. O podría ser que a veces hubiera algo de metafísica en ello, pero no con mucha frecuencia. La filosofía es mi tipo de gente. Si un padre formula una pregunta en un estilo clásico, comercial o matemático, yo le digo con mucha seriedad “Señor, en primer lugar, ¿es usted un filósofo...?”. “No, Sr. Squeers”, dice él, “no lo soy”. “Entonces, señor”, digo yo, “lo siento por usted, pues no voy a podérselo explicar”. El padre como es natural se marcha deseando ser un filósofo, y de un modo igualmente natural, convencido de que yo lo soy».

Diciendo esto y mucho más con locuacidad de beodo y un aspecto entre serio y cómico, sin dejar de mantener todo el tiempo la vista clavada en la

Sra. Sliderskew, que no podía oír ni una palabra, el Sr. Squeers volvió a beber y a pasar la botella, a lo cual Peg correspondió con una cortés reverencia.

«¡La noche te sienta bien!», dijo el Sr. Squeers. «Tienes un aspecto veinte libras y diez chelines mejor que el que tenías aquella vez».

La Sra. Sliderskew volvió a soltar su horrible risita contenida, pero la modestia le impidió asentir verbalmente al cumplido.

«Veinte libras y diez chelines mejor», repitió el Sr. Squeers, «de lo que parecías aquel día en que me presenté por vez primera... ¿lo sabes?».

«¡Ah!», dijo Peg, sacudiendo negativamente la cabeza, «pero me asustaste aquel día».

«¿De veras?», dijo Squeers, «a decir verdad es algo bastante sorprendente que un extraño llegue, se te presente y te diga que lo sabe todo sobre ti, cómo te llamabas, por qué estabas viviendo tan tranquila aquí, y lo que habías robado, y a quién se lo habías robado, ¿no es cierto?».

Peg asintió con un vigoroso gesto de cabeza.

«Pero yo lo sé todo y me entero de todo, ya ves», prosiguió Squeers. «Ninguna cosa de este tipo sucede sin que yo me entere de inmediato. Soy una especie de abogado, Slider, de primera, y, además, muy comprensivo. Soy amigo íntimo y asesor confidencial de casi todos los hombres, mujeres y niños que se meten en líos por tener los dedos demasiado ágiles. Soy...».

Este inventario de sus propios méritos y conquistas que hacía el Sr. Squeers, y que era, en parte, producto de un plan concertado entre él y Ralph Nickleby y, en parte, producto de la botella negra, fue interrumpido en este punto por la Sra. Sliderskew.

«¡Ja, ja, ja!», exclamó, cruzando los brazos y moviendo la cabeza, «así que no se casó después de todo, ¿eh...? ¿no se casó después de todo?».

«No», respondió Squeers, «¡De eso nada!».

«Y un joven amante vino y se llevó a la novia, ¿eh?», dijo Peg.

«Ante sus propias narices», respondió Squeers. «Y me dicen que el joven, además, se enfureció, y rompió las ventanas, y lo obligó a que se tragara el anillo de matrimonio, y por poco se atraganta con él».

«Vuélvemelo a contar», exclamó Peg, tan pérfidamente entusiasmada con la derrota de su antiguo amo, que convertía su habitual aspecto horrible en algo definitivamente pavoroso. «Cuéntamelo otra vez desde el principio, como si nunca me lo hubieras contado. Vuélvelo a repetir palabra por palabra... ahora... ahora... empieza por el principio, tú sabes, cuando esa mañana llegó a casa de ella».

Manejando con liberalidad el licor que suministraba a la Sra. Sliderskew, y reanimándose él mismo del esfuerzo de hablar tan alto con frecuentes tragos, el Sr. Squeers se dispuso a complacer aquella solicitud describiendo el desconcierto de Arthur Gride, que él aderezó con cuantos retoques de la verdad se le ocurrieron, resultando tan ingeniosa su inventiva que fue precisamente esto lo que le permitió meterse a la vieja en un bolsillo cuando recién se conocieron. Transportada de placer, la Sra. Sliderskew bamboleaba la cabeza, encogía los flacos hombros y engurruñaba el rostro cadavérico, haciendo surgir tantas y tan complicadas formas de fealdad, que provocaba no ya el asombro sin límites, sino la repugnancia incluso del Sr. Squeers.

«Es un viejo libidinoso y traicionero», dijo Peg, «y me engañó con sus marrullerías y falsas promesas, pero no importa... ya estamos en paz... ya estamos en paz».

«Más que en paz, Slider», repuso Squeers; «habrías estado en paz con él si se hubiera casado, pero con la decepción además, le sacas muchísima ventaja... estás muy lejos delante de él, Slider, muy lejos delante de él. Y eso me hace recordar», agregó, dándole el vaso, «si quieres que te dé mi opinión sobre esas escrituras, y que te diga lo que deberías guardar y lo que deberías quemar, ahora es el momento, Slider».

«Para eso no hay prisas», dijo Peg, con varias miradas y varios guiños de lo más significativos.

«¡Oh!, ¡muy bien!», observó Squeers, «a mí no me importa, fuiste tú la que me preguntaste, en realidad. Yo, como amigo, no te cobraría nada. Pero claro, tú eres la mejor jueza. Pero eres una mujer temeraria, Slider... eso es todo».

«¿Qué quieres decir con eso de... temeraria?», dijo Peg.

«¿Cómo? Lo único que quiero decir es que, si fuera yo, no conservaría papeles regados por ahí por los que pudieran colgarme. Es mejor deshacerse de los que no sean útiles y conservar en un lugar seguro los que sí lo sean, así de simple», repuso Squeers. «Pero cada cual es el mejor juez de sus propios asuntos. Lo único que digo, Slider, es que yo en tu lugar no lo haría».

«Ven», dijo Peg, «si es así, míralos».

«No quiero mirarlos», respondió Squeers, fingiendo estar malhumorado, «no lo digas como si fuera un regalo. Muéstraselos a alguna otra persona y escucha su consejo».

Muy probablemente el Sr. Squeers habría proseguido un poco más la farsa de estar ofendido si la Sra. Sliderskew, ansiosa de volver a ubicarse en la alta posición que antes ocupara en su estima, no se hubiera vuelto tan

extremadamente afectuosa que por poco lo asfixia con sus caricias. Deshaciéndose con tanta elegancia como pudo de esas pequeñas familiaridades —que, razonablemente podría pensarse eran, al menos, tanto culpa de la botella negra como de algún achaque de la constitución de la Sra. Sliderskew— Squeers se defendió diciendo que solo había sido una broma, y como prueba de su buen humor incólume, dijo que estaba dispuesto a examinar cuanto antes las escrituras si, al hacerlo, brindaba alguna satisfacción o alivio a la mente de su hermosa amiga.

«Y ahora que estás de pie, mi Slider», le gritó Squeers mientras ella se levantaba para ir a buscar, «échale el cerrojo a la puerta».

Peg trotó hasta la puerta, y tras algunos trajines con el cerrojo, se escurrió hacia el otro extremo de la habitación, y de debajo de los carbones que llenaban la parte inferior del armario extrajo una pequeña caja de tablas. Después de ponerla en el suelo a los pies de Squeers, sacó de debajo de la almohada de la cama una pequeña llave, con la que hizo señas a ese caballero para que la abriera. El Sr. Squeers, que había seguido con gran excitación todos sus movimientos, no perdió tiempo en obedecer esa indicación, y abriendo la tapa, contempló, arrobado, los documentos que había adentro.

«Ahora, ¿sabes qué?», dijo Peg, arrodillándose en el suelo a su lado y deteniendo su mano impaciente, «lo que no sirva, lo quemaremos, y a lo que le podamos sacar algún dinero lo conservaremos. Y si hay algo que pudiéramos usar para ponerlo en aprietos y que se recoma los hígados y el corazón le estalle en pedazos, de eso nos ocuparemos particularmente, pues para eso los tomé y eso fue lo que me propuse hacer cuando lo abandoné».

«Me imagino», dijo Squeers, «que no fue por hacerle un favor que te quedaste con ellos. Pero oye, ¿por qué no tomaste además algún dinero?».

«¿Algún qué?», preguntó Peg.

«Algún dinero», vociferó Squeers. «Creo que esta mujer me oye, y lo que quiere es que me estalle una vena, para ella poder tener el placer de cuidarme. ¡Algún dinero, Slider... dinero!».

«¡Pero qué clase de hombre eres para preguntar eso!», exclamó Peg, con cierto desprecio. «Si yo le hubiera quitado dinero a Arthur Gride, él habría removido cielo y tierra para hallarme... sí, y de algún modo lo habría olfateado y lo habría encontrado, aunque lo hubiera enterrado en el fondo del más profundo pozo de Inglaterra. ¡No, no! Yo no soy tonta. Me llevé aquello donde me imaginé que estaban ocultos sus secretos, lo que él no puede darse el lujo de hacer público, por más dinero que valga. Él es un viejo zorro, ¡un

perro taimado, viejo, astuto y malagradecido! Primero me mató de hambre y luego me engañó, y yo, si pudiera, lo mataría».

«Está bien, y eso es muy loable», dijo Squeers, «pero primero y sobre todo, Slider, quema la caja. No se deben nunca conservar las cosas que puedan conducir al descubrimiento... recuerda siempre eso. Así que, mientras la rompes (lo cual puedes hacer fácilmente, pues es muy vieja y está desvencijada) y la quemas en pedacitos, yo echaré una mirada a los papeles y te diré qué son».

En cuanto Peg expresó su aprobación, el Sr. Squeers viró al revés la caja, y tras regar su contenido en el suelo, se la dio a ella, pues la destrucción de la caja era apenas un ardid para ocupar su atención, en caso de que resultara necesario distraerla de lo que él hiciera.

«Eso es», dijo Squeers, «atiza los pedazos por entre los barrotes y haz un buen fuego, y, mientras tanto, yo te iré leyendo... déjame ver... déjame ver». Y poniendo la vela a su lado, el Sr. Squeers, muy excitado, y con una sonrisa burlona y astuta asomándole al rostro, inició su tarea de análisis.

Si la mujer no hubiera sido tan sorda, la última vez que fue a la puerta habría oído la respiración de dos personas que se apelotonaban detrás de ella, y si esas dos personas no hubieran estado familiarizadas con esta limitación física de la vieja, probablemente habrían elegido aquel momento o bien para presentarse, o bien para echar a correr. Pero, sabiendo con quién tenían que vérselas, permanecieron muy quietas y ahora no solo aparecieron sin ser observadas junto a la puerta —que no estaba cerrada con cerrojo, pues el cerrojo no tenía pasador— sino que, además, cautelosamente y con pasos silenciosos, avanzaron hacia el centro de la habitación.

En la medida en que penetraban más y más, haciendo mínimos avances, apenas perceptibles y con tal cautela que casi no respiraban, la vieja bruja y Squeers, totalmente desapercibidos de semejante invasión y completamente inconscientes de que hubiera algún alma cerca de ellos, seguían atareados con sus respectivas misiones. La anciana, con su arrugado rostro pegado a los barrotes de la estufa, soplaba los rescoldos apagados que aún no habían hecho arder la madera... Squeers permanecía inclinado en dirección a la vela, que resaltaba la absoluta fealdad de su rostro, al igual que la luz del fuego lo hacía con el de su acompañante... la atención de ambos estaba absorbida por lo que hacían, y mostraban caras de júbilo que contrastaban fuertemente con las miradas ansiosas de los que detrás de ellos los observaban y aprovechaban el menor sonido para encubrir su avance, y casi antes de que se hubieran desplazado un par de centímetros y todo volviera a estar en silencio, se

detenían de nuevo... esto, combinado con la amplia habitación desnuda, las paredes húmedas y la luz parpadeante y dudosa, formaba una escena que no habría pasado inadvertida ni hubiera sido fácil de olvidar para el más despreocupado e indiferente espectador... de haber habido alguno.

Uno de los sigilosos recién llegados era Frank Cheeryble, y Newman Noggs era el otro. Newman había agarrado por la herrumbrosa boquilla un viejo fuelle, y, después de haber esbozado un movimiento preparatorio en el aire, estaba a punto de descargarlo sobre la cabeza del Sr. Squeers, cuando Frank, con un gesto vigoroso, le detuvo la mano y, dando otro paso hacia

delante, se pegó tanto a las espaldas del maestro que, al inclinarse levemente hacia adelante, distinguió claramente el escrito que tenía alzado frente a su ojo.

Puesto que el Sr. Squeers no era muy erudito, pareció bastante desconcertado por este primer trofeo, que estaba escrito en un tipo de letra legal y no resultaba muy fácil de leer excepto para una vista entrenada. Después de tratar de leerlo de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, y habiéndolo hallado igualmente claro de las dos maneras, lo viró al revés y no tuvo mayor éxito.

«¡Ja, ja, ja!», rio Peg entre dientes, al tiempo que, con una mueca expresiva del más endemoniado júbilo, y arrodillada frente al fuego, lo alimentaba con fragmentos de la caja, «¿de qué trata ese escrito, eh?».

«Nada en particular», respondió Squeers, lanzándoselo a ella. «No es más que un viejo contrato de arrendamiento, hasta donde puedo deducir. Échalo al fuego».

La Sra. Sliderskew accedió y preguntó qué era el siguiente.

«Esto», dijo Squeers, «es un bulto de acuerdos vencidos sin pagar, y letras de cambio renovadas de seis u ocho caballeros, pero todos son parlamentarios, que gozan de inmunidad y por eso no sirve para nada. Échalo al fuego».

Peg hizo lo que se le pidió, y esperó por el siguiente.

«Esto», dijo Squeers, «parece ser alguna escritura de venta del derecho de presentación a la rectoría de Purechurch, en el Valle de Cashup. Esa, cuídala, Slider... literalmente, por amor de Dios. Se le podrá sacar buena lasca en el mercado de propiedades».

«¿Qué más hay?», preguntó Peg.

«Esto parece ser», dijo Squeers, «por las dos cartas que lo acompañan, un bono de un cura rural en el que se compromete a pagar su jornal de cuarenta libras de un semestre por haber tomado prestadas veinte. Ocúpate de esa, pues si no paga, su obispo muy pronto le caerá encima. Sabemos lo que significan el camello y el ojo de la aguja... ningún hombre que no pueda vivir de sus ingresos, cualesquiera que estos sean, puede esperar llegar al cielo, pague lo que pague... es muy extraño. Todavía no he visto nada que se le parezca».

«¿Qué pasa?», dijo Peg.

«Nada», respondió Squeers, «solo que estoy buscando...».

Newman volvió a subir el fuelle, y Frank, de nuevo, con un rápido movimiento de su brazo, sin hacer ruido alguno, lo detuvo en su intención.

«Aquí tienes», dijo Squeers, «bonos... ocúpate de ellos. Autorización de un abogado... ocúpate de eso. Dos admisiones de culpa... ocúpate de ellas. Arriendo y extensión de arriendo... quémalo. ¡Ah! “Madeline Bray... llegue a la mayoría de edad o se case... la susodicha Madeline...” ¡toma, quema eso!».

Arrojando nervioso en dirección a la anciana un pergamino que tenía preparado a ese efecto, Squeers, al volver ella la cabeza, se metió en el pecho de su amplio abrigo la escritura en la que tales palabras habían captado su mirada, y estalló en un grito de triunfo.

«¡Lo tengo!», dijo Squeers. «¡Lo tengo! ¡Viva! El plan era bueno aunque parecía imposible, y al fin, ¡victoria!».

Peg se preguntaba de qué se reía, pero no hubo respuesta, pues el brazo de Newman ya no podía seguirse conteniendo. Al dejar caer pesada y certeramente el fuelle en el mismo centro de la cabeza del Sr. Squeers, lo derribó al piso, donde este quedó tendido, de bruces y sin sentido.

CAPÍTULO 58

EN EL QUE SE CIERRA UNA ESCENA DE ESTA HISTORIA

Dividiendo la distancia en dos jornadas, para que el que estaba a su cuidado sufriera menos agotamiento y fatiga por un viaje tan largo, Nicholas, al cabo del segundo día de haber partido de casa, se encontró a muy pocos kilómetros del punto donde había pasado los años más felices de su vida. El sitio llenaba su mente de pensamientos gratos y apacibles, pero también le devolvía muchos recuerdos dolorosos y vividos de las circunstancias en que él y los suyos habían partido de su antiguo hogar, expulsados al áspero mundo y entregados a merced de desconocidos.

No se requerían reflexiones como esas —que el recuerdo de los viejos tiempos y el vagabundeo por los escenarios en los que transcurrió nuestra infancia habitualmente despiertan en las mentes menos sensibles— para enternecer el corazón de Nicholas y volverlo aún más atento de lo habitual hacia su decaído amigo. De día y de noche, en todos los momentos y estaciones, siempre vigilante, considerado y solícito, y sin cejar jamás en el cumplimiento de su deber autoimpuesto hacia un ser tan carente de amigos y desamparado como aquel cuyas arenas ahora mermaban tan rápidamente y se agotaban en la clepsidra de la vida, siempre estaba a su lado. Nunca lo abandonaba, pues alentarle y reanimarlo, realizar sus deseos, apoyarlo y revivirlo cuanto le fuera posible, era ahora su ocupación perenne e incesante.

Consiguieron un humilde alojamiento en una pequeña granja, rodeada de prados, donde Nicholas a menudo se había divertido de niño con una tropa de alegres compañeros de escuela, y allí tomaron un descanso.

Al principio, Smike tenía bastantes fuerzas para caminar de una tirada distancias cortas, sin ningún otro apoyo o asistencia que el que le pudiera brindar Nicholas. Nada parecía interesarle tanto como visitar aquellos lugares antaño familiares a su amigo. Cediendo a esta fantasía, y complacido al descubrir que, al satisfacerla, el chico enfermo entretenía muchas tediosas horas, y que propiciaba temas de charla y reflexión una vez concluido el paseo, Nicholas convirtió esos lugares agradables en escenario de sus diarias

caminatas. Lo conducía de un sitio a otro sentado sobre una pequeña montura de jaca, ofreciéndole su brazo como apoyo cuando caminaban lentamente entre los antiguos sitios tan amados, o deteniéndose bajo la luz del sol para echar largas ojeadas de despedida a los más tranquilos y hermosos de ellos.

En ocasiones como aquellas Nicholas, cediendo casi inconscientemente al hechizo de las viejas asociaciones, señalaba algún árbol que hubiera trepado cien veces para atisbar a los pichones en su nido, y la rama desde la que solía gritarle a la pequeña Kate, que permanecía debajo, aterrorizada por la altura a la que él había subido, y sin embargo instándolo a trepar aún más alto, en el vértigo de su admiración. Allí estaba también la vieja casa frente a la cual él y Smike pasaban cada día, y él se quedaba mirando hacia aquella minúscula ventanita por la que el sol acostumbra a colarse y despertarlo en las mañanas veraniegas —todas eran mañanas veraniegas en aquel entonces— y, subiéndose al muro del jardín y mirando del otro lado, Nicholas veía el mismo rosal que algún pequeño enamorado mandara de regalo a Kate, y que ella plantara con sus propias manos. Allí estaban los setos vivos donde el hermano y la hermana tan a menudo habían recogido juntos flores silvestres, y los verdes campos y umbrosos senderos por los que tan a menudo se habían extraviado. No había ni una vereda, ni un arroyo, ni un soto, ni una cercana quinta con los que no estuviera entrelazado algún acontecimiento de la infancia. Y de regreso venían a la mente, como suelen hacerlo, los acontecimientos de la infancia... nada en sí mismo, quizás una palabra, una risa, una mirada, alguna leve angustia, un pasajero sentimiento de temor... y sin embargo, grabados en la mente con más fuerza y precisión, y recordados mucho mejor que las más duras pruebas o los más severos pesares de apenas un año atrás.

Una de esas expediciones los condujo a través del camposanto en el que estaba la tumba de su padre. «Incluso aquí», dijo Nicholas suavemente, «solíamos vagabundear antes de saber lo que era la muerte, y apenas pensando en el dueño de las cenizas que reposaban debajo, maravillados del silencio, nos sentábamos a descansar y a conversar en voz baja. En una ocasión Kate se extravió, y después de una hora de búsqueda infructuosa, la hallaron profundamente dormida bajo aquel árbol que da sombra a la tumba de mi padre. Él la quería mucho, y con ella cargada en brazos, todavía dormida, dijo que querría que lo enterraran donde su querida niñita había descansado la cabeza. Ya ves que su deseo no fue olvidado».

Nada más pasó en aquel momento, pero esa noche, cuando Nicholas estaba sentado junto a su cama, Smike se despertó sobresaltado de lo que

parecía ser un sueño profundo, y poniendo su mano en la de él, le rogó, con el rostro bañado en lágrimas, que le hiciera una promesa solemne.

«¿Cuál sería?», dijo Nicholas, bondadosamente. «Si puedo cumplirla, o creo poder hacerlo, sabes que lo haré».

«Estoy seguro de que podrás», fue la respuesta. «Prométeme que cuando muera estaré enterrado cerca —lo más cerca que puedan cavar mi tumba— del árbol que vimos hoy».

Nicholas hizo la promesa. Empleó pocas palabras para formularla, pero estas fueron solemnes y sinceras. Su pobre amigo le mantuvo la mano agarrada, y se volvió como si fuera a dormir. Pero se escucharon sollozos sofocados, y la mano fue oprimida más de una vez, o dos, o tres, antes de que el muchacho se hundiera en la profundidad del sueño y lentamente fuera soltándola.

En cuestión de una quincena ya estaba demasiado enfermo para moverse. Una o dos veces Nicholas lo condujo afuera, apuntalado con almohadas, pero el movimiento de la silla le resultaba doloroso, y le causaba accesos de desfallecimiento que, en su estado debilitado, eran peligrosos. En la casa había un viejo canapé que, durante el día, era su lugar preferido de descanso. Cuando brillaba el sol, y el tiempo era cálido, Nicholas hacía rodar el diván hasta un pequeño huerto muy próximo, y una vez bien envuelto Smike y llevado hasta allí, ambos solían permanecer sentados juntos en aquel lugar durante horas.

En una de aquellas ocasiones ocurrió un incidente que Nicholas, en aquel momento, consideró mero espejismo de una mente afectada por la enfermedad, pero a la postre le sobraron razones para dar por un acontecimiento real y verdadero.

Había llevado a Smike cargado en sus brazos —¡pobrecito!, hasta un niño habría sido capaz de cargarlo en aquel estado— para que viera la puesta de sol, y después de arreglar su canapé, había tomado asiento junto a él. Toda la noche anterior lo había velado, y vencido por la fatiga tanto del cuerpo como de la mente se fue durmiendo gradualmente.

No debía hacer ni cinco minutos que había cerrado los ojos, cuando un grito lo despertó, y con esa especie de sobresalto de terror que afecta a quienes se despiertan de repente, para su gran asombro vio que su enfermo se había esforzado por incorporarse en el diván, y con los ojos casi saliéndosele de las órbitas y un gélido rocío en la frente, presa de temblores que le convulsionaban todo el cuerpo, le pedía auxilio a gritos.

«¡Dios Santo!, ¿qué te pasa?», exclamó Nicholas, inclinándose hacia él. «Tranquilízate, estabas soñando».

«¡No, no, no!», exclamó Smike, aferrado a él. «Agárrame fuerte. No me dejes ir. ¡Allí... allí, detrás del árbol!».

Nicholas siguió su mirada, que se dirigía a cierta distancia detrás de la silla de la que él mismo acababa de levantarse. Pero allí no había nada.

«No ha sido más que tu imaginación», dijo, mientras se esforzaba por sosegarlo, «nada más, te lo aseguro».

«No, sé que fue verdad. Lo vi tan claro como veo ahora», fue la respuesta. «¡Oh!, di que no dejarás que me lleven... ¡jura que no me abandonarás ni un instante!».

«¿Acaso alguna vez te abandono?», repuso Nicholas. «¡A ver!, vuelve a acostarte... ¡así, muy bien! Ya ves que estoy aquí. Ahora dime... ¿qué cosa era?».

«¿Recuerdas», dijo Smike, en voz baja, y mirando temerosamente a su alrededor, «recuerdas que te conté del hombre que me llevó por primera vez a la escuela?».

«Sí, claro».

«Justo ahora alcé la vista hacia aquel árbol —el del tronco grueso— ¡y allí, clavándome su mirada, estaba él!».

«Solo reflexiona un momento», dijo Nicholas. «Imaginemos por un instante que esté vivo y vagando por un sitio solitario como este, tan lejos de la carretera, ¿crees que, después de tanto tiempo transcurrido, serías capaz de reconocerlo?».

«En cualquier sitio... vestido de cualquier manera», respondió Smike. «Pero ahora estaba ahí, apoyado en su bastón y mirándome, exactamente como te dije que lo recordaba. Estaba lleno de polvo de tanto andar, y vestía muy pobremente... creo que tenía las ropas raídas. Pero en cuanto lo vi, la noche húmeda, su rostro, el salón donde me dejó y las personas que allí estaban, todos pareció regresar de golpe. Cuando se dio cuenta de que lo había visto, pareció asustado, pues dio un salto y retrocedió. He pensado en él de día y soñado con él de noche. Comenzó a aparecérseme en sueños desde que yo era muy pequeño y ha estado apareciendo desde entonces, como acaba de hacerlo ahora mismo».

Nicholas empleó todas las razones y argumentos que se le ocurrieron para persuadir al aterrorizado muchacho de que su imaginación lo había engañado, y que ese estrecho parecido entre el personaje de sus sueños y el hombre que suponía haber visto era prueba de ello, pero todo fue en vano. Cuando pudo convencerlo de que se quedara unos Instantes al cuidado de las personas dueñas de la casa, emprendió una averiguación minuciosa sobre si alguien había visto a algún forastero, y él mismo buscó detrás del árbol, y por el huerto, y por el terreno inmediatamente contiguo, y en cada sitio cercano donde pudiera alguien permanecer oculto, pero todo fue en vano. Satisfecho de haber estado en lo cierto en su conjetura inicial, al cabo se dedicó a calmar los temores de Smike, lo cual logró después de un buen rato. Sin embargo, no pudo sacarle de la cabeza aquella idea, pues volvía a declarar, una y otra vez,

del modo más solemne y vehemente, que estaba seguro de haber visto lo que describió, y que nada eliminaría jamás su firme convicción de que era real.

Y ahora Nicholas empezó a ver que la esperanza tocaba a su fin, y que a su compañero de tiempos de pobreza y con quien compartiera luego su suerte mejor, el mundo se le estaba cerrando aceleradamente. Hubo un poco de dolor, un poco de intranquilidad, pero no hubo mejoría, ni esfuerzo, ni lucha por la vida. Estaba desgastado y devastado al máximo grado, y su voz se había vuelto tan débil que casi no se oía lo que decía. La madre naturaleza estaba totalmente exhausta, y lo había acostado para dejarlo morir.

Un magnífico y suave día de otoño, cuando todo estaba tranquilo y en paz, cuando el aire suave y dulce se colaba por la ventana abierta del silencioso dormitorio y no se oía más sonido que el suave murmullo de las hojas, Nicholas estaba sentado en su antiguo puesto junto al lecho sabiendo que la hora estaba casi por llegar. Tanta era la tranquilidad que de vez en cuando inclinaba su oreja para escuchar la respiración del que yacía dormido, como para asegurarse de que allí seguía habiendo vida, y que no había caído en aquel sueño profundo del que nadie puede despertar en la tierra.

Cuando hacía esto, los ojos cerrados se abrieron, y sobre el pálido rostro se dibujó una plácida sonrisa.

«Eso es bueno», dijo Nicholas. «El sueño te ha hecho bien».

«Tuve sueños tan agradables», fue la respuesta. «¡Unos sueños tan agradables y alegres!».

«¿Qué soñaste?»», dijo Nicholas.

El chico moribundo volvió el rostro hacia él y, enlazándole el cuello con su brazo, respondió: «¡Pronto estaré allí!».

Tras un breve silencio, volvió a hablar.

«No temo morir», dijo, «estoy bastante satisfecho. Casi creo que si pudiera levantarme de esta cama con salud, ya no desearía hacerlo. Tantas veces me has dicho que volveremos a encontrarnos —tantas veces últimamente, y siento con tanta fuerza que es verdad— que hasta puedo soportar separarme de ti».

Acompañaron estas últimas palabras una voz temblorosa, los ojos llenos de lágrimas y la presión más firme de su mano al tomar la de Nicholas, que mostraron a todas luces que venían de lo más profundo del corazón del que las pronunciaba. Tampoco escaseaban las señales de cuán profundamente había tocado el corazón de aquel a quien iban dirigidas.

«Hablas con mucha razón», le devolvió al cabo Nicholas, «y tus palabras son para mi un gran consuelo, querido amigo. Déjame escucharte decir que

eres feliz, si puedes hacerlo».

«Antes tengo que decirte algo. No debo tener secretos contigo. No me culparás en un momento como este, lo sé».

«¡Culparte yo!», exclamó Nicholas.

«Estoy seguro de que no lo harás. Me preguntaste por qué estaba tan cambiado y... me quedaba sentado solo tanto tiempo. ¿Quieres que te diga por qué?».

«No lo hagas si te resulta doloroso», dijo Nicholas. «Solo te lo pregunté para poderte ayudar si podía hacerlo».

«Lo sé... así lo sentí en aquel momento». Haló a su amigo hacia sí y dijo: «Me perdonarás, yo no pude evitarlo, pero, aunque yo hubiera estado dispuesto a morir por hacerla feliz, me rompió el corazón ver... sé que él la ama mucho... ¡Oh!, ¿quién lo hubiera podido descubrir tan pronto como yo?».

Las palabras que siguieron fueron pronunciadas muy débilmente, de un modo casi imperceptible, y separadas por largas pausas. Pero por ellas Nicholas supo, por vez primera, que el chico que moría, con todo el ardor de una naturaleza concentrada en una pasión absorbente, imposible y secreta, amaba a su hermana Kate.

Había conseguido un rizo de sus cabellos, que llevaba colgado al cuello, doblado en una o dos finas cintas que ella había usado. Y rogó que, al morir, Nicholas se lo quitara, para que otros ojos que no fueran los suyos no lo vieran, y que cuando lo depositaran en su ataúd y estuviera a punto de ser sepultado, se lo volviera a poner al cuello, para que permaneciera con él en la tumba.

De rodillas, Nicholas le dio su palabra y volvió a prometerle que descansaría en el agradable lugar que había señalado. Se abrazaron y se besaron en las mejillas.

«Ahora», murmuró, «soy feliz».

Cayó en un sueño superficial, y al despertar, sonrió como antes. Luego habló de bellos jardines que se extendían ante él, llenos de figuras de hombres, mujeres y muchos niños, todos ellos con luz en sus rostros. Entonces susurró que era el Edén... y así murió.

CAPÍTULO 59

LAS INTRIGAS COMIENZAN A FRACASAR, Y DUDAS Y PELIGROS COMIENZAN A PERTURBAR AL INTRIGANTE

Ralph estaba sentado en la solitaria habitación donde acostumbraba a tomar sus comidas y a pasar las noches cuando ninguna ocupación lucrativa demandaba su presencia fuera de casa. Tenía delante, intacto, el desayuno, y cerca de donde sus dedos tamborileaban sin cesar, sobre la mesa, yacía su reloj. Ya era bastante pasada la hora en la que, por muchos años, se lo introducía en el bolsillo y bajaba la escalera con pasos resueltos para emprender los negocios del día, pero le hizo tanto caso a su monótono recordatorio como se lo hacía a la carne y a la bebida que tenía delante. Y así continuó, con la cabeza apoyada en una mano y la vista fija melancólicamente en el suelo.

Casi por sí sola, esta desviación de su hábito regular y constante —en alguien que era tan metódico e invariable en todo lo que se relacionara con la búsqueda diaria de riquezas— habría indicado que el usurero no estaba bien. El hecho de que obraba bajo alguna indisposición mental o corporal que no podía ser de condición leve, pues tanto afectaba a un hombre como él, se veía a las claras en su rostro ojeroso, en el aspecto hastiado y los ojos hundidos y lánguidos, que al fin alzó con sobresalto para lanzar una mirada rápida a su alrededor, como alguien que de repente despertara de un sueño y no pudiera de inmediato reconocer el sitio en que se encontraba.

«¿Qué es esto», dijo «que me ha caído encima y no puedo sacudirme? Nunca he sido melindroso y no creo estar enfermo. He estado deprimido, y he languidecido, y cedido a las fantasías, pero ¿qué puede hacer un hombre cuando carece de descanso?».

Apretó la mano contra su frente.

«Noche tras noche vienen y van, y no tengo descanso. Si duermo, ¿qué descanso es ese, perturbado por sueños constantes con los mismos rostros detestados que se agolpan a mi alrededor, con las mismas gentes detestadas que emprenden las más variadas acciones, siempre interfiriendo con todo lo

que digo y hago, y siempre tratando de derrotarme? Cuando camino, ¿de qué descanso dispongo, constantemente embrujado por esa pesada sombra de... de no sé qué? Necesito descansar. Descansar una noche entera, sin interrupción, y volveré de nuevo a ser un hombre».

Al empujar lejos de sí la mesa mientras hablaba, como si aborreciera ver la comida, su vista se detuvo sobre el reloj, cuyas manecillas estaban casi juntas, marcando el mediodía.

«¡Qué extraño!», dijo, «es mediodía, ¡y Noggs no ha llegado! ¿Qué riña de borrachos le habrá impedido llegar? Yo sería capaz de dar cualquier cosa, dar dinero, incluso después de esa terrible pérdida, con tal de que haya apuñalado a un hombre en una reyerta de taberna, o entrado a robar en una casa, o cartereado a alguien, o hecho cualquier cosa por la que lo enviaran lejos con un grillete en la pierna, y así librarme de él. Mejor aún sería si pudiera tentarlo para hacer que me robara. Le permitiría gustoso quedarse con lo que robara si pudiera hacerle caer encima el peso de la ley, porque es un traidor, no me cabe duda. No sé cómo, ni cuándo ni dónde, aunque lo sospecho».

Después de esperar otra media hora, envió a su ama de llaves al lugar donde Newman se alojaba para averiguar si estaba enfermo, y por qué no había ido ni mandado a avisar. Trajo de regreso la respuesta de que no había pasado la noche en casa, y de que nadie podía dar razón alguna sobre él.

«Pero hay un caballero, señor», dijo ella, «en los bajos, que estaba parado junto a la puerta cuando llegué, y dice...».

«¿Qué dice?», preguntó Ralph, volviéndose con enojo hacia la mujer. «Te dije que no recibiré a nadie».

«Él dice», respondió la mujer, abochornada por su severidad, «que viene por un asunto muy particular y muy urgente, y yo pensé que tal vez podría tener que ver...».

«¿Tener que ver con qué, por todos los demonios?», dijo Ralph impaciente. «Tú espías y te pones a especular sobre los tratos de las personas conmigo, ¿eh, mujer?».

«¡Ay, no, señor! Yo vi que usted estaba ansioso, y pensé que podría tener que ver con el Sr. Noggs, eso es todo».

«¡Vio que yo estaba ansioso!», murmuró Ralph. «A todos les ha dado por vigilarme. ¿Dónde está esa persona? Espero que no le hayas dicho que yo no había bajado del dormitorio todavía».

La mujer respondió que él estaba en la oficinita, y que ella había dicho que su amo estaba ocupado, y que ella recibiría el mensaje.

«Vaya», dijo Ralph, «lo veré. Ve tú a tu cocina y quédate allí... ¿me oyes?».

Contenta de ser liberada, la mujer desapareció rápidamente. Mientras tanto, Ralph, sosegándose y obligándose a fuerza de voluntad a adoptar, hasta donde pudo, su conducta habitual, bajó las escaleras, y después de hacer una pausa unos instantes con la mano sobre el picaporte, entró a la habitación de Newman y se encontró frente al Sr. Charles Cheeryble.

De todos los hombres vivos, este era uno de los últimos que hubiera deseado encontrarse en cualquier momento. Pero ahora que reconocía en él solo al patrón y protector de Nicholas, habría preferido ver a un fantasma. Sin embargo, el encuentro tuvo sobre él al menos un efecto beneficioso: despertó de inmediato todas sus energías durmientes, reavivó en su pecho las pasiones que a lo largo de tantos años habían hallado allí un edificante hogar, convocó todos sus odios, sus iras y sus maldades, restauró el rictus de burla y desprecio en su rostro y el fruncimiento de su ceño, y volvió a convertirse, según todas las señales externas, en el mismo Ralph Nickleby que tantas personas tenían amargos motivos para recordar.

«¡Bah!», dijo Ralph, deteniéndose en el umbral. «Este es un favor inesperado, señor».

«Y también inoportuno», dijo el hermano Charles, «inoportuno, lo sé».

«Dice la gente que usted es la verdad misma, señor», dijo Ralph con su rictus. «En cualquier caso, usted está diciendo ahora la verdad, y no lo desmentiré. El favor es al menos tan inoportuno como inesperado. ¡Apenas puedo decir nada más!».

«Claramente, señor...» comenzó el hermano Charles.

«Claramente, señor», interrumpió Ralph, «deseo que esta conferencia sea breve, y que termine cuanto antes. Adivino el tema del que está a punto de hablar, y no lo escucharé. Tengo entendido que a usted le gusta la claridad... hela ahí. Ahí tiene la puerta, como puede ver. Nuestros caminos van en direcciones muy distintas. Tome usted el suyo, se lo ruego, y déjeme seguir el mío con tranquilidad».

«¡Con tranquilidad!», repitió el hermano Charles suavemente, y mirándolo con más lástima que reproche; «¡seguir el suyo con tranquilidad!».

«Supongo que usted no permanecerá en mi casa, señor, contra mi voluntad», dijo Ralph, «no creerá que puede impresionar a un hombre con los oídos cerrados a todo lo que pueda usted decir, y resueltamente decidido a no escucharlo».

«Sr. Nickleby, señor», le devolvió el hermano Charles, con no menos suavidad que antes, pero también con firmeza, «vengo aquí contra mi voluntad... sufriendo lo indecible y dolorosamente en contra de mi voluntad. Nunca antes había estado en esta casa, y para decirle lo que pienso, señor, aquí no me siento a mis anchas ni cómodo, y no tengo el menor deseo de regresar nunca más aquí. Usted no adivina el tema del que vengo a hablarle, ya lo creo que no. Estoy seguro, pues de otro modo su actitud sería muy distinta».

Ralph le echó una mirada ansiosa, pero los ojos limpios y el semblante abierto del honesto anciano comerciante no sufrieron ningún cambio en su expresión y enfrentaron sin reservas su mirada.

«¿Prosigo?», dijo el Sr. Cheeryble.

«Oh, ¡naturalmente!, por favor», replicó Ralph secamente. «Ahí hay paredes a las que puede hablarles, señor, un escritorio y dos banquetas... oyentes sumamente atentos, y que con toda seguridad no lo interrumpirán. Prosiga, se lo ruego, está usted en su casa; quizás para la hora en que regrese de mi paseo haya concluido usted lo que tiene que decir».

Diciendo esto, se abotonó el abrigo, y doblando hacia el pasillo, tomó su sombrero. El anciano caballero lo siguió, y estaba a punto de hablar cuando Ralph le hizo un gesto impaciente con la mano y le dijo:

«Ni una sola palabra. Se lo advierto, señor, ni una sola palabra. Por más virtuoso que usted sea, todavía no es un ángel para aparecerse en las casas de los hombres por las buenas o por las malas, y derramar su palabra en oídos indispuestos. Predíquele a las paredes... ¡no a mí!».

«No soy ningún ángel, ¡si lo sabrá Dios!», repuso el hermano Charles sacudiendo la cabeza negativamente, «sino un hombre que se equivoca, y es imperfecto. Sin embargo, hay una cualidad que, al igual que los ángeles, todos los hombres tienen oportunidades benditas de ejercer, si lo desean... la clemencia. Es una gestión de demencia la que me trae aquí, y le ruego que me permita llevarla a efecto».

«No concedo demencia», replicó Ralph con una sonrisa triunfal, «ni la pido. No busque mi clemencia, señor, para ese tipo que se impuso a la infantil credulidad suya. Mejor déjelo esperar lo peor que yo pueda hacer en su contra».

«¡Pedir él demencia de usted!», exclamó el anciano comerciante afectuosamente, «mejor pídasela usted a él, señor, pídasela a él. Si usted no me escucha ahora que puede hacerlo, me escuchará cuando no le quede más remedio, o adivine lo que yo habría dicho y tome medidas para evitar que

jamás volvamos a encontrarnos. Su sobrino es un muchacho noble, señor, un muchacho noble y honesto. Lo que usted es, Sr. Nickleby, no voy a decirlo, pero lo que usted ha hecho, eso sí lo sé. Ahora bien, señor, cuando usted vaya a dar curso a los negocios que ha estado realizando últimamente y se encuentre con una gran dificultad para proseguirlos, venga a vernos a mí y a mi hermano Ned, y a Tim Linkinwater, señor, y se lo explicaremos... y venga pronto, porque podría ser demasiado tarde, y pudiera ser que se lo expliquen con un poco más de aspereza, y un poco menos de delicadeza... y jamás olvide, señor, que vine aquí esta mañana por consideraciones de clemencia hacia usted, y que sigo dispuesto a hablarle en el mismo espíritu».

Con esas palabras, pronunciabas con gran énfasis y emoción, el hermano Charles se puso su sombrero de ala ancha y, pasando por delante de Ralph Nickleby sin hacer ninguna otra observación, se marchó con paso ligero. Ralph lo miró alejarse, pero ni se movió ni habló durante algún tiempo hasta que finalmente rompió lo que casi parecía el silencio de la estupefacción con una risotada desdeñosa.

«Este», dijo, «por su insensatez, debe ser otro de esos sueños que tanto han impedido mi descanso últimamente. ¡Por consideraciones de clemencia conmigo! ¡Puá! Este viejo simplón se ha vuelto loco».

Aunque se expresaba de ese modo tan burlón y despectivo, quedaba dato que cuanto más meditaba Ralph más incómodo se sentía, y más invadido por vagas ansiedades o alarmas que aumentaban a medida que el tiempo pasaba y seguía sin haber noticias de Newman Noggs. Después de esperar hasta una hora muy avanzada de la tarde, torturado por distintas aprensiones y recelos y por el recuerdo de la advertencia que su sobrino le hiciera la última vez que se encontraron, cuya probabilidad de confirmación se le presentaba ora en una forma, ora en otra, manteniéndolo en perpetua zozobra, abandonó la casa y, sin saber por qué —salvo que estaba de un humor suspicaz e irritable—, se dirigió a casa de Snawley. Fue la esposa de este quien lo recibió, y a ella le preguntó Ralph si su esposo estaba en casa.

«No», dijo de modo cortante, «la verdad es que no está en casa, y además no creo que vaya a estarlo por largo tiempo».

«¿Sabe usted quién soy yo?», le preguntó Ralph.

«Oh, sí, yo lo conozco a usted muy bien... demasiado bien, quizás, y quizás él también lo conozca, y lamento tener que admitirlo».

«Dígale que lo vi detrás de la persiana, en los altos, cuando venía cruzando la calle ahora mismo, y que deseo hablarle de negocios», dijo Ralph con sarcasmo. «¿Lo oyó usted?».

«Lo oí», repuso la Sra. Snawley, pero sin darse por enterada de su solicitud.

«Sabía que esta mujer era una hipócrita, con sus salmos y sus citas de las Escrituras», dijo Ralph, pasando tranquilamente junto a ella, «lo que no sabía es que, además, bebía».

«¡Deténgase! Usted no entra aquí», dijo la media naranja del Sr. Snawley, interponiendo su cuerpo, que era robusto, en el umbral. «Ha hablado ya demasiado de negocios con él. Siempre le dije en lo que acabarían sus tratos con usted, por participar en sus intrigas. Fueron o usted o el maestro —uno de los dos o los dos puestos de acuerdo— quienes redactaron la carta apócrifo, ¡recuérdelo! Eso no fue obra de él, así que no venga a echarle la culpa».

«Controle su lengua, especie de Jezebel», dijo Ralph, mirando a su alrededor con temor.

«Ah, yo sé cuándo controlarme la lengua y cuándo hablar, Sr. Nickleby», replicó la dama. «Ocúpese de que otras personas sepan cuándo controlar las suyas». «¡Mujerzuela!», dijo Ralph, con una mueca de rabia; «si su esposo ha sido tan idiota como para confiarle a usted sus secretos, guárdese los... guárdese los, ¡so bruja!».

«No tanto sus secretos como los de otras personas», replicó la mujer; «no tanto los secretos de él como los de usted. ¡Y no se atreva a echarme una de sus sombrías miradas! Quizás las necesite en otro momento. Más vale que las ahorre».

«¿Irás a llamarlo?», dijo Ralph, conteniendo su ira lo mejor que pudo, y agarrando con fuerza a la mujer por la muñeca. «¿Irás a decirle a su esposo que sé que está en casa, y que tengo que verlo? ¿Y quiere decirme las causas de ese nuevo estilo de comportamiento de usted y de él?».

«No», respondió la mujer, zafándose violentamente. «No haré ni lo uno ni lo otro».

«¿Me está usted desafiando, eh?», dijo Ralph.

«Sí», fue la respuesta. «Lo estoy haciendo».

Por un instante Ralph sostuvo la mano en alto, como si fuera a golpearla pero, controlándose, masculló entre dientes algo así como que no olvidaría aquello, y asintiendo con la cabeza, se alejó.

Entonces fue directo a la posada que frecuentaba el Sr. Squeers y preguntó cuándo lo habían visto por última vez, con la vaga esperanza de que, victorioso o no, ya a estas alturas pudiera haber regresado de su misión y asegurarle que todo estaba arreglado. Pero hacía diez días que el Sr. Squeers

no pasaba por allí, y lo único que la gente podía decir era que había dejado sus maletas y la cuenta por pagar.

Perturbado por mil temores y empeñado en comprobar si Squeers tenía alguna sospecha sobre Snawley, o si de algún modo también aquel mostraba una alteración de conducta, Ralph decidió aventurar el paso extremo de ir a indagar directamente en los Alojamientos Lambeth e incluso entrevistarse allí con él. Empeñado en ese propósito, y en ese estado anímico en el que toda demora resulta insoportable, se dirigió de inmediato al lugar, y por estar familiarizado con la ubicación de su habitación a partir de descripciones anteriores, se deslizó escaleras arriba y tocó suavemente a la puerta.

Ni uno, ni dos, ni tres, ni siquiera una docena de toques pudieron convencer a Ralph de que, contrariamente a su deseo, no había nadie allí. Razonó que podría estar dormido, y al detenerse a escuchar, casi creyó que podía oírlo respirar. Incluso cuando se convenció de que no estaba allí, se sentó pacientemente en un escalón roto y se puso a esperar, calculando que había salido a alguna rápida gestión y debía estar por regresar.

Muchos pies subieron las crujientes escaleras, y los pasos de algunos de ellos parecieron ser, a su oído atento, los del hombre al que esperaba, de modo que Ralph a menudo se puso de pie para estar listo para dirigirle palabra cuando llegase arriba. Pero una por una, cada persona se desvió hacia alguna habitación antes de llegar al punto donde él estaba estacionado, y frente a cada desilusión se iba sintiendo más frío y solitario.

Al cabo sintió que no tenía sentido seguir esperando, y al bajar de nuevo las escaleras, preguntó a uno de los inquilinos si sabía algo sobre el paradero del Sr. Squeers, mencionando a ese benemérito con el nombre falso que habían acordado entre ellos. Este inquilino lo remitió a otro, y este a otro más, por quien supo que, muy tarde la noche anterior, Squeers había salido apresuradamente con dos hombres y que, poco después, habían regresado a buscar a la anciana que vivía en el mismo piso, y que aunque esa circunstancia atrajo la atención del informante, no había hablado con ellos en aquel momento ni realizado ninguna averiguación posterior.

Esto le sufrió la idea de que tal vez Peg había sido apresada por el robo y que, como en aquel momento el Sr. Squeers estaba con ella, lo hubieran detenido a él también por sospecha de complicidad. Si así fuere, Gride tendría que saberlo, así que a casa de Gride encaminó sus pasos, ahora completamente alarmado, y temeroso de que en verdad estuviera en marcha algún complot encaminado a confundirlo y arruinarlo.

Al llegar a la casa del usurero, halló las ventanas cerradas a cal y canto, y las sucias persianas bajadas. Todo estaba silencioso, lúgubre y desierto. Pero ese era el aspecto habitual del lugar. Tocó a la puerta... suavemente al principio, luego fuerte y vigorosamente, pero nadie respondió. Escribió a lápiz sobre una tarjeta unas pocas palabras y ya se iba, después de pasarla por debajo de la puerta, cuando su oído captó un ruido como si estuvieran alzando con sigilo una de las ventanas de los altos. Al levantar la vista, pudo justo distinguir el rostro del propio Gride, que se asomaba cautelosamente desde el parapeto de la casa encima de la ventana del desván. Al ver quién estaba abajo, volvió a desaparecer, pero con suficiente lentitud como para que Ralph le hiciera señas de que lo había visto y que le pedía que bajara.

Al repetir el llamado, Gride volvió a asomarse, con tanta cautela que no se le podía ver el cuerpo. Los agudos rasgos y los cabellos canosos eran lo único que asomaba por encima del parapeto, de modo que más bien parecía una cabeza cortada y puesta de adorno sobre el muro.

«¡Chitón!», exclamó. «¡Váyase... váyase!».

«Baje», dijo Ralph, llamándolo.

«¡Váyase!», chilló Gride, sacudiendo negativamente la cabeza en un paroxismo de impaciencia. «No me hable, no toque a la puerta, no llame la atención hacia la casa. Váyase de una vez».

«Tocaré y maldeciré hasta que los vecinos se levanten en armas», dijo Ralph, «si no me dices por qué estás escondido ahí, canalla llorón».

«No debo oír lo que dice... no me hable, es peligroso... váyase... ¡váyase!», respondió Gride.

«Te digo que bajes. ¿Acabarás de bajar?», dijo Ralph, furibundo.

«¡Noooo!», gruñó Gride, al tiempo que entraba en la casa. Ralph, que permanecía en la calle, pudo oírlo cerrar la ventana con la misma suavidad y el mismo cuidado con que la había abierto.

«¿Qué es lo que pasa?», se preguntó, «¿Por qué todos huyen de mí y me esquivan como si fuera la peste...? ¡Esta gente, que ha lamido el polvo de mis zapatos! ¿Acaso ya pasó mi hora, y la noche se me viene encima? ¡Averiguaré de qué se trata! Lo haré, a cualquier precio. Ahora estoy más firme y soy más dueño de mí mismo que en los últimos días».

Alejándose de la puerta, que en el primer raptó de rabia había pensado seguir golpeando hasta que el miedo impulsara a Gride a abrirla, se encaminó hacia el barrio financiero, y abriéndose paso entre la multitud que salía de allí (a estas alturas ya eran entre las cinco y las seis de la tarde) se fue directo a

las oficinas de los hermanos Cheeryble, miró por los cristales de la vidriera y allí vio a Tim Linkinwater, solo.

«Me llamo Nickleby», dijo Ralph.

«Lo sé», respondió Tim, contemplándolo a través de sus lentes.

«¿Quién fue la persona de su firma que fue a visitarme esta mañana?», preguntó Ralph.

«El Sr. Charles».

«Entonces dígame al Sr. Charles que deseo verlo».

«Lo verá», dijo Tim, bajándose de su banqueta con gran agilidad, «y no solo verá al Sr. Charles, sino también al Sr. Ned».

Tim se detuvo, miró fija y severamente a Ralph, asintió con la cabeza de un modo brusco que parecía querer decir que había algo más detrás de todo eso, y desapareció. Regresó tras un breve intervalo para conducir a Ralph ante los dos hermanos y permaneció él también en la habitación.

«Deseo hablar con usted, que fue quien habló conmigo esta mañana», dijo Ralph, señalando con el dedo al hombre al que se dirigía.

«No tengo secretos con mi hermano Ned, ni con Tim Linkinwater», observó tranquilamente el hermano Charles.

«Pues yo sí», dijo Ralph.

«Sr. Nickleby, señor», dijo el hermano Ned, «el tema del que fue a hablarle mi hermano Charles esta mañana lo conocemos perfectamente bien nosotros tres y otros además, y pronto, desgraciadamente, lo conocerán muchos más. Esta mañana él fue a solas a visitarlo, señor, por una cuestión de delicadeza y consideración. Ahora pensamos que serían inapropiadas cualesquiera delicadeza y consideración adicionales, de modo que, si hablamos ahora, será con todos los aquí presentes, o no será». «Bien, caballeros», dijo Ralph, alzando las comisuras de los labios, «hablar con acertijos parece ser el fuerte de ustedes dos, y supongo que su secretario, como hombre prudente, ha estudiado ese arte para ganarse la buena voluntad de sus patrones. Hable pues acompañado, caballero, por Dios. Lo complaceré».

«¡Complacer!», exclamó Tim Linkinwater, poniéndose muy encarnado de repente, «¡Nos va a complacer a nosotros! ¡Él va a complacer a los hermanos Cheeryble! ¿Lo oyeron? ¿Oyen lo que ha dicho? ¡Dice que él va a complacer a los hermanos Cheeryble!».

«Tim», dijeron Charles y Ned juntos, «por favor, Tim, por favor, ¡vamos!, no, Tim, no».

Luego de captar la indirecta, Tim contuvo su indignación lo mejor que pudo y la dejó escapar a través de sus lentes, con la adicional válvula de seguridad de una breve risa histérica ocasional que parecía aliviarlo enormemente.

«Puesto que nadie me invita a sentarme», dijo Ralph mirando en derredor, «tomaré asiento, pues estoy cansado de caminar. Y ahora, por favor, señores, deseo saber —exijo saber, tengo ese derecho— lo que tengan ustedes que decirme que justifique ese tono que han adoptado, y esa interferencia solapada en mis negocios que tengo razón para suponer han estado practicando ustedes. Se lo digo claramente, caballeros, que por poco que me importe la opinión del mundo (como se dice vulgarmente), no me someto tranquilamente a la difamación y a la malicia. Si ustedes toleran fácilmente que se las impongan o voluntariamente se hacen partícipes de ellas, a los efectos míos, el resultado es el mismo, y en ninguno de los dos casos esperen demasiada consideración o paciencia de un hombre simple como yo».

Dijo esto con tanta calma e intención, que nueve de cada diez personas que ignorasen las circunstancias, habrían supuesto que Ralph era realmente el agraviado. Allí permaneció sentado con los brazos cruzados, más pálido de lo habitual, ciertamente, y bastante desencajado, pero muy sosegado... mucho más que los hermanos o el exasperado Tim, y dispuesto a hacerle frente a lo peor.

«Muy bien, señor», dijo el hermano Charles. «Muy bien. Hermano Ned, ¿quieres tocar la campana?».

«¡Charles, mi querido amigo!, detente un instante», exclamó el otro. «Será mejor para el Sr. Nickleby y para nuestro objetivo que permanezca en silencio si puede, hasta que digamos lo que tengamos que decir. Quiero que él lo comprenda».

«Muy cierto, muy cierto», dijo el hermano Charles.

Ralph sonrió sin responder. Hicieron sonar la campana, se abrió la puerta de la habitación, entró un hombre con un andar vacilante, y mirando en derredor, la vista de Ralph se cruzó con la de Noggs. Desde ese momento el corazón empezó a Marie.

«Buen comienzo», dijo con soma. «¡Oh!, buen comienzo. ¡Ustedes son hombres cándidos, honestos, justos y de corazón abierto! ¡Siempre supe el verdadero valor de caracteres como los suyos! Enredarse con un tipo como este, que vendería su alma (si la tuviera) por la bebida, y cuyas palabras son todas mentiras... ¿qué hombres estarían seguros si esto se permite? ¡Oh, muy buen comienzo!».

«Voy a hablar», exclamó Newman, sosteniéndose de puntillas para ver por encima de la cabeza de Tim, que se le había interpuesto para impedirlo. «Hola para usted, anciano Nickleby, ¿qué quiere decir con eso de “un tipo como este”? ¿Quién me convirtió en “un tipo como este”? Si vendiera mi alma por la bebida, ¿por qué entonces no soy ladrón, estafador, saqueador de casas, ratero de barrio, carterista de peniques de las bandejas de los perros de los ciegos, en vez de ser su esclavo, su bestia de carga? Si cada palabra mía hiera mentira, ¿por qué no me he convertido entonces en un mimado suyo y en su favorito? ¡Mentiras! ¿Cuándo me encogí de miedo y lo adulé a usted...? ¿eh? ¡Dígamelo! Lo serví fielmente, trabajé más porque era pobre, y recibí más palabras duras de parte suya porque lo despreciaba a usted y despreciaba esas palabras, que cualquier hombre que usted hubiera podido ir a buscar al asilo parroquial. Sí que las recibí. Lo serví porque tengo orgullo, porque con usted yo trabajaba solo, y no había otros esclavos que vieran mi degradación, y porque nadie sabía mejor que usted que yo era un hombre arruinado, que no siempre había sido lo que soy, y que habría podido estar en mejores condiciones si no hubiera sido un tonto y caído en manos suyas y de otros tantos bribones como usted. ¿Niega usted eso... eh?».

«Contrólate», razonó Tim, «dijiste que no lo harías».

«¡Dije que no lo haría!», exclamó Newman, empujándolo a un lado y moviendo su mano al tiempo que Tim se movía, como para mantenerlo a la distancia de un brazo; «no me digas. Oiga, usted, Nickleby, no finja que no me hace caso. Eso no sirve, yo lo sé bien. Ahora mismo usted hablaba de intromisiones. ¿Quién fue el que se inmiscuyó con los maestros de Yorkshire, y despidieron al esclavo para que no fuera a oír. Pero olvidaron que tanta cautela podía despertar su suspicacia, y que bien podría ponerse a vigilar a su amo por las noches y poner, además, a otros ojos a vigilar al maestro? ¿Quién se inmiscuyó con un padre egoísta, urgiéndolo a Venderle a su hija al viejo Arthur Gride, y también se inmiscuyó con Gride en la oficinita que tiene un armario en la habitación?».

Ralph, que se había impuesto un gran control de sí mismo, no consiguió, sin embargo, reprimir un leve sobresalto aunque le hubiera costado que lo decapitaran un instante después.

«¡Ajá!», exclamó Newman. «¿Ahora me hace usted caso, eh? ¿Qué fue lo primero que volvió a este esclavo receloso de las acciones de su amo, y lo hizo sentir que de haberse plegado a él hubiera acabado siendo tan malo como él, o peor? El cruel trato de ese amo con los de su propia sangre, y sus viles designios respecto a una joven que movió la compasión, incluso, de este rocín

liquidado, borracho y miserable, debido a lo cual decidió permanecer a su servicio con la esperanza de poder hacer algo bueno por ella (tal como, a Dios gracias, había podido hacer por otros en una o dos ocasiones anteriores), en vez de haber aliviado su coraje dando al amo una rotunda paliza y yéndose luego al Demonio. Él cree —ténganlo por seguro, y tengan esto otro por seguro— que estoy aquí ahora por voluntad de estos caballeros. Cuando yo fui a buscarlos (porque partió de mí... ellos no fueron a entrometerse en nada) les dije que quería ayuda para desenmascararlo a usted, para seguirle el rastro y llevar hasta el final lo que había comenzado, para ayudar a los que estaban del lado de la razón. Y que, cuando lo hiciera, entraría sin pedir permiso en su oficina para contárselo todo, frente a frente, de hombre a hombre, y como un hombre. Ahora he dicho lo que tenía que decir. Que cada cual diga lo suyo, y ¡abran fuego!».

Con esa última frase, Newman Noggs, que había estado constantemente sentándose y volviéndose a levantar a lo largo de todo su discurso, pronunciado en medio de una serie de espasmos musculares, y que estaba, debido a una combinación de esfuerzo físico y nerviosismo, en un estado de muy intenso y feroz acaloramiento, pasó, sin transición, a una postura rígida, de pie e inmóvil, y permaneció así, con la mirada completamente fija en Ralph Nickleby.

Ralph lo miró por un instante, y solo por un instante. Después hizo un gesto con la mano, y golpeando el suelo con el pie, dijo con una voz sofocada:

«¡Prosigan, caballeros, prosigan! Estoy impaciente, ya lo ven. Existen leyes que respetar, existen leyes. Los llamaré a que respondan por esto. Cuidado con lo que dicen. Los obligaré a probarlo».

«Las pruebas están listas», repuso el hermano Charles, «perfectamente listas y en nuestras manos. Ese hombre, Snawley, confesó anoche».

«¿Quién podría ser “ese hombre, Snawley”?», repuso Ralph, «y ¿qué podría tener que ver su “confesión” con mis negocios?».

A estas preguntas, formuladas en un tono tajante y obstinado difícil de describir en palabras, el anciano caballero no devolvió respuesta alguna, sino que prosiguió diciendo que, para mostrarle cuán seriamente hablaban, era necesario decirle no solo las acusaciones presentadas en su contra, sino también las pruebas que tenían de ellas, y cómo habían sido conseguidas esas pruebas. En toda la exposición del asunto tomaron parte —los tres a la vez— el hermano Ned, Tim Linkinwater y Newman Noggs, quienes, tras sostener un prolongado intercambio entre ellos, en una escena de mucha confusión, expusieron a Ralph en términos muy claros la siguiente declaración:

Que Newman, después de que una persona que todavía no podía ser presentada le asegurara que Smike no era hijo de Snawley, y después de que esa persona asegurara estar dispuesta a declarar esto bajo juramento si fuese necesario, tal afirmación los indujo por primera vez a dudar de la reclamación que se les había hecho y de la cual no habrían tenido motivo para dudar, puesto que había sido apoyada por evidencias que no estaba en poder de ellos rebatir. Que, en cuanto sospecharon que se trataba de una componenda, no tuvieron dificultades para descubrir que en su origen estaban la mala fe de Ralph y el deseo de venganza y la codicia de Squeers. Pero como esa sospecha y llegar a probarla eran dos cosas muy distintas, habían sido aconsejados por un abogado, sobresaliente por su sagacidad y su agudeza en prácticas de este tipo, que resistieran del modo más lento y sagaz a las gestiones realizadas para volver a apoderarse del joven, y, mientras tanto, que se pusieran al acecho de Snawley (pues era claro que de él provenía la falsedad principal) y lo condujeran, de ser posible, a incurrir en declaraciones contradictorias e inconsistencias, que lo hostigaran por todos los medios disponibles, para de ese modo provocarle temor y preocupación respecto a su propia seguridad e inducirlo a divulgar toda la intriga, y así entregar al que lo contrató o a cualquier otro que pudiera estar implicado. Que todo esto se hizo con habilidad, pero que Snawley, que era bien versado en las artes de la astucia vil y la intriga, había frustrado exitosamente todos sus intentos, hasta que una circunstancia inesperada, la noche anterior, lo pusiera de rodillas.

Ocurrió así. Cuando Newman Noggs informó que Squeers había vuelto a la ciudad, y que entre él y Ralph había tenido lugar una entrevista de tal grado de secreto que él había sido despedido de la casa, claramente para que no fuera a oír ni una palabra, se le montó guardia al maestro con la esperanza de poder descubrir algo que arrojará luz sobre el complot que se sospechaba. Pero al descubrirse, no obstante, que él no volvió a tener comunicación con Ralph y ninguna con Snawley, y que vivía en total soledad, se vieron totalmente despistados. Se retiró la guardia, y no habrían seguido observando sus movimientos de no ocurrir que, una noche, Newman se tropezó en la calle con él y con Ralph juntos, sin que ellos se percataran de su presencia. Tras seguirlos descubrió, para su gran sorpresa, que ambos se encaminaron a viviendas de los bajos fondos y a tabernas propiedad de jugadores de azar quebrados, muchos de los cuales conocían a Ralph. Así supieron que andaban tras la pista —de eso se enteraron por indagaciones realizadas en cuanto Ralph y Squeers se marcharon— de una anciana cuya descripción cuadraba exactamente con la de la sorda Sra. Sliderskew. Puesto que ahora los asuntos

parecían cobrar un cariz más serio, de nuevo fue activada la guardia y se redobló la vigilancia. Buscaron a un oficial de policía que se apostó en la misma taberna con Squeers, y con él y Frank Cheeryble siguió al desapercibido maestro hasta que estuvo bien alojado en la vivienda de Lambeth. Cuando el Sr. Squeers se mudó de domicilio, el oficial también cambió el suyo, y oculto en la misma calle —de hecho, en la casa de enfrente—, pronto descubrió que el Sr. Squeers y la Sra. Sliderskew estaban en comunicación constante.

Así las cosas, se recurrió a Arthur Gride. Aunque hacía bastante tiempo que se sabía del robo —en parte debido a la curiosidad de los vecinos y en parte a la angustia y la rabia del propio Gride— él rehusó rotundamente a acceder o prestar cualquier asistencia a la captura de la anciana, y la idea de que lo llamasen a prestar testimonio en contra de la vieja le causó tal pánico que se encerró en su casa y se negó a comunicarse con nadie. Ante esta situación, los perseguidores conferenciaron y, a un paso de la verdad, llegaron a la conclusión de que Gride y Ralph, con Squeers como instrumento, estaban negociando la recuperación de algunos de los papeles robados que no podían ver la luz, lo cual podría tal vez explicar las indirectas relativas a Madeline que Newman había escuchado. Decidieron de este modo que la Sra. Sliderskew debía ser apresada antes de que se deshiciera de los papeles y también Squeers, de podersele acusar de algo sospechoso. Consecuentemente, después de obtener un auto de registro domiciliario y de prepararlo todo, vigilaron la ventana del Sr.

Squeers hasta que su luz se apagó, y llegó el momento en el que este, como previamente habían comprobado, acostumbraba a visitar a la Sra. Sliderskew. Libados a este punto, Frank Cheeryble y Newman se deslizaron escaleras arriba para escuchar su discurso y darle la señal al oficial de policía en el momento más favorable. En qué tan oportuno momento llegaron, cómo se pusieron a escuchar y lo que oyeron, ya el lector lo conoce. El Sr. Squeers, aún medio aturdido, fue sacado de allí con una escritura robada en su poder, y la Sra. Sliderskew también fue aprehendida. Al llegarle rápidamente a Snawley la información de que Squeers estaba detenido —no se le dijo por qué— ese benemérito, después de obtener por extorsión la promesa de que no se formularían cargos en su contra, declaró que toda la historia respecto a Smike era una falsificación, e implicó completamente a Ralph Nickleby. En cuanto al Sr. Squeers, aquella mañana había sido sometido a un interrogatorio privado frente a un magistrado, y al no poder explicar satisfactoriamente por

qué la escritura estaba en su poder, ni tampoco su asociación con la Sra. Sliderskew, había sido encarcelado, junto con ella, por una semana.

Ahora todos estos hallazgos estaban siendo relacionados circunstanciadamente y de modo exhaustivo con Ralph. Sea cual fuere la impresión que secretamente esto le produjera, él no dejó escapar signo alguno de conmoción, sino que, por el contrario, se mantuvo sentado, perfectamente inmóvil, sin desviar la vista del suelo, hacia donde miraba con el ceño fruncido, y cubriéndose la boca con la mano. Al concluir la narración, alzó rápidamente la cabeza, como si estuviera a punto de hablar, pero al proseguir el hermano Charles, regresó a su antigua actitud.

«Le planteé esta mañana», dijo el anciano, poniendo su mano sobre el hombro de su hermano, «que fui a verlo en una misión de clemencia. Hasta dónde estuvo involucrado en esa última transacción, o hasta dónde puede incriminarlo la persona que ahora está encarcelada, nadie lo sabe mejor que usted. Pero la justicia tiene que proceder contra las partes implicadas en el complot contra ese pobre muchacho que, sin haber perjudicado a nadie, resultó él mismo perjudicado. No está en mi poder, ni en poder de mi hermano Ned, salvarlo a usted de las consecuencias. Lo más que podemos hacer es advertirle a tiempo, y darle una oportunidad de sustraerse a ellas. No dejaríamos que un anciano como usted resultase deshonrado y castigado por su pariente próximo, ni dejaríamos que él olvidase, como usted lo hizo, los vínculos de sangre y naturaleza que los unen. Le suplicamos que —hermano Ned, tú te me unes en esta súplica, lo sé, y tú, Tim Linkinwater, también, aunque finjas aires de bribón empedernido, señor, y permanezcas allí con ese ceño como si no la compartieras— le suplicamos que se aleje de Londres, que se refugie en algún sitio donde esté a salvo de las consecuencias de sus malvados designios y donde pueda tener tiempo, señor, para expiarlos y convertirse en un hombre mejor».

«¿Y ustedes piensan», replicó Ralph poniéndose de pie y con un mohín sarcástico digno de un demonio, «y ustedes piensan que me van a aplastar tan fácilmente? ¿Creen que cien planes bien dispuestos, o den testigos sobornados, o den canallas que me siguieran los talones, o den hipócritas discursos llenos de palabras untuosas me van a conmovier? Les agradezco que me hayan revelado sus ardides, para los que ahora estoy preparado. No saben con qué tipo de hombre están tratando. Pónganme a prueba y recuerden que yo escupo sobre las lindas palabras y los mañosos procedimientos de ustedes, y los desafío... los reto... los conmino... a infligirme siquiera un mínimo daño».

Así se separaron, por el momento. Pero lo peor estaba por llegar.

CAPÍTULO 60

LOS PELIGROS VAN ARRECIANDO, Y SE NARRA LO PEOR

En vez de regresar a casa, Ralph se metió dentro del primer coche de alquiler que halló, y tras pedirle al conductor que lo llevara a la comisaría del distrito en el que le ocurrieran los infortunios al Sr. Squeers, se bajó a una corta distancia del local, pagó al hombre y anduvo a pie el tramo restante. Al preguntar por el objeto de su preocupación, supo que su visita era muy oportuna, pues, de hecho, en aquel mismo instante el Sr. Squeers estaba esperando un coche de alquiler que había mandado llamar, para partir hacia su retiro de una semana, como un caballero.

Tras solicitar comunicación con el prisionero, fue conducido a una especie de sala de espera en la que, por motivo de su profesión pedagógica y su superior respetabilidad, se le había permitido al Sr. Squeers pasar el día. Aquí, a la luz de una vela destripada y ennegrecida, casi no pudo distinguir al maestro, que dormía profundamente sobre un banco en un rincón apartado. Había un vaso vacío sobre una mesa delante de él, y esto, sumado a su condición de somnolencia y a un olor muy fuerte a coñac con agua, le advirtió al visitante que el Sr. Squeers había estado buscando en el bienestar material un olvido transitorio de su infeliz situación.

No fue empresa fácil despertarlo, por el estado de aletargamiento en que se encontraba. Poco a poco, a través de lentos y débiles destellos, fue recuperando sus facultades hasta que, finalmente, se sentó derecho, y exhibiendo un rostro muy amarillo, y una nariz muy roja, y una barba muy crecida, cuyo efecto en conjunto resultaba considerablemente realzado por un pañuelo blanco y sudo manchado de sangre, extendido sobre la coronilla y amarrado debajo de la barbilla, clavó la vista silenciosa y tristemente sobre Ralph hasta que sus sentimientos hallaron válvula de escape en esta lacónica frase:

«Oiga, joven, esta vez sí que la hizo buena, ¡de veras que sí!».

«¿Qué le pasó en la cabeza?», preguntó Ralph.

«¿Cómo? El hombre suyo, su informante y secuestrador, vino y me la partió», replicó Squeers mohíno, «eso es lo que pasó. Así que al fin se ha decidido a venir usted, ¿eh?».

«¿Por qué no me mandó a buscar?», dijo Ralph. «¿Cómo podía venir si no sabía lo que le había ocurrido?».

«¡Mi familia!», dijo Squeers, hipando y poniendo los ojos en blanco. «Mi hija, que está en esa edad en que la sensibilidad está a flor de piel y brota toda de golpe... mi hijo, que es el joven Norval de mi vida, orgullo y adorno de una comarca que lo quiere con delirio... ¡qué conmoción para mi familia! ¡El escudo de la familia Squeers destrozado, y su sol hundido en la ola del océano!».

«Usted ha estado bebiendo», dijo Ralph, «y no ha dormido lo suficiente como para recuperar la sobriedad».

«No he estado bebiendo a su salud, vejete», respondió el Sr. Squeers, «así que no se meta en lo que no le importa».

Ralph reprimió la indignación que el comportamiento descompuesto e insolente del maestro despertaba en él, y volvió a preguntar por qué no había mandado a buscarlo.

«¿Qué iba a ganar con eso?», repuso Squeers. «Que se supiera que yo estaba en esto con usted no me iba a hacer mucho bien a mí, y no aceptarán fianza hasta que no sepan algo más del caso, así que aquí estoy yo, bien encerrado, y allí está usted, suelto y tan campante».

«Y así estará usted también dentro de unos días», replicó Ralph, fingiendo buen humor. «No pueden hacerle daño a usted, hombre».

«Bueno, supongo que no, si explico cómo fue que llegué a enredarme con esa cadavérica vieja Slider», respondió Squeers con rencor, «a la que hubiera querido ver muerta y enterrada, y resucitada y disecada, y colgada de alambres en el museo anatómico antes de haber tenido nada que ver con ella. Eso fue lo que el tipo de la cabeza empolvada dijo hoy por la mañana, con estas mismas palabras: “Prisionero, por haber sido hallado en compañía de esta mujer, por habersele descubierto en posesión de este documento, y por haber estado involucrado con ella en la destrucción fraudulenta de otros más, y no poder usted brindar una explicación satisfactoria de su identidad, dispongo su encarcelación por el lapso de una semana, a fin de que se lleven a cabo averiguaciones y se obtengan evidencias... y, hasta entonces, no puedo aceptar fianza a cambio de su excarcelación”. Bien, entonces, lo que digo ahora es que sí puedo brindar una explicación satisfactoria de mi identidad. Puedo entregar la tarjeta de mi establecimiento y decir: “Soy el Wackford

Squeers que ahí se nombra, señor. Soy un hombre avalado por impecables referencias sobre una ultraexcelente moralidad y rectitud de principios. Lo que haya de malo en este asunto no es culpa mía. Yo acmé de buena fe, señor. No sabía que hubiera nada indebido en el asunto. Sencillamente, fui empleado por un amigo, mi amigo, el Sr. Ralph Nickleby, de Golden Square. Mande a buscarlo, señor, y pregúntele qué tiene que decir... él es su hombre, no yo».

«¿Cuál fue el documento que le encontraron?», preguntó Ralph, evadiendo por el momento responder al argumento recién planteado.

«¿Cómo que cuál? ¡Pero si era el documento en cuestión!», respondió Squeers. «El de Madeline... ¿cómo es que se llama? Era un testamento, eso era».

«¿De qué naturaleza, el testamento de quién, de qué fecha, cómo y en qué la beneficia?», preguntó Ralph apresuradamente.

«Un testamento a su favor, eso es todo lo que sé», prosiguió Squeers, «y eso es más de lo que sabría usted, si le hubieran descargado aquel fuelle en la cabeza. Fue gradas a su condenada cautela que le echaron mano. Si usted me hubiera dejado quemarlo, y hubiera aceptado mi palabra de que se había destruido, ahora sería un montón de cenizas entre los rescoldos, en vez de haberlo encontrado entero, y sano y salvo, dentro de mi sobretodo».

«¡Derrotado en toda regla!», murmuró Ralph, mordisqueándose los dedos.

«¡Ah!», suspiró Squeers, que entre el coñac con agua y la cabeza rota, desvariaba de un modo extraño, «en la encantadora aldea de Dotheboys, cerca de Greta Bridge en Yorkshire, los jóvenes son alojados, vestidos, lavados, provistos de libros, de dinero de bolsillo y de todas las necesidades, instruidos en todas las lenguas vivas y muertas, matemáticas, ortografía, geometría, astronomía, trigonometría... ¡esto es una alteración de la *trigonómica*, sí que lo es! Una elle... allí, lugar... el arma de un zapatero remendón. A-erre-i-be-a, arriba, adjetivo, no abajo. Ese-cu-u-doble e-erre-ese, Squeers, nombre sustantivo, educador de jóvenes. En resumidas cuentas, ¡que no hay remedio para Squeers!».

El hecho de que siguiera desvariando así le brindó a Ralph una oportunidad para recobrar su presencia de ánimo, y esta de inmediato le sugirió la necesidad de eliminar, en la medida de lo posible, los recelos del maestro, y de llevarlo a creer que su seguridad y su mejor política radicaban en preservar un impenetrable silencio.

«Le repito», dijo, «que no pueden hacerle daño. Usted entablará demanda por encarcelamiento indebido e incluso sacará provecho de esto. Le inventaremos una historia que le permitirá salir veinte veces de un apuro tan

trivial como este. Y si desean una garantía equivalente a mil libras para asegurar su presencia en caso de que vuelvan a llamarlo, la tendrán. Lo único que tiene usted que hacer es negar la verdad. Usted está algo aturdido esta noche, y quizá no logre ver las cosas con la claridad con que las verá más adelante, pero eso es lo que tiene que hacer, y tendrá que poner en ello todos sus sentidos, pues un desliz podría resultar muy incómodo para usted».

«¡Oh!», dijo Squeers, que lo había estado mirando astutamente, con la cabeza ladeada como un viejo cuervo. «Así que eso es lo que tengo que hacer, ¿eh? Ahora bien, tenga la bondad de oír una o dos palabras mías. Yo no voy a aceptar que me inventen cuentos, y no me voy a amarrar a ninguno. Si veo que las cosas se inclinan en mi contra, espero que usted asuma su parte, y me cercioraré muy bien de que lo haga. Usted jamás mencionó que hubiera algún peligro. Yo nunca pedí que me metieran en un aprieto como este, y no tengo intenciones de tomarlo con tanta calma como usted se cree. Me dejé llevar por usted y una cosa fue conduciendo a la otra, porque los dos estábamos de cierta manera implicados en lo mismo, y si a usted le hubiera dado por estar de mal humor, quizás habría perjudicado mi negocio, y si le hubiera dado por estar de buen humor, quizás me habría beneficiado bastante. Vaya, si ahora todo sale bien, eso es muy correcto, y no me importa. Pero si algo sale mal, entonces los tiempos se alteran, y me limitaré a decir y a hacer lo que piense me beneficie más, y no aceptaré consejos de nadie. Mi ascendiente moral sobre esos chicos», agregó el Sr. Squeers con una seriedad aún más profunda, «se ha conmovido en sus raíces. Tengo constantemente frente a mí las imágenes de la Sra. Squeers, de mi hija y de mi hijo Wackford, todos ellos escasos de alimentos. Todas las demás consideraciones se pulverizan y desvanecen frente a estas, y el único número que conozco en aritmética, como esposo y como padre, es el número uno, ¡en este trajín de ahora, tan fatal!».

Cuánto tiempo estuvo declamando el Sr. Squeers, o cuán tempestuosa hubiera sido la controversia que su declamación pudiera haber detonado, nadie lo sabe. Al ser interrumpido en ese punto por la llegada del coche y por un vigilante que debía acompañarlo, se colocó el sombrero con gran dignidad encima del pañuelo que le ataba la cabeza, y metiéndose una mano en el bolsillo y agarrando con la otra el brazo del vigilante, accedió a que se lo llevaran de allí.

«¡Tal como me lo suponía! ¡He ahí por qué no me mandó a buscar!», pensó Ralph. «Este tipo, como he podido entrever por sus tonterías de borracho, ha resuelto ponerse en mi contra. Me siento tan acosado y cercado porque no solo están todos paralizados por el miedo, sino que, como las

bestias de la fábula, aprovechan ahora la oportunidad para atacarme, cuando en otros tiempos, hasta ayer mismo, eran todo cortesía y sumisión. Pero no me harán cambiar. No cederé. ¡No me moveré ni un centímetro!».

Regresó a su casa y se alegró de hallar al ama de llaves quejándose de una indisposición porque tuvo así una excusa para enviarla a su hogar, que estaba muy cerca, y quedarse solo. Entonces se sentó a la luz de una sola vela y empezó a pensar, por primera vez, en todo lo que habla ocurrido aquel día.

No habla comido ni bebido desde la noche anterior, y además de las fuertes tensiones a las que habla estado sometido, habla estado desplazándose de un sitio al otro casi incesantemente a lo largo de muchas horas. Se sentía mareado y exhausto, pero no podía tomar nada. Se limitó a beber un vaso de agua y siguió sentado con la cabeza apoyada en la mano... sin descansar ni pensar, sino intentando trabajosamente hacer ambas cosas al mismo tiempo, y sintiendo que, por el momento, todas las sensaciones que no fueran el abatimiento y la desolación se le hablan congelado.

Eran casi las diez cuando oyó que tocaban a la puerta y todavía seguía sentado, inmóvil, como si ni siquiera tuviera la capacidad de pensar en lo ocurrido. El toque se repitió, y varias veces oyó a una voz afuera que decía que había una luz en la ventana (refiriéndose, como él sabía, a su propia vela) antes de poder reanimarse y bajar la escalera.

«Sr. Nickleby, hay una noticia terrible para usted, y me envían para rogarle que me acompañe de inmediato», dijo una voz que le pareció reconocer. Se hizo sombra a los ojos con la mano, y al mirar hacia fuera, vio a Tim Linkinwater en los peldaños.

«¿Acompañarlo adonde?», preguntó Ralph.

«A nuestra casa... donde usted estuvo esta mañana. Aquí tengo un coche».

«¿Y por qué habría de ir allí?», dijo Ralph.

«No me pregunte por qué, pero le ruego que me acompañe».

«¡Una nueva edición de lo de esta mañana!», le respondió Ralph mientras hacía ademán de cerrar la puerta.

«¡No, no!», exclamó Tim, agarrándole el brazo y hablando con mucha sinceridad. «Solo es para que usted pueda oír algo que ha ocurrido... algo muy terrible, Sr. Nickleby, que tiene mucho que ver con usted. ¿Cree que yo le diría eso o que vendría a verlo de este modo si ese no fuera el caso?».

Ralph lo miró de más cerca, y viendo que en verdad estaba muy conmovido, vaciló sin poder decidir qué decir o pensar.

«Será mejor que lo oiga ahora y no en otro momento», dijo Tim, «pues podría influir de algún modo en usted. ¡Por el amor de Dios, venga!».

Quizás en otro momento la obstinación y el desagrado de Ralph habrían frustrado cualquier exhortación de alguien parecido, por más enfáticamente que lo urgieran, pero ahora, tras vacilar un instante, volvió hasta el recibidor para tomar su sombrero y regresó para montarse en el coche sin decir ni una palabra.

Mucho tiempo después Tim todavía recordaba, y a menudo relataba, cómo, en el momento en que Ralph volvió a entrar en la casa a buscar esa prenda, a la luz de la vela que él habla puesto sobre una silla, lo vio andar tambaleante y con paso inseguro, como un borracho. También recordaba bien que, al poner el pie en el estribo del coche, se volvió pata mirarlo, y el color ceniciento y la expresión frenética y extraviada de su rostro, lo hicieron estremecerse, y casi por un instante sentir miedo de seguirlo. La gente gustaba decir que en aquel momento algún oscuro presentimiento debe de haberlo embargado, pero, aplicando una mayor dosis de razón, pudiera quizá pensarse que su emoción estaba relacionada con todo lo que había experimentado aquel día.

A lo largo del viaje se guardó un profundo silencio. En cuanto llegaron a su destino, Ralph entró en la casa tras su acompañante y continuó hasta una habitación donde lo esperaban los dos hermanos. Tan impactado quedó, por no decir aterrorizado, al percibir en la actitud de ambos y en la del anciano secretario cierta muda compasión por su persona, que casi quedó sin habla.

Sin embargo, una vez sentado, consiguió formular una pregunta, aunque con palabras desconectadas, «¿qué... tienen que decirme ustedes... que ya no se haya dicho?».

La habitación era vieja y amplia, estaba iluminada de un modo muy imperfecto, y terminaba en una ventana salediza, sobre la cual colgaban pesados cortinajes. Al dirigir la vista hacia allí mientras hablaba, creyó atisbar la oscura silueta de un hombre, impresión que se confirmó al ver que el objeto se movía, como si se sintiera incómodo por su mirada.

«¿Quién es aquel que está allá?», preguntó.

«Alguien que hace dos horas nos trajo la información que motivó que lo mandáramos a buscar a usted», respondió el hermano Charles. «Olvídelo, señor, olvídelo por ahora».

«¡Más acertijos!», dijo Ralph, en voz muy baja. «¿Y bien, señor?».

Al volver la vista hacia los hermanos, se vio obligado a desviarla de la ventana, pero antes de que ninguno de ellos dos pudieran hablar, él ya había

vuelto a mirar. Era evidente que la presencia de una persona a la que no veía lo ponía intranquilo e incómodo, pues repitió su acción varias veces, y al cabo, como si estuviera en un estado de excitación nerviosa que le hiciera del todo imposible quitarle la vista de encima, se sentó frente a él y murmuró como excusa que le molestaba la luz.

Los hermanos hablaron aparte unos instantes, y por su actitud parecían agitados. Ralph los miró una o dos veces, y al final dijo, desplegando un enorme esfuerzo para recuperar el control de sí mismo inquirió: «¡A ver!, ¿qué es lo que pasa? Si me traen desde mi casa a esta hora de la noche, que sea por algo. ¿Qué tienen que decirme?». Tras una breve pausa, agregó, «¿Acaso ha muerto mi sobrina?».

Había tocado una cuerda que facilitaba la tarea de comenzar. El hermano Charles se volvió y dijo que era de una muerte de lo que tenían que hablarle, pero que su sobrina estaba bien.

«No querrá usted decirme», dijo Ralph, con un brillo renovado en los ojos, «que su hermano ha muerto. No, eso sería demasiado bueno. No lo creería aunque ustedes me lo dijeran. Sería una noticia demasiado buena para ser cierta».

«¡Debería avergonzarse, hombre empedernido y desnaturalizado!», exclamó el otro hermano, no sin afabilidad. «Prepárese para una información que, si usted tiene algún sentimiento humano en su pecho, le hará, incluso a usted, acobardarse y temblar. ¿Qué tal si le decimos que un pobre chico desafortunado, un niño en todo, pero que jamás conoció ninguna de esas ternuras o palabras cariñosas, ni ninguna de esas horas alegres que hacen de nuestra infancia una época que recordamos como un sueño feliz a lo largo de toda nuestra vida... un ser de afable corazón, inocuo, afectuoso, que jamás lo ofendió a usted ni lo agravió, pero sobre el cual usted desahogó la maldad y el odio que concibió hacia su sobrino, y al cual convirtió en instrumento para ejercer sobre él sus bajas pasiones...? ¿qué tal si le cuento que, víctima de su persecución, señor, y de la tristeza y el abuso que supone una vida corta en años pero larga en sufrimientos, ese pobre ser ha partido a contar su triste historia allí donde, por el papel que usted desempeñó en ella, un día sin duda tendrá que responder?».

«Si me dicen», dijo Ralph, ansiosamente, «si me dicen que murió, les perdono todo lo demás. Si me dicen que murió, estoy en deuda con ustedes y obligado ante ustedes por el resto de mi vida. ¡Está muerto! Lo veo en sus rostros. ¿Quién triunfa ahora? ¿Era esa su horrible noticia, su terrible información? Ya ven cuánto me conmueve. Hicieron bien en mandarme a

buscar. Habría viajado ciento cincuenta kilómetros a pie, a través del barro, el lodo y la oscuridad para oír esa noticia justo en este momento».

Incluso ahora, movido por aquel júbilo salvaje, Ralph podía ver en los rostros de los dos hermanos, mezclado con sus miradas de aversión y horror, algo de aquella indefinible compasión por él que antes notara.

«¿Y él fue quien trajo la información, eh?», dijo Ralph, señalando con el dedo hacia el punto ya mencionado. «Y permaneció allí sentado, sin duda, para verme abatido y aplastado por ella... ¡Ja, ja, ja! Pero óiganme bien, voy a seguir siendo una espina clavada en él por mucho tiempo, y vuélvannos a oír ustedes dos: todavía no lo conocen, y se arrepentirán del día en que se apiadaron de ese vagabundo».

«Me toma usted por su sobrino», dijo una voz sepulcral y abatida. «Sería mejor para usted y para mí también, si yo fuera él, ya lo creo».

La figura que había estado percibiendo confusamente se puso de pie y se acercó lentamente. Nickleby se sobresaltó al descubrir que el que tenía delante no era Nicholas, como suponía, sino Brooker.

Ralph no tenía ningún motivo, hasta donde sabía, para temer a ese hombre. Nunca antes lo había temido. Pero la palidez que al salir de su casa aquella noche cubriera su rostro ahora había vuelto. Se puso a temblar, y su voz sonaba diferente cuando dijo, sin quitarle los ojos de encima:

«¿Qué hace este tipo aquí? ¿Saben que es un convicto... un criminal... un simple ladrón?».

«Oiga lo que tiene que decirle... oh, Sr. Nickleby, oiga lo que tiene que decirle, sea él lo que fuere», exclamaron los hermanos, con tan enfática seriedad, que Ralph se volvió para mirarlos con asombro. Le señalaron a Brooker, y Ralph volvió a mirarlo, al parecer, de manera mecánica.

«Ese chico», dijo el hombre, «del que han estado hablando estos caballeros...».

«Ese chico», repitió Ralph, mirándolo distraídamente.

«Al que vi yacer, muerto y frío en su lecho, y que ahora está en su tumba...».

«Que ahora está en su tumba», le hizo eco Ralph, como quien hablara en sueños.

El hombre alzó la vista y enlazó las manos con solemnidad.

«¡... era su único hijo, lo juro por Dios en el Cielo!».

En medio de un silencio mortal, Ralph se sentó, apretándose las sienes con ambas manos. Se las quitó después de un minuto, y jamás antes se había visto a un hombre vivo que, no habiendo sido desfigurado por alguna herida,

exhibiera un rostro tan horrible como aquel. Miró fijamente a Brooker, que a estas alturas estaba de pie a una corta distancia de él, pero no dijo ni una palabra, ni hizo el gesto o el sonido más leves.

«Caballeros», dijo el hombre, «no pido disculpas para mí. Estoy mucho más allá de eso. Si al contarles cómo ocurrió esto les digo que fui cruelmente usado y quizás obligado a mudar mi naturaleza real, lo hago solo como una parte necesaria de mi historia, y no para escudarme. Soy un hombre culpable».

Se detuvo como para hacer memoria, y apartando la vista de Ralph y dirigiéndose a los hermanos, prosiguió en un tono contenido y humilde:

«Entre aquellos que alguna vez tuvieron tratos con este hombre, caballeros —de eso hará unos veinte a veinticinco años— hubo un caballero inculto, cazador de zorros, bebedor fuerte, que había agotado su propia fortuna y deseaba acabar con la de su hermana. Ambos eran huérfanos, y ella vivía con él y le administraba la casa. No sé si fue en un principio para reforzar su influencia y tratar de persuadir definitivamente a la hermana o no, pero el caso es que él», dijo señalando a Ralph, «solía ir a la casa en Leicestershire con bastante frecuencia, y permanecer allí muchos días seguidos. Tuvieron muchísimos negocios juntos, y pudo ser que viajara allí para tratar alguno de ellos, o para liquidar los asuntos de su cliente, que estaba arruinándose... lo que está claro es que iba en busca de ganancias. La dama no era una chica joven, pero he oído decir que era hermosa y tenía derechos a una propiedad bastante grande. Al cabo de un tiempo se casó con ella. El mismo amor por las ganancias que lo condujera a contraer ese matrimonio lo indujo a mantenerlo estrictamente en secreto, pues una cláusula en el testamento de su padre declaraba que, de casarse sin el consentimiento de su hermano, la propiedad, de la que solo obtendría alguna renta vitalicia mientras permaneciera soltera, pasaría a otra rama de la familia. El hermano no daría ningún consentimiento que su hermana no tuviese que comprar, y por el que tendría que pagar muy caro. El Sr. Nickleby no consentiría en semejante sacrificio, de modo que siguieron manteniendo en secreto su matrimonio, y esperando que él se partiera el pescuezo o muriera de una fiebre. No le ocurrió ni lo uno ni lo otro, y, mientras tanto, el resultado de ese matrimonio secreto fue un hijo. El niño fue enviado a una nodriza en un sitio alejado, su madre no lo vio más que una o dos veces, y a escondidas, y su padre —tal era su afán por el dinero que ahora parecía a su alcance pues su cuñado estaba muy enfermo, y se desgastaba más y más cada día— jamás se le acercó, para no levantar sospechas. El hermano siguió viviendo, y la esposa del Sr.

Nickleby constantemente urgía a su cónyuge a confesar su matrimonio, a lo que él se negó imperiosamente. Ella permaneció sola en una sombría casa de campo, sin recibir más visitas que las de algunos deportistas bulliciosos y borrachos. Él vivía en Londres y se aferraba a sus negocios. Tuvieron lugar coléricas peleas y recriminaciones, y cuando ya llevaban casi siete años de casados y estaban a pocas semanas del momento en que la muerte del hermano lo habría resuelto todo, ella lo abandonó para fugarse con un hombre más joven».

Aquí hizo una pausa, pero Ralph ni se movió, y los hermanos le indicaron con un gesto que prosiguiera.

«Fue entonces cuando, de sus propios labios, me enteré de estas circunstancias. En aquel momento no eran secretos, pues el hermano y otros los conocían, pero me fueron comunicados a mí no por esa razón, sino porque me necesitaba. El persiguió a los fugitivos... algunos decían que para convertir en dinero la vergüenza de su mujer, pero yo creo que fue para cobrarse una venganza violenta, pues eso estaba tan en línea con su carácter como lo otro... o tal vez más. No los encontré, y ella murió poco después. No sé si fue que él empezó a pensar que podría querer al hijo, o si deseaba garantizar que jamás cayera en manos de su madre, pero el caso fue que, antes de partir, él me confió el encargo de traerlo al hogar. Y así lo hice».

Prosiguió a partir de este punto en un tono aún más humilde, y habló en voz muy baja, señalando a Ralph al concluir.

«Él abusó de mí cruelmente, y eso se lo recordé, no hace mucho, cuando me encontré con él en la calle... y lo odié. Llevé al chico a su casa y lo alojé en el desván delantero. La falta de cuidados lo había vuelto muy enfermizo, y me vi obligado a llamar a un médico, que dijo que había que cambiarlo de ambiente o moriría. Creo que eso fue lo que por primera vez me hizo reaccionar. Él estuvo entonces fuera seis semanas, y al regresar le conté — con cada circunstancia bien planeada y probada de forma que nadie pudiera sospechar de mí— que el chico estaba muerto y enterrado. Pudo haberse sentido desilusionado respecto a alguna intención que hubiera concebido, o pudo haber sentido algún afecto natural, pero lo cierto es que se afligió, y yo reafirmé mi plan de revelar algún día el secreto como una vía para obtener dinero de él. Como la mayoría de la gente, yo había oído hablar de las escuelas de Yorkshire. Llevé el chico a una que dirigía un hombre llamado Squeers, y lo dejé allí. Le di por nombre Smike. Pagué veinte libras anuales por él durante seis años, sin dejar jamás que trascendiese el secreto, pues había abandonado el servicio de su padre después de más abusos, y de haber

vuelto a reñir con él. Me enviaron fuera de este país. Estuve lejos casi ocho años. En cuanto volví, viajé hasta Yorkshire, y acechando en la aldea una noche, indagué por los chicos de la escuela, y descubrí que aquel a quien yo había depositado allí había huido con un joven que tenía el mismo apellido que su padre. Busqué a su padre en Londres, e insinuándole que tenía algo que revelar, traté de obtener de él algún dinero para poder vivir, pero él me rechazó con amenazas. Entonces hallé a su secretario, y poco a poco, después de insinuarle que había buenos motivos para que conversáramos, me enteré de lo que estaba ocurriendo, y fui yo quien le dijo que el chico no era hijo del hombre que decía ser su padre. Durante todo este tiempo jamás vi al chico. Al cabo, por esa misma fuente supe que estaba muy enfermo, y dónde estaba. Viajé hasta allí para ver si podía inducirlo a recordarme, de ser posible, para que confirmase mi historia. Llegué inesperadamente a donde él estaba, pero antes de poder hablar, me reconoció —tenía un buen motivo para recordarme, pobre muchacho— y yo juraría que, aun si lo hubiera encontrado en las Indias, hubiera reconocido el rostro lastimero de aquel chicuelo. Después de varios días de indecisión me presenté al joven a cuyo cuidado estaba y descubrí que había muerto. Él sabe cómo enseguida que me vio me reconoció, cuántas veces me describió a mí y cómo lo dejó en la escuela, y cómo le habló de un desván que recordaba, que es aquel del que hablé, y que hasta el día de hoy está en casa de su padre. Ese es mi relato. Exijo que se me ponga frente a frente al maestro, y que se verifique cualesquiera de sus partes, y demostraré que es más que verídico, y que tengo sobre mi alma el peso de esa culpa».

«¡Hombre infeliz!», dijeron los hermanos. «¿Qué compensación puedes brindar a cambio de esto?».

«¡Ninguna, caballeros, ninguna! No tengo nada que ofrecer, ni ninguna esperanza. Soy viejo en edad, y aún más viejo en aflicción y preocupaciones. Esta confesión no puede traerme nada más que nuevos sufrimientos y castigo. Pero la hago, y me atenderé a ella, pase lo que pase. Me he convertido en el instrumento para que caiga el merecido castigo sobre la cabeza de un hombre que, en aras de sus viles objetivos, persiguió y dio caza a su propio hijo hasta la muerte. También caerá sobre mí —sé que así será— porque mi retribución llega demasiado tarde, y ¡ni en este mundo ni en el próximo hay esperanzas para mí!».

Apenas había terminado de hablar cuando la lámpara, que estaba sobre la mesa cerca de donde Ralph estaba sentado, y que era la única en la habitación, fue lanzada al suelo, y quedaron en una oscuridad absoluta. Hubo algún breve momento de confusión antes de obtener otra luz, pero el intervalo

fue mínimo. A pesar de ello, cuando volvió la luz, Ralph Nickleby se había esfumado.

Los buenos hermanos y Tim Linkinwater dedicaron algún tiempo a discutir la probabilidad de que regresara, y cuando se hizo evidente que no regresaría, vacilaron en cuanto a si mandarlo o no a buscar. Al cabo, recordando lo extraño y callado que había permanecido, y su inmovilidad durante la entrevista, y pensando que quizás estuviese enfermo, decidieron, aunque ya era muy tarde, enviar a alguien a su casa con algún pretexto, y al hallar una excusa en la presencia de Brooker, con el cual no sabían qué hacer sin consultar los deseos de él, decidieron actuar sobre la base de esa determinación antes de ir a acostarse.

CAPÍTULO 61

EN EL QUE NICHOLAS Y SU HERMANA PIERDEN EL DERECHO A LA BUENA OPINIÓN DE TODAS LAS PERSONAS DE MUNDO Y PRUDENTES

A la mañana siguiente al día en que Brooker hiciera su revelación, Nicholas volvió a casa. El encuentro entre él y aquellos a los que había dejado atrás no estuvo exento de fuertes emociones por ambas partes, pues mediante las cartas se habían informado de todo lo ocurrido. Además, compartían la misma pena, pues lloraban la muerte de alguien que al principio, totalmente desamparado e indefenso, los había movido a compasión, y que más tarde, con su sinceridad de corazón y su carácter agradecido y leal, se les había hecho cada vez más querido.

«Estoy segura», dijo la Sra. Nickleby, secándose los ojos y sollozando amargamente, «de que he perdido a la mejor persona, la más fiel y atenta que jamás me acompañara en la vida... sin contarlos, por supuesto, a ustedes, mi querido Nicholas, y a Kate, y al pobre papá de ustedes, y a aquella nodriza de muy buen comportamiento que huyó con las sábanas y los doce tenedorcitos. De todas las personas amistosas, afables, apegadas y fieles que hayan vivido, nadie lo fue tanto como él. Mirar ahora al jardín que tanto lo enorgullecía, y entrar en su habitación y verla llena de todas esas cositas que tanto gustaba hacer para nuestra comodidad, y que tan bien hacía, y que casi no había idea que dejara sin terminar... no puedo soportarlo, de verdad no puedo. ¡Ah! Esta es una gran prueba para mí, una gran prueba. Será una bendición para ti, mi querido Nicholas, hasta el fin de tus días, recordar lo bondadoso y lo bueno que siempre fuiste con él... igual que para mí, con lo bien que siempre nos llevamos y el cariño que siempre me tuvo, ¡pobre chico! Es natural que le hayas tomado tanto cariño, querido... mucho... y se comprende tu pena y lo mucho que te duele esto. Te juro que basta con mirarte para ver lo cambiado que estás. Pero nadie se imagina cuán profunda es mi pena, nadie podría imaginarlo, ¡es totalmente imposible!».

La Sra. Nickleby no era la única que, con la mayor sinceridad, se desahogaba de sus pesares de ese modo suyo tan peculiar. Kate, aunque muy

acostumbrada a olvidarse de sí cuando había que tener en cuenta a los demás, no podía reprimir su dolor. Madeline apenas estaba menos conmovida que ella. Y la pobre, campechana, honesta y pequeña Srta. La Creevy, que había venido en una de sus visitas mientras Nicholas estaba de viaje, y que, desde que la triste noticia llegara, no había hecho más que consolarlos y animarlos a todos, en cuanto lo vio entrar por la puerta, se sentó en la escalera y rompió a llorar, sin que durante mucho rato nada pudiera consolarla.

«Me duele tanto», exclamó la pobrecita, «verlo regresar solo. Y no puedo evitar pensar lo que habrá sufrido. Preferiría que él cediera un poco más a su dolor, ¡pero lo soporta de un modo tan varonil!».

«¡Pero es eso lo que debo hacer!», dijo Nicholas, «¿o no?».

«Si, sí», respondió la mujercita, «y ¡bendito sea por ser tan bueno!, pero para un alma sencilla como la mía —sé que está mal que lo diga, y me arrepentiré por hablar así— pero eso sería magra recompensa por todo lo que usted ha hecho».

«No», dijo Nicholas suavemente; «¿qué mejor recompensa podría tener que saber que sus últimos días fueron apacibles y felices, y el recuerdo de que constantemente pude estar a su lado, y hasta el final?».

«Seguramente», sollozó la Srta. La Creevy, «es muy cierto, y soy una tonta ingrata, impía y malvada, lo sé».

Tras decir esto, aquella buena alma rompió nuevamente a llorar, pero al mismo tiempo, esforzándose por recuperarse, trató de reír. De modo que, colocados tan abruptamente uno junto al otro y pugnando por predominar, la risa y el llanto quedaron empatados, y la Srta. La Creevy se puso histérica.

Mientras esperaba a que todos volvieran a recuperar cierta mínima tranquilidad y sosiego, Nicholas, muy necesitado de descanso tras su largo viaje, se retiró a su dormitorio, y dejándose caer, vestido como estaba, sobre el lecho, se durmió profundamente. Al despertar halló, sentada junto a su cama, a Kate, que al verle abrir los ojos se inclinó para besarlo.

«Vine a decirte lo contentas que estamos de volver a tenerte en casa».

«Y no sabes lo contento que yo estoy de verte, Kate».

«Hemos esperado tanto tu regreso», dijo Kate, «mamá y yo, y... y Madeline». «Dijiste en tu última carta que ella estaba muy bien», dijo Nicholas, algo apurado y sonrojándose al hablar. «¿No se ha hablado nada, desde que me fui, de algún arreglo futuro que los hermanos estén contemplando para ella?».

«Oh, ni una palabra», respondió Kate; «yo no puedo pensar en separarme de ella sin sentir pena, y con seguridad, Nicholas, ¡tú tampoco lo deseas!».

Nicholas volvió a sonrojarse, y sentándose junto a su hermana en un pequeño sofá cercano a la ventana, dijo:

«No, Kate, no lo deseo. Podría tratar de ocultar mis verdaderos sentimientos ante otras personas, pero no ante ti, Kate. Te diré, breve y simplemente, que la amo».

Los ojos de Kate se iluminaron, y estaba a punto de responder algo cuando Nicholas, poniéndole la mano sobre su brazo, prosiguió:

«Nadie debe saber esto más que tú. Y ella menos que nadie».

«¡Querido Nicholas!».

«Menos que nadie... nunca, aunque nunca es un tiempo demasiado largo. A veces trato de pensar que podría llegar el momento en que podría honestamente decírselo, pero está muy lejano, en una perspectiva tan distante, tantos años tienen que pasar para que llegue, y cuando llegue (si alguna vez ocurre), seré tan distinto a lo que hoy soy, y habré dejado tan atrás mis días de juventud —aunque no, seguro, los de amor por ella— que incluso yo siento lo ilusorias que son todas esas esperanzas, y trato de aplastarlas violentamente para acabar con el dolor, en vez de padecer que el tiempo las marchite y conservar toda la decepción. No Kate, desde que me ausenté, tuve constantemente ante mi vista, en la figura de aquel pobre amigo que se ha ido, otro ejemplo de la munífica liberalidad de estos nobles hermanos. En lo que de mí dependa, me haré merecedor de ella, y si antes vacilé en el deber al que estoy obligado para con ellos, ahora estoy decidido a cumplirlo al pie de la letra, y a poner fuera de mi alcance cualquier cosa que me desvíe o me dente».

«Antes de que digas una palabra más, querido Nicholas», dijo Kate, palideciendo, «debes oír lo que tengo que decirte. Vine a propósito para hablarte, pero no he tenido el valor. Lo que me dices ahora renueva mi ánimo». Titubeó y rompió a llorar.

Algo había en sus modales que preparó a Nicholas para lo que vendría. Kate trató de hablar, pero sus lágrimas se lo impidieron.

«Vamos, chica tonta», dijo Nicholas. «¡Caramba, Kate! Kate, ¡compórtate como una mujer! Creo que sé lo que quieres decirme. Tiene que ver con el Sr. Frank, ¿no es así?».

Kate apretó la cabeza contra el hombro de él, y sollozó un «sí».

«Tal vez te haya pedido tu mano en el tiempo que he estado fuera», dijo Nicholas. «¿Es eso? Sí. Vaya, vaya. Ya ves, después de todo no era tan difícil decírmelo. ¿Pidió tu mano?».

«Sí, y yo rehusé», dijo Kate.

«¿Y por qué?».

«Le dije», explicó con voz temblorosa, «todo lo que, desde entonces, descubrí que le habías dicho a mamá, y aunque no podía ocultarle, ni tampoco a ti, que... que fue un dolor profundo y una difícil prueba, lo hice con firmeza y le rogué que no volviera a verme más».

«¡Esa es mi valiente Kate!», dijo Nicholas, apretándola contra su pecho. «Sabía que lo harías».

«Él trató de cambiar mi resolución», dijo Kate, «y declaró que, fuera la que fuese mi decisión, no solo informaría a sus tíos del paso que había dado, sino que también te lo comunicaría a ti en cuanto regresaras. Me temo», añadió, mientras la abandonaba su momentánea serenidad, «me temo que tal vez no recalqué lo suficiente cuánto debía valorarse un amor tan desinteresado como el suyo, y cuán sinceramente rogaba por su futura felicidad. Si vosotros dos habláis, me gustaría... me gustaría que él lo supiera».

«¿Y acaso supusiste, Kate, habiendo hecho semejante sacrificio por lo que sabías que era correcto y honorable, que yo debía abstenerme de hacer el mío?», dijo Nicholas tiernamente.

«¡Oh, no!, no si tu posición hubiera sido la misma, pero...».

«Pero es la misma», la interrumpió Nicholas. «Madeline no es una pariente cercana de nuestros benefactores, pero está fuertemente ligada a ellos por vínculos igualmente preciosos, y fue a mí a quien confiaron su historia en un primer momento, especialmente porque me tenían una confianza ilimitada, y creyeron que yo era tan leal como el oro. Qué bajo sería por mi parte si aprovechara las circunstancias que la han traído aquí, o el leve servicio que felizmente fui capaz de prestarle a ella, y tratara de atraer sus afectos, cuando el resultado de ello sería, de tener éxito, una desilusión para los hermanos en su caro deseo de establecerla como si fuera su propia hija, ¡y que parezca que trato de construir mi fortuna aprovechando la compasión de ellos hacia esa joven criatura! ¡Que yo hubiera caído tan bajo y fuera tan inescrupuloso como para utilizar la gratitud y cordialidad de su corazón en mi favor y sacar ventaja de sus infortunios! ¡Yo, además, siendo mi deber y orgullo y placer, Kate, que otros tengan derechos sobre mí que no puedo olvidar, y que, disponiendo ya de los medios para vivir una vida cómoda y feliz, no tengo derecho a mirar más allá! Me decidí a librarme de ese peso que me oprime la mente. E incluso así, me pregunto si no habré obrado mal. Y hoy mismo hablaré llanamente y sin reservas con el Sr. Cheeryble y le revelaré mis

verdaderas razones, y le imploraré que tome medidas inmediatas para llevarse a esa joven al abrigo de algún otro techo».

«¿Hoy?, ¡tan pronto!».

«Pensé en esto durante semanas. ¿Por qué habría de posponerlo? Si la escena que acabo de vivir me ha enseñado a reflexionar y despertó en mí un sentido del deber más exigente y cuidadoso, ¿por qué habría de esperar hasta que se enfríe la impresión? Tú no intentarías disuadirme, Kate, ¿no es cierto?».

«Podrías hacerte rico, ¿sabes?»., dijo Kate.

«¡Que podría hacerme rico!», repitió Nicholas, con una sonrisa melancólica: «Sí, y podría hacerme viejo. Pero rico o pobre, o viejo o joven, ante nosotros siempre seremos los mismos, y ahí radica nuestro consuelo. ¿Y qué hay si tenemos un solo hogar? Para él y para mí, ese nunca sería un hogar solitario. ¿Y qué hay si permanecemos tan fieles a nuestros primeros sentimientos que jamás lleguemos a experimentar de nuevo algo igual? No es más que un eslabón adicional de la fuerte cadena que nos mantiene unidos. Parece que fue ayer cuando éramos compañeros de juegos, Kate, y parecerá apenas mañana, cuando seamos viejos y serios, y recordemos estas aflicciones del mismo modo que ahora recordamos los días infantiles, sonriendo con melancolía por lo que en un tiempo pudo conmovernos. Quizás entonces, cuando seamos pintorescos ancianos y hablemos de los tiempos en que nuestro paso era más ligero y nuestros cabellos no tenían canas, daremos gracias por las pruebas que tanto nos hicieron querernos mutuamente y lanzaron nuestras vidas a esa corriente por la que hemos ido bajando tan pacífica y tranquilamente. Y habiendo oído algo de nuestra historia, los jóvenes que nos rodeen entonces —tan jóvenes como lo somos ahora tú y yo, Kate— vendrán a buscar en nosotros comprensión y confiarán sus penas, por las que la esperanza y la inexperiencia apenas podrían dejar de sentir algo, a los oídos compasivos del viejo hermano solterón y su hermana señorita».

Kate sonrió entre lágrimas cuando Nicholas pintó aquel cuadro, pero no eran lágrimas de pesar, aunque seguía derramándolas cuando él ya había cesado de hablar.

«¿Acaso no tengo razón, Kate?»., dijo, tras un breve silencio.

«Mucha, mucha, querido hermano, y no puedo decirte lo contenta que estoy porque hayas actuado tú de la misma manera que para mí aconsejabas».

«¿No lo lamentas?».

«Nnno», dijo Kate tímidamente, trazando con su piececito algún diseño en el suelo. «No lamento haber hecho lo que era honorable y correcto, claro,

pero sí lamento que esto haya pasado... al menos, a veces lo lamento, y a veces no sé... no sé lo que digo. Pero soy una chica débil, Nicholas, y me ha desasosegado mucho».

No sería exagerado afirmar que si Nicholas hubiera tenido diez mil libras en aquel momento, en su generoso afecto por la dueña de aquella mejilla sonrojada y de aquella mirada vuelta hacia el piso, habría dispuesto hasta de su último céntimo, perfectamente olvidado de sí mismo, para garantizar su felicidad. Pero lo único que podía hacer era darle ánimos y consolarla con palabras bondadosas, que encerraban tanto amor y alegre aliento, que la pobre Kate enlazó sus brazos en torno al cuello de su hermano y declaró que no seguiría llorando.

«¿Qué hombre», pensó Nicholas con orgullo camino a casa de los hermanos poco después, «no iba a sentirse compensado de sacrificar su fortuna, a cambio de poseer un corazón como ese que, a no ser por el hecho de que los corazones pesan poco y el oro y la plata pesan mucho, está más allá de todo elogio? Frank tiene dinero y no desea más. ¿Dónde compraría con él un tesoro como Kate? Y sin embargo, en los matrimonios disparejos ¿siempre se supone que la parte rica hace un gran sacrificio, y la otra un buen negocio! Pero estoy pensando como un amante, o como un asno, que supongo que será algo bastante parecido».

No obstante, espantando pensamientos tan poco apropiados para el asunto con el cual se sentía comprometido, en medio de este y otros reproches no menos enérgicos, prosiguió su camino y se presentó ante Tim Linkinwater.

«¡Ah! Sr. Nickleby», exclamó Tim, «¡Dios lo bendiga! ¿Cómo está? ¿Y bien? Dígame que está espléndidamente, y que nunca se sintió mejor... hágalo».

«Nunca me sentí mejor», dijo Nicholas, estrechándole ambas manos.

«¡Ah!», dijo Tim, «sin embargo, parece usted cansado, ahora que lo miro bien. ¡Escuche!, ¿lo oyó? Es Dick, el mirlo. Ha estado muy cambiado desde que usted partió. Ya no puede vivir sin usted. Se da con usted tan bien como conmigo».

«Dick es un tipo bastante menos sagaz de lo que lo supuse si cree que yo merezco la mitad de la atención que usted», respondió Nicholas.

«¿Cómo? Escúcheme, señor», dijo Tim, de pie en su pose favorita y señalando a la jaula con el extremo superior de su pluma, «ese pájaro tiene algo muy extraordinario, y es que a las únicas personas a las que presta atención son al Sr. Charles, al Sr. Ned, a usted y a mí».

En este punto Tim se detuvo y miró con ansiedad a Nicholas. Entonces, cuando este lo miró, repitió, «y a usted y a mí, señor, a usted y a mí». Y luego volvió a mirar a Nicholas, y apretándole la mano le dijo, «no sirvo para posponer nada que me interese. No tenía intenciones de preguntarle, pero me gustaría escuchar algunos detalles de ese pobre chico. ¿Mencionó a los hermanos Cheeryble alguna vez?».

«Sí», dijo Nicholas, «muchas, muchísimas veces».

«Y muy correcto que lo hiciera», le devolvió Tim, secándose los ojos, «muy correcto que lo hiciera».

«Y mencionó el nombre suyo una veintena de veces», dijo Nicholas, «y a menudo me rogó que le diera cariños de su parte al Sr. Linkinwater».

«No, no ¡no me diga!», prosiguió Tim, sollozando abiertamente. «¡Pobrecito! Ojalá hubiéramos podido enterrarlo en la ciudad. No hay ningún otro cementerio en todo Londres como aquel al otro lado de la plazuela... hay oficinas alrededor, y si uno entra allí un día hermoso se pueden ver los libros y las cajas fuertes por las ventanas abiertas. Y me envió su cariño, ¿eh? No esperaba que hubiera pensado en mí. ¡Pobrecito, pobrecito! ¡Su cariño, además!».

Tim estaba tan completamente sobrecogido por esa pequeña muestra de que lo recordaban, que carecía de fuerzas para seguir conversando por el momento. Por lo tanto, Nicholas se deslizó fuera de la oficina tranquilamente y fue a la habitación del hermano Charles.

Si antes había conseguido mantenerse firme y fuerte, fue mediante un gran esfuerzo no exento de dolor. Pero la cordial bienvenida, los modales efusivos, la conmiseración campechana y sentida del buen anciano le llegó al corazón, y ninguna lucha interna pudo impedir que lo mostrara.

«Vamos, vamos, querido señor», dijo el benévolo comerciante; «nuestro ánimo no debe decaer, no, no. Tenemos que aprender a soportar el infortunio, y tenemos que recordar que hay muchas fuentes de consuelo, incluso en la muerte. Cada día que ese pobre muchacho viviera, estaría menos y menos preparado para vivir en este mundo, y se sentiría más infeliz por sus propias deficiencias. Es mejor así, querido señor. Sí, sí sí, es mejor así».

«He pensado en todo eso, señor», respondió Nicholas, carraspeando. «Lo he sentido, se lo aseguro».

«Sí, eso está bien», respondió el Sr. Cheeryble, que, en medio de todo lo que hacía para consolarlo, estaba tan afectado como el honesto anciano Tim; «eso está bien. ¿Dónde está mi hermano Ned? Tim Linkinwater, señor, ¿dónde está mi hermano Ned?».

«Salió con el Sr. Trimmers para resolver lo del envío de aquel hombre desafortunado al hospital y mandar una nodriza a sus hijos», dijo Tim.

«Mi hermano Ned es un buen hombre... ¡un gran hombre!», exclamó el hermano Charles cerrando la puerta para volver a Nicholas. «Estará más que contento de verlo, mi querido señor. Hemos estado hablando de usted todos los días».

«A decir verdad, señor, me alegro de hallarlo a usted solo», dijo Nicholas, con alguna vacilación natural, «pues estoy ansioso por decirle algo. ¿Puede usted concederme unos pocos minutos?».

«Claro, claro», repuso el hermano Charles, mirándolo con un semblante ansioso; «dígallo, mi querido señor, dígallo».

«Casi no sé cómo ni por dónde comenzar», dijo Nicholas. «Si alguna vez existió un mortal con razones para sentirse henchido de amor y reverencia hacia otro, movido por una devoción tal que trocaría cualquier servicio prestado a esa persona en un placer y un deleite, con el pecho tan rebosante de gratitud que solo celo y fidelidad máximos podrían brotar de su naturaleza, ¡tales serían los sentimientos que albergara yo por usted y tales son, desde lo más profundo de mi corazón y de mi alma, créame!».

«Sí le creo», respondió el anciano, «y me alegra creerlo. Jamás lo he dudado, y jamás lo dudaré. Estoy seguro de que jamás lo pondré en duda».

«Al decirme eso usted tan bondadosamente, me alienta a proseguir. Cuando por primera vez confió usted en mí para enviarme en una misión relacionada con la Srta. Bray, hubiera debido decirle que yo la había visto desde mucho antes, que su belleza me había impresionado de un modo que no podía olvidar y que me había esforzado infructuosamente por rastrearla y conocer su historia. No se lo dije porque erróneamente creí que podría vencer mis más débiles sentimientos, y subordinar cualquier consideración al deber que tenía con usted».

«Sr. Nickleby», dijo el hermano Charles, «usted no violó la confianza que deposité en usted, ni se aprovechó de manera indigna de ella. Estoy seguro de que no fue así».

«No lo hice», dijo Nicholas con firmeza. «Aunque descubrí que la necesidad de controlarme y frenar mis sentimientos se volvía cada día más imperiosa y la dificultad mayor, jamás ni por un instante dejé de hablar o de mirar como si usted hubiera estado allí. Ni por un instante traicioné su confianza, ni lo he hecho hasta este momento. Pero encuentro que la asociación y la compañía constantes con esa dulce chica es fatal para mi paz mental, y podrían resultar destructivas respecto a las resoluciones que adopté

al principio y que hasta este momento he mantenido fielmente. En resumen, señor, no puedo confiar en mí mismo, e imploro y suplico que se aleje a esa joven de los cuidados de mi madre y de mi hermana sin más demora. Sé que a cualquier otra persona que no sea usted —considerando la inconmensurable distancia que media entre mi persona y esta joven que ahora está bajo la tutela suya y es objeto de su especial cuidado— el hecho de que me atreva a amarla, aunque solo fuera con el pensamiento, podría parecer el colmo de la imprudencia y de la presunción. Yo sé que lo es. Pero ¿quién podría verla como yo la vi...? ¿quién podría saber lo que fue su vida, y no amarla? No tengo más excusa que esa, y puesto que no puedo huir de esa tentación, y no puedo reprimir esa pasión teniendo constantemente delante su objeto, ¿qué otra cosa puedo hacer, más que rogarle y suplicarle a usted que se la lleve, y que me deje olvidarla?».

«Sr. Nickleby», dijo el anciano, tras un breve silencio, «usted no puede hacer más. Me equivoqué al exponer a un joven como usted a esa prueba. Debí prever lo que pasaría. Gracias, señor, gracias. Madeline será trasladada».

«Si usted me concede un favor, querido señor, espero que pueda soportar que ella me recuerde con estima, y que, en consecuencia, nunca le revele a ella esta confesión...».

«Me ocuparé», dijo el Sr. Cheeryble. «¡A ver! ¿Es esto todo lo que tenía que decirme?».

«¡No!», respondió Nicholas, cruzando su vista con la de él, «hay más».

«Conozco el resto», dijo el Sr. Cheeryble, aparentemente muy aliviado por esa rápida respuesta. «¿Cuándo llegó a su conocimiento?».

«Cuando llegué a casa esta mañana».

«¿Usted sintió que era su deber venir a mí de inmediato, y decirme lo que su hermana sin duda le informó?».

«Así fue», dijo Nicholas, «aunque habría deseado conversar primero con el Sr. Frank».

«Frank estuvo conmigo anoche», respondió el anciano. «Hizo bien, Sr. Nickleby, muy bien, señor, y vuelvo a agradecersele».

En este punto Nicholas pidió permiso para añadir unas palabras. Se atrevió a expresar la esperanza de que nada de lo que había dicho condujera a la separación de Kate y Madeline, que habían desarrollado estrechos vínculos de afecto, pues él sabía que cualquier interrupción de estos les causaría gran dolor a ellas y, sobre todo, remordimientos y dolor a él por haber sido su causa infeliz. Cuando todas esas cosas estuvieran totalmente olvidadas, esperaba que Frank y él pudieran seguir siendo amigos afectuosos, y que

ninguna palabra ni ningún pensamiento de su humilde hogar, o de aquella que se contentaba con permanecer allí y compartir su tranquila fortuna, volverían jamás a perturbar la armonía entre ellos. Relató, lo mejor que pudo, lo que había ocurrido entre él y Kate aquella mañana, hablando de ella con tanto entusiasmado orgullo y tanto afecto, y relatando tan alegremente la confianza que tenían de poder sobreponerse a cualesquiera arrepentimientos egoístas y vivir contentos y felices en el amor mutuo, que pocos habrían podido oírlo sin sentirse conmovidos. Más conmovido él mismo de lo que había estado hasta entonces, expresó en unas pocas palabras apresuradas —quizás tan expresivas como las frases más elocuentes— su devoción por los hermanos, y la esperanza de poder vivir y morir a su servicio.

El hermano Charles escuchó todo esto en profundo silencio, y con la silla ladeada, de tal modo que casi no se le veía el rostro. Tampoco había hablado a su manera acostumbrada, sino con cierta rigidez y cierta turbación muy ajenas a su carácter. Nicholas temió haberlo ofendido. Él dijo «no... no... ha hedió usted muy bien», pero eso fue todo.

«Frank es un sujeto descuidado y tonto», añadió cuando Nicholas hizo una pausa; «un sujeto muy descuidado y tonto. Me aseguraré de que esto concluya sin demora. No hablemos más sobre el tema, es muy doloroso para mí. Venga a verme dentro de media hora, tengo cosas extrañas que decirle, mi querido señor, y su tío fijó esta tarde para que usted le presente sus respetos conmigo».

«¡Presentarle mis respetos! ¡Con usted, señor!», exclamó Nicholas.

«Sí, conmigo», respondió el anciano. «Regrese a verme en media hora, y le contaré más».

Nicholas acudió a verlo a la hora mencionada, y solo entonces supo todo lo que había tenido lugar el día anterior, y todo lo que ya hemos relatado en cuanto a la cita concertada por Ralph para aquella noche, para mejor comprensión de la cual habrá que volver atrás y seguir sus pasos desde que abandonara la casa de los hermanos gemelos.

Por lo tanto, dejamos a Nicholas algo más tranquilo por la restauración de la bondad en el trato hacia él, y sin embargo, con la sensación de que de todas formas algún cambio se había operado en él (aunque no supiera cuál), de modo que estaba lleno de desasosiego, incertidumbre e inquietud.

CAPÍTULO 62

RALPH FIJA UNA ÚLTIMA CITA... Y LA CUMPLE

Saliendo furtivamente de la casa como un ladrón, y tanteando con la mano al llegar a la calle cual si fuera un ciego; mirando a menudo por encima del hombro mientras se alejaba rápidamente, como si lo persiguiera, en su imaginación o en la realidad, alguien ansioso por interrogarlo o detenerlo, Ralph Nickleby dejó atrás el barrio financiero y tomó el camino en dirección a su hogar.

La noche estaba oscura, y soplaba un viento frío, que empujaba a las nubes furiosa y rápidamente hacia delante. Una masa negra y tenebrosa parecía seguirlo, una masa que no se precipitaba en la loca cacería con las demás, sino que se demoraba rehacía, deslizándose oscura y sigilosamente hacia delante. A menudo miraba hacia atrás para verla, y más de una vez se detuvo para permitirle que pasara delante de él, pero de algún modo, al reanudar su camino, todavía la tenía tras de sí, avanzando triste y lentamente como un sombrío tren funerario.

Tenía que pasar por un camposanto pobre, humilde... un lugar tenebroso levantado como a un metro por encima del nivel de la calle y separado de ella por un muro bajo y una baranda de hierro. Un sitio fétido, insalubre, podrido, en el que hasta el mismo césped y las malas yerbas parecían estar diciendo, con su desaliñado crecimiento, que surgían de los cadáveres de mendigos, y que sus raíces se hundían en las tumbas de hombres empapados, cuando estaban vivos, en patios cuajados de vapor y en madrigueras borrachas y hambrientas. Y aquí yacen en verdad, separados de los vivos por un poco de tierra y una o dos tablas, cuerpos amontonados, muy juntos, que se corrompen ahora como antes lo hicieran sus mentes, un gentío denso y asqueroso. Aquí yacen, lado a lado con la vida, no más profundos que la distancia que los separa de los pies de la multitud que por ahí pasa todos los días, y apilado a la altura de las gargantas de la turba. Aquí yacen, como una familia horripilante, ¡todos esos queridos hermanos y hermanas difuntos del rubicundo clérigo que tan rápidamente cumplió su tarea cuando estuvieron ocultos bajo tierra!

Al pasar por ahí, Ralph recordó haber sido parte, mucho tiempo atrás, de un jurado constituido a propósito de un hombre que se había degollado, y que fue enterrado en aquel lugar. No podría decir qué lo trajo a su memoria ahora, pues con mucha frecuencia pasaba por allí sin jamás pensar en él, ni cómo fue que aquella circunstancia despertó su interés. Pero el caso es que ambas cosas ocurrieron, y deteniéndose y agarrando con sus manos el enrejado de hierro, miró hacia adentro con ansias, preguntándose cuál podría ser la tumba de aquel hombre.

Mientras estaba concentrado en eso, se le acercaron, con ruido de gritos y cantos, varios hombres muy bebidos, seguidos por otros que los reprendían y los urgían a marcharse a casa y dejarlos en paz. Estaban de muy buen humor, y uno de ellos, un hombrecito apergaminado y encorvado, empezó a bailar. Era una figura grotesca, fantástica, y los pocos espectadores se echaron a reír. El propio Ralph se sintió inducido a la risa y le hizo eco a uno que estaba cerca de él y que se volvió para mirarlo a la cara. En cuanto pasaron de largo y él volvió a encontrarse a solas, continuó su especulación con un nuevo tipo de interés, pues recordaba que la última persona que viera al suicida con vida lo había dejado muy alegre, y pensó en lo extraño que aquello le había parecido a él y a otros miembros del jurado en aquel momento.

No podía determinar el sitio entre tal montón de tumbas, pero consiguió evocar la imagen fuerte y vivida del hombre mismo, y cuál era su aspecto, y qué lo había llevado a hacerlo, todo lo cual recordaba con facilidad. A fuerza de persistir en ese tema, cuando partió se llevó consigo la impresión de recordar que, siendo niño, se le había aparecido con frecuencia la figura de algún duende que alguna vez viera pintado con tiza sobre una puerta. Pero al irse acercando más y más al hogar volvió a olvidarlo, y empezó a pensar en lo aburrida y solitaria que estaría el interior de su casa.

Al cabo, esa sensación se hizo tan fuerte, que cuando llegó a la puerta casi no podía decidirse a darle vuelta a la llave para abrirla... Cuando lo hubo hecho, y después de entrar en el recibidor, sintió como si volverla a cerrar equivaliese a separarse del mundo. Pero la soltó, y la puerta se cerró con un fuerte estrépito. No había luz. ¡Qué triste, vieja e inmóvil estaba!

Temblando de la cabeza a los pies, se abrió camino escaleras arriba y entró en la habitación donde se encontraba cuando lo interrumpieron la última vez. Había hecho una especie de pacto consigo mismo de que no pensaría en lo ocurrido hasta llegar a casa. Ahora estaba en casa y por primera vez consintió en hacerlo.

Su propio hijo... ¡su propio hijo! Nunca dudó del relato. Sintió que era cierto, lo sabía tan bien ahora como si hubiera estado enterado secretamente todo el tiempo. ¡Su propio hijo! Y además, muerto. ¡Muerto junto a Nicholas... manifestándole su amor y contemplándolo como si fuera una especie de ángel! Aquello era lo peor.

Todos le habían vuelto la espalda y abandonado la primerísima vez que estuvo necesitado, y ni el dinero podría comprarlos ahora. Todo habría de salir a la luz, y todos habrían de saberlo todo. Había muerto también el joven lord, su otro compinche estaba fuera del país y de su alcance, diez mil libras se le habían escapado de un solo golpe, su complot con Gride fue frustrado justo en el instante del triunfo, sus intrigas posteriores descubiertas, él mismo en peligro, y el objeto de su persecución y del cariño de Nicholas devenido su propio y desdichado hijo. Todo se le había desmoronado y desplomado encima, y allí estaba él, derribado a golpes bajo las ruinas y arrastrándose entre el polvo.

Si hubiera sabido que su hijo vivía, si no hubiera habido jamás ningún engaño y hubiera crecido bajo su mirada, habría podido ser un padre descuidado, indiferente, tosco, duro, como tantos otros, eso lo sentía. Pero de pronto le venía la idea de que habría podido ser distinto, y que su hijo hubiera podido ser un consuelo para él y para ambos, y vivir juntos y felices. Ahora empezaba a pensar que la supuesta muerte del niño y la fuga de su esposa habían tenido algo que ver con el hombre hosco y duro en el que se había convertido. Parecía recordar un tiempo en el que no era tan brutal e inflexible y casi pensó que había empezado a odiar a Nicholas porque era joven y apuesto, y quizás él en un tiempo se había parecido al joven imberbe que había derramado sobre su cabeza el deshonor y la pérdida de su fortuna.

Pero un pensamiento tierno, o de natural lamentación en medio de aquel torbellino de pasión y remordimiento, era una gota de agua tranquila en un mar tormentoso y embravecido. Su odio por Nicholas se había alimentado de su propia derrota, se había nutrido con la interferencia del joven en sus intrigas, y había engordado con sus antiguos éxitos y desafíos. Había razones para que aumentara. Había ido creciendo y fortaleciéndose gradualmente. Ahora alcanzaba un nivel que lo convertía en mero delirio demencial. Que entre todas las manos hubieran sido las suyas las que rescataran a su infeliz hijo, que hubiera sido él su protector y fiel amigo, que le hubiera dado aquel cariño y aquella ternura que desde el mismo instante desafortunado de su nacimiento jamás conociera, que le hubiera enseñado a odiar a su propio padre y a abominar hasta de su apellido, que ahora Nicholas supiera y sintiera

todo esto y se supiera triunfador al recordarlo, era hiel y locura para el corazón del usurero. El cariño del chico fallecido por Nicholas y el apego que Nicholas le prodigaba eran una agonía insoportable. El cuadro de su lecho de muerte, con Nicholas a su lado atendiéndolo y apoyándolo, y el muchacho agradeciéndole con cada aliento y expirando en sus brazos, cuando él habría deseado que fueran enemigos mortales y se odiaran recíprocamente hasta el fin, lo ponía frenético. Rechinaba los dientes, lanzaba golpes al vacío, y mirando ferozmente en derredor, con ojos que relumbraban a través de la oscuridad, gritó muy fuerte:

«Estoy pisoteado y arruinado. Fue verdad lo que me dijo aquel desgraciado. ¡Llegó la noche! ¿Acaso no hay algún modo de robarles cualquier triunfo adicional, y de desdeñar su clemencia y su compasión? ¿Acaso no hay un demonio que me ayude?».

Rápidamente volvió a deslizársele en el cerebro la figura que había evocado aquella noche. Le parecía tenerla tendida delante. Ahora la cabeza estaba cubierta. Así estaba cuando la vio por primera vez. También los pies de mármol, rígidos, que apuntaban hacia arriba, según recordaba muy bien. Entonces se le aparecieron delante los parientes, pálidos y temblorosos, que habían prestado declaración durante el curso de la investigación... los gritos de las mujeres... el silencioso pavor de los hombres... la consternación y el desasosiego... la victoria lograda por aquel montón de barro que con un movimiento de su mano había dejado irse la vida y causado todo aquel revuelo entre ellos...

No volvió a hablar, pero después de una pausa inició la salida, lentamente, a tientas, de la habitación, y subió por la escalera llena de ecos... hasta lo más alto... al desván delantero... donde permaneció, después de cerrar la puerta tras de sí.

Ahora tan solo era un trastero, y sin embargo contenía una vieja cama desmantelada, aquella en la que durmiera su hijo, pues allí no volvió a dormir nadie más. Rápidamente la evitó, y se sentó tan alejado de ella como pudo.

El debilitado resplandor de las luces de la calle allá abajo, que brillaba a través de la ventana, sin persianas ni cortinas que le impidieran entrar, bastaba para mostrar el estado de la habitación, aunque no para revelar con suficiente nitidez los variados trastos viejos, antiguos baúles con amarres y muebles rotos esparcidos por todas partes. Tenía un techo en declive, alto de un lado, mientras que del otro descendía casi hasta el piso. Ralph dirigió su vista en dirección a la parte más elevada y allí la mantuvo fija varios minutos, tras los cuales se levantó y, arrastrando hasta allá un viejo baúl sobre el que había

permanecido sentado, se subió a él y tanteó con las dos manos la porción de la pared que sobresalía por encima de su cabeza. Al cabo, tocó un gran gancho de hierro firmemente clavado en una de las vigas.

En ese momento lo interrumpió un fuerte toque a la puerta de los bajos. Tras cierta vacilación, abrió la ventana y preguntó quién era.

«Deseo ver al Sr. Nickleby», respondió una voz.

«¿Qué quiere de él?».

«Esa no es la voz del Sr. Nickleby», fue la respuesta.

No se le parecía, pero era Ralph el que hablaba, y eso fue lo que dijo.

La voz respondió que los hermanos gemelos deseaban saber si el hombre que él viera aquella noche debía ser retenido, y que por eso, aunque ya era medianoche, lo habían mandado a preguntar para obrar correctamente.

«Sí», exclamó Ralph, «reténganlo hasta mañana, y entonces que lo traigan aquí... a él y a mi sobrino... y que vengan ellos también. Les aseguro que me encontrarán listo para recibirlos».

«¿A qué hora?», preguntó la voz.

«A cualquier hora», respondió Ralph con ferocidad. «Dícales que por la tarde. A cualquier hora... en cualquier minuto... todas las horas me darán igual».

Escuchó los pasos del hombre que se retiraba hasta que el sonido cesó, y entonces, contemplando el cielo, vio o creyó ver la misma nube negra que había parecido seguirlo hasta casa y que ahora daba la impresión de permanecer inmóvil directamente encima de ella.

«Ahora sé lo que significa», murmuró, «y las noches inquietas, los sueños, y por qué me he sentido amedrentado últimamente... todo apuntaba a esto. ¡Oh!, si los hombres, vendiendo sus almas, pudieran andar rampantes durante un plazo de tiempo, ¡qué breve sería el plazo que podría negociar por la mía esta noche!».

Una campanada profunda le llegó con el viento. Una.

«¡Sigue mintiendo!», exclamó el usurero, «¡con tu lengua de hierro! ¡Repica alegremente por los nacimientos que hacen retorcerse a las parturientas, y por los matrimonios fraguados en el infierno, y redobla con tristeza por los muertos cuyos zapatos ya se gastaron! Llama a rezar a los hombres que son piadosos porque aún no los han descubierto, y repica por la entrada de cada año que aproxima un poco más este mundo maldito a su final. Ni campanas ni libro para mí: ¡que me arrojen sobre una pila de estiércol y me dejen pudrirme allí para infectar el aire!».

Lanzando a su alrededor una feroz mirada en la que se mezclaban de un modo horrible el frenesí, el odio y la desesperación, sacudió el puño cerrado hacia lo alto, al cielo que tenía encima y que seguía estando oscuro y amenazador, y cerró la ventana.

La lluvia y el granizo tamborilearon contra el cristal, las chimeneas se estremecieron y se balancearon, la loca ventana traqueteó con el viento como si desde adentro una mano impaciente pugnara por abrirla a golpes. Pero no había allí ninguna mano, y esa ventana no volvió a abrirse.

* * *

«¿Cómo es eso?», exclamó uno de ellos, «¿los caballeros dicen que no logran que nadie responda, y que lo han estado intentando durante dos horas?».

«Y no obstante, anoche estaba en casa», dijo otro, «pues le habló a alguien desde aquella ventana de los altos».

Se trataba de un grupo de hombres, y al mencionarse la ventana se alejaron hasta la calzada para poder mirarla. Esto les permitió observar que la casa seguía estando completamente cerrada, tal como el ama de llaves decía haberla dejado la noche anterior, y los condujo a muchas conjeturas que concluyeron en que dos o tres de los más osados dieran la vuelta por el fondo y entraran por una ventana, mientras que los demás permanecían afuera en impaciente expectación.

Buscaron en todas las habitaciones de los bajos, abriendo de paso las contraventanas para dejar entrar la luz que se iba desvaneciendo. Y como seguían sin hallar a nadie, y todo estaba tranquilo y en su sitio, dudaron si debían proseguir más allá. Sin embargo, al señalar un hombre que aún no habían estado en el desván y que ahí fue donde, lo vieron por última vez, acordaron ir a mirar allí también, y subieron silenciosos, pues el misterio y la tranquilidad los intimidaban.

Tras permanecer un instante en el rellano mirándose unos a otros, el que había propuesto llevar tan lejos la búsqueda dio vuelta al picaporte, y abriendo la puerta de un empujón miró por el resquicio y de inmediato se echó atrás.

«Es muy extraño», murmuró, «¡está escondido detrás de la puerta! ¡Miren!».

Se adelantaron para mirar, pero uno de ellos empujó a los demás a los lados con una fuerte exclamación, se sacó del bolsillo una navaja, y tras

precipitarse en la habitación, cortó la soga para bajar el cadáver.

Había roto una soga de uno de los viejos baúles y se había ahorcado, colgándose de un gancho de hierro justo debajo de la escotilla del techo... en el mismo sitio hacia el cual su hijo, un ser pequeño, solitario y desolado, había dirigido la vista tantas veces, en su terror infantil, catorce años antes.

CAPÍTULO 63

LOS HERMANOS CHEERYBLE HACEN VARIAS DECLARACIONES PARA SÍ Y PARA OTROS, Y TIM LINKINWATER HACE UNA DECLARACIÓN PARA SÍ

Habían pasado varias semanas, y la conmoción inicial que produjeran aquellos acontecimientos había desaparecido. Frank había estado ausente, y Nicholas y Kate habían comenzado a intentar, con toda sinceridad, sofocar sus propios pesares y vivir el uno para el otro y para su madre que, pobre señora, no podía de ningún modo reconciliarse con esa aburrida situación. Así las cosas, una noche, el Sr. Linkinwater les llevó una invitación de los hermanos para cenar dos días después, y que incluía no solo a la Sra. Nickleby, Kate y Nicholas, sino también a la pequeña Srta. La Creevy, que era mencionada muy particularmente.

«¡A ver!, queridos míos», dijo la Sra. Nickleby, después de que honraran apropiadamente la invitación y Um se retirara, «¿qué significa esto?».

«¿A qué te refieres, madre?», preguntó Nicholas, sonriente.

«Escucha, querido», prosiguió la dama, con un rostro de misterio insondable, «¿qué significa esta invitación a cenar... cuál es su intención y objetivo?».

«Supongo que significa que tal día vamos a comer y a beber en casa de ellos, y que su intención y objetivo es conferirnos placer a nosotros», dijo Nicholas.

«¿Y eso es todo lo que concluyes, querido?».

«No he llegado aún a nada más profundo, madre».

«Entonces solo voy a decirte una cosa», dijo la Sra. Nickleby, «te vas a sorprender un poco, eso es todo. Podéis dar por seguro que esto significa algo más que una cena».

«¿Té y comida quizás?», sugirió Nicholas.

«Yo no diría tonterías, querido, si estuviera en tu lugar», respondió la Sra. Nickleby con aire altanero, «porque de ningún modo resulta simpático, y no va nada bien. Lo que quiero decir es que los señores Cheeryble no nos invitan

a cenar con toda esta ceremonia sin un motivo. No hagas caso, espera y verás. No crees nada de lo que yo digo, claro. Es mucho mejor esperar, muchísimo mejor. Es satisfactorio para todas las partes, y no podrá negarse. Lo único que digo es que recuerdes que te lo estoy diciendo ahora, y después, cuando yo diga que te lo dije, no me digas que no».

Tras dejar esto bien claro, la Sra. Nickleby, a la que inquietaba, día y noche, la visión de un mensajero acalorado que echaba abajo la puerta para anunciar que Nicholas había sido aceptado como socio, abandonó esa rama del tema, e ingresó en otra nueva.

«Es algo muy extraordinario», dijo, «algo sumamente extraordinario, que hayan invitado a la Srta. La Creevy. Me asombra mucho, te lo juro. Claro que es muy agradable que la inviten, muy agradable, y no tengo dudas de que se conducirá extremadamente bien, pues siempre lo hace. Es muy grato pensar que hayamos sido nosotros el medio para introducirla en semejante sociedad, y me alegra mucho, me regocija mucho, pues ella ciertamente es una personita con un carácter enormemente bueno y afable. Ojalá que algún amigo le mencionara lo mal que le confeccionaron el gorro, y lo ridículas que son esas reverencias, pero claro, eso es imposible. Y si ella quiere parecer un espantajo, sin duda tiene su perfecto derecho a parecerlo. Nunca tenemos una imagen adecuada de nosotros mismos... ni la tenemos ni la tuvimos... y supongo que nunca la tendremos».

Esa reflexión moral, que le recordó la necesidad de estar particularmente elegante para la ocasión, para servir de contrapeso a la Srta. La Creevy y lograr, en efecto, mejorar la apariencia de esta y salvar la situación, condujo a la Sra. Nickleby a consultar con su hija sobre ciertos guantes, cintas y adornos, lo que, por ser un asunto complicado, y de suprema importancia, pronto desplazó al primero y lo hizo poner pies en polvorosa.

Al llegar el gran día, la buena dama se puso en manos de Kate una hora o algo así después del desayuno, y vistiéndose en fáciles etapas, completó su arreglo con tiempo suficiente para permitirle a su hija realizar el suyo, que aunque muy sencillo y rápido, resultó tan satisfactorio que jamás se la había visto tan encantadora y hermosa. La Srta. La Creevy también llegó con dos sombrereras (cuyos fondos se salieron cuando las bajaban del coche) y algo dentro de un periódico, sobre lo cual se había sentado un caballero en el viaje y que hubo que volver a planchar antes de que estuviera listo para usarse. Al fin todos estuvieron vestidos, incluyendo a Nicholas, que había venido a casa a buscarlos, y se fueron en un coche que los hermanos les enviaron con ese fin. A la Sra. Nickleby la intrigaba mucho qué comerían, e interrogaba a

Nicholas sobre lo que había podido descubrir por la mañana, si había oído que cocinaran algo así como tortuga, y si no, qué fue lo que olió. Y diversificando la conversación con recuerdos sobre cenas a las que habían asistido veinte años atrás, relató con todo detalle no solo los platos ofrecidos sino también los invitados, cosa que no despertó mayor interés en los presentes, ya que ninguno había oído nunca antes mencionar sus nombres.

El anciano mayordomo los recibió con profundo respeto y muchas sonrisas y los condujo al salón, donde fueron acogidos por los hermanos de un modo tan cordial y bondadoso que la Sra. Nickleby se emocionó mucho, y casi le faltó presencia de ánimo para tratar a la Srta. La Creevy con aire protector. Kate se sintió más afectada aún con el recibimiento, pues sabiendo que los hermanos estaban al tanto de todo lo ocurrido entre ella y Frank, se sentía en una posición muy delicada e incómoda. Temblaba, aferrada al brazo de Nicholas, cuando el Sr. Charles tomó el de ella y la condujo a un rincón apartado de la habitación.

«¿Has visto a Madeline, querida, desde que se fue de tu casa?», le preguntó.

«¡No señor!», respondió Kate. «Ni una sola vez».

«¿Ni has sabido de ella, eh? ¿No has sabido nada de ella?».

«Solo recibí una carta», prosiguió Kate, suavemente. «No creí que fuera a olvidarme tan rápidamente».

«¡Ah!», dijo el anciano, dándole palmaditas en la cabeza y hablando tan cariñosamente como si ella hubiera sido su hija predilecta. «¡Pobrecita! ¿Qué crees de ello, hermano Ned? Madeline le escribió una sola vez... una sola vez, Ned, y ella no creyó que fuera a olvidar tan pronto, Ned».

«¡Oh!, es triste, triste... muy triste», dijo Ned.

Los hermanos intercambiaron una mirada, y observando a Kate durante un momento sin hablar, se estrecharon las manos y asintieron con un gesto de cabeza como si se estuvieran felicitándose por algo que los deleitara mucho.

«Bien, bien», dijo el hermano Charles, «ve a esa habitación, querida, a aquella puerta que está allí, y mira a ver si hay alguna carta de ella para ti. Creo que hay una sobre la mesa. No tienes que darte prisa en regresar, amor mío, si hay una carta, pues no vamos a cenar todavía, y hay tiempo de sobra... hay tiempo de sobra».

Kate se retiró tal como se le indicara, y el hermano Charles, tras seguir su grácil figura con la vista, se volvió hacia la Sra. Nickleby y dijo:

«Nos tomamos la libertad de fijar la visita una hora antes de la verdadera hora de la cena, señora, porque teníamos un asuntito del que queríamos

hablar, y que ocupará el intervalo. Ned, mi querido amigo, di lo que acordamos. Sr. Nickleby, señor, tenga la bondad de seguirme».

Sin más explicaciones, la Sra. Nickleby, la Srta. La Creevy y el hermano Ned se quedaron a solas, al tiempo que Nicholas seguía al hermano Charles a su habitación privada, donde, para su gran asombro, halló a Frank, al que suponía en el extranjero.

«Jóvenes», dijo el Sr. Cheeryble, «dense las manos».

«No necesito que me lo pidan para hacerlo», dijo Nicholas, extendiendo la suya.

«Ni yo», prosiguió Frank, tomándola cordialmente.

El anciano caballero pensó que no podía haber, de pie, uno junto al otro, dos jóvenes más apuestos o nobles que aquellos a los que contemplaba con tanto placer. Después de dejar, silencioso, que su vista descansara en ellos un momento, al tiempo que se sentaba en su escritorio, dijo:

«Deseo que ustedes sean amigos, amigos cercanos y firmes, y si no pensara así, vacilaría en decir lo que voy a decir. Frank, ¡escucha! Sr. Nickleby, ¿quiere ponerse del otro lado?».

Los jóvenes se acercaron, cada uno a un lado del hermano Charles, que sacó un papel de su escritorio y lo desdobló.

«Esto», dijo, «es una copia del testamento del abuelo materno de Madeline, que le deja la suma de doce mil libras, pagaderas ya sea cuando llegue a la mayoría de edad o cuando se case. Parece que este caballero, enojado con ella (su única pariente) porque desoyendo sus instancias, había rehusado ponerse bajo su protección y desligarse de su padre, según le propusiera repetidamente, redactó un testamento en el que dejaba esta propiedad, que era todo lo que poseía, a una institución benéfica. No obstante, parece que se arrepintió de esa decisión, pues tres semanas después, y en el mismo mes, redactó esto. Mediante algún fraude, fue sustraído inmediatamente después de su muerte, y el otro —el único testamento que se encontró— fue legalizado y ejecutado. Se han estado llevando a cabo negociaciones amistosas, que solo recién ahora culminan, desde que este instrumento llegó a nuestras manos, y como no hay dudas de su autenticidad, y se descubrió a los testigos (no sin cierto esfuerzo), el dinero ha sido rembolsado. Madeline, por lo tanto, obtuvo su derecho y es, o será, cuando cualquiera de las dos contingencias que he mencionado ocurran, dueña de esa fortuna. ¿Me encienden?».

Frank respondió afirmativamente. Nicholas, que no podía confiarse a hablar por temor a que se percibiera la vacilación de su voz, asintió

inclinando la cabeza.

«Ahora bien, Frank», dijo el anciano caballero, «usted fue el medio inmediato para recuperar esta escritura. La fortuna es pequeña, pero nosotros amamos a Madeline, y tal como están las cosas preferiríamos verte unido a ella que con cualquier otra chica que sepamos tenga el triple de ese monto de dinero. ¿Te convertirás en pretendiente a su mano?».

«No, señor. Yo me interesé en la recuperación de ese documento creyendo que su mano ya estaba comprometida con alguien que tiene mil veces más derechos a su gratitud, y si no me equivoco, a su corazón, que yo o que cualquier otro hombre. En este aspecto parece que me apresuré a juzgar».

«Como siempre haces, señor», exclamó el hermano Charles, olvidando totalmente el aire de dignidad que había adoptado, «como siempre haces. ¿Cómo puedes atreverte a pensar, Frank, que nosotros hayamos querido que te casaras por dinero, cuando podrías acceder a la juventud, la belleza y las más elevadas virtudes y excelencias por amor? ¿Cómo te atreviste, Frank, a ir a cortejar a la hermana del Sr. Nickleby sin decirnos primero a nosotros lo que pretendías hacer, y dejamos que habláramos por ti?».

«Apenas me atrevía a tener la esperanza de...».

«¡Apenas te atrevías a tener la esperanza! ¡Entonces tanta mayor razón para contar con nuestra asistencia! Sr. Nickleby, el señor Frank, aunque juzgó apresuradamente, juzgó, por una vez, correctamente. El corazón de Madeline está en efecto comprometido... deme su mano, señor. Está comprometido con usted, y de manera digna y natural. Esa fortuna está destinada a ser suya, pero en ella tiene usted una fortuna mayor, señor, de la que tendría en dinero aunque el monto fuera cuarenta veces más grande. Ella lo elige a usted, Sr. Nickleby. Elige tal como nosotros, sus más queridos amigos, habríamos querido que eligiera. Frank elige tal como nosotros habríamos querido que eligiera. Debe tener la mano de su hermana, señor, aunque ella lo rechace veinte veces... ¡sí, debe tenerla y la tendrá! Usted actuó con nobleza sin conocer nuestros sentimientos, pero ahora que los conoce, señor, debe hacer lo que se le pide. ¡Cómo! ¡Pero si ustedes son hijos de un caballero de bien! Hubo un tiempo, señor, en el que mi querido hermano Ned y yo éramos dos chicos pobres e ingenuos que errábamos casi descalzos en busca de nuestras fortunas. ¿Hemos cambiado en algo que no sean los años y las circunstancias mundanas desde entonces? ¡No, ni que Dios lo quiera! Oh, Ned, Ned, Ned, ¡qué día tan feliz es este para ti y para mí! ¡Si nuestra pobre madre hubiera podido vivir para vernos ahora, Ned, cuán orgulloso se hubiera sentido al fin su querido corazón!».

Llamado de ese modo, el hermano Ned, que había entrado con la Sra. Nickleby y que hasta ese momento había pasado inadvertido para los jóvenes, se abalanzó hacia delante y apretó fuertemente al hermano Charles en sus brazos.

«Tráiganme a mi pequeña Kate», dijo este último después de un breve silencio. «Tráela, Ned. Déjenme ver a Kate, déjenme besarla. Ahora tengo derecho a hacerlo. Estuve a punto de hacerlo cuando recién llegó. He estado muy a menudo a punto de hacerlo. ¡Ah! ¿Hallaste la carta, pajarito mío? ¿Hallaste a la propia Madeline esperándote y confiada en tu llegada? ¿Viste que no había olvidado a su amiga, su enfermera y su dulce acompañante? ¡Pero si esto es casi lo mejor de todo!».

«Vamos, vamos», dijo Ned, «Frank se pondrá celoso, y habrá una degollina antes de la cena».

«Entonces deja que se la lleve, Ned, deja que se la lleve. Madeline está en la habitación contigua. Que todos los enamorados dejen de estorbar y se pongan a conversar entre sí, si es que tienen algo que decirse. ¡Échalos, Ned, a todos ellos!».

El hermano Charles comenzó el despeje conduciendo él mismo a la sonrojada chica hasta la puerta, y despidiéndola con un beso. Frank no tardó mucho en seguirlos, y Nicholas había sido el primero en desaparecer. De modo que solo permanecían la Sra. Nickleby y la Srta. La Creevy —que, juntas, lloraban copiosamente—, los dos hermanos y Tim Linkinwater, que llegó en ese momento para estrechar las manos de todo el mundo, con su rubicundo rostro radiante e iluminado de sonrisas.

«Bien, Tim Linkinwater, señor», dijo el hermano Charles, que siempre era el vocero, «ahora la gente joven está feliz, señor».

«Pero no los mantuvo usted en suspenso tanto tiempo como dijo que haría», replicó Tim, con malicia. «Dijo que iba a retener al Sr. Nickleby y al Sr. Frank no sé ni cuánto tiempo en la habitación, y que les iba a decir no sé cuántas cosas antes de revelarles la verdad».

«¡A ver! ¿Has conocido jamás a un villano como este, Ned?», dijo el anciano. «¿Has conocido jamás a un villano como Tim Linkinwater? ¡Acusarme él de ser impaciente, siendo él mismo quien nos ha estado persiguiendo, mañana, tarde y noche, y torturándonos para que le diéramos permiso para ir a contarles lo que teníamos preparado antes de que nuestros planes estuvieran siquiera del todo maduros y sin que todavía lo hubiéramos arreglado todo...! ¡canalla traicionero!».

«Pues sí que lo es, hermano Charles», repuso Ned, «Tim es un canalla traicionero. En Tim no se puede confiar. Tim es un jovenzuelo insensato... carece de seriedad y de constancia. Tiene que pasar las mocedades, y entonces quizás se convierta en un miembro respetable de la sociedad».

Como esa era una de las bromas permanentes entre los dos ancianos y Tim, los tres se echaron a reír a carcajadas, y habrían podido reír mucho más de no haber sido porque los hermanos, viendo que la Sra. Nickleby estaba haciendo un esfuerzo por expresar sus sentimientos, y estaba realmente conmovida por la felicidad del momento, la tomaron entre los dos y se la llevaron fuera de la habitación con el pretexto de tener que consultarla sobre algunas disposiciones importantes.

Ahora bien, Tim y la Srta. La Creevy se habían encontrado muy a menudo, y siempre se habían sentido muy conversadores y cómodos cuando estaban juntos —siempre habían sido muy buenos amigos— y, por consiguiente, fue lo más natural del mundo que Tim, al descubrir que ella seguía sollozando, se esforzara por consolarla. Puesto que la Srta. La Creevy estaba sentada en un ancho y anticuado canapé junto a la ventana, en el que había suficiente espacio para dos, también fue natural que Tim se sentara a su lado. Y en cuanto a que Tim estuviera desacostumbradamente acicalado y cuidadoso en su atavío aquel día, bueno, pues teniendo en cuenta que era un tremendo acontecimiento y una ocasión muy especial, eso era lo más natural de todo.

Tim se sentó junto a la Srta. La Creevy, y cruzando una pierna sobre la otra de modo que su pie —tenía los pies muy lindos, y ocurrió que tenía puestos los zapatos y medias de seda negra más elegantes del mundo— quedó fácilmente en el campo visual de ella, y dijo en un tono consolador:

«¡No llore!».

«Tengo que llorar», contestó la Srta. La Creevy.

«No, no llore», dijo Tim, «por favor, no llore. Le ruego que no llore».

«¡Soy tan feliz!», sollozó la mujercita.

«Entonces ríase», dijo Tim, «ande, ríase».

Lo que Tim estaba haciendo con su brazo es imposible deducirlo, pero su codo chocó contra aquella parte de la ventana que estaba totalmente del otro lado de la Srta. La Creevy, y está claro que no tenía por qué estar allí.

«Ande, ríase», dijo Tim, «o yo también voy a llorar».

«¿Por qué tendría que llorar usted?», preguntó la Srta. La Creevy, sonriendo. «Porque yo también me siento feliz», dijo Tim. «Nos sentimos ambos felices, y me gustaría hacer lo que usted haga».

Con seguridad jamás debió de existir un hombre tan nervioso y agitado como Tim en aquel momento, pues volvió a golpear la ventana —casi en el mismo sitio— y la Srta. La Creevy dijo estar segura de que acabaría por romperla.

«Sabía», dijo Tim, «que a usted le agradecería esta escena».

«Fue muy considerado y amable por su parte acordarse de mí», repuso la Srta. La Creevy. «Nada habría podido complacerme tanto».

¿Por qué demonios tendrían la Srta. La Creevy y Tim Linkinwater que decir todo eso en un susurro? No era un secreto. ¿Y por qué tendría Tim Linkinwater que mirar tan fijamente a la Srta. La Creevy, y por qué la Srta. La Creevy tendría que mirar tan fijamente al suelo?

«Es agradable», dijo Tim, «para personas como nosotros, que hemos pasado toda nuestra vida solos en el mundo, ver juntarse a los jóvenes a los que tanto queremos, con tantos años de felicidad por delante».

«¡Ah!», exclamó la mujercita con todo su corazón. «¡Sí que lo es!».

«Aunque», prosiguió Tim, «aunque lo hace a uno sentirse bastante solitario y excluido... ¿no es cierto?».

La Srta. La Creevy dijo que no lo sabía. ¿Y por qué habría de decir ella que no lo sabía? Debía saber si era cierto o no.

«Casi basta como para hacer que nos casemos, después de todo, ¿no es verdad?»., dijo Tim.

«¡Oh, tonterías!», respondió la Srta. La Creevy, riendo, «somos demasiado viejos». «En absoluto», dijo Tim, «somos demasiado viejos para ser solteros... ¿por qué no habríamos de casarnos en vez de permanecer sentados las largas noches de invierno junto a nuestras solitarias estufes? ¿Por qué no habríamos de convertir nuestro fuego en un solo fuego, y casarnos?».

«¡Oh, Sr. Linkinwater, está usted bromeando!».

«No, no, no bromeo. Ya lo creo que no», dijo Tim. «Lo haré si usted accede. ¡Diga que sí, querida!».

«La gente se reiría tanto».

«Que se rían», exclamó Tim resueltamente, «sé que tenemos buen carácter, así que nos reiremos también. ¡Ea! ¡Lo que habremos reído a carcajadas usted y yo desde que nos conocemos!».

«Sí, así es», exclamó la Srta. La Creevy... cediendo un poco, según creyó Tim. «Han sido los tiempos más felices de toda mi vida... al menos fuera de la oficina de los hermanos Cheeryble», dijo Tim. «¡Diga que sí, querida! ¡A ver!, diga que sí». «No, no, no debemos ni pensarlo», repuso la Srta. La Creevy. «¿Qué dirían los hermanos?».

«¡Tome!, ¡Dios la bendiga!», exclamó Tim, de un modo inocente. «¡No supondrá usted que yo haya pensado en algo parecido sin que ellos lo sepan! ¡Pero si nos han dejado aquí a propósito!».

«¡Jamás podré volverlos a mirar a la cara!», exclamó la Srta. La Creevy, débilmente.

«Vamos», dijo Tim, «seamos una pareja fácil. Viviremos en esta vieja casa, donde he estado cuarenta y cuatro años. Iremos a la vieja iglesia, donde he estado cada mañana de domingo durante todo ese tiempo. Tendremos a todos mis viejos amigos cerca... Dick, la arcada, la bomba del agua, los tiestos de flores, y los hijos del Sr. Frank, y los hijos del Sr. Nickleby, a los que les pareceremos un abuelo y una abuela. Seamos una pareja fácil, y cuidémonos recíprocamente, y si llegáramos a estar sordos, o cojos, o ciegos, o nos cayéramos de la cama, ¡cuánto nos alegrará tener siempre al lado a alguien a quien queremos para que nos hable o se siente junto a nosotros! Seamos una pareja fácil. ¡A ver! ¡Di que sí, querida!».

Cinco minutos después de este discurso honesto y directo, la pequeña Srta. La Creevy y Tim estaban hablando tan cómodamente como si hubieran estado casados una veintena de años y durante todo ese tiempo jamás hubieran reñido. Y cinco minutos después de aquello, después de que la Srta. La Creevy saliera de prisa para ver si tenía rojos los ojos y arreglarse los cabellos, Tim avanzó con paso majestuoso hacia el salón, exclamando al andar: «No hay otra mujer como esta en todo Londres... de veras que no la hay».

A estas alturas, ya al mayordomo apoplético casi le había dado un ataque como consecuencia de la inaudita posposición de la cena. Cuando, después de haber estado ocupado de un modo que cada lector puede imaginarse por sí mismo o misma, Nicholas, obedeciendo a la enojada convocatoria de aquel, bajaba apresuradamente las escaleras, se tropezó con una nueva sorpresa.

En su descenso, en uno de los pasillos encontró a un desconocido elegantemente vestido de negro que también avanzaba en dirección al comedor. Como era un poco cojo y andaba lentamente, Nicholas se quedó detrás de él, y lo seguía paso a paso, preguntándose quién sería, cuando, de repente, este se volvió y lo agarró con ambas manos.

«¡Newman Noggs!», exclamó Nicholas con júbilo.

«¡Ah!, ¡Newman, su Newman, su viejo y fiel Newman! Mi querido chico, mi querido Nick, felicidades... ¡te deseo salud, alegría, todas las bendiciones! No puedo soportarlo, es demasiado, mi querido chico... ¡me vuelvo un niño!».

«¿Dónde has estado?», preguntó Nicholas. «¿Qué has estado haciendo? ¡Cuántas veces he preguntado por ti, y me respondían que pronto sabría de ti!».

«Ya lo sé, ya lo sé», repuso Newman, «ellos querían que toda la felicidad llegara junta. Los he estado ayudando. Yo... yo... mírame, Nick, ¡mírame!».

«Nunca me dejaste hacer eso», dijo Nicholas en un tono de suave reproche.

«Entonces no me importaba ser quien era. No habría tenido corazón para ponerme ropas de caballero. Me habrían recordado los viejos tiempos y me habrían hecho sentirme desgraciado. Ahora soy otro hombre, Nick. Mi querido chico, no puedo hablar... no me digas nada... no pienses mal de mí por estas lágrimas... no sabes lo que siento hoy, ¡no lo sabes, y jamás lo sabrás!».

Entraron al comedor tomados del brazo y se sentaron juntos.

Jamás, desde el principio del mundo, hubo una cena como aquella. Estaban el empleado de banco jubilado, amigo de Tim Linkinwater, y la rechoncha y anciana hermana de Tim linkinwater, y la hermana de Tim Linkinwater dispensó tanta atención a la Srta. La Creevy, y hubo tantos chistes del empleado de banco jubilado, y el propio Tim Linkinwater estaba de tan buen humor, y la Srta. La Creevy se encontraba en un estado tal de comicidad, que por sí solos ellos eran ya la fiesta más divertida que se pudiera concebir. Además estaban también la Sra. Nickleby, tan grandiosa y complaciente, y Madeline y Kate, tan sonrojadas y hermosas, y Nicholas y Frank, tan consagrados y orgullosos, los cuatro tan callados y temblando de felicidad... estaba Newman, tan controlado, y sin embargo tan rebotante de alegría, y estaban los hermanos gemelos, encantadísimos, e intercambiando tales miradas de complicidad que el anciano sirviente permanecía pasmado, tras la silla de su amo, sintiendo que los ojos se le iban apagando al dar la vuelta a la mesa.

Cuando la primera novedad de la reunión hubo pasado, y empezaron a sentir realmente lo felices que eran, la conversación se generalizó más y la armonía y el contento aumentaron, si es que es posible. Los hermanos se encontraban en un estado total de éxtasis, y su insistencia en saludar a las damas a todo alrededor de la mesa antes de permitirles que se retiraran dio oportunidad al empleado de banco jubilado a decir tantas cosas, y tan ocurrentes, que brilló como nunca, y fue admirado como un prodigio del humor.

«Kate, querida», dijo la Sra. Nickleby, llevando aparte a su hija en cuanto subieron las escaleras, «¿no me dirás que todo eso de la Srta. La Creevy y el Sr. Linkinwater en realidad va en serio?».

«Ya lo creo que sí, mamá».

«¡Cómo! ¡Nunca oí nada parecido en mi vida!», exclamó la Sra. Nickleby.

«El Sr. Linkinwater es una persona magnífica», razonó Kate, «y para su edad, se conserva bastante bien».

«¡A su edad, querida!», repuso la Sra. Nickleby. «Nadie dice nada en su contra, excepto que me parece que es el hombre más débil y más tonto que jamás haya conocido. Es la edad de ella a la que me refiero. Que él haya ido a ofrecérsele a una mujer que debe tener... ¡ay, es cierto, la mitad de años que yo, y que ella se haya atrevido a aceptarlo! No importa, Kate... ¡estoy disgustada con ella!».

Y sacudiendo la cabeza muy enfáticamente, la Sra. Nickleby se alejó. Y toda la noche, en medio de la alegría y del disfrute que siguió, y del que ella, con esa excepción, fue parte, se condujo de un modo augusto y distante respecto a la Srta. La Creevy, especialmente concebido para subrayar lo inadecuado de la conducta de la señorita, y hacer notar su desaprobación extrema y tajante ante la ofensa en que aquella había incurrido de manera tan flagrante.

CAPÍTULO 64

SE RECONOCE A UN ANTIGUO CONOCIDO EN TRISTES CIRCUNSTANCIAS Y EL COLEGIO MAYOR DE DOTHEBOYS SE DESBANDA PARA SIEMPRE

Nicholas era una de esas personas cuya alegría resulta incompleta si no la puede compartir con los amigos de días adversos y menos afortunados. Rodeado de toda la fascinación del amor y la esperanza, su cálido corazón añoraba al sencillo John Browdie. Recordaba el primer encuentro de ambos con una sonrisa, y el segundo con una lágrima. Volvió a ver al pobre Smike con su equipaje al hombro, andando con dificultad a su lado, y oyó las toscas palabras de aliento del honesto hombre de Yorkshire en el momento de abandonarlos en su camino hacia Londres.

Madeline y él se habían sentado muchas veces para escribir juntos una carta que informara ampliamente a John sobre su cambio de fortuna y le reafirmara su amistad y su gratitud. Sin embargo, ocurrió que la carta nunca pudo ser escrita. Aunque se dispusieran a ello con las mejores intenciones del mundo, sin darse cuenta acababan hablando de alguna otra cosa, y cuando Nicholas trataba de hacerla solo, le resultaba imposible escribir ni la mitad de lo que deseaba decir, o expresar algo que, al releerlo, no pareciera frío e insulso en comparación con lo que tenía en mente. Al cabo, después de prolongarse durante días esta situación, y haciéndose cada vez más y más reproches, resolvió (con tanta mayor disposición cuanto que Madeline lo urgió a hacerlo) realizar un rápido viaje a Yorkshire y presentarse ante el Sr. y la Sra. Browdie sin una sola palabra de aviso.

Así fue que, entre las ocho y las nueve de una noche, él y Kate se encontraban en la oficina de reservas de Cabeza de Sarraceno para comprar un billete hasta Greta Bridge en el coche de la mañana siguiente. Tenían que caminar en dirección al oeste para buscar algunas pequeñeces que él necesitaba para su viaje, y como la noche era agradable, acordaron caminar hasta allí y luego viajar en coche de regreso a casa.

El sitio donde acababan de estar les traía tantos recuerdos, y Kate tenía tantas anécdotas de Madeline, y Nicholas, tantas de Frank, y tan interesado estaba cada uno de ellos en lo que decía el otro, y tan felices y confiados se sentían, y tenían tanto de qué hablar, que solo después de una buena media hora de haberse sumergido en aquel laberinto de calles que se extienden entre Seven Dials y Soho sin desembocar en ninguna vía grande, Nicholas empezó a pensar en la posibilidad de que se hubieran extraviado.

Pronto la posibilidad se convirtió en certeza, pues al mirar alrededor, y caminar primero hacia un extremo de la calle y luego hacia el otro, no pudo hallar ningún punto de referencia reconocible, y se vio obligado a volver de nuevo atrás en busca de algún sitio donde poder preguntar una dirección.

No se veía a nadie en la callejuela ni en los pocos míseros comercios que pasaron. Dirigiéndose hacia un débil destello de luz que, proveniente de un sótano, cruzaba el pavimento, Nicholas estaba a punto de bajar uno o dos peldaños para hacerse visible a los que estaban abajo y formular su pregunta, cuando fue detenido por un ruido muy fuerte de reproches hechos por una voz de mujer.

«¡Oh, vámonos!», dijo Kate, «están riñendo. Podrías buscarte un problema».

«Espera un instante, Kate. Oigamos a ver si ocurre algo», repuso su hermano. «¡Chitón!».

«¡So bruto, indecente, holgazán, depravado, inútil!», exclamó la mujer, golpeando el piso con el pie, «¿por qué no le das vueltas al rodillo? ¡Te dije que exprimieras la ropa!».

«¡Ya voy, mi vida y mi alma!», respondió la voz de un hombre. «Me paso la vida dándole vueltas, le doy vueltas eternamente, como un *mardito* caballo viejo en una *mardito* molino. ¡Mi vida es una *mardita* horrible molienda!».

«Entonces, ¿por qué no vas y te alistas como soldado?», replicó la mujer. «Por mí lo puedes hacer».

«¡Como soldado!», exclamó el hombre. «¡Como soldado! ¿Acaso le gustaría a la alegría de mi alma verme vestido con un burdo abrigo rojo con colita? ¿Acaso le gustaría escuchar que los tamboreros lo abofetean y lo apalean *marditamente*? ¿Acaso le gustaría que tuviera que disparar fusiles de verdad, y que me cortaran los cabellos y me afeitaran las barbas, y me hicieran volver la vista hacia la derecha y hacia la izquierda, y me blanquearan los pantalones con albero?».

«Querido Nicholas», susurró Kate, «¿no sabes quién es ese? Estoy segura de que es el Sr. Mantalini».

«Asegúrate. Atísbalo mientras yo pregunto la dirección», dijo Nicholas. «Baja uno o dos peldaños... ¡ven!».

Halándola tras de sí, Nicholas bajó sigilosamente los peldaños y echó una ojeada dentro de un sótano pequeño construido con tablas. Allí, en medio de cestas de ropa y más ropas, solo en mangas de camisa, pero llevando aún un viejo par de pantalones remendados de extraordinaria confección, un chaleco otrora sobresaliente, y con el bigote y las barbas como antes, pero carentes de su tinte lustroso... allí, esforzándose por suavizar la ira de una rolliza fémina, propietaria de la empresa, y dando mientras tanto, como si en ello le fuera la vida, vueltas al rodillo, cuyo ruido rechinante, mezclado con los chillones tonos de ella, parecían casi ensordecerlo... allí estaba el grácil, elegante, seductor y otrora gallardo Mantalini.

«¡Oh, so falso traidor!», exclamó la dama, amenazando con ejercer personalmente la violencia contra el rostro del Sr. Mantalini.

«¡Falso! ¡Oh, *mardita* sea! ¡A ver!, mi alma, mi gentil, cautivadora, encantadora y muy avasallante polluelita mía, cálmate», dijo el Sr. Mantalini, con humildad.

«¡Nada de cálmate!», gritó la mujer. «¡Te voy a sacar los ojos!».

«¡Oh!, ¡Qué *mardito* cordero salvaje!», exclamó el Sr. Mantalini.

«Nunca se puede confiar en ti», gritó la mujer, «ayer estuviste fuera todo el día, metido en sitios que yo conozco muy bien... ¡sabes que sí! ¿No basta

con que tuviera yo que pagar dos libras y catorce chelines por ti, y sacarte de la prisión y dejarte vivir aquí como un caballero, para que, además, tengas que hacerme sufrir de esta manera?».

«Yo nunca la haré sufrir a ella, me portaré bien, y nunca más volveré a hacerlo. Nunca más volveré a portarme mal. Ruego el perdoncito de ella», dijo el Sr. Mantalini, soltando el mango del rodillo y juntando las palmas de sus manos. «El apuesto amigo de ella está liquidado, *marditamente* arruinado. ¿No va ella a apiadarse? En vez de arañar y lanzar zarpazos, ¿no lo acariciará y lo consolará? Oh, *mardición*».

Muy poco conmovida, a juzgar por sus acciones, frente a ese tierno llamamiento, la dama estaba a punto de devolver alguna airada respuesta cuando Nicholas, alzando la voz, preguntó por el camino en dirección a Piccadilly.

El Sr. Mantalini se volvió, pudo ver a Kate, y sin decir una palabra más, de un salto se lanzó a una cama que había detrás de la puerta, y se tapó el rostro con la colcha mientras pateaba de modo convulsivo.

«*Mardita* sea», exclamó, con una voz ahogada, «¡es la pequeña Nickleby! Cierra la puerta, apaga la vela, escóndeme en la cama. Oh, ¡*mardición*, *mardición*, *mardición*!».

La mujer miró primero a Nicholas y luego al Sr. Mantalini, como si estuviera indecisa sobre a quién atribuir este comportamiento extraordinario, pero como, desafortunadamente, el Sr. Mantalini sacó la nariz de debajo de la ropa de cama en su ansiedad por comprobar si los visitantes se habían ido, ella le lanzó de repente, y con una destreza que solo pudo haber adquirido mediante una larga práctica, una cesta de ropas bastante pesada, con tan buena puntería que lo puso a patear más violentamente que antes, aunque sin atreverse a hacer ningún esfuerzo por mostrar la cabeza, que permaneció totalmente oculta. Pensando que la oportunidad era favorable para partir antes de que alguna porción del torrente de la ira de la señora se descargara contra él, Nicholas se marchó apresuradamente con Kate, dejando al desdichado sujeto de este inesperado encuentro en el trance de explicar su conducta lo mejor que pudiera.

A la mañana siguiente emprendió su viaje. Hacía frío, y el tiempo invernal forzosamente le traía a la mente las circunstancias bajo las cuales por primera vez recorriera aquella carretera y cuántas vicisitudes y cambios había experimentado su vida desde entonces. Estuvo solo la mayor parte del viaje, y a veces, cuando caía en una modorra y volvía a desperezarse, miraba por la ventanilla y reconocía algún sitio que recordaba bien por haber pasado por allí

ya fuera en su viaje de ida o en la larga caminata de regreso con el pobre Smike. Apenas podía creer que todo lo ocurrido desde entonces no fuera un sueño, y se imaginaba estar aún caminando, despacio y cansados, pero perseverantes, en dirección a Londres, con el mundo por delante.

Para volver más vívidos esos recuerdos, ocurrió que nevó al llegar la noche, y, al pasar por Stamford y Grantham y por la pequeña cervecera en la que escuchara la historia del valeroso Barón de Grogzwig, todo parecía haber ocurrido apenas ayer, y que ni siquiera un copo de la blanca capa que cubría los techos se hubiera derretido. Las ideas que se le agolpaban casi le hacían convencerse de que otra vez iba sentado en la parte exterior del coche, con Squeers y los chicos, que oía sus voces en el aire, y que volvía a sentir, pero ahora con una sensación en la que se mezclaban el dolor y el placer, aquel sentimiento de pérdida y aquella añoranza del hogar. Mientras cedía a esas fantasías se quedó dormido, y soñando con Madeline, las olvidó.

La noche de su llegada durmió en la posada de Greta Bridge y, al levantarse muy temprano a la mañana siguiente, caminó hasta el pueblo del mercado y preguntó por la casa de John Browdie. Ahora John vivía en las afueras y era un hombre de familia, y como todos lo conocían, Nicholas no tuvo dificultad en hallar a un chico que se ofreció a guiarlo hasta su residencia.

Después de despedir a su guía en la verja, y sin detenerse siquiera, en su impaciencia, a admirar el aspecto próspero de la quinta ni el del jardín tampoco, Nicholas llegó hasta la puerta de la cocina y tocó jovialmente con su bastón.

«¡Hola!», exclamó una voz adentro, «¿qué *e* lo que pasa *ajora*? ¿Hay un fuego? ¡Vaya, *etá* bueno ya de ruido, eh!».

Con esas palabras, John Browdie abrió él mismo la puerta, y acto seguido los ojos, grandes como platos, tras lo cual exclamó, después de dar una palmada y de estallar en un campechano rugido:

«¡Por *Dio*, si *e er* padrino, *e er* padrino! Tilly, aquí está *er* Sr. Nickleby. Dame tu mano, *jombre*, Ven acá, ven acá. Entra, siéntate junto *ar* fuego, tómate un trago de aquello. Y ni una palabra *hata* que no *esté* tan borracho que no *pueas* levantar *er* vaso, *jombre*. ¡Vaya! Pero qué contento *etoy* de verte».

Pasando del dicho al hecho, John arrastró a Nicholas hasta la cocina, lo obligó a sentarse sobre un gran banco junto a un fuego ardiente, vertió aproximadamente medio litro de licor de una enorme botella, le puso el vaso a Nicholas en la mano, abrió la boca y echó hacia atrás la cabeza indicándole

que se lo tragara de inmediato, y allí permaneció, como un alegre gigante, con una ancha y bonachona sonrisa de bienvenida desparramada en su enorme y colorado rostro.

«Debí de haber *ardivinao*», dijo John, «que *nirguna* otra *pesona* podía llegar tocando con ese *etilo* a la puerta, *ma* que tú. *Ansí tócate* a la puerta *der maetro*, ¿eh? ¡Ja, ja, ja! Pero oye... ¿cómo fue lo *der maetro*?».

«Entonces, ¿lo sabes?», dijo Nicholas.

«*Etaban jablando deso* anoche en er pueblo», respondió John, «pero a lo que parecía, *naiden* lo entendía muy bien».

«Después de varios traslados y demoras», dijo Nicholas, «fue sentenciado a deportación en una colonia penal por siete años, por posesión ilegal de un testamento robado. Y después de eso, tiene que sufrir las consecuencias de haber participado en una conspiración».

«¡Vaya!», exclamó John, «¡una *corpiración!* *Argo der tipo der Compló e la Pórvora*... ¿eh? ¿*Argo* por el *etilo* de Guy Faux?».

«No, no no, una conspiración relacionada con su escuela, ahora te explico».

«¡*Etá bien!*», dijo John, «*erplícalo dipué der densayuno, ajora no, poque está jambriento*, y yo también. Y Tilly no debe *prederse esa erplicacione*, *poque* dice que esa *e* la confianza mutua. ¡Ja, ja, ja! ¡Por *Dio*, *e* un buen comienzo, eso de la confianza mutua!».

La entrada de la Sra. Browdie con una elegante cofia y muchísimas excusas por haber sido sorprendidos en el momento en que estaban desayunando en la cocina, interrumpió la discusión del grave tema abordado por John y apresuró el desayuno, que compuesto por enormes montones de tostadas, huevos frescos, jamón hervido, pastel de Yorkshire y otros fiambres sustanciosos (de los que constantemente aparecían relevos provenientes de otra cocina que se encontraba bajo la dirección de una sirvienta muy rolliza) se adaptaba admirablemente a la mañana fría y triste, y al que todas las partes hicieron la máxima justicia. Finalmente concluyeron, y ya vivo el fuego que había sido encendido en el mejor salón, se trasladaron allí para escuchar lo que Nicholas tenía que contar.

Nicholas lo contó todo, y nunca una historia despertó tantas emociones en los pechos de dos ansiosos oyentes. Ora el honesto John gemía compasivo, ora rugía con júbilo. Ora juraba que iría a Londres especialmente para conocer a los hermanos Cheeryble, ora juraba que a Tim Linkinwater le sería enviado en un coche, y libre de pago, una jamón como ningún cuchillo de mortal jamás cortó. Mientras Nicholas describía a Madeline, John permanecía

con la boca muy abierta, dándole codazos de vez en cuando a la Sra. Browdie, y exclamando en voz baja que debía ser «*toa* una buena moza bien *plantá*», y cuando al fin oyó que su amigo había venido hasta acá con el propósito de comunicarle su dicha, y de reiterarle todas aquellas expresiones de amistad que no había podido plasmar con el debido calor en la escritura —que el único objetivo de su viaje era compartir con ellos su felicidad, y decirles que, cuando se casara, tendrían que ir a visitarlos, y que Madeline insistía tanto como él— John no pudo contenerse más, y tras mirar indignado a su esposa y preguntarle por qué estaba lloriqueando, se pasó la manga del abrigo por los ojos y rompió él mismo a gimotear abiertamente.

«*Ecucha* lo que te *voa* decir», dijo John con seriedad, después de que mucho hubiera sido dicho de una y otra parte, «*pa vorver ar maetro*. Si ese *notición der* llegó *joy* a la *ecuela*, a la anciana no le va a quedar ni un *jueso* sano en *toer* cuerpo, ni a Fanny tampoco».

«¡Oh, John!», exclamó la Sra. Browdie.

«¡Ah!, y dale con lo de “Oh John”», respondió el hombre de Yorkshire. «Ni sé lo que *pondrían* hacer *eso chico*. Cuando por primera *ve* se supo que el *maetro* tenía *promblema*, *arguno padre y madre* mandaron a *bucar* a su *jovencito* y *se lo* llevaron. ¡Si *lo* que quedan *se erteran* de lo que ha sido *der*, *jabrá argo* así como una *resvolución* y una *resvuerta*...! ¡Vaya! ¡Ya lo creo que se van a *arzar*, y la sangre correrá como *er* agua!».

De hecho, las aprensiones de Browdie eran tan fuertes, que decidió ir a caballo hasta la escuela sin más demora, e invitó a Nicholas a acompañarlo, lo cual, sin embargo, este declinó, arguyendo que su presencia podría quizás agravar la amargura de los dolientes.

«¡*E* cierto!», dijo John, «Debí pensar en eso».

«Debo regresar mañana», dijo Nicholas, «pero me propongo cenar con ustedes hoy, y si la Sra. Browdie me puede prestar una cama...».

«¡Una cama!», exclamó John, «*Orjalá* que se pudiera dormir en cuatro *cama* a la *ve*. Por *Dio*, *la* va a tener *toas*. *Epera* a que yo *arregrese*, solo *epera* a que yo *arregrese*, ¡y *várgame Dio* que *vamo* a pasar un día *ertupendo*!».

Y dándole a su esposa un efusivo beso y a Nicholas un apretón de manos no menos efusivo, John montó en su caballo y partió, dejando a la Sra. Browdie dedicada a los preparativos de hospitalidad, y a su joven amigo paseando por los alrededores y volviendo a visitar lugares que le resultaban familiares por muchas tristes asociaciones.

John se alejó a medio galope, y al llegar al Colegio Mayor de Dotheboys, amarró el caballo a la verja y avanzó hasta la puerta del aula, que halló atrancada por dentro. De adentro provenían un tremendo ruido y un tumulto, de cuyas causas —al acercar un ojo a una oportuna rajadura en la pared— pronto quedó apercebido.

Que la noticia de la ruina del Sr. Squeers había llegado a Dotheboys estaba muy claro. Según todos los indicios, los jovencitos se habían enterado recién, pues la rebelión acababa de estallar.

Era una de esas mañanas de azufre y melaza, y la Sra. Squeers había entrado a la escuela, según la costumbre, con el gran tazón y la cuchara, seguida por la Srta. Squeers y el amable Wackford, que durante la ausencia de su padre había asumido algunas tareas menores del ejecutivo tales como patear a los alumnos con sus botas claveteadas, tirarles de los cabellos a algunos de los chicos más pequeños, pellizcar a los demás en lugares dolorosos, y convertirse, de variadas maneras similares, en un consuelo y una felicidad grandes para su madre. Su entrada, ya fuese por premeditación o por un impulso simultáneo, fue la señal de revuelta. Al tiempo que un destacamento corría hacia la puerta y la atrancaba, otro se subía sobre los pupitres y los formularios, el chico más robusto (y por ende el más nuevo) se apoderó del bastón y, enfrentándose a la Sra. Squeers con un semblante severo, le quitó su gorra y su cofia de castor, se las puso en su cabeza, se armó con la cuchara de madera y la instó, so pena de muerte, a arrodillarse y a tomar de inmediato una dosis. Antes de que la estimable dama pudiera recuperarse u oponer la menor resistencia, una multitud de vociferantes torturadores la obligó a arrodillarse y tragar una cucharada de la odiosa mezcla, más sabrosa que de costumbre por la inmersión en el tazón de la cabeza del joven Wackford, cuyo chapuzón fue encargado a otro rebelde. El éxito de esta primera acometida espoleó a la enardecida multitud —cuyos rostros se agolpaban mostrando todas las variedades de una fealdad enflaquecida y famélica— a proseguir las atrocidades. El líder insistía en que la Sra. Squeers repitiera su dosis, el joven Squeers estaba siendo sometido a otro baño en la melaza, y se había iniciado un violento asalto contra la Srta. Squeers, cuando John Browdie, abriendo de golpe la puerta con un vigoroso puntapié, corrió a su rescate. Las voces, los gritos, gemidos, abucheos y aplausos de repente cesaron y se hizo un silencio mortal.

«Pórtense *bonito, chico*», dijo John, mirando sostenidamente en derredor. «¿Qué *e* lo que pasa aquí, *cachorro?*».

«¡Squeers está en prisión, y vamos a huir!», exclamó una veintena de voces chillonas. «¡No nos detendremos, no nos detendremos!».

«Bien, *antonce*, no se *dertengan*», respondió John, «¿quién quiere que se *dertengan? Juyan como jacen lo jombre, pero sin dañar a la mujere*».

«¡Viva!», exclamaron las voces chillonas chillando aún más.

«¡Viva!», repitió John. «Bien, también den *viva como jacen lo jombre. Ercuchen eto: “¡Que viva, que viva, que viva!”*».

«¡Viva!», exclamaron las voces.

«¡Viva otra ve!», dijo John. «¡*Ma arto entoavía!*». Los chicos obedecieron.

«¡Otra ve!», dijo John. «No tengan miedo. ¡*Vamo* a dar uno bien bueno!». «¡Viva!».

«*Ajora bien*», dijo John, «*vamo* a dar uno *ma pa* terminar, y *antonce largamo* en cuanto quieran. *Vamo, repiren bien aprofundo...* Squeers *etá* en la *cárcer...* la *ecuela* se *debandó...* se acabó... *pa* siempre... piensen en eso, y que sea uno bien fuerte. ¡Viva!». El grito de entusiasmo que retumbó fue tal que en las paredes del Colegio Mayor de Dotheboys jamás había resonado nada parecido, ni jamás volverían a escuchar otro como aquel. Una vez acallado el sonido, la escuela quedó vacía. De la bulliciosa multitud que la poblara apenas cinco minutos antes no quedaba uno solo.

«¡Muy bien, Sr. Browdie!», dijo la Srta. Squeers, furiosa y con el rostro encarnado por el lance reciente, pero arpía hasta el final, «usted vino a incitar a nuestros chicos a huir. ¡Ya verá usted si no le vamos a hacer pagar por esto, señor! Aunque mi papá haya sufrido esta desgracia y sus enemigos lo hayan pisoteado, no vamos a ser vilmente vencidos y conquistados por usted y por Tilda».

«¡De eso *na!*», respondió John terminantemente, «no lo serán. Te lo juro. Piensa un poco mejor de *nojotro*, Fanny. Les digo a *amba* que me alegro de que *ar* viejo *ar* fin lo *carturaran* —me alegro *munchísimo*— pero ya *abatante sufrimiento* tendrán *utede* sin *necesidá* de que yo me anote un triunfo, ni seré yo el *jombre* que *se jarte* de eso, ni Tilly la mujer que lo *jaga*, de eso *pues* vivir *convencía*. Aún *ma*, te diré que si *nercesita amigo pa* irte de *ete* sitio —no, Fanny, no *arces* la *narí*, no— *pues* contar con Tilly y conmigo como en *lo* viejo tiempo, y nos *encontrará litos pa* darte una mano. Y no te *irmagine* que digo *eto poque* esté *avergonzao* de lo que he *jecho*, ¡no!, pues *vuervo* a decir ¡viva!, y *mardito* sea el *maetro...* ¡ahí *tiene!*».

Una vez concluidas sus palabras de despedida, John Browdie salió con paso firme, volvió a montarse en su rocín, lo lanzó de nuevo a medio galope y, complacido y jubiloso, cantando fragmentos de una vieja canción a la que los cascos de su caballo ponían alegre acompañamiento, se apresuró a regresar junto a su linda esposa y Nicholas.

En los días posteriores los campos vecinos estuvieron infestados de chicos que, según se decía, habían sido provistos secretamente por el Sr. y la Sra. Browdie no solo con un abundante suministro de pan y carne, sino además con abundantes chelines y monedas de seis peniques para ayudarlos en su

camino. A ese rumor John siempre respondía con un firme desmentido que, por ir, no obstante, acompañado de una sonrisa bonachona e intrigante, aumentaba las dudas de los que ya las tenían y confirmaba plenamente en su opinión a todos los que previamente lo creían.

Hubo algunos pocos y tímidos chicos que, por más desgraciados que se hubieran sentido allí, y por muchas que hubieran sido las lágrimas que habían vertido en la despreciable escuela, de todos modos no conocían ningún otro hogar, y habían desarrollado una especie de apego a ella que los hizo romper en sollozos cuando los de espíritu más osado huyeron y aferrarse a ella como un refugio. De estos, algunos fueron hallados llorando bajo los setos vivos y en parecidos lugares, asustados por la soledad. Uno tenía un pájaro muerto en una jaulita. Había andado casi treinta kilómetros y, al morir su pobre mascota, el ánimo lo abandonó y se echó a morir a su lado. Otro fue descubierto en un patio muy próximo a la escuela, durmiendo con un perro que mordía a todos los que se acercaran para llevárselo y lamía el rostro pálido del niño durmiente.

Estos fueron llevados de regreso, y algunos otros rezagados fueron recuperados, unos fueron reclamados y otros volvieron a huir, pero poco a poco, con el paso del tiempo, el Colegio Mayor de Dotheboys y su desbandada final empezaron a ser olvidados por los vecinos, o a ser mencionados en las conversaciones como algo que, simplemente, había dejado de existir.

CAPÍTULO 65

CONCLUSIÓN

Al concluir el plazo de luto, Madeline entregó su mano y su fortuna a Nicholas, y el mismo día y a la misma hora Kate se convirtió en la Sra. de Frank Cheeryble. Se esperaba que Tim Linkinwater y la Srta. La Creevy hubieran integrado una tercera pareja en esa misma ocasión, pero declinaron hacerlo, y dos o tres semanas después, salieron juntos una mañana antes del desayuno, y al regresar con sus rostros muy alegres se supo que se habían casado en silencio aquel día.

El dinero que Nicholas adquirió como derecho de su esposa lo invirtió en la firma de los hermanos Cheeryble, de la que Frank se había vuelto socio. Antes de que pasaran muchos años, el negocio empezó a funcionar con los nombres de «Cheeryble y Nickleby», de modo que los pronósticos proféticos de la Sra. Nickleby al fin se cumplieron.

Los hermanos gemelos se retiraron. ¿Habría que decir que estaban contentos? Los rodeaba la felicidad que habían contribuido a crear, y solo vivieron para aumentarla.

Tim Linkinwater condescendió, tras muchos ruegos e intimidaciones, a aceptar una participación en el negocio, pero nunca pudo convencerse para que aceptara que se publicara su nombre como socio, y siempre persistió en el cumplimiento puntual y regular de sus deberes como oficinista.

Él y su esposa vivieron en la vieja casa, y ocuparon el mismo dormitorio en el que Tim había vivido cuarenta y cuatro años. Al ir envejeciendo, su esposa se convirtió en una pequeña criatura todavía más alegre y animada, y entre los amigos solía comentarse que era imposible decir cuál de los dos parecía más feliz: Tim de un lado, sentado tranquilamente en su butaca junto al fuego, o su vigorosa mujercita del otro, platicando y riendo, y constantemente sentándose y levantándose de la suya.

Dick, el mirlo, fue trasladado del despacho y promovido a un rincón cálido del salón común. Bajo su jaula colgaban dos miniaturas, obra de la Sra. Linkinwater: una la representaba a ella y la otra a Tim, y ambas sonreían

mucho a quienes las contemplaran. Como la cabeza de Tim estaba tan empolvada que parecía un pastel de bodas, y sus lentes hablan sido copiados con gran exactitud, los desconocidos a primera vista detectaban el gran parecido con él, y puesto que esto los llevaba a sospechar que la otra debía de ser su esposa, lo que los alentaba a proclamarlo sin tapujos, con el tiempo la Sra. Linkinwater se enorgulleció mucho de esos logros, y los consideró entre los más exitosos parecidos que jamás pintase. Tim tenía, igualmente, la más profunda fe en ellos, pues en ese tema, como en todos los demás, tenían una sola opinión, y si alguna vez hubo una «pareja fácil» en este mundo, esos fueron el Sr. y la Sra. Linkinwater.

Puesto que Ralph murió sin testar, y por no tener a más familiares que aquellos con los que había vivido en tanta enemistad, el procedimiento legal los convirtió en sus herederos. Pero no podían soportar la idea de hacerse ricos con dinero adquirido de ese modo, y sintiendo que jamás habrían podido prosperar con él, no reclamaron su fortuna, de modo que las riquezas por las que tanto se esforzara todos los días de su vida Ralph Nickleby, y por las cuales hiciera a su alma soportar el peso de tantas malas acciones, al fin fueron barridas hacia los cofres del estado, y ningún hombre fue mejor ni más feliz por ellas.

Arthur Gride fue juzgado por posesión ilegal del testamento que, o bien hizo robar, o bien adquirió de modo deshonesto y retuvo valiéndose de medios igualmente maliciosos. A fuerza de emplear a un abogado ingenioso, y de una falla legal, consiguió escapar, pero solo para sufrir un castigo peor, pues una noche, pocos años después, los ladrones entraron en su casa, tentados por los rumores de su gran riqueza, y fríe hallado horriblemente asesinado en su lecho.

La Sra. Sliderskew fue a una colonia penal de ultramar casi en el mismo momento que Squeers, y como era de esperar, jamás regresó. Brooker murió en penitencia. *Sir Mulberry Hawk* vivió en el extranjero algunos años, cortejado y mimado, y con una gran reputación como tipo muy elegante y gallardo. Pero al final, de regreso a su país, fue a parar a la cárcel por deudas, y allí pereció como un miserable, como suele ocurrirles a muchos espíritus nobles y elevados como ese.

La primera acción de Nicholas, al convertirse en un comerciante rico y próspero, fue comprar la vieja casa de su padre. Con el paso del tiempo, y viéndose gradualmente rodeado de un grupo de hermosos niños, la casa se fue modificando y ampliando, pero nunca se derribó ninguna de las antiguas

habitaciones, ni se taló ningún árbol, ni nada que se asociara a los tiempos pasados fue jamás suprimido o cambiado.

A dos pasos había otro retiro, igualmente animado por las agradables voces de los niños, y allí estaba Kate, con muchas preocupaciones y ocupaciones nuevas, y muchos nuevos rostros que cortejaban su dulce sonrisa (y una tan parecida a la suya, que a la madre le parecía que volvía a ser niña); el mismo ser veraz y gentil, la misma hermana cariñosa, la misma enamorada de todo lo que la rodeaba, como en sus días de infancia.

La Sra. Nickleby vivía ora con su hija ora con su hijo, y acompañaba al uno o a la otra a Londres en aquellos períodos en los que los cuidados del negocio obligaban a ambas familias a residir allí. Conservaba invariablemente una gran apariencia de dignidad y seguía relatando sus experiencias (especialmente en materia de gobierno y crianza de niños) con mucha solemnidad e importancia. Pasó mucho tiempo antes de que pudiera ser persuadida de volver a mostrarle su favor a la Sra. Linkinwater, e incluso no podría decirse si alguna vez la perdonó completamente.

Había un caballero de pelo canoso, tranquilo, inocuo, que, en invierno y en verano, vivía en una quintita muy cerca de la casa de Nicholas, y cuando él no estaba allí asumía la superintendencia de los asuntos. Su principal placer y deleite eran los niños, junto a los cuales él mismo era un niño, y maestro de parrandas. Los pequeños no podían hacer nada sin el querido Newman Noggs.

La hierba verdeaba sobre la tumba del chico muerto, aun pisoteada por pies tan pequeños y ligeros que ni siquiera una margarita inclinaba la cabeza bajo su peso. Durante toda la época de primavera y de verano guirnaldas de flores frescas tejidas por manos infantiles descansaban sobre la lápida, y cuando los niños venían a cambiarlas para que no se marchitaran y dejaran de gustarle, con los ojos llenos de lágrimas y en voz baja y suave, hablaban de su pobre primo muerto.

FIN